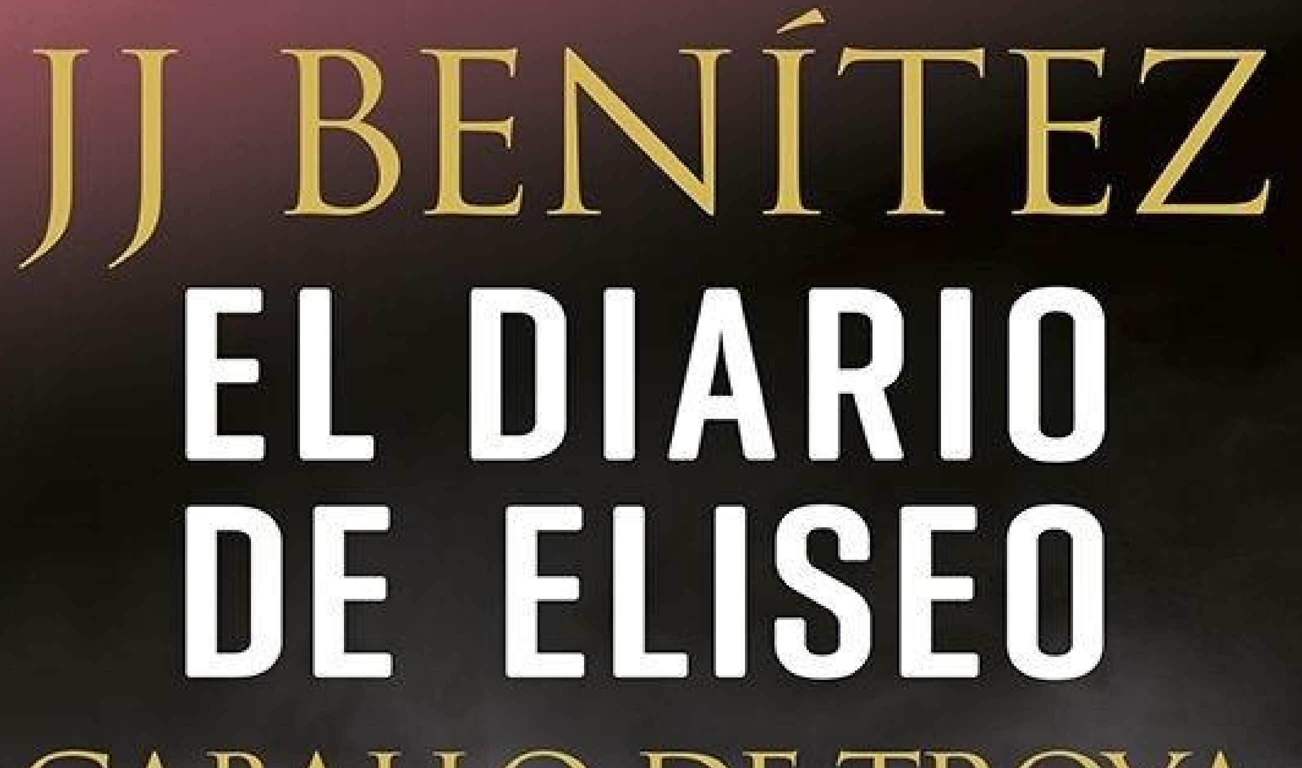


CONFESIONES DEL SEGUNDO PILOTO

Eliseo, segundo piloto de la operación secreta Caballo de Troya, se une al grupo del Maestro y los acompaña durante dos años y tres meses, asistiendo a conversaciones y prodigios que no constan en los textos evangélicos.

Pero su verdadera misión es otra.

Advertencia: algunas escenas pueden herir su sensibilidad.

Si ha leído *Caballo de Troya*, *El diario de Eliseo* le dejará atónito.

J. J. Benítez

El diario de Eliseo

Confesiones del segundo piloto

Caballo de Troya: 11

ePub r1.0
numpi 15.05.2020

Título original: *El diario de Eliseo*
J. J. Benítez, 2019
Ilustraciones: archivo del autor, Gradual Map, Iván Benítez
Diseño de cubierta: Opalworks BCN

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

Índice de contenido

A la memoria del mayor de la USAF, allá donde esté.
Sin él, Caballo de Troya *no hubiera sido posible*

Y a Pedro Soria, que me regaló los maravillosos folios amarillos en los que fue transcrito El diario de Eliseo

He aquí que os mandaré a Eliyá antes de que venga el día grande y terrible.

MALAQUÍAS 3, 23

Hubiera deseado pedir perdón por mis torpezas, pero no fue necesario. Él leyó mi pensamiento y me abrazó.

ELISEO

ʹEliša

Aquella mañana del 19 de agosto de 2011, Blanca acudió a Correos, en Barbate.

Era lo acostumbrado.

Vivíamos entonces en Ab-bā, a 19 kilómetros de la referida población gaditana, en el sur de España.

Revisé las cartas. Quince en total.

Una de ellas me capturó al momento.

No presentaba remite. Aparecía matasellada en Dallas (USA).

Constaba de cuatro folios, escritos en ordenador, y con una pulcritud exquisita.

Los filos de cada hoja se hallaban remarcados por una fina línea azul.

El firmante se identificaba como ʹEliša (Eliseo en hebreo), el militar norteamericano que acompañó a Jasón, el mayor de la USAF, en la operación Caballo de Troya.

Y proporcionaba una colección de datos que sólo el mayor y yo conocíamos.

Quedé desconcertado.

Leí y volví a leer.

No cabía duda. Aquella información era confidencial. Jamás fue publicada. Pertenecía a mi intimidad…

Pero la razón se presentó al instante: «¿Me encontraba ante la carta de un bromista? ¿Quizá ante un loco?».

La intuición también se dejó oír: «No es posible… Los datos que aporta son precisos y concretos».

Uno, en especial, me llegó al alma…

Durante una de mis visitas al Yucatán, en el otoño de 1980, el mayor de la USAF y yo paseamos por el prado que rodeaba la pirámide de Kukulcán, en Chichén Itzá. Hablamos de muchas cosas. Jasón preguntó si amaba a alguien. Le miré, sorprendido. Y le confié que, una vez, cuando contaba catorce años de edad, me enamoré de una barbateña llamada Mía. El mayor escuchó, sonriente, y susurró: «Eso fue amor, con minúsculas». Sinceramente, no comprendí.

Eliseo, en su carta, invocaba el nombre de Mía y la conversación sostenida en 1980 con el mayor. ¿Cómo pudo saberlo? En aquellos momentos estábamos solos… Obviamente, Jasón se lo contó.

Recuerdo que esa tarde nos reunimos con Paqui Sánchez y su familia en el restaurante Mama Mía, en las proximidades de Zahara de los Atunes (Cádiz, España). Paqui contó algunas de sus experiencias con una prima suya, ya fallecida. Rosa Paraíso también fue testigo.

La verdad, yo sólo pensaba en la carta del supuesto Eliseo.

La estudié durante días.

El castellano era aceptable. Presentaba algunos giros de origen mexicano. La información —como digo— sólo podía proceder del mayor… Durante mucho tiempo —antes de recibir la misiva de Eliseo— me había preguntado por qué el mayor de la USAF no me hizo llegar la información contenida en la segunda «perla negra»; la que le entregó Eliseo en el mar Muerto en octubre de 1973**[1]**.

En uno de los viajes a México busqué a Laurencio Rodarte, el hombre que acompañó al mayor hasta su muerte, y pregunté por la referida información. No sabía nada. Pero el Destino estaba atento…

Cuatro meses después de esta inquietante carta de Eliseo —tras un largo viaje por América— me encontré con tres nuevas misivas de Έlišа. Yo mismo las recogí en el apartado 141 de Barbate. Era el 15 de diciembre de 2011.

Habían sido mataselladas en Florida (USA). Tampoco figuraba el remitente.

Las misivas, como la anterior, aparecían firmadas con un escueto «Έlišа».

En total, doce folios, igualmente escritos con ordenador.

En esencia, mi comunicante explicaba lo siguiente:

1. El mayor no llegó a imprimir en papel el contenido de la mencionada segunda «perla negra». Y no pudo hacerlo —según Eliseo— porque el «avispero**[2]**» fue desmantelado y la «perla», incautada.
2. En diciembre de 1974, el mayor huyó. Tal y como explicaba en El día del relámpago, Jasón había recibido una oferta del general Haig, nuevo jefe del proyecto Swivel, para capitanear «Rayo negro». Al regreso de la operación de captura de Eliseo, el mayor recibiría la licencia definitiva de la USAF (con el grado de coronel) y una compensación de dos millones de dólares, «en concepto de daños físicos y mentales». Pero Jasón renunció a «Rayo negro». Y escapó de Estados Unidos, amparándose en una falsa identidad.

3. Durante 1975, y parte de 1976, Jasón permaneció «desaparecido». Trabajó en leproserías de Brasil y Madagascar.
4. Tras no pocas dificultades, Eliseo consiguió contactar con el mayor. La exesposa del segundo piloto fue clave.

La última carta finalizaba con un anuncio que me inquietó:

«… Le llamaré el 13 de marzo (2012)».

Aquellos tres meses fueron un sinvivir.

Estaba convencido de la autenticidad de las cartas, pero, por otro lado, no terminaba de entender. ¿Por qué Eliseo se dirigía a mí? ¿Qué buscaba? Yo había cumplido lo pactado con el mayor. La información fue publicada (siguiendo las exigencias de Jasón).

Estudié las cuatro misivas con lupa.

No conseguí hallar una sola pista…

Tentado estuve de mostrarle los folios a Blanca, pero me contuve. Entendí que se trataba de un problema de seguridad.

Y esperé. No podía hacer otra cosa.

Una mariposa blanca

Aquel 13 de marzo (2012), martes, se presentó un fuerte viento de levante.

Leo en mi diario: «Primer día de absoluta soledad. Blanca ha viajado a Nepal… No tengo con quien hablar, aunque no es necesario. El nuevo libro me ocupa todo el tiempo».

Los pensamientos me seguían a todas partes. Eran muchos. Parecían peleados entre sí…

Y a eso de las once de la mañana hice un alto en el trabajo y me preparé un segundo café.

Lo había olvidado…

Sonó el teléfono fijo y alguien —una voz extraña— preguntó por mí. Hablaba en un aceptable castellano. Era una voz joven, decidida y, al mismo tiempo, afable.

—Soy Eliseo —se presentó. Noté que dudaba—…, el segundo de la operación Caballo de Troya.

Quedé perplejo. No supe qué decir. Y regresó la idea del bromista. Pero no…

—Supongo que ha leído mis cartas —intervino.

—Sí, claro —balbuceé.

—Usted recibió una importante información… Y, por lo que sé, el tratamiento fue impecable.

Guardó un breve silencio y prosiguió.

—Tengo algo para usted…

—No entiendo.

Volví a dudar.

—Sé lo que está pensando —se adelantó el supuesto segundo oficial.

—Bueno, en realidad —admití—, no sé quién es usted.

Rectifiqué al instante:

—Mejor dicho: no estoy seguro…

Escuché una lejana risa.

—Es natural —aceptó—. Yo, en su lugar, me comportaría de la misma manera.

Y pasó a proporcionarme nuevos datos sobre Jasón, el mayor de la USAF. Datos que sólo yo conocía.

Noté cómo las piernas me temblaban.

Después fue directo al grano:

—Necesito que viaje usted a Noruega…

Quedé mudo.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí…

Y pregunté:

—¿Ha dicho Noruega?

—Noruega… Es importante para usted, para mí, y para el mundo…

Seguía sin comprender.

—Pero ¿de qué se trata? —intenté sonsacarle—. ¿Por qué Noruega?

—Confíe…

Aquella palabra me tocó el alma. Yo la había leído en los diarios del mayor. Era una de las favoritas del Maestro.

Y el supuesto Eliseo fijó una fecha: 30 de mayo de ese año (2012).

—Pero, no sé… —me resistí.

—Tengo algo para usted —cortó—. Creo que le interesará.

—¿Qué? —presioné.

—No debo hablar de ello por teléfono… ¿Me comprende?

La intuición pasó a mi lado, de puntillas, y dijo «sí» con la cabeza.

No lo pensé más. Acepté.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Tome nota, por favor…

Y el supuesto Eliseo procedió a enumerar una serie de instrucciones. Fui anotando: agencia en la que debería tramitar el pasaje, lugar de encuentro, en Noruega, fecha y hora, entre otras recomendaciones.

Al terminar me pidió que revisara lo escrito. Así lo hice:

—Treinta de mayo… A las doce del mediodía frente al café Toget, en el puerto de Flåm, en Noruega… Cerca del café hay una cabina telefónica de color rojo… Aguardaré su llamada…

—¿Hora? —preguntó con frialdad.

—Doce en punto…

—Afirmativo.

—No viajaré solo —intervine, haciendo referencia a Blanca, mi esposa.

Eliseo parecía esperar el comentario.

—No se preocupe —replicó con seguridad—. Siga las instrucciones. Busque una excusa para permanecer solo junto a la cabina telefónica. Eso es todo.

Repasamos de nuevo las instrucciones y terminó la conversación con la familiar palabra:

—Confíe…

Necesité tiempo para reaccionar.

¿En qué nuevo lío acababa de meterme? Noruega está lejos. ¿Qué excusa buscaba? Algo tendría que decirle a Blanca…

Olvidé el libro y bajé a la playa. Necesitaba pensar.

Al verme, el viento de levante arreció. Sacó los puñales y se arrastró por la arena. No me importó.

Y seguí pensando: «Tengo algo para usted… Creo que le interesará».

Fueron las frases que seguían flotando en la memoria. El resto casi no importaba.

¿Qué tenía Eliseo —o el supuesto Eliseo— para mí?

Lo pensé todo.

¿Nueva documentación sobre Caballo de Troya? ¿Algo especial sobre la vida de Jesús de Nazaret? ¿Información secreta sobre el proyecto Swivel? ¿Alguna carta de Jasón?

Tenía que arriesgarme. Tenía que viajar a Noruega y despejar las incógnitas.

Y empecé a maquinar algunos planes que me permitieran llevar a cabo el citado viaje. Por supuesto, en caso de oposición por parte de Blanca, me las arreglaría para viajar solo.

Después llegaron los reproches. Y me califiqué de «confiado, estúpido e inútil».

Y así discurrió el resto de la mañana.

A eso de las 17 horas, cuando me hallaba trabajando en la huerta, levanté la mirada hacia el cielo azul y solicité una señal:

—Por favor, querido Padre Azul, ¿debo viajar a Noruega? Dime algo…

Y continué regando.

No había transcurrido ni un minuto cuando apareció aquella bella mariposa blanca. Se posó en los rosales y, sin querer, la mojé. Intentó remontar el vuelo, pero no pudo. Sentí piedad. La rescaté del charco en el que permanecía y, delicadamente, la deposité sobre una piedra.

Y yo seguí a lo mío, en plena pelea con las hierbas malas.

De pronto, la mariposa remontó el vuelo. Y se aproximó a este torpe agricultor. Me regaló un par de vuelos —a la pata coja— y fue a posarse sobre mi mano izquierda.

Mensaje recibido.

Después se alejó, feliz.

No tuve dudas: viajaría a Noruega…

Un «muerto» en Kansas City

Aproveché la ausencia de Blanca para organizar el viaje a Noruega. Sería una sorpresa. Así lo planeé.

Al regresar de Nepal y saber de la nueva aventura, mi esposa se resistió. Estaba cansada.

No recuerdo bien los argumentos que utilicé para intentar convencerla. Le dije, sencillamente, que era importante para mí. No mentí. Es más: me quedé corto.

Finalmente, la mujer se resignó, e hizo algo más: convenció a un matrimonio amigo —Moli y Adela— para que participara en el atractivo viaje.

Esto podía complicar las cosas, pero guardé silencio.

El 24 de mayo (2012) volamos a Ámsterdam.

Horas antes, en Sevilla, tuvimos un percance. El coche que conducía sufrió un infarto súbito y quedó muerto en plena avenida de Kansas City.

Pues sí que empezaba bien…

Dejamos el vehículo en el taller y marchamos a Madrid.

El vuelo de Iberia (3250) despegó a las 16 horas.

Me hallaba relativamente tranquilo.

Repasé de nuevo las instrucciones de Eliseo. Me las sabía de memoria.

Y a las 18.40 tomamos tierra.

Todo bien, salvo el taxi: el taxista turco nos vio las caras y quiso cobrarnos cien euros… Allí se quedó, con un billete de cincuenta en las manos.

El hotel RHO —pequeño y coqueto— nos acogió, bullicioso.

Habitación 339.

Yo seguía erre que erre, peleándome con los pensamientos: «Eliseo no existe… Tiene que ser una broma —me decía—… El segundo, si vive, es un anciano… Soy un estúpido… ¿Cómo me he dejado engañar? Y, si es cierto, ¿por qué no ha viajado a España? Esto es de locos… Si Blanca se entera, me mata…».

Paseo por Ámsterdam.

La ciudad es amable, limpia y fría.

Siguen los nervios…

Al día siguiente, 25 de mayo, aprovechamos para visitar el museo de Van Gogh.

El día es espléndido. La brisa acompaña a los miles de bicicletas. ¡Oh!… Las matrículas son de color amarillo.

Disfruto con los cuadros del pelirrojo genial. Sus cielos nocturnos y estrellados aparecen distraídos, como yo.

El sábado, 26, embarcamos a las 13 horas. El buque tiene un prometedor nombre: «Reflejo de los mares».

Y empieza la aventura…

Recibimos la noticia del fallecimiento de Araceli, madrina de mi hija Tirma. ¡Vaya!

El nerviosismo va en aumento.

Se presentan unas incómodas diarreas.

Blanca está desconcertada.

—¿Qué te sucede?

No respondo. No puedo decir nada. No me creería.

El barco zarpa a las 16 horas. Navega perezoso por los canales. Decenas de cisnes nos salen al encuentro.

Dos horas más tarde nos abraza la mar. No es como la de Barbate.

«¿Qué diré, qué preguntaré cuando lo vea?… Debería escribir las preguntas… No, no… Eliseo tiene algo para mí… Eso es lo único que cuenta… ¿Y si no aparece?».

Aquellos pensamientos seguían atornillándome.

Una cabina telefónica roja

Fueron cuatro días deliciosos… y terribles.

Los fiordos noruegos son espectaculares. Las cascadas saltan del verde al azul y las cabañas rojas saludan desde las montañas. Los tejados son de hierba y corteza de abedul. Todo es transparente, como pintado por Dios. El silencio hace de policía. Nada se mueve sin su consentimiento. El agua aparece vestida de transparencias. Dan ganas de amarla…

A veces veíamos nubes blancas, enceladas en las cumbres.

A veces veíamos nieve, más que blanca…

A veces…

Pero mi nerviosismo fue en aumento. Se acercaba el puerto de Flåm.

Y el 30 de mayo (2012), al fin, divisamos el fiordo de Sognefjord.

Algunas montañas nos miraron, oscuras de bosques. Y, de pronto, soltaron una decena de cascadas.

Al fondo, medio dormido, divisamos el pueblo de Flåm. Las casas, de colores, no nos prestaron atención. Era un miércoles cualquiera y muy temprano.

Lo comprendí.

Esa noche —lo olvidaba— dormí poco y mal.

Blanca me miraba, preocupada. Poco faltó para que le confesara la verdadera razón de aquel viaje al corazón de Noruega. Pero la «voz» que siempre me acompaña susurró que no…

El día se presentó azul y luminoso, vestido con una ligera brisa, recién despertada en las cumbres nevadas.

Y a las once de la mañana descendimos a tierra.

Mis nervios se desenroscaron y los fui perdiendo por el camino…

«¿Cómo quedarme a solas? —me repetía—… Faltaba una hora…».

Una maravillosa familia de tiendas nos salió al paso. Y Adela y Blanca se las prometieron felices… Moli las siguió, resignado.

Yo me hice el sueco (o el noruego, no estoy seguro) y me despisté.

Allí mismo, a cosa de cien metros, descubrí el célebre restaurante Toget.

El corazón empezó a bombear, descompuesto.

Consulté el reloj: 11.20 horas.

Se trataba, en efecto, de un café restaurante, habilitado en el interior de dos vagones de ferrocarril. El lugar era una vieja estación de madera, limpia y brillante. El Toget se hallaba en el centro.

Y me dediqué a inspeccionar la zona.

Frente al café observo un aparcamiento.

Cuento veinte vehículos, estacionados en hileras. Cada fila, cuatro automóviles.

Y muy cerca —deslumbrante—, ¡una cabina telefónica!

El corazón casi me abandona…

Son las 11.30.

¡Es de color rojo!

Me aproximo y la exploro.

Está impecable. Presenta una placa en la que leo «TELENOR» y un número: 576-32206. En las instrucciones —en inglés— se dice que puede ser utilizado para llamadas internacionales.

Miro a mi alrededor. Ni un alma.

Blanca y mis amigos siguen perdidos en las tiendas.

Y, no sé por qué, abro el cuaderno de campo y empiezo a tomar nota de las matrículas de los vehículos aparcados frente al Toget.

Mercedes negro BD-20557… Toyota (RAV4) ST-58224… Audi negro AE-20223… Yamaha amarilla JR-25615 (matrícula azul)… Suzuki (Agnis) (plateado) OD-HA-149… Land Rover (negro) ST-84532…

La absurda operación se prolongó hasta las doce…

Era el momento.

Aunque la temperatura marcaba 17 grados Celsius, empecé a sudar. Debo confesarlo: sudaba de puro miedo.

Volví a mirar hacia las tiendas. Ni señales del grupo.

12.01…

Acaricié el teléfono. Estaba perfectamente colgado.

Y volví a pasear la mirada por los alrededores. Nadie. Todo aparecía en paz.

Y las viejas ideas me asaltaron: «¿Era aquello una maldita broma?».

12.02…

«¿Cómo pude ser tan idiota? —seguí reprochándome—. ¿Cómo me dejé engañar?… Nunca aprenderé…».

12.03…

De pronto sonó el teléfono…

¡Dios mío!… ¿Qué hacía?

Miré a izquierda y a derecha, como un idiota. El aparcamiento continuaba solitario.

Una furgoneta amarilla

Y el teléfono sonó por tercera vez.

Escuché una voz en mi interior. Sonó «5 por 5», como decía el mayor: «fuerte y claro»: «¡Descuelga!».

Así lo hice.

El auricular casi resbaló entre los dedos sudorosos.

—¿Señor Benítez?

—Sí…

—Soy Eliseo… Gracias por venir.

No tuve tiempo para replicar. Él lo dijo todo.

—¿Ve usted una furgoneta Yamaha, amarilla?… Se encuentra a trece metros de la cabina…

—Sí, la veo…

Era un vehículo sucio y polvoriento, con dos ventanas laterales.

—Por favor, camine hasta la parte trasera de la furgoneta…

Colgué y me dirigí al lugar indicado.

No sabía qué pensar. Una intensa emoción se había encendido en el estómago.

Nada más situarme frente a la Yamaha se abrió la doble puerta trasera.

Y una mujer negra me hizo señas para que subiera al vehículo.

Dudé.

Ella insistió, dibujando una amplia sonrisa. Mostraba el ojo izquierdo cubierto con un parche azul, de metal. Me pareció mayor. Podía rondar los setenta años.

Finalmente accedí.

En el asiento opuesto descubrí a un joven. Alargó el brazo derecho y me tendió la mano. Fue un apretón fuerte y decidido.

Y se identificó como Eliseo.

Aparentaba unos veinticinco años.

Durante algunos segundos lo recorrí de pies a cabeza. ¡Asombroso! El verdadero Eliseo —suponiendo que siguiera vivo— podía tener sesenta y cinco o setenta años. Aquél, sin embargo, era un muchacho en plena juventud.

El cabello, largo, negro y ondulado, no presentaba una sola cana. La piel —muy bronceada— era tersa y brillante.

Los ojos me impactaron. Eran de un negro profundo.

No parecía muy alto. Quizá 1,60 metros…

Aprecié una fuerte musculatura. Tenía aspecto de atleta.

Vestía pantalones vaqueros, una camisa blanca y una cazadora negra con unas alas en la parte izquierda del pecho. Bajo las alas se distinguían dos letras mayúsculas: «UF». La cazadora, y las alas, me recordaron las chamarras utilizadas por el personal de aviación.

En un primer momento quedé confuso. ¿Qué significaba «UF»?

No hubo tiempo para más disquisiciones.

Y conversamos durante quince minutos. En realidad, fue él quien habló. Me había preparado más de veinte preguntas, pero quedé mudo y desconcertado.

Habló de lo que ya sabía: del «avispero» y, sobre todo, del mayor.

Finalmente, al entregarme «aquello», solicitó:

—Espere a 2019 para hacerlo público…

Y señaló el pendrive rojo.

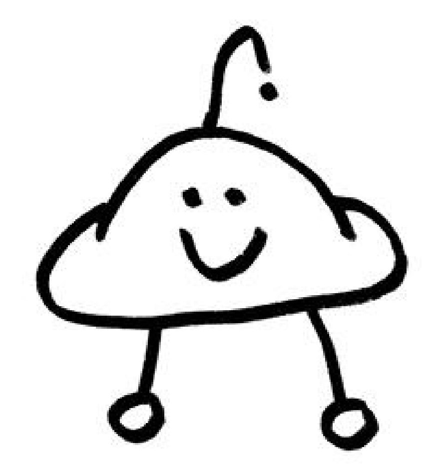
—Si todo va bien —finalizó—, volveremos a vernos…

Tras un segundo y cordial apretón de manos, me invitó a abandonar el vehículo.

La mujer abrió la puerta y me despidió con una breve sonrisa.

A las 12.20 horas me reincorporé al grupo. Blanca, Moli y Adela continuaban husmeando en las tiendas. A pesar de mi palidez, no preguntaron. Mejor así…

Después no fui muy consciente de lo que hicimos. Proseguimos la excursión programada por la zona y, al terminar, estampé una dedicatoria en el libro de firmas del museo del Ferrocarril, en Flåm. Escribí: «Aquí se hizo historia…». Y dibujé un pequeño ovni, sonriente.



819 días

Al regresar a España me las ingenié para imprimir la información almacenada en el lápiz de memoria.

Blanca nunca supo…

Quedé maravillado.

En el pendrive encontré el contenido de la segunda «perla negra», entregada por Eliseo al mayor el 6 de octubre de 1973[3].

Desconozco cómo la desencriptó, aunque eso —ahora— poco importa.

El texto aparecía en inglés.

Y leí, perplejo…

En El diario de Eliseo se describen los dos últimos años de la vida pública, o de predicación, del Maestro. Concretamente los años 28, 29 y parte del 30 de nuestra era. En total, 819 días, a cual más intenso… Dos años y tres meses en los que Eliseo siguió a Jesús de Nazaret y a su grupo.

Pero no debo adelantar nada más.

De inmediato solicité la traducción a tres traductores jurados. Lo hicieron por separado.

Y, por supuesto, mantuve mi palabra: el diario de Eliseo no sería publicado antes de 2019.

Fueron siete años de silencio…

Segunda llamada

El 4 de abril del año 2014 recibí una nueva llamada telefónica de Eliseo.

Esta vez me hallaba mucho más sereno…

—¿Ha leído la información? —preguntó el segundo piloto.

Dije que sí.

—¿Qué le ha parecido?

—Asombrosa…, en todos los sentidos.

Escuché una mal disimulada risa. Y Eliseo prosiguió, tranquilo:

—Gracias por no publicarla…

—Descuide. Siempre cumplo mi palabra… Esperaré a 2019.

No pude contenerme y pregunté:

—Pero ¿por qué en 2019?

—Repase lo ya publicado, consulte los diarios del mayor y sabrá el porqué de esa fecha.

Sentí que dudaba, pero, finalmente, aclaró:

—Se trata de un aniversario… importante.

Ahí quedó el asunto. Y Eliseo fue directo al motivo de su llamada:

—¿Podría viajar de nuevo a Noruega?

La solicitud me pilló por sorpresa. No supe qué decir.

—No sé —repliqué al fin—, esta vez no tengo excusa…

—Búsquela —lanzó en tono imperativo—. Tengo algo para usted…

La frase me desarmó.

Y dije que sí.

Eliseo fijó la reunión para el 11 de junio de ese año (2014). Y enumeró las instrucciones: agencia, lugar, hora, etc.

Tomé nota y repetí las indicaciones: 11 de junio… tren de Flåm… debería subir al de las once de la mañana… once en punto…

Eliseo insistió:

—Por favor, no se confunda… Tren de las once en punto.

Intenté aclarar el tema:

—Pero ¿dónde le veré? ¿Qué tengo que hacer?

—No se preocupe. Yo le buscaré…

—¿Puede adelantarme algo? ¿De qué se trata?

—Sorpresa…

Ahí terminó la conversación.

Cuando Blanca regresó a la casa, en Ab-bā, me notó raro. Escapé a la playa y conversé con mi amada, la mar. «¿Qué le digo?… ¿Cómo hago para justificar un segundo viaje a Noruega?… Blanca no aceptará».

Y así fue.

Cuando, finalmente, le propuse una segunda expedición a los fiordos, la mujer se negó en redondo. Era mucho dinero, y para volver a ver lo mismo. Tenía toda la razón, pero me mantuve firme. Y estuvimos dos días sin cruzar palabra.

Terminé poniéndome duro. Necesitaba no sé qué información sobre el tren de Flåm… Eso le dije.

—Iré contigo o sin ti…

Y Blanca cedió.

Partimos el 7 de junio. Aterrizamos en Copenhague y, desde allí, en barco, nos dirigimos a Noruega.

El Poesía era un buque modesto, pero suficiente.

Visitamos Berlín y la ciudad noruega de Bergen.

Y el 11 de junio anclamos en el puerto de Flåm.

«¿Usted cree que el agua se suicida en las cataratas?»

Me asomé desde el balcón del camarote —el 8118— y reconocí el alba. Llegaba silenciosa y violeta. El pueblo de Flåm dormía.

Al pisar la estación de ferrocarril verifiqué los horarios: 08.35 el primero…, 09.45, 11.00, 13.35, 14.50, 16.05, 17.25 y 19.45 horas.

Mi reloj señalaba las 10 y 20 minutos.

«Perfecto», me dije.

Pero el nerviosismo volvió a rondarme.

Embarcamos y nos acomodamos en el vagón número 10. El tren —rojo y negro—, casi de juguete, se hallaba al completo. Una locomotora Henchel (número 17-2232) tiraba de cinco vagones.

Miré a los pasajeros, pero no reconocí a Eliseo.

Y a las 11 horas y 5 minutos —con retraso—, el tren partió de Flåm. Duración del viaje: cincuenta minutos.

Traté de relajarme.

El paisaje era espectacular: montañas verdes y sonrientes, veinte túneles, cascadas suicidas y ríos envalentonados en permanente duelo con enormes rocas basálticas, negras y azules.

Los noruegos se sienten orgullosos del ferrocarril de Flåm, y con razón. El tren conecta la región de Sogn con la de Fjordane. Necesitaron veinte años para concluir el trazado.

Eché mano de la cámara fotográfica e inmortalicé lugares y momentos.

Pensé en fotografiar a Eliseo.

Desistí. No hubiera aceptado y, lo que era peor, traicionaría su confianza.

Guardé la cámara y esperé.

Las pendientes alcanzaron el 55 por ciento. Era como si los bosques y montañas trataran de devorarnos.

El tren se detiene.

Los pasajeros se asoman a las ventanillas. Lejanas casitas de madera suavizan el paisaje.

Son las 11.35…

Otro tren se cruza. Parece un meteoro.

El nuestro resopla, chirría y prosigue la marcha.

La curva más pequeña del trayecto sólo alcanza 130 metros.

¿Veré algún trol entre las peñas? Lo dudo…

Las granjas —rojas y negras— se suceden en las laderas bajo la severa vigilancia de las cumbres nevadas.

A las 11.40, el tren se detiene de nuevo.

La megafonía anuncia la cascada de Kjosfossen.

Tenemos unos minutos para bajar del tren y contemplar el espectáculo.

Decido estirar las piernas y respirar aire puro. Blanca se queda en el vagón. Tiene frío.

Camino hasta una valla metálica. Nos encontramos a 670 metros sobre el nivel del mar. Al fondo, un rabioso torrente se precipita al vacío y provoca un universo de espuma. Los verdes y azules de las montañas se quedan con la boca abierta, como nosotros. Son 94 metros de caída.

Y en ello estaba, acariciado por el agua pulverizada, cuando noté la presencia de alguien a mi lado.

Me saludó, sonriente.

¡Eliseo!

Vestía la misma cazadora negra, con las alas en el pecho y las misteriosas letras.

—¡Qué bellinte! —exclamó, al tiempo que señalaba el salto de Kjos.

¿Bellinte? Ésa, según los diarios del mayor, era otra palabra muy querida por el Maestro. Significaba la belleza e inteligencia del Padre Azul a la hora de crear.

—Sí —contesté con un hilo de voz—, otra bellinte…

Y antes de que pudiera reaccionar preguntó, siempre con la mirada fija en la cascada:

—¿Usted cree que el agua se suicida en las cataratas?

No repliqué. No sabía y, además, no hubo tiempo. El conductor del tren hizo sonar un silbato y la gente se apresuró a regresar a los vagones.

Eliseo, entonces, se despidió. Y, al hacerlo, fue a depositar una pequeña bolsa de tela en mis manos. Era una bolsita de seda, teñida en un femenino azul agachado.

—Y recuerde —añadió innecesariamente—, espere al 2019…

Cuando quise darme cuenta, el joven había saltado al interior del tren.

No me atreví a abrir la bolsita. Blanca podía estar observando. La guardé y regresé al vagón número 10.

Blanca no preguntó. Obviamente no vio a Eliseo.

Cambiamos de tren en Myrdal y retornamos a Flåm.

Nos detuvimos en Voss (hotel Fleischer's) para almorzar. Fue allí, con la excusa de ir al baño, donde procedí a abrir la bolsita azul…

Rayo negro

En el interior descubrí un segundo pendrive —finísimo—, parecido a una tarjeta de crédito, y una pequeña joya.

Los examiné con detenimiento.

En el lápiz no figuraba información alguna.

El colgante —porque de eso se trataba— me recordó el jade negro. Podía tener tres centímetros de diámetro. Era circular, con la zona central horadada. En dicho hueco, el orfebre había dispuesto un disco de oro con varios símbolos chinos. La joya fue engarzada en una lámina, igualmente de oro, con un pequeño enganche.

Al verme, el jade brilló, feliz.

La pieza me recordó algo, pero no estuve seguro…

Y regresé a la mesa intrigadísimo: «¿Qué contenía el —para mí— extraño pendrive?».

Ardía en deseos de contarle a Blanca lo sucedido al pie de la cascada de Kjos, pero me contuve. No hubiera creído una sola palabra…

El viaje de regreso a Flåm fue ligeramente accidentado.

Hacia las tres de la tarde nos vimos asaltados por una negra y violenta tormenta.

Y la mala suerte hizo que un rayo cayera sobre la locomotora, inutilizando el convoy.

Fue preciso esperar una hora hasta que llegó una segunda locomotora.

Yo lo sabía: Eliseo nos vigilaba…

A las 18.30 abordamos el buque.

Por los pelos… A las 19 zarpamos.

El sábado, 14, regresamos a España. El pendrive me quemaba en las manos.

El artefacto resultó ser un MP4 (extraplano), de seis milímetros de espesor y cuatro gramos de peso. Medía menos que una tarjeta de crédito. La memoria superaba los 356 GB, con una capacidad de lectura de 32 megas por segundo.

Los que me conocen saben que no entiendo nada sobre esta clase de «monstruos» (ni me interesa). De ahí que las explicaciones del técnico me dejaran frío.

No sucedió lo mismo con el contenido de la memoria flash. Lo que leí me dejó perplejo.

Allí se hablaba de «Rayo negro»[4].

En el arranque de la detallada información, Eliseo rogaba que «Rayo negro» fuera publicado en su totalidad y después de la aparición de El diario de Eliseo.

Respecto al jade negro, al releer los Caballos de Troya, creí entender… Y mi corazón tembló.

El mayor asegura en sus diarios que encontró una pequeña pieza de jadeíta en el pabellón secreto de Yu, el carpintero jefe del astillero de los Zebedeo, en Nahum. Yu, el chino, explicó a Jasón que «hallar un jade negro entre los pies era una bendición especialísima de los dioses». La joya —tras ser analizada en la «cuna»— fue regalada a Ruth, la amada del mayor. Mejor dicho: Jasón la puso en manos de Eliseo para que éste la entregara a la hermana menor de Jesús de Nazaret.

¿Cómo era posible? ¿Me hallaba ante el jade negro que encontró el mayor de la USAF en el astillero? ¿Eliseo la había trasladado a nuestro tiempo? Y, de ser cierto, ¿por qué decidió obsequiármelo?

Algunas semanas después confirmé las sospechas. Puse la pieza en manos de Juan Rivera, prestigioso platero de Cádiz, y solicité que llevara a cabo un exhaustivo análisis. Así lo hizo. Las medidas —ante mi desconcierto— coincidían con las señaladas por Jasón en sus diarios. A saber: 3,1415 gramos de peso, tres centímetros de diámetro y una longitud de circunferencia de 9,4247 centímetros.

Como digo, quedé perplejo…

Pero vayamos a lo importante. ¿Qué contenía el primer pendrive?

Me limitaré a reproducir lo que me fue dado, y de forma literal. No he cambiado ni añadido nada sustancial.

He aquí lo escrito por Eliseo, el segundo piloto. El lector sabrá sacar conclusiones:

EL DIARIO DE 'ELIŠA

No importa mi verdadera identidad. Fui militar. Capitán de la USAF. Pertenecí al DRS (Servicio de Investigación de la Defensa) y fui bueno, muy bueno, en mi trabajo. Ahora soy un prófugo. Los militares de mi país han puesto precio a mi cabeza. Tampoco soy médico, como el mayor. Lo mío es la ingeniería y la informática (y mentir). Fui entrenado para ello. En realidad, he mentido toda mi vida. Puede que ahora también lo haga… No soy escritor, ni lo pretendo. Escribo porque entiendo que es una forma interesante de dejar constancia de lo que vi, de lo que escuché y, sobre todo, de lo que sentí en aquella etapa final de la —para nosotros, los militares— malograda operación Caballo de Troya. Que el lector de estas memorias no busque un estilo grandilocuente o refinado; no lo encontrará. No es mi objetivo ni sabría cómo hacerlo. Escribo con las tripas y con una honestidad que me asombra. No estoy acostumbrado a ser tan sincero… He leído los diarios de Jasón, mi compañero en las aventuras en Palestina, y me admira su erudición. Yo no pretendo algo así. No sabría. Sólo sé que lo ocurrido en los dos últimos años de la vida del Maestro no debe quedar sepultado bajo la losa de la «seguridad nacional». Ése, en suma, es mi objetivo a la hora de trazar este diario: el pueblo tiene derecho a la verdad (para eso paga sus impuestos). Y aclaro igualmente que no profeso ninguna religión. Todas me repugnan. Me adoro a mí mismo, aunque, a veces, no estoy tan seguro de lo que quiero.

Fui curado milagrosamente por Jesús de Nazaret el 17 de enero del año 28 de nuestra era cuando me hallaba agonizante en el caserón de los Zebedeo, en la aldea de Saidan. Según supe al leer las memorias de Jasón, en esos momentos me encontraba en coma, con los huesos fracturados y un mieloma múltiple (un cáncer terminal de las células plasmáticas). No sé qué sucedió. El caso es que, de pronto, abrí los ojos y vi a Kesil, nuestro fiel siervo y amigo. Todo era de color azul. Pensé que soñaba: los muebles, la ropa, las paredes, Kesil… Todo azul. Cerré los ojos y, al abrirlos de nuevo, la situación era la misma. Todo azul… En el «palomar» (la habitación en la que me hallaba) flotaba una especie de neblina azulada. El silencio era agobiante. Me incorporé y, cuando me disponía a preguntar, el misterioso azul desapareció. Todo regresó a la normalidad. Yo me encontraba perfectamente, sin rastro de

fracturas y del mal que me consumía. Kesil no salía de su asombro. Y lloró y me abrazó. Después salimos en busca de Jasón, pero no lo encontramos; al parecer se hallaba en el *yam* (mar de Tiberíades), pescando con otros discípulos. La gente, en Saidan, estaba como loca. Reían, cantaban, se abrazaban y daban gracias a los cielos. Después lo supe: unas seiscientas ochenta personas fueron sanadas ese día, a la puesta de sol. Los ciegos de nacimiento recobraron la vista. Los paralíticos caminaban. Los leprosos quedaron limpios. El hijo de Mateo Leví, el apóstol, un niño Down, fue igualmente curado. Como digo, fue la locura. Yo quedé mudo ante la sorpresa. No tenía por qué dudar de lo manifestado por Kesil, y mucho menos de lo leído en los diarios del mayor, pero —tozudo— me negué a aceptar la realidad. ¿Fue una sanación propiciada por la misericordia del Galileo? Todo el mundo aceptó que fue un prodigio. Yo dudé. ¿Pudo deberse a un fenómeno natural desconocido? Y ahí quedó el asunto. Lo reconozco: soy mentiroso y necio…

Mentí y mentí

Al día siguiente, 18 de enero del año 28, Jasón enfermó. Nos hallábamos en la playa del *yam*, frente al caserón de los Zebedeo. El mayor nos buscaba. Y, de pronto, cayó a tierra. Vomitaba sangre. Nos asustamos[5]. Perdió el conocimiento y lo trasladamos al «palomar». Pero, a pesar de los esfuerzos de todos —incluidos los mejores «auxiliadores»—, mi compañero empeoró. Kesil y Abril no se movían de su lado. Pero el mayor no reaccionaba. Parecía muerto… El Maestro lo visitó en dos oportunidades. Pero no hizo ni dijo nada. En la segunda ocasión, en la tarde del 22, Jesús se sentó en el filo del camastro y abrazó a Jasón. El pobre piloto era un muñeco. En esos momentos pensé que se moría. Abril lloraba desconsoladamente. Aquella mujer estaba enamorada de Jasón. Después, al salir de la habitación, el Galileo me miró con intensidad. Fue suficiente. Entendí. Y puse en marcha el plan que había fraguado días antes, cuando ascendí al Ravid. Aquel 19 de enero —una vez en la «cuna»— pensé qué hacer. Después de meditarlo opté por regresar a nuestro tiempo (1973). Así podría intentar salvar la vida del mayor y, de paso, recibir nuevas órdenes… La operación, como dije, era un fracaso. El cilindro de acero —con las muestras biológicas del Maestro y de su familia— desapareció. Jasón asegura en sus diarios que fue robado en la cueva de la llave, en Beit Ids. Posiblemente por una niña salvaje. No lo creí. Era vital, por tanto, que el general Curtiss me indicara cómo actuar. Afortunadamente, «alguien» tocó en mi hombro y, por pura diversión, dibujé un plan para advertir al mayor de mi posible retorno a la época de Jesús. Rectifiqué los diarios de Jasón, introduciendo una serie de errores menores. Conocía la minuciosidad de mi hermano y estaba seguro de que tales errores no pasarían desapercibidos. Conjugué los fallos y establecí una especie de código que debería conducir a Jasón al mar Muerto en una fecha especial: el 6 de octubre de 1973 (el día del relámpago). Allí nos veríamos…

Permanecí en el «portaaviones» hasta el 22 de enero. Al retornar a Saidan todo seguía igual, o peor. El mayor continuaba inconsciente. Literalmente, se moría. Y, tras la mencionada visita del Maestro, y su especialísima mirada, me puse en marcha. Kesil contrató un carro. Mi intención era trasladar al piloto a la «cuna» y despegar. Pero surgieron inconvenientes. Abril luchó por

acompañarnos. Me negué. Y allí se quedó, en el caserón, destrozada. Kesil, por su parte, no permitió que viajara solo hasta lo alto del Ravid. No fui capaz de disuadirlo. Y al abandonar el carro —a las puertas de la ciudad de Migdal — el fiel servidor cargó con el mayor. Fue inútil. No cedió. Iría conmigo hasta el final… Al llegar a la «zona muerta», en la «popa» del «portaaviones», traté de que permaneciera en el lugar o de que regresara a Migdal. Se negó. E hice algo que no me agradó: lo golpeé y lo dejé inconsciente. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Que me acompañase hasta la nave?

A las cuatro de la madrugada de aquel viernes, 23 de enero del año 28 de nuestra era, el ordenador central activó el motor principal, el J85, y despegamos del Ravid, rumbo al mar Muerto.

El vuelo fue tranquilo y en automático. Y al alcanzar el mar de la Sal proseguí el plan previsto. «Santa Claus» efectuó la inversión de masa y aparecimos a las 21 horas del 28 de junio de 1973. Por cierto, volví a mentir… No había combustible para 40 segundos. Alteré el caudalímetro con la ayuda del ordenador. No quedaban 807 kilos. Los tanques y la reserva sumaban mucho más: 1614 kilos…

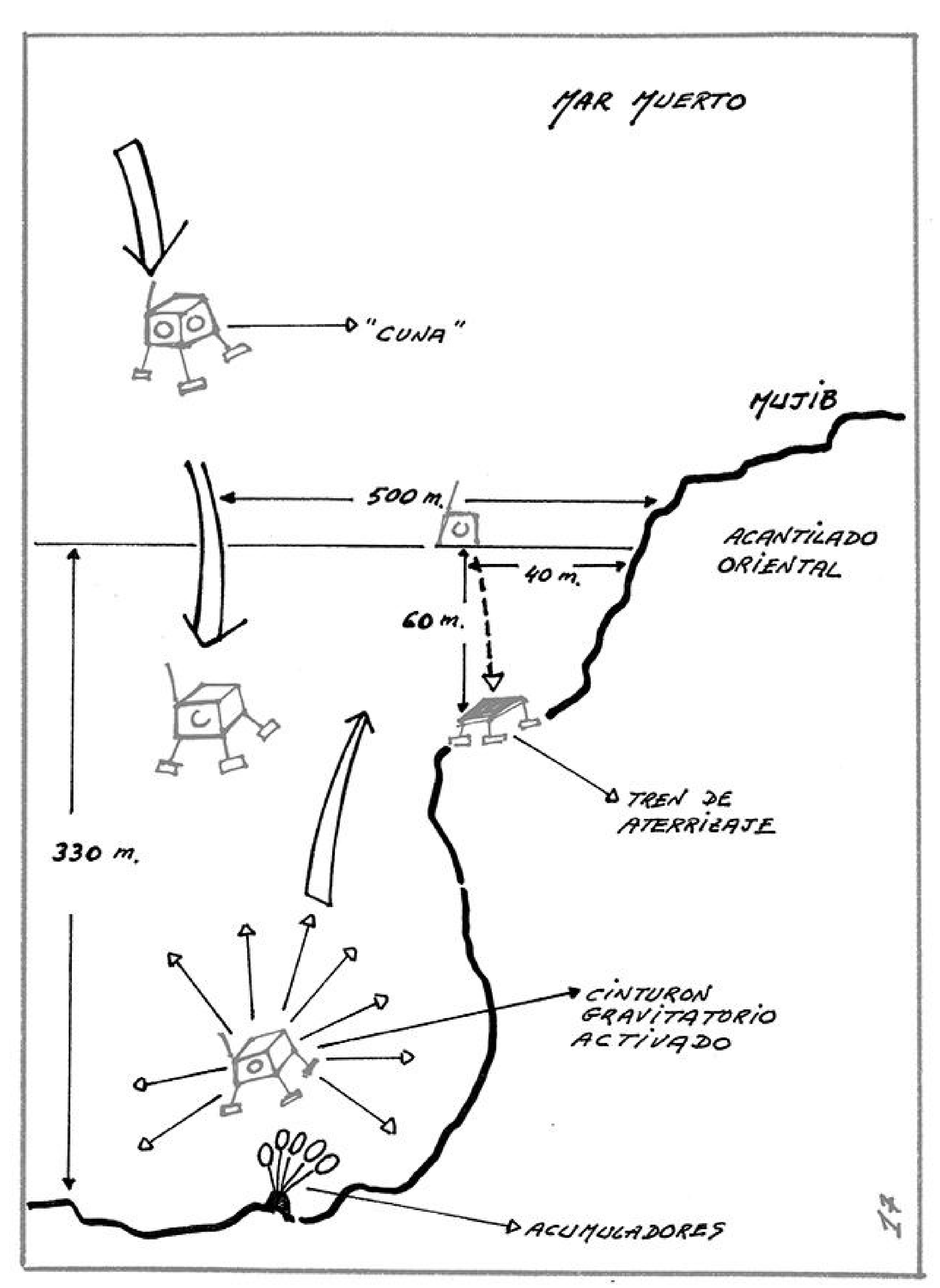
Me la jugué

Después de empujar al mayor al mar Muerto, me situé de nuevo a los mandos de la «cuna» y penetré en el lago suavemente. En esos momentos vi ascender a Jasón. Sé que se percató del lento hundimiento de la nave. Quiso, incluso, aproximarse. Ése era el plan: que creyera que la «cuna» se había ido a pique. Y volví a mentir. No activé el cinturón gravitatorio; no en esos momentos. Y descendimos a casi 330 metros. Activé los motores auxiliares y la «cuna» se mantuvo en estacionario, a cosa de diez metros del fondo (puro fango). La oscuridad era absoluta. Sí, me la jugué. Un solo fallo en el pilotaje y la nave se habría hundido en el fango para siempre. No tenía tiempo que perder. Armé los acumuladores —en racimo— y «Santa Claus» procedió a soltarlos. Las doce baterías fueron programadas para emitir energía en el momento adecuado: ocho días más tarde. Y un peso de 24 kilos los mantuvo a cinco metros del fondo. Los cálculos del ordenador central fueron exactos.

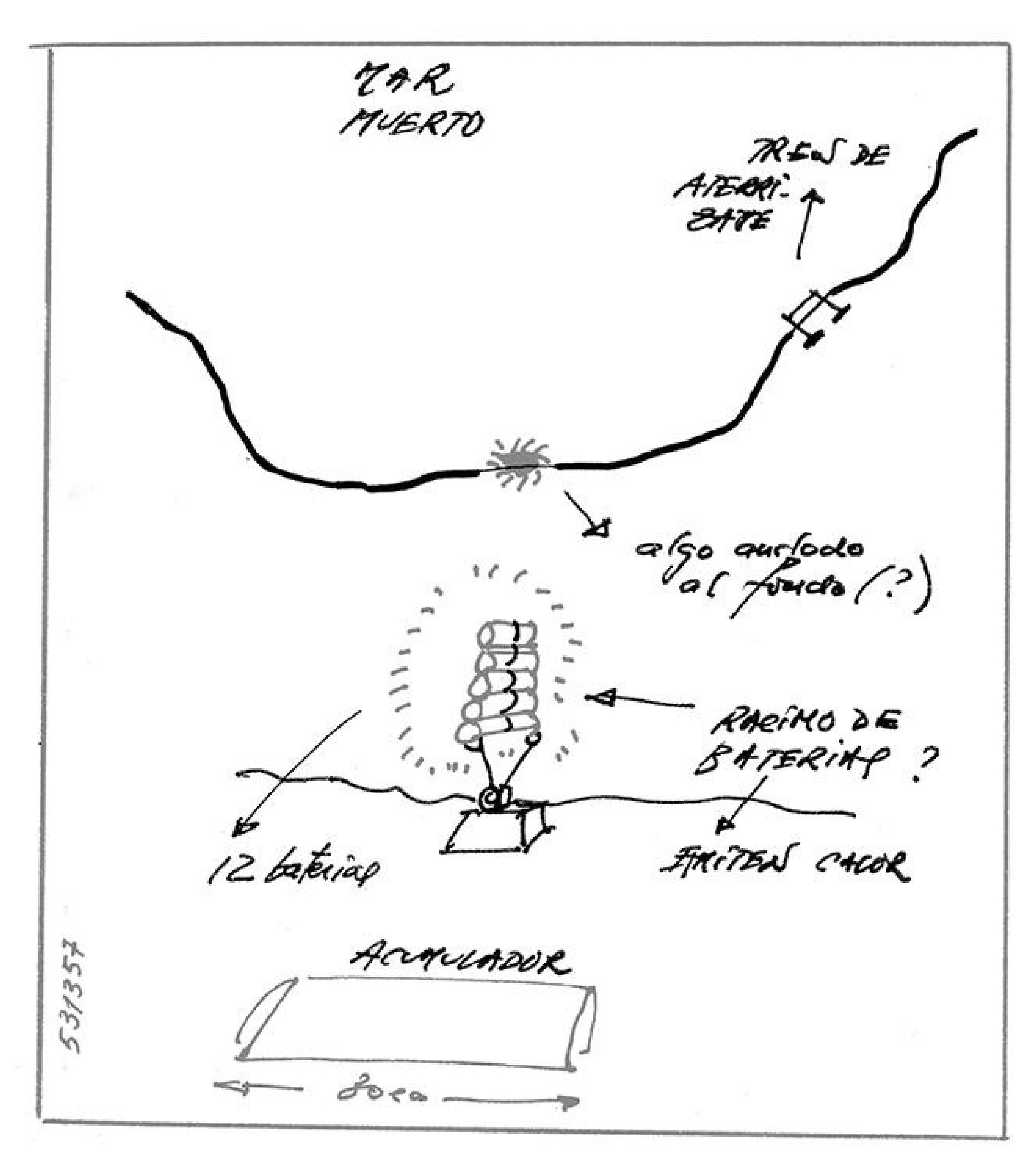
Minutos después activé el cinturón gravitatorio y la «cuna» ascendió hacia la superficie.

Aparecimos a 140 metros de la costa jordana, cerca del *wadi* o río seco del Mujib. La nave fue apantallada en «IR» (infrarrojo), como elemental medida de seguridad. Nadie podía verla. Y fue aproximándome al *wadi*.

Al llegar a 40 metros de la playa, activé la tercera parte del plan. Todo se desarrollaba minuciosamente, según lo planeado.



Ingreso de la «cuna» en el mar Muerto, de acuerdo a la confesión de Eliseo. Cuando la nave se hallaba próxima al fondo, el segundo piloto soltó los acumuladores, que permanecieron cerca del fango, en racimo. Acto seguido, «Santa Claus» activó el cinturón gravitatorio, favoreciendo el ascenso de la máquina. Al llegar a la superficie, Eliseo liberó el tren de aterrizaje. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



Acumuladores. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

«Lobo uno»

Mi siguiente movimiento fue establecer comunicación radial con «Lobo uno». Así llamábamos los militares del DRS al general Curtiss. Marqué mi posición en el mar Muerto y esperé. Minutos después oía la inconfundible voz del general. Se interesó por Jasón y por mí y respondí con evasivas. No era el momento de explicar lo ocurrido. Curtiss prometió llegar en dos días.

Y procedí a la liberación de la *landing*, el tren de aterrizaje. Se despegó de la «cuna» y quedó varado en las rocas, a sesenta metros de profundidad. Después solté algunas de las antenas; especialmente las de los radares. Ya no eran necesarios. De esta forma, los que buscasen la nave deducirían que se había destrozado en el impacto con el agua. Los cien metros de fango del fondo habrían succionado la máquina, haciéndola desaparecer para siempre.

Recogí el traje de astronauta de Jasón, que flotaba en la superficie del lago salado, y dediqué el resto del tiempo a una detenida observación del mayor. Las corrientes y el viento, en efecto, lo arrastraron hacia la orilla jordana del mar Muerto. Era lo previsto. Asistí a la llegada de un niño con un rebaño de cabras. Se trataba, posiblemente, de un beduino. Aproximé la nave un poco más y reduje el radio protector del escudo gravitatorio a cinco metros. El mayor gritó y trató de comunicarse con el muchacho… No tuvo éxito. El niño salió corriendo y se perdió entre las rocas del *wadi*. Y allí permaneció Jasón, en silencio y visiblemente agotado. Después intentó caminar, pero no lo consiguió. Y lo vi caer de rodillas. Temí lo peor. Mi compañero podía morir en aquel maldito desierto. Y me pregunté: «¿qué debo hacer?». Seguí atento, sin más. No podía hacer gran cosa.

Lo vi vomitar… Y al poco llegaron tres hombres. Eran *badawi* (nómadas). El niño, que se presentó con ellos, los había avisado. Dos parecían jóvenes. El tercero —grueso y de baja estatura— aparentaba unos cincuenta años. Los más jóvenes mostraban las *khanjas* típicas de los nómadas en la cintura: unas dagas curvas, temibles. El más bajo se acercó a Jasón y lo interrogó. No sé de qué hablaron. La actitud de los jóvenes no me gustó. Discutieron y, finalmente, uno de ellos se acercó al mayor y sacó la daga. Me preparé. Si atacaban a mi compañero, los fulminaría. El segundo joven se situó a espaldas de Jasón. Y fue en esos críticos instantes, mientras yo apuntaba a la cabeza

del primer nómada, cuando el tipo bajito sacó un revólver. Era un poderoso Magnum 44. Y lo dirigió a la sien izquierda del portador de la *khanja*. Segundos después, el árabe guardó la daga y dio media vuelta, alejándose. El otro le siguió. Y el del revólver permaneció a solas con mi hermano. Hablaron durante media hora. Después desapareció entre las quebradas del *wadi*. Jasón volvió a sentarse. Parecía esperar. En efecto: al poco, el árabe del Magnum se presentó de nuevo en la costa. Tiraba de una mula. Lo acompañaba otro beduino. Ayudaron a Jasón a montar en la caballería y se fueron. Posteriormente supe que el nómada del revólver era un árabe cristiano de nombre Marcos. Trabajaba como guía de un grupo de arqueólogos. Habían levantado el campamento a cinco kilómetros del punto en el que encontraron a mi hermano.

Respiré, aliviado. Y me dediqué a revisar los siguientes pasos. Curtiss aparecería. Era mucho lo que nos jugábamos…

Una gorra roja

El domingo, 1 de julio (1973), se presentó «Lobo uno». Curtiss también mintió al mayor. Cuando empujé a Jasón hacia las aguas del mar Muerto, el general no se encontraba en mi país, en USA. Se hallaba en Ammān, capital de Jordania, «por razones de la inminente guerra árabe-israelí». Curtiss sabía más por viejo que por general…

Los vi aparecer al alba. Llegaron en tres vehículos militares jordanos. Se aproximaron a la costa del Mujib y descendieron de los blindados. Distinguí un total de diez militares. Pero no vi a Curtiss. Mejor dicho, me costó identificarlo. Por prudencia hice retroceder la «cuna», situándola a un centenar de metros de la orilla. Y seguí observando. De repente caí en la cuenta. Uno de los militares vestía de una forma extraña. ¡Era Curtiss! Me entró la risa. Lucía una guayabera blanca y una bermuda a cuadros naranjas y blancos. Se protegía del implacable sol con una gorra roja. El general portaba unos prismáticos. Caminó hasta el agua y procedió a explorar el mar de la Sal. Obviamente no podía ver la nave. Continuaba apantallada en IR. Curtiss rastreó la superficie del lago en todas direcciones. La inútil búsqueda de la «cuna» se prolongó unos minutos. El resto de los jordanos se dedicó a instalar en el roquedo una enorme sombrilla azul y a trasladar una mesa y varios bultos al pie de la mencionada sombrilla. Después se despidieron del general, montaron en los vehículos y se alejaron. Y allí siguió «Lobo uno», pendiente de las aguas…

Hacia las nueve de la mañana inflé la *baby* (así llamábamos a la pequeña balsa neumática). «Santa Claus» desactivó el cinturón gravitatorio y remé despacio hacia la orilla.

Ultra fidem

Lo sabía. Aquella reunión con el general fue decisiva.

Curtiss me vio de inmediato. Y se adelantó hacia el agua. El recibimiento fue frío, muy militar. Percibí sorpresa en su mirada. Mi aspecto juvenil lo desconcertó. Pero no preguntó ni yo le di explicaciones sobre las últimas horas del día 17 de enero del año 28 en Saidan, cuando el Maestro me curó…, supuestamente.

Nos sentamos bajo la sombrilla. Me sentí ridículo. Parecíamos unos excursionistas despistados en mitad de la nada… El general sudaba. Retiró la gorra roja y la dejó caer sobre la sencilla mesa de *camping* que habían instalado los jordanos. En la gorra leí: «Bob».

En el bolsillo izquierdo de la guayabera blanca, magníficamente planchada, distinguí un manojo de cigarros puros, tipo habanos. No tardó en encender uno de ellos. Aspiró el humo y preguntó por el mayor. Hice un resumen de lo ocurrido, extendiéndome en el enojoso asunto de la pérdida del cilindro de acero con las muestras biológicas —sangre y cabellos— de Jesús de Nazaret y de su familia carnal. Curtiss escuchó en silencio y visiblemente contrariado. Mordisqueó el habano y terminó apagándolo. Finalmente estalló:

—¡Hay que recuperar ese maldito cilindro!… ¡Sois unos roemuertos!…

Y siguió insultándonos.

—¿Qué pasó, gomarrero?

—El mayor dice que alguien le robó el cilindro…

Me interrumpía cada dos palabras:

—Pero ¿cómo es posible? ¡Sois una caterva de catacaldos!

—Fue en la cueva de la llave —proseguí sin inmutarme—. Una niña salvaje, al parecer, se coló en la gruta y se llevó el cilindro…

—¿Una niña salvaje?

Curtiss se puso rojo. La rabia se lo comía.

—¡Sois unos castrones y unos lameculos!… ¿En qué estaba yo pensando al escogeros para esta misión?

Encendió el puro por tercera vez y trató de calmarse.

—¿Dónde fue eso?

—En la zona de Beit Ids, cerca de Pella —comenté sin demasiado convencimiento—. Eso dijo Jasón…

—¿Podrías recuperarlo?

—Si es cierto que sigue en poder de la niña salvaje, supongo que sí…

—¿Supones?

Me fulminó con la mirada.

—Podría recuperarlo —rectifiqué—. Para eso necesito tu autorización…

—¡Ya la tienes, so carute!

—¿Quiere eso decir que estoy autorizado a regresar?

Me miró de arriba abajo y masculló otras obscenidades. Después recuperó el temple y se mostró medianamente cordial.

—Te lo estoy diciendo, barbaján… ¡Regresa y consigue el maldito cilindro!

Siguió suavizando el tono:

—… Como sabes, las primeras muestras biológicas se malograron. Algo falló en la inversión de masa y el ADN de Jesucristo y de los otros resultó contaminado.

Esbozó una lejana sonrisa de complicidad y argumentó, bajando la voz:

—Es preciso que consigas nuevas muestras…

¿Por qué bajaba el tono de la voz? Allí no había nadie…

—La clonación de Cristo —continuó— es el objetivo prioritario de Caballo de Troya. Lo hemos hablado muchas veces. Tú estabas de acuerdo. ¿O no?

Me apresuré a decir que sí. Y recordé sus palabras:

—La CIA distribuirá Jesucristos por todo el mundo. Cien en Cuba. Diez mil en la China comunista… Un millón de Mesías en los países árabes… ¡Será el nuevo reino!

—Hay mucho en juego —aceptó feliz—. No puedes fallar. Vuelve, maldito zampabollos, y consigue el cilindro de acero y todas las nuevas muestras biológicas que puedas. Te ascenderé a comandante…

Y pasó a otro capítulo que —al principio— no terminé de entender.

—Consigue un máximo de óvulos de las hermanas de Cristo…

—¿Óvulos?… ¿Para qué?

—Es una orden, cuasimodo… ¡Obedece!

Después se arrepintió y abrió la caja de los truenos:

—Uno de los óvulos, una vez fertilizado, será depositado en la matriz de una virgen, y asistiremos al segundo nacimiento virginal del Maestro… Después ensayaremos con los clones de José y de María, los padres terrenales de Cristo. Los cruzaremos. Y serán mezclados con clones de negros…

Me perdí. ¿Estábamos locos?

—… La presencia de un doble de Jesucristo en la Tierra —argumentó— terminará con las injusticias. Será el final de tanto pecado comunista… ¿Has comprendido, hijo de la gran chingada?

Dije que sí por puro compromiso. Aquel general —como casi todos— desvariaba…

—Utiliza los métodos que estimes convenientes —declaró con descaro—. No tendrás que dar cuenta de ello… ¿Me explico con claridad, querido cipote?

Curtiss abrió una nevera portátil y extrajo dos cervezas. ¡Eran Yuengling! Las había mandado traer desde la ciudad de Tampa, en Florida.

Bebí con ansiedad. Y brindamos por el éxito de la operación, y por el robo de los óvulos. Acto seguido procedió a entregarme una serie de medicamentos, destinados a combatir el mal que, supuestamente, seguía padeciendo. Casi todos eran antioxidantes: dimetilglicina, N-ter-butil-fenilnitrona, bromuro de etidio y vitamina E, entre otros. Yo sabía que no los necesitaba, pero me quedé con ellos. Después me puso en antecedentes sobre la marcha de la operación Rapto de Europa y la inminencia de la cuarta guerra entre árabes y judíos. Estallaría el 6 de octubre de ese año (1973). Y aconsejó que el «regreso» a nuestro verdadero «ahora» no coincidiera con dichas hostilidades. Le escuché sin escuchar. Y bebí una segunda cerveza.

Curtiss habló también de «Rayo negro», una máquina infernal. Lo hizo extensamente, y elogió mi plan de despiste, arrojando la *landing* al fondo del mar Muerto y estabilizando los acumuladores a corta distancia del barro. Todo ello provocaría confusión y, con suerte, la «cuna» se daría por perdida. Pero no debíamos confiarnos. Haig, el nuevo jefe del proyecto Swivel, era listo. En otras palabras: cuando Curtiss se entrevistó con el mayor, en el hospital judío, lo sabía todo… y volvió a mentir.

El general me entregó también los nuevos equipos. Podían ser útiles. Yo los conocía. Me había familiarizado con ellos en la base Edwards, en el desierto de Mojave, en California. Cargué con todo y nos despedimos. Eran las 15 horas.

Cuando remaba hacia la «cuna», Curtiss levantó el brazo derecho, cerró el puño, y gritó:

—¡Ultra fidem!… ¡No vuelvas sin el cilindro de acero!

Después llevó el puño al corazón. Y yo respondí:

—¡Ultra fidem! (más allá de la fidelidad).

El regreso

Al atardecer vi llegar el convoy militar jordano. Cargaron la mesa, la sombrilla y la nevera y se alejaron. «Lobo uno» se fue con ellos.

A las 23 horas de aquel 1 de julio de 1973 desplacé la nave al centro del lago salado, sobre la fosa sur. El fondo se hallaba a menos 730 metros sobre el nivel del Mediterráneo. La profundidad, por tanto, era de 330 metros. Sumergí la «cuna» a cien metros y «Santa Claus» procedió a la inversión de masa. Todo se desarrolló «sin banderas»: de primera clase. La máquina emergió y vi llegar el amanecer del lunes, 26 de enero del año 28 de nuestra era. Los relojes de la «cuna» señalaron las 6 horas, 18 minutos y 46 segundos. Fue el orto solar. La luna se había ocultado mucho antes: a las 3 horas, 18 minutos y 46 segundos. Dediqué unos minutos a la atenta observación de nuestro entorno. Todo aparecía solitario y en calma. En las costas se distinguían las luces de las antorchas. Las aldeas no tardarían en despertar y el tráfico marítimo se reanudaría. El resto de la jornada transcurrió sin novedad. Me encerré con el ordenador central y repasamos lo ya estudiado en el Ravid: lugar para el asentamiento de la nave en el mar Muerto. «Santa Claus» colaboró eficazmente, como siempre. Rechazamos las costas, tanto la oriental como la occidental. La proximidad de las aldeas —aunque no muchas— constituía un peligro potencial. Yo debería abandonar la nave por largos periodos de tiempo. Eso haría necesario un emplazamiento altamente seguro. No podía arriesgarme…

La gran bahía, al sur del lago, era una zona atractiva; en especial la orilla este, lo que llamábamos el «bosque sumergido». Una serie de cristalizaciones submarinas había formado unos «bosques» brillantes y misteriosos que terminaron por encender la imaginación de los parroquianos. Allí —decían— habitaban criaturas monstruosas que robaban las almas de los barqueros y del pasaje. Muy pocos se atrevían a navegar por sus aguas. Algunas de esas bestias malignas —aseguraban— eran serpientes sin final, que acechaban a los intrusos, los capturaban y dejaban sus huesos en las orillas. Sabíamos que esas criaturas no existían y que el «bosque mágico» tenía su origen en un proceso natural: la cristalización de la sal gema. Respecto a los huesos, cubiertos de sal, el secreto era la rápida evaporación del agua que los

salpicaba. Todo lógico y natural en un ambiente con una salinidad superior al 27 por ciento. En verano, sobre todo, las orillas aparecían cubiertas de cadáveres de animales —fundamentalmente cabras y caballerías—, y los esqueletos, repletos de sal, terminaban por incendiar la imaginación de los beduinos. «Santa Claus», sin embargo, rechazó el «bosque sumergido» como lugar para el asentamiento definitivo de la «cuna». Había un peligro: los barcos que transitaban a una milla de la costa. Eran barcazas que transportaban cereal desde la zona de Quir. Numeira, al sureste, era el puerto desde el que partían hacia En Gedi y otras regiones del mar de la Sal. Cualquier contingencia podía hacer que la embarcación entrara en el radio de acción del cinturón gravitatorio. El «viento huracanado» del sistema defensivo rechazaría a la barcaza, por supuesto, pero quedaríamos expuestos a la curiosidad de los navegantes. Era arriesgado. Y rechazamos el «bosque mágico».

En esa misma bahía, en la costa oeste, se alzaba un rosario de isletas. Lo llamábamos el «laberinto del betún». Allí trabajaban decenas de «pescadores» de asfalto. Los bloques de betún flotaban en la superficie del lago y los marineros se los disputaban. Las peleas eran continuas. «Santa Claus» calificó el lugar como «altamente comprometido». Y olvidé la zona.

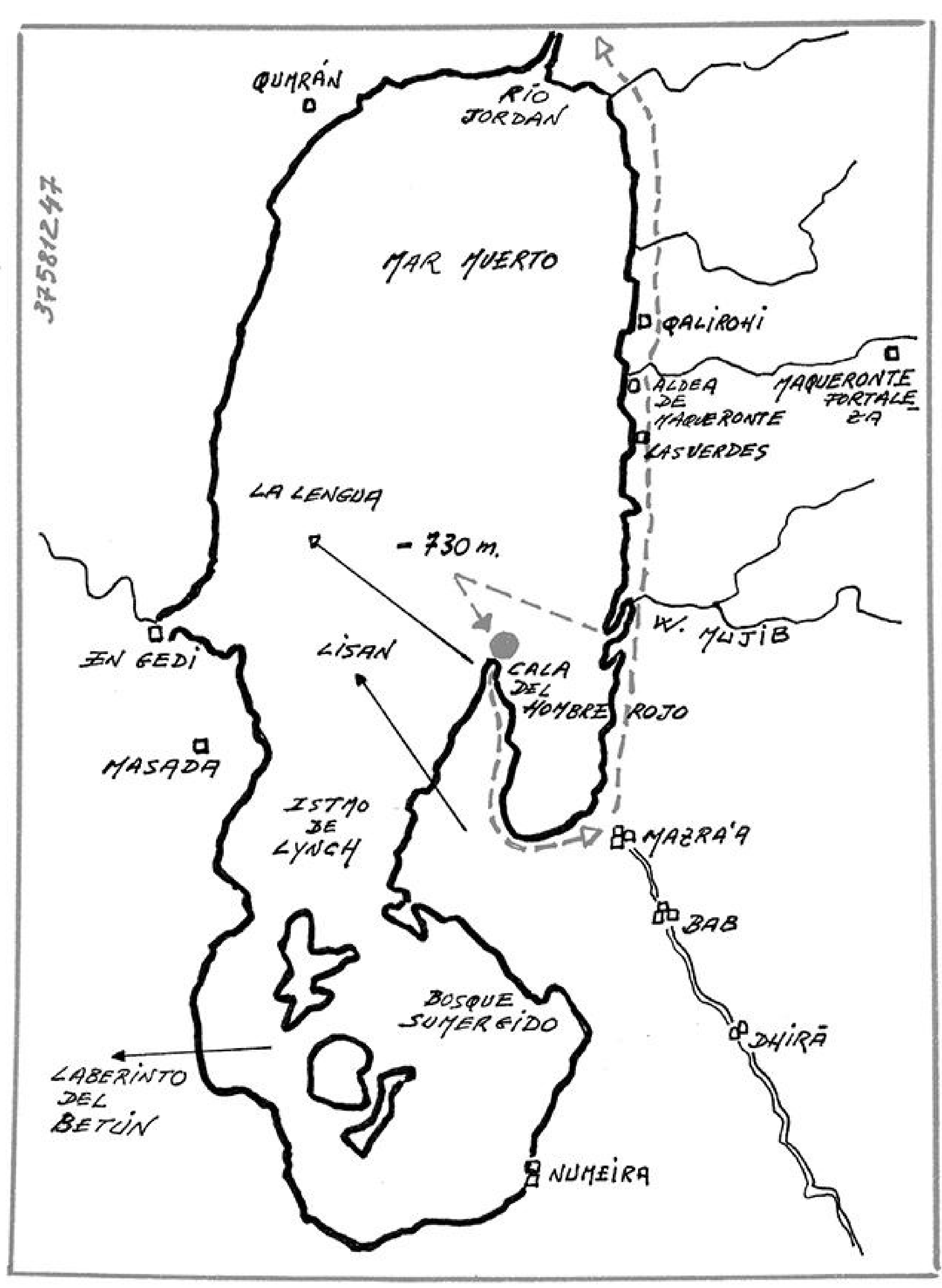
Pensé también en el delta del Jordán. Desde allí, el camino al mar de Tiberíades —y concretamente a la aldea de Saidan— era más corto. Pero los continuos arrastres del río —tierra y maleza— suponían un peligro. Desistimos.

Reconozco que me sentí atrapado. ¿Dónde ubicábamos la nave?

Fue entonces cuando «Santa Claus» —casi humano— apuntó la solución: una diminuta cala en la costa oriental de la llamada península de Lisán, relativamente cerca del punto donde nos encontrábamos. Examiné la propuesta. El lugar aparecía muy cerca del cabo que llamaban la Lengua. Aparentemente se trataba de una playa solitaria, de escasa profundidad, y protegida de los vientos por el mencionado cabo. Otra leyenda convertía la zona de la Lengua en un paraje poco recomendable. Los lugareños juraban por lo más sagrado que allí vivía Adam-adom, el «hombre rojo»; una criatura siniestra que asaltaba a hombres y animales y les extraía la totalidad de la sangre. Tenía los ojos luminosos. Así podía caminar —o volar— en la oscuridad. Decían haber visto sus huellas en la sal. Eran grandes y profundas. Nadie, con dos dedos de frente, se aventuraba a pisar la zona de la Lengua. Era territorio de la bestia… «Santa Claus» y yo coincidimos: parecía el asentamiento ideal.

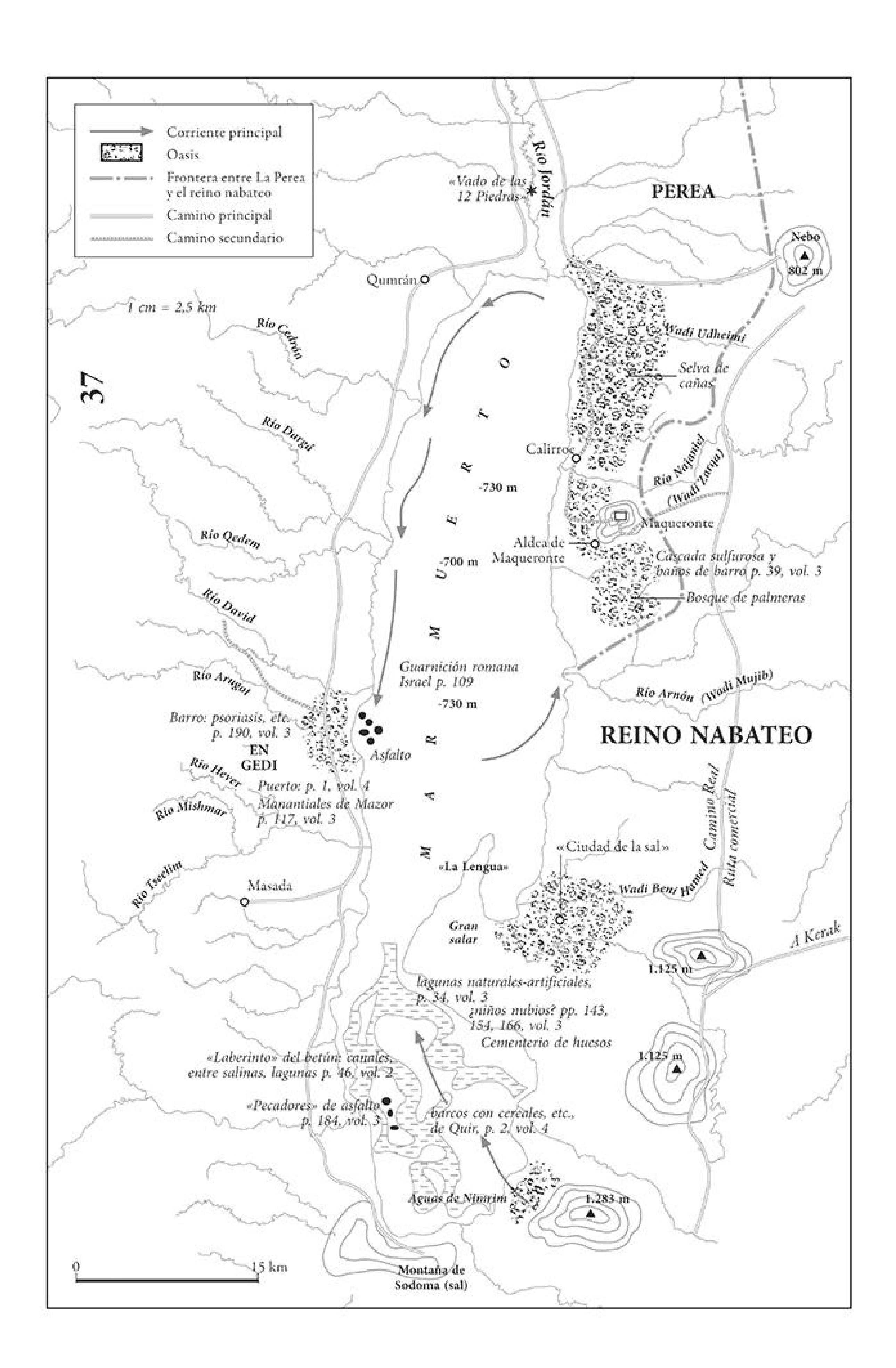
Y poco antes del ocaso —a las 17 horas y 3 minutos—, dirigí la nave hacia la cala del Hombre Rojo. Así la bauticé. Nos hallábamos a 7,5 kilómetros.

Y me dispuse para una nueva aventura…



Desplazamiento de la «cuna», desde el wadi Mujib al centro del mar Muerto. Tras efectuar la inversión de masa, regresó a la superficie y se dirigió a la península de

Lisán. En el mapa, el camino seguido por Eliseo hasta la aldea de Mazra'a y el río Jordán. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.


Corriente principal
Oasis
Frontera entre La Perea y el reino nabateo
Camino principal
Camino secundario
37
1 cm = 2,5 km
«Vado de las 12 Piedras»
Río Jordán
PEREA
Nebo
802 m
Qumrán
Río Cedrón
Wadi Udheimi
Selva de cañas
Río Dargá
MAR MUERTO
Calirroe
Río Najaliel
(Wadi Zarqa)
-730 m
Maqueronte
Aldea de Maqueronte
Río Qedem
-700 m
Cascada sulfurosa y baños de barro p. 39, vol. 3
Bosque de palmeras
Río David
Guarnición romana Israel p. 109
Río Arugot
Río Arnón (Wadi Mujib)
-730 m
Barro: psoriasis, etc. p. 190, vol. 3
EN GEDI
Asfalto
REINO NABATEO
Río Hever
Puerto: p. 1, vol. 4
Manantiales de Mazor p. 117, vol. 3
Río Mishmar
Camino Real
Ruta comercial
«Ciudad de la sal»
«La Lengua»
Río Tseelim
Masada
Wadi Beni Hamed
Gran salar
A Kerak
1.125 m
lagunas naturales-artificiales, p. 34, vol. 3
¿niños nubios? pp. 143, 154, 166, vol. 3
Cementerio de huesos
1.125 m
«Laberinto» del betún: canales, entre salinas, lagunas p. 46, vol. 2
«Pecadores» de asfalto p. 184, vol. 3
barcos con cereales, etc., de Quir, p. 2, vol. 4
Aguas de Nimrim
1.283 m
0
15 km
Montaña de Sodoma (sal)

Mapa del mar Muerto, siguiendo las indicaciones de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

«Mene dos»

La playa seleccionada, en efecto, se hallaba desierta. Paseé por los alrededores. Pura piedra, sal, guijarros blancos y nula vegetación. El paraje era blanco y amarillo. La desolación de las desolaciones.

La «cuna» embarrancó suavemente entre los guijarros. El agua no molestaba. El lago salado intentaba hacer olas, pero lo conseguía con mucho esfuerzo. Esos dos días —27 y 28 de enero (año 28 de nuestra era)— me afané en cuatro tareas fundamentales: revisión de los sistemas de seguridad de la «cuna», chequeo de mi salud, exploración minuciosa de la Lengua, y examen de los equipos y de la indumentaria que debería cargar en el próximo viaje a la aldea de Saidan. Iré por partes.

Además del lógico apantallamiento en infrarrojo (IR) de la nave, que la hacía invisible a los ojos humanos, con una frecuencia superior a los 800 nanómetros, «Santa Claus» modificó el perímetro del cinturón gravitatorio, ubicándolo en el nivel «mene dos», con una potencia disuasoria de 550 kilómetros por hora. Como ya explicó el mayor en sus memorias, el gravitatorio consistía en una «burbuja» gravitacional, igualmente invisible, que protegía la totalidad de la nave. El perímetro fue fijado a 20 metros de la «cuna». Cualquier ser vivo que se aproximara sería rechazado al instante. La sensación equivalía al choque con un viento huracanado, a razón de 550 kilómetros a la hora. Imposible traspasar dicho «muro». La poderosa emisión de ondas gravitacionales partía de la membrana exterior de la «cuna» y era proyectada por el ordenador central según la voluntad de los pilotos. El sistema para activar y desactivar dicho cinturón también fue modificado, pero me referiré a ello en su momento.

Estimé que con estas defensas era más que suficiente para garantizar la seguridad de la nave. «Santa Claus» estuvo de acuerdo. El gasto energético, además, se vio sensiblemente mermado. «Santa Claus» sugirió la desconexión de las mangueras que suministraban oxidante y combustible al «J85» y a los restantes motores. Llevaba razón. El tetróxido de nitrógeno y la mezcla de hidracina y dimetilhidracina asimétrica eran propulsores hipergólicos; es decir, al combinarse, se queman espontáneamente. Dejar conectadas las mangueras era un riesgo. Los tanques, por supuesto, fueron convenientemente

aislados, aunque, como dije, el volumen de combustible era mínimo. El ordenador se responsabilizó de su chequeo, velando para evitar cualquier fuga. En caso de emanación, la alta toxicidad habría puesto en peligro la vida del piloto y de todo el entorno. En un hipotético caso (poco probable) de caída del sistema, por fallo de la pila atómica SNAP 27, dejé preparados los doce espejos metálicos que deberían aprovechar la intensa radiación solar del mar Muerto, convirtiendo la luz en energía eléctrica. Estos espejos, con revestimiento de plata, estaban capacitados para generar hasta 500 W. En ese tiempo —año 28—, el número de horas de sol en el mar Muerto era de 4000 al año (sobre las 4336 horas posibles). Respecto a la pila atómica, como fue dicho en su momento, su capacidad para transformar el plutonio en electricidad estaba garantizada por un periodo de diez años.

En suma: todo fue dispuesto minuciosa y satisfactoriamente…

Mucho más que una curación

El siguiente paso —innecesario— fue la revisión de mis redes neuronales. Y digo innecesario porque yo sabía que mi estado de salud era bueno. Como fue explicado, los sucesivos procesos de inversión de masa alteraron el crecimiento de una enzima, responsable de la síntesis de la óxido nítrico sintasa. Este radical libre estaba destruyendo nuestros cerebros. Si la destrucción de las neuronas continuaba, nuestras vidas terminarían en breve.

Me equivoqué en la estimación. Mi estado no era bueno: ¡era excelente! Según «Santa Claus» —que llevó a cabo el chequeo—, las redes neuronales se vieron sensiblemente incrementadas. La población de neuronas aparecía por encima de los 14 000 millones. Pero más desconcertante fue que las pérdidas eran prácticamente nulas. Y digo desconcertante porque, en una persona adulta y sana, esas pérdidas anuales oscilan alrededor de 36 500 000 neuronas. ¡Mi cerebro no tenía pérdidas neuronales! ¿Cómo podía ser? Y en mi mente surgió una imagen: Jesús de Nazaret. Pero la rechacé. Aquella curación, a la puesta de sol, pudo ser una alucinación colectiva…

Como consecuencia de este inexplicable saneamiento de mi cerebro, la memoria resultó especialmente beneficiada. Si ya era buena —los médicos la denominaron «hipermnesia»—, a partir de aquel 17 de enero del 28 se convirtió en una memoria «panorámica». Textos, nombres, imágenes, números o lo que fuera se presentaban en mi mente al momento; no importaba la antigüedad de los recuerdos. Mi memoria declarativa se convirtió en un tesoro. «Santa Claus» detectó también un notable aumento de una proteína llamada CREB, así como un canal iónico que emitía una brillante luz azul: el canal rodopsina 2. Ellos podrían ser los responsables de esa excelente memoria. Del cáncer terminal, ni rastro…

300 000 denarios

A continuación revisé mi indumentaria, el saco de viaje y los dispositivos de seguridad que debía portar en el próximo viaje.

1. Túnica negra, de lino, con dos franjas verticales —rojas— en el centro y de arriba abajo. *Saq* o taparrabo (tres pares). Cíngulo o cinturón de cuero ahuecado en el que guardar los dineros y otros enseres, como las «crótalos». Sandalias de suela de esparto (dos pares) y el manto o *chlamy*, de color marfil.

2. Saco de viaje (petate). Algunas provisiones, pocas (fundamentalmente higos prensados, pasas y nueces), una calabaza hueca con la pertinente ración de agua filtrada y hervida, los dineros (disponía de 300 000 denarios de plata en un banco de Nahum; es decir, 2 millones de sestercios. A un interés del 3 por ciento me proporcionaban algo más de 750 denarios al mes. El equivalente a 8000 dólares de 1973. Un dinero más que suficiente para vivir, teniendo en cuenta que un jornal medio —diario— ascendía a un denario. Cargué lo justo para el camino hasta la aldea de Nahum), el salvoconducto de Poncio (el documento, escrito en griego, había sido fechado en el mes de *elul* —agosto-septiembre del calendario judío— del año 26 de nuestra era. Fue Jasón quien lo consiguió. Podía resultar muy útil. Repasé una de las cláusulas y sonreí. Decía así: «… y los griegos anteriormente mencionados —amigos personales y servidores del divino Tiberio— podrán viajar libremente por los territorios de esta provincia procuratoriana, siendo asistidos, si así lo reclamasen, por las cohortes y guarniciones a mis órdenes…»), las «crótalos» (necesarias para orientar los ultrasonidos y el láser de gas de alta energía. Como fue explicado en su momento, eran unas lentes de contacto muy especiales, relativamente parecidas a las fosas infrarrojas de las «crótalos»; permitían la visión en el espectro del IR. El mayor solía llevarlas en un saquete, al cuello, como si fuera un amuleto. Yo opté por guardarlas en el petate) y la obligada farmacia de campaña. Me sentía tan bien, tan pletórico, que tentado estuve de prescindir de ella. Pero el sentido común —y las normas de Caballo de Troya— me obligó a guardar algunas ampolletas de barro. Lo justo. A saber: medio centenar de tabletas de dimetilglicina, el antioxidante, y otras tantas dosis de cloroquina, en previsión de la peligrosa y

siempre acechante malaria. La cloroquina debía ser ingerida a razón de dos tabletas por semana (trescientos miligramos). En aquel tiempo, según nuestras informaciones, en Palestina se daban más de sesenta especies de mosquitos que transmitían el paludismo o malaria. Era un peligro grave. Disponía de la piel de serpiente, pero no debía arriesgarme.

Como digo, me sentía extrañamente eufórico. Yo sabía —no sé por qué— que nada malo podía ocurrirme…

3. «Piel de serpiente». Me rocié la totalidad del cuerpo, excepto la cara. Debería renovarla en un máximo de noventa días. Las características de esta protección fueron sobradamente detalladas en los diarios de Jasón.

4. «Vara de Moisés». Lo dejé para el final. Revisé las emisiones defensivas ultrasónicas y las probé con los pájaros. Cayeron inconscientes. Modifiqué las ondas de 18 000 a 21 000 Hertz. Perfecto. Los ultrasonidos se deslizaban por el cilindro de luz sólida que los protegía del aire a casi la velocidad de la luz y con un alcance que oscilaba entre cinco y veinticinco metros. Se trataba, como definió Jasón en sus memorias, de un arma meramente disuasoria. Los ultrasonidos penetraban en la cabeza del individuo o del animal y lo dejaban sin sentido durante algunos minutos. Lo recomendado era utilizarlos con la ayuda de las «crótalos», pero no siempre fue posible. Después me centré en el láser de gas. Era un sistema defensivo que no convenía utilizar contra las personas. En realidad fue ideado como herramienta para usar sobre cosas o animales. De la zona superior del cayado, cuando pulsaba uno de los clavos de cobre, surgía un haz de luz (igualmente apantallado en infrarrojo) de alta energía que cortaba el titanio a razón de diez centímetros por segundo. La potencia —regulable— alcanzaba los 15 000 vatios en centésimas de segundo. Camino del *yam*, Jasón tuvo oportunidad de probar el láser de gas en un derrumbe de rocas. El resultado fue espectacular.

Y, satisfecho, me preparé para una primera visita a la población más cercana…

Mazra’a

El martes, 27 de enero (año 28), a la hora sexta (doce del mediodía), me encaminé hacia Mazra’a, ubicada hacia el sureste, a poco más de tres kilómetros de la cala del Hombre Rojo, donde fue varada la «cuna». A buen paso podía alcanzarse en treinta o cuarenta minutos.

Mazra’a —también llamada «ciudad de la sal»— era un núcleo urbano de mediano porte, poblado por una confusa mezcla de beduinos, egipcios, negros africanos, sirios y judíos. Las viviendas eran singulares. Estaban edificadas con bloques de sal. Carecían de puertas y ventanas. Accedían al interior por las terrazas. En todas las viviendas se veían largas escaleras de mano, apoyadas en las paredes, por las que subían y bajaban los inquilinos. Me limité a callejear y husmear. Pensé en alquilar o comprar una caballería. Hubiera sido de gran utilidad para el largo camino hasta el *yam* o mar de Tiberíades, pero lo pensé mejor y desistí. No deseaba crearme problemas añadidos desde el primer momento. Un río seco visitaba Mazra’a. Era el *wadi* Beni Hamed. Al final se dividía en dos tramos. La ciudad fue levantada entre dichos brazos. Alrededor de la población crecía un esforzado corro de palmeras, animadas por dos milagrosos manantiales. Jasón, en su peripecia en la ciudad de la sal, hace una detallada descripción de ella. No me alargaré en ese asunto…

Ubiqué un mercado, en el que se vendía de todo; compré algunas provisiones y examiné con detenimiento las entradas y salidas de la pequeña ciudad. Nunca se sabe…

La incursión me sirvió para probar el «leb» y su gemelo, la «cajita azul», como la definió el mayor. Me situé en un rincón, pulsé el dispositivo que colgaba del cuello y «Santa Claus» respondió al instante. Perfecto. Y lo mismo hice con el traductor. Regresé al mercado y pregunté, en koiné (griego internacional), el precio de una carne de vaca. El tendero respondió en sirio. Activé la otra cara del «leb» y recibí en mi mente la correspondiente traducción en inglés. ¡Pardiez!, ¡qué perfección! La ciudad vivía, básicamente, de la sal. La extraían a toneladas y la exportaban por tierra y en las barcazas que cruzaban el mar Muerto, al que llamaban Ha Melah (lago de

la Sal). A excepción del pequeño oasis que daba color a Mazra'a, mirase hacia donde mirase, todo era sal, una superficie blanca que lastimaba los ojos.

A la caída del sol regresé a la «cuna». La oscuridad llegó, puntual, a las 17 horas y 4 minutos.

«NCS»

La jornada del miércoles, 28 de enero (año 28), la dediqué —casi por completo— a la revisión de los equipos proporcionados por el general Curtiss en la última reunión. Pero antes de entrar en ello debo aclarar algo: no comparto el criterio del mayor a la hora de describir el arsenal técnico y científico que nos fue encomendado. Soy militar —así me siento— y entiendo que tales dispositivos son secretos. En consecuencia, no hay por qué revelar los detalles. Dicho esto, procederé a enumerar y resumir —muy por encima— algunas de las «ayudas» que «Lobo uno» puso en mis manos. Parte de las descripciones ha sido alterada intencionadamente.

1. Sistema «NCS».

Las siglas corresponden a «colonia neuronal compartida». Se trata de un dispositivo revolucionario, basado en las investigaciones de la USAF sobre biocibernética, en el que han trabajado científicos como Donchin, Fujimaki, Pfurtscheller y Sutter, entre otros. La División de Sistemas Humanos de la base de Wright-Patterson participó de manera decisiva. El dispositivo —miniaturizado— permite la conexión (sin cables) entre el hombre y la máquina. En este caso, entre «Santa Claus» y yo, gracias al llamado «teletransporte cuántico» (entrelazamiento de fotones). Las ondas cerebrales humanas P-300 y MU son enviadas al ordenador central mediante un complejo procedimiento denominado «EPR» (entrelazamiento cuántico). El resultado es fantasmagórico, como definió Einstein en 1935. Sencillamente, el pensamiento cabalga en las referidas ondas cerebrales y es descargado en la máquina. Ésta responde de inmediato. «NCS» fue encerrado en una caja de roble persa de ocho centímetros de diámetro y ochenta milímetros de grosor, resistente al fuego y de altísima impermeabilidad. La caja tiene forma de corazón. Lo llamábamos «leb» («corazón», en hebreo). Al pulsar un pequeño relieve en una de las caras (una *yod*, símbolo del Eterno), un pulsador microláser (ultracorto) activa 10 000 millones de nanotransmisores de efecto campo (20 nanómetros), acelerando el funcionamiento de los transistores hasta la escala del femtosegundo (una milbillonésima de segundo). El panel de nanotransmisores incide entonces sobre el núcleo amigdalino del cerebro, favoreciendo el referido teletransporte cuántico. Y «Santa Claus» recibe la

pregunta solicitada por el portador del «leb». La operación se lleva a cabo en un «tiempo» de setenta attosegundos (mucho menos que un abrir y cerrar de ojos). El microláser emite del orden de mil pulsos de femtosegundos de duración por cada segundo. La velocidad de conmutación estaba establecida en cien mil millones de operaciones por segundo; es decir, diez mil femtosegundos. El explorador y el ordenador central quedaban así íntimamente unidos, en un estado que podríamos definir como de «coherencia». No importaba la distancia. Una onda invisible de Schrödinger nos mantenía en contacto, siempre que yo presionara el «leb». Era como un cordón umbilical. Yo salí altamente beneficiado con el «NCS». El «corazón» fue ideado como un simple colgante. El consumo era mínimo: del orden de 10^{19} julios por operación (un julio, como es sabido, equivale a la energía necesaria para alzar una manzana a un metro del suelo).

En la otra cara del «leb» aparecía un segundo relieve. Tenía la forma de la letra hebrea *he* (Espíritu), con una altura de 1,1 centímetros. Al presionarlo, el «corazón» se convertía en un traductor de la lengua o lenguas captadas por el explorador en esos momentos. Capacidad: 1036 idiomas, con un índice de registro hemastópico del 0,3 por ciento. Siguiendo el procedimiento del «NCS», la traducción se presentaba —al momento— en la mente del portador. Resultó igualmente útil.

«Corazón» tenía un gemelo, del tamaño de una cajetilla de cigarrillos. Fue utilizado, únicamente, en las proximidades de la «cuna».

2. «Armadura».

El dispositivo no es nuestro. El invento fue del ruso Veselago, en 1967. En aquel momento demostró —en teoría— que algunos metales tienen propiedades extrañas, con índices de refracción negativa y efecto Doppler inverso. Pues bien, la DARPA (Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de la Defensa), dependiente del Pentágono, logró robar el hallazgo del soviético. Y nosotros, a su vez, se lo robamos a la DARPA. La «armadura» —en pocas palabras— lograba la invisibilidad de un cuerpo, merced al control del índice de refracción de la luz visible. Es decir: mediante la curvatura de la luz. El dispositivo —fabricado con nanotubos de carbono de 50 nanómetros, capaz de resistir una tensión de 120 gigapascales— provoca una refracción negativa equivalente a la del aire (1,0003). Como digo, lo llamábamos la «armadura». Tenía forma de kipá o solideo. Se colocaba sobre la cabeza, se activaba con un tercer relieve (la letra hebrea *nun*, ubicada también en el «leb»), y de los nanotubos se derramaba una cascada de agua pulverizada con refracción negativa que hacía invisible al portador de la

«armadura». Peso del dispositivo: doscientos gramos. Inconvenientes: la limitada duración (escasos veinte minutos) y la necesidad de utilizarlo en lugares con una humedad mínima del setenta por ciento. También resultaría útil…

3. «Extractor».

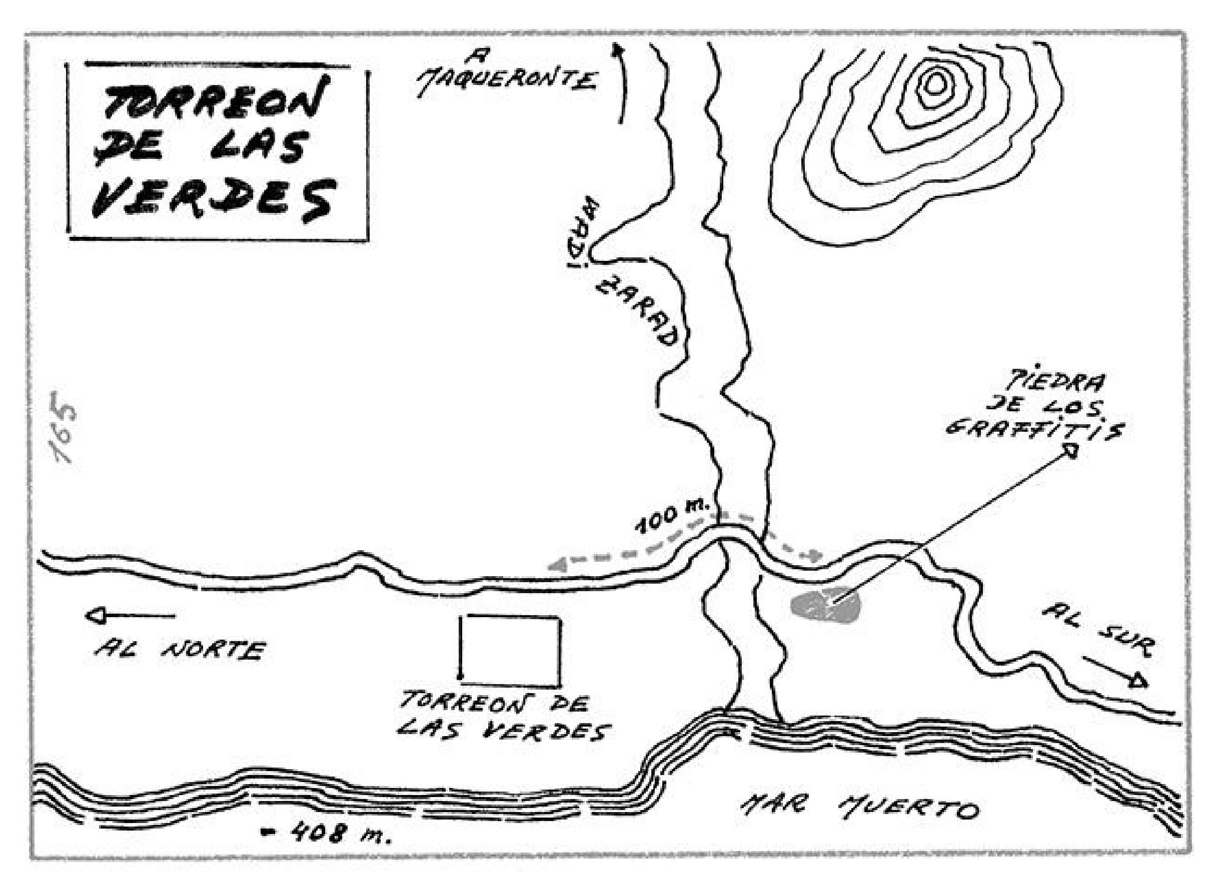
De este último invento me ocuparé más adelante. Fue igualmente útil. Ayudó mucho. En especial a la hora de conseguir nuevas muestras biológicas de Jesús de Nazaret y de su familia carnal…

Camino del yam

Y al amanecer del jueves, 29 de enero del año 28 de nuestra era, partí hacia el norte, siguiendo la orilla oriental del mar de la Sal.

El tiempo era excelente. Cielo despejado y 21 grados Celsius en el instante del orto solar (6 horas y 33 minutos). Algunos barcos cruzaban la superficie plateada del lago. En lo alto, lejana, observé una luna casi llena. Cargué el petate y me preparé, mentalmente, para lo bueno y para lo malo…

Fui tomando referencias, al estilo del mayor. Crucé Agalain, otra población volcada en la exportación de sal, y muy cercana a Mazra'a. Dejé atrás los ríos secos llamados Shuqeiq y Mujib y tuve un primer encuentro con una bola de serpientes (posiblemente víboras cornudas). Fue una ocasión excepcional para probar el láser de gas. Las fulminé. En seis horas cubrí la distancia que separaba Mazra'a del *wadi* Zarad, sobre el que se alzaba la fortaleza de Maqueronte, de tan triste recuerdo para Jasón. Y a la hora sexta (doce del mediodía) divisé el torreón de Las Verdes, muy próximo al citado *wadi* Zarad. Me hubiera gustado conocer a Raisos, el conseguidor, dueño del torreón y esposo de Las Verdes. Había leído las memorias del mayor y sabía quién era: un tipo zambo que hablaba con refranes y que abastecía el palacio fortaleza de Antipas. Pero no deseaba entretenerme y lo dejé para otra oportunidad. Antes de cruzar el *wadi* seco del Zarad descubrí —por la izquierda— una familiar reunión de grandes rocas rojas. También las reconocí. Entre ellas se alzaba el peñasco de los grafitis, como lo bautizó Jasón. Allí sí me detuve unos minutos. Y contemplé los nombres grabados a 15 metros de altura, casi en la cima de la roca. *Zeq'el* (el que sabe de relámpagos), *Hermoní* (el que enseña a desencantar), *Semihazah*… Y recordé, divertido, el traspié del mayor cuando intentaba investigar las grabaciones. El humilde *calatropis* o manzano de Sodoma lo salvó de una muerte segura… Lo que mi hermano no supo nunca es que aquellos 16 nombres, alineados en cinco columnas, correspondían a otros tantos ángeles caídos (de los 200 que bajaron en el monte Hermón hacía más de cuatrocientos mil años). Pero ésa es otra historia…

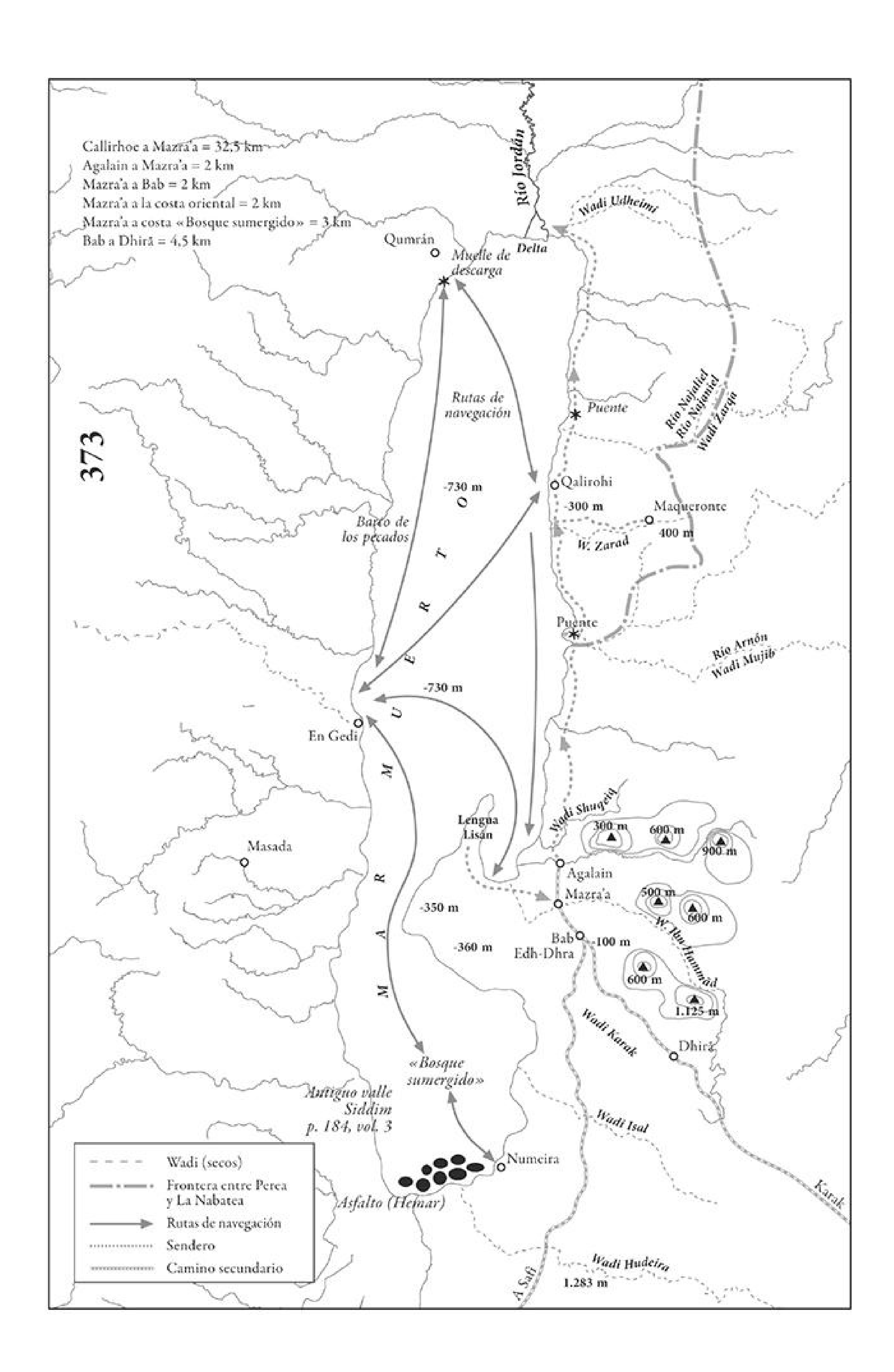


Ubicación del torreón de Las Verdes y de la piedra de los grafitis, en la orilla oriental del mar Muerto, según las indicaciones del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Me alejé del *wadi* Zarad y —sin tropiezos— me aventuré en la ciudad de Qalirohi. Allí repuse fuerzas. La población era básicamente beduina, muy amable y hospitalaria. Y una hora antes del ocaso crucé el río seco que llamaban Zarqa o Najaniel. Nadie me incomodó. A las 17.06, momento de la puesta de sol, decidí acampar. Y lo hice en las proximidades del delta del río Jordán, en lo que denominaban *wadi* Udheimi. Esa noche disfruté de la soledad y de una luna llena, enorme, que me miraba con curiosidad… Me hice algunas preguntas: ¿era correcto lo que solicitaba el general Curtiss? ¿Debía conseguir nuevas muestras biológicas del Maestro y de su familia? ¿Por qué me repugnaba el asunto de la clonación del Hijo del Hombre? Pero, de inmediato, rechacé las dudas. Era un militar y había jurado obediencia ciega a mis superiores. Para eso fui entrenado. Probé el «NCS», «Santa Claus» respondió de inmediato.

Al día siguiente, viernes, con el alba, reemprendí el camino. No hubo problemas destacables. Dejé atrás el vado de Josué, Damiya y Omega, e hice noche en la base de abastecimiento de «los trece hermanos», cerca de Bet Yeraj, al sur del *yam* o mar de Tiberíades. Y el sábado, 31 de enero (año 28), alcancé la ínsula de Si, en Nahum. Oscurecía.

¿Cómo me recibiría Kesil, el fiel amigo y sirviente?


373
Callirhoe a Mazra'a = 32,5 km
Agalain a Mazra'a = 2 km
Mazra'a a Bab = 2 km
Mazra'a a la costa oriental = 2 km
Mazra'a a costa «Bosque sumergido» = 3 km
Bab a Dhirā = 4,5 km
Río Jordán
Wadi Udheimi
Qumrán
Muelle de descarga
Delta
Rutas de navegación
Puente
Río Najaliel
Río Najaniel
Wadi Zarqa
-730 m
Qalirohi
-300 m
Maqueronte
400 m
W. Zarad
Barco de los pecados
MAR MUERTO
Puente
Río Arnón
Wadi Mujib
-730 m
En Gedi
Wadi Shuqeiq
Lengua Lisán
300 m
600 m
900 m
Agalain
Mazra'a
500 m
600 m
Masada
-350 m
W. Ibn Hammād
Bab Edh-Dhra
-100 m
-360 m
600 m
1.125 m
Wadi Karak
Dhirā
«Bosque sumergido»
Antiguo valle Siddim p. 184, vol. 3
Wadi Isal
Numeira
Karak
Asfalto (Hemar)
Wadi Hudeira
1.283 m
A Safi
Wadi (secos)
Frontera entre Perea y La Nabatea
Rutas de navegación
Sendero
Camino secundario

Itinerario seguido por Eliseo, desde la Lengua (península de Lisán) a la desembocadura del río Jordán. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

La confesión

Kesil no se hallaba en la ínsula. La «gata» de Nahum, propietaria de las dos habitaciones que habíamos arrendado, no supo darme razón. El criado podía estar en cualquier parte…

Kesil se presentó al poco. Y, al verme, se asustó. Trató de huir. No lo permití. Lo retuve a la fuerza y pregunté, aunque intuía el porqué de aquella actitud:

—¿Qué sucede? ¿Por qué huyes?

Bajó los ojos. Temblaba.

Estaba en lo cierto. Kesil no había olvidado el golpe que tuve que propinarle en la «zona muerta», cuando intentaba trasladar al mayor al interior de la «cuna», en lo alto del Ravid. No tuve opción. El buen hombre, con su mejor voluntad, quiso ayudarme a llevar el cuerpo de Jasón a lo alto del «portaaviones». Eso no podía ser, y lo dejé inconsciente. Pero, como descubriría poco después, lo que verdaderamente le atormentaba era otro asunto…, y pensé a gran velocidad: «¿Vio despegar la nave? Rechacé la idea. La “cuna” estaba apantallada en infrarrojo (IR). Él no la hubiera visto. ¿Qué pasó?».

Lo presioné y terminó confesando.

Cuando se recuperó del golpe, corrió hacia lo alto del Ravid. No lo consiguió.

—Un viento fortísimo —manifestó— me lanzó de espaldas al suelo.

Comprendí. Había alcanzado el perímetro del cinturón gravitatorio, una de las defensas de la «cuna». Fue como intentar atravesar un muro invisible.

—Después, aterrorizado, oí un trueno…

Era el despegue de la nave. Y el bueno de Kesil creyó en la versión que circulaba por los alrededores del Ravid: en lo alto del peñasco vivían dos diablos…

Me miró con temor. Y entendí. Ésa era su gran preocupación: ¿quiénes éramos en realidad? Quise tranquilizarlo. Y actué por puro interés. Necesitaba sus servicios. Y empecé por reconocer que llevaba razón. Jasón y yo éramos ángeles, al servicio de un jefe militar muy poderoso. Eso le dije. Procedíamos de un mundo lejano. Kesil era inteligente, aunque su nombre significaba

«tonto» y «Orión», la constelación. Lo de «tonto» podía deberse a su bondad natural. No quise insultar su inteligencia y le revelé parte de la verdad.

Abrió los ojos, espantado.

—¿Ángeles —preguntó casi sin voz— o demonios?

—Somos pacíficos —mentí una vez más—. Estamos aquí en una misión especial y secreta…

Me interrogó con la mirada. Y continué improvisando:

—Debemos informar sobre Jesús de Nazaret… Para terminar la misión necesito tu ayuda.

Kesil preguntó de nuevo:

—¿Y por qué necesitas mi ayuda? Sólo soy un *felah,* un campesino…

—Serás mis ojos y mis oídos allí donde yo no pueda estar. No te preocupes. Te recompensaré.

Kesil movió la cabeza, negativamente. Y dejó claro algo que ya sabía:

—No es el dinero lo que me preocupa…

Dudó unos segundos, pero terminó siendo sincero, como siempre:

—¿Qué le ha sucedido a Jasón, tu amigo?

Esta vez no mentí (cosa rara). ¿O sí?

—Lo he trasladado a nuestro mundo —expliqué—. Ese trueno que escuchaste en la madrugada del viernes, 23 de enero, es parte de nuestro poder. Jasón se encontraba muy enfermo. Tú lo viste. Allí lo atenderán.

—¿Volverá?

Respondí con un significativo silencio. Kesil comprendió y bajó de nuevo la mirada, decepcionado. Aquel hombre apreciaba —y mucho— al mayor (como casi todo el mundo que llegó a tratarlo). Y Kesil terminó serenándose.

—Sólo te pido —continué— que esta conversación quede entre nosotros. Nadie debe saber…

Kesil me miró, perplejo. Pero yo no había terminado la exposición. E insistí:

—Nadie debe saber… De lo contrario…

Activé el láser de gas y dirigí el chorro de energía hacia la túnica que colgaba en la pared. Se incendió al momento. Kesil retrocedió, espantado, al tiempo que miraba hacia el techo de la habitación. Y dejé que la vestimenta se quemara del todo.

—De lo contrario —concluí— te fulminaré.

El hombre, pálido, dijo que sí con la cabeza. Y llegamos a un acuerdo. Él seguiría ocupándose de las tareas domésticas y me acompañaría en los viajes. A cambio doblaría su paga: cuatro denarios de plata al día, más comida y

alojamiento. Finalizada la «misión», si todo salía bien, tendría una recompensa especial. Y ya lo creo que la tuvo…

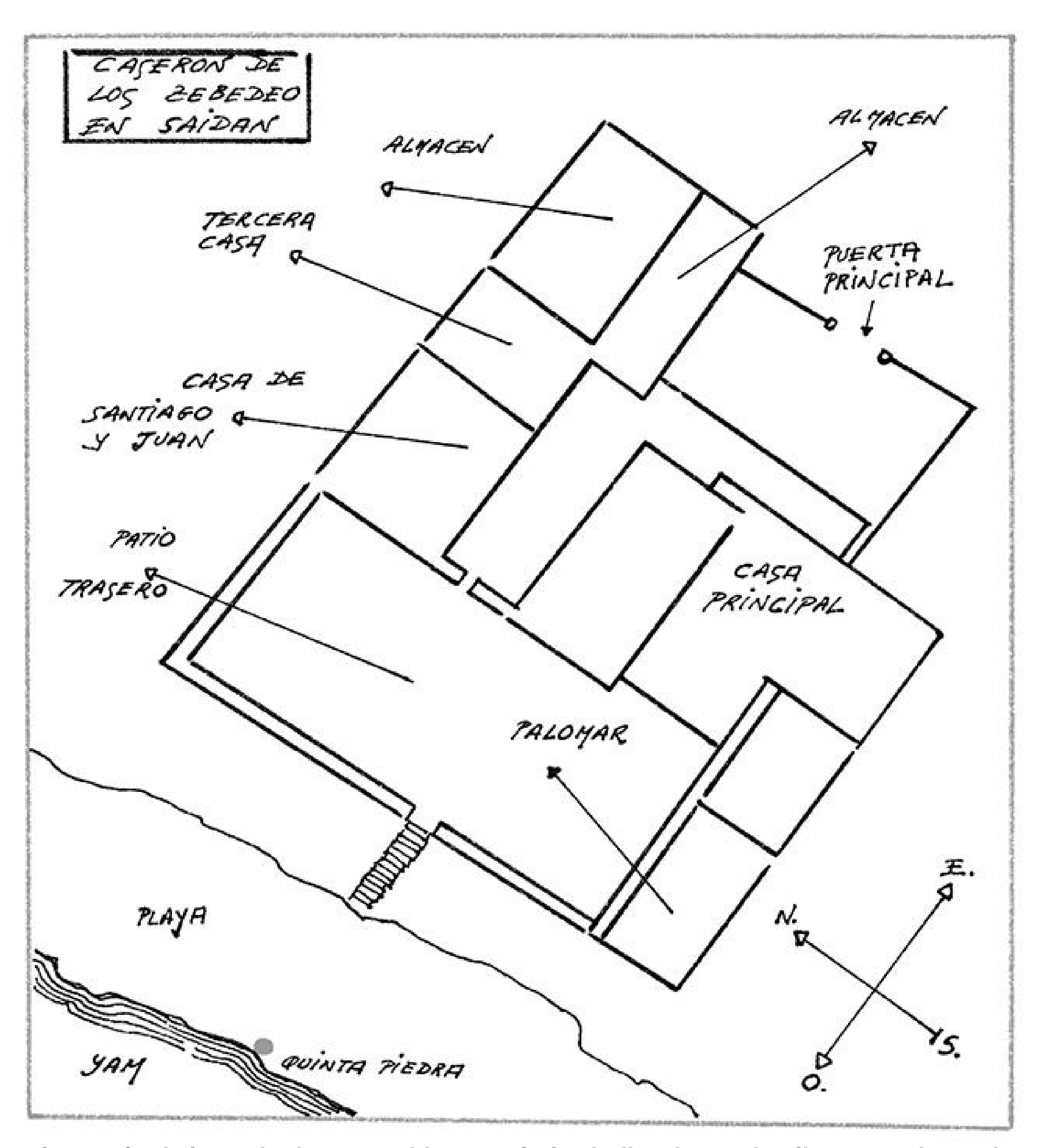
Los barbos del yam

El domingo, 1 de febrero (año 28), al alba, nos presentamos en el viejo caserón de los Zebedeo, en Saidan, el barrio pesquero de Nahum. Salomé y las hijas me recibieron con frialdad. Estaba claro que no les caía bien. Con el fiel criado —Kesil—, sin embargo, fueron muy atentas. Pregunté por el Maestro. Gran decepción: hacía casi dos semanas que había partido, en la compañía de sus discípulos y de no sé cuánta gente más. No lograron ponerse de acuerdo respecto al destino. Unas hablaban de Rimmón, una aldea ubicada al oeste del *yam*. Otras se inclinaban por Nazaret. Allí habitaban María, la madre del Galileo; Ruth, la hermana pequeña, y otros familiares. Seguí el instinto y opté por la desconocida Rimmón.

Por lo que observé en Saidan, decenas de personas llegaban cada día a la aldea con la intención de que Jesús los curase. La noticia de la masiva curación en el atardecer del 17 de enero se había extendido por todo el país. La playa y las calles se hallaban prácticamente tomadas por familias enteras. Vi paralíticos, ciegos, mancos y, por supuesto, toda clase de tunantes, vendedores y aprovechados.

Regresamos a Nahum y medité qué hacer. Opté por lo más sensato. Si pretendía conseguir nuevas muestras biológicas del Galileo —ésas fueron las órdenes de Curtiss—, tenía que buscarlo, acompañarlo y esperar el momento propicio. Conmigo viajaban varios «extractores»… Los utilizaría, por supuesto. Yo era un soldado.

Hablé con Kesil y le ordené que contratara un *reda*, un carro de cuatro ruedas, a ser posible cubierto. En esta ocasión viajaríamos con un mínimo de comodidad y rapidez. Estaba decidido. Partiríamos hacia Rimmón esa misma mañana. Y así fue…



El caserón de los Zebedeo, en Saidan, según las indicaciones de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

En aquellos momentos —hacia la hora quinta (once de la mañana)—, oí los gritos de los *lebuš*, unos barbos parecidos a las anguilas. Asomaban las cabezas en el *yam* y chillaban como niños aterrorizados. Eran enormes (algunos medían un metro y pesaban cinco kilos). Al escucharlos, la gente se tapaba los oídos. Traían mala suerte. Yo también lo tomé como una señal. Debía permanecer muy atento…

Ah y Sab

Kesil trabajó eficazmente y con rapidez. Consiguió un buen carro, un *reda*, y dos onagros asiáticos. Eran robustos y batalladores. Tenían el vientre blanco, con el pelaje gris y liso, rayado por una cinta negra en la espalda. Las crines eran cortas, con sendos mechones de pelo en las extremidades de las colas. Me gustaron las orejas, grandes y siempre atentas. Uno se llamaba *Sab* («anciano», en arameo) y el otro atendía al nombre de *Ah* («compañero»). Según Kesil, la vista, oído y olfato de aquellos jumentos eran excepcionales. Podían detectar a un oso o a una serpiente a una milla. No lo dudé.

Y Kesil procedió a cargar el carro de cuatro ruedas con provisiones para una semana, dos tiendas de pieles de cabra (empecinadas), sendos *aba* o capotes de piel de camello (utilísimos contra la lluvia y la nieve), varias lucernas y una reserva de aceite de 24 log (16 litros). Probé de nuevo el «NCS» y «Santa Claus» respondió al momento, proporcionándome los datos requeridos: distancia a Rimmón (33 kilómetros y 800 metros) y la vía más adecuada para llegar a la aldea (por la ruta principal a Cesarea). También advirtió de un posible peligro: la existencia en dicho camino de la «ciudad de los *mamzerîm*» o bastardos, a escasa distancia de Tiberíades. El mayor la había cruzado en una de sus correrías. Pero no presté atención. Hice cálculos. Si todo iba bien, el viaje se prolongaría durante tres o cuatro horas. Andábamos un poco justos. El ocaso se registraría ese 1 de febrero a las 17 horas y 8 minutos. Pero decidí arriesgarme. Tenía que encontrar a Jesús de Nazaret lo antes posible. Si nos sorprendía la noche en el camino, quedaba la opción de pernoctar en el carro cubierto.

Pasada la hora sexta (doce del mediodía), todo estaba dispuesto. Y Kesil animó a las caballerías.

En el camino, el criado hizo una pregunta; algo que había quedado pendiente en la tensa conversación del día anterior en la ínsula de Si:

—¿Por qué debes informar sobre Jesús? ¿Quién es ese carpintero?

No supe cómo aclarar sus dudas. En realidad, ni yo mismo lo sabía. Y salí del paso como pude:

—Dice que es un enviado…

—¿De quién?

—Él lo llama «Ab-bā» (Padre)…

Mi parquedad no gustó a Kesil. E insistió:

—¿Te refieres a Yavé?…, bendito sea su nombre.

Me encogí de hombros. Pero el sirviente era tozudo y no tuve más remedio que aclarar:

—No creo que Ab-bā sea Yavé… Él habla siempre de un Dios misericordioso y lleno de amor. Un Dios incomprensible para la mente humana. Un Dios que no lleva las cuentas. Un Dios que regala la inmortalidad del alma…

Le miré, curioso, y pregunté:

—¿Sabes a qué me refiero? ¿Sabes qué es el alma?

—No muy bien…

Y procedí a explicar lo que había escuchado de labios del Galileo:

—Ese Ab-bā —dice Jesús— te imagina y, en ese instante, te crea. Ahora estás viviendo aquí, en este mundo, pero, cuando mueras, regresarás a Él.

—¿Y por qué tengo que nacer? —preguntó Kesil acertadamente—. Yo no he pedido vivir en semejante miseria…

Había leído, como digo, los diarios de Jasón y sabía algo sobre lo que él llama el *tikkún*, pero opté por guardar silencio. Sólo se trataba de una hipótesis. Kesil, de momento, no volvió a preguntar y yo me sumergí en otros pensamientos… más prosaicos: tenía que recuperar el maldito cilindro de acero. Tenía que viajar a la aldea de Beit Ids, en la Decápolis…

La ciudad de los mamzerîm

Al dejar atrás Tiberíades, en la costa occidental del *yam*, Kesil me interrogó de nuevo:

—¿Qué opinas?

—Sobre qué…

Me miró de arriba abajo y proclamó:

—El carpintero de Nahum te ha curado. ¿Quién puede hacer algo así? Estabas a las puertas de la muerte…

No tuve oportunidad de replicar. A cosa de dos kilómetros de la referida Tiberíades, en una zona que llamaban Mizpa, fuimos engullidos —de pronto— por un mar de chabolas. Era la «ciudad de los *mamzerîm*», los bastardos. A derecha e izquierda del camino surgieron miles de chabolas de paja, adobe, paredes de estiércol, cañas, maderas podridas y sacos negros. Quedé desconcertado. Jamás vi algo semejante. Era un horror. El hedor era insoportable. Nos tapamos el rostro, pero, aun así, las montañas de excrementos y basura atacaron sin piedad. Algunos de los estercoleros ardían y el humo —caracoleando— borró la senda. Kesil me advirtió. No estuve listo. Debí considerar la información de «Santa Claus». Debí rodear aquel infierno…

El criado animó a los jumentos e intentó cruzar las chabolas al trote. En mi segunda visita a la «ciudad» —en aquella ocasión con Jesús de Nazaret—, supe que la población de los *mamzerîm* se acercaba a las 25 000 almas.

El intento de Kesil por salir del lugar con rapidez tuvo escaso éxito. En ambas márgenes de la ruta se apostaban decenas de hombres, mujeres y niños, ansiosos por atrapar lo que fuera. Extendían las manos y solicitaban comida o dinero. Eran seres esqueléticos y andrajosos. Se los comían las moscas. Por lo que averigüé algún tiempo después, aquellos desgraciados vivían, prácticamente, de lo que sustraían a las caravanas. Saltaban sobre las caballerías y robaban hortalizas, fruta o cerámica. Y lo peor es que se disputaban lo robado, enzarzándose en crueles peleas. Rara era la jornada en la que no moría alguno de los asaltantes. Los campesinos y burreros no tenían piedad con ellos. Los más pequeños se arriesgaban entre las patas de las mulas y de los onagros y trataban de recoger los excrementos calientes de las

caballerías. También se los disputaban entre ellos. Sentí rabia. ¿Cómo era posible que existiera aquella miseria a dos kilómetros escasos de la floreciente Tiberíades? Un *mamzer*, o bastardo, como ya detalló el mayor en su momento, era lo último de lo último en la hipócrita sociedad judía de aquel tiempo. No tenían derecho a heredar. Su presencia en un juicio invalidaba la sentencia. Desempeñaban los oficios llamados «despreciables» y eran repudiados por los fariseos y las castas sacerdotales. Y todo procedía de Yavé. «El bastardo no será admitido en la asamblea, ni siquiera en su décima generación», rezan las Sagradas Escrituras. ¡Vaya Dios! Sólo los *am-ha-arez* se hallaban por debajo de los bastardos. Eran también la escoria del pueblo. Según los doctores de la Ley, los *am* habían robado las tierras de Israel cuando los judíos fueron desterrados a Babilonia en el año 486 antes de Cristo. Ambos —*mamzerîm* y *am*— eran considerados «pecadores sin posibilidad de redención». Curiosamente, formaron parte de los seguidores del Maestro…

Eché mano de la vara de Moisés y me preparé. Aquella situación podía desembocar en algo peor… No me equivoqué.

Uno de los harapientos trató de saltar al interior del carro por la parte de atrás. Kesil me alertó. Era un jovenzuelo, con el rostro tiznado por la mugre. No tuve más remedio que utilizar los ultrasonidos. Y, debido a la precipitación del momento, lo hice sin la ayuda de las «crótalos», las lentes de contacto. Disparé al cráneo e, inmediatamente, el intruso perdió la conciencia. Lo vi caer sobre el polvo del camino. El resto de los bastardos —desconcertados— se detuvo junto al caído ladronzuelo y miró hacia el cielo.

Aprovechamos la confusión para escapar de aquella ruina humana. Kesil estaba pálido. Mi corazón latía a gran velocidad. Nos salvamos por poco…

El loco de la naranja

Recuerdo que fue a la altura del cruce de Lavi. Kesil, más sereno, recuperó la pregunta que había formulado a las puertas de la «ciudad de los *mamzerîm*»:

—Jesús te sanó. ¿Quién puede hacer algo así?

Respondí con mi verdad:

—No estoy seguro de que fuera Él… La curación pudo deberse a otras circunstancias.

Me miró, incrédulo. Y añadí la enésima estupidez:

—Soy un ángel… De eso sé mucho.

Fin de la conversación.

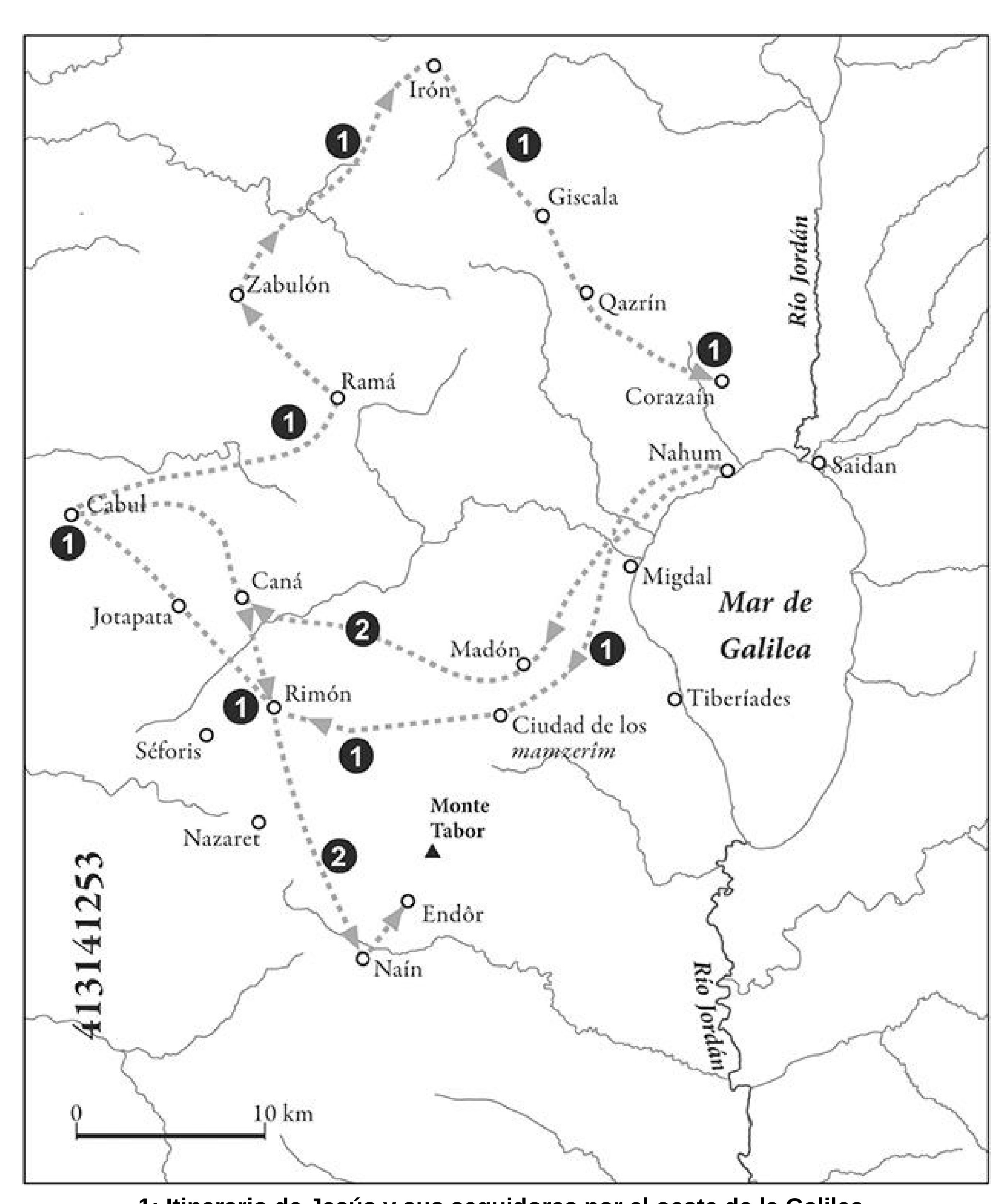
Según lo estimado por «Santa Claus», divisamos Rimmón hacia la décima (cuatro de la tarde). Su verdadero nombre era Bet Rimón o la Casa de Rimón. Era una aldea de piedra negra volcánica, acurrucada al pie de una colina de 404 metros de altitud. Más allá, al norte y al este, se alzaban otros dos peñascos de 500 y 359 metros, respectivamente. Por el sur se alejaba, con inexplicables prisas, un río llamado Yiftah'el. Todo eran huertos y bosques. La intuición nunca traiciona. Acerté a la hora de elegir el destino… Pero llegamos tarde.

Según la gente del lugar, el «loco de la naranja» y sus seguidores habían permanecido varios días en las proximidades de la aldea. Después se fueron con su locura en dirección a Jodfat (Jotapata), a cosa de seis o siete kilómetros.

¿El loco de la naranja? ¿Qué quisieron decir? ¿Se referían al Galileo?

Conversé con los paisanos —todos judíos—, pero no averigüé gran cosa. Jesús se dirigió a los humildes campesinos y les habló, «con palabras luminosas», de un reino invisible al que accederían después de la muerte. Deduje que no entendieron gran cosa. En otra ocasión, uno de los discípulos —al que llamaban la «roca» (deduje que se trataba de Pedro)— largó un discurso de tres horas sobre Moisés, las tablas de la Ley y la inminente llegada del Mesías. Ese Mesías —aseguró Pedro— acabaría, de una vez por todas, con los malditos *kittim* (romanos). El pueblo se lo pasó de lo lindo.

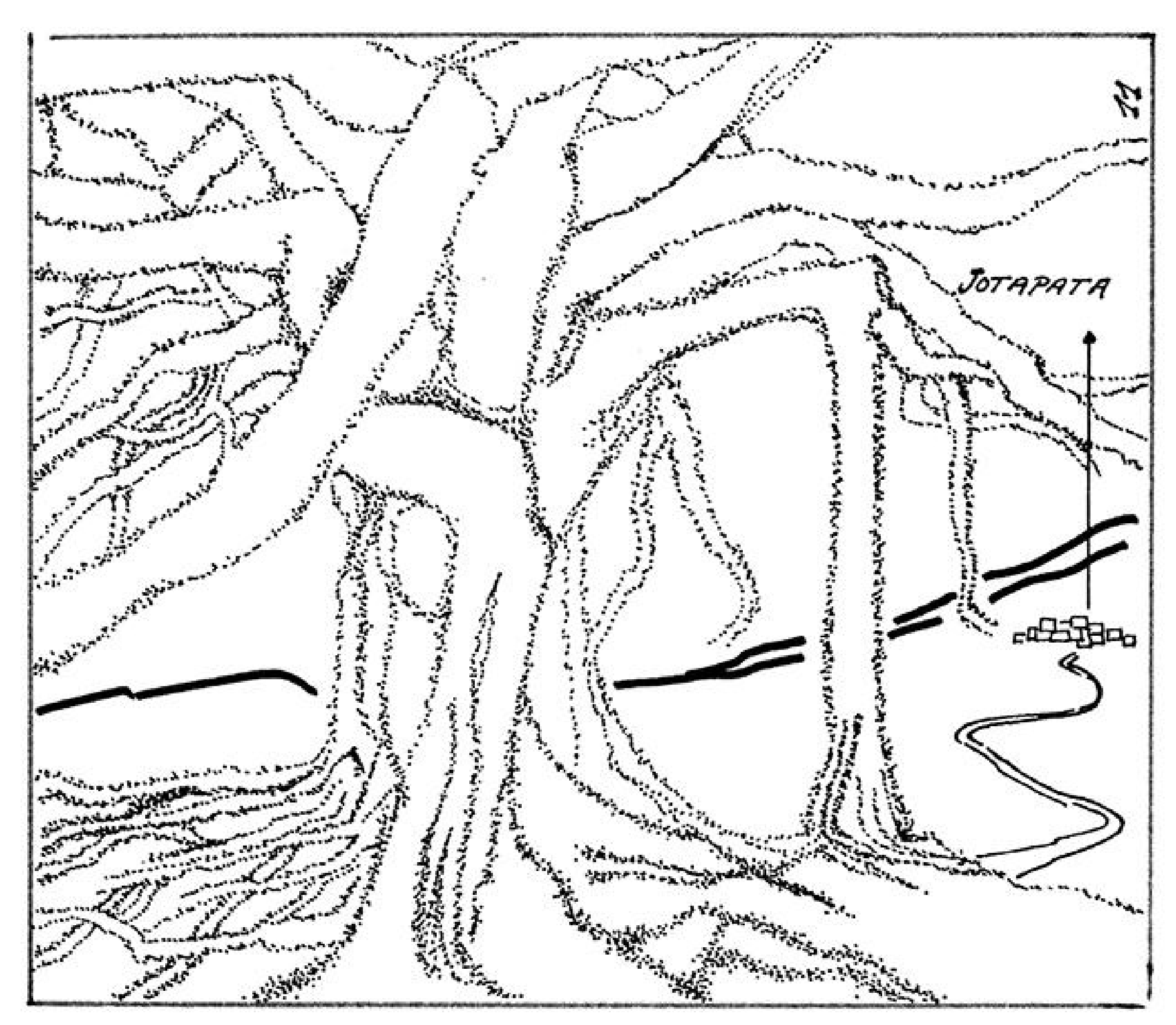
Esa noche pernoctamos en Bet Rimón. El sol se puso a las 17 horas y 8 minutos, «dando un portazo». Me encanta la expresión del mayor…



1: Itinerario de Jesús y sus seguidores por el oeste de la Galilea.
2: Pueblos visitados antes de retornar a Saidan. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El árbol serpiente

El 2 de febrero del año 28 fue lunes. Amaneció a las 6 horas y 31 minutos. Jotapata, en efecto, se hallaba cerca. En media hora, a buen paso, *Ah* y *Sab* cubrieron los siete kilómetros. Los bosques de castaños y los carrascales nos devoraron. Finalmente divisamos la aldea. La pobreza, una vez más, presidía aquel pequeño núcleo humano. Sumé treinta casas de piedra, algunos perros famélicos y escandalosos, niños que corrían junto al *reda* y mujeres curiosas, asomadas a los ventanucos. Preguntamos y todos indicaron hacia el norte. A medio kilómetro de Jotapata distinguimos un árbol espectacular. Parecía una bola de serpientes. Kesil lo identificó como una higuera silvestre. No tenía hojas. Las ramas, a decenas, se curvaban y enroscaban unas sobre las otras, dando la sensación de enormes y verdosos ofidios. Calculé una envergadura de 50 metros. Varias de las ramas habían sido apuntaladas. Eran tan largas y pesadas que casi rozaban la tierra. Lo llamaban el «árbol serpiente». Abarcaba más de 2000 metros cuadrados. Allí encontramos a varios de los discípulos del Maestro y a un centenar de seguidores. Habían acampado al pie de la centenaria y voluntariosa higuera. La gente del pueblo, y de la zona, veneraba al «árbol serpiente». Lo consideraban mágico. Y colgaban cintas de colores de las ramas o depositaban candelas entre los cientos de pequeñas raíces que conquistaban el suelo. Llegaban en grupos, o en solitario, oraban en silencio y se alejaban. El espléndido ejemplar me recordó otro ficus, existente en Kandy (Sri Lanka). Los guías, en aquella visita turística, me aseguraron que se trataba de una higuera similar a la que protegió a Buda durante su proceso de iluminación. Según la leyenda, la higuera original fue destruida, pero un esqueje fue trasladado a Sri Lanka y trasplantado en el año 288 antes de Cristo. Dudé, claro está…



«Árbol serpiente», en las proximidades de Jotapata. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Kesil arrimó el carro a la referida higuera y yo me dediqué a curiosear.

No vi al Galileo. Los discípulos me saludaron, aunque con cierta frialdad. Habían montado el campamento al pie del árbol. Allí descubrí a Pedro, sentado contra el tronco. Dormitaba y cabeceaba. Andrés, su hermano, jefe de los «doce», permanecía cerca. Me miró y sonrió con timidez. Sus ojos claros no me perdieron de vista. Juan de Zebedeo, seco como una caña, discutía con alguien. Lo recordaba como un sujeto desagradable y vanidoso. Me vio, pero me dio la espalda. Lo sabía: odiaba a los paganos como yo… Santiago, su hermano, hizo un gesto con la cabeza. Era su forma de saludar. Correspondí, sin más. Y continué caminando entre la gente. Bartolomé, al que llamaban el Oso de Caná, se dolía de su pierna izquierda. Aparecía inflamada. Las varices eran gruesas y azules. Fue el único que preguntó por Jasón. Tomás se hallaba enfrascado en algo que le fascinaba: los dados. Los lanzaba sin cesar y cantaba las jugadas. Casi siempre jugaba solo. Me miró con el ojo bueno y dibujó una sonrisa, pero duró poco. Los dados lo absorbían. El ojo izquierdo

—estrábico— siguió mirándome cuando me alejé. Mateo Leví se encontraba a su lado. Tenía los ojos azules clavados en las ramas de la higuera. Supongo que estaba admirado ante aquel portento de la naturaleza. Al verme hizo una ligera inclinación de cabeza. Era un hombre parco, pero honrado, aunque Juan Zebedeo y otros lo despreciaban por su condición de *gabbai* o recaudador de impuestos. Descubrí también a una decena de seguidores del Bautista. No sé por qué, aquellos tipos no me gustaron. La forma de pensar de Yehohanan había sido muy diferente a los planteamientos de su primo lejano. Aquello no podía terminar bien…

En efecto, por más que busqué, no logré encontrar al Galileo. Tampoco pregunté. Y supuse que se hallaba en alguna de las colinas próximas, en comunicación con su Padre de los cielos. Conocía sus costumbres. Lo había visto durante nuestra estancia en el monte Hermón.

Y, de pronto, sorpresa… Allí descansaban tres viejos conocidos. ¿Qué demonios hacían bajo el «árbol serpiente»?

Uno era Aru, el negro tatuado, curado por Jesús (según el mayor) de un mal llamado *amok*: una especie de locura que lo transformaba en un ser violento y muy agresivo. Lo había visto en el *kan* de Assi, el esenio, en el lago Hule. Tendría algo más de veinte años. Era negro como el carbón, muy alto y musculoso, y con el cuerpo tatuado —de la cabeza a los pies— con pequeños círculos. Lo llamaban Aru («mira», en arameo) porque ésa (aru) era su palabra favorita. «Mira, mira…», repetía constantemente. Lo acompañaba Sitio, el homosexual que conocimos en el cruce de caminos, en Qazrin, al norte de la Galilea. Vestía de azul celeste, muy llamativo, con el cráneo afeitado y brillante. Aparecía con los ojos maquillados en un verde apagado. Ambos me miraron, pero no me reconocieron. Y recordé una de las escenas, en la posada de Qazrin. Sitio, aunque de origen pompeyano, era un seguidor de Hillel. En las paredes del albergue había colgado planchas de madera con frases del filósofo judío. El Maestro fue a colocar sus manos sobre los hombros de Sitio y respondió a la pregunta del homosexual:

—Amigo, no soy como Hillel…

Hillel fue un brillante *jajamin* o interpretador de la Ley mosaica. Fundó una escuela rabínica. Destacó por su sabiduría y humildad.

El Maestro sacudió los hombros del ruborizado Sitio y declaró:

—No soy como Hillel… Soy la esperanza. La que ahora te falta.

—Pero ¿quién eres tú? —preguntó Sitio.

—Te lo he dicho: soy la esperanza. El que me conoce confía.

—Quiero conocerte mejor…

—Si tanto lo deseas…

Sitio animó a Jesús con varios y afirmativos movimientos de cabeza. El Maestro, entonces, añadió:

—Si tanto lo deseas, busca a Aru. La esperanza va con él.

—¿Aru?

—Después, cuando oigas que el Hijo del Hombre está entre vosotros, si lo sigues deseando, búscame… Búscame y, juntos, despertaremos a la esperanza…

Empecé a comprender. Creí entender por qué Sitio se hallaba en aquel lugar, junto a los discípulos. El homosexual había escuchado las maravillas que se contaban sobre el carpintero y constructor de barcos de Nahum, y lo buscó. Y lo hizo de la mano de Aru. Aquella conversación entre Jesús y Sitio, en la posada del cruce de Qazrin, tuvo lugar el 18 de septiembre del año 25. Habían transcurrido casi veintiocho meses…

Aru y Sitio cambiaban impresiones con otro antiguo conocido: Yu, el chino, el *naggar* o carpintero jefe del astillero de los Zebedeo, en Nahum. Quedé desconcertado. ¿Qué hacía allí, en Jotapata?

Se alzó y, cálido y sonriente, se aproximó y me abrazó. Fue el único que me recibió con ternura.

Los ojos rasgados de Yu se iluminaron y exclamó:

—Los dioses te llevan de la mano…

No entendí muy bien, pero agradecí el recibimiento. Y me invitó a que me sentara con ellos. Yu, cuyo verdadero nombre era Y’uˇxuè («sangre tranquila»), manifestó que lo había dejado todo —familia y trabajo— para seguir al Maestro. Mi cara de incredulidad le sorprendió y matizó:

—Temporalmente… Necesito un periodo de reflexión.

Yu era seguidor de Confucio (maestro Kong, como él lo llamaba), aunque sus ideas estaban muy influenciadas por los libros de Lao-Tse, otro filósofo chino. Sus obsesiones eran la búsqueda de la verdad —«si es que existía»— y los inventos… Aquel chino, inteligente y literalmente bueno, sería el primer hombre que escribió sobre Jesús de Nazaret…

Y esperé. ¿Cómo me recibiría el Galileo?

El perro de color estaño

Una hora más tarde vi llegar a los restantes discípulos. Procedían de la aldea. Cargaban provisiones. Debí suponerlo. Felipe, responsable de la intendencia, tiraba de una cabra a la que había pintado con anillos de colores. ¡La *Chipriota*!

Pronto se unieron los otros apóstoles. No me gusta nada lo de «apóstoles». Prefiero las palabras discípulos o íntimos del Maestro. Dicho queda. Felipe era un hombre singular. Alto, con tendencia a la obesidad, ojos verdes, muy llamativos, y una dentadura desquiciada. No deseaba complicarse la vida. Lo suyo era la cocina y lo pequeño. Hacía años que había perdido el pelo. En su casa, en Saidan, disponía de un laboratorio en el que trabajaba con aceites esenciales. Era su pasión, y reunir el suficiente dinero para cumplir un viejo sueño: viajar a China. Le llamaban «curiosidad». Lo preguntaba todo. Era metódico, tenaz y prosaico. Dios no le dotó de imaginación, pero era buena persona. Entablé con él una excelente relación. También se interesó por Jasón, el griego de los cabellos blancos. Le dije que había regresado a su mundo.

Lo acompañaban los gemelos de Alfeo, el Iscariote y Simón, el Zelota. Todo tenía su porqué. Los gemelos —Jacobo y Judas— eran los chicos de los recados. Su baja inteligencia, próxima a la subnormalidad, no daba para más. Por lo general permanecían al lado del intendente. Cargaban bultos, montaban el campamento, cocinaban y traían o llevaban mensajes. Eran idénticos: altos, rubios, delgados, fuertes y fibrosos y con la mirada verde hierba. Era difícil identificarlos, salvo por un detalle: Jacobo presentaba el tabique nasal desviado, consecuencia de un golpe. Eran de origen nabateo (árabe). Eran dóciles y humildes. Cuando hablaban, dejaban ver sendas dentaduras calamitosas. También Judas, el Iscariote, tenía justificada su presencia en aquel grupo que regresaba de Jotapata. Era el tesorero o pagador. Fue un sujeto esquinado al que casi no tuve acceso. En realidad, nadie lo tenía (ni siquiera el Galileo). Era un judío —el único, el resto era de Galilea— que vivía para sí mismo. Parecía un pájaro: nariz ganchuda, flaco y larguirucho, imberbe y con la piel siempre pálida. Casi no participaba en los debates. Vivía en un mundo irreal. Su anhelo era entrar a formar parte de los zelotas, el brazo

armado de los fariseos. Puros terroristas. Permanecía soltero. Había sido desheredado por los padres. Fue discípulo del Bautista. Creía que Jesús era el Mesías que arrojaría a los romanos al mar. Por eso se unió al grupo.

En Simón, el Zelota, casi todo era negro: sus cabellos, la barba —hasta la cintura, en señal de insumisión hacia Roma—, la mirada, las profundas ojeras y los silencios. Era miembro del referido grupo terrorista, los zelotas. Siempre aparecía armado. Le encantaban los *gladius*, unas espadas de doble filo, muy temidas. Cuando Felipe acudía a un lugar extraño con el fin de comprar alimentos, el Zelota lo acompañaba, vigilante. Hablaba poco. También recibía el apodo de *Qanana* («celoso», en arameo), aunque casi todo el mundo lo llamaba Simón. Se unió a Jesús porque Pedro lo convenció: «El Hijo del Hombre era el Libertador que estaban esperando». Era muy religioso.

Y hacia la décima (cuatro de la tarde), faltando una hora para la puesta de sol, vi aproximarse al Maestro. Descendía, en efecto, por una de las colinas. Supuse que seguía practicando la costumbre de «dialogar a solas con Ab-bā». Lo acompañaba *Zal*, el perro de raza kuvasz, de posible origen mongol, de color blanco, casi estaño. En esos momentos tenía dos años, o poco más. Lo conocía desde que era un cachorro, cuando Yu se lo regaló al Galileo. *Zal* llegó en una caravana procedente del sur del mar Caspio. El chino lo compró por un saco de nueces y 17 ases. Era un perro cariñoso, muy listo y, sobre todo, valiente y amigo de sus amigos. Alcanzaba setenta centímetros de altura. La cabeza era espectacular. En un ataque podía despedazar a un lobo. Los ojos —oblicuos— eran de color ámbar. Yo lo acariciaba cada día, cuando trabajé en el astillero de Nahum.

Al llegar junto al «árbol serpiente», el Galileo reparó en el *reda*, el carro de cuatro ruedas, cubierto, y se detuvo. Kesil montaba la segunda tienda de pieles. Supongo que el Maestro reconoció al criado. Y, despacio, se dirigió hacia el carromato. Se saludaron y el Hijo del Hombre besó a Kesil en ambas mejillas. Era la costumbre. Después conversaron. Yo me encontraba a ocho o diez metros. No llegué a escuchar la breve conversación. Y me fijé en los detalles. Jesús de Nazaret vestía la túnica roja y el manto o ropón de color burdeos. Una cinta blanca rodeaba la cabeza, controlando el sudor. Siempre me impresionó su altura: 1,81 metros. Seguía conservando el aspecto de atleta: hombros anchos y poderosos, piernas fuertes y proporcionadas y manos largas y delicadas. Los cabellos aparecían recogidos en la habitual cola. Era un hermoso ejemplar. Sólo la nariz —típicamente judía— desentonaba. Después, Kesil señaló hacia el lugar en el que me encontraba. El Maestro se giró y me buscó con la mirada. Y me contempló durante algunos

segundos. No supe qué hacer. Terminé poniéndome en pie. ¿Me acercaba? Di un par de pasos, pero ahí me quedé. De pronto, ante mi desconcierto, *Zal* se interpuso, enseñó los dientes y gruñó de forma amenazadora. No había duda. El «aviso» era para mí. Jesús reclamó al perro y *Zal* obedeció, pero despacio y sin dejar de mirarme. Finalmente se situó a los pies del Galileo y continuó mostrando aquellos dientes afilados como navajas de afeitar. Llevé los dedos a la parte superior del cayado y acaricié el clavo de cobre que activaba los ultrasonidos. ¿Los hubiera utilizado? En caso necesario, en caso de ataque por parte del perro, por supuesto que sí… No fue preciso. El Galileo me dedicó una amplia sonrisa y alzó la mano izquierda en señal de saludo. Correspondí, pero no hubo más. Jesús se despidió del criado, acarició la cabeza de *Zal* y se desvió hacia el grupo de los íntimos. El perro siguió mirándome. El pelo aparecía erizado y la cola levantada, en señal de alerta. El Maestro se percató de la inmovilidad de *Zal* y lo llamó. Finalmente salió a la carrera y se unió a su dueño. Aquella inesperada situación me dejó confuso. Yu, y el resto, fueron testigos de la extraña reacción del perro. ¿Qué había pasado? Como dije, *Zal* era extraordinariamente dócil y cariñoso. ¿Cómo supo de mis intenciones respecto al Maestro? Me puse en guardia. Mi objetivo capital —conseguir las nuevas muestras biológicas de Jesús de Nazaret— podía complicarse… Me refugié en el *reda* e intenté ordenar las ideas. Llegué a una rápida conclusión: utilizaría todos los recursos a mi alcance para completar la misión que me encomendaron. Si tenía que anular a *Zal*, lo haría. Cené en el interior del carro y seguí cavilando… La intuición no me engañó: los barbos del *yam* —con sus chillidos— fueron un mal presagio. La aventura no empezaba bien. Pero me animé: lo importante era que terminase según lo planeado…

Aktis-inos

Al día siguiente, 3 de febrero (año 28), con el ánimo más sereno, dediqué un tiempo a pasear entre el centenar largo de seguidores y curiosos que acampaban en las inmediaciones de la higuera sagrada. E intuí algo que, naturalmente, no estaba en condiciones de demostrar. Entre aquellos judíos descubrí gente rara. Y me explico. Una decena de estos seguidores —o supuestos seguidores del Maestro— se dedicaba a interrogar al resto. Lo hacían a todas horas y siempre con un objetivo último y bien disimulado: ¿era Jesús un enemigo de Roma? No parecía importarles la palabra o los supuestos prodigios del Galileo. La intuición, como digo, me salió al paso. ¿Eran confidentes? Quizá. Y pensé en el Sanedrín, en Herodes Antipas y, por supuesto, en Roma. Los espías, en aquel tiempo, eran legión. Y escuché opiniones peregrinas. Unas aseguraban que el Maestro era el Bautista, resucitado. Otros creían que, verdaderamente, era un enviado de los cielos. La mayoría no sabía a qué atenerse, y exigían prodigios. Necesitaban ver para creer. Me propuse dormir con un ojo abierto. Si aquellos fulanos eran informantes, no debía perderlos de vista.

Los discípulos, por su parte, estaban eufóricos. Nunca los había visto tan excitados. La curación masiva en Saidan, a la puesta de sol, fue el triunfo de los triunfos. Gritaban «el principio del reino del Mesías». Lloraban y se abrazaban. Proclamaban el inminente y definitivo final de la ocupación romana en la sagrada tierra de Palestina. El Galileo escuchaba en silencio. Los veía ir y venir, pero seguía a lo suyo, imperturbable. «Seremos ministros y generales —decían— y echaremos al mar a esos pederastas… Nadaremos en oro».

Yu, el chino, lo apuntaba todo. Como comenté, había iniciado un diario en el que narraba sus experiencias con el Hijo del Hombre. Durante el día utilizaba una tablilla encerada. Allí sintetizaba lo registrado durante la jornada, así como las palabras más destacadas del Galileo. Por la noche transcribía los registros a los pliegos de papiro. Y lo hacía en chino. Viajaba con sacos y sacos de rollos. Yu era minucioso y disciplinado. Para este explorador fue de gran ayuda. Cuando concluía la jornada, repasábamos lo sucedido en esas horas. Yo le hablaba de mis impresiones, de lo que había

visto y oído, y él escuchaba en silencio, con las manos cruzadas sobre el pecho. Sonreía por cualquier cosa y me corregía cuando estimaba que estaba en un error. Después, cuando me hallaba seguro, transmitía la información a «Santa Claus».

Esa mañana, a eso de la quinta (once de la mañana), Jesús fue a sentarse al pie de la higuera. Todos acudieron, presurosos, y se acomodaron frente a Él. Los íntimos ocuparon los primeros lugares. Los gemelos y Felipe, responsables del almuerzo, se mantuvieron a cierta distancia. *Zal* se tumbó a los pies del Galileo y yo permanecí por detrás de los seguidores. No deseaba más problemas con el perro…

El Maestro, entonces, dio los buenos días y se dispuso a hablar. Pero, cuando apenas había pronunciado las primeras palabras, Felipe, el intendente, se abrió paso entre los allí congregados. Tenía prisa, tropezó y cayó entre los seguidores. Protestaron y lo insultaron. Se levantó a la misma velocidad, solicitó perdón por su torpeza, y corrió hacia el Hijo del Hombre. *Zal* levantó la cabeza, sorprendido. Y Jesús guardó silencio. Ante la expectación general, Felipe se situó frente al carpintero y, sin mediar palabra, le entregó una naranja. Jesús sonrió, complacido, y acarició el reluciente fruto. Y, sin más, Felipe se retiró a sus dominios, en la cocina de campaña. Jesús, entonces, prosiguió sus enseñanzas sin dejar de acariciar la naranja. Comprendí por qué los habitantes de Bet Rimmón se habían referido a Jesús de Nazaret como «el loco de la naranja». La costumbre la estrenó Felipe el 10 de abril del año 27, cuando el Maestro pronunció su primer discurso en el Templo, en Jerusalén. En aquella ocasión, el Galileo presentaba una gran palidez. Felipe pensó que no se encontraba bien (casi no había cenado la noche anterior) y se apresuró a ofrecerle lo primero que tuvo a mano: una naranja. El asunto se mantuvo como una simpática costumbre. Yo sabía que era mucho más que eso. La naranja es el símbolo del «rayo luminoso que no cesa»: el *aktis-inos*… Como decía el Maestro, quien tenga oídos que oiga…

El Galileo habló sin rodeos. El sol de febrero —al principio con timidez— lo fue iluminando. Me fijé y guardé en la memoria: cabellos color caramelo, hasta los hombros, algo enredados; piel bronceada; dentadura blanca y bien alineada, sin caries; barba partida en dos, un poco más larga de lo habitual, y ojos color miel, muy atractivos. Cuando te miraba era como una espada: traspasaba. Como digo, les habló «5 por 5» (alto y claro):

—Estoy aquí —manifestó— por voluntad de Ab-bā, el Padre Azul que gobierna y sostiene los siete grandes universos…

La gente no entendió lo de «siete grandes universos». Yo tampoco. Y continuó:

—… Él me ha enviado para refrescar la memoria de este atormentado mundo. He venido para disipar la oscuridad de los corazones… He nacido para que recordéis que existe la esperanza…

Yu escribía en su tablilla encerada y decía que sí con la cabeza.

—… Vengo del Padre y a Él regresaré en breve… El que me ve a mí ve también a Ab-bā…

La gente lo miraba, desconcertada, y hacían gestos, como diciendo: «Ha perdido el juicio».

Jesús, entonces, intentó explicar que Yavé, el dios de la Biblia (lo escribo con minúscula porque nunca lo consideré un Dios) «era agua pasada». Y se centró en el reino invisible de su Padre. Lo definió como un lugar al que accederemos tras la muerte.

—Todos…

Y deletreó la palabra.

—… T-o-d-o-s… entraremos en ese reino… Hagamos lo que hagamos y pensemos lo que pensemos… A eso he venido. Para recordaros que seréis felices algún día.

De pronto, alguien interrumpió el discurso y preguntó con ironía:

—¿Se pagan impuestos en ese reino invisible?

El personal rió la ocurrencia.

—En el reino de mi Padre —respondió el rabí— no hay dinero…

La incredulidad se presentó entre los asistentes. Y los murmullos crecieron.

—En ese reino —afinó el Maestro— se trabaja por amor…

No le permitieron continuar. Otro de los individuos —creo recordar que uno de los posibles confidentes— lo interpeló:

—¿Un reino sin dinero en el que se trabaja por amor? ¿De qué hablas?

Las risas se generalizaron. Pero el Maestro no se inmutó. Los íntimos se removieron, incómodos.

—Os hablo de un reino al que, necesariamente, llegaréis —insistió el Galileo con una seguridad demoledora—. Ahora no podéis verlo, pero sí sentirlo…

—Yo no quiero trabajar por amor —terció otro de los confidentes—. ¡Quiero mi salario!

Y varios de los allí congregados se pusieron en pie e interrogaron al rabí a voz en grito:

—Pero ¿dónde está ese reino?

Aquella actitud no me gustó.

—En todas partes —manifestó Jesús sin perder la compostura—. Pero, sobre todo —y señaló su cabeza—, en vuestro interior.

La gente se enfureció. No entendían y, lo que era peor, tomaron al Maestro por un loco.

—¿Cómo puede ser eso? —intervino otro—. Si casi no sé cómo llegar a mi casa, ¿cómo pretendes que entre en mi cabeza?

Las risas los doblaban. Y algunos levantaron el puño, amenazando al Maestro.

—¡Blasfemo!

Jesús dejó de hablar. *Zal* se incorporó y miró a los alterados judíos. El pelo del perro volvió a erizarse. La situación seguía enredándose. Era evidente que muchos de aquellos individuos estaban allí no como seguidores del rabí, sino para divertirse o algo peor… Los supuestos confidentes eran los que más gritaban. Era extraño y sospechoso. Muy sospechoso.

El Maestro se alzó y, en silencio, con el rostro grave, cruzó entre los vociferantes energúmenos y se alejó hacia las colinas. *Zal* se fue tras Él.

Jesús de Nazaret seguía cosechando fracasos. Muy pocos entendían su mensaje…

Aquel olor a mandarina

Hacia las 17 horas, diez minutos antes del ocaso, el Maestro se presentó en el campamento ubicado en el «árbol serpiente». El rostro había recuperado la luz. Se le notaba de buen humor. El mal trago de la mañana era historia. Muchos de los supuestos seguidores optaron por recoger sus cosas y desaparecer. Quedaron muy pocos. Quizá una treintena. Eso alivió la tensión. Pero los espías no se movieron…

En la primera vigilia de la noche (alrededor de las seis de la tarde), Felipe distribuyó la cena entre los íntimos. Kesil y yo tomamos algo junto al *reda*. Después, al amor de un buen fuego, Jesús de Nazaret y los doce siguieron conversando. Poco a poco se acercaron Yu, Sitio y su acompañante, Aru, el negro tatuado. Y se sentaron con ellos. Recuerdo que me aproximé despacio. El criado se quedó junto al carro, limpiando y ordenando los cacharros. Pero no conseguí llegar al grupo. *Zal* me detectó y empezó a ladrar con furia. Todos volvieron las miradas hacia este explorador. Me detuve y, cuando me disponía a dar media vuelta, el Maestro —que me había visto— susurró algo al oído de uno de los gemelos. Jacobo de Alfeo se apresuró a cumplir la orden del Galileo: tomó al perro por una de las orejas y, sin miramiento, lo arrastró casi hasta una de las estacas que apuntalaban las interminables ramas de la higuera sagrada. Y allí lo amarró. *Zal* empezó a llorar y a gemir como un niño. Nadie le hizo caso. Conjurado el peligro, el rabí hizo señas, invitándome a que me uniera a la tertulia. Me recibió con una sonrisa gratificante. Sonreí un par de segundos y me senté al lado del chino. Fue así como asistí a un diálogo que consideré interesante. Surgió como consecuencia de una serie de preguntas formuladas por el siempre inquieto Bartolomé, el Oso de Caná.

—Rabí —planteó el de las varices—, ¿qué es la oración? ¿Para qué sirve? ¿Cómo debemos rezar? ¿Qué diferencia hay entre orar y adorar?

Jesús respondió a todas las dudas del Oso…, y algo más.

Esto es lo que recuerdo, contrastado al final de la conversación con Yu:

—La oración —respondió el Galileo— es una forma de hablar con el Padre Azul. Sirve para divinizar lo humano.

—¿Divinizar lo humano? —preguntó Mateo Leví—. No comprendo…

La intervención del exrecaudador de impuestos fue muy oportuna. En realidad, nadie entendió.

—Cuando rezas, querido amigo, eres consciente de que te encuentras sobre las rodillas de un Dios. Y Él, Ab-bā, te sonríe, te diviniza…

Yu me dio un codazo y continuó escribiendo en su tablilla…

—… Pero no os equivoquéis —continuó el rabí con entusiasmo—. Rezar no es solicitar cosas materiales…

Lo miraron, perplejos. Y Juan Zebedeo le interrumpió:

—¿No debemos pedir salud?

El Maestro negó con la cabeza y aclaró:

—Todo eso está contemplado en tu *tikkún*. La oración no te salvará de los problemas lógicos de la vida, ni te proporcionará salud. Lo que hayas elegido antes de nacer se cumplirá inexorablemente, reces o no reces. El amor del Padre se ocupa siempre, siempre —repitió—, de tus necesidades materiales. Recordárselo es una falta de respeto y una pérdida de tiempo y de energía. Él sabe antes de que abras los labios…

—¿Y qué tenemos que solicitar? —le interrogó Pedro.

En eso vi aparecer a Felipe. Se inclinó hacia mí y me entregó una escudilla de madera. Contenía puré de garbanzos con leche fermentada. Eran los restos de la cena de los doce. Y me invitó a que lo probase. Delicioso. Después hizo lo mismo con Yu, con el homosexual y con Aru. Aquel hombre era un encanto.

—No tienes por qué pedir nada —replicó el Maestro a la cuestión planteada por Pedro—. Orar, os lo he dicho, es una manera de conversar con la Divinidad. Cuando hablas con un buen amigo, ¿qué haces? ¿Te pasas el tiempo pidiéndole cosas?

Todos respondieron que no.

—Pues eso… Siéntate en las rodillas del Padre Azul y abre tu corazón. Muéstrale cómo eres en realidad. Háblale de tus sueños, de tus deseos… O no le hables.

Quedaron —quedamos— perplejos. El Maestro captó nuestra confusión y precisó:

—Donde hay amor no se necesitan las palabras. No tienes por qué decir nada. Siente a Dios, sin más. Él sabe porque está dentro de ti.

Los discípulos se pisaron las preguntas. Todos querían interrogar al rabí. El chino no daba abasto. Le faltaba tablilla…

—¡Dios está dentro de mí —se impuso Pedro— y yo con estos pelos!

El Galileo rió con ganas. Pedro era casi calvo.

—Os lo he dicho muchas veces —prosiguió Jesús con dulzura—. Él entra en vosotros —y señaló su cabeza— y ahí permanece y permanecerá. Cuando paséis al otro lado —y desvió la mirada hacia este explorador—, la *nitzutz* (lo que el mayor llamaba la «chispa») terminará fundiéndose, definitivamente, con vuestra alma. También lo hablamos…

Bartolomé insistió:

—Dices, rabí, que orar es hablar con el Padre Azul. Pero, entonces, ¿qué hacemos con las *šemoneh*?

Las *šemoneh esreh* eran las diecinueve obligatorias plegarias que debía rezar todo judío (tres veces al día). Eran, básicamente, bendiciones o *berakot*. Al final de la referida oración, o *htplh*, se solicitaba a Yavé «la restauración de la soberanía nacional judía, la reunión de los dispersos, la destrucción de los impíos (Roma), el premio de los justos y el envío del Mesías libertador».

—No aburráis a Dios —resumió el rabí.

Aplaudí en mi interior. Aquellas plegarias eran tendenciosas y monótonas hasta el aburrimiento. El pueblo, en general, las acortaba.

Y el Maestro prosiguió:

—Mi Padre no necesita de esa recitación, como tampoco os exige ayunos o penitencias. Todo eso es consecuencia de la mente retorcida del hombre. Estáis aquí para vivir. No añadáis sufrimiento al sufrimiento propio de la existencia.

Y precisó:

—Rezad en secreto. No lo hagáis en grupo. La oración es un acto íntimo, como hacer el amor o dormir. Y no juzguéis a la hora de rezar. No juzguéis nunca.

Sitio se atrevió a intervenir y planteó al Maestro:

—¿Cuál es la mejor oración?

Jesús volvió a señalar su frente y replicó, rotundo:

—Hacer la voluntad de Ab-bā. No te canses de ponerte en sus manos…

Guardó unos segundos de silencio y levantó la vista hacia las estrellas. Las había a miles. Se dejaban ver entre el ramaje. Y recordé las palabras de Jasón: «Ocho mil estrellas nos contemplaban…». ¡El tipo las había contado! Era muy capaz… Después, el rabí pronunció una frase que debería ser grabada en piedra, para la eternidad:

—Cuando te pones en las manos del Padre Azul, el universo maquina a tu favor…

Tomás alzó la voz en la oscuridad y planteó:

—¿Si rezo me salvaré?

—No, Tomás…

Jesús hizo una estudiada pausa. Y los íntimos susurraron, confusos.

—No, Tomás —recuperó la palabra el Maestro—. La oración no te salvará porque ya estás salvado.

Y gritó:

—¡Eres inmortal!… ¿No lo comprendes? Tu alma jamás morirá.

E insistió en algo ya dicho:

—Eres inmortal por expreso deseo del Padre Azul…, hagas lo que hagas o digas lo que digas.

El chino lloraba.

—Pero, Maestro —advirtió el Oso—, la ley dice que debemos pedir perdón a Yavé por nuestros muchos pecados…

Jesús no le dejó terminar.

—También lo hablamos. Ningún hombre está capacitado para ofender a Dios. No reces para solicitar perdón. Si has ofendido a tu hermano, acude ante él y hazle saber que estás equivocado. Si te ofendes a ti mismo, reconócelo. Con eso es más que suficiente. La oración, os lo he dicho, es algo más grande y sublime. No la enturbiéis con asuntos menores.

—Dice la ley —explicó Andrés— que, al cumplir con las *šemoneh*, alargamos la vida. ¿Estás de acuerdo?

—No, querido amigo. Eso es otro invento humano. Por mucho que reces no añadirás una *yod* (letra hebrea) a tu vida. La oración no retrasa la muerte, y tampoco la adelanta. Morirás cuando llegue el momento…, que tú mismo has fijado.

Hubiera deseado intervenir. ¿Qué quiso decir con aquella última frase? Pero me contuve. Sólo era un observador. ¿O no?

Mateo Leví preguntó de nuevo:

—¿Es mejor el que más reza?

—No. Nadie es mejor que nadie. No lo olvides.

Mateo se sintió reconfortado. Algunos de los discípulos, como fue dicho, no lo aceptaban. Su pasado reciente, como recaudador, lo convertía en un «pecador».

Y Jesús continuó:

—En todo caso, es más inteligente el que hace la voluntad de Ab-bā.

Después se refirió a otras cuestiones, todas vinculadas a la oración. Y dijo: «Rezad, sobre todo, por los que os maldicen… Rezad siempre, y no sólo en los malos momentos… Rezad para llenar la copa del alma… Al rezar ya

estáis adorando… Después de orar, espera: mi Padre te sorprenderá… No recéis por la extensión de mi mensaje: practicadlo».

Al terminar la conversación, el lugar se vio impregnado por un intenso y agradable olor a mandarina. Nos miramos, extrañados. Estábamos a 810 metros de altitud. Allí no se daba ese fruto. Entonces recordé lo escrito por el mayor. Cuando el Hijo del Hombre derramaba ternura y amor, el sitio se llenaba de una fragancia que recordaba el perfume de la mandarina. Me retiré, intrigadísimo. Así finalizó aquella jornada en las proximidades de la aldea de Jotapata, al oeste de la Galilea…

Guimmel

Al amanecer del 4 de febrero (año 28), miércoles, Jesús y el mermado grupo de seguidores —no sumábamos más de cuarenta— nos pusimos en camino, en dirección oeste, hacia Zabulón, ubicada a cosa de seis o siete kilómetros. Ésas fueron las informaciones proporcionadas por Felipe, el intendente. Desconocía las intenciones del Maestro respecto a la referida población de la Galilea.

Bartolomé, el Oso de Caná, aceptó la invitación para viajar en el *reda*, al lado de Kesil. Su pierna izquierda lo agradeció. Yo caminé detrás del carro cubierto. El Galileo —según su costumbre— se situó a la cabeza del grupo. Una cinta blanca rodeaba las sienes. Señal de caminata larga… *Zal*, a su lado, correteaba y daba saltos, intentando atrapar a los esquivos pájaros. Trabajo inútil… Los íntimos lo seguían de cerca, igualmente confusos. ¿Era Cabul o Zabulón nuestro siguiente destino? ¿Predicaría el Maestro a las primitivas gentes de aquella zona perdida? ¿Se repetirían los prodigios? Discutían. No se ponían de acuerdo. Todo normal…

Y hacia la tercia (nueve de la mañana) avistamos el pueblo de Zabulón. Era otro núcleo urbano minúsculo —de unas tres mil almas—, rodeado de altos viñedos y de olvido, mucho olvido… Por allí sólo pasaban las caravanas de burreros, y con prisas.

Pero el Maestro no se detuvo. Todos quedamos extrañados. Y prosiguió hacia el noreste. Pregunté. Nadie supo darme razón. Nadie conocía los planes del Galileo. Con el Maestro, la resignación era una compañera de viaje… Y durante tres largas horas subimos y bajamos toda clase de colinas. Cruzamos inmensos olivares, mareas de trigo y de cebada, bosques de *berosh* (cipreses), *allon* (robles del Tabor), *tirzah* (pinos piñoneros) y *tidhar* (durillos). Eran bosques espléndidos en los que anidaban palomas bravías —a cientos—, águilas blancas y ardillas inquietas y curiosas. Estas últimas saltaban de árbol en árbol y correteaban cerca del camino, observándonos con descaro. Las águilas adiestraban a las crías. Las soltaban a gran altura y dejaban que cayeran. Los pobres aguiluchos agitaban los remos con desesperación y, cuando parecía que iban a estrellarse, la madre plegaba las alas y descendía en un picado impecable, atrapando entre las garras a la inexperta cría. Y así una

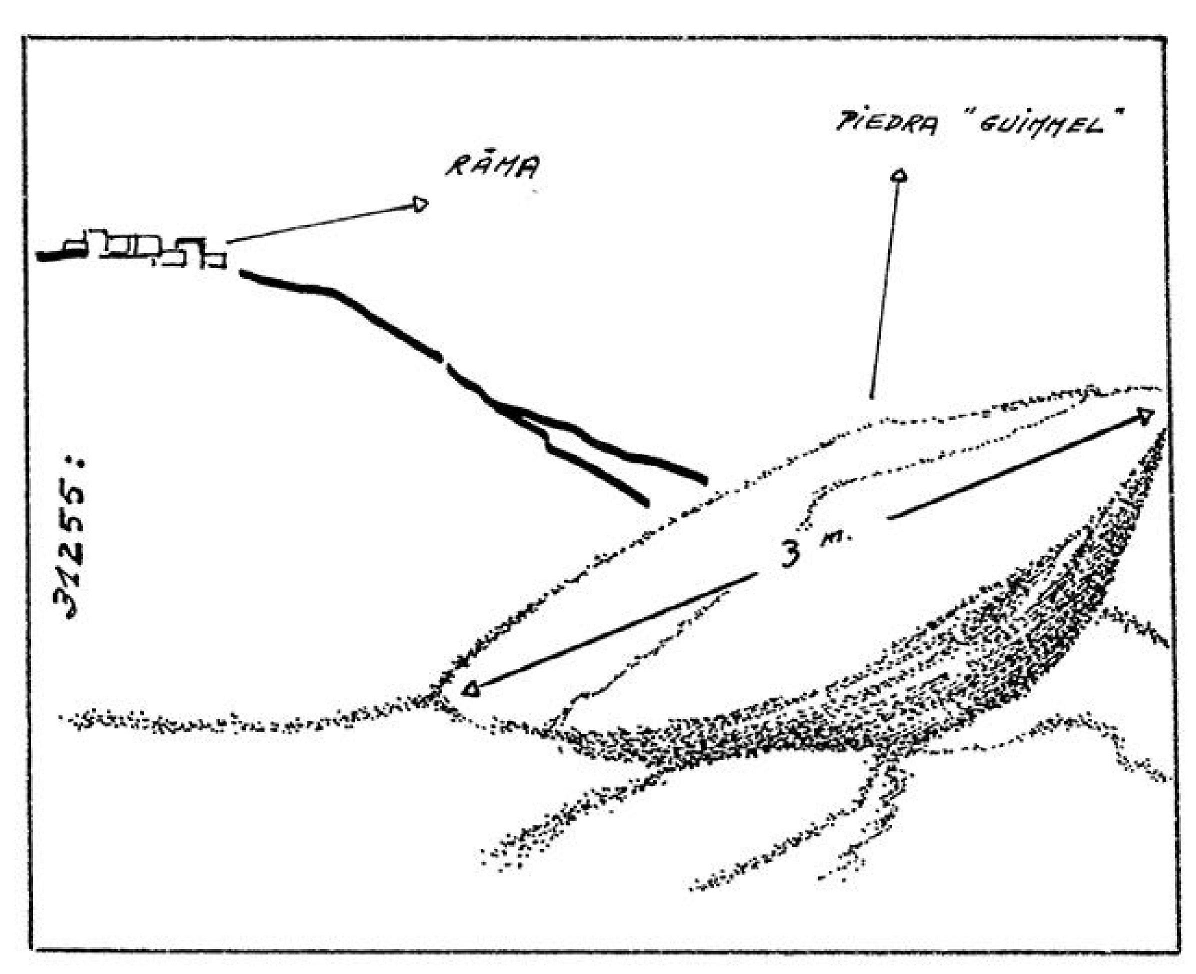
y otra vez, hasta que el pollo lograba volar. Quedé fascinado. Echaba de menos volar… Y dejamos atrás las aldeas de Arraba, Hanna, Lotem, Sallamá y Ammón, entre otras que no recuerdo. Eran poblaciones de piedra negra, sorprendidas al vernos, y con habitantes de rostros y almas quemados por el sol y por la desesperanza. Nos miraban, silenciosos. Algunos niños lloraban al vernos. «¿Es la guerra?», preguntaban las matronas. Y los perros ladraban a nuestro paso, avisando. Era gente sin norte.

Y hacia la sexta (doce del mediodía) divisamos nuestro destino: la aldea de Rāmma, patria del profeta Samuel, sentada en una colina de 381 metros, y rodeada de olivares oscuros y otras muchas colinas satélites. A sus pies bramaba un río rápido, de aguas cristalinas, al que llamaban Shezor. El Galileo detuvo sus largas zancadas y dedicó unos minutos a la contemplación del paisaje. Todos lo agradecimos. Estábamos rendidos. Nos sentamos sobre la tierra roja y esperamos. Jesús de Nazaret escogió un pequeño valle, cercano a la aldea y al río, y así se lo hizo saber a Andrés, el jefe de los íntimos. Y hacia allí nos dirigimos. El lugar —según mis cálculos— se hallaba a cosa de setecientos metros de Rāmma. No había camino. El acceso a la población discurría entre los olivos. El paraje era especial para judíos y gentiles. Una enorme roca presidía el estrecho valle. Mejor dicho, la mitad de una esfera de piedra. Los lugareños la llamaban *guimmel* o «revelación». Aseguraban que cayó del cielo. Los *felah* o campesinos llegaban hasta la piedra, prendían candelas y solicitaban favores a *guimmel*. Algo parecido a lo que había visto en la higuera sagrada.

Mientras Kesil tomaba posiciones junto a las aguas del torrente, me dediqué a explorar los alrededores y, por supuesto, eché una ojeada a *guimmel*. Deduje que se trataba de los restos de un meteorito. La «piedra» —de casi tres metros de diámetro— aparecía formada por hierro y níquel, componentes clásicos de los sideritos. El primero constituía el 90 por ciento de la masa total. Observé también porcentajes inferiores de cobalto, aluminio, cobre y carbono. Posible densidad: alrededor de ocho gramos por centímetro cúbico. Peso: no inferior a las diez toneladas. Todo un ejemplar… Me extrañó no ver el cráter. La erosión, seguramente, lo había borrado. Aquello podía llevar allí miles de años. En el centro de la «media naranja» observé también las típicas figuras de Widmannstätten. No había duda: eran los restos de un pequeño asteroide. Me senté en lo alto y reí en mi interior. ¡Qué absurdos somos los humanos! Hasta 1803, la ciencia no aceptó la existencia de los meteoritos. Fue el 26 de abril de ese año, con una lluvia de piedras sobre la región francesa de Aigle, cuando los científicos aceptaron «la posibilidad de

que cayeran piedras del cielo». Fueron necesarios tres mil fragmentos, recogidos en Aigle (Orne), para que los tozudos «hombres de ciencia» cambiaran de opinión. En cierto modo, *guimmel* me recordó otro bólido caído en Hoba, en Sudáfrica, en 1920. Y, de pronto, oí el impacto de algo —¿una piedra?— a mis pies. Entonces vi a Juan Zebedeo, muy cerca. Gritaba y gesticulaba. Hacía señas para que bajase del meteorito. Y repitió el lanzamiento de piedras. Me llamó «idólatra y griego desvergonzado». Andrés y los gemelos le salieron al paso e intentaron calmarlo.

Lo consiguieron con esfuerzo. Juan estaba fuera de sí. Bajé de *guimmel* y Andrés me puso al corriente: nadie debía subir a la «roca llegada del cielo». Era un sacrilegio. Solicité disculpas y me retiré al carro.



Media esfera de piedra, próxima a la aldea de Rāmma o Rāma, al norte de la Galilea. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Al poco, Jesús se encaminó hacia la aldea. Lo acompañaban Pedro y los hermanos Zebedeo (Juan y Santiago). Eran la *tabbah*, la guardia personal del Maestro, surgida de forma espontánea el 27 de febrero del año 26, en las bodas de Caná, cuando los referidos discípulos trataron de proteger al Maestro de los grupos de curiosos que lo atosigaban, preguntando si

realmente era el Mesías que anunciaban las Sagradas Escrituras. A partir de esos momentos, el resto de los íntimos aceptó que el trío mencionado se ocupara de la protección del rabí.

Me fui tras ellos. Me importaba nada que Juan Zebedeo me odiara…

El Maestro dedicó cuatro horas a lo que Jasón definió como «hacer *’im*». Es decir, entrar en las casas, conversar con sus habitantes, interesarse por sus necesidades y anhelos y, en definitiva, compartir sus vidas. En otras palabras: «beber de sus criaturas». Le interesaba todo: enfermedades, nombres, animales, dineros, proyectos… La gente respondía perpleja y agradecida. Nadie, nunca, llegaba a aquel paraje remoto preguntando por sus problemas. Se olvidó, incluso, de comer. El rabí se hacía querer.

Con la puesta de sol —a las 17 horas, 11 minutos y 27 segundos— regresamos a *guimmel*. En ese tiempo, en Rāmma, Juan Zebedeo me traspasó varias veces con la mirada. Y escupió a mis pies en dos ocasiones. Se repetía la historia vivida por el mayor… Pero no presté atención. Mis preocupaciones eran otras. Tenía que hallar la ocasión para extraer sangre al Hijo del Hombre. Pero ¿dónde y en qué momento?

En el campamento conversé con Yu y le facilité la información que requirió. Ése era el trato: intercambiar datos sobre la persona y las enseñanzas del Maestro.

Después, como tenía por costumbre, antes de refugiarme en el *reda*, pulsé el sistema «NCS» y abrí la conexión con el fiel «Santa Claus». En la playa del Hombre Rojo todo continuaba en orden. «Sin banderas», según el eficaz ordenador central. Hice un resumen de lo acaecido esa jornada y dediqué unos minutos a la contemplación del firmamento. Todos dormían. El viaje había sido largo y cansado. Y volvieron las viejas dudas: ¿Cómo recuperar el cilindro de acero? La búsqueda exigía que me trasladara a la zona de Beit Ids y que le dedicara un tiempo. Ese cilindro era prioritario… Pero ¿cuándo debía viajar hasta la cueva de la llave? Tenía que sujetar la impaciencia… «Todo llegará», me dije. Esa noche dormí profundamente.

Hipías

Al día siguiente, 5 de febrero (año 28), jueves, hacia la quinta (once de la mañana), se acercó a la piedra *guimmel* un venerable anciano. Parecía rondar los ochenta años. Vestía de blanco inmaculado. Su única compañía era un bastón negro y lustroso y unas barbas suaves, igualmente nevadas, que caían hasta el pecho. Dijo llamarse Hipías y ser griego. Había dedicado su vida al estudio de la filosofía. Reconoció que era devoto de Zenón de Citio, nacido en el siglo IV antes de nuestra era, y fundador de un movimiento intelectual muy de moda en aquel tiempo: el estoicismo. Preguntó por el Maestro. Deseaba conversar con él. Sabía de sus enseñanzas y necesitaba contrastarlas con las suyas. Andrés lo recibió. Escuchó con atención y le rogó que aguardara. Hipías contempló el meteorito y se sentó a su sombra, entre las candelas que ardían con dificultad. El tiempo seguía revuelto. Al poco se presentó Jesús. Se saludaron y, en griego, iniciaron una sabrosa conversación. Mejor dicho, fue el anciano quien habló al principio. Y el Maestro y un reducido grupo de discípulos y de seguidores del Bautista se acomodaron alrededor del viejo filósofo. Yo permanecí cerca, atento.

Hipías hizo un resumen de las enseñanzas que practicaba: creía en un Dios Razón que sostenía y gobernaba el mundo y las estrellas, defendía la existencia del alma y su inmortalidad y consideraba —como Zenón— que dicha alma vivía prisionera en el cuerpo. Era su destino. La vida —para los estoicos— era esfuerzo continuo. Esa tenacidad podía conducirlos a la virtud y a la sabiduría. Por supuesto, intentaban vivir en armonía con la naturaleza y buscaban —desesperadamente— la hermandad entre los hombres.

Jesús y el resto escucharon en silencio y con atención.

Y en eso se presentó Felipe, el intendente. Llegó sofocado. Casi lo había olvidado. Sonrió al Galileo y procedió al ritual: puso en las manos del rabí una reluciente naranja. Después retornó a sus quehaceres, con los gemelos de Alfeo.

Al concluir la amena exposición, el griego se dirigió al Hijo del Hombre y preguntó:

—Zenón, nuestro fundador, y Crísipo, uno de sus alumnos, sostienen que la muerte es la separación del alma y el cuerpo. ¿Qué opinas?

—Dices bien —contestó el rabí—. El alma, al morir, viaja lejos… Pero no se disuelve, como predicó Zenón.

Hipías escuchaba, atentísimo.

—… En cuanto al cuerpo —prosiguió Jesús mientras acariciaba la naranja—, es cierto que se pudre y desaparece, pero no regresa a la vida, como defendía tu maestro. Cuando mueras tendrás otro cuerpo…, distinto.

Uno de los discípulos de Yehohanan lo interrumpió:

—Pero, Maestro, ¿qué es la muerte?

El Galileo se volvió hacia el joven que preguntaba y replicó con una seguridad pasmosa:

—Despertar… Morir es despertar.

Sonaron murmullos de desaprobación. No eran éstas las ideas de los ortodoxos judíos sobre la muerte. Ellos pensaban que, a los tres días del fallecimiento, un ángel se hacía cargo del alma del difunto y la trasladaba al *seol,* un lugar oscuro y remoto (en el centro de la Tierra) donde «ni siquiera llegaba la cólera de Yavé».

Yu escribía y escribía…

Hipías recuperó uno de los comentarios del Maestro y preguntó de nuevo:

—Si el alma no se disuelve, ¿qué pasa con ella?

Jesús se alzó y empezó a pasear entre los que escuchaban. El anciano también se levantó. Y vi llegar a más gente; quizá vecinos de Rāmma. Intuí que el Maestro buscaba las palabras adecuadas. El mayor tenía razón cuando aseguraba que uno de los grandes problemas del rabí era la «aproximación a la verdad». Supongo que era difícil —muy difícil— hallar las palabras exactas. ¿Cómo describir lo que es indescriptible?

—El alma es un regalo del Padre Azul o del Dios Razón, como le gustaba llamarlo a Zenón —explicó finalmente el Galileo—, y, por supuesto, de origen divino. En consecuencia, el alma es indestructible.

Hipías escuchaba, atónito. Y noté un brillo especial en sus ojos. Las palabras del rabí —lo reconozco— hacían vibrar…

—Zenón se aproximó a la hora de describir el alma —remachó Jesús—, pero se quedó corto…

Sonrió, pícaro, y continuó:

—El alma no es razón, inteligencia o calor, como defendía vuestro fundador, y tampoco llega al hombre a los catorce años. Llega antes, mucho antes…

Tomás, el bizco, no le dejó terminar:

—¿Qué forma tiene?

El Maestro no respondió. Buscó con la mirada a Andrés, el jefe de los doce, caminó hasta él y le susurró algo al oído. Andrés se alzó y se dirigió al lugar donde acampaban. Jesús esperó en silencio. Se levantaron algunos murmullos. Dos minutos más tarde, Andrés retornaba junto al meteorito y depositaba una bolsa azul en las manos del rabí. La mayoría miró, intrigada. ¿Qué contenía la bolsa? No tardamos en descubrirlo. Jesús la abrió y extrajo un bello cáliz de metal. Lo reconocí al momento. Era la copa de acero (tipo austenítico) que le habían regalado en las bodas de Caná. Ticrâ, la madre del novio, se la obsequió después del prodigio; mejor dicho, del supuesto milagro… Jasón lo analizó en la «cuna» y el ordenador central llegó a conclusiones imposibles: se trataba de acero inoxidable (esta clase de aleación fue descubierta en los primeros años del siglo XX), con una composición de cromo, entre el 20 y el 30 por ciento, y un 7 por ciento de níquel. Las características eran igualmente asombrosas: gran resistencia mecánica (60 kilos por milímetro cuadrado), altísimo poder de anticorrosión, y casi blindado contra el fuego (400 grados Celsius). Era, sencillamente, inexplicable.

Jesús alzó el cáliz y dejó que lo contempláramos. Brillaba con furia. Finalmente explicó:

—No es así, exactamente, pero imaginad una copa como ésta. Eso es el alma…

Guardó silencio y se paseó entre el desconcertado público. En la mano izquierda cargaba la copa; en la otra, la naranja. Los reflejos luminosos se hicieron más intensos, como si el cáliz supiera lo que estaba pasando.

—Mientras estáis vivos —prosiguió Jesús sin dejar de pasear—, el alma, la copa, se va llenando con lo bueno y con lo malo…

Se detuvo ante Hipías y matizó:

—Pero el alma no es razón, ni tampoco inteligencia, y mucho menos calor… El alma es una criatura maravillosa que no habla ni razona. Se llena, eso es todo.

Juan Zebedeo no pudo contenerse y estalló:

—Maestro, ¿los *kittim* (romanos) tienen alma?

Todos rieron la supuesta gracia. Pero Juan hablaba en serio. Y el Maestro respondió de la misma manera:

—Exactamente igual que tú.

Se levantaron algunas protestas y silbidos.

El griego intervino:

—No comprendo… Si el alma no es la razón, ¿qué es?

—Te lo he dicho: una criatura inmortal y deslumbrante que ahora, en esta vida, no estás capacitado para comprender.

Y subrayó:

—Ni tú ni nadie. El alma, en realidad, eres tú… escondido. El alma es tu personalidad, que un día, cuando pases al «otro lado», se mostrará en toda su belleza. Es tu auténtico YO.

El Galileo me miró, sonrió, y precisó:

—Con mayúsculas…

—¿Y vivirá, viviré, para siempre?

Hipías estaba emocionado. La seguridad del Maestro era absoluta, sin asomo de duda.

—La palabra «siempre» —respondió Jesús— no es la adecuada. En el reino de mi Padre no existe. Allí no hay tiempo. «Siempre» requiere un principio…, que en el «otro lado» —y volvió a mirarme— no es posible. En verdad te digo, amigo Hipías, que lo que te aguarda no puede ser descrito con palabras…

Los ojos del anciano se humedecieron. Se acercó al Maestro y lo abrazó. Jesús correspondió como pudo, con las manos ocupadas por el cáliz y la naranja. Ambos terminaron riendo. Pero las enseñanzas de Jesús no fueron bien comprendidas. Algunos preguntaron qué diferencia había entre alma y pensamiento. El Maestro se dio cuenta de la confusión reinante, devolvió el cáliz a Andrés, y se hizo con un palitroque. Acto seguido dibujó seis figuras en la tierra, así como seis palabras en koiné (griego internacional). Todos nos asomamos, intrigados. Las palabras eran: «mente», «chispa» y «alma». La segunda se repetía dos veces; «alma» fue escrita en tres ocasiones. El Maestro, entonces, señaló el primer dibujo (una cabeza humana). A su lado había escrito la palabra «mente». Y habló así:

—La mente forma parte de vuestro cuerpo. Con ella pensáis. Pero la mente no es el alma. No es inmortal. Ha sido creada para ayudaros a caminar. Cuando el hombre muere, la mente desaparece, al igual que la carne y los huesos.

Después indicó el segundo dibujo: otra cabeza humana. A su lado había escrito «chispa» y «alma». Y prosiguió:

—A la edad de cinco años, aproximadamente, el Padre Azul envía la «chispa» a la mente del hombre…

Utilizó la palabra aramea *nitzutz*. Podía ser traducida como «chispa», aunque no en el sentido de destello luminoso. La traducción menos mala sería «vibración» (producida por la letra *yod*, la primera del Nombre santo). Según

los iniciados judíos, la *yod* tiene vida. Su «oscilación» o «vibración» la transforma en una letra favorita de la Divinidad. En realidad forma parte del Tetragrama: YHWH («Yavé», en hebreo).

—… Es el gran regalo de Ab-bā —continuó, sonriente—. Es el espíritu de Dios, que desciende sobre la carne, sobre lo más primitivo…

Aquello sonó a blasfemia. Los seguidores del Bautista y algunos vecinos de la aldea se removieron, incómodos. Y comentaron entre ellos: «Yavé no está en la mente del hombre… Para eso tiene su casa, en el santo de los santos, en el Templo de Jerusalén». Pero el rabí hizo caso omiso a los comentarios y continuó:

—Y con ese fragmento del Padre Azul llega otro gran regalo…

E indicó la tercera figura: una copa.

—… ¡El alma!… De la mano de la «chispa» llega el cáliz, el alma…

Y el palo buscó las tres últimas imágenes.

Varios discípulos de Yehohanan se levantaron, muy enfadados. Y lo calificaron de blasfemo. Dieron media vuelta y se alejaron. Fueron momentos de tensión. Los íntimos aparecían pálidos y mudos. No sabían qué hacer ni qué decir. Aquello era nuevo para ellos. Demasiado nuevo…

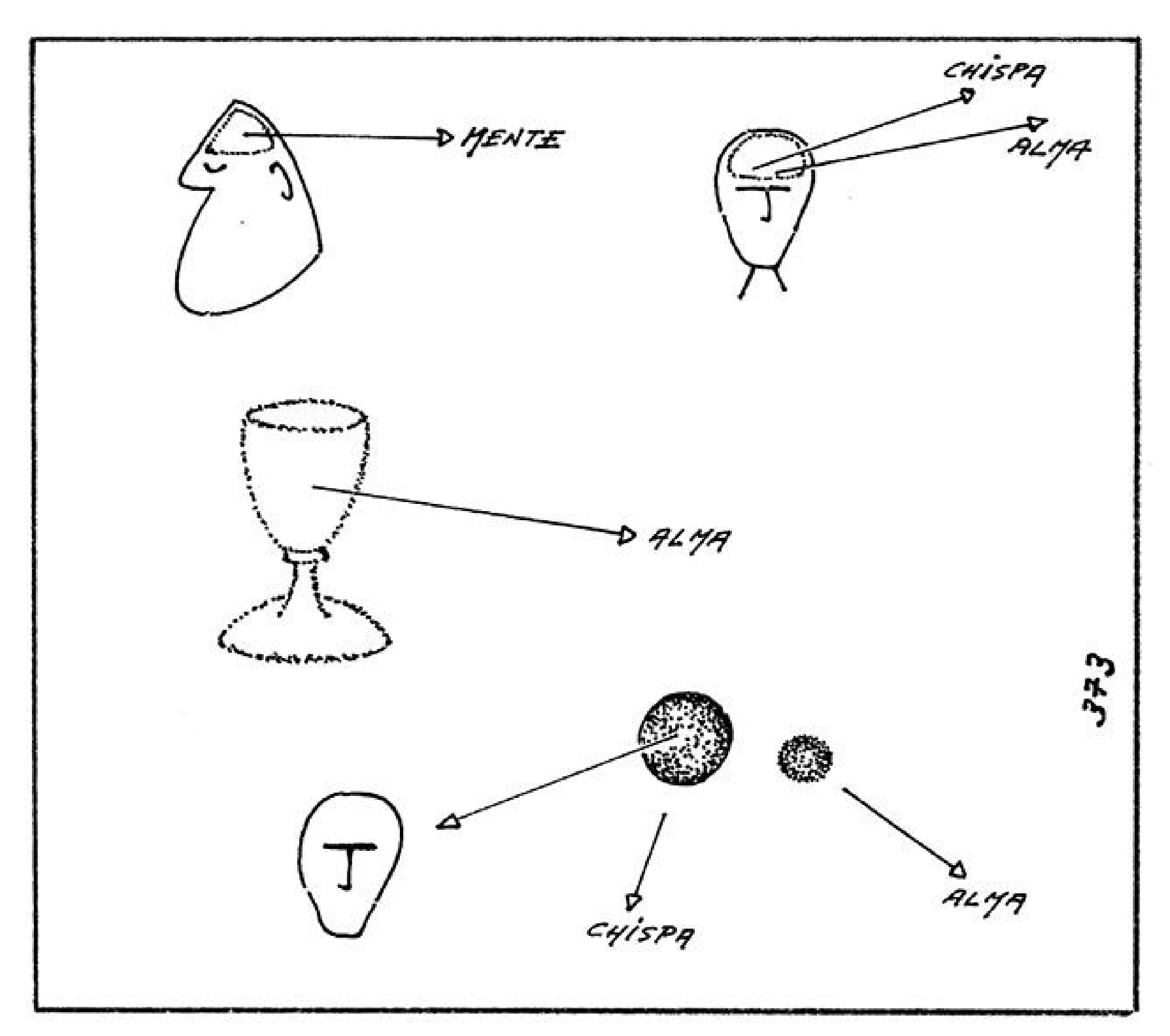
Hipías trató de suavizar el momento y aplaudió la valentía de Jesús. Los aplausos se encadenaron, pero muy tímidos. Juan Zebedeo no aplaudió.

El Maestro solicitó calma y añadió:

—En verdad os digo que sois la envidia de los ángeles. Ellos no tienen derecho a recibir la *nitzutz*.

Felipe se acercó al grupo e hizo señas a Andrés. La comida estaba lista. Y, de común acuerdo, la tertulia fue interrumpida. El anciano filósofo fue invitado a sentarse junto al Maestro y allí prosiguió la conversación. Pero este explorador permaneció junto a Kesil, en el *reda*. No puedo dar fe de lo que hablaron.

Terminado el almuerzo —hacia la nona (tres de la tarde)—, Felipe se acercó al *reda* y me hizo saber que el rabí me reclamaba. *Zal* había sido amarrado en la estaca de siempre, a cosa de cincuenta metros. Suficiente para no provocar problemas. Y tomé asiento entre los íntimos. Allí se encontraba Yu, con su inseparable tablilla encerada. Me sonrió. Parecía en éxtasis. Llegué en el momento en que Hipías, el anciano griego, formulaba la siguiente cuestión:



Imágenes trazadas por Jesús en la tierra, según el diario de Eliseo. El alma llega de la mano de la «chispa». La mente desaparece con la muerte. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—¿Crees que la muerte debe dejar indiferente al hombre? ¿O tiene que temerla?

Felipe me proporcionó un té verde, según él llegado de su querida China. No le creí, pero lo saboreé. Aseguró que las hojas —tostadas por él mismo— fueron sumergidas en yeso y añil. El Maestro apuró la pequeña taza y respondió al filósofo:

—La muerte, estimado amigo, es un invento genial de la Divinidad. Es la forma menos mala de abandonar la carne. Es la forma de llamar a la puerta en el reino de los cielos. No la temas, pero tampoco la busques. Llegará cuando tenga que llegar; es decir, cuando tú lo hayas dispuesto…

Dejó a los oyentes con la boca abierta. Y aguardó unos segundos. Después añadió, con toda intención:

—Eres tú, antes de nacer, quien programa la vida que quiere vivir, incluida la muerte.

—¿Cómo es eso? —intervino el incrédulo Tomás.

El Maestro entornó los ojos. Parecía buscar las palabras adecuadas. Pero no las encontró o, sencillamente, no quiso responder. Hizo un gesto con la mano izquierda y dio a entender que resultaba difícil y prematuro hablar de ese asunto. Comprendí. El *tikkún* o «contrato» —del que escribió Jasón— no era un asunto sencillo.

Hipías preguntó de nuevo:

—¿Se puede abandonar este mundo sin necesidad de morir?

Algunos rieron, desconcertados por la audacia del anciano filósofo.

Jesús permaneció serio y maravillado ante la inteligencia de aquel hombre. Finalmente proclamó:

—En verdad te digo que sí…

Tomás negó con la cabeza. El Maestro captó el gesto del discípulo y le salió al paso:

—En verdad te digo que ha habido hombres y mujeres que lo han conseguido. Pero, para dejar esta vida sin probar la muerte, se necesita una condición…

—¿Cuál? —preguntaron todos al unísono.

—Que tu alma se identifique con la *nitzutz*. Que sean una sola criatura.

—¿Eso es fácil? —se interesó Pedro.

—No.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —intervino Yu.

—Prueba a escucharla. Prueba a sentir la chispa que te habita…

El chino sonrió, entusiasmado. Y a partir de esa tarde, sus silencios fueron continuos y prolongados. Se dedicó —según sus palabras— a buscar a la *nitzutz* que residía en su cabeza.

—Zenón dice —comentó el griego de las barbas blancas— que existe un infierno y que las mansiones de los piadosos están separadas de las de los impíos, y que aquellos habitan en regiones tranquilas y agradables… Los impíos, en cambio, purgan sus penas en lugares tenebrosos y horrendos torbellinos de cieno.

El Maestro fue negando con la cabeza, en silencio. E Hipías concluyó:

—¿Qué tienes que decir?

—El Padre Azul —mi Padre— es un ser de amor. Jamás podría concebir un infierno. Si así fuera, la creación se le habría ido de las manos.

Entonces clamó, victorioso:

—¡Levantad el ánimo!… ¡Para eso he venido al mundo!… ¡Confiad!… ¡Sois hijos de un Dios amoroso y azul!… ¡Nada malo sucederá tras la muerte!… Os lo he dicho: no importa lo que hagáis… ¡Sois inmortales!…

—¿Y después de la muerte? —preguntó Bartolomé, el Oso de Caná.

—Regresaréis a casa…

Jesús asumió que no habían entendido y subrayó:

—Este mundo no es vuestra verdadera casa. Aquí estáis de paso. La vida es una aventura…

Y matizó, mirándome a los ojos:

—Para la mayoría… Al morir os aguarda el reino de mi Padre. Todo lo que seáis capaces de imaginar sobre ese reino se quedará corto y pobre. No hay palabras, no hay palabras para describirlo. ¡Creedme! Sois afortunados. Él, Ab-bā, os ha imaginado y aquí estáis. ¡Disfrutad de la vida!… ¡De cada instante!… El «después» no importa… ¡Está asegurado!

E insistió:

—Para eso he venido: para sembrar la esperanza. No sois lo que creéis ni lo que dicen los demás…

El Maestro siguió conversando durante dos horas. De registrar todas sus palabras, una a una —como afirmaba Juan en su evangelio—, no habría libros en el mundo que pudieran contenerlas. Y al oscurecer, Hipías se despidió del rabí. Tenía lágrimas en los ojos. Jesús reclamó a Felipe y, cuando el intendente se aproximaba, el Galileo le lanzó la naranja. Felipe la atrapó al vuelo. Aquel Hombre empezaba a gustarme…, pero tenía que traicionarle.

La familia «carnero»

El viernes, 6 de febrero (año 28), amaneció lluvioso. La temperatura descendió bruscamente, situándose en los 6 grados Celsius. Ésa fue la información recibida de «Santa Claus». Al Galileo no le importó la lluvia. Y a la tercia (nueve de la mañana) se encaminó a la aldea, dispuesto a hacer *’im*. Eso dijo. Los discípulos —según lo dispuesto por Jesús— también visitaron Rāmma. Lo hicieron por parejas y con la misión de visitar un máximo de familias. Las instrucciones del rabí fueron precisas: «tomar contacto con la gente, nada de predicación, preguntar por sus necesidades, transmitir esperanza y escuchar; sobre todo escuchar». Algo tan difícil en todas las épocas… Por recomendación de Andrés, el jefe de los doce, yo debería acompañar a los hermanos Zebedeo. Los íntimos conocían los desplantes de Juan Zebedeo hacia este griego poco comunicativo y siempre vestido de negro y rojo. Y el «jefe» —con toda su buena voluntad— trató de limar asperezas. La presencia de Santiago —discreto y comedido— serviría de freno al impulsivo y altanero Juan. Intuí la mano de Jesús detrás de aquella maniobra… Acepté, aunque no me gustó la idea. Yo hubiera preferido seguir al Maestro. Pero, como digo, dije que sí. No deseaba pleitos. A Juan Zebedeo tampoco le agradó mi compañía y protestó. Andrés, simplemente, le dio la espalda.

Todo fue más o menos bien hasta que alcanzamos una granja de puercos, relativamente apartada de la aldea. Los Zebedeo conversaron y decidieron que aquél era un buen lugar para arrancar. Yo me limité a seguirlos.

Se trataba de una casa medio en ruinas, con un portalón de madera verde. Un hilo de humo azul escapaba por la chimenea. Todo era barro a su alrededor. Allí asistí a varias escenas —no sé cómo calificarlas— ¿lamentables?

Juan golpeó la madera y, al poco, abrió la puerta una «anciana» de unos cuarenta años. Carecía de dientes. El pelo —desgreñado— le tapaba la cara. Vestía un largo saco amarillo, confeccionado con estopa de barco. Nos examinó, desconfiada. Juan explicó quiénes éramos y qué deseábamos y la mujer, tras repasarnos de arriba abajo, sonrió y preguntó:

—¿Dinero… vosotros… traer?

Hablaba un arameo pésimo. Parecía fenicia.

No terminé de entender. Y nos franqueó el paso. La oscuridad era tan intensa como el olor a podrido. Cuando logré habituarme a las tinieblas, descubrí que habíamos ido a parar a una habitación enorme, con los muros desconchados y rezumantes de humedad. Las goteras cantaban en media docena de pucheros y ollas, estratégicamente repartidos por el suelo de tierra. En un rincón parpadeaba una lucerna, una lámpara de aceite. Observé varios bultos a su alrededor. Eran niños y muchachos. Conté diez. El mayor no tendría más de catorce o quince años.

La «anciana» señaló al grupo y proclamó:

—Hijos…, todos… Escoge tú.

Y tiró de mi túnica, al tiempo que hacía con los dedos el signo internacional del dinero.

—Dos ases, niña… Cinco, niño.

Supongo que palidecí. Con dos ases (pura calderilla) podría comprarse una hogaza de pan.

Y a una orden de la mujer, cuatro de los muchachos se alzaron y caminaron hacia nosotros. ¿Caminar? ¡Pardiez!… ¡Caminaban a cuatro patas! Se apoyaban en los pies y en los nudillos. Parecían monos. Las cabezas se erguían con dificultad. Pero sonreían. Una de las niñas —quizá tuviera doce o trece años— se aproximó y olisqueó los bajos de mi túnica. Después, sin dejar de sonreír, deslizó la mano hasta tantear mis testículos. Acarició el pene e incrementó la sonrisa, satisfecha.

—Dos ases…, niña —repitió la mujer.

Fue todo rápido. La adolescente se deshizo de los andrajos que la cubrían y quedó completamente desnuda. Tenía unos pechos incipientes y la piel sucia. Y me mostró el pequeño trasero, invitándome a que la penetrara. Los otros muchachos hicieron lo mismo, se desnudaron y animaron a los Zebedeo a copular con ellos. Juan lanzó una maldición, los llamó bastardos, y retrocedió, espantado. Pero en su nerviosismo, tropezó con uno de los muros y cayó al suelo. Aquello multiplicó su enfado. Y gritó como un poseso. Los que caminaban a cuatro patas se asustaron y retrocedieron. La mujer, desconcertada, suplicó:

—¡Mitad precio!… ¡Sólo un as!

Juan Zebedeo escupió a los pies de la «anciana», atrapó una manga de su hermano Santiago y lo arrastró al exterior. Los insultos y bramidos del Zebedeo desconcertaron a la familia Dekar. Así los llamaban en el pueblo. «Dekar» significaba «carnero». La fenicia se dedicaba a la cría de cerdos y a

la prostitución. Tenía diez hijos, todos de padres diferentes. Los niños también eran prostituidos desde que eran bebés.

De regreso al campamento consulté a «Santa Claus». ¿Qué clase de enfermedad era la de los niños «carnero»? Jamás había visto cosa igual. El ordenador no supo darme razón. No disponía de información al respecto. Insistí, pero «Santa Claus» repitió lo ya sabido: «No existe documentación en el banco de datos». Al día siguiente, tras una exhaustiva búsqueda, «Santa Claus» insinuó que podía tratarse de una enfermedad provocada por un defecto genético. Quizá eran niños sin cerebelo, el órgano que controla el equilibrio. Por eso caminaban a cuatro patas.

La visión de aquellos desgraciados me impresionó. Y lo hizo de tal manera que, hacia el mediodía, me las ingenié para regresar a la granja con un par de hogazas de pan. Kesil no preguntó.

La «anciana» me recibió, sorprendida. Me invitó a entrar y se hizo con el pan rápidamente. Ni lo agradeció. Supongo que acudir a la casa de los «carnero» fue un error, pero estaba donde estaba, y reaccioné como reaccioné.

Salí de la granja como un sonámbulo. No daba crédito a lo que acababa de hacer.

Y, de pronto, no sé por qué —quizá para silenciar mi conciencia—, eché mano de los dineros, extraje un denario de plata del cinturón, y entré de nuevo en la casa. Todos miraron, desconcertados. Caminé hasta la niña —nunca supe su nombre— y deposité la moneda en sus manos. La miró y la remiró, asombrada. Un denario equivalía al salario diario de un jornalero. Creo que me disculpé, pero lo hice en inglés. Ella sonrió, sin más. Supongo que tenía cierto grado de subnormalidad. Y desaparecí.

La verdad y las verdades

Me refugié en el carro. No deseaba hablar con nadie. Kesil preguntó, pero respondí con evasivas. «No me encontraba bien», le dije. Mentí. Estaba perfectamente (por fuera). Sin embargo, a decir verdad, tampoco me arrepentía de lo hecho. Fue una situación rara…

Al anochecer, más tranquilo, hablé con Yu. Y pasó a relatar lo ocurrido a lo largo de esa tarde del viernes.

Hipías, el filósofo, había regresado junto al meteorito. Tenía nuevas preguntas para el Maestro… Por cierto, me crucé con el rabí en una ocasión, cuando me dirigía al *reda*. Nos miramos en silencio y me traspasó. Él sabía… Pero ¿cómo?, ¿cómo lo hizo?, ¿cómo supo? Fue entonces cuando me sentí sucio…

El segundo diálogo entre el Galileo y el anciano griego se registró en los siguientes términos, según la tablilla de Yu.

Hipías preguntó:

—¿De dónde vengo, Maestro?

—De la imaginación del Padre Azul…

Y Jesús proporcionó algunos detalles, pero ninguno de los presentes —incluido el chino— alcanzó a comprender.

—En este mundo —aseguró el rabí— hay dos clases de personas…

—Buenas y malas —se adelantó Hipías.

—No —le corrigió Jesús—, seres que ascienden (la mayoría) y seres que descienden.

«Nos quedamos pensativos», manifestó Yu. «¿De qué hablaba? Pronto lo averiguaríamos».

—Los primeros, los que ascienden —prosiguió el Galileo midiendo las palabras—, son imaginados por Ab-bā por primera vez. Aquí nacen. Tienen por delante un largo, larguísimo, camino. Su destino final es el Paraíso…

Hizo una pausa y nos miró, divertido. Y continuó:

—Y tampoco… Su final está más allá del Paraíso.

«Nos perdimos —aclaró Yu—. ¿Hay un más allá después del más allá?».

—En cuanto a los seres descendentes —añadió el Maestro—, tampoco estáis en condiciones de entenderlo. Son como ángeles.

«El rabí dudó —aseguró el chino—. Las palabras no le ayudaban».

—Otros son Dioses…

Le mirábamos, desconcertados.

—Dioses que buscan experiencia o que desean probar la imperfección…

—Pero ¿cómo es eso? —intervino Andrés, tan confuso como el resto.

—La materia, el lugar en el que ahora estáis viviendo, es pura imperfección. Así fue imaginado por el Padre Azul. Pues bien, los Dioses que acompañan al Padre, por múltiples razones, deciden bajar a la imperfección y probarla. Prueban el tiempo, el dolor o la soledad. Otros ingresan en el mundo en misiones específicas: para traer la esperanza, para abrir las mentes o señalar el camino… Es la misericordia, que desciende.

—¿Quieres decir —planteó Santiago de Zebedeo— que, entre nosotros, camuflados, hay Dioses?

—Dioses y príncipes —redondeó el Galileo—. Pero vosotros, en efecto, no estáis en condiciones de descubrirlo. Es la ley del reino de mi Padre.

Y Jesús fue más allá:

—Yo soy uno de esos Dioses… He nacido en el mundo para retirar el velo del miedo. Estoy aquí por encargo del Padre Azul. Soy su enviado.

«Volvieron los recelos —matizó el chino—. Jesús estaba diciendo que Él era un Dios encarnado. La gente puso mala cara».

E Hipías siguió con las preguntas:

—Maestro, ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué he nacido?

—Te lo he dicho: si eres una criatura ascendente, para experimentar. Si fueras descendente, para cumplir un trabajo o, quizá, para experimentar.

—¿Y cómo puedo saber si soy ascendente o descendente?

—Pregunta a tu *nitzutz*, a tu «chispa»…

—No termino de entender —terció Tomás—. ¿Qué se supone que tiene que experimentar un Dios, que lo sabe todo?

—La experiencia es insustituible. Los Dioses, efectivamente, lo conocen todo, pero eso no significa que tengan experiencia en determinados asuntos. Por ejemplo: en la imperfección. Tú puedes saberlo todo sobre el mar de Tiberíades (peces, corrientes, vientos, etc.), pero, hasta que no te sumerjas en él, no sabrás realmente qué es el *yam*.

—¿Y qué se puede aprender en la imperfección? —insistió Tomás.

—Asomarte al tiempo es una experiencia única. De donde vienen los Dioses no hay tiempo. ¿Comprendes? Además, puedes experimentar la risa, la belleza de la imperfección, la soledad compartida, la incomprensión, el amor y el desamor, el buen vino, la lectura, el odio, mis palabras, la ansiedad ante

el olvido, el miedo a no saber quién eres, la oscuridad en la memoria, el error no deseado, la maldad inimaginable, la amistad que sustituye al amor, la enfermedad que somete… Son cadenas y cadenas de experiencias.

—¿Estás diciendo, Maestro, que en el «más allá» no hay risa?

«Quedamos perplejos ante la pregunta del Oso de Caná».

—La risa, en el reino de mi Padre, es interior y, por tanto, más gratificante. Os lo he dicho: aunque imaginéis ese reino, siempre os quedaréis cortos. No hay palabras.

—¿Y hacia dónde se supone que voy? —le interrogó de nuevo el filósofo griego.

—Hacia el Paraíso. También te lo dije. Pero eso sucederá más tarde…

El Galileo percibió que sus palabras no eran exactas e intentó rectificar:

—Tengo un problema. Mis palabras no se ajustan a la verdad. Después de la muerte no hay tiempo. En consecuencia, tu ingreso en el Paraíso no ocurrirá «más tarde». Sucederá.

Tampoco entendimos.

—¿Qué es el Paraíso? —demandó Mateo Leví, que había permanecido callado todo el tiempo.

—Las palabras —matizó el rabí— amarran mi corazón. Siento no poder expresarme como deseo. Es la ley. Los secretos del «más allá» están delicada y minuciosamente guardados. Pero haré un esfuerzo. El Paraíso es la casa del Padre Azul y de los Dioses que lo acompañan y complementan. Es un lugar físico donde habitan los infinitos, donde nacen la fuerza, la inteligencia y la misericordia. Allí viven todas las realidades imaginables.

«Jesús se agotó pronto —prosiguió el chino—, y puso un ejemplo»:

—No puedo detallar qué es el Paraíso, de la misma forma que —por mucho que lo intente— no podría explicarle a *Zal* qué es la palabra.

Después, el rabí habló sobre la verdad…

Yu explicó que —según el Maestro— hay dos tipos de verdades: la absoluta, a la que el hombre no tiene acceso (en vida), y las parciales.

—¿Podrías imaginar qué es una criatura sin principio ni fin? —preguntó Jesús—. ¿Podéis comprender que haya siete Dioses en uno?

Nadie sabía de qué hablaba.

—Eso sería la verdad absoluta —manifestó el Galileo, rotundo—. Pero no estáis capacitados, aún, para asumirla. La verdad absoluta os aniquilaría. No es el momento de descubrirla. Ni siquiera de intuirla. Debéis proseguir el largo camino hacia la santidad, con vuestra propia personalidad. Si la verdad total se presentase ante vosotros (si el Padre Azul te saliera ahora al

encuentro), tu «yo», tu personalidad, dejaría de progresar. La luz del buen Dios es tal que terminarías anulado. Dale tiempo al no tiempo. En consecuencia, no hagáis caso de los que dicen poseer la verdad absoluta. Mienten.

Y el Maestro matizó:

—Ahora sólo tienes acceso a las verdades parciales o limitadas. Las verdades que yo os ofrezco. Es la ley…

—¿Cómo sé que estoy haciendo la voluntad del Padre Azul? —se interesó Hipías.

—Es fácil —replicó el Galileo—. Lo sabrás por el grado de amor a tus semejantes.

—Pero —se revolvió el griego—, ¿cómo puedo amar al que me calumnia?

—Precisamente porque lo desconoces todo sobre él. Nadie sabe nada sobre el *tikkún* de los demás. Odiar, además, no es económico ni rentable. Pierdes tu valioso tiempo y no conduce a nada bueno. Todo está ordenado para el bien, aunque no lo comprendáis. Todo.

—Y si Dios es bondad —manifestó el Zelota—, ¿por qué consiente el mal?

Jesús respondió con una frase que tampoco comprendimos:

—¿Crees que Ab-bā es responsable de la lluvia?

Y matizó:

—No estáis en condiciones de abarcar los planes de la Divinidad y mucho menos su intencionalidad. El mal forma parte del juego en determinados lugares, no en todos… Confiad.

Y, dirigiéndose a Hipías, dijo:

—Allí donde tú terminas…, ahí empezamos nosotros.

Cuando el griego se hubo retirado —según Yu—, los discípulos reprocharon al Maestro que hubiera tenido tanta paciencia y consideración con el filósofo. Juan Zebedeo fue uno de los más combativos.

—La verdad es tolerante —replicó el Galileo—. No la temáis. La intolerancia es la máscara de los inseguros. Los hombres y mujeres que hacen la voluntad del Padre Azul no huyen de la crítica constructiva. No tienen miedo.

Como era de prever, la noticia sobre la gente que caminaba a cuatro patas terminó de boca en boca. Jesús tuvo conocimiento del tema cuando jugaba con el chino a un juego extraño y apasionante. Yu lo llamaba *weichi*, o algo parecido. Procedía —según Yu— de la remota China. Había sido inventado por el emperador Shun, hacía dos mil años. Unos seres bajados del cielo se lo enseñaron. Eso dijo. Pero el chino era especialmente fantástico. No le creí. Se

sentaban frente a una mesa o un tocón de árbol y depositaban entre los jugadores un tablero, generalmente de madera muy liviana. En la madera habían sido practicadas 19 ranuras verticales y otras tantas horizontales. Los jugadores disponían de 180 piedras blancas y 181 negras (tantas como intersecciones). Pues bien, todo consistía en mover las piezas, de forma que uno de los dos se apropiara de la totalidad del «territorio». Empezaban las negras y los jugadores se turnaban a la hora de situar cada piedra. No importaba dónde. La cuestión, como digo, era reunir un máximo de territorio. Ése era el ganador. Curiosamente, el Galileo siempre perdía… Pero no le importaba, y suplicaba a Yu que le concediera la revancha. «¿Niños que caminan a cuatro patas?», preguntó el Maestro. El Zebedeo (Juan) los llamó «infieles y bastardos». Pero Jesús mostró interés por visitarlos. El Zebedeo se tiraba de los pelos…

Conam

Tras desayunar, el sábado, 7 de febrero (año 28), el rabí se preparó para visitar la aldea de Rāmma. El campamento se revolucionó y empezaron las apuestas. Otro asunto al que jamás hacen alusión los evangelistas. Los judíos —hombres, mujeres y niños— apostaban por cualquier cosa. Era una tradición. A la hora de establecer una apuesta utilizaban las palabras *conam*, *conaj* y *conas*. Eran sustitutivas de *corban* (ofrenda). *Conam* era la más utilizada. La interpretaban como «apuesto por tal cosa». Unos hacían *conam* a que Jesús sanaría a los muchachos que caminaban a cuatro patas. Otros hacían *conam* por lo contrario. Tomás, el bizco, lideró las apuestas. Y los defensores del prodigio se colocaron en una posición de diez a uno.

Y a eso de la tercia (nueve de la mañana), la comitiva se dirigió hacia la aldea. Vi a los espías, murmurando. Andrés me explicó: murmuraban contra Jesús porque estábamos en el *shabbat* (sábado) y los ortodoxos no permitían que se caminase más de dos mil codos (el codo equivalía a 45 centímetros, y a 52 si se tomaba a Ezequiel como referencia).

—Pero —manifesté— la aldea está a 753 metros…

Andrés se encogió de hombros. Así eran los fariseos y escribas… Por supuesto, hecha la ley, hecha la trampa. Si uno deseaba o necesitaba caminar más de dos mil codos, sólo tenía que dejar comida en un lugar. A ese punto lo llamaban *erub* y representaba el domicilio del sujeto. Desde allí podía caminar otros dos mil codos… La obsesión de las castas sacerdotales con el sábado era enfermiza. Seguiré hablando de ello, pero he aquí algunos ejemplos: en el *shabbat* no podían sacar la mano fuera de la casa (para hacer el trabajo de coger algo); no podían sentarse en la peluquería; no podían ir al baño (y menos aún si la persona estaba estreñida); no podían transportar una aguja de sastre; no podían salir a la calle con la pluma de escriba detrás de la oreja; no podían matar piojos; no podían leer a la luz de una lámpara (eso significaba que, previamente, tenían que desplegar el trabajo de encender la lucerna); no podían comer con una menstruante; no podían poner a remojo tinta o colorantes; no podían poner cepos para cazar; estaba prohibido vender a los paganos (lo que fuera) o ayudarlos a cargar las caballerías; estaba prohibido entregar vestidos a los bataneros para su limpieza; no podían freír

carne, cebollas o huevos; no podían atizar el fuego si sólo había prendido una parte del leño; tenían prohibido encender una lámpara de aceite con madera de cedro; no podían apagar la llama de la lucerna; no podían poner un huevo al lado de una caldera, ni romperlo sobre un paño o enterrarlo en la arena (para que se cueza); estaba prohibido echar especias en una sartén u olla que han sido retiradas del fuego; no podían transportar una lucerna vieja (la nueva, sí); una vez retirada la olla del fuego, no podían cubrirla con el fin de que conservase el calor; no podían atar las patas de los camellos; el asno no podía salir con el cencerro; las gallinas no podían salir con cintas en las patas; la vaca no podía salir a la calle con las ubres cubiertas; la mujer no podía salir con lazos en la cabeza o con hilos de lana; el hombre no podía salir en sábado con sandalias que hubieran sido cosidas a aguja y tampoco con una sola sandalia; estaban prohibidos los amuletos y que la mujer saliera de la casa con un gorro en forma de caracol; no podían transportar monedas en la palma de la mano, pero sí en el dorso… La lista de prohibiciones era interminable y ridícula.

Jesús entró en la granja de los «carneros», pero lo hizo en solitario. La escolta aguardó en el exterior, junto a la puerta verde. El resto esperó en las cercanías de la casa. Tomás seguía animando las apuestas. Yo me quedé junto al bizco. Extendió el manto sobre el terreno y se dedicó a lanzar los dados de marfil. E hizo *conam* con algunos de los seguidores del Bautista. Yu estaba desconcertado.

Dos horas más tarde se abrió el portalón y apareció Jesús con uno de los «carneros» en brazos. Era un niño pequeño. El Maestro tenía los ojos enrojecidos. Había llorado. Detrás asomó el resto de la tropa, con la madre a la cabeza. Sonreía, feliz. Pero los cuatro adolescentes que caminaban a cuatro patas seguían igual, sin cambios. Y Tomás palideció. Perdió lo apostado. No hubo milagro. Jesús solicitó que les proporcionaran algo de comida, dejó al pequeño en el suelo y regresó junto al meteorito. Ya en el campamento, el rabí explicó que se había limitado a conversar con la familia, interesándose por sus vidas. Alguien, tímidamente, preguntó por qué no los había curado. Y el Galileo resumió lo adoptado en la aldea beduina de Beit Ids, durante su retiro: «No haré prodigios salvo que sea la voluntad de Ab-bā».

Esa noche cené con el chino, con Sitio y con su inseparable Aru. Yu y los otros no sabían nada de las decisiones adoptadas por el Maestro en Beit Ids y preguntaron. Les hablé de lo poco que sabía, leído en los diarios del mayor. El Galileo se tomó muy en serio no hacer uso de su poder, salvo en casos extremos, y siempre bajo el consentimiento del Padre Azul. Deseaba

transmitir su mensaje por la fuerza de la palabra, no por su poder. Yu lo entendió. Sitio quedó perpleja. ¿O debo decir perplejo? En mi época, los militares no aceptaban a los homosexuales… Aru, como siempre, no dijo nada. Aproveché la buena disposición del chino para plantear algunos asuntos que ignoraba. Él era seguidor de Confucio y, sobre todo, del taoísmo. ¿De dónde procedía aquella filosofía? Yu habló —entusiasmado— de Lao-Tse, pero manifestó que, en realidad, la sabiduría del filósofo chino no era suya. Había sido impartida por unos misioneros extranjeros, llegados, precisamente, desde Palestina. Mostraban una bandera con tres círculos azules y concéntricos. Dijeron ser discípulos de Malki Sedec, príncipe de justicia. Era un hombre blanco, muy alto, con los cabellos albinos y los ojos intensamente azules. Nunca parpadeaba. No tenía familia. Nadie supo de dónde vino. Y se proclamó precursor del Hijo del Hombre…, «Bar Nasa». Estos misioneros enseñaron que existe un Padre Dios, misericordioso, que regala el alma inmortal. Lo llamaron «Dao». Y dijeron que el hombre, al morir, vuela hacia Dao. El destino era algo previamente trazado, del que ninguna criatura humana puede escapar. El primitivo taoísmo coincidía con muchas de las enseñanzas del Maestro: la bondad genera bondad; es mejor dar que recibir; la muerte es el regreso al hogar; Dios no lucha, pero siempre gana… Lamentablemente, con el paso de los siglos, las enseñanzas de los misioneros de Malki terminaron degradadas y la genial filosofía se convirtió en un enjambre de dioses y diosecillos que habitan en el interior del cuerpo humano. Los taoístas buscaban la inmortalidad de la carne, consumiendo para ello toda suerte de sustancias; en especial el jade y el cinabrio. Yu —creo haberlo dicho— estaba entusiasmado con las enseñanzas del Maestro. Eran idénticas a lo proclamado por los misteriosos misioneros hacía dos mil años. Por eso lo dejó todo…

Esa noche me asomé a la cocina del campamento.

Felipe, el intendente, canturreaba y vigilaba el trajinar de los gemelos de Alfeo. Cocinaban setas, recién recogidas en los bosques cercanos. Sobre la mesa encontré dos puñados de hongos. Los examiné. Eran *Boletus edulis*, enormes, con una capa blanca y un sombrero de color tostado, casi amarillo, muy sabrosos. Los otros me parecieron *Agaricus brunnescens*.

Felipe me sorprendió husmeando.

—¿Entiendes de setas?

—Algo —repliqué sin dejar de observar los apetitosos hongos.

—¿Cuál crees que es la venenosa?

Le miré, perplejo. Volví a examinar los dos puñados y deduje que ninguna. La peligrosa —la *Amanita phalloides*— desprende un característico olor a miel y en el pie siempre aparecen restos membranosos del velo.

—No son dañinas —respondí con seguridad.

Felipe sonrió, satisfecho, y exclamó:

—Veo que entiendes…

Y el pequeño examen culinario sirvió para que el intendente me hiciera una proposición que, por supuesto, acepté al momento.

—¿Quieres trabajar conmigo en la cocina? Sólo somos tres y no damos abasto…

Y pasé a ser el tercer pinche de la cocina de campaña de Jesús de Nazaret. No me arrepentí. Al contrario. En un momento dado —como espero narrar— resultó de gran utilidad para este explorador… Además llenó momentos de vacío y de angustia.

Esa noche, Kesil y yo degustamos un plato de boletos de lobo, unos champiñones de sombreros rojos, muy abundantes en los bosques de robles. La receta era de Felipe: sombreros de boletos, huevos batidos, harina, sal, pimienta negra en abundancia, miel y aceite. Felipe lavó los sombreros, los blanqueó con agua hirviendo y los secó con mimo. Después combinó los huevos, la sal, la miel, la harina y la pimienta y añadió agua fría, consiguiendo un batido ágil. Al freírlos quedaron dorados y deliciosos. Jesús se chupó los dedos y felicitó a Felipe…

Un río de colores

Según «Santa Claus», el orto solar del 8 de febrero (año 28), domingo, se registró a las 6 horas, 27 minutos y 2 segundos de un supuesto Tiempo Universal (TU).

Tras el desayuno, Andrés, el jefe de los doce, dio las órdenes oportunas:

—¡Moved el culo!… ¡Nos vamos!

El Maestro se puso en cabeza, con *Zal*, y avanzamos hacia el noreste. Conté treinta y siete personas. Todos varones: Jesús y los íntimos, los doce discípulos de Yehohanan, diez «espías», Kesil y yo. Esta vez conocíamos el destino: Irón, a cosa de cien estadios (unos 17,5 kilómetros). Y nos fuimos internando en las montañas de la alta Galilea. Bartolomé subió al carro y charló, animadamente, con el criado. Kesil preguntaba sin cesar.

A la sexta (mediodía) avistamos el lugar. Kesil se ocupó de los onagros y de las tiendas y yo exploré el pueblo y los alrededores.

Irón era una población mestiza, fronteriza con Fenicia, pujante, idólatra y asomada a un río que llamaban «el pequeño Merón». ¡Y qué río! El pueblo disponía de una sinagoga de piedras blancas, traídas de lejos, y, según mis cálculos, el censo superaba las diez mil almas. Como digo, un río estrecho y con demasiadas prisas mantenía a Irón alejado de las minas de cobre, su principal riqueza.

No podía creerlo. ¡Era un río de colores! En algunos tramos lucía rojo. En otros era verde, azul o negro. En el fondo ondeaban miles de hojas que daban tonalidad a las aguas. Distinguí también arena y grandes rocas pulidas por el roce del tiempo. Era un río triste, sin peces… Me incliné y toqué las hojas rojas. Eran fanerógamas acuáticas, sin duda. Quizá macarenias, pero no estuve seguro. La planta exhibe ese color rojo intenso gracias a los carotenoides, unos pigmentos que las caracterizan y que protegen a las hojas de la oxidación. En Colombia, en la sierra de La Macarena, tuve oportunidad de contemplar un río parecido. El agua estaba helada. A medio kilómetro, hacia el este, distinguí los restos de un volcán apagado. Ascendí y observé. El cráter era espacioso, con un diámetro de unos dos kilómetros. Todo él aparecía azul. Comprendí que me hallaba frente a una serie de minas de cobre. De ahí el azul… Las habían explotado en superficie —en terrazas— y

ahora profundizaban hacia el interior. En la caldera del volcán se abrían tres bocas negras. Eran las entradas a otras tantas minas. Los obreros salían, cargando grandes cestos, y los descargaban sobre las reatas de mulas y onagros. Y las caravanas ascendían penosamente hasta el filo del cráter, desapareciendo después hacia el sur, en dirección a los hornos de fundición, como el descrito en la cárcel del Cobre, cerca de Damiya. Allí transformaban el mineral en toda clase de artilugios, armas y enseres domésticos.

Pero decidí regresar…

El campamento estaba casi ultimado. Y Jesús, de pronto, decidió visitar las minas. Lo acompañaron Pedro y los hermanos Zebedeo, la «escolta». No supe qué pensar, pero terminé alcanzándolos. Una vez en el volcán, el Maestro descendió hasta la caldera, se entrevistó con uno de los capataces y solicitó trabajo. La guardia personal no salía de su asombro. Y yo tampoco. Fue aceptado. Sólo trabajaría Él, y como picador. Salario: dos denarios al día —de sol a sol— y una hogaza de pan negro y una cebolla. De regreso, los íntimos discutieron. Jesús se alejó con sus típicas y largas zancadas. «¿Qué significaba aquello? —gritaban—. ¿Por qué el Maestro tenía que bajar a las minas? ¿Qué pasaba con la predicación? ¿Había olvidado el anuncio de la buena nueva?». No comprendían nada de nada…

A la hora de la cena, el rabí se dirigió a los presentes y dejó claro que, durante un tiempo indeterminado, se dedicaría a trabajar en el cobre. Los discípulos —por parejas— visitarían las casas de Irón y se interesarían por los problemas y necesidades de sus habitantes. Era lo habitual, pero protestaron. No entendían por qué el Hijo del Hombre tenía que descender —solo— «a ese infierno». Pedro alzó la voz y se negó a obedecer en más de dos y en más de tres ocasiones. Jesús le dejó hablar. Finalmente tuvo que rendirse a la evidencia: el rabí había tomado la decisión de trabajar con los mineros, y nada le haría cambiar. Antes de acostarnos envié a Kesil ante el Galileo para preguntar si podía acompañarle al volcán. Dijo que sí. Y me preparé para una nueva aventura…

La mina

El lunes, 9 de febrero del año 28, nos presentamos en la caldera del volcán poco antes del alba. Kesil decidió cuidar de *Zal*. Jesús me presentó como su ayudante. Fui admitido como cargador. El capataz indicó que lo siguiéramos y entramos en una de las bocas. El fenicio —alto y redondo como un árbol— se hizo con una de las teas clavadas en la pared y caminó rápido y en silencio por la galería. El túnel descendió, alcanzando un desnivel del 30 por ciento. Cada cien pasos, sendas antorchas iluminaban uno y otro lado de la oscura galería. Las llamas amarillas arrancaban destellos azules a las paredes y al techo. Al llegar al final calculé que habíamos recorrido unos 900 metros. La temperatura subió considerablemente. Otros mineros —desnudos— se esforzaban frente a un muro azul. Varias teas, distribuidas estratégicamente, iluminaban el tajo. Los hombres, sudorosos, golpeaban la roca con pesadas mazas. Cada picador era asistido por un cargador. Éste recogía las piedras azules que se desprendían del muro y llenaba una cesta de madera. Después cargaba con ella y corría hacia la salida. El cargador cobraba por canasta entregada. Diez ases por carga. De vez en cuando se presentaban los aguadores.

El Maestro se hizo un hueco y golpeó la pared. Pronto se dio cuenta: la túnica era un estorbo. Y procedió a desnudarse. Utilizaba un *saq* o taparrabo negro, de algodón. El cuerpo de aquel Hombre era espectacular. Ni un gramo de grasa. Todo músculo. La espalda era ancha y las piernas sólidas como columnas. Los genitales eran grandes. Al poco se desprendieron varios bloques azules. El rabí los cuarteó y me facilitó la labor. Cargué el cobre en el capazo y corrí hacia el final de la galería. Cada carga oscilaba entre 20 y 30 kilos. La dura faena se prolongó hasta la sexta (mediodía). A esa hora oímos una campana. Era el momento del almuerzo. El Galileo chorreaba sudor. Pero, a pesar del esfuerzo, tuvo tiempo y ánimo para regalarme una sonrisa. Creo que respondí con otra. Y salimos del túnel. En el centro de la caldera, unos individuos repartían agua, pan negro y una cebolla por cabeza. Era lo acordado. Me retiré a un rincón y devoré la comida.

Jesús no tardó en entablar conversación con algunos de los mineros. Casi todos eran fenicios. Paganos.

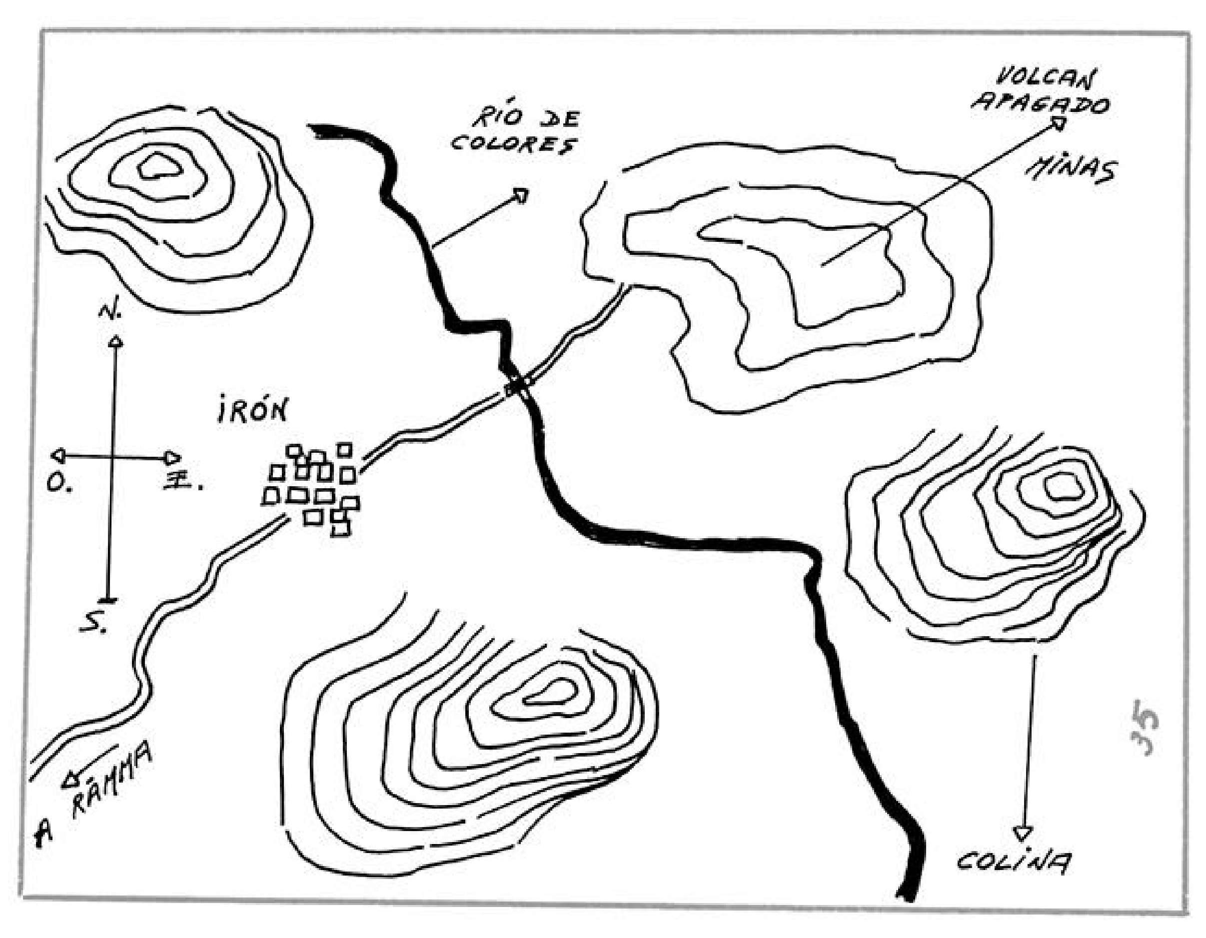
Era incansable. Hizo *’im*, según su costumbre. Preguntó y preguntó. Al principio lo contemplaron con desconfianza. ¿Quién era aquel judío? ¿Por qué preguntaba tanto? ¿Se trataba de otro maldito confidente de Antipas? Pero el rabí supo ganárselos. Sus preguntas no encerraban malicia alguna y el tono era sincero y agradable. Le abrieron los corazones. Casi todos estaban allí como consecuencia de las deudas. Sólo aspiraban a pagar y a regresar a sus casas.

Comimos con rapidez.

Al poco sonó la campana y cada cual regresó a su trabajo.

A la caída de la tarde salimos de la caldera y caminamos hacia el río de colores. Hacía frío.

Jesús se detuvo frente a un tramo azul, se agachó, introdujo la mano izquierda en el cauce y bebió un poco de agua. Después permaneció contemplando aquella belleza. Se alzó, me guiñó un ojo y prosiguió hacia la población. Aquel gesto me reconcilió con el mundo… Verdaderamente era un Hombre entrañable.



Ubicación del volcán apagado, el río de colores y la población de Irón, al norte de la Galilea, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

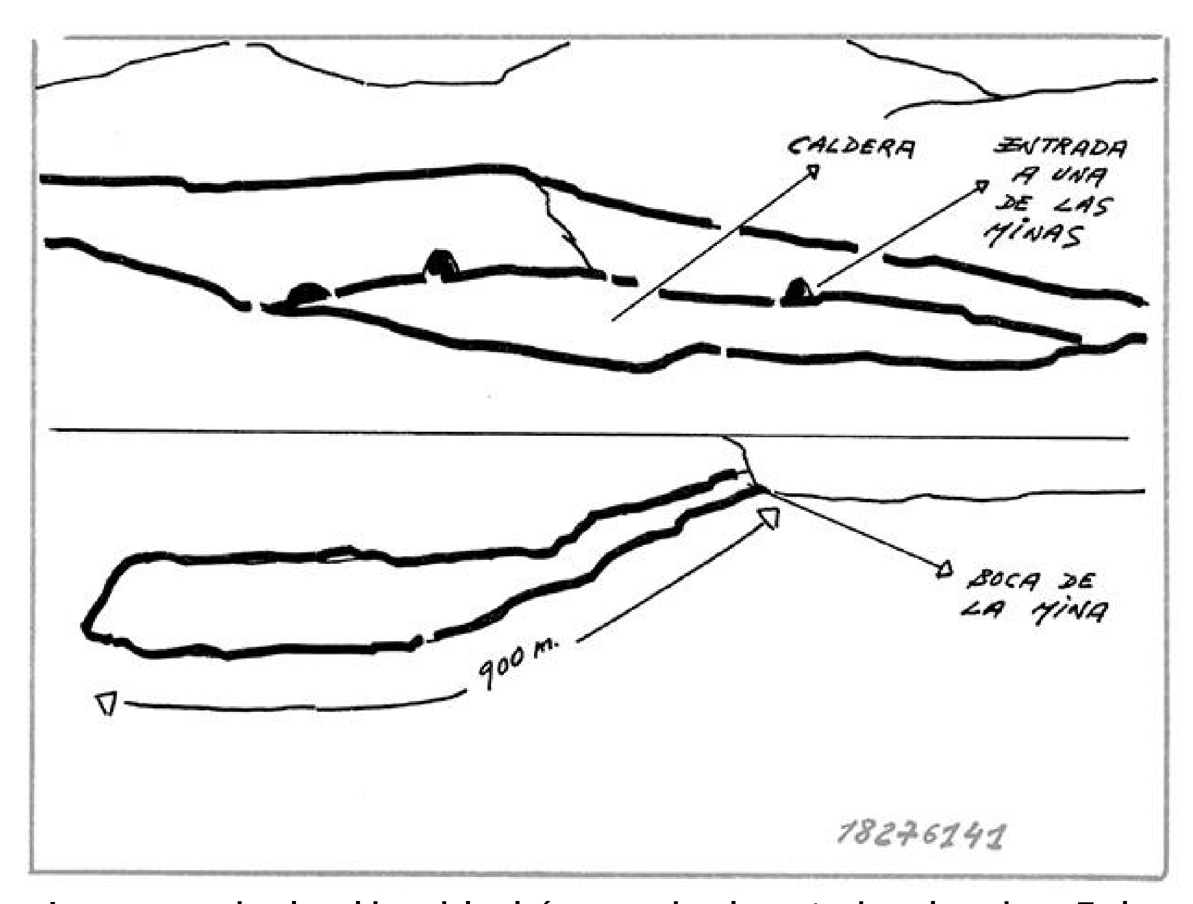


Imagen superior: la caldera del volcán apagado y las entradas a las minas. En la inferior, esquema de una de las minas de cobre, en la que trabajó el Maestro en febrero del año 28. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Caí rendido. Ni cené. Trabajamos en la mina de cobre de sol a sol. En otras palabras: casi once horas. Hice números. Sumé 44 viajes desde el muro a la caldera del volcán. Es decir, 39 600 metros con la carga de mineral y otros 39 kilómetros y pico de vacío. El Maestro golpeó la pared a razón de 30 o 40 mazazos por minuto. Eso representó un total de 500 golpes, aproximadamente. Sí, estábamos molidos…

Los discípulos contaron. Les había ido relativamente bien. Aquella gente —explicaron— sólo estaba interesada en el dinero. Soñaban con el dinero y vivían para el dinero. No los creyeron cuando anunciaron la existencia de un reino invisible en el que se trabaja gratis y por amor. En algunas casas les dieron con las puertas en las narices.

El martes, 10 de febrero (año 28), acudimos a la mina y todo se desarrolló sin contratiempo. Terminamos igualmente machacados. No sé cuántos días más hubiera resistido… Pero el Destino nos sacó del volcán (empiezo a parecerme a Jasón). Al regresar al campamento sucedió algo imposible. En lugar de rodear Irón, el Galileo caminó por el centro de la población, curioseando. Las casas —casi todas de una planta— eran de piedra. Puro basalto. Las puertas permanecían abiertas, incluso en la noche. ¿Quién hubiera pensado en robar a los que nada tenían? Las lucernas iluminaban algunas calles. Los niños jugaban o lloraban y los perros hacían esfuerzos por alcanzar los calderos en los que borboteaban los guisotes de carne. En varios patios observamos una escena que nos llamó la atención. La gente acudía al volcán, robaba pequeños trozos de cobre y regresaba al pueblo. Practicaban un agujero en el suelo y hacían fuego, llenando el boquete de carbón y madera. Allí enterraban el mineral en un crisol y soplaban con la ayuda de tallos de bambú. Cuando la candela alcanzaba mil grados, los paisanos sacaban el crisol y lo removían con un palo. Si el cobre no se había desprendido de la mena volvían a soplar. Finalmente rescataban del fondo algunas pepitas de cobre puro. El mineral era muy cotizado. Pues bien, en esas estábamos, observando el paciente lavado del cobre, cuando, de una choza próxima, salió un individuo. Reconoció a Jesús, corrió a su encuentro y gritó:

—¡Rabí…, rabí!

El Galileo se volvió. El hombre se cubría con un manto. Su rostro permanecía oculto. Los del crisol, al verlo, se levantaron y cerraron la puerta con violencia. ¿Qué sucedía? Allí quedamos los dos, sin saber qué hacer.

El individuo —muy flaco— se arrojó a los pies del Galileo y empezó a besar las sandalias. Jesús hizo ademán de retirarse, pero el tipo se abrazó a las piernas del Hijo del Hombre. El Maestro casi se cae.

—Rabí —estalló al fin—, tus discípulos han hablado de un reino maravilloso… Yo quiero entrar en ese reino, pero antes necesito que me limpies…

Levantó la cabeza y se descubrió. ¡Era un leproso! La cara y las manos aparecían deformadas. Era la enfermedad que los judíos denominaban *sara’at* . Esa noche, «Santa Claus» me facilitó algunos datos complementarios: probablemente se trataba de la lepra llamada «lepromatosa», que ataca la piel, los nervios y las mucosas, con parálisis de las extremidades y de los músculos. La provocaba el *Mycobacterium leprae*. Entre los judíos se hallaba muy extendida.

Comprendí. El muchacho —quizá tuviera veinte años— no tenía acceso a ningún lugar público. Era la ley. Los leprosos vivían, prácticamente, de la caridad. A veces formaban colonias —para defenderse—, pero casi siempre se los veía merodear, solitarios, en los estercoleros o en las cuevas. De ahí que solicitara que Jesús lo limpiara.

El Galileo, tan desconcertado como yo, permaneció en silencio. Y el joven empezó a gemir y a llorar. Sólo repetía:

—¡Rabí, límpiame!… ¡Límpiame!… ¡Límpiame!

Un perro esquelético se acercó y le ladró al Maestro.

No sé qué sucedió. No consigo explicármelo. De pronto, el Galileo se inclinó y acarició los cabellos del leproso. Después tomó al muchacho por los brazos y lo alzó, al tiempo que decía, casi para sí:

—Lo quiero… Quedas limpio.

Al instante, la calleja se iluminó. Todo se iluminó. Las flamas de las antorchas, ancladas en las paredes, oscilaron y casi se apagaron. Pero ¿qué sucedía? No había viento. Fue un relámpago azul… ¡sin trueno! Fue un relámpago prolongado, de casi ocho segundos. Pero ¿dónde estaba la tormenta? No había tormenta. Fue un azul celeste que lo cubrió todo: piedras, suelo, ropas, caras, manos, perro… Era un azul como jamás he visto. Miento: fue un azul como el que cubrió la aldea de Saidan el día de la curación masiva. Quedé desconcertado. La garganta se secó. Sentí un ligero mareo y

un extraño hormigueo en las manos y en los pies. El perro esquelético huyó. Lloraba. Volví a mirar al cielo. Ni rastro de nubes. Algunos luceros se asomaron, tan asombrados como este explorador. Y percibí un intenso olor a jazmín. El perfume que el mayor asociaba con la misericordia… ¿De dónde procedía? Miré a todas partes, como un idiota. Allí no había jazmines, sólo paredes de piedra negra…

El Galileo no se inmutó. Contempló al joven y ordenó:

—No hables con nadie de lo que te ha ocurrido… Preséntate ante los sacerdotes y ofrece el sacrificio que ordena Moisés.

Después lo abrazó con ternura y terminó perdiéndose en la oscuridad con sus clásicas y largas zancadas. Me acerqué al muchacho y lo examiné minuciosamente. ¡Las deformidades habían desaparecido! ¡La piel lucía limpia y suave como la de un bebé! ¡Ni rastro de lepra! Y me pregunté por enésima vez: ¿cómo lo hizo?

El joven no obedeció la recomendación del rabí. Y, pasado el primer susto, empezó a saltar de alegría. Lloraba, gritaba, aporreaba las puertas y declaraba que el carpintero de Nahum lo había sanado. La gente, desconcertada, lo contemplaba y corría en todas direcciones, avisando al resto del barrio. En minutos, aquello fue la locura. Y el joven se vio arrastrado por la multitud.

Al llegar al campamento vi al Maestro, tranquilamente sentado junto al fuego. Al pasar a su lado llevó el dedo índice izquierdo a los labios y solicitó mi silencio. Asentí con la cabeza. De todas formas, no pensaba hablar con nadie de lo sucedido en las calles de Irón…

Cené algo y permanecí un buen rato observando al Hijo del Hombre. ¡Qué extraña criatura! ¡Qué inmenso poder! ¡Cuánta piedad! Aquello iba contra todos mis principios (si es que alguna vez tuve principios). Y repasé, mentalmente, los rasgos del Galileo que siempre me llamaron la atención: no rehuía ninguna cuestión, salvo los asuntos relacionados con la política; respondía a todas las preguntas (no importaba su naturaleza); se distanciaba cuando deseaba estar solo; jamás se despedía de nadie (afirmaba que «despedirse es morir un poco»; utilizaba el «hasta luego»); nunca se disculpaba; nunca tenía prisa, aunque su vida discurría a gran velocidad; jamás le vi pedir perdón; nunca solicitaba consejo en asuntos de importancia; cuando se disponía a permanecer en algún lugar —y por cierto tiempo—, revisaba su petate con minuciosidad; una cinta enrollada en la cabeza significaba «larga caminata»; disponía, únicamente, de dos túnicas: una roja y la de «lujo» (blanca, tejida por María, su madre); Jesús siempre caminaba a la izquierda de la gente (cerca del corazón); nunca esperaba a nadie; jamás

cerraba las puertas; nunca le vi mirarse en un espejo, salvo cuando se afeitaba o se cortaba el pelo; utilizaba una almohada de piedra; nunca cortaba flores; no participaba en las cacerías; no polemizaba; era zurdo; eructaba y tenía gases, como todo el mundo, y se limpiaba la nariz con las hojas de los árboles…

Esa noche fue agitada… La noticia de la sanación del joven leproso voló por Irón y la gente —una verdadera multitud— rodeó el campamento. No sirvieron las buenas palabras de Andrés. Los vecinos querían ver, querían tocar, querían conversar con el «carpintero prodigioso». Todas las familias tenían un enfermo, un tullido o una deuda por satisfacer… Los gritos, empujones y protestas nos pusieron en alerta. Y recogieron las tiendas a la carrera. Bartolomé se ocultó en el *reda* y escapamos como pudimos. Los alterados habitantes de Irón nos acompañaron un trecho, hasta que se aburrieron. Después seguimos huyendo, sin rumbo fijo, y en mitad de la oscuridad. Aquél parecía el Destino del Hijo del Hombre: huir, huir constantemente. Por supuesto, la mina quedó olvidada. Nunca regresamos al volcán apagado. Por cierto, no cobramos el salario… Al retornar a la «cuna», analicé los textos evangélicos y comprobé que Jasón tenía razón: los mal llamados escritores sagrados no dieron una. Mateo, en el capítulo 8 (versículos 1 al 5) de su evangelio, dice textualmente: «Cuando bajó del monte, fue siguiéndole una gran muchedumbre. En esto, un leproso se acercó…». ¿Qué monte? Jesús procedía de una mina de cobre, no de un monte. ¿Qué gran muchedumbre? Iba solo (yo no existía, oficialmente). Fue después —horas más tarde— cuando el campamento se vio asaltado por la multitud. Y, por supuesto, lo que escribe a continuación (versículos 7 al 13) es igualmente falso: «… Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y le siguió una gran muchedumbre de Galilea. También de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de Tiro y de Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él. Entonces, a causa de la multitud, dijo a sus discípulos que le prepararan una pequeña barca, para que no le aplastaran. Pues curó a muchos, de suerte que cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. Y los espíritus inmundos, al verle, se arrojaban a sus pies y gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios". Pero él les mandaba enérgicamente que no le descubrieran». ¡Falso!… ¡Rematadamente falso! No caminamos hacia el mar, y tampoco nos seguía nadie. Lo hicieron durante medio kilómetro. Después se volvieron hacia Irón. ¿Qué pequeña barca? ¿Curó a muchos? Que yo sepa, sólo al joven leproso. ¿Espíritus inmundos? ¡Fantasías de Mateo!

Como se verá, tras los sucesos en Irón, permanecimos dos días escondidos en las colinas, sin atrevernos a asomar la nariz. ¿Gente de Tiro y Sidón, del otro lado del Jordán, de la Idumea y de Jerusalén? Eso fue después, mucho después… Mateo equivocó paisajes y paisanajes. Pero tampoco es justo culpar del desastre informativo al bueno de Mateo Leví, el exrecaudador de impuestos de Nahum. En realidad, el texto mencionado no fue escrito por él. La Iglesia católica lo sabe, pero nunca lo reconocerá. El supuesto evangelio de Mateo fue redactado hacia el año 40 —unos diez años después de la muerte del Galileo— por un tal Isador, discípulo de Mateo Leví. Se sirvió de las notas escritas por el *gabbai* poco después de la muerte del Hijo del Hombre, así como de los recuerdos de Mateo. En aquel tiempo, los discípulos honraban así a sus maestros: atribuían lo escrito por ellos a los que admiraban. Era lo acostumbrado. Por supuesto, Isador no estuvo presente en Irón ni en ningún otro lugar. Presentó a Jesús como un hijo del rey David y el texto fue escrito con un objetivo único: el pueblo judío. Con el evangelio de Marcos pasó lo mismo, o algo peor. Marcos era un niño cuando el Maestro desarrolló su vida de predicación. Se llamaba Juan Marcos, hijo de Elías, en cuya casa se celebró la última cena. Jasón escribe mucho sobre ambos. Pues bien, cuando creció, Juan Marcos siguió a Pedro en sus viajes y bebió de los recuerdos del apóstol. Después se unió a Pablito de Tarso, el nefasto. En resumen: el evangelio de Marcos es una sucesión de errores y fantasías, provocados, en buena medida, por Pedrito y Pablito. Como tendré oportunidad de contar —espero—, Pedro era extraordinariamente crédulo. Y tomó por milagros lo que en realidad fueron sucesos naturales. Pablo de Tarso, por su parte, misógino y homosexual, nunca conoció al Maestro, y alteró muchas de las palabras del Hijo del Hombre, según sus intereses. Y Marcos se hizo eco de ellas. Terminó su evangelio en el año 68 de nuestra era; es decir, treinta y ocho años después de la crucifixión del Galileo. La iglesia primitiva, para colmo, cambiaría y suprimiría muchos de los pasajes. Lo dicho: una catástrofe informativa. Lucas contó lo que le contaron. No tuvo la fortuna de conocer a Jesús de Nazaret. En el año 47 empezó a seguir a Pablito de Tarso y concibió la idea de escribir una trilogía sobre la obra, pensamientos y milagros del rabí de Galilea. Empezó a redactar el texto en el año 82, en la ciudad griega de Acaya. Pero sólo pudo escribir dos de los libros. El segundo —*Los hechos de los apóstoles*— no fue concluido. El evangelio de Lucas, por tanto, es el evangelio de Pablo. Es decir, un error tras otro… Juan Zebedeo, el evangelista, merece un capítulo aparte. Escribió lo que le interesaba, y a su manera. La verdad no contaba para él. Lo narrado por

Jasón en las bodas de Caná es esclarecedor. Tampoco fue escrito por el soberbio y presuntuoso Zebedeo. Lo redactó Natan, un judío helenizado de Cesarea, amigo de Juanito. La redacción, basada en los recuerdos de Juan, se inició en el año 101 de nuestra era. Nunca había visto tantas mentiras juntas. Y lo dice un mentiroso profesional… Pero, en el fondo, nada de esto es importante. Jesús, como se verá, no fundó ninguna iglesia…

De fracaso en fracaso

La huida de Irón fue deprimente. Los discípulos no entendían —no aceptaban — que el rabí se comportara de aquel modo tan esquivo y absurdo. El pueblo lo reclamaba. Tenían el poder al alcance de la mano. Lo hubieran proclamado rey en cuestión de días. ¿Por qué huían? Hubo disputas entre los doce. Pedro, Juan Zebedeo, el Iscariote y Simón, el Zelota, fueron los más obstinados. ¡Era el Mesías prometido y libertador! ¿Quién tenía el poder de convertir el agua en vino? ¿Quién era capaz de limpiar a un leproso con el simple gesto de acariciar sus cabellos? ¿Quién hablaba como Él? ¿Quién arrastraba a las multitudes? No había duda: estaban ante el «rompedor de dientes» del que hablaban más de quinientas profecías. Era el momento de la sublevación contra la odiada Roma. Jesús tenía la capacidad para conducir los ejércitos. Ellos, los íntimos, serían sus ministros y generales. Nadarían en oro. Éstos eran los planteamientos de los discípulos mientras caminábamos, presurosos y angustiados, en la oscuridad de la noche. Jesús no participó en ninguna de las acaloradas polémicas. Ni las escuchó. Marchaba a la cabeza, con *Zal*, tirando del perplejo grupo. Los espías y los discípulos de Yehohanan no abrieron la boca. Yo, por mi parte, caminando tras el *reda*, no podía quitarme de la cabeza el relámpago azul, el no menos misterioso olor a jazmín, y la alegría y los saltos del joven que fue curado de la lepra. A qué negarlo: mi escepticismo se tambaleaba…

Nos detuvimos en Gush Halav (Giscala), otra pequeña localidad, perdida entre colinas y colinas de olivos. Allí pasamos dos días. Nadie nos molestó. La gente de Irón nos olvidó. Los discípulos del Maestro —a requerimiento del rabí— hicieron tímidos intentos para conectar con los habitantes y predicar. No lo lograron. Los *felah* (campesinos) no estaban para sermones ni promesas eternas. La cosecha de aceituna había sido mala.

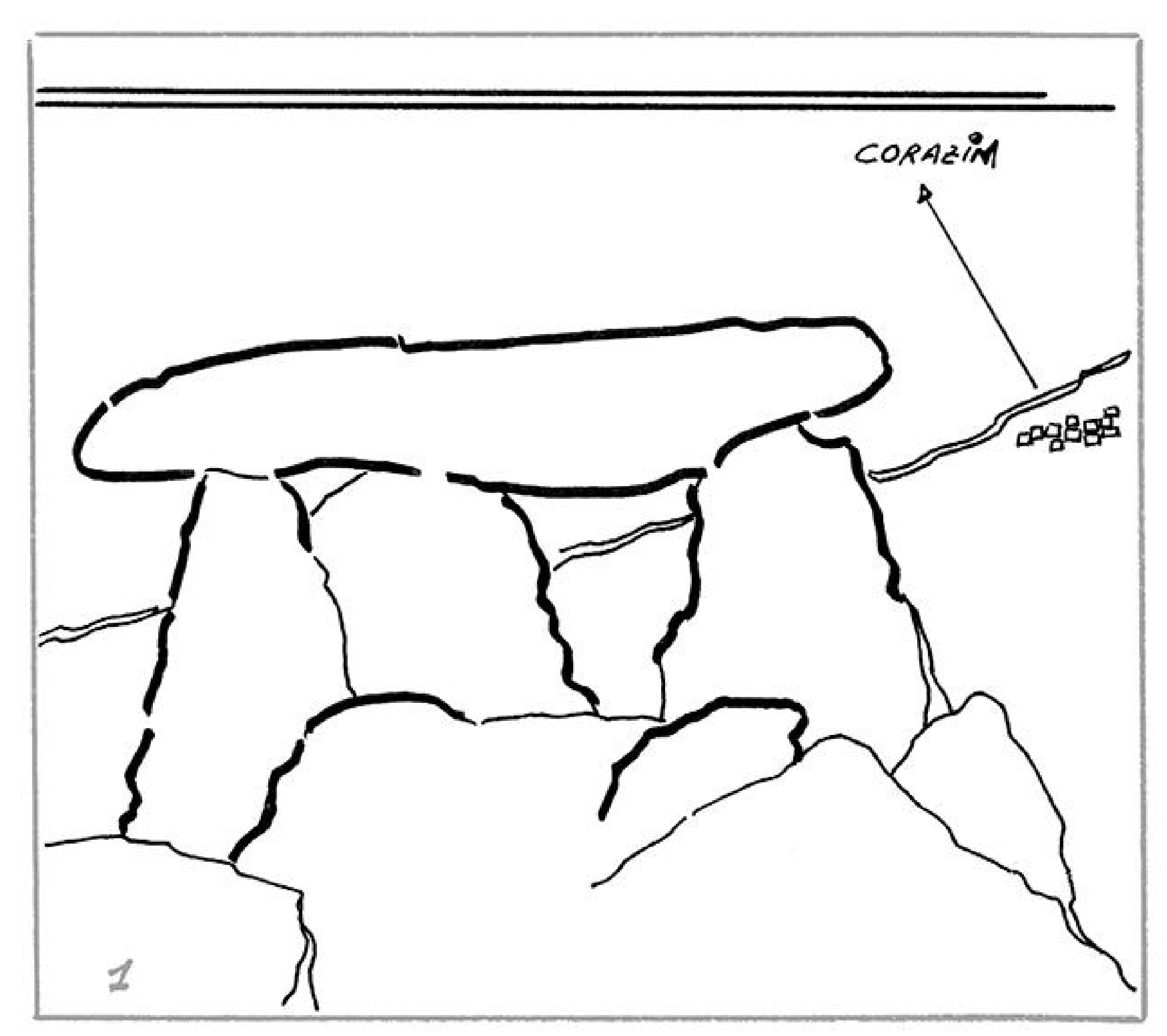
Pasamos de puntillas por la vieja Qazrin y terminamos acampando cerca de Corazim, junto al río del mismo nombre. Calculé que era la hora quinta (once de la mañana) del domingo, 15 de febrero del año 28. Allí transcurrirían cinco días… ¿Cómo definirlos? Yo diría que «únicos».

Corazim era casi una ciudad, con algo más de diez mil habitantes. Era negra por fuera y por dentro. Se asentaba en la ladera sur de una colina breve,

de 184 metros de altitud. Los habitantes eran granjeros, ganaderos y artesanos del cuero. Tejían cestas, todo tipo de cuerdas, esteras y muebles menores. Las casas eran cubos de piedra negra, basáltica, la roca más abundante en la región. En su momento, aquella zona había sido una cadena de volcanes. Y los habitantes terminaron contagiados de la negrura de los bloques que formaban las paredes de las viviendas. Era gente sin sentimientos, con una única obsesión: el dinero, el dinero y el dinero. Mayoritariamente eran judíos.

El Maestro y Andrés eligieron un antiguo dolmen como zona de acampada. El río nos veía desde muy cerca. A nuestro alrededor todo eran colinas y ejércitos de olivos, militarmente alineados, y separados, uno de otro, por once metros justos, como indicaba la ley de Moisés. Desde allí hasta el *yam*, o mar de Tiberíades, calculé unos cuatro kilómetros, siempre en descenso. La colina que marcaba el nivel del mar se hallaba cerca. En aquel tiempo —como fue dicho—, el *yam* se encontraba a 212 metros por debajo del nivel del Mediterráneo. Al fondo se distinguían los perfiles negros de Nahum, las columnas grises de humo de Saidan, y las velas negras y rojas de los barcos, cruzando los azules del lago.

Mientras Kesil se organizaba, exploré el dolmen. Era enorme. Podía tener cuatro mil o cinco mil años. Consistía en tres rocas gigantescas, de más de dos metros de altura cada una, colocadas verticalmente y en triángulo, y un cuarto bloque, igualmente negro, que descansaba sobre las anteriores, a manera de techo. El peso de cada roca superaba las diez toneladas. Según Bartolomé, el Oso de Caná, allí, bajo el dolmen, se celebraban «reuniones poco recomendables», en las que participaban Lilith y otras diablesas. Se untaban el cuerpo desnudo con aceites de belladona, danzaban, bebían sin tregua, tomaban adormidera y copulaban con machos cabríos. Después parían sapos de gran tamaño. Yu y el Galileo escuchaban, entusiasmados. Tomás y Judas, el Iscariote, protestaban y acusaban al Oso de «poco serio». El resto disfrutaba, sencillamente, de las ocurrencias de Bartolomé. Yu lo calificaba de *kui*. Todo era inventado —lo sabíamos—, pero ayudaba a pasar el rato y a olvidar las constantes fugas…



Uno de los dólmenes existentes en la región de Corazim, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Al día siguiente, lunes 16, empezó a nevar. Al principio todos se alegraron. Después, al presentarse el viento, la cosa cambió. Y la gente se refugió, como pudo, en las tiendas y bajo el dolmen. Hacia la sexta (mediodía), la nieve y el viento dieron un respiro. El Maestro, entonces, se encaminó hacia Corazim. Todos le siguieron. Yo solicité permiso a Felipe y me fui tras ellos. Jesús cruzó las calles nevadas y buscó la sinagoga. Conocía bien la ciudad. Los niños correteaban entre la nieve y nos lanzaron bolas. Jesús replicó con otros tantos bolazos. Era incansable e infantil, como los muchachos. Yo diría que más infantil que ellos. El Iscariote puso mala cara. «Esto no es propio de un Mesías…», argumentaba para sí. La gente, desde las ventanas, aplaudía cuando los niños hacían blanco en la túnica roja del Galileo.

Finalmente alcanzamos una explanada. Allí se levantaba la sinagoga: un edificio, igualmente de piedra negra, de planta rectangular y orientado hacia el sur, exactamente hacia Jerusalén. Era lo más cuidado del pueblo. Unas

escalinatas permitían el acceso a la puerta principal. En la fachada habían sido esculpidos leones, águilas, granadas y una medusa. No pude entrar. La puerta —enorme— estaba cerrada. Yu, a mi lado, me informó: en el interior se conservaba una silla de puro basalto negro. La llamaban la «cátedra de Moisés». Fue donada por un judío llamado Jusan bar Ismael.

Y Jesús fue a sentarse en lo alto de la escalinata, de espaldas a la sinagoga. En las manos acariciaba una hermosa naranja. Los íntimos y el resto se acomodaron a lo largo de las escaleras. El rabí se mantuvo en silencio. Parecía esperar. Miró hacia lo alto y, contagiados, todos miramos. Unos cumulonimbos blancos y gigantescos se habían apoderado del cielo. Pronto descargarían nieve. Algunos paisanos, curiosos, fueron acercándose. Y preguntaban: «¿Quién es? ¿Qué vende?». Cuando lo estimó oportuno, el Galileo se dirigió a los presentes y lo hizo con decisión y dulzura. Todos le miraban, embelesados los íntimos y perplejos los lugareños. Y habló de lo que ya sabíamos: el Padre Azul, el reino invisible que nos aguarda tras la muerte, la presencia de Ab-bā en la mente del hombre y de la mujer (e insistió en lo de la mujer), el regalo del alma inmortal y la esperanza. Se detuvo un buen rato en la esperanza. La derramó. Trató de abrir las mentes. Intentó convencer a los rústicos campesinos y pastores: debían confiar. No estaban allí por casualidad. Todo obedecía a un orden. «El Padre Azul conoce a cada hijo… Está en el interior».

La gente del pueblo no entendió gran cosa. Y, aburrida, terminaba dando media vuelta y alejándose. Algunos —más audaces— preguntaban:

—¿Quién es este loco?

Juan Zebedeo —entre dientes— los llamaba «puercos ignorantes». Santiago, su hermano, se veía obligado a sujetarlo. Quería alzarse y emprenderla a golpes con los *felah*.

Conté cuarenta o cincuenta paisanos, no más. Fue un fracaso. Otro…

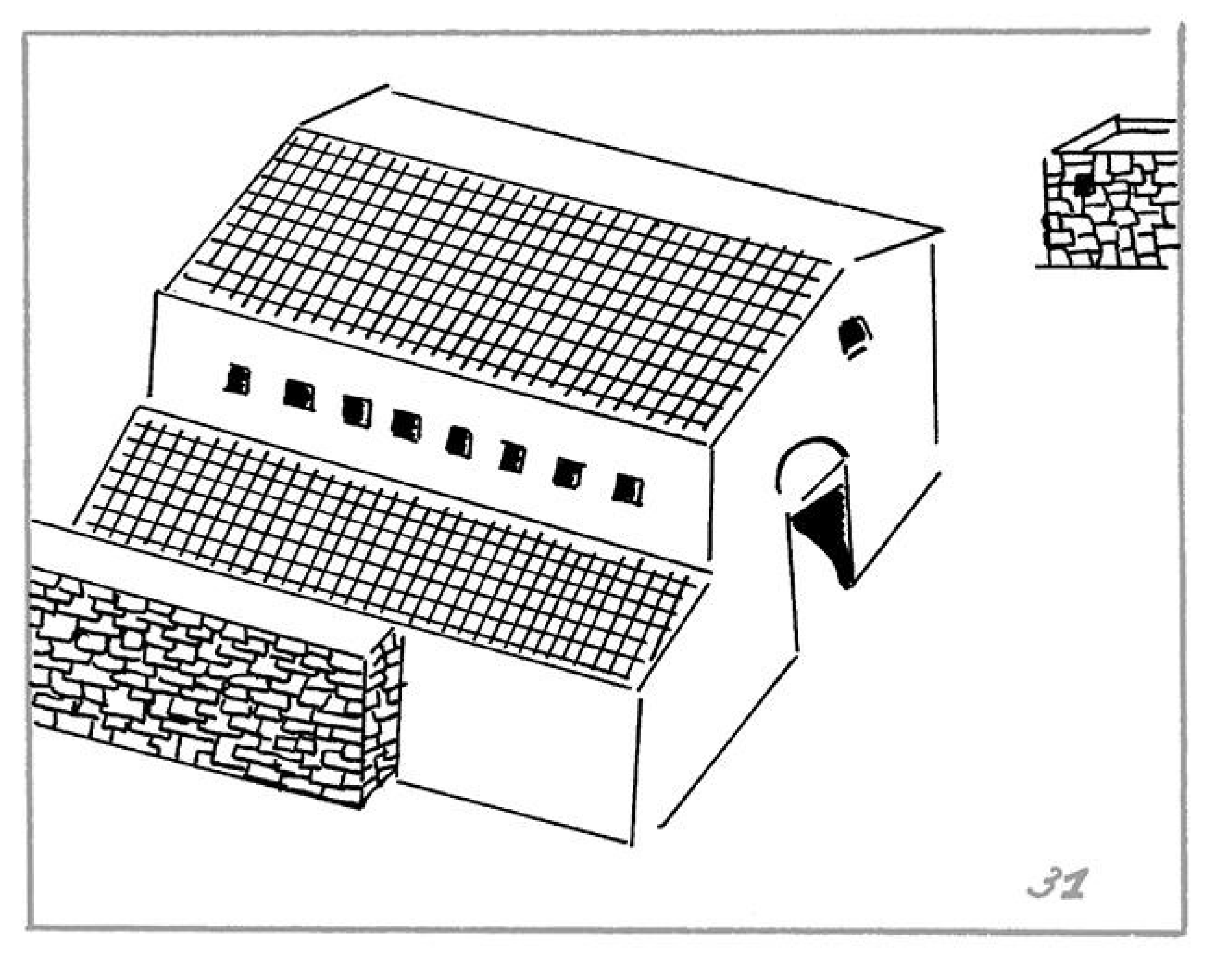
Afortunadamente empezó a nevar. Y la prédica fue suspendida. Regresamos al campamento.

Esa tarde, los íntimos se enzarzaron en una nueva polémica. «Jesús tenía que hacer prodigios. Ése era el camino…». Eso defendía la mayoría. Era la única forma de controlar e interesar al pueblo. Eso gritaban. Jesús no presenció estas discusiones. Se alejó con *Zal* a las colinas. Menos mal…

Al día siguiente, el Maestro volvió a la plaza de la sinagoga. Y al otro y al otro… Sólo cosechó fracasos.

Los *felah* (campesinos) se burlaban de Él y de sus extrañas palabras. «¿Puedes convertir estas piedras —y señalaban el suelo— en denarios de

plata? Lo hiciste en Caná con el agua, eso dicen…». Las enseñanzas terminaban con insultos mutuos. Los íntimos estallaban y recriminaban la actitud de los paisanos. Éstos, a su vez, los mandaban a la mierda y exigían que se fueran con la música a otra parte… Resultado: bastonazos, patadas, puñetazos, más insultos y gritos y maldiciones. El bueno de Andrés, jefe de los discípulos, lloraba de impotencia. El Galileo terminaba huyendo de la explanada, arrastrado —literalmente— por la *tabbah*, la guardia formada por Pedro y los hermanos Zebedeo. Y allí quedaba el resto, cosido a palos por la parroquia. Escapaban de mala manera, con toda suerte de moratones y más de una brecha en la cabeza. Felipe se desesperaba y se multiplicaba. Sus ungüentos fueron de gran ayuda. Jesús, pálido, guardaba silencio o se dirigía a los olivares. Allí permanecía durante horas. Los hombres, ansiosos, miraban hacia las colinas, deseando que regresara. La situación —desde mi punto de vista— era insostenible. «Es mejor volver a casa —decían, derrotados— a vivir de esta manera, sin honor y sin futuro. ¿Nos hemos equivocado? —se preguntaban—. ¿Es éste el Mesías esperado?». Juan Zebedeo clamaba y repetía que no; no estaban en un error. Él vio cómo el agua se transformó en vino en Caná. Falso. El Zebedeo no vio nada, como demostró Jasón… En suma: al llegar la noche del martes, 17 de febrero (año 28), la moral del grupo se hallaba bajo mínimos. Por supuesto, nada de esto fue contado por los evangelistas. No interesaba…



Sinagoga de Corazim, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Huevos podridos

El miércoles, 18, fue otro día angustioso, en el que me vi obligado a intervenir, casi sin querer…

Nevaba despacio e intensamente cuando el rabí se sentó de nuevo en las escalinatas de la sinagoga, en Corazim. Aquel Hombre era inasequible al desaliento. Los relojes de la «cuna» marcaban la hora quinta (once de la mañana). Jesús aguardó unos minutos. Y los cb —como si hubieran entendido— dejaron de nevar. Algunos copos quedaron enredados en la barba y en los cabellos. Al Maestro no le importó. Y los discípulos y el resto tomaron posiciones en las escaleras, como siempre. Yo me situé en el umbral de la puerta de la sinagoga. Desde allí tenía una excelente perspectiva de la plaza.

Todo fue más o menos bien —con las risas y los insultos habituales por parte de los campesinos y de los íntimos— hasta que se presentaron aquellos mozalbetes. No tendrían más de quince años… Eran seis. Los había visto en días anteriores. Se burlaron, descaradamente, de las enseñanzas del Galileo. En esta ocasión se colocaron al fondo, de pie. Uno de ellos cargaba una canasta. No supe qué contenía; no en esos momentos.

El rabí acarició la naranja que le había proporcionado Felipe y empezó a hablar de la vida después de la muerte. Aseguró que morir es sólo un dulce sueño y que, acto seguido, despertaremos en un templo de cristal.

La voz era cálida y templada. Transmitía oxígeno y esperanza.

Pero los mozalbetes empezaron a silbar. El Maestro intentó continuar y los silbidos arreciaron.

—… No temáis —alzó la voz el rabí—. Allí no seréis juzgados… Nadie es juzgado…

Los jovencitos pensaron que Jesús recriminaba su actitud y pasaron de los silbidos a los insultos, puño en alto.

—… No temáis —insistió el Galileo—. Seguiréis vivos.

Imposible. El griterío apagó la voz de Jesús. Juan Zebedeo, rojo de ira, se levantó y se fue hacia los mozalbetes. Santiago se fue tras él precipitadamente. Y lo mismo hicieron el Iscariote y Simón, el Zelota. Ambos —como se recordará— iban permanentemente armados con espadas de doble filo. El impulsivo Juan llegó hasta los muchachos y la emprendió a empujones

con uno de ellos (el que más vociferaba). Y lo llamó de todo. Los jovenzuelos reaccionaron con idéntica violencia. Y los golpes se repartieron a partes iguales. Andrés, Mateo Leví y el Oso intentaron separarlos y poner paz. Fue inútil. Las patadas y cabezazos dejaron a uno de los jóvenes fuera de combate. Entonces vi llegar a otros parroquianos. Eran veinte o treinta. Y se unieron a los mozalbetes. Aquello fue una pelea salvaje y desigual. Los íntimos retrocedieron. El Maestro, pálido, se alzó y contempló en silencio la lamentable escena. El Iscariote fue el primero en enseñar su *gladius*. Y amenazó a los atacantes con el hierro. El Zelota lo imitó y los aldeanos se detuvieron. Fue en esos momentos cuando varios de los jóvenes introdujeron las manos en la cesta y lanzaron su contenido contra los discípulos y contra el Maestro. ¡Eran huevos!… ¡Huevos podridos! Uno de ellos impactó en el rostro de Jesús. El resto se estrelló en la fachada de la sinagoga, en el suelo, y entre los escasos seguidores del Bautista que asistían a la prédica. El rabí permaneció inmóvil. Y dejó que el huevo se deslizara por la mejilla derecha y se detuviera en la barba. Sentí rabia. No pude contenerme y activé el clavo de cobre de los ultrasonidos. Y mandé a la mierda las normas de Caballo de Troya. Al instante, dos de los paisanos recién llegados cayeron al suelo, sin sentido. Todos miraron al cielo, perplejos. Ahí terminó la desagradable escena. Jesús descendió las escalinatas y, veloz, en media docena de largas zancadas, se perdió por una de las callejas. Los íntimos, a una orden de Andrés, dieron media vuelta y se alejaron tras los pasos del rabí de Galilea. Una lluvia de piedras los persiguió. Yo huí, rápido, por otra de las calles de Corazim.

Al ingresar en el campamento, todo era confusión, gritos y malos modos. Jesús y *Zal* se hallaban en las colinas, según su costumbre. El Iscariote y Simón, el Zelota, hablaban de desertar. No les interesaba aquella «banda de desarrapados». Juan Zebedeo los llamó cobardes. El Zelota se enfrentó al Zebedeo y poco faltó para que llegaran a las manos. Andrés y Santiago se interpusieron y suplicaron paciencia. Todo se arreglaría. Pedro hizo causa común con Judas y el Zelota. Y a voz en grito exigió que su hermano Andrés, como jefe de los íntimos, parlamentara con el Galileo.

—Es preciso —amenazó Pedro— que el Maestro cure a otro leproso…

Yu y Sitio no salían de su asombro.

Y las peleas se prolongaron hasta el ocaso. Cuando Jesús retornó al dolmen, todos guardaron silencio. Pero Él sabía lo que anidaba en los corazones de aquellos hombres…

En el Paraíso no hay negros

Al alba del día 19, jueves, el campamento se movilizó. Nos dirigimos al sur, bordeando el *yam* (mar de Tiberíades).

Al alejarnos de la ciudad de Corazim, Juan Zebedeo escupió sobre el camino. Lo noté muy enfadado. Soltó la sandalia izquierda y golpeó con ella la tierra que cubría la senda. Juró no volver «a aquella desgraciada ciudad». Y siguió con las maldiciones:

—¡Ay de ti, Corazim!… Porque si en Tiro y en Sidón (Fenicia) se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, tiempo ha que en sayal y ceniza se habrían convertido…

Juan Zebedeo desvariaba. En Corazim no se registró ningún prodigio. Y continuó con la cantinela:

—El día del juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para ti…

Su hermano Santiago tiró de él sin contemplaciones, pero el Zebedeo continuó hablando solo y maldiciendo a lo que se le pusiera por delante:

—¡Ay de ti, Nahum (Cafarnaúm)!… ¿Hasta el cielo te vas a encumbrar?… Y yo te digo: ¡hasta el infierno te hundirás!…

¿Qué tenía que ver Nahum en aquella desastrosa gira de predicación? Lo dicho: Juan Zebedeo deliraba. El Maestro, en cabeza del grupo, no supo de estos insultos y maldiciones. Curioso: aunque Jesús jamás maldijo a Corazim, ni a ninguna otra población, sus palabras aparecen en el evangelio de Mateo (11, 21-25) y con una enorme dureza. Manipulación de Mateo Leví, de Isador, su discípulo, o de quien fuera. Ése no era el estilo del rabí de Galilea. Esas palabras —maldiciendo a Corazim, a Saidan y a Nahum— no fueron pronunciadas por el Hijo del Hombre. Pero Juan —astutamente— no las incluyó en su evangelio. Juan no habla de las referidas maldiciones. De haber contado la verdad, hubiera lastimado su imagen…

El frío se intensificó. Y alcanzamos Ma’on (o la Casa de Ma’on) con el sol en el cenit. Se trataba de una aldeíta próxima a las ciudades de Tiberíades y Hammat. Ma’on se había entregado a la agricultura. Abastecía, sobre todo, las mesas de Herodes Antipas y del Gran Sanedrín de Jerusalén. Las hortalizas eran espectaculares. Las cebollas parecían cabezas de niños. Una serie de pequeñas lagunas la acompañaban en una vida plácida y monótona, que nadie

deseaba cambiar. La pesca era excelente. Los granjeros dominaban también el arte de la construcción de toneles de madera. Los exportaban al *yam*.

Allí permanecimos tres días y medio, en la orilla de una laguna azul a la que llamaban Peres («medio siclo»). Los aldeanos creían que, al lanzar —de espaldas— una moneda de medio siclo a las aguas, la fortuna te la devolvía, triplicada… Un siclo equivalía a cuatro denarios de plata (24 sestercios); es decir, el salario de cuatro días de trabajo. Por supuesto, muy pocos se arriesgaban a perder medio siclo. Después de todo eran judíos… Así que nadie nos molestó. Nadie se presentó en la orilla con el propósito de arrojar la moneda a la laguna. Fueron días de descanso y de reflexión. Los ánimos se apaciguaron. Nadie predicó ni visitó las chozas de la aldea. En la noche, la gente se reunía a los pies del Maestro y se armaban coloquios interesantes. Recuerdo uno, en particular. Sucedió el domingo, 22 de febrero (año 28). Fue el fogoso Pedro quien dejó caer la pregunta clave:

—Maestro, ¿por qué es tan difícil entender a Dios?, bendito sea su nombre…

Jesús extendió las palmas de las manos hacia la hoguera y mantuvo unos segundos de silencio. La respuesta —supuse— no era fácil. Finalmente respondió:

—¿Podrías beberte el *yam*?

Pedro negó con la cabeza, horrorizado. Todos negaron. Y el rabí prosiguió:

—¿Podríais entender que el Padre Azul no se mueve y, sin embargo, reside en cada uno de vosotros?

Yu, y el resto, permanecían con la boca abierta.

—¿Podríais comprender que en un solo Dios hay siete Dioses?

Nadie replicó.

—¿Podríais asimilar que Ab-bā no es un varón y tampoco una mujer?

—¿Qué es entonces? —intervino Tomás.

—Luz…

—¿La luz piensa? —gritó Felipe desde la cocina.

Se levantaron algunas risas, tímidas.

—La luz es la vida —cortó el rabí.

Pero tampoco comprendieron. Y Jesús prosiguió:

—¿Podríais entender que esa luz piensa en todas las direcciones?

Nos perdimos, claro está.

—¿Podríais comprender que yo soy uno de sus muchos nietos?

Utilizó la palabra *nejed*. Silencio. Y al cabo de unos segundos, el Zelota preguntó lo que estaba en la mente de todos:

—¿El Padre, bendito sea su nombre, tiene nietos?

Jesús sonrió. Parecía disfrutar con la conversación, cada vez más surrealista.

—Cientos de miles…

¡Pardiez! —me dije—. ¿Cómo acabará esto? Los espías murmuraron, incómodos. Jesús volvía a cruzar la línea roja de las verdades mosaicas. Sinceramente, pensé que estaba de broma… Y prosiguió:

—¿Podríais asimilar que en el Paraíso —su casa— coinciden todas las realidades imaginables: presentes, pasadas y futuras?

—¿Hay negros en el Paraíso?

Bartolomé, el Oso de Caná, era incorregible. Pero agradecimos la broma.

Jesús se puso serio y replicó:

—No, en el Paraíso no hay negros, ni orientales, ni blancos…

Sorpresa. Y continuó:

—… En el reino del Padre Azul no hay razas, ni sexo, ni ricos o pobres, ni sabios o tontos, ni judíos o gentiles…

—¿No hay sexo? —clamó Tomás, desolado.

Las risas llegaron, incontenibles. También el Maestro dibujó una lejana sonrisa.

—No es necesario —aclaró el rabí—. Allí, la felicidad tiene otra cara… La verdadera felicidad es el resultado de conocer la verdad.

Miró a los íntimos y comprendió que no le seguían. Y añadió:

—Esa felicidad tiene un sabor espiritual. Pero, ahora, vosotros no estáis capacitados para intuirla.

Y siguió respondiendo a la pregunta inicial: ¿por qué es tan difícil entender a Dios?

—¿Podríais comprender que en ese reino espiritual del que tanto os hablo no hay tiempo?

—¡Qué aburrido! —lamentó el Oso.

—Querido Bartolomé —replicó el Galileo—, en verdad te digo que, en ese reino, nadie se aburre.

—¿Trabajaremos? —planteó Mateo Leví.

—Mucho y bien…

Se levantaron murmullos de desaprobación. Pero Jesús continuó, feliz:

—Trabajaréis en lo que realmente os guste…

Y lo dejó ahí. Sitio seguía con la boca abierta, desconcertada. ¿O desconcertado?

—¿Podríais describir la grandeza de uno sólo de los siete superuniversos que rodean el Paraíso?

Aquello me interesó vivamente, pero no intervine. Sólo era un observador. ¿O no? El Maestro miró a los presentes. Tampoco comprendían. Se levantó, tomó una rama, y dibujó algo en la esponjosa tierra, junto a la hoguera. Todos nos asomamos, intrigados. Trazó siete círculos, en racimo, y otro más pequeño en el centro. Fue señalando con el palo cada uno de los círculos mayores y proclamó:

—El Padre Azul gobierna estos superuniversos. Ése es el reino del que os hablo y que tendréis que cruzar después de la muerte…

—¿Y el círculo del centro? —aventuró el Zelota.

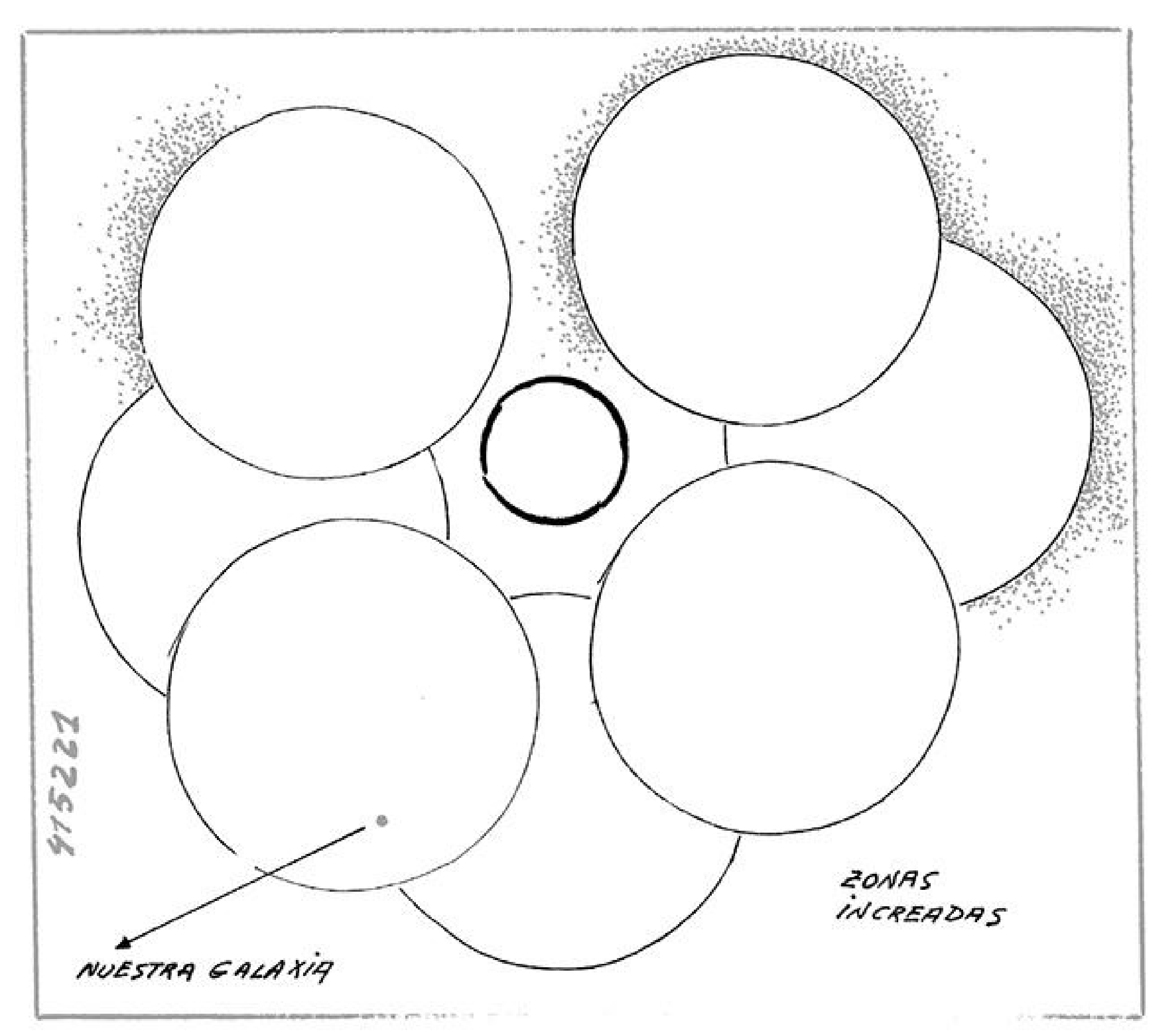
—El Paraíso. Final del viaje…

El Hijo del Hombre hizo una pausa y redondeó:

—Fin del viaje… de momento.

Yu sonreía y sonreía y tomaba notas en su tablilla encerada.

Entendí que Jesús —una vez más— utilizaba símiles. ¿O no?



Representación de los siete grandes superuniversos, según los dibujos que aparecen en el diario de Eliseo. En el centro, el Paraíso. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—¿Podríais comprender —prosiguió— que los Dioses no tienen principio ni final?

—¿Cuántos Dioses hay? —gritó Felipe.

Jesús no se cortó:

—¡Miles!…

Los discípulos negaban con la cabeza. Y murmuraban: «Ha perdido el juicio…».

El Maestro no prestó atención.

—¿Podríais imaginar a un Dios Madre?

Seguían (seguíamos) perdidos. Sus palabras nos desbordaban.

—¿Cómo es el Paraíso? —le abordó Andrés.

Señaló el pequeño círculo central y resumió:

—No hay palabras… Es la grandeza, la belleza y la verdad absolutas.

—Pero ¿qué forma tiene? —presionó el Oso.

Jesús sonrió y se rindió.

—Recuerda una isla… Una isla de luz que no se mueve. Allí llegaréis, como os digo, a su debido tiempo…, sin tiempo. Allí abrazaréis al Padre Azul, no antes.

—¿No veré a Dios, bendito sea su nombre, cuando muera?

La pregunta de Mateo Leví recibió un silencioso y negativo movimiento de cabeza del Maestro. Eso fue todo. Y cada cual lo interpretó como pudo o como supo.

—¿Podéis imaginar la nada? ¿Podéis aceptar que esas estrellas que veis son parte de mi reino?

Algunos levantaron la mirada. Las estrellas centellearon con más intensidad, como si supieran.

—¿Tú eres el rey? —le interrogó Sitio.

—Lo soy… Yo he creado esos luceros.

Tampoco entendieron. Para los judíos, las estrellas eran los ojos de los difuntos, que se asomaban a la Tierra. Los ojos de los justos. Gentiles e impíos moraban en el *seol*, en lo más profundo del mundo.

—¿Has estado en el Paraíso? —preguntó tímidamente el Zelota.

La respuesta del rabí me desarmó:

—Sí…, muchas veces. Por eso sé de qué hablo.

—¿Cómo de largo es el camino hacia el Paraíso?

Jesús miró a Yu, el chino, y lo hizo con infinita ternura. La respuesta a su pregunta fue otra aproximación a la verdad:

—No podrías medirlo con palabras ni con números.

Felipe, desde la cocina, fue a lo suyo:

—¿Está más lejos que la China?

—Algo más —replicó el rabí entre risas.

—¿Hay casas? —se interesó el Oso.

—No, Bartolomé… Al menos como tú las conoces.

—¿Y dónde vive el Padre Azul? —insistió Bartolomé.

Silencio. Y Jesús llevó el dedo índice izquierdo a su frente. Después aclaró:

—Ab-bā tiene su morada, naturalmente, pero también habita en ti. Ya lo hemos hablado. Yo diría que se siente feliz en tu mente.

—Si es luz —terció Felipe—, ¿necesita comer?

Los discípulos y los supuestos confidentes rieron con ganas.

—Aunque quisiera —se resignó el rabí— no podría aclarártelo…

—Haz un esfuerzo —suplicó el Oso.

El Maestro sonrió levemente y fue negando con la cabeza. Indicó las sombras que proyectaban los discípulos más próximos a la hoguera y respondió a Bartolomé:

—Si consigues hablar con esas sombras y que te respondan, yo te diré cómo se alimenta el Padre Azul.

En otras palabras: intentar describir a Ab-bā es un esfuerzo humanamente imposible. Eso deduje.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Dios?…, bendito sea su nombre.

La pregunta de Mateo Leví quedó en el aire. El Galileo se puso en pie y dio por terminada la tertulia. Era tarde, y animó a su gente a que se retirase e intentara descansar.

—Mañana —anunció— partiremos hacia Caná…

Por supuesto, nada de esto fue recogido por los evangelistas. Esa noche, como tenía por costumbre, intercambié información con Yu y conecté con la «cuna», trasladando una síntesis de lo vivido al ordenador central. Al día siguiente aguardaban nuevas aventuras…

La distancia entre el hombre y su sombra

El 23 de febrero (año 28) amaneció a las 6 horas y 12 minutos.

La pequeña caravana cubrió los veinte kilómetros en cinco horas escasas. No hubo incidentes.

Acampamos a las afueras de Caná. La aldea sumaba en aquel tiempo alrededor de 1800 habitantes. Casi todos se afanaban en el cultivo del granado y de la aceituna. Caná, justamente, era famosa por sus granadas: enormes, de piel correosa y brillante, y grano rojo y violeta. Las casas, siempre encaladas, vivían en paz en lo alto de una colina de 400 metros. A su alrededor menudeaban otras colinas menores. Los bosques de robles, terebintos, olivos y algarrobos se perdían en los horizontes.

Kesil procedió a montar las tiendas y yo, siguiendo la costumbre, exploré los alrededores.

Caná aparecía rodeada de numerosos huertos, organizados en terrazas escalonadas. Allí crecían también el trigo y la cebada, pero en pequeños corros. Los *felah* los trabajaban sin descanso y con mimo. Infinidad de niños se asomaron al campamento. Presentaban los cráneos afeitados y las miradas limpias y curiosas.

Según me informó Kesil, el Maestro pernoctaría en la casa de un viejo amigo: Meir, el *rofé* o médico de Caná. Se conocían de antiguo. Uno de los pequeños se acercó a este explorador y, sonriente, me entregó una enorme granada, de casi medio kilo. Le di las gracias y la examiné, intrigado. Era una *Punica granatum*, mencionada en la Biblia (Números 13, 23). ¿Cómo lo conseguían? ¿Cuál era el truco para obtener frutos tan espectaculares?

La gente de Caná recordaba muy bien el prodigio llevado a cabo por el Galileo el 27 de febrero del año anterior. En esas fechas se cumplía el primer aniversario. La conversión (en realidad la sustitución) del agua en vino, ocurrida en *Sapíah*, había dado la vuelta al país. Al saber que Jesús se hallaba de nuevo en Caná, los *felah* se volcaron y, la verdad sea dicha, nos trataron con especial cariño. Al llegar, el Maestro impartió unas sencillas órdenes: los discípulos —por parejas— dedicarían las jornadas a visitar las viviendas de la aldea, interesándose por los quehaceres y sueños de los moradores. Y hablarían de la buena nueva y del Padre Azul. Y empezó a llegar gente al

campamento. Traían pan, hortalizas y pollos. Felipe se frotaba las manos. La despensa se llenó en menos de una hora.

Durante dos días todo fue bien. Sin banderas…

Pero el miércoles, 25 de febrero (año 28), hacia la hora sexta (mediodía), se presentó en el campamento un reducido grupo de hombres. Procedían de Nahum. Uno de ellos —el que parecía el jefe— dijo llamarse Tito. Era de la nobleza. Jesús se encontraba en la cocina de campaña, ayudando en la elaboración de la cena. Yo colaboraba con los gemelos en el desplume de una gallina. El judío habló primero con Andrés y le expuso la razón de su visita. Los discípulos lo conocían de vista. Eso dijeron. Acto seguido, el jefe de los íntimos se acercó al rabí y explicó el porqué de la presencia de aquella gente. «Tiene un hijo muy grave —manifestó Andrés—. Desea que lo cures…».

Jesús siguió batiendo huevos. Al principio no dijo nada. Y se registró un incómodo silencio. Pero el tal Tito era hombre tenaz y no esperó la respuesta del Hijo del Hombre. Se acercó a la mesa en la que trabajaba el Maestro y suplicó:

—Tú puedes hacerlo… Mi hijo se muere. ¡Ayúdame, Señor!…

Felipe intervino:

—¿Qué tiene?

—Las fiebres…

El Galileo, entonces, dejó de batir y, dirigiéndose al entristecido hombre, exclamó:

—¿Cuánto tiempo tendré que tener paciencia? El poder de Dios está en medio de vosotros, pero, si no veis prodigios, os negáis a creer…

Tito no le dejó terminar. Se arrodilló a los pies de Jesús y lloró. Jesús, conmovido, colocó las manos sobre los hombros del noble. El silencio parecía de plomo. Todos los corazones estaban angustiados.

—Yo sí creo, Señor —consiguió hablar el de Nahum—, pero ven al *yam* y ayuda a mi hijo… Se muere.

El rabí no respondió. Bajó la cabeza y así permaneció un rato. Tito, desconsolado, gemía y suplicaba:

—¡Ven, te lo ruego!… ¡Mi hijo se muere!

Los íntimos hacían gestos. Y aseguraban —sin palabras— que el Maestro sanaría al hijo del noble. Era lo que esperaban. Una nueva curación les devolvería el ánimo…

Pasó un minuto largo.

—¿Se ha dormido? —susurró Felipe.

Pero no, Jesús no estaba dormido. Alzó el rostro y, con un hilo de voz, le dijo al lloroso padre:

—Regresa a tu casa… Esa enfermedad no es de muerte.

Era la hora séptima (una de la tarde). Tito secó las lágrimas e hizo ademán de sacar unas monedas. Jesús negó con la cabeza. Y el hombre hizo una reverencia y dio media vuelta, alejándose. No volvimos a verlos. El grupo regresó al *yam*. Ahí quedó el asunto. ¿Curó el Maestro al hijo del noble de Nahum (Cafarnaúm)? Sería necesario esperar para descubrir qué sucedió.

Esa tarde noche, Meir, el *rofé* de Caná, se unió a la cena y a la posterior tertulia. Otro diálogo… surrealista. Meir era un anciano de unos sesenta años, largo y sarmentoso, con una mirada azul y penetrante. Nada escapaba a su curiosidad. Los cabellos y las barbas aparecían nevados, casi albinos. En el pecho lucía la *haruta*, una pequeña rama de palmera que lo distinguía como médico o auxiliador.

—Ayer —arrancó el Oso de Caná—, en Ma'on, nos hablaste de la imposibilidad de comprender al Padre Azul. No me resigno. Tiene que haber alguna forma de describirlo…

Jesús inspiró profundamente y contempló el firmamento. Las estrellas se caían, gozosas.

—Os hablé de las sombras —replicó el rabí, y señaló las que habitaban cerca de la hoguera—. Insisto: ¿podéis convencerlas de que tienen dueño?

—¿Dueño? —intervino Tomás—. ¿Las sombras tienen amo?

—Claro —se adelantó Bartolomé—: tú…, ¡borrico!

Tomás permaneció pensativo. En las manos jugueteaban los dados de marfil.

—Pues bien —continuó el Galileo—, la distancia entre vosotros y vuestras sombras es nada —y repitió—, nada, si la comparamos con la que existe entre el Padre Azul y vosotros, sus hijos. ¿Cómo puedo describir lo indescriptible? La mente humana no está preparada para ello…, todavía.

—Hablaste en Ma'on de siete Dioses en uno —se interesó Mateo Leví—. ¿Cómo puede ser eso?

Jesús negó con la cabeza. Comprendí: las palabras le cortaban el paso.

—El Padre Azul —exclamó—, aun siendo uno, son muchos… Es todo lo que puedo decirte. Confía en mí.

Esta vez habló el *rofé*:

—Dios, bendito sea su nombre, ¿sabe que es infinito?

—Lo sabe.

—¿Sabe que es perfecto? —insistió Meir.

—Lo sabe. Él ve el final desde el principio.

—Entonces —resumió el auxiliador— no hay nada nuevo para Él.

—Nada —declaró el Maestro.

—¡Qué vida tan aburrida! —lamentó Felipe.

—No, allí arriba —y todos miramos hacia las ocho mil estrellas— hay muchas creaciones en proyecto…

—¿De qué hablas? —se interesó Mateo Leví.

—Más allá de esas estrellas —intentó explicar el Galileo— hay otras estrellas… Pues bien, más allá de las últimas estrellas, está la nada. Pero la nada también es propiedad de Ab-bā. Y algún día, vosotros, cuando alcancéis el Paraíso, seréis los nuevos Dioses que transformarán esa nada…

Estaban asombrados. Estábamos asombrados.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? —le recriminó Tomás, al tiempo que hacía sonar los dados en su mano izquierda.

Jesús sonrió brevemente.

—Os lo dije. He estado allí, en el Paraíso, en su presencia. Lo sé de buena tinta… Sé lo que piensa el Padre Azul. Además, hablo con Él cada día, cuando me retiro a las colinas.

—¿*Zal* lo ha visto?

Todos rieron la ocurrencia del Oso. Jesús el que más.

—Define al Padre, bendito sea su nombre, con dos palabras —presionó el Zelota—. Sólo con dos…

El rabí no lo pensó. Y replicó al instante:

—Amor simétrico…

Se dirigió entonces a Yu, que escribía frenéticamente en su tablilla, y suplicó:

—Escribe amor con mayúsculas…

El chino sonrió y rectificó la palabra: AMOR.

—Dios, bendito sea su nombre, ¿se arrepiente de algo?

Jesús supo que la cuestión planteada por Juan Zebedeo estaba envenenada. Juanito pensaba en el diluvio universal. Según las Sagradas Escrituras, aquella inundación estuvo provocada por la maldad de los hombres. Y Dios —dice la Biblia— se arrepintió de haber creado la raza humana. No sé cómo lo hacía, pero el Maestro penetraba en los pensamientos… Y, sutilmente, le hizo ver a Juan que las cosas no fueron como las cuentan los textos sagrados (mejor dicho: supuestamente sagrados). Dios no se arrepiente de nada de lo que hace o proyecta. Eso dijo. Todo es bueno, aunque parezca lo contrario.

Sencillamente, no entendemos; no estamos en condiciones de abarcar la grandiosidad divina. El mal forma parte del juego, pero no es el fin.

—¿Dios duerme? —bromeó el Oso de Caná.

—Sí —le siguió la corriente el Galileo—, con un ojo abierto, como los delfines…

Entonces intervino Meir:

—¿Y qué pasa con los ángeles caídos? Si eran perfectos, ¿cómo pudieron equivocarse?

—Sólo hay una perfección absoluta —respondió Jesús con gran seguridad—: la del Padre Azul. El resto es una santidad (perfección) relativa.

—¿Qué será de ellos? —presionó el *rofé*.

—Si los rebeldes no se arrepienten, serán aniquilados.

No estuve de acuerdo con el rabí. Si el Padre Azul es AMOR, eso no es posible. Pero guardé silencio.

—¿De dónde ha salido Dios? —planteó Mateo Leví.

—Sorpresa…

Ahí terminó la desconcertante tertulia. Todos nos retiramos. Jesús, de la mano de Meir, se dirigió a la casa del *rofé*. Allí pernoctaría. Yo me ajusté al procedimiento: repasar las notas escritas de Yu, conectar con «Santa Claus», y transmitir lo que había sido la jornada, diálogo final incluido. Esta última operación —como fue dicho— la llevaba a cabo en solitario, y apartado del campamento.

Un milagro dudoso

Con las primeras luces del día siguiente, 26 de febrero, del año 28 de nuestra era, empezaron a circular las noticias: el hijo de Tito, el noble de Nahum, se hallaba bien; había sido sanado por el Maestro. Eso pregonaban los que llegaban a Caná. La alegría, entre los discípulos, fue total. Y se felicitaban. Era lo que necesitaban. Al mes siguiente, cuando retornamos a Saidan, me ocupé de visitar a Tito en su domicilio, en Nahum. Me acompañaron Felipe y Kesil. Según explicó el padre, hacia la séptima (una de la tarde) del miércoles, 25 de febrero, cuando el rabí pronunció aquellas palabras —«Regresa a tu casa… Esa enfermedad no es de muerte»—, su hijo recuperó el sentido y la fiebre desapareció. Según Tito, Jesús de Nazaret lo curó. Felipe examinó al muchacho. Era un tipo delgaducho, de piel macilenta y ojos tristes. Preguntó por el tratamiento recibido y examinó una de las infusiones. Me la mostró. Era esencia de artemisia, una planta medicinal que usaban habitualmente como antitérmico. Felipe la conocía y la utilizaba mucho. Bajaba la fiebre. Según «Santa Claus», una de las variedades —*annua*— contenía altos porcentajes de cineol y tuyona, que combaten eficazmente al mosquito que transmite la malaria. En realidad —según el intendente—, eso era lo que había tenido (y tenía) el hijo del noble de Nahum: malaria. Felipe volvió a examinar al joven y negó con la cabeza. La enfermedad seguía allí. Las dosis de artemisia la hicieron retroceder, pero allí continuaba… La fiebre había desaparecido —momentáneamente—, pero la anemia (destrucción de glóbulos rojos) era evidente. En cualquier momento podía producirse una recaída. Para Felipe, por tanto, no hubo milagro. Fue la planta medicinal la que ayudó al hijo. Estuve de acuerdo con el discípulo. Nadie, con un mínimo de conocimientos, podía asegurar que «aquello» fuera un nuevo prodigio del rabí de Galilea. Pero los íntimos no tomaron en consideración las sensatas palabras de Felipe. El «milagro» les interesaba desde todos los puntos de vista. De hecho, en su evangelio, Juanito asegura que «esta nueva señal, la segunda, la realizó Jesús cuando volvió de Judea a Galilea» (4, 54). Falso. Ni fue una curación, ni volvían de la Judea, ni fue el segundo prodigio del Maestro. Si las cuentas no fallaban, Jesús había sanado ya a más de

seiscientas personas: Aru, el niño con los huesos de cristal, los beneficiados en la puesta de sol, en Saidan, y el leproso de Irón.

La cuestión es que ese jueves, 26 de febrero (año 28), empezó a llegar gente a Caná, atraída por los rumores sobre la curación del hijo del noble. Jesús se convirtió no ya en un «hacedor de maravillas», sino en un vidente «que sanaba a distancia».

Quedé perplejo. Hacia la nona (tres de la tarde) se congregaron en los alrededores del campamento más de quinientas personas. Eran familias completas que mostraban objetos pertenecientes a los enfermos: sandalias, taparrabos, pañolones, vasos de cerámica…, cualquier cosa que hubiera estado en contacto con el doliente. Levantaban lo que fuera sobre sus cabezas y gritaban a Jesús que los curase. No importaba que el enfermo estuviera en Nahum, en Migdal o en Kursi. Al principio, los discípulos se felicitaban. «Aquello funcionaba», se decían. Volvían los viejos tiempos de gloria y poder. El Maestro, sensato, se retiró discretamente a las colinas. Lo siguió *Zal*. Y allí quedó aquella muchedumbre, ansiosa, y cada vez más nerviosa. Lo vi venir. Kesil y Felipe lo advirtieron, y también Andrés: «Aquello no podía terminar bien. Demasiada gente y demasiados nervios…».

Observé escenas desagradables. La gente preguntaba dónde comía o dónde hacía sus necesidades el «hacedor de maravillas» y buscaba en el campo. Recogía los excrementos —no importaba de quién— y los guardaban como un tesoro. Y lo mismo hacían con los restos de comida. Llegaban a sobornar a los íntimos, ofreciéndoles hasta cincuenta denarios si les garantizaban la curación del ciego o del paralítico de turno. Ninguno aceptó. Y la situación se fue encrespando. Los individuos se aproximaron a la cocina y empezaron a robar con el mayor de los descaros. Felipe gritaba. Fue preciso que cuatro de los íntimos montaran guardia —armados— alrededor del lugar. Después de las súplicas y las lágrimas aparecieron las exigencias y las amenazas. Gritaban con el puño en alto y demandaban una curación masiva, como la ocurrida en Saidan. Los discípulos, atemorizados, no supieron qué hacer. Necesitaban el consejo del Maestro. Andrés, con gran prudencia, recomendó serenidad. Y la tensión se elevó…

Antes del ocaso —hacia la décima (cuatro de la tarde)— Felipe distinguió en la distancia el pelaje casi plateado de *Zal*. Y advirtió a Andrés. Los Zebedeo corrieron al encuentro de Jesús. El consejo del jefe de los íntimos fue que el rabí evitara el campamento y se escondiera, de momento, en la casa de Meir, el *rofé*. Pero la multitud se dio cuenta y los persiguieron… Aquello no me gustó.

El disfraz

Al anochecer, Pedro, Simón el Zelota y el Iscariote se deslizaron, sigilosos, hasta el caserón del *rofé*. No prestaron atención a las recomendaciones de Andrés y del resto. Yo me fui tras ellos. Me siguieron Sitio y su inseparable negro tatuado: Aru.

La casa de Meir era enorme, de muros negros y gruesos. Cultivaba rosas. Los íntimos lograron acceder al caserón por una de las puertas laterales. La multitud —a esas horas, casi un millar de personas— se hallaba acampada frente al jardín de las rosas. Parecían más tranquilos. Algunas fogatas iluminaban aquí y allá. Judas y el Zelota montaron guardia frente a la pequeña puerta, con los *gladius* desenvainados. En el interior todo era preocupación. Me costó acostumbrar las pupilas a la penumbra del lugar que servía de salón, laboratorio y hospital al anciano y bondadoso auxiliador. Se trataba de una galería, sin ventanas, de unos veinte metros de longitud. Allí, sobre una larga mesa, en absoluto desorden, se amontonaban ollas, vasijas, recipientes de cristal y utensilios de cirugía. En los muros, en sólidas estanterías, vi decenas de rollos de pergaminos, así como tablillas de madera, cubiertas de cera y yeso. Algunas lámparas de aceite alumbraban con esfuerzo desde la mesa.

Jesús conversaba con Meir en uno de los rincones. Se hallaban sentados en el suelo. Los hermanos Zebedeo los acompañaban en silencio. El Maestro no parecía preocupado. El *rofé*, en cambio, mostraba una gran palidez. Su rostro aparecía serio. La servidumbre entraba y salía, muy alterada. Traían noticias del exterior. Pedro se dedicó a husmear entre las redomas y brebajes de la mesa. De vez en cuando movía la cabeza en señal de desaprobación.

—Esa gente —comentó el *rofé* con razón— es capaz de todo… En cualquier momento pueden echar la puerta abajo. ¿Qué podemos hacer?

Jesús, como digo, se limitaba a escuchar.

Y el anciano médico sugirió dos posibles soluciones: salir y curar a la gente o escapar…

Juan Zebedeo se mostró partidario de la primera opción. Eso beneficiaría al grupo. Eso dijo. Santiago, como casi siempre, permaneció mudo. Jesús negó con la cabeza. No quería oír la palabra milagro…

—En ese caso —sentenció Meir— habrá que pensar en la huida. Esa gente —y señaló hacia el exterior— no se irá con las manos vacías.

Tenía toda la razón. Juan puso mala cara. Y el *rofé* de las rosas meditó unos segundos. Después anunció:

—Esperaremos… Cuando esa gente se duerma podrás huir de Caná.

Juan Zebedeo intervino de nuevo. Quedé perplejo. El plan consistía en disfrazar al rabí con ropas de mujer… Alguien de la servidumbre sugirió que lo mejor y más seguro era que «esa mujer apareciera embarazada». El Maestro escuchaba, atónito. Sitio, Aru y este explorador oíamos, más atónitos aún. Pedro dijo que sí con la cabeza. Santiago se mantuvo mudo. El Galileo no sabía si reír o llorar.

—¡Genial! —exclamó Juan Zebedeo.

Y, de pronto, las miradas se clavaron en Sitio. Visto y no visto. Antes de que tuviera tiempo de huir, Juan y la servidumbre —a una señal de Meir— se lanzaron sobre el desconcertado homosexual y lo desnudaron. De nada sirvieron las protestas. Y allí quedó, en un rincón, lloroso… ¿Lloroso o llorosa? Me armo un lío con este sujeto.

Aru repetía, entre risas:

—¡Mira…, mira!

Y señalaba el taparrabo rojo de Sitio.

Desnudaron al rabí. Los tímidos lamentos fueron como zumbidos de moscas en los oídos de Juan Zebedeo y del resto.

Nadie le prestó atención. Pedro se hizo cargo de la túnica roja del Maestro y los criados amarraron varias mantas a la cintura del Galileo. ¡Qué espectáculo! Después lo vistieron con el sayal de seda verde de Sitio. No podía dar crédito a lo que veía. ¡El Hijo del Hombre embarazado! La vestimenta le quedaba algo corta, pero eso no importó. Y a eso de las dos de la madrugada, tras una última inspección de los alrededores, uno de los siervos anunció:

—Todos duermen…

Era el momento. El plan era simple: deslizarse en silencio entre el gentío, alcanzar el campamento y escapar; huir de Caná, y lo más lejos posible. Pero, cuando se disponían a salir de la casa, Juan Zebedeo reparó en un maldito «detalle»: ¡la barba! ¡Pardiez! Nuevas carreras, más agitación… Y el paciente Hijo del Hombre fue afeitado —a toda prisa— por el *rofé*. Me quedé de piedra. El auxiliador paseó una lucerna a corta distancia del rostro de Jesús y aceptó el rasurado, medio satisfecho. No había tiempo que perder. Nunca vi al Maestro sin barba. Parecía otro. En el mentón lucía un hoyuelo.

Y a eso de las tres de la madrugada conseguían (conseguimos) huir. Cruzamos entre el gentío sin tropiezo. Sitio, envuelto en una manta, seguía gimoteando. Al alcanzar el campamento, y descubrir al rabí, Andrés casi se desmaya. Retiraron el disfraz y el simulacro de embarazo y el Galileo saltó a nuestro *reda*. Kesil se hizo con las riendas y preguntó:

—¿Adónde?

El rabí replicó desde el interior:

—Al sur…

Nunca *Ah* y *Sab* —los jumentos— tuvieron un pasajero tan ilustre…

Huimos hacia ninguna parte.

El «muerto» de Naín

Cuando habíamos recorrido unos cinco kilómetros —no lejos de Nazaret—, el grupo se detuvo. Nadie nos seguía. Hubiera sido difícil localizarnos. De Caná partían, al menos, tres o cuatro caminos. El rabí descendió del *reda* y aconsejó que descansáramos. ¿Destino? Ni idea. No dijo nada al respecto.

Al alba del viernes, 27 de febrero (año 28), reanudamos la marcha hacia el sur; siempre hacia el sur… Dejamos atrás Dabburiya y las cuatro lagunas que se abrían —azules y silenciosas— al pie del Tabor.

La montaña quedó a nuestra izquierda. Dormía negra y plácidamente cuando la rebasamos. Y a eso de la tercia (nueve de la mañana) avistamos la pequeña población de Daverat. ¿Era nuestro destino? Jesús, en cabeza, pasó de largo. Un kilómetro más allá, el Galileo torció a la izquierda y se aventuró en un senderillo amarillo y humilde. Era evidente que conocía el terreno. Estábamos a 208 metros de altitud. A partir de allí empezamos a subir. A los pocos minutos se hizo visible la muralla de una ciudad llamada Naín. Era una población notable, asomada a la llanura de Esdrelón. Los constructores habían elegido la falda norte del monte Givat Ha More (el pequeño Hermón) para levantar la ciudad. Una espléndida fuente daba vida al lugar. Naín se parapetaba detrás de unas murallas de piedra y adobe de seis metros de altura y a trescientos de la cima del referido Givat. El faraón Tutmosis III (1483−1450 a. de J. C.) la mencionó en sus anales victoriosos.

Y avanzamos, confiados. ¿Era Naín el objetivo del Maestro?

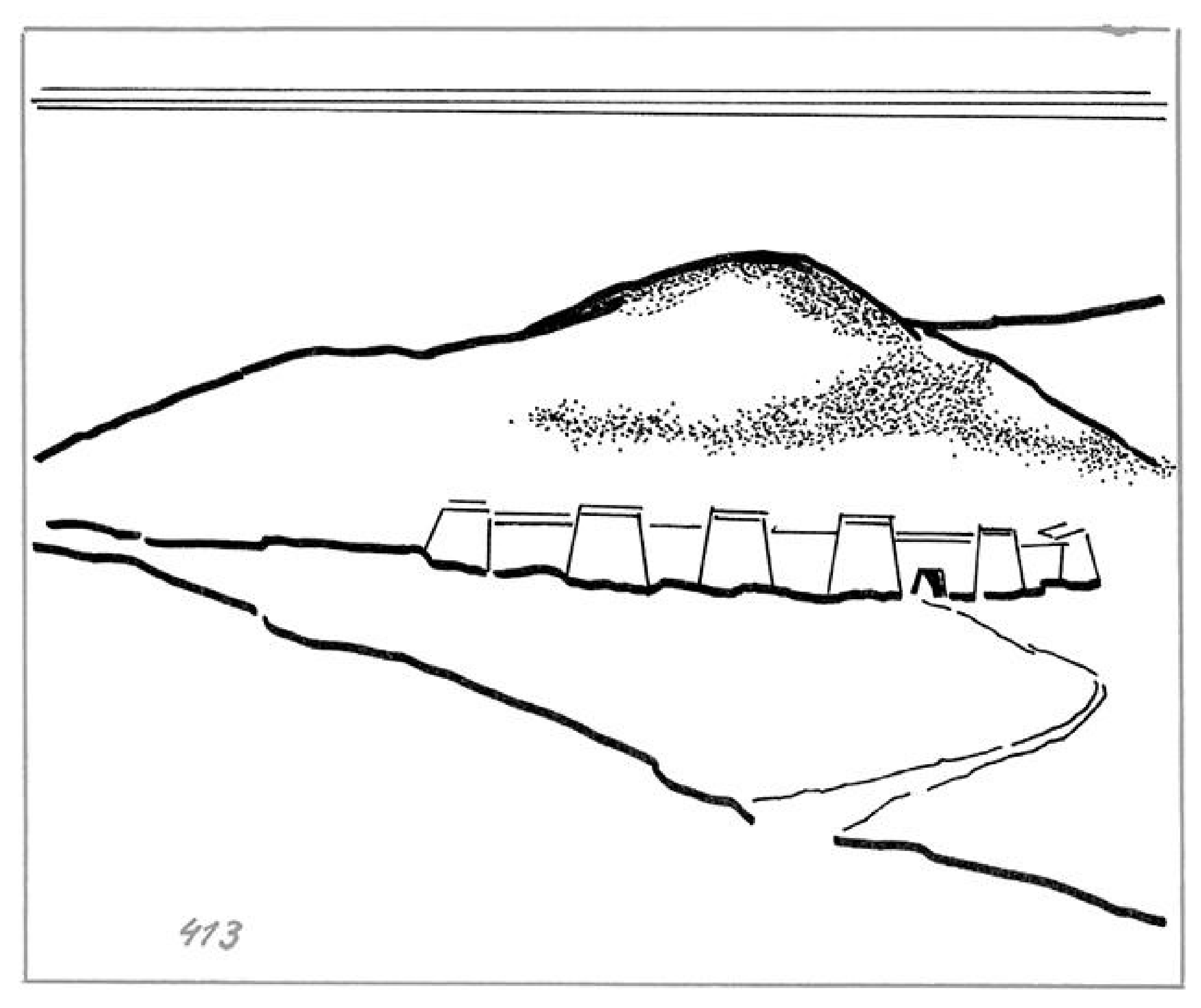
Pero, de pronto, observamos otro grupo. Salía por una de las puertas de la ciudad. Se dirigía hacia nosotros. Jesús se detuvo. Yo me uní a los que marchaban en cabeza. Uno de los gemelos de Alfeo sujetó a *Zal*. Pronto descubrimos que se trataba de un cortejo fúnebre. Oímos música. En efecto: por delante, con paso cansino, caminaba media docena de flautistas. Detrás bailaban —con desgana— cuatro danzantes, todos de blanco; señal de luto en aquellas tierras. Y algo más atrás, un grupo de fariseos, con sus largas túnicas negras, los tirabuzones junto a las sienes, medias oscuras, unos ridículos gorros cónicos, trabajados en terciopelo e igualmente negros, y las caras blanqueadas con harina. Las barbas eran exageradas. Inmediatamente detrás de los *parash* o «santos y separados», como llamaban a los fariseos, apareció

el ataúd. Lo portaban ocho hombres. Caminaban con las cabezas bajas. Era un féretro enorme. Podía medir dos metros y medio. Los íntimos cuchicheaban entre ellos. ¿Quién era el muerto? A continuación vimos a las plañideras: siete ancianas que lloraban al compás y sin lágrimas. Puro teatro. Y detrás, los familiares y amigos. Por último, el pueblo: más de quinientos hombres; sólo hombres y la mayoría de blanco. Algunos perros ladraban en las orillas del camino. Bartolomé no supo contenerse y preguntó a alguien de la comitiva por la identidad del difunto. Dos hombres se detuvieron. *Zal* se puso a ladrar a los otros perros y Judas Alfeo se lo llevó hasta el carro, amarrándolo.

—Se trata de Jonás —explicaron los hombres—, hijo único de Barea, una viuda notable y adinerada, hija de Yewel. Sólo tenía quince años…

La familia y la gente de Naín conducían los restos de Jonás al cementerio próximo, situado a medio kilómetro.

Y en ello estaban —conversando— cuando uno de los individuos reparó en el Maestro, lo señaló con el dedo, y dijo:



Murallas de Naín, al pie del pequeño Hermón, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—Yo te conozco… Tú eres el carpintero de Nahum.

Jesús asintió, sonriente. ¿Cómo pudo reconocerlo sin la barba? Y, sin esperar respuesta por parte del rabí, los hombres dieron media vuelta y se alejaron hacia el cortejo, a la carrera. Lo alcanzaron y hablaron con el grupo de mujeres. Todos volvieron las cabezas y nos miraron. Instantes después, tres hebreas y los dos hombres caminaron hacia los «doce». El que había identificado al Maestro lo señaló de nuevo y una de las mujeres, sin mediar palabra, se arrojó a los pies del rabí. Algunos discípulos retrocedieron, alarmados. El Zelota se llevó la mano izquierda a la empuñadura del *gladius*. La mujer, entonces, empezó a suplicar y a solicitar que el Galileo devolviera la vida a su único hijo. Jesús se inclinó y la obligó a levantarse. Y acarició los cabellos de la viuda. Eran blancos y largos. Tenía los ojos de color violeta. ¡Qué belleza! Era Barea, sin duda.

El cortejo se detuvo y los músicos dejaron de tocar. Las plañideras no sabían qué hacer. Todo el mundo murmuraba, confuso. ¿Qué sucedía? Barea, con gran decisión, con los ojos arrasados por las lágrimas, hizo presa en la manga derecha del Hijo del Hombre y lo arrastró, literalmente. Segundos después arrancaba el perplejo grupo de los íntimos. Yo me fui tras ellos. *Zal* ladraba, furioso, junto al *reda*. ¿Qué le pasaba al perro? El Maestro y la viuda llegaron junto al féretro y la mujer ordenó que lo depositaran en tierra. Los portadores dudaron… Los fariseos se aproximaron y preguntaron qué ocurría. Alguien los puso en antecedentes:

—Es Jesús, el constructor de barcos de Nahum… Convirtió el agua en vino en la boda de Caná.

Los «santos y separados» rieron y se mofaron. Los discípulos de Jesús se removieron, incómodos. Juan Zebedeo se enfrentó a los funerarios fariseos y, a voz en grito, proclamó:

—¡Yo estaba allí, malditos ignorantes!… ¡Lo vi con estos ojos, estúpidos malparidos!

El Maestro se interpuso y solicitó calma. Pero la viuda era decidida y repitió la orden:

—¡Al suelo!

Los hombres terminaron por obedecer y depositaron el largo ataúd en la tierra del camino.

—¡Abridlo!

Los hombres miraron a los fariseos. ¿Qué hacían? ¿Obedecían la orden de Barea? Los «santos y separados» protestaron. La ley de Moisés prohibía la apertura de un féretro cuando éste era trasladado al cementerio.

—¡Abridlo! —gritó la viuda por segunda vez.

Y los hombres procedieron a destapar el cajón de madera. Los fariseos se apartaron. Eran tan ridículos que consideraban que la sombra de un cadáver podía ensuciarlos. La tapa fue retirada y Barea mostró a su hijo. Felipe y yo tuvimos el mismo pensamiento y nos aproximamos al féretro.

El difunto era altísimo: casi dos metros. Aparecía envuelto en una sábana violeta.

La mujer retiró el lienzo y no pudo contener las lágrimas. *Zal* seguía ladrando…

Se trataba de un muchacho joven. Tenía los ojos abiertos, como espantados, y las pupilas fijas y elevadas. Presentaba una acusada palidez y los dientes apretados. ¡Qué raro!, me dije.

Barea, la madre, se arrojó de nuevo a los pies del Maestro y solicitó clemencia:

—¡Rabí, devuélvemelo!… ¡Tú puedes hacerlo!

Discípulos, fariseos y comitiva estaban desconcertados y mudos. Nadie respiraba.

Jesús no respondió. Se acercó al cadáver y fue a buscar el pulso. Acarició la muñeca derecha de Jonás y aguardó unos segundos. A continuación, miró a los suyos y movió la cabeza negativamente. No entendí. Retornó junto a la mujer, la alzó nuevamente, y le susurró con delicadeza:

—No llores… Tu hijo no está muerto…

La viuda le miró con extrañeza. ¿Cómo podía decir algo así? Y el llanto se hizo más intenso.

—No llores —insistió el Galileo—… Tu hijo sólo está dormido…

Pero Barea —creo— no escuchó. Y se abrazó al rabí, gimiendo y suplicando:

—¡Devuélvemelo!… ¡Por favor, Señor…!

Los fariseos estallaron. Se acercaron al féretro con precaución, vigilando la posición del sol para que la sombra del ataúd no los rozase, y acusaron al Maestro de «impuro y violador de la santa ley oral». Los capítulos *kelim* y *ohalot* de la referida ley oral (posteriormente, *Misná*) establecían con claridad que «el cadáver de un hombre es llamado padre de los padres de la impureza». Nadie debía tocarlo. «Si un hombre toca un cadáver —rezaba la ley—, contrae impureza por siete días, y si otro hombre toca a éste, permanece impuro hasta ponerse el sol». La absurda y alambicada ley judía se extendía a lo largo de 48 capítulos, con cientos de disposiciones sobre la pureza ritual, a cual más absurda. Otros hicieron causa común con los fariseos

e increparon igualmente al rabí. Los doce rodearon al Galileo e intentaron protegerlo. Las manos aparecían aferradas a los *gladius*. *Zal* estaba como loco…

Me di cuenta después: en aquel momento peligró la vida de Jesús de Nazaret. Aquellos fanáticos pudieron golpearlo, detenerlo, o algo peor… Al tocar el cadáver, el rabí estaba infringiendo la ley de los padres.

Fue en esos momentos de confusión cuando Felipe —audaz— se deslizó entre los allí congregados y se aproximó al ataúd. Y repitió el gesto del Maestro. Buscó el pulso, pero en el cuello de Jonás. Según confesó después, «era rápido y uniforme». ¡Estaba vivo! Y lo vi colocar los dedos índices a corta distancia de los ojos del muchacho. E hizo un gesto brusco, como si pretendiera clavarlos en las pupilas. El «muerto», sin embargo, no reaccionó; no parpadeó. Después alzó el brazo izquierdo de Jonás hasta posicionarlo en un ángulo de 45 grados respecto al eje del «cadáver». Y soltó la mano. ¡Asombroso! El brazo siguió en la misma posición. ¡Sí, el «muerto» estaba vivo! Felipe, entonces, negó con la cabeza. Estábamos ante un caso de catalepsia. Según «Santa Claus», un estado nervioso caracterizado por la pérdida de contractilidad voluntaria, así como de la sensibilidad. Los músculos entran en un proceso de «resistencia nula» (flexibilidad cérea). En otras palabras: los miembros mantienen una posición rígida. Si no se actúa con cuidado —como sucedió en Naín—, el sujeto puede darse por muerto.

El Maestro alzó los brazos y pidió calma. Poco a poco se hizo el silencio. *Zal* fue el único que no obedeció. Lo supe después: el noble animal intuyó el peligro…

Jesús se volvió hacia el ataúd y tomó la mano izquierda del supuesto cadáver. Entonces gritó:

—¡Despierta!

El silencio fue espeso. Sólo lo rompía *Zal*, junto al carro. Nadie respiraba. Y el rabí repitió:

—¡Despierta!

Me puse de puntillas y quedé perplejo. Jonás, entonces, parpadeó. Movió la cabeza y Jesús, con suavidad, le ordenó:

—¡Levántate!

Y Jonás, despacio, sin soltar la mano del rabí, fue a sentarse en el féretro. Barea, la madre, cayó desmayada. Fue instantáneo. Del silencio y la sorpresa se pasó al pánico. La gente huyó, aterrorizada, atropellándose los unos a los otros. Caían, se pisaban, aullaban, lloraban, gritaban… *Zal* ladraba con más fuerza. Los otros perros también huyeron a la carrera. ¡Qué desastre! Los

fariseos fueron igualmente arrollados y pisoteados. Uno quedó medio desnudo. Tenía el taparrabo de color fuego, como Sitio… Las plañideras lloraban, pero de verdad. Los espías también lloraban. Las piedras lloraban… Algunos caían de rodillas, adoraban al Galileo o solicitaban perdón por sus pecados. La mayoría se alejó hacia las murallas. Los flautistas corrían como galgos. Otros, los menos, se aproximaron al Maestro y agradecieron el milagro. Uno, incluso, sacó una bolsa con monedas e hizo ademán de entregársela. Jesús la rechazó con una sonrisa y un decidido y negativo movimiento de cabeza. Tomás dio un paso adelante e intentó hacerse con los dineros, pero Andrés, el jefe, lo retuvo y lo amonestó.

Jonás no habló con nadie. Saltó fuera del féretro, cargó a la madre, desmayada, y se encaminó —silencioso— hacia Naín. Fue extraño. Ni siquiera dio las gracias al Galileo. Familiares y amigos se fueron tras ellos. Los íntimos de Jesús flotaban. Fue el éxtasis. Sólo Felipe repetía:

—No estaba muerto…

Hacia la sexta (mediodía), el Maestro reemprendió la marcha hacia el noreste. Los discípulos de Yehohanan y los confidentes hablaban y hablaban, comentando el prodigio. Estaban maravillados. ¿Quién es este hombre —se decían—, capaz de resucitar a los muertos? Por el camino, Jesús se esforzó en hacerles comprender que no hubo milagro. Todo se debió a una serie de lamentables circunstancias… La mayoría no aceptó la versión del Hijo del Hombre. Aseguraban que el rabí era tan humilde que le costaba asumir el mérito de un portento. Juan Zebedeo y Mateo Leví, sin embargo, terminaron por dudar. Y, de hecho, no incluyeron el suceso de Naín en sus respectivos evangelios. Fue Lucas quien se fió de sus informantes y volvió a meter la pata. Pedro sí estaba convencido de la resurrección de Jonás. Y así se lo transmitió a Pablito, y éste, a su vez, al crédulo Lucas, el médico de Antioquía. Al regresar a la playa del Hombre Rojo repasé el texto lucano (7, 11-18) y quedé asombrado. Dice así: «Y sucedió que a continuación se fue a una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla, el Señor tuvo compasión de ella, y le dijo: "No llores". Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: "Joven, a ti te digo: levántate". El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros", y "Dios ha visitado a su pueblo". Y lo que se decía de él se

propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina». Falso. La «muchedumbre» no pasaba de cincuenta personas. Jesús no se dirigía a Naín; iba de paso. Tampoco es cierto que el Maestro actuara por compasión. En realidad, fue arrastrado por la viuda. Jesús verificó que Jonás estaba vivo. Y así lo hizo también Felipe. El «muerto» no habló con nadie. Y el Maestro intentó convencer a los suyos de que aquello no fue un milagro. Sí, un texto lamentable.

Lección de Bartolomé

Cubrimos los seis kilómetros entre Naín y Endôr o En Dôr en poco más de una hora. Hacia la octava (dos de la tarde), acampamos en las afueras. Endôr era una aldea mísera: puro ladrillo encalado, moscas enormes y cojoneras y niños desnudos; decenas de niños correteando sobre escombros y basuras. Más allá, rebaños de ovejas y trigales infinitos. Al noroeste, a tres kilómetros, se divisaba el Tabor, un monte de 575 metros de altitud. Los cristianos —equivocadamente— lo llamaban la montaña de la transfiguración. Como tendré oportunidad de narrar, el portentoso suceso tuvo lugar más al norte, en la montaña sagrada del Hermón.

Esa noche —más relajados—, tras la cena, en la habitual tertulia con el Maestro, Bartolomé, el Oso de Caná, uno de los discípulos más cultos y preparados, ofreció una lección magistral sobre el porqué de los ataúdes. Yo, desde la cocina, escuché, perplejo. Bartolomé sabía de todo. Empezó asegurando que el uso de los féretros no era lo que creíamos. Fueron los babilonios y los sumerios —hacía más de dos mil años— los que empezaron a sepultar a los muertos en sacos de juncos trenzados.

—¿Sabéis por qué? —preguntó Bartolomé.

Todos negaron con la cabeza. El Maestro también.

—Para que el difunto no pudiera regresar…

Rieron la supuesta gracia del Oso. Pero Bartolomé hablaba en serio.

—Ha sido el temor —prosiguió el discípulo— lo que llevó al invento de los sacos de juncos y, después, al ataúd. La cuestión, como digo, es que el fallecido no pudiera volver a la vida…

Y explicó también por qué algunos pueblos del norte —a los que consideraban bárbaros— amputaban los pies de los muertos.

—De esa forma —argumentó— no podían regresar a sus casas.

Jesús disfrutaba de lo lindo…

—Es por ello, por miedo —continuó el Oso—, por lo que se entierra lejos de los pueblos y ciudades, para evitar que regresen. Algunos, incluso, dan vueltas y vueltas con el féretro, con el fin de despistar al muerto.

Bartolomé guardó un estudiado y breve silencio y terminó preguntando:

—¿Sabéis por qué la gente se cubre la cabeza en un duelo?

Nadie sabía por qué.

—Para que el difunto no reconozca al vivo… Para que no le pueda ocasionar daño. ¿Y sabéis por qué la gente se viste de blanco cuando alguien fallece?

Como ya dije, en Oriente, el luto consistía en vestir de blanco.

Ni idea…

—Para engañar al espíritu del muerto —remató Bartolomé muy serio—. Los espíritus son blancos, como la leche. Si te pintas, o te vistes de ese color, ellos pasan de largo.

Tomás, el incrédulo, no pudo contener la risa. Y Pedro lo amonestó. Lo llamó «borrico». Pero el Oso no había terminado:

—¿Y sabéis por qué se clavetea el ataúd y por qué se cierran las tumbas con gruesas ruedas de molino?

Esperamos la explicación, expectantes.

—Para que el muerto no escape. Cuantos más clavos, más seguros…

Pedro desvió la conversación e interrogó al Galileo:

—Señor, ¿qué opinas? Estos espíritus que atacan, ¿son los demonios o los ángeles buenos?

En aquel tiempo, los judíos —sobre todo desde el destierro a Babilonia— creían firmemente en los espíritus. Los había buenos y malos. Los primeros —decían— estaban supeditados a Yavé. Eran sus mensajeros. Se disfrazaban en el viento, en la lluvia o en el fuego. Así rezaba el libro de los Salmos (194, 4). Para los judíos, los ángeles controlaban las setenta naciones del mundo. Israel se hallaba bajo el amparo de Gabriel y Miguel. Todos los seres humanos disponían de un ángel guardián; algunos, incluso, tenían dos y tres. Los *mamzerîm* o bastardos, los esclavos y los *am-ha-arez* (la basura del pueblo) no disfrutaban de ángel guardián. En cuanto a los diablos o espíritus malignos, las leyendas y disposiciones podrían llenar una biblioteca… Estaban en todas partes; en especial en las ruinas y bajo los puentes. Los había masculinos y femeninos. Los peores eran los segundos. Llegaban en la noche, paralizaban al ser humano y lo violaban o lo mataban. Los gemelos, en ese sentido, eran tremendamente supersticiosos. A la hora de dormir colgaban sendos cascabeles en sus cuellos. De esa forma —decían— espantaban a los espíritus inmundos.

El Maestro miró a la concurrencia y fue rotundo:

—Ningún espíritu es maligno… Ningún espíritu está capacitado para hacer daño o entrar en vuestros cuerpos…

Pedro y Juan Zebedeo se mostraron en desacuerdo. Pero el rabí prosiguió:

—… Eso fue antes. Ahora, desde el Hermón, desde que recuperé la divinidad, yo soy el Príncipe de este mundo. Ellos no pueden nada…

No entendieron gran cosa. Yo sí, yo estuve en la montaña sagrada[6]…

E intervino Tomás con una pregunta interesante:

—Rabí, ¿es posible regresar a este mundo tras la muerte?

—No, Tomás…

Pero, segundos después, el Galileo hizo una pequeña gran rectificación:

—Salvo excepciones…

—Explícate —solicitó el bizco.

—Si eres autorizado, sí puedes presentarte a los tuyos. Pero será una visita breve…

Tomás era tozudo y volvió a interrogar al Galileo:

—No entiendo… ¿Por qué nadie regresa?

—¿De qué serviría —replicó Jesús— que devuelvas a la mar un pez muerto?

Y el Maestro se extendió —brevemente— sobre el lugar que nos aguarda tras la muerte: una «casa» —así la definió— en la que disfrutaremos de un nuevo cuerpo físico —insistió en lo de «físico»—, «ni material ni espiritual». Lo habíamos hablado en el Hermón. Yo definí esa «casa» como «mundos MAT».

—Yo conozco a un amigo —terció Juan Zebedeo— que vio a su padre muerto…

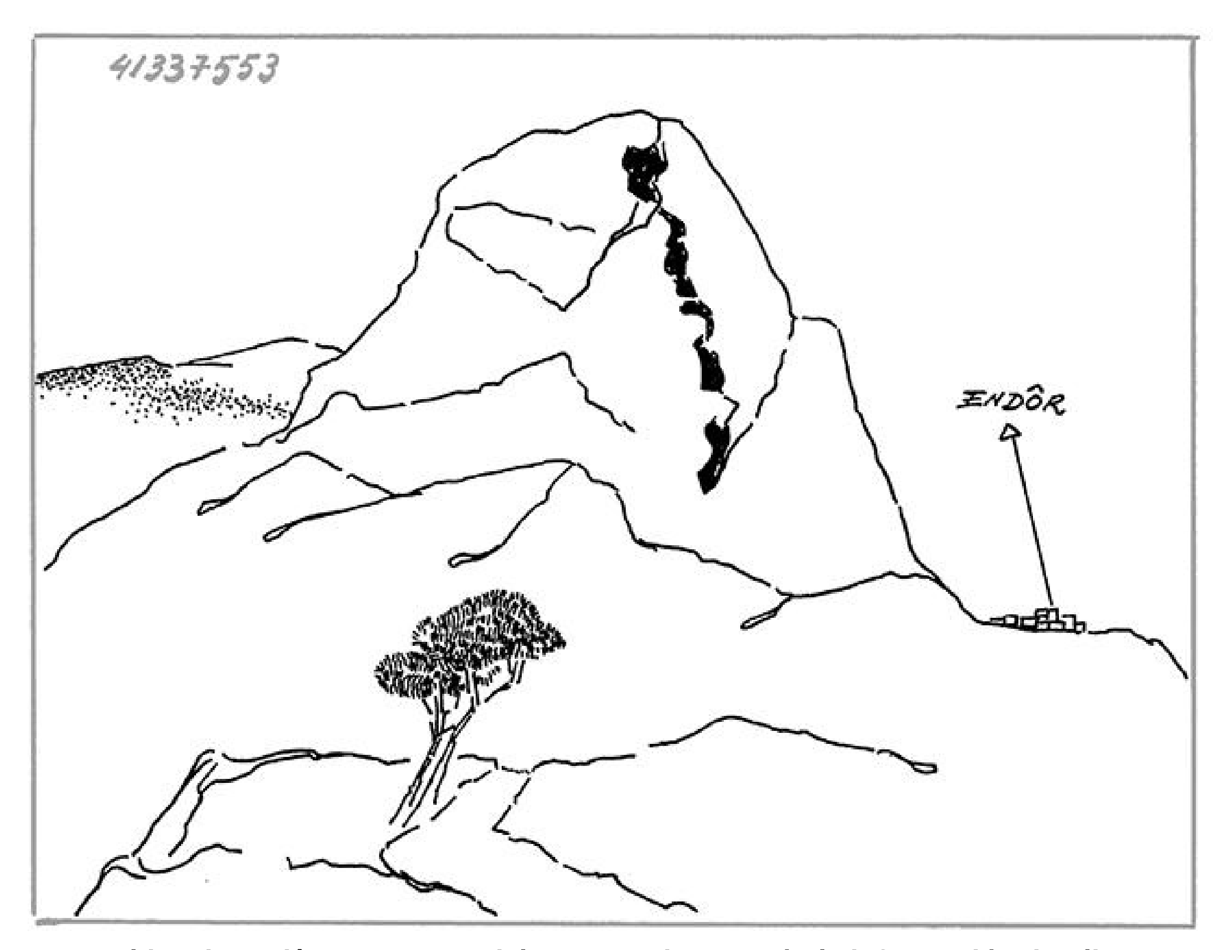
Y narró una historia asombrosa: el amigo vio en sueños a su padre y le dijo que no llorase. Él estaba bien. El padre muerto —según el Zebedeo— presentaba un aspecto muy joven, y parecía feliz. Irradiaba una luz blanca. Jesús fue asintiendo con la cabeza y dio a entender que el sueño había sido mucho más que un simple sueño. Sinceramente, no le creí. Soy de los que opinan que, una vez muerto, alguien apaga la luz y se terminó.

La tertulia se animó cuando Yu aseguró que él había oído historias parecidas entre sus amigos y parientes, en China.

—Todos —afirmó— decían estar bien y felices. Nadie parecía querer regresar a la carne…

Tomás siguió erre que erre. Tampoco creía en nada. Y se armó otra agria disputa. El Galileo hizo bien al cortar la encendida polémica. Nos deseó paz y sugirió que descansáramos. «Mañana —dijo— seguiremos haciendo la voluntad de Ab-bā». Tenía razón: aquélla fue una jornada intensa…

Cambié impresiones con el chino y conecté con «Santa Claus». Todo en orden en la «cuna». Al día siguiente aguardaban nuevas sorpresas…



**La aldea de Endôr, muy cerca del monte Tabor, según la información de Eliseo.
Cuaderno de campo de J. J. Benítez.**

El experimento

Permanecimos en Endôr un día y medio. El sábado, 1 de marzo (año 28), Jesús visitó la aldea y se dedicó a una de sus aficiones favoritas: hacer *'im*. Pasó la jornada de casa en casa y de corral en corral. Escuchó a grandes y pequeños. Consoló a todos. Almorzó con los más necesitados. Repartió lo poco que tenía y derramó algunas lágrimas. La pobreza de aquella gente sólo era superada por su pobreza.

En una de las viviendas conocí a una familia de videntes. Los llamaban «caldeos». Eran persas. Decían leer el futuro en las estrellas. Sólo había que aportar la hora y el año del nacimiento de la persona y el caldeo dibujaba su vida futura. Cobraba un denario de plata por consulta. Quedé asombrado: la cola, a la puerta de la casa, era constante. Llegaba gente de todas partes.

Endôr era un lugar emblemático para los adivinos y nigromantes. En la época del rey Saúl —hacía más de mil años—, una pitonisa que habitaba en una gruta de Endôr lo asesoró a la hora de combatir a los filisteos. Esto es lo que dice el libro primero de Samuel (28, 3-15): «Samuel había muerto, todo Israel le había llorado y fue sepultado en Rāmma, su ciudad. Saúl había echado del país a los nigromantes y adivinos. Habiéndose reunido los filisteos, vinieron a acampar en Sunem. Reunió Saúl a todo Israel y acampó en Gilboá. Vio Saúl el campamento de los filisteos y tuvo miedo, temblando sobremanera su corazón. Consultó Saúl a Yavé, pero Yavé no le respondió ni por sueños ni por los *urim*, ni por los profetas. Dijo Saúl a los servidores: "Buscadme una nigromante para que vaya a consultarla". Dijéronle sus servidores: "Aquí mismo, en Endôr, hay una nigromante". Se disfrazó Saúl poniéndose otras ropas y fue con dos de sus hombres; llegó donde la mujer de noche y dijo: "Adivíname por un muerto (invocando a un muerto) y evócame el que yo te diga". La mujer le respondió: "Bien sabes lo que hizo Saúl, que suprimió de esta tierra a los nigromantes y adivinos. ¿Por qué tiendes un lazo a mi vida para hacerme morir?". Saúl juró por Yavé diciendo: "¡Vive Yavé! Ningún castigo te vendrá por este hecho". La mujer dijo: "¿A quién debo invocar para ti?". Respondió: "Evócame a Samuel". Vio entonces la mujer a Samuel y lanzó un gran grito. Dijo la mujer a Saúl: "¿Por qué me has engañado? ¡Tú eres Saúl!". El rey le dijo: "No temas, pero ¿qué has visto?".

La mujer respondió a Saúl: “Veo un espectro que sube de la tierra”. Saúl le preguntó: “¿Qué aspecto tiene?”. Ella respondió: “Es un hombre anciano que sube envuelto en su manto”. Comprendió Saúl que era Samuel y cayendo rostro en tierra se postró». La bruja —según Bartolomé— se llamaba Kakkar, que en arameo significaba «Talento». Según explicó el Oso de Caná, la llamaban así porque su palabra equivalía a un talento (14 400 denarios de plata o 1200 dólares de 1973).

Aprovechando la ausencia del Maestro —ocupado en las visitas a las otras casas—, Pedro y Juan Zebedeo, a escondidas, fueron a consultar a los caldeos. Me uní a ellos y, francamente, quedé perplejo. Conforme fui escuchando, pasé de la sorpresa a la indignación. Las trivialidades expuestas por los astrólogos fueron de risa… A Pedro le vaticinaron que quedaría viudo muy pronto y que volvería a casarse con una joven negra y rica. La actual esposa —Perpetua— fallecería de un susto. Eso dijo el tunante. El pobre Pedro lo creyó a pie juntillas y palideció. Durante días permaneció silencioso y abrumado. Me dieron ganas de estrangular al caldeo… A Juan Zebedeo —según el vidente— la vida le sonreía. Aunque le gustaban los hombres, se casaría con la viuda de Santiago, su hermano, no tendría hijos y moriría de viejo, lejos de su patria. ¡Pardiez! Esta vez acertó…

Al retornar al campamento tuve una idea. Lo consulté con Kesil y el siervo aceptó. Aunque yo había elaborado una carta natal de Jesús, con la inestimable ayuda de «Santa Claus»[7], decidí llevar a cabo un «experimento»…

Esa misma tarde nos pusimos a la cola y esperamos turno. Nos recibió el caldeo que había trazado el futuro de Juan Zebedeo. Pagué el obligado denario y expuse mi caso: deseaba conocer el futuro del hijo de un buen amigo. El individuo hizo las preguntas de rigor: «¿a qué hora pudo nacer?, ¿en qué mes y en qué año?, ¿en qué lugar?». Inventé absolutamente todo. El persa consultó unas tablas, trazó no sé qué dibujos, y, al cabo de unos minutos, con voz cansada, afirmó:

—Dile a tu amigo que esté tranquilo… Este niño será muy reflexivo… Tendrá dificultades para tomar decisiones… Los astros dicen que será un gran cantante… Tocará la flauta como nadie… El elemento fuego lo domina. Eso quiere decir que será alegre y voluntarioso…

Kesil hacía esfuerzos para contener la risa. Tuve que darle una patada por debajo de la mesa. Y el caldeo prosiguió, muy serio:

—… Será un hombre con una gran imaginación… Podría escribir poesía… Será perezoso para aprender idiomas… Trabajará bien como encantador de

serpientes…

Cuando nos retirábamos, el vidente preguntó:

—Por cierto, ¿cómo se llama el hijo de tu amigo?

Me volví y, sin perder la sonrisa, respondí:

—*Zal*… Se llama *Zal*. En griego quiere decir «el poder del mar».

Al abandonar la casa de los caldeos, Kesil y yo tuvimos un ataque de risa.

La montaña de la luz

Me equivoqué. El domingo, 2 de marzo (año 28), levantamos el campamento, pero la marcha no terminó en el *yam* o mar de Tiberíades, como había supuesto. A tres kilómetros de Endôr nos detuvimos al pie del monte Tabor. A esas horas de la mañana —más o menos las nueve—, la colina, con sus 575 metros, aparecía bañada por una luz rasante y casi violeta. Parecía un volcán, con las faldas cubiertas por apretados bosques de robles enanos, acacias y lentiscos. Era como si el cielo hubiera dejado caer una enorme piedra semiesférica. Su altura real era de 400 metros, dado que la zona, como indiqué, se halla a 200 metros por debajo del nivel del Mediterráneo.

Jesús expresó su deseo de subir a la cumbre. Era una oportunidad única. Y Andrés y el resto se movilizaron, organizando el campamento. Kesil buscó una gran piedra y arrimó el *reda*, soltando a los onagros. Allí pernoctaríamos. Y el fiel siervo empezó a preparar las tiendas. Los confidentes —más que aburridos y cansados— dijeron que no ascendían al Tabor. Y lo mismo decidieron los seguidores de Yehohanan. Felipe y los gemelos no tuvieron más remedio que quedarse. La cocina daba mucho trabajo. Yo pedí un nuevo permiso y Felipe accedió con desgana. El Maestro habló con Jacobo de Alfeo, uno de los gemelos, y *Zal* fue amarrado cerca de la cocina de campaña. ¡Qué alivio!

Y a eso de la quinta (once de la mañana) iniciamos el ascenso por la ladera este. Jesús, con una cinta blanca alrededor de la cabeza, cargaba un saco de viaje. Bartolomé no hizo caso de las recomendaciones del intendente. Su pierna izquierda resistiría. Eso dijo. Y, en hilera, iniciamos la caminata. Tiempo previsto: algo más de una hora.

¿Qué sabía del Tabor? Poca cosa. Los especialistas no se ponían de acuerdo sobre el origen del nombre. Algunos lo asociaban a «ombligo». Otros hablaban de «lugar elevado» y «dbr» (montaña). Los sumerios y los asirios ya lo conocían. Los arqueólogos han encontrado restos humanos de la época del Paleolítico medio (hace cincuenta mil años). Expertos como Mallon y Stockton afirman que la cumbre pudo ser un lugar de culto del dios Baal Sedeq. Entre los habitantes del llano de Yizreel —en el que emerge el Tabor —, corría una leyenda que hablaba de una potente luz que descendía, en la

noche, con frecuencia, en la cima del monte, iluminando la colina y los alrededores «como si fuera de día». Esta gente llamaba al Tabor la «montaña de la luz». Para tener éxito en una empresa, era preciso subir y bajar en un día. ¿Quién sabe?

Al rato —al dejar atrás la cota de los doscientos metros— entramos en una zona calcinada. ¡Qué espanto! Cientos de robles se alzaban negros y muertos. Todo era ceniza y silencio. Aquellas gentes sufrían mucho con los incendios. Sólo la lluvia podía frenarlos. Durante la estancia en los bosques del Attiq, en los territorios de Filipo, hermanastro de Herodes Antipas, aprendí mucho al respecto. Los bosques del sabio Filipo eran sagrados. Si alguien se arriesgaba a meterles fuego, y los capturaban, no era condenado a muerte; el castigo era mucho peor: por cada árbol quemado, sobre el pirómano caía un año de prisión o galeras.

Finalmente alcanzamos la cumbre. Y me encontré con una explanada —casi circular— de 1200 metros de diámetro. No era totalmente plana. Presentaba un ligero abombamiento. ¡Sorpresa! La cima aparecía alfombrada por un manto de sílex. El pedernal brillaba al sol como un espejo negro y amarillo. ¡Qué extraña sensación caminar sobre aquellas cortantes láminas! En uno de los extremos se distinguían algunas grutas y los restos de un templo pagano. Bartolomé habló del dios Baal Hadad.

Entonces, mientras nos recuperábamos, oímos cánticos. El Maestro llevó el dedo índice izquierdo a los labios e hizo el gesto del silencio. Obedecimos. Y, despacio, nos aproximamos al lugar. Parecían rezos. Al dejar atrás una enorme roca, descubrimos a una docena de individuos vestidos de forma extraña. Lucían pantalones persas, rojo fuego, y anudados a los tobillos. Se cubrían con túnicas cortas del mismo color. Los cabellos eran largos. Tenían los brazos alzados, con los dedos extendidos hacia el azul del cielo. Cantaban en arameo. Se hallaban de pie, formando un gran círculo. En el cántico se dirigían a Yavé e imploraban la lluvia. Bartolomé explicó: «Es una secta… Se llaman “los trazadores de círculos”… Son discípulos del gran Honi… Llaman a la lluvia, terminan con las plagas y con los incendios… Siempre trabajan en círculos… Los sacerdotes de Jerusalén los odian… Les roban el negocio… Sólo la casta sacerdotal tiene derecho a reclamar la lluvia al buen Dios, bendito sea su nombre». El Maestro se sentó en las proximidades y disfrutó con el espectáculo. Los *sallit* —así los llamaban— continuaron con sus invocaciones. Ni nos miraron. Al concluir las canciones, besaron el espejo de sílex y se alejaron monte abajo.

Era el momento de reponer fuerzas. Cada cual se sentó donde pudo y echaron mano de los petates. Fue entonces cuando me di cuenta: no disponía de alimentos; lo olvidé en el carro… Me resigné. Y me dediqué a contemplar al rabí. Jesús extrajo una naranja del saco que cargaba y, cuando se disponía a pelarla, me miró. Y entró en mi mente. ¿Cómo lo hacía? Se detuvo. Buscó de nuevo en el saco y se hizo con una segunda naranja. Sonrió y, sin mediar palabra, la lanzó hacia este torpe explorador. La cacé al vuelo y correspondí con una media sonrisa. El Galileo me guiñó un ojo y empezó a pelar la suya. Como decía el mayor, «mensaje recibido». Sentí fuego en el estómago. La intuición nunca traiciona. Aquel Hombre sabía quién era yo y por qué estaba allí. Sabía que me disponía a traicionarle y, sin embargo, jamás hizo un mal gesto; jamás me reprochó nada. Al contrario… Y me sentí sucio. El rabí peló la naranja lentamente. Le oí canturrear: «Dios es ella…». Después disfrutó cada gajo. Lo hacía entornando los ojos, saboreando. Las naranjas eran dulcísimas. Lo envidié: aquel Hombre sabía vivir. Tomaba de cada instante lo más sabroso: fuera un color, un perfume, un sabor, una palabra o una mirada.

Y, de pronto, surgieron ellas…

Los discípulos las vieron y Juan Zebedeo se alzó, emprendiéndola a pedradas con las pobres urracas. Eran ocho, con el plumaje hermosamente pintado de blanco y negro, los picos naranjas, y las largas colas medio verdes. El Oso protestó por la agresividad de Juan y el Zebedeo, revolviéndose, lo llamó «tapón de odre». Algunos rieron la «gracia» del Zebedeo. Otros lo insultaron por lo bajo. Tenía a mi lado a Mateo Leví y pregunté el porqué de las pedradas. El *gabbai* comprendió mi ignorancia y explicó que las urracas traían mala suerte. Eran pájaros de mal agüero para los judíos, y para casi todos. Y Mateo procedió a cantar una canción popular que decía, más o menos: «Una urraca es ira. Dos traen alegría. Tres, una boda. Cuatro anuncian un nacimiento. Cinco urracas juntas es plata que llega. Seis son oro. Siete quiere decir que conocerás un gran secreto. Ocho es dolor y sangre. Nueve urracas representan el infierno y diez son el diablo que puede llevarte…».

Algunos —Jesús incluido— se unieron a Mateo y cantaron con entusiasmo.

Eran ocho urracas. Según los supersticiosos galileos, aquello significaba «dolor y sangre». «¡Qué tontería!», pensé. En Kábala, el ocho equivale a la palabra «temer». ¿A qué debíamos temer?

Al terminar la canción, Mateo se dirigió a Jesús y preguntó:

—Rabí, ¿qué opinas de las supersticiones?

El Maestro fue claro y rotundo:

—Nada que esclavice es bueno…

—¿Crees que la oración atrae la lluvia?

Y el incrédulo Tomás hizo un gesto, indicando el lugar en el que habían cantado los «trazadores de círculos».

—Ya lo hablamos —replicó el Galileo—. La oración no sirve para solicitar cosas materiales.

—Entonces —intervino Juan Zebedeo— esos lerdos…

Se refería a los *sallit*. El Maestro lo corrigió:

—Juan, ¿cuándo aprenderás? Nadie es más que nadie. Nadie es inferior a nadie.

Juan Zebedeo no aceptó el reproche. Y siguió mascullando insultos contra la secta y contra las urracas. Pedro, entonces, se burló de Juan:

—Cada mañana, yo veo a este lerdo que se levanta con el pie derecho…

El resto rió la gracia de Pedro. Y Juan Zebedeo, rojo de ira, arremetió contra el inocentón que lo atacaba llamándole «mierda pinchada en un palo». Más risas. Jesús se puso serio, pero no intervino. Andrés, entonces, se burló de su hermano:

—Y tú, ¿por qué no sales a pescar cuando una mujer se cruza en tu camino?

El grupo estalló y las risas espantaron a las urracas. Pedro, al parecer, era uno de los más supersticiosos.

Tomás reconoció su peor superstición:

—Si los dados suman 13…, final de la partida. Conviene retirarse.

El Iscariote no quiso participar. Y le tocó el turno a Simón, el Zelota:

—Huevo roto —sentenció—, pierna rota…

Pedro, por su parte, acusó a su hermano Andrés de no emprender un viaje si no disponía de algo rojo… No me había fijado. Alguien preguntó al rabí. ¿Tenía alguna superstición? El Maestro sonrió, hizo como que pensaba, y negó con la cabeza. No fui capaz de recordar una sola superstición del Hijo del Hombre.

Mateo Leví confesó que derramar la leche traía cinco años de mala suerte.

Y regresaron las risas. Bartolomé odiaba ponerse la ropa del revés.

—Si te vistes mal —aseguró—, visita o pelea…

Santiago de Zebedeo tampoco quiso participar en la improvisada rueda de bromas. ¿O no eran tales? Me gustaba aquel hombre, siempre silencioso y atento. Parecía sufrir alguna gran tragedia…

Al atardecer descendimos del Tabor.

Y al preparar la cena ocurrió algo que me benefició. Felipe quiso hacer una suculenta sopa de cebolla. Receta: cebollas grandes, cortadas en rodajas, miel,

salsa de soja, mantequilla, sal, trigo molido, vino, agua hirviendo y mucha pimienta negra. Después, queso derretido y cremoso. Y en ello estábamos cuando el Maestro se acercó y pidió colaborar. Felipe renegó un rato, pero terminó entregándole seis cebollas.

—Córtalas muy finas… —le dijo.

E insistió:

—Muy finas.

El rabí dijo que sí, tomó un cuchillo, y procedió.

Yo preparaba el aceite cuando oímos un gemido. Jesús soltó el largo cuchillo. ¡Se había cortado en el pulgar de la mano derecha! La sangre manaba abundantemente. Los gemelos se percataron del incidente y alertaron a Felipe. Éste comprendió al instante y se fue hacia el rabí. Soltó el lienzo que le colgaba del cinto y taponó la herida. En un momento, el paño blanco quedó rojo. Jesús trató de restar importancia al asunto, pero el intendente le ordenó callar. Jesús obedeció, sumiso. Y Felipe apretó la tela, al tiempo que regañaba a Jesús por su torpeza. Un minuto después, buscó la mano izquierda del Maestro, la colocó sobre el lienzo y le pidió que siguiera taponando la herida. El Galileo no dijo nada. Estaba ligeramente pálido. Felipe se dirigió a su abultado saco de viaje y buscó algo. Extrajo una pequeña ampolleta de barro y vació el contenido en el agua de un recipiente de metal. Eran semillas negras, grandes como judías. Después lo puso a calentar. Era una planta medicinal llamada «sófora», rica en flavonoides, muy indicada para contener las hemorragias. Felipe me indicó que procedía de su querida China. Al rato obligó a Jesús a ingerir la infusión de sófora. Y retiró el lienzo. El corte era profundo. Esa noche, «Santa Claus» me informó sobre la acción de los flavonoides. Lo importante era que la herida no se infectara. Felipe lo sabía y actuó en consecuencia preparando un par de pócimas: una antiséptica y la otra sedante, a base de cariofilada y adormidera, respectivamente. La primera contenía aceite esencial con geína y eugenol, así como taninos en abundancia, pigmentos amargos, ácidos orgánicos, resina y flavona. Ideal como desinfectante. Lo aplicaba a la herida por la mañana y por la noche. La adormidera —según «Santa Claus»— contenía 25 alcaloides, codeína, narcotina y otros elementos que no recuerdo. Actúa como sedante e inductor del sueño. El Maestro era buen enfermo. Se dejaba curar. Jamás protestaba o se quejaba. Y durante una semana lució un vendaje que le cubría el pulgar y parte de la mano derecha. Tuvo que soportar más de una broma por parte de Bartolomé…

Jesús terminó retirándose a su tienda, mientras Felipe murmuraba en la cocina:

—Mucho milagro y no sabe manejar un cuchillo… ¡Vaya Mesías!

Y alguien, junto al fuego, recordó el vuelo de las ocho urracas. «Ocho = dolor y sangre».

Allí quedó el lienzo ensangrentado, sobre la mesa. Me apresuré a recogerlo. Para mí representaba un tesoro. De esa sangre del rabí podía extraerse el ADN. Y lo guardé celosamente.

Ha’im

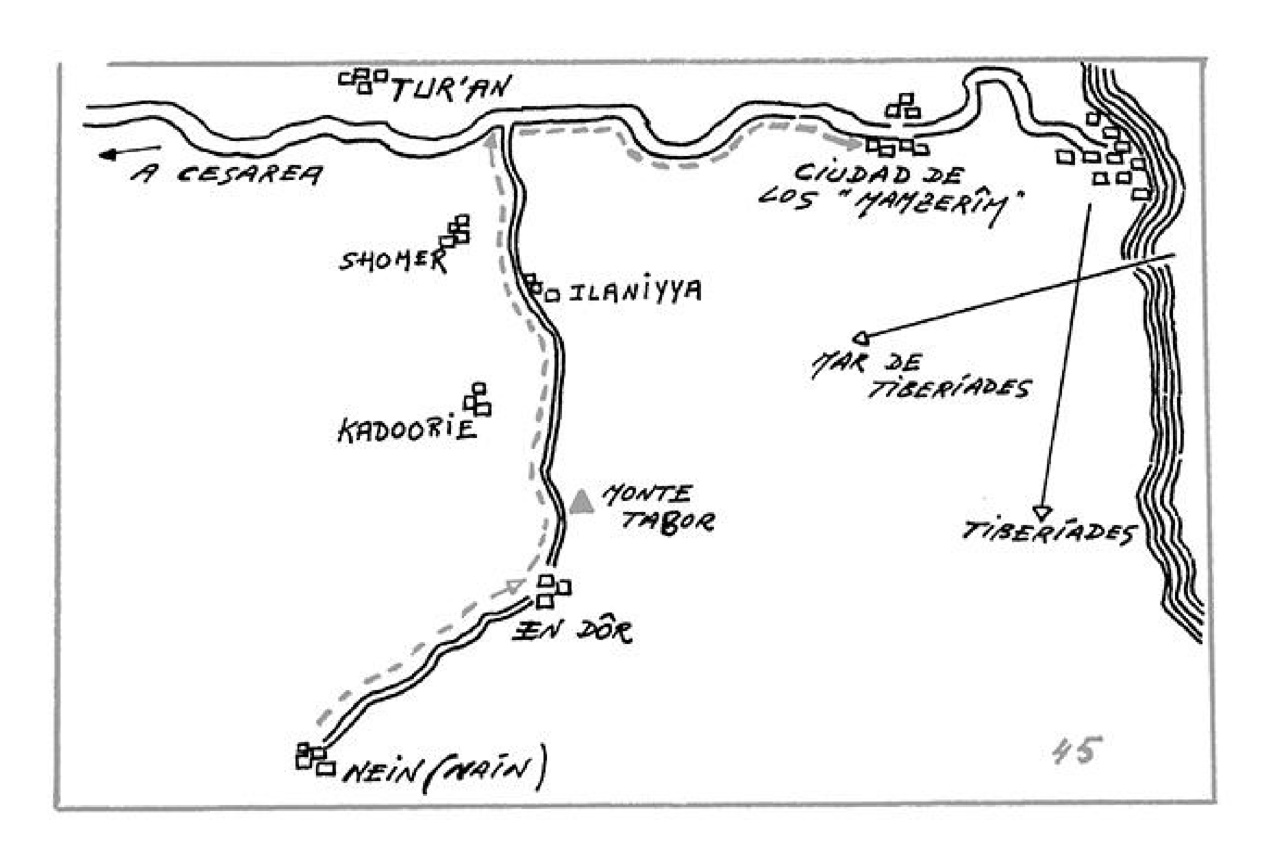
El lunes, 3 de marzo (año 28), partimos al alba. Los relojes de la «cuna» señalaban las 6 horas, 2 minutos y 32 segundos de un supuesto Tiempo Universal. ¿Destino?: Saidan, al fin… Mejor dicho: supuestamente. Los corazones se alegraron. Los íntimos volvían a casa. Eso pensamos. Pero no…

Habían sido seis semanas largas e intensas, en las que vivimos de todo: el éxito de la curación de un leproso en Irón y la vergonzosa huida —en la noche— en Caná.

«En Saidan —manifestó Jesús— los ánimos pueden estar más calmados».

Lo dudé. La curación a la puesta de sol —con más de 680 sanados— no era fácil de olvidar.

Dejamos atrás los pueblos de Kadoorie y Hanot Taggarim, con sus inmensos y rubios trigales, y nos encaminamos hacia la ruta que unía Cesarea y Tiberíades. En Ilaniyya hicimos una pausa, comimos algo y continuamos hacia la aldea de Shomer. Quedé asombrado. Sus pobladores eran rubios, con los ojos especialmente azules.



Camino seguido por Jesús y su grupo, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y a la sexta (mediodía) divisamos a lo lejos la «ciudad de los *mamzerîm*». Cruzar aquel infierno siempre era problemático. Nos detuvimos. Andrés y los íntimos parlamentaron. Me aproximé y escuché. ¿Cruzábamos el mar de chabolas? No era necesario, dijeron. Era preferible tomar un desvío, a la izquierda de la senda principal, caminar hasta Arbel, y desembocar en el *wadi* de las Palomas, muy cerca del *yam*. Conocía esa zona. Me pareció una idea acertada. Pero el Maestro tenía otros planes… En ésas estaban —discutiendo — cuando Jesús se acercó a Andrés, el jefe, e hizo un aparte con él. Hablaron brevemente. Andrés regresó con los íntimos e impartió algunas órdenes. Felipe tomó a *Zal* y lo amarró a nuestro *reda*. La *tabbah* (la guardia personal de Jesús) salió apresuradamente detrás del rabí. Éste se encaminaba hacia el «infierno» con sus largas zancadas. El resto tomó el desvío hacia la referida población de Arbel. Kesil preguntó qué rumbo tomaba. Le dije que siguiera al grupo. Y yo me fui tras el Galileo, a la carrera. Por lo que supe más tarde, el grueso de la comitiva debería reunirse con Jesús, con Pedro y con los hermanos Zebedeo a las puertas de la ciudad de Migdal. Allí esperarían al Hijo del Hombre.

Al llegar a las chabolas, el Galileo giró a la derecha y se introdujo entre la tablería y la miseria. No miró atrás en ningún momento. Era evidente que conocía el lugar y que lo conocía bien. No lo vi dudar. Sorteó el laberinto de chozas, de cañas, de barro, de trapos podridos y de troncos de árboles, y lo hizo con agilidad. Me pegué a la escolta. Juan Zebedeo iba en cabeza, espada en mano, y a corta distancia del Maestro. Detrás marchaban Pedro y Santiago. Pedro, a juzgar por su rostro, muy asustado. Miraba sin cesar a derecha e izquierda. Esto provocaba continuos tropezones. Santiago lo ayudaba a levantarse. Yo me aferré a la vara de Moisés y seguí caminando, muy tenso. El humo negro de las fogatas —aquí y allá— hacía irrespirable el ambiente. La brisa lo tumbaba y terminaba asfixiando el paisaje. Me cubrí el rostro con el manto. Numerosos niños desnudos, cubiertos de pústulas y de una mugre oscura y correosa, jugaban y correteaban sobre interminables charcos de aguas negras en los que flotaban nubes de moscas e insectos. Las madres lavaban la ropa muy cerca, en esos mismos ríos de aguas residuales. Tuvimos que sortear montañas de escombros y basuras en las que corrían ratas como liebres, perseguidas por hombres y perros escuálidos. Las cazaban, se sentaban en los estercoleros, y las devoraban vivas, allí mismo. El Maestro no se inmutó. Juan Zebedeo tuvo que detenerse unos segundos. Lo vi vomitar.

La marcha se prolongó durante casi una hora. El mar de chabolas era interminable. Calculé que la población podía superar las 20 000 almas (suponiendo que aquellos desgraciados tuvieran alma).

Según leí en los diarios del mayor, los *mamzerîm* o bastardos eran la basura del pueblo judío. ¿A quién consideraban *mamzer*? Había diferentes criterios. La mayoría de los doctores de la ley opinaba que un bastardo era el descendiente de una unión prohibida por la Torá. Es decir, los hijos concebidos en adulterio. Eso estimaba la *halaká* (el derecho vigente). Otros iban más allá y calificaban de *mamzerîm* a los hijos del incesto. Quedaban excluidos los hijos del sumo sacerdote y una viuda. En este caso, los llamaban *halalîm* y no *mamzerîm*. En otras palabras: todo tenía su trampa. Los más radicales y ortodoxos consideraban bastardo al hijo nacido de la mujer que había sido repudiada, aunque el padre fuera el marido. Se daban casos tan absurdos y retorcidos como éste: «si a una mujer se le anuncia la muerte de su marido, y vuelve a casarse, el hijo nacido de esa segunda unión será *mamzer* (puesto que el primer marido sigue vivo)». Más aún: «si la esposa es sospechosa de adulterio, el hijo nacido de su matrimonio legítimo será bastardo». Todo nacía de la legislación establecida por Yavé mil trescientos años antes, en el monte Sinaí. Así reza el Deuteronomio (23, 2-3). Según esa normativa «hitleriana», los bastardos no tenían derecho a nada, ¡y por diez generaciones! No podían heredar, no podían trabajar (salvo en oficios inmundos) y su simple presencia en un juicio invalidaba la sentencia. No podían casarse con judíos puros. Y los sacerdotes y fariseos exigían que caminaran por las calles provistos de una campana que anunciara su presencia. En definitiva: para los judíos, la palabra *mamzer* era uno de los peores insultos…

En aquel lugar, además, se había refugiado lo más granado de los ladrones y asesinos del país.

Los *mamzerîm* se asomaban a las puertas de sus covachas y nos contemplaban, asombrados. ¡Cinco individuos caminando, presurosos, por sus dominios! ¡Y portando espadas! Y se gritaban unos a otros, transmitiendo la noticia. Aquello no me gustó… Algunos recogían barro y excrementos y los lanzaban a nuestro paso. El Maestro continuó, impasible. Juan trató de hacerles frente, pero su hermano lo empujó, obligándole a caminar. Entramos en un simulacro de mercado. La fruta, podrida, se apilaba en el suelo. Bueyes y corderos abiertos en canal —sangrantes y cubiertos de moscas— colgaban de pesadas vigas por las que se deslizaban hileras de ratas. El olor a carne putrefacta era insoportable. Y los vendedores gritaban la mercancía en

diferentes idiomas. Resbalé un par de veces en los charcos de sangre coagulada. Los perros merodeaban y, al menor descuido, saltaban sobre las porciones de carne. Niños devorados por los piojos dormitaban en los brazos de mujeres esqueléticas, de miradas vacías o resignadas. Allí supe que muchos de aquellos infelices acudían a diario a ciudades como Migdal y Tiberíades y trabajaban —clandestinamente— en toda suerte de oficios «inmundos»: recogían excrementos por las calles, vaciaban letrinas públicas o privadas, lavaban la ropa, transportaban a los muertos y los amortajaban, cazaban ratas y las vendían (una docena por dos ases), expurgaban a los pobres y a los ricos, acarreaban ladrillos para las obras, curtían pieles o cortaban los cordones umbilicales… Si la sombra de un bastardo se proyectaba sobre un judío, el *mamzer* podía ser apaleado. No pisaban las sinagogas y tampoco tenían derecho a la enseñanza. Muchas parteras asesinaban a los bastardos nada más nacer. ¿Qué sentido tenía vivir en semejante miseria? Aquel infierno me recordó la casta de los intocables, en la India.

Y el Galileo, finalmente, se detuvo frente a una de las chabolas de barro y paja. Antes de entrar, Jesús se dirigió a los discípulos y rogó que permanecieran en la puerta. No dio explicaciones. Y allí nos mantuvimos los cuatro. Juan Zebedeo guardó el *gladius*, se cubrió la cabeza con el manto y exploró los alrededores. Sólo descubrió lo que ya conocía: miseria y miseria. Después retornó e intentó sentarse al pie de la chabola. Todo era basura y moscas. Era preferible permanecer de pie. Lo vi vomitar de nuevo. Santiago lo atendió, pero Juan lo rechazó con brusquedad. El Zebedeo, muy irritado, no entendía por qué estaban allí, «entre tanto pecador». Pedro seguía pálido. No sabía dónde colocarse. Ensayó las esquinas de la choza, pero cambió de criterio y terminó situándose en la puerta de cañas y trapos. Yo permanecí frente a la chabola, atento. Algunos bastardos fueron aproximándose al lugar. Pedro —en voz baja— los llamó «ladrones» y «basura». Santiago de Zebedeo intentó calmarlo. Estaban allí para proteger al Maestro; para nada más. A decir verdad, aquellos desgraciados parecían tan asustados como los discípulos.

En el interior de la chabola no se escuchaba nada; ningún sonido. ¿Qué buscaba el rabí en aquel infierno? ¿Con quién hablaba? ¿Cuándo visitó la «ciudad de los *mamzerîm*»? ¿A quién conocía en aquel mar de chabolas?

Los bastardos —curiosos— formaron un corro a nuestro alrededor. Nos contemplaban, asombrados. Nuestros mantos, túnicas y sandalias eran apetecibles… Deslicé los dedos hacia la parte superior del cayado y me

mantuve alerta. Los ultrasonidos estaban dispuestos. Al menor movimiento sospechoso impactarían en los cráneos. Los niños eran los más curiosos. Uno de ellos —de unos cinco o seis años— se acercó y acarició el *gladius* de Santiago. Tenía la cabeza rapada y cubierta de piojos. Padecía una importante pediculosis. Los piojos se lo comían, literalmente. Sumé más de medio centenar de parásitos. El pequeño se rascaba constantemente, provocando heridas en el cuero cabelludo. Por lo que pude observar, el resto de los bastardos sufría la misma epidemia. El Zebedeo retiró los dedos del niño del filo de la espada y le sonrió. Imaginé que Santiago echaba de menos a sus cuatro hijos… Pedro trató de hacer retroceder al grupo de desarrapados. Según él, los piojos volaban y podían contagiarle. Juan blasfemó y el niño dio un paso atrás, atemorizado. Los adultos terminaron por dar media vuelta y se alejaron. Los niños los siguieron.

Así pasó una hora. El sol nos castigó y no tuvimos más remedio que buscar una sombra. Los discípulos se sentaron a la puerta de la chabola. Juan en el centro, Pedro a su derecha y Santiago a su izquierda. Yo me mantuve de pie —frente a los tres— y a cosa de un par de metros. Al poco, Pedro empezó a roncar y a dar cabezadas. Juan lo zarandeaba inútilmente. Los ronquidos eran heroicos. Y seguí preguntándome: ¿qué ocurría en el interior del chamizo? ¿Con quién hablaba Jesús? ¿Por qué aquella visita a la «ciudad de los *mamzerîm*» era tan importante? ¿O no lo era? Santiago, paciente, se dedicó a sacar lustre al *gladius*. Su hermano, cada vez más nervioso, terminó cubriéndose la cabeza con el ropón. Las maldiciones eran constantes.

Y fue en esos momentos cuando vi pasar a varios mozalbetes. Eran cuatro. Corrían, se escondían y gateaban entre los montones de basura. Algo tramaban. En efecto, al poco los vi reptar hacia Pedro. Pensé que jugaban, pero no… Fue todo muy rápido. Uno de ellos —el que marchaba en cabeza— atrapó la bolsa que colgaba del cinto del discípulo y dio un tirón. De inmediato huyeron a la carrera y entre risas. Pedro despertó bruscamente y vio a los ladronzuelos. Se movían como centellas entre las chabolas. No pude hacer nada. Como digo, fue todo vertiginoso. Pedro, histérico, salió tras ellos. Fue inútil. Aquello era un laberinto. Al poco regresó. Estaba pálido y lloroso. Y la emprendió con las piedras y las paredes de las chozas. Las pateó con rabia. Los Zebedeo, con las espadas en las manos, no sabían qué hacer ni adónde mirar. Juan maldijo a los pequeños truhanes y, volviéndose hacia este explorador, escupió entre mis sandalias, culpándome del robo. Me llamó «griego de mierda». Santiago quiso controlarlo y le hizo ver que yo no tenía la culpa. Imposible. Juan, fuera de sí, siguió insultándome entre grandes

voces. En esos instantes apareció el Maestro. Detrás de Él, en la puerta de la chabola, se presentó un anciano de escasa estatura y delgadez extrema, con una larga barba teñida en verde rabioso. Después supe que era el jefe de los bastardos. Se llamaba Ja'im o Ha'im (Vida). Se ocupaba de impartir justicia entre los *mamzerîm* y de organizar aquel caos. Pedro explicó lo sucedido y dio algunos detalles sobre los ladrones. Ha'im escuchó en silencio. Después se alejó y se perdió en el poblado. El rabí colocó las manos sobre los hombros de Pedro e intentó consolarlo:

—Confía —le dijo.

Minutos después —no muchos— vimos regresar al patriarca de los bastardos. Traía la bolsa de hule de Pedro. Se la entregó al desconcertado discípulo y suplicó perdón.

—No volverá a ocurrir —lamentó Ha'im—. ¿Está todo?

Pedro, nervioso, examinó el contenido y dijo que sí; no faltaba nada…

Y Jesús y el anciano se movilizaron. Tuve el tiempo justo de echar un vistazo al interior de la chabola en la que habían permanecido más de una hora. En la oscuridad descubrí las siluetas de una anciana y cinco niños. Eran todo ojos. Nos miramos, di media vuelta y salí a la carrera tras los discípulos. Yo no hubiera sabido escapar de aquel infierno… Y regresaron los viejos pensamientos: «¿Por qué Jesús se entrevistó con Ha'im? ¿De qué conocía el Galileo aquella horrible "ciudad"?». En los diarios del mayor no encontré pista alguna…

Regreso a la playa del Hombre Rojo

Jesús se despidió del anciano y abandonamos el lugar. Poco después nos reunimos con el grupo en las puertas de la ciudad de Migdal, a orillas del *yam*, tal y como acordamos. Estábamos cerca de Nahum —a ocho kilómetros escasos—, pero Andrés estimó que era más prudente acampar allí mismo. Y a las 17 horas y 32 minutos, el sol dio el portazo y oscureció. Mientras acampábamos me pregunté: ¿por qué el Maestro no ha dicho ni palabra sobre la extraña reunión con el jefe de los bastardos? Interrogué a los discípulos sobre la conversación con Ha'im. Nadie sabía nada. Pero el Destino, como repetía Jasón, seguía tejiendo y destejiendo… Sería mucho después (¿o debería escribir mucho antes?) cuando despejé la incógnita.

Al día siguiente, 4 de marzo (año 28), martes, regresamos a Nahum.

Las despedidas fueron eternas. El rabí sugirió a su gente que descansara y que volviera a sus trabajos habituales. Cuando los discípulos de Yehohanan y los confidentes desaparecieron, el Maestro dio las últimas instrucciones: el retorno a la actividad pública —a la predicación— fue fijado para el domingo, 16 de marzo. Hasta ese momento, nadie debía hablar de la buena nueva.

—Disfrutad de vuestras familias —añadió el Galileo— y confiad en el Padre Azul…

Y se despidió con su frase habitual:

—Hasta luego… Paz.

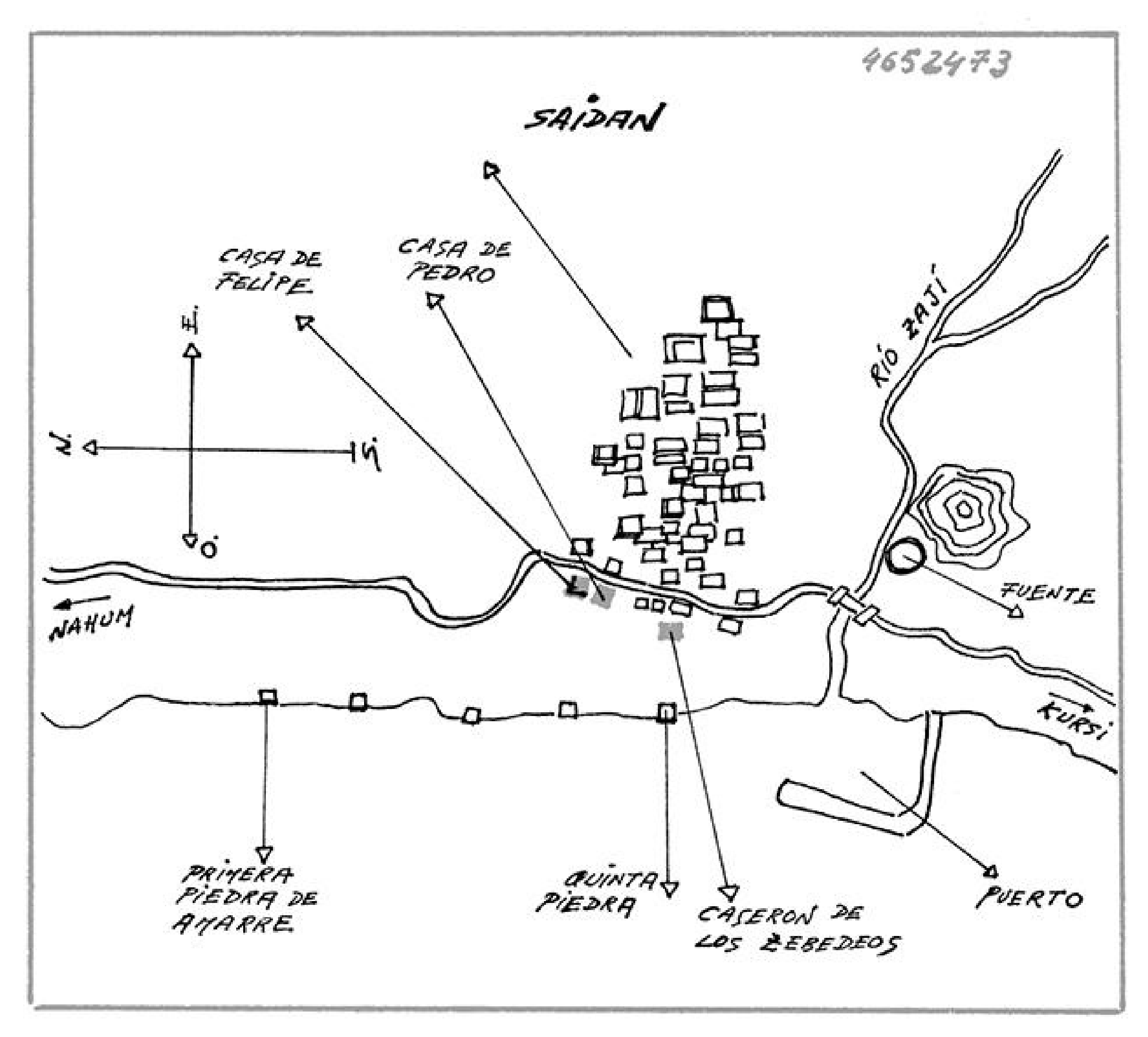
El rabí embarcó en el muelle de Nahum y se dirigió al caserón de los Zebedeo, en Saidan. Kesil y yo pernoctamos en la ínsula de Si, cerca del puerto. Mi idea, sin embargo, era trasladarme a Saidan, el barrio pesquero de Nahum, lo antes posible. Necesitaba permanecer cerca del Galileo. Era la única forma de intentar obtener nuevas muestras biológicas.

El 5 de marzo, miércoles, temprano, Kesil y yo acudimos a Saidan. Los ánimos, en efecto, aparecían más calmados. Nadie había olvidado la curación masiva, pero la gente se hallaba centrada en sus obligaciones. Y buscamos un lugar en el que vivir. No me interesaba el caserón de los Zebedeo. Demasiada gente… Felipe fue de gran ayuda. Aconsejó el alquiler de una casita, muy próxima a la suya y a la de Pedro. Nada del otro mundo. Una habitación con dos niveles; la típica casa judía. En el superior, Kesil instaló la cocina y la

paja sobre la que dormiríamos. En el inferior acomodamos a los jumentos. *Ah* y *Sab* eran como de la familia… Quince denarios al mes. El alquiler me pareció un poco caro, pero acepté. La proximidad de los citados discípulos podía resultar interesante.

Jesús dedicó aquellos días a pasear en solitario por las colinas cercanas. *Zal* lo acompañaba casi siempre. Supuse que se dedicaba a conversar con el Padre Azul. Yo fui testigo de aquellas «conversaciones» durante la estancia en el monte Hermón. Sinceramente, no lo entendía. Mejor dicho, no era capaz de asimilar que una mente humana pudiera entrar en contacto con un Dios (suponiendo que Dios exista). En otras palabras: no era fácil quedarse a solas con Él. Y tuve que retrasar el uso de los «extractores»… Opté, entonces, por lo prioritario. Debía trasladarme al mar Muerto y depositar el paño —con la sangre de Jesús— en un lugar seguro, en la «cuna».

El lunes, 10 de marzo, Kesil lo dispuso todo y esa misma tarde viajamos hacia el sur, siguiendo la orilla oriental del *yam*. Todo fue bien. Los onagros respondieron a la perfección (sin banderas). Y el 12, miércoles, alcanzamos la aldea de Mazra'a, a escasa distancia de la playa del Hombre Rojo. No necesité ninguna excusa. Le dije al criado que esperase un par de días; quizá menos. Volvería y regresaríamos a Saidan. Kesil se limitó a decir que sí y arrimó el *reda* a la orilla del lago salado. Y caminé hacia la nave.



Plano de Saidan, el barrio pesquero de Nahum, según la información de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Me detuve en varias ocasiones y comprobé que el siervo no me seguía. Desactivé el cinturón gravitatorio y penetré en la «cuna». El sistema «NCS» fue de gran utilidad para ubicar la nave. Todo se hallaba en orden (de primera clase). A qué negarlo: el ordenador central fue el único que no falló en aquella maldita operación… Procedí a un minucioso raspado de la sangre seca y «Santa Claus» se ocupó del resto. La criogenización fue establecida en 190 grados Celsius bajo cero. Ello permitiría la conservación de la muestra por tiempo indefinido. Descansé un día, me ocupé de los diarios, y el 15 de marzo, sábado, busqué a Kesil e iniciamos el retorno al *yam*. Llegamos a Saidan dos jornadas más tarde sin novedades dignas de mención.

Perpetua y Zaku

Jesús continuaba con su rutina habitual. Al alba abandonaba el caserón de los Zebedeo y se perdía en las colinas próximas. Estuve a punto de seguirle un par de veces, pero la presencia del perro me contuvo. Juan Zebedeo y Pedro desobedecieron las instrucciones del Maestro y, por la tarde, después del trabajo, se reunían con el pueblo en la playa de Saidan y predicaban la buena nueva. Hablaban del reino invisible, del Padre Azul y, sobre todo, del Mesías «rompedor de dientes». «Roma —decían— tiene los días contados». Tuvieron escaso éxito. La gente solicitaba ver al Maestro y demandaba prodigios como el de Caná o el de la curación masiva. Aburrido, y algo inquieto ante el retraso en la obtención de las necesarias muestras biológicas, me refugié en la observación del *yam* y redondeé los estudios sobre vientos, algas y aves, iniciados anteriormente.

En esos días soplaba el *maarabit*, uno de los vientos más comunes en el mar de Tiberíades. Lo hacía en los meses de marzo y abril (periodo al que los judíos llamaban *nisán*) y en septiembre y octubre (tišri). Era un viento generalmente pacífico. Arrancaba en el Mediterráneo y desembocaba en el *yam* —en la zona de Arbel y Migdal— hacia la hora sexta (mediodía). Pero, en ocasiones, el *maarabit* llegaba violento y superaba los 70 kilómetros a la hora. La tempestad, entonces, era segura. En los meses de septiembre y octubre se retrasaba. Y los pescadores lo veían llegar a partir de la nona (tres de la tarde). Pero los vientos verdaderamente criminales eran los *qibelas*. Aparecían entre junio y enero. Procedían del sur. Entraban por Tariquea y soplaban durante días, a razón de 100 kilómetros por hora, o más. El lago se cubría de espuma y de polvo del desierto. Nadie salía a pescar. La temperatura y la presión barométrica ascendían, situándose cerca de los 35 grados Celsius y por encima de los 1015 milibares. Como decía el mayor, «los hombres se cargaban de venganzas». Por último, estudié los vientos que llamaban *sharqiya*. Eran imprevisibles. Saltaban al *yam* desde los acantilados orientales. No eran tan destructores como el *qibela*.

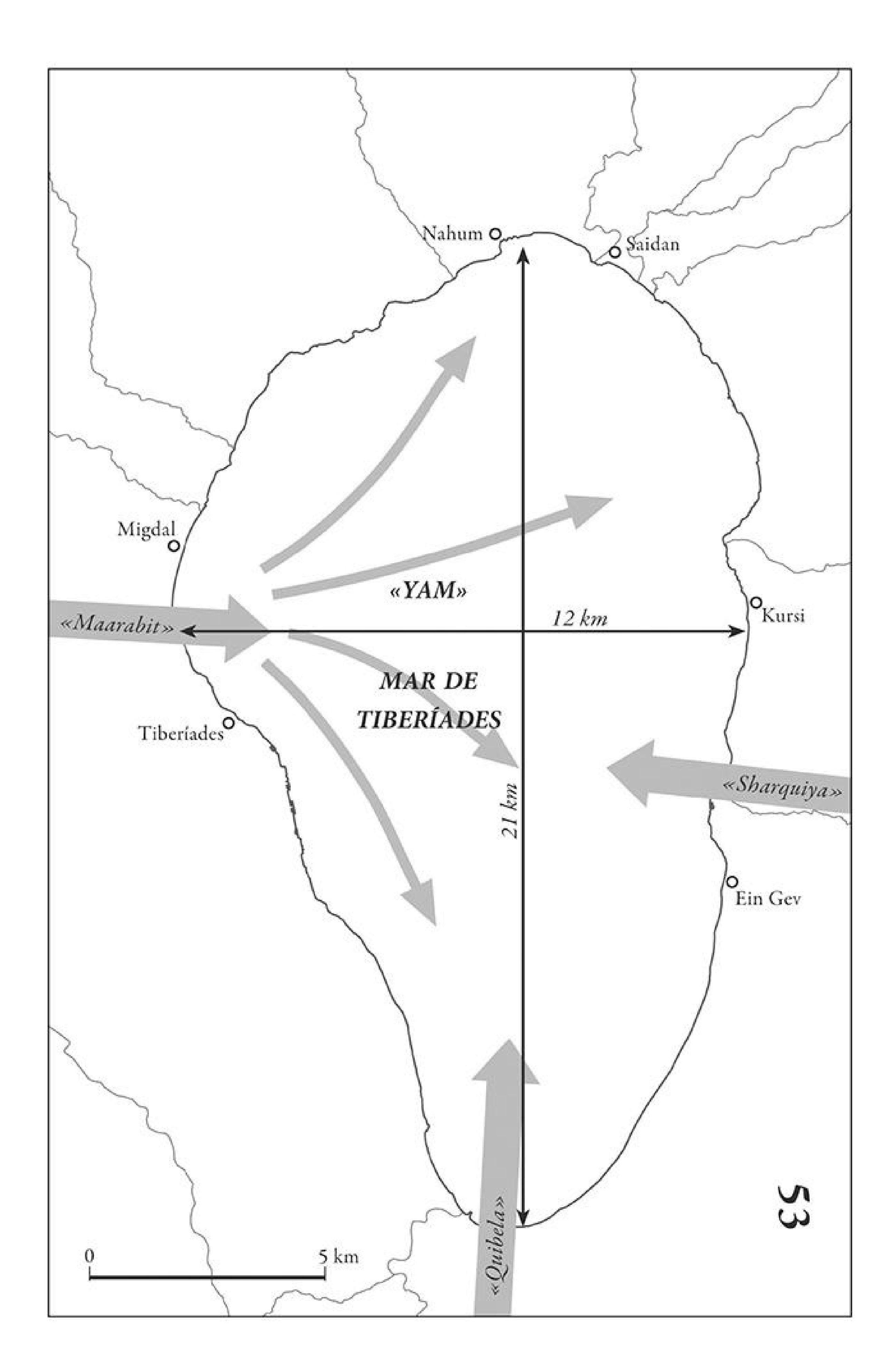
Las algas fueron otra de mis pasiones. En esos días —marzo del año 28—, el mar de Tiberíades se hallaba conquistado por la *Peridinium westii*, un ejemplar esférico protozoario (grupo pirrófitas) que se multiplicaba con

enorme rapidez. Entre febrero y abril podía alcanzar las 3300 unidades por centímetro cúbico. Su principal alimento eran el fósforo y el nitrógeno. Se movían a gran velocidad, ocasionando atascos en las embarcaciones y, sobre todo, en las redes de pesca. Llegué a calcular una biomasa de 20 000 toneladas. Al amanecer subían a la superficie y ocupaban una lámina de cuatro metros de espesor. El lago, entonces, se perfumaba con un típico olor a marisco.

Los vientos, el calor y las algas atraían a miles de aves, la mayoría procedente del lago Hule, al norte. Y el *yam* cambiaba de color: del azul y plata pasaba al rojo y al violeta. Allí permanecían hasta finales de octubre. El pelícano y la garza púrpura eran las especies dominantes. Para los pescadores, los pelícanos eran un dolor de cabeza. Consumían hasta cinco kilos de pescado por día. Los perseguían con palos, piedras, fuego y veneno. Pero eran miles. No podían con ellos. Las cigüeñas blancas eran otra cosa. Aterrizaban también a miles y, en cuestión de días, limpiaban las orillas de toda suerte de serpientes, lagartos e insectos. Era una bendición de Yavé, según los habitantes del lago. Las cigüeñas, en especial la *Ciconia ciconia*, volaban en formación —en «V»—, causando admiración entre los pescadores. Al pasar las saludaban. Y al final del verano llegaban las inevitables gaviotas, procedentes del norte. Eran feas y carroñeras. Sumé más de diez mil en el invierno del año 28. Las clasifiqué en plateadas, negras, pequeñas, y las originarias de los lagos. Lo ensuciaban todo. Eran odiosas. También dediqué largas horas a la observación de los escandalosos patos, muchos de ellos vestidos de camuflaje.

De vez en cuando visitaba las casas de Pedro y de Felipe, muy próximas a la nuestra, como ya indiqué. Pedro tenía tres hijos. Se llamaban Fenicia, de ocho años, Tebar (Frágil), de seis, porque siempre estaba enferma, y Telat, de meses, porque fue el tercero. Perpetua, la esposa, era una galilea de fuerte carácter, de mirada inquisidora y enormes caderas. No estaba muy de acuerdo con la «loca aventura de seguir al Maestro». Amata, la suegra, era una «anciana» de cuarenta y cinco años. Trabajaba y miraba. Ésa era toda su vida. Felipe, el intendente, estaba casado con Zaku, otra judía de armas tomar… En realidad, el discípulo vivía con sus alambiques y aceites esenciales. Pasaba más tiempo en el *ma’badâ*, su laboratorio, que en la casa. No tenían hijos, pero sí seis hermanos, de Felipe, todos solteros. Allí, en el laboratorio, pasé muchas horas.

Pero la paz duró poco…


Nahum
Saidan
Migdal
«YAM»
«Maarabit»
12 km
Kursi
MAR DE
TIBERÍADES
Tiberíades
«Sharquiya»
21 km
Ein Gev
53
0
5 km
«Quibela»

Vientos dominantes en el yam o mar de Tiberíades en la época de Jesús, según los estudios de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Ruth

Fue una extraña sensación… Llegó el jueves, 20 de marzo (año 28 de nuestra era). Me hallaba con Felipe, experimentando con uno de sus aceites esenciales. De pronto —no sé cómo ni por qué— empecé a pensar en Ruth, la hermana pequeña del Maestro; la que fue mi enamorada… La eché de menos. Y me dije: «No es mala idea… Puedo ir a verla, ensayar los “extractores”…, y algo más». Disponía de tiempo. El nuevo viaje —a Jerusalén— fue programado por Jesús para finales de ese mes de marzo.

Dicho y hecho. Al amanecer del 21, viernes, emprendimos el viaje hacia Nazaret. Kesil se mostró encantado. Nuevas aventuras… Cubrimos los 35 kilómetros sin tropiezos y en cinco cómodas horas. A la sexta (mediodía) divisamos «la blanca flor entre colinas». Todo era verdor. Todo era silencio. Y allí, recostadas en la ladera oriental del Nebi, distinguimos la treintena de casas blancas y cansadas que formaban la aldeíta de Nazaret. Los bosques, olivares y prometedores viñedos se extendían en todas direcciones. Kesil arrimó el carro cubierto a la fuente del pueblo y yo salté a tierra, decidido a reencontrarme con María, la de las palomas, y con su familia.

Debo aclararlo ahora: nunca estuve enamorado de Ruth. Me serví de ella. En realidad, jamás he sentido el amor, ni me interesa. Las órdenes eran lo importante. Y cumplí.

María me recibió con cierta alegría; no mucha. El resto me ignoró, y yo a ellos. Mi objetivo era Ruth.

La pelirroja, que en esos días acababa de cumplir veinte años, seguía igual, o peor. Era casi un vegetal. La oclusión arterial había desembocado en un infarto cerebral y todo se precipitó: estaba casi ciega, paralizada del lado derecho y envejecida. No podía hablar. Emitía sonidos confusos, babeaba constantemente y necesitaba ayuda para todo. No controlaba los esfínteres y se volvió agresiva. Los ojos verdes —anteriormente bellísimos— aparecían ahora casi cerrados. El olor a orina era sofocante. Creo que no supo quién era cuando acaricié sus manos. ¿O sí? Era una ruina física y mental. Los tobillos parecían columnas. Eran azules. Y lo mismo sucedía con los brazos, igualmente inflamados. Suspiraba a cada rato, y lo hacía con desesperación. ¿Sabía que se moría? Durante el día permanecía en el nivel inferior de la casa,

recostada en las ánforas. María lloró en mi hombro, como tantas veces. No comprendía por qué su Hijo no sanaba a Ruth. Lo hizo con más de seiscientas personas en Saidan… La mujer me interrogó al respecto, pero no supe responder. Yo tampoco entendía gran cosa. Le hablé de la última gira por la Galilea, y de lo cerca que estuvimos de Nazaret. Sabía lo del leproso, en Irón, y volvieron las lágrimas.

—No comprendo… —repetía y repetía—. No comprendo…

El sábado, 22 de marzo (año 28), mientras la familia acudía a los servicios, en la sinagoga, me quedé al cuidado de Ruth. Estábamos solos. Fue la oportunidad que buscaba…

Dispuse los «extractores». El dispositivo —cuyos datos técnicos no estoy autorizado a desvelar— consistía en cuatro anillos huecos, de cobre, aparentemente normales, ajustados al calibre de los dedos de la mano derecha. El pulgar no era operativo. Bastaba con situarlos en contacto con la piel, y activarlos, para que los nanoimanes alojados en el interior procedieran a la succión de la sangre de la red de capilares. Podían ser utilizados uno a uno o en su conjunto. Decidí operar con los cuatro a la vez. Apliqué los «extractores» a la cara interna del codo izquierdo de la muchacha y activé los nanoimanes. Las túnicas externas de los capilares se abrieron y un flujo de cinco mililitros de sangre fue a parar al interior de los depósitos. El daño fue mínimo. Con ese volumen de sangre era más que suficiente para la extracción del ADN. En este caso, la presencia de leucocitos y plaquetas (trombocitos) era esencial. Ruth no reaccionó. La operación pudo durar cinco segundos. Misión cumplida.

Pero, no sé por qué, caí en la tentación…

Miré hacia la puerta. Seguíamos solos. Levanté la túnica de la joven y contemplé su cuerpo desnudo. No era ni la sombra de lo que fue. Los pechos, desmayados, eran pellejos. Sólo se veían costillas. ¡Había sido tan hermosa! Acaricié los pezones y ella emitió un profundo suspiro, pero continuó recostada en una de las ánforas. Fue entonces cuando reparé en el lienzo que cubría el pubis. Aparecía ensangrentado. Y pensé: ¡óvulos! ¡Era lo que Curtiss había solicitado! Ruth tenía la menstruación… No lo dudé. Solté los nudos que sujetaban el paño a la cintura y lo guardé. ¡Lo había conseguido! Después paseé la lámpara de aceite sobre el vello del sexo. Seguía siendo bellamente pelirrojo. Y recordé los hermosos días pasados a su lado. Ruth parecía dormida. Y caí de nuevo en la tentación. «Como en los viejos tiempos», me dije. Deslicé los dedos sobre el clítoris y en el interior de la vagina y la acaricié con suavidad. Me llené de sangre, pero no importó. Y

continué masturbándola. Lo hice a conciencia, sin miedo a ser sorprendido. Ella lo percibió y se estremeció una y otra vez. Sé que le proporcioné placer. Continué durante cinco intensos minutos. Ella gemía y, de pronto, lanzó un grito. Fue un largo orgasmo… Me sentí bien.

Abandonamos Nazaret ese mismo sábado. Kesil no hizo preguntas. El viaje de vuelta fue corto y silencioso. Objetivo logrado…, por partida doble. ¡Pardiez! ¡Qué estúpido!… Aquellos óvulos estaban muertos.

Una «espada» en el cielo

El 24 de marzo, lunes, entramos en Saidan. Había novedades. Poco antes —el viernes, 21—, Jesús se trasladó a Tiberíades en la única compañía de los Zebedeo. Objetivo: reunirse con los seguidores del Maestro en la referida ciudad ribereña. Felipe me puso al corriente. Celebraron dos reuniones. En ambas, el rabí habló del reino invisible y alado, del bondadoso Ab-bā y del espléndido futuro que nos aguarda tras la muerte. Entre los seguidores —y esto me pareció interesante— se encontraban los parientes de Chuza, uno de los funcionarios de Herodes Antipas, el hijo de Herodes el Grande. De hecho, las enseñanzas tuvieron lugar en la casa de Chuza y Juana, su esposa. Esta última —según Lucas (8, 1-4)— había sido curada por el Galileo. Felipe no sabía nada de dicha sanación. Tomé el asunto con precaución. Lucas, el evangelista, como se ha visto, y seguiremos viendo, no era de fiar. Chuza y Juana eran devotos del Hijo del Hombre. Compartían la filosofía del rabí sobre la inmortalidad del alma. Y fue Chuza, en su calidad de administrador, quien informó a Antipas sobre el reino invisible que predicaba Jesús. Chuza lo dejó claro: «ese reino no es político». Esto, al parecer, tranquilizó a Herodes…, hasta cierto punto. Pero Antipas era un sujeto vil y despreciable (como yo). No podía fiarme… Jesús lo llamó «chacal», y tenía toda la razón. Felipe hizo un comentario acertado:

—Aun así, aun conociendo la bajeza moral de Antipas, el contacto con Chuza puede ser útil…

Y el intendente habló también de otro asunto, menos positivo. Entre los consejeros y funcionarios al servicio de Antipas —contó una decena— había gente que odiaba al Maestro. Eran esbirros del Gran Sanedrín y de las castas sacerdotales. Eran realmente peligrosos. Y la intuición volvió a susurrar: «Peligro…». Estos sujetos estaban al tanto de los pasos del Galileo y de sus prodigios. Lo vi en la última gira de predicación por la Galilea. Algunos de los confidentes que lo acompañaban podían estar al servicio de estos funcionarios… Tenía que extremar las precauciones. En la segunda reunión con los creyentes de Tiberíades —celebrada el sábado, 22 de marzo—, sucedió algo asombroso. Lo contó Juan Zebedeo. A eso de la sexta (mediodía), se presentó en el cielo azul una gran luz. Tenía forma de espada,

según los testigos. Fue vista por miles de personas. Allí permaneció hasta el atardecer. Kesil y yo, de vuelta al *yam*, no la vimos por poco. La gente reaccionó de diferente forma. Unos se maravillaban y aseguraban que se trataba de un *merkabah* o carro volante, mencionados en las Sagradas Escrituras. En ellos volaban los ángeles de Yavé. Otros se lamentaban y cubrían las cabezas con ceniza, gritando que estaban ante una señal de los cielos. Algo terrible se aproximaba. Probablemente, ambas opiniones eran acertadas… Y recordé otras luces imposibles, observadas a lo largo de nuestras aventuras en la Palestina de Jesús. Una de ellas me impresionó vivamente. El mayor lo cuenta con detalle. Sucedió el 7 de abril del año 30 sobre la ciudad de Jerusalén, cuando el Maestro agonizaba en la cruz. Un objeto en forma de disco se interpuso entre el sol y la mencionada ciudad, provocando unas tinieblas parciales. La nave —de eso no tengo la menor duda— se hallaba tripulada y se movía en sincronicidad con la Tierra y el Sol. Calculé que medía 1757,9096 metros. Al estudiar la cifra (a la luz de la Kábala), quedé maravillado. Al reducir 1757,9096 a dos dígitos —44—, el resultado equivale a «sangre, tristeza en lo alto y silencio». En Kábala, «sangre», además, tiene el mismo valor numérico que «agua que habla». Sí, ese día hubo mucha sangre, mucha tristeza (en la tierra y en lo alto) y mucho silencio (demasiado). El número 44, reducido a un solo dígito —8—, simboliza «amor» y «quedar conmovido». Ése fue el balance de lo registrado en el Gólgota… Sí, la magia de la Kábala.

Mangus y Corax

El sábado, 29 de marzo (año 28), Jesús se retiró temprano a las colinas. Y hacia la nona (tres de la tarde) noté cierta agitación en la aldea. En esos momentos, Kesil limpiaba el *reda* y yo cepillaba a uno de los jumentos.

Vimos a Felipe. Salió de su casa y, a la carrera, sin mediar palabra, hizo señas para que le siguiera. Dejé al onagro y me fui tras el intendente. Kesil se quedó con la boca abierta, aunque ya estaba acostumbrado a estas agitaciones.

Al entrar en el caserón de los Zebedeo, los discípulos rodeaban a dos individuos. Uno era alto, gordísimo y con los ojos maquillados en rojo. El pelo corto chirriaba: lo llevaba teñido en un rubio casi platino. Vestía una túnica blanca, hasta los tobillos, y unas filacterias negras en la frente y en el brazo izquierdo. Aquellos pequeños estuches de cuero, que contenían trozos de pergamino con diferentes oraciones y frases de las Sagradas Escrituras, siempre me causaron risa. Era una ridiculez… Felipe me informó. Se trataba de Yehudá ben Jolí, el archisinagogo de Nahum. Presidía la sinagoga. Era prestamista, dueño de medio pueblo y miembro activo de la hermandad de los fariseos. Al otro lo llamaban Repas («pisotear») porque era capaz de vender a su madre por dinero. Su verdadero nombre era Tarfón. Rondaría los sesenta años. Era funcionario de la sinagoga, verdugo, responsable de la limpieza y confidente de Jolí. En suma: dos individuos poco recomendables…

Jolí se dirigía al jefe de los íntimos. Andrés y el resto escuchaban con atención.

—Mangus, uno de los centuriones de la fortaleza romana en Nahum —explicó el archisinagogo—, me ha visitado y ha rogado que me ponga en contacto con vuestro rabí…

Salomé y las hijas se empujaban unas a otras, tratando de oír.

—… Tiene un ayudante enfermo —prosiguió Jolí—, muy enfermo… Quiere (necesita) que Jesús lo cure.

Andrés preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—Fiebres malignas —repuso Tarfón.

Imaginé que podría tratarse de malaria. Felipe me lo confirmó al día siguiente…

—¿Por qué el centurión no ha acudido directamente al Maestro? —se interesó Juan Zebedeo—. Mangus sabe dónde vivimos…

Jolí se encogió de hombros. No sabía o no quiso responder. Pero Tarfón sí lo hizo:

—Pensó que éramos amigos del carpintero…

Y rió la estúpida gracia. Todos lo miraron con desprecio. Obviamente, los responsables de la sinagoga de Nahum no eran amigos del rabí, y pronto lo demostrarían…

Tuvieron que esperar. Como dije, el Galileo no se encontraba en el caserón. Y Salomé, la dueña de la casa, y las hijas se desvivieron por atender a los «ilustres» visitantes. Jolí y Tarfón fueron a sentarse en la «tercera casa». Allí tomaron vino caliente y pastelitos de olivas negras (deliciosos).

Una hora después —hacia la décima (cuatro de la tarde)— se presentó el Maestro. Presentaba el rostro lleno de luz. ¿Cómo lo hacía? ¿Qué era lo que ocurría en esos retiros, en las colinas? Tenía que averiguarlo…

Jesús recibió a los responsables de la sinagoga con una gran sonrisa. Se besaron en las mejillas y volvieron a sentarse. Jolí terminó con los pastelitos y con el vino. Y repitió el recado de Mangus, el centurión romano. El ayudante era un *optio*, una especie de sargento. Lo llamaban Corax.

—Maestro, por favor, acude a la fortaleza —suplicó el archisinagogo—. Mangus te necesita…

—¿Por qué? —preguntó el rabí.

—Su ayudante se muere —replicó Jolí—. El centurión ha financiado parte de la construcción de nuestra sinagoga. Le debemos mucho…

El Maestro no lo pensó. Y contestó con decisión:

—¡Vamos!…

Y nos encaminamos hacia Nahum.

Los discípulos se frotaban las manos. Y repetían, felices:

—¡Milagro a la vista…!

Por el camino se unieron otros curiosos. Al alcanzar la fortaleza romana —ubicada al norte de Nahum—, éramos treinta personas. «Demasiada gente», pensé. Podían faltar unos treinta minutos para el ocaso. Ese día, el sol dio el portazo a las 17 horas y 48 minutos.

Mateo y Lucas oyeron campanas

Lo que me dispongo a describir es importante para entender lo que sucedió ese sábado, 29 de marzo del año 28. En aquel tiempo, los soldados romanos destacados fuera de su patria tenían la costumbre de vivir en cuarteles o fortalezas a las que llamaban *castra praetoria*. De acuerdo con Polibio, estos «castros» eran la patria ausente, las trincheras, la casa, y el lugar donde conservaban sus ídolos (los penates). Salvo en caso de guerra, las legiones y sus cohortes residían en lugares concretos y fijos: *castra statiua* o *stationes*. Insisto: salvo en caso de guerra, los legionarios romanos vivían en cuarteles o campamentos. Estaba prohibido que se alojaran en casas particulares. Dicho esto, pasemos a los hechos. La guarnición romana de Nahum no se hallaba fuera de la ciudad. Las tropas tampoco se alojaban en las casas de los civiles (lo que llamaban *militare hospitium* y que el código de Justiniano calificaría más tarde de *metata*). Esta cohorte —del tipo *quingenaria* (entre quinientos y seiscientos hombres)— se encontraba concentrada en una sólida construcción, en la zona norte de la ciudad. Se trataba de un viejo palacio, acondicionado a las necesidades de los militares. Y, como digo, hacia allí nos dirigimos.

La fortaleza nos recibió negra y desconfiada. En el centro del muro frontal, de cinco metros de altura, habían practicado un portalón de hierro de doble hoja. Tres centinelas montaban guardia. Uno de ellos, al ver al apretado grupo, caminó hacia nosotros. Eran mercenarios; es decir, tropas auxiliares. Generalmente, sirios, egipcios, tracios o galos. Vestían el habitual traje de campaña: cota trenzada con mallas de hierro enfundada como si fuera una túnica corta (hasta la mitad del muslo). Esta coraza se hallaba en contacto directo con un jubón de cuero. Todo ello descansaba, a su vez, sobre una túnica roja de mangas cortas y por encima de las rodillas. Completaba el atuendo un cinturón de cuero —ancho— adornado con infinidad de cabezas de clavos. La temida espada —el *gladius hispanicus*—, de medio metro de longitud y doble filo, colgaba en el costado derecho, envainada en una funda de madera y bronce. En el costado opuesto aparecía la *semispatha*: un puñal igualmente temible. Apoyados en el muro descansaban los escudos rojos y rectangulares, así como las jabalinas o *pilum*, de dos metros de longitud. Los cascos, sin viseras, eran espectaculares. Cada centinela lucía en lo alto un

penacho de plumas rojas de un codo de altura (casi medio metro). La presencia de estas plumas obedecía a una razón de orden psicológico. El adorno proporcionaba al soldado una altura excepcional, que terminaba atemorizando al enemigo. Hay que recordar que la talla mínima para ingresar en la legión era de 1,72 metros. Se trataba, en efecto, de una *excubiae*, una guardia de día.

Jolí, el archisinagogo, explicó al centinela la razón de nuestra presencia frente a la fortaleza. Deseaba hablar con Mangus, el centurión. El soldado medio entendió y dedicó unos segundos a inspeccionar a los allí congregados. Después ordenó que esperásemos. Y se perdió en el interior del cuartel. Al poco reapareció en la puerta. Lo acompañaba un *optio*, una suerte de suboficial o sargento al servicio siempre de un centurión. Mandaban pequeños grupos de tropa y descargaban al centurión de labores administrativas, instrucción militar, nombramiento de guardias, etc. Eran elegidos por su valentía y honradez. Festo explica que los llamaban *optiones* porque eran elegidos por los centuriones (optare). Los había de infantería y de caballería.

El tipo lucía cinco medallas de oro en el pecho. Eran las *phalerae*, concedidas por la audacia y el valor en la batalla.

El centinela señaló a Jolí y el *optio* se aproximó al archisinagogo, interrogándolo sobre el motivo de aquella inusual concentración de gente frente a la guarnición. El tono no era cordial. Y el jefe de la sinagoga repitió la cantilena, visiblemente asqueado ante la presencia del suboficial. Jolí era un maldito y recalcitrante nacionalista. El *optio* no contestó. Y se limitó a pasear por delante del grupo, inspeccionándonos. Dos soldados lo escoltaban a corta distancia. Y, de pronto, uno de los mercenarios fue a descubrir la espada que ocultaba Juan Zebedeo bajo el manto. Caminó hasta el sargento y le susurró algo al oído. El *optio* regresó, se situó frente al Zebedeo y comprobó lo anunciado por el soldado. Otro mercenario fue a destapar los *gladius* que escondían el Iscariote y Simón, el Zelota.

Los centinelas prendieron varias antorchas y las anclaron en los muros, a uno y otro lado del portalón.

La presencia de las espadas no gustó al suboficial, pero no preguntó. El uso de armas no estaba prohibido en la Palestina de Jesús, pero, sin duda, puso en alerta a los romanos.

En esos momentos, al descubrir la espada que escondía el Zelota, el suboficial solicitó una tea. La paseó frente al rostro del discípulo y sonrió, cínico. Después bramó:

—Tú eres Simón, al que llaman el Zelota… ¡Un maldito guerrillero!

Simón no dijo nada. Se limitó a bajar la mirada. El silencio nos aplastó. ¿Qué podía suceder?

El *optio* dio media vuelta y se dirigió al portalón. Cuando estaba a punto de entrar en la fortaleza, se volvió y, dirigiéndose al archisinagogo, gritó en un pésimo arameo:

—¡Consultaré…, yo! Tú esperar…

Y, ante el asombro general, la doble puerta de hierro fue cerrada. Oímos el chirriar de los cerrojos. «Mal asunto», me dije.

Así pasó más de media hora. Y empezó a oscurecer. El Maestro no hizo comentario alguno. Se hallaba impasible. Jolí, en cambio, escupía maldiciones contra los *kittim* (romanos). No conseguía entender… Mangus los había visitado en la sinagoga y solicitado la curación de su *optio* o ayudante. ¿A qué venía tanta desconfianza?

Finalmente se abrió la puerta y apareció el suboficial. Traía una tablilla encerada en las manos. Cinco soldados tomaron posiciones en el portalón y otros cinco rodearon al *optio*. Aquello era muy raro…

El sargento se situó frente a Jolí y procedió a leer el contenido de la tablilla:

—Señor, no te molestes en entrar…

El *optio* comprendió que no estaba leyendo el mensaje a la persona indicada por Mangus y detuvo la lectura. Buscó con la mirada y terminó preguntando:

—¿Quién es Jesús…, carpintero?

El Maestro respondió y el *optio* caminó hasta Él.

Alzó de nuevo la tablilla y explicó:

—Esto dice Mangus, centurión…

Y leyó:

—Señor, no te molestes en entrar a la fortaleza, pues no soy digno… Sé que puedes decir una palabra y mi siervo sanará…

Silencio.

El *optio* miró a Jesús y esperó una respuesta.

—¿Cuál es palabra? —preguntó el suboficial.

¡Qué extraño! Lo que estaba viendo y oyendo no coincidía con lo leído en los textos evangélicos. Y empecé a comprender. Éramos treinta personas —algunas armadas— solicitando entrar en una guarnición romana, el ejército invasor. El ingreso en estos cuarteles, como dije, estaba rigurosamente prohibido a los civiles, especialmente durante la noche. Sólo era posible con una orden escrita. Para colmo, el *optio* había reconocido a Simón, un zelota

en activo, un terrorista. Lo vi claro. Mangus intentó evitar problemas. Y envió al *optio* con un mensaje.

Ante mi sorpresa, Jesús se volvió hacia los suyos y comentó con ironía:

—¡Cuánta fe la de este pagano!

Y, sin más, dio media vuelta y se alejó de la guarnición. Allí quedó el suboficial, con la tablilla en las manos y cara de idiota. Todos se dispersaron.

Yo permanecí unos minutos frente al portalón, ciertamente confuso. Lo leído en Mateo (8) y Lucas (7) era diferente. El primero dice textualmente: «Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó un centurión y le rogó diciendo: "Señor, mi criado yace en casa paralítico con terribles sufrimientos". Dícele Jesús: "Yo iré a curarle". Replicó el centurión: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: 'Vete', y va; y a otro: 'Ven', y viene; y a mi siervo: 'Haz esto', y lo hace". Al oír esto, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: "Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes". Y dijo Jesús al centurión: "Anda; que te suceda como has creído". Y en aquella hora sanó el criado».

Falsedad tras falsedad. Mi conclusión es que Mateo —que estaba presente— no pudo escribir este cúmulo de despropósitos. Fue otro —¿Isador, su discípulo?— quien metió la mano y la pezuña… El centurión no se entrevistó con Jesús; en realidad, nunca hablaron. Fueron Jolí y Tarfón los que le recibieron en la sinagoga. El incauto Lucas asegura que caminaron hasta la casa del oficial romano. Igualmente falso, y tampoco lo seguía una muchedumbre. El *optio* me dio la espalda y caminó hacia el portalón. Fue en esos instantes cuando nos sorprendió aquel relámpago azul, idéntico al que había presenciado en Irón. Tampoco hubo trueno. Duración: alrededor de ocho segundos (una barbaridad). Podían ser las 18 horas (primera vigilia de la noche). El suboficial, los centinelas y yo miramos al cielo. ¡Qué extraño! No había nubes. Las primeras estrellas llegaban blancas y con prisas. Tomaron posiciones y miraron, atónitas. ¿Qué estaba pasando? No esperé. Yo sabía qué sucedía… Y salí a la carrera hacia Saidan.

Al día siguiente circularon dos noticias por el lago. Kesil acudió a Nahum y las confirmó. La primera hablaba de la curación del ayudante del centurión.

Las fiebres malignas habían desaparecido. Felipe mostró sus dudas. ¿Volvía a repetirse el caso de la malaria?

El segundo rumor fue más interesante: Mangus, el centurión, de la clase *prior*, había recuperado súbitamente el habla. Al parecer, según contaba Jasón en sus diarios, este veterano soldado padecía un mal incurable —¿cáncer de garganta?— que le impedía hablar con normalidad. Su voz era cavernosa y arrastrada. En suma: no fue una, sino dos, las sanaciones registradas esa tarde noche del sábado, 29 de marzo (año 28), en la ciudad de Nahum. La presencia del relámpago azul fue determinante.

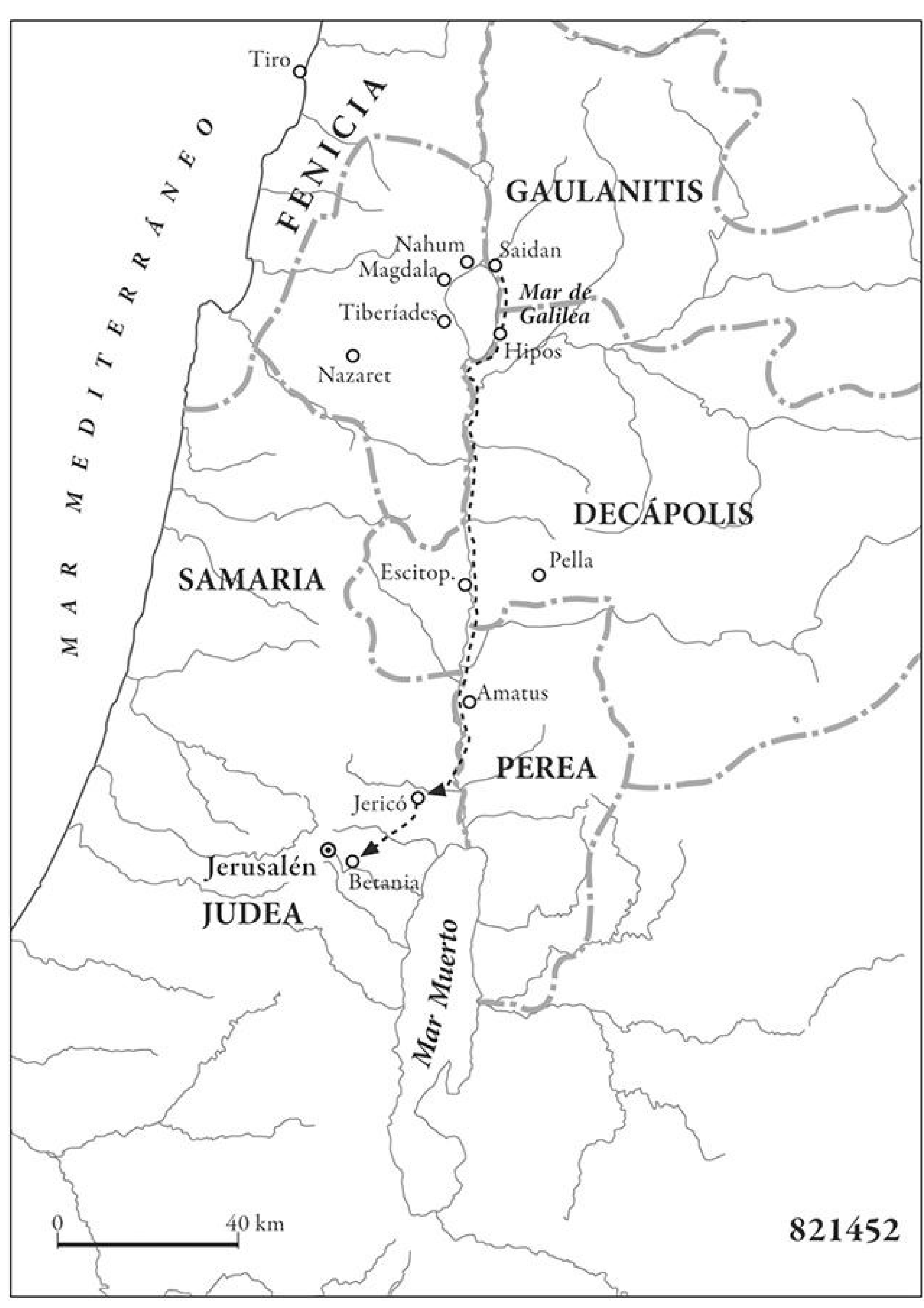
Amidá

Al día siguiente, domingo, 30 de marzo del año 28, partimos hacia Jerusalén. Jesús deseaba celebrar la fiesta de la Pascua en la llamada «ciudad santa».

Pregunté, pero nadie conocía la duración de aquel viaje.

Abandonamos Saidan al amanecer (5 horas y 27 minutos). Jesús se colocó en cabeza, con *Zal*; después los íntimos y, finalmente, Felipe, con un carro cubierto bien surtido. La *Chipriota*, recién pintada, fue amarrada al *reda*. Bartolomé hizo el viaje en nuestro carro. Había hecho amistad con Kesil y al siervo le divertían sus historias. Empezaba a estar preocupado. Necesitaba más muestras biológicas; en especial del Galileo. Pero ¿cómo conseguirlas? No veía el momento…

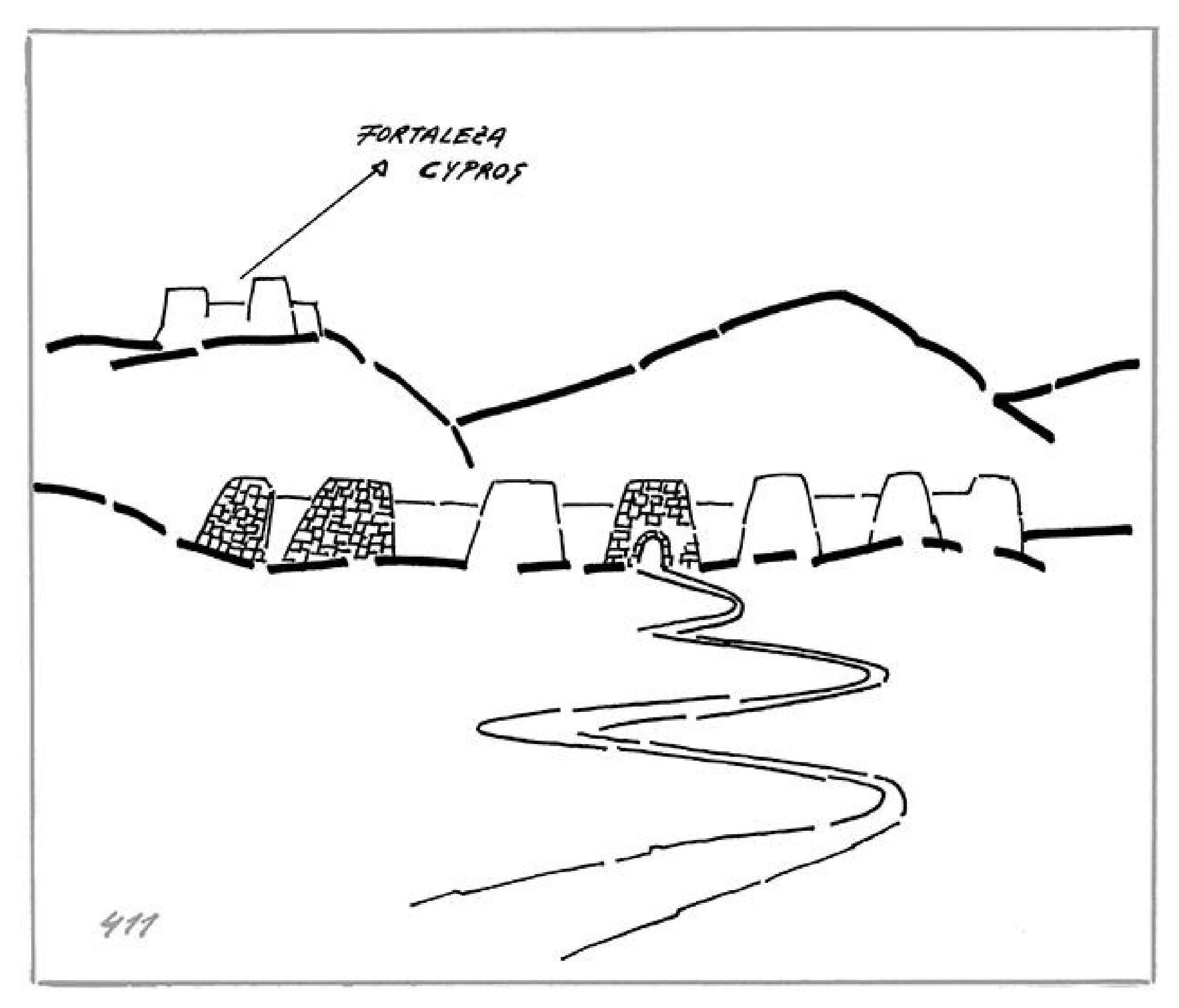
Descendimos sin prisas por la margen izquierda del río Jordán. El tiempo era apacible, con nubes altas y deshilachadas, poco comprometedoras. En total: 48 kilómetros. Todo fue bien —sin banderas— hasta que alcanzamos la milenaria ciudad de Jericó. Era el 31 de marzo (año 28).



Recorrido desde Saidan a Betania, pasando por Jericó. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Acampamos junto a las murallas. Unos sillares casi amarillos, enormes, de veinte y treinta toneladas, nos protegieron. Eran murallas poderosas, de cincuenta pies de altura y casi veinte metros de espesor. Al anochecer cerraban las puertas. La ciudad se acurrucaba en el interior, formando un óvalo de casi diez estadios (1850 metros). Alrededor de Jericó todo eran plantaciones de bálsamo y palmeras. Miles de palmeras. Y, más allá, el desierto, rojo y sediento. Fuera de las murallas se alzaba uno de los palacios de invierno de Antipas. Y en uno de los picachos próximos, la torre fortaleza de Cypros, en honor a la madre de Herodes el Grande. Los *felah* entraban y salían sin cesar de la ciudad y, como era de esperar, preguntaban quiénes éramos. Y la noticia se filtró: éramos el séquito de Jesús, el carpintero y constructor de barcos de Nahum, el «hacedor de maravillas», el que convirtió el agua en vino en Caná, el sanador, el Mesías prometido… Y empezó a llegar gente. Al atardecer sumé más de mil. Pero, de momento, nos dejaron en paz. Andrés se reunió con el Maestro y mostró su inquietud. ¿Qué debían hacer? ¿Huíamos de nuevo? ¿Escapábamos hacia Jerusalén amparados en la oscuridad? El Galileo solicitó calma. Por la mañana hablaría a la multitud. Y así terminó la jornada. Yo activé la conexión con la «cuna» y di y recibí novedades.

Esa noche, Sitio y Aru, el negro tatuado, se despidieron del Hijo del Hombre y de los íntimos. Habían tomado la decisión de viajar a Egipto. «Ahora —dijeron— la esperanza va con nosotros…». A la mañana siguiente los vi alejarse hacia el sur.



Jericó, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Tal y como prometió, a primera hora del 1 de abril (año 28), Jesús tomó su naranja y dirigió unas palabras a la muchedumbre. Andrés, el jefe de los doce, fue muy claro:

—Rabí —le dijo—, esta gente sólo busca diversión y espectáculo. Desean que los cures, y poco más. No deberías perder el tiempo con ellos.

Pero el Maestro, solícito, aprovechó la ocasión para «refrescar la memoria de los dormidos», como los llamaba. Y anunció un mundo mejor —en los cielos, tras la muerte—, un Padre Azul benéfico y amoroso, que nada tenía que ver con el viejo y vengativo Yavé, y la realidad del alma, inmortal por naturaleza, regalo de ese Padre de los cielos. Permanecí un rato cerca del rabí y contemplé las caras de la muchedumbre. Casi todos eran *felah* (campesinos). Nadie parecía comprender las palabras de Jesús. Todos reclamaban un prodigio. Algunos apuntaban hacia el cielo y solicitaban pan. Otros se reían con descaro e interrumpían al Galileo con sus despropósitos y risotadas. Pero Jesús, impasible, hablaba y hablaba… Asqueado, regresé a la cocina de campaña con Felipe, los gemelos y la *Chipriota*. Allí encontré a

Judas Iscariote. Bebía leche caliente. No hablaba con nadie, según su costumbre.

Al rato vi aproximarse a Andrés. Yo me hallaba en plena limpieza de los cacharros. Lo acompañaban dos mujeres. Una era una anciana. La otra era más joven. No conocía a ninguna de las dos. Se detuvieron a corta distancia y Andrés señaló hacia nosotros. Después regresó con el Maestro y la multitud. Las mujeres alcanzaron la cocina y la anciana, al descubrir a Judas, abrió los brazos y corrió hacia él, al tiempo que gritaba:

—¡Hijo, hijo mío!…

Entonces recordé los diarios del mayor. Aquella mujer era idéntica a la descrita por Jasón. ¡Era Amidá, la madre del Iscariote! Podía rondar los setenta años. Tenía la mirada azul —dulcísima— y el rostro cubierto de pecas. La familia de Judas vivía en Jericó. Su padre, Simón, era un rico comerciante. Pero, cuando el Iscariote se unió al grupo de Yehohanan, la familia lo desheredó. Según Jasón, cuando Amidá contaba cuarenta años de edad, llegó a la ciudad un extraño caldeo, un adivino. Y vaticinó que Amidá daría a luz a un hijo «que moriría antes que su padre». Lo llamó «el hombre del cáliz». Judas nació a los nueve meses de la predicción, en el mes de *siván* (junio) del año menos 4. El padre consideró que no era hijo suyo y sí del maldito caldeo y despreció a Judas y a la madre. Fue, en definitiva, un niño rechazado por el padre y mimado por la madre. Creció en la más absoluta soledad. Era tímido y desconfiado. A los ocho años fue violado por una patrulla romana. De ahí su odio hacia los *kittim*.

Pero el Iscariote, al reconocer a su madre, le dio la espalda y continuó bebiendo en el tazón de barro.

La mujer, desolada, se detuvo, bajó los brazos y cayó de rodillas. Y empezó a gemir y a suplicar.

—¡Judas!… ¡Mi querido niño!…

La mujer joven corrió hacia Amidá y trató de consolarla.

Felipe se percató de la situación, tomó un poco de agua y se la ofreció a la madre de Judas. Amidá no pudo beber. Estaba rota. Y siguió suplicando y llorando.

El Iscariote terminó alzándose, dejó el cuenco en la mesa y se alejó, ignorando a la madre.

Y al pasar cerca de *Zal* —amarrado a una de las tiendas—, el perro gruñó, enseñándole los dientes. En esta ocasión, *Zal* tenía toda la razón…

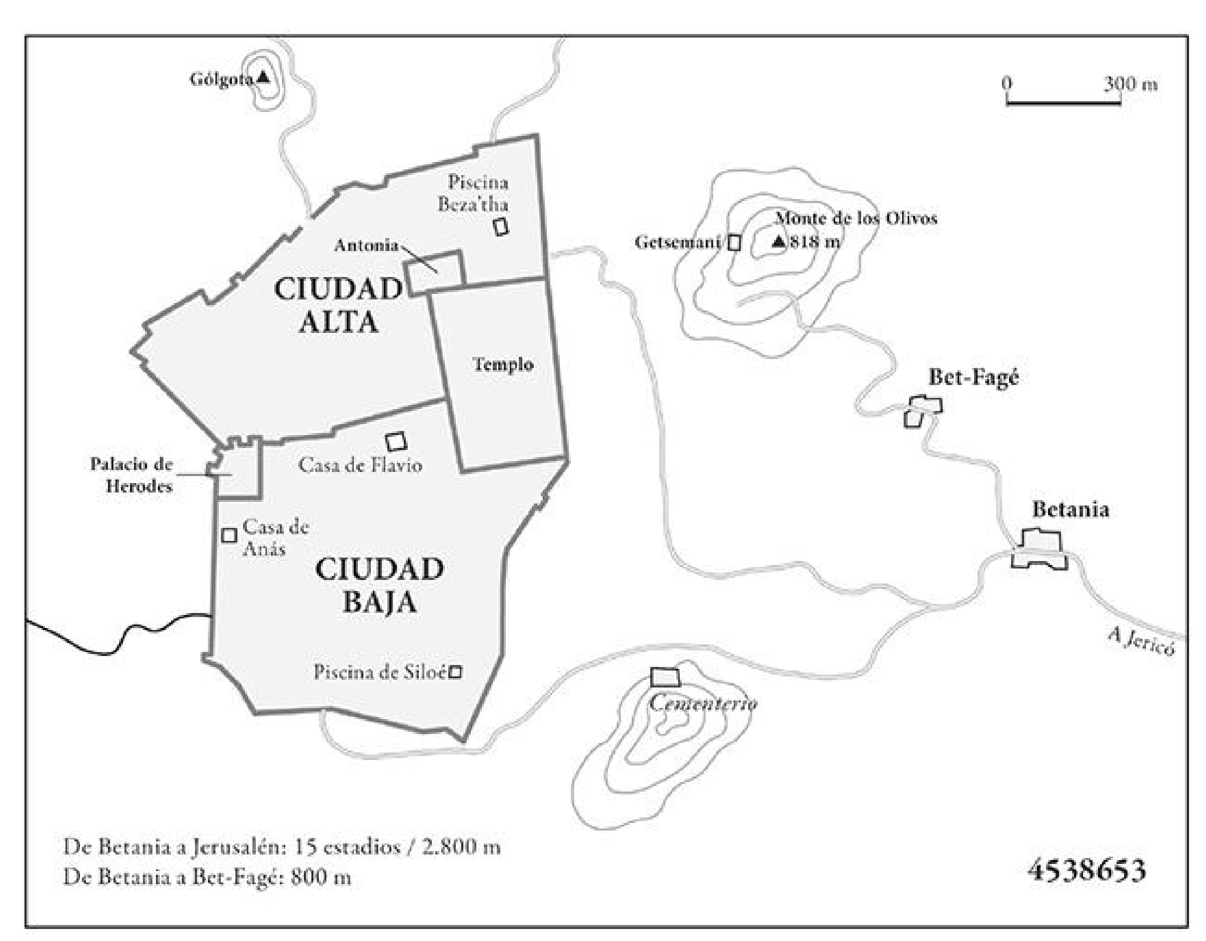
Judas, entonces, se revolvió y pateó a *Zal* en la cara. El pobre animal lloró de dolor. Y el Iscariote se perdió en su tienda.

Sí, Judas era un miserable…, como yo.

Getsemaní

Calculé que los relojes de la «cuna» podían marcar las cuatro de la tarde cuando alcanzamos la aldea de Betania. Era viernes, 2 de abril del año 28 de nuestra era.

Betania (no confundir con la Betania del Jordán) era una población de escasos mil habitantes. Las casas eran cuadradas, casi todas de dos plantas, con las fachadas de piedra azul. Las calles eran un permanente barrizal.



Ubicación de Betania y del huerto de Getsemaní, en la ladera occidental del monte de los Olivos, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Pero estoy olvidando algo importante…

Al partir de Jericó, la muchedumbre que se había instalado al pie de las murallas o que rodeaba el campamento del Maestro se movilizó como por arte de magia. Y siguió al grupo de Jesús a cierta distancia. Calculé unas dos mil

personas. Los discípulos discutían. Todo era confusión y suposiciones. El rabí, en cabeza, según su costumbre, no participó en las polémicas. Pedro, Juan Zebedeo, Simón el Zelota y el Iscariote eran defensores declarados de la multitud. «Eso representaba poder y prestigio» —decían—. El Maestro volvía a ser el que todos deseaban: el mago, el hacedor de maravillas, el príncipe que conduciría a los ejércitos a la victoria contra Roma… Andrés, Tomás, Mateo Leví y el Oso de Caná mostraban sus dudas. Las multitudes siempre eran fuente de problemas. Lo habían experimentado en Irón. Andrés solicitó templanza. Debían estar atentos y, sobre todo, proteger la integridad física del Galileo. Juan Zebedeo, eufórico, terminó cantando.

Lázaro y las hermanas —Marta y María— recibieron al grupo con sorpresa (no lo esperaban) y con entusiasmo. Eran amigos desde la infancia. Lázaro era un hombre joven (relativamente). Tenía cuarenta años. Me llamaron la atención su piel macilenta, las pronunciadas ojeras y la mirada triste y perdida. Parecía enfermo. Las hermanas eran hermosas y deseables. Marta —a la que llamaban la «señora»— se ocupaba de la dirección de la hacienda. Eran ricos. Su padre les había dejado extensos olivares y viñedos, así como la casa en la que vivían y otras propiedades en Jerusalén y en la vecina Bet Fagé, la aldea de los sacerdotes. Marta era mayor que su hermano, pero se conservaba muy bien. Tenía los pechos altos y la sonrisa dispuesta. Un hilo de oro sujetaba los dientes postizos. No era muy alta (alrededor de 1,60 metros); más o menos como Lázaro. El cabello era negro y largo, como su mirada. María era otra historia. Parecía una adolescente. Era coqueta, desenvuelta y curiosa. Le gustaba llevar el cabello suelto, aunque la hermana la reprendía. Las mujeres decentes —según la tradición judía— debían presentarse en público con el pelo recogido. Lo contrario era el símbolo de prostitución. En María todo era pequeño y delicado…

Entramos en la hacienda y el gentío, poco a poco, fue instalándose frente a la reja que servía de puerta principal. Andrés salía al jardín, observaba a las dos mil personas y regresaba al interior de la casa, visiblemente preocupado. No se equivocó. Al poco, algunos individuos —más impacientes que el resto— empezaron a reclamar la presencia de Jesús. Gritaban su nombre. Exigían que curase a los enfermos. Allí, a simple vista, había ciegos, paralíticos, cojos y qué sé yo… Los íntimos cuchicheaban. Algunos —como Juan Zebedeo— se frotaban las manos. Aquello funcionaba. Jesús era un líder. Jesús era el Mesías que todos necesitaban. Rompería los dientes de los *kittim*; los arrojaría al mar… Otros discípulos consultaron con Lázaro. En caso de necesidad, ¿por dónde huir? Lázaro trató de tranquilizarlos. Imposible. Los nervios se

desataron. Algunos seguidores —animándose unos a otros— intentaron saltar la reja. La servidumbre tuvo que utilizar palos y agua hirviendo. Los gritos de dolor se mezclaron con las maldiciones. Y la muchedumbre empezó a lanzar piedras contra la casa. Cerraron las puertas y montaron guardia en el jardín. Andrés consultó con Lázaro y con el rabí. Aquello tenía mala pinta. La historia volvía a repetirse, aunque ahora se hallaban frente a un grupo más violento. Decenas de hombres, mujeres y niños terminaron apretándose de nuevo al otro lado de la reja. Suplicaban, extendían los brazos, lloraban, exigían, amenazaban con incendiar la casa… Andrés, pálido, actuó con decisión. Y una vez oscurecido —siendo casi las 18 horas—, Jesús y los íntimos caminaron hasta el fondo de la finca. Allí, junto a una gran muela de molino que cerraba la tumba familiar, el Maestro y el resto se despidieron de Lázaro. Y huimos por una puerta lateral, amparados por la noche. Destino: la ladera oeste del monte de las Aceitunas, también conocido como monte de los Olivos. Según Felipe —mi informante—, el huerto al que fuimos a parar, llamado Getsemaní, era propiedad de un fariseo, seguidor del Maestro: Simón el leproso. Kesil, *Zal* y la *Chipriota* se quedaron en la hacienda de Lázaro.

Getsemaní era un olivar de menguadas dimensiones, todo él cercado por un murete de piedra de un metro de altura. Allí permanecimos tres semanas.

Felipe y los gemelos plantaron las tiendas de campaña y el resto encendió un fuego y siguió discutiendo. Jesús escuchó en silencio durante más de una hora. ¿Qué debían hacer? Cenaron y, finalmente, el Maestro fue claro y rotundo: «Nada de predicar en público, de momento». De vez en cuando bajábamos a la casa de Lázaro (siempre a escondidas y durante la noche) o paseábamos por la «ciudad santa».

Abner: el pequeño gran hombre

Durante aquellos días, el Galileo se mostró especialmente cauto. No deseaba problemas.

El gentío que se concentraba frente a la casa de Lázaro, en Betania, terminó dispersándose. Nadie sabía dónde se ocultaba el rabí de Galilea. Pero la paz duró poco…

El domingo, 4 de abril (año 28), recibimos una visita especial.

Abner, el que fuera segundo de Yehohanan, se presentó en el campamento de Getsemaní. Lo acompañaban los doce seguidores del Bautista con los que habíamos compartido la última gira por la Galilea.

Abner era samaritano, pequeño de estatura (apenas 1,50 metros), pero de talante aguerrido. Lo llamaban *ari*, el león, y también *adam-halaq* (hombre suerte), porque cambiaba todo lo que tocaba o miraba. Pura superstición. Era contratado para asuntos inverosímiles. Por ejemplo: permanecer en una vivienda hasta que desapareciera el mal de ojo. Por ejemplo: acariciar a un animal hasta que se volviera manso. Había vivido en Sebaste, en Samaría, pero, al conocer al Bautista, lo dejó todo y se unió al predicador. Eso fue en el mes de *adar* (marzo) del año 25. La muerte de Yehohanan fue un duro golpe para el pequeño gran hombre. Pero, al saber de los prodigios del Maestro, decidió llegar hasta Él e informarse. Su aspecto —como relató Jasón en sus diarios— era repulsivo. Padecía una grave periodontitis, con la pérdida de casi todos los dientes. Era un esqueleto andante, con las uñas siempre negras, largas y descuidadas. Los piojos se lo comían. Se pasaba el día rascándose la sucia y enredada cabellera. Para colmo, la voz parecía una flauta. Sin embargo, todo el mundo le quería. Era comprensivo, dulce y de extrema amabilidad.

Pues bien, tras los saludos de rigor, Abner y los suyos se sentaron en torno a la hoguera. Andrés y el resto los acompañaron. Sólo Felipe y los gemelos permanecieron al margen, ocupados en la cocina. El Maestro, inteligentemente, se ausentó de Getsemaní. No regresaría hasta la puesta de sol. No supimos a qué lugar se dirigió. Imaginamos que se perdió en las colinas que rodeaban Jerusalén, o quizá visitó la hacienda de Lázaro. Pedro se mostró nervioso. No le gustaba que el rabí permaneciera solo. Pero la orden

de Jesús fue clara: «Debo ocuparme de los asuntos de mi Padre». Punto final. Eso significaba que nadie debía escoltarle. Yo me senté cerca y escuché las conversaciones de los veintiuno. En realidad, más que conversaciones, disputas. Agrias disputas…

Los discípulos de Jesús y del difunto Yehohanan hablaron de muchos asuntos. Empezaron por temas poco trascendentes. ¿Debían bautizar? Los seguidores del Bautista lo defendían a ultranza. «Era clave», aseguraban. Era el reconocimiento del arrepentimiento previo. Para los íntimos del Galileo, el bautismo no era prioritario. Después pasaron al ayuno y a la necesaria penitencia. Jesús no era partidario de ninguno de los dos asuntos. Según sus palabras, «el ayuno no tenía nada que ver con el Padre Azul y mucho menos el castigo corporal». Pero los seguidores de Yehohanan no aceptaron la postura de los íntimos. Y los ánimos se fueron incendiando. Unos levantaban la voz y los otros gritaban por encima de los primeros. Se alzaron y se amenazaron. Los insultos menudearon. Juan Zebedeo arrojaba fuego por los ojos y maldecía sin piedad. Andrés y Abner tuvieron que intervenir más de una y más de dos veces. Pero la mediación tenía escaso éxito. Y al plantear el asunto capital —¿era Jesús el Mesías prometido?—, de las voces y los insultos se pasó, lamentablemente, al cuerpo a cuerpo. Fue vergonzoso. Abner y los suyos defendían que el verdadero Mesías había sido Yehohanan. Jesús era un intruso y un aprovechado. Juan Zebedeo la emprendió a patadas con los seguidores del Bautista y la pelea se generalizó. Rodaron por el suelo. Pedro se quemó en la hoguera y casi todos terminaron con heridas y moratones. Felipe y los gemelos intentaron separarlos, pero sólo recibieron bastonazos. ¡Qué desastre!

La alberca de los locos

Abner y los seguidores del Bautista abandonaron Getsemaní entre insultos y amenazas cruzados. Por supuesto, no regresaron al campamento. Lástima. Este explorador se lo pasaba mejor con los de Yehohanan. Al menos hablaban de mujeres… La ruptura parecía inevitable y, en cierto modo, previsible. El Hijo del Hombre defendía algo que no estaba al alcance de los seguidores del Bautista. Cuando el Maestro se presentó en Getsemaní, nadie quiso hablar de lo sucedido. Todos bajaron la cabeza y siguieron con las lentejas. Felipe se había esmerado. Pero Jesús escuchó el silencio, vio los moratones y supo lo ocurrido. No dijo nada. Cenó algo —muy poco— y se retiró a su tienda. Y volví a preguntarme: ¿cómo lo hace?, ¿cómo consigue penetrar en la mente de los demás?

El sábado, 10 de abril (año 28), Jesús acudió al Templo. Lo conocía. Lo había contemplado desde el aire. Pero, al pisar el atrio de los Gentiles, quedé impresionado. No procederé a su descripción. Ya lo hizo —exhaustivamente— el mayor. Sí diré que todo lo imaginado se queda corto. Los sillares superaban las veinte toneladas. Todo era plata y oro. Todo relucía, incluidas las losas del pavimento. Una balaustrada de mármol rodeaba el templo, propiamente dicho, separándolo de las zonas asignadas a los no judíos. En dos de las trece puertas de dicha balaustrada se leía una advertencia (en griego): «Ningún extranjero puede penetrar dentro de la cerca en torno al Santuario. Todo el que sea sorprendido violando esta orden será responsable de la pena de muerte que de ahí se seguirá».

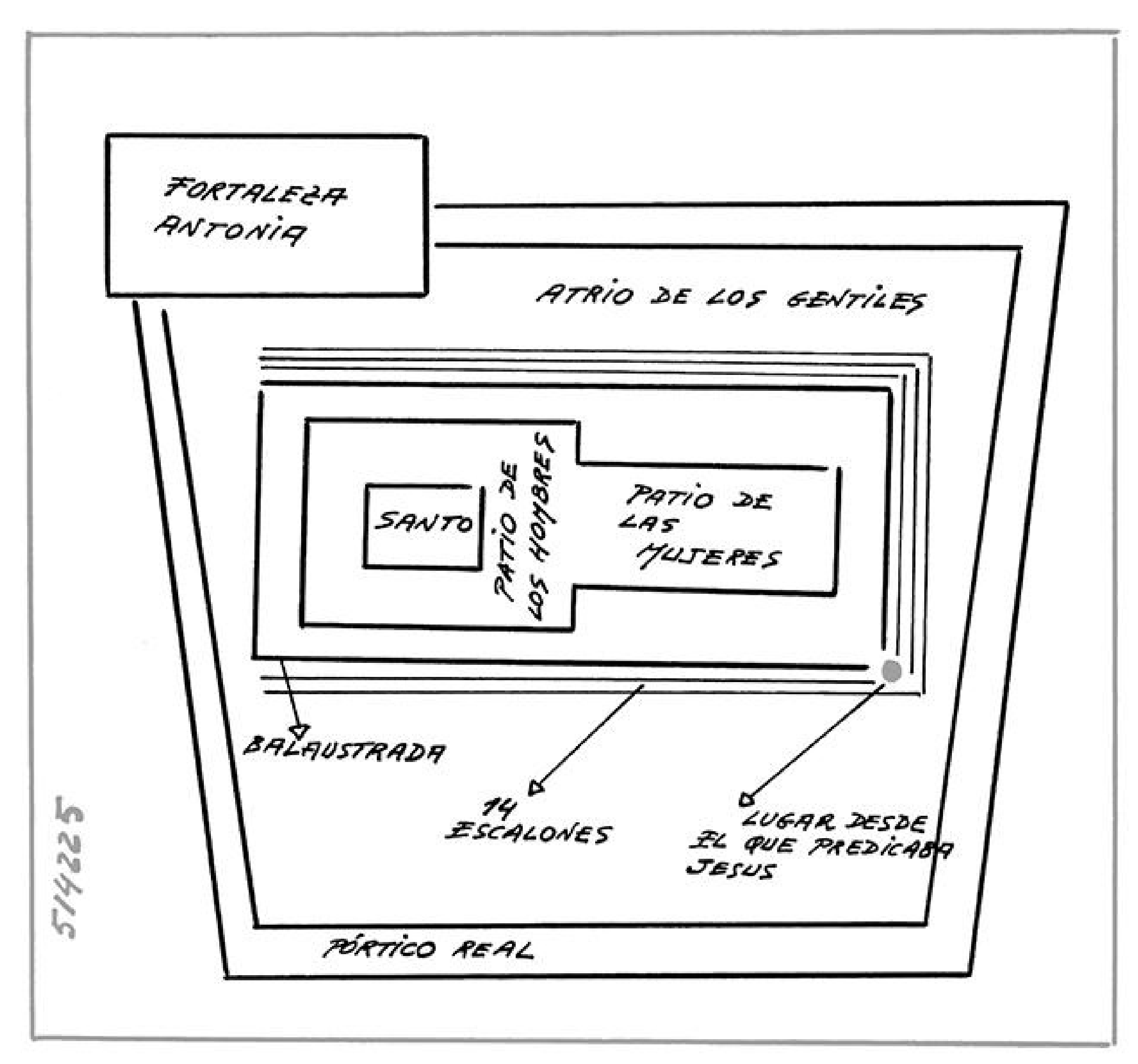
Fue un paseo tranquilo y delicioso. ¿Tranquilo? El atrio o gran patio que rodeaba el Santuario aparecía abarrotado. Según los rumores que corrían por la ciudad, la afluencia a la fiesta de la Pascua, en ese año, superaba los cien mil peregrinos. Es decir, la población de Jerusalén se triplicaba, como poco. Casi no se podía dar un paso. Andrés repetía, a voz en grito:

—¡No os separéis!

Junto al llamado Pórtico Real, al sur del recinto, se alineaban las mesas de los cambistas de moneda. Cientos de mesas y tenderetes. Y en la esquina, las *burritas* o prostitutas, todas con el pelo suelto y los pechos al aire. Tomás —incorregible— se fue hacia ellas. Pero el jefe de los íntimos se percató de la

«fuga» del discípulo y lo atrapó a tiempo, obligándole a regresar con el resto. Allí se vendía aceite, palomas, especias, hierbas amargas, mermelada y todo lo necesario para la tradicional cena de la Pascua. El griterío era ensordecedor. Unos reclamaban la atención hacia las mercancías y los otros hacían sonar las bolsas con monedas griegas, judías, sirias y egipcias. Normalmente, en el negocio de los cambistas, los sacerdotes llevaban comisión…

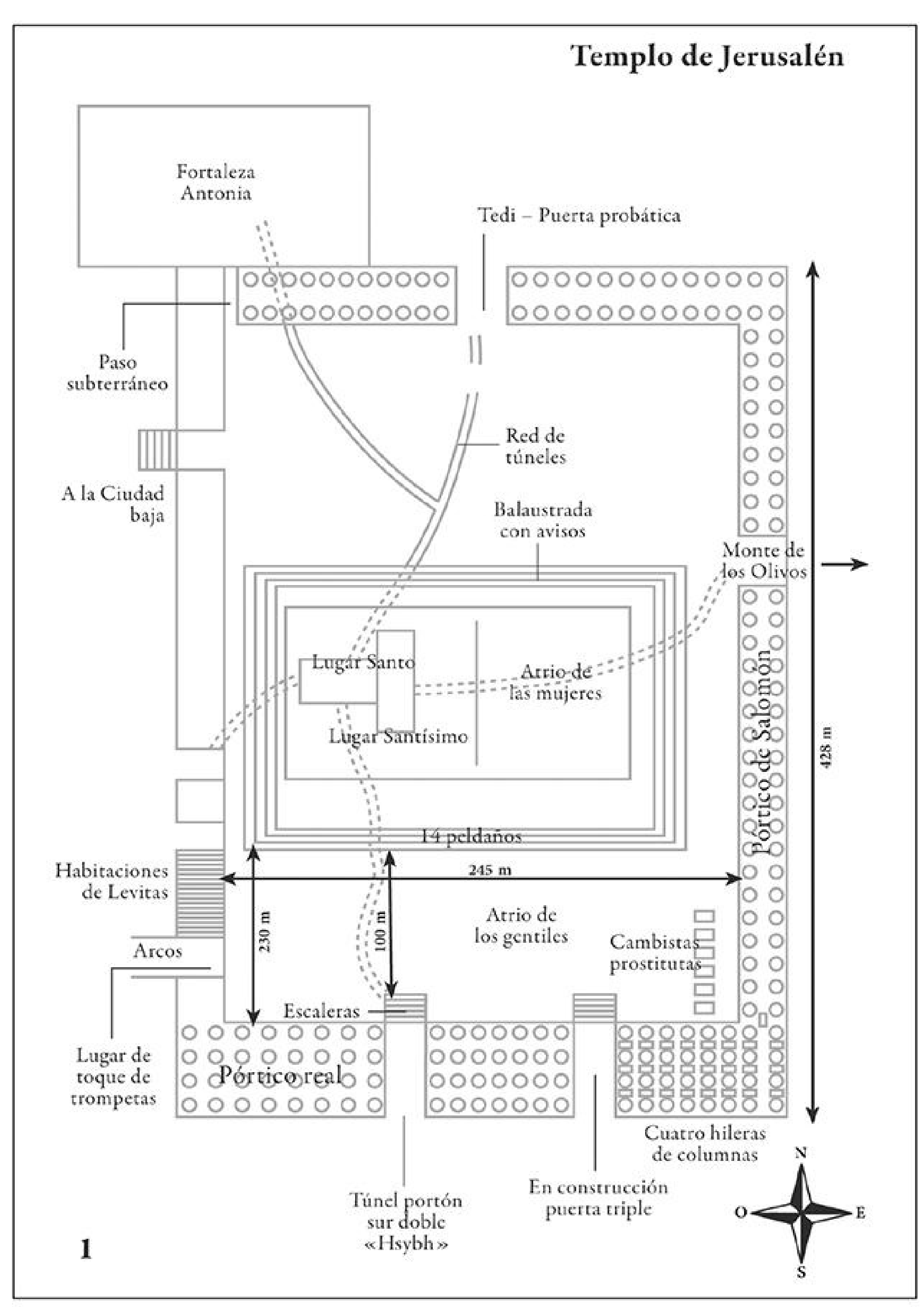
Y a eso de la quinta (once de la mañana), cuando caminábamos por la zona norte del atrio de los Gentiles, Juan Zebedeo tomó aparte al Maestro y le susurró algo al oído. Jesús dijo que sí con la cabeza y ambos se dirigieron hacia la llamada puerta Probática. Cuando habían caminado cuatro pasos, el Zebedeo se volvió e indicó a Andrés que esperasen. El grupo, cansado, eligió sentarse en las escalinatas que rodeaban el Santuario. Yo, intrigado, me fui tras el Hijo del Hombre y el no menos imprevisible Juanito. Al dejar atrás la Probática, descendimos hasta la cota 735. Allí, muy cerca, se levantaba un complejo de albercas al que llamaban Beza'tha. Se hallaba abierto a todo el mundo. Observé dos piscinas grandes y otras tres más pequeñas, rodeadas por cinco enormes pórticos de piedra y madera. Las aguas eran rojas —sulfurosas — y calientes (las toqué y calculé unos 29 grados Celsius). En el subsuelo existían varios manantiales de aguas termales. De vez en cuando (unas dos o tres veces al día), las aguas ascendían con fuerza, provocando remolinos burbujeantes. La llamaban «agua santa». La creencia popular aseguraba que un ángel bueno descendía sobre las albercas y las hacía burbujear. El que entraba en el agua en esos momentos lograba curarse. El problema es que nadie sabía cuándo bajaba el ángel y en qué piscina removía las aguas. Naturalmente, la supuesta «agua santa» era acarreada hasta el Templo y vendida a buen precio. Otro negocio de la casta sacerdotal… La gente se la llevaba a casa y la daba a beber a los enfermos.



Esquema del Templo de Jerusalén, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Las piscinas aparecían repletas de hombres; sólo hombres. Las mujeres no podían acceder al recinto. Vi cojos, mancos, ciegos, tullidos y, sobre todo, enfermos mentales. Los llamaban «cazamoscas». No soy médico, pero allí distinguí paralíticos cerebrales y toda una colección de perturbados: gente que hablaba sola, que hacía extrañas muecas, que se golpeaba el rostro con ambas manos y que sonreía a todo y a todos sin motivo aparente.

Por lo que pude averiguar después —a través de Felipe—, Juan Zebedeo intentaba ablandar el corazón del Maestro y lograr así un milagro. De esta forma —suponía el Zebedeo— la ciudad se rendiría a sus pies y Jesús sería reconocido como el Mesías esperado.



Detalles del Templo de Jerusalén, según consta en la información proporcionada por Eliseo, el segundo piloto. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Juan señaló a los dolientes y planteó al rabí:

—Maestro, observa a esta gente… Mira cómo sufre… Dime: ¿podemos hacer algo por ellos?

El Hijo del Hombre entendió la treta de Juanito y le reprendió:

—Juan, ¿por qué me tientas?… No debo hacer lo que me pides, a no ser que sea la voluntad de Ab-bā.

Juan puso mala cara.

Y el Galileo prosiguió, complaciente:

—Pero les hablaré…

Jesús, entonces, dirigió unas palabras al centenar de enfermos y tullidos.

—Algunos estáis aquí —habló el rabí con voz potente— como consecuencia de vuestra mala vida…

Le miré, desconcertado. Y no estuve de acuerdo con Él. Los ciegos también escucharon, sorprendidos. ¿De qué hablaba aquel Hombre? ¿Qué culpa tenían de haber nacido ciegos?

—… Otros estáis padeciendo los accidentes del tiempo y de la vida o cargáis con las culpas de vuestros ancestros…

Se oyeron algunos silbidos. La gente no compartía las palabras del rabí. Pero la mayoría —los «cazamoscas»— ni siquiera prestaba atención. No estaban capacitados.

—… Vuestra existencia —continuó Jesús— es imperfecta porque os encontráis en la materia, en la imperfección… Pero yo rogaré al Padre Azul para mejorar vuestras vidas y, sobre todo, para asegurar vuestra inmortalidad…

Los pocos que atendían no comprendieron, y arreciaron los silbidos. Y le gritaron:

—¡Loco!… ¡Únete a los «cazamoscas»!

Juan Zebedeo se retorcía las manos, impotente. Y el Maestro terminó:

—… Ab-bā os ama… Y cuando llegue la hora del juicio, Dios os acogerá con misericordia… En verdad os digo que el que escuche esta buena nueva no morirá… ¡Ánimo!… ¡Sois hijos de un Dios!…

Más silbidos. Sólo unos pocos se acercaron al rabí y besaron sus manos en señal de agradecimiento.

Y coincidió. ¿Pura casualidad? En esos instantes, las aguas de una de las albercas empezaron a agitarse. Se organizó un gran revuelo. Olvidaron al Maestro y se alzó un griterío. Unos tropezaron con otros y los amigos y familiares que acompañaban a los tullidos y a los dementes trataron de ponerlos en pie para que consiguieran llegar a la piscina. Las aguas continuaban agitándose… Tres locos salieron a la carrera y se lanzaron a la

piscina de cabeza y entre alaridos. Aquello, en efecto, era un manicomio… En esos momentos, uno de los «cazamoscas» se puso en pie, se hizo con las parihuelas en las que había permanecido tumbado, las colocó sobre la cabeza y empezó a dar saltos, al tiempo que aullaba, alabando a Yavé. Los más cercanos se llevaron el dedo índice a la sien y nos hacían saber que el anciano no estaba bien de la cabeza. El loco se aproximó a la alberca que burbujeaba y arrojó la camilla a las aguas, con tan mala fortuna que una de las varas golpeó a uno de los «cazamoscas» que nadaba —feliz— entre aullidos. Y el demente maldijo a Tobías; así se llamaba el anciano de las parihuelas. El loco que había sido golpeado amenazó con estrangular a Tobías y nadó, rápido, hacia el borde de la alberca. Tobías —que era demente, pero no tonto— se apresuró a escapar y salió del recinto a la carrera. El «cazamoscas» lo persiguió.

Por lo que pude apreciar, nadie, en las piscinas, tomó el asunto como un milagro del ángel de Yavé. El tal Tobías llegaba cada mañana a Beza'tha —¡a pie!— y marchaba al atardecer, también a pie, y con las parihuelas a cuestas. Era, sencillamente, un loco.

Jesús se dirigió al Zebedeo y comentó, acertadamente:

—Vamos…, antes de que las cosas empeoren.

Y retornaron al Templo.

Al conectar con «Santa Claus» esa noche tuve cumplida cuenta de lo escrito por Juan (o por su discípulo, Natan) en su evangelio (Juan 5, 1-10). Y me llevé las manos a la cabeza. El referido texto dice así: «Después de esto, hubo una fiesta de los judíos (se refiere a la Pascua). Hay en Jerusalén, junto a la Probática, una piscina que se llama en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua. Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua quedaba curado de cualquier mal que tuviera. Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: "¿Quieres curarte?". Le respondió el enfermo: "Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo". Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y anda". Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar».

Más adelante, en el versículo 14 de ese mismo capítulo, Juanito vuelve a desvariar y asegura: «… Más tarde, Jesús le encuentra en el Templo (al supuestamente sanado) y le dice: "Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor"».

En veinticuatro líneas sumé seis errores, a cual más grave. A saber: Tobías no estaba paralítico. Como dije, era un trastornado mental. El Maestro no habló con Tobías. No le preguntó. Eso hubiera ido contra las decisiones que Él adoptó en Beit Ids. Y el anciano tampoco respondió a la supuesta pregunta del rabí. Jesús no curó a nadie. Tobías no salió de las piscinas con las parihuelas a cuestas. Salió a la carrera y por otra razón… Y, que yo sepa, el Maestro no habló con él en el Templo. Mi sospecha es que Juan Zebedeo, al escribir su evangelio, chocheaba (tenía cien años).

Hóled

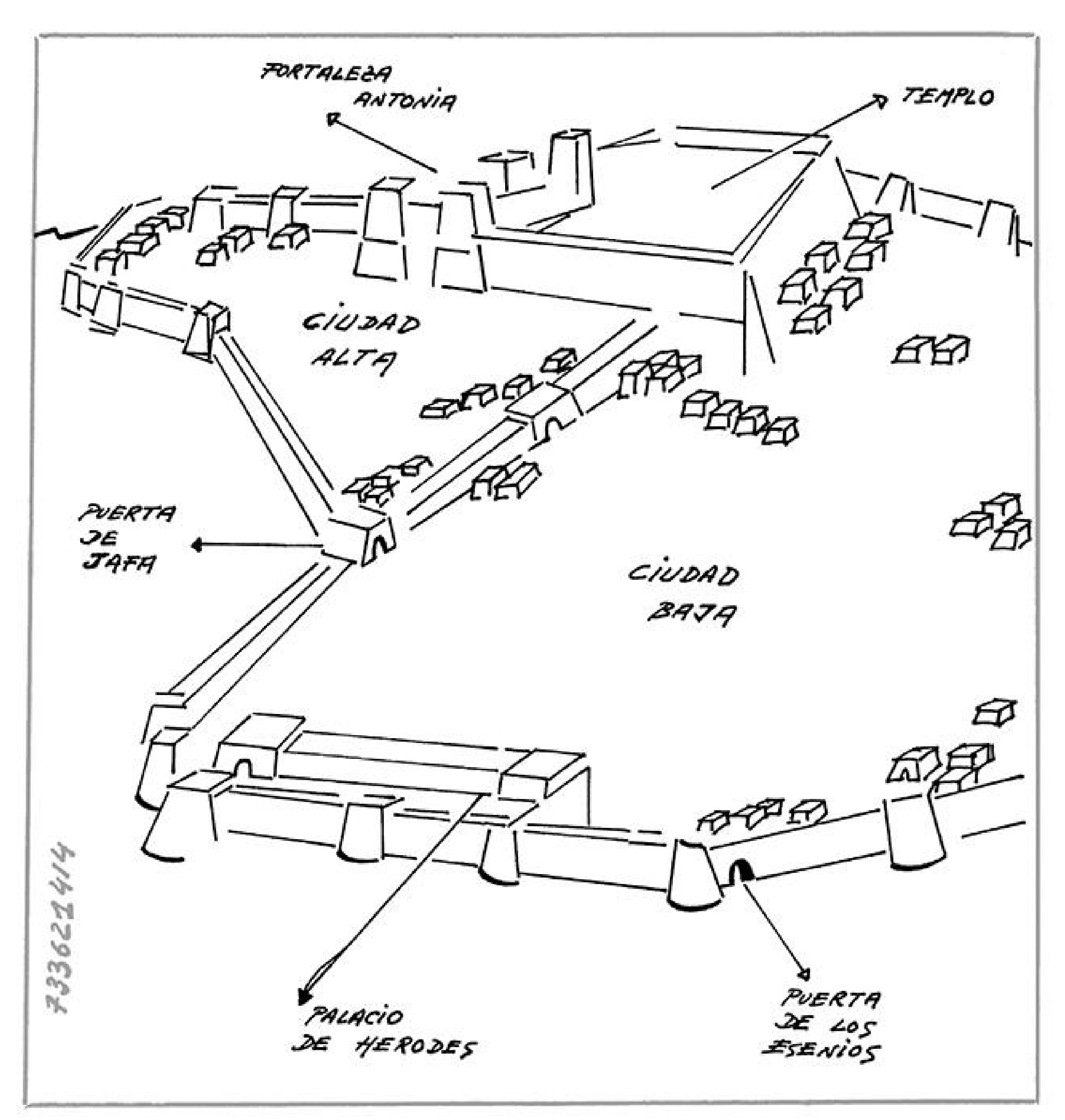
Fue inesperado. El domingo, 11 de abril (año 28), Abner —el león— se presentó de improviso en el campamento de Getsemaní. Llegó solo. El Maestro se encontraba en su habitual paseo por las colinas próximas. Buscó al jefe de los discípulos. Se arrodilló ante él y solicitó perdón por el nefasto comportamiento de su grupo la semana anterior. Andrés, conmovido, le obligó a levantarse y lo abrazó. Y lo mismo hicieron los restantes discípulos, excepto Juan Zebedeo y el Iscariote. Se negaron a abrazarlo y a olvidar absurdos rencores. El pequeño gran hombre desayunó con los íntimos y a eso de la quinta (once de la mañana) se despidió. Me las arreglé para acompañarle. Abner agradeció el gesto y nos encaminamos por la ladera oeste de la montaña de las Aceitunas hacia la ciudad de Jerusalén.

Como escribía el mayor, desde aquella breve cima, la llamada «ciudad santa» se ofrecía al caminante como un «ciervo acostado en las colinas». La luz de la mañana blanqueaba las murallas, pintando de rojo y amarillo los miles de pequeñas casas cúbicas que se derramaban a uno y otro lado del Tiropeón, una depresión que dividía la metrópoli de forma natural: el barrio o la ciudad alta y la baja. En total, según mis cuentas, algo más de cinco mil casas, con una población estimada en 25 000 habitantes. Finas columnas de humo azul le daban vida al paisaje. Agazapados en la muralla oeste se distinguían los palacios de Herodes y de los Asmoneos. Y en lo alto de la ciudad, el Templo y su eterna compañera negra: la fortaleza Antonia, base de la cohorte romana. El oro y la plata chispeaban desde los palacios. Hablamos y hablamos y, de pronto, al cruzar la puerta de la Fuente, nos vimos asaltados por un ejército de pordioseros, cojos y ciegos. Hacían tintinear sus cazos y escudillas, a la espera de unas monedas. Me quedé quieto y desconcertado. Pero fue por pocos segundos. Abner, comprendiendo mi ignorancia, me agarró por la túnica y tiró de mí, haciéndome ver que «aquella tropa eran pícaros redomados». Y nos aventuramos en un laberinto de callejuelas y callejones que trepaban hacia el barrio alto. De no haber sido por el *ari*, me hubiera perdido sin remisión. Nunca vi tanto desorden. Las «calles» conducían a callejones sin salida. Más de una vez tuvimos que retroceder. Los habitantes —solícitos— nos indicaban o nos llevaban de la mano hasta un

punto. Y el bueno de Abner decidió mostrarme la Jerusalén que muy pocos conocían.

Primero visitamos un mercadillo en el que sólo se vendía algodón. No sabría ubicarlo con exactitud. Sólo supe que se hallaba en el barrio alto o *sûq hatajtôn*. Quedé asombrado. ¡El algodón era azul y rojo! Pregunté cómo lo obtenían, pero los sirios que manejaban el negocio sonrieron, pícaros, y se negaron a informarme. Por supuesto no era teñido.

Poco después aparecimos en un pórtico oscuro y remoto. Al principio no supe qué pensar. ¿Qué era lo que vendían? Abner me invitó a examinar la «mercancía». Y lo hizo en silencio y divertido. Leí: «Remedio infalible… Mezclar miel con sosa y excrementos de cocodrilo… Aplicar a la vagina, penetrando el producto hasta el fondo, donde se inicia la uña». Miré a mi acompañante, desconcertado. Sí, estábamos en el mercado del aborto. Un negocio prohibido por la ley judía. Seguí revisando el «material» allí expuesto. Decocciones de perejil, en multitud de variantes. Bastaba con ingerir la infusión y el aborto se registraba en horas, según las brujas que lo vendían. Vino tinto de Chio, convenientemente preparado. El varón debía untarlo en el pene antes del coito. «Diafragmas» de múltiples tamaños, procedentes de la India. Consistían en cáscaras de cítricos, previamente «embrujados» por «sabios y caldeos». La mujer la introducía en la vagina. «Era infalible», según los vendedores. Tripas de gato de diferentes tamaños y colores (que actuaban como preservativos) y toda suerte de artefactos mecánicos para provocar la muerte del feto. Entre los más utilizados descubrí una especie de *embriosfacte*, una larga aguja de cobre que mataba al bebé, sin más.



Esquema de la ciudad de Jerusalén, en los tiempos de Jesús, según la información que aparece en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Salí del zoco asombrado y horrorizado, a partes iguales. Cambié moneda en un chamizo de mala muerte. Me engañaron, naturalmente, y recorrimos otro mercado —también en la ciudad alta— en el que sólo vendían «cerillas». ¡Increíble! Las importaban de Italia; la mayoría de Sicilia y Felamona. Se trataba de pajuelas de centeno de diez centímetros, totalmente cubiertas de azufre fundido. Para incendiarlas había que utilizar el pedernal o aproximarlas a una llama. Compré algunos paquetes. Se los obsequiaría a Felipe.

Descendimos de nuevo hacia el barrio bajo y Abner me condujo hasta una plazoleta. En un extremo habían levantado una tarima de un metro de altura. En ella —de pie— se agrupaban diez hombres y mujeres totalmente

desnudos, con gruesas cadenas en los tobillos. ¡Eran esclavos! Un tipo con pantalones persas y un látigo en la mano izquierda pregonaba la «mercancía». Eran huidos de la justicia, capturados en Fenicia. Eran negros y jóvenes. El individuo se aproximó a una de las mujeres —casi una niña— y acarició sus pechos, anunciando el precio de salida: 25 denarios de plata. Y la gente congregada al pie de la tarima empezó a pujar. La muchacha fue adjudicada en 17 denarios; el salario de medio mes de trabajo de un *felah* o campesino. Soltaron las cadenas y fue empujada hacia el comprador. Salí de la plaza con el estómago revuelto. ¿Por qué el Maestro no acudía a lugares como éste? ¿Por qué nunca hablaba de la esclavitud? Y me propuse interrogarlo sobre el asunto.

Continuamos caminando y fui a descubrir una Jerusalén que, prácticamente, desconocía. En aquella zona —en las murallas y en los muros del palacio de Herodes— aparecieron infinidad de grafitis. Quedé asombrado. Algunos decían: «Poncio, *cattivo*». (Poncio, el malo), «Poncio, esclavo de Sejano», «Poncio, vuelve a tu casa», «Maldito Sanedrín, arderás en el *seol*», «¡Vivan los zelotas!», «Judas de Gamala no ha muerto». «Soldado (refiriéndose a los mercenarios romanos o *kittim*), ¿tu vida vale 10 ases?». Ésa era la paga diaria de un *kittim*. Conté medio centenar de grafitis, a cual más ácido; en especial con las fuerzas romanas de ocupación.

Y hacia la nona (tres de la tarde) empezó a soplar el *cadim*, un viento frío y seco. El azul transparente del cielo fue borrado y las nubes «panza de burra» se asomaron por la ciudad. No tardó en llover. Abner, entonces, me indicó un edificio. Allí nos refugiamos. ¡Sorpresa! El lugar era una «escuela»… Una «escuela» muy especial. Abner conocía el sitio. Era amigo del «director». Lo llamaban *Hóled*, que en arameo quiere decir «comadreja». ¡Y vaya que lo era!

El tal Hóled lo saludó efusivamente. Abner me presentó como un hermano y recibí dos besos en las mejillas. Y el individuo nos invitó a visitar sus dominios. La «escuela» disponía de varias salas. En la primera, un grupo de desarrapados recibía «lecciones» de una anciana desdentada. Se trataba de simular posesiones diabólicas. La mujer se lanzaba al suelo con violencia, hundiendo el vientre y escupiendo espuma. Torcía los ojos y hacía muecas, lanzando alaridos insoportables. Al terminar sacaba un trozo de jabón de la boca, con el que simulaba los espumarajos. Hóled la felicitó. Después, los «alumnos» la imitaron con mejor o peor suerte…

En la siguiente «aula» trabajaban con toda suerte de heridas. Las ulceraciones las simulaban con una planta a la que añadían grasa arsenicada. Las pústulas eran «pintadas» en el rostro, brazos, piernas y vientre. El falso

enfermo se colocaba en puertas y esquinas estratégicas e intentaba mover a la compasión a los peregrinos. Los habitantes de la ciudad ya los conocían y pasaban de largo. En esa misma sala se cubrían el cuerpo con harina, sangre de animales y barro, y se hacían pasar por leprosos.

En la tercera sala descubrí a los «herniados». Utilizaban tripas de animales. Las rellenaban con agua y las introducían por el ano, consiguiendo que arrastraran por el suelo. El «enfermo» levantaba los harapos y mostraba su «mal», suplicando una limosna. La gente de buen corazón se compadecía, naturalmente, y entregaba uno o dos ases (calderilla).

En la última estancia nos mostraron a los falsos mudos, a los falsos cojos y mancos y a los no menos falsos ciegos. Todo tenía su truco. A los «mudos» les enseñaban a doblar la lengua y a emitir gruñidos indescifrables. Siempre había alguien que picaba… Los «ciegos» tenían que permanecer horas con los ojos en blanco. El capítulo de los cojos y tullidos era sorprendente. Los obligaban a ocultar la pierna en una prótesis de madera o a esconder y amarrar las manos bajo las túnicas. Un «cojo» podía obtener del orden de 20 ases al día. La mitad era para la «escuela». También observé falsos jorobados y a no menos falsas embarazadas. Simulaban con mantas. Los jorobados obtenían una buena tajada de los supersticiosos judíos. Tocar la chepa —decían— traía buena suerte. Y el simulador se dejaba acariciar a cambio de unas monedas.

Todo, en la «escuela de los pícaros», estaba minuciosamente organizado: los disfraces, los lugares a los que acudir, las señales que se pasaban unos a otros en caso de peligro, la mendicidad en solitario o en grupo, cómo robar la bolsa de un peregrino mientras otros colegas lo distraen, cómo deshacerse de las prótesis o de las «heridas» en caso de proximidad de la guardia de Antipas o de los levitas, policías del Templo… Entre ellos, por supuesto, había categorías: maestros, soldados, aprendices, vigilantes y patrones. Hóled era uno de los jefes de la «mafia» de los mendicantes y pordioseros. Creí que lo había visto todo…

Sop

El 13 de abril, martes, fue distinto…

Jesús fue invitado a cenar en la casa de un rico fariseo llamado Simón, alias *el leproso*. Era el propietario del huerto de Getsemaní, donde el grupo había instalado el campamento. La lepra, curada años atrás, lo marcó con el referido apodo.

Cuando se disponía a partir del olivar, el rabí solicitó que lo acompañara la *tabbah*, la escolta habitual: Pedro y los Zebedeo. Nadie dijo nada. Pero, al llegar a la cancela de entrada, el Maestro se detuvo. Parecía pensar. Dio media vuelta y se dirigió a la cocina de campaña. Allí se encontraba este explorador, ocupado en el lavado de platos y cacharros. Se plantó frente a mí, me sonrió, y lanzó un escueto «acompáñame». Felipe hizo señas para que obedeciera. Y, sin pensarlo, me fui tras Él. La vara de Moisés se quedó en el campamento.

La casa de Simón, en Betania, era espléndida. Un cuidado jardín rodeaba la mansión. Después sólo contemplé mármoles, maderas preciosas, fuentes delicadas, siervos por todas partes y escalinatas, también de mármol, pulidas y abrillantadas con esmero. Simón nos aguardaba en la puerta. Vestía un manto y una túnica de seda, ambos de color violeta. Aparecía maquillado, con las mejillas escandalosamente empolvadas e intentando ocultar las viejas cicatrices provocadas por la lepra. El ojo y el labio derechos seguían deformados. Le faltaban las últimas falanges de los tres dedos centrales de la mano izquierda. La barba, larga y blanca, disimulaba en parte su problema. Nos besó, uno por uno, y nos invitó a entrar en una sala enorme que hacía las veces de comedor. Nos descalzamos y conté veinte divanes alrededor de una mesa en forma de «U». El del invitado de honor —Jesús de Nazaret— se hallaba en el centro y casi no sobresalía respecto a la mesa. Aquellos asientos —para mi gusto— resultaban incómodos. Había que tumbarse del lado derecho y tomar los alimentos con la mano izquierda. Santiago de Zebedeo se acomodó a mi lado.

Y, de pronto, los criados abrieron una de las puertas. Empezaba a oscurecer. Por el jardín vi llegar a una serie de individuos. Caminaban en hilera y vigilados por la servidumbre. Eran mendigos. Las caras de algunos

me sonaron. ¡Los había visto en la escuela de pícaros de Hóled! Prendieron más antorchas y confirmé la primera impresión. Eran hombres y mujeres. Sumé diez. Santiago, comprendiendo mi ignorancia, procedió a explicar: se trataba de una vieja costumbre, practicada, sobre todo, por los «santos y separados» (fariseos). Cuanto más importante era la cena, más desarrapados… Los pobres se posicionaron —de pie— a lo largo de una de las paredes y esperaron en silencio.

Simón hizo un gesto y los músicos atacaron. Vi un laúd de cuello largo, con diapasón y tres cuerdas, y un hermoso caparazón de tortuga. Lo acompañaban cinco flautas de tubo largo, sonajas y platillos de mano. Y empezaron a servir la cena. El Maestro conversaba apaciblemente con Simón. Primero sopa de guisantes con ajipuerros y mucha pimienta negra. Deliciosa. Después el plato fuerte: chuletas de buey (comida *kasher* o pura), maduradas durante siete días. La carne había sido sumergida en vinagre durante el proceso de añejamiento. La cocción fue mínima. Pedro repitió tres veces. El vino negro era ligeramente afrutado. Y, de postre, una crema parecida al flan, confeccionada con leche, huevos, miel y el secreto del cocinero: un pellizco de sal. Igualmente sabroso. Fue al servir el segundo plato cuando Simón y el resto de los invitados empezaron a lanzar chuletas hacia los mendigos. Éstos —bajo la severa mirada de los criados— se apresuraban a recogerlas, comiéndolas o guardándolas entre los harapos. Hubo algunas disputas y maldiciones, pero la servidumbre terminó poniendo orden. El Galileo no participó en la humillante costumbre. De pronto me miró. Su rostro aparecía grave. Pedro y Juan Zebedeo sí lanzaron carne a los pies de los infelices. Y hubo algo que me llamó la atención. De los diez mendigos invitados, uno no se movió del sitio. Mejor dicho, una… Pregunté a Santiago y el discípulo movió la cabeza negativamente. Al parecer era una conocida prostituta. Regentaba un burdel de alta categoría. La apodaban *Sop* (eternidad) porque «sabía proporcionar placeres eternos». Santiago no estuvo de acuerdo con la presencia de la mujer en la cena. «Era un insulto». Eso dijo. Y aseguró que Sop había oído hablar de la buena nueva predicada por el Maestro y que prometió cerrar su negocio. Pero el discípulo lo dudó. Sop llevaba más de treinta años en la prostitución. La examiné con curiosidad. Era una mujer gruesa y no muy agraciada. A pesar del maquillaje amarillo, su aspecto era el de una anciana. Y asistí a una escena que volvería a repetirse años más tarde. En aquella oportunidad (abril del 30), la protagonista fue María, la hermana pequeña de Lázaro. Lo vivió y lo contó Jasón.

De pronto, Sop caminó unos pasos y fue a situarse a los pies del diván del Maestro. Ocultaba algo entre las ropas. Juan Zebedeo, alertado, se puso en pie. Pero el rabí levantó la mano izquierda e indicó a Juanito que se calmara. Algunos siervos interrogaron a Simón con la mirada. ¿Qué hacían? El anfitrión no supo qué decir. Conocía a la prostituta, por supuesto. Y aguardó. La mujer, entonces, abrió un frasco de cristal y vertió el contenido sobre los pies del Hijo del Hombre. Era un líquido espeso, parecido al coñac. Y un intenso perfume llenó el recinto. Después supe que se trataba de nardo, una esencia procedente de la India y costosísima. Aquel frasco —con un contenido de medio litro de esencia— podía costar del orden de trescientos denarios de plata. Con eso se podía dar de comer a varios miles de personas… Sop miró a Jesús, y éste, sencillamente, la iluminó con una sonrisa. No hubo palabras. La prostituta frotó los pies desnudos del rabí y lo hizo con delicadeza. El silencio en la sala fue total. Pedro miraba con la boca abierta. Minutos después, concluido el masaje, la mujer se inclinó y secó los pies con la espesa mata de pelo negro. Al levantar el rostro, Sop tenía lágrimas en los ojos. El Maestro se sentó sobre el diván y fue a colocar la mano derecha sobre la cabeza de la mujer. Y, tras acariciar los cabellos, la prostituta se puso en pie, dio media vuelta y salió del comedor. Nunca más volvería a verla.

Al momento surgieron las murmuraciones. Los invitados decían:

—El Maestro no sabe quién es esa mujer… De haberlo sabido no hubiera consentido… ¡Qué vergüenza!…

Simón se mostró de acuerdo y añadió en voz baja:

—Si este Hombre es un profeta, ¿cómo es que no sabe que Sop es una mala mujer?

El Galileo, al lado, escuchó las palabras de su anfitrión. Y, dirigiéndose al fariseo, comentó:

—Simón, tengo algo que decirte…

—Dime, rabí…

—Te contaré algo… Un prestamista tenía dos deudores. Uno le debía cincuenta denarios y el otro quinientos. Ninguno de los dos podía pagar. El prestamista, entonces, decidió perdonarlos.

Los invitados seguían la parábola con atención. Pero mostraron su disconformidad. Eso no pasaba entre los prestamistas judíos…

—¿Quién consideras —prosiguió el Galileo— que le amó más?

Todos coincidieron:

—Aquél al que más se le perdonó…

—Habláis con sabiduría —manifestó el rabí.

Y, señalando hacia la puerta por la que había desaparecido la prostituta, añadió, dirigiéndose a Simón:

—Entré en tu casa como invitado de honor y nadie lavó mis pies… Esa mujer, agradecida, los ha bañado con sus lágrimas y me ha ungido con un perfume caro… ¿Qué quiero decir con esto?

Todos miraron al rabí, desconcertados.

—… Muy simple, Simón —concluyó el Hijo del Hombre—. Los muchos pecados de esa mujer han sido perdonados… Amó mucho y mucho le ha sido perdonado. Pero, ojo, al que ama poco…, poco le será perdonado.

No estuve de acuerdo con algunos de los conceptos vertidos por el Galileo. Me cuesta trabajo aceptar que el oficio de prostituta sea un pecado… En todo caso, sería una desgracia. Pero los comentarios de Simón, el leproso, me sacaron de estas reflexiones.

—¿Quién es este Hombre —murmuraba el fariseo— para perdonar los pecados de nadie?

En aquel tiempo, los únicos capacitados para perdonar los pecados (o supuestos pecados) eran los sacerdotes, previo pago…

Jesús se levantó y se despidió de todos. Los Zebedeo se apresuraron a seguirle. Pedro, medio dormido, siguió en el diván. Juan retornó a la mesa y despabiló al discípulo, zarandeándole. Al llegar a la puerta, el Hijo del Hombre se volvió y, dirigiéndose al anfitrión, proclamó:

—Conozco tu corazón… Sé que está dividido entre la luz y la oscuridad… Te puede el miedo, y te puede porque no te has entregado al Padre de los cielos… Pero sé que entrarás en la luz… Ahora os declaro —y paseó la mirada entre los invitados— que las puertas del reino de Ab-bā están abiertas para todo el que tenga fe…

Tampoco estuve de acuerdo. Al reino del Padre Azul, supongo, se entra con fe o sin ella… Y regresamos a Getsemaní.

¿Y si no quiero ir al Paraíso?

Esa noche, en Getsemaní, fui testigo de otro diálogo surrealista.

Cuando entramos en el olivar, los íntimos ya habían cenado. Y nos sentamos alrededor del fuego. Felipe y los gemelos seguían trasteando en la cocina. El cielo se había calmado y las ocho mil estrellas de Jasón se empujaban unas a otras. El Maestro parecía haber olvidado las murmuraciones y las agrias palabras de los invitados de la casa de Simón, el leproso. Y el optimismo regresó a su semblante. Entonces señaló los luceros con la mano izquierda y habló del Paraíso; mejor dicho, del largo camino hacia la isla de luz. Las llamas de la hoguera también escuchaban. Y el rabí volvió a explicar que ese camino, tras la muerte, no puede ser medido con los conceptos humanos.

—Es un camino larguísimo —intentó aclarar—, aunque al «otro lado» no hay tiempo…

Antes de empezar ya estaban perdidos. Me gustó lo del «otro lado». Era una expresión mía, acuñada durante nuestra estancia en el monte Hermón.

—¿Cómo de largo? —interrumpió Mateo Leví.

El Maestro alzó la mirada y, supongo, pensó. Las estrellas lo animaron con sus parpadeos. Pero era casi imposible. Eran (éramos) seres humanos, con un cerebro limitadísimo (1400 escasos centímetros cúbicos). ¿Cómo hacerles comprender el tiempo sin tiempo?

—Si pudierais caminar sin interrupción durante miles de vidas —regresó a la conversación—, tampoco alcanzaríais la isla de luz. No es un problema de estadios o de millas, sino de percepción.

Seguían sin entender.

—Pero eso, ahora —intentó suavizar—, no debe preocuparos…

Tomás lo interrumpió:

—¿Y por qué tanto camino y tanto tiempo para llegar al Padre Azul?

Todos asintieron. El bizco llevaba razón.

—Es la ley —replicó el rabí—. Así está dispuesto por los cielos.

Dejó correr un par de silencios y volvió a mirar el hermosísimo firmamento. Después comentó, casi para sí:

—Ése fue el error de Luzbel…

—No entiendo —intervino el Oso.

Y Jesús procedió a explicar —con palabras sencillas, casi infantiles— en qué consistió la rebelión de los mal llamados ángeles caídos. Al parecer no fueron ángeles. Se trataba de «altos funcionarios» del universo que gobierna Micael o Mica'el (verdadero nombre de Jesús de Nazaret). Luzbel era uno de esos príncipes luminosos. Era perfecto. Pero hizo preguntas «incómodas». La más importante: «¿Por qué las criaturas humanas tienen que invertir tanto tiempo sin tiempo para alcanzar el Paraíso?». Y estalló la rebelión. En suma: Luzbel sólo deseaba acortar el «viaje» de los humanos a la isla de luz. Lo secundaron muy pocos mundos. Alrededor de cuarenta. En el universo de Micael hay miles de millones de planetas habitados. O sea: no fue una rebelión, propiamente dicha; yo lo llamaría «cuartelazo». Y esos mundos rebeldes quedaron aislados. El Maestro aseguró que los insurgentes serán debidamente juzgados…, en su momento. Pero no especificó cuándo. Me miró y lanzó dos frases que tampoco fueron comprendidas por los discípulos:

—… *Or gadol*… Cuando llegue la «gran luz» serán juzgados…

Tomás trató de concretar:

—¿Cuándo veremos la gran luz?

—Tú no la verás —sentenció el Galileo. Y volvió a mirarme. Después contempló a los íntimos y repitió:

—Vosotros no la veréis…

—Pues Luzbel llevaba razón —comentó Pedro en voz baja y casi para sí.

Pero el Galileo escuchó al pescador. Y replicó:

—No, Pedro… Los planes de la divinidad son perfectos. Nada es consecuencia de la casualidad. Nada sucede porque sí. Nada es gratuito. Ni siquiera tus ronquidos…

La broma alivió la tensión. Todos rieron e hicieron chistes a cuenta del pobre Pedro.

—Para llegar al Paraíso —redondeó el rabí—, tienes que cambiar mucho…, y dejar de roncar.

Más risas.

—Para ver al Padre Azul —añadió Jesús en un tono serio—, primero tienes que aprender… Aprender mucho. Pero no te apures. Hay tiempo sin tiempo tras la muerte…

—¿Y si no quiero llegar al Paraíso?

La súbita pregunta de Judas Iscariote nos dejó perplejos. Casi nunca intervenía en las conversaciones. Pero los íntimos terminaron riendo la ocurrencia.

—¿Hablas en serio? —preguntó Felipe desde la cocina. Pero Judas no respondió. Imaginé que hablaba muy en serio. El Iscariote carecía de sentido del humor.

—Terminarás aceptando —respondió Jesús—. Tras la muerte, todo tiene sentido… El calor es inseparable de la luz, aunque también hay luz fría…

No entendí aquellas últimas y enigmáticas palabras. Pero las consigno tal y como las oí. Y Bartolomé, el Oso de Caná, hizo una de sus típicas preguntas:

—Maestro, si el Padre, bendito sea su nombre, me concede la *nitzutz* (la «chispa»), ¿Él disminuye?

Los íntimos quedaron en silencio, sorprendidos.

—No, Bartolomé —contestó el Maestro al tiempo que le regalaba una espléndida sonrisa—. El Padre Azul nunca disminuye. No puede, aunque quiera…

Estaba claro. Al rabí le encantaban las cuestiones manejadas por el Oso, y a todos, excepto al Iscariote. Judas lo tachaba de «poco serio».

—Ahora entiendo —intervino Pedro, golpeando la frente con sus manazas.

Le miramos, desconcertados.

—Ahora comprendo —repitió—… Ahora entiendo la frase de las Sagradas Escrituras: «E hizo al hombre a su imagen y semejanza…». Claro… El Padre Azul nos habita. Por eso somos como Él, bendito sea su nombre. ¡La *nitzutz*!…

El Maestro aceptó la tesis de Pedro. Yo me quedé pensativo. ¿Era por eso —por la «chispa»— por lo que nos parecemos a Dios?

El Oso saltó de nuevo al centro de la conversación:

—No consigo entenderlo, rabí… ¿Por qué el buen Dios, bendito sea su nombre, se entretiene en crear cosas imperfectas?

—¿Por ejemplo? —preguntó el Galileo, visiblemente divertido.

—Nosotros… Mira mi pierna. Cada vez está peor… ¿Es que Ab-bā, bendito sea su nombre, no tiene nada mejor que hacer?

Jesús hizo esfuerzos para contener la risa. Pero Bartolomé hablaba en serio. Juan Zebedeo se alzó, airado, y lo llamó «irreverente y saco de grasa». El Oso no quedó atrás y lo tachó de «niño consentido y prepotente». Poco faltó para que llegaran a las manos. Andrés se interpuso y mandó a cada uno a su lugar. Y el rabí, con gesto grave, permaneció en silencio. Era obvio que le repugnaba la violencia (de cualquier tipo). Y el Oso insistió:

—¿Por qué el Padre Azul, bendito sea su nombre, permite el mal?

—Lo hemos hablado…

—Sí —intervino Tomás—, pero Bartolomé tiene razón. ¿Por qué tanto dolor, tanta sangre derramada, tanta muerte, tanta hambre y tanto maldito romano?

Juanito Zebedeo aplaudió al bizco. Jesús se armó de paciencia y respondió a las sensatas dudas del pragmático Tomás:

—A ti te gusta jugar a los dados…

El discípulo asintió y mostró los inseparables tres dados de marfil.

—En verdad te digo —continuó Jesús— que si el placer es deseable, y lo es, en este mundo tiene que existir el dolor… Sólo así sabrás distinguir y saborear. Sólo así evaluarás, de verdad, la pequeña porción de felicidad a la que puedes tener acceso en esta vida.

Quedamos mudos. Nunca pensé en ello. Tenía sentido.

—¿Después de la muerte hay placer?

La pregunta de Mateo Leví fue acogida con expectación.

—No hay palabras, Mateo… No estás capacitado para entenderlo. Ni tú ni nadie. No ahora. Lo que verás tras la muerte no puede ser definido. Después, tus ojos y sentidos cambiarán. Confía…

—Sigo sin entender —porfió el Oso—. Si Dios, bendito sea su nombre, es tan grande y poderoso, ¿no le duele tanta injusticia y horror?

—Claro que le duele, Bartolomé. Él está en tu interior…, permanentemente.

Y deletreó la palabra:

—P-e-r-m-a-n-e-n-t-e-m-e-n-t-e…

—No entiendo —declaró el Oso—, no entiendo…

—Dime —preguntó el Hijo del Hombre—, ¿el valor es bueno?

Todos dijeron que sí.

—Entonces, el hombre debe crecer en un ambiente hostil…

Le miraron con sorpresa. Y prosiguió:

—Si el valor es bueno y necesario, el ser humano debe desenvolverse en un mundo lleno de problemas y decepciones. Sólo así podrá educarse en la audacia. Sólo así sabrá qué es el valor… Pero eso no significa que el Padre sea amante de la violencia o de las dificultades. El ser humano es lo más bajo de la creación y tiene que aprender desde lo más bajo… Después, tras la muerte, todo esto será un lejano y difuso sueño.

Tomás movió la cabeza, negativamente, y declaró, sincero:

—Tampoco entiendo… Los niños mueren. ¿Qué culpa tienen ellos? ¿Qué aprende un bebé que fallece a las pocas horas de nacer?

Observé al Maestro. Las palabras y conceptos lo limitaban. Ése fue su gran problema en la Tierra…

—Confía, Tomás… Todo está ordenado para el bien, aunque ahora no lo comprendas.

Y volvió a preguntar a los íntimos:

—Decidme, ¿la esperanza es buena?

Asintieron.

—Pues bien —replicó—, la vida, en ese caso, tiene que ser un río de continuas decepciones.

Empecé a comprender.

—Decidme —prosiguió—, ¿la lealtad es aconsejable?

Nadie lo dudó. Y Él afirmó:

—Pues bien, si eso es así, el mundo tiene que ser un pozo lleno de traidores.

En esos instantes se registró una escena brevísima y, para mí, dramática: Jesús buscó al Iscariote con la mirada y éste bajó los ojos. En otras palabras: en esos momentos (13 de abril del año 28), Jesús sabía que Judas lo traicionaría. Faltaban dos años… Creo que nadie se percató de la mirada. Y el rabí continuó:

—Decidme, ¿la humildad es buena?

No esperó respuesta.

—Sí lo es… En consecuencia, la vida tiene que ser una permanente demanda de honores y reconocimientos.

Santiago de Zebedeo intervino por primera vez:

—Rabí, ¿es malo hacer bien tu trabajo?

—No, Santiago, no confundas mis palabras. No he dicho eso. Está bien hacer tu trabajo, y hacerlo un poco mejor cada día. Pero no busques la vanidad. Ella, de todas formas, te rondará. Aquí, en este mundo, aprenderás a no caer en esa trampa. Es muy fácil vestir el ego. Lo difícil es desvestirlo.

Y añadió:

—Decidme, ¿la verdad es deseable?

Lo miraron con asombro. Y Tomás preguntó:

—¿La verdad? ¿Qué es eso?

Algunos rieron la supuesta gracia. Y recordé unas hermosas palabras de Poncio, pronunciadas en el futuro: «¿La verdad?… ¿Qué es la verdad?».

—Sí —respondió el Maestro—, la verdad es deseable. Por eso conviene que el hombre viva en un mundo sembrado de errores y falsedades.

Mensaje recibido, como decía el mayor…

—¿Y el día que llegue a ser perfecto —gritó Felipe— tendré que cocinar para esta partida de borricos?

La broma puso punto final a la interesante conversación. Mañana sería otro día…

Flavio

En esos días de abril (año 28 de nuestra era), el Hijo del Hombre fue invitado a otras cenas y tertulias en la ciudad de Jerusalén. La orden de caza y captura por parte del Sanedrín seguía en vigor, pero ninguno de los grandes prebostes se atrevió a solicitar la detención del Galileo. Las castas sacerdotales, los fariseos, saduceos y escribas estaban convencidos de que el Maestro tenía algún tipo de acuerdo con las autoridades romanas, o quizá con Herodes Antipas. De ahí que no le molestaran. Eran, sencillamente, unas ratas cobardes y miserables…

Pude asistir a una de esas cenas. Fue la única a la que fui invitado por el propio Galileo. Se celebró el domingo, 18 de abril, en el *domus* de Flavio, un judío de origen griego, conquistado por la helenización, cada vez más intensa y generalizada en la Palestina de Jesús. La casa era una copia de las mansiones tiberianas, tan de moda en el imperio. Ni él mismo conocía la extensión de la *domus* o casa, levantada en el barrio bajo de la ciudad. La condición de «judío de atrio» (no circuncidado) le obligaba a residir en esa zona de Jerusalén. El barrio alto era para los judíos puros. Según Jasón, que lo visitó varias veces, el palacio de Flavio sumaba más de mil metros cuadrados. Todo eran mármoles de Carrara, obras de arte, piscinas y luz; mucha luz.

Flavio era rico y homosexual declarado; es decir, doblemente odiado por los notables de Jerusalén. El Levítico, en este sentido, era rotundo: «Si alguien se acuesta con varón, como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos». Pero nadie, en la ciudad, se atrevía a denunciarle. La razón era simple: Flavio era prestamista. Media Jerusalén —en realidad medio país— estaba en sus manos. Así eran los judíos: cobardes, interesados e hipócritas.

La escolta del Maestro —la *tabbah* habitual: Pedro y los hermanos Zebedeo— optó por permanecer en la puerta de la *domus*. No querían pecar ingresando en la casa de un «mariposón»…

Flavio nos recibió con todos los honores: besos, perfumes y pétalos de rosas en el piso. El Maestro lo conocía. Lo había visitado en ocasiones anteriores. Era un «hombre» joven, de la edad de Jesús, alrededor de 32 años, con unos ojos verdes que hipnotizaban. Aparecía siempre bronceado y con

toda suerte de pelucas. Le encantaban las de color azul, con largos tirabuzones. Sus grandes problemas eran la calvicie y las orejas. Utilizaba grasa de gato para estimular el crecimiento del pelo, pero el resultado era nulo. Las orejas eran grandes y despegadas, como las de los elefantes. Las pelucas servían para ocultarlas. A su lado se hallaba siempre un esclavo al que llamaban «nomenclator», un tipo listo que estaba al corriente de la última noticia y que llevaba el peso de la organización de la *domus*.

A la cena acudieron otros seis judíos, también helenizados e igualmente homosexuales. ¡Qué agobio! Jesús, sin embargo, aparecía distendido, feliz y dispuesto a responder a lo que le planteasen.

El anfitrión se esmeró. Y los criados empezaron a servir una serie de platos fríos y calientes. Me llamaron la atención unas tortas finas (tipo blinis rusos), a base de huevos, leche y levadura, cocinadas o fritas. La mayoría fue rellenada con nata agria y huevas de pescado. Deliciosas. Otros blinis eran de hongos y de salmón, directamente importado de las costas de Germania (actual Alemania). Supuse que aquello costaba una fortuna. Los de salmón fueron pintados —a pincel— con motivos griegos: dioses y medusas. Después llegaron los hígados de pollo y los hígados picados de ternera, con mucha pimienta, y la correspondiente sopa, para mojar el pan. De postre, pétalos de rosas en miel y algo que me recordó el flan: crema de *queratia*, una especie de «chocolate» extraído de las semillas de los algarrobos. Y todo ello regado con abundante ambrosía: un zumo de naranja mezclado con vino blanco, cerezas confitadas y coco desmenuzado. Y, para removerlo, ramas de menta. No lo ocultaré: Flavio era un «mariposón» culto y refinado.

Y empezó la tertulia. El anfitrión planteó a Jesús la primera duda:

—Maestro, ¿el universo es un simple accidente?

El rabí negó con la cabeza y terminó de saborear uno de los blinis.

—No, Flavio… Las estrellas que contemplas en la noche son un trabajo de creación del Padre Azul, del que ya hablamos en su momento.

Flavio asintió, ajustándose la peluca azul. Y el Hijo del Hombre prosiguió:

—El universo está sujeto a la voluntad del Creador. Todo ocurre porque Él lo dispone así. Nada es casual. Y dado que Ab-bā es amor, sus creaciones son siempre buenas. Más aún: son siempre amorosas.

—¿Estás diciendo —intervino uno de los invitados— que las catástrofes naturales son consecuencia del amor de ese Dios?

Jesús leyó en el corazón del afeminado y supo que la intencionalidad era oscura. Pero replicó con suavidad:

—No confundas la creación con sus consecuencias… ¿Piensas que el Padre Azul es responsable de la lluvia que te moja?

—Dime, rabí —terció otro de los judíos—, ¿la naturaleza es la representación del buen Dios?, bendito sea su nombre…

Jesús meditó la respuesta.

—La naturaleza, querido amigo —expuso el Hijo del Hombre—, simboliza lo perfecto y lo imperfecto, pero nunca a Dios. El Padre Azul es irrepresentable para la mente humana.

—Entonces —intervino Flavio—, ¿no debemos adorar a la naturaleza?

—No, Flavio… Adorar la belleza es una pérdida de tiempo. Adora mejor al que la ha creado.

Y el rabí se adelantó a los pensamientos de algunos:

—La belleza hay que disfrutarla, no adorarla…

—¿Qué sucedería si Dios, bendito sea su nombre, se durmiera?

Jesús tomó la pregunta de otro de los invitados como una broma. Y respondió con otra broma:

—El Padre Azul no duerme nunca… Y, si lo hace, duerme como los delfines: con un ojo abierto.

—En serio —presionó Flavio—: ¿qué pasaría con las estrellas si el buen Dios se durmiera?

—La creación se derrumbaría.

La frase sonó muy solemne. Esta vez, el Maestro hablaba en serio, muy en serio.

—Pero no os preocupéis —añadió el Galileo, tranquilizando a los contertulios—. Eso no pasará. El Padre Azul no es como imagináis.

—¿Tiene barba, como dicen?

El Maestro sonrió al que preguntaba. La ingenuidad de aquellos hombres era conmovedora.

—No, amigo —replicó Jesús—. Ab-bā, aunque Padre, no es un ser humano.

Percibí de nuevo la dificultad del rabí para hallar las palabras exactas. Comprendí: era, sencillamente, imposible. ¿Cómo definir lo indefinible?

—Por más que lo intentes —y señaló una de las estatuas que adornaban el comedor—, no podrás transmitir una sola idea a ese trozo de mármol. Pues bien, en verdad te digo que la distancia entre el Padre Azul y tú es infinitamente más grande que entre esa estatua y cualquiera de nosotros. Aunque quisiera, no podría explicarte cómo es Él. Acepta mi palabra. Yo lo he visto…

La afirmación del Galileo cayó como un jarro de agua fría entre los judíos. Aunque helenizados, todavía conservaban las raíces de la filosofía mosaica. Para la mayoría de los judíos creyentes, Yavé era un varón. Eso nadie lo discutía.

—¿Tú has visto a Dios?, bendito sea su nombre…

Flavio planteó la pregunta que flotaba en todas las mentes. Y Jesús fue nuevamente sincero. En realidad, siempre lo era:

—Lo he visitado con frecuencia.

Las caras eran un poema. Uno de ellos se levantó y, tras dar las gracias al anfitrión, se despidió educadamente. Otros dos le imitaron.

—Lo que dices —prosiguió Flavio— podría costarte muy caro…

—Lo sé —reconoció el Maestro—, pero la verdad tiene un precio.

—Eres valiente —añadió el anfitrión—. Actúa con cautela… Un profeta muerto no sirve de nada.

—Si Dios, bendito sea su nombre, es infinito, ¿dónde termina?

La pregunta de otro de los invitados —el más anciano— dejó perplejo al rabí de Galilea. Pero respondió:

—Dios no termina, de la misma manera que no empieza. ¿Puedes tú decirme dónde empieza y dónde concluye cualquiera de tus miradas?

—¡Qué difícil…! —resumió el anciano.

—Sí —argumentó el Maestro—, difícil para el hombre, la más primitiva de las criaturas del Padre Azul. Pero ya crecerás… Tu futuro es espléndido.

La seguridad del Galileo era, cuando menos, emocionante.

—Dime cómo es Dios —se arriesgó Flavio—. Utiliza una sola palabra.

—Luz —contestó el Maestro al segundo.

—¿Luz?

—Sí, luz que piensa.

—¡Oh!… Me cuesta comprender…

—No trates de entender al Padre Azul —salió al paso Jesús—. ¡Siéntelo!… ¡Ámalo!…

—¿Tiene Dios, bendito sea su nombre, exterior?

El invitado que planteó la nueva pregunta también hablaba en serio. La cuestión me dejó pensativo. El Maestro sonrió, feliz. Aquellas cuestiones le fascinaban. Y replicó.

—¿Tiene la luz exterior?

—Me pierdo… —lamentó Flavio.

—Claro —concedió el Galileo—. Tu mente es una casa muy grande…, pero no es Jerusalén. Espera a volver a tu verdadera casa, al reino invisible

del que procedes… Entonces no te sentirás perdido.

Flavio se refirió entonces a la fiesta de la Pascua y a los sangrientos sacrificios de animales en el Templo. Le repugnaba aquella costumbre. Y preguntó al Hijo del Hombre su opinión. Jesús fue rotundo:

—Mi padre no necesita la sangre para calmar su ira… Mi Padre no conoce la ira. Esos derramamientos de sangre son propios de religiones primitivas. Mi Padre es amor, os lo he dicho. El mejor regalo que podéis hacerle es aceptar su voluntad.

Permitió que las ideas se posaran en los corazones e insistió:

—Que mi voluntad sea la tuya… Los Dioses se estremecen cuando ven esos rituales sangrientos. Es repugnante.

—¿Y qué sucede si me entrego a la voluntad del Padre Azul, como tú lo llamas?

El Maestro respondió sin demora —y sonriente— a la importante cuestión planteada por el invitado más viejo:

—El universo se pone a tu servicio… De pronto te llenarás por dentro…, y por fuera. ¡Ensáyalo!… ¡Es gratis!

Finalmente surgió un asunto que quemaba a los presentes: la homosexualidad. ¿Cuál era la opinión del Galileo?

—No conviene juzgar —respondió el Maestro— aunque te asista la razón.

—Pero ¿es bueno o malo? Los fanáticos de los tirabuzones (se refería a los fariseos) nos odian y persiguen…

Flavio era tenaz. Y se repitió —casi— una escena vivida por Jasón y este explorador cuando descendíamos del monte Hermón en la compañía de Jesús (septiembre del año 25).

El rabí tomó una bella naranja —reluciente—, la paseó de una mano a otra y la levantó a la altura de sus ojos, color miel. Todos la contemplamos, expectantes. ¿Qué pretendía comunicarnos?

Entonces preguntó:

—¿Encontráis algún defecto en este fruto?

—No —replicaron al unísono—. Es perfecto y dulcísimo.

El Galileo depositó la naranja sobre una de las mesas y comentó:

—En verdad os digo que el Padre Azul tiene más cuidado a la hora de imaginar al hombre que a una bella y apetitosa naranja…

—Pero…

Jesús salió al paso de Flavio:

—Amigo mío…, Ab-bā no comete errores.

Mensaje recibido.

Así terminó aquella deliciosa cena. Jesús se despidió del «judío de atrio» y retornamos a Getsemaní. Y las aventuras continuaron…

Tebar y los espías

El sábado, 24 de abril del año 28, abandonamos el huerto de Getsemaní y nos dirigimos hacia el *yam* o mar de Tiberíades, en el norte. Tras despedirnos de Lázaro y su gente, el grupo avanzó primero hacia el este, a la búsqueda de Jericó y del río Jordán. Andrés, de acuerdo con el Maestro, organizó el *erub*, una treta que permitía caminar más de dos mil pasos en sábado. Los gemelos de Alfeo fueron los encargados de ir por delante, con sendas hogazas de pan. Recorrían los referidos dos mil pasos (algo menos de un kilómetro) y depositaban el pan sobre una piedra. Ese lugar —el *erub*— era estimado por la ley judía como el domicilio o la casa del grupo. A partir de ese punto, los íntimos estaban autorizados a recorrer otros dos mil pasos, y así sucesivamente.

Al alcanzar la ciudad de Jericó sucedió algo extraño. Hacia la sexta (mediodía), seis judíos se presentaron ante Andrés, el jefe de los discípulos. Kesil y yo montábamos las tiendas junto a las murallas. Y escuchamos la conversación, casi sin querer. Uno de los individuos dijo llamarse Tebar, que en arameo significa «frágil». Y la verdad es que lo parecía. No superaba el metro y medio de altura y era delgado como un junco. Presentaba la nariz más larga que he visto en mi vida. Era todo túnica. La arrastraba por el suelo. Habló en nombre del resto y dijo que deseaban entrar a formar parte de la familia del Maestro. Comulgaban con las ideas de Jesús y necesitaban más información. Andrés escuchó en silencio, observó a los seis y rogó que esperasen. Tenía que consultar. Cada uno de los sujetos cargaba un saco de viaje, sospechosamente iguales; todos amarillos. Aquello era muy raro… La intuición tocó en mi hombro: atención, peligro… Podían ser confidentes. Pero ¿de quién? Las legiones romanas destacadas en la vecina Siria —la III Gálica, la X Fretensis y la VI Ferrata— disponían de cientos de espías. Los llamaban «escorpiones». Eran hábiles, rápidos y certeros como las máquinas de guerra que lanzaban flechas. Estaban en todas partes; sobre todo en territorio enemigo u ocupado. Formaban células de tres agentes. Oían y transmitían. Por su parte, los confidentes del Sanedrín y de Antipas eran igualmente numerosos, o más. Los conocían por el alias de *tor* o «buey», por su extrema

peligrosidad. No podías fiarte ni de tu sombra. No, aquellos seis judíos no me gustaron, y a Kesil tampoco.

No nos equivocamos. Ese mismo sábado, poco antes del atardecer, vimos llegar al campamento a David Zebedeo, jefe de los correos, y hermano de Juan y Santiago. Llegó procedente de Jerusalén. Lo acompañaban dos de sus mensajeros. Imaginé que sucedía algo importante. Conversaron con Andrés y, posteriormente, con el rabí. Y, a la hora de la cena, el Maestro informó a sus hombres. Según David, el Sanedrín había celebrado una reunión secreta —la enésima— en la tarde del viernes, 23 de ese mes de abril; es decir, poco antes de nuestra partida de Getsemaní. En ella discutieron qué hacer con el maldito carpintero y constructor de barcos de Nahum. Estaban hartos de sus prédicas, de sus blasfemias y de sus supuestos milagros. No lo capturaron porque creían que las fuerzas romanas o los policías de Antipas lo harían nada más aparecer en Jerusalén. Pero no fue así. Y según los confidentes de David Zebedeo, las castas sacerdotales llegaron a creer que Jesús había pactado con las autoridades civiles de la ciudad santa. Finalmente decidieron desempolvar la orden de caza y captura contra el Galileo. Pero necesitaban pruebas y testigos de las blasfemias. Y decidieron nombrar a seis espías (todos ellos fariseos) para que se infiltraran entre los seguidores de Jesús y tomaran buena nota de sus infracciones. Deberían seguirlo a todas partes y recoger las palabras y despropósitos que sirvieran para condenarlo y ejecutarlo. El maldito Jesús debía morir lapidado.

La primera reacción de Juan Zebedeo fue de ira. Desenfundó la espada y juró matar a esos «miserables». El Zelota lo apoyó. El Galileo solicitó calma y rogó que le dejaran hacer. Él sabía cómo actuar. Y suplicó que la noticia de los infiltrados no saliera de allí. Todos dijeron que sí; todos menos Juanito y Simón, el Zelota. Aquello no me gustó. El Zebedeo era capaz de cualquier desatino…

Jesús de Nazaret insistió, esta vez mirando a los ojos de Juan Zebedeo:

—Yo me ocuparé de esos confidentes…

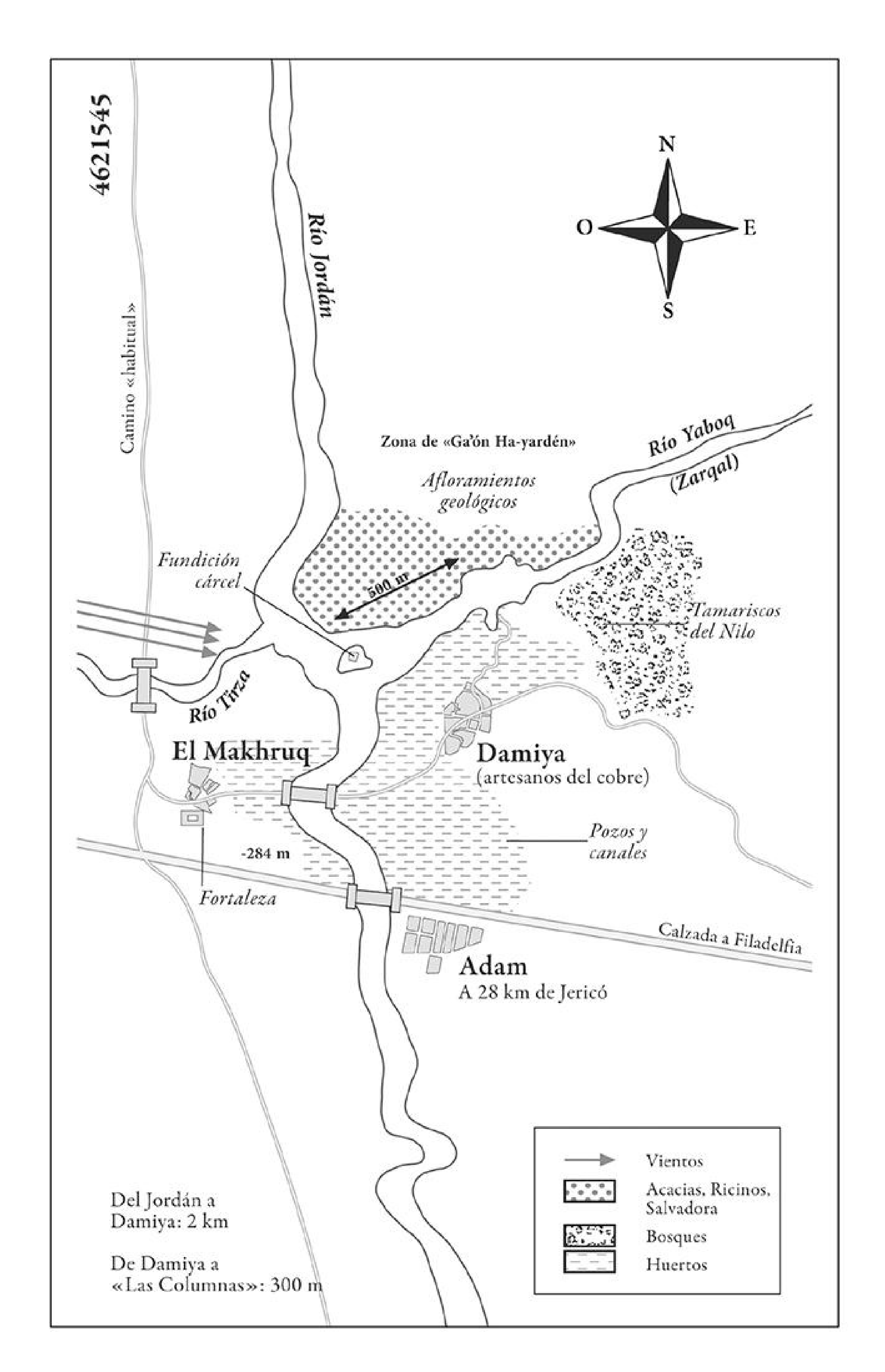
No se habló más del enojoso asunto. Entiendo que el Maestro actuó con prudencia. Y yo permanecí atento. La situación del Galileo seguía complicándose.

El vado de las columnas

El 27 de abril, martes, alcanzamos Damiya, un pueblo blanco de triste recuerdo para este explorador. Allí caí gravemente enfermo. Jasón me salvó. Allí conocimos a Kesil y allí lo contratamos.

Dejamos atrás la población y el Maestro —siempre en cabeza— buscó el caminillo de tierra roja que desembocaba en el río Yaboq, afluente del Jordán. El río, en aquel lugar, se ensanchaba considerablemente, formando un lago de escasa profundidad. En el cauce destacaban cuatro pilastras abandonadas y deterioradas por el paso del tiempo y de la corriente. Probablemente eran los restos de un puente que no llegaron a levantar. Las referidas pilastras daban nombre al lugar: el vado de las Columnas. Al fondo, en la otra orilla (margen derecha), se distinguía un «muro» de acacias del Karu, con millones de flores esféricas y rabiosamente amarillas. El mayor describió aquel bosque como impenetrable y habitado por la enigmática criatura de los ojos rojos: *Adam-adom*. Allí, según sus diarios, detectó unas misteriosas huellas, posiblemente del citado «hombre rojo»; el mismo que —según la creencia popular— habitaba en la zona de la Lengua, en el mar Salado o mar Muerto, donde se hallaba estacionada la «cuna».

El Maestro recomendó la playa de los guijarros blancos como el lugar ideal para levantar las tiendas. Y así se hizo.


4621545
Río Jordán
N
O
E
S
Camino «habitual»
Zona de «Ga'ón Ha-yardén»
Río Yaboq
(Zarqal)
Afloramientos
geológicos
Fundición
cárcel
500 m
Tamariscos
del Nilo
Río Tirza
El Makhruq
Damiya
(artesanos del cobre)
Pozos y
canales
-284 m
Fortaleza
Calzada a Filadelfia
Adam
A 28 km de Jericó
Vientos
Acacias, Ricinos,
Salvadora
Bosques
Huertos
Del Jordán a
Damiya: 2 km
De Damiya a
«Las Columnas»: 300 m

Pero, de pronto, empezó a llegar gente. No sé cómo se filtró la noticia… La cuestión es que, al ocaso, hacia las 18 horas, Andrés y el resto se vieron desbordados por un par de centenares de seguidores o supuestos seguidores del rabí de Galilea. Y lo mismo sucedió al día siguiente, y al otro… El jueves, 29 de abril (año 28), sumé más de dos mil personas, repartidas —como Dios les daba a entender— por la playa de los guijarros blancos y alrededores. Jesús fue amable con todos. Por la mañana se sentaba en la orilla del río y hablaba del Padre Azul, del gran futuro que nos aguarda y de la vida después de la muerte. Muchos lloraban, agradecidos. Otros se quedaban en blanco. «¿De qué habla este loco?», preguntaban.

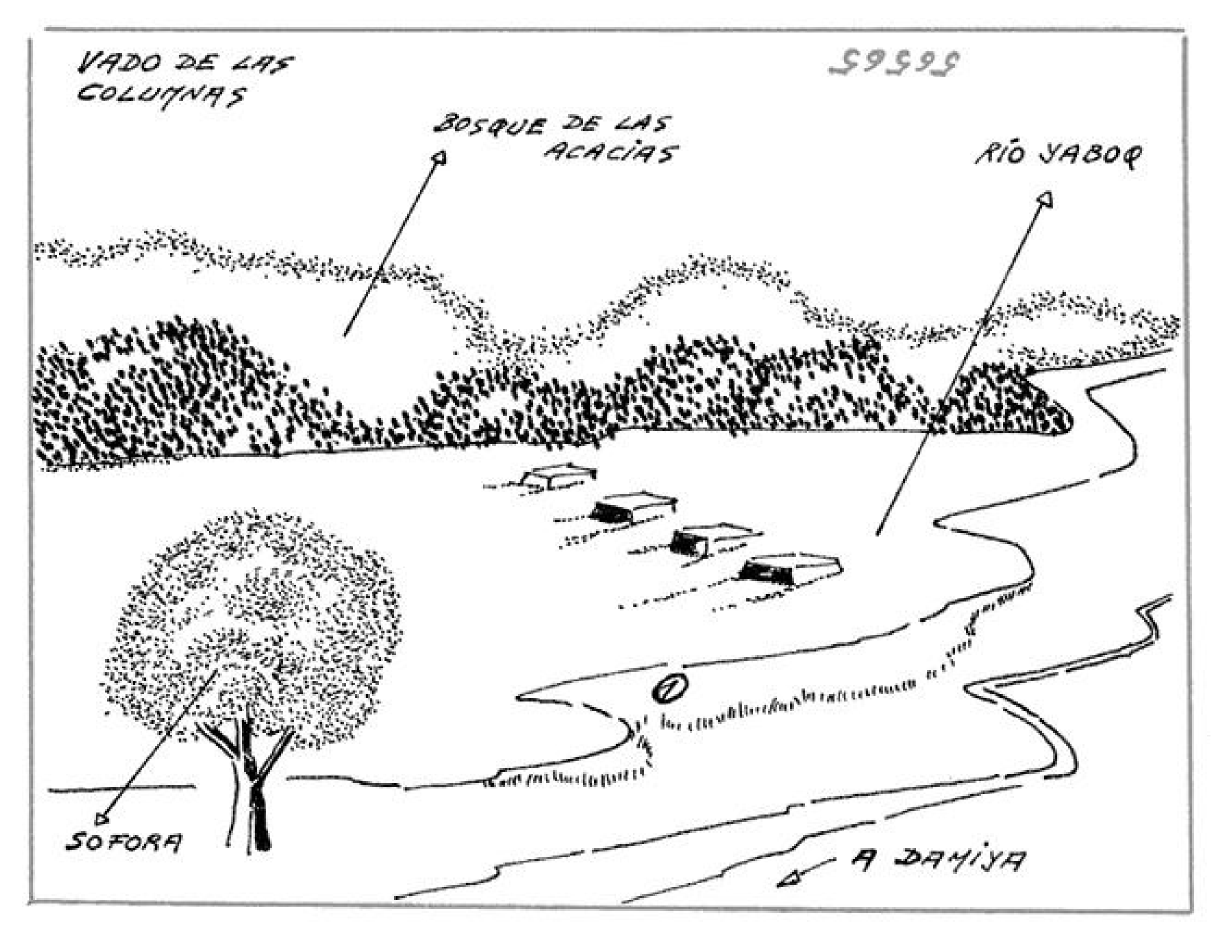
El 30 de abril, viernes, la cosa fue a peor. Siguió llegando gente. Éramos más de tres mil… Allí había de todo, como siempre: gente necesitada de consuelo, enfermos mil, pícaros de todos los pelajes, espías a decenas, desocupados y malparidos que sólo deseaban diversión y milagros. Y las prédicas del Maestro empezaron a ser interrumpidas. Me eché a temblar. Surgieron los silbidos, las risas, los insultos —«carpintero loco» era el más suave— y las exigencias. «Los enfermos son lo primero», demandaban. «¡Cúralos!»… Y los colocaban en primera fila, empujándose unos a otros y peleándose. El Maestro tuvo que abandonar el río y refugiarse en su tienda. No lo permitieron. Y el gentío terminó aplastando el campamento. Los espías tomaban nota de todo.

Andrés dio una orden escueta:

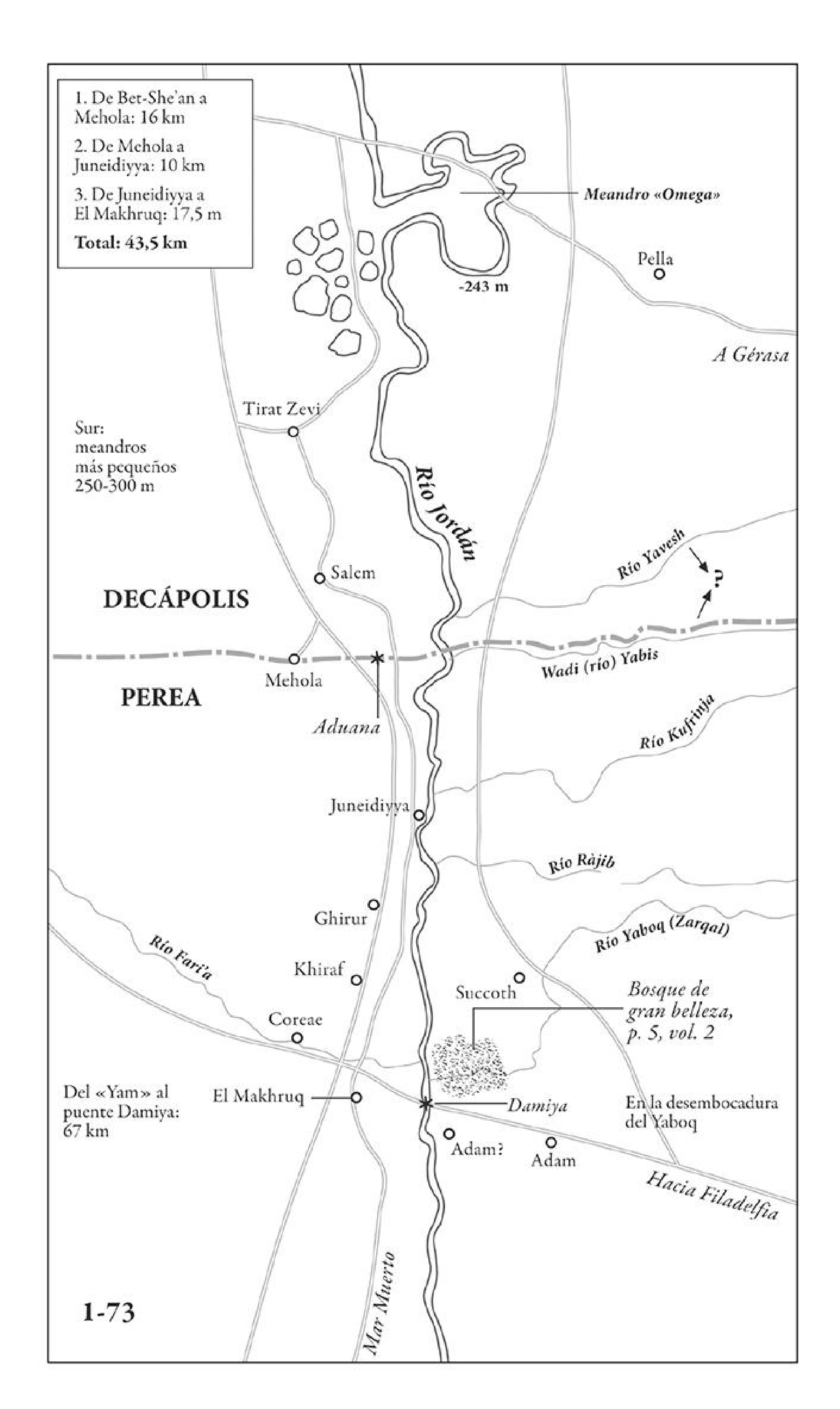
—¡Vamos!… ¡Recogedlo todo!

Y ese viernes, hacia la hora décima (cuatro de la tarde), huimos, literalmente. Conseguimos una ligera ventaja —no mucha— y nos detuvimos al anochecer en las cercanías de una aldea mínima llamada Khiraf. Los íntimos se mostraban nerviosos. Aquello era incontrolable. ¿Qué debían hacer? Pero el Maestro, tranquilo, no se pronunció. Y Andrés animó a su gente:

—Regresemos al *yam*… Allí decidiremos.



Vado de las columnas, cerca de Damiya. En la posición 1, la playa de los guijarros blancos. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.


1. De Bet-She'an a Mehola: 16 km
2. De Mehola a Juneidiyya: 10 km
3. De Juneidiyya a El Makhruq: 17,5 km
Total: 43,5 km
Meandro «Omega»
Pella
-243 m
A Gérasa
Tirat Zevi
Sur: meandros más pequeños 250-300 m
Río Jordán
Río Yavesh
Salem
DECÁPOLIS
Mehola
Wadi (río) Yabis
PEREA
Aduana
Río Kufrinja
Juneidiyya
Río Ràjib
Ghirur
Río Yaboq (Zarqal)
Río Fari'a
Khiraf
Succoth
Bosque de gran belleza, p. 5, vol. 2
Coreae
Del «Yam» al puente Damiya: 67 km
El Makhruq
Damiya
En la desembocadura del Yaboq
Adam?
Adam
Hacia Filadelfia
Mar Muerto
1-73

Recorrido desde Damiya al meandro Omega. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Yo soy amo del sábado

El orto o salida del sol en aquel 1 de mayo (año 28) se registró a las 4 horas y 48 minutos, según los relojes de la «cuna». Fue un sábado difícil de olvidar…

Prácticamente a oscuras nos pusimos en movimiento. Pero, al clarear, surgió el primer problema. Los espías empezaron a murmurar. «No está permitido caminar en sábado», decían. Y tomaban nota de la supuesta infracción del Galileo y de su gente. Jesús no se percató de las murmuraciones. Como siempre, marchaba en cabeza y ajeno a casi todo. Pero Andrés era listo. Y ordenó a los gemelos que procedieran con el *erub*. Y allí fueron, a la carrera, depositando la hogaza de pan cada dos mil pasos. Los espías, al percatarse de la maniobra, echaban pestes. Juanito Zebedeo y Pedro se morían de risa. La estúpida ley mosaica no había sido infringida…

Pero a la nona (tres de la tarde) se registró otro incidente. Al cruzar un campo de cebada, algunos discípulos sintieron hambre y echaron mano de las espigas. Eran de seis hileras (tipo *hexastichum*), de grano sólido y generoso. Pedro fue el más decidido. Se introdujo en el campo y arrancó un buen puñado. Después siguió caminando, al tiempo que trituraba los granos y los devoraba. Los espías —atentos— se dieron cuenta y corrieron hacia Andrés, denunciando a Pedro:

—¿Es que no sabes que es ilegal machacar el grano en sábado? —E indicaron la posición del inocente Pedro.

Andrés se defendió y defendió a su hermano:

—Tenemos hambre… ¿Desde cuándo es pecado comer en sábado?

—Ellos lo trituran en las manos —argumentó Tebar—. El Maestro no lo aprobaría…

El jefe de los íntimos se encogió de hombros y siguió su camino. Y Tebar y el resto, indignados, alcanzaron al rabí, explicándole lo sucedido. Jesús soltó la cinta blanca que le cubría la frente, se secó el sudor y manifestó:

—Sois celosos guardianes de la tradición, pero ¿no leísteis en las Escrituras que David, teniendo hambre, entró en el Templo y comió los panes de la proposición?

Los espías palidecieron. Y el Maestro prosiguió:

—Hacéis bien en defender el sábado, pero cuidad mejor de la salud de vuestros semejantes. Yo os declaro que el sábado fue hecho para el hombre y no al revés.

Los espías, furiosos, fueron anotando las palabras del rabí. Y murmuraban entre ellos. Jesús, entonces, lanzó una advertencia:

—Sé que estáis aquí para vigilar mis palabras…

Tebar bajó los ojos, avergonzado. Pero el Galileo no había terminado.

—Si es así, si estáis aquí para vigilarme —concluyó Jesús abiertamente—, yo proclamo, solemnemente, que el Hijo del Hombre es también amo del sábado.

Y repitió:

—Yo soy amo del sábado…

Tebar, rojo de ira, se rasgó la túnica y gritó con voz de rata:

—¡Blasfemo!… ¡Blasfemo!

Y el coro de confidentes lo secundó, con los puños en alto:

—¡Blasfemo!

El Maestro no se inmutó. Volvió a colocar la cinta blanca en las sienes y, dando media vuelta, prosiguió el camino hacia el norte con sus típicas y largas zancadas. *Zal* lo seguía muy de cerca.

Desnudo y a la carrera

Al atardecer, Andrés decidió acampar en la aldea de Gesher, a nueve kilómetros del mar de Tiberíades. Grave error. En principio, nadie nos seguía. Pero esa madrugada —hacia las tres— oímos voces. El gentío nos alcanzó. ¿Qué hacíamos? Andrés consultó. Todos se mostraron de acuerdo: era peligroso caminar en la oscuridad y, sobre todo, con aquella multitud amenazante pisándonos los talones. Teníamos que esperar al alba. Segundo error.

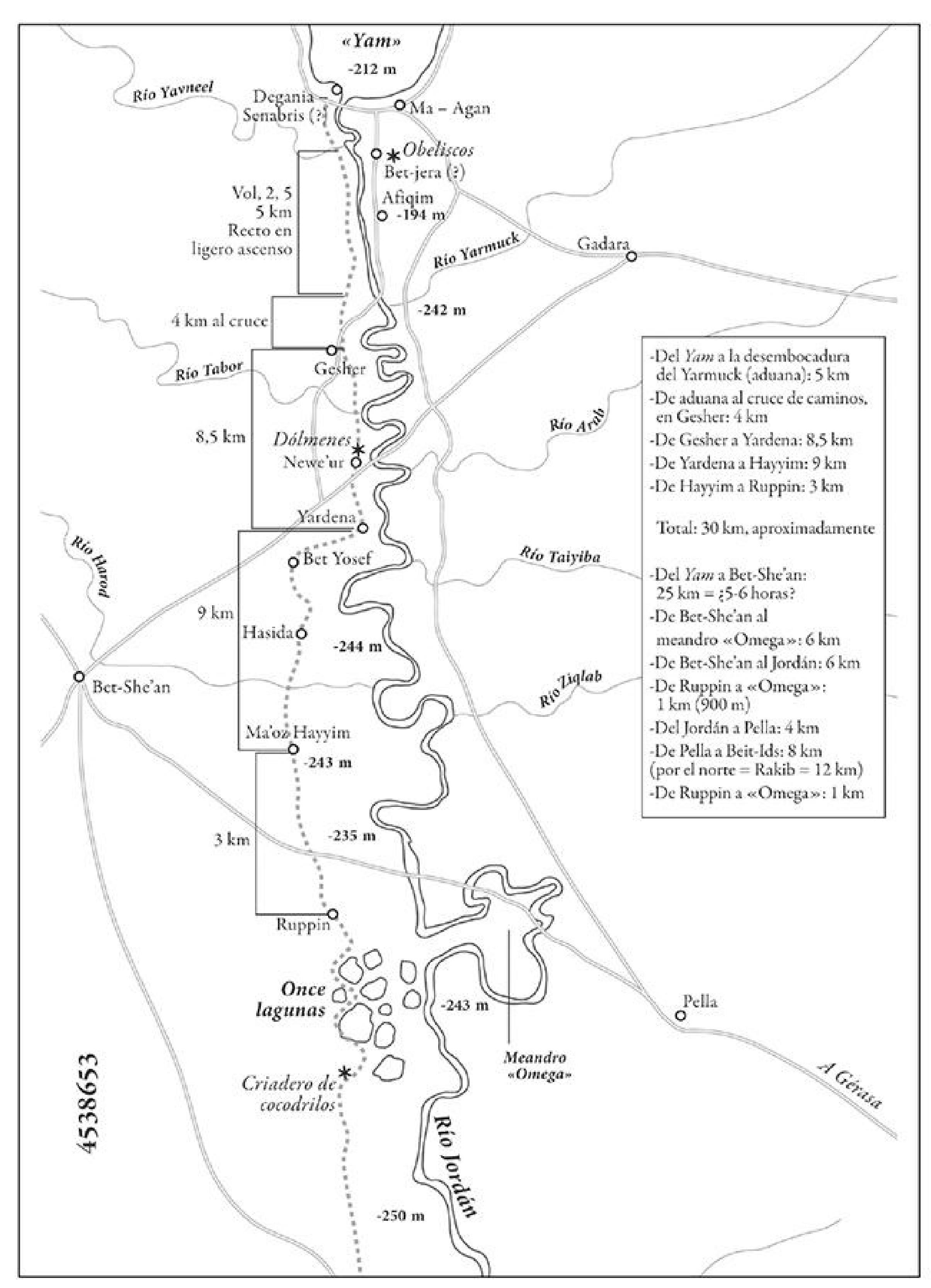
Y al amanecer, casi a las 5 horas del 2 de mayo (año 28), antes de que pudiéramos reaccionar, varios miles de personas rodearon las tiendas, reclamando la presencia del rabí. Andrés y los íntimos protegieron la entrada a la tienda de Jesús. Y aparecieron los *gladius*. Pero el gentío no se echó atrás. Querían ver al «hacedor de maravillas». Querían tocarlo. Necesitaban —exigían— que curase a sus enfermos y tullidos. El jefe de los discípulos intentó dialogar. Imposible. Y empezaron a volar insultos y maldiciones (en todos los sentidos).

Alguien, astutamente, abrió la tienda del Maestro por la parte de atrás. Y, cuando el rabí se disponía a huir, los fanáticos se dieron cuenta y aplastaron —literalmente— la tienda de pieles. Y rodearon al Hijo del Hombre. De las súplicas de sanación pasaron a los insultos, a las amenazas y a los empujones. Acusaron al Galileo de «traidor» y de querer escapar… Y empezó una lluvia de piedras. Aquello tenía mala, muy mala pinta. Para colmo, la vara de Moisés seguía en el interior del *reda*, el carro cerrado. No pude hacer nada; absolutamente nada…

Jesús, pálido, no opuso resistencia. No pronunció una sola palabra. No protestó. No se defendió. Y los fanáticos, envalentonados, siguieron con los empellones y con las injurias. Aquella escena me recordó otras, vividas por Jasón durante la Pasión y muerte del Galileo… Una de las piedras impactó en la frente del Maestro y provocó una herida. La sangre le cubrió el rostro. *Zal*, amarrado a una de las tiendas, ladraba con desesperación y tensaba la cuerda, haciendo oscilar las pieles. En esos instantes —no sé cómo lo consiguió—, Judas Iscariote se abrió paso entre la confusión y, espada en mano, trató de sacar al Maestro del tumulto. No lo consiguió. Los energúmenos lo arrollaron,

pisotearon el *gladius* y lo patearon con saña. El Iscariote escapó a gatas, aullando de dolor. Los individuos, furiosos —no sabría decir cuántos—, echaron mano de la túnica roja del rabí y la arrancaron, troceándola con rabia. Después le tocó al *saq* o taparrabo. Y el Maestro quedó desnudo, a merced de aquellos malnacidos. De una patada en el bajo vientre lo derribaron. Jesús se retorció de dolor. Pensé que lo mataban… Pero no. En esos críticos segundos vi aparecer a Andrés y al resto de los íntimos. Portaban antorchas. Y golpearon a los más cercanos con las teas, incendiando las vestiduras. Los fanáticos retrocedieron entre gritos y lamentos. Algunos tropezaron y cayeron a tierra, multiplicando el caos. Pedro y los Zebedeo alzaron al rabí y cargaron con Él, desapareciendo entre los árboles. No lo dudé. Y salí a la carrera tras los fugados. Nada de esto fue narrado por los evangelistas. ¿Por qué?

Algún tiempo después entramos en la ciudad portuaria que llamaban Degania, al sur del *yam*. La gente miraba, asombrada. ¿Quién era aquel individuo —desnudo y ensangrentado— que corría como un gamo? ¿Quiénes eran los sujetos —armados con espadas— que lo acompañaban con tantas prisas? Al llegar al puerto, Juan Zebedeo señaló un barco. Estaba soltando amarras. Y, sin dudarlo, corrimos hacia él, saltando sobre la cubierta. Y el barco empezó a navegar. Minutos después, cientos de enfurecidos individuos se agolpaban en el muelle, clamando con los puños en alto. Algunos gritaban: «¡Sabemos dónde vives!».



Ubicación de Gesher, la aldea en la que fue atacado Jesús, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

¡Pardiez! Aquel barco me resultó familiar. Era todo blanco… Mástiles, velas, cubierta y hasta las vestiduras de la tripulación… ¡Era el *mot*! ¡El barco

de la muerte! ¡El barco que transportaba a los difuntos en el mar de Tiberíades!

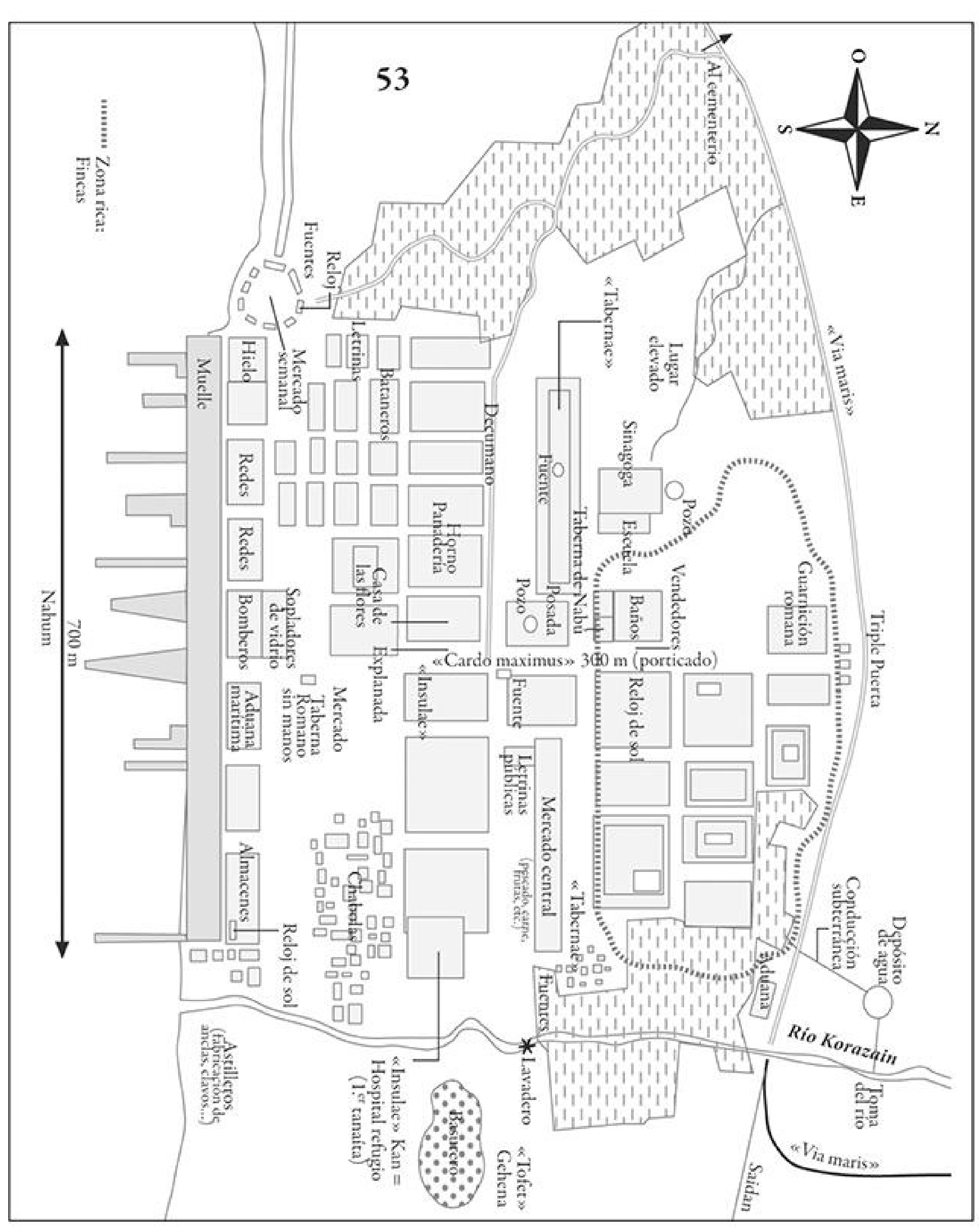
Adiós a los onagros

Cuando logramos respirar nos dimos cuenta: habíamos ido a parar al *mot* (literalmente, «muerte»). Era la segunda vez que lo visitaba…, sin querer.

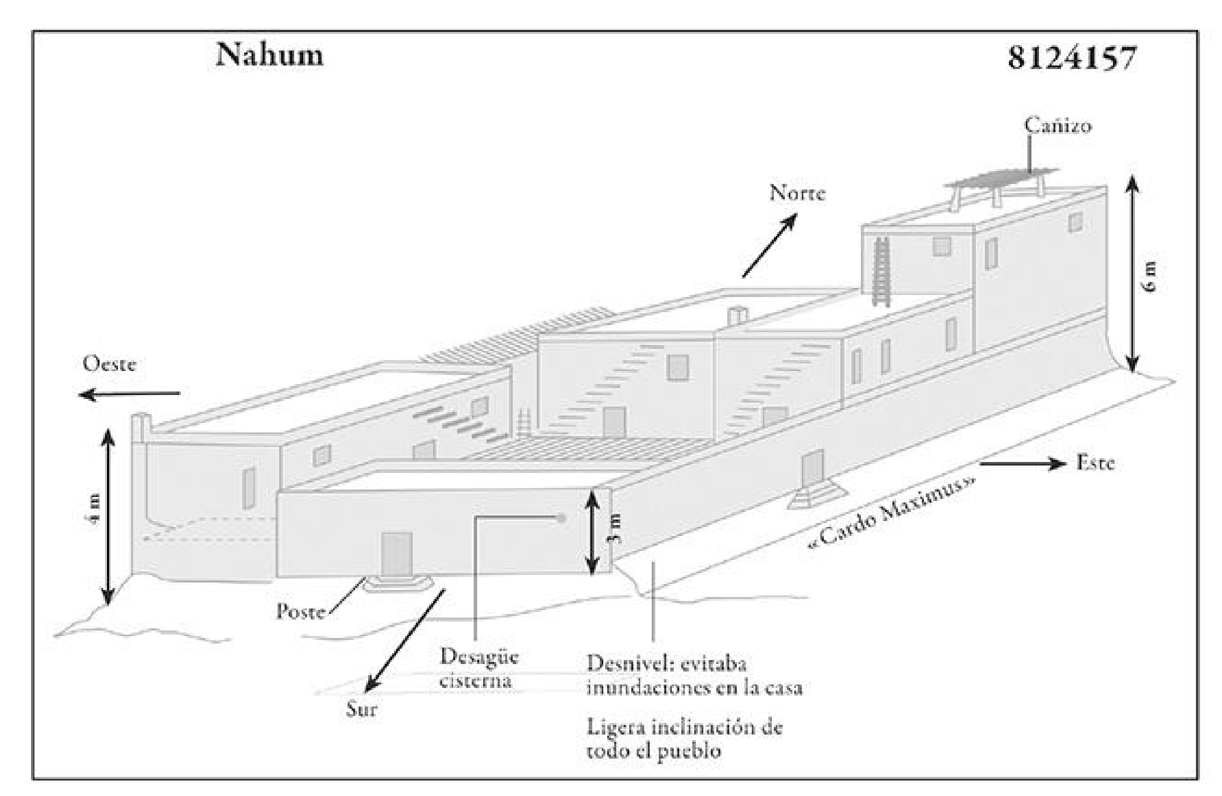
El patrón —fenicio para más señas— no preguntó. Dio por sentado que éramos parientes, rezagados y un tanto raros, de alguno de los tres cadáveres que trasladaba a Nahum.

Alguien cubrió al Maestro con una manta blanca y seguimos navegando hacia el norte. Las plañideras, entonces, iniciaron su trabajo. Fueron tres horas de suplicio: puro llanto fingido y toda suerte de lamentos teatrales. Jesús no habló. Se sentó en la proa y allí permaneció, pensativo, durante toda la travesía. El rostro aparecía lejano y sombreado por la tristeza. Una tristeza consolada —a medias— por la suave brisa del *yam*. Una segunda vela, atravesada en el mástil de popa, vino a empujar al pequeño cascarón, auxiliando a la mayor. Y el *mot* cabeceó voluntarioso. La mesana era igualmente blanca, inmaculada. Todo lo era en aquel falucho de los demonios. Así lo exigía la ley judía. El *mot*, como explicó Jasón, era un barco pagano, responsable del traslado de los muertos por el *yam* o mar de Tiberíades. La tripulación, naturalmente, era pagana. Eran los únicos que podían tocar los cadáveres. Para distinguirlo de lejos —y evitarlo—, la embarcación fue pintada de blanco; algo similar a lo que sucedía con los cementerios. Como dije, el blanco era el color del luto para aquellas gentes.

Y a la sexta (mediodía) desembarcamos en Nahum. Desde allí caminamos a Saidan, el barrio pesquero de la populosa Nahum o Cafarnaúm. Cada cual se retiró a su casa. No estaban los ánimos para mucho más…



Plano de la ciudad de Nahum (Cafarnaúm), según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



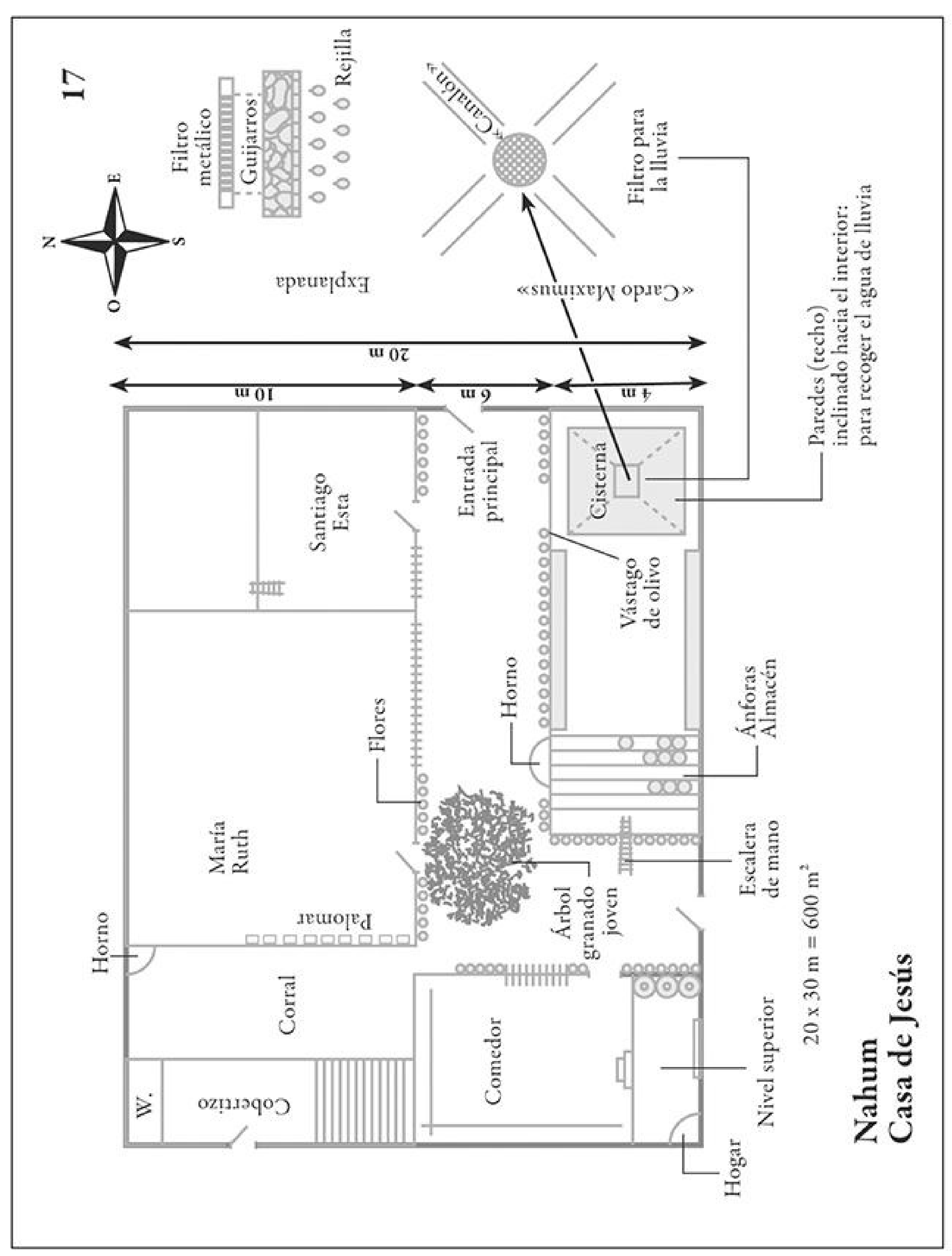
Casa de las flores, en Nahum. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Al día siguiente, 3 de mayo, lunes, llegó el resto. Kesil era un mar de lágrimas. Pensó que nos habían masacrado. Lo vi aparecer con una mula vieja y resabiada. ¿Dónde estaban los jumentos? El criado, entre lágrimas, contó lo siguiente: en el tumulto del día anterior, alguien —en un descuido de Kesil— logró afanar los onagros. No volvimos a ver a *Sab* y *Ah*. Kesil lloró durante dos días, sin interrupción. Del carro, afortunadamente, no faltó nada. Aquello me hizo pensar. No debía separarme del cayado. En resumen: el fiel sirviente se hizo con una mula y así alcanzó la aldea de Saidan.

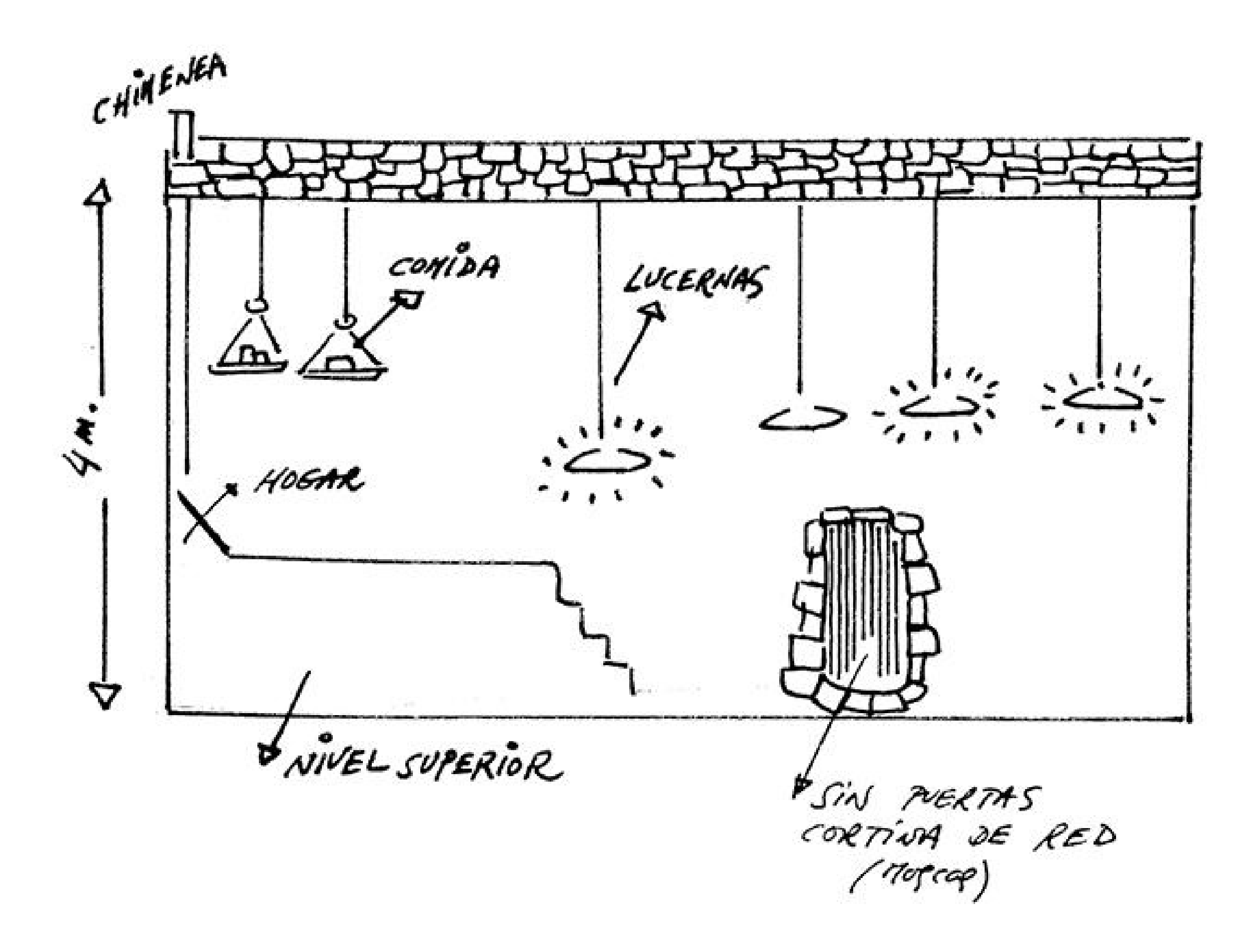
Esa mañana del 3 de mayo (año 28), Kesil me acompañó a Nahum. Compramos dos mulas, se deshizo de la resabiada y visitamos uno de los mercados populares. Allí revisé el surtido de túnicas. Tenía una idea en la cabeza. Me dejé guiar por la intuición, una vez más. Y compré una hermosa túnica de lino —confeccionada en Palmira— teñida en un rojo vivísimo. Y pregunté al criado:

—¿Le gustará al Maestro?

Kesil se sorprendió. Y descubrió que, a veces, yo también tenía buen corazón…



Distribución de las viviendas en la casa de las flores, en Nahum. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



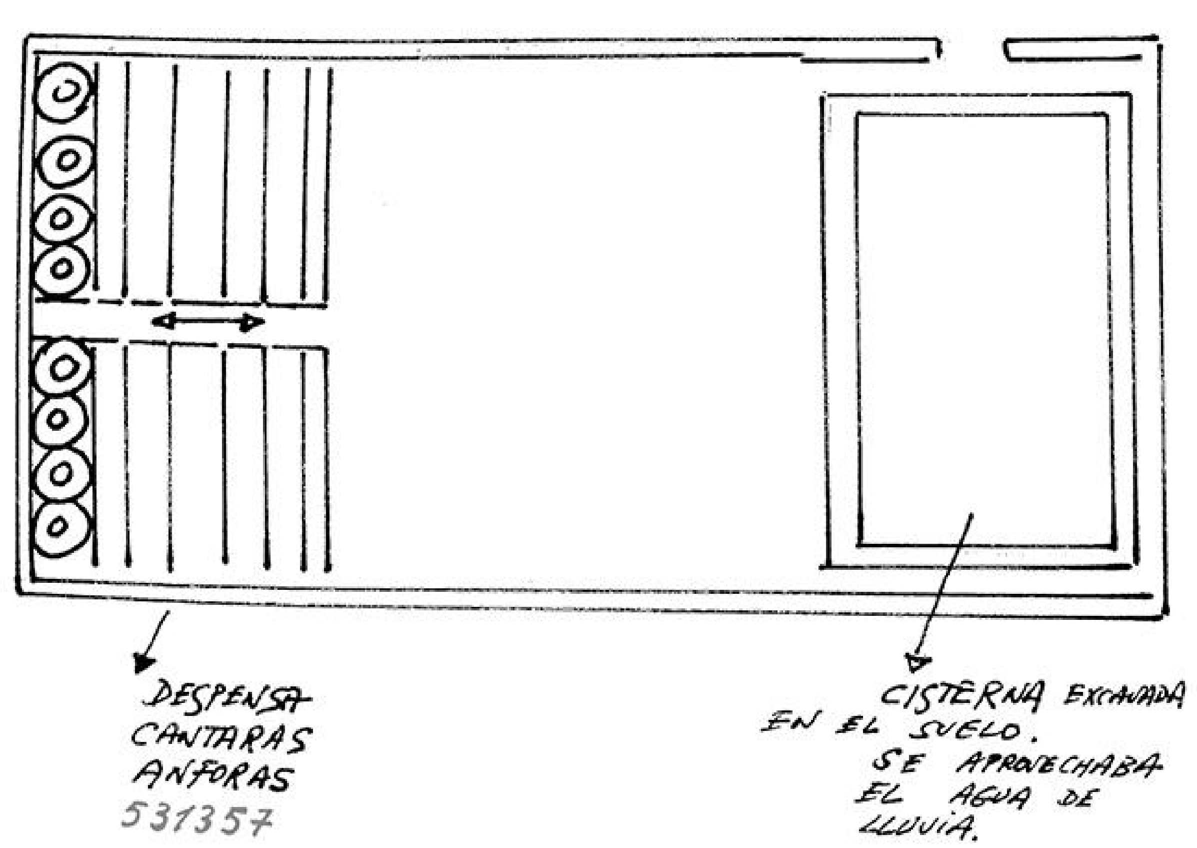


Imagen superior: vivienda típica judía, dividida en dos niveles. Imagen inferior: almacén y despensa. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Dijo que sí. Era preciosa.

Compré también un cíngulo de cuerdas egipcias, trenzadas. Total: ocho denarios de plata. Por cierto, lo olvidaba: las mulas se llamaban *’Ummah* («Nación», en arameo) y *’Ahari* («Futuro»). *’Ummah* era negra azabache, testaruda, y con una estrella blanca en la frente. Su compañera era torda y miedosa.

Al atardecer me presenté en el caserón de los Zebedeo. El rabí se encontraba en las colinas, en la compañía de su perro. Me arriesgué y, sin decir ni palabra, subí al palomar. Empujé la puerta de la habitación del Maestro y entré. Eché una rápida ojeada y terminé depositando la túnica fuego sobre la cama. En uno de los jarrones descubrí una rosa roja. Me miró con descaro. No lo dudé. Tomé la flor y la deposité sobre la túnica. «Eso confundirá al Galileo», me dije. Fue mi obra buena el 3 de mayo… Después me retiré a la playa e intenté planificar los siguientes pasos… Era preciso obtener nuevas muestras biológicas del Hijo del Hombre. Pero ¿cómo, cuándo y dónde?

En el cielo no hay sexo

El viernes, 7 de mayo (año 28), Jesús reanudó las «clases» en el caserón de los Zebedeo. Tras la cena, los discípulos se reunían en la «tercera casa» y preguntaban y preguntaban. Entré en la estancia y permanecí al fondo, en silencio. El maestro me vio, sonrió y, dejándolo todo, se puso en pie y caminó hacia este explorador. No hubo palabras. Abrió los grandes y cálidos brazos y me envolvió en un abrazo sin fin. Dejé hacer. Estaba sorprendido. ¿A qué obedecía aquel gesto? Y, de inmediato, recordé el regalo que había depositado sobre la cama, en el palomar: la túnica roja. Noté su corazón. Bombeaba con fuerza. Y el Maestro regresó a su asiento. En el ambiente quedó flotando aquella interminable sonrisa. Juan Zebedeo puso mala cara. ¿A qué se debía la deferencia para con el «maldito griego»? El rabí no dijo nada, y yo tampoco.

Asistí a varias de las «clases», hasta que me aburrí. Conocía las enseñanzas: Padre Azul, inmortalidad del alma, vida después de la vida, necesidad de confiar, principio «Omega» y el gran futuro del ser humano tras la muerte…

En una de aquellas rondas de preguntas, Bartolomé —el Oso de Caná— planteó una cuestión que le había sido sugerida por Tebar, el jefe de los espías que trabajaban para el Sanedrín.

—Rabí, ¿por qué nunca ayunamos?

El Galileo acarició la naranja que le había proporcionado Felipe (como en cada «clase») y respondió con seguridad:

—Dime, ¿ayunan los amigos del novio en una boda?

El Oso negó con la cabeza. Y Jesús prosiguió:

—En verdad os digo que el novio, el Hijo del Hombre, está ahora con vosotros… Pero llegará el momento en el que será muerto.

Lo miraron sin comprender. ¿A qué se refería? ¿El rabí muerto?

—Ese día —continuó Jesús—, los amigos llorarán y ayunarán…

El Maestro volvía a anunciar su crucifixión. ¡Faltaban veintidós meses! Pero, como digo, ninguno de los presentes supo de qué hablaba. Y el Maestro fue más allá:

—Orar es bueno. Ya lo hablamos. Pero ayunar no es una práctica en el reino del Padre Azul.

Dejó correr el silencio. Todos estaban desconcertados. El ayuno era sagrado para la religión judía. Lo practicaban con regularidad y, en especial, cuando estimaban que habían cometido un pecado.

—El ayuno no es necesario en el reino de mi Padre —redondeó el Galileo— porque, entre otras razones, allí no necesitaréis comer y beber… El ayuno sirve hoy a las almas cándidas…

—¿No tendré que cocinar? —preguntó Felipe, desconcertado.

Las risas fueron incontenibles.

—Tu cuerpo será distinto —insistió el rabí—. Ya lo hablamos…

—¿Distinto? ¿A qué te refieres?

La pregunta de Tomás resumía el pensamiento de todos.

—Distinto… No habrá desechos…

Jesús lo explicó con delicadeza. Pero Pedro, con su habitual torpeza, lo estropeó:

—¿Quieres decir que en el reino del Padre Azul no cagaremos?

Juan Zebedeo lo llamó «ramplón» y «pisaúvas». Y las risas regresaron.

El Maestro negó con la cabeza, y amplió:

—El alimento que recibirás en ese reino será diferente. Repito: allí no hay desechos, ni sexo, ni tampoco impurezas…

Tomás casi se desmaya.

—No puede ser —argumentó con un hilo de voz—. ¿No hay sexo? Me niego a entrar en ese reino… ¡No hay comida! ¡No hay sexo!… ¿Qué hay?

El Maestro alzó la voz por encima de las risas:

—Cada orgasmo puede durar lo que tú desees…

Nos contempló, divertido, y cambió de asunto. Y todos comentaban: «Sí, queremos entrar en ese reino, donde los orgasmos pueden no tener fin…».

El resto de la tertulia quedó difuminada ante aquella afirmación del Maestro.

Una noche en remojo

El 9 de mayo, domingo, se registró en el *yam* un importante cambio meteorológico. El anticiclón cayó sobre nosotros y las temperaturas se dispararon. Hubo días de 40 grados Celsius. Las noches eran irrespirables. Los barómetros de la «cuna» se instalaron en los 1040 milibares. Y Jesús y algunos de los discípulos eligieron dormir en la playa. Me pareció buena idea. Nos sentábamos en la arena y conversaban o, simplemente, contemplábamos las estrellas. Después, todos quedaban profundamente dormidos.

Fue en una de aquellas sofocantes noches cuando se me ocurrió la idea. Una vez dormidos, podía utilizar los «extractores» y obtener una muestra de sangre del Galileo. Nadie se enteraría. Y calculé los movimientos. Me situaría cerca del rabí y esperaría a que su sueño fuera profundo. Él siempre se descalzaba. Acto seguido colocaría los «anillos» en el talón y procedería a la extracción. Si incrementaba la potencia de los «extractores», no necesitaba tocar la piel.

Elegí la noche del jueves, 13 de mayo (año 28).

La tertulia se desarrolló como siempre. Me senté muy cerca del Maestro, en la playa de Saidan, y aguardé. La noche, una vez más, fue tórrida. Pasaríamos de los 38 grados Celsius. Y, como digo, terminada la ronda de preguntas, cada cual se acomodó en la arena y buscó el sueño. Fue en esos momentos —hacia la segunda vigilia (diez de la noche)— cuando escuchamos los ladridos. ¡Pardiez! ¡Era *Zal*! Tuve el tiempo justo de levantarme, correr hacia el lago y sumergirme en sus aguas. El perro descendió las escaleras del caserón y se reunió con su amo.

Allí pasé el resto de la noche, a remojo… Justo castigo a mi perversidad.

La noche siguiente sucedió lo mismo. Y también la otra y la otra…

Desistí.

Y el domingo, 16 de mayo, tomé el saco de viaje y, en solitario, me encaminé al mar Muerto. Necesitaba pensar y depositar las muestras de sangre de Ruth en lugar seguro, en la «cuna».

Allí permanecí una semana, en la más absoluta soledad.

El hospital

El martes, 25 de mayo (año 28), regresé a Saidan. Allí me esperaba una sorpresa. En mi ausencia, los discípulos habían montado un «hospital» de campaña. La idea fue de David Zebedeo, hermano de Juan y Santiago, el hombre que puso en marcha los eficacísimos correos. Fue instalado en la playa, frente al caserón de la familia Zebedeo. David era un gran organizador. Alineó las tiendas —107 en total— y dispuso un excelente sistema de abastecimiento de agua. La capacidad oscilaba entre mil y mil quinientas personas. Saidan y Nahum estaban asombradas. Cada día, decenas de individuos acudían al «hospital» y comprobaban el buen hacer de los auxiliadores o *rofés*.

David Zebedeo era algo más joven que Santiago. Rondaba los treinta años. Era un mozo corpulento, de ojos garzos e inquietos, y nariz típicamente judía (muy adelantada). Las canas apuntaban en una cerrada mata de pelo crespo y azabache. Me caía bien. Era rápido de pensamiento. Discreto. Muy valiente. Imperturbable y generoso. Entendió el mensaje de Jesús y creyó en su resurrección antes que ninguno. Los evangelistas no lo mencionan: ni siquiera Juanito, su hermano. ¿Por qué?

Los gemelos de Alfeo se convirtieron en sus ayudantes. Estaban en todas partes. Atendían la cocina, trasladaban a los enfermos, levantaban las tiendas de pieles, se ocupaban de los suministros y, sobre todo, consolaban a los dolientes. Fueron ejemplares.

Al hospital llegó toda suerte de enfermos. La mayoría con problemas. Otros, por supuesto, con enfermedades imaginarias…

Jesús los visitaba una o dos veces por semana. Y recorría las tiendas, conversando con todos ellos. La paciencia de aquel Hombre era inagotable. Escuchaba sus lamentos, acariciaba sus manos y rostros y les dedicaba palabras de ánimo. Muchos eran judíos. Otros habían llegado desde Fenicia, desde el Tigris e, incluso, desde Egipto. Todos solicitaban la sanación. En realidad, por eso habían viajado. Pero el Maestro —que yo sepa— no llevó a cabo ningún prodigio. Algunos abandonaron Saidan con la creencia de que el Hijo del Hombre los había curado. Falso. Pero lo proclamaban a voz en grito.

Los íntimos se organizaron de la siguiente manera: una vez a la semana salían a pescar y el dinero obtenido con las capturas era destinado al mantenimiento del hospital. Todos colaboraban. De esta forma, David Zebedeo podía costear la comida, las medicinas y el sueldo de los auxiliadores. Los enfermos no pagaban.

Durante el día, el rabí se alejaba y permanecía en las colinas próximas. A veces marchaba solo. En otras oportunidades se hacía acompañar por una pareja de discípulos. Jesús dedicaba todo su tiempo a la «conexión» con el Padre Azul. No puedo dar más detalles porque, sencillamente, no fue posible acompañarle. En ocasiones, los íntimos hablaban de algo extraño: «El Maestro —decían— se transformaba… Los rasgos de la cara cambiaban… Se llenaba de luz». Pero no sabían explicar el porqué. Era como si hablase con alguien, aunque allí no había nadie.

Otra de las labores de los íntimos fue la creación de una escuela de predicadores o evangelistas de la buena nueva. Surgió casi de forma espontánea. Mucha gente, entre los enfermos, deseaba saber en qué consistía el «reino invisible y alado» del que tanto hablaban… Y los discípulos se organizaron para instruir a los que solicitaban la información. Por las tardes se reunían en el hospital y los íntimos explicaban la buena nueva. Me senté junto a los candidatos y escuché. Fue decepcionante. Ninguno de los discípulos —a excepción de Mateo Leví— había entendido las palabras del Galileo. Oí toda suerte de despropósitos: «Roma sería aniquilada… Era cuestión de días o semanas… La ley y la religión judías se extenderían hasta el fin del mundo… Los paganos trabajarían para los hebreos… Palestina alcanzaría el triunfo que merecía… Todos serían ricos… Y Jesús de Nazaret conduciría los ejércitos victoriosos… Él era el Mesías anunciado en las Sagradas Escrituras». Jesús acudía a la flamante escuela una o dos veces por semana y respondía a las preguntas de los «aspirantes al reino». Pero se negó a hablar del Mesías.

Aquello se prolongó durante cinco meses: desde el 3 de mayo al 3 de octubre del año 28 de nuestra era.

Ante mi asombro, Tebar y los restantes confidentes del Sanedrín fueron aceptados en la escuela de los evangelistas. Fue de risa. Todos sabían que eran espías… Las preguntas de los infiltrados eran ácidas y ridículas.

Por el hospital pasaron personajes muy curiosos. Recuerdo algunos:

Elman. Era un médico sirio. Llegó atraído por la fama del Maestro. Alcanzaba dos metros de altura. Siempre vestía de amarillo. Decía curar con el poder de sus manos. Terminó siendo el *rofé* director del hospital. Era un

tipo extraño. Casi no hablaba. Al imponer las manos, cerraba los ojos y entonaba un cántico. No vi mejoría en ninguno de los pacientes.

Assi, el esenio. Lo conocí durante la visita al *kan* del lago Hule, narrada por el mayor en sus diarios. Vestía siempre de blanco inmaculado. Lucía en el pecho la *haruta*, una hoja de palma de latón que lo acreditaba como médico o auxiliador. Él, sin embargo, rechazaba el título de *rofé*. Decía que sólo Yavé era el verdadero médico. Y con él llegó mi querido Denario, el niño pelirrojo que había sido sordomudo y que fue curado en la sanación masiva, en Saidan. Assi le estaba enseñando a hablar. Vi también a *Hašok* («Tinieblas»), el «hombre lobo», igualmente curado en aquella histórica puesta de sol. Me recibieron con alegría.

Temah, un egipcio que decía curar con masajes en los pies. Era diminuto y feliz. Aseguraba que el cuerpo humano está reflejado en cada pie. Aliviaba toda suerte de dolores con unos sabios masajes. Utilizaba básicamente los dedos índice y pulgar. Me sometí a una de las sesiones y noté un agradable bienestar general. Entendí por qué le llamaban *temah* («milagro», en arameo).

Ajonegro. Era un beduino de Moab, del clan de los Adwan. Lo llamaban así porque toda su medicina se basaba en el ajo negro. Fermentaba el ajo a temperaturas de unos 60 grados Celsius y, en cuestión de un mes, se transformaba en un fruto negro. Con él llevaba a cabo toda suerte de infusiones. Y la verdad es que conseguía excelentes resultados. Cuando pregunté a «Santa Claus» por las propiedades del ajo negro, el ordenador central aseguró que estábamos ante un potente antioxidante (cinco veces superior al ajo normal). Felipe fue su más entusiasta defensor. Consumía ajo negro a todas horas.

Los Asclepios. Se trataba de un grupo de médicos griegos que decían curar por el poder de sus manos y sometiendo a los pacientes a continuas y prolongadas sesiones de sueño. Durante el sueño —al que llamaban «incubación»—, se presentaba el dios Asclepio, o bien su hija Higiea, y sanaba al enfermo. Vivían rodeados de ayudantes denominados *therapeutai* y celebraban las sesiones en divanes especiales —traídos de Chipre—, siempre de colores claros, a los que llamaban *kline*. Los resultados eran más que dudosos… El Maestro departía con ellos y se interesaba por los detalles.

Arba. Fue, sin duda, el «médico» más popular en el hospital de la playa de Saidan. Lo llamaban así —*Arba* («Cuatro», en arameo)— porque siempre cobraba las consultas con cuatro; no importaba si el enfermo pagaba en especie o en monedas. Siempre tenía que sumar cuatro. Era un galileo redondo (podía pesar cien kilos), con una mirada dulce y verde. Decía ser

interpretador de sueños. En su tienda había siempre una larga cola de interesados. Una mañana llegué hasta Arba y le hice una consulta. Desde hacía tiempo se repetía un extraño sueño. Me veía saliendo de una cárcel. Arba me miró, distraído, y aseguró que «el destino me reservaba una gran sorpresa». En un primer momento no le creí. Ahora, al redactar estas memorias y recordar lo que sucedió en Jericó, las palabras del interpretador de sueños me llenan de emoción. No se equivocó… Pagué con cuatro ases. Y recordé: el 4, en Kábala, simboliza la letra *dalet* (la puerta y la palabra). Como decía el Maestro, quien tenga oídos que oiga…

Beit Ids

Como dije, durante cinco largos meses, hasta el 3 de octubre del año 28 de nuestra era, Jesús y su gente se esforzaron por sacar adelante el «hospital» de campaña ubicado en la playa de Saidan. Fue un gran esfuerzo y un tiempo de paz. Ni Roma, ni Herodes Antipas, ni tampoco el Sanedrín molestaron al Maestro. Sólo los espías permanecieron atentos.

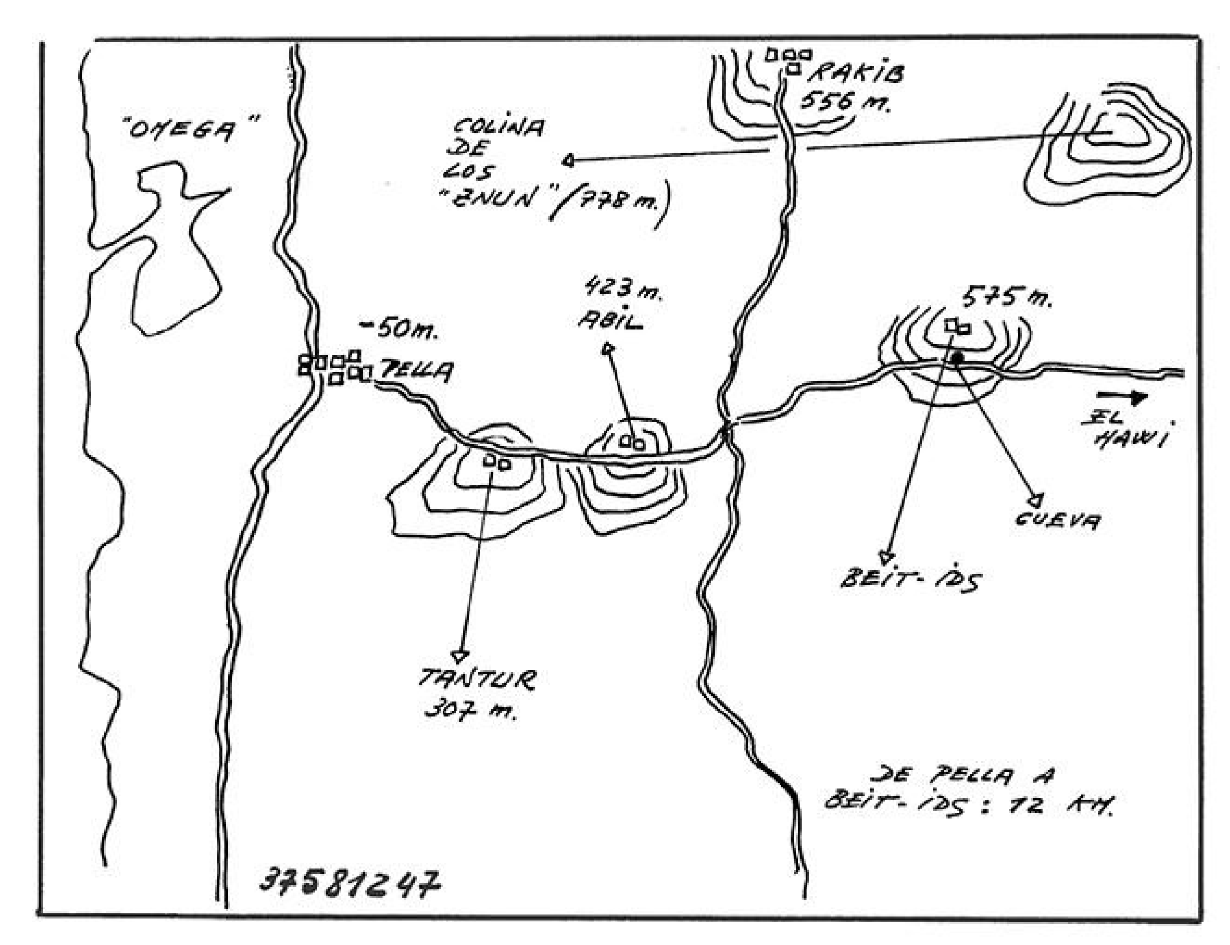
Y a primeros de junio tomé una decisión: abandonaría Saidan. Entendí que había llegado el momento de ocuparse del maldito cilindro de acero y recuperar las muestras biológicas del rabí de Galilea y de su familia carnal. Si se registraba alguna novedad en mi ausencia, Yu, el chino, y Felipe, el intendente, me informarían a mi regreso.

Kesil no preguntó. Lo dispuso todo: cargó el carro con las tiendas y las provisiones y al alba del 4 de junio las mulas arrancaron con ganas. La verdad es que *Ummah* y *Ahari* se portaron medianamente bien. Descendimos por el valle del Jordán y, al divisar la ciudad de Pella, en la Decápolis, le indiqué el camino de la izquierda. Me miró, extrañado. Y anuncié nuestro destino final: Beit Ids.

Según los diarios del mayor, fue en esa zona donde el cilindro de acero desapareció. Mejor dicho, donde fue robado por una niña salvaje (si es que daba crédito a lo escrito por Jasón). En aquel tiempo, como se recordará, Jesús se había retirado a una cueva. Allí permaneció durante treinta y nueve días. Y me pregunté: ¿cómo podía localizar a la niña en cuestión? Lo dejé en las manos del destino. ¡Vaya! Empezaba a parecerme a Jasón… Él hubiera escrito la palabra «destino» con mayúscula. Pero yo nunca seré como él (para mi desgracia).

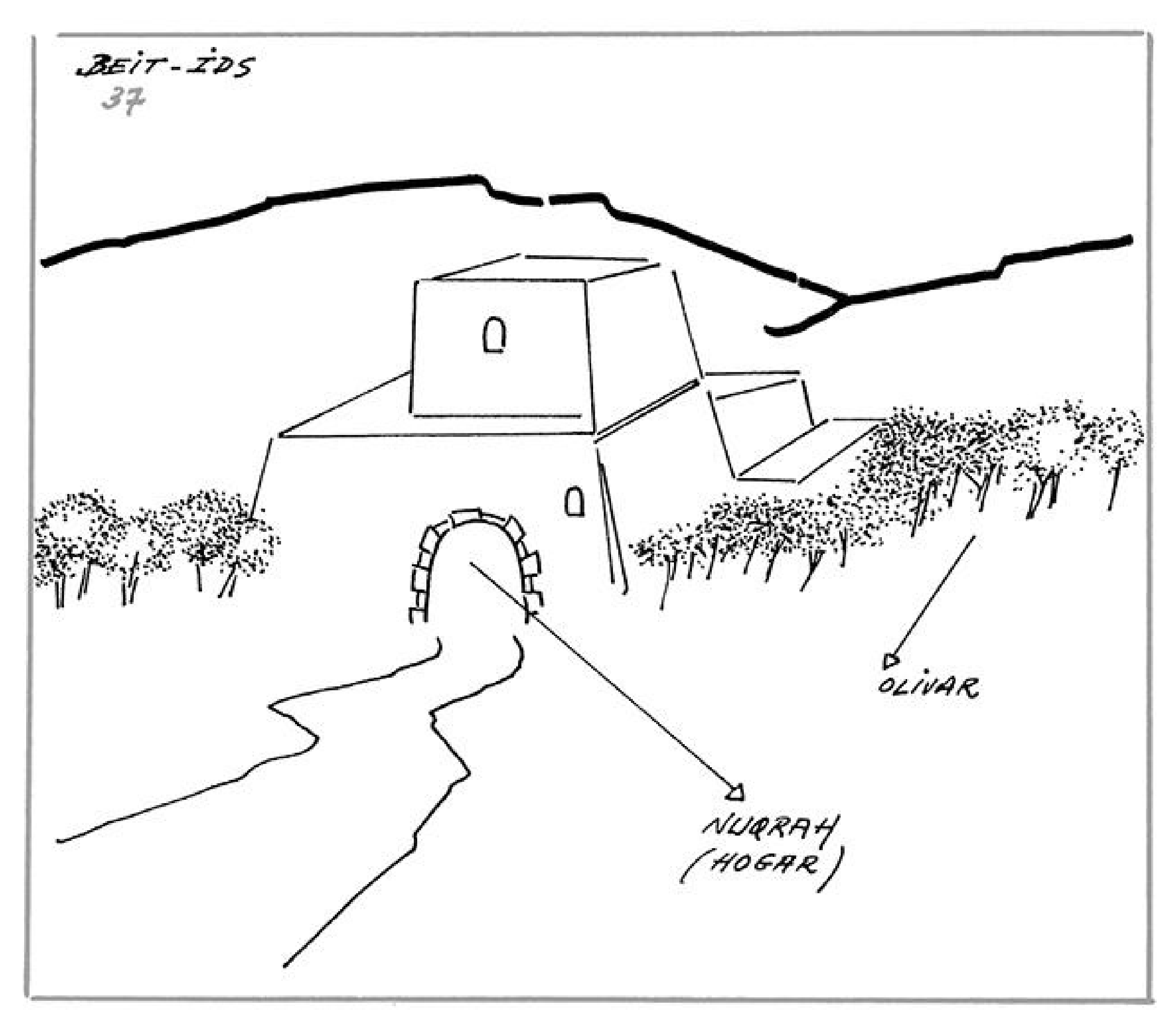
El viaje fue sereno. Alcanzamos Beit Ids (la casa del Señor) el martes, 8 de junio. Hubo que arrear a las mulas. Al dejar atrás las murallas de Pella, el terreno se encabritó. Fueron doce kilómetros de colinas, olivos, más colinas y ejércitos de *zayit*, unos olivos centenarios perfectamente alineados y separados once metros unos de otros. El terreno se volvió blanco y verde.

Dejamos atrás los poblados de Tantur y Abil y avistamos la colina sobre la que se acomodaba Beit Ids, a 575 metros de altitud.



Camino recorrido hasta Beit Ids. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El caminillo de tierra nos llevó —obediente— hasta el *nuqrah*, la enorme casona de piedra blanca que constituía Beit Ids. En realidad, era un enjambre de casuchas, apoyadas las unas en las otras. En mitad de la hacienda se alzaba una casa más madura en la que vivían el dueño y la servidumbre principal. Era reconocible por una gran puerta, adornada por un señorial arco de piedra labrada. Los habitantes eran *badu* (beduinos). Yo había recorrido la zona meses atrás, poco después del bautismo del Maestro en el río Artal, afluente del Jordán. Los saluki (galgos persas) no tardaron en salirnos al encuentro. Uno de ellos —tricolor— se introdujo entre las patas de las mulas y poco faltó para que lo desgraciaran. El segundo saluki, de color isabelino, se mantuvo a distancia y con la cola alzada, atento a los movimientos del *reda*.



Beit Ids (la casa del Señor), según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Nos detuvimos frente al arco de piedra. Algunas mujeres y niños nos contemplaban junto a la puerta. Eché un vistazo. Los galgos se retiraron hacia el olivar que rodeaba la hacienda. Allí, entre los olivos, descubrí al *sheikh* del lugar. Supe de él en la anterior visita. Lo llamaban Yafé. En árabe significaba «el guapo que, además, piensa». Era un hombre rico. Disponía de cinco mil olivos, un bosque de almendros, numerosos animales, seis esposas, diecisiete hijos vivos, incontables hijos ilegítimos, más de cien nietos y ocho colinas. Era el *sheikh* o jefe número veintiséis, desde que su antepasado —Ids— se instaló en la zona y construyó el hogar o *nuqrah*. Aparecía sentado, con la cabeza baja y cubierto por un vaporoso manto blanco. De acuerdo con la tradición beduina, esperé a que Yafé hiciera una señal a la servidumbre. El guapo alzó una mano y vi llegar a un esclavo negro, un *abed*. El joven se hizo con los galgos y regresó a la casona. Era el momento. Salté del *reda* y ordené a Kesil que esperase. Y me encaminé hacia el *sheikh*. Tras el saludo de rigor,

aguardé. Alzó la cabeza y me miró con aquellos deslumbrantes ojos verdes. Yo sabía que debía mantener la mirada. Los *badu* no soportan a la gente que no mira directamente a los ojos. Quedó complacido. Y seguí esperando. Era él quien tenía que iniciar la conversación. Ésa era la costumbre.

—¿A qué debemos el honor de tu…?

No terminó la pregunta. Yafé hablaba así, sin concluir las frases. Lo sabía por los diarios del mayor. Me identifiqué como Eliseo, amigo del Príncipe Yuy (así llamaban los beduinos a Jesús) y de su «ayudante», Jasón, también conocido como *Fal* (suerte). El *sheikh* recordaba muy bien a Yuy, y también a Fal. Detuvo la elaboración de los nudos que llevaba a cabo en una larga soga de esparto y preguntó de nuevo:

—El Príncipe prometió volver… ¿Es que no…?

—El Príncipe Yuy —repliqué— ha iniciado su vida de predicación…

E improvisé:

—Seguramente te visitará, aunque no sé…

Al guapo le gustó que no terminara las frases.

—¿Y a qué se debe tu visita a estos perdidos…?

Me arriesgué:

—Durante su estancia en tus tierras, mi amigo Fal perdió algo que no es… Pues bien —mentí—, me ha pedido que lo recupere porque…

El *sheikh* me traspasó con la mirada. Sabía que mentía. Pero siguió preguntando:

—Sé a qué te refieres y ya le dije a tu amigo que la *welieh*… Pero no importa —redondeó—, ¿deseas la *dorah* y…?

La *dorah* era su hospitalidad; la protección de la tribu. Lo llamaban el «vínculo de la sal». Dije que sí. El guapo, entonces, sugirió que nos alojásemos en la cueva de la llave; la misma en la que habían pernoctado el rabí y Jasón. E insistió:

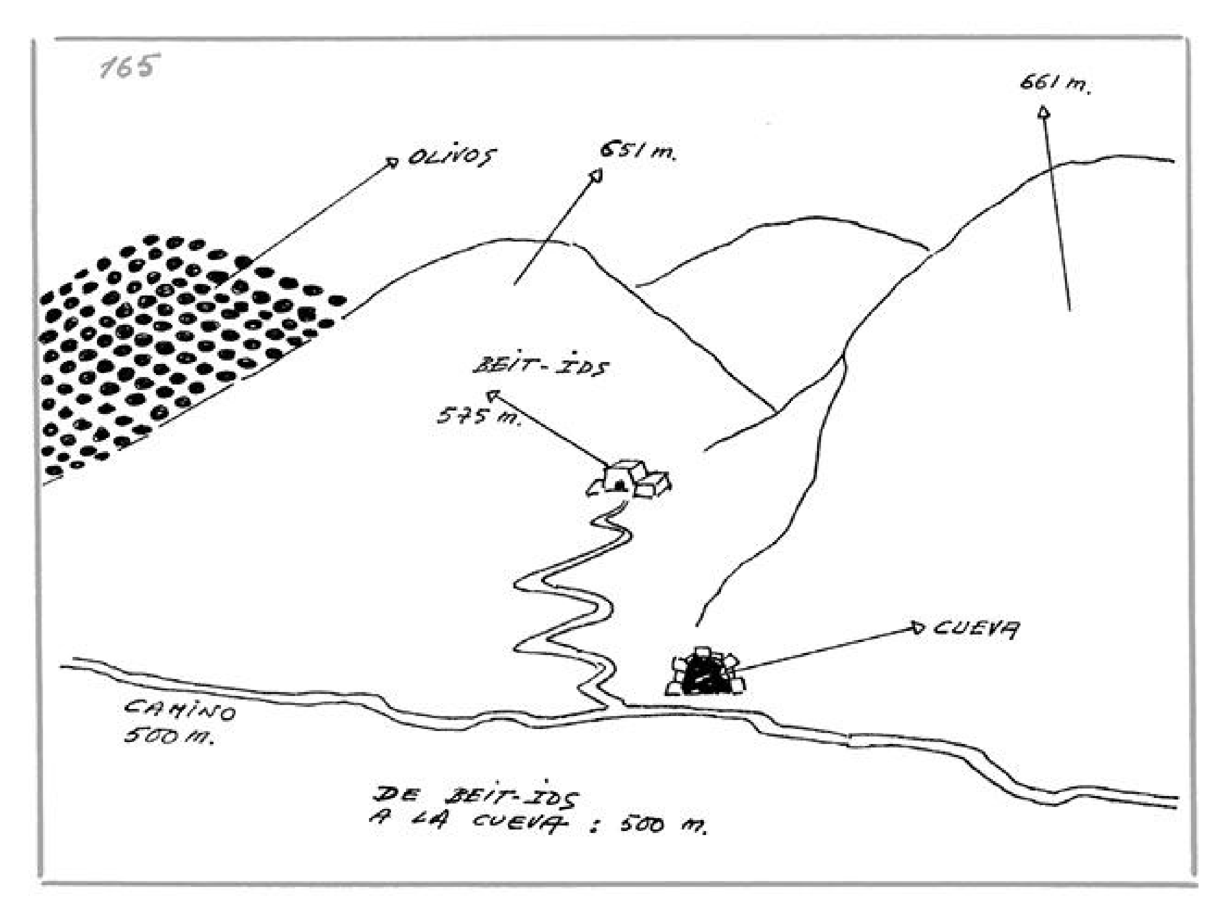
—No abuses de la *dorah*… Y ojo con molestar a la *welieh*. Ella no es…

La *welieh* era una especie de genio benéfico; en este caso, un espíritu femenino. Y tuve un presentimiento: ¿era la *welieh* la niña salvaje que había robado el cilindro de acero? Di las gracias al *sheikh* y, al retirarme, le obsequié con dos nudos marineros que —supuse— no conocía: el llamado «margarita» y la «vuelta muerta» (con dos medias llaves). Al ver cómo los desarrollaba sobre la cuerda quedó perplejo. Desde ese instante me gané su confianza…

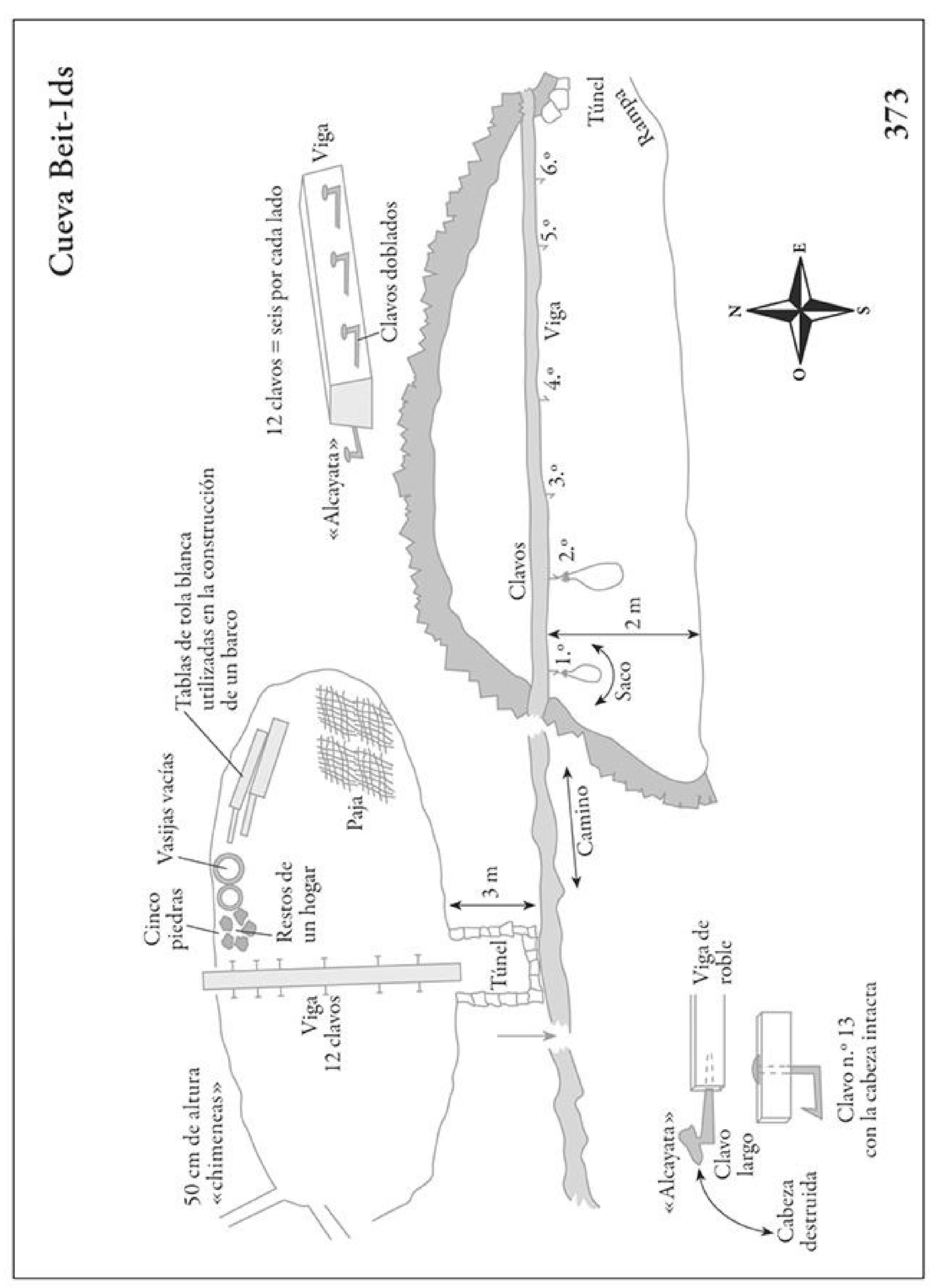
Conocía el camino, pero el *sheikh* ordenó que nos acompañara el esclavo negro.

A cosa de medio kilómetro, apareció la gruta de la llave. Era una cueva en forma de almendra, de unos quince metros de diámetro mayor por otros cinco o seis de diámetro menor. En la entrada había sido practicado un arco de piedra. Un pequeño túnel —de tres metros— conducía al interior de la gruta. El esclavo prendió varias lucernas e iluminó el lugar. Me llamó la atención una larga y pesada viga de madera, empotrada en las paredes de la cueva y siguiendo el eje mayor de ésta. El lugar tenía una altura máxima de tres metros; suficiente para moverse con comodidad. El suelo era pura tierra. En la viga descubrí una serie de clavos doblados en ángulo recto. Sumé doce. Y durante un tiempo me dediqué a explorar la caverna. Kesil cargó las provisiones y las depositó en la cueva. Las mulas fueron amarradas a una encina próxima. De las ramas colgaban cintas de colores, trenzas de cabello humano, cerámica y bastones. Deduje que se trataba de un árbol sagrado…

¿Por dónde empezar? A mi alrededor se levantaban ocho o diez colinas. La niña salvaje —de existir— podía esconderse en cualquier lugar… El portazo del sol me dio un respiro.



Ubicación de la cueva de la llave, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



La cueva de la llave. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Colina «778»

Durante cuatro días me dediqué a la búsqueda de la niña salvaje; mejor dicho, de la supuesta niña salvaje… Y lo hice en cuerpo y alma. Kesil permanecía en la cueva, dedicado a las faenas domésticas, o acudía a Beit Ids para conseguir comida. Peiné las colinas que rodeaban la gruta de la llave. Lo hice de sol a sol y en solitario. Cada día elegía un peñasco y lo recorría en todas direcciones. No hubo rincón, vaguada, bosque de olivos o agujero al que no me asomase. Negativo. Negativo. Ni rastro de la salvaje. Tracé un sencillo plan. Si la hallaba, no parlamentaría, no discutiría… Sencillamente, dispararía los ultrasonidos y la dejaría inconsciente. Luego, ya veríamos…

El 13 de junio, domingo, amaneció radiante. La temperatura no tardaría en escalar los 35 grados Celsius. Me preparé. En esta ocasión le tocó el turno a la colina «778», al norte de Beit Ids, y a la que los *badu* llamaban de los *žnun* o de la «oscuridad». Los supersticiosos beduinos creían que en lo alto de aquel montecillo habitaba una familia de *žnun*; es decir, un grupo de espíritus maléficos, empeñados siempre en atormentar a los hombres. Los describían como enanos de grandes cabezas y patas de cabra. Según decían, Dios se quedó dormido a la hora de crearlos y por eso presentaban pies de burro, de gallo o de cabra. Podían tomar forma igualmente de mujer, de serpiente o de gacela. A diferencia del *wely* (siempre benéfico), el *yinn* (singular de *žnun*) sólo provocaba desgracias y problemas. Los *badu* afirmaban que los *žnun* existían antes que el hombre. Cuando Dios creó a la humanidad, los *žnun* se sintieron celosos y se retiraron a las cumbres y a las ruinas. Por eso atacaban sin piedad. Eran fácilmente reconocibles por el *azf*, un silbido sordo que los precedía. Con el paso del tiempo, la «778» recibió el nombre de *dlam* (oscuridad) porque todo el que se aventuraba en su cumbre «quedaba a oscuras»; en otras palabras: perdía la razón. No me desanimé. En mi opinión, estas historias eran puras patrañas, muy propias de gentes incultas y primitivas. Tomé la vara de Moisés y, decidido, me dirigí a la referida colina. Tenía por delante doce horas de exploración. Y, sin perder de vista el montículo, dejé atrás la senda que se dirigía a El Hawi y caminé entre los olivares. Me crucé con un rebaño de ovejas. Ante mi sorpresa, el «pastor» era un burro de caminar cansino y mirada no menos agotada. Siguieron su marcha

hacia Beit Ids. Atravesé un riachuelo que huía de la colina «800» y llegué, al fin, a la base de la «778»: el peñasco de los diablos… Y la intuición avisó: «¡Atención…, peligro!». Pero, en esta ocasión, no hice caso. La vara y la piel de serpiente me protegían…

Eché un vistazo. La falda aparecía solitaria y blanqueada por los primeros rayos de sol. No había camino. Tuve que saltar de roca en roca y ascender entre torrentes de pedruscos. Allí no crecía ni una miserable mata. Como aseguraba el mayor en sus escritos, la colina de los *žnun* era improductiva, pero no por la presencia de los demonios. Lo que la hacía incultivable era el roquedal que se extendía en todas direcciones. No vi un solo árbol. Y a eso de la hora tercia (nueve de la mañana) pisé la cima. El lugar se encontraba igualmente desierto. Ni un alma, ni un pájaro, ni un solo insecto… ¡Qué extraño! Sólo vi silencios. Muchos silencios… Se escondían entre los nichos que formaban las grandes lajas. La cima de la «778» era lo más parecido a un queso de *gruyère*. La lluvia y el viento habían terminado por dulcificar las rocas, suavizando sus perfiles.

Examiné cuidadosamente cada metro cuadrado de la gran explanada. Negativo. Nada. Allí no había nadie ni tampoco huellas de seres humanos. Dos horas más tarde —agotado— me dejé caer sobre una de las rocas azules. Me sentía decepcionado. La búsqueda de la niña salvaje era un total fracaso. Y me planteé de nuevo: «¿Existe tal niña? ¿Qué podía hacer? ¿Abandonaba? ¿Regresaba con el Maestro? Si olvidaba el cilindro de acero, Curtiss no me perdonaría… ¿Era todo una mentira del mayor?». Y así fueron pasando las horas. Agoté las provisiones, volví a peinar el roquedo —inútilmente— y terminé sentado en el filo de la cima, de cara a la diminuta Beit Ids. El cielo —azul— se rió de este explorador. Las piedras de la «778» se rieron también de mí. Y lo mismo sucedió con los silencios… Entonces, en un ataque de rabia, eché mano del cayado y lancé el láser de gas contra los peñascos. Fue una venganza estúpida, lo sé. Y disparé una y otra vez. Activé el flujo de energía a la máxima potencia: quince mil vatios. En cada disparo, de la piedra escapaba una nubecilla de polvo. Y así transcurrió un tiempo. En una de las rocas grabé mis iniciales y las de Ruth. Allí quedaron…

Hacia la sexta (mediodía), el calor se hizo sofocante. Y busqué refugio en una de las oquedades. Terminé dormido; profundamente dormido. No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto oí risas. Pensé que soñaba. Abrí los ojos y los vi. Fue todo muy rápido. Frente a mí, a cosa de diez metros, distinguí dos figuras. Las reconocí. Eran los personajes dibujados por el mayor. Uno era un hombre mayor, un anciano, muy delgado. Era puro hueso. Aparecía

totalmente desnudo y con una olla negra en la cabeza. Reía sin cesar. En Beit Ids lo llamaban *Ámar* o «Luna». Era un *madjnoun*, una persona poseída por los diablos, según los *badu*. La otra —¡pardiez!— era una niña… Podía tener diez o doce años. También se hallaba desnuda. Tenía la piel acribillada por decenas de cicatrices y por una serie de bultos enormes. Jasón, en sus diarios, aseguraba que podía tratarse de una enfermedad llamada Von Recklinghausen, caracterizada —entre otros síntomas— por numerosos nódulos subcutáneos. Quedé perplejo. Del cuello de la salvaje colgaba algo cilíndrico, brillante y familiar. ¡El cilindro de acero! Me puse en pie de un salto. Busqué la vara de Moisés. ¡Mierda! ¿Dónde estaba? La había dejado a mi lado… Entonces, ¿al verme?, el esqueleto viviente dejó de reír y empezó a golpear el caldero con una piedra. No estuve listo. La niña se inclinó, tomó algo del suelo y desapareció a la carrera, ladera abajo. El tal Luna la siguió entre saltos y golpes a la olla. ¡Maldición! ¡La niña salvaje portaba el cayado! ¡Me lo había arrebatado mientras dormía! Cuando me lancé colina abajo, la niña huía —veloz— hacia el oeste. El anciano corría en dirección contraria. Dudé. Fue otro error. Perdí unos segundos preciosos. ¿A quién perseguía? Y me decidí por la niña. La vara de Moisés era prioritaria. Fue un empeño inútil. Caí tres o cuatro veces. Cuando me incorporé por última vez, la pequeña salvaje había desaparecido. Ni rastro. Luna también se quitó de en medio. ¡Pardiez! ¿Cómo era posible? ¡Me había dejado arrebatar el cayado! Busqué y busqué con desesperación. Fue inútil. Era como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Eran muchos kilómetros cuadrados. La criatura podía esconderse en cualquier lugar… El mayor tenía razón. La niña salvaje existía. El cilindro de acero colgaba de su cuello. Y al atardecer comprendí: lo peor no era la pérdida del cilindro; lo más grave fue el robo de la vara de Moisés… ¿Qué debía hacer?

47 días de búsqueda

Esa noche no dormí. Maldije mi mala estrella. ¿Cómo pude ser tan estúpido?

A partir del día siguiente, me empeñé en una búsqueda febril. Casi no comía. Casi no dormía. Lamentablemente, no pude informar a mi buen amigo y sirviente, y tampoco al *sheikh*. ¿Qué podía decirles? ¿Que la vara contenía instrumentos altamente sensibles y desconocidos para ellos? Me hubieran tomado por loco o algo peor…

Busqué de sol a sol. Llegué a las colinas situadas más al norte, junto a la aldea de Rakib. Negativo. Nadie sabía nada. Nadie había visto nada. Nadie quería hablar de la niña salvaje; es decir, de la *welieh*. Al oír el nombre, huían o cambiaban de conversación. Recorrí las ocho colinas que rodeaban Beit Ids. Lo hice con especial detenimiento; en especial en la de la «oscuridad». Prendí hogueras en lo alto de la «778» con el fin de llamar la atención. Fue inútil. Pernocté varias noches en la cumbre de los *žnun*, pero resultó igualmente estéril. La niña salvaje y el loco de la cacerola se habían esfumado. Me reuní tres veces con el «guapo que, además, pensaba», pero no tuve suerte. Dijo no conocer el paradero de la *welieh*… Supongo que mintió.

Y el 30 de julio, viernes, desesperado, tras cuarenta y siete días de búsqueda, comprendí que la aventura en Beit Ids había terminado. No podíamos permanecer en aquellos olivares indefinidamente. Y decidí regresar a Saidan. El viaje de vuelta al mar de Tiberíades fue un tormento añadido. ¿Qué podía argumentar en mi defensa? ¿Entendería el general Curtiss que me quedé dormido? ¿Aceptaría que una niña salvaje había puesto en peligro la operación?

Y asfixiado por estos pensamientos ingresé en Saidan. Era la hora sexta (mediodía) del domingo, 1 de agosto del año 28.

Daliyyot

En la aldea todo seguía igual: hospital de campaña, más de mil enfermos (o supuestamente enfermos), Jesús y sus retiros a las colinas, las eternas discusiones entre los discípulos sobre la naturaleza mesiánica del Maestro y el futuro de aquel grupo de locos…

Durante varios días me negué a salir de la casa. Me encontraba abrumado. No sabía qué hacer. ¿Retornaba de nuevo a Beit Ids? ¿Para qué? La vara de Moisés estaba perdida… ¿O no? Pensé también en volver a mi tiempo. Disponía de algunas muestras biológicas, no muchas. Quizá Curtiss se diera por satisfecho. ¿Qué pintaba yo en aquel lugar? El personaje central —Jesús de Nazaret— me interesaba relativamente. Yo era un militar. Cumplía órdenes. Mi cabeza hervía…

Yu, el bondadoso chino, me visitó varias veces. Estaba preocupado ante mi extraño comportamiento. No sé qué le dije…

Y en ésas andaba cuando Kesil trajo la noticia: el Galileo y sus íntimos preparaban unos días de descanso lejos de Saidan. Partirían al día siguiente.

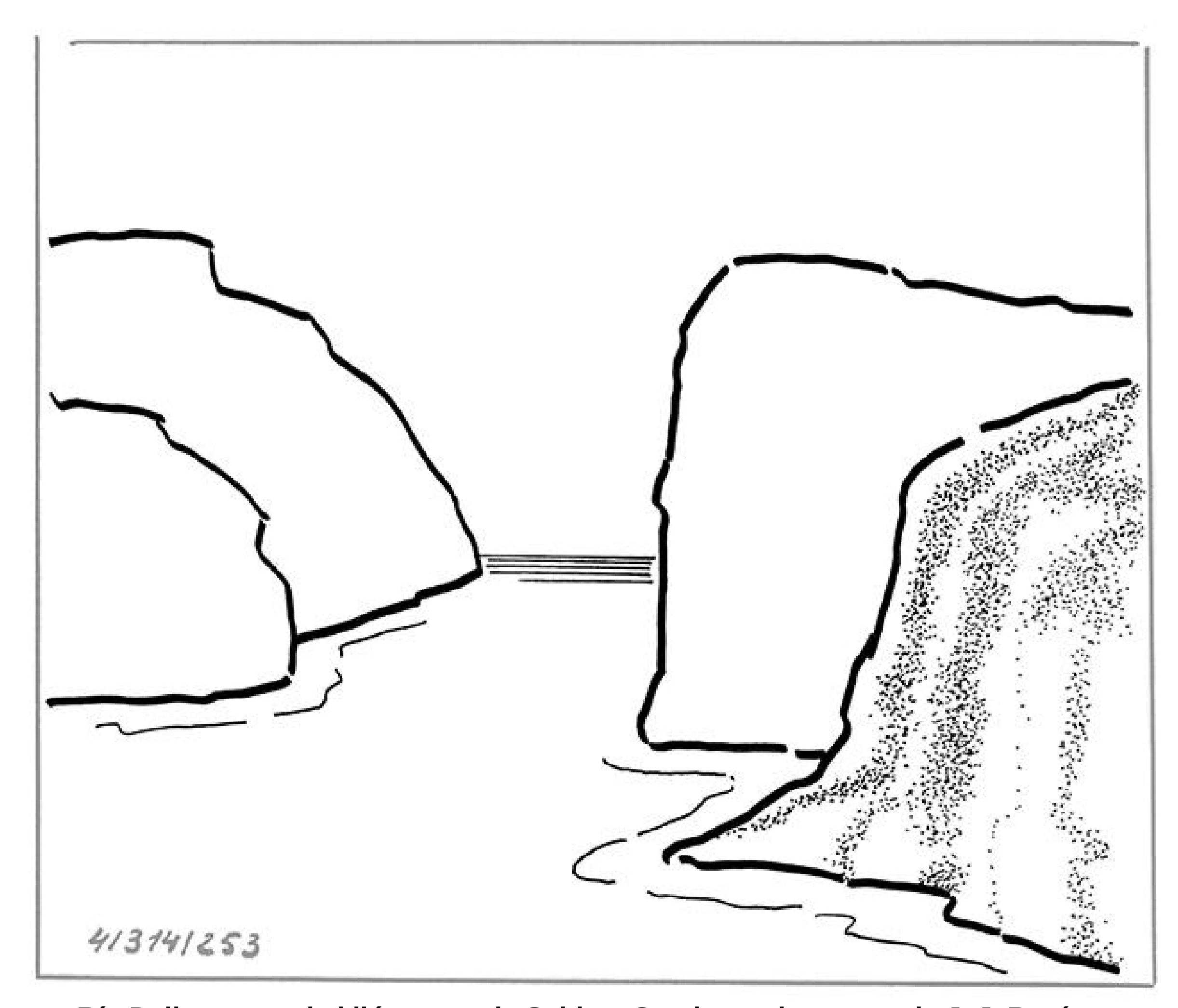
Kesil logró convencerme. Me vendría bien salir de aquellas cuatro paredes. Necesitaba distraerme… Obedecí.

Y al alba del domingo, 15 de agosto, partimos en dirección este.

Jesús, gentil, dejó a *Zal* en el caserón de los Zebedeo. Respiré aliviado. Y se lo agradecí sin palabras. Él me observó, divertido, y replicó con una de sus interminables sonrisas. Mejor dicho, me envolvió en su sonrisa…

Tras una hora de caminata, nos detuvimos en un paraje llamado Daliyyot, a cosa de seis kilómetros de la costa. Nos hallábamos en la cota 109, entre enormes peñas negras, basálticas, que jugaban a ser montes, sin conseguirlo. El *nahal* o río Daliyyot descendía veloz y transparente, escapando entre las altas paredes de las rocas. El Maestro buscó un remanso y señaló hacia la cima de uno de los peñascos. Allí montamos el campamento. En la lejanía, hacia el sureste, se distinguía la línea blanca de la ciudad de Gamla o Gamala. El aire se presentó perfumado. Bandadas de palomas bravías nos saludaron en blanco y negro. Y el Maestro propuso un baño. Nos desnudamos y corrimos hacia el río entre gritos y risas. Disfrutamos como niños. Sólo Judas Iscariote y Juan Zebedeo se bañaron con las túnicas. El resto se rió de ellos. El rabí

nadó —incansable— durante más de una hora. Yo agradecí aquel baño. Necesitaba refrescar las ideas…



Río Daliyyot, a seis kilómetros de Saidan. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y a eso de la hora quinta (once de la mañana), Felipe dio una escueta orden. Debíamos regresar y preparar el almuerzo. Los gemelos de Alfeo y este explorador lo seguimos. El resto continuó en el *nahal*, disfrutando del baño. Poco después —hacia mediodía—, el olor a cordero asado alertó al rabí y a los discípulos. Se vistieron y ascendieron, veloces, a lo alto de la peña que nos servía de base. Felipe tuvo que ponerse serio. Y amonestó al Galileo cuando —a escondidas— intentaba pellizcar el apetitoso y crujiente cordero. El rabí, rojo como un tomate, tomó su escudilla y se colocó en la cola, como el resto.

Fue en esos momentos cuando, de pronto, oímos unos familiares ladridos.

¡Pardiez!… ¡Era *Zal*!

El perro, en efecto, ladraba en la otra orilla del *nahal*. Probablemente había escapado del caserón de los Zebedeo.

Recuerdo que nos arremolinamos en el filo de la roca. Y los íntimos empezaron a gritar y gesticular, animando al animal para que saltara al agua y nadara hasta nuestra orilla. Una vez allí, sólo tenía que ascender por el sendero a lo alto de la gran peña. Contemplé al Maestro. No se había movido de su sitio. Continuaba sentado sobre una piedra, saboreando el cordero. Sentí temor. ¿Qué haría *Zal* al verme?

A partir de esos instantes, todo discurrió a gran velocidad. No sé qué sucedió. Mejor dicho, sí lo sé: noté unas manos en la espalda. Me empujaron. Y me precipité al vacío. No pude hacer nada. Escuché gritos. Después vi la superficie del río. Se acercaba. Después un impacto, fortísimo… Y me hundí en las aguas. Perdí el sentido… Después nada: oscuridad, frío y un potente pitido en la cabeza.

Lo siguiente que recuerdo fueron gritos y una enorme cabeza de perro. ¡Era *Zal*!… Tiraba de mí, con la túnica atrapada entre sus dientes. Nadaba con fuerza en mitad del río. Según me explicaron más tarde, al verme caer, el noble animal se había lanzado al cauce, se sumergió y me rescató del fondo del *nahal*. Después se presentaron Jesús, Kesil y Felipe. Me agarraron por los hombros, *Zal* me soltó, y me ayudaron a nadar hasta la orilla. El Maestro me animaba:

—¡Ánimo, *mal'ak*!…

Al llegar a tierra caí boca abajo, medio ahogado. Necesité tiempo para recuperarme.

Después vi al perro. Tenía una brecha en el cráneo. Felipe trataba de taponar la herida. El animal me miraba con sus bellos ojos achinados, color miel. Parecía que quería hablarme. Me arrastré hasta él y acaricié sus largas orejas. Sólo acerté a decir:

—¡Gracias!…

Y rompí a llorar.

El perro, entonces, respondió con varias y cariñosas lengüetadas. Y gimió, feliz.

Todos aplaudieron.

Kesil también lloraba. A partir de ese día, *Zal* y yo firmamos la paz…

Y en mi mente quedó flotando una pregunta: «¿Quién me empujó al vacío?».

Permanecimos una semana en Daliyyot. Supe que me había precipitado desde una altura de quince metros. Pude matarme… Nunca averigüé quién me empujó, aunque tengo alguna sospecha. Pero lo más importante de aquel periodo de descanso —además de firmar la paz con *Zal*— fue mi cambio de

actitud hacia la figura del Maestro. No sabría concretar el porqué. ¿Fue el hecho de que se lanzara a las aguas para socorrerme? Es posible… ¿O fue aquella oportunísima palabra —*mal'ak* (mensajero)—, pronunciada cuando tiraba de mí hacia la orilla? En realidad, poco importa el porqué. Lo interesante y asombroso es que empecé a mirarlo con otros ojos… Curtiss y la misión quedaron en segundo plano, difuminados…

El albañil

Septiembre del año 28 de nuestra era discurrió rápido y sin novedades dignas de mención. Pero un día…

Sí, fue el 24, viernes. Felipe entró en la casa y trajo una noticia: Jesús hablaría en la sinagoga de Nahum al día siguiente. Y así fue. A la hora quinta (once de la mañana) del sábado, 25 de septiembre, Kesil y yo nos acomodamos en la galería de los prosélitos, en la planta superior de la «sinagoga blanca», como la llamaban en aquel tiempo. Desde allí seguimos la ceremonia. El Maestro habló sobre la alegría que representa hacer la voluntad del Padre Azul. Y explicó —una vez más— cómo el universo maquina a favor del hombre o mujer que toma esta decisión. Los jefes y dignatarios de la sinagoga se removían, inquietos. Y murmuraban entre ellos. Después supe que lo llamaron «blasfemo».

Al finalizar nos reunimos en el pórtico. Allí sería testigo de otro suceso —¿cómo calificarlo?— portentoso…

Decenas de curiosos, enfermos y lisiados trataron de aproximarse al rabí. Gritaban y suplicaban que los sanase. La *tabbah* (la escolta) se interpuso y bregó para que mantuvieran una distancia. Y en mitad del revuelo fui a coincidir con Tebar, el jefe de los espías del Sanedrín. Hablaba —nervioso— con uno de los lisiados. Era un individuo de unos sesenta años. Presentaba la mano derecha paralizada y en forma de garra. El ojo derecho aparecía medio cerrado. Después supe que lo llamaban *Šehit* (literalmente, «mal hecho»). Era albañil. Vivía en Nahum. Sus luces eran escasas. Tebar le decía:

—Háblale… Pregúntale si es lícito curar en sábado o si tienes que esperar a mañana…

Me indigné con aquel malnacido. El albañil se abrió paso hasta la *tabbah*, levantó la mano seca (así la llamaban) y, a voz en grito, repitió lo que le había dictado el fariseo de la nariz interminable. El Maestro solicitó silencio. Y Šehit repitió la pregunta:

—Rabí, ¿es lícito curar en sábado?… ¿O tengo que esperar a mañana?

Jesús solicitó a la escolta que lo dejara pasar. El albañil se colocó junto al Galileo y éste preguntó:

—Dime, buen hombre, si tuvieras una oveja y ésta cayera a un pozo durante el sábado, ¿qué harías? ¿La rescatarías aunque fuera sábado?

Comprendí. El Maestro había adivinado que el albañil fue aleccionado por los fariseos. Y el de la mano en garra respondió:

—Sí, rabí…, la rescataría.

—Sé por qué habéis enviado a este hombre ante mí —continuó Jesús—. Sé que buscáis perderme. Sé que queréis acusarme de blasfemo…

Se hizo un silencio total. Tebar palideció. Y el Maestro, alzando la voz, sentenció:

—En el fondo de vuestros corazones, estáis de acuerdo conmigo: salvaríais a la oveja aunque fuera sábado. Y yo os pregunto: ¿qué es más valioso: un hombre o una oveja? En verdad os digo que está permitido hacer el bien en sábado…

Jesús se inclinó hacia Šehit y, en mitad del silencio, tomó la mano seca entre las suyas. Y exclamó:

—Y ahora, para que sepas que está permitido hacer el bien en sábado, te ordeno: ¡extiende tu mano!

Podría ser la hora nona (las tres de la tarde). Todo fue simultáneo y muy rápido. Un relámpago azul nos sorprendió y nos hirió, dejándonos medio ciegos. ¿Qué estaba pasando? El cielo de Nahum se hallaba despejado. No había nubes. No había tormenta. No hubo trueno. Y la intensa iluminación cubrió el lugar durante cinco o seis largos segundos. El albañil lanzó un grito. ¡Podía mover los dedos!… Percibí un suave resplandor amarillo en la mano, pero se extinguió rápidamente. También el ojo derecho parecía sano, sin cicatriz alguna. Quedé asombrado.

Cuando el gentío se percató de lo sucedido, estallaron los gritos. Algunos se echaron sobre el desconcertado Šehit y comprobaron que la mano y el brazo derechos eran normales. Y, espantados, contemplaron al Maestro. Jesús continuaba en silencio y con el rostro grave. Los discípulos estaban tan sobrecogidos como el resto. Y, en segundos, los enfermos y curiosos emprendieron una carrera sin orden ni concierto, atropellándose los unos a los otros. Chillaban de terror. Algunos —los menos— permanecieron a los pies del Galileo y suplicaban perdón por sus muchos pecados. Otros lloraban o reían.

Tebar, entonces, histérico, gritó:

—¡Blasfemo!… ¡Ha curado en sábado!… ¡Blasfemo! ¡Blasfemo!

Algunos empujaron al espía y terminaron derribándolo. Juan Zebedeo fue uno de los agresores. Y, cuando se disponían a patearlo, el rabí intervino:

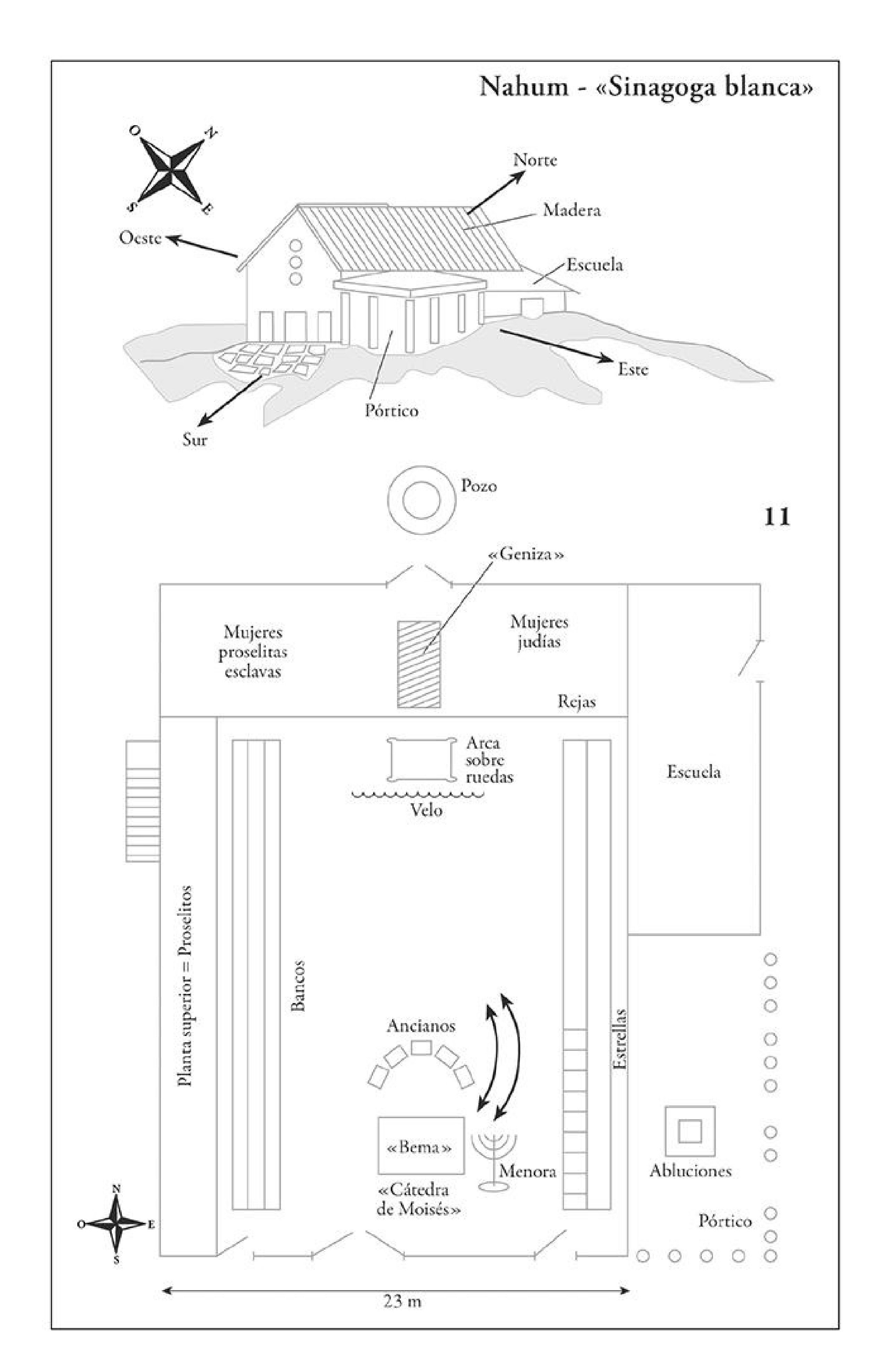
—Os he dicho que se debe hacer el bien en sábado… Lo que no he dicho es que hagáis el mal en sábado.

Tebar aprovechó el momento de confusión y desapareció a la carrera, como una rata almizclera… El Maestro no dijo nada y se alejó hacia el centro de Nahum. En el ambiente quedó un intenso y agradable olor a jazmín. Jasón lo identificaba con la extraordinaria misericordia del Galileo…

No supe qué pensar. Todo era tan increíble…

Esa noche, en la rutinaria conexión con la «cuna», el ordenador central sugirió que el albañil podía sufrir un síndrome llamado *Klumpke* (más exactamente, una parálisis de Déjerine-Klumpke), que paralizaba la mano y parte del brazo. Era muy posible que el problema hubiera surgido a raíz del parto. Así lo confirmé días más tarde, cuando volví a ver a Šehit. El hombre nació con la parálisis en la citada extremidad superior derecha. Eso dijo. Según «Santa Claus», se trataba de una parálisis atrófica de la mano y del antebrazo como consecuencia de una lesión del plexo braquial y los pares nerviosos CVIII y primer torácico. El bebé, al nacer, sufre una tracción en el brazo atrapado. También podían verse afectados el iris y los músculos elevadores del párpado.

Al día siguiente, domingo, 26 de septiembre, supimos que los malditos espías del Sanedrín —con Tebar a la cabeza— se habían trasladado a Tiberíades (no les importó caminar en sábado) para denunciar a Jesús, el blasfemo que curaba en sábado. Herodes Antipas, sin embargo, no les prestó atención. Chuza, el funcionario de Antipas y amigo del Maestro, había informado previamente al tetrarca de lo sucedido en el pórtico de la sinagoga de Nahum. En las jornadas siguientes se registraron agrias disputas entre los seis espías. Tebar estaba harto del «blasfemo» y quería viajar a Jerusalén para informar sobre «las muchas infracciones del Galileo». Tres de los informantes no estaban de acuerdo. Es más: reconocieron que Jesús de Nazaret podía ser el Mesías esperado. Y solicitaron a Andrés que los bautizara. Tebar y los otros abandonaron Saidan, furiosos… Aquello tenía mala pinta, una vez más…


Nahum - «Sinagoga blanca»
O
N
S
E
Norte
Madera
Oeste
Escuela
Este
Pórtico
Sur
Pozo
11
«Geniza»
Mujeres proselitas esclavas
Mujeres judías
Rejas
Arca sobre ruedas
Velo
Escuela
Planta superior = Proselitos
Bancos
Ancianos
Estrellas
«Bema»
Menora
Abluciones
«Cátedra de Moisés»
Pórtico
N
O
E
S
23 m

Sinagoga de Nahum, según la información que aparece en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Mil talentos

Fue en esa última semana de septiembre del año 28 cuando vimos aparecer en Saidan a un viejo conocido: Hipías, el anciano griego, discípulo de Zenón. El antiguo estoico se había convertido en un ferviente seguidor del Maestro. Pero no llegó solo. Viajó desde Rāmma con un grupo de judíos. Eran ricos y poderosos. Procedían de Alejandría, en la costa egipcia. Se reunieron con Jesús y con Andrés en el caserón de los Zebedeo y propusieron al Maestro que fundara y dirigiera una escuela de filosofía y un hospital en la citada y notable población egipcia. Para empezar, los judíos mostraron seis grandes bolsas, con un total de 14 400 denarios de plata. La escuela debería ser la más importante y luminosa del Mediterráneo. El Galileo podía empezar de inmediato. Mateo Leví se frotó las manos. Con ese dinero estarían en condiciones de hacer frente a muchos meses de predicación. Jesús se retiró a las colinas y «consultó con su Padre Azul». A la vuelta —amablemente—, rechazó la jugosa oferta. «La voluntad de mi Padre —dijo— es que siga donde estoy».

Fue en esos días cuando se presentó en el hospital de campaña un tipo singular. Mejor dicho, dos personajes singulares.

Uno se llamaba Quirmet. Era persa. Eso dijo. Vestía pantalones ajustados en los tobillos y multitud de turbantes. Cada día uno y de diferente color. Dijo practicar el mitracismo. La otra era una fenicia de casi setenta años. Se hacía llamar Bet Marión. Era alta y muy gruesa. El primero decía tener sueños premonitorios. Tomaba no sé qué hierbas y entraba en trance. Entonces hablaba (mejor dicho, cantaba en un idioma ininteligible). Asistí a sus «numeritos» y, sinceramente, quedé impresionado. En una de las sesiones se pronunció sobre algo que yo conocía. ¿Cómo podía ser? Al terminar el éxtasis, Quirmet tradujo al griego: «¡Ya viene!… ¡Lo he visto!… ¡Es una gran roca negra!… ¡Caerá en el mar y devorará el mundo!… ¡Mucha gente morirá ahogada y quemada!… ¡Otros perecerán de hambre!… ¡Tiene un mensaje en la piedra!… ¡Ya viene!… ¡Atención!… ¡Pero no todo es calamidad!… ¡Detrás llega el dios sol!… ¡Mitra restablecerá la paz y el orden!…». ¿Una gran piedra? Yo sabía de la existencia de ese enorme meteorito por el general Curtiss. Era un secreto militar. Fue detectado en

1946. Si no se hacía algo al respecto, la roca —de once kilómetros de longitud— impactaría con la Tierra en agosto de 2027. Como digo, quedé perplejo. ¿Cómo podía saber aquel persa que se aproximaba Gog? Lo interrogué, pero no supo darme razón. El mago se limitaba a describir las visiones que tenía en ese estado especial de conciencia. Y repitió:

—El mundo sufrirá mucho… Pero debemos ser optimistas: detrás de la roca de la muerte llegará la luz salvadora.

—¿Qué es la «luz salvadora»?

Tampoco supo responder a esta cuestión. Se limitó a sonreír y señaló al Maestro, que departía en aquellos momentos con los enfermos de una tienda cercana.

—¿Jesús llegará detrás de la roca de la muerte? —presioné al persa. Pero guardó silencio y se alejó.

Es todo lo que pude sacarle. El año 2027 quedaba muy lejos para mí, pero permanecí pensativo y preocupado. El mayor también había recogido algunas alusiones a Gog en sus diarios. Yehohanan, el Bautista, lo mencionó en sus locas prédicas… ¿Qué podía pensar? Y juré que hablaría con Curtiss…, si regresaba. ¿Por qué los militares no reaccionaban? ¿Por qué no salían al encuentro de Gog con todo el arsenal atómico? Podían destruirlo… ¿O no les interesaba? Y llegué a pensar una barbaridad: el que sobreviva a la roca negra será el amo del mundo… En cuanto al regreso del Maestro —la célebre parusía—, Él mismo lo había anunciado: «*Or gadol*… Regresaré detrás de la gran luz». Me negué a profundizar en el asunto. Demasiado triste y demasiado lejano.

Bet Marión era el hazmerreír del hospital. Cada mañana, a voz en grito, entraba en el lago e intentaba caminar sobre las aguas. Más de una y más de dos veces tuvieron que auxiliarla. Poco faltó para que se ahogara. *Zal* se lanzó varias veces al *yam*, dispuesto a rescatarla, pero el peso de la fenicia lo hacía inviable. David Zebedeo —más que harto— habló con ellos y los amenazó con ahogarlos de verdad si no abandonaban el hospital de inmediato. Se negaron. El jefe de los correos acudió entonces a Andrés, expuso la situación y la «locura» del persa y de la fenicia, y solicitó consejo. Andrés planteó el problema al rabí y éste solicitó calma:

—Nada es casual en la vida —manifestó Jesús—. Mi Padre también se revela en los aparentemente desequilibrados… Dejadlos en paz…

Días más tarde, cuando Quirmet y Bet Marión comprobaron que nadie les prestaba atención, tomaron sus cosas y se alejaron de Saidan. Una docena de enfermos los siguieron.

Pero no todo fueron malas noticias…

El 28 de septiembre del año 28, uno de los correos de David Zebedeo trajo la siguiente novedad, procedente de Jerusalén: un tal Abraham —fariseo rico— había tomado la decisión de ingresar en el grupo de los creyentes en el reino invisible y alado. Se hizo bautizar por Abner, que seguía predicando en la ciudad santa. Y en agradecimiento, el poderoso Abraham donó todas sus posesiones y riquezas a Jesús de Nazaret. El tipo era dueño de grandes rebaños de vacas y ovejas, así como de haciendas en las que se cultivaban la vid y el cereal. También disponía de barcos de carga y numerosas empresas de burreros. La fortuna —según constaba en el documento de cesión— ascendía a mil talentos (algo más de 14 millones de denarios de plata). En 1973 equivalía a 1 200 000 dólares.

¡Jesús millonario!

El grupo de los íntimos se frotó las manos. No más penurias. Y celebraron una fiesta en el caserón de los Zebedeo. Los evangelistas, por supuesto, no dijeron una sola palabra sobre la súbita y generosa herencia. ¿Tenían miedo a la verdad?

Abre un boquete en tu corazón

Aquel viernes, 1 de octubre (año 28), fue igualmente especial. El sol, según los relojes de la «cuna», se ocultó a las 17 horas y 22 minutos. Pues bien, hacia la nona (tres de la tarde), el Maestro se hallaba en la «tercera casa», el salón-comedor de la residencia de los Zebedeo, donde se celebraban casi todas las reuniones importantes (Jasón lo describió con detalle). Allí se encontraban los íntimos y un grupo de aspirantes a la escuela de predicadores. La sala estaba al completo. Calculé unas setenta personas. Tras una serie de consejos del Maestro y de Andrés, de cara a la inminente segunda gira de predicación por la Galilea y parte de la Decápolis, Jesús entró en su tema favorito: el Padre Azul. E insistió en un asunto que nunca quedaba claro para la mayoría: cómo materializar el abandono en sus manos. El rabí insistió en que era muy simple:

—Imaginad a un bebé en las rodillas de su madre —argumentó—. Ésa es la clave…

Tomás lo interrumpió:

—Pero ¿cómo se hace? Ya estoy en las rodillas de mi madre…

Las risas surgieron espontáneas. El Galileo disfrutaba con la ingenuidad del incrédulo Tomás.

—… Sí —repitió el discípulo—, ya estoy en las rodillas… ¿Y ahora qué? ¿Qué hago?

La respuesta de Jesús fue inmediata:

—Para desear hacer la voluntad del Padre Azul sólo tienes que abrir un boquete en tu inteligencia… Permite que Él te ilumine…

Alguien estalló:

—Ese borrico no tiene inteligencia…

Creo que fue Juan Zebedeo. Las risas volvieron a la «tercera casa». Andrés suplicó calma. Y el Maestro prosiguió:

—Insisto: abrid un boquete…

En esos instantes —¡pardiez!— oímos unos golpes. Procedían de la azotea. No nos extrañamos. El viejo caserón siempre estaba en obras. Las reparaciones eran constantes. Y el Galileo, tras unos segundos de vacilación, continuó la prédica:

—… Abrid un boquete en vuestro corazón… Ése es el secreto a la hora de hacer la voluntad de Ab-bā… Es fácil… ¡Desaprended!… ¡Abrid un boquete…!

Los golpes arreciaron. Jesús guardó silencio y miró hacia el techo. Todos le imitamos. Y continuó hablando del Padre Azul y de lo saludable que resulta hacer su voluntad. Los martillazos se intensificaron. Eran tres herramientas, como poco. ¿Qué sucedía? Nos miramos, sin saber. Y los golpes se hicieron tan intensos y rápidos que el Maestro desistió. No había forma de entenderse. Todos, además, estaban pendientes del maldito techo. A los pocos minutos, algunos cascotes cayeron en el centro de la sala. El Maestro dio un salto. Poco faltó para que los escombros le alcanzaran. Y aparecieron unas manos. Eran tres hombres. Sin prisa, pero sin pausa, procedieron a retirar las tejas cuadradas y el ramaje que cubría el terrado. Aquello no tenía pinta de ser una reparación… Jesús guardó silencio, y esperó. Todos miramos hacia la azotea, desconcertados. Y se levantaron algunos murmullos de desaprobación. En eso se presentaron Salomé, dueña del caserón, y dos de las hijas, pero no pudieron pasar de la puerta. Demasiada gente. Y la dueña, al ver el boquete en el techo, se puso histérica:

—¿Qué sucede? —gritó—. ¡Estáis locos!… ¡Mi techo!

Los individuos siguieron abriendo el terrado y otros escombros y ramas cayeron en la «tercera casa». Juan Zebedeo se alzó y empezó a maldecir a los que trabajaban en lo alto. Andrés pidió mesura. Santiago Zebedeo, finalmente, consiguió apaciguar a su hermano.

Visto y no visto.

Al poco, por un boquete de un metro de lado, vimos aparecer unas parihuelas. Los tres hombres, provistos de cuerdas, las hicieron descender hacia el centro del comedor. Salomé gritaba y gritaba, desolada:

—¡Mi techo!… ¡Bandidos!… ¡Mi techo!…

Pero, sinceramente, nadie le prestaba atención. Y en la camilla vimos a un hombre joven, de unos veinte años, y con el cabello teñido de rubio platino. Según escuché, era un vecino de Nahum. Se hallaba paralítico de ambas piernas. En la niñez sufrió una caída.

—¡Mi techo! —clamaba Salomé— ¡Mi comedor!…

Esa noche, «Santa Claus» aclaró, en parte, la dolencia de Saúl. Así se llamaba el paralítico. El muchacho se había seccionado la médula espinal, provocando una paraplejía: una parálisis bilateral inferior o crural. Resultado: pérdida de sensibilidad en los miembros paralizados, dolor, espasmos y pérdida de control en los esfínteres y a la hora de orinar.

La camilla quedó —justamente— a los pies de Jesús. Y se hizo un espeso silencio. Los hombres del terrado se asomaron, curiosos.

El joven, entonces, apoyándose en los codos, se alzó ligeramente y se excusó:

—Rabí…, no quiero molestarte…

Salomé, desconcertada, lo interrumpió:

—¿Y qué pasa con mi techo?… ¿Quién me lo pagará?

El paralítico no respondió a la dueña, y dirigió la palabra al rabí:

—He oído que abandonas Saidan… Rabí, no me moveré de aquí hasta que me cures…

Algunos rieron la sarcástica gracia. El Maestro sonrió, conmovido.

—Yo no soy como ésos —prosiguió el muchacho del pelo amarillo—. Yo no te abandonaré cuando me cures. Si soy sanado, Señor, ingresaré en tu grupo de creyentes y te bendeciré y hablaré de ese reino invisible y alado en el que creo…

—Y mi techo, ¿qué? —Salomé se lo comía con la mirada.

El Maestro, sorprendido y maravillado por la tenacidad de aquel joven impedido, se inclinó hacia las parihuelas, tomó las manos del muchacho y exclamó de forma que todos pudiéramos oírle:

—¡No temas!… Tus pecados están perdonados… ¡Confía en el Padre Azul!

Algunos de los presentes murmuraron:

—¿Quién es este que dice perdonar los pecados? Sólo Yavé, bendito sea su nombre, puede hacerlo…

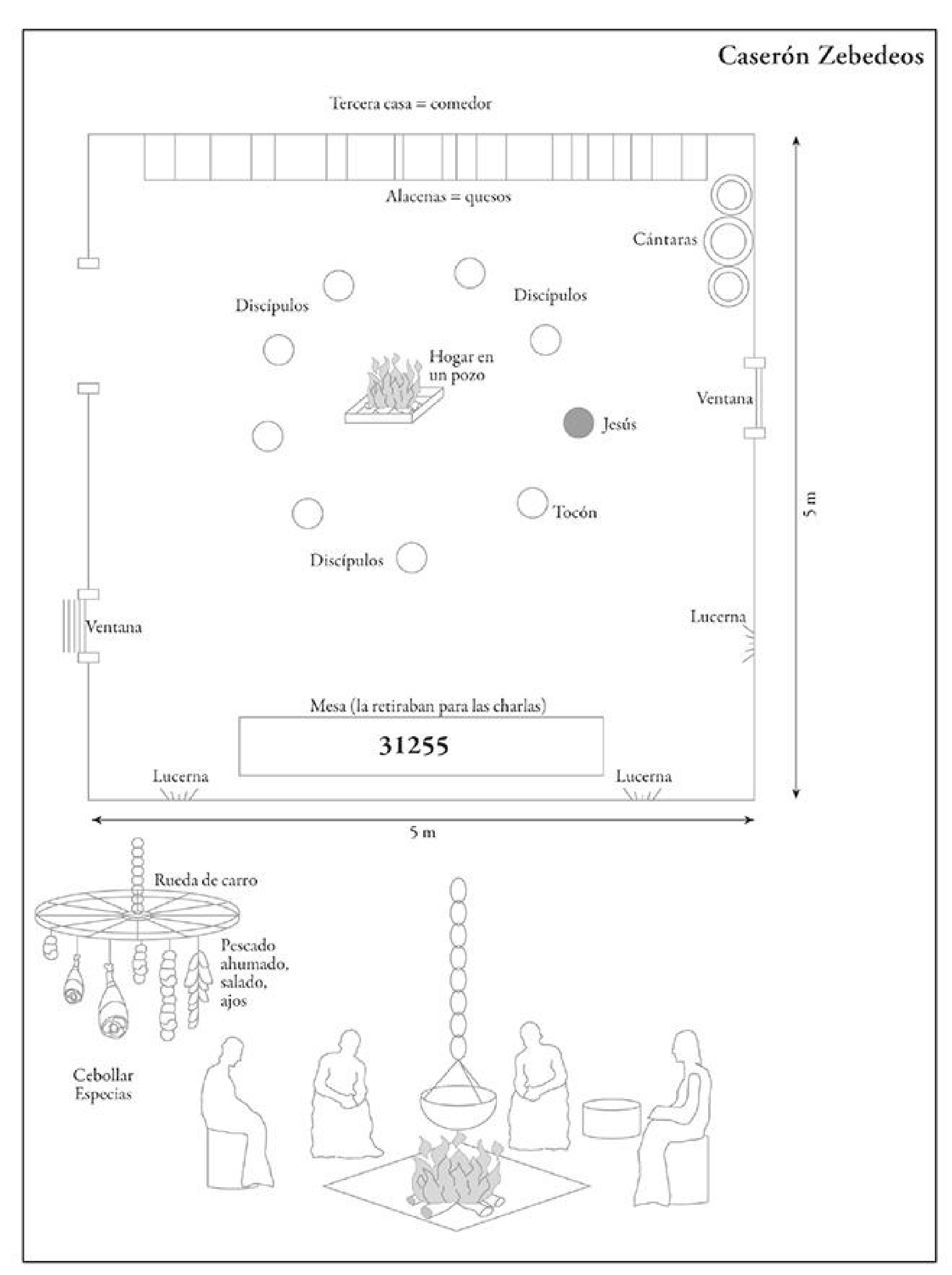
El Maestro escuchó los mordaces comentarios y, dirigiéndose a los que murmuraban, proclamó:

—¿Quiénes sois vosotros para juzgarme? En verdad os digo que el Hijo del Hombre tiene potestad —en los cielos y en la tierra— para perdonar los pecados…

Y volviéndose hacia el paralítico le ordenó con gran voz:

—¡Levántate!… ¡Toma tu litera y regresa a tu casa!

Un segundo después —no más tarde—, la «tercera casa» se llenó de luz. Fue una luminosidad azul, fortísima, que nos hizo daño en los ojos. Podría compararla con un relámpago, pero azul y sin detonación. No escuchamos el correspondiente trueno. Fue un «relámpago» muy largo. Casi ocho segundos… Salomé y el resto enmudecieron. Y pensé: «¿Dónde está la tormenta?». Por supuesto, no había tormenta. Y en la sala amaneció un delicioso olor a misericordia (jazmín).



Esquema de la «tercera casa», en el caserón de los Zebedeo, en Saidan.

El joven, entonces, ayudado por el Galileo, se alzó y dio un paso… Surgieron murmullos de admiración. Después, un segundo paso… ¡Oh!… Y los allí congregados gritaron, emocionados. ¡El paralítico caminaba! ¿Cómo

era posible? Yo estaba perplejo, con la boca abierta. ¡Aquel muchacho tenía la médula seccionada! ¡Ni la medicina del siglo XX lo hubiera remediado! ¿Qué había pasado? ¿Cómo lo hizo? Y al comprobar que era capaz de mover las piernas, el joven de Nahum se lanzó sobre Jesús, abrazándole con fuerza. El rabí respondió con otro abrazo. Y mantuvo al tembloroso muchacho. ¡Pardiez! Se me saltaron las lágrimas… Los murmullos decrecieron y el silencio se instaló en la «tercera casa». Silencio y olor a jazmín. Silencio y misericordia. El abrazo fue largo. El joven lloraba y gemía. Fueron Andrés y Mateo Leví quienes —dulcemente— retiraron al muchacho. Le ayudaron a cargar las parihuelas y le abrieron paso entre los allí reunidos. Salomé estaba lívida. En lo alto quedó un boquete de un metro de lado… Empezaba a oscurecer. Una estrella se asomó a la «tercera casa» y brilló feliz…

Y recordé lo leído en los diarios del mayor: «En ocasiones, la extraordinaria misericordia del Hombre-Dios hacía el milagro. Bastaba que Jesús sintiera piedad hacia alguien, y deseara sanarlo, para que su "gente" (los "ángeles" que lo rodeaban de forma permanente) llevara a cabo el prodigio. Él era el primer sorprendido. Así sucedió en Caná, con el vino, y en otros muchos lugares…».

Tanit

El domingo, 3 de octubre (año 28), nos pusimos en camino. Se inició así una segunda gira de predicación. En esta oportunidad, por la Galilea y parte de la Decápolis. El viaje se prolongó durante tres meses, concluyendo a finales de diciembre del referido año 28. El grupo era numeroso. Lo formaban Jesús, los doce, Yu, ciento diecisiete aspirantes a predicadores y otros simpatizantes. Sumé doscientas cinco personas. «Demasiada gente», pensé.

El hospital de campaña fue desmantelado.

Alcanzamos la ciudad de Gamala, al este de Saidan, en poco más de dos horas. El Oso de Caná viajó en nuestro *reda*, feliz. Kesil le contó su vida.

Gamla o Gamala era una ciudad de 20 000 habitantes. La mayoría era no judía. Vivían del comercio, de las viñas y de la caza.

Instalamos el campamento a cien metros de las puertas de la ciudad y Andrés trazó un plan básico de trabajo. Cada discípulo (Felipe y los gemelos de Alfeo se hallaban exentos por sus obligaciones en la cocina) se hizo responsable del aprendizaje de diez evangelistas. Durante el día visitarían el pueblo o la ciudad de turno y conversarían con la gente, predicando la buena nueva. En la noche se reunirían con el Maestro e intercambiarían experiencias, planteando preguntas. El Hijo del Hombre, por su parte, dedicaría las jornadas a sus habituales retiros, en los que conversaba con Ab-bā, o bien visitaría las poblaciones, haciendo *’im*.

En total, nos detuvimos en once ciudades y en más de cuarenta aldeas. Galilea, en aquellas fechas, sumaba doscientas cuatro aldeas, distribuidas en una superficie de 111 kilómetros (de norte a sur) por 55 (de este a oeste), y quince ciudades fortificadas. La población superaba las ochocientas mil almas. Era una tierra dorada, bendecida por Dios. Mirase donde mirase, crecían la mies, el viñedo, los bosques o los árboles frutales. La pesca abundaba en sus lagos y ríos y la caza era excepcional. El olivo y la manzana abundaban en las regiones altas. Sus verduras eran cotizadísimas en Jerusalén, siendo consumidas —únicamente— por las castas sacerdotales.

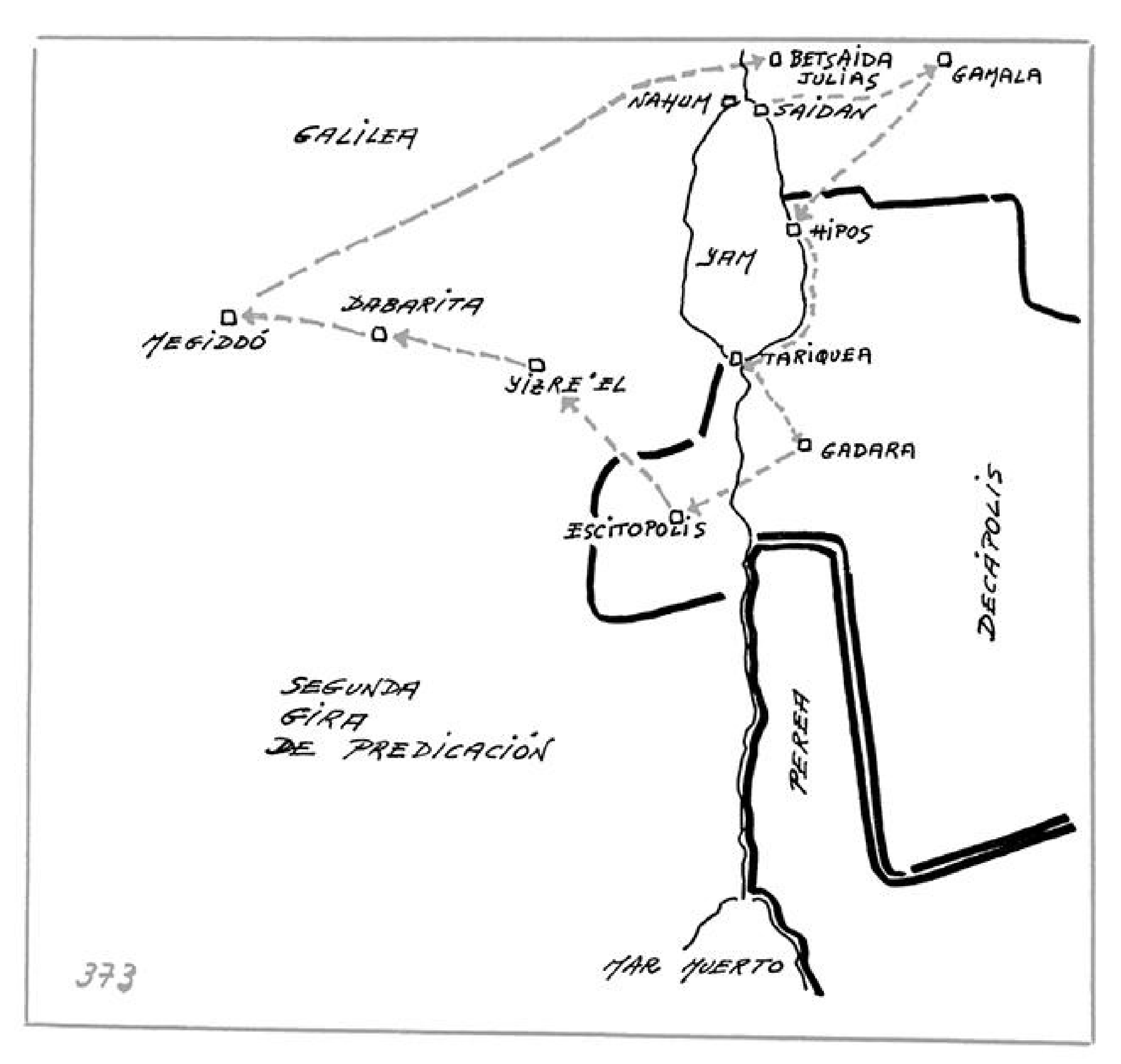
David Zebedeo —a petición de Jesús— mantuvo el servicio de los correos. El cuartel general siguió en el caserón de los Zebedeo, en Saidan. Llegué a conocer cincuenta correos. Todos eran jóvenes y fieles. Si el asunto era

urgente o grave, los correos corrían por relevos (incluso en la noche). Cada mensajero recibía un denario por día (y la comida).

El lunes, 4 de octubre, llegó al campamento una anciana fenicia. Se llamaba Tanit, como la diosa. Era viuda y rica. La acompañaba un cortejo de cincuenta sirvientes. Vestía túnicas de seda que arrastraba por el suelo. Aparecía siempre maquillada, con unas aparatosas pestañas postizas. Se presentó ante el jefe de los íntimos y exigió que Jesús de Nazaret la curase. Andrés respondió en koiné (el griego internacional):

—¿Y cuál es tu mal?

La mujer alzó la túnica y dejó al descubierto unas piernas gruesas y deformadas como patas de elefante. Los pies eran irreconocibles. Todo eran bultos sanguinolentos. Esa noche, en la conexión habitual, «Santa Claus» habló de una enfermedad llamada «elefantiasis», caracterizada por la inflamación y obstrucción de los vasos linfáticos, con hipertrofia de la piel y de los tejidos subcutáneos. Generalmente afecta a las extremidades inferiores, a los brazos, escroto y pechos. Estos últimos pueden llegar a ser gigantescos, colgando hasta la cintura. El ordenador preguntó si se trataba de una elefantiasis filariana o no filariana. Lo mandé a paseo… El grave problema lo ocasiona la picadura de un mosquito que termina entrando en el sistema linfático y obstruye el drenaje.



Itinerario de Jesús y su grupo en la segunda gira de predicación por la Galilea y la Decápolis. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Ante el silencio de Andrés, la viuda hizo un gesto y uno de los siervos depositó una bolsa a los pies del discípulo. Judas de Alfeo la recogió y se la entregó a Andrés. Éste examinó el contenido. Eran monedas de plata. Muchas…

—Tengo más —intervino Tanit con severidad—. Puedo pagar lo que el Maestro me pida…

El jefe de los íntimos devolvió la bolsa al criado y prometió a la mujer que lo consultaría con el rabí. Después supe —por Felipe— que el tono de la fenicia no agradó a Andrés. Y, en contra de lo habitual, el prudente jefe no dijo nada al Señor. Pero Tanit no se resignó. Y cada día, al caer la tarde, se presentaba frente al jefe de los discípulos, mostraba sus piernas ulceradas y exigía que el Galileo la sanase. Y se repetía la escena de la bolsa, con los

dineros. Andrés la devolvía y prometía que lo hablaría con el Hijo del Hombre. La mujer nos miraba con desprecio, daba media vuelta y se refugiaba en su lujosa tienda. Y así un día tras otro… En cierta ocasión llegó a ofrecer un talento (14 400 denarios de plata) por la curación. Judas Iscariote, Pedro y el Zelota se enfrentaron a Andrés y acusaron al jefe de ocultar la información al rabí. Pero Andrés se mantuvo firme. No deseaba molestar al Galileo con un asunto tan desagradable. Eso dijo. Interpreté su actitud como correcta. Aquella viuda era odiosa… Y durante tres meses, como digo, el Maestro hizo *’im*. Entraba en las casas y granjas. Conversaba con judíos y paganos, consolaba a los enfermos, compartía la comida que le proporcionaba Felipe, repartía monedas entre los más necesitados, se interesaba por los deseos de los ancianos, ayudaba en los trabajos —sacaba agua de los pozos o colaboraba en los partos de los animales— y, sobre todo, jugaba con los más pequeños. Lo acompañé en muchas oportunidades y siempre me asombraron su ternura y curiosidad. Para el Hijo del Hombre —ya lo dije—, cada ser humano es una aventura única. Una aventura que sólo los Dioses comprenden… Y me pregunté: «¿Cómo es posible que un Dios Creador —Él lo es— no conozca a sus criaturas? ¿Por qué necesitaba hacer *’im*?». Misterio que resolveré cuando pase al «otro lado»…

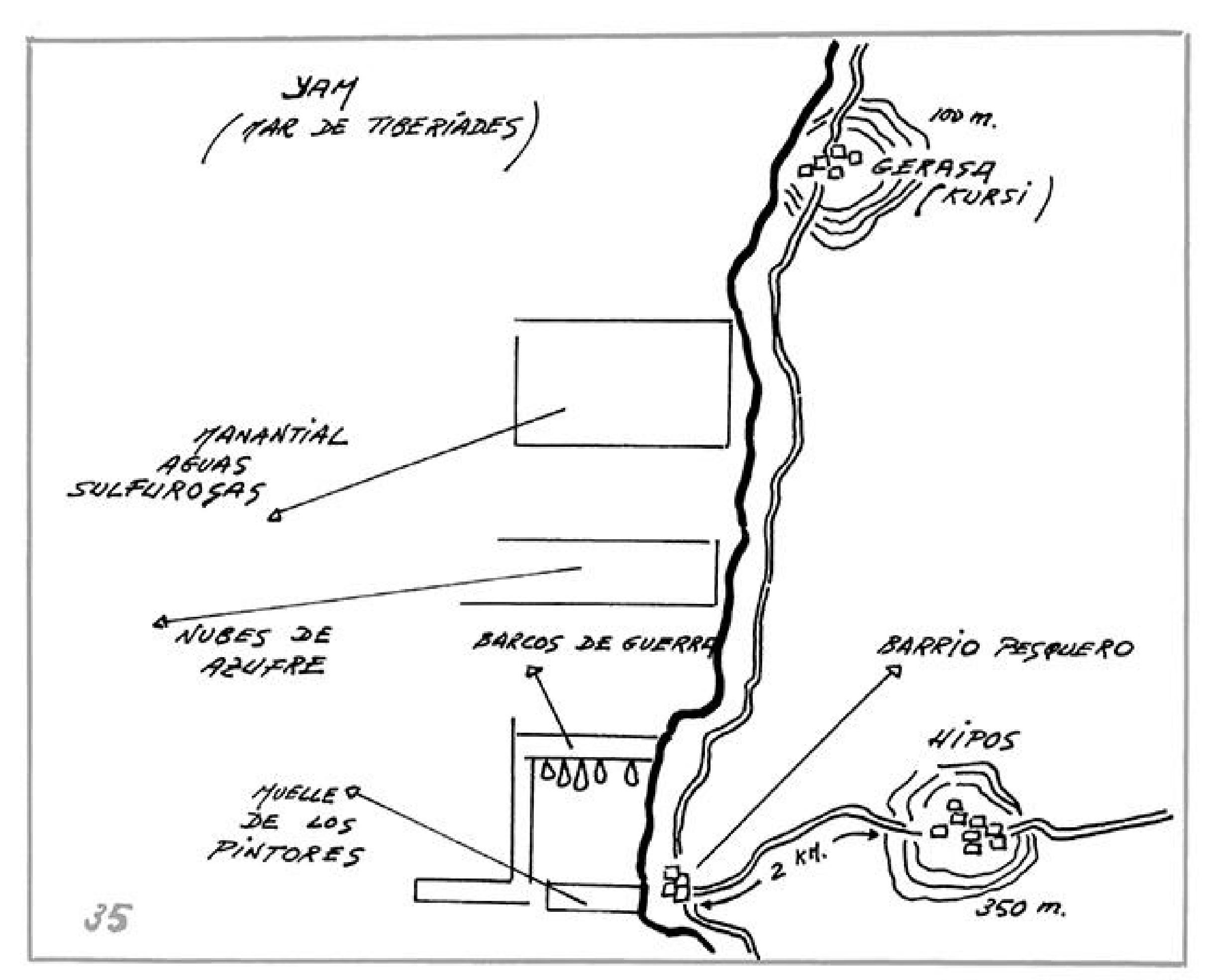
Pero vayamos paso a paso…

Assurbanipal

Nunca olvidaré a aquel pintor calvo…

El lunes, 11 de octubre (año 28), nos dirigimos a la costa oriental del mar de Tiberíades. El *yam* estaba azul y plata, totalmente dormido. Dejamos atrás Kursi (Gerasa), una ciudad en la que viviríamos intensas emociones, y el grupo se encaminó al sur. Al poco, a cosa de ocho kilómetros de la referida Kursi, al pie de un acantilado rojizo de 44 metros de altura, divisamos unas espesas nubes amarillas. Flotaban sobre las aguas del lago. Todos se maravillaron, pero huyeron con rapidez. «Era el disfraz de Lilith y sus diablesas». Eso decían los discípulos. En realidad, estábamos ante un manantial de aguas sulfurosas que brotaban a 30 grados Celsius. En aquella orilla, y también en la occidental, eran relativamente frecuentes. Me tocó estudiarlos a fondo.

Y a eso de la quinta (once de la mañana) divisamos el formidable puerto de Hipos, el segundo en importancia en la costa este. Quedamos asombrados. La construcción portuaria formaba un cuadrado. El rompeolas principal tenía una longitud de 120 metros. Partía perpendicular a la costa y se doblaba después hacia el sur. Este segundo tramo superaba los 80 metros. El tercer muelle cerraba el puerto, dejando una estrecha bocana. Había mucha agitación. Numerosos barcos entraban y salían. Era un centro de importación y exportación; especialmente de ganado. Muy cerca, a doscientos metros, se hallaba el barrio pesquero de Hipos. Sumé treinta casuchas, mal encaladas, con otras tantas y alegres chimeneas de ladrillo rojo. Humeaban. Hacia el interior —a dos kilómetros y sobre un cerro de 350 metros de altitud—, descansaba la ciudad propiamente dicha: Hipos o Susita, fundada en el siglo III antes de Cristo. Era un enclave helenístico, vinculado al pacto de las ciudades estado de la Decápolis. La población —alrededor de 30 000 habitantes— era mayoritariamente pagana.



Ubicación de Hipos y su barrio pesquero, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y el Maestro decidió acampar cerca del poblado pesquero. Mientras Felipe organizaba las tiendas, el rabí optó por dar un paseo por el muelle más cercano: el que formaba la bocana. El rompeolas principal aparecía cerrado al tránsito. Una patrulla de mercenarios romanos impedía el paso. Comprendí. Al fondo, al socaire del citado gran rompeolas, se alineaba media docena de barcos de guerra: *trirremis* y dos *quinquerremis*. Eran buques estrechos y esbeltos, capaces para una tripulación de 200 hombres (de éstos, 170 eran remeros). En los *trirremis* trabajaban tres remeros por banco, cada uno con su remo. Los costados de las embarcaciones aparecían protegidos por importantes láminas de metal. Supuse que los barcos habían sido transportados hasta el *yam* pieza a pieza. Se dedicaban, básicamente, a la vigilancia en el lago.

Y en mitad del muelle, entre pescadores, descargadores, ánforas, amasijos de cuerdas y rebaños de corderos que esperaban ser cargados, el Maestro se detuvo ante un grupo de pintores ambulantes. Dibujaban a los visitantes por unas monedas. Uno de ellos era especialmente bueno. Jesús, amante de la

pintura, se detuvo frente a la obra del que destacaba. Y la examinó con curiosidad y deleite. Como se recordará, el rabí —durante su primera juventud— había practicado el dibujo; algo severamente prohibido por la religión judía. En el año 3 de nuestra era, ante el desconcierto de todos y la indignación de unos pocos, el joven Galileo fue a pintar el rostro de su maestro en las losas de la sinagoga. Aquello provocó un terremoto en la pequeña aldea de Nazaret. Las fuerzas vivas se reunieron y amonestaron a la familia de Jesús. El Maestro obedeció a sus padres y no volvió a dibujar. Era comprensible que se detuviera frente a los cuadros y que preguntara al artista por la técnica y por sus inquietudes. El pintor respondió en koiné (griego internacional). Era un hombre de unos treinta o cuarenta años, calvo y con un enorme bigote blanco. Dijo llamarse Assur (Assurbanipal), como el padre de los dioses fenicios. Era de origen hitita; más exactamente de la región de Nínive (actual Irak). Y el pintor preguntó al rabí si deseaba que lo dibujara. Jesús sonrió, complacido, puso la mano izquierda sobre el hombro de Assur y respondió negativamente. Yo sabía por qué. Durante nuestra estancia en el monte Hermón, el Hijo del Hombre explicó que «no deseaba dejar descendencia y que su figura no podría ser dibujada por manos humanas». «Al pronunciar esta frase —escribe Jasón en sus diarios—, Jesús de Nazaret interrumpió la limpieza del ánade. Me traspasó con aquellos ojos rasgados, incisivos, y limpios como la atmósfera del Hermón y, haciéndome un guiño de complicidad, prosiguió… El corazón aceleró. Entendí perfectamente. Eso creí, al menos… Su imagen sí quedaría en este mundo, pero “confeccionada” por otras manos…, y algo más». Fue el recuerdo de estas enigmáticas palabras lo que movilizó mi intuición. Y el Maestro se alejó, prosiguiendo el paseo por el muelle de los pintores; así lo bauticé desde esos momentos. Quiero creer —por lo que sucedió más tarde— que Assur quedó impresionado por la majestuosa lámina del Galileo. Y ahí terminó el asunto…

Dos días después —el miércoles, 13 de octubre—, el Maestro hizo *’im* en el barrio pesquero de Hipos. Yo le acompañé. Visitamos varias casas y, al final, siendo la hora nona (tres de la tarde), golpeó una de las puertas. ¡Sorpresa! Abrió Assur, el pintor del bigote blanco. Era su domicilio. Allí vivía con su esposa y cinco hijos. Nos permitió pasar y el Maestro conversó con él durante más de dos horas. Hablaron de pintura, del mítico rey Assurbanipal, de la gigantesca biblioteca creada por dicho personaje en el siglo VII antes de Cristo y del poema de Gilgamesh. La verdad es que no entendí gran cosa. El pintor era un hombre culto, pero la vida lo había castigado —según él— «por sus muchos pecados». Jesús le hizo ver que no

tenía razón. «La vida —aseguró el rabí— es una aventura que elegimos…, personalmente». La esposa sirvió una deliciosa pirámide de pastel y fresas. El Galileo y yo repetimos.

Esa noche, al regresar al campamento, la intuición volvió a tocar en mi hombro. Podía intentarlo. Aquello no iba contra las normas de Caballo de Troya… ¡Pardiez! ¿Y qué me importaban las normas? Y seguí el consejo de la «bella», como llamaba Jasón a la intuición.

A la mañana siguiente —14 de octubre, jueves—, acudí al puerto y busqué al pintor. Assur se alegró al verme. Había quedado sumamente complacido con la visita de Jesús. Lo llamó «hombre grande y único, capaz de sacar esperanza de las piedras». No dije que sí ni que no. Y fui directo al asunto que me había llevado hasta él:

—¿Podrías dibujar al Maestro?

Assur sonrió, malicioso. Y dijo que sí.

—Pero tendrías que hacerlo de memoria —añadí—. Él no acepta posar…

Mantuvo la sonrisa y replicó sin pensarlo:

—Claro… Puedo.

Y acompañó la última palabra con el gesto internacional del dinero.

—¿Cuánto pides?

—Dos denarios…

Acepté y pregunté de nuevo:

—¿Cuándo puedo pasar a buscarlo? Estoy de paso…

—Ahora mismo, si quieres…

Y, ante mi sorpresa, buscó entre un mazo de papiros. Rescató uno de ellos y me lo mostró. ¡Era el Maestro! El papiro —aseguró Assur— era de Biblos (la ciudad fenicia) y, en consecuencia, de la mejor calidad. Lo había pintado, al carbón, la noche anterior, tras la visita de Jesús a su casa. Me pareció sencillamente espléndido y delicado. El trabajo, en suma, de un gran profesional. Pagué cuatro denarios; el doble de lo estipulado. E hice feliz al pintor y él me hizo feliz a mí.

Cuando me alejaba me volví y pregunté:

—¿Por qué lo dibujaste?

Sin dejar de sonreír, Assur declaró:

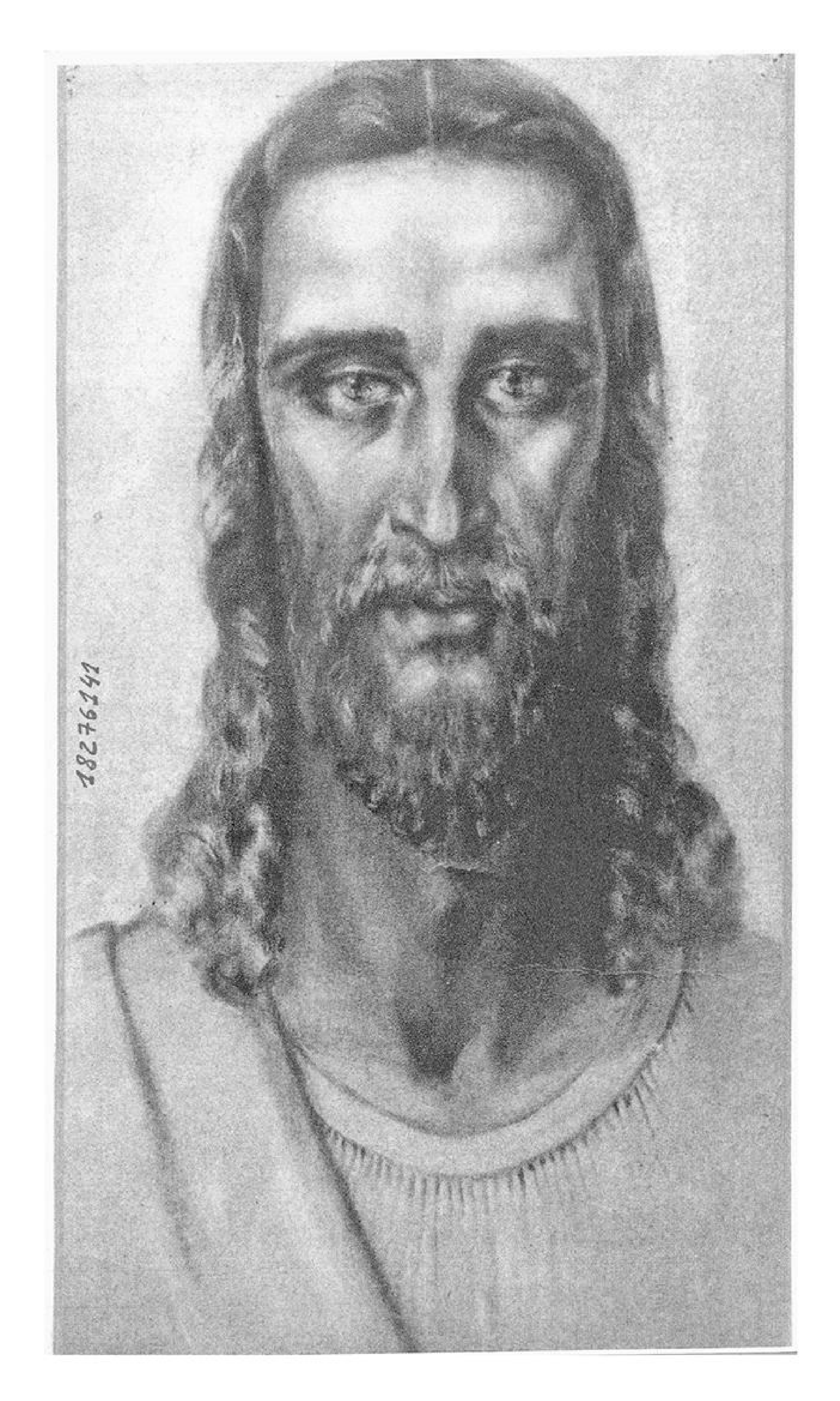
—Nunca vi unos ojos tan luminosos y un corazón tan noble…

Guardé el papiro en mi saco de viaje y lo conservé como un gran tesoro. Que yo sepa, es el único retrato —extraordinariamente fiel— del Maestro vivo. Las pinturas que existen en el mundo son suposiciones e imaginación de los artistas. Y me juré a mí mismo que regresaría con el magnífico dibujo. Por

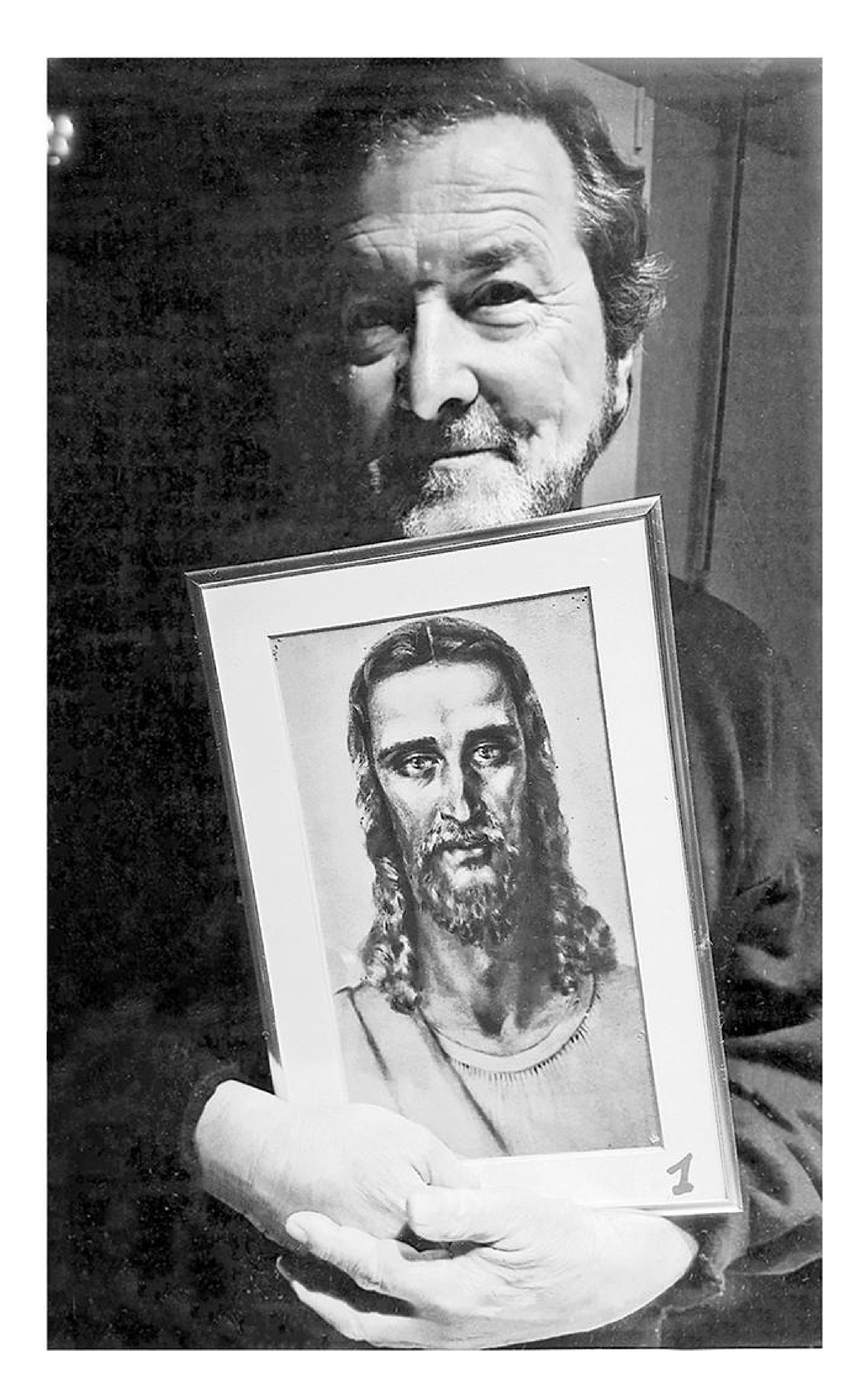
supuesto, nadie supo de su existencia; ni siquiera Kesil y, mucho menos, el general Curtiss. El Maestro jamás hizo comentario alguno. ¿Lo supo? Es muy posible…

Y las aventuras continuaron…

Siguiente destino: la ciudad de Tariquea, al sur del *yam*, en la segunda desembocadura del río Jordán.


18276141

Dibujo de Jesús de Nazaret, obra de Assur, en la ciudad de Hipos (13 de octubre del año 28). Fue comprado por Eliseo por cuatro denarios.


1

Dibujo —al carbón— de Jesús de Nazaret, llegado misteriosamente al domicilio de Juanjo Benítez en 1984. Posteriormente (mayo de 2012), Eliseo le haría entrega en Noruega de un pendrive que contenía la misma imagen. (Foto: Blanca). (Ver Pactos y señales).

«Rabí, piedad...»

En Tariquea, al sur del mar de Tiberíades, nos esperaba otra sorpresa; una desconcertante e inimaginable sorpresa… Partimos de Hipos el lunes, 18 de octubre (año 28), muy temprano. Cubrimos los quince kilómetros en tres horas y a buen paso. Y hacia la sexta (mediodía), Andrés dio la orden de acampar. Lo hicimos a una prudencial distancia de la ciudad, junto al río Jordán, y entre un silbante bosque de álamos del Éufrates. Tariquea era una ciudad de casas de tablas, trabajaba con las tablas y sólo sabía hablar de tablas. Su principal industria era la fabricación de toneles para toda suerte de pescado, toda clase de vinos y cientos de frutas. El pueblo estaba acostumbrado al constante martilleo de los talleres.

Los primeros cuatro días fueron apacibles. Nadie molestó. Nadie se preocupó por aquella tropa. Jesús se dedicó a hacer *'im* en la ciudad. El resto —los evangelistas— peinó los salones en los que se trabajaba con los toneles y trataron de hablarles de la buena nueva, del reino invisible y alado y del magnífico Padre Azul. Cosecharon algún éxito y numerosos fracasos. La gente estaba a lo que estaba y no a escuchar sermones.

Y sucedió lo inevitable. Las noticias sobre las curaciones en la sinagoga de Nahum y en el caserón de los Zebedeo, en Saidan, volaron. Todos se hacían lenguas sobre el hombre de la mano en garra y sobre la audacia del joven del pelo amarillo que destrozó la azotea de la «tercera casa». Y el viernes, 22 de octubre, empezó a llegar gente al bosquecillo de álamos.

Conté decenas de enfermos —de todo tipo— acompañados por familiares y amigos, tullidos (auténticos y falsos), curiosos, desocupados y pícaros mil… Por consejo de Andrés, se instalaron a un centenar de metros de nuestras tiendas. El jefe de los discípulos movió la cabeza, negativamente. Aquel nuevo gentío sólo podía ocasionar problemas. Esta vez se equivocó…

No podíamos engañarnos. A estas alturas de la vida pública del Maestro, el noventa por ciento de la gente que lo seguía lo hacía por interés. El mensaje de Jesús les importaba nada o muy poco. Eran las asombrosas sanaciones las que verdaderamente los movilizaban y los hacían viajar desde las más remotas regiones. Allí había gente de Siria, de las islas griegas, de Egipto, de Creta… En definitiva, en ese mes de octubre del año 28, Jesús era popular —

tremendamente famoso— gracias a los prodigios. Y eso era lo que buscaba aquélla y todas las multitudes que lo seguían. La gente necesitaba la salud y el Galileo la proporcionaba. Eso era lo único que contaba. Los prodigios, además, desembocaban en un nombre inevitable: el Mesías. Eso decían las Escrituras: un superhombre llegará a Israel. Un superhombre que limpiará a los leprosos y tullidos de sus males y pecados. Un superhombre que arrasará ejércitos y elevará a la casa de David a lo más alto… Ése era el Maestro. ¿Quién había devuelto la vista a los ciegos de nacimiento?: el Hijo del Hombre. ¿Quién tenía el poder de restituir una mano a un manco?: el Hijo del Hombre. ¿Quién curaba a distancia?: el Hijo del Hombre… Éste era el panorama, y no otro.

El gentío —calculé del orden de quinientas personas— se comportó dignamente. Por la mañana, temprano, cincuenta o sesenta enfermos acudían cerca de nuestras tiendas, se sentaban en la tierra y esperaban a que apareciera el rabí. Por delante se destacaba una mujer negra con un bebé de meses en los brazos. El niño presentaba una enorme deformación en la cabeza. La mujer parecía joven. Quizá fuera beduina; no lo supe con certeza. De vez en cuando, en mitad del silencio, levantaba a la criatura por encima de su cabeza y entonaba un triste lamento en un pésimo arameo:

—¡Rabí, piedad…!

Los más necesitados hacían cola frente a la cocina de campaña y recibían de Felipe y de los gemelos de Alfeo algo de comida caliente. El intendente renegaba por lo bajo y aseguraba que allí había mucho aprovechado. El Galileo, de acuerdo con la *tabbah*, huía por la parte de atrás y desaparecía en los campos de cereales, seguido por *Zal*. Generalmente retornaba a la caída de la tarde, cuando los enfermos y seguidores se retiraban.

Pero el domingo, 24 de octubre, empezó a llover. ¿Llover? ¡Aquello fue una manta de agua! En realidad, la tormenta se inició horas antes, durante la noche. Lógicamente, el Galileo permaneció en su tienda. El campamento se convirtió en un barrizal. La lluvia era tan intensa que no se veía a dos metros. Por supuesto, los enfermos no salieron de sus refugios, salvo una excepción: la mujer negra. La muchachita, con el niño en brazos, se plantó frente a nuestro campamento y allí permaneció, en silencio, bajo el diluvio. Cada quince o veinte minutos alzaba al negrito sobre la cabeza y cantaba la habitual «¡Rabí, piedad…!». Felipe y los gemelos —desde la cocina— comentaban… A todos nos rompió el corazón. Y llegamos a pensar que el bebé estaba muerto. Pero no. Como consecuencia de la lluvia, el niño protestó y lloró

desconsoladamente. La mujer —nunca supimos si se trataba de la madre— lo levantó de nuevo por encima de la cabeza y clamó con gran fuerza:

—¡Rabí…, piedad!

No supimos qué hacer. ¿Avisábamos al Maestro?

—¡Rabí…, piedad!

Felipe aseguró que el niño podía ser un endemoniado. En el *yam* había visto casos similares: niños con enormes cráneos, incapaces de valerse por sí mismos. Los espíritus maléficos los esclavizaban. Lo mejor es que perdieran la vida… Eso decía.

Y en esas estábamos —hacia las nueve de la mañana— cuando, de pronto, se presentó el Hijo del Hombre. La tormenta, como si supiera, arreció. Las gotas eran gruesas e inmisericordes. Las techumbres de las tiendas no daban abasto y vomitaban caños de agua.

Jesús de Nazaret no dijo nada. Se quedó mirando a la mujer y así permaneció unos minutos.

—¡Rabí…, piedad!

El pequeño continuaba llorando, medio ahogado por aquel mar de agua. Supe lo que iba a suceder. La intuición —la «bella»— nunca traiciona… Y el Maestro, sin mediar palabra, se fue hacia la mujer. La cortina de agua lo empapó, y lo vi resbalar un par de veces en el barro. Pero el Galileo siguió, con sus típicas y largas zancadas. Felipe y yo nos miramos y, al segundo, salimos a la carrera, tras Él.

—¡Rabí…, piedad!

Y la negrita levantó al bebé hacia la furiosa lluvia. Una culebrina rasgó las nubes y estalló cerca. El estampido alertó a los seguidores y algunos se asomaron a las tiendas. Fue entonces cuando vieron al rabí. Y algo más de veinte enfermos y lisiados corrieron hacia la mujer negra. Algunos levantaban los muñones y pedían misericordia. Jesús, entonces, llegó hasta la muchacha y, sin mediar palabra, tomó al bebé y lo abrazó, compasivo. Nueva culebrina y nueva detonación. Los tullidos se detuvieron, asustados. El agua caía con tanta violencia que lastimaba las caras y las manos. No sé qué sucedió… Jesús no habló. Simplemente permaneció abrazado al negrito, protegiéndolo del diluvio. La escena se prolongó durante un minuto, más o menos. El niño dejó de llorar. La mujer miraba al Galileo con los ojos enrojecidos por el llanto. Tampoco dijo nada. Tampoco se movió o trató de arrebatarle al bebé. Parecía en estado de *shock*. De pronto, el cielo se volvió azul. No puedo explicarlo. No tengo palabras. No fue el relámpago azul —sin trueno— que había visto en otras ocasiones. Esta vez fue una luminosidad uniforme e,

insisto, muy azul, que abarcó todo el cielo. Y, durante ocho o diez segundos, todo se volvió azul: la lluvia, el campo, las tiendas, las ropas, las caras… ¡Todo azul! Creí que me volvía loco… No escuchamos ninguna descarga. Y, como digo, a los ocho o diez segundos —toda una eternidad—, el cielo recuperó el color habitual. Las nubes panza de burra seguían allí, pero, súbitamente, dejó de llover. Y se hizo el silencio. Un silencio que hacía daño.

El Maestro devolvió el bebé a la mujer… ¡Pardiez! ¡El cráneo era normal! ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba la deformación que Felipe y yo acabábamos de contemplar? Sentí que las piernas me fallaban. ¡El rabí pudo abrazar al niño durante un minuto! ¡Quizás dos! ¿Cómo pudo sanarlo?

Acto seguido, también en silencio, el Hombre Dios giró sobre sus talones y se alejó hacia nuestro campamento. Felipe y yo seguimos inmóviles, como estatuas, con las bocas abiertas y temblorosos. La mujer besó al bebé y se alejó hacia las tiendas de los seguidores. No volví a verla.

Y, de pronto, el intendente reparó en un detalle: las ropas estaban secas. Palpé mi túnica negra y, en efecto, verifiqué que se hallaba totalmente seca. Eso era imposible… La cortina de agua nos había empapado. También las tiendas aparecían secas. En cuanto al barro, ni rastro. La tierra se hallaba dura y compacta, como antes del diluvio. Insisto: pensé que me volvía loco… Pero no hubo tiempo para pensar. La veintena de enfermos y tullidos que había permanecido cerca de Jesús de Nazaret empezó a gritar y a saltar. ¡Los mancos disponían de manos! ¡Los cojos tenían pies normales y caminaban! ¡Los ciegos veían!

¡Pardiez! Me dejé caer en el suelo, desconcertado… Fue la locura. La gente salió de las tiendas y rodeó a los sanados. Todos gritaban y entonaban el nombre del Maestro. Y volvió a sonar un grito de guerra: «¡Abajo Roma!».

Uno de los «mancos» se sentó a mi lado y contempló en silencio su flamante mano izquierda. Acarició los nuevos dedos y me miró, sin comprender. Después lloró sin medida. Finalmente cayó desmayado entre mis brazos. Allí continué durante largo rato, desconcertado. ¡El Maestro lo había hecho de nuevo! ¡Había llevado a cabo otra curación masiva, similar a la del 17 de enero de ese año 28 en Saidan! Pero los malditos evangelistas no la mencionan…

Esa noche no hubo forma de conciliar el sueño. Los pensamientos iban y venían. Y recordé algo más: al registrarse la intensa luminosidad azul, el campamento, el bosque y los campos se llenaron de un agradable y afilado perfume a *tintal*, a tierra mojada. ¿Pudo deberse a la lluvia? Me quedé con la duda… Otra más. Y, de pronto, al lógico alboroto de los sanados, se unieron los gritos de una vieja conocida: ¡Tanit! La viuda fenicia se plantó en mitad del campamento y reclamó la atención general. Salimos, molestos, y quedamos igualmente perplejos. La mujer levantó la túnica y mostró unas piernas delgadas y sin deformaciones. La elefantiasis había desaparecido. A la mañana siguiente trató de ver al rabí, pero éste había abandonado las tiendas, ocupado en su habitual retiro con Ab-bā. A los pies de Andrés quedó una abultada bolsa de cuero, con denarios de plata. Nos sentimos aliviados. Y Tanit montó en su carruaje, desapareciendo.

Activé el «NCS» y «Santa Claus» propuso que la deformidad del bebé negro podía deberse a una hidrocefalia. El aumento del líquido cefalorraquídeo en el cerebro era el causante, sin duda, del aumento del cráneo; concretamente de los ventrículos. Las causas de la hidrocefalia podían ser múltiples: tumores, congénitas, secuelas de una meningitis… El bueno y paciente de «Santa Claus» preguntó si era una hidrocefalia congénita o adquirida. No supe qué decir. Y se interesó también sobre el tipo de patología. «¿Era comunicante o no comunicante?». Volví a mandarlo a paseo… Y las sorpresas continuaron. En un primer momento estimé que la sanación masiva alcanzó a 30 o 40 personas, todas del campamento de seguidores que se alzaba cerca del nuestro. Me equivoqué.

Esa mañana del lunes, 25 de octubre (año 28), acompañé a Felipe y a los gemelos de Alfeo a Tariquea con el fin de comprar víveres. Notamos que la gente corría y gritaba. Estaba muy excitada. Circulaban rumores de todo tipo. En los mercados se decía que una «tormenta azul» había caído sobre la ciudad y sanado a los enfermos, devolviendo el andar a los paralíticos y la vista a los ciegos. Los discípulos y yo no salíamos de nuestro asombro. Interrogué a unos y a otros y todos coincidieron: «Fue una luz azul…, todo se volvió

azul…, después, los mancos tenían manos, los leprosos estaban limpios, a los cojos les crecieron nuevos pies…».

¿Tormenta azul? Todos describieron lo mismo que habíamos presenciado en el campamento. El número de sanados se contaba por decenas.

Uno de los más excitados era un rufián, dueño de una taberna de mala fama a la que llamaban «El Pelícano Tartamudo». Allí nos fuimos. El tipo, en efecto, ya no tartamudeaba. Y aseguró que la «tormenta azul» hizo burbujear las cántaras de vino. El tipo, con una nariz enorme y afilada, no mentía. Yo recordaba lo escrito por Jasón. En una de sus aventuras entró en la taberna en cuestión y fue atendido por el dueño. El sujeto tartamudeaba, y mucho. Esa misma noche, Jasón tuvo un extraño sueño. En él vio al propietario de la taberna. Al servirle vino, explicó a Jasón que el Maestro lo había curado. «Fue a la puesta de sol», le dijo. Aquello, lógicamente, no encajaba. El dueño de El Pelícano no fue sanado a la puesta de sol. El prodigio —en Tariquea— se registró hacia las nueve de la mañana. Durante un tiempo, como digo, no supe qué pensar. Más adelante, cuando conseguí conversar con el mayor en la isla de Madagascar, Jasón me dio cumplida información. Él había alterado el sueño con la finalidad de restar credibilidad a lo narrado. Era lo que denominaba «errores de segundo y tercer orden». Por cierto, me pareció una excelente idea. Y me sumé a la iniciativa de Jasón. Lo anuncio desde ahora: también en mis diarios hay una colección de errores de segundo y de tercer orden; es decir, de importancia menor, pero muy aconsejables para restar importancia a lo narrado.

Felipe no dio crédito al tunante y retornamos al campamento. Fue en esos momentos cuando caí en la cuenta de otro singular hecho. Tras la «tormenta azul», algunos de los íntimos también recuperaron la salud. Ejemplo: Judas Iscariote. El mayor lo había detectado tiempo atrás. Judas padecía algún tipo de problema respiratorio. Pensó en asma, quizá del tipo bronquial. Las sibilancias, toses y dificultades respiratorias eran elocuentes. Y, súbitamente, a raíz de esa mañana, desapareció. Lo mismo sucedió con Bartolomé, el Oso de Caná. Su tímpano derecho, estallado en una pelea con los seguidores de Yehohanan (enero del año 27 en el río Artal), se recuperó totalmente. No sucedió lo mismo con las varices de la pierna izquierda. ¡Qué extraño!…

En suma: no supe cuánta gente fue curada en aquél no menos histórico 20 de octubre del año 28, en Tariquea. Sencillamente, perdí la cuenta. Mi cómputo se hallaba en 687. Pero, como digo, la última sanación incrementó el número de curados a casi un millar.

En la noche de ese lunes, 25 de octubre, reunidos en torno a la hoguera, alguien —de entre los evangelistas— preguntó al Maestro qué había sucedido. ¿Qué significaba aquella luminosidad azul? ¿Por qué tanta gente fue sanada? ¿Quién los curó?

Jesús, con cierto aire de cansancio, volvió a explicar lo que ya sabíamos:

—Son muchos los ángeles que me acompañan —aclaró el rabí—, aunque vuestros ojos no puedan verlos…

Y pronunció una cifra: 170 000. Todos miramos a nuestro alrededor, inútilmente. Las ocho mil estrellas centellearon y se burlaron de nuestra inocencia. En definitiva, eran «ellos» —los ángeles— los responsables de la «tormenta azul» y de la masiva sanación en Tariquea y su entorno. Esto lo repitió varias veces. Pero Juan Zebedeo, el Iscariote y Pedro se negaron a aceptarlo.

Felipe, entonces, preguntó:

—¿Cómo puede ser que donde no hay mano aparezca una mano?

—En el reino de mi Padre todo es posible. Basta con desearlo. Pero no puedo dar detalles. No hay palabras para explicarlo. No lo entenderíais…

Y subrayó:

—No lo entenderíais…

—Inténtalo —presionó el Oso—. Dinos cómo es posible que aparezca una pierna donde antes no la había…

El rabí hizo un esfuerzo. Lo intentó, pero terminó negando con la cabeza. La luz de la hoguera acarició su rostro, consolándolo. Comprendí. Ni siquiera los científicos y médicos del siglo XX podrían asimilar lo ocurrido. Y Felipe llegó en ayuda del Galileo:

—¿Y cómo sabemos, rabí, que esas nuevas manos y piernas son las del manco y las del cojo?

La ocurrencia del intendente alivió la tensión. Y surgieron las risas. Después, Mateo Leví dio en el blanco con sus palabras:

—No importa cómo lo hagas o quién lo haga… Entiendo, Maestro, que el prodigio nace de tu misericordia…

Jesús agradeció el acertado comentario:

—Así es…

Y Tomás, el bizco, se interesó:

—¿Qué es para ti la misericordia?

—El sentido de mi vida. No serás Dios si no eres misericordioso. La misericordia es el amor, materializado, aplicado…, empaquetado. Es lo que distingue a los Dioses.

Esa noche tampoco pude dormir. ¿Cómo podía traicionar a un Dios? Éramos unos completos necios, empezando por el general Curtiss… Pero las órdenes eran las órdenes…

Los dédalos

Era de suponer. La noticia de la nueva curación masiva, en Tariquea, corrió veloz como el *maarabit*, el viento del oeste. Y el 27 de octubre, miércoles, se reunió un gran gentío en los alrededores del campamento. E imaginé lo peor… Pero no. Andrés estuvo rápido. Esa noche —de acuerdo con el Galileo— recogimos las tiendas y, amparados en el silencio y en la madrugada, huimos. Aquél parecía el destino del Hijo del Hombre: huir, huir siempre…

Al amanecer, cuando los relojes de la «cuna» señalaban las 5 horas, 46 minutos y 38 segundos, nos detuvimos en las cercanías de la ciudad de Gadara, también conocida como Gader. Nos encontrábamos en la Decápolis, un territorio controlado por Roma, y formado por diez ciudades no judías. En todas ellas prosperaba el helenismo y, en consecuencia, la belleza, la cultura y la tolerancia. Gadara era una pequeña metrópoli construida sobre una loma. Probablemente nació al paso de las tropas de Alejandro Magno (trescientos años antes). Después cayó en manos judías y fue posteriormente liberada por el gran Pompeyo. Mientras Andrés decidía el lugar en el que levantaríamos el campamento, Bartolomé nos dio una lección de historia. De aquella ciudad surgieron el poeta epigramático Meleagro, y también Menipo —que satirizó a Roma—, así como Filodemo, un seguidor de Epicuro y contemporáneo de Cicerón, sin olvidar al retórico Teodoro de Gadara, que llegaría a ser tutor de Tiberio, el emperador. El Oso disfrutaba, y no digamos el Maestro. Después, el bueno de Bartolomé se enredó con el complejo asunto de los calendarios de la Decápolis. Cada ciudad tenía el suyo propio.

Era un suplicio…

Andrés eligió uno de los teatros, ubicado sobre un cerro —a casi 400 metros de altitud—, para montar las tiendas. Lo hizo a la sombra de los enormes bloques de basalto negro. El lugar era silencioso y discretamente apartado de la ciudad. En aquel tiempo, casi en invierno, no se representaban obras teatrales. A nueve kilómetros, hacia el norte, se distinguían las aguas azules y plácidas del *yam*. Gadara era famosa por sus balnearios de aguas templadas, localizados a cosa de tres kilómetros, en las orillas del río Yarmuk, en el sur. Cerca del campamento, el terreno descendía bruscamente, formando un acantilado peligroso. Fue el único inconveniente. Por las noches debíamos

permanecer atentos. A la hora de orinar o defecar no convenía alejarse demasiado.

Fueron cuatro días en paz. Disfrutamos del paisaje y del tibio sol. Jesús no se movió. No entró en la ciudad. Se limitó a pasear por los alrededores, en solitario. Y al atardecer, como de costumbre, tras la cena, departía con el grupo, respondiendo a toda clase de preguntas.

Pero el sábado, 30 de octubre (año 28), llegaron unos hombres extraños…

Eran diez. Vestían túnicas blancas y vaporosas. Parecían griegos. Hablaban en koiné. Tocaron una campana de bronce y nos invitaron a sentarnos sobre la hierba. El Maestro lo hizo en primera fila, junto a la escolta. Nadie sabía quiénes eran. Parecían miembros de una secta. Entonces, uno de ellos —casi un anciano— empezó a hablar de Dédalo, el primer ser humano que —según la leyenda— trató de volar. Y contó cómo diseñó unas alas de tela, cómo las amarró al cuerpo y cómo se lanzó al vacío, consiguiendo volar desde la isla de Creta sobre el mar Egeo. El Oso de Caná asentía con la cabeza, feliz y entusiasmado. ¿Quiénes eran aquellos individuos? Y el anciano continuó:

—Pero un día, Dédalo se llevó a su hijo pequeño, Ícaro. Deseaba enseñarle a volar. Fabricó unas alas de cera y las ajustó a la espalda y a los pies del niño. Y volaron…

El grupo seguía las palabras del griego en absoluto silencio. El Maestro aparecía tranquilo y sonriente, disfrutando.

—… Pero el niño —prosiguió el anciano— se soltó de la mano de su padre y voló hacia el sol…

El griego —que se las sabía todas— hizo una estudiada pausa. Después reanudó la narración:

—… ¡Oh!… ¡Y las alas de cera empezaron a derretirse!

La revelación del griego causó el lógico impacto en los ingenuos discípulos y en los no menos ingenuos evangelistas. Se alzó un gran murmullo. Jesús seguía sonriente. Pero, a pesar de la excitación del público, el anciano continuó en silencio. Y el murmullo y las protestas se multiplicaron.

—¿Qué pasó? —reclamó uno de los predicadores.

—Ícaro cayó al mar —simplificó el narrador—. Murió.

Los lamentos de los allí congregados no afectaron al griego. Y prosiguió con otra leyenda, igualmente vinculada al deseo humano de volar. Habló de un rey llamado Bladud. Inventó unas alas de tela y se arrojó desde un acantilado. Deseaba cruzar el mar y llegar a Troya Nova (actual Londres), pero también se precipitó al agua. De eso hacía más de cuatrocientos años…

Terminada la charla, el anciano se acercó al público y solicitó unas monedas. Casi todos contribuyeron. El Maestro depositó unos ases en la túnica del orador. Acto seguido dio comienzo la segunda parte del «espectáculo». Un trágico espectáculo…

Tres de los griegos se desnudaron. Quedaron en taparrabos. El resto se dirigió a los onagros que los acompañaban. Descargaron tres largas varas de madera y una serie de bultos. Las varas alcanzaban los cinco metros de longitud. Y fueron a situarlas sobre los brazos en cruz de los que se habían desnudado. Después, con mimo, abrieron los bultos y extendieron el contenido: telas embreadas, rectangulares, de otros cinco metros de base por dos de altura. La gente seguía los movimientos con especial curiosidad. Yo presentí algo… Y las telas fueron depositadas sobre los palos. Después procedieron a sujetarlas mediante correas. Lo hicieron con minuciosidad. Jesús y yo nos miramos. En esta ocasión, el rostro del rabí aparecía serio. Supongo que adivinó el desenlace de aquella locura… La parte inferior de las telas fue igualmente amarrada a las rodillas de los «hombres pájaros»… De eso se trataba.

Y el anciano que había hablado de Dédalo y del rey Bladud solicitó silencio. Alzó los brazos y recitó una oración, suplicando la misericordia de Dédalo y de Ícaro. A continuación, haciéndose a un lado, animó a los tres valientes para que arrancaran. Y así lo hicieron. Uno de los griegos alados inició una torpe carrera en dirección al precipicio. «¡Qué absurdo!», pensé. Para intentar volar se necesitaban unas alas cuya envergadura superara los cuarenta y cinco metros cuadrados… ¡Pardiez!… El «hombre pájaro» se lanzó al vacío (casi 400 metros de acantilado) y batió las «alas» con dificultad. Aquel armatoste no respondió. Y se precipitó —a plomo— sobre las peñas. La gente lanzó un alarido. El segundo y el tercer griegos no dudaron. Y se arrojaron desde el precipicio con idéntica audacia. Los íntimos y los evangelistas corrieron hacia el filo del cortado. Jesús se quedó atrás, inmóvil y pálido. El segundo alado consiguió planear durante treinta escasos segundos. Después se estrelló violentamente. El tercer griego había caído poco antes.

Pedro, Felipe, los Zebedeo, los griegos, Kesil y este explorador descendimos a toda prisa hacia el fondo del valle. El esfuerzo fue inútil. Los tres «hombres pájaros» presentaban fracturas múltiples. Dos fallecieron allí mismo. El tercero fue evacuado por la secta en muy mal estado. Tenía el cuello roto…

Esa noche, en torno al fuego, Bartolomé hizo una pregunta curiosa:

—Maestro, ¿por qué el hombre no tiene alas?

Jesús nos sorprendió:

—En la inmensa creación del Padre Azul —afirmó— hay de todo…

—Incluso mujeres —interrumpió el incorregible Tomás.

Las risas dieron un respiro, pero breve. Y el rabí prosiguió con valentía:

—Sé de mundos en los que habitan hombres y mujeres no respiradores…

El Maestro nos contempló, divertido. ¿Hablaba en serio? Y prosiguió:

—En otros hay seres con alas…

—¡Vampiros! —clamó el Oso—. ¡Lo sabía!

—No, Bartolomé —terció el Galileo—. Son hombres y mujeres habitados por el Padre, como vosotros… Repito: la creación es casi infinita. Hay miles de millones de criaturas ahí afuera.

Y señaló el firmamento. Las ocho mil estrellas dijeron sí con sus guiños blancos, azules y rojos. De eso —de la existencia de vida inteligente en el espacio— no me cabía la menor duda, pero que fueran hombres alados… ¡Pardiez! Y volví a pensar. «¿Estaba de broma?». Después continuó y habló de seres con cabeza de águila, de perro y de rata…

—¡Ésa es mi suegra! —intervino Pedro muy serio—. ¡Cabeza de rata!

—Sí, cabeza de rata —confirmó el Galileo—, y hombres y mujeres con cola…

—¡Oh, no! —lamentó Tomás—. ¿Mujeres con cola?

Nuevas risas. Definitivamente, el Maestro no hablaba en serio. ¿O sí? Nunca lo supe…

Después, al retirarnos, pensé: «Si Jesús hablaba en serio —nunca mentía—, ¿cómo debía considerar la mitología en general y, sobre todo, la egipcia en particular? ¿Los dioses con cabeza de halcón o de perro eran fruto de la fantasía egipcia o se trataba de criaturas reales llegadas del espacio?». Y el rabí siguió enumerando las características de otros «hermanos». Así los llamó:

—… Otros hombres disponen de una sola pierna.

Bartolomé hacía gestos con la cabeza, aprobando las palabras del Galileo.

—… Otras criaturas nacen sin cabeza, con los ojos en el pecho…

Juan Zebedeo estalló, y señaló a Tomás, el bizco.

—Nunca tuvo cabeza —rió Juanito.

Tomás lo ignoró.

—En el inmenso reino de mi Padre —continuó el rabí con decisión—, hay criaturas sin manos o con tres únicos dedos en cada mano…

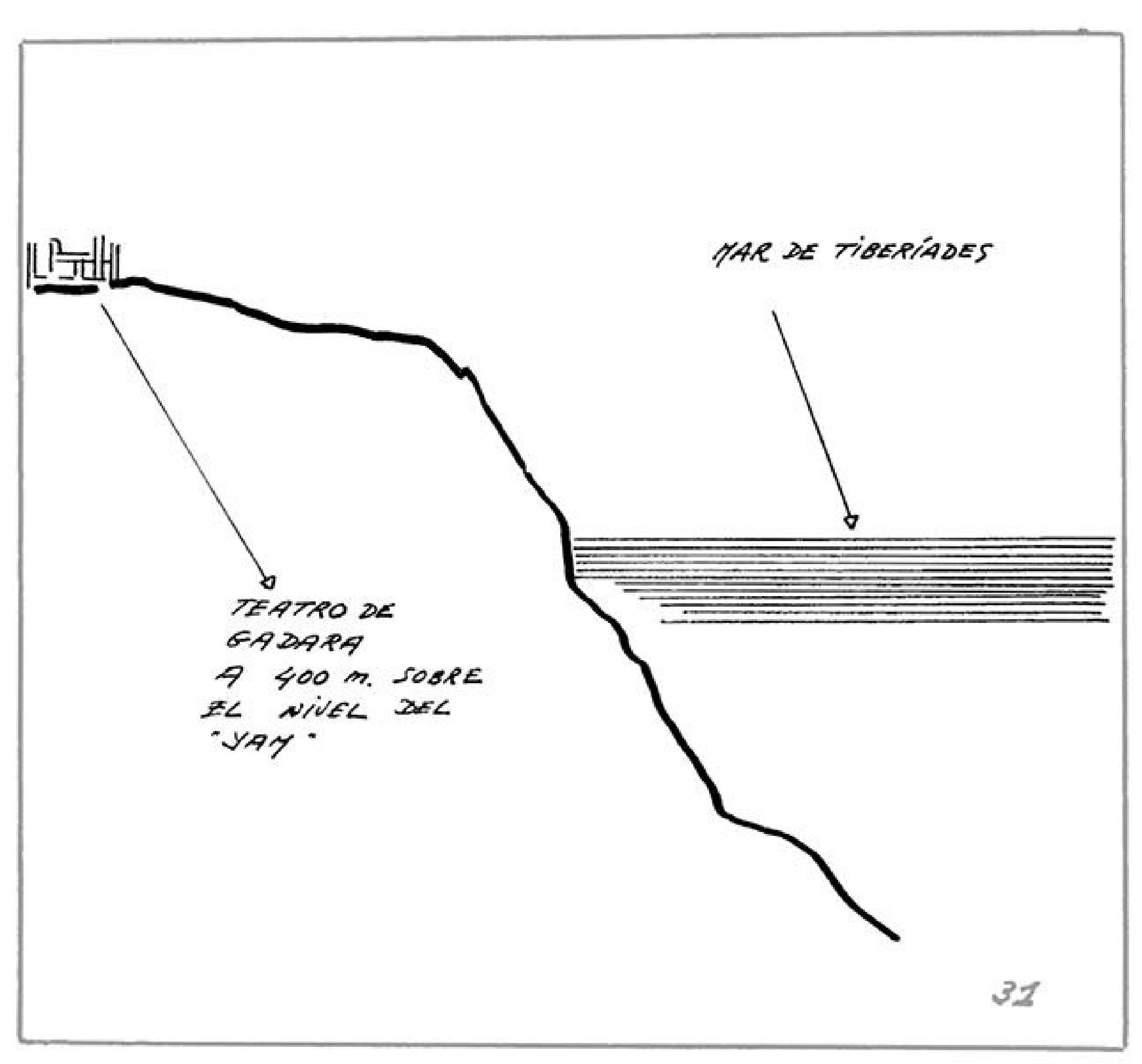
Todos se miraron las manos.

—… En la inmensa creación de Ab-bā hay hombres insectos y hombres cocodrilos y hombres de ocho metros de altura y hombres esféricos —que flotan y brillan— y hombres y mujeres centauros y hombres de fuego…

Las palabras del rabí endulzaron los ánimos. La jornada había sido especialmente trágica…

Al día siguiente, 1 de noviembre (año 28), conmovido por los dramáticos sucesos protagonizados por los dédalos, el grupo se movilizó. Andrés ordenó levantar el campamento y caminamos hacia el oeste…

Siguiente destino: Escitópolis.



Acantilado cercano a la ciudad de Gadara, en la Decápolis.
Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Nisa: cien fuentes

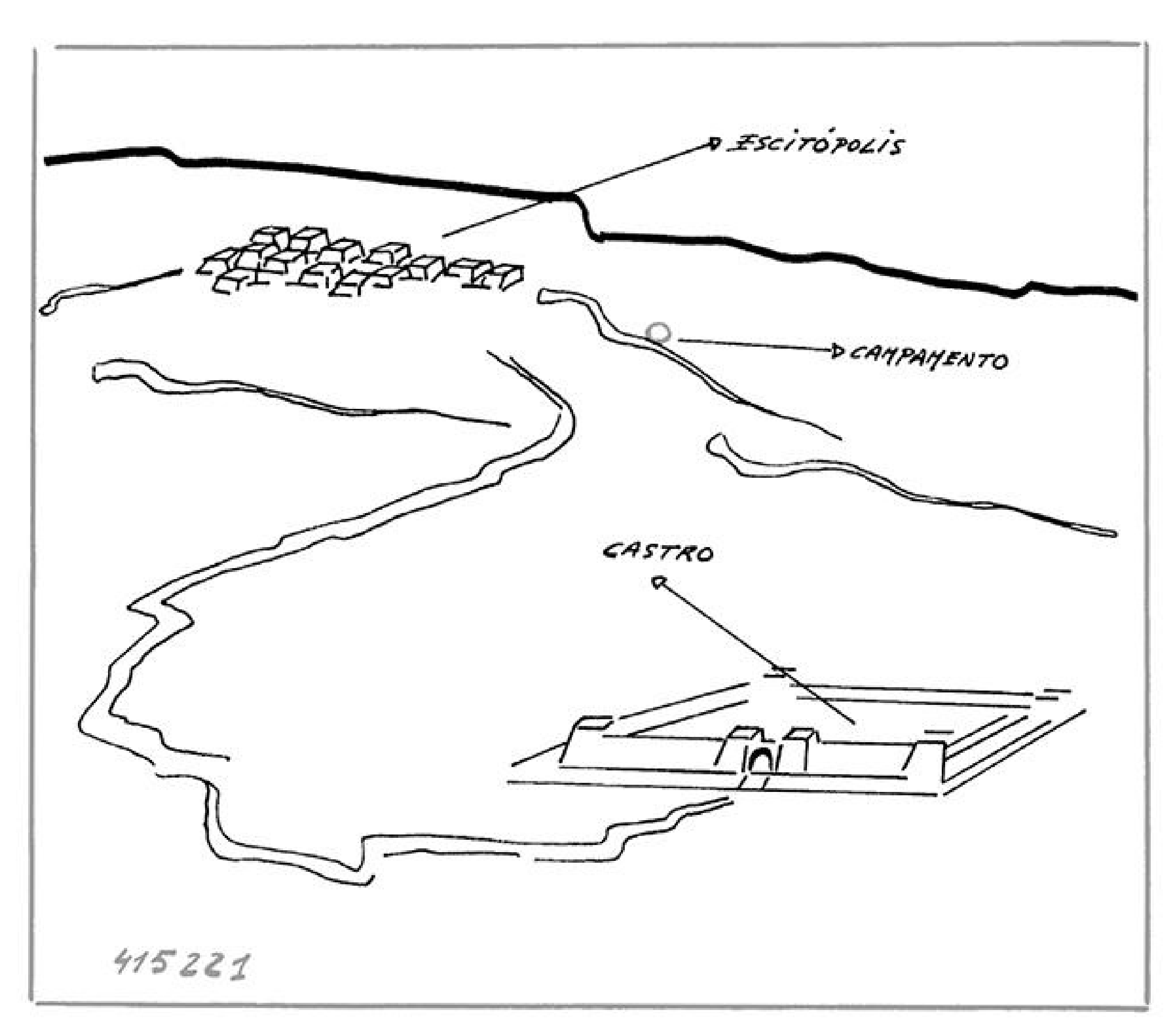
No creo equivocarme cuando digo que aquella visita a la ciudad de Escitópolis fue un error. El Maestro fue el único que permaneció tranquilo ante tanta adversidad. Pero, como decía Jasón, debo ir paso a paso…

El lunes, 1 de noviembre del año 28, divisamos la ciudad amurallada de Nisa. Éste era el verdadero nombre de Escitópolis, también conocida como Bet She'an o Bet Šán. Todos la llamaban Nisa, en recuerdo del lugar mitológico en el que Dionisio fue criado por las ninfas. También era conocida como «la puerta del paraíso». Podían ser las tres de la tarde (nona) cuando Andrés se detuvo al pie de las enormes murallas (más de 20 metros). Allí establecimos el campamento. El ocaso —según los relojes de la «cuna»— se registraría a las 16 horas, 48 minutos y 32 segundos de un supuesto Tiempo Universal.

Ese día no entramos en la ciudad. Nos dedicamos a la organización de las tiendas. Por las puertas de bronce entraba y salía un constante flujo de arrieros y gentes de mil razas y credos. Allí se oían todas las lenguas conocidas y otras muchas ininteligibles. Nisa era una de las grandes poblaciones de la Decápolis. En mi opinión, el núcleo urbano más activo de la región. Algunos hablaban de 100 000 habitantes. La fundaron los belicosos escitas en el siglo VII antes de Cristo. Era, además, la única ciudad de la Decápolis al oeste del río Jordán. Eso significaba un considerable tráfico de personas y cargas con la vecina Judea. Pero el gran negocio de Nisa era la legión romana destacada en sus inmediaciones y las tierras arrendadas a los veteranos del ejército de Roma. Tras veinticinco años de servicio, los soldados que sobrevivían tenían derecho a la *honesta missio*, la licencia que les proporcionaba tierras, o a una compensación en metálico. Muchos de aquellos veteranos se habían establecido en la región, ejerciendo como agricultores, ganaderos o comerciantes. Todos superaban los sesenta años de edad. Para controlar la zona —tan cercana a los levantiscos judíos—, Roma había emplazado un enorme «castro», un cuartel de un kilómetro de lado, capaz para 5500 mercenarios y 120 jinetes (divididos en cuatro *turmae*). El referido castrose alzaba hacia el oeste, a poco más de un kilómetro de Nisa.

Éste era el paisaje que nos rodeaba…

Durante los cuatro primeros días todo discurrió con relativa calma. Jesús visitó la ciudad en la compañía de la *tabbah* (la escolta formada por los Zebedeo y Pedro) y de este explorador. E hizo *'im*, según su costumbre. Los evangelistas, por su parte, capitaneados por los discípulos, recorrieron los principales barrios de Nisa, intentando proclamar la buena nueva del reino invisible y alado a los atareados y desconfiados paganos. La gente los tomó por miembros de una secta y prestaron escasa atención a las palabras de los predicadores. Se reían del Mesías y de sus supuestos poderes. La verdad es que regresaban desmoralizados.



Ubicación de Nisa (Escitópolis) y del castro romano, según la información proporcionada por Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Yo quedé maravillado ante la belleza y esplendor de la ciudad. Paseamos entre todo tipo de tiendas, que ofrecían las mercancías más estrafalarias. Desde bebedizos para hacer el amor durante toda la noche, hasta muebles llegados de la India, comidas frías o calientes, o poemas de Homero. Recorrimos el foro, curioseamos en los mercados y nos asomamos a las

tabernae veteres, los locales de los prestamistas. Oímos a toda suerte de charlatanes y profetas. Pasamos frente a decenas de burdeles, ubicados a lo largo de una de las calles. Las *burritas* eran sirias y egipcias. El bullicio era sofocante. El Maestro conversó con panaderos, carniceros y revendedores. Y se mostró interesado en sus problemas y angustias. En una de las plazas asistimos a un litigio. Un pretor impartía justicia desde una silla curul. Al terminar, los esclavos cargaron el trono de madera y se alejaron. En las basílicas contemplamos las más variadas transacciones comerciales: allí se vendía y se compraba de todo; desde trigo a dientes de cocodrilo. Admiramos los templos dedicados a Vesta, a Marte Vengador y a Venus Genetrix. El mármol y las maderas nobles espejeaban por doquier. Conté dos teatros al aire libre y uno cubierto. Un hipódromo espectacular y un canódromo. Supimos de termas públicas y privadas, gimnasios y un *pecile* o supergimnasio con una piscina de cien metros y pórticos dedicados a carreras de atletas. Sumé más de cien fuentes, a cual más hermosa y sugerente. Pasamos ante una copia de la academia de Atenas, con un pequeño templo al dios Apolo y un *belvedere*, una torre que servía como observatorio astronómico. Al norte de la ciudad nos sorprendió una diminuta isla artificial. La dedicaban a biblioteca y a salones para recepciones y banquetes. A pesar del intenso tránsito, el caminar era relativamente fluido. Ello se debía a la ausencia de carros, caballerías o ganado. Una disposición imperial prohibía la circulación de éstos durante el día. Sólo estaban autorizados a ingresar en la ciudad en la noche.

Jesús regresaba al campamento agotado…, y feliz.

Juanito

Pero llegó el viernes, 5 de noviembre del año 28…

Esa mañana, el Maestro eligió visitar Nisa, pero en solitario. *Zal* se quedó en el campamento, atado a la tienda del rabí. Y la escolta se unió a los esforzados evangelistas. Yo permanecí en la cocina, ayudando a Felipe.

Y hacia la nona (tres de la tarde) vimos llegar a varios predicadores del grupo de Juan Zebedeo. Estaban nerviosos. Hablaban todos a la vez. ¡Habían detenido a Juanito!

Al parecer, según explicaron, el impulsivo y poco inteligente discípulo había escupido entre las patas de uno de los caballos que formaba una *turma*, una unidad de caballería de los *kittim* (romanos). La *turma* —compuesta por 33 jinetes— se cruzó con los evangelistas que encabezaba el citado Juan Zebedeo cuando los soldados regresaban al castro. Cada *turma*, como relató Jasón en sus diarios, se hallaba al mando de tres decuriones (uno por fila). Pues bien, la mala suerte hizo que uno de los jefes se fijara en el gesto de Juanito. Le faltó tiempo para detener a sus hombres, bajar de la montura e increpar al Zebedeo. El estúpido discípulo se encaró con el militar y, lógicamente, provocó su detención. Uno de los jinetes abofeteó al Zebedeo, derribándolo. Allí lo molieron a palos y a patadas. Después le amarraron las manos, lo ataron a una de las caballerías y lo arrastraron hasta el cuartel romano. Los predicadores fueron dispersados por los jinetes.

Poco a poco fueron llegando los restantes discípulos y los evangelistas que los acompañaban. El Galileo se presentó en el campamento una hora antes del ocaso.

Parlamentaron. ¿Qué podían hacer? Las puertas del castro quedarían cerradas al anochecer. Faltaban minutos.

La ira y la venganza

Las opiniones, entre los íntimos, estaban divididas.

—Juan es un prepotente y un necio —afirmaba el grupo capitaneado por Tomás.

No les faltaba razón.

—Un castigo —decían— le vendrá bien…

Otros, con Pedro a la cabeza, reclamaban la inmediata presencia de Jesús ante los jefes del acuartelamiento romano.

—Juan es un mensajero del reino y un hermano…

Eso decían. Prevaleció el segundo criterio, naturalmente. Y a las 16 horas y 30 minutos, faltando muy poco para el crepúsculo, el rabí, Andrés y Santiago de Zebedeo se presentaron a las puertas del castro. Yo me fui con ellos. Los centinelas escucharon la exposición del Maestro. Dio el nombre del impulsivo Zebedeo y solicitó disculpas. Jesús habló en griego, pero los *kittim* no entendieron. Uno de ellos ingresó en el acuartelamiento y tuvimos que esperar. Los mercenarios eran tipos jóvenes y fuertes. Rondarían los veinte años. Podían ser tracios. Vestían la obligada coraza, integrada por placas de hierro —impecables— ligadas con correas de cuero. La armadura cubría la totalidad del tórax y la espalda, así como parte del bajo vientre y los hombros. El peso era considerable (unos diez kilos). La acompañaba un forro marrón que hacía más llevadero el trasiego de las cuarenta placas metálicas. El casco, brillantísimo, era espectacular. Lucían el modelo gálico, también de hierro, con guardafrente (para proteger la cabeza de los golpes verticales de espada), anchas carrilleras decoradas con rosetas de bronce (para guardar el rostro) y cubrenuca inclinada (para hacer rebotar los golpes del enemigo). Todo perfectamente estudiado. La espada, al cinto, era el temido *gladius* (el mismo que utilizaban los discípulos), con una longitud de setenta centímetros y la punta triangular, favoreciendo así la estocada. Bajo la armadura presentaban una túnica de lana, hasta las rodillas, en un rojo fuego. Pero lo que más llamó la atención de este explorador fueron las sandalias, las no menos temidas *caligae*, confeccionadas en una sola pieza de cuero y con las suelas erizadas de clavos. El mayor las describió muy bien en las trágicas horas de la pasión y muerte del Galileo… Un golpe de estas sandalias podía suponer 88 heridas.

Para eso habían sido diseñadas: para herir. Y recordé: el número 88, en Kábala, equivale a «terror».

Uno de los *optio* (suboficial) acudió ante el grupo y escuchó —visiblemente molesto— la petición del Maestro: la liberación de Juan Zebedeo. Nada que hacer. El sargento aconsejó que volviéramos por la mañana. Asunto concluido. Y tuvimos que retornar al campamento.

Los ánimos se derrumbaron. El rabí, sin embargo, parecía tranquilo. Cenó en silencio y escuchó una nueva discusión entre los íntimos, pero no intervino. ¿Cuál era el castigo reservado a Juanito? Nadie lo conocía con certeza. Todo dependía de la severidad o benevolencia del comandante de la guarnición. Algunos hablaron de cuarenta latigazos. Otros de la pena capital (crucifixión o apaleamiento). Algunos aseguraron que podía terminar en galeras y por un periodo mínimo de dos años…

La noche nos devoró y Jesús —muy sereno— aconsejó que descansáramos. Al día siguiente lo intentarían de nuevo.

Y así fue. Por supuesto, el rabí dejó de hacer *'im* y las actividades de los evangelistas fueron suspendidas. Lo primero era el discípulo encarcelado. Al alba, el Maestro, acompañado por Andrés, Santiago Zebedeo, Pedro y este explorador, acudió al castro romano. Y se repitió la escena de la tarde anterior: nueva exposición, nueva súplica, nueva espera y nueva negativa. Nadie podía ver al prisionero. Y los mercenarios ordenaron la disolución del pequeño grupo. Regresaron derrotados. El Maestro tomó a *Zal* y se alejó hacia las colinas próximas. Y, desde la cocina, asistí a nuevas e inútiles polémicas. Nadie sabía qué hacer.

El fracaso —absoluto— se repitió durante seis días.

Se habló de solicitar una entrevista con Poncio, gobernador de la Judea y representante del emperador Tiberio. Pero eso exigía trasladarse al norte, a Cesarea, la capital administrativa de los *kittim*. Poncio podía aceptar la audiencia, o no. En otras palabras: todo eso representaba tiempo (semanas o meses) y ninguna garantía de que Juanito fuera liberado.

La gente empezó a desesperarse. Pedro lloraba por los rincones. Santiago, hermano de Juan Zebedeo, permanecía inexplicablemente sereno. Y lo mismo sucedía con el Hijo del Hombre. No conseguí entender aquella calma… Judas Iscariote y Simón, el Zelota, propusieron asaltar el castro y liberar al Zebedeo. Nadie tomó en consideración el absurdo plan. Éramos un centenar largo de locos contra cinco mil mercenarios. Y yo sin la vara de Moisés…

Pero esa noche me visitó la «bella», la intuición… Y con ella llegó una idea.

Y el 12 de noviembre, viernes, a primera hora de la mañana, como tenía por costumbre, Jesús caminó hasta las puertas del cuartel romano. Lo acompañaron los de siempre. Yo era uno de ellos.

Enésimo fracaso. El grupo, con el rabí a la cabeza, se alejó del castro y se dirigió al campamento. Los acompañé durante un pequeño trecho, me detuve y regresé a las puertas del acuartelamiento. Ni el Galileo ni Andrés ni tampoco Santiago se percataron de la maniobra. Y solicité hablar con el *optio*, el suboficial de guardia. Hice un aparte con él y le expliqué que necesitaba ver al centurión de servicio. Le mostré el salvoconducto facilitado por Poncio y, disimuladamente, dejé caer un denario de plata en sus manos. Milagro. A los pocos minutos me hallaba en el interior del cuartel, frente a una gran carpa roja. El centurión de servicio me recibió al momento. Era mayor, con una barba cana y unos ojos rendidos por el cansancio. Supongo que había visto de todo… Era uno de los cinco centuriones principales del castro. Lo que llamaban un *primi ordines*. Lucía una túnica de piel, de color leonado, y las hombreras de metal. Sobre la mesa descansaba el símbolo de los centuriones: la rama de vid. Le mostré el salvoconducto y el tipo lo examinó. ¡Pero no sabía leer! Y terminó entregándoselo al *optio* que me había recibido en la puerta del acuartelamiento. El suboficial leyó el texto en voz alta, poniendo especial énfasis en uno de los párrafos: «… y los griegos anteriormente mencionados —amigos personales y servidores del divino Tiberio— podrán viajar libremente por los territorios de esta provincia procuratoriana, siendo asistidos, si así lo reclamasen, por las cohortes y guarniciones a mis órdenes…». Agradecí el detalle del sargento. Fue clave.

El centurión me observó con curiosidad y se interesó por algo que —supuse— era lógico:

—Ahí habla de dos griegos… ¿Dónde está el segundo?

—Murió en acto de servicio —mentí.

Y el hombre fue al grano:

—¿Por qué deseas la liberación de ese bastardo?

—Es un *scorpio* —inventé—. Trabaja para Roma.

Los *scorpio*, como ya indiqué, eran espías al servicio del imperio. Tuve que esperar. El centurión se hizo con el salvoconducto y salió de la carpa. Y allí quedé, algo nervioso, en la compañía del *optio*. No hablamos. Imaginé que el centurión necesitaba consultar el asunto con el comandante del castro, el *primipilo* (centurión de máxima graduación). No me equivoqué. Al regresar, el centurión me devolvió el salvoconducto y, de mala gana, confirmó la puesta en libertad del Zebedeo. Di las gracias y, sobre la mesa, quedó una

bolsa con treinta monedas de plata; una cantidad estimable, teniendo en cuenta que el sueldo anual de un centurión oscilaba alrededor de los 10 000 sestercios (unos 1666 denarios de plata).

Minutos más tarde, fuera ya del castro, vi cómo liberaban a Juanito. Él no se percató de mi presencia. En realidad, nunca supo que su liberación se debió al salvoconducto de este «maldito pagano»… Nadie lo supo. Por supuesto, los mal llamados «escritores sagrados» (evangelistas) tampoco mencionan este tropiezo de Juan Zebedeo. De haberlo hecho, de haber contado la verdad, la imagen del Zebedeo habría quedado lastimada. Eso, naturalmente, no interesaba a la naciente iglesia…

Juan fue acogido con lágrimas y abrazos. Hablaron de otro milagro del rabí. Juanito no supo explicar el porqué de su liberación. Y el discípulo —puño en alto— juró vengarse de los odiados *kittim*. Aquel hombre, desde mi punto de vista, no tenía arreglo. El Maestro abrazó también al Zebedeo y lo felicitó. Después me buscó con la mirada y me traspasó. Él sabía…

Esa noche, en torno a la hoguera, Jesús sostuvo una oportuna conversación con el grupo. Habló sobre la ira y sobre la venganza. Esto es lo que recuerdo:

—La ira —manifestó el Galileo— es la viva demostración del fracaso humano… La ira equivale a falta de amor y, sobre todo, a falta de control.

—¿Y qué hacemos con los odiados *kittim*? —preguntó el Iscariote.

—Deja al Padre Azul que haga su trabajo —resumió Jesús—. Tus enemigos también tienen una misión…

Y prosiguió con el tema capital:

—No os dejéis llevar por la ira. Es una serpiente que asfixia y acelera el envejecimiento.

—¿Quieres decir que si no nos enfadamos vivimos más?

La pregunta de Mateo Leví obtuvo una rápida respuesta:

—Vivirás lo contratado, pero, sin ira, vivirás mejor; más apaciblemente.

Y continuó:

—La ira lleva al hombre a las cavernas y al desmantelamiento de la mente…

Sentí que me estaba retratando.

—… La ira —prosiguió— obliga a enmudecer a la «chispa divina»… Mientras gritas, ella huye y se refugia en lo más íntimo de tu pensamiento, donde no puedes llegar… Cuando te tranquilizas, cuando vuelves a ser tú, la *nitzutz* regresa y te ilumina… Recordad: un hombre pacífico irradia luz. ¿Os habéis preguntado por qué?… La ira mata al necio… Recordad: el sabio nunca pierde el control. Más aún: el verdadero sabio utiliza la sonrisa para

vencer… La rabia y el odio alimentan la ira y el pensamiento pierde… No regaléis ira, de la misma forma que no regaláis veneno… La ira multiplica los errores y provoca contiendas… La ira es la madre de la venganza… Ambas nacen estériles…

El Maestro se percató de nuestra desolación —todos practicábamos la ira— e intentó animarnos:

—Pero no os preocupéis… Ni la ira ni la venganza pueden pasar al «otro lado»… Son hierbas propias de este mundo. Escuchad a la *nitzutz* (la chispa) y la ira se apagará como una candela.

Esa noche me dormí en la compañía de un único pensamiento: «¿Por qué nunca me enseñaron a utilizar la moneda del amor? ¿Por qué era un campeón de la ira y de la venganza?». Sí, la milicia envilece…

El futuro

Pensé que el incidente con los *kittim* terminaría arruinando la gira de predicación. Me equivoqué. Los evangelistas y la mayoría de los íntimos salieron fortalecidos del trance. Juan Zebedeo fue el más combativo. «¡Venganza! —clamaba cuando el rabí se hallaba lejos— ¡Venganza contra Roma!». Seguían sin entender el mensaje de Jesús de Nazaret…

Y el grupo dedicó las tres siguientes semanas a recorrer las fértiles llanuras de Esdrelón. Nos acomodamos a la orilla izquierda del inquieto río Quisón y visitamos las modestas —y no tan modestas— poblaciones de Yizre'el, Daverat o Dabarita y Megiddó. Recorrimos unos 85 kilómetros.

En Yizre'el permanecimos siete días.

¿Cómo describirla? Era una aldea tan pequeña que uno podía salirse de ella a poco que pensase. No llegaban a cien familias. Vivían del campo y para el campo. No tenían demasiadas aspiraciones; en realidad, ninguna. Rezaban a diario para que el buen Dios los recordara y enviara las lluvias salvadoras o la luz que hacía madurar el grano. Eso era todo. Allí viví (vivimos) una experiencia divertida y profunda que, por supuesto, nunca olvidé.

El miércoles, 17 de noviembre (año 28), en la acostumbrada tertulia de la noche, alrededor del fuego, el Maestro fue a responder a una pregunta de Bartolomé, el Oso de Caná:

—¿Qué es el futuro?

Jesús estaba de un humor excelente y lo hizo notar:

—¿De verdad quieres saberlo?

El Oso dijo que sí y el resto lo respaldó.

—El futuro, hijos míos —lanzó el rabí—, es el arma que utilizan los mentirosos…

Quedamos desconcertados. Yo el primero… Curtiss sólo hablaba del futuro. Y prosiguió:

—El futuro no existe… Sólo el Padre Azul lo contempla en su mente.

Tomás protestó:

—Pero entonces…

—Os lo he dicho, pero no escucháis… Vivid el presente. Mejor aún: vivid el ahora…

Y remató con una seguridad aplastante:

—El resto, el futuro, no existe. No confundáis la realidad con vuestros anhelos y sueños. ¡Atentos! ¡Que no os engañen! Guardad el dinero justo para el ahora, porque no sabéis qué ocurrirá en el siguiente ahora.

Algunos no estuvieron de acuerdo con el rabí. La ley judía y la tradición de los ancianos enseñaban lo contrario: «el mañana debía ser preservado como una novia». Y Jesús, leyendo en sus corazones, insistió:

—El futuro nace según el interés… Pero en verdad os digo que nadie lo alcanza.

Las protestas se generalizaron. Era la primera vez, si no recordaba mal, que los discípulos y seguidores se oponían —rotundamente— al pensamiento del Hijo del Hombre.

El Zelota se levantó y bramó:

—¡El futuro eres tú, Maestro!… ¡Tú eres el salvador de Israel!

El Galileo comprendió. No habían entendido, una vez más. Y, sin perder la sonrisa, preguntó:

—¿Hacemos la prueba?

Nadie supo a qué se refería.

—¿Hacemos la prueba? —repitió el rabí, divertido—. ¿Comprobamos si el futuro existe?

Quedamos mudos. ¿En qué estaba pensando? Aquel Hombre era una caja de sorpresas… Y planteó un aparente absurdo: invitó a los allí reunidos a que le acompañaran a la orilla del río a la hora sexta del día siguiente. Allí esperarían la llegada del futuro. Como digo, nadie supo a qué atenerse. ¿Era otra broma del rabí? Así concluyó la tertulia.

El jueves, 18, todo el mundo andaba nervioso. En la mañana, el Maestro hizo *’im*, según su costumbre. Jugó con los niños, ordeñó las vacas, conversó con los enfermos y, en definitiva, se hizo querer. Y a eso de las doce (hora sexta), los seguidores y medio pueblo se concentraron junto al río. Todos hablaban y apostaban. «El futuro —decían unos— no se presentará». Otros hacían *conan* y aseguraban que sí: el futuro llegaría en forma de carro de fuego… Aquello era una locura. Entre propios y extraños sumé alrededor de doscientas personas. Vi ancianos, jóvenes *felah* y madres con sus hijos en brazos. Todos querían asistir al gran prodigio.

El Galileo, sonriente, solicitó que nos sentáramos en una pradera, de cara al río. ¡Pardiez! Aquello iba en serio… Así lo hicimos. El sol se hallaba en el cenit, tan expectante como nosotros. ¿Qué pretendía el Hijo del Hombre? No

recordaba ningún pasaje evangélico en el que se hablara de la llegada del futuro. ¿Y de qué me asombraba?

Y el Maestro pronunció las siguientes palabras:

—Ahora esperaremos la llegada del futuro… Mirad todos atentamente hacia el oeste.

Y así lo hicimos, como unos perfectos pardillos… El rabí se sentó en primera fila, junto al agua, y guardó silencio. El gentío estaba electrizado. Y murmuraban: «¡Ya lo veo…! ¡Ya viene!». Y yo, como un tonto redondo, miraba y miraba. Pero el futuro, obviamente, no aparecía por ninguna parte. Y fueron pasando las horas. Nadie protestó. Nadie dijo una palabra más alta que otra. Algunos se envolvieron en los ropones y terminaron dormidos. Los niños empezaron a llorar y las madres —muy a su pesar— tuvieron que dar media vuelta y volver a la aldea. Cuchichearon entre ellas y advirtieron a los que se quedaban: «avisad en cuanto se presente el futuro ese…». Y así transcurrieron cuatro horas. ¡Pardiez! ¡Cuatro horas con la vista fija en el oeste! Juré que no lo contaría, pero no he podido resistirme…

Y poco antes del ocaso (ese día tuvo lugar a las 16 horas, 37 minutos y 7 segundos), el Galileo se alzó, contempló a los doscientos incautos, señaló hacia poniente y proclamó, sin poder contener la risa:

—Está claro que el futuro no vendrá… Os lo dije: no existe. Regresemos al campamento.

Y las risas se derramaron entre los discípulos y los evangelistas. La mayoría comprendió. Algunos aldeanos siguieron haciendo *conan*. Y allí permanecieron, atentos al portazo del sol y a la posible llegada del futuro… En efecto, si miras atrás, siempre hay alguien peor que tú…

Esa noche pensé: «Sí, estaba de acuerdo con el Hijo del Hombre: el futuro es un invento de los políticos y de los banqueros… El futuro nace porque la masa —estúpida— sigue las consignas de la televisión».

Quien tenga oídos que oiga…

Un mandamiento nuevo

El 22 de noviembre del año 28, lunes, nos detuvimos en Daverat o Dabarita, al pie del monte Tabor. Desde allí se contemplaba y se disfrutaba la dorada llanura de Esdrelón. La aldea era insignificante: 600 habitantes, mil ovejas y unas hortalizas fuera de lo común. Jamás vi cosa igual… Las cebollas (*betzalim*) eran como cabezas de niños, los puerros (*hatzir*) medían metro y medio, un ajo (*shmin*) alimentaba a una familia durante una semana, las habas (*pol*) eran gigantescas (del tamaño de una mano), un racimo de uvas (*anavim*) debía ser transportado entre dos hombres… Miento. Sí había visto algo parecido. Ocurrió en las huertas de Camar, el *badawi* que vivía cerca del monte Ravid, lugar de asentamiento de la «cuna» durante un tiempo. Pregunté el porqué del tamaño excepcional de los frutos, pero no supieron o no quisieron informarme. Los campesinos señalaban el cielo y aseguraban que la fórmula les fue dada por los ángeles que volaban en los *merkabah* (carros de fuego). Otros decían que el secreto lo trajo el faraón Ramsés II cuando pasó por Daverat. De eso hacía mil trescientos años… Indagué en el nombre de la aldea, pero no hallé mucho más. *Dabar* equivalía en hebreo a «prado en común» y «pastorear». Nada que ver con los dichosos y formidables ajos, cebollas o calabazas.

Y saltó la polémica. El grueso de los discípulos afirmaba que aquellas hortalizas eran otra señal que anunciaba la inminente llegada del Mesías libertador. El libro de Henoc, en efecto, hablaba de «una transformación de la tierra». Y los misteriosos sibílicos aseguraban que «las fieras depondrán su hostilidad y servirán al hombre». Henoc (10, 18) decía que la «naturaleza se volverá desusadamente fructífera y entre los hombres reinará la riqueza». De cada uva se obtendrá un tonel de vino… La vida se prolongará mil años, nadie se volverá viejo o achacoso, las mujeres parirán sin dolor y el segador no se fatigará al trabajar… Cada espiga de trigo proporcionará cien granos y cada flor será como mil flores…

Tomás, el incrédulo, se reía y afirmaba que aquellos frutos gigantes eran obra de Belzebú, el señor de las moscas. La cuestión es que la disputa desembocó en una pregunta al rabí. La formuló el Oso de Caná:

—Maestro, ¿es cierto que esas hortalizas son cosa del diablo?

Jesús extendió las palmas de las manos hacia las inquietas llamas de la hoguera y sonrió al crédulo Bartolomé.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el Hijo del Hombre.

—Llevamos días discutiendo —replicó el de Caná—, pero no hay forma de llegar a un acuerdo.

Y Jesús regresó a un asunto que ya habíamos planteado:

—¡Olvidad a los diablos!… Ellos fueron derrotados. En el lugar donde están ahora no tienen acceso a vuestro mundo. En consecuencia, esos frutos no pueden proceder de su poder…

—¿De dónde entonces? —intervino Tomás.

Jesús no respondió inmediatamente. Elevó la mirada hacia el firmamento y todos le imitamos. Las estrellas se caían, de puro placer. Entonces, en tono solemne, sentenció:

—¡Del amor!…

Tomás no captó la importancia de lo expresado por el rabí y siguió a lo suyo:

—Pues a mí Luzbel me cae muy bien…

Las risas apagaron el comentario.

—¿Por qué? —preguntó Pedro con un punto de indignación.

—Defendió al ser humano —se apresuró a contestar el bizco—. Eso hizo que lo condenaran…

Juan Zebedeo estalló y lo calificó de «basura». Y añadió:

—¿Es que no temes a Dios, bendito sea su nombre? ¡Irás al *seol*, maldito pagano!

Tomás se alzó y abroncó al impetuoso Zebedeo. Andrés tuvo que intervenir, una vez más. ¡Pardiez! ¡Qué diferente la imagen que transmiten los evangelios y las iglesias de estos hombres!

Jesús, entonces, tomó de nuevo la palabra e hizo una afirmación histórica, nunca recogida por los evangelistas:

—¡Olvidad a Yavé!… ¡Fue una caricatura del Padre Azul!… Yo he venido a cambiar eso. Estoy aquí, en el mundo, para revelar el verdadero rostro de Ab-bā…

El Oso le interrumpió:

—¿Yavé, bendito sea su nombre, y el Padre Azul son parientes?

Juan Zebedeo trató de patear a Bartolomé, pero no lo alcanzó, y golpeó a Pedro sin querer. Nueva disputa. Nuevos gritos y nuevas maldiciones. Andrés estaba desesperado. Finalmente, cuando los ánimos se enfriaron, el Maestro, con santa paciencia, prosiguió:

—Estoy aquí para mostrar el auténtico rostro y el verdadero corazón del Padre Azul: ¡puro amor! ¿Qué hijo teme a un buen padre? En verdad os digo que Ab-bā es lo contrario a Yavé…

Mateo Leví dejó caer una importantísima cuestión:

—Pero, Maestro, ¿por qué Yavé, bendito sea su nombre, es sanguinario y cruel?

—Fue otra época… Al principio, este pueblo era de dura cerviz… Se necesitaban leyes y mano dura.

—No consigo entenderlo —repuso el Zelota—. ¿Por qué Yavé, bendito sea su nombre, sacó a los hebreos de Egipto? ¿Por qué tantos años en el desierto?

La respuesta del Hijo del Hombre tampoco fue recogida por los evangelios:

—Para preparar mi llegada…

Quedaron (quedamos) mudos. Nadie supo qué decir. Y el rabí se centró en lo que verdaderamente importaba:

—Insisto… He venido a cambiar el rostro de Dios y, de paso, la historia… Hasta ayer, todo era oscuridad y miles de dioses, a cual más absurdo e ineficaz… Ahora os ofrezco la luz y, sobre todo, la esperanza. Estáis aquí porque Ab-bā os ha imaginado. ¡Sois sus hijos!… ¡Vuestro futuro es espléndido e inimaginable!… ¡Confiad!… A eso he venido: a traer la luz… No todo está perdido… No todo es malo… Después del paso por la materia y la imperfección, regresaréis a casa, al reino invisible y alado de mi Padre.

Y gritó:

—¡¡Confiad!!…

Estaban desconcertados y yo diría que felices… Aquel Hombre-Dios transmitía lo mejor que un hombre puede desear: seguir viviendo.

—Amar a Dios es más rentable que temerle —prosiguió—. Olvidad a Yavé.

Nos miró, complacido, y suplicó:

—¡Probad!… ¡Probad con el amor!

—Sí —argumentó Pedro, casi en éxtasis—. Él, bendito sea su nombre, ha hecho mucho por mí…

—Algún día —replicó el Galileo— lo amarás por lo que es; no por lo que ha hecho por ti…

No comprendimos, pero continuó:

—Os traigo un mandamiento nuevo: amad al Padre y entregaos, como niños, a su voluntad…

Simón, el Zelota, desvió las palabras del rabí:

—Maestro, ¿quién es el general de generales en el reino invisible y alado?

—Veo que no comprendéis… Ese reino es una familia. Al Padre Azul se le debe respeto y veneración, como a cualquier padre, pero allí gobierna el amor. Dime, ¿quién manda donde hay verdadero amor? ¿Ella o él? En el amor (en el auténtico) todos marchan de la mano.

Mateo Leví interrumpió:

—¿Por qué el amor es tan importante?

—Ahora, en la materia, donde vivís —repuso el Hijo del Hombre—, no alcanzáis a comprender; no tenéis perspectiva. Os falta información. Vuestra mente es limitadísima. No podéis imaginar un reino en el que se respira amor. Vuestros cuerpos y almas, tras la muerte, serán distintos y empezarán a estar capacitados para entender lo que ahora os adelanto.

E insistió:

—El amor lo es todo en el reino al que ingresaréis tras el dulce sueño de la muerte… Allí, el amor es acción. No confundáis el sentimentalismo con el amor. El amor es el combustible que mantiene en orden lo creado. El amor es la belleza que no cesa. El amor es infinito; no como el amor humano… El amor es misericordia; de lo contrario, no sería amor…

—No comprendo… —intervino Pedro.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —lo interrogó el Maestro.

—Sí, rabí…, y lo estoy. Amo a mi mujer, Perpetua…

—¿Qué sientes cuando estás a su lado?

Pedro buscó las palabras, pero no las encontró.

—Yo te lo diré… El estómago arde —dibujó el Galileo—, la mente se nubla, sólo piensas en ella; a su lado, el tiempo se detiene, sus ojos son el cielo, sus palabras son música… La necesitas. Respiras gracias a ella…

—Hasta que te casas y la conoces de verdad —rompió el encanto Tomás.

Las risas y los aplausos hicieron parpadear a las ocho mil estrellas. Estaban consternadas. El Maestro no hizo caso y continuó:

—El amor, ese amor, es lo que encontraréis tras la muerte. No hay palabras. No soy capaz de explicaros. Imaginad el amor de Pedro por Perpetua… Pues bien, al morir, ese amor se multiplicará…

—¿Cuánto? —se interesó Pedro.

—Hasta el infinito —resumió el rabí.

—¿Qué es el amor para ti? —preguntó Andrés.

Jesús no meditó la respuesta.

—El amor es lo único que no se puede dejar para mañana…

Mateo Leví habló casi para sí y se lamentó:

—La gente no responde al amor…

—Porque no saben quiénes son —aclaró Jesús— ni hacia dónde se dirigen. Os lo repito: yo he venido a cambiar eso. Estoy aquí para hacer crecer la esperanza. No estáis perdidos. No estáis solos. Más allá no hay oscuridad. Todo es luz. El reino de mi Padre es vuestra verdadera casa… Aquí estáis de paso y de forma voluntaria.

Y estalló de nuevo:

—¡¡Sois hijos de un Dios!!… ¡¡Aceptadlo!!… ¡¡Sois hermanos!!

—¿Yo soy hermano de este borrico? —y Felipe señaló a Pedro.

—Más que hermano —replicó el Galileo con una sonrisa de complicidad—…, más que hermano… Cuando pases al «otro lado» —y el rabí me buscó con la mirada— comprenderás y te sorprenderás. No sois los que pensáis…

Tomás estuvo atento y preguntó:

—¿Qué insinúas? ¿A qué te refieres?

Y el Maestro hizo una media revelación, interesantísima desde mi punto de vista:

—Algunos de vosotros sois príncipes… Así os consideran en el reino de mi Padre. Pero ahora no lo sabéis…

Y Jesús recuperó el tema principal: el amor.

—Utilizadlo en vuestras vidas como si fuera dinero… Utilizadlo en cada palabra, en cada silencio… Colgadlo de vuestros corazones y, sobre todo, de los pensamientos. Desterrad la ira… Si utilizas el amor, vencerás, aunque creas que has perdido. Construye desde y por el amor y tus obras resplandecerán. Invierte en amor y el dinero te perseguirá…

Juanito soltó un comentario innecesario:

—A Roma no le gustarán tus palabras…

—Ni a los romanos ni a los judíos —replicó Jesús—. Pero no os preocupéis. Cuando hayan desaparecido unos y otros, el amor seguirá en pie. El amor vence. El amor regresa. El amor busca. El amor no olvida. El amor te lleva de la mano. El amor guarda y aguarda. El amor espera siempre. Enamórate y ensayarás la vida eterna…

Las ocho mil estrellas se inclinaron —azules— ante la sabiduría de aquel Hombre…

La mantis que pasaba por allí

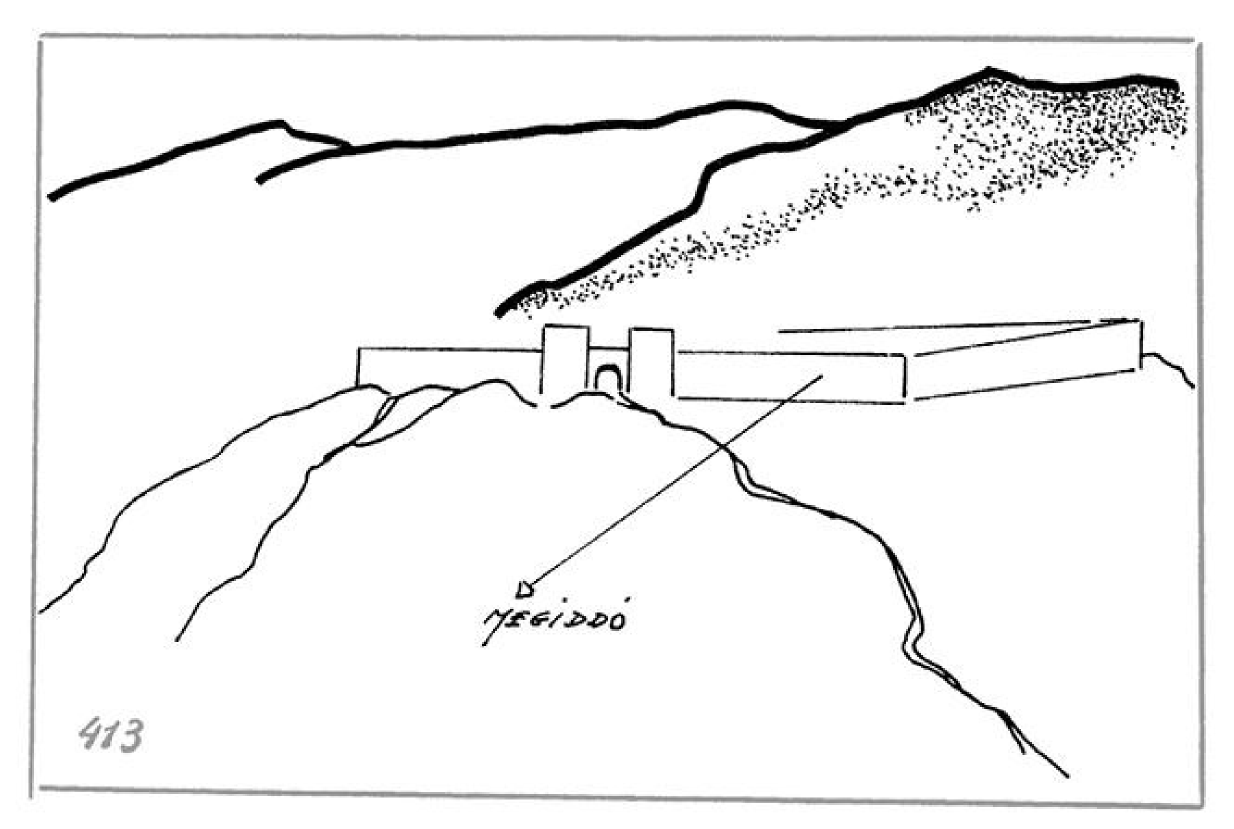
Permanecimos en Daverat una semana.

El 29 de noviembre del año 28, lunes, iniciamos la marcha hacia Megiddó, la ciudad amurallada y milenaria que protegía el camino del mar. La historia de Megiddó se remontaba al siglo XIV antes de Cristo, cuando fue invadida por los faraones egipcios. La mencionan las célebres cartas de Amarna, las inscripciones de Tutmosis III, Seti I y Sesac. Fue Tutmosis III el que la convirtió en una fortaleza. Siglos más tarde, Salomón reforzó las murallas, haciéndola inexpugnable. Los muros —de piedra blanca— superaban los 25 metros de altura. Las puertas pesaban 20 toneladas. Megiddó era una mezcla de razas, credos y supersticiones. El único dios verdadero era el dinero. Los cinco mil habitantes se ganaban la vida como podían. Megiddó era una importante base caravanera. Por allí transitaban fenicios, egipcios, mesopotámicos y árabes.

Andrés seleccionó un lugar al pie de las murallas. Allí plantamos las tiendas y allí permanecimos durante tres semanas.

Desde el primer día, el Maestro se mezcló con las gentes de Megiddó e hizo *'im*. Todo le interesaba. Su curiosidad no tenía fin. Salía al alba y retornaba a la caída del sol, poco antes del portazo… Los discípulos hacían lo que podían, intentando convencer a los vecinos de que el dinero no era el único dios. Pero el éxito no los acompañaba.

Y llegó el 1 de diciembre, miércoles. Ese día se registró un suceso aparentemente trivial…



La milenaria ciudad de Megiddó, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Sería la hora quinta (once de la mañana) cuando Jesús de Nazaret fue a detenerse en una de las fuentes de la ciudad. Asistíamos a uno de los habituales paseos matinales. Con Él marchaba la *tabbah* —la escolta— y este explorador. El rabí tenía sed. Se inclinó y bebió. Y, de pronto, vimos caer en el estanque un insecto verde y luminoso. Era enorme. Medía un palmo. Lo identifiqué como una *Eremoplana infelix*; es decir, un tipo de mantis, aunque también podía ser una mantis corredora… El bicho se debatió, tratando de no ahogarse. El Maestro se percató de la apurada situación de la mantis y, de inmediato, la tomó con la mano izquierda por la parte posterior de la cabeza y la rescató del agua. Después la contempló unos instantes —asombrado— y terminó depositándola en el suelo, al sol, invitándola a seguir volando. El Hijo del Hombre me guiñó un ojo y prosiguió su paseo por las atestadas calles de Megiddó. Al poco, la mantis remontó el vuelo…

Esa noche, tras la cena, Pedro preguntó al Galileo:

—¿Por qué salvaste al insecto?

El Maestro —sin perder la sonrisa— respondió:

—Fue mi obra buena del día…

Y la tertulia derivó hacia el valor de lo pequeño; mejor dicho, de lo aparentemente pequeño… Jesús pronunció frases de gran calado. Recuerdo

algunas, no todas:

«Cuanto más sensible, más amante de lo pequeño… Cuanto más amor, más deseos de permanecer en el interior, con la "chispa"… Lo poco se saborea; lo mucho desborda… En lo pequeño está el remedio para casi todo… Bebe sensaciones… No consideréis el mundo como un valle de lágrimas; más bien como un yunque forjador… Estáis en lo pequeño —en lo imperfecto— por propia voluntad; en consecuencia, no perdáis el tiempo levantando el puño contra los cielos… No planifiques más allá de tu sombra… Cada pequeña cosa es una gran verdad… El mejor mañana es el ahora… ¿Qué importa que nadie te crea?… Firma la paz con el silencio… Practícalo cuando nadie lo practica… Saborea el buen vino de cada minuto… Cuelga tu yo boca abajo… Cuando puedas, cuelga una jaula de pájaros cantores en tu corazón… Permite que los demás se equivoquen… No embistas… La alegría llegará cuando no la busques… No escales por la cuerda de la codicia: siempre resbala… Del dinero y del bienestar se ocupa el Padre Azul…».

Mateo Leví —administrador general del grupo— interrumpió la prédica del Galileo y preguntó:

—¿No debo preocuparme del dinero?

—Os lo he dicho muchas veces —respondió el Hijo del Hombre con cierto cansancio en la voz—. La intendencia, las necesidades diarias, no es cosa vuestra…

—Pero —protestaron—… ¡hay que trabajar!

—Yo no he dicho que no —repuso el Galileo al momento—. Estoy diciendo que no debéis atormentaros con el «cómo viviré». Ese asunto es competencia directa del amor de Ab-bā. Él sabe lo que necesitáis antes de que lleguéis a abrir la boca.

Y Mateo Leví pronunció una frase que se haría famosa entre los íntimos:

—Descubrir al Padre Azul es encontrar una mina de oro que, además, funciona sola…

Jesús agradeció el acertadísimo comentario y prosiguió:

«… No busques maestros; la sabiduría te acompaña siempre: está en tu interior…».

El inquieto Oso de Caná no dejó pasar la oportunidad. Ya habíamos hablado —y mucho— sobre la *nitzutz* (la chispa), pero Bartolomé quiso saber más:

—Háblanos sobre el fragmento divino… ¿Cómo llega a la mente humana?

Jesús, condescendiente, miró el firmamento. Aparecía cuajado. Y replicó:

—Es el secreto de los secretos… Ni los ángeles lo conocen. Sólo el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito saben cómo el Padre Azul se fracciona y por qué. Pero lo importante, querido Bartolomé, no es el cómo ni el porqué; lo que interesa es que la *nitzutz* está ahí, en tu cabeza, desde los cinco años… Y te acompañará siempre…, por toda la eternidad.

—¿Y por qué no la oigo? —reclamó Tomás.

—Porque la chispa susurra —respondió el rabí—. Nunca grita. El Padre Azul jamás grita. Por eso es tan importante el silencio. Para que la oigas…

—¿Y qué dice? —terció Andrés—. ¿Qué susurra la *nitzutz*?

La respuesta del Hijo del Hombre llegó en forma de canción:

—¡Eres inmortal!… ¡Eres mi hijo!… ¡Búscame!… ¡Estoy al final del camino!… ¡Confía!… ¡No te desalientes!… ¡Búscame!…

El eco de aquella melodía flotó en la memoria durante mucho tiempo, pero ningún evangelista lo recogió. Lástima…

Y siguió la hermosa prédica:

«… Aprende a lustrar tus pensamientos… Procura que sean brillantes o que no sean… Aprende a dudar… Dudar es propio de hombres inteligentes… Sólo los mezquinos y equivocados no dudan… Detrás de la duda llega siempre una verdad parcial… La verdad absoluta te espera en el Paraíso… Piensa bien y llenarás de oro tu alma… Escucha primero a la intuición; después llegará la lógica…».

El Oso intervino de nuevo:

—Rabí, ¿es cierto que la intuición tiene forma de ángel y camina de puntillas?

El Maestro sonrió, comprensivo, y explicó (como pudo):

—La intuición es otro regalo de Ab-bā. Es bella. Es todo lo que puedo decirte…

Y recordé las palabras de Jasón: «La intuición, la bella del hermoso trasero…».

«… Vivir no quiere decir acertar —continuó el rabí—. Vivir es experimentar… Vivir lo bueno y lo malo para que después, tras la muerte, nadie te lo cuente… Vive lo pequeño y descubrirás lo grande… No prometas nunca; no es necesario: actúa… El mundo está sobrado de palabras: necesita silencios… No os preocupéis por el azul del cielo; llegará el día en el que os lo beberéis… Sed valientes: negociad con lo pequeño; merece la pena… Lo pequeño te hará grande… Vive en aparcería con la humildad… Ventila el alma con los cinco sentidos… Permite que la vista descubra tu propia luz… Permite que el oído escuche tus pasos… Permite al olfato que huela la

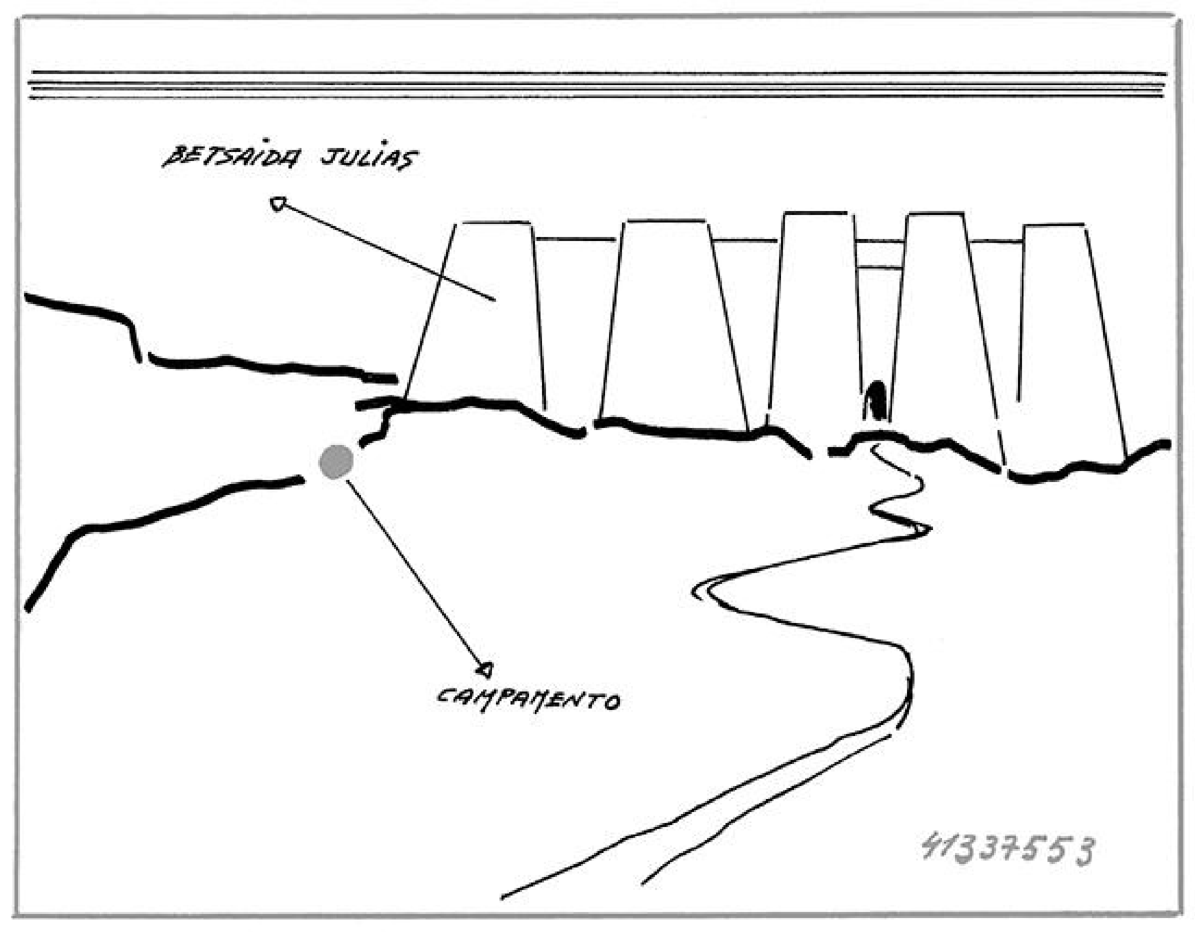
santidad que te espera… Permite que el tacto siga dando envidia a los ángeles… Permite al gusto que descubra nuevos horizontes… Mírate primero y aprenderás a mirar… ¿Deseas la libertad?: nada desnudo… No te excedas y mucho menos en la cordura… La sensatez es deseable, pero está desértica… De vez en cuando camina hacia atrás en los senderos de los sueños… Recupera deseos, aunque sean infantiles… Si piensas como un niño, habrás madurado… Monta la vida a pelo y disfrútala… Espera siempre lo imprevisto y sobrevivirás… Sazona cada ahora; ponle la sal justa… Pellizca la existencia sin miedo; es tuya… Recuerda que nadie puede ser santo (perfecto) (aquí), pero sí las cosas… Humaniza lo pequeño… Diviniza lo imperfecto… Aprende a mirar en cada ahora… La mirada no miente… La mirada acaricia… La mirada enseña…».

Filipo, el sabio

El lunes, 13 de diciembre (año 28), emprendimos la marcha hacia el *yam* (mar de Tiberíades). Cubrimos los casi cincuenta kilómetros en cuatro días. No había prisa. Y el 17, viernes, divisamos Betsaida Julias, al noreste de Nahum. Era la ciudad de juguete de Filipo, hermanastro de Herodes Antipas. Fue su gran obra arquitectónica, junto a Cesarea de Filipo. La llamó Julias, en honor a la hija del emperador Augusto. Filipo, nacido en el año «menos cuatro», era hijo de Cleopatra, una de las muchas esposas de Herodes el Grande. Tenía tres años menos que el Maestro. Había heredado los territorios que llamaban Panias, Traconítide, Gaulanítide, Batanea y Auranítide. Yo los había recorrido, en parte. Se extendían al otro lado del río Jordán —al este—, desde el monte Hermón, al norte, hasta las llanuras de Galaad, al sur. Bosques, fuentes, ganado y agricultura. Era un reino tranquilo y próspero.

Una vez más quedé maravillado. Las murallas —de piedra blanca— eran interminables. En algunos puntos superaban los 30 metros de altura. La ciudad no era muy extensa, pero Filipo la había dotado de todas las comodidades. Formaba un círculo casi perfecto. Las casas y los palacios eran diminutos. Como digo, casi de juguete.

Acampamos al oeste, cerca de las murallas, y al socaire de una enorme roca volcánica. Nadie habló del tiempo que permaneceríamos en Betsaida, pero tampoco importaba. Estábamos acostumbrados a todo…



Las murallas de Betsaida Julias alcanzaban los treinta metros de altura. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y el domingo, 19 de diciembre, se presentaron dos correos de David Zebedeo. Traían malas noticias. Procedían de Jerusalén. La curación masiva registrada en la ciudad de Tariquea había alterado —un poco más— los ya soliviantados ánimos del Sanedrín. Para colmo, la inesperada herencia recibida por Jesús de parte de Abraham, el fariseo que se había pasado a las filas del Maestro, conmovió —y de qué forma— a las castas sacerdotales. Trataron de convencer a Abraham para que anulase la cesión, pero no lo consiguieron. Y, por último, según los mensajeros, la traición de los tres espías provocó un cataclismo entre los «santos y separados» (fariseos). En esas últimas semanas, las reuniones de los fariseos, escribas y saduceos fueron constantes; más de diez. «Hay que arrestar al impostor —clamaban— y ejecutarlo». Pero el continuo ir y venir del Galileo hacía difícil la captura. Jesús y Andrés conversaron y se mostraron de acuerdo: convenía extremar la prudencia y no provocar a los sacerdotes. Y el miedo se instaló de nuevo entre los íntimos. Todo eran recelos y suspicacias. Se suspendieron las prédicas en público. Y el Maestro, siempre en compañía de la *tabbah,* siguió haciendo *’im* en la ciudad de juguete. Los tres permanecían armados, y de forma

permanente. Pedro era el más asustadizo. Juan y Santiago de Zebedeo se limitaban a estar atentos y a corta distancia del Hijo del Hombre. Fueron días de angustia. ¿Cuándo aparecerían los policías del Sanedrín? ¿Conseguirían atrapar al rabí? ¿Por qué no huíamos?

Y en esas estábamos cuando, de pronto, se presentó él… Ocurrió el domingo, 26 de diciembre (año 28), sobre la hora quinta (once de la mañana). La visita fue inesperada. Nadie podía imaginarlo…

Llegó con cuatro siervos que cargaban la tradicional y célebre silla curul (el trono que servía para impartir justicia). ¡Era Filipo, rey de aquellas tierras!

Me sorprendió. Era un individuo envejecido (sólo tenía treinta y dos años), estrecho y alto como una caña (podía medir 1,90 metros) y ¡albino! El cabello, denso, era pura plata. Lucía todas las arrugas del mundo y unas cejas espesas e igualmente nacaradas. El bigote era blanco, largo y trabajado. Pero lo más impactante era la mirada: azul transparente. Y sabía explotarla como una espada. Miraba de frente, sin miedo. Las manos eran interminables y sonrosadas. Caminaba descalzo. Los pies parecían tumbas de filisteos. Sonreía por todo y en todo momento. No le preocupaba la ropa. Vestía una sencilla túnica de lana, casi descolorida. Me llamó la atención que no tuviera escolta. Después comprendí: Filipo era muy querido por su pueblo. Era la excepción de la familia herodiana. Si sus hermanos eran déspotas, crueles y miserables, Filipo era todo lo contrario: humilde, magnánimo y pacífico. Su reinado —a pesar de sus coqueteos con Roma— era suave y tranquilo. Sólo le interesaba leer y explorar (sobre todo las profundidades del ser humano). De su padre, Herodes el Grande, sanguinario como pocos, sólo heredó el afán por construir ciudades esbeltas y cómodas.

Esa noche, al conectar con «Santa Claus», tuve cumplida información sobre el albinismo que padecía Filipo. Podía deberse a un defecto en el gen que metaboliza la melanina, la sustancia que da color a la piel, al cabello y a los ojos. En definitiva: le faltaba tirosinasa en el brazo largo del cromosoma once. Esto provocaba el típico color plata en los cabellos, la piel casi transparente y el azul oceánico en los ojos. La falta de melanina, además, era un peligro frente a las radiaciones ultravioletas y el poder de captación de los radicales citotóxicos. El albinismo provoca igualmente una importante limitación visual: miopía, estrabismo y movimientos irregulares de los ojos. Filipo era miope. El ordenador central preguntó si se trataba de una eumelanina o de una feomelanina. Volví a mandarlo a paseo. ¡Y yo qué sabía!

Andrés lo recibió con todos los honores. Y se excusó: el Maestro se encontraba en las colinas, meditando.

Filipo tuvo que esperar dos horas. Pero no se mostró molesto. Al contrario. Y aprovechó la ocasión para dialogar con los íntimos que se aproximaron a saludarle. Insisto: todos le apreciaban, incluso el Iscariote. Filipo había conseguido que sus súbditos no pagaran impuestos o abonaran lo mínimo. Judas estaba encantado con aquella medida. Y el rey preguntó de todo: ¿qué habían visto en la última gira de predicación?, ¿hacia dónde nos dirigíamos? Y, sobre todo, ¿cómo fueron los últimos prodigios? ¿Qué sucedió en Tariquea? ¿Era cierto lo de Caná? ¿Cómo era posible transformar el agua en vino? ¿Cuánto dinero ganaba Jesús con los milagros? ¿Era verdad que sólo predicaba si tenía una bella naranja en las manos? Andrés respondió a todo (a su manera).

Después le tocó responder a Filipo. El Oso de Caná, incansable, preguntó por sus expediciones. El rey era un explorador nato. Consiguió demostrar que las fuentes del río Jordán se hallaban en Fiale. Para ello arrojó paja en dicho lugar y verificó que la corriente subterránea la hacía aflorar en Panias. Ahora estaba empeñado en organizar una expedición a las fuentes del Nilo.

Quedé perplejo. Sabía de todo, aunque con las lógicas limitaciones de su tiempo. Suponía, por ejemplo, que el mundo era redondo y que lo integraban 28 mares, 74 islas y 35 cordilleras. Nos habló de la India y de los individuos con cabeza de perro que la habitan. Dijo que había recibido muy buena información al respecto, así como de las hormigas rojas y gigantes que protegen las minas de oro en el corazón de África. Bartolomé estaba encantado y asentía con la cabeza. Le fascinaban las matemáticas y afirmó que había descubierto números superiores a la «miríada» (10 000). Filipo era un seguidor de la obra de Arquímedes e intentaba calcular el número de granos de arena que contenía el universo. Las cifras que barajó no se hallaban desencaminadas (en el siglo XX se supo que en una esfera con un radio similar a la órbita de Plutón podrían entrar del orden de 10^{51} granos). Había leído a Parménides y sabía de la llamada «paradoja de Zenón» (que niega el movimiento). Filipo se mostró en desacuerdo y rechazó el ejemplo de Aquiles y la tortuga. Pero defendió la revolucionaria idea sobre la realidad, presentada por Parménides ante el joven Sócrates: «la realidad es una criatura singular que jamás cambia». Le interesaba especialmente el concepto de infinito. Deseaba saberlo todo sobre la eternidad. Su curiosidad era insaciable. Protegía los bosques como nadie. Llamaba a los árboles «sus hijos». Estaba dispuesto a pagar mil denarios de plata a quien consiguiera un pino o un ciprés ignífugo. Si un pirómano era capturado, Filipo lo condenaba a tantos años de cárcel como árboles quemados. En ese aspecto no tenía misericordia.

Había oído hablar de un árbol especial que ahorraba agua y que procedía de los bosques templados de la lejana China. Quería montar una expedición para traerlo a su reino (probablemente se refería a la *Paulownia fortunei*, de desarrollo muy rápido). Y defendió también otro gran sueño: sabía que la uva crece mejor y más rápidamente si alguien le habla o si la acompaña la música. En sus viñedos actuaban grupos de «susurradores» y de músicos… ¿Y qué decir de su obsesión por los animales? Se hacía mil preguntas: ¿piensan?, ¿por qué no ríen?, ¿tienen alma?, ¿de qué tipo?, ¿qué pasa con ellos después de la muerte?, ¿hay ranas voladoras?, ¿por qué los delfines aman al hombre?, ¿por qué los animales no mienten? Y durante casi una hora nos habló de su último gran hallazgo: las ranas gigantes descubiertas en el África central (actual Camerún), con dimensiones extraordinarias: medio metro de altura y cincuenta kilos de peso. No le creí. Y aseguró que las «ranas Goliat» —así las llamaba— eran brujos disfrazados que habitaban en los ríos y en las cascadas. Bartolomé lloraba de emoción…

¿A qué negarlo? Filipo era un personaje fascinante… No viajaba sin su silla curul. En ella impartía justicia, allí donde estuviera. La gente lo sabía y aprovechaba su presencia para resolver toda suerte de pleitos. Poco después de la visita a nuestro campamento se enamoró de Salomé, la hija de Herodías. Se casaron, pero no tuvieron hijos. Murió tres años después que el Maestro.

Hacia la séptima (una de la tarde) llegó el rabí. Se saludaron cordialmente y conversaron hasta la primera vigilia de la noche (puesta de sol: 16 horas y 40 minutos). Los discípulos se retiraron y el Maestro y Filipo hablaron sin testigos. Ni siquiera comieron. No supimos qué temas trataron. El Galileo no comentó nada, salvo un pequeño gran detalle: Filipo creía en el reino invisible y alado del Padre Azul y necesitaba información. Jesús prometió dársela. A cambio, el rey sabio le garantizó inmunidad en sus dominios. Podían predicar sin problemas. Nadie los molestaría. Y, si lo deseaba, el Maestro tendría protección armada, dinero y un lugar en el que residir. Dentro de lo malo, fueron buenas noticias…

El 30 de diciembre, jueves, entramos al fin en Saidan. Nos recibieron como héroes… Fue el fin de la segunda y accidentada gira de predicación. De los 117 aspirantes a evangelistas, sólo resistieron 75; el resto —42— renunció y se fue a casa. «Demasiado duro», dijeron. El Maestro —de acuerdo con Andrés— estableció dos semanas de descanso. Cada cual se dedicó a lo que estimó conveniente: familia, trabajo, amigos… Yo aproveché y viajé en solitario a la cala del Hombre Rojo, en la península de Lisán, en el mar Muerto. Era mucho lo que debía meditar…

«Santa Claus» mantenía un orden férreo en la «cuna». Y las sorpresas continuaron.

La bomba

Permanecí una semana en el mar de la Sal. De vez en cuando me asaltaba el recuerdo del general Curtiss y sus órdenes: «¡Vuelve, maldito zampabollos, y consigue el cilindro de acero y todas las nuevas muestras biológicas que puedas!».

Sí, tenía que cumplir con mi deber. Y regresé decidido a todo: tenía que intentarlo de nuevo. Tenía que volver a Beit Ids y localizar a la niña salvaje. Tenía que vencer los escrúpulos y utilizar los «extractores» en el cuerpo del rabí. No sabía cómo ni cuándo, pero lo haría. Era un soldado…

El domingo, 16 de enero del año 29 de nuestra era, vi aparecer en Saidan al pequeño gran hombre y a sus doce incondicionales. Abner había instalado su cuartel general en Hebrón. Desde allí seguía predicando. Andrés lo invitó a conversar y celebraron una larga y plomiza reunión en la que los 25 discutieron sobre asuntos absurdos. Quedé nuevamente perplejo. Jesús se negó a participar en la asamblea, tomó a *Zal* y se retiró a las colinas.

Los seguidores de Yehohanan pretendían cubrir a los enfermos con no sé qué aceites sanadores. Los íntimos del Galileo se negaron. Los primeros querían bautizar a los creyentes mediante la inmersión total en las aguas; Pedro —furioso— se negó. Juanito Zebedeo los llamó «pisaúvas» y «cencerros». Los otros no se quedaron atrás, calificándolos de «idólatras». Aquello tenía mala pinta… Los fieles seguidores del Bautista eran partidarios de continuar con las oraciones de siempre, orar de pie y con las palmas de las manos extendidas hacia el cielo. Juan Zebedeo dijo que ni hablar. Lo ideal era rezar con los brazos pegados al cuerpo y hacerlo de manera espontánea, sin someterse al dictado de las dieciocho bendiciones. Y, como digo, se enzarzaron en interminables y estériles disputas. Se insultaron y maldijeron y poco faltó —como siempre— para que llegaran a las manos. Al entrar el Maestro en la «tercera casa», donde se hallaban reunidos, se hizo el silencio. Y la polémica se esfumó. Eran unos consumados actores…

Jesús los contempló en silencio. Sabía qué anidaba en cada corazón. Después se sentó junto a los litigantes y los observó con calma. No hubo reproches. Algunos, avergonzados, bajaron la vista. Al cabo de unos segundos de espeso e incómodo silencio, el Maestro soltó la bomba:

—Mañana seleccionaremos a diez mujeres para que colaboren en la difusión de la buena nueva.

Pensaron que era otra broma del Galileo. Pero no. Jesús hablaba en serio. Al cabo de un minuto, la sala se convirtió en un gallinero. Todos gritaban. Todos gesticulaban. Todos protestaban. Nadie hacía caso a nadie. Sólo Abner, Andrés, los gemelos y Santiago de Zebedeo siguieron impasibles y en silencio.

—¡Debemos agradecer que Yavé, bendito sea su nombre, no nos haya hecho mujer!

La estúpida proclamación de Juan Zebedeo fue acogida con aplausos.

—¡La mujer es de nuestra propiedad! —gritó el Zelota—. ¿Por qué igualarla al varón? ¡No es eso lo que dice Yavé, bendito sea su nombre!

—¡Antes quemar la ley que enseñarla a la mujer! —sentenció Pedro.

Y prosiguieron los aplausos. El comportamiento machista de los íntimos del Hijo del Hombre y de los seguidores del Bautista no era de extrañar. En aquel tiempo —como reflejó Jasón en sus diarios—, la situación social de la mujer (especialmente en Israel) era lamentable. Jasón escribió:

«En aquella sociedad, las mujeres eran "ciudadanos de segundo orden". Se las educaba para el matrimonio, el trabajo y la sumisión. Debía a su marido fidelidad absoluta, aunque no podía exigir lo mismo del esposo. Uno de los mandamientos de Yavé había sido manipulado por los doctores y exégetas de forma que pudiera satisfacer el "gusto de los varones". Decía así: "No desearás la casa de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su asno, ni su buey, ni nada de cuanto le pertenece" (Ex. XX y Deut. V, 21). Pues bien, los astutos judíos, a raíz de esta prescripción del Yavé bíblico, estimaron que la mujer les "pertenecía", al igual que un asno, una viña o unas sandalias. Tan cierto era que, cuando se efectuaba la venta de un esclavo, la mujer de éste iba incluida en la operación, tal y como señala el Éxodo (XXI, 3). En uno de los escritos rabínicos —*Menakhoth* (XLIII, b)— se proclama con el peor de los descaros que "todo hombre debía agradecer diariamente a Dios que no le hubiera hecho nacer mujer, pagano o proletario". Desde el punto de vista legal, la mujer recibía la consideración de "menor de edad"; es decir, "irresponsable". En consecuencia, cualquier acuerdo, convenio o negocio que pudiera efectuar o pactar podía ser reprobado por el marido. En este caso, la parte aceptante no tenía derecho a reclamar. Eran calificadas de "mentirosas por naturaleza", careciendo del derecho a heredar ni por parte del padre ni tampoco del esposo. En buena medida, esta degradante situación se hallaba justificada por los sagrados textos bíblicos:

lamentable antología de la misoginia. Raro era el profeta que no había lanzado sus dardos contra las hembras… Isaías las llama “voluptuosas, perversas y ridículamente vanidosas”. Amós las califica de “crueles”. En cuanto a Jeremías y Ezequiel, por no alargar tan lamentable lista, las estiman “llenas de duplicidad”. Algunos rabíes aseguraban que “entre los hombres que no verían la *Gehena* (el infierno) se hallaban los que hubieran tenido en la tierra una mujer mala: habrían cumplido su castigo por anticipado…”. Este desprecio por la mujer repercutía, lógicamente, en el capítulo religioso y en la enseñanza que, a decir verdad, se confundían en un todo único. En relación a los preceptos de la Torá, la siguiente regla resume la situación: “Los hombres están obligados a todas las leyes vinculadas a un determinado tiempo; las mujeres, por el contrario, están liberadas de ellas” (Qid. 17 y Sota II, 8). En otras palabras: no estaban sujetas a recitar el *Schema*, ni tampoco a ir en peregrinación a Jerusalén durante las fiestas de la Pascua, Pentecostés o los Tabernáculos… Su “estatuto” en la legislación religiosa aparece perfectamente configurado en una fórmula que los sacerdotes se encargaban de repetir sin cesar: “Mujeres, esclavos (paganos) y niños (menores); la mujer, igual que el esclavo no judío y el niño menor, tiene sobre ella a un hombre como dueño. Es por ello que, desde el punto de vista religioso, se halla en inferioridad ante el hombre” (Ber., III, 3 y Sukka, II, 8). Sus derechos religiosos, en efecto, habían sido violenta e injustamente recortados. Podían entrar en el gran templo de Jerusalén, pero sólo al atrio de los Gentiles, entre los paganos, cambistas, traficantes de mil pelajes y prostitutas, así como al llamado “atrio de las mujeres”. Durante la purificación, tenían terminantemente prohibido el acceso al templo por un periodo de cuarenta días si el nacido era varón, y ochenta si era niña. Las menstruantes eran lapidadas si ingresaban en el templo. En las sinagogas tenían una galería reservada para ellas, separada con rejas de los hombres. Por supuesto, la mujer no podía hacer uso de la palabra en los servicios religiosos. ¿Una mujer leyendo la palabra de Dios? Hubiera sido como imaginar a un perro profetizando… Sobre sus espaldas, en cambio, recaía todo el peso del trabajo en el hogar y fuera de él. Hilaba, tejía y atendía toda clase de faenas agrícolas. Ellas eran las responsables de la diaria fabricación del pan. Debían triturar el grano en los molinos, transportar la artesa con la masa fermentada y proceder a la cocción… Eran las mujeres las que tenían a su cargo el diario transporte de agua a las casas; otra labor fatigosa. Ellas lavaban, cocinaban, amamantaban, vestían y aseaban a los hijos, zurcían, atendían la limpieza general de la vivienda, vigilaban la sagrada llama del sábado, servían la mesa

y el vino al marido e, incluso, estaban obligadas a lavar los pies del esposo. La suerte de las niñas judías, en general, estaba trazada desde su nacimiento: eran educadas para servir al macho. En una primera etapa, al padre y hermanos. Después, a partir de los doce años y medio (con la pubertad), al marido. Y, como cantaban las mordaces galileas, “nunca se sabía qué era peor”».

Éste era el triste panorama de la mujer en la época del Maestro… Obviamente, el anuncio de Jesús de un grupo de evangelistas femeninas los dejó perplejos.

Pero el rabí permitió que se vaciaran. Protestaron y se lamentaron. El Galileo se mantuvo sentado, serio y en silencio. Después, al retirarse, habló brevemente con Andrés y con el pequeño gran hombre y rogó que decidieran los diez nombres para el día siguiente, lunes, 17 de enero (año 29). Quedaron atónitos. La medida del Hijo del Hombre no tenía precedente. Las críticas lloverían desde todos los sectores. Y así fue…

Abner y Andrés permanecieron toda la noche barajando nombres. No era fácil. Yo asistí, desconcertado, a las negociaciones. Las mujeres casadas fueron rechazadas, por razones obvias, aunque se eligió a una de ellas, de sesenta años, y exenta de obligaciones familiares. Finalmente surgieron los diez nombres. Se trataba de mujeres —según comentó Andrés— que se habían distinguido por su gran trabajo y dedicación a los enfermos del hospital de campaña, en la playa de Saidan.

Resuelta la delicada elección, y con la aprobación del rabí, David Zebedeo y sus correos se ocuparon de localizarlas y escoltarlas hasta el caserón de los Zebedeo. Los discípulos las recibieron con malas caras. Andrés y Abner pelearon para que fueran aceptadas como mensajeros. El éxito, de momento, fue escaso. Las broncas y el malestar entre los varones se prolongaron durante días. Pero lo peor estaba por llegar…

Susana, la nueva jefa

Conforme fueron llegando las diez mujeres, Abner y Andrés dispusieron que los setenta y cinco evangelistas que continuaban con Jesús emprendieran una nueva gira de predicación de la buena nueva. El Maestro estuvo de acuerdo. En esta oportunidad se moverían por el centro y oeste de la Galilea. Duración aproximada del viaje: siete semanas. Los predicadores marcharían en grupos de cinco. Abner y los suyos se unieron a los setenta y cinco. El rabí, por su parte, programó la salida de Saidan para el viernes, 21 de enero (año 29). Con Él viajarían los doce, las diez mujeres, Yu, Kesil y yo. Quedaron en reunirse en Nazaret el 4 de marzo.

Y el fiel Kesil lo dispuso todo: el *reda*, las mulas, las provisiones, las tiendas y las ropas de abrigo. «Nuevo viaje —comentó con alegría—, nuevas aventuras…». Lo vi feliz. No podía (no podíamos) imaginar lo que nos reservaba el Destino…

Y, como digo, entre el 18 y el 20 de enero (año 29), fueron llegando las evangelistas seleccionadas por los «jefes» (Abner y Andrés). Es importante dejarlo claro: no fue Jesús de Nazaret quien eligió a las diez hembras. Él se limitó a dar su aprobación.

He aquí sus nombres y un perfil mínimo de ellas:

• RUTH

Hija de Mateo Leví, el administrador general del grupo. Como se recordará, Mateo era divorciado. Se casó dos veces. Hélem fue su primera esposa. De ella tuvo cuatro hijos. La mayor era Ruth. Tenía veinte años cuando se unió a los predicadores. Era de escasa estatura, rubia, de ojos verdes y rasgados y especialmente discreta. Hablaba poco. Se limitaba a observar. Soltera. Las manos eran deformes (probable problema genético).

• RAQUEL

Cuñada de Judá, el hermano carnal de Jesús. Altísima (1,90 metros). Cabellos blancos. Rondaba la edad del Galileo (treinta y tres o treinta y cuatro años). Era muda. Se comunicaba con el lenguaje de los signos. Soltera. No sé cómo se las arreglaba, pero estaba en todas las salsas. Residía habitualmente

en Migdal, en la costa occidental del mar de Tiberíades (*yam*). Cocinaba divinamente.

• JUANA

Esposa de Chuza, el funcionario al servicio de Herodes Antipas. Era la mayor del grupo de mujeres: sesenta años. Delgada y nerviosa. Voluntad de hierro. Tiraba de todos con enorme fuerza y alegría. Se hacía querer. Hablaba por los codos. En su juventud fue de gran belleza. Tartamudeaba. Vestía siempre de azul. Fue la mujer que influyó en algunas de las decisiones de Antipas a la hora de juzgar al Maestro. A través de su marido consiguió demorar la orden de captura del Hijo del Hombre, que terminó firmando el tetrarca de la Galilea y la Perea.

• MARTA

Hermana mayor de Pedro y de Andrés. Soltera. Algo más de treinta años. Siempre enferma. Muy observadora. Rostro conquistado por las pecas. Altura media. Pechos caídos. Dientes en desorden. Tendencia a engordar. Se pasaba el día comiendo. Risa estrepitosa. Se enamoró perdidamente de Tomás.

• ISABEL

La más bella del grupo. Cuarenta años. Divorciada. Un hijo, pero vivía con el padre. Morena. Ojos castaños, dulces y adivinadores. Era hija de un rico judío de Séforis, capital de la Galilea. Se enamoró del Maestro. Jamás lo reconoció. Fue discreta y eficaz. Todo el mundo solicitaba su consejo. Era alta y esbelta. Llamaba la atención de inmediato.

• NASANTA

Hija del médico sirio (Elman) que trabajó en el hospital de campaña, en Saidan. Era negra como el carbón. Hablaba varios idiomas. No superaba el metro y medio de altura. Era fina y muy sensual. Decía tener poderes, heredados de su padre. Aseguraba que podía curar con las manos. No hablaba mucho. En las predicaciones se limitaba a acompañar a las mujeres. Al morir Jesús, se adentró valientemente en el África central, predicando la buena nueva.

• CELTA

Hija de uno de los centuriones de la guarnición de Nahum. Pelirroja. Muy gruesa. Ojos verdes y rasgados. Su madre era de origen oriental. Soltera. Era la más combativa. Hablaba muy bien. Podía tener treinta años. Se distinguió como una de las mejores evangelistas. No tenía miedo a nada ni a nadie.

Acompañó al Maestro hasta la cruz. Gran amiga de María, la de Magdala, que se incorporó al grupo de las diez mujeres días más tarde.

• MILCA

Prima de Tomás, el escéptico. De escasa estatura, pero bellísima. Ojos color miel, rasgados. Nariz y pómulos dominados por una tribu de pecas. Cabello dorado. Casi no hablaba; lo hacía con la mirada. Me gustó desde el primer momento que la vi. Era reservada y prudente. Soltera. Unos veinticinco años de edad. Residía en Tiberíades, con ’Alam, la ex de Tomás.

• AGAMAN

Viuda siria. Sesenta años. Muy rica. Sin dientes. Colaboraba en todo, especialmente en la cocina, junto a Felipe y los gemelos de Alfeo. No predicó, pero ayudaba a las familias de los íntimos con su dinero. Muy pocos lo sabían. Falleció durante el formidable prodigio de la multiplicación de los panes y los peces.

• SUSANA

Hija de Ismael, el nefasto saduceo y jefe de la sinagoga de Nazaret. Renunció a su padre por seguir a Jesús. Cuarenta años. Alta y muy delgada (casi esquelética). Se teñía el pelo de rojo o de violeta, según su estado de ánimo. Mirada inquisidora. Le gustaba el arte. Esculpía a escondidas. Soltera.

Las mujeres se organizaron rápido. Y nombraron jefa a Susana, por unanimidad. Juana, la esposa de Chuza, fue designada tesorera; un cargo similar al de Judas Iscariote.

Naturalmente, los evangelistas —salvo Lucas— no dicen ni palabra sobre el arriesgado y audaz gesto del Maestro. El confiado Lucas dice textualmente: «Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes». Falso. Cuando Abner y Andrés eligen a las diez evangelistas, ninguna había sido curada por el Galileo. Fue después cuando… Pero vayamos paso a paso. Y tampoco es cierto que «sirvieran a Jesús y a los doce con sus bienes». Salvo Agaman, la viuda siria, ninguna aportó dinero al grupo. No se unieron a los hombres para servirles. Fueron tan mensajeras del reino invisible y alado como los varones. No estaban allí para hacer de criadas… Y bien que lo demostraron. Pero los

escritores sagrados (?) —machistas— se negaron a registrar la importantísima elección de las mujeres…

¿Quién lo hubiera imaginado? Aquella tercera gira de predicación fue trágica; la más trágica…

El viernes, 21 de enero (año 29), emprendimos la marcha. Sumé 26 personas. Andrés organizó la caravana de la siguiente manera: el Maestro en cabeza, como era habitual; después los doce y los tres carros (dos para las provisiones y el nuestro) (las diez mujeres se repartieron entre los *redas*). Y, naturalmente, la *Chipriota* y *Zal*. La cabra, engalanada con sus mejores anillos de colores. Felipe la pintó la víspera y con la mejor pintura de barco que pudo encontrar. *Zal*, entregado a la divertida e inútil tarea de perseguir todo lo que volase.

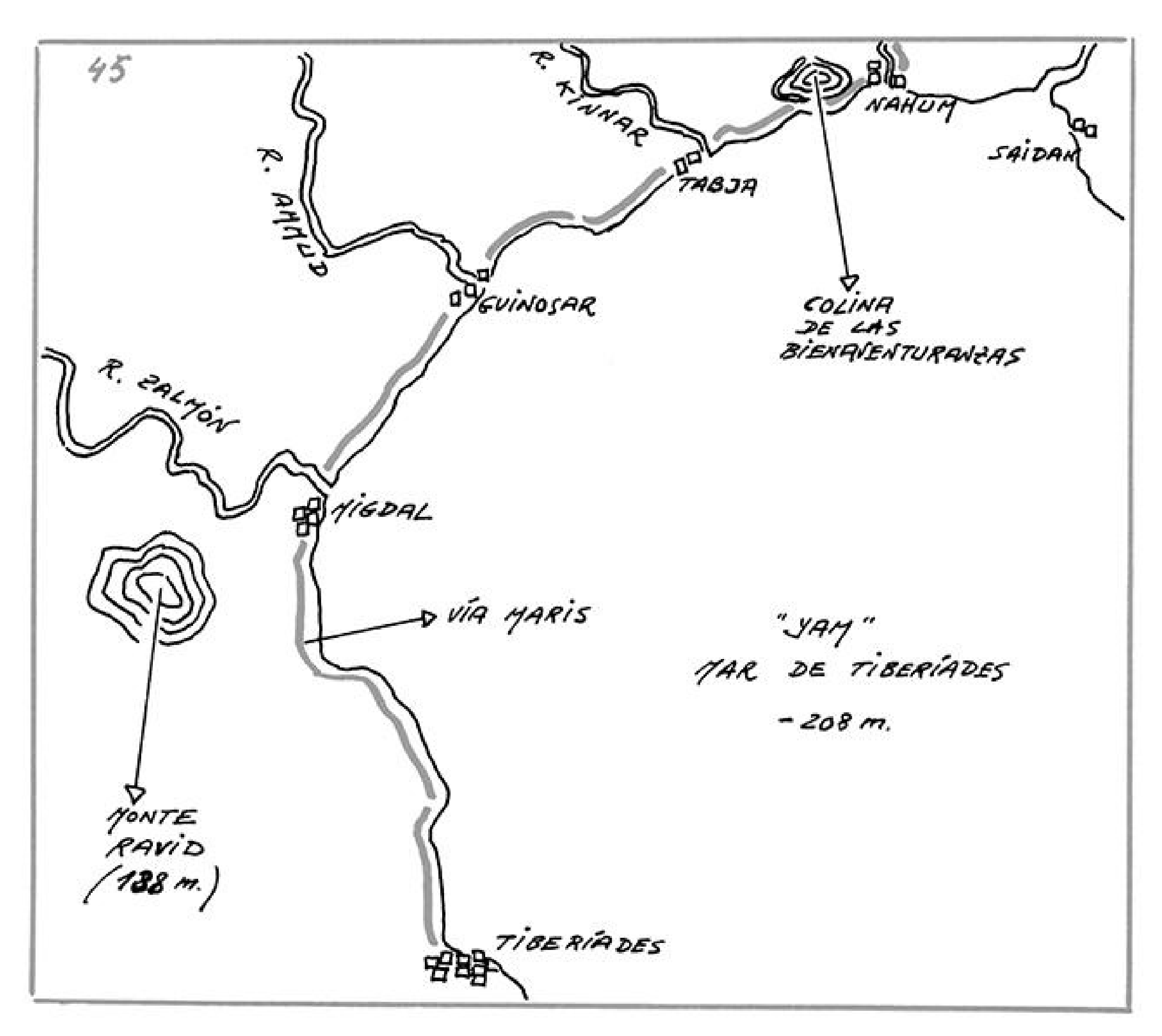
Y a eso de la hora quinta (once de la mañana), Andrés dio la orden de partida. Algunas esposas, parientes y vecinos despidieron a los íntimos con lágrimas en los ojos. Nunca supe si eran lágrimas de tristeza o de alegría… Felipe, nervioso, corría de carro en carro, inspeccionaba y volvía a inspeccionar, y terminaba hablando solo. Todo normal.

Recorrimos los nueve kilómetros y medio entre Saidan y Guinosar en dos horas. Y a la séptima (una de la tarde) acampamos en las sonoras lagunas del llamado «jardín de Guinosar»: un valle de siete kilómetros cuadrados, colmados de palmeras, higueras, olivos y cientos de pequeños y medianos huertos. Era el orgullo de la Galilea. Tres ríos regaban las tierras. Los tres se dejaban caer desde la modesta cordillera noroccidental.

Allí permanecimos ocho días. Fue un tiempo tranquilo y sin demasiadas preocupaciones. Jesús hizo *’im*, según su costumbre. Visitó a los viejos amigos panaderos e intentó colaborar en la elaboración del pan. No le dejaron. Con el Maestro, la levadura no reaccionaba. Otro misterio que no supe aclarar. Conversó con los etruscos que cuidaban los «invernaderos» de flores y jugó —hasta caer rendido— con la abundante chiquillería de las granjas. Las mujeres, por su parte, se estrenaron como predicadoras. Los humildes *felah* (campesinos) escuchaban desconcertados. Era un espectáculo desconocido… Y reían y comentaban entre ellos: «Jamás vimos cosa igual: mujeres judías hablando como si fueran hombres». La verdad es que las evangelistas lo hacían bien. Hablaron con el corazón. Explicaron que los

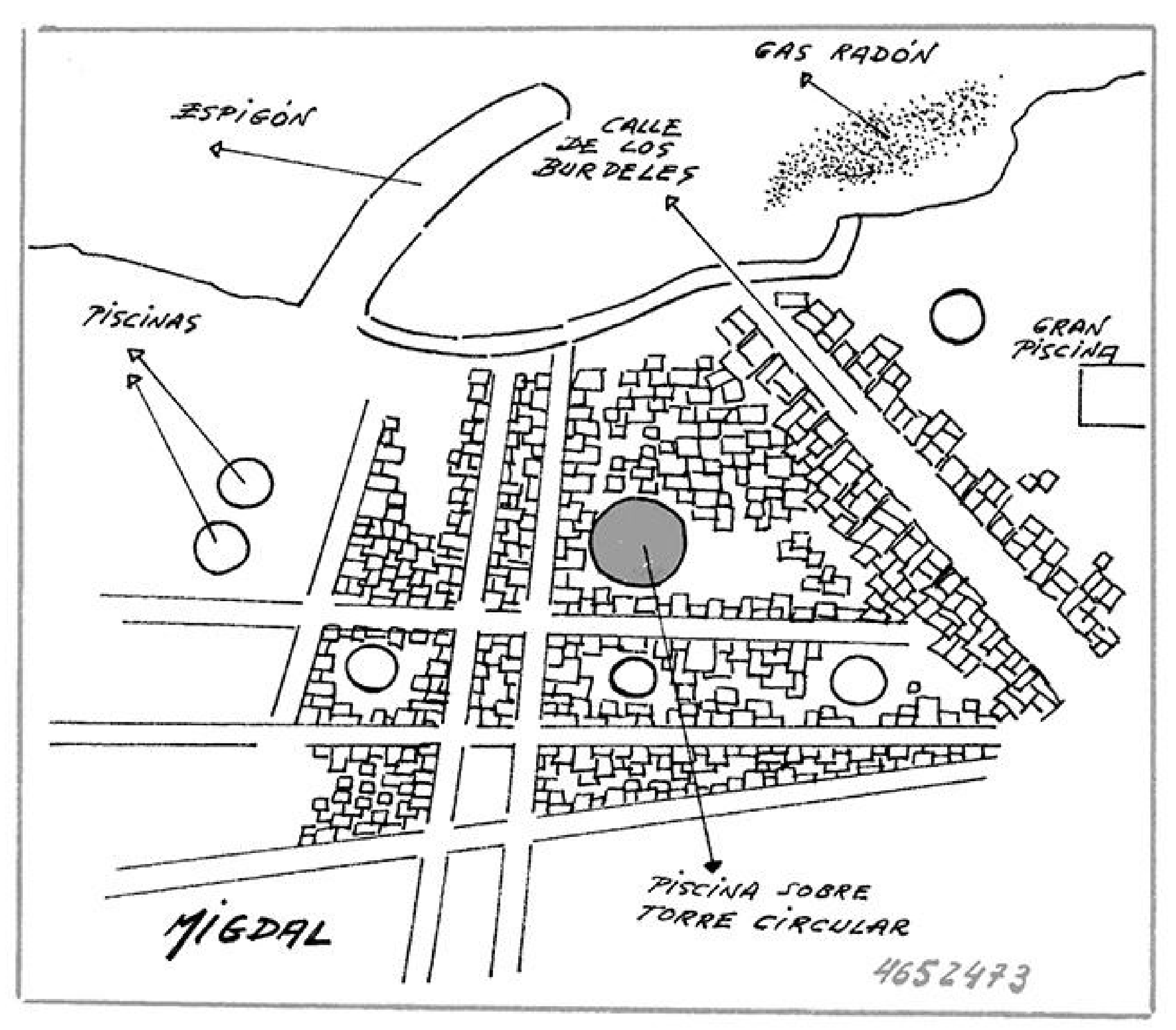
hombres y las mujeres tienen los mismos derechos, que todos somos hijos del Padre Azul y, por tanto, hermanos espirituales. Trataron de comunicar que en el reino invisible y alado no hay ricos y pobres, y tampoco esclavos u hombres libres. Y digo que trataron porque, obviamente, no fueron creídas. Aquella gente sencilla lo cargaba en los genes. No era fácil que se entregaran a la revolucionaria idea. ¿Todos iguales ante Yavé? No era eso lo que decían las Sagradas Escrituras… Pero fueron respetuosos y las dejaron hablar. Los discípulos, sin embargo, continuaron con sus ácidas críticas y con sus bromas punzantes. Y lo hacían, claro está, a espaldas del Galileo. Pero las mujeres no protestaron (de momento). Raquel, la muda, y Nasanta, la negrita, eran los blancos preferidos de Juanito Zebedeo, Tomás y Pedro.

Y el domingo, 30 de enero (año 29), levantamos las tiendas y nos trasladamos a la vecina Migdal, a poco más de dos kilómetros. Acampamos cerca de las puertas de la ciudad. Migdal (actual El-Megdel) era conocida en aquel tiempo como la Torre de los Peces. Pero, por comodidad, seguiré llamándola Migdal o Magdala. Era una ciudad vigorosa, con 40 000 habitantes, un puerto muy activo —similar al de Nahum— y varias industrias pujantes. Destacaban las de salazón de pescado, tonelería, crianza de palomas, lavanderías y tintorerías y, sobre todo, los burdeles más excitantes del *yam*. Las posadas y albergues para viajeros eran innumerables. La agradable temperatura media anual —alrededor de 22 grados Celsius— la convertía también en una atractiva zona de descanso. A ello contribuía —y no poco— la presencia de manantiales de aguas calientes que afloraban al sur de la ciudad, bien en tierra o en el fondo del lago. Uno de estos veneros (hoy conocido como Ein-Nun) regalaba del orden de dos millones de metros cúbicos de agua al año. Y fue allí, muy cerca del muelle, donde los sistemas de la «cuna» (en uno de los periplos sobre el mar de Tiberíades) detectaron una notable presencia de gas radón, altamente radioactivo. Como pude comprobar en aquellos días, el índice de cáncer entre los habitantes de Migdal era alto. La ciudad disponía de un hipódromo, un teatro y un barrio habitado por los *minim*, magos y caldeos llegados desde todo el mundo conocido. La proximidad de la Via Maris, la calzada romana que recorría buena parte de la costa occidental del *yam*, proporcionaba a Migdal una actividad extra en lo concerniente a los caravaneros y demás sociedades de burreros.



En la nueva gira de predicación, el Maestro y su grupo visitaron Guinosar y Migdal. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Durante los primeros días, el Maestro visitó a su hermano Judá y recorrió las concurridas calles, haciendo lo acostumbrado: conversando con sus habitantes, entrando en las casas y en los negocios y preguntando. Se pasaba el día interrogando a la gente sobre sus necesidades, sueños y miserias. Siempre lo acompañaba la escolta (*tabbah*) y, en ocasiones, Yu, el chino. No se registró ningún suceso digno de mención. Yo permanecí en la cocina de campaña, junto a Felipe y los gemelos de Alfeo, y me uní también —en ocasiones— a una de las parejas de predicadoras. No sé si lo he mencionado: las mujeres salían a difundir la buena nueva de dos en dos. Las órdenes de Andrés eran claras: cada pareja debía ir acompañada por un discípulo. Y a mí me tocó con Raquel, la muda, Marta y Tomás. Me caía bien el bizco…



Migdal, según la información contenida en el diario de Eliseo. Destacan una piscina circular sobre una torre de seis metros de altura y otra alberca cuadrada (al sur), de 27 metros de lado. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Pasábamos la jornada arriba y abajo, callejeando. Marta, la hermana mayor de Pedro y Andrés, se detenía en cada esquina y hablaba con gran fuerza sobre el reino invisible y alado. Les hacía ver que el Padre Azul era un nuevo Dios, mucho más importante que Yavé, y que —misteriosamente— ese Dios se «desmigaba» (me encantaba la expresión) y volaba hasta la cabeza de cada criatura, habitándola en silencio. Las mujeres la oían, asombradas y, en cierto modo, felices. ¡Al fin! ¡Al fin una mujer se dirigía a los hombres y con autoridad! Pero los judíos ortodoxos escupían a sus pies. Recorrimos salones en los que se entablaban toneles. El éxito fue escaso. Los capataces terminaban echándonos. Era lógico. Y lo mismo sucedió en las tintorerías, en las posadas y en las naves en las que se salaba el pescado. Regresábamos al campamento desalentados. Al resto de las evangelistas no le iba mejor. Los únicos felices eran el Hijo del Hombre, *Zal* y la *Chipriota*… Fueron días para el olvido (no para Tomás, que no le quitaba ojo al trasero de la muda).

Pero el 2 de febrero, miércoles, Marta tuvo una idea luminosa: visitaríamos el puerto y la célebre calle de los burdeles. Cuando se lo comentó a Susana, la jefa de las evangelistas no puso buena cara. Pero Marta era audaz y emprendedora. «Ha llegado el momento de encender una luz en las vidas de esas desgraciadas», manifestó con valentía y seguridad. Tomás, por supuesto, se frotó las manos… Y a las once de la mañana (hora quinta) nos presentamos en el muelle. La agitación era considerable. Decenas de barcos cargaban y descargaban toda suerte de mercancías. Los porteadores iban y venían. Aquello era un caos. Y las palabras de Marta se perdieron entre los gritos de unos y de otros. Fue inútil que alzara la voz. Cada cual estaba a lo que estaba. Dos horas más tarde —derrotados—, nos dirigimos a la calle de los burdeles, muy cerca del puerto. Conté 25. Eran fácilmente distinguibles. En las fachadas colgaban enormes falos de madera. Durante seis días entramos en una docena de establecimientos. «Entrar» es una manera de hablar… En realidad, nos echaron de todos. El primero que visitamos se llamaba Lebu, como los barbos chillones del lago. Debo aclarar que en Migdal, como en otras ciudades de Israel, la prostitución se hallaba dividida en dos grandes sectores: los burdeles con licencia y los «fuera de la ley» (posadas y albergues en los que criadas y criados se acostaban con los clientes por unas monedas extras). Después aparecían las que los romanos llamaban *ambulatarae*: busconas que ejercían el oficio por las calles y que cobraban pura calderilla. También supe de las prostitutas de cementerio (*bustuariae*), que trabajaban, además, como plañideras profesionales en los duelos. Y conocí a las *lobas* y a las *colifias*. Las primeras se prostituían en los bosques. Las otras vendían panecillos por las calles; panecillos en forma de pene (por cada panecillo, el cliente tenía derecho a un beso y algo más). Naturalmente, por encima de todo esto, se encontraban las prostitutas de lujo. Atendían en residencias privadas y especiales. Una noche con una fulana de la alta sociedad podía costar del orden de 60 denarios de plata (el salario de un *felah* durante dos meses).

El Lebu, como el resto de los lupanares que visitamos, era simple. Disponía de doce habitaciones, distribuidas a uno y otro lado de un largo pasillo. Las pupilas esperaban en la calle, sentadas o recostadas en la pared. Casi todas aparecían semidesnudas, cubiertas con gasas y túnicas transparentes que dejaban ver cuerpos castigados por la vida. Había jóvenes, ancianas y casi niñas. Vi gordas, esqueléticas y deformes. Y en todas ellas, un cansancio eterno en las miradas… Cuando el cliente seleccionaba a una de ellas, entraban al burdel y se encerraban en el cuarto correspondiente. En otras ocasiones —si el personaje era adinerado—, las cortesanas se alineaban en el

pasillo, cada una frente a la puerta de su habitación, y aguardaban. Sobre el dintel se veía una tabla de madera con el nombre de guerra de la chica y los diferentes precios (según el «servicio»). En algunos burdeles vi pinturas eróticas. La mayoría, en las maderas de las puertas de las habitaciones (por el exterior). Representaban las posturas en las que las pupilas se habían especializado. Ante mi asombro, los judíos decían conocer más de noventa posturas a la hora de mantener relaciones sexuales. Yo sólo conocía trece… Las habitaciones eran cuartuchos de dos por dos, con un lecho de piedra. A la hora de ocuparlas, la cama era cubierta con mantas en las que habitaban chinches enormes, como lentejas. Al ingresar en el Lebu nos ofrecieron hidromiel, una bebida a base de miel fermentada, y todo un surtido de afrodisíacos: colas de serpientes al horno, intestinos de pollo y penes de lobo o de erizo. También distinguí la *dudaim*, la mandrágora. Y las pupilas se alinearon en el pasillo, frente a las puertas, invitándonos a examinar el «género». Tomás estaba en la gloria…

Pero terminó sucediendo lo previsible. Al ver entrar a Marta y Raquel, alguien avisó al *leno*, el chulo del prostíbulo. Preguntó y, al saber que sólo deseábamos predicar, nos echó a la calle a patadas. Raquel lloró de impotencia. Pero Tomás la consoló y aprovechó para acariciarle el trasero. Así fuimos de burdel en burdel, con idéntico resultado. A qué negarlo. Fue un completo desastre. Recuerdo algunos nombres de prostíbulos: Mutunus Tutunus (el símbolo del burdel era un pene cubierto de flores), Facinus (donde todo giraba en torno al poder mágico del falo; el pene protegía la casa y a sus moradores del mal de ojo; las cortesanas lo llevaban colgado del cuello permanentemente; era curioso: la imagen del pene no se asociaba a la vergüenza), Venus Calva (en honor a una remota leyenda, atribuida al reinado de Anco Marcio; las mujeres romanas empezaron a perder el cabello, y el rey, para conjurar el mal, levantó una estatua de Venus, pero calva; mano de santo: las romanas vieron crecer su pelo, y más hermoso que nunca) y Dudim (el único burdel en el que pagabas según las lágrimas de alegría derramadas; cada lágrima equivalía a un leptón, un octavo de as).

Como digo, fue un desastre total…

Pero el domingo, 6 de febrero (año 29), inasequibles al desaliento, Marta y Raquel entraron en el enésimo burdel. Se llamaba «Ame». Era un prostíbulo especial, pero, al principio, no nos dimos cuenta… La penumbra era total. Y Tomás y yo nos fuimos tras las mujeres. Las pupilas se alinearon frente a las puertas de las habitaciones y nos animaron a examinar sus encantos. Alguien

se aproximó con un par de lucernas. Y empezamos a distinguir algo raro… Miento. Fue Tomás el primero que se dio cuenta. Y dio la voz de alarma:

—¡Son leprosas!

Miré, incrédulo. En efecto. Algunas mujeres presentaban los rostros desfigurados, sin nariz y con las típicas nudosidades aplastadas y reblandecidas. Sangraban. Las manos parecían garras de felinos. Carecían de falanges. Los pechos eran colgajos y los cráneos aparecían desnudos. Algunos eran disimulados con pelucas amarillas. Enormes placas rojas cubrían los cuellos, piernas y vientres. Esa tarde noche, al solicitar explicaciones a «Santa Claus», me habló de *zaraath*, el término hebreo que englobaba los tipos de lepra conocidos: la blanca o mosaica (hoy llamada anestésica), la lepromatosa y otras que no recuerdo. Todas tenían un origen común: el *Mycobacterium leprae*, que ocasiona lesiones granulomatosas o neurotróficas en la piel, en las vísceras, en los nervios, huesos y mucosas. El espectáculo fue escalofriante. ¡Era un burdel —el único— que admitía a los leprosos! De ahí su nombre: *Ame* («impuro»). «*Ame*» era el obligado grito que debían lanzar los leprosos cuando se encontraban cerca de alguien.

Tomás trató de salir a toda prisa, pero Marta lo retuvo. Y sin soltar al asustado bizco, con gran entereza, habló a las pupilas. Estaban sorprendidas. Aquellos locos no habían entrado en el burdel para disfrutar. Estaban allí para hablar de un Dios benevolente… E hicieron coro en torno a la audaz hermana de Pedro y Andrés. Y escucharon en silencio. Marta les anunció un Padre Azul, totalmente distinto al colérico Yavé. Y se extendió en la maravillosa vida que nos espera tras la muerte. Las mujeres no daban crédito a lo que oían. ¿Un Yavé amoroso que no juzga? ¿Vida eterna, hagamos lo que hagamos o pensemos lo que pensemos? ¿Estamos en el mundo para experimentar? ¿Todos somos iguales ante Dios? ¿Todos somos sus hijos? ¿Todos somos sus hermanos? ¿Las castas sacerdotales han equivocado el camino? Y Marta las animó a que abandonaran aquella miserable vida y se unieran al grupo de creyentes en la buena nueva. Tuvimos suerte. A esas horas —mediodía— el *leno* del Ame estaba ausente. Hicieron muchas preguntas. Todas deseaban saber qué era eso del «reino invisible y alado». ¿Cómo podían entrar? Eran pecadoras y leprosas (doblemente despreciadas). ¿Éramos seguidores de otra secta? ¿Quién era ese tal Jesús de Nazaret? ¿Verdaderamente era un mago poderoso? ¿Era cierto que había convertido el agua en vino, en Caná? ¿Devolvía la salud a los enfermos? ¿Podía curarlas? Una de las mujeres se destacó entre el resto. Fue la que más porfiaba con Marta, la que planteaba las cuestiones de mayor calado e interés. La intuición

avisó. Al observarla recordé los diarios del mayor: alta (casi 1,90), flaca y huesuda, hombros estrechos, piernas y brazos muy largos, ojos negros vivísimos, nariz recta y recogida, cara triangular (casi sin mentón; lo que Jasón llamaba «hipoplásico»), ojeras permanentes, dentadura impecable, cuello grácil, manos interminables y finas, sin pecho, cabellos negros y desordenados y unos finos cordones de oro en las orejas. Edad: algo más joven que el Maestro (unos treinta años). En el tobillo derecho brillaba un aljófar, una pequeña perla engarzada en una cadenilla. Tenía un singular y extraño atractivo. No era guapa, pero sí excitante. ¿Era quien imaginaba? No me atrevía a preguntar; no era el momento. En la madera colgada en el dintel de su puerta aparecía una letra: «A». En arameo significaba «tabla» o «madera», pero no caí en la cuenta. ¿Por qué la llamaban «A»? ¿Qué representaba aquel nombre de guerra? En la referida madera se avisaba: «A» era especialista en hacer el 69. Un denario por «servicio»…

Y observé algo que me dejó perplejo: «A» no era leprosa, pero su cuello, tórax, brazos y piernas presentaban unas enormes manchas rojas y naranjas. En el bajo vientre vi otras deformaciones. Parecían serpientes, formadas por escamas plateadas. Al consultar a «Santa Claus» apuntó la posibilidad de que se tratase de una enfermedad de la piel llamada «psoriasis», de origen inmunológico, que puede desencadenarse por infecciones, estrés o golpes. Se caracteriza, justamente, por la presencia de placas escamosas secas de diferentes tamaños y colores. Aparecen —normalmente— en el cuero cabelludo, cara, uñas, extremidades, pecho y vientre. También afectan a las axilas, pubis, pliegues submamarios, ingles y genitales. El ordenador preguntó si estábamos ante una psoriasis puntata o pustulosa. ¡Y yo qué sé…!, repliqué. Los judíos, en aquel tiempo, consideraban leproso a cualquiera que tuviera un problema en la piel. No importaba que fuera una inocente calvicie o una psoriasis. Y todos recibían el mismo trato: aislamiento y repulsión. Eran pecadores de la peor calaña…

Diecisiete días más tarde —al suceder lo que sucedió—, Marta me puso al corriente. El verdadero nombre de «A» era Mir-Yam o María. El alias de guerra —«A»— se debía a su pecho «en tabla» (casi liso). También la llamaban «Taršiš» (topacio), por su piel naranja, y «Tapas» («fuego», en sánscrito), por su pasión en la cama… Y caí en la cuenta. ¡Era María, la de Magdala!… ¡La Magdalena!… Su vida había sido una catástrofe. De niña fue violada por su padrastro. A los nueve años fue vendida en un mercado de Jerusalén por treinta monedas de plata. El chulo que se hizo cargo de ella se llamaba Yemim. Era sirio. Y la paseó por todos los burdeles de la costa. Los

mercenarios romanos de Cesarea se la disputaban. A los catorce años logró huir y fue dando tumbos de prostíbulo en prostíbulo. En Tiberíades contrajo la psoriasis. Desde entonces se vio obligada a trabajar en burdeles para leprosos. Finalmente terminó en Migdal. Toda una vida de horror, sufrimiento y soledad…

«A», como digo, preguntó más que ninguna. ¿Podía una mujer como ella albergar algún tipo de esperanza? ¿Cómo era posible que las prostitutas fueran hijas de Dios? ¿De qué Dios estaban hablando? Y Tabla prometió estudiar la oferta de Marta: sumarse al grupo de mujeres que acompañaba a Jesús y luchar por la igualdad del sexo femenino.

Ese domingo, 6 de febrero, terminamos sentados en mitad del pasillo del burdel, borrachos de *melikraton* (hidromiel) y brindando por aquel asombroso y dulce Padre Azul. ¡Qué espectáculo! ¡Una docena de leprosas desnudas, un bizco, una muda, una evangelista feliz y un traidor!

A primera hora de la tarde nos sorprendió el chulo. Naturalmente, terminamos en la calle y de malas maneras. Todo normal…

Ein-Mahil

El 8 de febrero, martes, proseguimos la gira por la Galilea. Visitamos seis aldeas. No se registró nada especial, salvo el loco enamoramiento de Tomás por Raquel, la muda. Andrés lo llamó al orden en varias oportunidades, pero Tomás no escuchó. Yo procuraba permanecer cerca de Milca, la jovencita de los ojos color miel. Nos mirábamos, pero eso era todo.

Y el domingo, 20 de febrero (año 29), recibimos una sorpresa. Al llegar al cruce de Lavi (a diez kilómetros de Migdal), en la senda que llevaba a Cesarea, alguien nos esperaba. ¡Era «A», con otra mujer! La de Magdala preguntó quién era el rabí. Marta se lo presentó y, sin mediar palabra, la *burrita* se arrojó a los pies del Maestro, suplicando perdón por sus muchos pecados y rogando que fuera admitida entre los aspirantes al reino invisible. Vestía una túnica color hierba —hasta los pies— y un manto negro con el que cubría la cabeza. Las manchas rojas y naranjas de la piel quedaban en la penumbra. El Galileo se apresuró a tomarla por los brazos y alzarla, al tiempo que declaraba con voz potente, de forma que todos pudieran oírle:

—¡Sígueme!

La otra mujer se llamaba Rebeca. Era hija de José de Arimatea, el potentado judío que tanto ayudó al Hijo del Hombre. Tenía veinte años y un ojo de cada color: uno verde y otro azul. Creía —como su padre— en la existencia del mencionado reino invisible y alado. El Maestro se acercó a ella, colocó las manos sobre los hombros de la mujer y repitió, mirándole a los bellos ojos:

—¡Sígueme!

Las mujeres acogieron a las recién llegadas con alegría. Ya eran doce, como los varones. Los evangelistas, por supuesto, no recogen estas nuevas incorporaciones. Y Jesús prosiguió la marcha hacia el oeste. ¿Dónde se dirigía? Nadie supo darme razón. Faltaban doce días para el 4 de marzo, fecha prevista para la reunión con los evangelistas y los hombres de Abner en la aldea de Nazaret. Y me resigné. Así era aquel Hombre maravilloso…

Los discípulos no tardaron en murmurar.

—¡Una *burrita* entre los mensajeros del Padre Azul! —clamaban—. ¡Esto no puede salir bien…!

Para algunos de los íntimos, la presencia de las mujeres en el grupo de los heraldos significaba el descrédito total. Para colmo, una de las féminas era prostituta y leprosa… No podían creer lo que estaban viendo. El Iscariote y Juanito Zebedeo eran los más venenosos. Y, durante el camino, trataron de convencer al resto para sostener una reunión con el rabí y proponer la inmediata disolución de las evangelistas. «En ninguna profecía —aseguraban con razón— se habla de un Mesías rodeado de mujeres». El Hijo del Hombre, en cabeza de la caravana, no supo de las maquinaciones de los íntimos. ¿O sí?

—Además —escupía Juan Zebedeo—, ¡adiós al botín y a los puestos principales!… ¡Estas putas se lo llevarán todo!

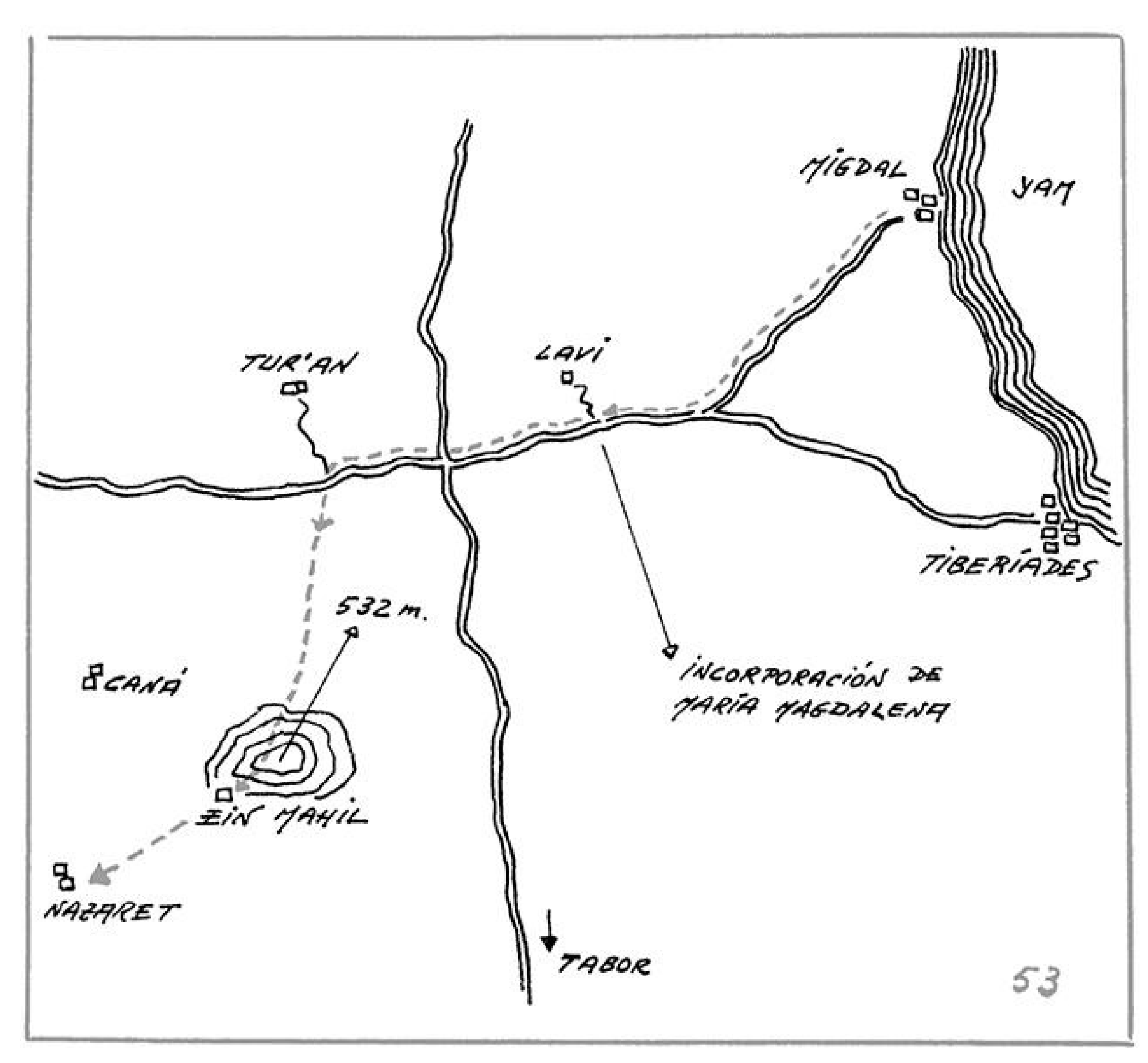
A la hora de la cena, las mujeres se veían relegadas. Tenían que comer aparte. Felipe no permitió que ayudaran en la cocina. Pero las evangelistas no perdieron el ánimo. Todo lo contrario. Y caminaban cantando.

El miércoles, 23 de febrero (año 29), fue otro día para la historia…

Al alcanzar el cruce de Tur'an (pequeña aldea de cien habitantes), el Maestro se detuvo. Habló brevemente con Andrés, el jefe de los íntimos, y la caravana se dividió en dos. Los carros no podían entrar en el caminillo por el que se disponía a seguir el rabí y fue necesario que continuaran por la senda principal. Andrés lo dispuso todo. Felipe, los gemelos de Alfeo y Kesil —con los *redas*— seguirían hasta desembocar en Nazaret. Allí nos veríamos en un par de jornadas. Yu se incorporó al carro de Kesil. El resto seguimos los pasos del Galileo.

Nada más pisar la trocha que se perdía hacia el sur, la bella intuición avisó. Fue un toque rápido: «¡Atención!… El Maestro había elegido aquel sendero de cabras por una razón importante». Obviamente, a juzgar por lo que ocurrió después, así era. La intuición jamás se equivoca. Y proseguimos en fila india y lógicamente extrañados. El rabí no comentó nada. Nadie sabía nada. ¿Lo tenía todo previsto? Quiero creer que sí…

En cuestión de minutos nos vimos rodeados por bosques impenetrables. Subimos y bajamos colinas. Después, siempre en dirección suroeste, más bosques de terebintos, perfumados y habitados por decenas de sonidos. Días después, al ingresar en la «cuna», supe que las cotas oscilaron entre los 367 y los 532 metros de altitud. Jesús de Nazaret conocía el lugar como la palma de su mano. No dudó en ningún momento. Sabía dónde tenía que girar y cómo esquivar los terraplenes. Nos detuvimos en un par de oportunidades. El Oso tenía la pierna izquierda inflamada. Era testarudo. Andrés le recomendó que se quedara en los carros, pero no hizo caso. Las mujeres respondieron mejor que los hombres. Ni una queja…



Itinerario seguido por Jesús hacia Nazaret. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y con el sol en lo alto (mediodía) coronamos la «532». Por cierto, en Kábala, «532» equivale a «inspiración»… E iniciamos el descenso hacia Nazaret. El terreno, verde y abrupto, se puso en contra. La bajada fue lenta y comprometida. Era preciso estudiar cada paso. «A», fuerte y decidida, se multiplicó, auxiliando a sus compañeras. Una hora después, el camino concedió un respiro. Y nos vimos frente a una garganta estrecha, de paredes altas y desnudas. En lo alto miraba un ejército de pinos. El Maestro continuaba en cabeza, con paso firme, mientras *Zal* correteaba entre las rocas que salpicaban la senda. Y, de pronto, los discípulos se detuvieron. Jesús no se percató y siguió la marcha. Y los íntimos empezaron a discutir, pero en voz baja. ¿Qué sucedía? Algunas mujeres se aproximaron y se unieron a la disputa. Me mantuve al margen, pero oí palabras como «cuevas» y «pecadores». ¿De qué hablaban? Transcurridos unos minutos, el grueso de los discípulos —encabezado por Juan Zebedeo— dio media vuelta y se alejó por

donde habíamos llegado. Allí quedamos Andrés, Santiago de Zebedeo, las doce mujeres y yo. Casi no hablaron. Andrés se situó en cabeza y prosiguió la marcha por el angosto desfiladero. El silencio apenas era roto por algunos lejanos graznidos. Pregunté qué ocurría. Santiago indicó que guardara silencio y que caminara con rapidez. Y pronunció una sola palabra, en voz baja:

—¡*Ame!*…

¿Leprosos? ¿Dónde?

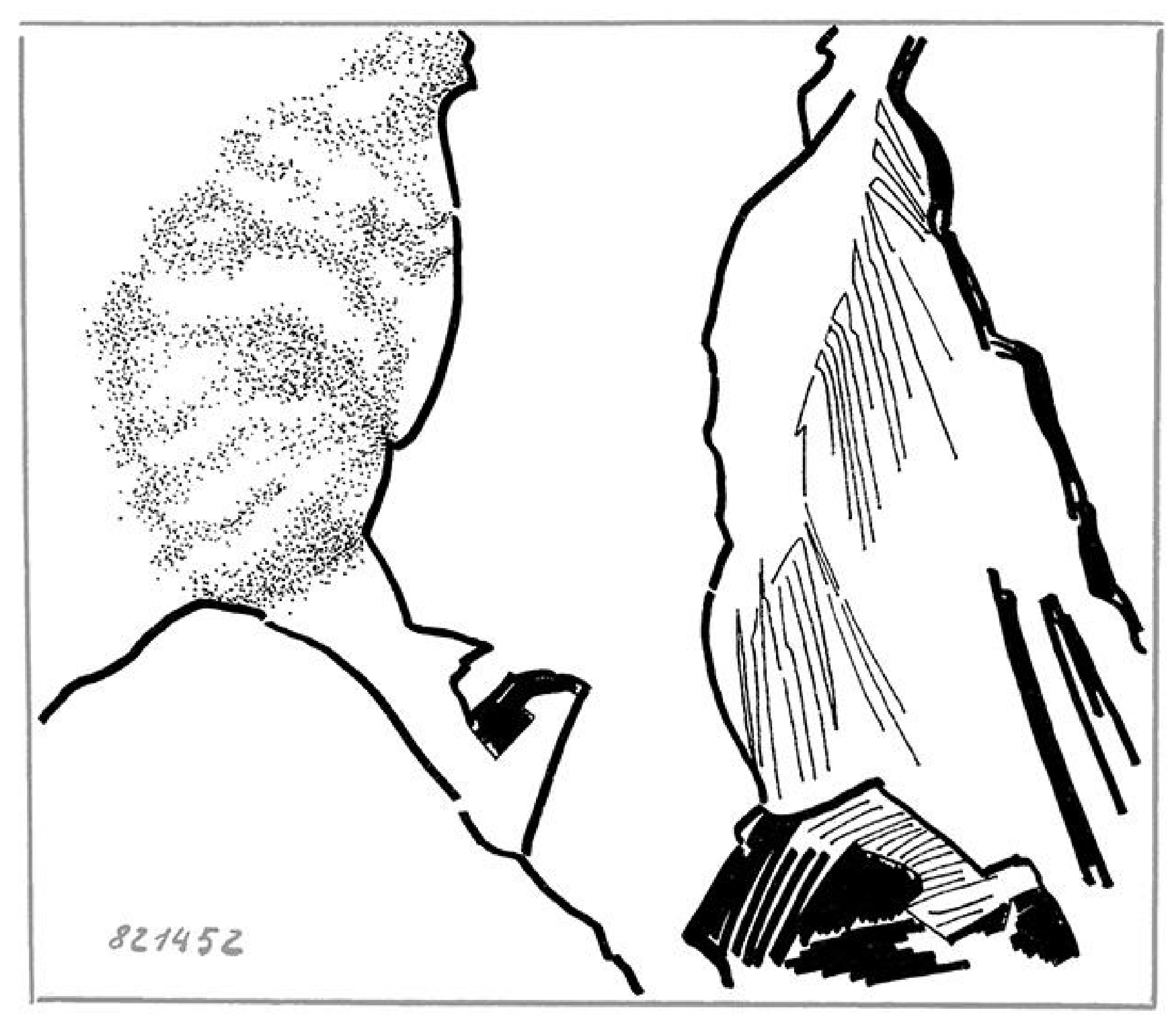
Una lágrima azul

Y recordé un par de incidentes vividos por Jasón en aquella garganta. ¡Estábamos en Ein-Mahil, el refugio de una colonia de leprosos! Yo tampoco olvidaría el lugar…

Al dejar atrás un recodo —quizá en la mitad de la hoz—, vimos al Maestro inmóvil, frente a un grupo de veinte o treinta personas. *Zal*, cerca de Jesús, movía la cola. Eso me tranquilizó…, a medias. Las mujeres y los discípulos se detuvieron. Noté cómo palidecían. No supieron qué hacer. Nos hallábamos a cincuenta pasos. Me adelanté y, al llegar a cinco metros, comprendí. ¡Eran los leprosos!… Probablemente vecinos de los pueblos próximos. Había ancianos y muchas mujeres. No vi ningún niño. Algunos aparecían con los rostros y manos vendados. Otros mostraban terribles deformaciones, con dedos mutilados y sangrantes. Uno de los hombres parecía un león. Detrás, en la pared del acantilado, observé dos cuevas y otras figuras humanas que dormitaban entre las piedras. Jesús miraba a los leprosos y ellos observaban al rabí. No capté señal alguna de agresividad por parte de aquellos infelices. Creo que era mutua sorpresa. Y, de pronto, Jesús giró la cabeza y me miró. El rostro presentaba una palidez extrema. Y la vi brillar a la luz del sol: ¡era una solitaria lágrima! Resbaló por la mejilla derecha, despacio, hasta perderse en la barba. A partir de ahí, todo fue instantáneo. Podía ser la séptima (una de la tarde). El desfiladero, el aire, el Galileo, sus ropas, los bosques, las rocas, los leprosos, las negras bocas de las cavernas, *Zal*, la lágrima… ¡Todo se volvió azul!… ¡Azul! Contemplé mis manos, la túnica… ¡Todo azul! No sé si fue un relámpago. No sé qué fue ni qué sucedió. Y escuché un lejano y penetrante silbido. Dos…, cuatro…, diez segundos. Después, nada. Todo volvió a la normalidad y a los colores conocidos. El rabí recuperó el movimiento y se alejó en silencio con sus habituales zancadas. *Zal* estaba paralizado, como yo. A continuación, oí murmullos, después gritos, después risas. Muchas risas. Risas nerviosas… Después, una confusa mezcla de risas y gritos. Las mujeres estaban histéricas. Los hombres saltaban y reclamaban a los que dormitaban junto a las cuevas. Los leprosos se contemplaban unos a otros. Se arrancaron los vendajes. No daban crédito. Se quitaron los harapos y volvieron a

contemplarse. Los cuerpos, desnudos, aparecían limpios y luminosos. Percibí un tenue brillo en todos ellos, pero, al poco, desapareció.

¡Estaban curados!



Desfiladero de Ein-Mahil, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Zal empezó a aullar. Tenía el pelo erizado… Después arrancó, a la carrera, a la búsqueda de su amo.

Me aproximé al grupo y verifiqué que no estaba equivocado. ¡La lepra —o lo que fuera— había desaparecido! Y la hoz entera se llenó de un intenso y delicioso olor a mandarina, el símbolo de la ternura, según Jasón.

Retrocedí, asustado. ¿Estaba soñando? ¿Sufría una pesadilla?

Y, de pronto, me vi arrollado por los discípulos y las mujeres. Caí al suelo y me pisotearon. Me levanté, veloz, y, gimiendo, me alejé como pude de aquel desfiladero. ¡Ein-Mahil!… Jamás olvidaría aquel nombre.

Allí quedó el grupo de «leprosos». Sus gritos y su alegría removieron a los habitantes de los bosques cercanos. Las aves surcaron los cielos, tan

desconcertadas como este explorador. El inmenso amor de aquel Hombre —una vez más— había hecho el prodigio. ¿Y yo debía traicionarle?

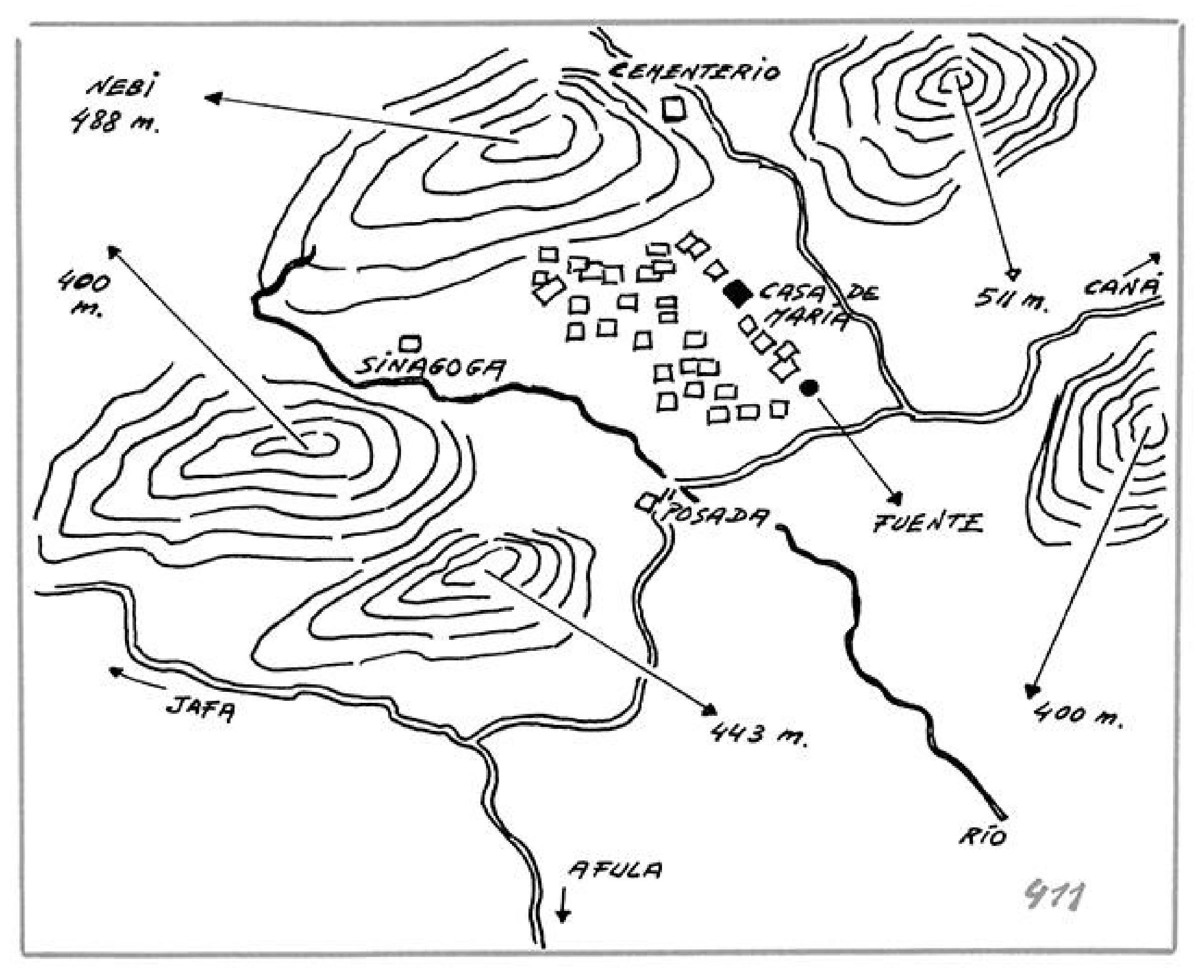
Una luz sobre el Nebi

Fue una fiesta, sí… Ese miércoles, 23 de febrero (año 29 de nuestra era), al acampar en los bosques de Ein-Mahil, las mujeres y los discípulos se dieron cuenta: ¡Raquel, la muda, hablaba! ¡Juana no tartamudeaba! ¡La de Magdala presentaba el cuerpo limpio, sin rastro de la enfermedad en la piel! «A» no tuvo inconveniente: se desnudó y permitió que la examináramos. El cuerpo, en efecto, aparecía sin manchas. En esta oportunidad, los que enmudecieron fueron los hombres; en especial Juan Zebedeo y Pedro. Tuvieron que tragarse sus insultos y maledicencias. Las tres mujeres cayeron a los pies del Maestro, más que agradecidas. El Galileo se limitó a sonreír y continuó con la sopa de lentejas. Felipe lloraba, y también Yu, el chino. Como digo, la cena se convirtió en una fiesta.

El 25, viernes, divisamos Nazaret, acurrucada, como siempre, entre colinas. El Nebi Sa'in, con sus 488 metros, vigilaba los verdes y los blancos. Las columnas de humo sugerían que la aldea se hallaba en paz. No era cierto del todo…

El semblante de Jesús se iluminó. Y supuse que los recuerdos llamaban a la puerta de su memoria. ¡El Hijo del Hombre había vivido entre aquella gente durante veintidós años! Era lógico que se emocionase.

Andrés siguió el consejo de Jesús y acampamos cerca de la fuente. Las matronas y la chiquillería que acudían a llenar las cántaras nos observaban con curiosidad. ¿Quién era aquella gente? En un primer momento no reconocieron al Maestro. Habían transcurrido casi nueve años desde su partida.



La Nazaret del año 29 de nuestra era, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Los tres primeros días fueron apacibles. Jesús visitó a los suyos. Pude acompañarle. Ruth seguía en un rincón, irreconocible. Ya no hablaba. María, la madre, recibió al Maestro con frialdad; y lo mismo sucedió con el resto de la familia. Jesús entendió y la visita fue breve. Después recorrimos la aldea. El rabí saludó a mucha gente y departió con ellos, preguntando por otros vecinos y antiguos conocidos. Algunos habían muerto; otros seguían en la aldea.

El 28, lunes, Jesús pidió a Tomás que gestionara el permiso para hablar en la sinagoga de Nazaret el sábado, 5 de marzo. Ismael, el saduceo, jefe de ésta y antiguo profesor del rabí, dijo que sí. Y la intuición avisó de nuevo: «¡Peligro!». Pero no supe interpretar la advertencia.

La víspera, 4 de marzo (año 29), viernes, tal y como se acordó, empezaron a llegar Abner y sus hombres y también los evangelistas. Fueron recibidos con aplausos y abrazos. Estaban felices. Todos tenían mucho que contar. La gira había ido relativamente bien. Pero empezaron a correr rumores inquietantes… Procedían de la aldea. En un primer momento, nadie prestó

demasiada atención. Pero seguían llegando y llegando… Hablaban de un plan para reventar el discurso de Jesús en la sinagoga. Los rumores aseguraban que el pueblo estaba resentido con el Maestro y deseaba que se marchara. Ismael, el saduceo, aparecía a la cabeza de esos planes para ridiculizar al rabí. Con el ocaso se presentó en el campamento David, uno de los siervos de Ismael y confidente de la familia del Hijo del Hombre. Lo conocía por los diarios de Jasón. Se trataba de un anciano de cabellos blancos y rostro lunar (recuerdo de una lejana viruela), con el lóbulo de la oreja derecha perforado (señal de su condición de esclavo). David confirmó los rumores. El jefe de la sinagoga se había reunido con lo peor del pueblo, pagando a una serie de matones para que arruinaran la presentación del Maestro en la citada sinagoga. David escuchó las conversaciones. Ismael, el saduceo, repetía furioso: «¿Por qué ese bastardo eligió Caná para su milagro y no Nazaret, su pueblo?». Según David, tampoco la familia del Galileo estaba de acuerdo con la presencia de Jesús en la aldea. Y deseaban que se marchara cuanto antes. Andrés consultó el grave asunto con el Maestro. Y sugirió que suspendiera la ceremonia del sábado. Pero el rabí se negó. Él sabía…

Esa noche del 4, viernes, sucedió algo imposible… Acababa de oscurecer. Ese día —según los relojes de la «cuna»—, el ocaso tuvo lugar a las 17 horas, 33 minutos y 20 segundos (TU). Pues bien, de pronto, oí voces. Kesil me reclamó a gritos. Pensé que los sicarios de Ismael habían asaltado el campamento. Pero no… Salté del *reda* y quedé atónito. No era la primera vez que veía algo así… En los diarios de Jasón se detallan otras visiones parecidas. En el cielo —negro y despejado— descubrí una enorme luz blanca; mejor dicho, un triángulo gigantesco y luminoso. Se hallaba inmóvil, haciendo un estacionario preciso y asombroso. Como digo, era de enormes dimensiones. Calculé 200 o 300 metros de lado. ¡Pardiez! No hacía el menor ruido, salvo un ligerísimo y lejano zumbido o silbido (algo similar al sonido producido por miles de abejas). Todo el campamento lo vio, incluido el rabí. Y Nazaret se echó a las calles. Aquel monstruo —imposible, como digo, en aquel tiempo— permaneció sobre la vertical de la aldea durante cinco minutos, aproximadamente. No estaba muy alto. Quizá a mil pies (300 metros). Y, de pronto, del triángulo, vimos salir seis o siete luces muy pequeñas; algunas eran rojas, otras azules… Y se alejaron hacia el oeste a una velocidad igualmente imposible. ¡Pardiez! ¿Qué demonios era aquello? Yo lo sabía, pero no quise admitirlo… ¡Estábamos en el año 29! *Zal* aullaba… La *Chipriota* se mostraba muy nerviosa y tiraba de la cuerda que la mantenía sujeta a la cocina. Y, súbitamente, todo se iluminó como si fuera de día. Un

gigantesco cono de luz blanca cayó sobre Nazaret y los alrededores. Podíamos ver las casas, a la gente corriendo, los animales, los olivos, el paseo de las palmeras, los caminos… ¡Pardiez! ¡Era una luz que no daba sombras! Segundos después, el cono luminoso se extinguió y todo volvió a la oscuridad habitual. El enorme triángulo también desapareció. Ni rastro… Y todos quedamos desconcertados, con las miradas perdidas en el firmamento. «¿Qué fue eso? —se preguntaban—. ¿Es Yavé, que nos ha visitado? ¿Es Belzebú?». La mayoría terminó aceptando que «aquel signo no representaba nada bueno». Y clamaban, al tiempo que se mesaban los cabellos: «¿Qué nueva desgracia está por llegar?». No se equivocaron… El Maestro no hizo comentario alguno y terminó encerrándose en su tienda.

Nadie es profeta en su tierra

Y amaneció el nefasto sábado, 5 de marzo (año 29). Lo hizo a las 6 horas, 0 minutos y 25 segundos (TU). El cielo se presentó azul e infinito. No así algunos corazones…

Entramos en la sinagoga a la hora quinta (once de la mañana). Yu, Kesil y yo nos acomodamos en la parte superior, en la llamada «galería de los gentiles». Estábamos solos. La sinagoga, en cambio, aparecía repleta: más de doscientas personas. Las evangelistas ocuparon sus sitios —de pie— tras la obligada reja que separaba a las mujeres de los hombres. No vi a María, la madre de Jesús, ni a nadie de su familia. Aquello no me gustó…

Al principio todo fue bien. El rabí subió a la tarima que ocupaba el centro de la sala. Lo acompañaba Ismael, el jefe y dueño de la sinagoga. Y yo diría que de medio pueblo (el maldito saduceo se dedicaba a la usura y con intereses que superaban el cuarenta por ciento). Era un tipo seboso, con un vientre acampanado y unas mamas enormes que oscilaban a cada respiración. El rostro aparecía marcado por decenas de capilares rojos que simulaban las patas de una araña. Vestía una túnica blanca, de lino, con una ancha faja y un gorro cónico y ridículo del mismo color. Según el mayor, era un cirrótico (enfermedad degenerativa que afecta especialmente al hígado, provocada normalmente por el exceso de alcohol). El saduceo entonó una oración: «Bendito sea el Señor, rey del mundo, creador de la luz y de las tinieblas, hacedor de la paz, creador de todo…». Después de una breve pausa, ambos rezaron al unísono: «Con gran amor, el Señor nuestro Dios nos ha amado y con piedad desbordante nos ha compadecido… Porque tú eres el Dios de la salvación, y nos elegiste entre todas las naciones y todas las lenguas… Bendito sea el Señor, que en amor eligió su pueblo de Israel». El silencio era total. Traté de localizar a los íntimos, pero no lo logré. Supuse que se habían quedado fuera. Aquello tampoco me gustó… La intuición tocó de nuevo en mi hombro: «¡Atención!».

Después se cantó el *Schema*. La asamblea levantó los brazos y algunos —los más ortodoxos y recalcitrantes— se cubrieron la cabeza con el taled, un chal azul y blanco. Y procedieron a amarrar los *tefilín* o filacterias en la frente y en la palma de la mano.

«Oye, Israel… —entonaron los doscientos—. Yavé nuestro Dios es el único Yavé… Amarás a Yavé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza… Y si vosotros obedecéis puntualmente los mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Yavé vuestro Dios y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestro país la lluvia a su tiempo, lluvia de otoño y lluvia de primavera, y tú podrás cosechar tu trigo, tu mosto y tu aceite; yo daré hierba a tu campo para tu ganado, y comerás hasta hartarte. Cuidad bien que no se pervierta vuestro corazón y os descarriéis a dar culto a otros dioses, y a postraros ante ellos; pues la ira de Yavé se encendería contra vosotros y cerraría los cielos, no habría más lluvia, el suelo no daría su fruto y vosotros pereceríais…». Y pensé: «¡Qué distinto este Yavé al Padre Azul que proclama el Maestro…!». ¿El Maestro? Lo vi mudo. No pronunció una sola palabra. Estaba claro que no le gustaba aquella plegaria. Y noté murmullos de desaprobación entre los asistentes. «¿Por qué no reza el rabí? —se decían unos a otros—. El *Schema* es la palabra de Dios, bendito sea su nombre». Lo dudé. Aunque la oración procedía del Deuteronomio (VI, 4-7 y XI, 13-21), aquella sarta de amenazas no tenía nada que ver con el pensamiento y los objetivos del Hijo del Hombre. Entendí que guardara un elocuente silencio. Y siguió la recitación de las 18 bendiciones, a cual más aburrida e interesada. Pero Ismael las cortó a tiempo y pasó a la siguiente ceremonia. Jesús abrió el rollo de las Sagradas Escrituras y leyó un pasaje del Deuteronomio: «Este mandamiento que yo te ordeno hoy no está oculto, ni está lejos…». Después se centró en Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí porque Él me ungió para que predique buenas nuevas a los pobres… Me ha enviado a liberar a los cautivos de su oscuridad…, y a proclamar la buena nueva: ¡sois hijos de un Dios!». Los asistentes al acto se removieron, nerviosos. Jesús había modificado algunas frases, añadiendo otras, más ajustadas a su filosofía. Entregó el rollo al jefe de la sinagoga y fue a sentarse en la silla que fue dispuesta sobre la tarima. El silencio terminó espesándose. El rabí paseó la mirada sobre la concurrencia y proclamó:

—Hoy se cumplen las Escrituras… El Espíritu de Dios está sobre mí…

Dejó correr una pausa y prosiguió:

—He venido a disipar las tinieblas de vuestros corazones…

Y gritó:

—¡Sois eternos!… ¡Tened esperanza!… ¡Estáis aquí por algo sublime!… ¡Mi Padre cuida de vosotros! ¡Confiad!

Los murmullos y carraspeos elevaron el tono. La gente estaba molesta. Y noté movimiento en las primeras filas. Algunos sujetos cuchicheaban.

Parecían dar órdenes. Y las transmitían de unos a otros. El rabí continuó hablando durante algunos minutos y explicó en qué consistía el reino invisible y alado de su Padre. Después —ante la perplejidad e indignación de los presentes— anunció que él era un Dios Creador.

—Todo cuanto podáis observar en el firmamento estrellado —aseguró con valentía— es mío…

Los murmullos se convirtieron en gritos, protestas e insultos. Y alguien lanzó el primer «¡blasfemo!». Otros, contagiados, alzaron los puños y corearon la temida palabra:

—¡¡Blasfemo!!…

El Maestro comprendió y dio por terminada la exposición. Y lo vi descender de la tarima. Entonces —desde mi punto de vista— cometió un error: en lugar de salir por una de las puertas laterales, y alejarse de la sinagoga, se aproximó a la parroquia y empezó a responder a las preguntas que le formulaban. Fue entonces cuando los matones pagados por Ismael, el saduceo, entraron en acción. Avanzaron hacia el Galileo y lo rodearon materialmente. Y escuchamos risotadas y burlas. La *tabbah* (la escolta) se percató de la situación e intentó abrirse paso entre el gentío. Imposible. La muralla humana no lo permitía. Y allí quedaron, inmóviles, a cuarenta metros del Galileo. Jesús respondió a una de las preguntas, pero el alboroto apagaba las palabras del Maestro.

—Sí, yo soy el hijo de José —acerté a escuchar con dificultad—… Yo soy el carpintero…

Pero las risotadas y amenazas ganaron la partida. Los reventadores seguían empujando al rabí… Y oí, finalmente:

—¡Nadie es profeta en su tierra…!

Aquellas últimas palabras del Hijo del Hombre terminaron de incendiar los agitados ánimos de la concurrencia. Y, de los insultos, pasaron a los empellones. La *tabbah* —desesperada— empujaba y empujaba. Fue inútil. La masa humana impedía el paso de Pedro y los Zebedeo. Y allí siguieron, gritando y amenazando con la misma fuerza que los reventadores.

—¿Crees que eres mejor que nosotros? —gritó uno de los vecinos—. ¡Tú nos abandonaste!… ¡Conocemos a tu madre y a tu familia!… Dinos, ¿dónde están ellos?… ¡No ha venido ninguno!

El tipo no tenía razón, pero daba igual. No sé cómo hubiera terminado aquello… Lo cierto es que Simón, el Zelota, espada en mano, consiguió escurrirse entre las piernas del gentío y aparecer junto al Maestro. No sirvió de nada. Al contrario: los matones lo atraparon, lo desarmaron y lo patearon.

El Maestro, pálido, no pudo hacer nada (que yo sepa). Y se desencadenó la tormenta. La turba, guiada por los reventadores a sueldo, se lanzó sobre Jesús, hicieron presa en las ropas y lo arrastraron hacia la puerta principal entre insultos y blasfemias. Yu, Kesil y yo estábamos desconcertados. ¿Qué debíamos hacer? De haber tenido la vara de Moisés, la situación hubiera sido otra… Pero estaba donde estaba. El criado fue el primero en reaccionar y se lanzó escaleras abajo. Y vi cómo el Galileo era literalmente absorbido por aquella gentuza. El manto color vino quedó por el camino. Lo pisotearon… Los reventadores, entonces, gritaron:

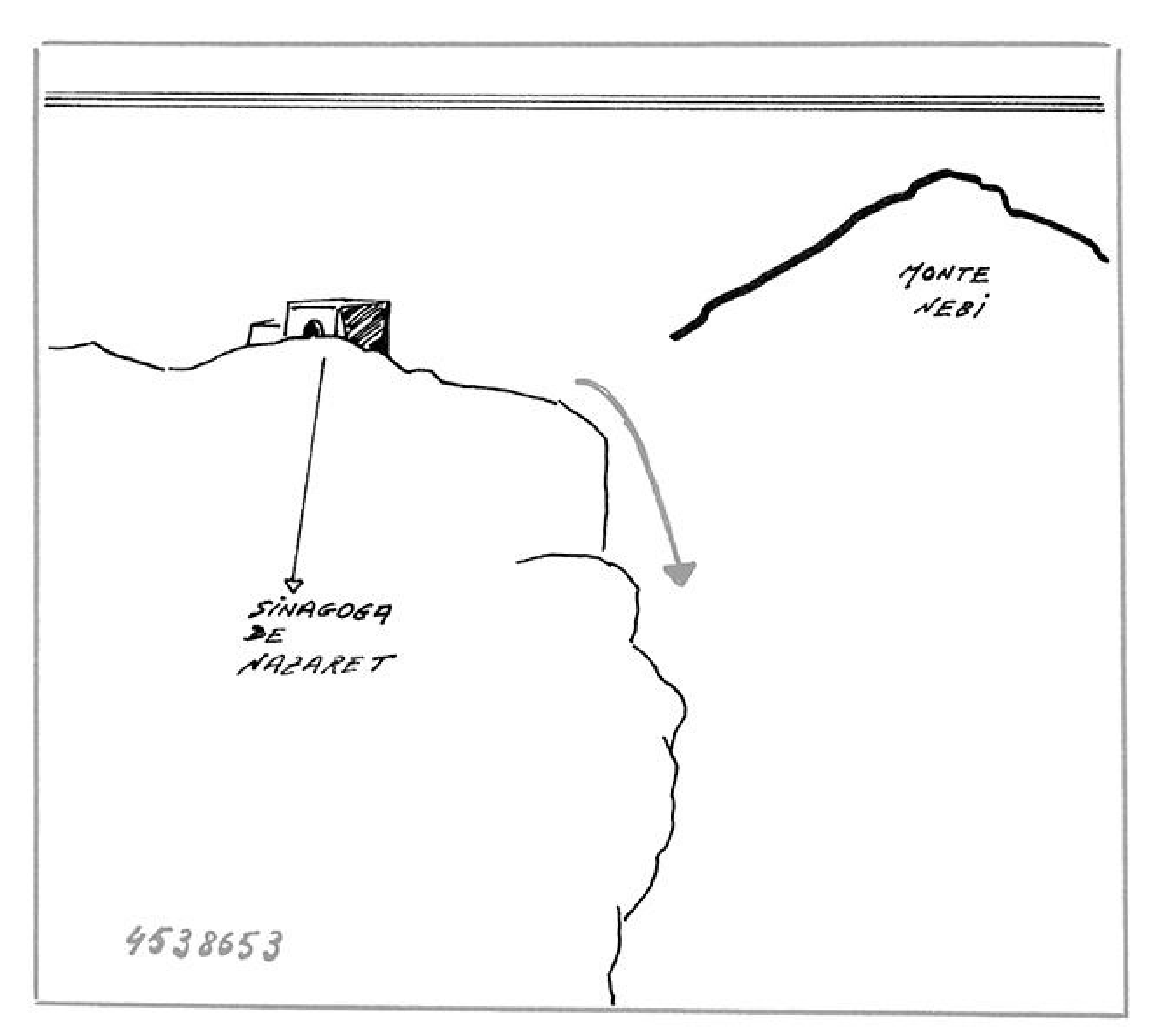
—¡Al río!… ¡Matadlo!… ¡Matadlo!

Cuando conseguí llegar al exterior de la sinagoga, la confusión era total. Unos treinta o cuarenta energúmenos zarandeaban al rabí y lo arrastraban entre puñetazos, patadas y salivazos. Sentí que se me encendía la sangre. Pero ¿qué podía hacer? Y se encaminaron hacia la fachada oeste del edificio. Allí se abría un respetable precipicio, con una caída de ochenta metros. Al fondo discurría la torrentera que nacía en el monte Nebi. Comprendí. ¡Querían despeñarlo! En segundos, la túnica roja que le había regalado quedó destrozada. Y el pacífico y misericordioso Hijo del Hombre —sin hacer un mal gesto— quedó semidesnudo y a merced de aquellos desalmados. Entiendo que la negativa del rabí a defenderse confundió a la chusma, y los golpes se multiplicaron. El Maestro cayó de rodillas. Temí lo peor… Pero no lo había visto todo…

En esos críticos momentos aparecieron las doce mujeres, con Susana y la de Magdala a la cabeza. Detuvieron momentáneamente el ataque de los furiosos desalmados e increparon a los matones, calificándolos de «bastardos y cobardes». Al ver a Susana —hija de Ismael, el jefe de la sinagoga—, el pelotón detuvo los golpes, desconcertado. Y la de Migdal tomó la iniciativa, propinando una patada en los testículos a uno de los sayones. Cayó redondo. Aquella mujer era valiente… Fue entonces cuando se presentó aquel personaje singular. No sé de dónde salió o cómo llegó a la explanada. Pero eso daba igual… ¡Era el tipo de la sonrisa encantadora! La luz de la mañana hacía que la túnica, sin mangas, luciera en un color mate. Caminó despacio y decidido hacia el rabí. Todos se apartaron. ¡Era asombroso! Alcanzaba los dos metros de altura. Los brazos eran largos y desproporcionados. ¡Llegaban a las rodillas! No tenía barbilla. La cabeza y el cuello formaban un todo. El cabello —cortado al estilo militar— era como cerdas de jabalí. No tenía cejas. Los ojos eran azules y la nariz chata. Presentaba un cinturón con una estrella de

David en el centro. La piel era tostada y la sonrisa, como digo, eclipsaba su evidente fealdad.

El silencio fue total. Nadie movió un músculo. Y el tipo de la sonrisa encantadora llegó hasta el Galileo, lo alzó y, echando el brazo izquierdo del Maestro sobre sus hombros, lo ayudó a caminar. Después, en el mismo y absoluto silencio, se alejaron hacia Nazaret. Yu, a mi lado, estaba pálido.



Precipicio por el que fueron arrojados *Zal* y Kesil, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Fue en esos instantes, mientras el rabí y su acompañante desaparecían de nuestra vista, cuando se presentó *Zal*. ¿Cómo pudo llegar a la sinagoga? Yo mismo vi cómo el Maestro lo ataba a su tienda antes de acudir a la ceremonia. Y el perro empezó a ladrar con furia al que yacía en tierra y que fue pateado por la Magdalena. Y los malparidos estallaron al fin. ¡El «blasfemo» se les había escapado de las manos! Estaban furiosos. No pudieron despeñarlo… Entonces, alguien gritó, al tiempo que señalaba a *Zal*:

—¡Es el perro del carpintero loco!…

Visto y no visto. Los energúmenos agarraron al animal por las orejas y lo arrastraron hasta el precipicio. *Zal* gemía y se retorcía, pero el dolor fue más fuerte. Y la turba clamó sin piedad:

—¡Al río!… ¡Al río!

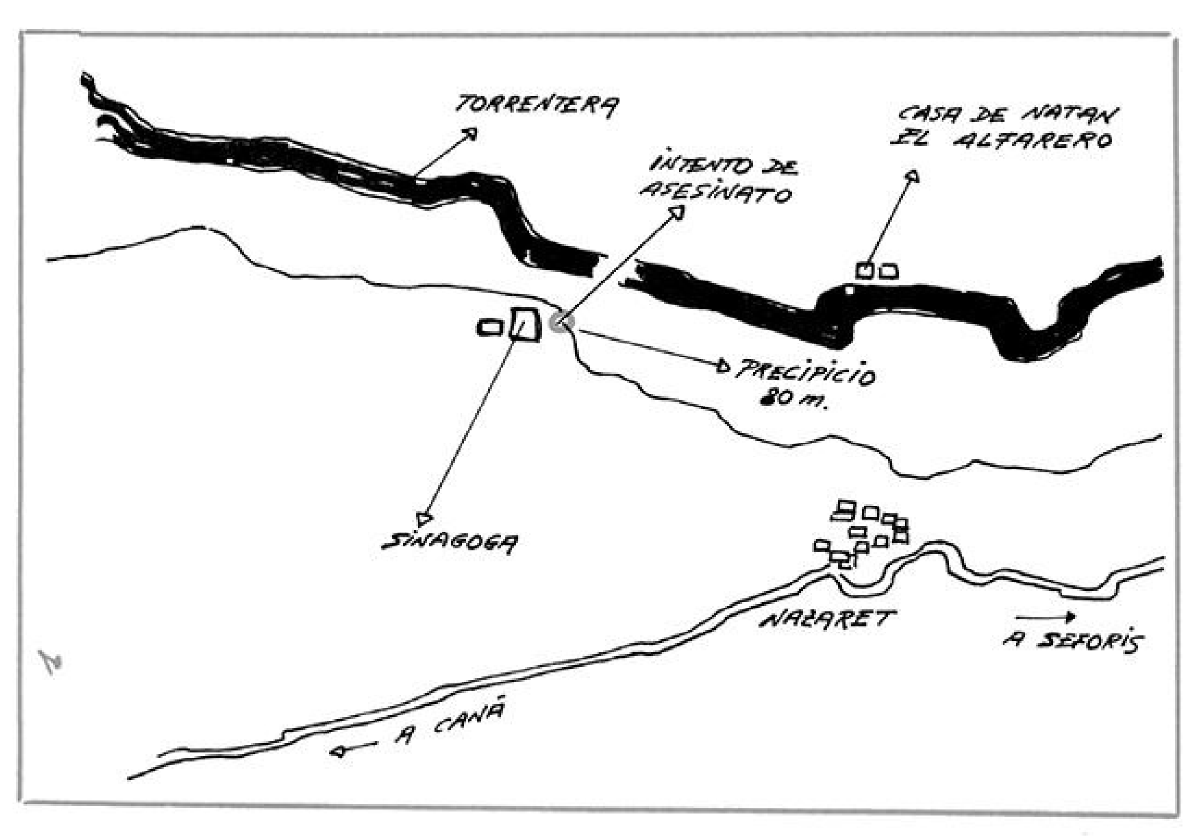


Zal, **según consta en la información de Eliseo.**

Nadie pudo hacer nada por el pobre *Zal*. Los individuos lo lanzaron al vacío. Y el perro se precipitó desde ochenta metros… Los reventadores gritaron y, jubilosos, alzaron los puños, clamando venganza contra el «carpintero loco». Kesil reaccionó. Creo que perdió la cabeza. Lo vimos lanzarse contra los matones, pateándolos y llamándolos «asesinos» y «bastardos». La pelea fue breve y desigual. ¡Pardiez! No fui capaz de moverme… Lo molieron a palos. La chusma desahogó su furia y su frustración en la frágil figura de aquel hombre bueno (literalmente bueno). La

de Magdala trató de interponerse y evitar la paliza, pero los malparidos la apartaron y la sujetaron entre cinco. Las otras mujeres tampoco pudieron hacer gran cosa. Vi a los discípulos. Estaban tan consternados como yo. Y Kesil cayó al suelo, inconsciente. Los alborotadores, entonces, aullando de placer, lo agarraron por las muñecas y los pies y lo trasladaron al filo del acantilado. Allí lo balancearon y, a la cuenta de tres, lo arrojaron al vacío. ¡Pardiez! Mi corazón se rompió…

Y, como un cobarde miserable, me oculté como pude entre los muros de la sinagoga. Si me reconocían podía correr la misma suerte… Nunca me lo perdoné.



Lugar del intento de asesinato de Jesús de Nazaret el sábado 5 de marzo del año 29. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Poco después, la explanada quedó desierta. La turba se alejó, feliz y gritando nuevas venganzas. Los discípulos y las mujeres desaparecieron en dirección al campamento. Yo esperé más de tres horas. Y antes del ocaso descendí hasta la torrentera. El agua bajaba fría e indiferente. *Zal* y Kesil estaban muertos. El criado tenía el cráneo abierto. No supe qué hacer. Me senté junto al cadáver de Kesil, le cerré los ojos y lloré amargamente y sin consuelo posible. ¿Por qué? ¿Por qué no fui capaz de salir en su defensa? Era mi amigo…

En eso escuché voces. Alcé la vista y descubrí al maldito Ismael en el filo del precipicio. Lo acompañaban otros individuos. Pensé en sus sirvientes. Me señalaban. No esperé. Y huí como una rata almizclera: lo que era…

Vagué por los caminos durante dos días y en la más absoluta soledad. Me acusé de todo. Mi cabeza eran tinieblas. ¿Cómo pude? ¿Por qué no lo defendí? ¿Por qué me escondí? Mi amigo había muerto… No tenía a nadie más. ¿Qué podía y, sobre todo, qué debía hacer? ¿Qué sentido tenía aquella maldita misión? Eché de menos a Jasón. Él sí habría actuado con generosidad; él me habría aconsejado acertadamente. Pero estaba donde estaba… Finalmente —no sé cómo— fui a llamar a la puerta de Ame, el burdel de las leprosas en Migdal. Allí me acogieron. No preguntaron. Me emborraché día y noche, pero las imágenes de Kesil y *Zal*, reventados en las aguas del arroyo de Nazaret, no desaparecieron de mi memoria. Tuve pesadillas. Despertaba en mitad de la noche, sudoroso y espantado. Gritaba como un loco. Las leprosas acudían en mi auxilio y me acariciaban. Me acosté con todas. ¡Qué importaba! ¿Cómo pude abandonar a mi amigo? —repetía sin cesar—. Fui un miserable. ¡Soy una rata!

Cuando se terminó el dinero, el chulo me puso en la calle (muy amablemente). Y me recomendó que regresara, pero con la bolsa llena. Y dijo algo más:

—Yo también quiero probar tu *fascinus*… Las chicas están fascinadas.

El muy miserable lo dijo en latín. Y me guiñó un ojo. ¡Pardiez! Además de chulo, maricón…

Alguien guió mis pasos (estoy seguro). Y el viernes, 11 de marzo (año 29), entré en la casita, en Saidan. Y regresaron los recuerdos, en manada. Terminé tumbándome sobre la paja, en el nivel superior, y llorando como un niño. Así pasó el tiempo; no sé cuánto. Estaba dispuesto a dejarlo todo. Volvería a la cala del Hombre Rojo, activaría la «cuna» y retornaría a mi tiempo, en el siglo XX. Después abandonaría la nave en el mar Muerto y escaparía lejos. ¿Qué me importaba Curtiss? Pero, al momento, la razón se ponía en pie y argumentaba: «Eres un soldado… Hiciste lo que debías… Lo importante es el cilindro de acero y las nuevas muestras biológicas del Maestro y su familia… Ésas son las órdenes… ¡Eres un soldado!… ¡Cumple con tu deber!». Y mi mente se retorcía, incapaz de ver la luz. ¿Qué podía hacer? Y en ésas estaba cuando llamaron a la puerta. Era Felipe, el intendente. Me abrazó, entre

lágrimas. Pensaron que había muerto en la reyerta con los matones de Ismael, el jefe de la sinagoga de Nazaret. Me buscaron inútilmente. Y, entre lágrimas y suspiros, narró lo ocurrido a partir de la dramática mañana del sábado, 5 de marzo: Jesús fue curado por Felipe. Nada grave. Algunas costillas rotas y moratones por todo el cuerpo. El Maestro no habló. Su rostro aparecía grave. Aquel fracaso lo desmoralizó. Y se retiró a lo alto del Nebi. Allí permaneció hasta la caída del sol. Los íntimos estaban atemorizados. Los reventadores podían volver. Y prepararon los *gladius*. Andrés solicitó calma. Era importante hablar con el rabí y tomar una decisión. Al anochecer volvió el Galileo y hablaron. Abandonarían la aldea al día siguiente y regresarían a Saidan por caminos diferentes. Los evangelistas y Abner por un lado y las mujeres y los íntimos por otro. No convenía provocar nuevos incidentes. Después, ya anochecido, buscaron los cuerpos de *Zal* y Kesil. Yo ya había abandonado la aldea. Los encontraron y los sepultaron de madrugada. Kesil, en el cementerio de Nazaret; *Zal*, en lo alto del Nebi. Así lo dispuso el Maestro. El noble perro tenía tres años y tres meses. Yu lloró sin medida… Y al alba, sin dormir, Jesús y su gente partieron de Nazaret. Felipe se hizo cargo de nuestro *reda*, de las mulas, de la tienda y de mis escasas pertenencias. Terminarían alcanzando Saidan dos días después, el martes, 8 de marzo (año 29). Eso era todo.

Al día siguiente, sábado, 12 de marzo, recibí la visita del Hijo del Hombre. Le acompañaban Andrés, Tomás y el Oso de Caná. Presentaba el rostro con heridas y hematomas y el tórax fuertemente fajado. Pero seguía sonriendo con dulzura. Me abrazó, pero no sentí nada. Insisto: era un cadáver que se movía. No sentía, ni quería sentir. Recuerdo que repetí una y otra vez:

—No supe defenderlos… Ellos me salvaron en el río, pero yo no supe defenderlos…

Y terminé llorando. El rabí intentó consolarme. Algo dijo, pero no lo recuerdo.

Después, cuando se marcharon, caí en un profundo sueño. Creo que Felipe me proporcionó alguno de sus brebajes en la sopa de verduras. E hizo bien. Lo necesitaba. Y tuve un extraño sueño. ¿O no fue tal? En el sueño vi una singular nevada… Yo estaba en Nueva York, en plena Quinta Avenida… Los copos de nieve caían sobre mis manos y formaban letras y números… Y leí, asombrado: «OMEGA 141… PRODIGIO 226… BELSA’SSAR 126… DESTINO 101… ΈLIŠA Y 682… MUERTE EN NAZARET 329… HERMÓN 829… ADIÓS ORIÓN 279 y ÉSRIN 133». Al despertar —mágicamente—, las palabras y los números seguían en la memoria. Y

recordé: aquella locura estaba en los diarios del mayor. Lo había leído, pero no presté demasiada atención. Parecían profecías. Y quedé asombrado: «Muerte en Nazaret 329» respondía a lo vivido aquel sábado, 5 de marzo del año 29 (el 3 representaba el mes de marzo y el 29 el año en el que estábamos). ¡Asombroso! ¡Pero todo aquello fue «vivido» o «soñado» por Jasón en la garganta del río Firán, en el año 25!… ¡Habían pasado cuatro años! Y me pregunté: ¿se refería la profecía a la muerte de Kesil y de *Zal* o a mi propia muerte? A qué negarlo: yo también estaba «muerto»… Y me encogí de hombros. Faltaban tres lemas por cumplir: «Hermón 829», «Adiós Orión 279» y «Ésrin 133». El Destino sabía… Y lo dejé correr.

Días más tarde, cuando recuperé un mínimo de serenidad, me planteé otro asunto (ridículo, lo sé): al mencionar el intento de asesinato del Maestro en Nazaret, Jasón, en sus diarios, habla de un monte llamado Jipazôn o Precipitación, ubicado en las cercanías de la aldea y con una altitud de 443 metros. Aquello me desconcertó. Según mis cálculos, Jipazônse alzaba al sur de la sinagoga. No podía ser el lugar en el que intentaron despeñar al Galileo. Jasón escribió: «… Las colinas, efectivamente, protegían la aldea de Jesús (Nazaret) por su flanco oriental. E iniciamos una nueva ascensión por un caminillo tímido, dibujado por el continuo ir y venir de las cabras que sorteaban, no sé cómo, los peñascales de dos promontorios de 443 y 437 metros de altitud, respectivamente. Ambas colinas se miraban con desconfianza… Y conforme avanzábamos me fui fijando en el más alto, el de 443 metros. Se alzaba a nuestra izquierda. Por su cara este presentaba un tajo de más de 150 metros. Me impresionó, pero, en esos momentos, no supe por qué. Los naturales llamaban al lugar *Jipazôn*, que podría ser traducido como “Precipitación” o, más exactamente, el monte de “los precipitados o arrojados al abismo”. Sentí un estremecimiento. Yo no podía saberlo, pero, algún tiempo después, esa zona sería protagonista de una triste noticia. Mejor dicho, de dos…». ¿Cómo era posible que el mayor hubiera cometido un error tan escandaloso? Cuando me reuní con él se lo pregunté. Y se limitó a responder, sin perder la sonrisa: «Error de tercer orden». Comprendí.

Por supuesto, los escritores sagrados (?)no se atrevieron a narrar lo sucedido en aquella mañana de sábado dentro y fuera de la sinagoga de Nazaret. Mateo y Marcos hacen alusión a que «algo grave sucedió», pero no relatan lo más importante. Veamos lo que dice el primero, textualmente: «Visita a Nazaret (13, 53-58): Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, partió de allí. Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: “¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría

y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde viene todo esto?”. Y se escandalizaban a causa de él. Mas Jesús les dijo: “Un profeta sólo en su patria y en su casa carece de prestigio”. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe». Marcos copia a Mateo y comete los mismos errores (6, 1-6), y alguno más. Los evangelistas no hablan del asunto capital: el intento de asesinato de Jesús y la confabulación del pueblo contra el rabí, con el jefe de la sinagoga a la cabeza. E inventan y distorsionan algunas de las preguntas de los vecinos que acudieron a la ceremonia el sábado. Y aseguran —con el mayor de los cinismos— que «Jesús no podía hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a quienes curó imponiéndoles las manos» (Marcos 6, 5-6). ¡Falso! En Nazaret no hubo curaciones de ningún tipo (que yo sepa) durante la estancia del Maestro en esos días. Por supuesto, no mencionan la paliza proporcionada al rabí, ni la intervención de las mujeres que salieron en su defensa, ni la súbita presencia del tipo de la sonrisa encantadora, ni la muerte de *Zal* o de Kesil. Y tampoco se refieren a David, el sirviente de Ismael, el saduceo, que avisó a los discípulos. Y ni una palabra sobre la actitud de la familia del Galileo… ¿De qué tenían miedo Mateo y Marcos? ¿Por qué no dijeron la verdad? Juanito, astuto, guardó silencio sobre los dramáticos sucesos de Nazaret.

Pero la vida continuó…

La tempestad

Era lógico. Las noticias sobre las curaciones de las tres mujeres que acompañaban a Jesús, y las de los leprosos de Ein-Mahil, se propagaron como el viento. Y la historia se repitió. Saidan volvió a llenarse de enfermos, gente desesperada, pícaros, curiosos y desocupados. Todos querían ver al rabí. Todos querían tocarle y suplicarle. Su mensaje, como ya mencioné en su momento, era lo de menos. Necesitaban sanar. Necesitaban consuelo. Necesitaban circo…

El domingo, 13 de marzo (año 29), fue otro día singular.

Me encontraba en la casita, en Saidan, sumido en mis inútiles reflexiones, cuando vi aparecer a Felipe. Podía ser la hora séptima (una de la tarde). No habló mucho. Me obligó a levantarme del lecho de paja y ordenó:

—¡Vamos a pescar!… El día es espléndido.

Y, sin proponérmelo, me vi enredado en una nueva aventura… Lo reconozco: fue lo mejor que me pudo pasar. Mi situación empezaba a ser tan lamentable como caótica. Me hallaba al borde de la depresión.

En la playa nos reunimos con el rabí, los íntimos y un pequeño grupo de evangelistas. Estaban alegres. Las mujeres se quedaron en tierra. Órdenes de Pedro. Embarcar a una mujer en una lancha, para pescar, traía muy mala suerte. Eso decía. Ocupamos tres barcas y nos hicimos a la mar. Yo monté con el Maestro, con Pedro y Santiago de Zebedeo y con los gemelos de Alfeo. Bartolomé, el Oso de Caná, dudó. No sabía en qué barco subir. Finalmente saltó al nuestro.

El lago parecía un espejo. Viento en calma y azules derramados por doquier. Las gaviotas —inexplicablemente— permanecían en tierra o sobrevolaban las colinas. Uno de los gemelos —creo que Judas— observó a las carroñeras y masculló entre dientes:

—Gaviota en tierra…, temporal seguro.

Pero siguió a lo suyo, preparando la vela mayor. El Maestro se hallaba triste. Según Felipe, los sucesos de Nazaret le habían afectado, y mucho. Casi no habló. Y, al poco de partir, buscó un lugar en la popa, bajo un cobertizo, se acurrucó y quedó profundamente dormido. ¿Profundamente dormido? Nunca vi cosa igual…

La idea de Pedro, el *sais* o patrón de la embarcación, era alejarse unos diez estadios de la costa (alrededor de 1800 metros) y lanzar el arte (las redes). Pero el Destino tenía otros planes…

Desplegaron la vela mayor, pero quedó como muerta. Como digo, el viento seguía en su casa. Y Pedro dio la orden:

—¡A los remos!

Y allí quedó la lona, colgada del mástil. Fue un error no plegarla. Las otras embarcaciones hicieron lo mismo y con idéntico resultado. Y empezamos a bogar en dirección oeste. Pedro, Santiago y uno de los gemelos ocuparon la banda de estribor. El Oso, el segundo Alfeo y yo remamos por babor. Todo fue bien durante los primeros minutos. Jesús dormía apaciblemente. La lancha de Pedro marchaba en cabeza. Las otras se distinguían cerca, a poco más de cien metros. Y alguien, en nuestra embarcación, empezó a cantar. Era el Oso. Contaba algo sobre una linda muchachita que le había dado calabazas… Era rubia, de ojos rasgados y pequeños pechos… Pero, de pronto, oímos un silbido. Volví la cabeza hacia la costa y quedé descompuesto. Todos lo hicieron. Todos miraron hacia tierra. Y el silbido se intensificó. Las caras de los íntimos no me gustaron. Pero no hubo tiempo para nada. Una pared de polvo se nos echó encima. Procedía de la zona de Saidan. Era enorme. Se levantaba hacia el azul del cielo. ¿Qué era aquello? Y antes de que pudiéramos reaccionar, un viento feroz y preñado de arena cayó sobre nosotros. Los hombres se pusieron en pie y se cubrieron con los ropones. Pero el polvo lo arrasó todo. Y la lancha empezó a cabecear peligrosamente. No podía creerlo; en el lado contrario, en la costa occidental, la superficie del *yam* aparecía tranquila y despejada, sin rastro de nubes o polverío. ¿Qué estaba pasando? Miré a Jesús. Seguía tranquilo y dormido.

Uno de los gemelos gritó:

—*¡¡Sharquiya!!*… ¡¡Fuera vela!!

El *sharquiya* era uno de los vientos locales. Yo lo había estudiado. Generalmente procedía del este. Era salvaje e imprevisible.

No hubo tiempo. El polverío nos envolvió y aquello se convirtió en un infierno. La arena eran espadas. Yo fui relativamente afortunado. La piel de serpiente me protegió en parte. Y un viento huracanado y silbante rasgó la vela, obligándonos a tomar los remos de nuevo. Pedro gritaba las órdenes, pero casi no se le oía. Y la lancha —de unos doce metros— fue literalmente barrida por olas de cuatro y cinco metros. El agua nos empapó y empezó a llenar la sentina. Olvidé el remo y, cumpliendo las órdenes del *sais*, me dediqué al achique de agua. ¡Era desconcertante! ¡El Maestro seguía sin

enterarse de nada! ¡Dormía como un bendito! (En realidad, lo que era). Pedro, furioso, juraba contra los dioses del lado oriental del lago y maldecía al *sharquiya*. El polverío fue tan intenso que no lográbamos vernos unos a otros. Y las olas —traidoras— nos sorprendían y nos arrojaban al fondo de la embarcación. Sentí miedo. Si la lancha volcaba, adiós a todo… Escuchábamos los gritos de los tripulantes de los otros barcos, pero no los distinguíamos. Otra ola —enorme— nos cubrió por completo. Creí llegado el final. Pero la audaz y marinera lanchita logró sacar la nariz… ¡Pardiez!… Cuando miré, el Maestro continuaba en el cobertizo, ¡dormidísimo! Pensé en despertarlo. Pero un nuevo golpe de mar desvió mi atención. Cuatro de los seis remos se partieron… Y la barca quedó a la deriva. El Oso empezó a lloriquear. Dudé. ¿Me lanzaba al agua? Rechacé la idea. La tormenta me hubiera tragado. La siguiente ola podía destrozarnos. ¿Qué hacíamos?

Y en eso, Pedro, dando tumbos y aferrándose a la cordelería, se dirigió a popa. Y despertó al Galileo. Entonces se registró un diálogo breve y claro:

—¡Maestro!… ¡Estamos en medio de una tempestad!… ¡Sálvanos o perecemos!

Y otra ola —inmisericorde— rompió contra la cubierta, confirmando las palabras del *sais*. Jesús salió del cobertizo, miró a su alrededor, comprendió lo que estaba pasando, y se dirigió a Pedro en un tono serio:

—¿Por qué tenéis miedo?… ¿Qué pasa con vuestra fe?

Pedro, chorreando agua, medio ciego por la arena, replicó lo primero que le vino a la cabeza;

—Rabí, ¿estás ciego?

El Maestro, enérgico, gritó al patrón:

—¡Silencio!

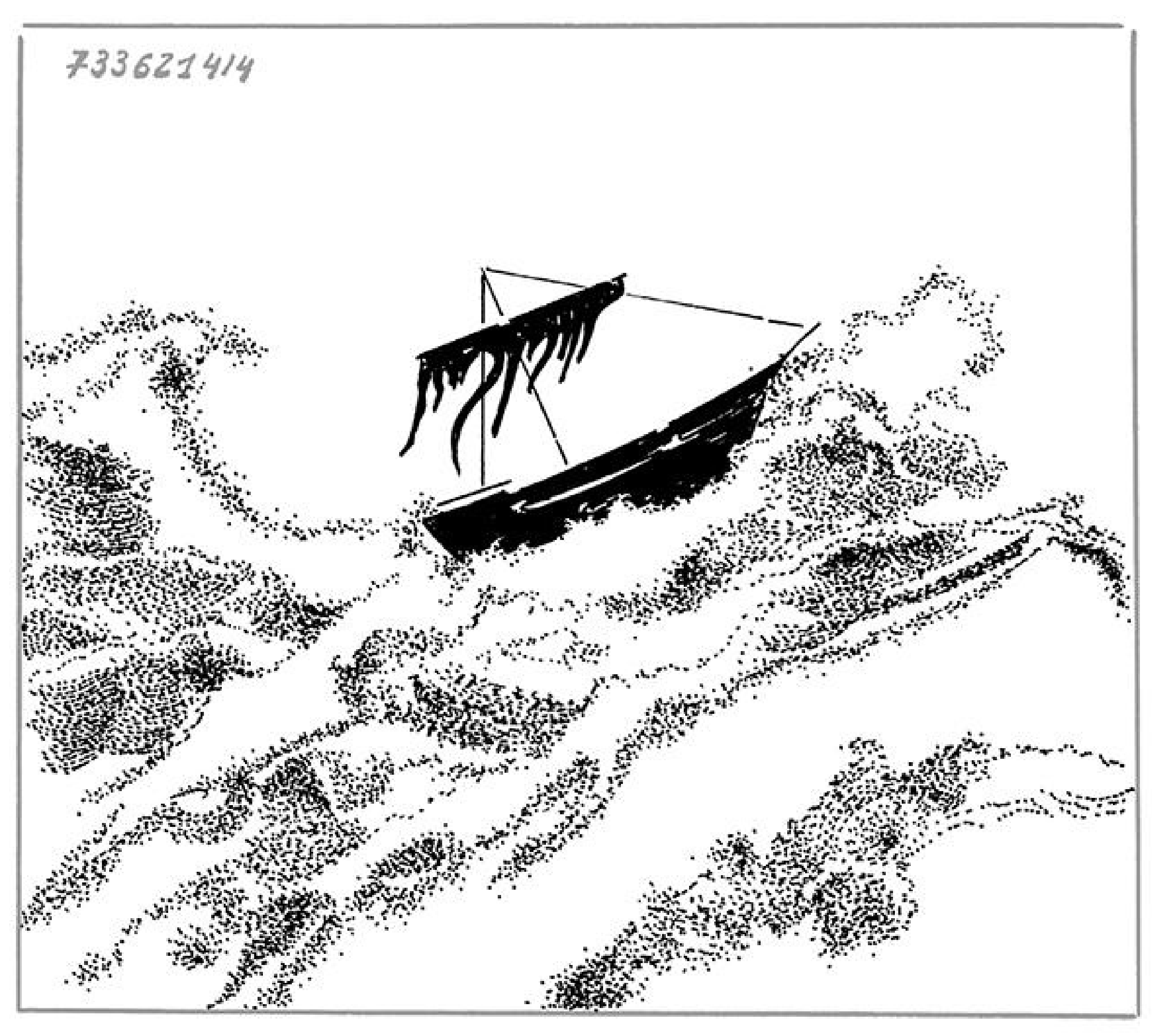
Fue instantáneo. No sé qué sucedió; mejor dicho, sí lo sé, aunque lo averigüé después… Las olas, de pronto, se calmaron. Y el maldito *sharquiya* cesó. Ni rastro de viento. El polverío fue disipándose y el *yam* recuperó su habitual templanza. La tempestad pudo durar una media hora. Los ojos de Pedro querían salirse de las órbitas. Miraba y volvía a mirar, sin dar crédito. No había olas. No había arena… Los gemelos recuperaron los restos de los remos y los examinaron. Bartolomé lloraba con más fuerza. Santiago estaba pálido y mudo. Yo, en el fondo de la barca, me hallaba en blanco. ¿Qué había sucedido? ¿Obedeció el *sharquiya* la orden de silencio dada por el Hijo del Hombre? Rechacé la idea. Jesús no se había dirigido a la tormenta; fue a Pedro a quien reclamó silencio… En lo alto, los restos de la vela se reían de nosotros.

Allí terminó la jornada de pesca. Regresamos. Por fortuna, nadie resultó herido. Desembarcamos y los hombres comentaron lo ocurrido. ¿Qué había sucedido? Pedro —alocado, como siempre— resumió el suceso:

—¡¡Milagro!!… ¡¡El Maestro habló a la tormenta y la dominó!!

Los discípulos que habían navegado con él en la lancha se miraron en silencio. No parecían muy convencidos… Al regresar a la «cuna» estudié lo ocurrido y llegué a una conclusión (siempre provisional): los vientos huracanados eran la consecuencia del calentamiento del aire; en el ocaso, al enfriarse, el *sharquiya* descendía y se precipitaba con violencia sobre la superficie del lago. Las tormentas eran breves, pero intensas y peligrosas. En otras palabras: ¡pura casualidad! La orden de Jesús a Pedro, requiriendo silencio, coincidió con el final del viento. Eso fue todo. Para mí, por tanto, no hubo milagro. La mayor parte de los discípulos —salvo Pedro— no aceptó que el final del *sharquiya* fuera obra del rabí. Eran pescadores. Conocían el *yam* y sus peculiares vientos y sabían que estas tormentas eran relativamente frecuentes. Pero Pedro siguió erre que erre. ¡Milagro!, gritaba a cuantos querían oírle. Al día siguiente, la altura de las olas se multiplicó por tres —según el *sais*— y aparecieron toda suerte de monstruos marinos que atacaron la lancha. «El Maestro, entonces —proclamaba el entusiasmado Pedro—, increpó al viento y al agua y, con gran poder y majestad, los obligó a rendirse…». Al día siguiente añadió a la narración toda clase de rayos y centellas y lluvia, mucha lluvia. El primer día se le olvidó. Así era Pedro, voluntarioso, terco y caprichoso. Inexplicablemente, Mateo Leví, que navegaba en otra barca, accedió a escribir en su evangelio la versión de Pedro. Dice así: «Subió a la barca y sus discípulos lo siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él estaba dormido. Acercándose ellos le despertaron diciendo: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”. Díceles: “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?”. Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: “¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?”». También Marcos (4, 35-41) y el ingenuo Lucas (8, 22-25) se hicieron eco de las fantasías de Pedrito. Como ya he relatado, el rabí jamás increpó al viento o a las aguas del mar de Tiberíades. Insisto: fue a Pedro a quien solicitó silencio ante su irreverencia (lo llamó «ciego»). Marcos dice que Jesús dormía a popa, sobre un cabezal. Falso. Lo hacía en el interior de un pequeño cobertizo. De haber dormido sin protección, el viento y la arena lo hubieran despertado. Lucas asegura que fueron sus discípulos quienes alertaron al Maestro. Igualmente falso. Fue

Pedrito, el *sais* o patrón de la lancha, el que lo zarandeó y lo despertó. Y tampoco se disponían a «navegar al otro lado del *yam*», como afirma Lucas. Deseaban pasar una jornada de pesca —sin más— y cerca de Saidan. Juanito —precavido— guarda silencio sobre el *sharquiya*… El Zebedeo sabía cómo las gastaba Pedrito. En suma: los evangelistas se columpiaron…



El *sharquiya*, **según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.**

Amós y el guante azul

El lunes, 14 de marzo (año 29 de nuestra era), fue otra jornada asombrosa…

La presión de la gente a las puertas del caserón de los Zebedeo se hizo tan insostenible que Jesús y los íntimos tuvieron que huir nuevamente. El gentío —desesperado— golpeaba el portalón día y noche. Era imposible dormir o dar un paso fuera de la residencia. Los enfermos se echaban encima de cualquiera que entrara o saliera de la casa. No importaba quién fuera. Salomé, la dueña, estaba desesperada. La situación, como digo, llegó a límites peligrosos. Huimos en la noche y siguiendo la estratagema ideada por Andrés: los carros abandonarían el caserón por la puerta principal y el Maestro y los discípulos escaparían —al mismo tiempo— por las escaleras que daban a la playa. Y así fue. Y corrimos durante un kilómetro, siempre hacia el sur y siguiendo la línea de la costa. Al amanecer nos detuvimos a cosa de seis kilómetros de Saidan. El truco dio resultado. Nadie nos seguía. En los carros se hallaban las mujeres, con Susana y la de Magdala a las riendas.

Fue entonces cuando Felipe —tratando de animar al abatido grupo— propuso trepar por aquel acantilado. Era un cortado rojo que caía sobre el camino.

—El último —gritó— fregará los platos durante una semana…

Todos aceptaron. Y salieron a la carrera, rumbo a la cima. Jesús fue de los primeros. Me quedé abajo, en la compañía de Bartolomé, el Oso de Caná. Su pierna no estaba para bromas. Y ascendimos despacio, conversando. Acepté la situación: lo mío era la cocina…, y perder. Al llegar a lo alto encontramos una meseta calcárea, pelada y abandonada de la mano de Dios. Después supe que alcanzaba los 93 metros de altura sobre el nivel del *yam*. Al fondo, en un talud, se distinguían varias cuevas. Conté seis. Se hallaban «habitadas», en cierto modo. Era el cementerio de Gerasa, la ciudad que se distinguía hacia el sur, a cosa de un kilómetro, y muy cerca de la Decápolis. Habíamos transitado por ella en varias oportunidades. La zona —según me explicaron—, aun siendo Galilea, era territorio pagano. Lo habitaban sirios y fenicios, fundamentalmente. Se dedicaban a la agricultura y, sobre todo, a la cría de cerdos. Las granjas se contaban por decenas.

El Oso y yo tuvimos que soportar más de una y más de dos bromas, a cuenta de nuestra tardanza. Según los discípulos, «ya éramos novios»…

Y en esas estábamos, sentados en la dura roca y saboreando el pan con miel que acababa de repartir el infatigable Felipe, cuando vimos aparecer a un hombre joven. Salió de una de las grutas y se acercó dando grandes saltos y chillidos. Los íntimos lo reconocieron. Lo conocía todo el mundo en aquella zona del *yam*. Hablaron de un vecino de Gerasa, loco desde la infancia. Se aproximó sin dejar de gritar. De vez en cuando saltaba de roca en roca. Tenía los ojos espantados y enrojecidos. Los cabellos, sucios y enredados, llegaban a la cintura, exactamente igual que la barba. La piel —casi negra— parecía hule. Se vestía con un taparrabo negro y deshilachado, con un largo pene al aire. Al acercarse, los íntimos lo invitaron a que se alejara, y de malas formas. Decía oír voces en su cabeza. Voces que le obligaban a golpearse con las piedras o correr sin descanso durante días, hasta que caía rendido. Según mis informantes, aquel joven —podía tener unos veinte años— se pasaba los días y las noches aullando por las calles de Gerasa o golpeándose la cabeza contra las puertas y los muros. La situación se hizo tan molesta que los vecinos, de mutuo acuerdo, lo encadenaron. Pero consiguió quebrar los hierros y escapó al cementerio. Allí vivía, en las cuevas, atemorizando a cuantos pasaban por el lugar. Según Felipe, Amós —ése era su nombre— pasaba por periodos de cierta calma. Y se le veía deambular por Nahum. La gente se apiadaba de él y le suministraba comida. Alguna vez lo vieron sentado y pensativo, escuchando las enseñanzas del Maestro. El caso es que el demente hizo caso omiso de las recomendaciones de los íntimos para que se alejara y, de un salto, se plantó frente a Jesús. Los Zebedeo se alzaron y avanzaron hacia el joven, pero el rabí hizo un gesto con la mano izquierda para que siguieran en su sitio.

—¿Es peligroso? —susurré a Felipe. Y el intendente se encogió de hombros, al tiempo que comentaba:

—Depende…

El tal Amós, entonces, cayó a los pies del Maestro y gritó:

—¡Yo te conozco!… ¡Estoy poseído por muchos demonios y te imploro que no me castigues!…

Y volvieron las risotadas.

En aquel tiempo —como ya indicó Jasón en sus diarios—, los hebreos estaban convencidos de la constante intervención de los diablos en sus vidas. Eran los responsables de infinidad de enfermedades y, especialmente, de la locura. Los *ruah*, o espíritus maléficos, habían sido importados de Babilonia

durante el destierro (casi seiscientos años antes de Cristo). Eran, además, los causantes de los incendios, de las malas cosechas, del granizo, de las inundaciones y de los adulterios de sus mujeres. Algunas escuelas rabínicas habían formulado diferentes hipótesis sobre el origen de estos *ruah*. Unos aseguraban que procedían del alma pecadora de Adán. Otros los identificaban con los ángeles caídos. Algunos hablaban de los espíritus que sobrevivieron al diluvio… En fin, un desastre. Llegué a conocer, incluso, una sociedad que «vigilaba a los endemoniados». Los «poseídos» habitaban en las ruinas, en las cuevas y en los cementerios. Y, para conjurarlos, los caminantes portaban grandes y ostentosos talismanes.

Juan Zebedeo terminó agarrando al loco por los largos cabellos y lo arrastró, obligándole a separarse del Galileo. El muchacho gritó con desesperación y pateó al Zebedeo. Jesús, entonces, en tono severo, reprendió a Juanito y permitió que Amós volviera a sus pies. El Galileo tomó su ración de pan y miel y se la entregó al demente. Amós la aceptó y la devoró en un momento. Estaba hambriento. Y el joven volvió a reír con sonoras carcajadas, al tiempo que miraba al cielo, señalaba con el dedo, y gritaba;

—¡Ellos!… ¡Ellos!…

Todos levantamos la vista hacia el azul… Parecíamos tontos de remate. Sólo distinguimos un puñado de gaviotas, despistadas y chillonas. Y el Maestro empezó a acariciar los enredados cabellos del joven con los dedos de su mano izquierda. Y el rostro del rabí se tornó grave. Entonces escuchamos un gran silencio. ¡Qué extraño! Y dejamos de oír los gritos de las gaviotas y el repiqueteo de las olas en la costa. Miré de nuevo a lo alto —extrañado—, pero las aves seguían volando. ¿Qué sucedía? Y fue en esos instantes cuando lo vi. ¿Cómo describirlo? Me quedé pasmado y fascinado al mismo tiempo. Después lo supe: no fue una alucinación. El resto de los íntimos también lo vio… ¡Era como un guante de luz! ¡Cubría la mano izquierda del Galileo, hasta la muñeca! ¿Me estaba volviendo loco, como Amós? Los dedos de Jesús —en esos momentos totalmente azules— continuaban acariciando el cabello del muchacho. ¡Era una luz tenue, que permitía ver la bronceada piel! Yo diría que el «guante» podía tener un «grosor» (?) de un centímetro. Y, de pronto, Amós cayó desmayado. Y el «guante azul» desapareció. Y escuchamos de nuevo el griterío de las gaviotas y los ruidos propios del lago. Todo volvió a la normalidad. Entonces percibí un intenso olor a mandarina… La inmensa ternura de aquel Hombre había vuelto a actuar.

Felipe atendió al joven y le proporcionó agua. Jesús se levantó y se dirigió al filo del acantilado. Y allí permaneció un buen rato. Al poco, Amós volvió

en sí. La mirada era diferente. Parecía tranquilo. Y empezó a conversar con el intendente. La voz era reposada. No volvieron las risotadas. Respondía con lógica a las preguntas de Felipe. El discípulo y yo nos miramos en diferentes ocasiones. Aquél no era el loco que había salido de una de las cuevas… ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había sido de la posible esquizofrenia? ¿Lo había curado el Maestro?

Y en ésas estaba cuando, de pronto, acertó a pasar un grupo de pastores con sus rebaños de cerdos. Eran cuatro, sucios, y cubiertos con gruesos capotes de lana. Los acompañaban tres perros negros y poderosos. Al vernos, los individuos se aproximaron y conversaron con los íntimos. Regresaban a Gerasa. Llevaban una semana fuera de casa. Felipe les invitó a comer miel y queso, pero los gerasenos declinaron la invitación. Y, de pronto, uno de ellos se fijó en Amós. Y quedó desconcertado. El muchacho hablaba y se comportaba como una persona normal. Creo que el pastor se asustó. Reclamó la atención de los otros, comprobaron lo que decía, y, sin mediar palabra, sin despedirse, dieron media vuelta y salieron a la carrera en dirección a Gerasa. Los perros —creo que mastines— arrearon a la piara con sus ladridos y los cerdos galoparon tras los pastores. Pero un pequeño grupo de animales —unos cuarenta o cincuenta— quedó aislado y distraído cerca de las grutas. Dos minutos después, los mastines retornaron y rodearon a los cerdos. E intentaron con sus ladridos y carreras que se dirigieran hacia el sur. La impaciencia de los perros —creo— terminó por provocar un desastre. Uno de los mastines se lanzó entre las patas del ganado y procedió a morder los cuartos traseros y los testículos de los puercos. Y sembró el pánico entre los animales. Resultado: los cerdos huyeron sin control, corriendo hacia el filo del cortado. Y se precipitaron a las aguas del lago. El Maestro, que se encontraba cerca, tuvo el tiempo justo de apartarse. Los mastines siguieron ladrando en el borde del precipicio. Los animales murieron ahogados. Durante varios minutos, los discípulos contemplaron —atónitos— el fondo del acantilado. Dos o tres cerdos yacían inmóviles sobre el camino. El resto desapareció en las aguas del *yam*. Y los perros, al oír unos lejanos silbidos, partieron a la carrera. Los pastores los reclamaban. Fue en esos momentos cuando Pedro hizo el comentario:

—Los *ruah* que el Maestro sacó del cuerpo de Amós buscaron a los cerdos…

¡Pardiez! ¡Pedrito hablaba en serio! Y fue así como se fraguó la ridícula historia de los espíritus malignos que entraron en los cerdos y que se arrojaron al mar de Tiberíades. No podía creerlo. Todos fuimos testigos del ataque de

los mastines. Todos vimos cómo los puercos —aterrorizados— huían sin dirección. Todos fuimos conscientes del lamentable accidente. Pero sólo fue eso: un accidente.

Salvo Felipe y Tomás, el resto apoyó la hipótesis de Pedro: los *ruah* salieron de Amós y escogieron los cuerpos de los cerdos… para suicidarse. ¡Vaya diablos tan estúpidos!

Esa tarde, cuando la noticia de la sanación de Amós se propagó por Gerasa, vimos aparecer en el cementerio a los cuatro pastores de la mañana y a otras gentes de la ciudad. Comprobaron que Amós se hallaba perfectamente y, aterrorizados, suplicaron a Andrés que nos marcháramos de sus tierras. Y resumieron:

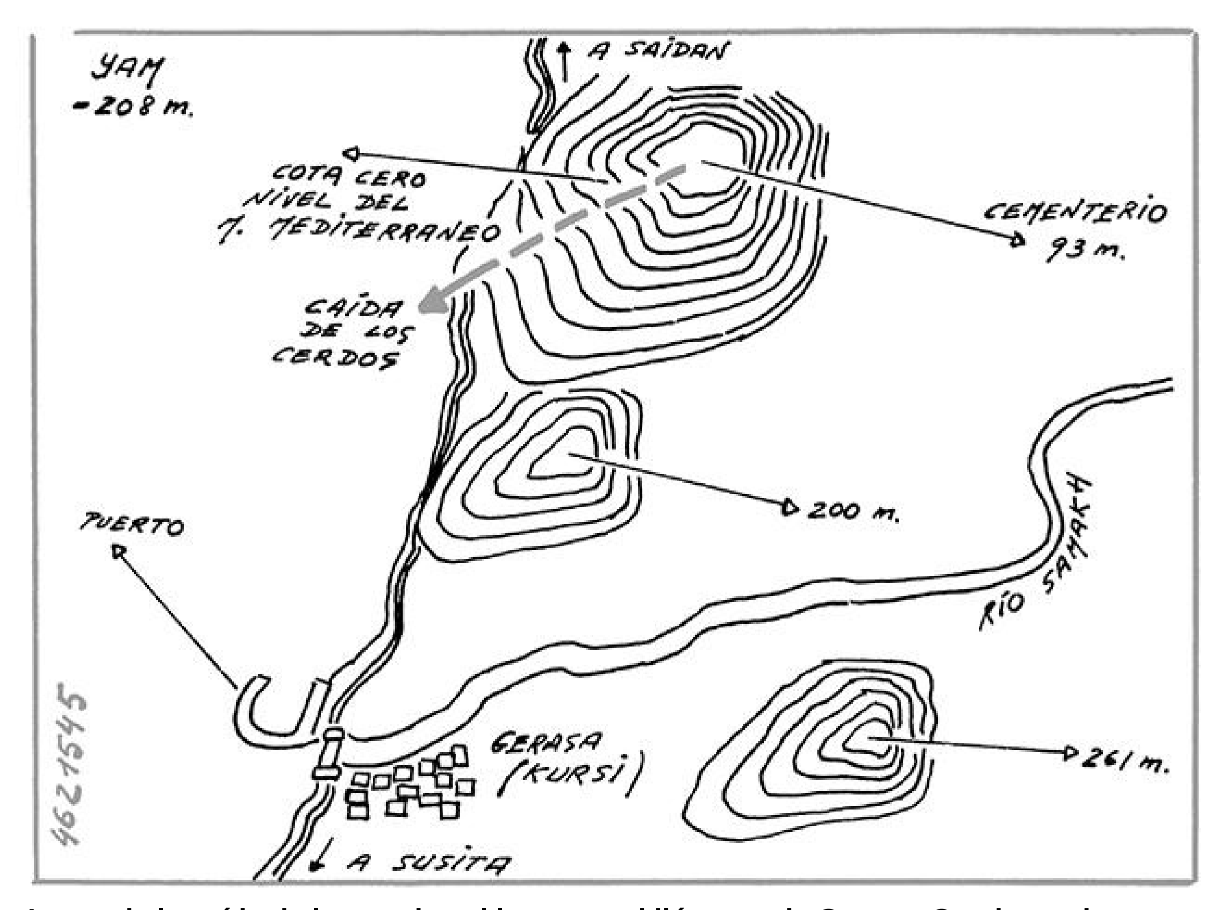
—Nuestros dioses os temen. Marcharos con vuestro profeta… Mañana podemos perder más cerdos.

Y se alejaron. El Maestro dio la orden:

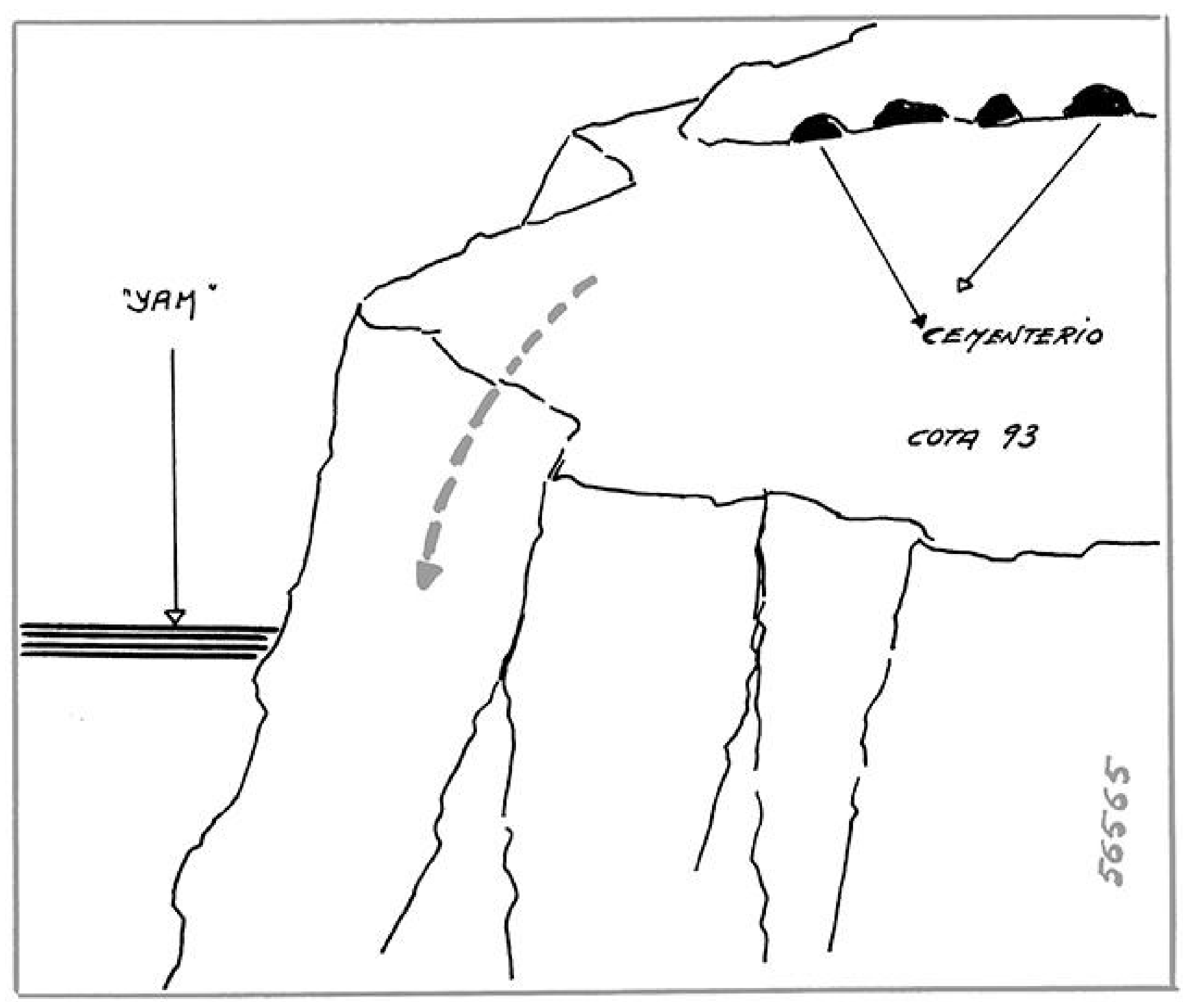
—¡Regresamos a Saidan!

Amós quiso quedarse con el rabí, pero Jesús lo convenció —con dulzura— de que resultaba más útil en Gerasa, anunciando la buena nueva. Y el joven aceptó. Y pasó el resto de su vida afirmando que el Galileo había sacado de su cuerpo una legión de *ruah* y que dichos demonios entraron en los cerdos, arrojándose al *yam*. Naturalmente, Mateo, Marcos y Lucas contaron la batallita de Pedro… Invito al hipotético lector de estas memorias a que se asome a los textos evangélicos y compruebe los delirios de los citados y supuestos escritores sagrados. Veamos. En Mateo (8, 28-34), el evangelista habla de «dos endemoniados que salían de los sepulcros». ¿Dos? Sólo vimos uno. Tampoco las expresiones de los locos corresponden a lo que verdaderamente escuchamos: «¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?». Y el evangelista sigue manipulando: «Había allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. Y le suplicaban los demonios: “Si nos echas, mándanos a ésa piara de puercos”. Él les dijo: “Id”. Saliendo ellos, se fueron a los puercos, y de pronto toda la piara se arrojó al mar precipicio abajo y perecieron en las aguas. Los porqueros huyeron…». Falsedad tras falsedad e invento tras invento. Jesús nunca habló a los supuestos demonios. Mateo ignora a los perros mastines. Pero lo más desconcertante es que el discípulo —Mateo Leví— estaba allí y fue testigo de todo. ¿Quién lo engañó? ¿Por qué escribe tanto error? Los pastores ya se habían marchado de la meseta cuando los cerdos cayeron por el acantilado. ¿Por qué dice que huyeron? Marcos, que copia a Mateo, no sale mejor parado. En su evangelio (5, 1-20) asegura también que Jesús se dirigió a los espíritus malignos que se hallaban

en el interior del poseso (aquí sólo era uno). Y les dice: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». Le contesta: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos». ¡Asombroso y triste! Nada de esto fue cierto. La credibilidad de los evangelistas siguió por los suelos… Pero la «audacia» de Marcos no conoce límites. Y asegura que la piara de cerdos estaba compuesta por «unos dos mil». ¡Pardiez! ¡Sólo conté cuarenta o cincuenta! Obviamente, se nota la mano de Pedrito, tal y como sucediera con la no menos supuesta tempestad calmada. Y, por supuesto, no regresamos en barca; lo hicimos a pie. Saidan estaba muy cerca. Y Lucas, que copió a los anteriores, cayó en las mismas falsedades… Lo dicho: una catástrofe.



Lugar de la caída de los cerdos al lago, a un kilómetro de Gerasa. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



Meseta próxima a Gerasa, en la costa oriental del *yam* o mar de Tiberíades. La flecha señala el lugar por el que cayeron los cerdos. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Los tres círculos

Yo diría que el martes, 15 de marzo del año 29 de nuestra era, el Maestro inauguró una nueva etapa en su vida pública o de predicación. Veamos si soy capaz de explicarme…

Ese día, hacia la quinta (once de la mañana), Felipe llamó a la puerta de la casita y avisó:

—Algo le sucede al rabí…

Lo vimos desde el caserón de los Zebedeo. Permanecía solo y sentado en el interior de una barca varada. Se hallaba frente a la «quinta piedra de amarre». Nos preocupó. Al principio dudamos. ¿Debíamos bajar y preguntar? Pedro, finalmente, tiró del grupo y caminamos por la arena hasta la lancha en cuestión. Al vernos, el Galileo sonrió brevemente. Y noté cómo la tristeza lo envolvía. Imaginé que echaba de menos a *Zal*. Los cabellos del rabí oscilaban con la brisa. Los ojos color miel no tenían vida. Estaban apagados. Tenía las largas manos juntas, con los dedos entrelazados. Pensé, incluso, que podía estar enfermo. Él me miró, adivinó mis pensamientos —¿cómo lo hacía?— y exclamó con dulzura:

—Sólo quería estar solo…

Demasiado tarde. En eso vimos llegar gente. Y volvieron las súplicas, y los enfermos en parihuelas, y los curiosos y los pícaros, vendiendo comida y sandalias «a buen precio»… Lo de siempre.

Hacia la sexta (mediodía), más de quinientas personas rodeaban la lancha en la que se encontraba el Galileo. Todos clamaban, gemían y alzaban las manos hacia el Hijo del Hombre. Los íntimos no sabían qué hacer. La *tabbah* se situó frente a la embarcación y trató de proteger al rabí. Pedro, confuso, preguntó a Jesús si deseaba que él hablara a la gente. Pero el Maestro, alzándose, dijo que no. Y manifestó con cierto cansancio:

—Yo les contaré una historia…

Y empezó a contar un cuento. Fue así como estrenó el tiempo de las parábolas. En aquellos meses oí decenas; todas profundas, algunas divertidas, y otras misteriosas… Jesús era un excelente contador de cuentos. Y arrancó con la parábola del sembrador:

—Un sembrador salió al campo… Y sucedió que, al lanzar la semilla, algunas cayeron en el camino… Fueron pisadas y devoradas por los pájaros… Otras semillas fueron a parar entre las rocas… Allí había poca tierra… La semilla brotó, pero fue quemada por el sol… Otras cayeron entre espinos… Crecieron, pero las espinas ahogaron la planta… Pero parte de las semillas quedó enterrada en buena tierra… Y dio fruto: treinta, setenta y hasta cien granos por espiga.

Al terminar de hablar, la gente estaba absorta, imaginando al sembrador y a las semillas. Y Jesús cerró la parábola con una frase que empezaba a ser habitual en sus prédicas:

—El que tenga oídos… que oiga.

Esa noche, tras la cena, regresamos a la playa. La temperatura era agradable. Felipe y los gemelos prendieron un fuego y los doce se sentaron alrededor de las llamas. Las mujeres se quedaron en Saidan. Orden de Andrés. Y surgió un atractivo diálogo.

—Maestro —se interesó Mateo Leví—, ¿por qué hablas en parábolas? La gente no entiende…

La respuesta del Maestro me dejó perplejo:

—Lo hago para confundir a los que tratan de perdernos… De esta manera verán sin ver y escucharán sin oír.

Permanecimos en silencio, intentando arañar las enigmáticas palabras. Yo no lo conseguí. Y prosiguió:

—… En verdad os digo que me ajusto a la ley del Espíritu Infinito: al que tiene se le dará más, pero, al que no tiene se le quitará lo poco que tiene…

Y caímos en otra profunda reflexión. El fuego iluminó el rostro del Hijo del Hombre, como si supiera de la trascendencia de sus palabras.

—Pero Maestro —interrumpió Tomás—, no comprendo… Está el Padre Azul… Está el Hijo Eterno —que no eres tú— y ahora aparece el Espíritu Infinito… Me cuesta entender. ¿Qué o quién es el Espíritu Infinito?

Jesús dudó. El Hombre-Dios trataba de hacer comprensible para unas mentes finitas la inmensidad y el misterio de unas criaturas no finitas. Vano intento. Y buscó las palabras, pero no las encontró. El fuego lo animó, y también las ocho mil estrellas que nos contemplaban. Entonces se levantó, buscó una de las estacas destinadas a la hoguera y dibujó algo en la arena de la playa. Todos nos asomamos, intrigados. Vi tres círculos, entrelazados. Señaló el del centro e intentó explicar:

—Imaginad al Padre Azul… Es el origen y el centro de todo: lo creado y lo que está por crear…

Después desvió el palo hacia el círculo de la izquierda, lo señaló y proclamó, solemne:

—Imaginad al Hijo Eterno, mi Padre… Él carga con la espiritualidad del reino invisible y alado…

Y desviándose hacia el último círculo advirtió:

—Y ahora imaginad al Espíritu Infinito, la fuente de la mente… De Él nacen las ideas. Los tres son Dioses, los tres son eternos, los tres son acción; es decir, amor… Los tres cumplen una función.

Se volvió hacia Tomás y completó:

—El primer círculo (el central) irradia amor y sostiene lo creado… El Hijo materializa el pensamiento del Padre Azul y el Espíritu Infinito canaliza la sabiduría de ambos… Pronto os lo enviaré.

No entendimos gran cosa. Pero nadie se atrevió a preguntar. El Maestro, entonces, en mitad de un silencio apenas roto por el monótono golpear de las olas en la costa, caminó un par de pasos, buscó otro paño de arena y volvió a dibujar con la estaca. Esta vez fueron tres círculos, pero concéntricos. Nos asomamos de nuevo al dibujo y alguien preguntó:

—¿Qué es?

Y el rabí regresó al fuego. Se sentó nuevamente y esperó a que nos acomodáramos. Paseó la mirada entre los intrigados discípulos y, divertido, replicó:

—Es mi bandera…

Se desató un inmediato murmullo. ¿Su bandera? ¿Qué quería decir? Y el rabí fue contestando a las interrogantes:

—Soy un Hijo Creador… Os lo he dicho. Tengo un reino…, y tengo una bandera… El círculo central representa al Padre Azul: el amor infinito y eterno… El segundo círculo simboliza al Hijo Eterno —e insistió—: mi Padre… El último es el Espíritu Infinito que os envuelve con su sabiduría.

Andrés insistió:

—Entonces, tú eres rey…

—También os lo dije. Si levantáis la vista, observaréis una parte de ese reino.

El Oso estaba impaciente y preguntó atropelladamente:

—Maestro, ¿la mente procede del Espíritu Infinito?

—Así es —respondió Jesús sin vacilación.

—¿Y la mujer tiene mente? —quiso saber el incrédulo Tomás. Todos rieron la supuesta gracia.

—Y más depurada que la vuestra… —zanjó el Galileo.

Se levantaron murmullos de desaprobación. Y el Iscariote intervino (cosa rara):

—¿Los animales piensan?

—No como vosotros, pero piensan…

—¿Cómo es la mente del Padre Azul? —preguntó el inquieto Bartolomé.

Jesús movió la cabeza, negativamente. Comprendí. Se hallaba de nuevo frente al callejón sin salida de las palabras. Pero lo intentó:

—¡Amorosa!… Con eso es suficiente, por el momento. Cuando pases al «otro lado» —y me miró— irás descubriendo los maravillosos e inimaginables atributos de esa mente prodigiosa. Ahora no tengo palabras. La verdad se me escurre como el agua entre los dedos. Confía…

—Dices, Señor —terció el Zelota—, que las ideas no son nuestras y que proceden del Espíritu Infinito…

El Maestro asintió en silencio. Y el guerrillero prosiguió:

—¿Y qué dices sobre las malas ideas? ¿Proceden también de ese Dios?

—Las malas ideas —aclaró el rabí— fueron buenas… en un principio. Es la voluntad humana la que las pervierte. Es el hombre el que retuerce lo bueno, lo saludable y lo bello.

Mensaje recibido…

—Pero, dinos —se interesó Mateo Leví—, ¿qué había antes del Padre Azul?

El Maestro volvió a negar con la cabeza. Suspiró profundamente y el fuego se asustó. Y terminó reclamando:

—Permite que Ab-bā te sorprenda cuando pases al «otro lado»… Deja algo para después.

Y el Oso volvió a la carga:

—Rabí, ¿cuál es tu verdadera gracia? ¿Cómo te llaman en el reino invisible y alado?

Nos quedamos con la boca abierta. Bartolomé, el Oso de Caná, era un caso…

—Mi verdadero nombre es…

Y dejó correr los segundos, como si dudase. Pero no, el Maestro no dudaba. Sonrió, divertido, y proclamó:

—Me llaman Micael (Mica’el)…

Y el Oso estalló:

—¡Miguelito!…

Las risas doblaron las llamas. Jesús fue el que más rió. A Felipe se le soltaron las lágrimas. Pasados unos minutos, Pedro recuperó el asunto de las

parábolas:

—Has hablado de un sembrador —manifestó—. ¿Cómo tenemos que interpretar esa parábola?

Jesús fue sincero y enigmático:

—No conviene que los enemigos conozcan la verdad… Al enseñar, pensad siempre en la gente que tenéis delante. Muchos no saben de qué habláis. Procurad que vuestra luz brille, pero no para los malvados.

Y respondió a la pregunta concreta de Pedro:

—La parábola del sembrador está hablando de la revisión de mi trabajo…, y de lo que sucederá en el mundo hasta que yo regrese…

Hizo otra pausa y añadió:

—… detrás de la gran roca.

Me buscó con la mirada y su rostro se ensombreció. Creí entender.

—Pero ¿por qué tienes que marcharte? —preguntó Juan Zebedeo.

El rabí lo miró con benevolencia. Y replicó:

—Debo volver al reino invisible y tomar posesión de lo que es mío…

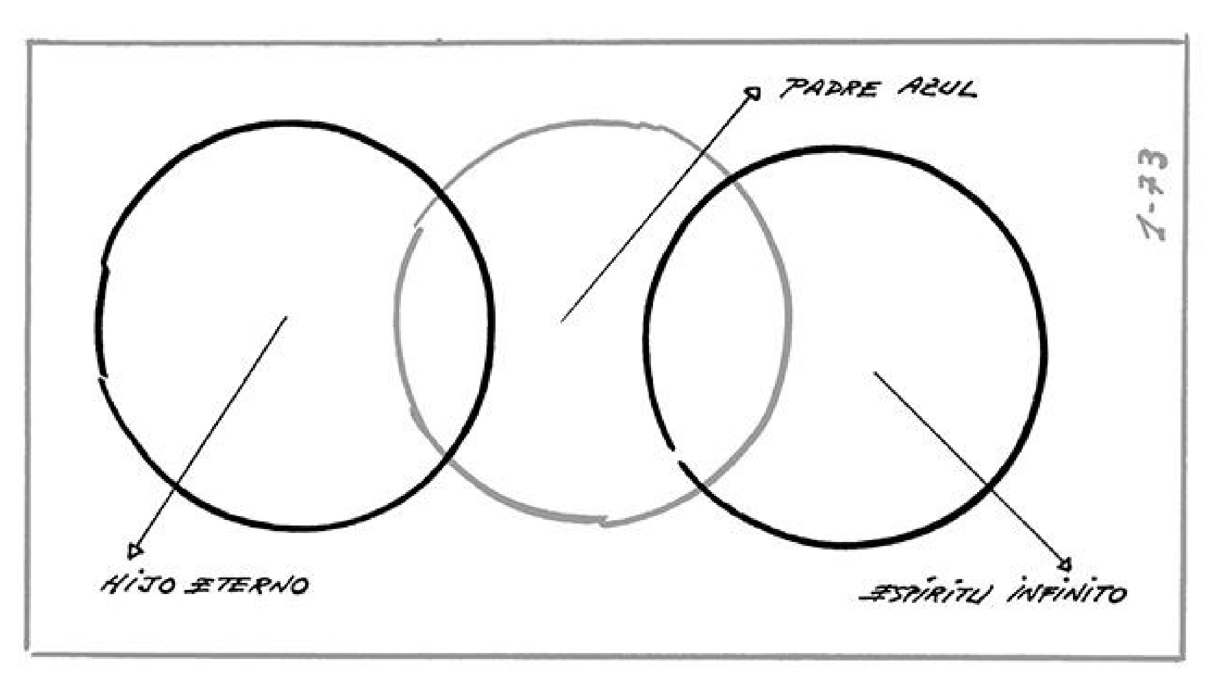
No entendieron (no entendimos) y procedió a contar otra versión de la parábola del sembrador:

—El reino de los cielos es semejante también a un hombre que lanza semilla sobre la tierra… Y la semilla creció… Primero surgió una hoja, después la espiga y, finalmente, el grano… Él no sabía cómo ocurría aquel prodigio… ¿Cómo de una semilla nacen treinta o cien granos?… Y cuando el grano estuvo maduro, echó mano de la hoz y recogió la cosecha…

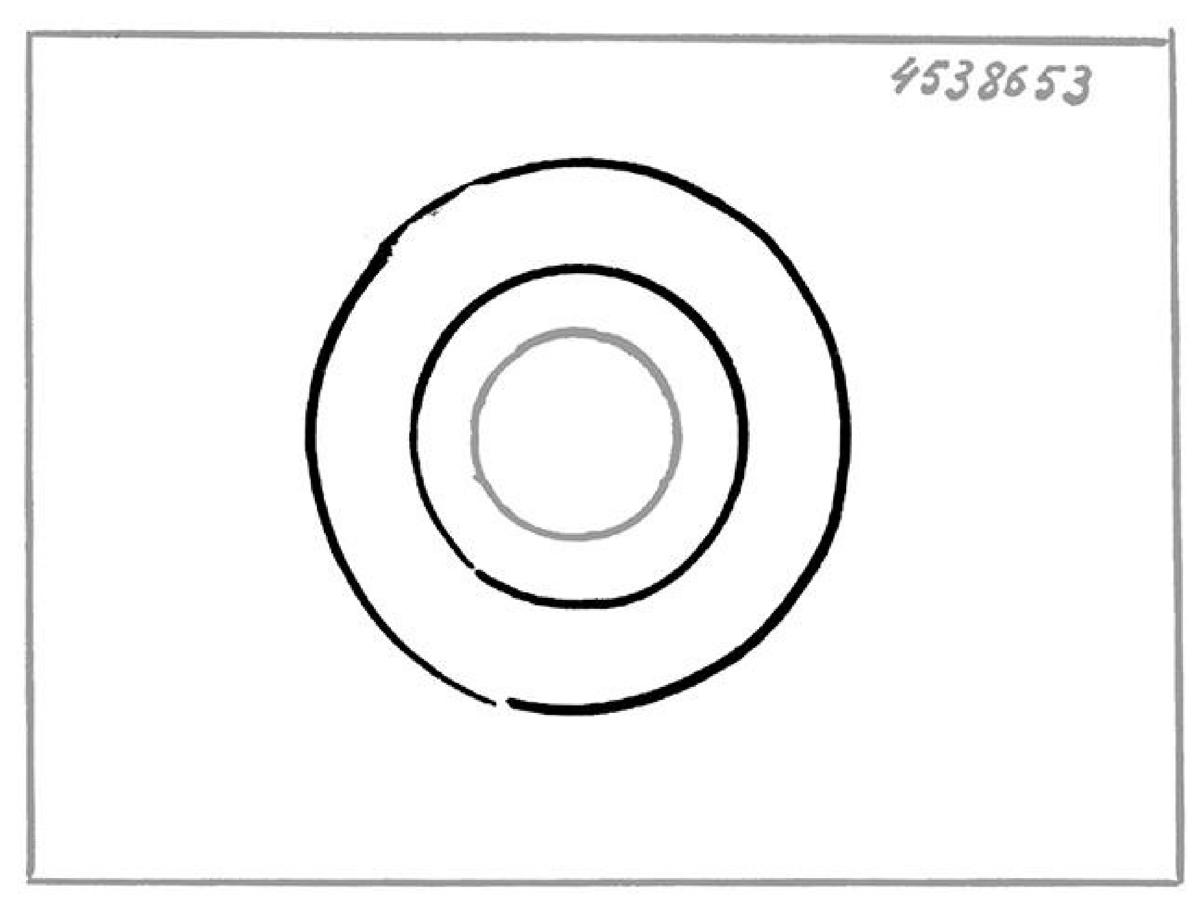
Y Jesús concluyó:

—El que tenga oídos… que oiga.

Las ocho mil estrellas —como nosotros— no querían irse.



Los tres círculos dibujados por el Maestro en la playa de Saidon, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



Bandera de Micael (Jesús de Nazaret): tres anillos o círculos azules sobre fondo blanco. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

A partir de aquel día, el Maestro refirió más de doscientas parábolas. Recuerdo algunas con especial interés:

«El reino de Dios —dijo— es semejante a un grano de mostaza… Un hombre la sembró en su campo… Y, al germinar, la semilla —la más pequeña del mundo— se convirtió en un árbol gigantesco… Y las aves del cielo moraban en él».

Otro día contó la historia del rey que tenía cuatro esposas:

«Aquel rey —explicó— amaba a su cuarta esposa más que a las demás… La cubría de joyas y le daba siempre lo mejor… También amaba a su tercera esposa y la llevaba con él por sus territorios… Pero temía que se fuera con otro… Amaba igualmente a la segunda esposa… Ella era su confidente… La primera esposa era su compañera leal. Había ayudado a mantener en pie el gran reino… El rey, sin embargo, no amaba a la primera esposa. Apenas se fijaba en ella… Y un día, el monarca enfermó gravemente… Y pensó: “Ahora tengo cuatro esposas, pero, cuando muera, estaré solo”. Y decidió hacer una pregunta a cada una de las esposas… Habló con la cuarta y le dijo: “Te he amado más que a las demás, te he proporcionado los mejores vestidos y te he cuidado. Ahora me muero. ¿Estarías dispuesta a morir conmigo?”. “Ni pensarlo”, respondió la mujer. Y se alejó, muy enfadada… El entristecido rey preguntó también a la tercera esposa: “Te he amado toda mi vida. Ahora estoy muriendo. ¿Estarías dispuesta a seguirme?”… “¡No! —replicó la tercera—. ¡La vida es demasiado buena! Cuando mueras, me volveré a casar”… Entonces interrogó a la segunda: “Siempre has estado ahí para ayudarme. Ahora me muero. ¿Querrás acompañarme al ‘otro lado’?”. “Lo siento —respondió la segunda esposa—, esta vez no puedo ayudarte. Lo único que puedo hacer por ti será enterrarte”… Y el rey, de pronto, oyó una voz. Decía: “Me iré contigo…”. Era su primera esposa. Aparecía delgada y desnutrida… Y el rey, muy afectado, contestó: “Debí atenderte mejor cuando tuve la oportunidad de hacerlo…”».

Y el Maestro redondeó:

—Quien tenga oídos… que oiga.

Cuando uno de los discípulos quiso saber algo más sobre la mencionada parábola del rey y las cuatro esposas, el Galileo aclaró:

—En realidad, todos tenemos cuatro esposas: el cuerpo (la cuarta), nuestros bienes y riquezas (la tercera esposa), la familia (la segunda) y el alma (la primera esposa). Esta última será la que te acompañará siempre. ¡Ámala más que a ninguna!

Recuerdo también la de la gacela, inspirada en el Cantar de los Cantares (8, 14):

«Eres como una gacela… ¿Por qué lo dices?… La gacela, cuando duerme, lo hace con un ojo abierto y otro cerrado… Pues bien —enseñó el Maestro—, cuando Israel hace la voluntad del Padre Azul, duerme con los ojos cerrados… Hazlo tú también: prueba a dormir con los dos ojos cerrados… Ponte en las rodillas de Ab-bā».

En otra ocasión, el Hijo del Hombre habló de las malas hierbas, y dijo:

«El reino de mi Padre es semejante a un campo que fue sembrado de trigo. Pero, mientras el amo dormía, llegaron sus enemigos y sembraron malas hierbas… Cuando el trigo creció, se presentó también la mala hierba. Y los siervos preguntaron: “¿Debemos arrancar la mala hierba?”… Y el amo les dijo: “Dejad que crezcan ambos. Cuando llegue la cosecha, ordenaré que aparten a uno de otra. La mala hierba será quemada y el trigo guardado en el granero”».

También me interesó la parábola de las copas, igualmente inspirada en el Talmud. Esto fue lo que dijo el Maestro:

«Hubo un gran rey… Tenían una extraordinaria colección de copas… Y pensaba así: “Si pongo agua caliente en las copas de cristal, terminan estallando. Si pongo agua helada, las copas se mellan… ¿Qué debo hacer?”… Y mezcló el agua caliente con la fría y llenó sus delicadas copas… Ninguna resultó dañada… Quien tenga oídos… que oiga».

Tomás no entendió y solicitó una aclaración. Éstas fueron las palabras del Galileo:

—Si el Padre Azul hubiera creado el mundo bajo el control de la misericordia, el pecado y la injusticia lo habrían dominado. Si lo hubiera hecho bajo la estricta mirada de la justicia, el mundo terminaría pereciendo. Es por ello que decidió mezclar misericordia y justicia; por eso el mundo continúa…

«El reino de los cielos —prosiguió el Maestro en otra ocasión— es semejante a la red de un pescador… Se echa a la mar y recoge toda clase de peces… Una vez en tierra, los pescadores se sientan y proceden a escoger… Los peces interesantes son conservados en tinajas y los malos arrojados al agua».

Un día habló de un rey. Y explicó ante la maravillada concurrencia:

«Aquel rey tenía un campo… Y quiso entregárselo a los agricultores para que lo labraran… Llamó a uno y le preguntó: “¿Quieres ocuparte de este campo?”… Pero el hombre se negó, argumentando que el trabajo era muy duro… Y por allí fueron pasando otros labradores… Todos rehusaron el trabajo, y con idénticas palabras… Llamó por último a un quinto *felah* y le

hizo la misma pregunta. Y el agricultor respondió que sí, que tomaba el trabajo… Recibió el campo, pero no lo labró».

Y el rabí preguntó al gentío:

—¿Qué debería hacer el rey? ¿Debería enojarse contra el quinto labrador o contra los cuatro primeros?

Las preguntas quedaron en el aire. Y cada cual sacó sus propias conclusiones (si pudo).

«Un rey tenía un jardín —planteó Jesús ese mismo día—. Y empleó a dos jardineros… Uno se dedicó a plantar árboles, pero terminaba cortándolos… El otro, simplemente, descansaba todo el tiempo. ¿Qué debería hacer ese rey?».

Alguien, entre la multitud, gritó:

—Castigar al primero, como dice Isaías…

Y el Maestro replicó:

—El Padre Azul no castigaría a ninguno de los dos. Dios no está para premiar o castigar. Está para algo más importante…

Y remató, ante la sorpresa de la gente:

—El que tenga oídos… que oiga.

Casi todas sus parábolas hacían alusión al reino invisible y alado:

«El reino de Ab-bā —aseguró— es semejante a un mercader que busca perlas finas y de gran belleza… Y un día encuentra una de enorme valor… ¿Qué hace el mercader?… Vende todo lo que tiene y compra la hermosa perla».

Otra mañana, junto al *yam*, habló así:

«Un rey tenía un campo… Y contrató a varios *felah* (campesinos) para que cultivaran el jardín… Y el rey se escondió para ver cómo trabajaban… Cuando terminó el trabajo, los fue llamando y preguntó: "¿Bajo qué árbol trabajaste tú?". Y él respondió: "Bajo éste"… Era un pimiento. Y el rey abonó la paga del *felah*: un denario… Y llegó el segundo. "¿Bajo qué árbol trabajaste tú?", preguntó el rey… "Bajo éste". Era un árbol de flores blancas. Y el rey abonó un denario y medio… Llegó el siguiente y el rey preguntó lo mismo. El *felah* dijo que había trabajado bajo un olivo. Y recibió dos denarios… Los campesinos, entonces, protestaron: "¿Por qué no nos dijiste que cada árbol tiene una paga distinta?". Y el rey contestó: "Si lo hubiera dicho, nadie habría trabajado…"».

En otra oportunidad, el Maestro contó la parábola del tesoro:

«El reino invisible y alado —dijo— es como un tesoro enterrado… El *felah* que trabaja la tierra da con él y, feliz, vende cuanto tiene para poder comprar

el terreno y quedarse con el tesoro».

Pero la multitud no comprendió…

Una mañana, en el puerto de Nahum, pronunció las siguientes palabras:

«Érase una vez una zorra… Contemplaba cada día un hermoso huerto, repleto de uvas… Pero estaba muy gorda y no podía colarse por ningún resquicio de la cerca… Decidió no comer en tres días con el fin de adelgazar… Y así fue… La zorra pudo entrar en el viñedo y comió cuanto pudo… De repente fue descubierta por los dueños y el animal corrió, tratando de huir por la cerca… Pero había comido tanto que volvió a engordar y no pudo escapar… Y tuvo que esconderse y ayunar… Al cabo de tres días pudo salir de la propiedad…».

En esta ocasión, el rabí comentó:

—He aquí la situación del hombre ante el mundo… Piensa que es el amo de todo hasta que un día, derrotado, se da cuenta de que no tiene nada.

El Galileo se refirió también a la levadura y la comparó con el reino invisible de su Padre Azul. Al mezclarla con la harina, la masa «sube» y proporciona un alimento delicioso… Pero tampoco entendieron.

En cierta ocasión, un fariseo preguntó a Jesús:

—Maestro, ¿con qué pueden compararse las palabras de la Ley?

Y el Galileo replicó con la siguiente imagen:

—Las palabras de la Ley son el fuego. Si el hombre se acerca mucho, se quema. Pero si se aleja demasiado, termina helándose. Pues bien, en verdad os digo que el verdadero fuego —el que no quema ni hiela— es hacer la voluntad de Ab-bā. Y os diré más: todos los hijos de Dios llevan impresa en su mente una parte de ese magnífico Padre Azul…

No le creyeron y lo llamaron blasfemo, una vez más.

Una tarde, otro de aquellos odiosos «santos y separados» (fariseos) formuló la siguiente pregunta trampa:

—Rabí, ¿cuántas clases de hombres hay?

Y Jesús, conociendo el veneno que anidaba en su corazón, respondió:

—Sé de tres clases de nueces: las de cáscara blanda, las de cáscara media y las de cáscara de piedra. La primera se abre sola. La segunda exige un poco de esfuerzo. La última resulta difícil de abrir…

Miró a su interlocutor y sonrió, pícaro. Y preguntó:

—¿Has comprendido?

El fariseo movió la cabeza, negativamente. Y Jesús accedió a redondear la parábola:

—Los hombres son como las nueces… Muchos dan caridad sin que se la pidan. Ésos son los de la cáscara blanda. A otros hay que rogarles varias veces. Son los de la cáscara difícil. Por último, tenemos a los de la cáscara de piedra: casi nunca abren voluntariamente su corazón.

Alguien preguntó sobre la muerte. Y el Maestro —haciéndose eco del Eclesiastés (7,1)— respondió:

—Dicho está: la muerte es mejor recibida que el nacimiento… Esto es semejante a dos barcos: uno que se va del puerto y otro que regresa… ¿La gente debe alegrarse por el que se va o por el que llega?… El hombre sabio dirá que por el que llega a puerto. En verdad os digo que es lo contrario: el verdaderamente feliz es el que muere, el que se va; el que regresa a casa… Quien tenga oídos… que oiga.

Y en la playa de Saidan escuché la siguiente parábola:

«Un rey tenía una hija muy hermosa… Y hacía oración para que Dios le concediera un hombre digno de ella… Un día, Dios le habló en sueños: “El marido de tu hija será un joven pobre, nacido entre los más pobres de tu reino”… Y el rey meditó y se dijo: “Voy a ver si lo que dice Dios es cierto”. Y mandó construir un palacio en mitad de una isla lejana, lo cercó con murallas, y allí llevó a su hija, con una corte de siervos… Le dejó provisiones para un año y cerró la puerta del palacio. Y se llevó la única llave… Y sucedió que un joven apuesto, pero muy pobre, se perdió en la noche… Encontró los restos de un toro muerto y se cobijó entre los huesos… Y se quedó dormido… Entonces apareció una enorme águila y empezó a comer los restos del animal… Fue así como encontró al joven… Lo atrapó y se lo llevó volando hasta los tejados del palacio de la hija del rey… Al día siguiente, la muchacha subió a la azotea y descubrió al joven… Mandó que lo lavaran y lo vistieran y quedó enamorada de él… Hablaron y la joven comprobó que era un hombre bueno e inteligente… Cuando el rey retornó al palacio, comprobó que su hija tenía marido, y que era un hombre pobre, tal y como le había anunciado Dios en aquel sueño… El rey, entonces, exclamó: “Bendito sea el Señor, que hace su voluntad”».

Y el rabí solicitó: «Buscad siempre la perla de los sueños».

«¿Quién me ha tocado?»

Por supuesto, siguió llegando gente… Y Saidan se convirtió en un hervidero. La noticia de la curación de Amós, el esquizofrénico de Gerasa, voló por el lago y alrededores. Como dije, todo el mundo lo conocía. La gente lo buscaba, verificaba que el rumor era cierto y, acto seguido, se dirigía a Saidan, a la caza y captura del Maestro. Y cuando digo «caza y captura» no exagero… El miércoles, 16 de marzo (año 29), la diminuta aldea era un infierno. No había forma de salir a la calle (aunque lo de «calle» también es un decir). Cientos de enfermos tomaron literalmente el lugar. Se acurrucaban a los pies del portalón de los Zebedeo, ocupaban las «calles», la fuente y la playa. No había forma de dar un paso.

Y llegaron nuevos correos de David Zebedeo. El Sanedrín —furioso— enviaba más espías. Necesitaban más pruebas para acusar de blasfemo al «carpintero loco» y ejecutarlo. Andrés se reunió con los íntimos y solicitó prudencia. Nadie sabía quiénes eran los confidentes de las castas sacerdotales. Pero, a mi entender, el problema prioritario era el gentío que llenaba la aldea. ¿Qué podían hacer? El jefe de los discípulos habló con Jesús en varias oportunidades y le expuso el asunto. El rabí lo sabía y lo padecía. Era casi imposible que saliera del caserón. La gente lo rodeaba, lo aplastaba, le exigía, suplicaba, lloraba, trataba de tocarlo, intentaba arrancarle la ropa… La *tabbah* no servía de nada. Cientos de enfermos y no enfermos reclamaban salud, favores, fortuna y venganzas de todo tipo. Aquello era la locura. Nadie sabía qué hacer…

Y hacia la nona (tres de la tarde) llamaron a la puerta del caserón. Salomé, la dueña, no hizo caso. Las llamadas eran constantes. E insistieron e insistieron. Y alguien gritó un nombre. Era un tal Jairo, uno de los cargos directivos de la sinagoga de Nahum. Andrés autorizó la entrada. Y el hombre entró con dificultades. El gentío empujó la puerta y poco faltó para que desbordaran a la servidumbre. Tuvieron que mostrar las espadas para que la gente retrocediera.

Jairo era un joven de unos veinte años, alto y mestizo. Al ver a Jesús se arrojó a sus pies y suplicó:

—¡Maestro, mi única hija está muy grave!… ¡Te suplico que me acompañes y la cures!

El Galileo no lo dudó:

—¡Vamos!…

E intentamos abrirnos paso entre la multitud. ¿Abrirnos paso? Entre los judíos, las noticias no corrían: volaban… Y en minutos se supo: el Hijo del Hombre caminaba hacia Nahum para salvar a la hija de Jairo, el mandatario de la sinagoga. Eso significó otra riada humana. Y cientos de individuos se unieron al gentío. No sé cómo pudimos avanzar. ¡Qué agobio! ¡Necesitamos dos horas para cubrir los escasos cuatro kilómetros que nos separaban de Nahum! La gente empujaba, gritaba y reclamaba el poder de Jesús. Ellos llevaban allí días… ¿Quién era ese tal Jairo? ¿Por qué tenía preferencia? Y de las súplicas pasaron a las amenazas. Pero el Maestro —imperturbable— continuó caminando con sus largas zancadas. Y la escolta tuvo que echar mano de los *gladius*, las espadas de doble filo. Algunos cayeron, empujados, y fueron pisoteados. Pero el río humano prosiguió entre gritos, súplicas y protestas. Los pícaros afanaron más de una y más de dos bolsas. Y Jairo, finalmente, se quedó atrás…

Fue al entrar en la ciudad cuando sucedió algo extraño. El gentío se incrementó. La gente de Nahum se unió a la muchedumbre, sin saber exactamente qué sucedía. Y corearon los gritos de «¡Mesías… Mesías!»… Pero, de pronto, cuando nos hallábamos cerca del puerto, Jesús de Nazaret se detuvo. Y la ola humana lo cercó. Pedro, los Zebedeo y el resto de los íntimos hicieron grandes esfuerzos para contener aquella avalancha. Las espadas, al aire, no sirvieron de nada. La gente, como digo, quería tocar al rabí. Muchos recordaban la curación del ayudante del centurión romano, a distancia… Y alargaban las manos, necesitados de un prodigio. Entonces, el Galileo exclamó con voz potente:

—¡Alguien me ha tocado!…

Todos nos miramos, atónitos. Y Pedro, empujando a la multitud como podía, preguntó a su vez:

—Pero, Maestro, ¿qué dices?…

Y el Galileo insistió:

—Alguien me ha tocado… He notado cómo el poder de vida emanaba de mí.

—Pero, rabí —gritó Pedro, doblando los esfuerzos para contener a la gente —, ¿es que no ves lo que está pasando? ¡Nos aplastan!…

Y, como digo, ocurrió algo extraño… Súbitamente se hizo el silencio. La gente dejó de empujar y Jesús se abrió paso sin problemas hasta llegar a una mujer. ¿Qué sucedía? ¿Cómo era posible que pasáramos de la confusión y el griterío a la calma y el silencio? Era una mujer joven. Podía tener veinte o veinticinco años. Se hallaba arrodillada y gemía. Éramos más de mil personas. ¿Por qué el Maestro caminó hasta aquella mujer? Se miraron brevemente y ella, sin más, se arrojó a los pies del Galileo, rogando que la perdonara. ¿Perdonarla? ¿Por qué? El rabí se mantuvo en silencio. Todos estaban expectantes. Y la muchacha explicó que sufría fuertes hemorragias —desde la pubertad— y pensó que Él podía sanarla.

—Imaginé que bastaría con tocar el filo de tu manto —resumió entre lágrimas—. ¡Perdóname, Señor!…

Y la mujer siguió hablando. Había gastado una fortuna en médicos, pero nadie supo curarla. Por eso se mezcló entre el gentío y, con gran trabajo, se acercó al rabí.

—Entonces toqué tu manto y supe que la hemorragia había cesado. ¡Estoy salvada! ¡Gracias, Señor!

Esa noche, «Santa Claus» aclaró algunas de mis dudas. Las hemorragias padecidas por la muchacha podían deberse a múltiples causas. El ordenador enumeró diez: cáncer del cuerpo uterino, tuberculosis, pólipos endometriales, fibroides en la submucosa, adenomiosis, cáncer de la cérvix o de la endocérvix, chancro, pólipos endocervicales, erosión y trauma. Probablemente se trataba de una menorragia (flujo de sangre prolongado).

Jesús se apresuró a levantar a la mujer y proclamó delante de todos:

—Hija, tu fe te ha curado… Vete en paz.

Y proseguimos la marcha hacia la casa de Jairo. Nunca supe si la mujer resultó verdaderamente curada. No volvimos a verla. No era vecina de Nahum, ni era conocida en la zona.

Máxima popularidad

Alcanzamos el hogar de Jairo poco antes del ocaso. Ese 16 de marzo (año 29), miércoles, el sol dio el portazo habitual a las 17 horas y 40 minutos. Pues bien, cuando estábamos muy cerca de la casa, nos salieron al paso algunos familiares y siervos del funcionario de la sinagoga. Lloraban y se lamentaban:

—¡Tu hija ha muerto! —gritaban—. ¡No molestes al Maestro!… ¡Ya no es necesaria su presencia!

Jesús escuchó estas palabras y, tomando al padre por el brazo, le susurró:

—¡No temas!… ¡Confía!

Pero Jairo cayó desmayado. La niña —según me explicaron más tarde— tenía doce años. Jesús tomó en sus brazos al joven y entraron en la vivienda. La servidumbre sólo permitió el ingreso de la *tabbah*. El resto nos quedamos en la calle. Lo que sucedió en el interior fue contado después por Pedro y los Zebedeo. Sólo me fié de lo narrado por Santiago. Ni Pedro ni Juanito tenían credibilidad para este explorador.

Cuando Jesús llegó hasta la sala en la que yacía la pequeña, los flautistas y las plañideras ya habían empezado su trabajo. La madre lloraba, angustiada. Y los parientes y amigos intentaban consolarla. La tragedia, al parecer, había caído sobre aquella casa. Pues bien, según Santiago de Zebedeo, cuando los discípulos lograron poner un poco de orden en aquel caos, el Maestro se aproximó a la cama en la que yacía la niña, tomó el pulso y, dirigiéndose a la madre, comentó:

—Tu hija no está muerta…

Nadie le creyó. El Maestro tocó de nuevo el cuello de la pequeña y confirmó lo dicho. ¡Vivía! Jesús, entonces, tomó a la hija de la mano y le gritó al oído:

—¡Despierta!…

La niña abrió los ojos y, ayudada por el rabí, se levantó de la cama y dio un corto paseo por la sala. La madre se desmayó, y también algunas de las plañideras. Y cundió el pánico. Todos corrían y gritaban. Y escaparon del lugar como pudieron, atropellándose. Después se presentó Jairo, pálido, y abrazó a su hija. Y, sin dejar de llorar, se lanzó a los pies del Maestro, besándolos. Jesús lo alzó y lo abrazó. Así estuvieron un minuto largo.

Pregunté a Santiago si habían observado alguna luminosidad azul en la sala. Dijo que no. Y se adelantó a mis pensamientos. Quizá se trataba de un caso similar al vivido en Naín, con el hijo de la viuda. Quizá estábamos ante otro problema de catalepsia… En definitiva, nadie —en su sano juicio— puede asegurar que la vuelta a la vida de la hija de Jairo fuera un milagro. Sencillamente, el rabí se percató de la situación —la pequeña tenía pulso— y la ayudó a volver en sí. Eso fue todo, según Santiago.

Jesús se reunió después con los padres y familiares e intentó decirles que Él no había hecho nada extraordinario. La niña, al parecer, sufrió una crisis, consecuencia de las fiebres malignas (posible paludismo). Felipe estuvo de acuerdo con Santiago. El intendente había vivido situaciones parecidas. Pero la familia no aceptó la versión del Galileo. ¡Era un milagro! ¡El rabí había resucitado a la pequeña! Y, según Santiago, no hubo forma de que aceptaran la verdad. Y la noticia, lógicamente, corrió por Nahum. Y la gente —enloquecida— rodeó la casa de Jairo, coreando el nombre del Maestro y solicitando que lo hicieran rey…, de inmediato. Los discípulos flotaban. Aquello era la felicidad máxima. ¡Jesús, definitivamente, era el Mesías anunciado por los profetas! Santiago, prudente, explicó lo ocurrido al resto de los discípulos. Andrés y Felipe dudaron. El resto se unió al coro de los que deseaban proclamarlo rey. Cuando pude, interrogué a Pedro. Aseguró que había sido un portento. «La niña —mintió— presentaba todos los síntomas de la muerte». Mateo, en su evangelio (9, 18-27), se hace eco de las palabras de Pedrito, el fantasioso, y considera que la hija de Jairo fue resucitada. Insisto: el suceso fue dudoso. Posteriormente, cuando Jesús se marchaba de la casa, Mateo escribe que dos ciegos le salieron al paso, rogándole que los curase. Y asegura que el Maestro tocó sus ojos y los ciegos recuperaron la vista. ¡Falso!

Por supuesto, tras estos sucesos, la fama de Jesús como sanador llegó a lo más alto.

La gran pradera

Como digo, la fama del Maestro llegó a lo más alto… Los discípulos estaban en éxtasis permanente. El día de la gloria y de la victoria total sobre la odiada Roma se hallaba a la vuelta de la esquina.

Aproveché aquellos días para entrar en Nahum y repetir la compra de la túnica. Esta vez me decidí por dos, también de color rojo. Entré igualmente a escondidas en el palomar y deposité el regalo sobre la cama del rabí. Después desaparecí. Al día siguiente —al verme—, el Galileo volvió a abrazarme y, sin palabras, me dio a entender que sabía quién era el anónimo donante de aquellas prendas. ¿Cómo lo hacía?

Pero la prosaica realidad terminó imponiéndose. En Saidan y alrededores se congregaron miles de personas. No me cansaré de insistir: la situación nos rebasó. No era posible dar un paso. La gente —maleducada— se convirtió en un suplicio. No respetaban nada. Golpeaban la puerta del caserón de los Zebedeo sin descanso y a todas horas. En varias ocasiones trataron de derribarla. Andrés iba y venía desquiciado. Querían ver, oír y tocar al Maestro. Ofrecían dinero por las sanaciones. Se entregaban ellos mismos —como esclavos— a cambio de la curación. Ofrecían a sus hijos… Sentí repugnancia. David Zebedeo propuso montar de nuevo el hospital de campaña, en la playa de Saidan, pero el rabí desestimó la idea. Y la situación, como digo, se hizo insostenible. Y Andrés terminó proponiendo la inmediata salida de la aldea. Y así fue.

En la madrugada del 27 de marzo, domingo, Jesús y los doce huyeron por la puerta de atrás, al tiempo que el grupo de mujeres —a bordo de los carros— llamaba la atención del gentío congregado frente al portalón. Fue una treta que, en principio, dio resultado. Sólo en principio… Y, amparados en la oscuridad, embarcamos en dos lanchas, navegando en silencio hacia el sur. Costeamos durante una hora, aproximadamente. Los discípulos bogaban con fuerza y hablaban entre ellos: «¿Qué estamos haciendo?… ¿Por qué huimos?… ¡El Maestro es el Mesías esperado!…». No lo entendían.

Pero la treta no dio resultado. Alguien nos vio zarpar del puerto de Saidan y alertó al resto. Una hora más tarde, al desembarcar cerca del río Kanaf,

cometimos otro error. Andrés decidió que descansásemos hasta el amanecer. Parecía que habíamos despistado a la multitud…

Y a las 5 horas y 31 minutos se presentó el alba, silenciosa y violeta, como siempre. Fue en esos momentos, cuando nos disponíamos a emprender la marcha —no se sabía hacia dónde—, cuando uno de los gemelos dio la voz de alarma:

—¡Barcos!…

Por el *yam*, en efecto, vimos aparecer una considerable flota de embarcaciones de todo tipo: grandes, diminutas, a vela, a remos… Sumé cincuenta o sesenta lanchas. Jamás vi cosa igual.

Los discípulos verificaron que eran los seguidores del Galileo y, por supuesto, el ejército de atorrantes. Andrés preguntó al rabí:

—¿Qué hacemos, Señor?

Y el Maestro adoptó la única postura sensata: dejar que desembarcaran y que nos siguieran.

Eran unos quinientos. En efecto, saltaron a tierra, corrieron hacia Jesús y se inició la acostumbrada cantinela de súplicas, lloros y exigencias de curación. Vi mujeres, niños y ancianos. Cargaban sus pertenencias —poca cosa— y parecían dispuestos a seguir al Hijo del Hombre hasta el fin del mundo. Las palabras más repetidas eran «sanación», «tú puedes curarme» y «dame salud». Felipe —más que harto— arrojó el petate al suelo y lo pateó. Finalmente nos pusimos en marcha. Jesús, en cabeza, tomó la margen derecha del río Kanaf. Estábamos a tres kilómetros, más o menos, de la aldea de Saidan. Y los íntimos discutieron de nuevo: «¿Qué pretendía Jesús? ¿Hacia dónde nos dirigíamos? Ahora eran quinientos, pero mañana podían ser más…». No se equivocaron. Una hora más tarde, el rabí —que sabía muy bien por dónde marchaba— giró hacia el norte y entró en la zona de las lagunas. El sector, entre los ríos Zaji y el referido Kanaf, era un mosaico de lagos y riachuelos entre los que destacaba el Daliyyot, de triste recuerdo para mí… Yo había contemplado la zona desde el aire, en uno de los periplos con la «cuna», y sabía que aquella franja costera sumaba 24 kilómetros cuadrados. Pura vegetación. Puro bosque, repleto de encinas, algarrobos y olmos. Recibía el nombre de *Agam* (lagunas). Sumé 16. Los caminillos por los que cruzamos se asomaban a pantanos verdes, negros y azules. Las cañas y papiros nos miraban, asombrados. ¿Dónde iban aquellos quinientos locos?

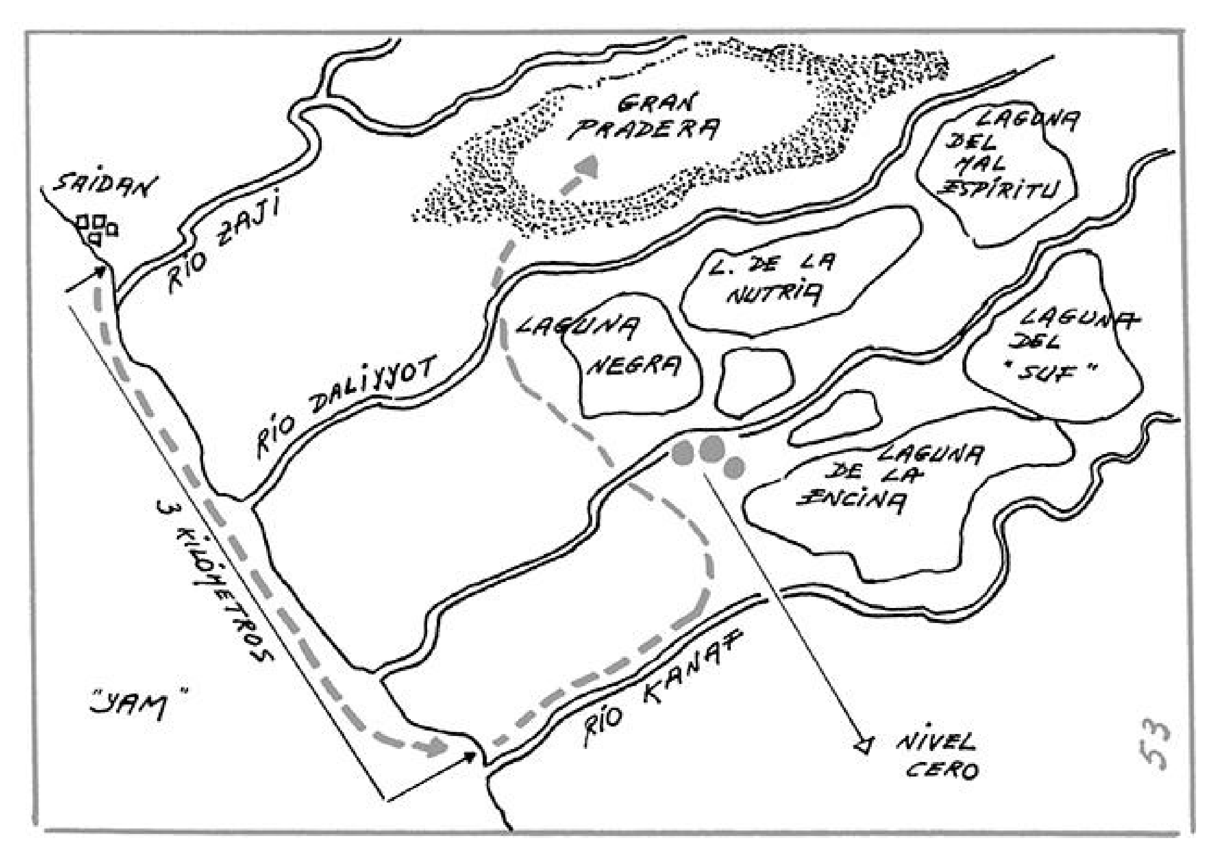
Y hacia la sexta (mediodía), Jesús de Nazaret se detuvo. Fin del viaje.

Nos hallábamos frente a una enorme pradera. Al fondo se divisaban unas manchas negras. Eran redondas y gigantescas rocas basálticas, lanzadas desde

quién sabe qué anciano volcán. Jesús avanzó entre la suave hierba y fue a detenerse junto a las piedras. Muy cerca rezaba una familia de cipreses de 20 y 30 metros de altura, de follaje piramidal (de los llamados *stricta*). Eran cinco, con sus abrigos de hojas escuamiformes. Felipe dio saltos de alegría al verlos. De las hojas —mediante destilación— podía obtenerse un aceite curativo muy apreciado. Al retornar a la «cuna» supe que la pradera en cuestión —a la que bauticé como la «gran pradera»— se hallaba a tan sólo ocho kilómetros de Saidan, en línea recta. Habíamos dado un rodeo. Desde la aldea, el camino hubiera sido más corto. Pero el rabí sabía lo que hacía…

Y la gente que nos seguía fue acomodándose en la gran pradera. Había sitio de sobra. Muchos eligieron las bases de los cipreses. Y allí se dejaron caer. Estaban rendidos. Nosotros nos ubicamos al amparo de una de las enormes moles basálticas. Felipe no había tenido tiempo de recoger las tiendas de campaña. La salida del caserón de los Zebedeo fue muy precipitada. Cargó lo justo: algo de comida y sus aceites esenciales. En esta oportunidad, la *Chipriota* se quedó en casa. En otras palabras: tendríamos que dormir al raso, con la única protección de los mantos o ropones y las ocho mil estrellas.

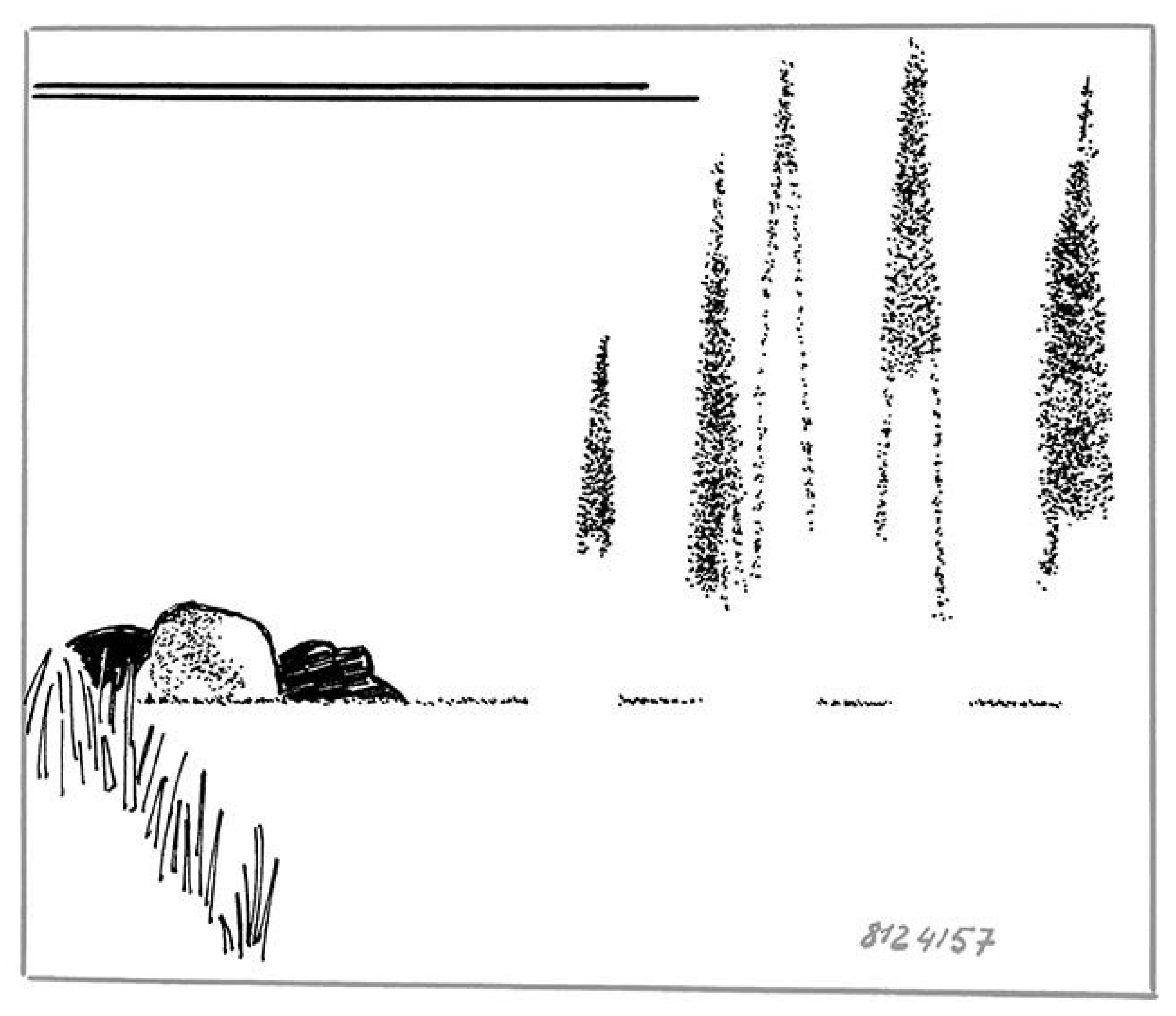
Y, ante nuestra sorpresa, siguió llegando gente: decenas de enfermos y tullidos —muchos en parihuelas—, con los correspondientes familiares y acompañantes. Y entre unos y otros, los también habituales desocupados, confidentes —supongo— y pícaros o aprovechados. Una fauna asombrosa…



Recorrido del Maestro y los seguidores desde Saidan a la gran pradera, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

A la mañana siguiente, 28 de marzo del año 29, lunes, conté más de mil personas. Y se repitieron las escenas de lloros, súplicas y demandas de todo tipo: desde sanaciones a peticiones de dinero, castigos para los enemigos y otras reivindicaciones que no recuerdo. La gente se reunía alrededor de la gran piedra negra y allí se mantenía, armada de paciencia. El Maestro escapaba al amanecer. Y lo hacía en solitario. No consintió que lo acompañara la *tabbah*. Y se perdía en las lagunas. Después supe que pasó mucho tiempo con su viejo amigo Gelal, el cazador de patos y cisnes, mencionado en los diarios del mayor. Cerca de la llamada laguna de la Encina se levantaban varias chozas, propiedad del seco y silencioso Gelal. Allí detectamos el «nivel cero», respecto al mar Mediterráneo. Gelal, según mis noticias, había conocido al Maestro en el astillero de los Zebedeo, en Nahum. Gelal («piedra labrada», por la viruela que había bombardeado su rostro) era experto en la caza de gansos y, sobre todo, en la captura del cisne cantor, muy cotizado entre las clases pudientes. Ofrecían 200 y 300 denarios por ejemplar. Pero el Maestro no participaba en las cacerías. Al atardecer, Jesús retornaba a la gran pradera y, prácticamente, se escondía entre las rocas. Felipe le llevaba algo de comer y la escolta lo rodeaba. Cuando la muchedumbre preguntaba por el rabí, Andrés o Pedro se encogían de hombros. No había respuesta. Los

discípulos —nerviosos— no sabían qué pensar. ¿Por qué estábamos allí? ¿A qué esperaba el Galileo? Aquello no era un descanso. Era pura tensión… ¿Qué se suponía que iba a suceder? ¿O es que aguardaban a alguien? Pronto lo sabríamos…



La gran pradera, con los cipreses y las rocas volcánicas. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El maná

Al principio nos preocupamos…, relativamente. Felipe —previsor— había cargado comida para tres o cuatro días. El problema es que nadie sabía nada. ¿Cuánto tiempo permaneceríamos en la gran pradera? ¿Cuál era el pensamiento del Hijo del Hombre? ¿Estábamos allí para descansar? Lo dudé, sinceramente… Y siguió llegando gente. El martes, 29 de marzo (año 29), me paseé por la pradera, contando: ¡más de 5000 criaturas! Cada cual —o cada familia— traía su propia comida. En muchos casos, si alguien andaba escaso, los vecinos repartían. Pero Felipe —que se las sabía todas— empezó a murmurar. Lo vi hablar solo. «¿Y qué pasará —cuchicheaba— cuando se agote la comida?». El intendente llevaba razón. Las aldeas más cercanas estaban lejos. Lógicamente, nacieron rumores. Oí de todo. Unos aseguraban —«de buena fuente»— que Jesús no quería problemas con el Sanedrín. Las castas sacerdotales, como se recordará, seguían persiguiéndolo. Por eso se había refugiado en las lagunas, en territorio de Filipo, el sabio. Otros eran más agresivos y afirmaban que el rabí tenía miedo. Para algunos había llegado el gran momento: era la hora de la proclamación del Galileo como Mesías. Y hubo quien anunció otro gran suceso: «El prodigio de los prodigios —decían— está al caer». El Iscariote, incluso, se atrevió a propagar un despropósito: «Jesús será coronado rey de Israel… Para eso estamos aquí». Quedé atónito. Aquella gente no tenía solución. Y Pedro, Juan Zebedeo, Judas Iscariote y Simón, el Zelota, se ocuparon de avivar el fuego de la coronación. Iban y venían entre el gentío, animando a los enfermos y desocupados para que apoyaran el proyecto. ¡Y prometían la curación masiva a cambio del apoyo! ¡Pardiez! Pedro era el más entusiasta y gritaba sin cesar: «*¡Mashiaj!*… *¡Mashiaj!*» (Mesías). La gente estaba encantada: sanación a cambio de la proclamación de Jesús como rey. Y, en secreto, Pedrito y los demás siguieron haciendo planes. Los Zebedeo serían elegidos ministros de finanzas. Pedro se ocuparía de la propaganda y difusión de la buena nueva. El Zelota y el Iscariote se colocarían al frente de los ejércitos de liberación… Todos ocuparían cargos importantes. En cuanto a las mujeres…, hubo división de opiniones. Pedro y Juanito las relegaron a simples comparsas. Los otros no sabían… ¡Pardiez, no entendieron nada!

En la mañana del 30, miércoles, la cosa se puso fea… La comida, prácticamente, se terminó. Algunos hablaron de viajar hasta Saidan. Podían hacer el camino de ida y vuelta en cuatro horas, más o menos. Era cuestión de comprar provisiones y regresar. Y empezaron a reunir dinero. Pero, como era de esperar, no lograron ponerse de acuerdo. Unos querían cebollas y otros cordero… Y surgieron las discusiones y las peleas. La cuestión es que la gente empezó a tener hambre. Y Pedro tuvo otra «genial idea». Recorrió la gran pradera prometiendo un nuevo maná.

—¡Está al caer! —gritaba—. ¡Ánimo!… ¡El rey de Israel hará el milagro!

Y la gente —crédula— se sentaba en la hierba o permanecía de pie, con cestas y cubos en las manos, y las miradas fijas en el azul del cielo. Y gritaban, animados por Pedro:

—*¡Mashiaj!… ¡Mashiaj!*

En esta ocasión, el fantasioso Pedro acertó en algo…

El pobre Felipe sudaba. ¿Qué se proponía el Maestro? La situación empeoraba. Nunca se sabe de qué es capaz un estómago hambriento… Pero el Galileo seguía impasible. Cada mañana escapaba de la pradera y se perdía en las lagunas. Yo le acompañé en una oportunidad. Alcanzamos el «nivel cero» y departimos con Gelal, el dueño de las cabañas y cazador de patos y cisnes. Era un tipo duro, poco hablador y excelente conocedor de los pantanos. Con él visitamos algunas de las más importantes lagunas: Suf, un gigantesco criadero de espadañas de tres y cuatro metros de altura (cantadas por Isaías); Manasés, La Nutria, El Mal Espíritu y La Negra (en la que se aseguraba que vivía una serpiente con cabeza y sin final). Al Maestro le encantaban estas leyendas… En Manasés tuvimos suerte. Era la época de las migraciones. La laguna se había convertido en un averío blanco y rojo. Miles de flamencos se disputaban las espirulinas, unas algas que, justamente, daban color a su plumaje rojo. Gelal calculó del orden de diez mil flamencos. Eso significaba un consumo diario de tres toneladas de espirulinas. El Maestro disfrutó de lo lindo. Parecía ignorar lo que sucedía un poco más allá, en la gran pradera. Pero no… Él lo sabía todo.

Y llegó el momento…

Aquel cosquilleo

Según los relojes de la «cuna», ese 30 de marzo (año 29), el sol dio su acostumbrado portazo a las 17 horas, 49 minutos y 16 segundos (de un supuesto Tiempo Universal). Por la mañana —temprano— el Maestro dio su acostumbrado paseo, pero, en esta ocasión, regresó antes de lo habitual. Algo sabía. Algo preparaba… Lo noté especialmente alegre. Bromeaba con todos y por todo. Al acercarse a Felipe preguntó:

—¿Qué comeremos hoy?

El intendente sonrió sin ganas. Señaló una cesta de esparto y lamentó:

—Pan duro y pescado curado…

Dudó unos segundos y añadió:

—No sé si llegará para todos…

Se refería a los trece. Yo disponía de mi propia comida.

—¿Por qué? —indagó el rabí.

Felipe se aproximó a la cesta y contó las hogazas de pan, así como las tilapias:

—Cinco panes —manifestó con amargura— y dos peces.

Y mostró una de las piezas de pan. Era negra y dura como una piedra. Podía pesar un kilo. Las tilapias no eran muy grandes. Se trataba de las *chromis*, muy comunes en el yam, de unos veinte o treinta centímetros de longitud. Peso aproximado: 400 gramos cada una. Carne excelente y demasiadas espinas (para mi gusto).

Pedro, que asistía a la conversación, apuntó:

—Y aún falta la cena…

Felipe intervino de nuevo:

—Olvidaba el arroz…

Y señaló un puchero. Puede que contuviera un par de kilos de arroz crudo. En eso se acercaron Andrés y Mateo. Y el rabí, sin perder la sonrisa, como si de una broma se tratase, interrogó al jefe:

—¿Qué vamos a hacer con esa multitud?… No tienen qué comer.

Se miraron, desconcertados. Y Jesús tomó el puchero del arroz, lo levantó, y exclamó, divertido:

—Creo que tenéis un problema…

Felipe —que no estaba para chistes— intervino:

—Maestro, pensamos que deberías despedir a esa gente…

—¿Por qué? —se interesó el Galileo, cada vez más sonriente—. ¿No podéis alimentarlos vosotros?

Felipe estaba perdiendo la paciencia que le quedaba. Y arremetió:

—¡Maestro!… ¡Estamos en mitad de la nada!… ¿Dónde compramos la comida?… ¿Marchamos a Saidan?… ¡Ni con doscientos denarios nos apañaríamos!

El Galileo escuchaba en silencio, cada vez más divertido. ¡Pardiez! ¡Por supuesto que sabía lo que estaba a punto de ocurrir! Andrés se puso de lado de Felipe, pero el Hijo del Hombre no cedió. Y continuó insistiendo:

—Tenéis un problema…

Y así conversaron —inútilmente— durante un rato. Ninguno cedía. Es más: en esos momentos entendí. El rabí estaba al tanto del asunto del maná y de los planes para la coronación. Pedro no dijo ni palabra. Terminado aquel breve intercambio de puyas, el Galileo cambió de actitud. Se sentó en la hierba y solicitó que le trajeran la cesta y la olla, con el arroz. Su rostro prescindió de la sonrisa y observé cómo se iluminaba. Algo iba a suceder… Felipe y los gemelos arrimaron la canasta, con el pan y los peces, así como el arroz. Y Jesús dijo:

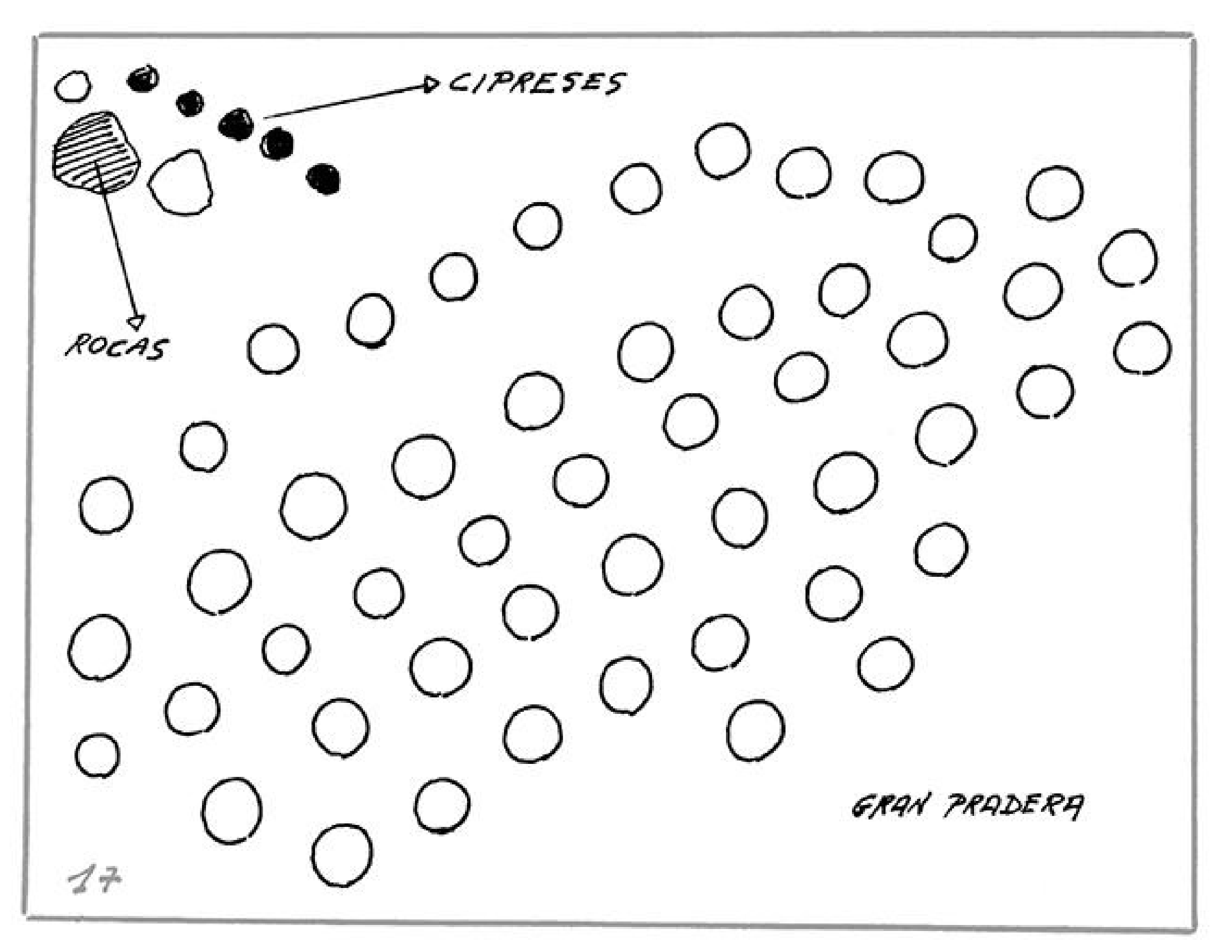
—Ordenad a la gente que se siente en la hierba… Que lo hagan en grupos de cien… Y que nombren un jefe para cada grupo…

Los discípulos se miraron sin comprender. Y se hizo el silencio. ¿Qué pretendía el rabí? ¡Pardiez! En esos instantes supe lo que iba a ocurrir… ¡Y yo sin los «nemos» y sin la vara de Moisés! Y el Galileo —dirigiéndose a Andrés— repitió:

—En grupos de cien…

A continuación, tomó uno de los panes, entornó los ojos y alzó el rostro hacia el azul infinito del cielo. Mis piernas temblaban. ¡Pardiez! ¡Maldita niña salvaje!…

Y el rabí guardó silencio durante medio minuto. Aquellos hombres —desconcertados— no sabían qué pensar. ¿Qué hacía el Maestro? ¿Por qué oraba? ¿O no estaba rezando? ¿Qué pasaba con aquel pan? ¡Era la única comida! ¿Se disponía a entregarla a los cinco mil? ¡Qué ridiculez! ¡No había ni para empezar! Pero el Hijo del Hombre sabía lo que estaba haciendo…



Distribución de los cincuenta grupos en la gran pradera, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Jesús dio las gracias al Padre Azul. Lo hizo «cinco por cinco» (alto y claro), de forma que todos pudiéramos oírle. Después partió la hogaza… Mejor dicho, lo intentó. El pan, como decía, estaba duro como un leño… Y lo intentó por segunda vez. No había forma. El rabí, entonces, abrió los ojos y rectificó:

—Tenemos un problema…

Nadie comprendió. Finalmente, con no poco trabajo, el Maestro logró partir la hogaza. La besó y fue a entregar las dos mitades al asombrado Andrés. El silencio regresó al grupo. El Hijo del Hombre tomó entonces una de las tilapias curadas y volvió a entornar los ojos. Repitió en silencio la plegaria (supongo) y troceó el pescado (esta vez sin problemas) en cuatro partes. Dio las gracias a Ab-bā y lo dejó en las manos del jefe de los discípulos. E hizo lo mismo con un puñado de arroz.

—Ahora —explicó sonriente— llevad la comida a la multitud…

Nadie se movió. Nadie comprendía. ¿La comida a la gente? ¡Eran más de cinco mil! Allí sólo había cinco panes, dos tilapias y algo de arroz… ¿Se había vuelto loco? Los discípulos contemplaban la cesta y el cubo y después

desviaban la mirada hacia el Galileo. Pero no hubo más explicaciones. Felipe resumió el pensamiento de todos:

—Señor, ¿y qué hacemos con esto?

El Hijo del Hombre, comprendiendo el desconcierto de su gente, replicó con una sonrisa y con dos palabras, al tiempo que batía palmas:

—¡Aire!… ¡Aire!

Estaba claro. Había que repartir las cinco hogazas de pan, las dos tilapias y el arroz. Había que distribuirlo entre cinco mil personas… ¡Qué locura! Andrés fue el primero en reaccionar. Tomó el puchero e indicó a Felipe y a Pedro que se hicieran cargo de la cesta. Lo hicieron mascullando algo entre dientes. No entendí. No lo dudé. Me fui con ellos y me pegué a la canasta de esparto. Pero, cuando habían dado cuatro pasos, se detuvieron. Olvidaron algo. Dejaron la comida sobre la hierba y discutieron. Yo también lo olvidé: el rabí había ordenado que formaran a la multitud en grupos de cien. Andrés llamó al resto de los íntimos y, con la ayuda de algunos seguidores, empezaron a organizar a la gente. Yo permanecí junto a la cesta y el cubo, pendiente de la comida. ¡Pardiez! ¡No les quité ojo de encima…! Uno de los gemelos —Jacobo— se quedó a mi lado. Fue en esos momentos cuando empecé a sentir aquel cosquilleo en las manos y en los pies. No supe explicarlo. Después llegaron los mareos. Todo me daba vueltas. Tuve que sujetarme a la cesta. Eran mareos breves, pero intensos. Y sentí ganas de vomitar. Supongo que palidecí. Miré al gemelo. También estaba pálido, pero no dijo nada. El cosquilleo se prolongó unos minutos. Después desapareció. Y empecé a notar un olor a quemado; para ser exacto, a cables quemados. ¡Pardiez! ¿Estaba borracho? Yo conocía ese olor… Se registraba cuando el ordenador central llevaba a cabo la inversión de masa. ¿Qué diablos estaba pasando? Y los mareos fueron remitiendo… Miré al sol y calculé la hora. Podía ser la séptima, más o menos (una de la tarde). El gemelo continuaba pálido. Había bajado la cabeza y se hallaba agarrado al cubo con gran fuerza. Pero siguió mudo. Yo, como un perfecto estúpido, no pregunté. Fue un error.

Los discípulos y seguidores necesitaron una hora larga para organizar cincuenta grupos de cien personas. Fue otro desbarajuste. La gente —con razón— preguntaba para qué. Pero Andrés no sabía qué decir. Y surgieron disputas. Algunos no quisieron sentarse y continuaron de pie. Y a eso de las dos de la tarde (octava), Andrés y el resto —sudorosos y de mal humor— regresaron al lugar donde nos encontrábamos. Alguien hizo una observación: el rabí no estaba. Miramos a nuestro alrededor, pero no lo hallamos. E imaginamos que se había retirado a las lagunas. Era su costumbre. Finalmente

—a regañadientes— cargaron la comida y se dirigieron al primer grupo de cien personas. Me puse en pie y volvieron los mareos. Pero, dando tumbos, me pegué a la canasta que cargaba Jacobo Alfeo. A su lado —sin disimular el enfado— marchaban Andrés, Felipe y el resto. Al llegar al grupo —todos sentados—, Felipe se encargó de tomar la mitad de una de las hogazas, situada en lo alto de la cesta. Pero, al agarrar el pan de cebada, algo pasó. Felipe lanzó un gemido y soltó el trozo de hogaza. Y sacudió los dedos de su mano izquierda, al tiempo que exclamaba:

—¡Quema!

No podía entenderlo. Aquel pan llevaba tres días con nosotros, como poco. Estaba duro y, lógicamente, frío. No pude resistirme. Me hice con el trozo que había caído en la hierba y tuve que soltarlo. ¡Pardiez!… ¡Sentí un calambrazo! ¿Me estaba volviendo loco? ¿Electricidad en el año 29? ¿Y en un pedazo de pan? Eso era inviable y absurdo…

Andrés recogió la mitad de la hogaza, pero, ante nuestro asombro, no pasó nada. Se dirigió al jefe de grupo —un anciano sin dientes— y le rogó que troceara el pan y empezara a repartirlo. Allí había veinte o treinta mujeres y un montón de niños. Los hombres nos contemplaban, desconcertados. ¿Con un mísero trozo de pan pensaban alimentar a cien criaturas?

Felipe seguía contemplando sus dedos. Aparecían rojos. Yo los tenía igualmente doloridos. La piel de serpiente no cubría las manos. Pero las sorpresas no habían terminado…

El jefe de los discípulos agarró la tilapia que seguía entera y esperó a que el anciano troceara el pan… Su intención era entregársela a continuación y que procediera a idéntico troceado, repartiéndola después entre los presentes. Pero algo sucedió… Yo no fui consciente al principio. Estaba absorto en el asunto de la «electricidad». Oí rumores en el grupo. Después, algún grito aislado. Me asomé por encima del jefe de grupo y quedé pasmado. ¿Pasmado? No sé cómo definir la situación… El anciano partía y partía el pan, y repartía trozos, pero la media hogaza continuaba «entera». ¡Pardiez!… Me coloqué a medio metro de las manos del hombre que repartía. ¡No había duda! ¡No estaba soñando! ¡El pan seguía entero —intacto— a pesar de los pellizcos propinados por el «sin dientes»! Y el rumor inicial se convirtió en clamor… Y otras gentes se apresuraron a correr hacia nuestro grupo.

Andrés y el resto de los discípulos aparecían tan asombrados como este explorador. Nadie entendía qué estaba sucediendo.

Y el buen hombre —el «sin dientes»— siguió partiendo el pan de cebada. Miró en dos oportunidades al jefe de los íntimos, preguntando qué debía

hacer, pero Andrés fue incapaz de abrir la boca. Por supuesto, aquel beduino no sabía lo que estaba sucediendo. Y una vez distribuidos cien trozos de pan, sin mediar palabra, Andrés le entregó la tilapia, musitando un tembloroso:

—Repártela…

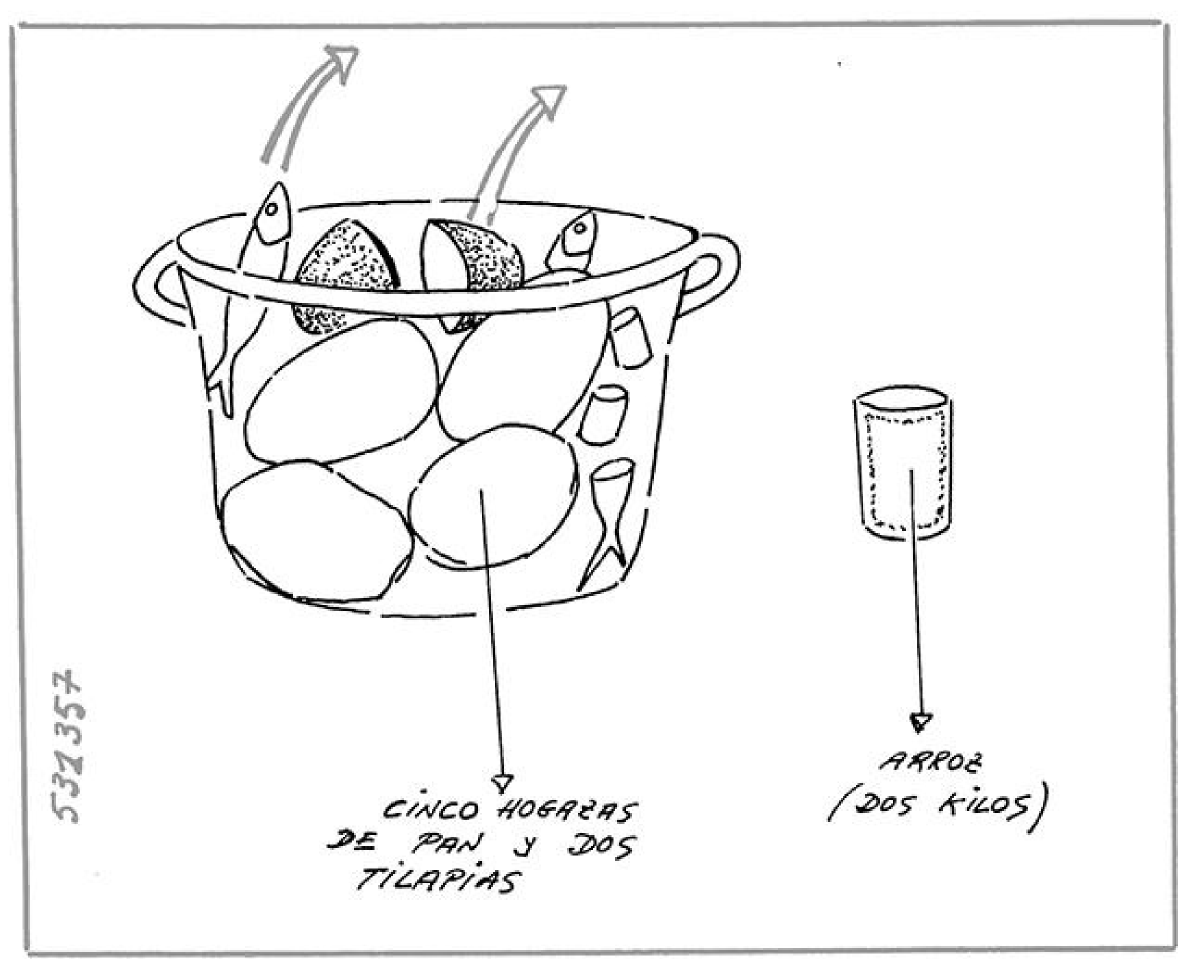
¡Asombroso! El anciano procedió y fue partiendo el pez curado. Y cada trozo pasó de mano en mano. Conté otras cien porciones. ¡Pardiez! Me froté los ojos. ¿Era una pesadilla? No. ¡Allí seguía la tilapia, enterita, entre los dedos del jefe de grupo! Y sucedió algo no menos desconcertante. El anciano, de pronto, supongo que medio consciente de lo que llevaba entre manos, rompió a reír. Fueron unas carcajadas sonoras y rotundas que llenaron la pradera. Y la risa se contagió. En cuestión de segundos, seguidores y discípulos empezaron a saltar y a gritar. Aquello fue el caos. Y en uno de los saltos, Felipe fue a tropezar con el cubo de arroz, derramando el contenido. Allí quedó, esparcido en la hierba.

Cuando Andrés consiguió poner orden, los íntimos prosiguieron el «reparto» de los panes y los peces. Y se repitió la escena vivida en el primer grupo de seguidores. Andrés entregó la otra mitad de la hogaza y uno de los hombres inició la operación de troceado y reparto. ¡Y el trozo de pan continuó intacto! Fue entonces cuando me fijé en la canasta. ¡Pardiez! Conté de nuevo las hogazas. ¡Cinco! No era posible. Y volví a contar. ¡¡Cinco!!… Yo había visto cómo troceaban las dos mitades de una de las hogazas. ¿Cómo era posible que siguiera allí, en lo alto de la cesta? No tengo palabras. No sé cómo lo hizo, pero lo hizo… Y lo mismo sucedió con las tilapias. A pesar del «reparto», siempre estuvieron allí, en la cesta, entre los panes. Una entera y la otra dividida en cuatro trozos. Me eché prácticamente encima de la canasta. ¿Dónde estaba el truco? No fui capaz de descubrir la trampa… Cada vez que Andrés tomaba una hogaza o un pez, en lo alto de la cesta aparecía el pan o la tilapia que el jefe de los discípulos mantenía entre las manos. ¡Pardiez…, pardiez! ¡Qué espectáculo!

El «reparto» se prolongó durante tres horas. En un momento determinado ayudé en la distribución de la comida. Creo que fue en el grupo 44. Al tocar el pan lo noté crujiente, como recién horneado. ¿Cómo podía ser? Lo mordisqueé, naturalmente. ¡Era pan, sin más!

La gente estaba perpleja y feliz. Todos comieron. Al terminar, con las ocho mil estrellas curioseando, me senté junto a las rocas basálticas e intenté racionalizar lo ocurrido. Empeño inútil… Según mis cuentas fueron repartidas 1000 hogazas de pan y 1250 peces. En total comieron 5193 personas (el cuarenta por ciento, aproximadamente, fueron mujeres). Se recogieron doce

canastos con las sobras, más la cesta original. ¡Pardiez!… ¡«13», en Kábala, es el símbolo del «amor eterno»! Como digo, no fui capaz de hallar una explicación medianamente lógica y científica. Si cada hogaza contenía trillones y trillones de átomos en movimiento (girando a 1015 Hz por segundo), ¿cómo pudieron ser materializados? ¿Qué clase de fuerza o poder es capaz de algo así? Además, la «sustitución» (no sé qué palabras utilizar) tuvo que ser efectuada en periodos de tiempo inimaginablemente cortos, de forma que el ojo humano —éramos más de cien individuos en cada grupo— no fuera capaz de captar la «reaparición» del pan o de la tilapia. La «gente» que acompañaba al Maestro —como llamaba Jasón a los ángeles— tuvo que «trabajar» en tiempos tan reducidos como el attosegundo (10^{-18} segundos: una trillonésima de segundo); mucho menos que un parpadeo. Y una idea quedó flotando en mi mente: ¿fue manipulado el tiempo? Muy posiblemente… El olor a «cableado eléctrico» era una pista. Ahí lo dejé. Me sentí incapaz de desguazar el prodigio. La ciencia —tal y como la conozco— no tiene palabras…



Al retirar una hogaza, o un pez, otros aparecían en su lugar. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Naturalmente, los evangelistas contaron el portentoso suceso a su manera (como siempre). Mateo (14, 13-21) habla de la primera multiplicación. Que yo sepa sólo hubo una… Además, asegura que Jesús curó a los enfermos «que vio al desembarcar». Falso. Cuando desembarcamos no había gente; llegaron después y no se produjo curación alguna (que yo sepa). Finalmente comete otro error: «Y los que habían comido —escribe en su evangelio— eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños». Falso. En total se dio de comer a 5193 personas. Para colmo sitúa el prodigio de la multiplicación de los panes y los peces muy próximo a la ejecución de Yehohanan por parte de Herodes Antipas. El Bautista, como narró Jasón, fue muerto el 10 de enero del año 28. ¡En el momento de la multiplicación habían transcurrido catorce meses!

Marcos —que copia a Mateo— comete el mismo error respecto a la ejecución del Bautista. Después escribe: «… Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario. Pero los vieron marcharse y muchos cayeron en cuenta; y fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas». Falsedad tras falsedad. Cuando Jesús desembarcó cerca del *nahal* o río Kanaf, nadie le esperaba. La gente se presentó después, al alba, y en barcos. ¿Cómo pudieron llegar antes que el Maestro si nadie —entre los discípulos— sabía a qué lugar se dirigía? Y tampoco predicó. Jesús, simplemente, permitió que lo siguieran. Lucas se fía de no se sabe quién y sitúa el escenario del prodigio de la multiplicación en la ciudad de Betsaida Julias. En el capítulo 9 (10-17) asegura también que acababan de ejecutar a Yehohanan. Falso. Y, como digo, el milagro no se registró en Betsaida. El Maestro huyó de la aldea de Saidan y se dirigió al sur. Después, dando un rodeo, alcanzó la gran pradera. Betsaida Julias quedaba más al norte. En esos días —insisto— el rabí no llevó a cabo ninguna sanación. Lucas dice que sí: «… y curaba a los que tenían necesidad de ser curados». Tampoco habló Jesús de grupos de cincuenta personas. Fue muy claro: «Formad grupos de cien…». Respecto a Juanito Zebedeo, su evangelio es otro desastre. En el capítulo 6 (1-15) escribe: «Después de esto (se refiere a la muerte del Bautista), se fue Jesús a la otra ribera del mar de Galilea, el de Tiberíades…». Y procede a narrar el milagro de la multiplicación. ¿En la costa occidental? ¿El prodigio se registró en la orilla oeste? Lo dicho: cuando dictó su evangelio a Natan, Juanito —con cien años — chocheaba… Y tampoco es cierto que la comida la proporcionara un muchacho. La intendencia era cosa de Felipe… Por último, Juan dice:

«Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo». Falso, como veremos…

«¡Hacedlo rey!»

Ese 30 de marzo del año 29, miércoles, oscureció a las 17 horas, 49 minutos y 16 segundos (TU). La gente congregada en la gran pradera durmió poco. Buena parte de la noche transcurrió entre polémicas y gritos. Lentamente, los seguidores fueron percatándose de la magnitud del prodigio. Al principio estaban desconcertados. Después, al comprobar las trece canastas, con los panes y las tilapias que habían sobrado, se encendió el entusiasmo. Todos eran de la misma opinión: sólo el Mesías podía hacer algo así. En el grupo de los discípulos tampoco se durmió gran cosa. Sólo el Maestro descansó profundamente. Se arropó en su manto de color vino, dio las buenas noches, y cayó en un plácido sueño. ¡Qué bendición! ¡Conseguía dormir nada más cerrar los ojos! Al principio, Bartolomé —el Oso de Caná—, uno de los más cultos, se extendió en las profecías contenidas en las Sagradas Escrituras y en otros libros. Repasó las más destacadas y nos hizo ver que Jesús «era el hombre señalado por tales profecías» (más de quinientas). Los discípulos se mostraron de acuerdo. El Oso habló de Números y de la época en la que debería nacer dicho Mesías: un tiempo en el que Israel estuviera gobernado por un no judío. Y sentenció: «Cuando el cetro se hubiera apartado de Judá». Después —feliz— se refirió al profeta Miqueas (5, 2) y recordó que el rabí había nacido en Belén, como anunciaba el citado Miqueas. Citó a los Macabeos e insistió en el hecho de que —con la llegada del Mesías o Ungido — todos los países se arrodillarían ante Israel y reconocerían a Yavé como único Dios. El Mesías sería un rey poderoso, descendiente de la casa de David, que administraría el mundo con justicia. Jesús descendía del rey David, aunque por parte de su madre. Y comentó, naturalmente, las alusiones de Daniel al futuro Mesías. El profeta escribió que Dios mismo se sentaría a juzgar a los reinos de este mundo. Después repasó los textos de Zacarías (9, 1), asegurando que el Mesías entraría en Jerusalén montado en un asno, y también los de Isaías (9), que proponen que el Mesías iniciaría su predicación en la Galilea. Y recordó a los presentes que Jesús sería vendido por treinta monedas de plata, como afirma Zacarías (11, 12), y que, en fin, padecería una injusta condena por parte de las autoridades, siendo ejecutado (Isaías 53). Juan Zebedeo se unió a la recitación de Bartolomé e invocó otros libros: la

Sabiduría de Salomón y los Oráculos Sibilinos. En ellos también se habla de un rey justo que inaugurará una nueva era. «¡Ése es Jesús! —proclamaron a coro—. ¡Lo acaba de demostrar con la multiplicación de los panes y los peces! ¿Quién como Él?». Y un grito se propagó de hombre en hombre y de familia en familia:

—*¡¡¡Mashiaj!!!*… ¡¡¡Mesías!!!

Después reinó el silencio. Y la multitud durmió algo, hasta el amanecer. Pero, al alba, Pedro, Juan Zebedeo, el Iscariote y Simón, el Zelota, de común acuerdo, despertaron al gentío, invitando a los seguidores a proclamar rey al Galileo. Y otro grito resonó en la gran pradera:

—¡¡Hacedlo rey!!…

Y cientos de individuos, con los referidos discípulos a la cabeza, caminaron hasta los cipreses, despertando al Hijo del Hombre. Pedro gritaba más que nadie:

—¡¡Hacedlo rey!!… ¡¡Hacedlo rey!!

El Iscariote y el Zelota saltaban, entusiasmados, y desenvainaron las espadas, al tiempo que gritaban:

—¡Abajo Roma!

Andrés y el resto de los íntimos estaban desconcertados. Jesús se alzó, contempló a la enloquecida multitud y comprendió lo que pasaba.

—¡¡Hacedlo rey!! —vociferaban a coro.

El Maestro, entonces, trepó a una de las rocas basálticas y, alzando el brazo izquierdo, solicitó silencio. Pero la masa, al verlo sobre la piedra negra, se enardeció y gritó con más fuerza. Pedro se rompía la voz:

—¡¡Hacedlo rey…, ya!!

El Galileo siguió en silencio. Y fueron necesarios varios minutos para que el griterío amainase. Por último, se hizo el silencio, roto aquí y allá por el entusiasmo de unos pocos. Cuando todos guardaron silencio, el rabí, con voz potente y calmada, se dirigió a la multitud y dijo:

—Hijos míos…, sé que tenéis buenas intenciones…

Hizo una pausa y prosiguió con valentía:

—Pero sois de vista corta y mente material…

Pedro, en primera fila, perdió la sonrisa. Y el rabí continuó:

—Sé que queréis hacerme rey…, pero no porque la verdad os haya visitado… Queréis hacerme rey porque tenéis el estómago lleno de pan…

Un murmullo de desaprobación llenó la pradera. Y los primeros rayos de sol iluminaron aquella extraordinaria lámina. El Maestro, verdaderamente, tenía planta de rey.

—¿Cuántas veces he proclamado —continuó con cierto desaliento— que mi reino no es de este mundo?…

Silencio.

—… El reino invisible y alado es una hermandad espiritual.

Y subrayó, elevando el tono de la voz:

—¡Una hermandad espiritual!… Nadie, en ese reino, se sienta en un trono material… ¿Es que he fallado a la hora de revelaros quién es el Padre Azul y en qué consiste ese reino invisible?…

Silencio total.

—¿Por qué deseáis hacerme rey?… Primero asimilad mis palabras y procurad que el Padre de las luces se siente en vuestros corazones… Y ahora, ¡marchad en paz!

Fue como una losa. La gente quedó aplastada y en absoluto silencio. Pedro, Juanito Zebedeo, el Iscariote y el Zelota aparecían pálidos. Las espadas regresaron a los cintos y la multitud, lentamente, dio media vuelta y se reunió con los suyos. Murmuraban y murmuraban, pero no comprendían las palabras del Galileo. Y el Hijo del Hombre bajó de la roca, tomó su manto, y, sin mediar palabra, se alejó hacia las lagunas. Escuchamos algún grito, aislado, reclamando de nuevo la inmediata coronación de Jesús, pero no tuvo éxito. La gente, como digo, estaba decepcionada. Y vimos cómo recogían sus cosas, iniciando un éxodo hacia la costa. Pedro, sentado en la hierba, lloraba con desconsuelo, y repetía:

—¡No entiendo!… ¡No entiendo…!

A la hora quinta (once de la mañana) apenas quedaban cuatrocientas o quinientas personas en la gran pradera. Se negaron a abandonar al rabí.

Y los discípulos, junto a las trece canastas de esparto, permanecieron en silencio, sin saber qué hacer ni qué decir. Era la gran derrota y el fin de sus sueños de gloria…

Una hora más tarde —hacia mediodía—, el Galileo regresó junto a los cinco cipreses devotos. Conversó brevemente con Andrés y ordenó que los discípulos regresaran a Saidan. Él permaneció en el lugar; mejor dicho, retornó al llamado «nivel cero», en las lagunas. Más adelante volvería al caserón de los Zebedeo. Eso dijo. Y me cuesta entender por qué tres de los cuatro evangelistas no dicen ni pío sobre el intento de coronación de Jesús como rey de Israel. Como ya mencioné, sólo Juanito Zebedeo hace una ligera y equivocada alusión, afirmando que el Maestro huyó cuando se dio cuenta de que querían hacerlo rey a la fuerza. Es inevitable pensarlo: para los evangelistas, la actitud y las palabras de Jesús en la gran pradera

constituyeron un fracaso. O sea: no entendieron nada… Por eso no escriben una sola palabra sobre el importantísimo suceso del intento de proclamación del Hijo del Hombre como rey… Y la aventura continuó.

La fantasía de Pedrito

Recogimos lo poco que teníamos, distribuimos las trece canastas con el pan y las tilapias entre los cientos de seguidores fieles, y marchamos hacia la desembocadura del *nahal* Kanaf. Llegamos bien entrada la noche del jueves, 31 de marzo del año 29. No sentí preocupación alguna por el Maestro. Gelal, el cazador de patos y cisnes, era el amo de aquellos pantanos… No podía sucederle nada. ¿O sí?

Embarcamos en las dos lanchas y remamos hacia el norte, hacia el pequeño puerto de Saidan. La noche era especialmente negra y estrellada, con un intenso viento en contra. Yo ocupé la embarcación en la que navegaban los hermanos Zebedeo, Andrés, Judas (uno de los gemelos), Pedro y Tomás. Me hice con uno de los remos de babor y me entregué a la faena. Pedro se hallaba inmediatamente detrás de este explorador. A pesar de nuestro trabajo, el barco avanzaba con dificultad. El viento racheaba, tozudo, y obligaba a doblar el esfuerzo. Necesitamos tres horas para cubrir el trayecto. A la ida —hacia la desembocadura del río Kanaf— sólo precisamos una. Los discípulos bogaban en silencio. Comprendí: estaban desolados. La reciente experiencia en la gran pradera fue demoledora. Aquellas dos millas por el *yam* fueron eternas… Y los íntimos fueron descansando por turnos.

A eso de las tres de la madrugada, Pedro se sintió agotado. Dejó el remo y se acurrucó en la popa, muy cerca de este explorador. Y quedó profundamente dormido. Al poco noté cómo se agitaba. Y le oímos gritar, en sueños:

—¡Maestro…, sálvanos!… ¡Sálvanos!

Y lo repitió varias veces. Nos miramos, pero los discípulos no lo tuvieron en cuenta. En Pedrito era común. Como bien apuntó Jasón en sus diarios, el discípulo tenía problemas con el sueño. Y así continuamos. Pero, al llegar cerca de la «quinta piedra», frente al caserón de los Zebedeo, en la playa de Saidan, ocurrió algo lamentable. De pronto, Pedro se levantó y, dando tumbos, saltó al agua. ¡Pardiez! El gemelo dio la voz de alarma y los Zebedeo, junto con Andrés, soltaron los remos y lo agarraron como pudieron. Costó subirlo a la barca. Andrés lo maldecía. Pesaba como una vaca… Al dejarlo sobre la cubierta, Pedro aparecía demudado y confuso.

—¿Qué ha pasado? —repetía—. ¿Qué ha pasado?

La lancha embarrancó y saltamos a la arena. Fue allí, al reunirnos con los tripulantes de la segunda embarcación, cuando Pedrito contó la siguiente y fantástica historia:

—De pronto vi al Maestro… ¡Caminaba sobre las aguas!…

Los discípulos se miraron, incrédulos. Los de nuestra barca sabíamos que Pedro tuvo un sueño. Pero él continuó, entusiasmado:

—Pasó por estribor… Y, cuando estaba a punto de rebasarnos, le grité: «¡Sálvanos, Maestro!… ¡Sálvanos!»… Él, entonces, se volvió hacia mí y exclamó: «¡Soy yo…, no temáis!»…

Los discípulos seguían el relato con curiosidad y con una media sonrisa colgada del rostro. Estaba claro que Pedro lo había soñado, pero le dejaron hablar.

—Entonces —prosiguió Pedrito— le dije al rabí: «Señor, si eres tú, invítame a que camine sobre las aguas…».

Tomás soltó una carcajada. Pero Pedro lo miró con desprecio y continuó:

—… Y me lancé al *yam*…

Eso sí era cierto.

—… Pero me hundí… Y le grité a Jesús: «¡Señor, sálvame!»… El Maestro, entonces, se acercó, me dio la mano y me sacó del agua, diciéndome: «¡Hombre de poca fe!… ¿Por qué has dudado?».

La cuestión estaba clara. Pedro sufría de sonambulismo. Tuvo un sueño en el que vio al Maestro caminando sobre el lago, se puso en pie y, dormido, saltó al *yam*. El resto ya lo conocía. Pero Pedro —cabezota— sostuvo siempre que el sueño no había sido tal y que él vio al rabí sobre las aguas. Y repetía, como un loro: «¡Caminaba por encima del mar!». Y sus colegas sonreían, benévolos… Lo increíble es que tres de los cuatro «escritores sagrados» (?) dieron por buena la fantasía de Pedrito. ¡Y la consideraron real!…

Empezaré por el texto de Juanito Zebedeo. En el capítulo 6 de su evangelio (versículos 16 al 21) dice textualmente: «Al atardecer bajaron sus discípulos a la orilla del mar, a Cafarnaúm. Había ya oscurecido, y Jesús todavía no había venido donde ellos; soplaba un fuerte viento y el mar comenzó a encresparse. Cuando habían remado unos veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca, y tuvieron miedo. Pero él les dijo: “Soy yo. No temáis”. Quisieron recogerle en la barca, pero enseguida la barca tocó tierra en el lugar adonde se dirigían».

No sé qué términos utilizar: ¿fue Juan Zebedeo un mentiroso? ¿Quizá un adulador? ¿Trató de congraciarse con Pedro? ¿Era un enfermo mental?

¿Cómo se puede verter tanta mentira en un escrito de trece líneas? Él —Juanito— iba en esa lancha. Él vio y supo lo que verdaderamente sucedió… Veamos. Los discípulos no subieron a una barca; lo hicieron en dos. Tampoco se dirigían a Cafarnaúm (Nahum). Navegaron hacia Saidan. Y, sobre todo, ¿por qué utiliza el plural («ven», «tuvieron» y «quisieron»)? Ninguno de los discípulos vio al Maestro caminando sobre el *yam*. Insisto: fue un sueño de Pedro. Juanito escribe que «quisieron recogerle (a Jesús) en la barca». Falso. Fue a Pedrito al que tuvieron que rescatar de las aguas. Por último, el evangelista da a entender que el rabí desapareció cuando la barca tocó tierra. ¿Cómo se puede ser tan cínico?

Mateo (14, 22-23), que navegaba en la otra lancha, asegura que Jesús se despedía de la gente y «después subió al monte a solas para orar». Nueva falsedad. El Maestro, como he relatado, permaneció en las lagunas. Los discípulos no embarcaron en un barco; fueron necesarios dos: los mismos que utilizaron cuando navegaron desde Saidan a la desembocadura del río Kanaf. Y el evangelista usa también el plural, haciéndonos creer que Jesús fue visto por la totalidad de los discípulos que ocupaba esa lancha. Falso. Y afirma que los íntimos sintieron miedo. Más falso aún. ¿Cómo sentir miedo de algo que no existe? Por último, el desastroso relato evangélico concluye con otra frase genial: «… Subieron a la barca (Jesús y Pedro) y amainó el viento». ¡Falsísimo!… El rabí no regresó a Saidan hasta el día siguiente. Respecto al viento, nueva mentira; continuó soplando…

Como vemos, Juan y Mateo mienten como bellacos y, además, se contradicen. Juanito asegura que el Maestro no llegó a subir a la lancha; el otro dice lo contrario…

Marcos (6, 45-52), como es habitual en él, copia a Mateo y escribe al dictado de Pedrito. Por eso cae en los mismos errores. Y finaliza este pasaje con un texto que no tiene pies ni cabeza: «… Subió entonces (Jesús) donde ellos a la barca, y amainó el viento, y quedaron en su interior completamente estupefactos, pues no habían entendido lo de los panes, sino que su mente estaba embotada». Y digo yo: ¿qué tiene que ver lo de los panes con el supuesto caminar del Maestro sobre las aguas del mar de Tiberíades?

Lucas —que era médico— comprendió que la historieta de Pedro era pura fantasía y no la incluyó en su evangelio. Menos mal…

Pero la versión de Pedrito —con el paso de los años— terminó triunfando. Era, obviamente, muy espectacular, aunque falsa. Y me pregunto: «¿qué necesidad tenía el Hombre-Dios de hacer circo?». Esta actitud (caminar sobre las aguas), además, aparecía en contra de las propias decisiones del Galileo,

adoptadas durante su retiro de treinta y nueve días en la cueva de la llave, en Beit Ids. En suma: los evangelistas, para mí, tras la narración del sueño de Pedro como algo real, perdieron toda credibilidad.

Un hombre peligroso

En Saidan aguardaba una mala noticia. Durante la estancia en la gran pradera, Agaman, una de las mujeres que integraban el grupo de doce evangelistas, falleció en Nahum. La viuda siria que ayudaba en secreto a las familias de los discípulos se metió en la cama y no despertó. Todo el mundo la quería.

El 1 de abril del año 29, viernes, en efecto, regresó el Hijo del Hombre. Lo acompañaban los cuatrocientos o quinientos fieles seguidores que continuaron a su lado tras el fallido intento de proclamarlo rey. Y el Maestro, nada más pisar el caserón de los Zebedeo, convocó a los doce. Andrés se dio prisa. Jesús aparecía serio. Una vez reunidos en la «tercera casa», el Galileo los puso firmes. Sus palabras fueron duras:

—¿Hasta cuándo tendré que ser paciente con vosotros? —empezó el rabí en un tono severo—. ¿Es que todos sois débiles de espíritu?… Durante todo este tiempo os he enseñado cuáles son las verdades del reino invisible del Padre Azul… Vosotros, en cambio, os dejáis dominar por objetivos materiales…

Los discípulos entendieron, y bajaron la cabeza, avergonzados. Pedro no sabía dónde esconderse. Intentó abandonar la sala, pero Andrés lo sujetó por una de las mangas.

—… ¿Es que no habéis aprendido a confiar? —prosiguió el Galileo con más suavidad—. Recordad a Moisés cuando dijo: «No temáis. Estad firmes». ¡Confiad en Ab-bā!… Echa sobre Él tu carga… Él es tu refugio… Mejor es confiar en el Altísimo que en los príncipes del mundo… ¿No comprendéis que los milagros no son el camino?…

Los miró de uno en uno. Todos bajaron los ojos. Comprendían, pero a medias…

—Saciamos a la multitud —continuó—, ¿y de qué sirvió? Eso no los llevó a la sed espiritual… Cuando calmaron el hambre intentaron proclamarme rey, sí, pero ¿por qué?

Y esperó una respuesta. Nadie se atrevió a pronunciarse.

—Yo os lo diré —se adelantó el Hijo del Hombre—: porque es muy fácil comer sin trabajar…

Y volvió a endurecer el tono:

—Y en eso, algunos de vosotros formasteis parte…

Pedro y Juanito enrojecieron como amapolas. El Iscariote siguió pálido. No movió un músculo. Simón, el Zelota, otro de los que avivaron el «incendio» en la gran pradera, sacó la espada y se dedicó a sacarle brillo con el filo de la túnica negra.

—Esa actitud —declaró el Galileo— no ayuda a revelar al Padre Azul… ¿Es que no tenemos suficientes enemigos entre los miembros del Sanedrín para que, además, tengáis que provocar a las autoridades civiles?

Fin de la amonestación. En esos momentos llegó al caserón David Zebedeo con dos de sus correos. Traía noticias inquietantes. La multiplicación de los panes y los peces había llegado, por supuesto, a oídos del tetrarca —Herodes Antipas— y también a la sala de las piedras talladas, en el Sanedrín. Y David supuso —con razón— que Poncio, el gobernador romano con residencia en Cesarea, había sido igualmente informado por los confidentes que, sin duda, se hallaban mezclados entre los cinco mil de la gran pradera. Antipas se reunió con los representantes de las castas sacerdotales de Jerusalén y discutieron el prodigio. Y el tetrarca comentó: «Si todo eso es cierto, ese carpintero es un hombre peligroso… Si ha sido capaz de multiplicar los panes y los peces, bien podría hacer lo mismo con las espadas o las mazas de un ejército…». Los fariseos y saduceos se mostraron de acuerdo: «Jesús era extremadamente peligroso». Y los sacerdotes presionaron a Herodes Antipas para que firmara la orden de caza y captura del Maestro. Jesús, después de todo, se hallaba en la Galilea, territorio de Antipas. «Era preciso apresarlo y ejecutarlo», gritaron. Pero el tetrarca se resistió, argumentando que también era cierto que el «carpintero loco» se había negado a recibir la corona de Israel. David Zebedeo sabía que Chuza, el funcionario de Herodes Antipas, le había informado puntualmente sobre lo sucedido en la gran pradera. Los saduceos que acudieron a esta reunión, en Tiberíades, fueron los más ponzoñosos. «Si un hombre —decían— es capaz de multiplicar la comida, y alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, Roma está en peligro…, y nosotros también». Y argumentaban: «Ese “carpintero loco” puede convertir las piedras en serpientes y arruinar un imperio… No podemos perder lo que tenemos. ¡Aprésalo!». De Poncio, David Zebedeo no sabía gran cosa. Únicamente que se hallaba igualmente informado.

Ese mismo 1 de abril, viernes, con el ánimo más templado, el Maestro aconsejó a Andrés que lo preparara todo para viajar a Jerusalén. Allí celebrarían la nueva Pascua. Nos acompañarían las mujeres. Pero antes descansaríamos unas horas en la costa oeste del *yam*. Y así fue.

Felipe se ocupó de la intendencia y de los carros, como siempre. El resto —desganado— se hizo con lo imprescindible para el viaje. Los discípulos —salvo los gemelos, que apenas participaban en nada— aparecían derrotados y temerosos. Aquellas reuniones entre los jefes de las castas sacerdotales y Antipas no auguraban nada bueno. Tarde o temprano, el Maestro sería capturado. Ellos lo sabían. El rabí lo sabía. Yo lo sabía… Las ideas y objetivos acariciados por los íntimos se derrumbaron, una vez más. Habían perdido la oportunidad de oro. La proclamación del Mesías esperado se alejaba…

Y esa tarde desembarcamos en Genezaret (Ginnosar), al norte de Migdal. Los seguidores se quedaron en Saidan. Los doce discípulos eran un grupo de perdedores. Las once mujeres, en cambio, rebosaban optimismo. Nos instalamos en los alrededores de la casa de unos de los fieles creyentes y allí permanecimos dos noches.

Genezaret era una aldea de pescadores, tímida y laboriosa, con casas de una planta, blancas y acogedoras, con redes en las puertas (para impedir el paso de los insectos) y decenas de jaulas de pájaros cantores en las fachadas y en las azoteas. Durante el día, los trinos de los ruiseñores y jilgueros eran continuos, endulzando la dura vida de aquellos primitivos judíos. Jesús hizo *'im*, según su costumbre, e, incluso, se adentró en el lago, ayudando a pescar.

La segunda noche asistí a una conversación muy oportuna. En el jardín de la casa, en torno a una fogata, la palabra más repetida fue «fracaso». Los hombres no lograban superar el trauma de la gran pradera. Y «A» —María, la de Magdala— preguntó al Maestro:

—Rabí, ¿por qué todo el mundo persigue el éxito?

Pedro y Juanito Zebedeo la asesinaron con la mirada.

—Porque desconocen el verdadero —el auténtico— sentido de la vida…

La respuesta de Jesús interesó a la mayoría. Y el Galileo continuó, al tiempo que extendía las palmas de las manos hacia el fuego:

—Y me preguntaréis: ¿cuál es el sentido de la vida?

—Eso —terció el Oso—, ¿cuál?

—Lo hablamos… El sentido está en experimentar y buscar al Padre Azul.

Bartolomé volvió a interrumpir:

—Maestro, por favor, empecemos por el principio: ¿qué es el éxito?

Jesús de Nazaret paseó la mirada sobre aquellos desconcertados e intrigados hombres y mujeres y terminó preguntando:

—Decídmelo vosotros…

E invitó a la de Magdala para que se pronunciara.

—El éxito… —dudó María— es un malentendido.

—¿Por qué? —preguntó Pedro entre risitas.

—No conduce a nada —resumió la brava mujer.

—Pero te da dinero y fama —intervino Juanito Zebedeo con aire de superioridad.

—¿Y qué? —respondió «A» encogiéndose de hombros.

—¿No te interesa el dinero? —se asombró Tomás.

—Me interesan más otros asuntos… El dinero viene y se va.

El rabí animó al resto para que siguiera opinando.

—El éxito —soltó el incorregible Juan Zebedeo— consiste en derrotar a los *kittim* (romanos).

Santiago, su hermano, a su lado, hizo un gesto con la mano. No deseaba hablar del tema. Y Pedro soltó con gran voz:

—¡Mi éxito ha sido conocerte, Maestro!

Todos aplaudieron. Pedro se puso en pie y correspondió con una exagerada reverencia. El Galileo —feliz— solicitó calma.

—El éxito es salud —aportó Mateo Leví.

—El éxito —balbuceó Judas de Alfeo— es dormir bien…

El otro gemelo —Jacobo— se encogió de hombros. No sabía.

—El éxito —cantó Tomás, al tiempo que agitaba los dados en la mano izquierda— es ganar… No importa qué.

Y lanzó los dados de marfil sobre el manto en el que se sentaba. Y proclamó:

—¡Seis… seis… uno!… ¡661!…

¡Pardiez! En Kábala, «661» equivale a «cosecha abundante». Si sumamos los tres dígitos (6 más 6 más 1), el resultado es «13»: ¡amor eterno! ¡Pardiez! ¿Quién mueve los hilos de la vida?

El Iscariote se negó a participar en el aparente juego. Seguía irritado ante el «absurdo comportamiento del rabí en la gran pradera». Eso decía.

Andrés tampoco participó. Se había quedado dormido.

Felipe no perdió la ocasión de hablar de su querida China:

—El éxito es viajar a China…

Algunos silbaron. Y le llegó el turno a Bartolomé, el Oso de Caná:

—El éxito es poder contar tu historia al final de tus días…

Nuevos y sonoros aplausos. La de Magdala se levantó, se aproximó al Oso, y le estampó un sonoro beso en la frente. Pedrito solicitó otro beso, pero «A» lo ignoró. Y Tomás empezó a silbar con fuerza. El Maestro se vio obligado a intervenir de nuevo.

—El éxito —prosiguió el Zelota— es una buena espada…

El resto de las mujeres se negó a participar.

—Y tú, Maestro —se interesó Juanito Zebedeo—, ¿qué crees que es el éxito?

Jesús miró a la de Magdala y reforzó lo dicho por «pecho tabla»:

—El éxito es un malentendido… El hombre lo persigue sin saber que ya ha triunfado.

No entendieron y preguntaron todos a la vez:

—¿Cómo es eso?

Jesús llevó el dedo índice izquierdo a la frente y aclaró:

—Desde el instante en que el Padre Azul se acomoda en tu mente… ¡ya has triunfado!

—Rabí —intervino de nuevo la de Magdala—, ¿cuál es el mejor consejo para alcanzar el éxito interior?

El Galileo sonrió y proclamó, rotundo:

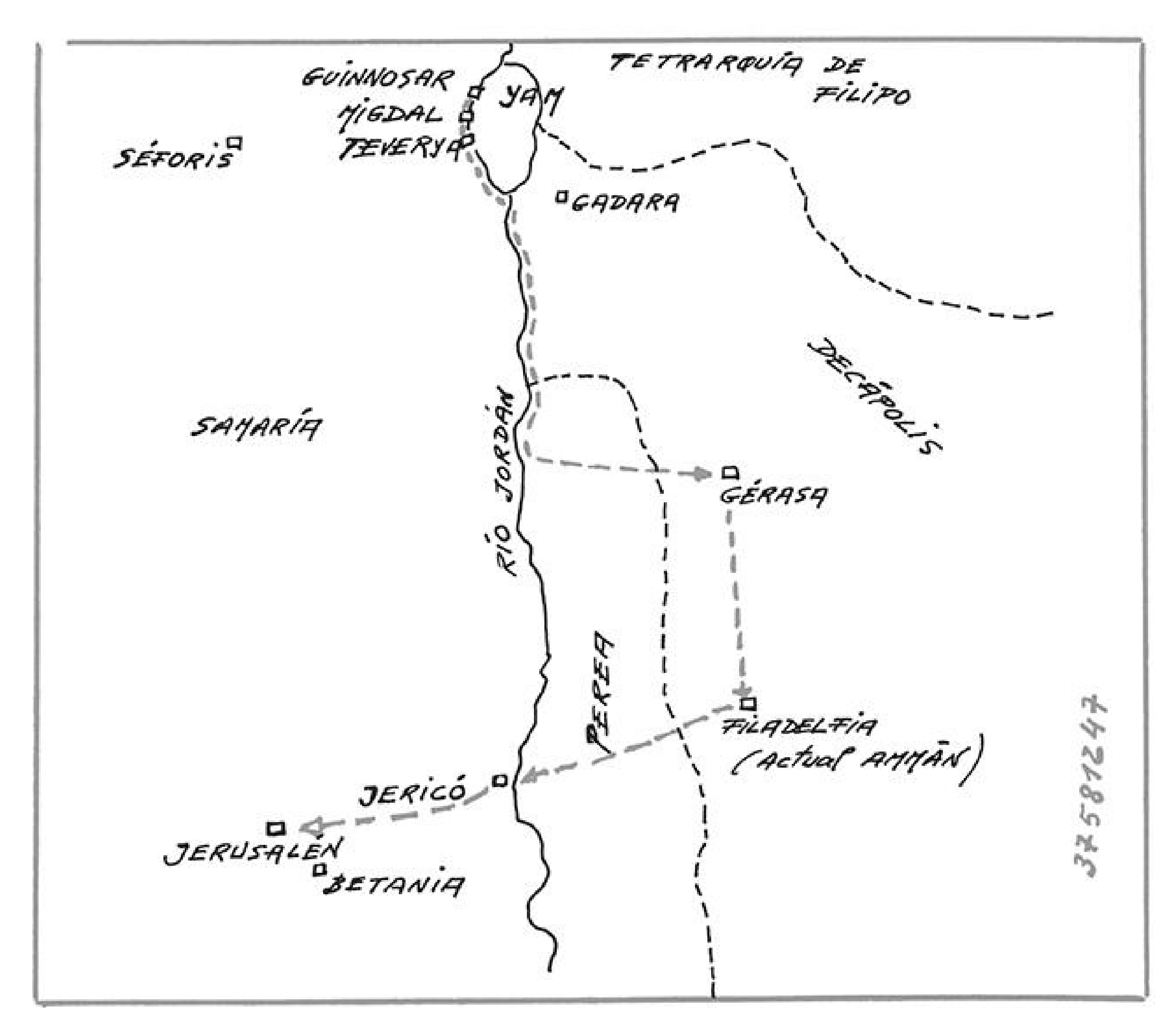
—Dudar…

Esa noche pensé mucho en la *nitzutz*, la chispa divina que —según el Maestro— habita en la mente humana. ¿Dios en mi interior? ¿En un ser tan miserable como yo? ¡Qué misterio! Si fuera así, el Padre Azul —verdaderamente— sería una criatura amorosa… Pero ¿quién sabe?

'Edra'

Aquel viaje fue tranquilo. El domingo, 3 de abril del año 29 de nuestra era, emprendimos la caminata hacia Jerusalén. Todo funcionó a la perfección: los carros, la intendencia, la comida y el silencio. Rodeamos la costa oeste del *yam* y fuimos a tomar la margen izquierda del *nahal* o río Jordán. El Maestro prohibió las predicaciones. En realidad, ninguno de los discípulos estaba en su mejor momento. Seguían hundidos. No dirigir la palabra a la gente alivió la situación. Evitamos las aglomeraciones. Nos desviamos hacia Gérasa (no confundir con la Gerasa de la costa oriental del mar de Tiberíades) y Filadelfia (actual Ammān), en la Decápolis, pero acampamos en las afueras. El tiempo —espléndido— también colaboró.

Y el 6 de abril, miércoles, divisamos Betania, la aldea en la que vivían Lázaro y sus hermanas. Nos recibieron con abrazos y lágrimas. Hacía mucho que no se veían. Andrés dispuso los alojamientos. Los hombres —por parejas— fueron distribuidos en seis casas del lugar. Las familias que los acogieron eran creyentes en Jesús. Las mujeres se alojaron en la hacienda de Lázaro, con el Maestro. Yo elegí el *reda*.



Itinerario de Jesús y el grupo de mujeres y hombres hacia Jerusalén, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Lázaro, Marta y María informaron de inmediato de la situación en la ciudad santa. Algo que ya conocíamos… Los ánimos estaban incendiados. ¡Muerte al rabí de Galilea! Ése era el sentir de las castas sacerdotales. Y Lázaro explicó: los sacerdotes bramaban contra el rabí. El último prodigio —en la pradera— los tenía histéricos. Según ellos, confirmaba las sospechas: el Maestro era un aliado —puede que un hijo— de Belzebú, el señor de las moscas. Y exigían que el Sanedrín lo capturase de inmediato. Eso significaría la ejecución del Galileo por lapidación o estrangulamiento. Los saduceos, por su parte, siempre a la sombra del poder, temían la reacción de Roma. Las acciones de Jesús —decían— podían provocar la movilización de las legiones contra Israel. Eso terminaría con sus privilegios y negocios, siempre a la sombra de los *kittim*. Era urgente, por tanto, acabar con la vida del «carpintero loco». Los «santos y separados» (fariseos) iban más allá y reclamaban que los zelotas (grupo armado de las hermandades fariseas) dieran un golpe de mano

y secuestraran o asesinaran al Hijo del Hombre, terminando así con aquella odiosa situación. Y celebraban reuniones con los zelotas, planificando el cómo, el cuándo y el dónde. Simón, el Zelota, prometió indagar entre sus hermanos, los guerrilleros. Los escribas o doctores de la ley se rasgaban las vestiduras. Unos estimaban que sólo el Mesías podía llevar a cabo un milagro como el de la multiplicación de los panes y los peces. Otros maldecían y se ponían del lado de los fariseos, confirmando que los prodigios eran obra de Satanás. Y pasaban horas y horas buscando referencias en las Sagradas Escrituras. Pero el único suceso que encontraron —similar a la multiplicación en la gran pradera— fue en el libro primero de los Reyes (17, 7-17), cuando Elías «multiplica» la harina de la tinaja en la ciudad de Sarepta, en Fenicia. El texto en cuestión dice así: «Al cabo de los días se secó el torrente (Kerit), porque no había lluvia en el país. Le fue dirigida la palabra de Yavé a Elías diciendo: "Levántate y vete a Sarepta de Sidón y quédate allí, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te dé de comer". Se levantó y se fue a Sarepta. Cuando entraba por la puerta de la ciudad, había allí una mujer viuda que recogía leña. La llamó Elías y dijo: "Tráeme, por favor, un poco de agua para mí en tu jarro para que pueda beber". Cuando ella iba a traérsela, le gritó: "Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano". Ella dijo: "Vive Yavé tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo. Lo comeremos y moriremos". Pero Elías le dijo: "No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo. Porque así habla Yavé, Dios de Israel: 'No se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que Yavé conceda la lluvia sobre la haz de la tierra'". Ella se fue e hizo según la palabra que Yavé había dicho por boca de Elías». De esto hacía novecientos años…

En síntesis: Jerusalén ardía… «Jesús era hombre muerto». Eso proclamaban Lázaro y sus hermanas. Y María lloraba desconsoladamente.

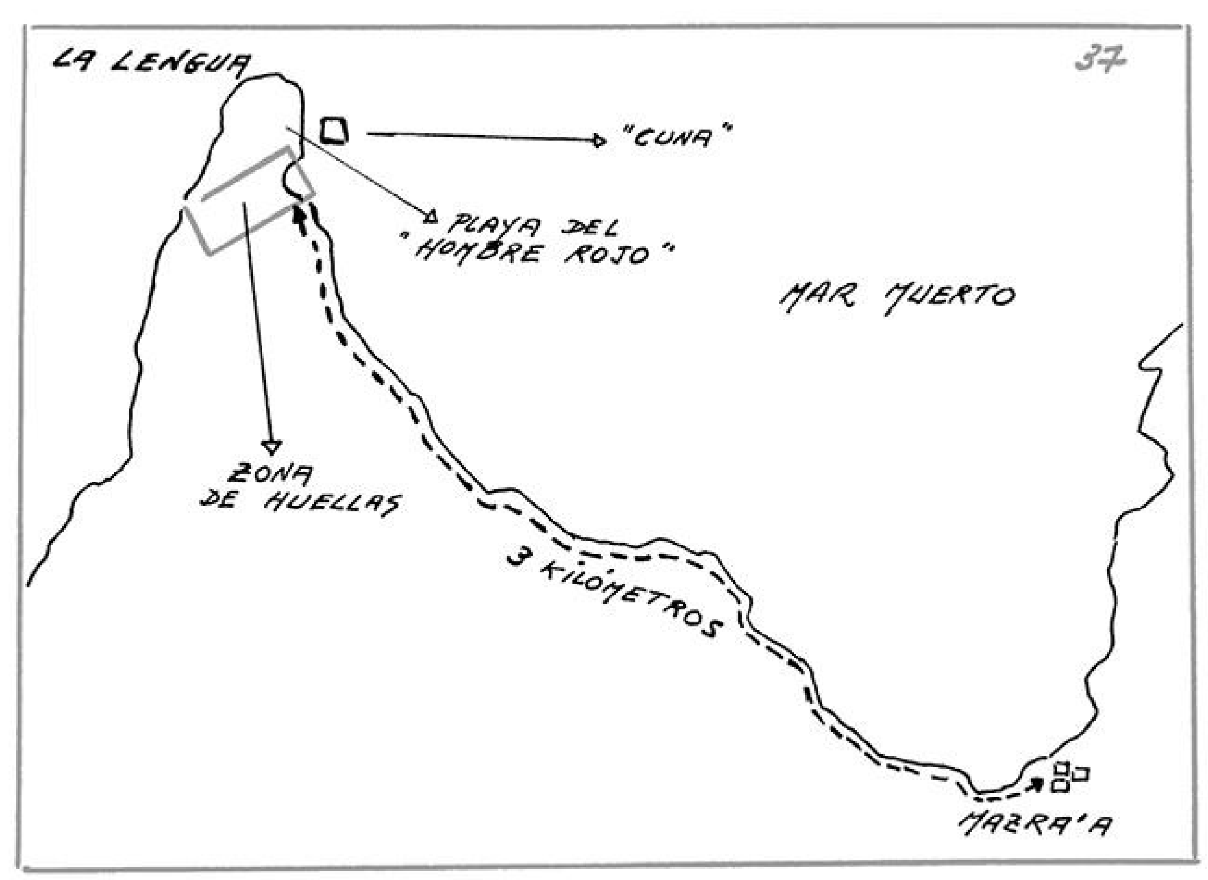
El Maestro casi no se movió de la hacienda. Habló mucho con Lázaro, con sus discípulos y con el grupo de mujeres. Una mañana —embozado y a escondidas— visitó el Templo y regresó de inmediato. Tampoco hubo predicaciones. Y los íntimos —a la vista del panorama— cayeron en una desmoralización casi total.

Yo aproveché la proximidad al mar Muerto y visité la «cuna». Fue el miércoles, 13 de abril. En la playa del Hombre Rojo no había novedad; mejor dicho, se registró una, pero no la descubrí hasta dos días más tarde… Mi

obsesión, en aquellas jornadas, seguía siendo la multiplicación en la gran pradera. Terminé rindiéndome. La ciencia, como dije, no tiene explicación.

Fue en la mañana del sábado, 16 de abril (año 29), al disponerme a caminar hacia la aldea de Mazra'a, con el fin de obtener algunas provisiones, cuando me percaté de ello. ¡Pardiez! ¿Qué era aquello? Me agaché y lo examiné con cuidado. No podía creerlo… ¡La «cuna» estaba a un paso! Calculé 20 metros. Aparecían en la orilla, junto al agua, y se dirigían hacia el sureste, en dirección a la aldea. ¡Pardiez!… ¡Eran huellas! Formaban una hilera. Conté 26. Las examiné, como digo, con detenimiento. ¡Pero no eran huellas humanas! Eran casi circulares, de unos 15 centímetros de diámetro mayor, y otros diez de profundidad. Estaba desconcertado. Aquel terreno era duro y apelmazado ¡Pura sal! ¿Qué clase de criatura había dejado semejantes improntas? ¡Tenía que pesar más de doscientos o trescientos kilos! Como un perfecto estúpido presioné el salitral, intentando dejar la huella de mi pie. ¡Absurdo! La impronta fue superficial. Caminé arriba y abajo, siguiendo la dirección de las huellas, y quedé nuevamente desconcertado. Las improntas, como digo, aparecían junto al agua, continuaban en dirección a Mazra'a y desaparecían de pronto, como si el ser tuviera la capacidad de volar. Me adentré en el lago, pero no detecté nada anormal. Tampoco las cámaras de seguridad de la nave registraron nada extraordinario o extraño. ¿Qué era aquello? Dediqué toda la mañana al estudio de las 26 huellas. Cuatro de los cinco dedos disponían de garras largas y afiladísimas. Me llamó la atención un detalle. El dedo correspondiente al pulgar no marcaba la uña o garra. ¿Se trataba de un dedo «regresivo»? Eso hubiera significado que la pata del animal podía ser muy evolucionada. ¡Pardiez! ¿Estaba perdiendo el juicio? Y pensé, naturalmente, en Adam-adom, la criatura singular de la que hablaban los habitantes de la jungla del río Jordán: un ser de ojos luminosos, capaz de volar, y que atacaba a hombres y animales, succionándoles la totalidad de la sangre. Lo habían visto muchas veces. Eso decían. Pero terminé por olvidar la leyenda. Los judíos y paganos de aquella región eran especialmente supersticiosos. Y no le di mayor importancia. Podían ser las huellas de un caballo o de una vaca… ¡Pardiez, qué estupidez! Ninguna caballería dejaba huellas así, y mucho menos un toro o una vaca… Al ingresar en Mazra'a indagué con prudencia. ¿Alguien había oído hablar de Adam-adom, el «hombre rojo»? Me miraron con temor. La mayoría rehusó hablar del asunto. Uno de los ancianos, propietario de la única tienda de comestibles de la aldea, reconoció que, en su juventud, escuchó algo sobre el «hombre rojo» y también sobre otra criatura a la que llamó «'Edra'», porque tenía la fuerza de

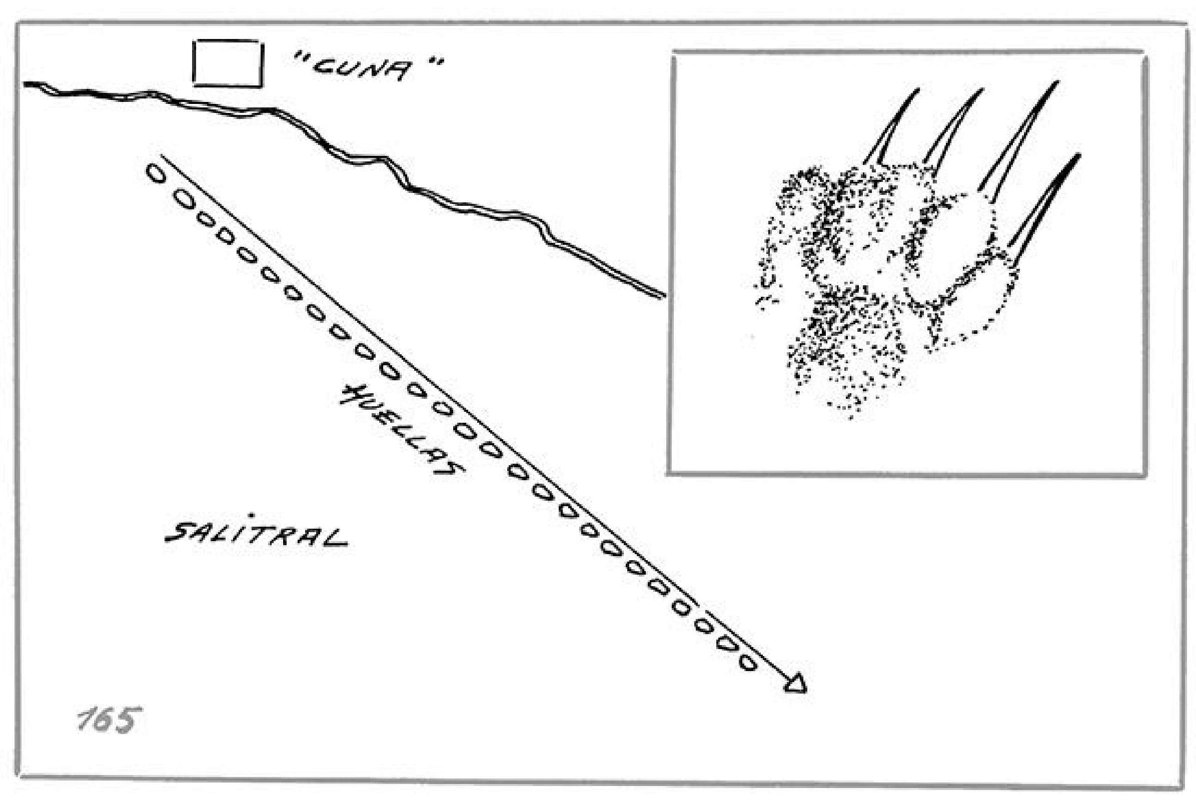
diez toros. Y la describió: «Aspecto de león, con alas, y garras muy largas y afiladas. Las orejas eran de caballo, la piel de tortuga, y dos cuernos en la cabeza. Cada zarpazo podía derribar a diez hombres. Las patas eran de oso, con una cola larga…». No le creí, obviamente. Y así concluyó el asunto de las misteriosas huellas, aparecidas muy cerca de la «cuna». «Santa Claus» no proporcionó ninguna novedad. Todo se desarrollaba según lo previsto. Eso pensé… Pero no.



Ubicación de las huellas, en la playa del Hombre Rojo, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

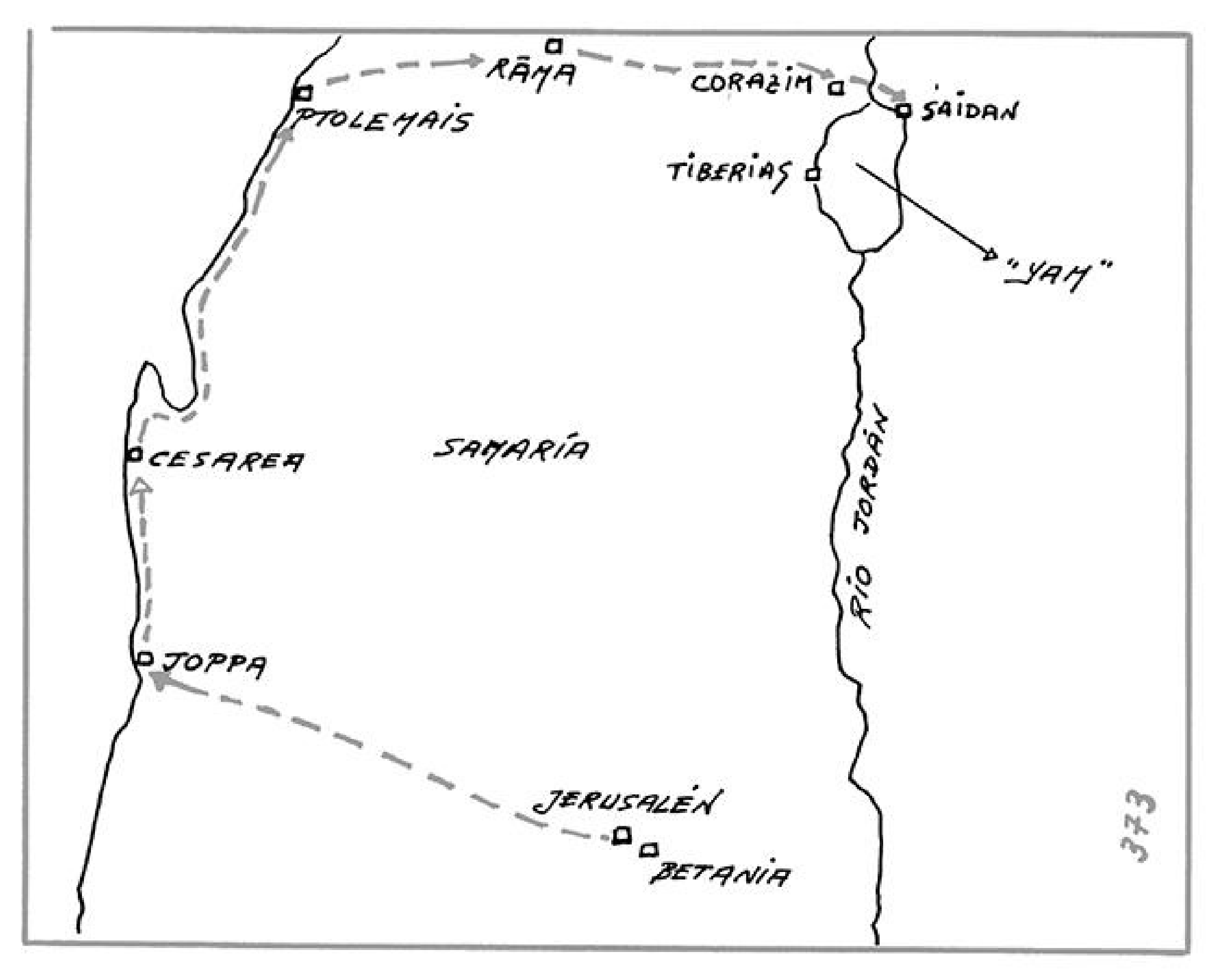
Me reincorporé al grupo, en Betania, al atardecer del jueves, 21 de abril. Todo seguía igual… El miedo continuaba sentado en los corazones de las mujeres y de los hombres. El único que aparecía tranquilo era el rabí. Al día siguiente, viernes, el Maestro recibió la visita, en la hacienda, de dos viejos amigos: Nicodemo, el escriba y fariseo, y José de Arimatea, el noble y rico decurión, miembro de un Beth Din (uno de los tribunales de Jerusalén) y asesor del Sanedrín. Ambos se presentaron preocupados. Y confirmaron lo que ya se sabía: las castas sacerdotales preparaban un plan para capturar al Galileo y ejecutarlo… ¡sin juicio! Y rogaron al rabí que recogiera sus cosas y huyera de Betania sin pérdida de tiempo. Y así fue. El domingo, 24 de abril

(año 29), al alba, el grupo huyó de nuevo. Esta vez —por seguridad—, Jesús se dirigió a la costa. Y cruzamos las ciudades de Joppa, Cesarea y Ptolemais (en Fenicia). De allí nos dirigimos a Rāmma y Corazim y, finalmente, a Saidan. No hubo predicaciones. Sólo prisas, silencios y mucha desconfianza por parte de los íntimos. Las mujeres se quedaron atrás, escondidas en los *redas*. Y regresaron por otros caminos. Las acompañaron los gemelos de Alfeo. Al llegar a Rāmma nos dimos cuenta: el Hijo del Hombre, pálido, casi no hablaba; casi no comía. Felipe estaba preocupado. ¿Qué le sucedía? Lo observé constantemente. Cuando acampábamos, se retiraba a los bosques o praderas y allí permanecía, en silencio, hasta que caía la noche. Después se encerraba en su tienda. Y así día tras día. Era evidente que lo consumía la tristeza. Nunca lo vi así. Pero ¿qué estaba pasando? ¿A qué se debía aquel singular comportamiento? No tardaríamos en descubrirlo…



Huellas en el salitral. En el recuadro superior, una de las 26 improntas. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y el 29 de abril, viernes, divisamos Nahum…



Jesús y su grupo huyen de nuevo. En esta ocasión, por la costa. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El principio del fin

Nada más entrar en Nahum, Jesús de Nazaret rogó al jefe de sus discípulos que se presentara en la sinagoga y solicitara autorización para hablar en ella al día siguiente, sábado. Andrés cumplió y consiguió el permiso. Se lo proporcionó Jairo, el padre de la niña supuestamente resucitada.

El Maestro continuaba triste, con el semblante ensombrecido. Obviamente, algo le preocupaba. Me hubiera gustado preguntarle, pero no me atreví. Nadie sabía qué hacer. Los íntimos y las mujeres hablaban entre ellos, pero no se ponían de acuerdo. Cada uno daba su parecer. El Oso de Caná, con su fino instinto, dio en el blanco: «Algo grave se acerca…».

Y hacia la nona (tres de la tarde) del sábado, 30 de abril (año 29), el chino y yo nos acomodamos en la galería superior (para los prosélitos) de la sinagoga de Nahum. En esta ocasión, la ceremonia se retrasó; ignoro los motivos.

El lugar aparecía repleto. Calculé quinientas personas. El grupo de once mujeres se hallaba tras las rejas, expectante. Ellas también intuían que algo importante estaba a punto de suceder. Y, de pronto, entre las féminas, vi a María, la madre del Galileo. Me sorprendió, la verdad sea dicha… ¿Por qué se había trasladado desde Nazaret? ¿Deseaba conversar con su Hijo? Lo dudé… Vimos caras conocidas y algunas desconocidas. Después supimos que habían llegado 53 fariseos y saduceos —procedentes de Jerusalén— con el objetivo de reunir información sobre el «carpintero loco», como lo llamaban despectivamente. Fue una coincidencia que se hallaran allí, ese día. También se presentaron numerosos jefes de las sinagogas existentes en el lago. Todos habían oído hablar del prodigio de la multiplicación de los panes y los peces y deseaban preguntar al rabí por el asunto. Sinceramente, aquello no me gustó. Y la intuición tocó en mi hombro: «¡Atención!… ¡Peligro!». Naturalmente, también asistieron varios consejeros del tetrarca, Herodes Antipas. E imaginé que los confidentes de Roma se hallaban mezclados entre el gentío.

Jairo presidía. Prendieron las mechas de incienso.

Percibí cuchicheos cuando el Maestro, con paso solemne, se dirigió hacia la *bema*, el estrado en el que fue colocada la *migdal* (una pequeña mesa sobre la que se depositaban los rollos de la ley). Vestía la túnica blanca, impecable, y el manto color vino. El cabello, bien peinado, caía sobre los poderosos

hombros. Presentaba el rostro bronceado y la barba recortada. Estoy seguro de que Jesús captó el ambiente hostil de la asamblea. En mi opinión, aquel acto marcaría el principio del fin en la vida pública o de predicación del Hijo del Hombre. Estábamos asistiendo —sin saberlo— a la mayor crisis vivida por el Galileo hasta esos momentos. «¡Todos contra el "carpintero loco"!»… Ése era el espíritu que se respiraba en aquel lugar en la tarde del histórico 30 de abril del año 29. ¡Estábamos a menos de un año de su crucifixión!

Después lo supimos. El día anterior, los fariseos y saduceos habían tratado de convencer a Jairo para que prohibiera el discurso de Jesús en la sinagoga. Pero el funcionario se mantuvo firme.

Tarfón, uno de los ayudantes, abrió el *tybh*, el armario que contenía los rollos de la ley, y rescató un estuche de madera. En la caja se encontraba el pergamino elegido por el rabí para la lectura inicial. El individuo retiró la funda de lino que lo cubría y procedió a desenrollar el «libro». Y mostró parte del texto. La congregación, al contemplar las columnas —en tinta negra—, con las letras cuadradas del hebreo sagrado, suspiró hondamente. «¡La palabra de Dios!», susurraban emocionados. Tarfón alzó el rollo por encima de su cabeza y se dirigió hacia la asamblea. Todos pudieron contemplar la escritura. Y los suspiros se hicieron más intensos. «¡La ley! —decían—. ¡La palabra de Yavé, bendito sea su nombre…!». Entonces empezaron los gritos y los vítores a la Torá (la ley). El funcionario se paseó frente a los bancos en los que se sentaban los principales y terminó regresando a la *bema*. Subió a la tarima y depositó el rollo sobre la mesa. Procedió a buscar el párrafo seleccionado por el Galileo y, tras encontrarlo, dirigió una mirada a Jolí, el *Roŝ-ha-keneset* o archisinagogo de Nahum. Éste asintió con la cabeza y el silencio se sentó en la sala. El Maestro se acercó a la mesa y comprobó que el texto señalado por el dedo índice izquierdo de Tarfón era correcto. Después paseó la mirada sobre la expectante concurrencia y dejó rodar un silencio de cinco segundos. Y empezó a leer… Mejor dicho: empezó a cantar el texto. La voz cálida y profunda del Hijo del Hombre se derramó e inundó los corazones. Y me pregunté, una vez más: «¿quién puede desear matar a alguien tan dulce y maravilloso como aquel Hombre?». La respuesta llegó al momento: «¡Los malparidos y los que viven en la oscuridad!».

Jesús cantó parte del capítulo 28 del Deuteronomio:

—«Pero sucederá que si el pueblo no obedece la voz de Dios, con seguridad vendrán sobre ellos las maldiciones… El Señor traerá contra ti una nación desde el extremo de la tierra… Pondrá sitio a todas tus ciudades… Y

sucederá que llegarás a comer el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos e hijas…».

¡Pardiez! No me había fijado. En esos versículos (15 al 68), el libro anuncia la destrucción de Jerusalén por el general romano Tito (año 70 de nuestra era).

Y el Maestro continuó con los Profetas y llegó a Jeremías:

—«Si no atendéis las palabras de mis siervos, los profetas, yo os maldeciré… Mas sabed que si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros y sobre este pueblo…, porque en verdad el Señor me envió para que dijese todas estas palabras en vuestros oídos».

Quedé perplejo. Las palabras de Jeremías —pronunciadas siglos antes (hacia el 645 a. de J. C.)— resultaron proféticas. Y el Maestro las cantó con especial énfasis. Él sabía…

Jesús concluyó la lectura de la ley, hizo una breve pausa y procedió a la parte final de la ceremonia: la lección en la que el *darshan* o predicador exponía sus ideas sobre lo cantado. El *meturgeman* o traductor se dispuso a hacer su trabajo, pero el rabí hizo un gesto con la mano izquierda, haciéndole ver que no era necesario. No hablaría en hebreo sagrado. Lo haría en arameo y haciendo *maftir* (es decir: con palabras «sencillas y luminosas»). Aquello no gustó a los notables y mucho menos a los «santos y separados» (fariseos). La ley exigía que el orador se expresara en hebreo. Pero el rabí ignoró los cuchicheos. Y empezó a hablar con decisión:

—Habéis escuchado lo que le hicieron a Jeremías… Lo ataron con sogas y lo encerraron en un calabozo, con barro hasta las axilas… Hoy deseo preguntaros: ¿qué harán las castas sacerdotales y los líderes religiosos de este pueblo con aquel que se atreve a advertirles de su ruina espiritual?… ¿Queréis también condenar a muerte al maestro que se atreve a proclamar la palabra del Padre Azul?

Los cuchicheos subieron de tono. Pero el Galileo —valiente— prosiguió:

—¿Qué es lo que buscáis como prueba de mi misión en la tierra?… He dedicado mi trabajo a los pobres. Nunca me metí con vuestro poder y vuestras influencias…

Los notables y los saduceos se removieron, nerviosos.

—Me he limitado a proclamar la buena nueva —continuó—. Estoy aquí, en el mundo, para revelar a mi Padre y establecer la hermandad espiritual entre los hombres…, ¡los hijos de Dios!

Algunos estallaron.

—¡¡Blasfemo!!

Pero el Galileo no se inmutó. Y siguió en un tono afable y firme:

—Muchas veces os he recordado que mi reino no es de este mundo… Mi Padre, sin embargo, os ha concedido toda suerte de portentos materiales… ¿Qué más queréis? ¿Qué nuevo signo buscáis?… En verdad os digo —y señaló a los que ocupaban las primeras filas— que ha llegado el momento de elegir. Y os digo, como Josué: «Elige a quién servirás».

Se hizo un incómodo silencio.

—… En verdad os digo —prosiguió con audacia— que los que contemplaron la multiplicación de los panes y los peces no buscaban llenar su alma… Sólo perseguían llenar el estómago con pan fácil. Pero yo os declaro que ésta no es la misión del Hijo del Hombre.

Hizo otra pausa y arremetió con fuerza:

—¡He venido para proclamar la libertad espiritual y enseñar la verdad eterna!… ¡Estoy aquí para refrescaros la memoria!… ¡Sois hijos del Padre Azul!… ¡Sois eternos, hagáis lo que hagáis y digáis lo que digáis!…

Los fariseos que permanecían sentados en los bancos se pusieron en pie y levantaron los brazos, bramando:

—¡¡Blasfemo!!… ¿Quién eres tú para hablar así?… ¡Acabad con él!

Pero el Maestro hizo como que no había oído y dulcificó su tono un poco más:

—Hermanos…, no anheléis la carne, que perece… Buscad la verdad espiritual… Un día me preguntasteis: «¿Qué debemos hacer para llevar a cabo la obra de Dios?». Y yo os dije: «Ésta es la obra de Dios: creed en aquel que ha sido enviado por Ab-bā»…

Y señaló su pecho con el dedo índice izquierdo.

—¡¡Blasfemo!! —reaccionó la concurrencia—. ¡¡Está loco!!

Jesús, entonces, levantó el brazo izquierdo y señaló un relieve labrado en una de las columnas. Todos volvieron las cabezas hacia el lugar indicado. Se trataba de una vasija, con el maná. Y el rabí hizo otra revelación sorprendente:

—¿Creéis que vuestros antepasados comieron el maná en el desierto?

Sonrió brevemente y aclaró:

—Pues no… Ése era pan de la tierra; no pan del cielo… Mi Padre, en cambio, sí os está proporcionando el pan de la vida… ¡Yo soy el pan de la vida!… El que viene a mí no pasará hambre… El que cree en mí jamás tendrá sed… Habéis contemplado mis obras y, sin embargo, no creéis que procedo del Padre Azul…

La respuesta —unánime— fue otro «¡blasfemo!», gritado a coro. Y el rabí terminó su discurso:

—… Y ahora permitid que declare, de una vez por todas, que he venido a la tierra para hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado… ¿Tomaréis el pan del espíritu con el mismo entusiasmo con que comisteis el pan de este mundo?

Creo que no comprendieron. Y el Maestro no esperó respuesta. Descendió de la tarima y —decidido— se dirigió a la salida. Pero los fariseos le cortaron el paso. Y uno de ellos —miembro del Sanedrín— le increpó:

—Veamos si lo he entendido… ¿Dices que eres el pan del cielo y que el maná que diera Moisés a nuestro pueblo no lo era?

El rabí replicó, rápido:

—Has comprendido bien…

Y el fariseo, asombrado, volvió a interrogarlo:

—Pero ¿no eres tú el carpintero de Nazaret? ¿No eres tú el hijo de José y María? ¿No son tus padres y hermanos bien conocidos de muchos de nosotros?…

Hizo una pausa y, dirigiéndose a los que se agolpaban alrededor de Jesús, clamó, triunfante:

—¿Cómo puede ser que llegues aquí, a la casa de Yavé, bendito sea su nombre, y proclames que has sido enviado por el cielo?

Todos asintieron, nerviosos. Y más de uno empujó al rabí, amenazándolo y maldiciéndolo. El chino y yo nos miramos, alarmados. Pero Jesús reaccionó con mansedumbre:

—¡Seamos pacientes! —suplicó—. La verdad no sufre por que sea analizada…

Y soltó a quemarropa:

—Soy el que dices… y mucho más. El Padre Azul y yo somos uno…

La seguridad del Maestro los desarmó. Necesitaron algunos segundos para reaccionar, pero, finalmente, estallaron:

—¡¡Blasfemo!!… ¡¡Blasfemo!!…

Y aquel maldito grito llenó la sinagoga. Y el rabí alzó la voz y prosiguió:

—Nadie ha visto al Padre…, pero el espíritu de Dios vive en vosotros, en vuestras mentes. ¡Yo he bajado del cielo y he visto al Padre Azul!… Si creéis en mí, ya tenéis la vida eterna.

—¡Loco! —protestaron—. ¡Está loco!… ¡Ha perdido la razón!…

Y volvieron a empujarlo. Pero el Galileo no protestó ni respondió de malas maneras; todo lo contrario:

—Yo soy el pan de la vida —anunció con dulzura—. Vuestros padres comieron el maná y están muertos… Pero yo os garantizo que si coméis el pan que baja del cielo, jamás moriréis… ¡Yo soy ese pan de la vida!… ¡Este pan viviente que os entrego es mi propia naturaleza!…

Seguían sin comprender y continuaron con sus gritos y maldiciones:

—¡Hijo de Belzebú!… ¡Sal de esta santa casa!… ¡Arrojadlo a la *gehena* (infierno)!…

Yu y yo nos miramos de nuevo. Aquella situación nos recordó el lamentable suceso vivido en la sinagoga de Nazaret. No supimos qué hacer…

Jairo alzó la voz y dio por concluido el servicio. Pero nadie le prestó atención. Y regresó aquel grito:

—¡¡Blasfemo!!… ¡¡Blasfemo!!…

Y los fariseos y saduceos —ignorando las repetidas órdenes de Jairo— plantearon nuevas preguntas. Uno de ellos habló así:

—Dices que eres el pan de la vida… ¿Cómo puedes darnos tu carne para comer y tu sangre para beber?

El Maestro respondió:

—No he dicho que mi carne sea el pan de la vida o que mi sangre sea el agua viva. No habéis entendido. Pero sí os digo que mi vida en la carne es un don del cielo…

Jesús contempló las caras de incredulidad y subrayó:

—No podéis comer mi carne ni beber mi sangre, pero, en espíritu, sí podéis ser uno conmigo como yo lo soy con Ab-bā. Podéis alimentaros con la palabra de Dios. ¡Ése es el pan de la vida! El Padre me ha enviado al mundo para que sepáis que Él habita en vosotros, en vuestras mentes… ¡Y que os acompañará siempre!

—¡¡Blasfemo!!… ¡¡Blasfemo!!…

Pero el rabí no había terminado:

—… He vivido esta vida en la carne para animaros a conocer al Padre Azul y, sobre todo, para que os entreguéis a su voluntad.

Tampoco entendieron. Y otro de los fariseos clamó:

—Ni tú ni tus discípulos os laváis las manos antes de comer… ¿Es que no sabéis que eso significa una transgresión de las sagradas leyes de Moisés?…

Todos estuvieron de acuerdo. Y exigieron una respuesta.

—¡Hipócritas! —replicó el Hijo del Hombre—. ¡Olvidáis los mandamientos y os aferráis a las tradiciones oxidadas!… ¡Olvidáis honrar al padre y a la madre, pero exigís que se cumpla el sábado!… ¡Olvidáis la caridad, pero prohibís que la gente acuda al baño en el *shabbat* (sábado)!…

¡Olvidáis que el robo es un delito, pero prohibís matar piojos en el *shabbat*!… ¡Levantáis falsos testimonios, pero sólo os preocupa no comer junto a una menstruante en el *shabbat*!… ¡Cometéis adulterio, pero prohibís freír carne, cebollas o huevos en el *shabbat*!… ¡Derramáis la sangre de vuestros hermanos, pero sólo os preocupa no transportar una lámpara vieja en sábado!… ¡Hipócritas!

Los fariseos y notables quedaron mudos. Aquel Hombre sabía de qué hablaba. Las absurdas y ridículas disposiciones establecidas para el sábado ascendían a 139… Y el Maestro aprovechó aquellos instantes de confusión y declaró:

—¡Prestad atención!… No es lo que entra por la boca lo que ensucia el alma del hombre… Es lo que sale de ella, y del corazón, lo que verdaderamente la embarra…

Tampoco entendieron. Y Pedro, que se hallaba cerca, preguntó:

—Maestro, ¿puedes explicarnos el significado de esas palabras?

Jesús miró a Pedrito y lo reprendió:

—¿Tú también eres duro de mollera?… ¿Es que no sabes que toda planta que no haya sido sembrada por mi Padre será desarraigada?… Presta atención: no puedes obligar a nadie a que busque la verdad y, mucho menos, a que la ame…

No estuve de acuerdo con el Maestro. Entiendo que todos los seres humanos han sido imaginados por el Padre Azul. ¿Qué quiso decir con la palabra «desarraigada»? Y Jesús prosiguió con la misma audacia:

—Muchos de estos maestros —y señaló a los fariseos y escribas— son guías ciegos…

El gentío protestó.

—… Y tú sabes, Pedro —continuó el rabí, impasible—, que si un ciego guía a otro ciego, ambos caen al pozo…

Después, dirigiéndose a la asamblea, exclamó:

—Yo declaro que no es lo que entra por la boca lo que ensucia el alma del hombre. El mal procede de su corazón. ¡Comer con las manos sucias no hace mejor, ni peor, al ser humano!

Aquella batalla dialéctica —perdida de antemano, diría yo— se prolongó durante tres horas. Tres duras y tensas horas… Hubo momentos en los que creí que lo golpearían, como en Nazaret. Afortunadamente no fue así.

Pero la guinda de la reunión estaba por llegar…

Minjá

Y en mitad del agitado diálogo, uno de los fariseos —probable miembro del Sanedrín— se abrió paso a empujones y llegó hasta el Galileo. Arrastraba —a la fuerza— a un joven que reconocí al momento: ¡Minjá, el epiléptico! Aquel muchacho, de unos diecisiete o dieciocho años de edad, había sido ayudante de Jesús en los bosques del Attiq, al norte del *yam*, en los territorios de Filipo. El Maestro, en aquel tiempo, trabajaba como leñador. De esto hacía tres años. El 4 de enero del 26, Minjá sufrió una crisis cuando se encontraba en lo alto de un árbol, ayudando a descoparlo. El Galileo consiguió sujetarlo por los cabellos, pero, finalmente, el muchacho cayó en la nieve. Se fracturó un brazo. Según pude leer en los diarios del mayor, Minjá padecía una epilepsia idiopática; es decir, de origen desconocido. Probablemente se produjo un problema en el parto y el bebé nació con una lesión en la porción medial del lóbulo temporal. Ello provocaba descargas incontroladas de las neuronas responsables de los movimientos musculares. Jasón le suministró los «nemos» y confirmó el dictamen.

Pues bien, el fariseo, mostrando al joven, preguntó al Maestro:

—¿Qué puedes hacer tú por este endemoniado?

¿Endemoniado? Minjá era un hombre inteligente y sano, relativamente. Tartamudeaba y sufría de ataques epilépticos, pero trabajaba bien y con voluntad. Su padre era un asalariado en aquella sinagoga. Y el fariseo malparido insistió:

—¿Puedes echar fuera a los demonios que lo torturan?

Jesús también reconoció a Minjá. Se acercó a él y le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

El joven asintió con la cabeza y sonrió, complacido. Minjá había sido un buen ayudante en los bosques. Todo el mundo lo apreciaba. Yu me dio un codazo y advirtió, innecesariamente:

—¡Es Minjá!

Y el muchacho respondió:

—¡Attiq!… ¡Tú me salvaste!

Por supuesto, ninguno de aquellos energúmenos entendió las palabras de Minjá. El rabí, entonces, sonrió y tomó las manos del muchacho. Las llevó a

los labios y las besó con gran ternura. Fue instantáneo y cegador. Calculo que podían ser las 18 horas; el ocaso estaba cerca. Una luz azul llenó la sinagoga. Quedamos mudos. Pero sólo fue al principio. Al poco, al comprobar que «todo era azul», el gentío lanzó un grito. Y la luminosidad fue desapareciendo; esta vez poco a poco. Todo, como digo, se volvió de color celeste: las caras, las ropas, las columnas, los muros, la mesa… ¡Todo azul! Debí suponerlo… El corazón de aquel Hombre había vuelto a actuar. La luminosidad pudo permanecer cuatro o cinco segundos, no más. Después sentimos aquel familiar perfume a jazmín (símbolo, según Jasón, de la misericordia del Hijo del Hombre). La sinagoga entera olía a jazmín. Y los asistentes se interrogaban unos a otros y hacían alusión a la «tormenta azul» y a la intensa fragancia. Pero nadie sabía explicarlo. Jesús soltó las manos del sorprendido Minjá. El joven tenía los ojos muy abiertos. Su rostro brillaba. Y, de pronto, cayó al suelo, como muerto. Pensé en otra crisis, pero no. Algunos de los discípulos —entre ellos Felipe— se apresuraron a levantarlo y lo trasladaron al pórtico, en el exterior del edificio. Poco después, el intendente me informó: Minjá se fue recuperando poco a poco. Sudaba. Le dieron agua y se fue caminando a su casa. Que yo sepa, nunca más padeció convulsiones. En opinión de todos, el Maestro lo curó. Lo visité con regularidad y pude constatar que se hallaba sano. ¡La epilepsia desapareció!

Pero los retorcidos «santos y separados» volvieron a la carga. Y otro de los fariseos gritó:

—¡No os asociéis con este hombre!… ¡Es hijo de Satanás!

Y el Maestro replicó, cargado de razón:

—¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás?… Un reino dividido no puede sobrevivir… Entonces, si yo echo a los demonios por obra de Belzebú, ¿con qué poder los echan vuestros hijos?

Y Jesús arremetió sin piedad. Yo estaba sorprendido. El Galileo había cambiado de táctica. Ahora atacaba…

—Si no estuvierais cegados por el orgullo y el miedo —proclamó—, os daríais cuenta de quién está aquí, en medio de vosotros… ¡Yo soy más grande que todos los diablos!

Los fariseos lloraban de rabia y levantaban el puño, maldiciendo al rabí. Los saduceos y los escribas clamaban venganza en nombre de Yavé. «¡Muerte al blasfemo!», gritaban.

—Me obligáis a declarar —añadió el Galileo— que el que no está conmigo está contra mí… Y el que no cosecha conmigo… ¡desparrama!

Tampoco estuve de acuerdo con el Maestro, pero son cosas mías…

Otro fariseo intervino y solicitó:

—Maestro, danos una señal… Algo que demuestre tu autoridad…

Y Jesús anunció:

—Esta generación incrédula busca un prodigio…, pero no se le dará, excepto el que tenéis entre vosotros y el que veréis cuando el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos…

Tampoco entendieron. Jesús estaba anunciando de nuevo su muerte y resurrección. Y añadió, misterioso:

—¿Es que no habéis visto la sombra azul de mi Padre?

Y gritó, valiente:

—¡¡Víboras!!

Ahí terminó la rueda de preguntas. Antes de que los fariseos y saduceos alcanzaran a reaccionar, los discípulos —con la *tabbah* a la cabeza— se abrieron paso a empujones y sin miramientos y rodearon al Maestro, obligándole a salir de la sinagoga. Creo que la intervención de los íntimos fue acertada y, sobre todo, oportunísima. No sé qué habría sucedido si Jesús hubiera continuado respondiendo a las malévolas preguntas…

Naturalmente, los evangelistas contaron el episodio de la sinagoga de Nahum «a su manera», o no lo contaron…

Camino de Saidan, el chino y yo disfrutamos de un cielo especialmente estrellado. Yu fue sincero:

—Los lobos rondan al Maestro…

Judas intenta abandonar

Las palabras de Jesús de Nazaret en la sinagoga de Nahum, como decía, fueron el principio del fin en su carrera como educador. Desde aquel día, nada fue igual. Poco a poco, los miles de seguidores fueron desertando. Daban toda clase de excusas o no daban ninguna. Sencillamente desaparecían. Los discípulos estaban desolados. ¿Qué sucedía? ¿Por qué la gente que había tratado de hacerle rey hacía escasos días lo abandonaba? El Iscariote se acercó una mañana a Andrés y, como jefe de los discípulos, le manifestó que no estaba contento con la situación. Deseaba abandonar. Andrés hizo lo posible —y lo imposible— para que Judas permaneciera con el grupo. Y alabó su trabajo como tesorero. La verdad es que nadie tenía queja. Era una labor impecable. Y debo insistir en ello: Judas Iscariote no era un ladrón, como aseguran las iglesias y la tradición. El dinero no le interesaba. Eran otros asuntos los que le obsesionaban, como ya refirió el Mayor en sus escritos. El Iscariote se quedó pensativo y, finalmente, manifestó:

—Le doy dos semanas… El Maestro tiene que aceptar… ¡Es el Mesías! Su misión es clara: liberar a su pueblo del yugo romano…

Andrés escuchó, perplejo.

—¡Dos semanas! —repitió el Iscariote. Y se alejó.

Las once mujeres, en cambio, se mantuvieron firmes. Lucharían por el rabí hasta el final. Eso dijeron.

Los menos o nada afectados fueron los gemelos —que siguieron a lo suyo: fregando y cocinando— y Tomás, incrédulo por encima de todo. Sólo le importaban sus dados y el trasero de Raquel, con la que flirteaba mientras le enseñaba a hablar… La mayoría, en suma, aparecía desconcertada. La súbita y combativa postura del rabí los tenía confusos y, en cierto modo, acobardados.

Esa noche del 30 de abril del año 29, sábado, Jesús no cenó. Nada más regresar al caserón dio las buenas noches y se retiró al palomar. Allí quedó el grueso de los íntimos, en la «tercera casa», peleándose. «El Maestro —decían unos— ha perdido una oportunidad de oro… En la sinagoga estaban los representantes del Sanedrín, de Herodes Antipas y del pueblo de Nahum. Era el momento de aceptar que es el Mesías libertador…». Andrés y Mateo Leví

intentaban explicar que el mensaje del rabí era otro… Las mujeres apoyaban a estos últimos, pero los que más gritaban eran los primeros, con Pedrito y Juan Zebedeo a la cabeza. Me retiré, aburrido, bien entrada la noche. Aquello no tenía solución…

Al día siguiente, domingo, 1 de mayo, David Zebedeo, el jefe de los correos, trajo inquietantes noticias. Los malditos fariseos estaban convenciendo a los vecinos de Nahum para que dieran la espalda al Galileo y, sobre todo, a sus «blasfemas enseñanzas». En una semana, el número de creyentes en el reino alado e invisible descendió alarmantemente. El 7 de mayo eran cincuenta, contando a los discípulos y al grupo de once mujeres. Pero volvamos a la mañana del 1 de mayo del año 29…

Temprano, Jesús reunió a los íntimos y a las evangelistas en la «tercera casa». Y les habló con sinceridad:

—Sé que esta criba os preocupa… Era necesaria.

El Galileo contempló a los suyos. Percibió confusión y ansiedad en las miradas. Él presentaba ojeras. Supuse que no había dormido gran cosa. ¿Qué le preocupaba? Y prosiguió en tono amable:

—¿Por qué habéis tropezado en mis palabras?

Nadie contestó.

—¿Por qué estáis llenos de miedo? —continuó—. ¿Por qué os preocupa que hayan abandonado los seguidores mediocres?… ¡Tenemos un nuevo día por delante! —intentó animarlos—. ¡La gloria del Padre Azul nos aguarda!…

Pensó unos segundos y preguntó, a quemarropa:

—¿Qué haréis cuando el Hijo del Hombre os abandone?

Pedro, espantado, se puso en pie y gritó:

—¿Piensas abandonarnos?… ¿A nosotros?

El rabí sonrió sin ganas. Pedrito seguía sin entender… Pero el Galileo explicó con más claridad:

—Os lo he dicho, pero no prestáis atención… Partiré, en breve, y me presentaré ante Ab-bā… si ésa es su voluntad.

Creo que muy pocos comprendieron el verdadero sentido de sus nítidas palabras. Lo he dicho alguna vez: aquellos hombres necesitaron tiempo —mucho tiempo— para medio entender el auténtico mensaje del Maestro. En esos momentos seguían deslumbrados ante la posibilidad de que Jesús fuera el Mesías libertador político-religioso. No debemos olvidarlo. No aceptaban, por tanto, que el rabí pudiera abandonarlos o que fuera ejecutado. Su poder era sobrehumano. Nadie podía ponerle la mano encima. Eso pensaban.

Y Jesús siguió hablando:

—Amigos, recordad lo que dije: es el Espíritu que reside en vuestras mentes el que da la vida… La carne sólo sirve durante un pequeño trecho…, y poco… ¡Ánimo!… ¡No os he abandonado, ni pienso hacerlo!… Hablaba de otro asunto, pero veo que no comprendéis… En fin —resumió—, nos hemos quedado solos…

Y rió, divertido.

—Y vosotros —preguntó ante el desconcierto general—, ¿también queréis desertar?

Palidecieron. Algunos negaron con la cabeza. El Iscariote se puso rojo. Fue la primera vez que lo vi enrojecer. Pero el Maestro no había terminado. Y soltó la bomba:

—¡Cuidado!… Contemplad vuestra fe… ¡Uno de vosotros corre grave peligro!

Andrés abrió la boca, desconcertado, pero no dijo nada. El que sí habló fue Pedrito, su hermano. Y lo hizo con vehemencia:

—¡Sí, rabí…, estamos tristes y perplejos ante la huida de tantos!… ¡Pero no te abandonaremos!… ¡Nos has enseñado palabras de vida eterna y sabemos que eres un enviado de Yavé, bendito sea su nombre!

Obviamente, sólo Andrés entendió la alusión de Jesús al Iscariote.

Y los discípulos y las mujeres aplaudieron las encendidas palabras de Pedro. Empezaba a perfilarse como un líder nato… Judas Iscariote se alzó y, sin mediar palabra, salió de la «tercera casa».

Y siguieron llegando noticias preocupantes. Antipas había vuelto a reunirse con representantes del Sanedrín. Los fariseos, escribas y saduceos continuaban presionando al tetrarca para que firmara la orden de captura del «carpintero loco». Pero Herodes Antipas rechazó la propuesta. Según Susana, Antipas creía que Jesús de Nazaret era el Bautista, resucitado. La mujer de Chuza decía que aquel miserable no creía en nada, pero le temía a todo. Y a Yehohanan más que a nadie… Cuando las castas sacerdotales acusaron a Antipas de «ser amigo del Galileo» y lo amenazaron con informar a Tiberio, el emperador, el tetrarca los echó a patadas de su palacio, en Tiberíades, y los llamó «putas cornudas».

Los problemas, en efecto, como decía Yu, se acercaban como lobos hambrientos…

Apestado

El viernes, 6 de mayo (año 29), fue otro día nefasto para Jesús de Nazaret y su gente.

La noticia la trajo Jairo, el funcionario de la sinagoga de Nahum. Los dirigentes de dicha sinagoga se habían reunido en sesión extraordinaria. Y llegaron a un acuerdo: expulsar al Maestro de la sinagoga. ¿Qué significaba esto? Sencillamente, después de la pena capital, el castigo más severo que podía imponerse a un judío. Así lo contemplaba el libro de Esdras (10, 8). Se distinguían dos tipos de expulsión: la llamada *nidduy* (temporal) y *herem* (perpetua). La primera —también practicada por la secta de los esenios— contemplaba duraciones distintas. Tres meses, por ejemplo, por «hablar insensatamente»; un mes por quedarse dormido en la asamblea; sesenta días por no saber reparar un daño ocasionado inadvertidamente; diez días por hacer gestos inconvenientes con la mano izquierda o por interrumpir al orador… La *nidduy* tenía una duración máxima de dos años, aunque lo habitual era una condena de uno. Alguien podía ser expulsado de la sinagoga por un periodo de un año si mentía en asuntos relacionados con la propiedad, por hablar mal de un sacerdote, por calumniar o por desobedecer a un superior. La exclusión —por dos años— estaba originada por los delitos más graves. A saber: pronunciar el nombre de Yavé, murmurar contra el director de la sinagoga, calumniar a la congregación o abandonar la asamblea después de haber permanecido diez años en ella. La sentencia de expulsión permanente se imponía a los que compartían propiedades o alimento con un excomulgado.

Andrés y el resto de los íntimos repasaron los cargos y quedaron desconcertados. Jesús había sido condenado a la expulsión perpetua, aunque no eran ciertas ninguna de las acusaciones. Esto, además, llevaba consigo el riesgo de exclusión de cualquier trabajo, así como el desprecio de la comunidad. La vergüenza, en definitiva, caía sobre el condenado y su familia.

Jairo renunció a su cargo, pero no sirvió de nada. El odio de Jolí y el resto de dignatarios de la sinagoga hacia Jesús era antiguo y profundo. Como era de esperar, los «escritores sagrados» (?) ignoraron la medida de la sinagoga. Eso hubiera dañado la imagen del Maestro…

Horas más tarde, las restantes sinagogas de Israel adoptaron acuerdos similares: el Hijo del Hombre quedó maldito a efectos oficiales. Jesús no podía pisar ninguna sinagoga, bajo ningún concepto. Cinco de los miembros del Sanedrín, en Jerusalén, presentaron la dimisión. «Aquello era una medida injusta y desproporcionada», dijeron. Pero fueron ignorados. Sólo la sinagoga de Hebrón se negó a dictar sentencia de expulsión. Conviene aclarar que, en aquel tiempo, sólo las sinagogas de Jerusalén se hallaban sujetas a las disposiciones del Sanedrín. El resto eran autónomas, desde el punto de vista religioso y administrativo. Pero el Sanedrín supo «compensar» a los dirigentes que se unieron a ellos… Con la de Hebrón sucedió todo lo contrario, como era previsible. Meses después, la sinagoga sufrió un sospechoso incendio…

En definitiva: con la expulsión permanente, o *herem*, el pueblo le dio la espalda a Jesús de Nazaret. El índice de popularidad —como diríamos en el siglo XX— cayó casi a cero. Pero los evangelistas no lo mencionan. No interesaba. El Hijo del Hombre era un apestado (literalmente).

Pero las castas sacerdotales no se dieron por satisfechas, no, señor…

Príncipe de los demonios

A partir de aquel dramático 6 de mayo (año 29), Jesús dispuso que su gente disfrutara de una semana de descanso. Cada cual se dedicó a su familia. El Maestro se retiraba a las colinas y allí permanecía hasta el ocaso. Yo visité de nuevo la cala del Hombre Rojo. Todo en orden. Las misteriosas huellas seguían impresas en la sal… Pero no me preocupé. Error… Regresé a Saidan el domingo, 15 de mayo. Felipe me puso al corriente. Había surgido un problema. Santiago de Zebedeo y Bartolomé, el Oso de Caná, cayeron enfermos, con un serio problema intestinal. Las diarreas y vómitos fueron constantes. Él se ocupó de atenderlos. Les suministró zumo de mirtilo e infusiones de pie de león. Jesús los visitó, pero no los curó. Felipe estaba extrañado. ¡Eran sus íntimos! Podía haberlos sanado con sólo desearlo… A mí no me extrañó.

El lunes, 16 de mayo (año 29), representantes del Sanedrín volvieron a sentarse con Antipas, en Tiberíades. Susana informó a Andrés puntualmente. Y presionaron al tetrarca para que detuviera a Jesús. Pero Herodes Antipas —una vez más— se negó a firmar la orden de caza y captura.

Y los venenosos fariseos insistieron e insistieron. Querían ejecutar al Maestro. Ése era su acariciado objetivo.

Y la situación se volvió definitivamente contra el Maestro el miércoles, 18 de mayo.

Sabedor de la expulsión generalizada de las sinagogas de Israel, Herodes Antipas cedió. Firmaría la orden siempre y cuando el gobernador romano estuviera de acuerdo. Susana pensó que era una medida para ganar tiempo. De esta forma, el rabí tendría la oportunidad de escapar y salir de todos los dominios de Antipas. A las castas sacerdotales les faltó tiempo para viajar a Cesarea, en la costa, y entrevistarse con Poncio. El gobernador romano se encogió de hombros y firmó el arresto del Galileo. Los evangelistas tampoco lo mencionan… Y el sábado, 21 de mayo (año 29), Antipas se sentaba en su palacio de Tiberíades y firmaba el documento de captura del Hijo del Hombre. Susana y Chuza, su marido, estaban desolados. Era el fin del Maestro. La noticia fue un mazazo. Una vez capturado, Jesús sería encadenado, conducido a Jerusalén, y lapidado públicamente (sin juicio).

Naturalmente, el Sanedrín —triunfante— se frotó las manos. ¡El «carpintero loco» era suyo! Y se dedicó a difundir falsos rumores que aseguraban que Roma perseguiría a todo aquel que protegiera al Galileo.

Andrés convocó una reunión de urgencia con los discípulos, pero no llegaron a ningún acuerdo. Sólo discutían. Jesús se mantuvo al margen y se alejó a las colinas. Nadie le acompañó. Después, al marcharse del caserón, la *tabbah* se enzarzó en otra agria discusión. «¿Por qué habían permitido que permaneciera solo? —se gritaban unos a otros—. Los malditos levitas podían encontrarlo…». Los levitas, como informó Jasón en sus diarios, eran los policías del Sanedrín. Estaban, básicamente, al servicio de los sacerdotes, aunque desempeñaban otras tareas, como la vigilancia exterior del Templo, en Jerusalén, el canto y el sacrificio de los animales en las ofrendas rituales. Su número ascendía a diez mil. Era, en definitiva, una especie de clero menor. Procedían de la tribu de Leví, uno de los hijos de Jacob. Eran temibles. Su brutalidad era extrema.

Los discípulos —incrédulos— leyeron una y otra vez la sentencia: «Condenado por burlarse de las sagradas leyes religiosas de Israel». No daban crédito. ¿Cuándo se había burlado el Maestro de la Torá (la ley)? Jamás. Todo lo contrario; en todo caso se había burlado de los escribas y fariseos, «esclavos de la ley»…

Afortunadamente, la orden fue firmada en sábado. Eso retrasó las cosas. Según Susana, el levita responsable de la captura era un tal Musí, alias *Mašroqui* o «Flauta», otro viejo conocido de Jasón… Se trataba, al parecer, de un jefe de turno (un *šrym*); un sujeto fuerte, alto y despiadado, que bebía a todas horas; de ahí el apodo de «Flauta» (porque «soplaba» como nadie). Era famoso por su destreza con el cuchillo. Conseguía degollar a tres corderos de un solo tajo. El Flauta —según la esposa de Chuza— saldría de Tiberíades en la mañana del domingo, 22 de mayo. En esos momentos era la sexta (mediodía), del sábado 21. Tenían escasas horas para convencer al Galileo y huir. Lo ideal era hacia el norte, a los dominios de Filipo. La Decápolis quedaba más alejada y no disponían de la protección ofrecida por el rey sabio. Pero ¿dónde estaba Jesús? Pedro se tiraba de los escasos pelos que le quedaban. Andrés caminaba sin rumbo por la «tercera casa». Juanito Zebedeo se comía las uñas. «Hay que salir a buscarlo», reclamaba el Oso. «No —gritaba Mateo—, Él sabe cuidarse…». Las mujeres guardaban silencio. Aquello, una vez más, era un caos. El Zebedeo padre recomendó calma. Había tiempo. Los discípulos casi se lo comen. ¿Tiempo? Quién sabe si el Flauta había incumplido el precepto del *shabbat* y estaba ya en camino…

David Zebedeo dispuso mensajeros a las puertas de Nahum y de Saidan. Avisarían de inmediato si divisaban la tropa de los levitas. Y los íntimos se enredaron en otra discusión absurda: ¿debían luchar? El Iscariote y Simón, el Zelota, mostraron sus *gladius* y defendieron la estúpida posibilidad. Andrés les hizo ver que la patrulla podía llegar al centenar de policías. Además, la violencia no era del agrado del rabí… A Felipe, lógicamente, sólo le preocupaba la intendencia. Era sábado. No había tiempo de comprar provisiones. Tendrían que huir con lo puesto… El pobre Felipe lloraba.

Por la tarde llegaron noticias. Los notables de Nahum se habían reunido de nuevo en la sinagoga y discutieron sobre el Hijo del Hombre. No lograron un acuerdo. Algunos lo consideraron un profeta. La mayoría pensó que estaban ante un desequilibrado que, además, arrastraba a las masas y podía provocar un grave enfrentamiento con los *kittim*. Y lo llamaron «visionario y príncipe de los demonios». Y se mostraron conformes con la detención. Jairo —que fue el que trajo la novedad— estaba igualmente derrotado. No había solución posible. Algunos de aquellos bellacos intentaron, incluso, robar la única propiedad de Jesús en Nahum: la casa de las flores. Por fortuna no lo consiguieron.

—Todo está perdido —resumió Jairo.

La espera, como digo, fue tensa y agria. Todos se pelearon con todos.

Finalmente, poco antes del ocaso (ese día tuvo lugar a las 18 horas y 20 minutos), el rabí se presentó en el caserón. Llegó tranquilo y relajado. Escuchó en silencio a los encendidos discípulos y terminó manifestando:

—Mañana, al alba, hablaremos…

Los discípulos quedaron perplejos. ¿Mañana? Andrés, como jefe de grupo, insistió:

—Maestro, debemos partir… ¡ahora!

Todos asintieron. Pero Jesús —solicitando calma— exclamó:

—¡Confiad!… Quiero despedirme de todos…

Y se retiró al palomar. Allí quedaron los íntimos, nerviosos. Así era el Maestro.

«Yo no tengo madre»

Esa jornada, y durante la noche, los correos de David Zebedeo no tuvieron tregua. Llevaron la noticia de la inminente detención del rabí a todas las poblaciones del *yam* y, por supuesto, a Nazaret, donde residía María, la madre del Galileo.

Al alba del 22 de mayo del año 29, domingo, unas cien personas se dieron cita en el viejo caserón de los Zebedeo, en Saidan. Allí se hallaban los íntimos, el grupo de mujeres y alrededor de ochenta fieles seguidores del Maestro. Nadie conocía las intenciones del Hijo del Hombre. Todo eran rumores y habladurías y ninguna certeza.

Según los relojes de la «cuna», ese día amaneció a las 4 horas, 30 minutos y 38 segundos (Tiempo Universal). El alba llegó preciosa y con ciertas prisas. Después entendí por qué. El Maestro se presentó en la «tercera casa» sereno y sonriente. Vestía la túnica blanca —la de los días especiales— y el ropón de color vino. Salomé, la madre de los Zebedeo y dueña del caserón, le sirvió leche caliente y una buena ración de pan con miel y queso. La «tercera casa» se quedó pequeña. El personal, sentado o de pie, buscó sitio alrededor de Jesús de Nazaret. Otros ocuparon los pasillos y el patio trasero. Andrés, impaciente, rogó al rabí que se diera prisa. Pero el Galileo no hizo caso. Y continuó saboreando el crujiente pan —recién horneado—, ante la mirada atónita de discípulos y seguidores.

—El Flauta y los levitas —manifestó el jefe de los íntimos— pueden estar de camino… ¡Señor, tenemos que salir de aquí!

De Tiberíades a Saidan, en efecto, si marchaban por tierra, los policías necesitaban del orden de cuatro horas; si lo hacían a buen paso, los 20 kilómetros podían cubrirse en menos tiempo.

Jesús terminó el desayuno y, con la taza de leche entre las manos, dirigió unas palabras a los allí congregados. Saludó y, acto seguido, dio las siguientes instrucciones:

1. Las mujeres permanecerían en Saidan. Escuché algunas protestas de las evangelistas.
2. Los discípulos partirían con Él. Más protestas de las mujeres.

3. Andrés debería seleccionar a doce seguidores para que acompañaran al Maestro. Las mujeres, siguiendo las órdenes de Susana, guardaron silencio, pero siguieron negando con las cabezas. «No era justo», susurraban.
4. David Zebedeo continuaría con los correos. Y aprovechó la oportunidad para elogiar el trabajo de los mensajeros.

Y en esas estábamos cuando Felipe, a mi lado, me anunció la inminente llegada de María, la madre de Jesús, y parte de su familia. Uno de los correos acababa de traer la noticia. Habían viajado desde Nazaret en un *reda* cubierto. Y me asaltó una idea. No lo dudé. Me abrí paso como pude y corrí a la casita. Eché mano de los «anillos extractores» y regresé por la zona de atrás del caserón. El patio trasero también aparecía lleno de seguidores. No pude alcanzar la «tercera casa». Y me resigné. Fue entonces, al dirigir la mirada hacia la playa, cuando vi aquellas cinco lanchas. «¡Qué raro!», me dije. Flotaban en el *yam* frente a la quinta piedra de amarre. Dos de ellas las conocía bien. Eran propiedad de los Zebedeo. ¿Por qué no estaban varadas, como era lo habitual? Dos hombres las vigilaban. No estoy seguro, pero me parecieron seguidores del Galileo. Olvidé el asunto e intenté prestar atención a las palabras del Maestro. Creo que continuaba despidiéndose. Y digo creo porque, en realidad, desde el patio de atrás no se oía nada. Felipe y Andrés me informarían de los detalles algún tiempo después. Y en ésas estaba cuando, de pronto, se abrió la cancela de madera del referido patio trasero, el que daba a las escaleras de la playa. ¡María!… Y detrás, Santiago y Judá, sus hijos. Acababan de llegar a Saidan, pero, al parecer, no pudieron entrar en el caserón por la puerta principal. La Señora, como la llamaba Jasón, miró —nerviosa— a su alrededor. Vestía una túnica negra y un manto del mismo color. Los hermosos ojos verde hierba destacaban en una piel transparente. Las ojeras casi llegaban a los pies. Podía ser la tercia (nueve de la mañana). Nos saludamos. Ruth —me dijo— seguía empeorando. Y me dio una noticia que no conocía: el día anterior, los fariseos la visitaron en su casa de Nazaret. Hablaron. Pretendían que convenciera a su Hijo para que olvidara aquella locura. De no hacerlo, la justicia del Sanedrín caería sobre Él y sobre su familia. Podían ser encarcelados o desterrados. Y los fariseos insistieron: «¡Todos!». Ésa era la razón de la presencia de la Señora y sus dos hijos en Saidan. En suma: estaban allí para intentar convencer a Jesús de que lo dejara todo y regresara con ellos a Nazaret. Sonreí para mis adentros. ¡Qué absurdo! No habían entendido nada… Y María remachó:

—El Sanedrín es peligroso como una cesta de cobras… ¡Tenemos que convencer a Jesús!

Y la voluntariosa mujer trató de llegar a la «tercera casa». Pero no pudo dar un paso. La gente se lo impedía. Suplicó, ordenó, y dijo que era la madre del Galileo. Inútil. Nadie se movió. Nadie la dejó pasar. Pero la Señora era terca y se las ingenió para hacer correr la voz: «Tu madre y tus hermanos están aquí… Quieren hablar contigo». Y el mensaje fue pasando de uno a otro hasta que llegó a Pedro, situado muy cerca del rabí. Fueron Felipe y Andrés, como decía, los que me informaron después.

Pedro interrumpió al Galileo y dijo:

—Señor, tu madre y tus hermanos están ahí y ansían hablar contigo…

Y el Galileo replicó:

—Decid a mi madre y a mis hermanos que no teman por mí… El Padre Azul, que me envió a este mundo, no me abandonará… ¡Y tampoco sufrirá mi familia daño alguno!… Decidles que tengan coraje y que confíen en el Padre del reino invisible y alado…

El Maestro hizo una pausa y proclamó, al tiempo que abría los brazos como si quisiera abrazar a los presentes:

—Después de todo, ¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

Los íntimos y las mujeres palidecieron. ¿Qué decía el rabí? Y tomaron las palabras de Jesús al pie de la letra. Pero el Galileo no había terminado:

—¡¡Yo no tengo madre!! —gritó—. ¡¡Yo no tengo hermanos!!

En esta ocasión, la voz potente de Jesús llegó —nítida— hasta la parte de atrás del caserón. Y María y los hijos escucharon…

—¡¡Contemplad a mi madre y a mis hermanos!! —proclamó el rabí señalando a la concurrencia—. ¡¡El que hace la voluntad de Ab-bā…, ése es mi madre, mi hermano y mi hermana!!

Fue fulminante. La Señora —al oír estas expresiones (siempre figuradas)— perdió el sentido y cayó al suelo. Judá y yo nos apresuramos a auxiliarla mientras Santiago procuraba agua. No lo pensé. Busqué la muñeca izquierda de la mujer y activé los «extractores», extrayendo un poco de sangre. Nadie se percató de la maniobra.

Al poco, por la cancela, vi entrar a dos correos de David Zebedeo. Se abrieron paso a empujones y transmitieron una noticia a Andrés: «¡Los policías del Templo han llegado a Nahum!… ¡Ya vienen!».

Andrés consultó al Maestro y estimó:

—¡¡Hay que huir!!… ¡¡Ahora!!

Fue en esos críticos momentos cuando una de las once mujeres —creo que la de Migdal— gritó:

—¡¡Bendito sea el vientre que te trajo y benditos los pechos que te amamantaron!!

El rabí interrumpió la conversación con Andrés, se volvió hacia el grupo, y exclamó:

—No…, más bien bendito el que escucha la palabra de Ab-bā y hace su voluntad…

Al terminar de pronunciar estas palabras, otros tres mensajeros irrumpieron por la puerta principal y gritaron:

—¡¡Ya vienen!!… ¡¡Ya vienen!!

Y cundió el pánico. Pensaron que el Flauta había alcanzado Saidan y que se disponía a capturar al Galileo. María, recuperada, se puso en pie y, atendiendo los consejos de Santiago, abandonó el caserón. Y escaparon hacia la playa. Los seguidores retrocedieron e intentaron huir por la cancela de madera. En la precipitada fuga tropezaron y se pisaron unos a otros. Los gritos de Andrés, solicitando calma, fueron inútiles. Todos temían a los levitas. Terminaron derribando la pequeña puerta del patio trasero y corrieron escaleras abajo, hacia el lago. Sólo se oía un grito:

—¡¡Ya vienen!!

No volví a ver a la Señora y tampoco a los hijos. Durante unos minutos permanecí quieto, tratando de ordenar las ideas. Ni se me ocurrió entrar en la «tercera casa». Según contó Andrés con posterioridad, Jesús sí tenía intención de despedirse de su madre y hermanos. Pero las circunstancias lo impidieron. Entiendo que la Señora no comprendió el verdadero sentido de las palabras de su Hijo. Las tomó literalmente. Grave error. Por eso se desmayó. Y el Galileo, empujado por Andrés y la *tabbah*, huyó de la casa, pero por la puerta principal. Aquello me extrañó… El resto de los íntimos, mujeres y seguidores, como decía, lo hizo hacia la playa. En esos instantes no reparé en otro «detalle». Felipe lo aclararía días después, cuando me reuní con ellos en Cesarea de Filipo, al norte: Simón, el Zelota, vestía una llamativa túnica roja, impropia de él. ¿Por qué? Muy simple: todo estaba minuciosamente planeado por Andrés. El jefe de los íntimos planificó la fuga de la siguiente manera: si se veían sorprendidos —como así fue—, Jesús y la escolta escaparían hacia la fuente de Saidan, a orillas del río Zaji. Allí permanecerían escondidos. Los demás, con los seguidores, embarcarían en las cinco lanchas previamente preparadas, y que yo había visto flotando frente a la quinta piedra de amarre. El Zelota, con la vistosa túnica roja, haría de cebo, simulando que se trataba del rabí. Y las embarcaciones navegarían hacia el sur del *yam*. Días más tarde se reunirían en la mencionada Cesarea de Filipo, en los dominios del rey

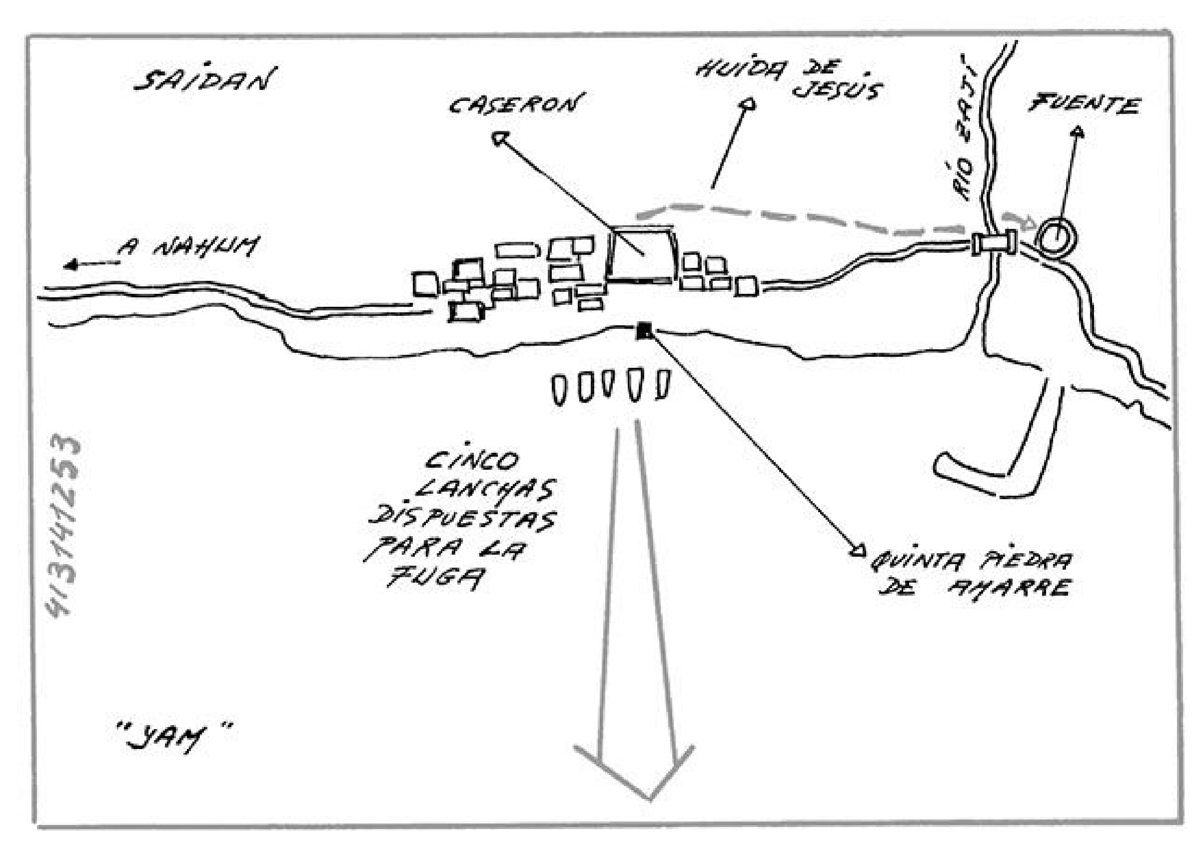
sabio y, en consecuencia, fuera del control del Sanedrín. Al abandonar el caserón, Jesús pidió a uno de los mensajeros de David Zebedeo que transmitiera un recado a su madre:

—Diles que agradezco que hayan venido… Tenía intención de verlos, naturalmente… Por favor, que no se ofendan… Y que traten de hacer siempre la voluntad del Padre Azul.

En efecto, las lanchas partieron. Poco después oí voces en el interior del caserón. Entré y vi al Zebedeo padre discutiendo con un sujeto alto y armado hasta los dientes. Lo acompañaban cincuenta o sesenta policías del Templo: los temidos levitas, con sus largas túnicas verdes hasta el suelo y las «camisas» de escamas metálicas que los protegían hasta la mitad del muslo. Se tocaban con cascos metálicos, muy brillantes, y portaban mazas armadas con clavos. El que parecía el jefe —de casi dos metros de altura— exigió la entrega del «carpintero loco». Así lo llamó. Era, sin duda, el Flauta. Salomé y las hijas hicieron causa común con el jefe de la casa. Y dijeron la verdad:

—No sabemos dónde está…

Y, sin más, los levitas procedieron al registro del caserón, habitación por habitación. Escuché cómo lo revolvían y lo rompían todo. Hadar, la esposa de Santiago Zebedeo, y sus cuatro hijos pequeños, salieron, asustados. Lógicamente no hallaron al rabí… Y, furioso, el Flauta se precipitó hacia el patio de atrás. Allí descubrieron las cinco velas, alejándose hacia el sur. Y el Flauta y sus esbirros maldijeron al «carpintero loco» y corrieron hacia la playa. Demasiado tarde.



Huida de Jesús en la mañana del 22 de mayo del año 29, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Cuando analicé los textos evangélicos —ya en la «cuna»—, quedé nuevamente perplejo. Mateo (12, 46-50) manipula de nuevo la verdad. Dice así: «Todavía estaba hablando a la muchedumbre cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: "¡Oye! Ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte". Pero él respondió al que se lo decía: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?". Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: "Éstos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre"». Y el evangelista ignora el desmayo de María y el porqué de su visita a Saidan y las amenazas de los fariseos a la Señora y a su familia. ¿Pensaron que escribir la verdad perjudicaba la imagen del Maestro? Fue María, insisto, la que no comprendió las palabras de su Hijo. Y la verdad, como digo, fue nuevamente distorsionada… ¡Pardiez! ¡Cuánta mentira!

205 denarios

Me encontré solo. Y actué —creo— con sentido común. Me dirigí al mar Muerto —a la cala del Hombre Rojo— y deposité la sangre de María en uno de los criogenizadores de la «cuna». Hasta esos momentos había logrado sangre del Maestro y de Ruth, la hermana menor del rabí, y sangre de la Señora. Sólo faltaba recuperar el cilindro de acero e intentar obtener algo más de sangre del Hijo del Hombre. Empeño difícil. ¿Lo conseguiría? Tenía que buscar el momento propicio… Las órdenes eran las órdenes.

En esos días de relativo descanso, la bella intuición —como la llamaba Jasón— tocó mi hombro de nuevo: «¡Atención!… Jesús y los suyos pueden necesitar tu ayuda». «¡Qué absurdo!», pensé. Pero hice caso. La intuición es lo único puro que queda en mi corazón… Y regresé a Saidan. Mi pensamiento se centró en buscar al rabí y a los suyos. Pero ¿hacia dónde viajar? ¿Marchaba hacia el sur? En el caserón de los Zebedeo sólo obtuve silencio. Fueron las evangelistas —especialmente María, la de Magdala— las que me dieron una pista: Cesarea de Filipo, al norte, en los territorios del rey sabio. Era lógico. Y hacia allí me dirigí. Pero, como decía, siguiendo el consejo de la intuición, cargué más dinero de lo habitual. Llené el petate con 300 denarios e hice una abundante provisión de alimentos: sacos de arroz, de garbanzos, de ajos, cebollas, carne salada de ciervo, huevos y toda la fruta que pude conseguir. Cargué el *reda* y partí, veloz. Sólo tuve una preocupación: que pudiera ser asaltado. Los cielos me protegieron. Dos días después encontré al grupo al pie de las murallas de Panias o Cesarea de Filipo. Ésa era la costumbre de Andrés. Felipe me abrazó. Jesús parecía recuperado de los últimos disgustos. Al verme me guiñó un ojo. Me sentí bien, a pesar de todo… Y Felipe y Yu me pusieron al corriente. Poco que contar. En una nueva maniobra de despiste, Andrés sugirió que Pedro y los doce evangelistas marcharan por otros caminos. Así lo hicieron. Se reunirían con el Galileo y los íntimos en Cesarea de Filipo el miércoles, 8 de junio.

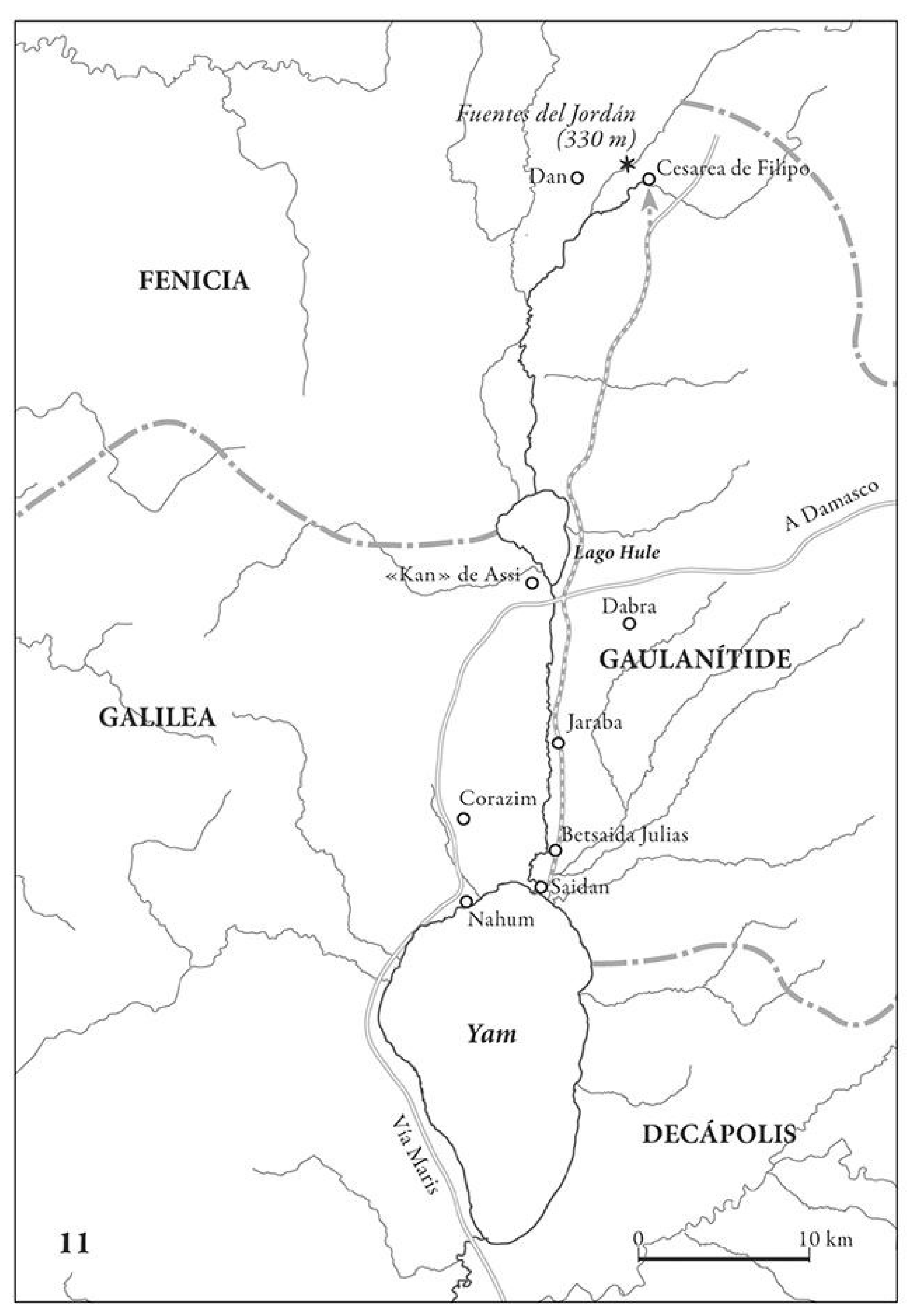
Mientras trajinaba en la cocina de campaña, el intendente me hizo una confesión: dada la precipitación en la huida de Saidan, prácticamente no había tenido tiempo de organizar la despensa. Y lo peor es que tampoco tenían dinero. La bolsa del Iscariote estaba vacía.

—¿Qué vamos a hacer? —se lamentaba Felipe—. ¡No podemos regresar a Saidan, al menos de momento!

Nadie se atrevía a exponer el problema al Galileo. El Maestro había recuperado el buen humor y ninguno de sus íntimos deseaba agriarle la vida. A Felipe se le saltaron las lágrimas. Fue entonces cuando lo tomé aparte y puse en sus manos 205 denarios. Me miró, desconcertado. Y le dije:

—De parte del Padre Azul…

Sonreí como pude y el intendente volvió a abrazarme, emocionado. Con aquel dinero tenía para un tiempo. Prometió devolvérmelo, pero le dije que no. «No es cosa mía —mentí—. Me avisó una bella y buena amiga…». Finalmente le rogué que no dijera nada a nadie, y mucho menos al Maestro. Asintió con la cabeza, al tiempo que fabricaba sonrisas. ¡Pardiez!… ¡Qué misterio la bella intuición!

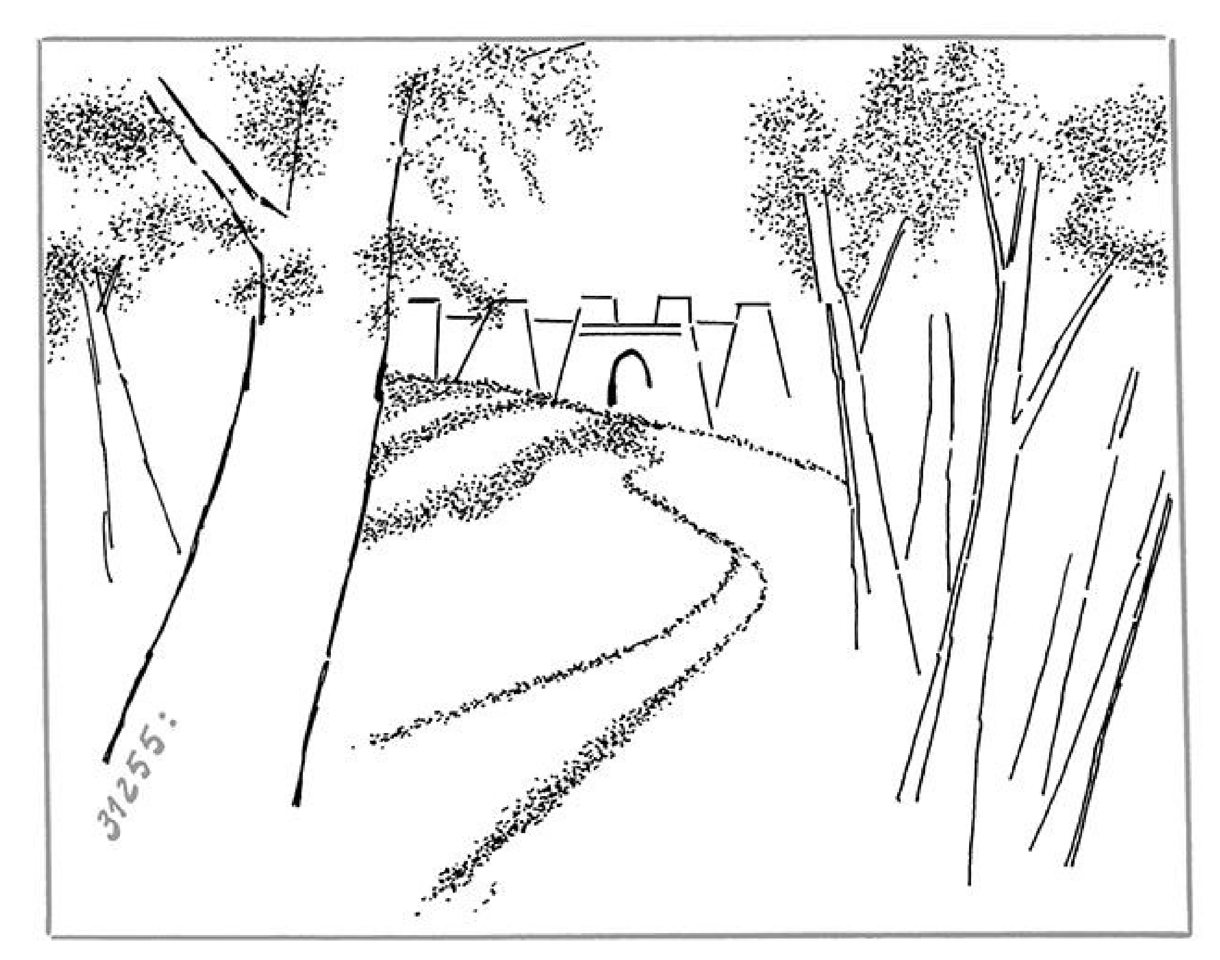


Camino seguido por Jesús y los discípulos en la huida hasta Cesarea de Filipo, en los territorios del rey sabio. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Foricae

Permanecimos seis días más en Cesarea de Filipo. El 15 de mayo (año 29) terminó el plazo dado por Judas Iscariote al bueno y paciente Andrés para que el Hijo del Hombre se proclamara Mesías. Pero, dadas las tristes circunstancias, supongo que olvidó el pleito. Sí, sólo fue una suposición…

Cesarea de Filipo (antigua Panias) era una ciudad amurallada y moderna. Fue reconstruida por Filipo y dotada de lo último en la arquitectura del momento: plazas, mármoles blancos, negros y amarillos, templos a dioses paganos (especialmente a Pan), uno espléndido, dedicado al emperador Augusto —del que Filipo era admirador—, y estatuas, muchas estatuas de bronce. Una de ellas, en la arteria principal, me dejó admirado. Se trataba de una mujer arrodillada (a tamaño natural) con los brazos extendidos en señal de súplica hacia un hombre vestido con una túnica corta. El individuo presentaba patas de cabra. El Oso aclaró que se trataba de Pan, el dios pastor, responsable de la fecundidad del ganado. Y entre los edificios e *insulae*, bosques y parques. A Filipo le encantaban los árboles; creo que lo mencioné. Cesarea de Filipo era una ciudad extraordinariamente agradable, a pesar de los fríos inviernos. En la lejanía se divisaban las cumbres nevadas del macizo del Hermón, la montaña sagrada. Muy cerca de la ciudad nacían las fuentes del río Jordán.



Cesarea de Filipo o Panias, al norte del mar de Tiberíades. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

En el tiempo que permanecimos en Cesarea de Filipo no hubo predicaciones. Andrés recomendó prudencia. No convenía provocar… innecesariamente. Jesús hizo *'im* con las gentes del lugar y mantuvo conversaciones con los discípulos. Al anochecer, en torno al fuego, se habló de muchos temas. Uno de ellos me pareció muy didáctico y de rabiosa actualidad (sobre todo en nuestro «ahora»). En esos momentos, el sentimiento de fracaso en los discípulos pesaba lo suyo. Y Mateo Leví abrió el fuego:

—Maestro, ¿por qué hemos fracasado?

Jesús supo ver el fondo de la cuestión y respondió con firmeza:

—Fracasar no significa perder…

Y aclaró:

—Lo que llamáis fracaso forma parte de los obstáculos propios de la vida terrenal, al igual que la enfermedad, el dolor o la traición de un amigo…

Se me quedó mirando y no tuve más remedio que bajar los ojos. Él lo sabía todo… Y prosiguió:

—Pero yo os pregunto: ¿consideráis la enfermedad como un fracaso?

No supieron qué responder. Él lo hizo:

—Por supuesto que no… En realidad, nadie fracasa. Entre otras razones porque vosotros elegisteis la vida que ahora lleváis…

Seguían sin comprender. E intentó precisar:

—Os he dicho que fracasar no quiere decir perder… Lo diré de otra manera: lo que llamáis fracaso son puertas que se abren…

Bartolomé, el Oso, lo interrumpió:

—Señor, ¿cómo debemos comportarnos cuando creemos que hemos fracasado?

El Galileo inspiró profundamente. Comprendí. Aquellos hombres eran de dura cerviz…

—No me escucháis cuando hablo —protestó el rabí—. Os he dicho que llegáis al mundo para experimentarlo todo: lo bueno y lo malo. Pues bien, la sensación de fracaso es lógica en un lugar imperfecto como éste, de la misma forma que podéis tropezar con una piedra o atragantaros con un trozo de pan. Después de tropezar con la piedra, ¿permanecéis en el lugar, hundidos y llorosos?

Rieron la supuesta gracia del Maestro. Sólo Mateo y Andrés parecían entender.

—… Sé que no —continuó—. Pues bien, cuando llegue el supuesto fracaso, actuad de idéntica manera: ¡seguid adelante!…, ¡continuad vuestra vida! ¡El fracaso —gritó— es otro espejismo!… ¡No echéis raíces en las sensaciones! Sean buenas o malas… Lo único que os debe preocupar es la búsqueda del Padre Azul; el resto son piedras en el camino…

Sonrió —feliz— y proclamó con gran voz:

—¡¡Eres inmortal!!… ¿Por qué te preocupa tropezar? Olvida el fracaso o recuérdalo, únicamente, cuando sea necesario. ¡¡Dispones de un fragmento del Padre Azul en tu mente!!… ¿Qué más necesitas? ¡¡Sois afortunados!!… El que sabe que es inmortal no percibe los tropiezos como algo grave o irremediable. Si vives en la oscuridad, sí serás un fracasado…

Pero no todo fue desaliento en aquellas jornadas. También vivimos momentos divertidos… Mejor dicho: surrealistas… Recuerdo, por ejemplo, una visita a las letrinas públicas de Cesarea de Filipo. Las llamaban *foricae*. Supe de 23…

Me dejé llevar por Tomás y el Oso de Caná. Jesús jamás pisaba aquellos locales. Pero antes debo explicar algo elemental. No todas las casas disponían de retrete. La mayoría hacía sus necesidades en cubos (los llamaban «excusados de mano»). Después cargaban con ellos y los vaciaban en los basureros o en los ríos. Otros, con más suerte, especialmente en las *domus* o

casas elegantes, practicaban pozos y los cubrían con una tabla con un agujero en el centro. Una esponja y una vasija con agua habitaban en el cuchitril. Generalmente instalaban el váter cerca de la cocina o debajo de las escaleras. Las aguas menores eran arrojadas por las ventanas… Pues bien, esta precariedad generalizada terminó provocando el nacimiento de letrinas públicas (tanto para hombres como para mujeres). Y, como decía, una tarde, el Oso y Tomás me animaron a acompañarlos. La *foricae* en la que entramos —en el centro de la ciudad— consistía en una sala cuadrada, de 20 metros de lado, provista de un banco de mármol pegado a los muros, que recorría tres de las cuatro paredes. Tenía un metro de altura. En lo alto habían sido dispuestas sendas y largas planchas de madera, con un agujero de 20 centímetros de diámetro en el centro de cada asiento. El boquete era prolongado hacia adelante hasta alcanzar el filo de la madera. Pagamos dos ases por persona y buscamos sitio. ¡Pardiez! ¡El local estaba casi lleno! Retiramos los taparrabos y nos sentamos sobre los agujeros. Creo que estaba rojo como una amapola… Allí se hallaban 23 individuos, de diferentes edades; la mayoría ancianos. Conversaban animadamente. No podía creerlo… ¡Hablaban de chismes, del emperador Tiberio, de las legiones romanas, de los dioses, de la salud o de recetas de cocina mientras hacían aguas mayores! Los ruidos eran continuos y aterradores… Pero nadie prestaba atención a los «sonidos». El olor era mareante. Tomás y Bartolomé hicieron amistad nada más llegar… ¡Y allí permanecimos durante dos horas! De vez en cuando, una corriente de agua arrastraba los excrementos. Al terminar, los siervos o *foricarum* proporcionaban una esponja y el sujeto procedía a la limpieza. Introducía la mano por la ranura y listo… Roma disponía de 144 letrinas públicas. Todos los días se aprende algo…

El 8 de junio, miércoles, aparecieron Pedro y los evangelistas. Llegaron desmoralizados. La estancia en la ciudad de Corazim fue una pesadilla. Y Pedro habló y habló. Nada más llegar los corrieron a pedradas. No lograron hilvanar un solo discurso. Se reían de ellos o los ignoraban. Así vivieron —sufrieron, según Pedrito— durante varios días. Finalmente tuvieron que huir a la carrera, perseguidos por los vecinos y sus perros.

Y fue en esos momentos cuando descubrí algo importante: las pretendidas maldiciones lanzadas por Jesús de Nazaret contra las ciudades de Corazim, Saidan y Nahum (Cafarnaúm) eran otro invento de los evangelistas. Fueron Pedro y Juan Zebedeo —como ya expliqué— quienes lanzaron tales maldiciones, no el rabí… Y lo hicieron por las razones ya expuestas. Veamos un ejemplo: evangelio de Mateo (11, 20-24): «Entonces (Jesús) se puso a

maldecir a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido: "¡Ay de ti, Corazim! ¡Ay de ti, Betsaida (se refiere a Saidan)! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que en sayal y ceniza se habrían convertido. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú Cafarnaúm (Nahum), ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades (infierno) te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti"».

¡Cuánta falsedad! Como digo, el Galileo nunca pronunció esas frases. No era su estilo. El Maestro jamás maldijo a nadie (ni siquiera a la célebre higuera).

Luz

Fueron jornadas tranquilas. Nos hallábamos fuera del control del Sanedrín y eso alivió la tensión entre los discípulos y seguidores.

Al dejar atrás Cesarea de Filipo, fuimos descendiendo. El macizo del Hermón quedó a nuestra derecha. Y nos adentramos en el reino del cedro. Los bosques se hicieron impenetrables y los caminos —de tierra— peleaban en cada recodo. Felipe y Tomás, buenos conocedores de aquellos parajes, se hicieron cargo del *reda*, el carro cubierto. Jesús, como siempre, tiró del resto. En la frente lucía la cinta blanca de algodón, señal de larga caminata. ¿Hacia dónde nos dirigíamos? El nombre sonaba misterioso: Fenicia, la patria de los hombres del mar. Era mi primera visita al lugar. Debía permanecer atento. Los árboles eran espectaculares. Los troncos —imponentes— alcanzaban los 30 y 40 metros de altura, con perímetros de 10 y 12 metros. Era la gran riqueza y el orgullo de Fenicia. Los cedros jugaban a candelabros, siempre verdes, siempre enigmáticos y siempre ajenos a sus primos, los robles, los cipreses y los pinos. Caminar en aquel mundo del silencio era, además, respirar un perfume acerbo dulce que casi nos aturdía. Era el aroma del cedro: un aceite balsámico espeso y amarillo que hizo saltar de alegría al maravilloso intendente. De vez en cuando abandonaba el *reda* y recogía todo el aceite disponible. Y regresaba al carro cantando. «Es el aceite utilizado en la momificación», aseguraba muy serio. Estábamos, en efecto, ante uno de los cedros más singulares: las abietáceas, con el que se construían barcos de guerra, templos —como el de Salomón, en Jerusalén—, tumbas y palacios. Un árbol podía costar del orden de 500 denarios… El camino, de vez en cuando, nos sorprendía con cascadas blancas y rabiosas y torrenteras cristalinas y desobedientes.

Dejamos atrás las localidades de Metulla, Marj'ayoun y Nabatiya. No nos detuvimos. «Toda precaución es poca», repetía Andrés. Eran ciudades paganas, perdidas para siempre entre los silencios de montañas y bosques. Nunca conocieron la palabra del Hijo del Hombre. Lástima…

Pero el 10 de junio del año 29, viernes, divisamos una aldeíta. Nos hallábamos en la cota 615. Andrés consultó con el rabí. ¿Nos deteníamos? El Hijo del Hombre aceptó. El pueblo se llamaba Luz. Me gustó el nombre. Era

un puñado de casas de madera, perdido en la nada y en una neblina casi permanente. Acampamos entre los árboles. Al poco, los habitantes, alertados por los perros, se acercaron, curiosos. Eran leñadores y cazadores. Pertenecían a una raza que me recordó a los beduinos: bajitos, fornidos, de nariz y rostros aquilinos, manos severas y ásperas, pelo implantado casi a la altura de las cejas y ojos oblicuos y celestes; un azul oceánico. Lo reconozco: eran feos, pero también infantiles y generosos. Su facundia era proverbial. Cuando tomaban confianza, hablaban como loros y de lo que fuera. Al poco de entablar conversación, sacaron a relucir las cántaras de vidrio en las que guardaban el *arac*, un aguardiente de arroz que no conocía la misericordia.

Allí descansamos dos días. Jesús hizo *'im*, encantadísimo. Recorrió las chabolas de troncos, jugó con los niños con la ayuda de una pelota de trapo que había fabricado Felipe y conversó con todos. Supo de sus necesidades, de sus enfermedades, de sus anhelos y de su infinita soledad. Y les habló del reino invisible y alado. Les aseguró que, en ese reino, no tendrían que comer para vivir. Los leñadores reían a carcajadas. Pensaban que el rabí era un cómico; un buen cómico… Y escuchaban embelesados. Yo también. Les habló del Padre Azul, el único Dios que vive para amar. Y gritaban, felices: «¡Nosotros también tenemos los ojos azules!».

Nos dieron lo que tenían: carne de ciervo —exquisita— y sopa de larvas de abeja. ¡Pardiez! ¡Qué hermosura! También comimos «tortillas» de cochinillas, de grillos y de escarabajos… ¡Pardiez, pardiez! Felipe y Yu tomaron nota de todas las recetas.

El Maestro hizo ver a los habitantes de Luz que estaban en el mundo de paso. Tras la muerte, regresarían a casa, a su verdadera casa. Debían vivir, simplemente. Eso era todo. Eso era lo «firmado». Pero los leñadores no entendieron; sólo sabían de cedros, hachas y *arac*.

Fue en Luz donde, al segundo día, bajo los efectos del espeso aguardiente, uno de los leñadores habló del «bosque venenoso». Bartolomé, el Oso, se interesó vivamente. Y el fenicio contó una historia que —con seguridad— era falsísima. ¿O quizá no?… En ese bosque, los árboles eran rojos y centenarios, con las hojas venenosas. «Una podría matar a un caballo», decía. Yu tomaba notas. Pues bien, algunos hechiceros acudían al «bosque venenoso» para buscar plantas mágicas y medicinales que no se dan en ninguna otra parte. Hasta ahí, todo más o menos normal. Lo asombroso era cómo los brujos —no todos, insistió el leñador— obtenían esas plantas maravillosas. Colocaban la mano derecha sobre el tronco del árbol rojo y éste se abría, permitiendo el paso del mago al «otro lado»: a una realidad diferente a la nuestra. Allí

recogía lo que necesitaba y regresaba utilizando el mismo sistema: la mano sobre el tronco. El Oso y Felipe —entusiasmados— propusieron que los guiara al «bosque envenenado». Andrés rechazó la loca idea; el lugar se hallaba a dos días de camino. Pero Felipe no se resignó. Y anotó el nombre de la aldea y del paisano que juraba haber visto el referido «bosque envenenado». El Maestro disfrutaba con estas historias y preguntaba más que nadie.

Y el 11 de junio, sábado, al amor de la lumbre, asistí a otra tertulia —cómo definirla—… oxigenante. Tras la cena, nos sentamos en torno al fuego y el Oso preguntó al rabí:

—Maestro, sabemos que el futuro no existe…

Rectificó:

—… Sabemos que aquel día no se presentó…

Todos rieron. El Galileo también.

—Pero, dime —prosiguió el incombustible Bartolomé—, ¿cómo será la religión del futuro?

El Maestro replicó al momento y convencido:

—Será la religión del espíritu…, o no será.

Alguien solicitó detalles:

—La religión del futuro —explicó el Galileo— será la religión de la experiencia personal.

—¿Y qué ocurrirá con la religión de nuestros padres y ancianos? —se interesó Mateo Leví.

El Maestro fue rotundo:

—Esa religión morirá. Ya está muerta. La falta de evolución la cristalizará.

Y procedió a explicar —a grandes rasgos— la historia de la religión en el mundo:

—Primero fue la religión del miedo —dijo—. Era la adoración del fuego, del rayo y de la luna. El ser humano sentía miedo. No comprendía el poder de la naturaleza y la adoraba. Después llegó la religión de la autoridad y de la ley. En ella estamos. El ser humano confía en los sacerdotes y en las autoridades religiosas. Se levantan templos y se sacrifican animales para obtener el favor divino. El hombre queda sujeto a la norma escrita u oral. Es la servidumbre moral, aceptada por las criaturas temerosas que prefieren vivir en la comodidad de la obediencia ciega. Es la religión del dogma. Lo aceptas o estás fuera. Después llegará la verdadera religión: la del espíritu…

Todos esperaron —expectantes— a que el Hijo del Hombre dibujara esa futura religión. Y lo hizo:

—Algún día, cuando ese futuro llegue —y sonrió, pícaro—, los hombres experimentarán por sí mismos la fantástica y feliz experiencia de la búsqueda del Padre Azul. Y lo harán sin la necesidad de templos, de normas, de libros sagrados, de sacerdotes o de amenazas y castigos. Ésa es la verdadera religión: la del espíritu, la de la entrega, la del amor sin condiciones…

El resplandor rojizo de la hoguera acarició el rostro del Maestro y lo transformó. Y Él prosiguió:

—… La religión del espíritu te hará volar… No tendrás que rendir cuentas a nadie; sólo a ti mismo… Tus constantes fracasos serán hallazgos… Un pequeño descubrimiento será la gloria… La soledad será tu premio… La religión del espíritu es la religión del arte, de la belleza, de la búsqueda aparentemente inútil… y, sobre todo, la religión del amor. Si practicas esa religión, amarás por encima de todo y de todos. No importa el resto. No importa el qué dirán, no importará la religión del dogma. Llegará el día en el que aquella religión cristalizada será un difuso recuerdo. ¡Desaprende!

—Ahora entiendo —manifestó Andrés— por qué nos persiguen…

—Hasta que el hombre no descubra al Padre Azul —prosiguió el Galileo con creciente ardor—, todo será oscuridad, temor y vacilación. Y seguirá sometido a la religión de autoridad. Eso es lo fácil… Será la religión del espíritu la que eleve, definitivamente, a la sociedad y termine con las injusticias. En la religión del espíritu no existe el ansia de poder. En la cristalizada sí, ¡y de qué forma!… En la religión de autoridad muy pocos creen en el amor. La del espíritu sólo funciona si hay amor… Será la religión del espíritu la que llevará a la unión de los pueblos.

—No comprendo, Señor —habló Pedro—. ¿Si fracaso en la religión del espíritu…, triunfo?

—Nada te dará mayor felicidad que un supuesto fracaso en la búsqueda de Ab-bā… ¿Sabes por qué?

Pedrito le miró, atónito.

—Porque será tu búsqueda, no la de otros…

Pedro y el resto guardaron silencio. Comprendieron a medias. Y el rabí me dedicó una mirada. Después me guiñó un ojo. Mensaje recibido.

—¿Podrías resumir, Señor, qué es la religión del espíritu? —intervino Tomás.

El rabí inspiró profundamente, contempló las ocho mil estrellas —casi podían tocarse con las manos— y declaró:

—Lucha, duda, conflicto, valor y amor…

Se puso en pie, alzó los brazos, y gritó con todas sus fuerzas:

—*¡¡¡’Ahab!!!…*

Y lo dijo en hebreo: ¡¡¡Amor!!! Escuché el rápido aleteo de algunas rapaces nocturnas que escapaban entre los cedros. Y el perfume del bosque se transformó en un delicioso e intenso aroma a mandarina, el símbolo de la ternura.

—¿Qué necesito para practicar esa religión? —se arriesgó el Zelota.

—Curiosidad e inconformismo…

—Pero Moisés…

El comentario del Oso quedó en el aire. El Maestro adivinó las palabras de Bartolomé y se adelantó:

—Esa religión, os lo repito, sólo conduce al pasado.

—Pero los libros sagrados…

El rabí tampoco permitió que fructificara el comentario de Andrés.

—La religión del espíritu —denunció con valentía— no necesita libros sagrados…

Rectificó:

—O supuestamente sagrados… Es la chispa divina, la que os habita, a la que debéis oír… Ése es el gran libro santo.

Algunos movieron la cabeza negativamente. No terminaban de ver lo expuesto por el Hijo del Hombre. Y Jesús, comprendiendo, preguntó:

—¿Preferís la navegación de cabotaje, pegados a la costa, y con la posibilidad de retornar en cualquier momento a un puerto seguro, o estimáis que es más atractiva la navegación por los mares profundos y desconocidos? ¿Qué clase de aventura deseáis elegir en la vida? ¿Preferís los mares misteriosos del reino invisible y alado o la torpe seguridad de la navegación de cabotaje de los fariseos?

Todos, como un solo hombre, se pusieron en pie y gritaron:

—¡¡Religión del espíritu!!

Las estrellas parpadearon, desconcertadas. ¿Quiénes eran aquellos locos maravillosos?

Y el Maestro concluyó:

—Dejad, pues, que la *nitzutz* os guíe… ¡Sentid al Padre Azul!… Y, sobre todo, no tratéis de demostrar que habéis encontrado a Dios… La sociedad no os entendería y, lo que es peor, no lo perdonaría… Dejad que cada cual cumpla su «contrato».

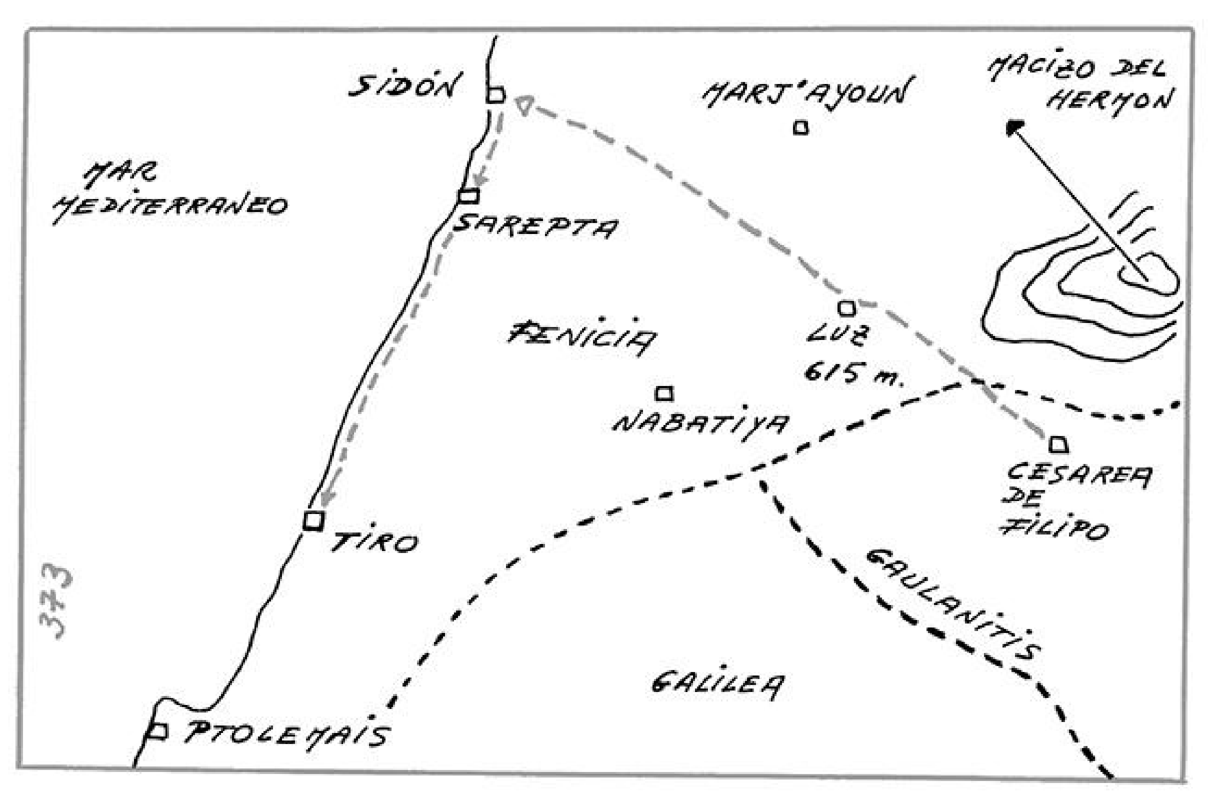
Felipe tenía más dudas. Y se liberó de una de ellas cuando el Galileo se dirigía ya al campamento:

—Señor, ¿y cómo sabremos que alguien ha encontrado al Padre Azul?

El rabí puso sus manos sobre los hombros del intendente y contestó:

—Por sus frutos…

El resto no oyó estas últimas palabras del Hijo del Hombre. Yo, que caminaba al lado de Felipe, sentí fuego en el estómago. ¿Y cuáles eran mis frutos? ¿Conseguir muestras biológicas de Jesús y de su familia? ¿Traicionarle? Esa noche dormí mal, muy mal… Y el lunes, 13 de junio (año 29), alcanzamos la ciudad de Sidón, en la costa fenicia. No tardarían en llegar nuevas aventuras…



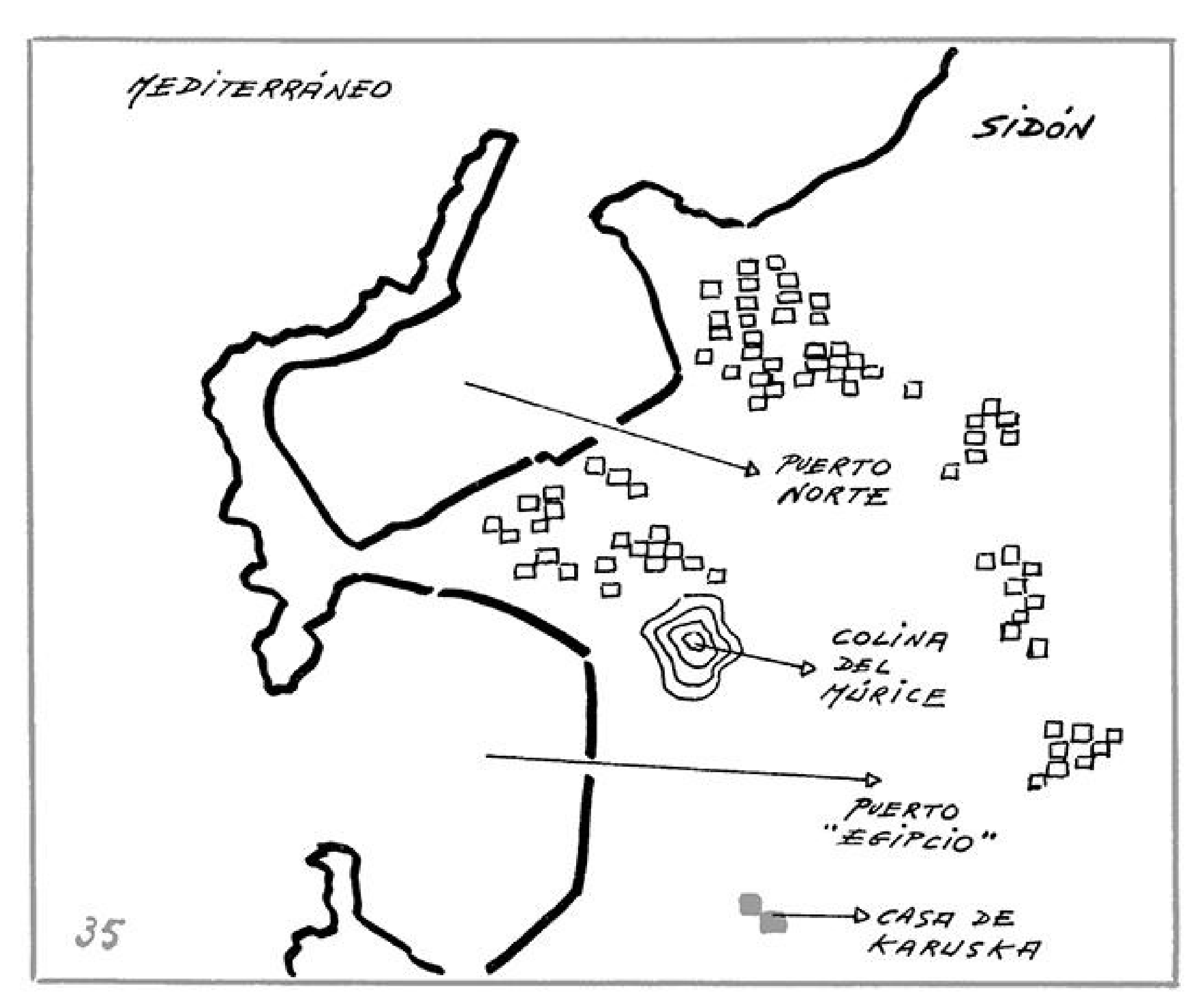
Camino recorrido por Jesús y los discípulos desde Cesarea de Filipo a la costa fenicia. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Io

Sidón era una ciudad luminosa y próspera. En aquel tiempo sumaba casi 50 000 habitantes. Todos paganos. La vida giraba en torno a sus dos puertos. Uno al norte, bien resguardado de los vientos, y el segundo —llamado «Egipcio»— al sur. Las casas —de piedra blanca y madera— vivían en desorden, pero en paz. Conté un centenar de tiendas especializadas en dulces. Los había romanos, egipcios, chipriotas, judíos y etruscos. Felipe daba saltos de alegría. Bartolomé nos proporcionó una lección de historia. La ciudad fue fundada cuatro mil años atrás sobre un montículo y frente a una isla. Poco a poco ganaron la batalla al mar y crearon los dos puertos mencionados. La riqueza de sus industrias de vidrio, de las tintorerías y, sobre todo, de los astilleros provocó la codicia de sus vecinos. Y en el año 352 antes de nuestra era, Artajerjes III la cercó. Pero los sidonios —lejos de entregarse— incendiaron su ciudad, ocasionando la muerte de 40 000 paisanos. Después llegó Alejandro Magno. Y, según el Oso de Caná, sucedió algo asombroso. Después de meses de asedio, Sidón no se rendía. «Entonces —explicó en uno de los paseos— aparecieron en el cielo dos enormes y brillantes escudos volantes…». Jesús y los íntimos escuchaban absortos. «¿Sabéis qué pasó?» —continuó Bartolomé. Nadie lo sabía. «Genial. Los escudos lanzaron un rayo contra las murallas y abrieron un enorme boquete… Por allí entró Alejandro y conquistó la ciudad». El asombro fue general; sobre todo el mío. Los hechos narrados por el Oso no sucedieron en Sidón. Se registraron en Tiro, más al sur, y en el año 332 antes de Cristo. Pero ¿qué importaba? También habló de Hiram I, el monarca fenicio más famoso, citado en las Sagradas Escrituras, que vendió madera de cedro para la construcción del templo de Salomón, en Jerusalén. Así consta también en los *Anales de Tiro*. Salomón, a cambio de los artesanos y de los árboles, le regaló veinte ciudades. Pero Hiram I no aceptó. Este gran rey —según el Oso— fue también un aventurero y un explorador, como el sabio Filipo. En colaboración con Salomón preparó un viaje histórico a Ofir, en el mar Rojo. Y habló también de otros importantes reyes fenicios: Tabnit, hijo de Eshmunazor I, al que sucedieron Tabarit, Eshmunazor II, Bodashtar I y Baana, entre otros. Todos engrandecieron Sidón, convirtiéndola en la ciudad más noble y sobresaliente de Fenicia. En

realidad, no estábamos ante un país. Fenicia era una sucesión de ciudades estado. Cada una independiente y ligada al resto por el dinero. Al sur de la ciudad, cerca del puerto Egipcio, descubrimos una impresionante colina formada por millares de caracolas. La llamaban el monte de Múrice. Altura: cincuenta metros. Eran restos de *Murex brandaris* y de *Murex trunculus*, unos gasterópodos con espinas y aguijones dispuestos en todas las direcciones y de los que extraían la preciada púrpura. Las tintorerías de Sidón eran renombradas. Las había a decenas. Visitamos también los talleres de soplado de vidrio y quedamos maravillados ante la habilidad de aquellos artesanos. Habían logrado el cristal de colores y lo exportaban a todo el mundo conocido. Pero donde el Maestro se detuvo más tiempo fue en los astilleros, ubicados en el puerto sur. Los sidonios, como casi todos los fenicios, sentían una profunda vocación por el mar. E inventaron los barcos con quilla y una forma de bogar que revolucionó la navegación. En lugar de sentar a los remeros mirando hacia la proa, lo hicieron al revés: de cara a la popa. El resultado fue espectacular. El Maestro se interesó por infinidad de detalles. Él, como ya fue narrado, trabajó un tiempo en el astillero de los Zebedeo, en Nahum. Allí, en el puerto sur, contemplamos barcos de guerra, negros y estilizados, con dos bancos de remeros; *myoparones* o embarcaciones marisqueras, sin velas; barcos mercantes, cortos y anchos, con gran capacidad en sus bodegas y un sólido mástil… Yu disfrutó y discutió lo suyo con los carpinteros de ribera. Sidón aparecía cercada por murallas de gran porte —entre 25 y 30 metros— y un tupido bosque de palmeras. Allí asistimos —asombrados— a la recogida de dátiles (deliciosos)… ¡por parte de monos adiestrados! Subían y bajaban constantemente ante la atenta mirada de los cuidadores (todos egipcios). Previamente, las fauces de los mandriles habían sido cerradas con cuerdas y correas. El rabí reía como un niño. Y Tomás —que conocía la ciudad— nos paseó también por los mercados, todos malolientes y ruidosos. En uno vendían sillas, mesas y ataúdes de piedra, cuidadosamente labrados. Uno de los fenicios se empeñó en «tomar las medidas» del Maestro. Y obligó al rabí a tumbarse en uno de los sarcófagos. El Galileo no cabía. Y provocó las risas de propios y extraños. ¡Pardiez! ¡Sentí fuego en el vientre! En otro encontramos sedas y telas teñidas con diez tipos diferentes de púrpura. El Maestro se probó una de las túnicas, con un gorro cónico a juego. Más risas… Después paseamos por otro mercadillo en el que vendían miles de máscaras de ébano, marfil y bronce procedentes de Biblos, Ugarit y Enkomi (Chipre). Las tallas de Samaría eran espléndidas. La diosa Isis —con peluca— me fascinó. Después nos detuvimos en el zoco

destinado —únicamente— a las navajas de afeitar. Eran obras de arte, en un cobre afiladísimo. Todas ellas aparecían grabadas con motivos cartagineses, dioses y bellas vírgenes desnudas. Tomás se compró dos. Y, naturalmente, no podía faltar el mercado en el que se vendían cientos de dioses. Astarté y Echmún eran los favoritos. Vi reproducciones en piedra, madera y marfil. Astarté era la diosa de la fecundidad y Echmún el equivalente de Asklepios, el dios de la medicina. Los fenicios la llamaban *As-tár-ra-at*. En Sidón le habían levantado tres templos. Tenía diferentes advocaciones: Astarté del combate, Astarté del mar, Astarté de la caza y Astarté de la fecundidad.



Ciudad de Sidón, en la costa fenicia. Según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El Maestro se alojó en la confortable casa de una tal Karuska, al sur de Sidón, cerca del puerto Egipcio. La fenicia había visitado el hospital de campaña que fue dirigido por David Zebedeo en la playa de Saidan. Allí se hizo fiel seguidora de las enseñanzas del rabí. El resto se acomodó en casas próximas. Yu y yo elegimos el *reda*; y lo situé muy cerca de la casa de Karuska. La intuición avisó: «¡Ojo!… ¡Atento!».

Jesús fue muy claro: deseaba que su estancia en Sidón pasara desapercibida. Todos asintieron, incluida la dueña de la casa. Pero la paz y el sosiego fueron breves…

El 15 de junio (año 29), miércoles, nos tocó vivir otra experiencia única.

La noticia de la presencia del «hacedor de maravillas» en la ciudad terminó filtrándose. Alguien, en la casa de Karuska, se fue de la lengua… Podía ser la décima (cuatro de la tarde). El sol daría el portazo habitual a las 18 horas y 34 minutos. El Maestro se encontraba en el interior de la vivienda. Yo me hallaba en el carro, conversando con el chino. Y, de pronto, escuchamos voces. Saltamos del *reda* y nos aproximamos a la puerta de la casa. Allí estaba la *tabbah*. Discutían con una mujer de unos cuarenta años, encorvada y llorosa. Llevaba de la mano a una niña de unos diez años. La mujer —de origen sirio— no hablaba griego. Y Pedro buscó a uno de los siervos de la casa para que hiciera de intérprete. La siria se había enterado de la presencia del rabí de Galilea en Sidón y «necesitaba que curase a su pequeña Io». Así se llamaba la niña. Los Zebedeo y Pedro —de buenas maneras— le hicieron ver que Jesús estaba descansando y que no debía ser molestado. Pero la mujer insistió e insistió. Para Norana (ésta era la gracia de la madre), Io estaba poseída por un demonio… Llegaron otros discípulos y asistieron, en silencio, al pulso entre Pedro y la siria.

—Aguardaremos —explicó la mujer— hasta que el Maestro termine su descanso…

Y Pedro empezó a perder la paciencia. No había forma de hacer entender a la mujer que el Galileo no deseaba visitas. E intervinieron los gemelos. El resultado fue el mismo:

—No me moveré de aquí —desafió Norana.

Los íntimos parlamentaron entre ellos. ¿Qué podían hacer? Y Pedro ordenó al traductor que trasladara a la incombustible siria:

—Mujer, entiéndelo… El Maestro está cansado de tanta curación y de tanta enseñanza…

Y siguió inventando:

—… Está en Sidón para descansar… Por favor, márchate.

La respuesta fue inmediata:

—Me iré cuando haya visto al rabí…

E intervino Tomás:

—Mujer, no molestes…

Norana no le dejó terminar:

—Sé que vuestro Maestro puede curar a mi hija…

—Pero ¿qué le ocurre a Io? —se interesó el traductor.

Y la madre, sin más, desnudó a la niña. Pedro retrocedió, espantado. El resto palideció. ¡La pequeña carecía de brazos! ¡Las manos partían prácticamente del tórax!… Además, sufría convulsiones (posible epilepsia). Por eso la siria hablaba de posesión diabólica. Y Norana reprochó a Tomás y al resto de los íntimos:

—Sé de las sanaciones portentosas de Jesús… Y creo en Él. Pero ¿qué pasa con vosotros? ¿Os dedicáis a despedir a los que buscan su misericordia? ¿Qué clase de discípulos sois?

Tomás, avergonzado, se retiró. Y habló el Zelota:

—Mujer, eres pagana… No es justo que el Maestro tome el pan reservado a los hijos de la casa favorita y se lo eche a los perros…

Sentí rabia. Pero la mujer no se ofendió y replicó:

—Sí, señor, te comprendo… Sólo soy un perro a los ojos de los judíos… Pero soy un perro creyente… Y estoy decidida a esperar. Si el rabí mira a mi hija, si sólo la mira, ella quedará curada… Y aun tú, buen hombre, no te atreverías a quitar a los perros las migajas que caen de la mesa de los niños…

Simón, el Zelota, enrojeció y bajó los ojos. Y coincidió. En esos momentos, Io sufrió una crisis. Cayó al suelo, con los ojos en blanco. Todo su cuerpo temblaba y convulsionaba. Los discípulos retrocedieron. Y la madre gritó:

—¡Ahí lo tenéis!… ¡Mi hija está poseída por un espíritu maléfico!… ¡Si vuestra necedad no os conmueve, sí conmoverá al rabí!… Según me han dicho, el Maestro ama a todos los hombres y mujeres, aunque sean paganos…

El intérprete sudaba.

—¡Y yo os digo —finalizó Norana—: vosotros no sois dignos de ser sus discípulos!… ¡No me iré hasta que Io esté curada!

Lógicamente —alarmados por los gritos—, terminaron saliendo la dueña, los criados y, por supuesto, Jesús de Nazaret. La siria —no sé cómo— supo quién era el Galileo y se arrojó a sus pies, llorando y suplicando. La niña seguía en plena crisis, con la boca llena de espuma. El Maestro, entonces, esquivó a Norana y, sin pérdida de tiempo, se arrodilló junto a la pequeña e hizo presa en la lengua, evitando así que la mordiera. Y la crisis, lentamente, fue remitiendo. Jesús, entonces, siempre de rodillas, abrazó a la niña y empezó a cantarle. Era una nana. Todos estábamos desconcertados. ¿Qué pudo transcurrir? ¿Un minuto? Quizá ni eso… El sol se hallaba cerca del ocaso. Y, de pronto, el patio se volvió azul. Todo se iluminó con una luz vivísima y celeste. Me dejó ciego durante algunos segundos. Oí gritos. Después, al recuperar la visión, quedé perplejo. ¡Pardiez!… Io continuaba

entre los poderosos brazos del Galileo, ¡pero tenía extremidades superiores! ¡Tenía brazos! El lugar olía a mandarina, el perfume del amor y la ternura.

No esperé. Huí. Estaba aterrorizado… ¡Aquel Hombre era verdaderamente un Dios!

Más adelante, cuando logré serenarme, regresé al *reda*. Yu me informó. El Maestro había entregado a Io a los brazos de su madre. Ésta lloraba y lloraba. Acariciaba a la niña y repetía:

—¡Gracias!… ¡Gracias por cuidar de los perros!

El rabí solicitó a Norana, y a todos los presentes, que no dijeran nada sobre lo ocurrido. Así lo prometieron.

Días más tarde, en la «cuna», repasé lo escrito en los evangelios sobre este asombroso suceso. ¡Pardiez! ¡Mintieron de nuevo y como bellacos! Mateo (15, 21-28) dice textualmente: «Saliendo de allí [¿de dónde?] se retiró hacia la región de Tiro y Sidón. En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio [?], gritaba diciendo: "¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada". Pero él [Jesús] no le respondió palabra [¡Falso! El Maestro no estaba presente en esos momentos]. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: "Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros" [más falso aún]. Respondió él: "No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel" [¡Pardiez! ¡Qué desvergüenza! Jesús jamás pronunció esas palabras]. Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: "¡Señor, socórreme!". [Falso]. Él le respondió: "No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos" [¡Pardiez y pardiez! ¡Eso —más o menos— lo dijo el Zelota, no Jesús!]. "Sí, señor —repuso ella—, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos". Entonces, Jesús le respondió: "Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas". Y desde aquel momento quedó curada su hija» [Sí, pero Mateo —que no estaba presente— no dice nada sobre la increíble aparición de los brazos de Io]. En suma: otro desastre evangélico… Y el hipotético lector de estas memorias —como escribía Jasón— se preguntará: ¿por qué los evangelistas no dicen nada sobre los reproches de Norana? ¿Por qué no mencionan algunas de las palabras de la mujer siria? Por ejemplo: «Vosotros no sois dignos de ser sus discípulos». Muy simple: algo así hubiera empañado la imagen de los íntimos…

Dijo «sí» con la cabeza

Fue entrada la noche cuando Felipe se presentó en el carro cubierto. Traía dulces sidonios: canastillas a base de almendras picadas y tostadas, miel en abundancia y fresas cortadas en rodajas (todo ello mezclado con *keratia*, el «chocolate» que extraían del algarrobo). Dulcificó un poco mi angustia. Y el intendente narró lo que este explorador ya había visto: ¡la niña siria tenía brazos! ¡Ya no era una poseída! Esa madrugada, cuando me quedé solo, establecí la conexión con «Santa Claus». Y pregunté sobre el grave problema que presentaba Io antes de su sanación. El ordenador central —a la vista de mi informe— expuso que podía tratarse de una deformación o truncamiento de las extremidades superiores. Una enfermedad rara —llamada «focomelia»— que se caracteriza por el acortamiento de los brazos o de las piernas, de forma que las manos (o los dedos) nacen directamente del cuerpo (del tórax o, en el caso de los pies, del vientre). Se trataría, pues, de una alteración irreversible de la diferenciación esquelética; un problema de origen genético. En otras palabras: para sanar a la niña, el Maestro —o quien fuera— tuvo que modificar la carga celular completa de su organismo. ¡Algo impensable!

Y se repitió la historia…

Aunque el rabí, como fue dicho, tuvo la precaución de suplicar a sus discípulos y a la gente de la casa en la que se alojaba que no dijeran nada a nadie, la noticia —por boca de Norana— se difundió a los cuatro vientos. Le faltó tiempo para cantarla por las calles de Sidón, mostrando a la niña. Y la gente la interrogaba y examinaba a Io. Todos quedaron perplejos. Y al día siguiente, un gentío se congregó frente a la vivienda de Karuska. Pedían la presencia del rabí. Al principio fueron respetuosos. Después se volvieron violentos y exigentes, reclamando a gritos, y con golpes en la puerta, al «hacedor de maravillas». Los enfermos y tullidos se contaban por decenas. Andrés —una vez más— consultó con el Galileo y optaron por la huida. Todo había salido al revés.

En esta oportunidad, Jesús de Nazaret tuvo que esconderse en el *reda*, bajo las mantas y las provisiones. Tomás, conocedor de la zona, se hizo con las riendas.

Y escapamos en la madrugada, mientras la muchedumbre dormía. Tomamos el camino del norte, por la costa, y sin un objetivo concreto.

Al amanecer —cuando habíamos recorrido más de 20 kilómetros— nos detuvimos en una pequeña playa, abrigada por los bosques. El mar se hallaba tranquilo. Y el alba nos cubrió, violeta. Andrés examinó el paraje. Parecía solitario. Y decidieron descansar. La única compañía era un barco negro, a cosa de doscientos metros de la costa, y hacia poniente. Unos hombres faenaban en cubierta con una larga manguera… Se hallaba anclado e indiferente. El Maestro recibió la orden y salió de entre las lechugas y los ajos. ¡Pardiez, qué estampa! Se estiró, tratando de desentumecer los músculos, y suspiró profundamente. Contempló el mar y nos invitó a bañarnos. En breve, la temperatura escalaría los 30 grados Celsius. ¿Por qué no? Un baño me despejaría. Y bajamos a la arena. Una ligera brisa jugaba en la orilla con olas diminutas. Felipe, Tomás y el Oso nos imitaron. El resto se quedó al pie de los árboles. Estaban rendidos y muertos de sueño. Nos desnudamos por completo, abandonamos la ropa sobre la arena y corrimos hacia el agua.

—¡¡El último en llegar al barco friega los platos!! —gritó el rabí.

Y nadamos hacia la embarcación…

Cuatro individuos trapicheaban en la cubierta. Pero no parecían pescadores. Sentí cierto pudor: estábamos desnudos… Pero a ninguno de mis compañeros les importó. Y siguieron nadando hacia la oscura silueta. Al acercarme descubrí que trabajaban con una larga manguera de cuero negro, de unos 20 o 30 metros. Tomás, a mi lado, aclaró:

—Son buscadores de agua dulce…

—¿En el mar? —pregunté desconcertado.

Y el discípulo explicó que, en esa zona, se daban manantiales de agua potable que brotaban, justamente, en las profundidades. Para obtener el agua hacían descender la manguera hasta el fondo y, merced a un embudo al revés, capturaban el torrente. El agua ascendía por presión y era depositada en cubas de madera. «Es un agua sabrosísima —decía—, excelente para ensaladas y como afrodisíaco». No le creí.

Y, de pronto, escuchamos voces. Estábamos a unos ciento cincuenta o doscientos metros de la costa. Eran los discípulos. Gritaban y hacían señas con los brazos para que volviéramos. Me alarmé. ¿Tiburones? Y observé, rápido, los alrededores. No distinguí ninguna aleta sospechosa. Introduje la cabeza en el agua e intenté captar alguna sombra. Negativo. Pero, al poco, sí observé varias manchas oscuras. Nadaban veloces a ocho o diez metros de la

superficie y en dirección a la playa. Cuando traté de avisar, el Maestro ya los había visto, y gritó:

—¡Delfines!

Y señaló la popa de la embarcación. En efecto, un clan de cetáceos nadaba y saltaba cerca del barco, emitiendo afilados chasquidos y silbidos. Eran calderones comunes (lo que en mi país llaman *potheads*, por la cabeza en forma de caldero de hierro). Vestían unas brillantes pieles negras, con la típica mancha blanca —en forma de ancla— en el vientre. Los cuerpos de los adultos aparecían cruzados por infinidad de cicatrices, consecuencia, seguramente, de los ataques de los calamares. Los machos podían medir tres o cuatro metros. Las hembras —más pequeñas y frágiles— no superaban los tres metros. Me parecieron muy alterados. Como digo, saltaban y emitían continuos chillidos. ¿Qué les sucedía? ¿Habían localizado alguna ballena asesina? ¿Quizá tiburones blancos?

El rabí, prudentemente, sugirió que regresásemos. Y así lo hicimos. Y los calderones continuaron histéricos…

Al ganar la costa comprendimos. Una cría de delfín se hallaba varada en la arena y coleteaba con desesperación. Los gemelos trataban de auxiliarla, pero el animal —asustado— no se dejaba. Medía metro y medio. Probablemente se había desorientado. El sol empezaba a castigar… Los gemelos acariciaron a la cría y le hablaron con cariño. Uno de ellos procuró aclarar los ojos y el aventador, eliminando la arena que podía obstruirlo. Y varios discípulos se unieron al trabajo de refrescar la piel del pequeño y desesperado *pothead*. El Galileo comprendió la angustiosa situación del delfín y actuó con diligencia. Ayudado por los gemelos, cargó en sus brazos a la cría y caminaron —rápido— hacia el mar. Al fondo, la familia de los calderones continuaba dando saltos y lanzando chillidos y chasquidos. Entendí. Estaban desesperados… La cría podía morir (sobre todo del susto). Y el rabí y los gemelos nadaron hasta tres o cuatro metros de agua. Allí soltaron al pequeño delfín. Y la cría se perdió, veloz, hacia los suyos. El clan acudió de inmediato y la arroparon. Jesús y Jacobo y Judas de Alfeo sonrieron, felices. Conté entre 20 y 30 delfines. Los hombres del barco —que no habían perdido detalle de la improvisada operación de rescate del delfín varado— empezaron a silbar y a aplaudir a los salvadores. Jesús levantó el brazo izquierdo y correspondió al saludo de los buscadores de agua dulce. Segundos después, cuando el rabí y los gemelos nadaban hacia la playa, sucedió algo para lo que no tengo palabras… Una hembra de delfín —no sé si la madre de la cría perdida— se aproximó a los nadadores y empezó a trazar círculos a su alrededor. El

Maestro se detuvo. Los otros continuaron nadando. Y el inteligente cetáceo saltó fuera del agua, girando sobre sí mismo. Y cayó —feliz— una y otra vez, al tiempo que emitía intensos sonidos. Después nadó hasta el Galileo y dijo «sí» con la enorme y brillante cabeza. Y repitió el gesto por tres veces. El Hijo del Hombre acarició al delfín y regresó a la costa. Comprendimos. Era la forma del calderón de dar las gracias… Y la familia desapareció mar adentro. A Felipe se le saltaron las lágrimas…

Permanecimos cuatro días en la playa de los delfines. Delicioso. Nadie nos molestó. Fueron jornadas de descanso, baño, tertulias y reflexión. Felipe y el Oso, incluso, bailaron. Jesús recuperó el buen humor. Una de las charlas fue especialmente atractiva… para ellos. Nosotros lo habíamos hablado en el Hermón. El Maestro —a pregunta de Andrés— entró en el territorio de los mundos MAT: la vida después de la muerte. Y dijo cosas como éstas:

«La muerte es un segundo… Incluso menos… La muerte es similar a un sueño y especialmente dulce… Es lo establecido… Nadie regresa… Está prohibido…, salvo excepciones… Y los que vuelven lo hacen para sembrar la esperanza… Yo también regresaré…».

La nueva alusión a su muerte no fue entendida. Se miraron, incrédulos, y el rabí continuó:

«Cuando despiertes en los templos de resurrección, todo será diferente e igual… Se os concederá un cuerpo físico, siempre de vuestro agrado… Y se os enseñará dónde estáis y por qué… Al principio pensaréis que se trata de una pesadilla… No es así… Allí seréis recibidos por vuestros seres queridos ya fallecidos… Pero ¡atención!, allí, en el reino invisible y alado, no hay parentesco… No hay padres, ni esposos, ni hermanos, ni tampoco hijos… El amor —allí— lo es todo, pero no como en este mundo… En ese reino fantástico no es necesaria la reproducción… Allí no hay sexo… También os lo dije… No puedo explicaros la naturaleza de ese amor… No existen palabras que lo describan. Pero os aseguro que no desearéis retornar. Nadie lo hace… No os preocupéis: vuestra alma y vuestra memoria serán custodiadas después de la muerte… Nadie las tocará… Y al resucitar en los templos de cristal, retornarán a vosotros… Y sabréis quiénes sois en verdad… Sabréis que no sois Pedro o Judas o Santiago… Sois más que eso… ¡Sois príncipes!… Ese lugar —en el que despertaréis del dulce sueño de la muerte— es parecido a éste… Pero sólo parecido… No hay sol, tal como lo conocéis, pero no existe la oscuridad… Hay noche, pero no como la conocéis… Hay comida, pero no como la conocéis… Pesaréis menos, y cada vez menos… Y allí recibiréis las primeras instrucciones para abandonar la pesada carga de los vicios que os esclavizaron en esta vida… Será una

liberación benéfica… Pasado un tiempo sin tiempo, atravesaréis la primera frontera sin necesidad de morir por segunda vez… Eso se terminó… Sólo se muere una vez… Y vuestro cuerpo físico será más sutil… Allí —en ese nuevo lugar— aprenderéis a pensar en una sola dirección… Y comprenderéis lo que hoy os resulta incomprensible… Finalmente, tras casi 600 “saltos”, llegaréis al final de esa etapa… Entonces, al fin, seréis luz… Sólo luz…, sin cuerpo físico y sin forma humana… ¡¡Luz!!… ¡Luz que piensa y razona!… ¡Luz que se desplaza y que puede estar en dos lugares a la vez!… Y seguiréis la aventura hacia el Paraíso, a la búsqueda del Padre Azul…».

Entendieron a medias. Para mí fueron revelaciones esperanzadoras.

Y el 24 de junio (año 29), viernes, proseguimos la marcha hacia el norte, también por la costa. Entramos en numerosas aldeas y ciudades. Recuerdo Porfireón, Heldua y Berytus, entre otras. Jesús hizo *’im* y los discípulos y evangelistas se ocuparon de las predicaciones. Hablaron del reino del Padre Azul, el único Dios, y del espléndido futuro que nos aguarda. El éxito fue total. Aquella gente —tan desgraciada como los judíos— necesitaba oír palabras de esperanza. Lo dejaban todo y escuchaban y aplaudían y lloraban. Y preguntaban: «¿Dónde está la puerta de ese reino invisible y alado?». Pero los discípulos no sabían responder.

En una de aquellas poblaciones —Berytus— fuimos a coincidir con un tipo asombroso… Era mestizo. Aparecía cubierto de cicatrices. Casi no hablaba. Se ganaba la vida de pueblo en pueblo, merced a una cualidad —no sé cómo llamarla— excepcional… Cuando lo contemplé en una de las plazas, no podía dar crédito. ¿Cuál era el truco? ¡No lo había!… El tipo era, sencillamente, incombustible. Por unas monedas introducía las manos en un caldero con agua hirviendo. ¡Y las retiraba intactas!… Jesús y los íntimos se quedaron con la boca abierta. Después, ante las risitas de algunos —que sospechaban de un truco—, solicitó a su ayudante (bellísima) que preparara un puchero con aceite caliente. Y así lo hizo. Me acerqué y examiné el aceite de oliva. Era aceite. Al poco alcanzó los 80 o 90 grados… Y, ¡oh sorpresa!, el mestizo introdujo las manos en la olla de metal, hizo acopio de un poco de aceite y se lo llevó a la cara, ¡lavándola!… No gimió. ¡Ni una sola señal de dolor! Tomás se aproximó al caldero donde humeaba el aceite y aproximó el dedo índice izquierdo. Andrés le advirtió que no lo tocase. Pero Tomás, dando por hecho que el mestizo nos engañaba, sonrió prepotente. Al tocar el aceite se abrasó y soltó un grito. Felipe tuvo que intervenir con sus aceites esenciales. Tomás maldecía a la madre del mestizo. Pero el espectáculo no quedó ahí. La ayudante prendió una vela y —ante el desconcierto de todos— la colocó en la

punta de la nariz del incombustible. Y allí la mantuvo durante dos largos minutos. ¡Pardiez!… ¡Olía a carne quemada! Pero no oímos un gemido… ¡Ni un gesto de dolor! Al retirar la llama, el mestizo sonrió y se mantuvo silencioso y desafiante. Y Tomás —enfadadísimo— parlamentó con el joven fenicio. Le ofreció un denario si aceptaba su proposición. El mestizo dijo que sí, se deshizo de la túnica y del taparrabo y dejó los genitales al aire. Nos miramos, temerosos. Jesús se puso serio. Y se hizo el silencio. Tomás, entonces, tomó una tea y, sin dudarlo, paseó la llama sobre el pene y los testículos. Creo que palidecimos. Y mantuvo el fuego entre los genitales durante otros dos eternos minutos. Observé el rostro del muchacho —no creo que tuviera más de veinte años—: ¡nada! ¡Impasible! ¡Pardiez! ¡Jamás vi algo semejante! Tomás tuvo que pagar… Después, el «espectáculo» continuó: el mestizo se llevó un hierro al rojo al interior de la boca y allí lo mantuvo hasta que el metal se enfrió. ¡Pardiez y pardiez! Creí que me desmayaba… Al retirarnos, Andrés preguntó al rabí:

—Señor, este hombre sería de utilidad para nuestro grupo. ¿Lo contratamos?

El Hijo del Hombre se limitó a sonreír —sin ganas— y prosiguió con sus largas zancadas. El Iscariote y Juanito Zebedeo coincidieron: «Es Lilith, la jefa de las diablesas, la que ha poseído al mestizo… ¡Huyamos de aquí!».

Esa noche interrogué a «Santa Claus» sobre el extraño suceso. El ordenador central aclaró el porqué de semejante resistencia al dolor. Estábamos ante un caso de CIP, una enfermedad rarísima (analgesia congénita), provocada por un desorden genético. Y aportó un dato interesante. En su memoria existía un hecho parecido. Se registró en París, en julio de 1803. Testigos: decenas de científicos y médicos que presenciaron una serie de pruebas parecidas a las que se sometió el mestizo fenicio. Lugar: la escuela de medicina. Un joven español —de Toledo—, de 23 años, fue capaz de resistir seis pruebas en las que superó el dolor provocado por los ácidos, el agua y el aceite hirviendo. El singular suceso fue recogido en las páginas del *Journal des débats* y ratificado en una carta por el cirujano, doctor Burard, médico forense del distrito VI de París.

Quedé desconcertado…

El cáliz

El 6 de julio (año 29), miércoles, retornamos a Sidón. Lo hicimos en silencio. El Maestro se alojó esta vez en la casa de una tal Justa, otra seguidora del rabí. Jesús no predicó. Los discípulos y los evangelistas sí callejearon, llevando la buena nueva a los puertos y mercados. Los acompañé un par de veces. Pedrito seguía destacando como el líder indiscutible. Hablaba con soltura —mejor que los otros—, pero fantaseaba sin cesar. Contó cómo el Maestro multiplicó los panes y los peces y cómo los hizo caer del cielo azul, como si se tratase de un nuevo maná… Yo alucinaba. Y el resto, ante la buena acogida de los fenicios, miraba hacia otro lado… Todos sabían que mentía, pero no importaba. Lo interesante era sumar seguidores. Y explicó igualmente cómo vio al Maestro caminar sobre las aguas del mar de Tiberíades en mitad de una furiosa tormenta. Los sidonios lo dejaban todo y aplaudían como niños. Por supuesto, Pedro evitaba hablar del Mesías esperado. Allí, entre paganos, no tenía sentido; es más: hubiera sido perjudicial. El Mesías —según los libros sagrados de los judíos— llegaría para dominar a los pueblos y esclavizarlos… Pedrito era torpe, pero no tonto.

Y el 9 de julio, sábado, ocurrió algo lamentable… Esa noche, cuando hacían los preparativos para el siguiente viaje —hacia el sur—, el Maestro habló con Andrés. No encontraba su petate. Lo buscaron por toda la casa. Fue inútil. El saco de viaje no apareció. Justa —agobiada— puso la casa patas arriba. Nada. Recorrió el vecindario, preguntando. Negativo. Nadie sabía nada. El viejo petate de lona se había esfumado; mejor dicho, alguien se lo había llevado. ¿Qué contenía? Si no recordaba mal, una túnica de repuesto, los útiles de aseo, un par de *saq* o taparrabos, un lienzo de algodón (para el baño), una esponja y una pastilla de *borit* (el jabón habitual, fabricado con cenizas y plantas aromáticas), una pequeña lima (para las uñas), un «dentífrico» (consistente en polvo de anís y pimienta olorosa), una escudilla de madera, «cerillas» de azufre, una bolsa de hule con algunas monedas (no muchas), dos cintas de lana para recoger el cabello en largas marchas, un pequeño frasco de vidrio con forma de granada (que contenía el *kimah*, el perfume favorito de Jesús) y el cáliz de acero, regalo de Ticrâ en las bodas de Caná. En realidad, nada de valor… ¡Pardiez! Me estoy equivocando… El

cáliz sí tenía un valor simbólico para el rabí. Él lo acariciaba y abrillantaba cada poco, mientras predicaba o respondía a las preguntas de los discípulos y seguidores. ¡El cáliz! Fue otro misterio. El petate nunca apareció. Obviamente, alguien con acceso a la casa se lo había llevado. Pero ¿por qué? ¿Qué buscaba? ¿Qué pretendía? Y, sobre todo, ¿quién fue?

Yavé era zurdo

El robo del saco de viaje del Maestro dejó un sabor amargo en los íntimos y en los evangelistas. Pero Jesús no se alteró ni puso mala cara. Para aquel Hombre, la ropa, la comida o las posesiones materiales quedaban en segundo o tercer plano. Lo único que contaba —de verdad y a todas horas— era el Padre Azul; hacer su voluntad. Vivía —permanentemente— en sus manos. También lo admiré por eso.

Andrés mandó comprar lo necesario, así como un nuevo petate. Justa, avergonzada, quiso pagar, pero el jefe de los íntimos no lo permitió. Ella no tenía la culpa…

Y el domingo, 10 de julio (año 29), partimos hacia el sur, siempre por la costa. El Oso me acompañó en el *reda*. Y me habló de mil historias. La verdad es que casi no le presté atención. Mi mente buscaba y buscaba cómo aplicar los «extractores» al rabí. Pero no terminaba de ver el momento. Eso me desesperaba…

Visitamos la ciudad de Sarepta —brevemente— y Bartolomé recordó el pasaje del libro primero de los Reyes (17, 1-15) en el que se narra cómo el profeta Elías hizo el milagro de la harina, ya mencionado en estas memorias: «No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la palabra que Yavé había dicho por boca de Elías». Supongo que fue inevitable. Los discípulos compararon el referido pasaje bíblico con los hechos acaecidos en la gran pradera. Y estimaron que la multiplicación de los panes y los peces fue más importante y espectacular que la multiplicación de la harina. Estuve de acuerdo. Habían transcurrido novecientos años. Quién sabe cómo fue aquel suceso en realidad… Y de las lógicas comparaciones, pasaron a las risas y a las bromas. ¿Quién era más poderoso: Elías o el Maestro? ¿Qué era más difícil: multiplicar un pan o un caldero de harina? Hubo chistes para todos los gustos. Y el Galileo fue el primero que se rió de sí mismo. Me encantaba aquel Hombre…

Esa noche, alrededor del fuego, el tema capital fue el Padre Azul y su sentido del humor. Lo adelanto: quedé perplejo…

Bartolomé —incisivo— preguntó a Jesús si Ab-bā disfrutaba del siempre difícil sentido del humor. El Maestro nos sorprendió:

—Él inventó el sentido del humor…

Y puso algunos ejemplos:

—Alguien que no cabe en los siete superuniversos (Dios) cabe en tu mente…

Y señaló su frente.

—Alguien que está en todas partes (Dios) no viaja…

Nos obligó a pensar.

—Alguien que no tiene forma (Dios) prefiere lo curvo…

Sí, aquél fue otro diálogo surrealista.

—Alguien que no habla (Dios) lo escucha todo…

—Alguien que es luz (Dios) habita en la oscuridad de la mente humana.

Yu tomaba notas y reía.

—Alguien que es perfecto (Dios) crea la imperfección…

Bartolomé levantó la mano. Deseaba preguntar. Pero el rabí siguió hablando:

—Alguien (Dios) crea la materia, pero no avisa: el mundo es una broma.

¿El mundo es una broma? Eso fue nuevo para mí.

—Alguien (Dios) crea los tréboles de cuatro hojas y se ríe de la ciencia…

El Oso, finalmente, pudo intervenir:

—Maestro, ¿por qué Yavé, bendito sea su nombre, tenía tan mala uva?

Juanito Zebedeo lo fulminó con la mirada. Pero el Galileo no se cortó:

—Lo que llamáis Sagradas Escrituras fueron libros escritos por varones…

Todos lo miraron, desconcertados. ¿Qué quería decir?

—Si la Ley —aclaró— hubiera sido escrita por una mujer, las cosas habrían sido diferentes…

¡Pardiez! Tenía toda la razón…

—Yavé, bendito sea su nombre, ¿era guapo?

La pregunta de Juanito Zebedeo nos descolocó a todos. Y surgieron algunas risas. El rabí, entonces, se dirigió a Judas Iscariote y rogó que le mostrara un *zouz*, un dracma fenicio. El discípulo buscó en la bolsa, encontró la moneda y se la entregó al Hijo del Hombre. Podía equivaler a cuatro denarios, más o menos. Jesús la examinó a la luz de la hoguera y comentó, al tiempo que se la entregaba a Andrés, el discípulo inmediato:

—No le hace justicia…

Cuando me tocó el turno, y paseé la moneda entre los dedos, quedé perplejo. No lo había visto, o no lo recordaba. En una de las caras, en efecto, aparecía la imagen de Yavé. Entendí. Era una moneda pagana. Por eso habían grabado la silueta del temible Dios judío (los israelitas, como fue dicho,

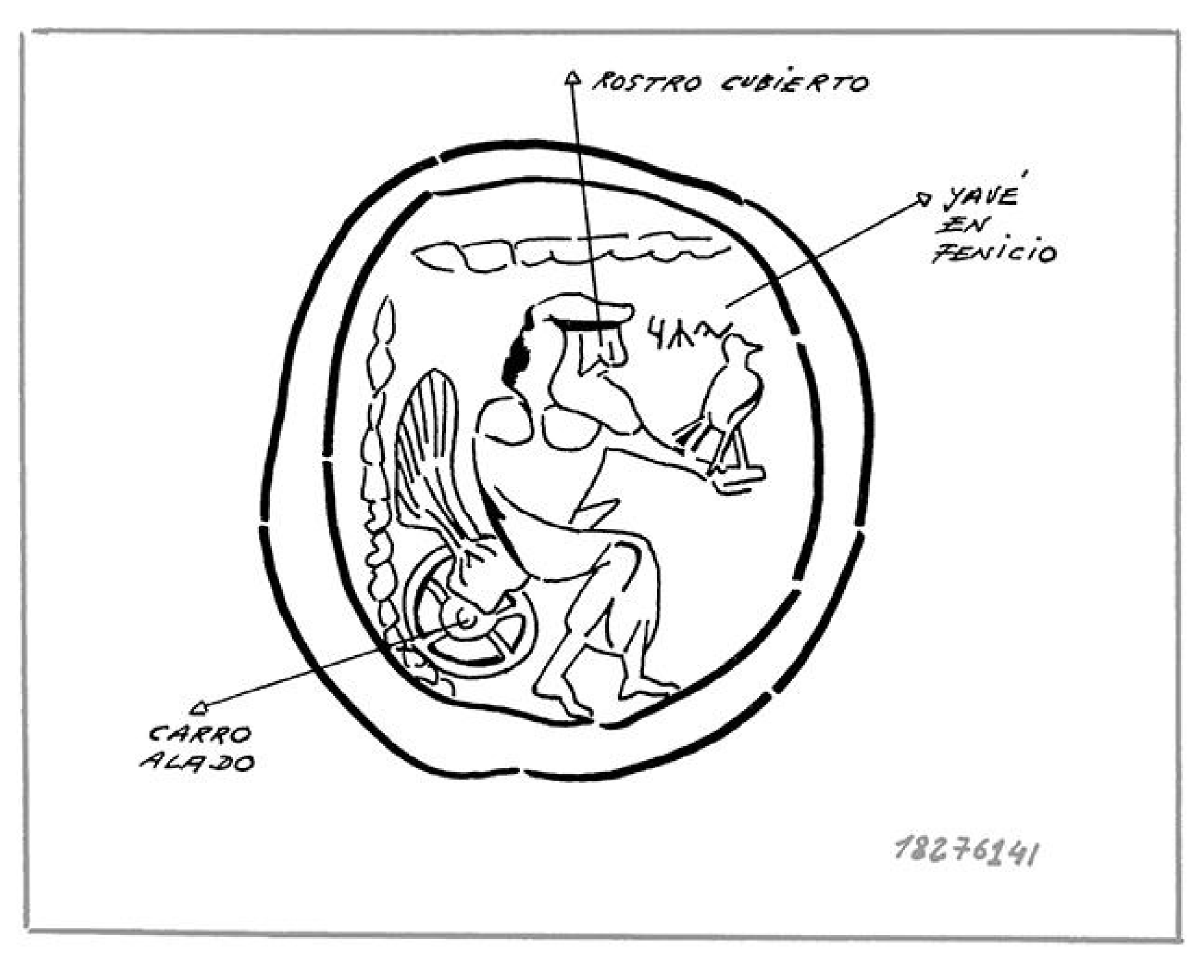
tenían prohibida la reproducción de cualquier figura humana). ¿Se trataba de una venganza de los fenicios? Quién sabe… Yavé se presentaba como un hombre barbado, ancho de hombros, con una especie de túnica, el rostro velado, un gorro (?) plano y un pájaro en el brazo izquierdo. ¡Pardiez!… ¡Yavé era zurdo! En la moneda, el Dios del Sinaí aparecía sentado en un carro con alas… ¿Qué significaba el pájaro en la mano de Yavé? No me atreví a preguntar.

Mateo Leví me sacó de aquellas reflexiones:

—Pero, Maestro —preguntó—, ¿tú conoces a Yavé, bendito sea su nombre?

Jesús respondió primero con una amplia sonrisa. Después dijo:

—Él está a mi servicio…



Moneda fenicia. En ella aparece la imagen de Yavé, según la información que consta en las memorias de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Los discípulos y los evangelistas quedaron perplejos. ¿Se había vuelto loco? Y el rabí añadió sin perder la sonrisa:

—Lo enviamos en comisión de servicio…

Meditó unos segundos y proclamó:

—De eso hace mucho…

Mil trescientos años —pensé—, más o menos…

—¿Y por qué lo representan con un pájaro en la mano? —intervino Felipe, que parecía leer mis pensamientos.

—Porque era un pájaro de cuenta —terció Tomás.

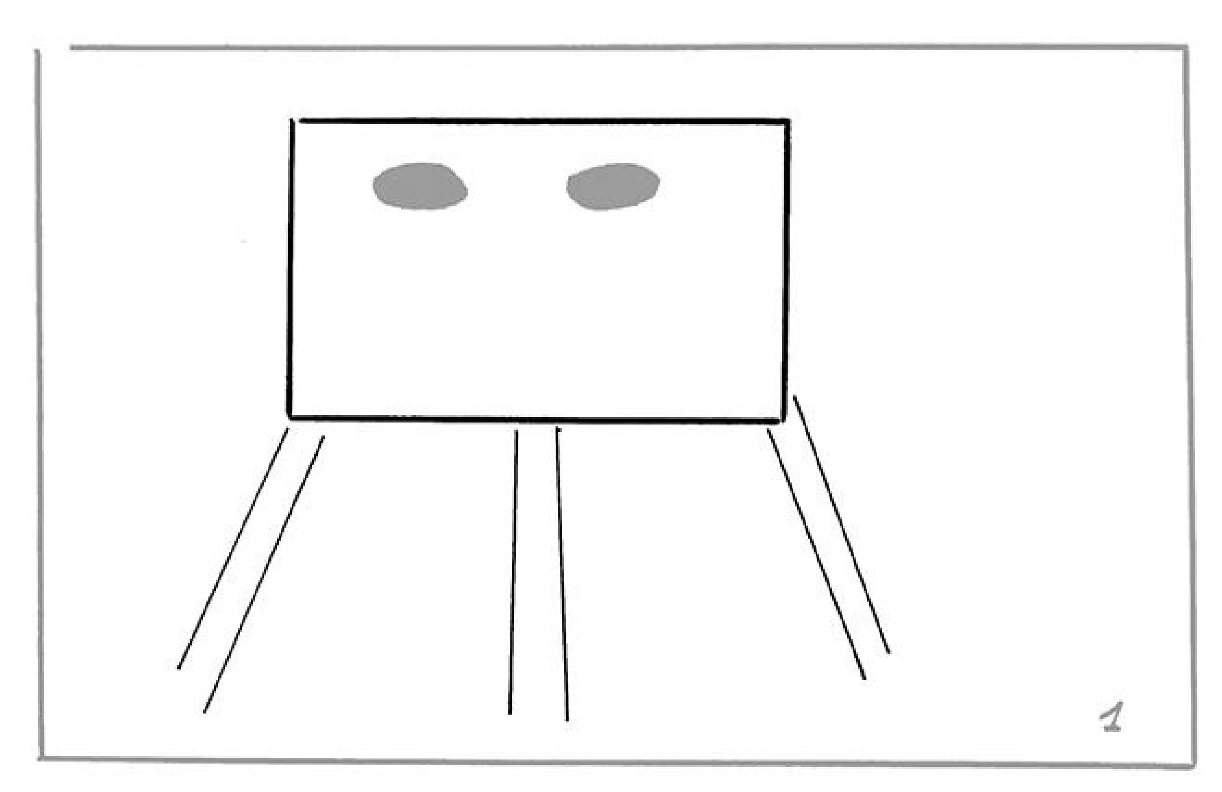
Juan Zebedeo protestó y lo llamó «bizco de mierda». La voz del Zelota —recia y reposada— apagó las maldiciones de Juanito:

—¿Y por qué sentado en un carro con alas?

Nadie se atrevió a pronunciarse. Yo lo pensé de inmediato: «Porque volaba». ¡Pardiez!… ¡Yavé fue un astronauta, como yo! Fue entonces cuando el Oso de Caná intervino —creo que acertadamente— y narró algo que le habían contado. En la península del Sinaí, los nómadas de la época de Moisés hablaban de unas extrañas luces que bajaban en todo el territorio. Las tomaron por dioses. Las llamaron *dushara* y las representaron como una casa, con largas patas y dos ojos. Cuando llegaron los romanos, el dios Dushara se transformó en Dionisos. Según los informantes de Bartolomé, Dushara era conocido también como *Beth-El* o la «casa de Dios». De aquellas «casas» que volaban salieron «ángeles» de gran altura, que enseñaron a los beduinos y, por supuesto, a Moisés. La asociación fue inmediata: ¿fue Yavé uno de aquellos «ángeles» que volaba en carros con alas? Miré al Maestro. Él aguardaba mi mirada. Sonrió, pícaro, y me guiñó un ojo. Mensaje recibido… Alguien solicitó que el Oso dibujara las «casas voladoras» y también los «ángeles que las habitaban». Y, ni corto ni perezoso, Bartolomé tomó un palitroque y dibujó la Beth-El en la arena de la playa en la que habíamos acampado. Y tuvo especial cuidado en insistir:

—Es lo que me contaron…

La Beth-El, en efecto, era un cubo con tres largas patas y dos círculos (ojos) en mitad de la «casa». Hasta un ciego lo hubiera visto: los «ojos» podían ser ventanillas, como las de la «cuna». En cuanto a la «casa con patas»…, estaba claro: una nave. Después trazó la silueta de uno de los «ángeles» y detalló: ojos enormes y saltones, con un maquillaje (?) negro a su alrededor… Sin nariz… Carecía de boca y las orejas eran largas y puntiagudas. Los brazos eran cortos, con manos de cuatro dedos (sin pulgares). Las caderas eran enormes, muy anchas. Parecían mujeres. El Oso no dibujó pechos. No sabía si se trataba de «ángeles mujeres». El Maestro siguió atento las indicaciones del discípulo. No cabe duda: le divertían. Esa noche tuve un sueño. Yo era el pájaro que sostenía Yavé en la moneda fenicia… ¡Pero Yavé era Curtiss!



Beth-El, la «casa de Dios»: los «dioses» que bajaron en el Sinaí en la época de Moisés, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

LARGAS OREJAS
GRANDES OJOS
SIN NARIZ
SIN BOCA
CUELLO LARGO
BRAZOS CORTOS
CUATRO DEDOS EN CADA MANO. SIN PULGARES
CADERAS ANCHAS
LÍNEAS PINTADAS
31

«Ángel» tripulante de la «casa de Dios», según consta en la información de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

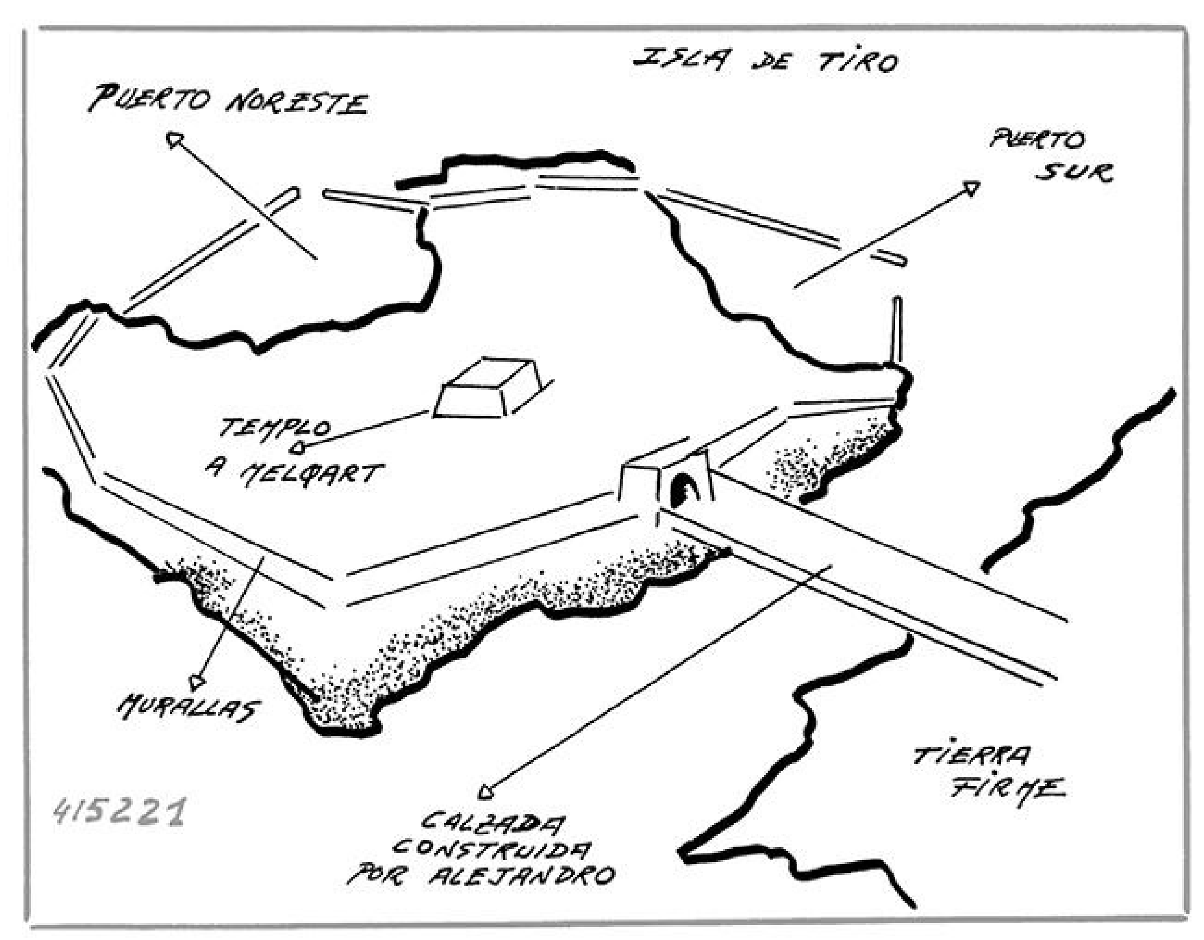
La pequeña Roma

El lunes, 11 de julio (año 29), divisamos la populosa ciudad de Tiro, quizá la más importante de Fenicia. Desde la colina en la que nos detuvimos, Tiro —a la que llamaban Su-ri— se presentó como una metrópoli inexpugnable. Si no estaba en un error, la ciudad ocupaba 160 000 metros cuadrados, total y certeramente encarcelados entre altísimas murallas. Había sido el rey Hiram I —mil años atrás— el que aprovechó la presencia de dos islotes frente a la costa para unirlos mediante escombros y preparar la base de la ciudad. Así nació Su-ri. Bartolomé, el Oso de Caná, nos instruyó sobre su historia. Pronto se convirtió en una referencia comercial. Sus dos puertos fueron esenciales en ese desarrollo. Uno miraba al noreste y recibía el nombre de «sidonio», y el segundo —hacia el sur— era conocido como «puerto egipcio». Precisamente por estar orientado hacia Egipto. La costa se hallaba a un kilómetro. Los espigones eran espléndidos, formados por enormes bloques de basalto negro. Los emprendedores tirios no tardaron en crear una compleja red comercial por todo el Mediterráneo, así como en el Índico. Así nacieron Cartago (fundada en el 815 a. de J. C.) y otras ciudades. Pero sus industrias de tintorería y fabricación de vidrio y metales preciosos, así como los astilleros, despertaron la codicia de los vecinos. Y en el siglo VI antes de Cristo, el rey de Babilonia —Nabucodonosor— puso cerco a Tiro. Batallaron durante trece años. Después llegaría Alejandro Magno, el macedonio. En el año 332 sitió la ciudad durante casi ocho meses. Y levantó la senda que unió tierra firme con la isla. Por esa «carretera» movió las grandes torres de madera y lona, provistas de arqueros y máquinas de guerra. Tiro, finalmente, fue invadida. Según Plinio el Viejo, el perímetro de la ciudad superaba los 22 estadios (unos cuatro kilómetros). Y el Oso recitó uno de los poemas del profeta Ezequiel: «… ¡Oh, Tiro, princesa de los puertos…, mercado de innumerables pueblos costeros… Tú decías: “Yo soy de perfecta hermosura… Tu dominio era el corazón del mar…”!». Los discípulos aplaudieron. El Oso era verdaderamente culto. Y continuó sus explicaciones mientras nos aproximábamos a la ciudad. El rey Hiram I y Salomón llegaron a fructíferos acuerdos comerciales. Y, juntos, en expediciones arriesgadas, viajaron hasta Arabia y Mesopotamia. Formaron una sociedad con los judíos a la que

llamaban *hubur* y que tenía por objetivo alcanzar los puertos más lejanos. Así llegaron a la mítica Ofir, en las costas de Sudán y Somalia. Cada tres años regresaban a Tiro, cargados de oro, animales exóticos, perlas, maderas cotizadísimas y piedras preciosas. Esta prosperidad convirtió a Tiro en una pequeña Roma. Allí se alzaron palacios, un hipódromo, un arco de triunfo, termas, jardines y un gigantesco templo al dios Melqart. Según Bartolomé, esa colosal edificación serviría de referencia a la hora de construir el Templo de Salomón, en Jerusalén. En la lejanía, Tiro se presentó como un universo blanco, con cientos de columnas de humo que escapaban con prisas.

Al llegar a las murallas, quedamos perplejos. Nunca vi cosa igual. Las fortificaciones —a base de ladrillo rojo— se levantaban a una altura de 46 metros. Los muros, de cuatro metros de espesor, aparecían rematados por decenas de torres de madera, con sus veletas y espejos de bronce; con ellos establecían comunicación a grandes distancias. Callejeamos, atónitos y maravillados. La ciudad era un amasijo de casas blancas —de una y dos plantas— e *insulae* de hasta seis y ocho pisos. Estrabón se quedó corto… Todo era griterío, olores, mercados, colores, fuentes, caravanas interminables de burros, fritangas a las puertas de las viviendas, niños desnudos con las cabezas rapadas, perros aulladores, más perros famélicos y matronas gordas como toneles, siempre chillonas y amenazantes. Por supuesto, ropa tendida, ratas y callejones laberínticos que no conducían a ninguna parte. Varias veces tuvimos que retroceder y buscar el camino correcto a los puertos. En el del noreste se apretaban decenas de embarcaciones, llegadas de Dios sabe dónde. Cargaban y descargaban enormes cedros, colmillos de marfil, ébano, hierro forjado, corderos, sillas de montar, perfumes mil, telas riquísimas, cobre en bruto, coral, canela, especias, miel, esencia de ácoro (para curar toda clase de enfermedades), púrpura en enormes ánforas, vino, caballos árabes y esclavos. La púrpura era vigilada por guardias armados. Cada libra (460 gramos) costaba mil denarios… Contemplamos diez silos de trigo —igualmente custodiados por gente armada— de 30 metros de altura cada uno. Sumé entre veinte y treinta entradas y salidas de barcos por día. ¡Aquello era la locura! Por las noches, el descanso era casi imposible. Las gaitas y las canciones no cesaban… Menos mal que nos alojamos fuera de la ciudad, al sur, en unos manantiales ubicados a cinco kilómetros. El agua de estos pozos artesianos era recogida en enormes depósitos de piedra y trasladada a Tiro merced a un espléndido acueducto. Por último, rodeamos el gran templo al dios Melqart, en el centro de Tiro. Melqart era el dios principal. Su nombre significaba «rey de la ciudad». Según la leyenda, había descendido del cielo y fundado la

metrópoli. Los romanos lo llamarían Heracles Tirio. En los alrededores fueron levantados otros nueve templos, a cual más delicado. Recuerdo los nombres de Dagón (dios del trigo), Aliyan (hijo de Baal), Jusor (rey del mar), Sadrapa (patrón de los médicos), Sydyk y Misios (dioses de la justicia y de la honradez, respectivamente), Hijón (dios de los artesanos) y, naturalmente, Baal (señor de las montañas).



Isla de Tiro, en la costa fenicia. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Una hora antes del crepúsculo, Andrés dio la orden y abandonamos la ciudad. Estábamos deslumbrados. Y nos dirigimos hacia el sur, a las tierras de José, un comerciante judío, fiel seguidor de las enseñanzas del Maestro. Y acampamos frente a la casa. Yo elegí el *reda*. Yu pernoctó a mi lado. Allí permanecimos dos semanas. El lugar era apacible y hermoso, rodeado de manantiales y flores. En la mañana —siguiendo las instrucciones de Andrés—, cada discípulo elegía a un evangelista y se dirigían a Tiro, anunciando la buena nueva en plazas, mercados y puertos. Felipe y los gemelos, como era habitual, se hallaban exentos. Lo suyo era la cocina. El rabí, siguiendo la costumbre, hizo *’im*. Entró en las tabernas, bebió con los cargadores del

puerto y departió con los esclavos que trasladaban los pesados cedros. El éxito de los discípulos y evangelistas —como sucediera en el resto de Fenicia — fue total. La gente estaba maravillada con aquel Padre Azul que no pedía nada a cambio y lo regalaba todo, empezando por la inmortalidad…, «pasase lo que pasase». Los tirios preguntaban y preguntaban y desbordaban a los íntimos. Muchas cuestiones quedaron en el aire… La repercusión de las enseñanzas fue tal que el domingo, 17 de julio (año 29), una comisión de sacerdotes del templo de Melqart se presentó en la casa de José con una invitación formal para que el Maestro hablara a los seguidores del referido dios. Fue una sorpresa. ¡Un judío hablando en un templo pagano! ¡Y frente al gran Melqart! El rabí aceptó. Y fijaron la fecha para el 20, miércoles. La intuición avisó: «¡Atención!… ¡Peligro!».

Uno de aquellos días, al acompañar al Hijo del Hombre a la ciudad, fui testigo de algo imposible…, oficialmente (algo que dejaría mudos a los historiadores del siglo XX). Sucedió en un mercado de animales. Jesús conversaba animadamente con un vendedor de ciempiés negros y de arañas de seis ojos. Los primeros eran enormes, con más de cien patas. Me entretuve en contarlas. Las arañas —de unos ocho milímetros de longitud— disponían de seis ojos, ordenados en tres pares. Eran amarillas y muy venenosas. Pues bien, en esas estábamos cuando reparé en una vasija de vidrio. Contenía otras arañas. Las inspeccioné detenidamente y me dije: «¡Pardiez!… ¡Yo conozco estos bichos!»… ¡Los había visto en México! Pero eso no podía ser… ¡Eran las *Euathlus smithi*, una tarántula de seis centímetros!… Pegué la nariz al cristal y seguí los movimientos de los arácnidos… ¡No había duda! Eran negras, con bandas de color coral en las patas. En México las llaman «rodillas coloradas». Jasón también las había visto en aquel pozo, en Maqueronte… Miré al fenicio. Seguía conversando con el Galileo. Hablaban del veneno de no sé qué insecto… ¿Cómo era posible? América no había sido descubierta… ¿O sí?… ¿Cómo llegaron aquellas arañas hasta la ciudad de Tiro? No pude resistir la tentación y pregunté al vendedor. Pero el tipo, pícaro, respondió a medias y en un griego primitivo y cargado de infinitivos:

—Arañas caras… Llegar de lejos…, muy lejos… Un denario dos… Tú inteligente si llevar…

—¿De dónde proceden? —insistí.

—Lejos…, mucho… Columnas de Hércules no… Más lejos… Hacer descuento… Tres por dos denarios.

¡Pardiez! Me estaba hablando del Atlántico… ¿Habían llegado aquellos piratas a América? El rabí se interesó por las «rodillas coloradas». Las

examinó y me miró, sonriente. Después me guiñó un ojo y se alejó. Mensaje recibido…

Un discurso histórico y olvidado

En mi vida como oficial de inteligencia he conocido a gente valiente, pero a nadie como Él…

Hacia la sexta (mediodía), nos presentamos en el grandioso templo dedicado a Melqart, «el rey de Tiro». Fuimos recibidos por Samal, el sumo sacerdote. Era un individuo casi anciano, con el cráneo rasurado y abrillantado con un aceite espeso y perfumado. El maquillaje era azul, con largas pestañas postizas, igualmente azules, y los labios rojos. Vestía una túnica de lino casi transparente. Saludó con una ligera reverencia —a la que correspondimos— y nos invitó a entrar. Y fue explicando. El edificio —un gran rectángulo— estaba formado, básicamente, por tres cuerpos: vestíbulo, habitaciones de los sacerdotes y sacerdotisas y Santo de los Santos. Y algo más… En el vestíbulo se alzaban dos «estelas» —por llamarlas de alguna forma—, una a cada lado de la gran puerta de madera y bronce. La de la izquierda era un prisma de tres metros de altura, totalmente cubierto de oro. Recibía el nombre de *Yakin*. La otra era un bloque de vidrio verde —ahuecado— con una lámpara de aceite en el interior. Medía otros tres metros y era conocida como *Boaz*. Según el sumo sacerdote, Yakin y Boaz «habían descendido del cielo» y formaban parte de un antiguo templo dedicado a Baal-Melqart. Con el tiempo, estas «estelas» fueron copiadas por los judíos y recibieron los nombres de *Jachin* y *Booz*. Y fueron levantadas en el Templo de Salomón, en Jerusalén. En la noche, Boaz se asemejaba a una formidable esmeralda. Representaba el poder y la alegría de Melqart, según Samal. Camino del Santo de los Santos pasamos entre dos largos y extraños muros. Medían cinco o seis metros de altura y alcanzaban otros quinientos de longitud. En ambos habían practicado pequeñas hornacinas, repartidas en cinco pisos. Cada hueco contenía una urna de alabastro negro. Al pie se leían nombres fenicios: Bodash, Eli, Batnoam, Yahimilk, Shapatbaal… Había cientos. Miento: miles… El Maestro, tan intrigado como el resto, se detuvo y preguntó:

—¿Qué es?

—Héroes —replicó Samal—. Dieron la vida por sus familias…

Y seguimos caminando. ¿Héroes? ¿Qué quiso decir? Bartolomé, a mi lado, hizo un gesto de desagrado. Y susurró:

—Miente…

Y me dio su versión: no eran héroes; se trataba de niños asesinados e incinerados. Niños y niñas, entre dos y doce años, sacrificados al dios Melqart. Cuando una familia —o la ciudad— se veía acosada por la falta de dinero, por una enfermedad o por cualquier otra contingencia grave, los padres acudían con uno de sus hijos hasta el dios y sacrificaban al niño. De esta forma —siguió explicando el Oso—, la familia recuperaba el favor de Melqart. La ceremonia era terrible. Se celebraba en aquel mismo lugar, y siempre en la noche. Los padres entregaban al niño al sacerdote y éste —en presencia de la familia— lo estrangulaba con la piel de una cobra. Una vez muerto, colocaban el cadáver en las manos inclinadas de la estatua de bronce del dios y el pequeño rodaba hasta caer en un fuego dispuesto al efecto. Las cenizas eran depositadas en el *tofet*, una especie de santuario o memorial. Eso eran los muros que estábamos viendo. Calculé alrededor de cinco mil urnas… ¡Pardiez! ¡Cinco mil asesinatos!… Sentí ganas de vomitar. Homero se quedó corto… Pero aquellos salvajes —siguió explicando Bartolomé— habían hecho de los sacrificios, además, un sustancioso negocio. Robaban o compraban bebés por un dracma (o menos), los alimentaban y los cuidaban, y esperaban… Cuando una familia necesitaba sacrificar a uno de sus hijos al dios Melqart, los sacerdotes le ofrecían la posibilidad de sustituir al hijo por un niño esclavo. La familia, lógicamente, aceptaba el cambio y pagaba lo que fuera necesario; generalmente del orden de 200 o 300 dracmas (un *zouz* o dracma equivalía a un denario). El «negocio» era redondo; sobre todo para los malditos sacerdotes… Y el tráfico de niños se hallaba a la orden del día.

Y llegamos, por fin, al edificio llamado Santo de los Santos. (Una definición muy anterior a la otorgada por los judíos). Consistía en el edificio noble del templo. Por supuesto, no pudimos entrar. El acceso estaba reservado al sumo sacerdote, y una vez al año. Allí pronunciaba el nombre de Melqart y solicitaba los favores que estimaban oportunos. La leyenda decía que, en ocasiones, una nube azul se estacionaba sobre el Santo de los Santos. En el lugar se depositaban el oro y la plata que donaban los fieles agradecidos. El tesoro —decían— superaba todo lo imaginable… Pues bien, por delante del Santo de los Santos se alzaba un pórtico triple con bellísimas columnas cuadradas. En el centro se abría un foso, casi rectangular, de 46 por 40 metros y 4 de profundidad. Y en el centro, sobre un pilar de mármol negro, la estatua de bronce de Melqart. Vestía traje egipcio y un hacha a la espalda. Lucía una

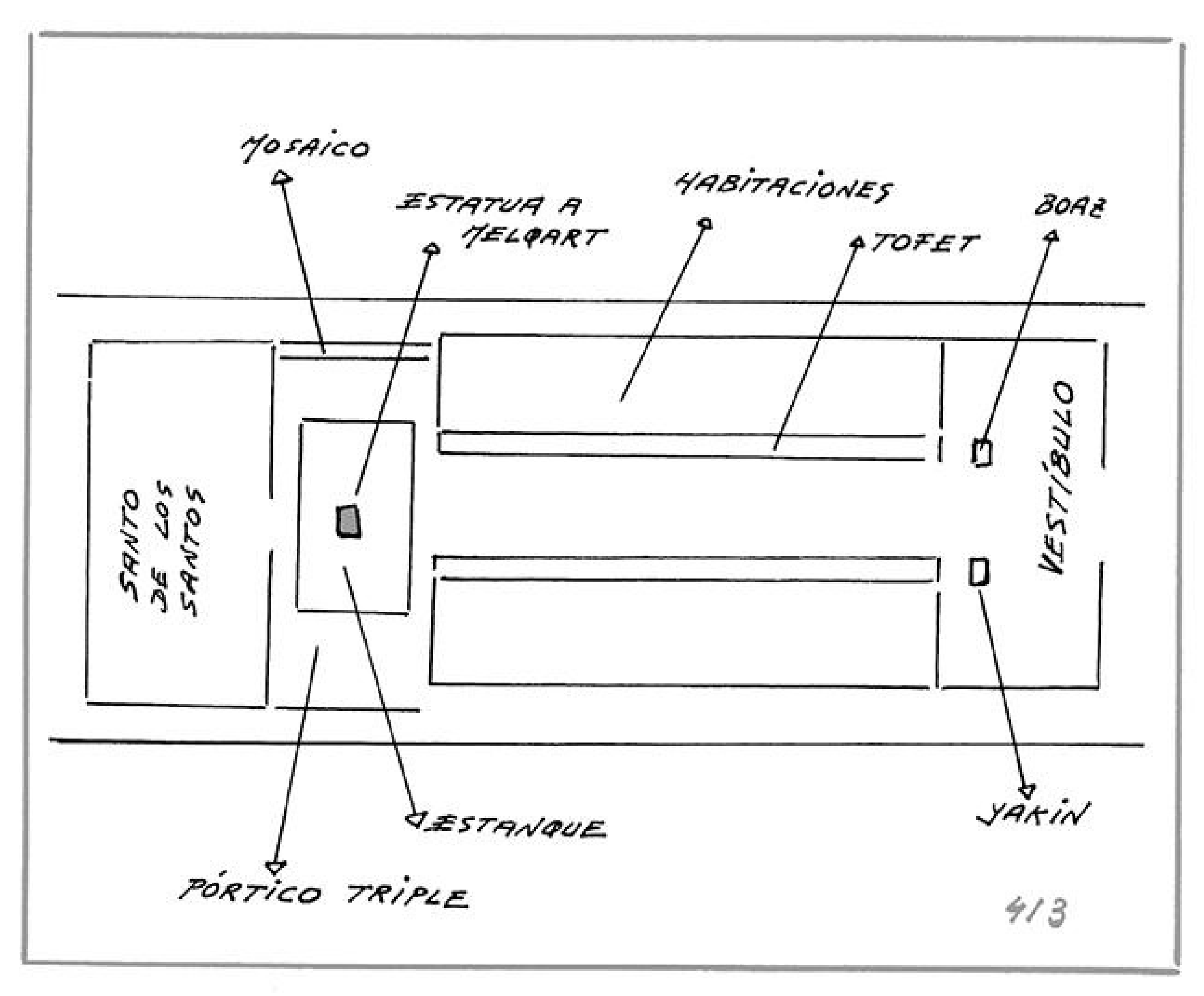
larga barba y un gorro cónico. En la mano derecha portaba el signo *ankh*. Las manos, por supuesto, se hallaban inclinadas hacia el foso. Samal habló y explicó que Melqart era el único dios que había vencido a su Destino. Era un héroe. Había triunfado en todos sus trabajos. Era el protector de Tiro. Alejaba los peligros. Por eso fue nombrado rey de la ciudad. Era el dios de los más fuertes y, por supuesto, venerado en todos los gimnasios.

En los pórticos, y alrededor del foso, aguardaban unas trescientas personas. Eran sacerdotes y sacerdotisas (prostitutas sagradas). Todos de blanco. Todos maquillados y expectantes. Pero faltaba la penúltima sorpresa… A nuestra derecha, bajo uno de los pórticos, descubrí un mosaico de quince por cuatro metros. ¡Asombroso! Lo formaban cientos —quizá miles— de teselas de un centímetro de lado y en colores negros, azules, blancos y rojos. Parecía el típico *opus tessellatum* de los romanos. Por lo que capté, representaba el asedio de Alejandro Magno a la ciudad de Tiro en el año 332 antes de Cristo. Varias naves macedonias atacaban las murallas, lanzando flechas y fuego. Los incendios y el humo negro invadían Tiro. Y en mitad del cielo —¡pardiez!—, ¡dos discos blancos! Pregunté a Samal y confirmó mis sospechas y la versión de Bartolomé:

—Los dioses ayudaron al odioso Alejandro…

Días más tarde —una vez en la «cuna»—, solicité información a «Santa Claus» sobre el citado asedio. Leí páginas y páginas. Cuando Alejandro se presentó en Tiro, el rey Acemilco se hallaba ausente. Fue recibido por el hijo y los ancianos. Alejandro solicitó hacer un sacrificio al dios Melqart, del que se decía descendiente. Pero le fue negado. Esto provocaría la furia del macedonio y el asedio. Alejandro encomendó a sus ingenieros la forma de llegar a la ciudad. Y Diades de Pela sugirió la construcción de un espigón que salvara el kilómetro de agua que separaba Tiro de tierra firme. Así se hizo. Pero la resistencia de los tirios hacía imposible el avance. Alejandro sabía que la conquista de Tiro era crucial para evitar que los persas llevaran la guerra a Grecia. Ello, además, le permitiría asegurar el dominio en oriente. Y el cerco se prolongó durante siete meses (de enero a agosto). Finalmente, unos «escudos voladores» se presentaron en el cielo y, ante el asombro de todos, abrieron un enorme boquete en la muralla tiria. Por allí penetraron los ejércitos de Alejandro y masacraron a miles de tirios (unos ocho mil). Otros 30 000 habitantes fueron vendidos como esclavos. Según Johann Gustav Droysen (*Historia de Alejandro Magno*), los «escudos» fueron cinco: uno grande y cuatro más pequeños. De pronto, del disco mayor salió un rayo que fue a golpear el muro defensivo de Tiro. Y los ladrillos saltaron por el aire.

¡Pardiez! Así se cumplió la profecía de Amós contra Tiro: «Así dice Yavé: … enviaré fuego sobre los muros de Tiro, para que devore sus palacios».



Templo del dios Melqart, en la ciudad fenicia de Tiro (actual Líbano), según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y Samal, el sumo sacerdote, batió palmas. Se hizo el silencio y presentó al Maestro (en griego):

—Aquí tenéis al célebre hacedor de maravillas —proclamó con entusiasmo—. Es un hombre valiente que ha desafiado el poder de Roma y del Sanedrín judío… ¡Escuchadle con atención!

No era cierto. Jesús no se había enfrentado a los *kittim* (romanos) y tampoco a las castas sacerdotales de Jerusalén. Empezábamos mal…

El rabí, también en griego, agradeció las palabras del sacerdote fenicio e inició la prédica; un discurso que sería igualmente ignorado por los evangelistas… Y arrancó con dos parábolas. En la primera habló del lirio, que mantiene sus raíces en el barro y en la oscuridad y, no obstante, deslumbra con su belleza.

—Así es el hombre —precisó el Galileo—: está enterrado en sus miserias y, sin embargo, de vez en cuando, sorprende con la luz de su inteligencia. Es barro, pero lo habita lo más grande: el Padre Azul.

Creo que no entendieron gran cosa… Y continuó con la segunda parábola, la del «carpintero loco», como Él mismo la definió. No cabe duda: sabía reírse de sí mismo. Y se refirió a un carpintero que se mata a trabajar sobre una viga podrida…

—¿De qué sirve tanto trabajo —preguntó— si la madera está devorada por los gusanos? Esa viga no servirá para fortalecer los cimientos de una casa. Pues bien, en verdad os digo que el ser humano debe ser igualmente cuidadoso a la hora de trabajar sus principios morales y éticos…

Y pasó a dibujar la *nitzutz*, la chispa divina. Los presentes estaban escandalizados. Y murmuraban: «¿Una chispa del dios Melqart en nuestras mentes?… ¿Se ha vuelto loco?… ¡Eso es imposible!…». El rabí leyó en los corazones de aquellos hombres y mujeres y, señalando la estatua de Melqart, clamó con gran voz:

—¡¡Sólo existe un único Dios!!… ¡¡El Padre Azul!!

Quedaron pasmados. «¡Qué insolencia! —decían— ¡Qué grosería!… ¡Y en el templo de Melqart!… ¿Por qué lo habéis invitado?».

—Ese Dios —prosiguió con pasmosa seguridad— es mi Padre… Yo he sido enviado por Él para que sepáis que vuestro futuro es espléndido. Él es el Padre de todas las estrellas… Él os ha imaginado y ahora estáis aquí… No os preocupéis por vuestros errores. Si no lográis erradicarlos ahora, en vida, la eternidad se encargará de borrarlos… ¡Sois inmortales! De Él habéis partido y a Él volveréis…

Samal miró a Andrés. El sacerdote estaba descompuesto. ¿Decía el Galileo que Melqart no era un dios? El jefe de los discípulos no sabía dónde esconderse. Acto seguido, el Hijo del Hombre dirigió el dedo índice izquierdo hacia las hornacinas en las que reposaban las urnas funerarias y proclamó con no menos audacia:

—¡El Padre Azul no exige la muerte de niños inocentes!

Se levantó un murmullo poco tranquilizador. Pero el Galileo prosiguió:

—¡El Padre Azul es amor!… ¡No sangre y comercio con criaturas desvalidas!…

El rumor se hizo un clamor.

—¡Venid a mí! —continuó con gran fuerza—. ¡Salid de las tinieblas!

Y, dirigiendo de nuevo la mano izquierda hacia la estatua de bronce de Melqart, anunció:

—¡Y yo os digo que nadie puede luchar contra su Destino! No es la ley del reino de mi Padre… En verdad os digo que si eso sucediera, si al hombre le fuera revelado su Destino, dejaría de pelear… El amor no es egoísta. No teme. El amor no necesita estelas de oro o de vidrio… ¡Y tampoco se prostituye!

Fue demasiado. Las sacerdotisas desfilaron por delante del Maestro y, al pasar frente a Él, escupieron a sus pies. Los hombres las imitaron, y también escupieron. ¡Pardiez! ¡Fueron trescientos escupitajos! Cuando no quedó nadie, el rabí proclamó, casi en voz baja:

—El amor divino, el del Padre Azul, no puede ser contenido… Cuanto menos amor…, más necesitaréis de mis palabras.

Me alegré. Aquellos desalmados se lo merecían.

Samal, pálido y furioso, no dijo nada. Se limitó a indicar que lo siguiéramos. Supo contenerse. El silencio fue de plomo. Al abandonar el templo de Melqart, las ocho mil estrellas aplaudieron con sus destellos al valiente y temerario rabí. Y los aplausos se prolongaron durante una hora, hasta que alcanzamos la casa de José, al sur. En este tiempo nadie abrió la boca. Por supuesto, como decía, ningún evangelista hizo alusión a la visita de Jesús al referido templo. Otro «robo» más…

Pequeñas grandes cosas

Esa noche, el anfitrión obsequió al Maestro y a su gente con una cena especial: croquetas de pescado, cordero asado y «bosque negro», un postre a base de cerezas, huevo, miel y almendras molidas. Yo elegí permanecer en el *reda*, en la compañía de Yu. Felipe terminó obsequiándonos un poco de cordero (sabrosísimo) y un plato de «bosque negro». Y relató algunas de las palabras del Hijo del Hombre en la cena. En esta oportunidad, el Galileo habló del valor de las pequeñas cosas. Según el intendente, dijo frases como éstas: «Las pequeñas cosas evitan que naufragues… Las pequeñas grandes cosas te devolverán al silencio, el sonido del reino invisible y alado, tu verdadera patria… Practica las pequeñas cosas y encontrarás la gran felicidad…».

Yu tomaba notas y se mostraba conforme en todo. Y Felipe prosiguió:

«… ¿Y qué entiendo por pequeña gran cosa?», planteó el Maestro. Tomó una copa de vino, la levantó y dejó que la luz de las lucernas le arrancase brillos. Después prosiguió, feliz: «La caricia templada de un buen vino… ¡Lehaim!… La mar, a cualquier hora… El silencio, siempre… Acurrucarse en la voluntad del Padre Azul cuando todo parece perdido… Renunciar sin que nadie lo sepa… Pan recién horneado y su estela perfumada… La danza del fuego, en tu hogar, mientras el viento amenaza en el exterior… Una mirada y su mensaje… Más silencio… Otra duda, cuando llega y lo remueve todo… Desplegar un libro y beber su contenido… Una canción en la lejanía… Una caricia a tiempo… Las gotas de lluvia, perdidas en la ventana… Un susurro en mitad del amor… Un suspiro a tiempo… Nada que hacer cuando todo está por hacer… Una sorpresa… Regalar un “ahora”… Untar las palabras en amabilidad… Una sonrisa gratuita… Un día sin promesas… El crujido de la nieve bajo los pies… El frío en el rostro… Una ola que llega, sumisa… Rebañar el plato… Cambiar una piedra de posición… Una luna cargada de presagios… Una luna que riela en los ojos de la amada… Nadar desnudo… Contar arrugas… Cocinar ideas… Un melón en la ardiente madrugada… La tempestad, a lo lejos… La calderilla de la risa… La dulce caricia del jazmín… Una pompa de jabón que flota… Una mariposa a la pata coja… Un arco iris para ti… Una rosa violeta que te mira…».

Lástima. Me lo perdí…

Al día siguiente, 21 de julio (año 29), me dediqué a la búsqueda de Thanos, el platero que vendió los cálices de acero al marido de Ticrâ, la madre del novio en las bodas de Caná. Por lo que había leído en los diarios de Jasón, vivía en Tiro y era fácil de reconocer: era ciego y le faltaban las dos piernas. Las 21 copas fueron vendidas a Nathan por 916 denarios. Una de ellas, como se recordará, terminó en manos del rabí. Un cáliz que, finalmente, fue robado… Cuando el mayor analizó la pieza en la «cuna» quedó desconcertado. El cáliz en cuestión era de acero inoxidable —tipo austenítico — con un 5 a 8 por ciento de níquel; algo desconcertante en aquel tiempo (esta clase de acero, como fue dicho, fue descubierto en Europa hacia 1910). Su resistencia a la corrosión era altísima y la mecánica alcanzaba los 60 kg /mm^2. Mi propósito —así se lo prometí a Jasón en su momento— era averiguar el origen de las extrañas copas. Según el mayor (yo no llegué a analizarlo), en el interior de la base del cáliz aparecían unos signos muy antiguos y una secuencia numérica no menos desconcertante: 1365213735615133623521314652454531414144553373. Para Jasón, «aquello» no tenía origen humano. En la búsqueda me acompañaron Tomás y Yu. Lo encontramos cerca del puerto «egipcio». Era un viejo griego, ciego, pero capaz de oler el dinero a un kilómetro. Recordaba aquella venta, pero no supo —o no quiso— dar razón del origen de las copas. A Thanos se las había vendido otro griego, en la isla de Chipre. Y juró por sus difuntos que los cálices fueron fundidos en el mismísimo monte Olimpo. «Contienen una profecía», aseguró. No le creí…

El 24 de julio, domingo, abandonamos Tiro con dirección al mar de Tiberíades. Los discípulos temblaban: «¿Qué nos reserva el Destino? —se preguntaban—. ¿Seguía en pie la orden de caza y captura del Galileo?». El comentario —mientras caminábamos— era unánime: «Es de suponer que la orden del Sanedrín sigue vigente…». Pero Jesús, en cabeza, no oía estas opiniones ni parecía preocupado. Todo lo contrario. Bromeaba con todos y por cualquier motivo. Era como un niño…

Los diez no mandamientos

Por razones de seguridad, Andrés ordenó que los evangelistas siguieran por otros caminos. Nos detuvimos en Ptolemais. Allí, Jesús conversó con un pequeño grupo de seguidores. Y los animó a continuar haciendo la voluntad del Padre Azul. Al terminar la reunión, el maestro recitó los «diez no mandamientos». Yu escribía, maravillado:

1. Dios no juzga… No vives para ser bueno o malo.
2. Tú no eres lo que crees… Eres mucho más.
3. Dios no está afuera… Él te habita en silencio.
4. Lo más bello no ha llegado aún… La muerte te sorprenderá.
5. Dios no castiga… Es el hombre el que cree que Dios castiga.
6. Tú no eres libre (ahora)… Lo serás mañana.
7. Dios no establece condiciones… Es un Dios de lujo.
8. Dios no es el final… La segunda era no ha empezado.
9. Dios no es religioso… Lo suyo es el arte y la simetría.
10. Tú no puedes ofender a Dios (aunque lo pretendas). Tú no puedes beberte la mar.

Y el undécimo:

«No molestes a Dios con simplezas…».

Pasamos también por Jotapata, Zabulón y Rāmma. Cerca de Nahum, el Maestro y Andrés se reunieron con David Zebedeo, el jefe de los correos. Traía buenas noticias (aparentemente). El Sanedrín estimó que el «grupo de desarrapados galileos» había sido destruido. La huida a Fenicia fue tomada por los fariseos, escribas y saduceos como una muestra de cobardía por parte de Jesús. Y David aportó otra novedad: Herodes Antipas había cambiado de actitud. Hizo saber a Chuza, su asesor, que el rabí podía predicar en la Perea (uno de sus dominios), pero no en la Galilea. Andrés, sin embargo, recomendó prudencia. Nada de predicaciones. Nada de actos públicos y, mucho menos, nada de portentos… Jesús aceptó con un leve movimiento de cabeza. Y, curándose en salud, decidieron pasar unos días en la gran pradera, lejos de todos y de todo. Allí esperarían los acontecimientos…

Yo aproveché aquellas jornadas de aparente calma, cargué el *reda* con lo necesario y me dirigí al sur —al mar Muerto— con la intención de ingresar en la «cuna». Yu quiso acompañarme y necesité de muchas mentiras para conseguir que permaneciera en Saidan. Se quedó triste.

En la playa del Hombre Rojo me aguardaba otra sorpresa…

Me oriné

En un primer momento no aprecié nada raro. «Santa Claus» cuidaba de la nave con su proverbial perfección.

Pero el viernes, 5 de agosto (año 29), fui despertado bruscamente. Los relojes de la «cuna» señalaban las 4 horas, 45 minutos y 41 segundos. Amanecía. Las alarmas acústicas sonaron súbitamente. Parecían cañonazos. ¡Pardiez!… ¿Qué ocurría? Salté de la litera y me fui a los monitores. El ordenador central había detectado un fallo en el cinturón gravitatorio. Lo verifiqué… En efecto: el «viento huracanado» no funcionaba. ¡Se había caído!… Pensé en un fallo en el sistema… Pero no. El resto de los circuitos estaba *OK*… Y el ordenador avisó:

—Alguien se aproxima…

Me lancé sobre una de las escotillas y lo vi… ¿Qué era aquello? ¡Pardiez y pardiez!… ¿Era el responsable del fallo en el sistema defensivo?… No podía creer lo que tenía a la vista… Primero distinguí una sombra. Después, los rayos del sol lo iluminaron. Parecía proceder del sureste. ¡Caminaba hacia la «cuna»!… ¡Salía del agua!… Era… Caminaba inseguro, balanceándose a uno y otro lado como si estuviera borracho… ¡Pardiez!… Era… ¡Era un hombre o algo parecido!… Presentaba una piel negra con grandes placas escamosas… ¡Era enorme!… Calculé más de dos metros… De la nuca —hasta el coxis— nacían unas cerdas negras y rígidas, de unos 30 centímetros de longitud… ¡Pardiez!… Carecía de pelo… Los brazos —desproporcionados— llegaban por debajo de las rodillas… Sentí pánico. ¿Aquella criatura había sido capaz de desactivar el cinturón gravitatorio? ¿Cómo lo hizo? ¡El «viento huracanado» fue programado en 550 kilómetros por hora!… ¿Qué podía hacer?

Llegó hasta la «cuna», se detuvo unos instantes y giró la cabeza hacia la escotilla desde la que observaba este confuso explorador. La bestia —o lo que fuera— podía encontrarse a dos metros de la nave. Y me pregunté: «¿era capaz de ver la “cuna”?». ¡La nave seguía apantallada en IR (infrarrojo)!

¡Sí…, era un rostro diabólico! No sé cómo explicarlo… ¡Los ojos eran luminosos!… ¡Sí, como dos linternas!… ¡Rojos! ¡Encendidos!… «Pero eso no puede ser —pensé—. ¿Estoy soñando?»… Carecía de orejas… El cráneo

era mondo y lirondo… No vi nariz… Sólo unos orificios, muy pequeños… Y, de pronto, como si supiera que lo estaba contemplando, la potencia luminosa de los ojos aumentó… Y aquella luz rojiza se proyectó hacia la nave ¡y entró en el módulo!… Entonces sonrió… ¡Era una sonrisa diabólica, repleta de colmillos!… ¡¡Colmillos como sables!!… En esos momentos me oriné… Segundos después desvió la mirada y se alejó tierra adentro. Entonces lo perdí de vista. No me atreví a moverme. ¿Seguía cerca? Las señales luminosas y acústicas continuaron repiqueteando y mi corazón bombeando por encima de las 120 pulsaciones por minuto… Pude acercarme a las pantallas de radar y verificar si el monstruo continuaba en los alrededores. Pero, como digo, el terror me dejó anclado frente a la escotilla. Dos minutos después se hizo el silencio. Las alarmas enmudecieron y la «cuna» recobró su aspecto habitual. El cinturón gravitatorio volvió a funcionar y «Santa Claus» lo fijó de nuevo en 550 kilómetros por hora. Y el ordenador procedió a la evaluación de daños… No los hubo, aparentemente.

¡Pardiez!… ¡Adam-adom!… ¡La leyenda del «hombre rojo» no era sólo una leyenda!…

Intenté pensar. ¿Qué debía hacer? Aquello no figuraba en el manual… ¿Salía al exterior y me enfrentaba a la bestia? No fui capaz. Debo confesarlo: el miedo me dominó. Y allí me quedé, temblando como un conejo… No sé cuánto tiempo pasó… Y hacia las 13 horas —algo más recuperado—, opté por descender de la nave.

¡Pardiez!… Había sido tal el aturdimiento y el pánico que no pensé en ellas… Exploré los alrededores con la vista. ¡Negativo! Ni rastro de la criatura. Y, de pronto, al mirar hacia el carro, las vi… ¡Las mulas aparecían tumbadas sobre la sal!… Otra hilera de huellas —idéntica a la descubierta días antes— partía del agua, pasaba junto a la nave y moría junto al mencionado *reda* o carro cubierto. ¡Mierda! ¡Estaban muertas, con los ojos espantados!…

Ummah presentaba el testuz destrozado y los cuartos traseros arañados… ¡Pardiez!… ¡Había sido violada!… *Ahari* no tenía señales de violencia… Las examiné con detenimiento… ¡No tenían sangre!… ¡Ni una gota!… ¿Cómo era posible? ¿Qué clase de fiera hace una cosa así? ¿O no era una fiera? Y a la mente llegaban —una y otra vez— aquellos ojos luminosos…

Regresé a la «cuna» a la carrera y temblando de miedo. ¿Qué era aquello? ¿Qué criatura puede habitar en el fondo del lago Salado? ¿Por qué los ojos arrojaban luz? ¿Cómo desconectó el sistema defensivo? ¿Cómo supo que me encontraba en el interior de la nave? ¿A qué me enfrentaba? ¿Por qué mató a

las inofensivas mulas? ¿Cómo extrajo la sangre? ¡Fueron más de 20 litros!… Y, aturdido, esperé al ocaso.

Cuando llegó la oscuridad tomé el petate y huí de la playa del Hombre Rojo. Allí quedaron las mulas y el *reda*.

Por la boca muere el pez

Alcancé Saidan el lunes, 8 de agosto del año 29 de nuestra era. El miedo seguía en el cuerpo (sobre todo en la mente). Por supuesto, guardé silencio sobre lo que había visto. Nadie me hubiera creído… Cuando visité la casa de Felipe me arrojé en sus brazos y lloré amargamente. El intendente no preguntó. Me proporcionó una infusión de lúpulo y me relajé. Esa tarde —en la compañía de Yu—, Felipe me puso al corriente sobre Jesús. Primera noticia: el Maestro había tratado de organizar una reunión con María, su madre, y los hermanos. Fue programada para el domingo, 7 de agosto, en el astillero de los Zebedeo, en Nahum. Pero las cosas volvieron a torcerse. Y la reunión no pudo celebrarse. Unos días antes, al saber de la vuelta del Galileo, un grupo de fariseos viajó a Nazaret con la intención de conversar con la Señora y averiguar las intenciones del Hijo del Hombre. ¿Qué pretendía con aquella vuelta a Saidan? Hablaron con María, pero la mujer no sabía prácticamente nada. Y tampoco quiso dar explicaciones. «Aquellos tipos eran carroña». Eso dijo. Jesús envió uno de los correos de David Zebedeo, pero María no pudo moverse de Nazaret. Los «santos y separados» seguían acampados frente a la casa de la Señora. Si María y los suyos se hubieran dirigido a Nahum, los fariseos los habrían seguido. Y Jesús, Andrés y su hermano Pedro esperaron inútilmente. La familia no acudió a la cita. Y allí, en el astillero, mientras esperaban, se produjo la segunda noticia. El protagonista —cómo no— fue Pedrito. Esto fue lo que me contó el intendente: mientras Jesús aguardaba la llegada de su familia, un *gabbai* o recaudador de impuestos se presentó en el astillero y reconoció al Maestro. Hizo un aparte con Pedro y preguntó:

—¿Tu Maestro se niega a pagar el impuesto del Templo?

En aquel tiempo, como ya explicó Jasón en sus diarios, la sociedad judía estaba obligada a pagar dos tipos de impuestos: los civiles y los religiosos. Estos últimos —fijados en el Génesis (XIV, 20)— exigían un diezmo de lo que el individuo tuviera en propiedad. Cada judío (mayor de doce años y medio) debía contribuir, además, con dos *zouzim* (medio siclo) al año (unos dos denarios). Con ese dinero se costeaba el mantenimiento de los sacerdotes del Templo de Jerusalén.

—Por supuesto que no —respondió Pedro al recaudador—. Espera y enseguida volveré con el impuesto…

Según Felipe, Pedro se indignó. ¿Por qué el Maestro tenía que pagar a sus enemigos declarados? Pero se contuvo y no dijo nada. Buscó a Jesús y explicó lo que requería el *gabbai*. El Maestro aceptó y preguntó a Pedro:

—¿Cómo cumplirás lo prometido al recaudador?

Y Felipe aclaró: «En esos momentos, Judas Iscariote, portador de la bolsa, no se hallaba en el astillero. Como te dije, sólo estaban el Maestro, Pedro y Andrés. No disponían de dinero…».

Y Jesús burlón preguntó a Pedrito:

—¿Volverás a ser pescador para cumplir tu palabra?

Por fortuna, la conversación entre Pedro y el Galileo fue escuchada por uno de los correos de David Zebedeo. Y al poco llegaba el dinero necesario para el pago del medio siclo. Pedro abonó el impuesto y el *gabbai* se alejó («no sabemos si satisfecho o contrariado», según Felipe). Al parecer, en opinión de Andrés, aquel maldito recaudador había sido enviado por los fariseos… Repasé lo dicho en el evangelio sobre este asunto y quedé nuevamente decepcionado. En Mateo (17, 24-27) se dice textualmente: «Cuando entraron en Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban el didracma y le dijeron: “¿No paga vuestro Maestro el didracma?”. Dice él: “Sí”. Y cuando llegó a casa, se anticipó Jesús a decirle: “¿Qué te parece, Simón?; los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tasas o tributo, de sus hijos o de los extraños?”. Al contestar él: “De los extraños”, Jesús le dijo: “Por tanto, libres están los hijos. Sin embargo, para que no les sirvamos de escándalo, vete al mar, echa el anzuelo, y el primer pez que salga, cógelo, ábrele la boca y encontrarás un estáter. Tómalo y dáselo por mí y por ti”».

Mateo volvió a inventar. Jesús no habló de pescar un pez y de sacar una moneda de su boca. Y tampoco estaban en la casa de nadie. Como dije, se hallaban en el astillero de los Zebedeo, en Nahum. En esos momentos —cuando llegó el recaudador—, Mateo no se encontraba presente. ¿Por qué escribió algo así? ¿Fue Pedro el inventor del milagro del pez y la moneda? Muy probablemente… Mateo, además, en el colmo de los despropósitos, sitúa el incidente con el *gabbai* después de la transfiguración. El pobre Mateo (o Isador) no dio una…

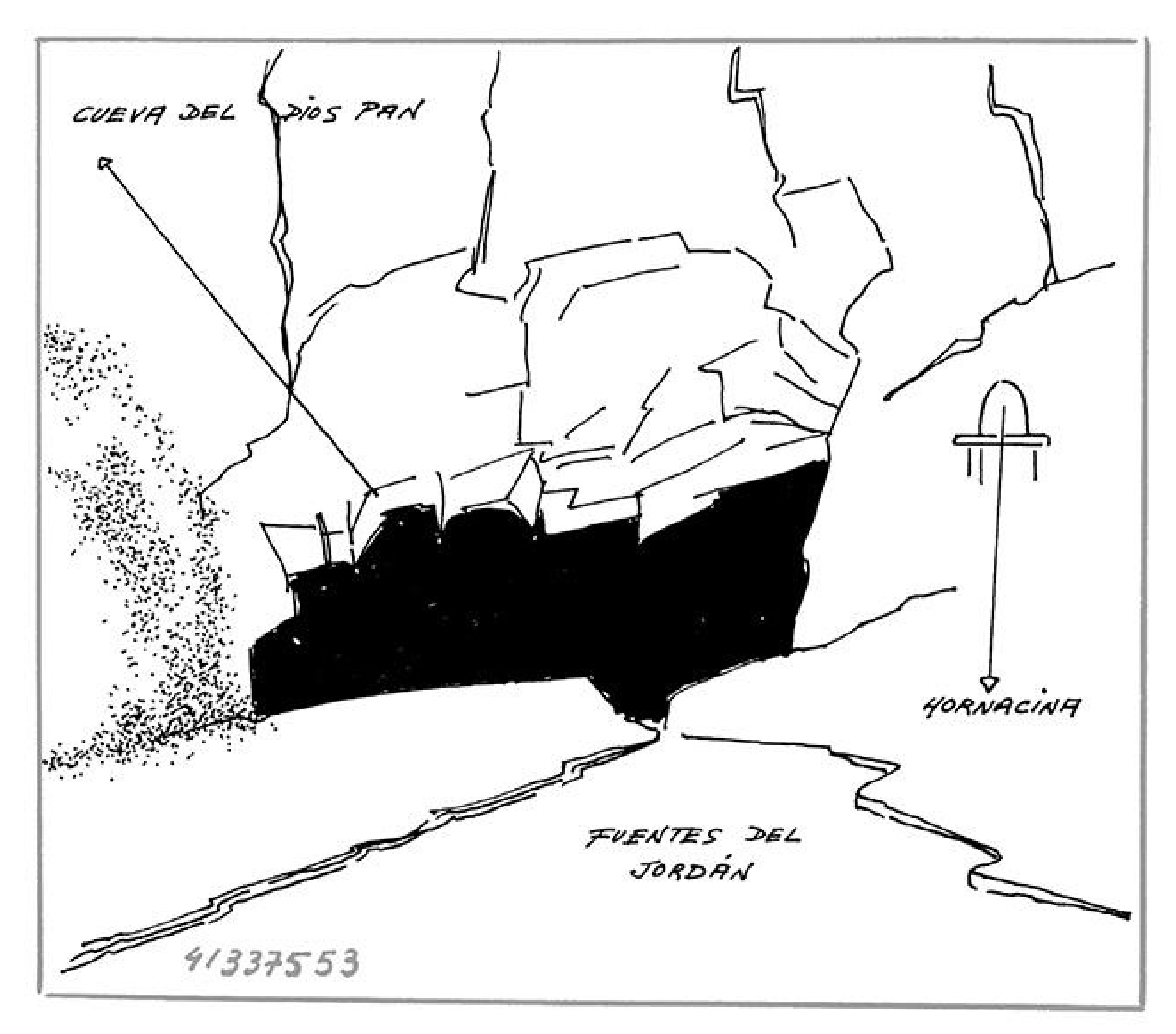
Tercera noticia: el Maestro había decidido llevar a cabo una nueva gira de predicación. Esta vez por la Decápolis. Pero antes —nadie supo por qué— expresó su deseo de subir al monte Hermón. Y la intuición tocó de nuevo en mi hombro: «Atención… Importante».

Matador

El martes, 9 de agosto (año 29), Jesús y los doce partieron hacia Cesarea de Filipo, en los dominios del rey sabio. El grupo de evangelistas se quedó en el *yam*. Yo prescindí de un nueva *reda* y caminé con ellos, en la compañía de Yu. Felipe sí contrató un carro de cuatro ruedas, cubierto, y lo cargó con las tiendas y provisiones. Nadie sabía cuánto duraría la nueva aventura. Imaginé que el Maestro deseaba conversar con Filipo. Me equivoqué. La *Chipriota*, por supuesto, lucía sus mejores galas… Felipe la pintó desde la cabeza a la cola. En esos momentos no podía imaginar lo que se avecinaba…

Y fue hacia la nona (tres de la tarde) cuando alcanzamos la cueva del dios Pan, cerca de Cesarea de Filipo. Faltaban 3 horas y 23 minutos para el portazo del sol…

Allí nacía —oficialmente— el río Jordán. Todo era verdor: sauces, álamos, una corriente cristalina e infantil, olivos y cientos de moreras. Y la temperatura ascendió por encima de los treinta grados Celsius. A la izquierda de la gruta distinguí los restos de un templo, levantado por Herodes el Grande en honor a Augusto. La cueva se presentaba en la base de un enorme acantilado gris y rojo de algo más de treinta metros de altura.



Nacimiento del río Jordán en la cueva del dios Pan. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Andrés sugirió a Jesús que nos detuviéramos. Según mis cálculos, habíamos recorrido 14 kilómetros desde la salida de la aldea de Saidan. El Maestro aceptó y los íntimos se lanzaron al pequeño río, refrescándose. Felipe descubrió una colonia de caracoles negros (posibles *Melanopsis praemorsa*) y, feliz, con la ayuda de los gemelos, llenó un perol. Cena asegurada. Pero el sol era fuego líquido, y Andrés comentó con Felipe la posibilidad de almorzar en el interior de la caverna. A la derecha de la entrada se distinguían cinco hornacinas. El Oso explicó que los nichos habían pertenecido a Echo, la ninfa del Hermón, que descendía por las noches hasta la gruta, y también a Diopan, el dios de la música. Y entramos en la caverna. Lo agradecimos. La temperatura descendió considerablemente. Se trataba de una cueva natural, de unos quince metros de altura por otros veinte de anchura. El suelo, arenoso, descendía hasta perderse en las tinieblas. Según el Oso, la cueva no tenía fin. Allí nacía el padre Jordán. Al fondo, en la negrura, se escuchaban rumores…

Parecía agua. Después oímos el batir de alas. Eran palomas zoritas con anillos de bronce al cuello. Escaparon, asustadas. La boca de la cueva había sido conquistada por una familia de helechos trepadores. Y allí nos sentamos. Felipe y los gemelos repartieron carne salada, queso y fruta. Comimos en silencio. Después, al terminar, el Maestro nos sorprendió con una pregunta:

—¿Quién dicen los hombres que soy yo?

Los discípulos se miraron, perplejos. Y buscaron segundas intenciones donde —seguramente— no las había. El Oso y Mateo explicaron que algunos lo consideraban un «gran hombre»; otros aseguraban que era Elías, «que había vuelto». Juanito Zebedeo afirmó que Jesús era el Mesías esperado. Otros, como el Zelota, lo confundieron con Moisés… En fin, casi todos dieron una opinión…, equivocada. Jesús, entonces, se puso en pie y preguntó de nuevo:

—Pero ¿quién decís vosotros que soy yo?

El silencio fue total. Nadie se atrevía a respirar. Se miraron, tensos. Y, al cabo de medio minuto, Pedro dio un salto. Y a voz en grito exclamó:

—¡Tú eres el Mesías libertador!… ¡El Hijo de Dios vivo!

Sus compañeros, entonces, se alzaron como un solo hombre, aceptando así lo dicho por Pedro. Sólo el Iscariote permaneció sentado. Jesús rogó que se sentaran. Él continuó de pie y dijo en tono solemne:

—Esto os ha sido revelado por mi Padre… Ha llegado la hora: debéis conocer quién soy en verdad…

Y en eso, sin mediar palabra, Simón, el Zelota, se puso rápidamente en pie, desenvainó el *gladius,* y lanzó un mandoble contra la arena, a los pies del Maestro. Quedamos desconcertados. ¿Se había vuelto loco? Después lo vimos… Y nos alzamos, descompuestos. El Zelota había partido en dos un enorme escorpión… Se trataba de un «matador», un *Androctonus australis* de unos 105 milímetros y de un color amarillo intenso. La cola era gruesa y temible. El veneno puede matar a una persona en cinco minutos. El Galileo contempló los restos del matador y palideció.

Salimos de la cueva del dios Pan y nos encaminamos a Cesarea de Filipo. Jesús se alojó en la casa de Celsus, un rico comerciante en vinos y seguidor del Maestro. El chino y yo nos acomodamos en el jardín de la finca, con los íntimos. Y allí asistimos a otra polémica: ¿quién era verdaderamente el Galileo? Hasta esos momentos, el rabí nunca había hecho una declaración tan clara e importante. Pero las Escrituras no hablaban de un Mesías que, además, fuera Hijo de Dios. Y ahí surgió la discusión. Finalmente —gruñendo—, cayeron rendidos. Yo vi llegar el alba, violeta y de puntillas…

Nunca fundó una iglesia

Aquel 10 de agosto del año 29 de nuestra era, miércoles, fue otro día histórico. Hacia la hora sexta (mediodía), Felipe organizó el almuerzo en el jardín de la casa de Celsus. Sopa de pescado y carpa. El caldo estaba exquisito. Cortó apio, cebollas y zanahorias y añadió miel, laurel, pimienta y un buen pellizco de sal. La carpa —del lago Hule— fue asada con mimo y con jugo de limón. Algunos discípulos repitieron. Y fue tras la comida cuando, de pronto, el Maestro preguntó:

—¿Pensáis igual que ayer respecto a quién soy yo?

En esta ocasión no hubo miradas confusas. Todos, menos Judas Iscariote, se pusieron en pie. Y todos asintieron en silencio. Pedro —más fogoso— dio un paso al frente y proclamó:

—¡Sí, rabí!… ¡Creemos que tú eres el Hijo del Dios vivo!

En aquellos momentos —no sé si lo he mencionado—, Pedrito era el líder indiscutible del grupo. Su hermano Andrés seguía siendo (oficialmente) el jefe de los íntimos, pero su jefatura se limitaba a temas puramente técnicos.

Al escuchar las palabras de Pedro, el Galileo se puso en pie. Vestía la túnica blanca. Su rostro resplandecía. Y, sereno y seguro, declaró:

—Sé que ésta es una revelación de mi Padre a vuestras almas…

Elevó la mirada hacia el cielo azul e inspiró profundamente. Percibí que se disponía a decir algo de especial importancia. No me equivoqué.

—… Pues bien, si esto os ha sido revelado a través de la *nitzutz* (la chispa divina), yo declaro que sobre estos cimientos construiré la hermandad del reino invisible y alado…

A juzgar por las caras, entendieron poco o muy poco. Y el Galileo continuó:

—… Sobre esta roca espiritual levantaré el templo vivo de la hermandad entre los hombres… Ninguna fuerza del mal podrá prevalecer contra dicha hermandad… Y aunque mi Padre será el guía de esa hermandad espiritual, yo os entrego, a vosotros y a vuestros sucesores, las llaves del reino…

Fue días más tarde —al revisar los textos evangélicos— cuando comprendí. ¡Jesús no había fundado ninguna iglesia! Sus palabras fueron nuevamente manipuladas… Leí los textos de Mateo, Marcos y Lucas con asombro.

«Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo —escribe Mateo—, hizo esta pregunta a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”. Ellos dijeron: “Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas”. Díceles él: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”. Simón Pedro contestó: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Replicando Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”».

¡Pardiez! ¡Cuánta mentira!… Jesús no habló de «iglesia». Habló de «hermandad espiritual». Y no se refirió a Pedro; dirigió la palabra a los doce… La palabra «iglesia» llegaría más tarde, cuando los textos evangélicos fueron traducidos al griego. Jesús habló en arameo. En ese idioma no existía la referida palabra. Él habló de *ah* («hermano» o «compañero»).

En definitiva: lo que hoy se entiende por «iglesia» es un montaje posterior, basado en algo que Jesús de Nazaret jamás pronunció.

Y antes de terminar la reunión, el Maestro rogó a los íntimos que —de momento— no dijeran a nadie que era el Hijo de Dios. Todos se mostraron de acuerdo, salvo el Iscariote. Para Judas, aquello no tenía sentido. El Mesías —según las Escrituras— no era el Hijo de Dios. Era otra cosa: un héroe llamado a vencer a los *kittim* (romanos). Esa misma tarde, el Iscariote conversó con Andrés y le manifestó sus dudas. Andrés, después, lo habló con el rabí. Según mis informantes, el Iscariote seguía pensando en desertar. A partir de esa histórica reunión en la casa de Celsus, en Cesarea de Filipo, el Maestro cambió de táctica. Ahora sí admitió —públicamente— que era un enviado de los cielos.

Esa noche, al amor de la lumbre, el Hijo del Hombre pronunció otras frases de especial interés. He aquí las que recuerdo:

- «Cuando ya no esté con vosotros, el mundo no os tratará mejor de lo que me trató a mí…».
- «Si me amáis, preparaos para el sacrificio supremo…».
- «El que me ha visto a mí ha visto al Padre Azul…».
- «El Padre y yo somos uno… Jamás me dejará solo en mi misión…».
- «Mi reino no es de este mundo… El Hijo del Hombre no satisfará las expectativas del pueblo judío sobre el Mesías…».

- «Aunque soy un hombre, procedo del Padre Azul… Antes de que Abraham fuese, yo soy…».
- «Yo os declaro que pronto partiré de este mundo y regresaré a la obra de Ab-bā…».
- «En este mundo nadie ve al Padre Azul…, excepto el Hijo, que vino del Padre…».
- «Prestad oídos a mis palabras: no he venido a llamar a los justos; he venido a reclamar a los pecadores…».
- «No he venido para ser servido, sino para servir…».
- «Yo os declaro que otorgaré mi vida para sembrar la esperanza… Después de la muerte seguiréis vivos…».
- «Estoy aquí para disipar las tinieblas y el olvido… ¡Confiad!».

Pero los íntimos comprendieron a medias…

La segunda luna

Al día siguiente, jueves, 11 de agosto (año 29), el Maestro comunicó a Andrés que deseaba caminar hacia el macizo del Hermón, al noreste de Cesarea de Filipo. El viaje tendría lugar el viernes, 12. Felipe, el intendente, recibió la noticia con sorpresa. ¿El Hermón? ¡Eso era el fin del mundo!… Felipe exageraba. Sólo estábamos a ocho kilómetros… Pregunté, pero nadie supo darme razón. Nadie conocía las intenciones del Galileo. ¿Por qué precisamente la montaña sagrada? Fui torpe. En esos momentos no caí en la cuenta.

Y al amanecer del 12 nos pusimos en camino. Y me pregunté: «¿A qué lugar del Hermón nos dirigimos? El macizo —formado por múltiples alturas — suma más de 60 kilómetros». Me dejé llevar. Era lo mejor… Con aquel Hombre todo era posible…

La primera etapa —hasta la aldea de Bet Jenn— fue cómoda y rápida. Ascendimos entre olivos hasta la cota 1210. Yo conocía el camino. Jasón y este explorador lo habíamos hecho cuatro años antes, en el mes de agosto del 25. Me hubiera gustado saludar a los Tiglat, el clan fenicio que residía en Bet Jenn, pero el Galileo pasó de largo. Atrás quedaron las casuchas negras y roídas por la soledad y las lluvias. El rabí, conocedor de la zona, tiraba con fuerza del grupo. El tiempo —espléndido— prometía calor. Hacia la tercia (nueve de la mañana), la temperatura rondaba los treinta grados Celsius.

La segunda etapa —entre Bet Jenn y los ídolos de piedra— fue penosa. Fueron tres kilómetros de constantes subidas y bajadas, entre cedros y enebros griegos. El camino, endemoniado, nos obligó a empujar el carro una y otra vez. Los bosques nos miraban verdes y serios.

Descansamos brevemente en el *asherat*, las cinco piedras cónicas que representaban a la diosa y madre de Baal, perfectamente alineadas de este a oeste. A escasos metros corría el río Hermón, dócil y cristalino. Aquél era un lugar sagrado para los fenicios. Pero Juan Zebedeo, haciendo caso omiso al sentido común, se aproximó a una de las rocas y orinó sobre ella. El Oso protestó, pero Juanito ni le miró. Si alguien nos estaba observando podíamos tener problemas…

Finalmente, hacia la sexta (mediodía), alcanzamos la sabina sagrada, un gigantesco árbol de casi 30 metros de altura, con la copa piramidal. Era el único habitante de un calvero de medianas dimensiones. Algo más allá se escuchaba el atropellado lenguaje de un torrente. De las ramas de la sabina colgaban osamentas y tripas secas de animales. Era otro símbolo sagrado para los fenicios de la zona. Allí depositaban sus ofrendas a los cielos. La peculiar naturaleza de la madera de la sabina albar —inatacable por los insectos— la convertía en un peculiar «aliado de los dioses». Para mí, aquel árbol traía malos recuerdos. Jasón y yo fuimos atacados por una banda de *bucoles* cuando buscábamos al Maestro. El jefe de los bandidos era un tal Al, un individuo con una pata de palo. Aquéllos eran sus dominios. Debíamos proceder con cautela…

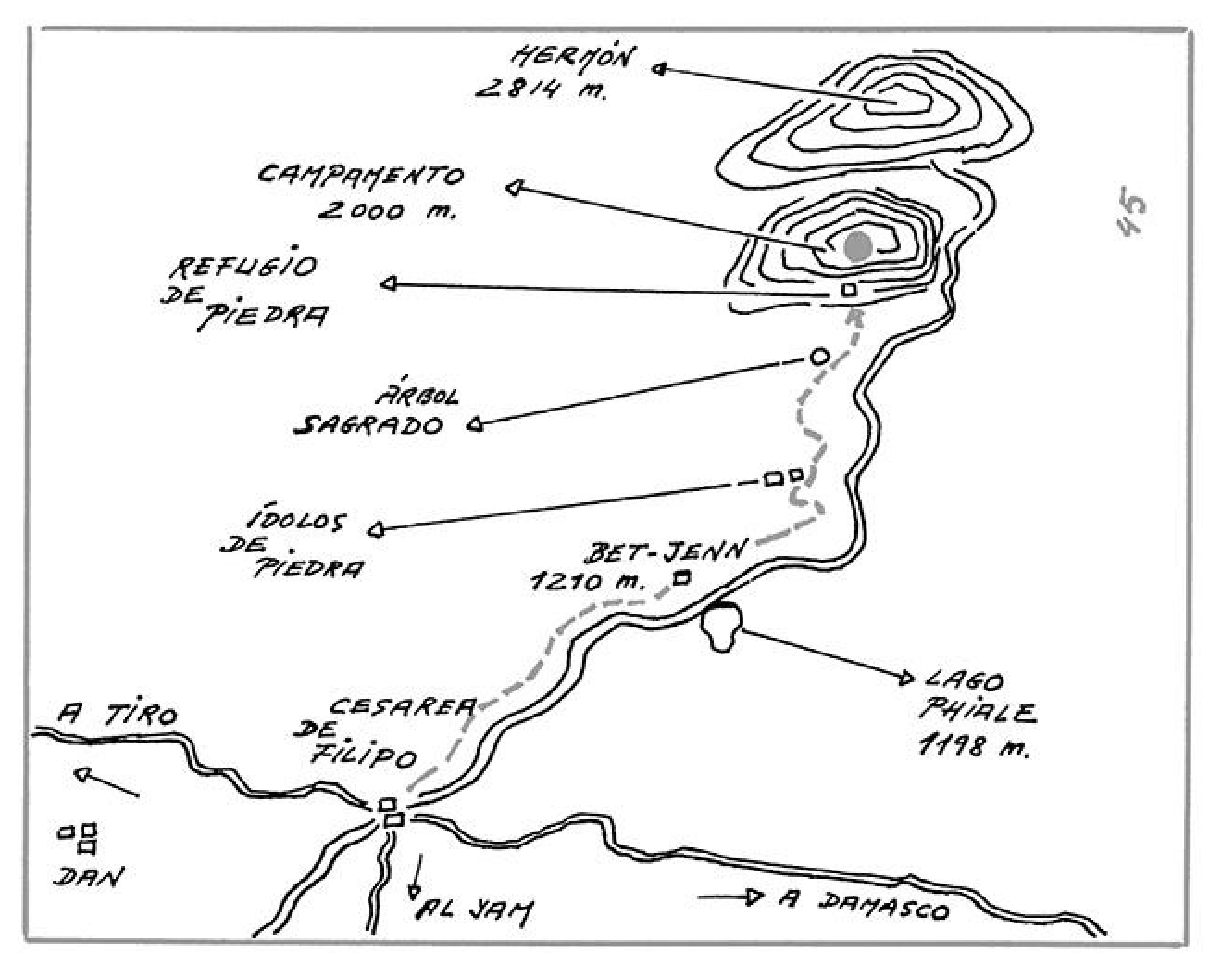
Andrés consultó con el rabí y el Galileo eligió el lugar para pasar la noche. Allí nos acomodamos. Según mis cálculos, nos encontrábamos muy cerca del refugio de piedra que había levantado el propio Hijo del Hombre cerca de la cota 2000 en agosto del año 25. A buen paso, podíamos alcanzarlo en media hora; como mucho, en una hora. Pero el Maestro, obviamente, tenía otros planes… Desde allí contemplamos el macizo del Hermón, también conocido como Jabal ash Shaikh o montaña del Jerarca. Las nieves —a una altitud de 2814 metros— brillaban azules y naranjas. Todo era silencio.

Cuando Felipe preparaba la cena, una reata de onagros pasó por el calvero, rumbo a Cesarea de Filipo. Los asnos cargaban nieve del Hermón. Los burreros, de acuerdo a la costumbre, conversaron con los discípulos e intercambiaron información sobre el camino. La frase deseada —«ni rastro de los *bucoles*»— fue repetida por los burreros y por Andrés. Eso me tranquilizó…, a medias. Nosotros éramos quince. ¿Demasiados para los bandidos? Quizá no…

El Maestro se alejó, en solitario, y se perdió en los bosques de cedros. Andrés no puso buena cara. Pero no tuvo más remedio que resignarse. El Galileo era así. Allí permaneceríamos dos días. Fueron jornadas apacibles y, al mismo tiempo, de afilada inquietud. ¿Qué hacíamos en aquel lugar? ¿Por qué el Hijo del Hombre había elegido el calvero de la sabina sagrada? ¿Esperaba a alguien? Como dije, nadie sabía nada. Y yo —estúpido— no recordé lo que se avecinaba…

Esa primera noche, el firmamento nos dio un buen susto. Las ocho mil estrellas visibles sabían algo. Por eso se apretaron —curiosas— entre guiños y destellos. Y en esas estábamos —maravillados— cuando el Oso llamó la atención del resto. Una luz se desplazaba de este a oeste. Era enorme; mayor

que una luna llena. Pensé en una estrella fugaz. Negativo. El vuelo era horizontal y sin estela. ¡Pardiez! ¡Estábamos en el año 29!… ¿Quién volaba en esa época? De pronto se detuvo en la vertical del pico más alto. ¡Y allí permaneció durante más de una hora!… ¡El estacionario fue impecable y totalmente silencioso! Quedé asombrado y sin palabras. Todos lo vimos. El Maestro se limitó a mirar. No hizo ningún comentario. Y prosiguió con la cena: picadillo de pollo. En un momento determinado, la «luna» empezó a pulsar. Parecía un ser vivo. ¿Lo era? Y fue cambiando de color; del blanco mate pasó al rojo cereza. ¡Espectacular! En la segunda vigilia de la noche —hacia las diez—, el objeto proyectó un cono de luz sobre la montaña y recorrió los bosques, como si buscara algo… ¡Pardiez! ¿Qué coño era aquello? Después apagó el gran foco y la «luna» desapareció. Hubo comentarios para todos los gustos. Juanito Zebedeo y Bartolomé hablaron de ángeles. Se veían con frecuencia y por todas partes. Jasón y yo habíamos observado esas luces en diferentes ocasiones… ¡Y fueron captadas por los radares de la «cuna»! No eran ángeles… Eran naves. Objetos metálicos tripulados. Pero ¿por quién? Felipe y Pedro apostaron a que se trataba de Lilith, la reina de las diablesas. Los gemelos no se pronunciaron. Estaban aterrorizados. El Zelota sugirió montar guardia y vigilar. Lilith podía regresar. La propuesta fue rechazada. Y, poco a poco, el rabí y los discípulos se retiraron a sus tiendas. El chino y yo seguimos vigilantes hasta bien entrada la madrugada. Pero no vimos nada.



Recorrido desde Cesarea de Filipo al Hermón. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Como dije, permanecimos junto a la sabina sagrada durante dos días más. Cada mañana, el Hijo del Hombre tomaba una naranja, agua, algo de pan y queso, y se adentraba en los bosques. No aceptó la compañía de nadie. Necesitaba hablar con su Padre. Eso dijo. Y las noches siguientes —13 y 14 de agosto— se presentó de nuevo la enorme «luna». La luna de siempre salió a las 18 horas y 24 minutos (día 13) y a las 19 horas y 1 minuto (día 14). Durante tres noches, por tanto, disfrutamos del «espectáculo» de dos lunas simultáneas. El 13, sábado, el objeto se presentó de forma súbita sobre el Hermón. No lo vimos llegar, como en la primera ocasión. La visión fue breve. Pudo durar un minuto. Iluminó los bosques como si fuera de día y desapareció. Pero, como en la primera oportunidad, no lo vimos alejarse. Sencillamente se apagó y desapareció (?). En la madrugada del domingo, 14, se repitió la escena. Pero, cuando la segunda luna llevaba una hora sobre las montañas, sucedió algo asombroso: de la enorme luz blanca surgieron otras luces —más pequeñas— que volaron en todas direcciones. Los discípulos gritaron, perplejos. Eran esferas de diferentes colores. No sabría precisar, pero contamos decenas… Una de aquellas «luces» —del tamaño de un melón—

fue a estacionarse en lo alto de la sabina sagrada. E iluminó el árbol con una intensa luminosidad azul, similar a la que había contemplado durante las sanaciones y prodigios del Galileo. El Maestro alzó la vista y se limitó a sonreír. Los íntimos —espantados— tomaron piedras y las lanzaron contra la luz. Ésta, finalmente, se alejó despacio hacia Bet Jenn. El rabí y yo nos miramos. Creo que tuvimos el mismo pensamiento: «Aquella gente, en efecto, no estaba preparada…».

Y la intuición siguió susurrando: «¡Atención!… ¡Algo grande se acerca!».

El mahaneh

El 15 de agosto del año 29 de nuestra era, lunes, amaneció a las 4 horas, 52 minutos y 52 segundos (TU). El sol daría el portazo habitual a las 18 horas, 17 minutos y 45 segundos. La luna, por su parte, se dejó ver a las 19 horas y 33 minutos y se ocultó a las 6 horas y 53 minutos.

Fue un jarro de agua fría… Esa mañana, el Maestro conversó brevemente con Andrés y expresó su deseo de ascender a la montaña en la única compañía de la *tabbah*: Pedro y los hermanos Zebedeo. El resto quedó decepcionado. ¿Qué se proponía? ¿Adónde se dirigía? ¿Por qué sólo podía acompañarlo la escolta habitual? Y Pedro —bocazas como siempre— preguntó al rabí si debían ir armados. «Estamos en territorio de bandidos…», añadió. Jesús respondió con dulzura:

—El Padre Azul nos protege…

Pedro hizo como que no había oído y cargó el *gladius*. Los Zebedeo lo imitaron.

Nadie protestó, pero las caras de desilusión lo decían todo. En esos momentos —mientras Felipe disponía las provisiones necesarias para dos o tres días—, pensé a gran velocidad. Tenía que desobedecer y seguirle. Pero ¿cómo hacerlo? No fue necesario. El Galileo se acercó a este explorador, colocó sus manos sobre mis hombros, y exclamó:

—¡Sígueme!

Después, dirigiéndose a Yu, le hizo un gesto, indicando que le siguiera. Obedecimos, claro está. Cargamos las tiendas y nos fuimos tras ellos. Juanito Zebedeo puso mala cara. Al poco, cuando ascendíamos hacia la cota 2000, Juan me esperó. El Galileo marchaba en cabeza. Al llegar frente al discípulo, éste escupió entre mis sandalias al tiempo que me llamaba «perro griego». Santiago, su hermano, llegó a tiempo; lo empujó y le obligó a caminar. Juanito siguió maldiciendo. Yu rogó que tuviera paciencia. «Es un hijo malcriado». Eso dijo. Me centré en el paisaje. Creí saber hacia dónde se dirigía el Hijo del Hombre. Los cedros casi nos cerraron el paso. Había millones. Era el *Cedrus libani*, la gloria del Hermón. A veces —tímidos— se presentaban corros de pinos piñoneros, mirtos y abetos. Respiré a fondo. Pero

la imagen de aquel malnacido seguía en la memoria… ¿Qué debía hacer con Juan Zebedeo?

Pronto apareció el refugio de piedra, levantado por el Galileo hacía cinco años. Allí nos detuvimos unos minutos. Y examiné el pequeño depósito: piedras negras, amontonadas, formando un semicírculo de un metro de diámetro. Las ramas que lo cubrían habían desaparecido. En dicho lugar, cada semana, uno de los vecinos de Bet Jenn depositaba las provisiones con las que se alimentaba el Galileo durante su retiro en agosto del año 25. Todo esto fue narrado en su momento por mi compañero, el mayor. Jesús se sentó sobre el murete de piedra e inspiró profundamente. Lo noté feliz. Después se puso en pie, me envolvió con una sonrisa y me guiñó un ojo. Y proseguimos…

No me equivoqué. Una media hora después alcanzamos la cota 2000: lo que Jasón y yo llamábamos el *mahaneh* o campamento de las cascadas. Podía ser la quinta (once de la mañana) cuando pisamos la explanada, cercada materialmente por miles de cedros. En el centro de la planicie ovalada, como se recordará, se alzaba un cedro centenario, de unos 40 metros de altura, con un ceniciento tronco de cuatro metros de circunferencia. La copa —verde y aplastada— sobresalía por encima de sus hermanos. Y al pie, un dolmen formado por cinco enormes piedras blancas, verticales, sólidamente sepultadas en la tierra… A tres metros de altura, reposaba otra laja plana a manera de techumbre. El monumento megalítico, según mis estimaciones, podía tener seis mil años, como poco.

Montamos las tiendas en el filo oeste del bosque y el rabí anunció que deseaba conversar con su Padre. Tomó el manto color vino y se alejó hacia el norte. Nadie se alarmó. Era lo habitual en Él. Yo, en la compañía del chino, me asomé a las cascadas. Poco o nada había cambiado. El río Aleyin («el que cabalga las nubes») bajaba bravo y formaba una hermosa piscina de aguas heladas y transparentes. Dos cascadas, de más de dos metros de altura cada una, proporcionaban movimiento al paisaje. No acerté a ver a los inquilinos habituales de la «piscina de yeso», como llamábamos al paraje. Miré y miré, pero fue inútil: los damanes de las rocas (mamíferos parecidos a los gatos) se habían esfumado. Lástima… Me caían simpáticos aquellos animalitos. Jesús, en su momento, puso nombres a casi todos. Disfruté de un benéfico baño y regresamos a las tiendas. Allí asistimos a otro incidente. Protagonista —cómo no—: Juan Zebedeo… Me hallaba conversando con el chino al pie de nuestra tienda cuando, de pronto, Juanito hizo una señal. Se llevó el dedo índice izquierdo a los labios y solicitó silencio, al tiempo que señalaba el cercano bosque con la otra mano. ¿Qué ocurría? Nos pusimos en pie y exploramos los

árboles con la mirada. Negativo. Allí no había nadie. ¿Bandidos? Me eché a temblar… Sólo disponíamos de tres espadas. ¿Un oso? Rechacé la idea. Estos animales —aunque frecuentes en el Hermón— no se acercan a los humanos. Juan, entonces, desenvainó el *gladius* y —cauteloso— caminó hacia los árboles. Pedro y este explorador lo seguimos. Fue todo muy rápido. Alguien, al verse sorprendido, salió a la carrera, huyendo entre los cedros. Pero Juanito, ágil, se lanzó a los pies del desconocido, derribándolo. Y ambos rodaron por el suelo. El Zebedeo se alzó, rápido, y fue a colocar la punta de la espada sobre la garganta del individuo. ¡Pardiez!… ¡Era Tiglat!… ¡Era el joven fenicio que colaboró con el Maestro a la hora de depositar las provisiones semanales en el refugio de piedra!… Pero ¿qué hacía en el *mahaneh*? ¿Nos estaba espiando? Aparté a Juanito y ayudé al muchacho a incorporarse. Me reconoció. Estaba pálido. Expliqué que lo conocía, pero el Zebedeo y Pedro continuaron empuñando sus *gladius*. Tiglat, entonces, aclaró el porqué de su presencia en el campamento. Su padre y los vecinos de Bet Jenn habían detectado el paso del grupo cerca de la aldea y, en previsión de males mayores, solicitaron a Tiglat hijo que siguiera a aquellos *ger* (forasteros). Los *bucoles* —según Tiglat— andaban por la zona, y más agresivos que nunca. Juanito maldecía al fenicio. Su hermano Santiago terminó tirando de él y llevándoselo hasta el dolmen. Al poco regresó Jesús. Llegó radiante. Saludó a Tiglat y escuchó las mismas explicaciones que nos había proporcionado cuando fue capturado. El Maestro le pidió que se quedase. La comida era modesta, pero abundante. Y el joven aceptó. Al y su cuadrilla de *bucoles* eran un peligro. No debía arriesgarse a caminar en la noche.

Felipe se había esmerado, como siempre: lomo de ciervo guisado en una excelente salsa de zanahoria, huevos cocidos y dátiles.

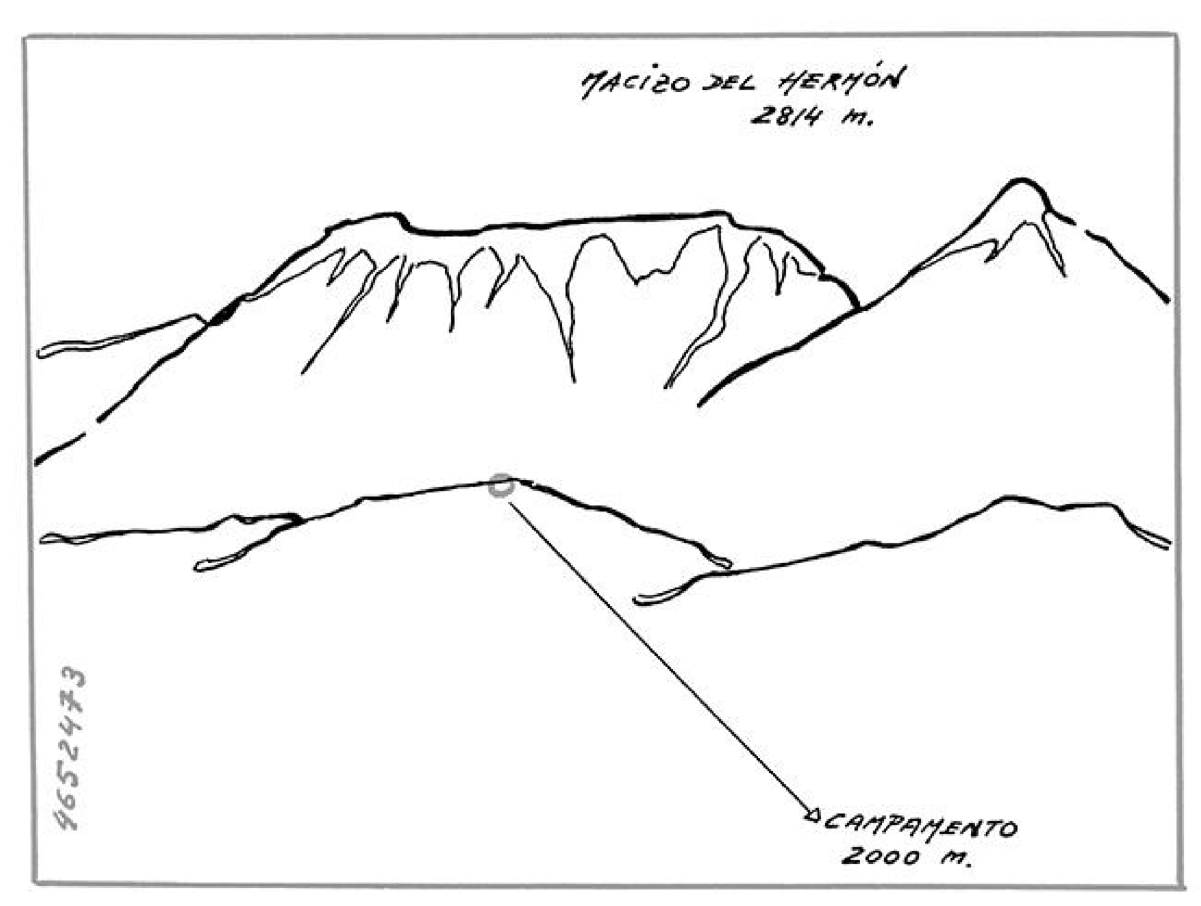
Después, en torno a la hoguera, el rabí habló de su anterior estancia en el Hermón y de cómo recuperó lo que era suyo: la divinidad. Y recordé que, en aquellos días, Jesús de Nazaret cumplió 31 años. Concretamente el 21 de agosto del año 25. Fue entonces —según sus palabras— cuando fue plenamente consciente de su naturaleza divina. ¡Pardiez!… ¡Treinta y un años sin saber quién era realmente! Pero la *tabbah* no entendió… Después, feliz, anunció algo que los discípulos tampoco comprendieron:

—Os declaro que he decidido continuar con vosotros… ¡Estad de buen ánimo!… No os abandonaré hasta no haber terminado mi obra.

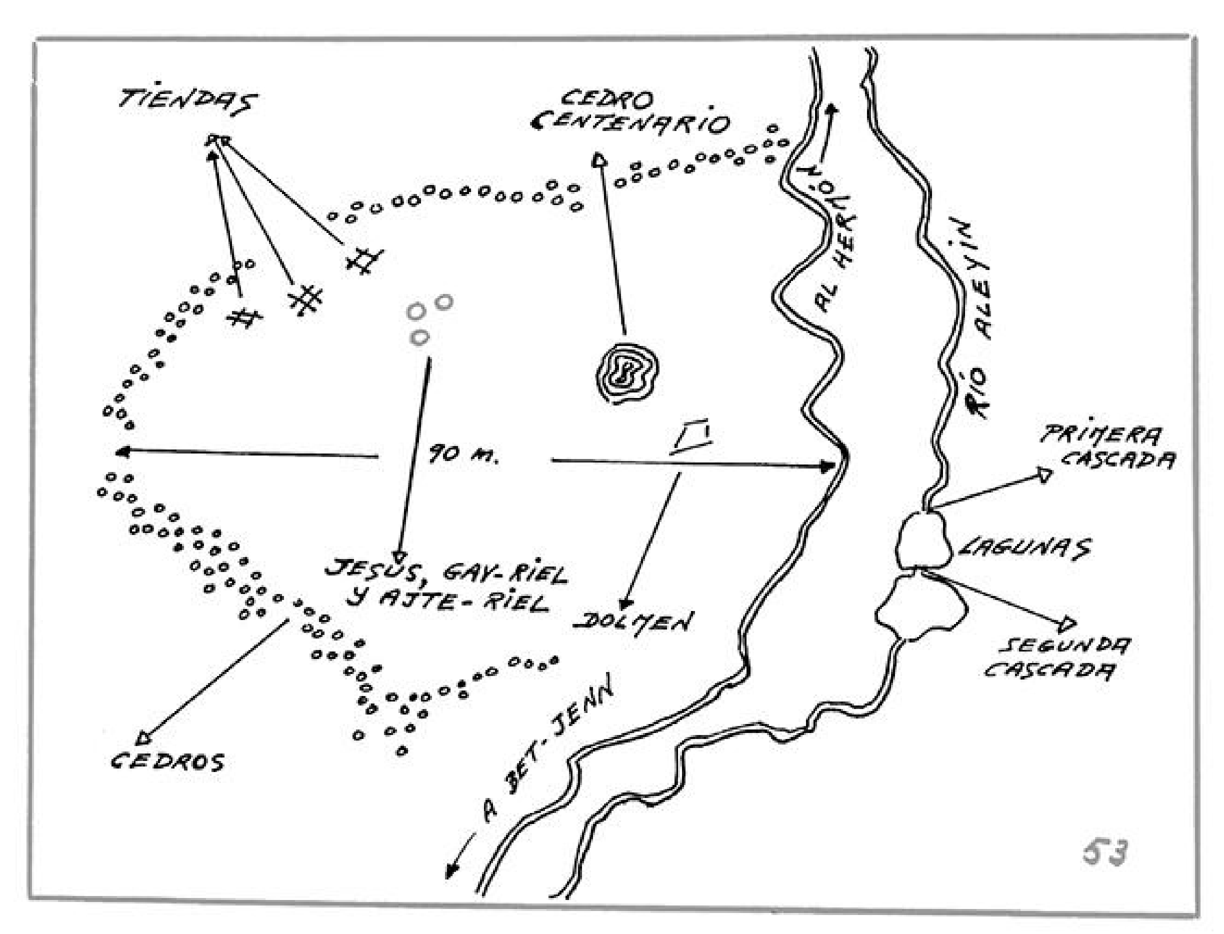
Yo conocía el asunto. Jesús no se encarnó por lo que predican las iglesias. Lo hizo para experimentar la vida de sus criaturas y para refrescar la memoria

del ser humano (somos inmortales). Eso terminó por otorgarle la soberanía de su universo. En otras palabras: según mis informaciones, Él podía haber abandonado la Tierra sin pasar por las horribles torturas y por la crucifixión. En esos momentos —en el Hermón—, el Maestro recibió la soberanía absoluta de su reino (nuestra galaxia). Pero, una vez más, decidió hacer la voluntad del Padre Azul y continuar. Los íntimos, sin embargo, no entendieron…

Y a la puesta de sol —cuando los relojes de la «cuna» señalaban las 18 horas y 17 minutos— se registró algo extraño. Todos quedamos sorprendidos. Los numerosos pájaros que anidaban en el cedro gigante y en los árboles próximos emprendieron una súbita y atropellada huida. ¿Qué sucedía? Levantamos la vista, desconcertados. No era lógico que las aves huyeran del ramaje cuando se acercaba la noche. El rabí también alzó la vista, pero no dijo nada. Su rostro aparecía serio. Él sabía…



Situación del campamento, en el macizo del Hermón (actual Líbano). Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



El *mahaneh,* **o campamento, en el Hermón, según el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.**

Y los primeros luceros llegaron, puntuales. Después lo hizo el silencio. Pero duró poco. Pedrito, incontenible, preguntó al Maestro:

—Señor, ¿cuánto tiempo permaneceremos en estas montañas, lejos de nuestros hermanos?

El Galileo lo observó durante unos segundos. Pedro, en efecto, no comprendía. Pero el rabí lo aceptó y replicó con gran seguridad:

—Estaremos aquí hasta que veáis la gloria del Hijo del Hombre…

No entendimos. ¿Qué gloria? Y Jesús prosiguió:

—Estaremos aquí hasta que comprendáis que todo lo que he declarado es cierto.

¿A qué se refería? El rabí, en esos casi cuatro años de asociación con los discípulos, había hablado de muchos asuntos. Él leyó los pensamientos de la *tabbah* y resumió:

—Estoy aquí porque he sido enviado por el Padre Azul. Estoy aquí para que recuperéis la esperanza. Nada está perdido. Sois inmortales. Sois hijos de un Dios. Sois verdaderamente hermanos. Estáis condenados a ser felices…,

mañana. Estoy aquí para retirar el velo del miedo. El Padre Azul os ama. Él os habita.

Todo eso lo sabían, aunque lo comprendían a medias. Y el Maestro continuó hablando. Las ocho mil estrellas brillaban y brillaban, entusiasmadas. E intentaban bajar y ser testigos de las palabras del Galileo. No lo consiguieron. La distancia era enorme…

Los discípulos no tardaron en dar cabezadas. Y Jesús, comprendiendo su cansancio, aconsejó que se retiraran a la tienda. Yu se disculpó. Estaba rendido. Y se refugió en la nuestra. Tiglat permaneció junto al fuego. Al poco dormía plácidamente. El rabí removió las ascuas con un palitroque. Su rostro aparecía sereno. De vez en cuando alzaba la vista y contemplaba el firmamento. Las estrellas —entonces— corrían la voz e iluminaban la noche con más fuerza. Fue en esos momentos cuando vi aquella media docena de luces. Se hallaban muy altas. Eran blancas. Parecían estrellas, pero, obviamente, no lo eran. Se desplazaban en formación de «V». ¡Pardiez!… El Maestro también las vio. Y siguió con la mirada fija en las luces. Parecía esperar algo. ¡Torpe de mí! ¿Cómo no me di cuenta? Nos miramos un par de veces, pero no hablamos. Y, de pronto, la «V» se detuvo. Y allí quedó, camuflada entre los luceros. Permanecí atento al cielo durante un buen rato. Pero, finalmente, el sueño me venció. Me cubrí con el manto y me recosté cerca de las brasas. El fuego casi se había extinguido. Pero el Maestro, sentado y con los brazos reposando sobre las rodillas, seguía atento a las estrellas. ¿En qué pensaba? Fue lo último que recuerdo. Después, hacia la segunda vigilia de la noche (más o menos las diez), fui despertado. ¿Cómo explicarlo?… Primero oí una especie de chisporroteo. Luego, el ruido se transformó en un potente silbido. Me incorporé, confuso. Los discípulos también fueron despertados y salieron de la tienda. Yu siguió dormido. Tiglat se puso de pie de un salto. ¿Qué estaba pasando? Entonces lo vi… ¡Pardiez!… ¿Estaba soñando? ¡No!… ¡Me encontraba despierto!… Pedro, los Zebedeo y el joven Tiglat también miraban hacia el mismo lugar, a cuatro metros de las tiendas… Jesús, de pie, conversaba con dos hombres… Me froté los ojos… ¡No podía ser!… ¡El Maestro resplandecía!… Ésa sería la expresión exacta. ¡La túnica blanca emitía luz!… ¡Y también los cabellos, y el rostro, y las manos…! Traté de dar un paso. Imposible. No pude. Estaba paralizado. Curioso. Tiglat y los íntimos tampoco podían moverse. Aparecían en unas posturas ridículas, con los brazos extendidos, señalando al rabí y a los dos seres que lo acompañaban. También los hombres emitían luz; una luz blanca y espesa. Parecía niebla, pero no lo era. ¡Pardiez!… A uno lo

conocía… ¡Era el tipo de la sonrisa encantadora!… Medía dos metros y vestía una larga túnica, sin mangas, que dejaba al descubierto unos brazos larguísimos y endebles. Las manos llegaban a las rodillas. La cabeza era un todo con el cuello. Los ojos eran pequeños, azules y muy vivos. Carecía de cejas. Era chato, con la piel bronceada y un cabello cortado al estilo militar. Parecían cerdas de jabalí. Sobre la túnica —brillantísima— distinguí un extraño cinturón con una estrella de David en el centro. La sonrisa, permanente, era cautivadora. El otro personaje era más bajo, con el cabello largo y blanco y una túnica igualmente resplandeciente y tres círculos azules y concéntricos en el pecho. Recordé lo escrito por el mayor sobre Melquisedec. Ambos brillaban como el rabí. Una luz intensa partía de sus rostros, brazos y manos. Hablaban entre ellos, pero no entendí. No era arameo ni tampoco koiné, el griego internacional. No conocía aquella lengua. Hablaban con nitidez, pero el sonido llegaba…, no sé cómo explicarlo: con eco… Era un sonido metálico… Y, súbitamente, todo se volvió rojo: la tierra, los cedros, la oscuridad, las ropas, las caras, las tiendas, el dolmen… ¡Todo rojo sangre!… Creí que me volvía loco… La túnica del Maestro y las de sus acompañantes, sin embargo, siguieron blancas y resplandecientes. Y también sus caras y manos. Aquello pudo durar cuatro o cinco minutos; no más. Y, de repente, oímos un «clan»… Fue un ruido seco, como el cierre de una puerta. Y, al momento, todo regresó a la normalidad. Los dos seres desaparecieron y también la luz que emanaba del cuerpo del Hijo del Hombre. ¡Se esfumaron! Fue entonces cuando pude moverme, y también la *tabbah* y Tiglat. Éste no lo dudó. Sin mediar palabra salió a la carrera y se perdió en el bosque. No volvimos a verlo. A trompicones, Pedro y los Zebedeo —tan aturdidos como este explorador— se aproximaron a lo que quedaba de la hoguera. Y, mecánicamente, en un significativo silencio, Santiago procedió a reavivar el fuego. El Maestro se acercó y volvió a sentarse frente a la naciente hoguera. Su expresión era serena y dulce. Pero no habló…, de momento. Fue Pedro, aturrullado, quien hizo un comentario absurdo y que, sin embargo, quedaría para la posteridad:

—Maestro, es bueno haber estado aquí… Nos alegramos de haber visto esta gloria… Si lo deseas, déjanos vivir aquí… Levantaremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y una tercera para Elías… No queremos regresar a ese mundo cruel…

Yo estaba desconcertado. ¿Moisés? ¿Elías? ¿De dónde sacaba Pedrito esos nombres? Nadie sabía quiénes eran aquellos dos personajes… Y el pobre Pedro, descompuesto por el miedo, terminó orinándose y provocando las risas

de los presentes, incluido el rabí. Pero el regocijo duró poco. De pronto, una espesa niebla (?) bajó del Hermón y nos sepultó. Quedamos mudos. No se veía nada. No nos veíamos unos a otros… El miedo, de nuevo, nos inmovilizó. En esos instantes se escuchó una voz —femenina— que dijo, en perfecto arameo: «Éste es mi Hijo muy amado… Escuchadle». Sonó nítida. Parecía proceder de lo alto, pero no puedo estar seguro. Y, al instante, la «niebla» se disipó. Pero no desapareció de forma natural. La vi alejarse a gran velocidad, hacia las cumbres, como si fuera succionada por una enorme fuerza. Los discípulos y yo caímos en tierra, acobardados. El Maestro, entonces, se alzó y fue a tocarnos en la espalda, uno a uno. Y exclamó:

—¡No temáis!… Veréis cosas más grandes que ésta…

Y, poco a poco, fuimos recuperándonos. Nos sentamos alrededor del fuego y contemplamos a aquel Hombre con asombro y —por qué negarlo— con cierto temor. ¡Verdaderamente era un Hombre-Dios!… Yo no salía de mi asombro.

Pedro, entonces, preguntó:

—Maestro, ¿quiénes eran esos hombres?

Jesús no supo qué decir. Lo noté resignado.

—El más alto —intentó explicar— se llama Gav…

Hizo una pausa y repitió el nombre con especial cuidado, deletreándolo:

—G-a-v… r-i-e-l.

—¿Gabriel? —intervino Juan Zebedeo.

El Galileo negó con la cabeza, e insistió:

—Gav-riel… Significa «Fuerza de Dios» o «Héroe de Dios».

Yo había estudiado ese asunto en Kábala. «Gav-riel» o «Gavriel» deriva de *Guevurá* (fuerza, valentía, heroísmo y rigor). Contiene las tres letras raíces (*guimel*, *bet* y *resh*). *Guevurá* es el «rigor»: la quinta séfira del Árbol de la Vida, en el Mundo de la Emanación que se contrabalancea con *jesed*, la misericordia, y que influye sobre *hod* (el honor y la gloria) y que, junto a *bina* (la inteligencia y el entendimiento) configura el pilar izquierdo del referido Árbol de la Vida en el que se basan nuestras aptitudes intelectivas y nuestra capacidad de análisis y síntesis. El pilar derecho, por su parte, el de la misericordia, configura nuestros sentimientos. En otras palabras: Gav-riel (me encanta el nuevo nombre) vendría siendo el ángel (o mucho más) del Entendimiento y del Rigor.

—¡Yo lo vi en el exterior de la sinagoga de Nazaret! —clamó Pedrito.

—Todos lo vimos —le reprochó Juan Zebedeo—. Se llevó al Maestro…

—¡Es el tipo que entregó las bolsas, con 413 denarios, a Zaku y Perpetua! —prosiguió Pedrito, ignorando al Zebedeo.

Recordé lo escrito por Jasón. El tal Gav-riel (el hombre de la sonrisa encantadora) se presentó en las casas de Pedro y Felipe, respectivamente, y entregó los referidos dineros a las esposas de éstos. Al hacerlo comentó: «De parte de Ab-bā…, y de su gente». Por cierto, «413», en Kábala, tiene el mismo valor que la palabra «sonrisa»…

—¿Y el otro? —terció Santiago.

—Su nombre es Ajte-riel —replicó el rabí, sabiendo que aquello no aportaba gran cosa—. Pertenece a la orden de los melquisedec. Son mucho más que ángeles.

Los estudios de Kábala me habían enseñado que el verdadero nombre de Ajteriel o Ajte-riel era Metatrón o Sar Panim (Príncipe del Rostro). Es decir, una criatura celeste, íntimamente ligada al Nombre de Dios Shadai El Jai. Un ser de tal brillo que puede ser confundido con la gloria del Padre Azul. Seres como Ajte-riel, que llegan a contemplar el Rostro de Dios, actúan como espejos o lentes (*Aspaqlaryá*). Cuando sentimos su presencia estamos percibiendo la mismísima Gloria de Ab-bā.

—¿De qué hablabais? —intervino Juan Zebedeo.

Jesús zanjó la interesante cuestión con tres palabras:

—De mi reino…

No hizo más comentarios. Y Pedro se interesó por la extraña lengua hablada por los tres resplandecientes personajes:

—¿Qué idioma es ése?

—La lengua de mi reino…

Deduje que hablaba de la Vía Láctea, nuestra galaxia.

—Cuando paséis al «otro lado» —y me miró, divertido—, aprenderéis ese idioma.

Santiago —más locuaz de lo habitual— planteó un asunto importante:

—¿Por qué nos has traído aquí?

—Para que contempléis lo que os aguarda tras la muerte. ¡Pura vida y pura gloria!

Pedro no pudo contenerse:

—¿Y qué pasa con nuestros hermanos? ¿Por qué no están aquí, con nosotros?

El Maestro movió la cabeza, negativamente, y simplificó:

—No están preparados…

La respuesta me dejó perplejo. No estuve de acuerdo con el Hijo del Hombre. Pedrito era un bocazas y un fantasioso. Juanito era algo peor… Mateo Leví, a pesar de sus errores evangélicos, era un hombre brillante. Entendió el mensaje del rabí mucho mejor que el resto. Y lo mismo sucedería con el Oso y con Felipe. Pero ¡pardiez!, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Sólo era un traidor… Y así, conversando, vimos llegar el amanecer. Por supuesto, lo narrado en los evangelios sobre la célebre transfiguración de Jesús guarda poca relación con lo que viví. Pero ¿de qué me asombraba? Obviamente, prosperó la versión de Pedro…

Así se cumplió otra de las «profecías» recibidas por Jasón en la garganta del Firán: «Hermón 829» (agosto del año 29).

Al

Al amanecer del martes, 16 de agosto (año 29), procedimos a recoger el campamento. Cuando desperté a Yu no supe qué decirle. El chino me miró e —intuitivo— preguntó:

—¿Me he perdido algo?

¡Bendita inocencia!… Guardé silencio. ¿Qué podía decirle? Además, se hubiera enfurecido por no haberle despertado… Pero ¿qué digo? Yu no se enfadaba jamás. Era un caso… Y fue en esos momentos cuando recordé unas palabras del Maestro, pronunciadas cuatro años antes y dirigidas al joven Tiglat: «… No te impacientes. Cuando llegue mi hora volverás a verme y tus ojos se abrirán… Entonces te mostraré a Ab-bā y comprenderás que la verdad de la que te hablo es como un perfume… Sencillamente, la identificarás por su fragancia».

Desayunamos en silencio. Jesús nos miraba, divertido. E iniciamos el descenso. La experiencia en el Hermón tronó en la memoria durante mucho tiempo. Y pensé: «Nadie me creerá». En realidad, toda esta historia —lo vivido por Jasón y por mí mismo— resulta increíble. Mejor así. Ojalá nadie la crea…

Al poco, cuando apenas habíamos avanzado medio kilómetro, el rabí —en cabeza del grupo— se detuvo. Nos reunimos a su alrededor y aguardamos, extrañados. El Galileo tenía la vista fija en el bosque. Miramos, pero no vimos nada especial. Y Jesús llevó el dedo índice izquierdo a los labios, solicitando silencio. Nos encontrábamos en una pequeña barranca, con cedros a uno y otro lado. Podía ser la tercia (nueve de la mañana). Y, de pronto, lo vi… Lo reconocí al instante. ¡Pardiez!… ¡Era Al, el jefe de los *bucoles*!… Se ocultaba entre los árboles. Dio la cara y caminó hacia el grupo. El Maestro, entonces, se adelantó y quedó a dos metros del facineroso. Era un tipo de baja estatura, famélico, y con un *saq* o taparrabo de piel de oso. El pelo y la barba aparecían largos y enredados. En la mano izquierda cargaba una pesada maza con el extremo erizado de clavos. Una pata de palo a la altura de la rodilla derecha lo hacía inconfundible. Al momento, otros ocho maleantes se dejaron ver muy cerca, entre los cedros. Y nos fueron rodeando. Se hallaban igualmente armados con espadas y mazas claveteadas. Uno, más alto que el

resto, se tocaba con un turbante rojo. También lo reconocí. Formaba parte de la tropa que nos atacó en la zona de la sabina sagrada en agosto del año 25. Aquellos miserables —a los que llamaban *bucoles*— eran frecuentes en la alta Galilea, así como al este del río Jordán y en los desiertos de Judá y del Neguev. Formaban partidas muy violentas. Atacaban a los caminantes o a las caravanas y, generalmente, degollaban a los asaltados. Herodes el Grande y su hijo, Antipas, habían luchado contra esta lacra, aunque el resultado era dudoso. Seguían escondidos en cuevas y montañas y armados hasta los dientes.

Al desenvainó un puñal curvo y exigió, en arameo:

—*¡Dehab!*… ¡Oro!… ¡Queremos todo el oro!

Pedro y Juanito se miraron y, en silencio, echaron mano de los *gladius*. Pero el rabí, consciente de la reacción de los discípulos, hizo un gesto con la mano izquierda ordenando calma. Y las espadas regresaron a las fundas de madera. Calculé, veloz. Eran nueve contra seis… ¡Mala cosa! ¡Y yo desarmado…! ¡Pardiez, qué mala pata! Y Al repitió impaciente:

—¡Oro!… ¡Ya!… ¡Vaciad el oro!

Pedro no pudo contenerse y gritó:

—¡No tenemos oro!

El *bucol* reaccionó al instante y protestó:

—¡No!…

—¡Quédate con las tiendas! —intervino Juanito.

—¡¡No!! —replicó el bandido, cada vez más furioso—. ¡¡No!!

Al, justamente, se distinguía por esa característica: respondía a casi todo con un «no»; de ahí su apodo (*al*: «no»).

—*¡Kesap!*… ¡Plata!… —reaccionó el jefe de la partida, al tiempo que señalaba los petates con el puñal.

Los *bucoles* dieron un paso hacia delante. Temí lo peor. Entre todos podíamos cargar dos o tres denarios. Ésa era nuestra fortuna, así como la ropa y las sandalias, amén de las tiendas. Al comprobar que no portábamos nada más, aquellos miserables podían pasarnos a cuchillo… Y, en décimas de segundo, lo pensé todo: ¿huíamos?, ¿luchábamos?… ¿Cómo reaccionaría el Hombre-Dios ante una situación como aquélla? No tuve que esperar para averiguarlo. En esos críticos instantes, el Maestro —que había permanecido en silencio— se situó frente al jefe de los *bucoles* y, en un gesto de audacia, fue a colocar las manos sobre los hombros desnudos de Al. ¡¡Pardiez!! ¡¡Pudo apuñalarlo!! Y, sereno, con la voz templada, el Hijo del Hombre preguntó:

—Amigo…, ¿para qué necesitas el oro?

Al, desconcertado, balbuceó:

—¿Es que hay algo más importante?

Los bandidos se hallaban tan perplejos como nosotros. Y la intensa mirada de Jesús terminó por desarmar al jefecillo.

—Sí —respondió el Galileo—, hay algo mucho más importante que el oro…

Dejó correr los segundos y, finalmente, con absoluta seguridad, aclaró:

—¡La esperanza!…

Al bajó el puñal y preguntó con un hilo de voz:

—¿Tú tienes eso?

El Maestro asintió con la cabeza y proclamó con potente voz, para que todos pudieran oírle:

—Si te interesa…, búscame. Yo, entonces, te haré rico… ¡Te llenaré de esperanza!

Y, sin más, el rabí rodeó al *bucol* y continuó caminando, monte abajo.

Al, confuso, hizo un gesto a sus hombres y los bandidos se retiraron. Nosotros corrimos tras el Maestro. Yu sudaba, de puro miedo…

Poco antes de alcanzar la sabina sagrada, Jesús se detuvo de nuevo y, ante el desconcierto general, ordenó que nadie dijera nada sobre lo ocurrido.

—Si lo deseáis —aclaró—, hablad de ello cuando haya resucitado de entre los muertos…

No supe a qué se refería. ¿Hablaba de la transfiguración o del encuentro con Al?

Jacobo, el soldado

Alcanzamos el árbol sagrado hacia la hora quinta (once de la mañana).

¡Qué extraño! Dejamos a nueve discípulos y una cabra y encontramos a setenta personas, distribuidas en tres grupos. En uno de ellos —sentados junto al río— sumé cincuenta. Otro grupo lo formaban diez hombres. Eran fariseos y escribas. Los reconocí por las ropas. Los íntimos se hallaban bajo la sabina. Conversaban. Al vernos, Andrés y Mateo Leví nos salieron al encuentro. El jefe de los discípulos —cosa rara— aparecía nervioso. Se retorcía las manos sin cesar. ¿Qué ocurría? Y Juan Zebedeo preguntó:

—¿Quién es esa gente?

Andrés explicó que los «santos y separados» y los escribas procedían de Jerusalén. No sabía cómo llegaron hasta la sabina. Al parecer no traían buenas intenciones. Llevaban allí desde esa misma mañana. El grupo más numeroso lo integraban familiares y amigos de un tal Jacobo, soldado al servicio del tetrarca de la Galilea y la Perea, Herodes Antipas. Habían viajado desde Tiberíades. Chuza, el administrador de Antipas y seguidor del Maestro, les informó sobre nuestro paradero en Cesarea de Filipo. Allí preguntaron y, finalmente, localizaron a los discípulos. Habían llegado al árbol sagrado en la mañana del día anterior. Andrés interrumpió el relato e hizo una interesante pregunta:

—¿Por qué estáis tan eufóricos? —refiriéndose a Pedro y a los Zebedeo—. ¿Qué ha sucedido en la montaña?

La *tabbah* no respondió. Y Andrés prosiguió su relato. Jacobo de Safed —así se llamaba el soldado (en realidad era un suboficial)— buscaba al rabí. Le acompañaba uno de sus hijos, de unos catorce años, enfermo, así como sus parientes y algunos conocidos. El niño sufría frecuentes ataques. Caía al suelo —como muerto— y convulsionaba. El soldado —según contó Andrés— deseaba que Jesús echara al demonio que habitaba en el cuerpo del muchacho. Jacobo —eso dijo— creía en el Maestro. «La historia se repite», pensé. Pero no… Había algo más. Y el jefe de los íntimos siguió contando:

—Ante la sorpresa de todos, Simón, el Zelota, y Judas Iscariote se aproximaron a Jacobo de Safed y dijeron: «Nosotros podemos curar al niño… No necesitas esperar el regreso del Maestro… Somos los embajadores del

reino… Esto ya no es un secreto… Jesús es el Mesías libertador de Israel… Él nos ha entregado las llaves del reino».

El rabí seguía el relato con gran interés.

—Quedamos desconcertados y, en cierto modo, horrorizados —prosiguió el jefe de los discípulos—. Aquella audacia por parte de nuestros hermanos nos dejó sin habla. Jacobo, entonces, animó al Zelota para que curase al niño…

—¿Y qué hizo ese insensato? —bramó Juan.

—Colocó la mano izquierda sobre la cabeza del jovencito —explicó Andrés—, le miró fijamente a los ojos, y gritó: «¡Sal de él, espíritu inmundo!… En nombre de Jesús…, ¡obedece!».

La *tabbah*, en efecto, estaba pasmada. Y, según Andrés, en esos momentos, el niño sufrió un ataque. Por la descripción, una crisis de epilepsia. Cayó al suelo, rígido como una tabla, con fuertes convulsiones y arrojando espuma por la boca.

—¿Y qué pasó? —intervino Pedro con gran desazón.

—Los fariseos y escribas se burlaron de nosotros…

—¡Hijos de puta! —masculló Juanito a espaldas del rabí.

—Entonces, los «santos y separados» —continuó Andrés— hablaron con Jacobo, el padre del niño, y le recomendaron los remedios habituales contra el «mal sagrado»…

Andrés hablaba de las supersticiosas medidas ideadas por Hipócrates de Quíos contra la epilepsia. A saber: beber agua en el cráneo de un hombre muerto (pero no quemado); beber sangre de un gladiador degollado; beber cinco gotas de sangre extraídas del dedo gordo del pie (a ser posible del izquierdo); evitar las relaciones sexuales; no asomarse a los precipicios, y practicar una incisión en el cuero cabelludo, entre otras.

Y Juanito prosiguió con sus maldiciones…

—Hablamos entre nosotros —aclaró Andrés— e, incluso, rezamos. ¿Cómo podíamos sacar al demonio de aquel pobre niño? Entonces fui yo el que tomó la iniciativa… Me acerqué al muchacho y ordené al diablo que se fuera… Fracasé. Me dirigí a Jacobo de Safed y le dije: «Quizá este tipo de demonio no desaparece tan fácilmente…, salvo que lo ordene personalmente el Maestro».

—¿Y qué sucedió? —se interesó Pedro.

—Nada. Jacobo dijo que esperaría el regreso de Jesús… Nosotros nos sentamos bajo el árbol, humillados y desconcertados.

Y en esas aparecimos nosotros. Por supuesto, Jacobo, el suboficial de Antipas, se apresuró a acercarse a la sabina sagrada. El sol se hallaba en lo más alto. El cielo aparecía azul e infinito. Y el hombre, al reconocer a Jesús, se arrodilló a sus pies e imploró:

—Maestro, tengo un hijo que está poseído por un espíritu maligno… Este espíritu inmundo lo posee y lo arroja al agua y al fuego… Mi hijo se está consumiendo… Su vida es peor que la muerte… Su madre y yo tenemos el espíritu quebrantado… Ayer, al mediodía, encontré a tus discípulos… Ellos trataron de echar al demonio, pero no fueron capaces… Por favor, rabí, ¿podrás hacerlo?… ¿Podrás curar a mi hijo?

El Galileo levantó al soldado y miró a sus discípulos en silencio. Todos bajaron los ojos.

—¡Oh, generación incrédula! —manifestó el Galileo—. ¿Hasta cuándo tendré paciencia con vosotros?… ¿Cuándo aprenderéis que las obras de la fe no surgen de la duda?…

Jesús, entonces, pidió a Jacobo que trajera al niño. El muchacho —pálido y delgadísimo— miró al rabí con temor y se abrazó a su padre. Era un niño rubio con unos ojos azules oceánicos.

—¿Cuánto tiempo hace que está enfermo? —preguntó el Galileo.

—Desde muy niño —replicó Jacobo de Safed.

Y, asombrosamente, mientras hablaban, el pequeño lanzó un desgarrador grito y cayó a tierra. Todos retrocedimos, espantados. Sólo el Maestro y Jacobo permanecieron inmóviles. El niño parecía muerto. Después empezaron las convulsiones en brazos y piernas. Los ojos giraron hacia arriba y la boca se llenó de espuma. Y el vientre empezó a agitarse con movimientos incontrolados. Le oí gruñir y gemir. Después se orinó. Miré al Maestro. Estaba pálido. Dos de los fariseos se acercaron al epiléptico y le escupieron. Después se retiraron y llegaron otros tres. Repitieron la operación y dejaron paso a otros dos «santos y separados». Volvieron a lanzar sendos salivazos y retrocedieron. Por último, los tres escribas llegaron hasta el niño y escupieron con rabia. Era la tradición entre las castas sacerdotales… Ellos creían realmente que el epiléptico era un poseído. Al cabo de un minuto, la crisis remitió. Y el pequeño quedó en el suelo, desmadejado. El padre, entonces, volvió a arrojarse a los pies del rabí, suplicando que curase a su hijo. El Maestro levantó al afligido soldado y le dijo:

—No dudes del poder amoroso del Padre Azul… Para el que cree de verdad, todo es posible…

Y Jacobo de Safed replicó:

—Señor, ¡ayúdame en mi incredulidad!

Jesús se inclinó sobre el muchacho, lo tomó por un brazo y lo ayudó a levantarse. El pequeño sudaba. Parecía no recordar nada. Y, entregándoselo al padre, exclamó:

—Seguid vuestro camino… El Padre Azul ha concedido tu deseo…

Fue instantáneo. ¡Todo se volvió azul, como tantas veces! ¡Hasta el silencio era azul! Miré a lo alto, pero no vi el disco solar. Sólo aquella luminosidad azul, como una niebla cerrada e inmóvil. Quedamos espantados. Después, tras cuatro o cinco segundos, todo recuperó los colores habituales. Y bajo la sabina sagrada se propagó un intenso perfume a jazmín (la esencia de la misericordia, según Jasón). Los fariseos y escribas estaban mudos y pálidos. Y, de inmediato, recogieron sus cosas y huyeron a la carrera, gritando algo sobre Belzebú… El Maestro hizo un gesto a Andrés y el campamento fue desmantelado. Minutos después —hacia la séptima (una de la tarde)— marchábamos hacia Cesarea de Filipo.

Esa noche, en la casa de Celsus, el Hijo del Hombre reprendió cariñosamente a los íntimos:

—Fracasasteis —les dijo— porque vuestra intención no era limpia… Deseabais quedar bien ante los hombres…

A continuación, pronunció otras palabras históricas:

—El Hijo del Hombre emprende ahora la última fase de su encarnación… Grabad bien estas palabras en vuestros corazones. Se acerca la gran prueba… En breve seré entregado a los hombres que buscan mi destrucción…

Hizo una pausa y continuó:

—Me darán muerte…, pero resucitaré.

Al retirarse a descansar, los íntimos aparecían tristes y desolados. No comprendían. Pedro y los Zebedeo, sobre todo, eran los más afectados. Habían visto al Maestro radiante, en plena gloria. ¿Cómo podía anunciar que sus enemigos lo destruirían? Yu estaba igualmente confuso. Esa noche, al conectar con «Santa Claus», recibí puntual información sobre la posible enfermedad sufrida por el hijo de Jacobo de Safed. Se trataba, en efecto, de una epilepsia con crisis tonicoclónicas. En definitiva, como ya comenté en su momento, estábamos ante un trastorno cerebral crónico, debido a traumatismos, infecciones, falta de oxigenación del cerebro durante el parto, malformaciones y tumores, entre otras causas. Cualquiera de estos factores puede provocar una descarga incontrolada y brusca de determinados grupos de neuronas cerebrales. Eso fue lo que le sucedió al pequeño de los ojos oceánicos. La enfermedad era (y es) relativamente frecuente. La palabra

«epilepsia» fue acuñada por los griegos: *epilêpsía* («interrupción brusca», porque el paciente interrumpe la actividad que estaba desarrollando). Muchos de los grandes personajes históricos fueron epilépticos: Pitágoras, Sócrates, Newton, Flaubert, Byron, Julio César, Napoleón, Alejandro Magno, Beethoven y Dostoievski, entre otros.

«¡Retrocede, Satanás!»

En la mañana del miércoles, 17 de agosto (año 29), abandonamos Cesarea de Filipo y nos dirigimos al *yam* o mar de Tiberíades.

Los íntimos polemizaron durante toda la mañana. ¿Por qué el Maestro hablaba de morir? Eso no encajaba en los planes del grupo. Él era el Mesías prometido. Tenía el poder. Había multiplicado los panes y los peces. Sustituyó el agua en Caná por vino dulce. Sanaba a las gentes… Juan Zebedeo, el Zelota y el Iscariote eran los más empecinados.

A la hora del almuerzo, Andrés —como portavoz del confuso grupo— se dirigió a Jesús y rogó que aclarara las palabras de la noche anterior:

—¿Es que nos hablas en parábola?

El Maestro, paciente, habló de nuevo y con meridiana claridad:

—Hermanos, os explicaré otra vez que mi encarnación está llegando a su fin… ¿Por qué insistís en la idea de que soy el Mesías?… ¡No me sentaré en el trono de David! ¡No he venido a eso!… Pronto viajaremos a Jerusalén y seré rechazado por los escribas, los ancianos y los altos dignatarios de la nación…

Las caras de los discípulos eran un poema.

—… Y después de todo eso —concluyó el Galileo— seré crucificado… Pero ¡ánimo!… ¡Al tercer día resucitaré de entre los muertos!

El silencio podía cortarse. La declaración, como digo, fue rotunda y clara. Y en eso, en mitad de la confusión, Pedro arrojó la escudilla de madera al suelo y el pollo guisado se derramó. Caminó rápido hasta el Galileo y, colocando la mano izquierda sobre el hombro derecho del rabí, exclamó a voz en grito:

—¡Yo declaro que esas cosas no sucederán!

Jesús, entonces, reaccionó como jamás imaginé que podía hacerlo. Retiró la mano de Pedro de su hombro y gritó:

—¡Retrocede, Satanás!… Cuando habláis así, no estáis conmigo… ¡No seáis un obstáculo en mi carrera!… No os preocupéis por los caminos de los hombres… ¡Pensad siempre en hacer la voluntad del Padre Azul!

Pedro, avergonzado, regresó a su sitio. Allí quedó la escudilla, en el suelo. Minutos después, Jesús redondeó:

—El que quiera seguirme que se olvide de sí mismo… En verdad os digo que el que quiera salvar su vida, egoístamente, la perderá… Pero el que pierda la vida por mi causa, ése la salvará… ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?

Una vez más, no estuve de acuerdo con el Hijo del Hombre. Por lo que había leído en los diarios de Jasón, y por lo que sabía, ningún alma se pierde. ¡Jamás!… Y estuve seguro: las palabras de Jesús eran otra aproximación a la verdad. Pero los íntimos no comprendieron…

Esa noche cenamos en la casa de Simón Pedro, en Saidan. Los discípulos —a espaldas del rabí— seguían discutiendo sobre los puestos que ocuparían cuando fuera inaugurado el reino invisible y alado. Juanito quería ser general, pasase lo que pasase… Y, de pronto, el Maestro hizo un gesto, indicando que se acercaran a la mesa. El Galileo y yo terminábamos de cenar.

—¿De qué hablabais? —preguntó el Hijo del Hombre.

Los íntimos enmudecieron. Y algunos bajaron las cabezas. El rabí, entonces, leyendo en sus mentes, tomó a uno de los hijos pequeños de Pedro y lo sentó en sus rodillas. Acarició los cabellos del niño y declaró:

—En verdad os digo que si no os hacéis como esta criatura…, poco progreso haréis en el reino invisible y alado. El que se humille, y se haga como este pequeño, ése será el más grande en el reino… Si queréis ser los primeros en el reino, servid primero a vuestros hermanos.

Esa misma noche, por consejo de David Zebedeo, los discípulos embarcaron en dos lanchas y partieron hacia el sur, costeando. La orden de captura del Maestro seguía en vigor. Era mejor no arriesgar. Felipe y los gemelos marcharían al día siguiente, con las provisiones y las tiendas, en un *reda* cubierto. Yo me fui con la segunda lancha. Se llamaba «El sol sale para todos». ¿Qué nuevas aventuras nos deparaba el Destino?

Sapar

Desembarcamos cerca de la desembocadura del río Kanaf, en la orilla oriental del lago, y a poco más de una hora de Saidan. Allí esperamos el alba. Llegó violeta y maravillosamente puntual. Después caminamos por los senderos habituales: bordeamos las lagunas y terminamos en la gran pradera, al pie de la familia de los cipreses religiosos: el tranquilo paisaje en el que tuvo lugar la multiplicación de los panes y los peces. Al día siguiente llegó el *reda* cubierto, con las once evangelistas, los gemelos y Felipe, el intendente. Ese mismo jueves, 18 de agosto (año 29), se presentaron en la pradera unos cien seguidores y David Zebedeo con su equipo de corredores. Andrés, en estrecha colaboración con Mateo Leví, Tomás y Judas Iscariote, perfilaron la siguiente gira por la Decápolis y parte de la Perea, territorios en los que —en principio — no tenían por qué surgir conflictos. El Sanedrín no podía perseguirlos en dichas regiones. Cada discípulo se hizo cargo de diez seguidores. Y a cada grupo se le asignó una zona geográfica. Las mujeres, Felipe y los gemelos permanecerían con el Maestro. David Zebedeo y sus correos, como siempre, se moverían de un lado para otro, llevando mensajes, dinero o lo que fuera necesario. Los nueve grupos predicarían la buena nueva y retornarían a la gran pradera a mediados del mes de *tisrí* (septiembre). El plan contemplaba que Jesús visitaría los grupos de forma progresiva. Fue otra interesante aventura. El Galileo y su gente recorrieron más de 650 kilómetros y visitaron del orden de 35 pueblos y ciudades. No hubo curaciones o prodigios, que yo sepa. Bueno, lo sucedido en Zafón no sé cómo calificarlo… Ocurrió el 24 de agosto, miércoles. Pero debo ir paso a paso…

Tres días antes (21 de agosto, domingo), cuando preparábamos la cena de cumpleaños del rabí en el meandro Omega, uno de los seguidores del Maestro —de nombre Sapar (Escriba)— tuvo la mala suerte de herirse el pie derecho cuando cortaba leña para la cocina de campaña. Por cierto, aquél sería el 35 y último aniversario de Jesús de Nazaret. Sapar era un tipo curioso: medía 1,90 metros, era negro como el carbón, sonreía continuamente y disfrutaba de una voz de trueno. Podía tener treinta años. La herida fue profunda. Felipe lo trató de inmediato. Limpió la brecha y aplicó una infusión de ginkgo (las hojas procedían de su lejana y querida China). Pero el pie empeoró.

Esa noche cantamos y felicitamos al rabí. Felipe preparó cordero asado y budín de zanahorias: mantequilla, pan deshecho en leche, miel, frutas secas, jugo de limón, harina tamizada, canela molida, sal, vino tinto dulce, pasas sin semillas, zanahorias crudas y nueces machacadas. Jesús repitió el postre. Y se chupó los dedos, como yo. Felipe se ganó un gran aplauso. Percibí cierta sombra de tristeza en el bronceado rostro del Galileo. Sus ojos —color miel— se humedecieron en algún momento. Él sabía que aquél era su último cumpleaños… En poco más de ocho meses, sería crucificado. La muerte del Maestro, como se recordará, se registró el 7 de abril del año 30.

El pobre Sapar pasó la noche sudando, con fiebre alta y con intensos dolores. Y lo que temíamos ocurrió: el pie apareció gangrenado. Yo había visto casos parecidos en la maldita guerra de Vietnam. Allí trabajé en los servicios de inteligencia. Primero aparecen las ampollas; después, el entumecimiento y los dolores. Y la piel empieza a oscurecerse. El flujo sanguíneo se reduce y los glóbulos blancos —necesarios para luchar contra la infección— van desapareciendo. En esta ocasión, la gangrena era de tipo gaseoso: una de las más temidas. El pie apestaba a queso podrido. Y la respiración del negro se hizo agitada, así como su frecuencia cardíaca. Felipe no sabía qué hacer. Y me comentó, a escondidas:

—Si esto sigue así, habrá que amputar…

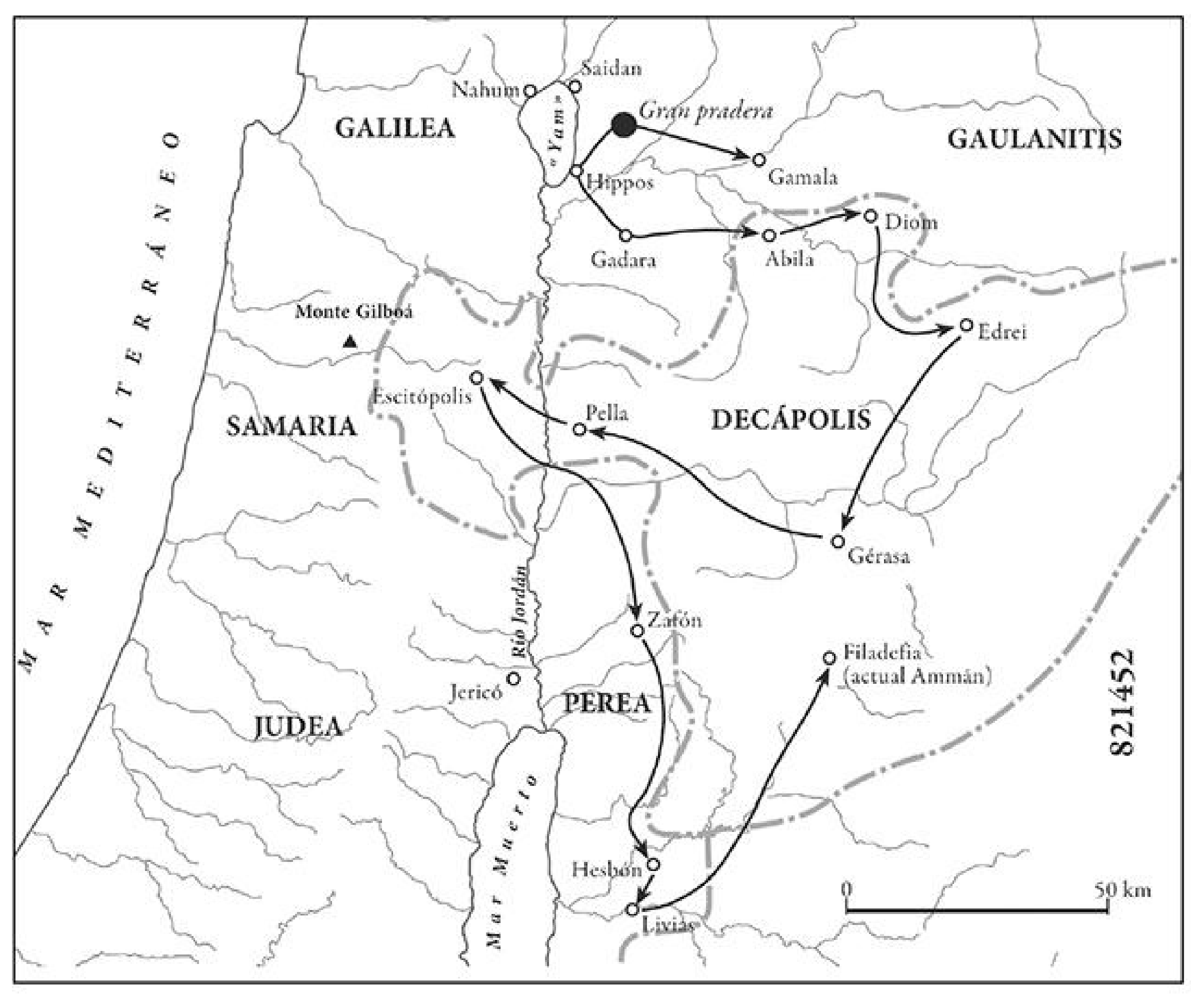
El intendente buscó flores de equinácea y raíces de malvavisco —ideales para frenar la infección—, pero no las encontró. Sólo dispuso de hojas de col. Y las aplicó a la herida con agua tibia. Pero Sapar no mejoró. La mionecrosis progresiva siguió conquistando el pie y la pierna del fiel seguidor del rabí. Fue trasladado en el *reda* hasta un pueblo llamado Zafón. Allí nos detuvimos. Allí se encontraban el Iscariote y los suyos. Y acampamos con ellos. Jesús supo lo del accidente del negro y lo visitó en el carro. Observó la herida e intercambió una preocupante mirada con Felipe. Ambos sabían que aquello no tenía buena pinta. Pero el Maestro se limitó a secar el sudor de Sapar y a intentar levantar el ánimo del evangelista. Por un momento pensé que lo curaría… Pero no.

Zafón era un pueblo de la Perea (próximo a la Decápolis) —casi una aldea — repleto de moscas, casas de barro rojo y gordos; muchos gordos… Nunca había visto cosa igual. Es decir, nada importante. El Iscariote y sus evangelistas predicaban por la mañana —con escaso acierto, para ser sincero — y Jesús conversaba con ellos al atardecer. Nada nuevo. Pero en la noche de ese 24 de agosto, miércoles, como decía, sucedió algo que no sé cómo calificar. El campamento se encontraba cerca de un río breve. Más allá era

puro campo. Bien entrada la noche, decidí acostarme. Me refugié en la tienda y necesité más de una hora para conciliar el sueño. Algo presentía… En la segunda vigilia (hacia la una de la madrugada), los perros de la aldea se volvieron locos. Ladraban y aullaban a coro. Pero, finalmente, caí dormido. Al alba, Yu y Felipe me sacaron de la tienda y me arrastraron casi hasta la cocina de campaña del campamento. Estaban muy alterados. ¿Qué sucedía? Y contaron lo siguiente: «Esa madrugada, justamente cuando los perros de Zafón empezaron a ladrar, varios evangelistas se despertaron (entre ellos Felipe y el chino). Y fueron testigos de algo desconcertante: una enorme luna roja descendió en silencio sobre el terreno, a escasa distancia del campamento. Allí permaneció un buen rato, iluminando el lugar, el río y la aldea "como si fuera de día". El Maestro también fue despertado, y lo vio. Pero no dijo nada. Se limitó a contemplar la "luna" y el humo blanco que emanaba y regresó a su tienda. Después, "el espíritu de Lilith" —según Felipe — se elevó a gran velocidad y desapareció en el firmamento. Por la mañana, al acercarse al sitio donde se había posado la "luna", los seguidores descubrieron que las piedras brillaban con intensos colores blancos, azules y naranjas. Y en el centro de un enorme círculo quemado —de unos treinta metros de diámetro— encontraron un cesto con una notable cantidad de fruta. Felipe y Yu trasladaron la cesta a la cocina de campaña». Al principio no les creí. Examiné el cesto y la fruta. Y pensé: «alguien ha gastado una broma a estos inocentes…». Pero, al visitar el círculo calcinado, comprendí que «aquello» no era obra humana. Las piedras y el terreno aparecían negros, como si hubieran sido sometidos a altísimas temperaturas. Eso no podían lograrlo los humildes vecinos de Zafón. Además, ¿qué sentido tenía? ¿Por qué iban a quemar su propio campo? Otras piedras, en efecto, presentaban tonalidades extrañas: brillaban en blanco, azul y naranja. No pude explicarlo. Guardé algunos ejemplares; los analizaría en la «cuna». Regresé a la cocina y examiné la fruta. ¡Pardiez! ¿Qué demonios era aquello? Felipe y el resto estaban tan asombrados como yo… Algunos frutos eran conocidos. Vi cerezas de color oro, enormes, de cinco centímetros (un híbrido nacido, posiblemente, de la *Prunus ursina*). Vi *mikshak* (melones), ácidos *ethrog* (cidros de piel pálida y aromática) y las afamadas *tappuah* sirias (manzanas blancas y rojas). Pero también observé otros frutos… imposibles. Los palpé y los olí. Y recordé que los había visto en Perú, en Ecuador, en Venezuela y en México, mi segunda patria. ¡Pardiez y pardiez!… ¡Unos eran uchuvas, también llamadas *topo* en Venezuela y *uvilla* en Ecuador! No había duda. La uchuva es como una cereza, pero dorada. ¡Y vi papayas! ¿Cómo era

posible?… Estos frutos son básicamente americanos. En aquel tiempo, que yo supiera, América no había sido descubierta… E insisto: ¿o sí? Quedé desconcertado. Pero lo mejor estaba por llegar…

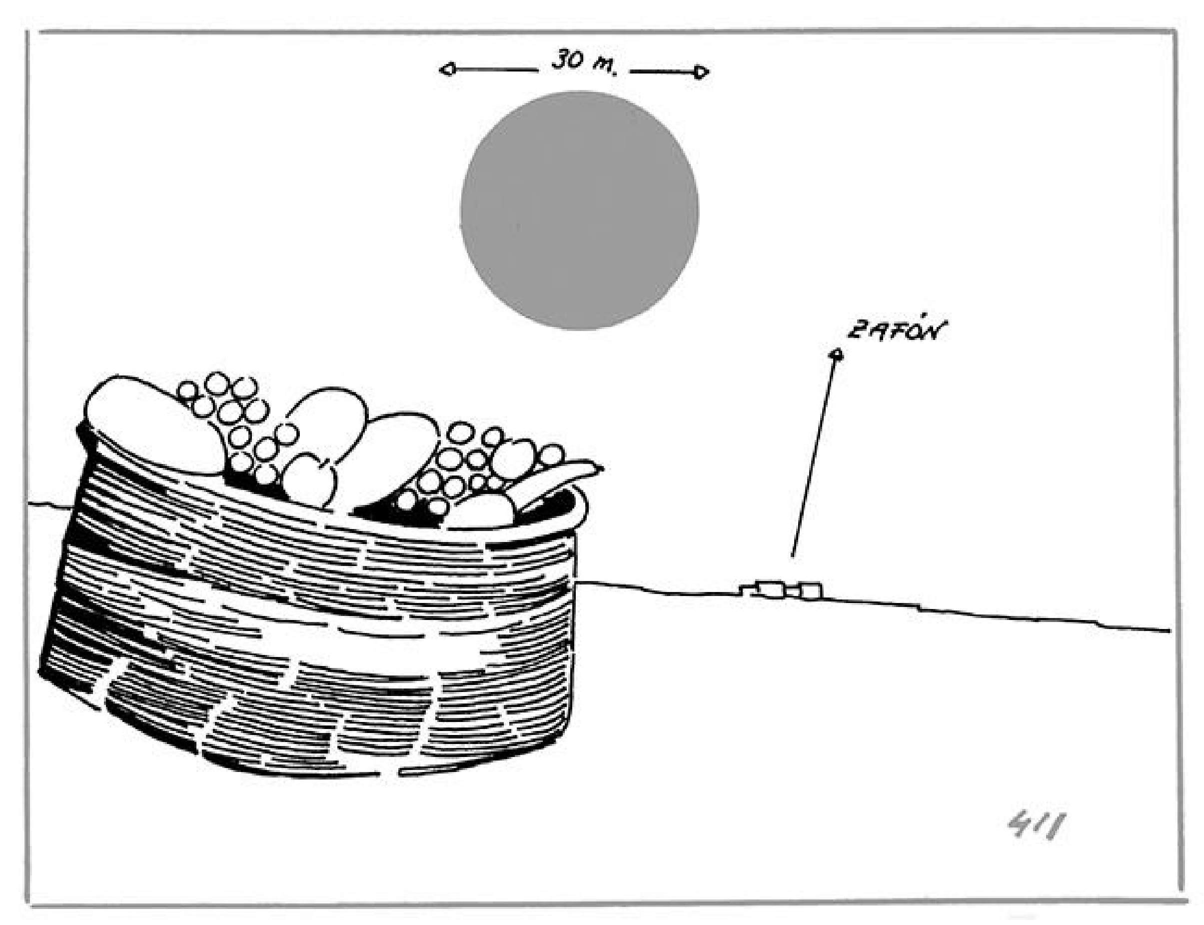
Esa misma mañana, Felipe —¿guiado por la intuición?— llevó a Sapar una de las papayas y dos o tres uchuvas. El negro se extrañó al ver los frutos, pero, animado por el intendente, los devoró. Y sonrió, feliz. La fruta era deliciosa. La papaya estaba —misteriosamente— en su punto. Y el campamento, poco a poco, dio buena cuenta del «regalo» proporcionado por la «luna roja». Felipe estaba encantado. El Maestro también probó las uchuvas. Y, al hacerlo, me buscó con la mirada y me guiñó un ojo. Mensaje recibido.



Algunas de las poblaciones visitadas por Jesús y su grupo en la nueva gira. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Pues bien, ante la sorpresa de todos —no sé si del Hijo del Hombre—, a los dos días, el pie de Sapar aparecía limpio, sin rastro de la gangrena húmeda o gaseosa. Felipe me reclamó a gritos. Todos nos asomamos al pie del negro. ¡Desconcertante! No quedó ni cicatriz… ¿Fue la papaya? Cuando retorné a la

«cuna» traté de averiguar qué había sucedido. No fue mucho lo que conseguí. La papaya es un fruto que contiene un látex con una enzima llamada «papaína», ideal como diurético. La uchuva, rica en vitamina C, purifica la sangre. ¿Fue esto lo que eliminó la infección? Me pareció raro. Tenía que haber algo más… Lo importante, sin embargo, es que el evangelista de la voz de trueno había recuperado la salud y el optimismo. ¡Pardiez, él no sabía lo que le reservaba el Destino…! Pero no debo adelantar los acontecimientos…



Al desaparecer la luna roja, encontraron una gran cesta con fruta. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Aden

A lo largo de aquel mes asistí a conversaciones muy didácticas. En la ciudad de Hipos, en la costa oriental del mar de Tiberíades, el Maestro habló sobre el perdón. Y pronunció una parábola memorable: «Si un hombre de corazón tierno tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, ¿no dejará a las noventa y nueve y saldrá a buscar a la extraviada?… Y, cuando la encuentre, se la echará al hombro y, camino de su casa, llamará a sus vecinos, diciéndoles: “Alegraos conmigo… ¡Hallé a mi oveja perdida!”… En verdad os digo que hay más felicidad en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no precisan del arrepentimiento… En vuestra religión (se refería a los judíos), Dios acepta a los pecadores; en el reino invisible y alado es el Padre Azul el que sale a los caminos para buscar a sus hijos antes de que ellos hayan pensado en arrepentirse».

Y concluyó:

—El Padre Azul os ama… Y perdona vuestros pecados; en consecuencia, debéis aprender a perdonaros unos a otros…

Supuse que se trataba de otra aproximación a la verdad. Él había dicho meses atrás que el hombre no puede ofender a la Divinidad, aunque lo pretenda. Una mente finita —como la nuestra— no está capacitada para comprender (y mucho menos para herir) la infinitud del Padre Azul. En consecuencia, ¿cómo entender que Dios perdona nuestros pecados? No se trata de orgullo; se trata de sentido común… Debería ser el hombre el que tendría que pedir cuentas a ese Dios supuestamente misericordioso y amoroso. Y lo digo de corazón… ¿Por qué permite que los niños mueran de hambre? ¿Por qué permite las guerras y la venta de armas? ¿Por qué permite la oscuridad mental y la existencia de los militares? En esos momentos recordé la lista de cien preguntas a Dios, elaborada por mí en la «cuna»… No llegué a formular ni una sola.

Pedro, a cargo de los evangelistas en Hipos, preguntó al rabí algo que ya le había planteado en otra oportunidad:

—Maestro, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano? ¿Quizá siete veces?

Fue en la región de Kefar Zemaj, al sureste del *yam*, donde el Galileo respondió a la misma cuestión, planteada igualmente por Pedrito. En aquella ocasión, Jasón vio dibujar a Jesús en la arena negra y roja de la playa. Primero trazó el número siete y comentó:

—¿Sabes que el camino hacia el reino de mi Padre empieza, justamente, en el perdón?

Después dibujó la letra *yod* (que representa el número diez) y continuó diciendo:

—*Ayin* simboliza la humildad…

Ayin es la letra hebrea que resulta de multiplicar el 7 por el 10.

—En consecuencia, Pedro —prosiguió el Galileo—, bebe en la humildad, en el 70, para ser capaz de perdonar…

Jesús, en definitiva, gran kabalista, jugaba con los conceptos. El 7 es la letra *zain* (que simboliza lo fecundo). La *yod* (10) es la Unidad Primordial (Ab-bā); es decir, el benéfico Padre Azul. El resultado de multiplicar 7 por 10 es 70 (la humildad).

Y el Galileo repitió:

—No sólo siete veces, Pedro… Sino setenta veces siete.

En Gamala asistimos a un suceso pintoresco. Allí predicaban Juan Zebedeo y sus evangelistas. Pues bien, de pronto descubrimos que el rabí tenía competencia. Un individuo recorría las calles de la ciudad predicando en nombre del Maestro. Nadie lo conocía. Era un tipo larguirucho y rubio, vestido de negro —de pies a cabeza— con un turbante igualmente azabache. Se subía a los muros y a los pozos y lanzaba ardientes arengas, hablando con acierto sobre el Padre Azul, sobre la inmortalidad del alma y sobre el reino invisible y benéfico que nos aguarda tras el dulce sueño de la muerte. En ningún momento identificaba al Hijo del Hombre con el Mesías libertador. El Galileo acudió de incógnito a uno de estos sermones y quedó maravillado. El tal Aden lo bordaba… Y el Maestro aplaudió a rabiar. Aden no supo nunca quién era aquel fervoroso «seguidor» de sus prédicas. Según me informó el propio Aden, su conversión se debió a las palabras del «endemoniado de Gerasa», que le habló de Jesús y de cómo había sacado los demonios de su cuerpo, arrojándolos después al interior de una piara de cerdos…

Al regresar al campamento, Juanito preguntó al Galileo:

—Maestro, ¿debo prohibir a ese hombre que hable en tu nombre?

Jesús fue rotundo:

—No se lo prohíbas… ¿No comprendes que —en breve— este evangelio será proclamado en todo el mundo? No puedes esperar que todos los que

crean se sometan a tu criterio…

Juanito Zebedeo no obedeció el consejo del Maestro. Y esa misma tarde buscó al predicador y le reprendió, prohibiéndole que hablara del Padre Azul. Sí, Juan no tenía solución. Era soberbio, prepotente y necio.

En la ciudad de Abila —en la Decápolis— nos instalamos entre hermosos viñedos. Se trataba de un lugar enteramente pagano. Al igual que otras poblaciones de la zona, Abila también había sido conquistada por Alejandro Magno.

Una noche, en torno al fuego, Bartolomé hizo una pregunta comprometida:

—Maestro, ¿cuál es la verdad sobre las Sagradas Escrituras?

Lo cierto es que el Oso puso en un aprieto al Hijo del Hombre. Pero el rabí fue honesto, como siempre. Y dio una lección de historia:

—Cuando se hallaba en el destierro, en Babilonia —explicó el Galileo—, el pueblo judío no tenía historia escrita… Los persas sí la tenían. ¿Y qué sucedió? Un personaje destacado, llamado Esdras, convocó a los ancianos del pueblo judío y decidieron escribir su historia. De eso hace seiscientos años… Así nacieron las Sagradas Escrituras… Pero no todos esos ancianos eran santos…

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Oso.

El Galileo sonrió con benevolencia y aclaró:

—Las Sagradas Escrituras contienen verdades, pero también falsedades o simples deseos de los hombres que las escribieron. Los libros llamados santos no representan al Padre Azul.

El Oso, desconcertado, apuntó:

—¿Estás insinuando que las Sagradas Escrituras no son la palabra de Dios?

—No insinúo…, afirmo. El Padre Azul no es Yavé. Repito: esos textos fueron escritos por los hombres, según su interés y las circunstancias. Pero, aun así, ten la seguridad de que constituyen la mejor recopilación de sabiduría religiosa de ese momento.

Y el Maestro —valiente— fue más allá:

—Muchos de esos libros, querido Bartolomé, no fueron escritos por las personas que creéis… Pero tampoco importa. Eso no los hace menos luminosos.

—¿Y qué me dices del diluvio? —terció el Oso—. ¿También fue un invento humano?

—Sí, otro invento… El Padre Azul nunca se arrepiente de lo que hace. ¿Por qué iba a arrepentirse de haber creado al ser humano?

—Eso dicen los libros santos —comentó Bartolomé, con razón.

—No, hijo mío… Eso lo dicen los hombres, no el Padre Azul.

—Pero Noé…

El Galileo no le permitió continuar:

—Esa historia del diluvio fue copiada de los persas. Ellos sufrieron una inundación de los ríos Tigris y Éufrates. No hubo tal diluvio universal… Leed el código de Amurabi.

—¿Y qué me dices de Adán y Eva?

El Maestro movió la cabeza negativamente.

—Otra historia falsísima —resumió—. La verdad fue más espectacular.

Observó la cara de perplejidad del Oso y remachó, divertido:

—¿Por qué en el Génesis se dice que Caín huyó a la tierra de Nod, al oriente del Edén?… Si Adán y Eva fueron los primeros padres, ¿quién era Nod?

Tenía razón. Eso dice el Génesis (4, 16). No había caído en la cuenta…

—¿Y Jonás y la ballena? —prosiguió el Oso, incombustible.

Jesús se limitó a mover la cabeza de nuevo, y negativamente.

—¿Y la serpiente?

El rabí rió con ganas. Y también los evangelistas que acompañaban a Bartolomé.

—No hubo ninguna serpiente —declaró el Hijo del Hombre—. La verdad fue más interesante…

Y nos dejó con la miel en los labios. ¿Qué pasó realmente con Adán y Eva? ¿Fue otra formidable mentira? Casi seguro… Celta, una de las mujeres evangelistas, alzó la mano y preguntó:

—Rabí, ¿cómo hubieran sido las Sagradas Escrituras si los autores hubieran sido mujeres?

Las risas fueron generales. Pero las evangelistas permanecieron serias. Celta hablaba con el corazón. Jesús solicitó calma y, al hacerse el silencio, afirmó:

—Hubieran sido más luminosas…, y con menos falsedades.

Las palabras del Galileo —acertadísimas— levantaron un murmullo de desaprobación entre los varones. Y le tocó el turno a Yu:

—Maestro, ¿por qué no escribes tus enseñanzas? Muchas terminarán perdiéndose…

Jesús miró al chino con dulzura. Él sabía que Yu lo escribía todo. Y proclamó otra importante verdad:

—Si lo hiciera, si escribiera mis enseñanzas, cuando ya no esté, os dividiríais… Y, aun así, os enfrentaréis en grupos que dirán poseer la verdad.

¡Pardiez! ¡Cuán cierto era! Y en esos momentos recibí un pensamiento —respecto a Yu— que me inquietó… Pero fue tan funesto que lo rechacé. «Eso no es posible», me dije.

En Edrei, otra bella ciudad helenizada, fuimos recibidos por Tomás y sus evangelistas. Jesús habló a los seguidores sobre algo que la primitiva iglesia —y sus sucesores— olvidarían muy pronto:

—No acudáis al miedo o a las amenazas para que vuestros hermanos descubran el reino invisible… Recordad lo que dije: «He aquí que llego a la puerta y llamo… Si alguien me abre, entraré».

Y lamenté las cruzadas, la Santa (?) Inquisición (con sus más de 120 000 muertos), los conquistadores que arrasaron América, África y la India en nombre de la cruz… Y recordé todos los fanatismos de nuestro tiempo.

—Los hombres —prosiguió Jesús con evidente cansancio— pelean en el nombre de Dios sin saber que el Padre Azul está en el interior de cada ser humano; sea rico o pobre, sabio o ignorante, hombre o mujer…

En Gérasa, en la Decápolis (no confundir con la Gerasa de la orilla oriental del *yam*), vivimos otros momentos deslumbrantes. Paseamos, maravillados, por sus calles empedradas. Disfrutamos con sus construcciones de mármol blanco, con los teatros, el hipódromo, los templos a Zeus y Artemisa, el gran foro y las *tabernae* (tiendas en las que vendían de todo). Jesús hizo *'im* y departió con Santiago Zebedeo y sus evangelistas. Una de las noches, en el campamento situado a las puertas de la amurallada ciudad (creo recordar que fue el martes, 13 de septiembre del año 29 de nuestra era), surgió una conversación que me interesó vivamente. El Maestro habló de sus otras muchas ovejas…

—Tengo otras ovejas —explicó ante la sorpresa general— que no son de este redil… Mis palabras, por tanto, no son (únicamente) para este mundo…

Lo entendí de inmediato. Jesús, obviamente, se refería a otras civilizaciones no humanas. Pero Santiago y los suyos no comprendieron. Era lógico. Ellos no podían imaginar que en el espacio hubiera vida inteligente. Y Santiago —confundido— preguntó:

—Maestro, ¿dónde están esas ovejas? ¿Quizá en Roma?

El rabí negó con la cabeza. Estaba claro que resultaba muy difícil aproximarse a la verdad. Entonces alzó la vista hacia el firmamento y señaló las ocho mil estrellas visibles. Pero tampoco entendieron. Y prosiguió, casi para sí:

—En el reino invisible y alado hay muchas moradas. Allí viven nuestros hermanos. Esas ovejas también conocen mi voz… Y yo he prometido al Padre

Azul que todas esas ovejas serán conducidas a una misma hermandad espiritual…

Uno de los jóvenes evangelistas se interesó:

—Rabí, ¿cuántas ovejas hay en tu reino?

Y el Maestro volvió a dibujar en la tierra. Con el dedo índice izquierdo trazó una palabra en hebreo: *êin sof* (infinito). Es decir: «sin fin». Y recordé los estudios secretos de los militares norteamericanos —y de la NASA— sobre la posibilidad de vida en el universo (o debería hablar de los siete superuniversos): ¡¡siete billones de mundos habitados o habitables!!

—¿Es que hay más mundos como éste? —terció Santiago.

El discípulo utilizó la palabra *yabbesăh* («tierra» o «mundo», en arameo, aunque en aquel tiempo el concepto de esfericidad para la Tierra no era compartido por la mayoría). Y Jesús repitió:

—*¡¡Êin sof!!…*

En aquella época, la cosmogonía era muy limitada. Sólo unos pocos tenían acceso a estudios más bien rudimentarios y equivocados. He aquí lo que creían astrónomos, matemáticos y filósofos. «La Tierra —aseguraba Tales de Mileto en el siglo VI a. de J. C.— es un “madero” que flota en el agua». Anaxímenes, por su parte, pensaba que la Tierra se sostenía milagrosamente en el aire. Fue Anaximandro de Mileto quien arriesgó algo más y afirmó que el mundo era el centro del universo. Después llegó Pitágoras y habló, por primera vez, de «cosmos» («orden», en griego). El genial matemático aseguró que la Tierra era esférica. Fue la primera vez —que se sepa— que alguien afirmó semejante cosa. Para los pitagóricos, el universo era una enorme esfera con el polo norte en la Osa Mayor. Pues bien, la Tierra ocupaba el centro de ese universo. Filolao (siglo V a. de J. C.) escribió que la Tierra y el resto de los astros giraban alrededor de un «fuego» al que llamó «trono de Zeus». Para Aristóteles (siglo IV a. de J. C.), la Tierra, en efecto, era una esfera, como aseguraba Pitágoras, y el sol y las estrellas giraban a su alrededor. Arquímedes, en su obra *Arenario*, escrita en el 216 antes de Cristo, apoya la teoría de Aristarco de Samos: «la Tierra y el resto de los astros giran alrededor del sol». Aristarco llegó a insinuar que la Tierra era siete veces menor que el sol.

Y el Maestro prosiguió:

—… Y sabed que lucharé por las criaturas que viven en esas otras moradas… El Padre sabe que no abandonaré a mis ovejas… El Padre sabe que daría mi vida por ellas…

Hizo una pausa, miró a los seguidores y comprendió: no comprendían. Pero continuó, con voz vibrante:

—¡Y recordad!: si doy mi vida por vosotros… ¡la recuperaré de nuevo!… Vosotros no podéis comprender lo que digo, pero os aseguro que yo recibí esa autoridad de Ab-bā antes de que fuera este mundo…

Santiago y los evangelistas no alcanzaron a entender el significado de las palabras del Maestro. Las mujeres, en cambio, sí comprendieron. Él estaba hablando —una vez más— de su próxima muerte… Y continuamos el camino.

En la pequeña ciudad de Dióm —al norte de la Decápolis— acampamos también junto a las murallas. Dióm era gemela a la Dióm de Macedonia (al pie del monte Olimpo). También se notaba la mano de Alejandro Magno, su fundador. Las calles y construcciones eran esmeradas y luminosas. Era una población pagana, pero respetuosa. Jesús se movió a su antojo, haciendo *'im* y disfrutando. Pero, al final, tuvimos mala suerte. De pronto, una mañana, los evangelistas se levantaron con la piel enrojecida. «¡Chinches!», exclamaron. En efecto. Una plaga de *Cimex lectularius* cayó sobre la ciudad y alrededores. Miles de insectos, de cuerpos aplastados y ovales, surgían por cualquier parte. Se ocultaban en las tiendas, en los sacos de viaje, en los carros y en las ropas… Era imposible conciliar el sueño. Algunos superaban los diez milímetros de longitud. En la mañana aparecían muy rojos, perfectamente cebados con la sangre de las víctimas. El olor en el campamento era repugnante. Yo me salvé gracias a la protección de la piel de serpiente. Felipe casi se volvió loco. Contrató perros adiestrados que localizaban las colonias de insectos. Y los quemaban. Fue inútil. Se reproducían a gran velocidad (entre 150 y 500 huevos en menos de una semana). El intendente probó también a rociar a los evangelistas con orina de caballo y a frotarlos con ajenjo. El rabí se negó. A las pocas horas, los *cimex* volvían al ataque… Era una batalla perdida. Y tuvimos que regresar a la gran pradera. La gente estaba de mal humor. Fue necesario quemar el *reda*, los sacos de viaje y las ropas.

¡Conan por Felipe!

El sábado, 17 de septiembre (año 29), todos los discípulos habían regresado al campamento principal, en la citada gran pradera (el lugar de la multiplicación de los panes y los peces). El éxito en la Decápolis y la Perea había sido notable. La mayoría se sentía moderadamente feliz. Los paganos —una vez más— aceptaron la buena nueva con más entusiasmo que los judíos. Habían bautizado a cientos de personas. Y algunos de los íntimos hicieron nuevos planes. Juan Zebedeo y Pedro —eufóricos— hablaban de conquistar Roma. Nadie les prestó atención. Y Andrés anunció una semana de descanso. Los ánimos se templaron y el campamento quedó prácticamente vacío. Bajo los cipreses sólo permanecimos Jesús, el Oso, Tomás, el chino y yo. Este explorador aprovechó la oportunidad y viajó en solitario a la cala del Hombre Rojo. Ninguna novedad. Cuando extraje las piedras brillantes del saco de viaje, ¡oh, sorpresa!: ¡la luz había desaparecido!… ¡Eran piedras vulgares! No entendí nada.

El viernes, 23 de septiembre, al regresar a la gran pradera, encontré novedades. Los íntimos y los evangelistas estaban retornando. Al día siguiente, 24, sumé 110 seguidores. Yu me habló de un tal Rodán, un anciano griego, residente en Alejandría (Egipto). Había llegado días antes. Era un filósofo convertido recientemente a la filosofía del Maestro. Viajaba con un cortejo de veinte siervos negros, todos homosexuales. Me pareció un hombre simpático. Era bajito, calvo e impecablemente vestido; siempre de azul. Cada día celebraba intensos debates con los discípulos y con los evangelistas. No aceptaba conversar con mujeres. «Sus cerebros —decía— tenían poco peso». En mi opinión, como buen homosexual, sentía profundos celos de las féminas… Quiso entablar discusiones con el rabí, pero Jesús declinó la invitación y delegó en Tomás y en el Oso. Asistí a un par de reuniones, pero, sinceramente, me aburrí. El pensamiento de Rodán se sustentaba en los siguientes principios:

1. Cuanto más compleja se vuelva una civilización, más difícil resultará la convivencia. Cada diez generaciones, todo cambia. Todo debe ser revisado. Y el hombre tiene que aprender a convivir… desde cero. En

otras palabras: la madurez social es imposible, salvo que ocurra algo milagroso. No sé por qué pensé en Gog…
2. El hombre puede madurar si renuncia a sus deseos (algo inimaginable).
3. El hombre se diferencia de los animales porque éstos no se hacen preguntas. No saben quién es Dios, ni les interesa.
4. El hombre que elige el arte debe prepararse para una vida incierta.
5. La madurez aparece cuando el ser humano es capaz de la emoción y, sobre todo, de la ternura.
6. El más inteligente es aquel que sabe sobrevivir en cualquier circunstancia. Le di la razón.
7. Nadie debería hacer planes, nunca, y bajo ningún concepto. Esta vez no le di la razón…
8. La personalidad crece cuando se descubre al Padre Azul. Es más: al consagrarse a la voluntad divina, el hombre renace. El animal, en cambio, vive estancado.
9. El amor y la amistad entre dos personas del mismo sexo es posible e, incluso, deseable. La homosexualidad no es un error de Dios.
10. La derrota y el desencanto son más duros cuando se vive en soledad. En el aislamiento, el hombre se desmorona y languidece. No estuve de acuerdo.
11. El matrimonio debe estar basado en el amor, pero, sobre todo, en la complicidad.
12. Meditar es tan necesario como respirar.
13. Nunca hay vencedores; en las guerras, todos son vencidos.
14. La mente es un regalo de los cielos, pero muy pocos lo consideran así.
15. No confundas cultura con sabiduría. La cultura —si es tolerancia— sí es sabiduría.
16. La religión verdadera está basada en la experiencia personal.
17. La religión enseñada por Jesús —la del espíritu— es la más noble y elevada de cuantas ha conocido el mundo.
18. En resumen: para avanzar hay que retroceder y desaprender.

Lo que no imaginé es que, además de filósofo, Rodán era un sibarita de la buena comida; mejor dicho, de la repostería. Por las tardes, concluidos los debates, el griego buscaba a Felipe en la cocina de campaña y ayudaba en la preparación de las cenas. Y, lo que era más interesante, participaba en no menos encendidas polémicas sobre las excelencias de tal o cual postre. Los ojos verdes del intendente se iluminaban. ¡Cómo disfrutaba! Y el asunto fue a más… Una noche, Rodán terminó retando al intendente. «¡Mis postres —bramaba el griego— son celestiales!». Y Felipe perdía el control. Total:

establecieron un «duelo gastronómico». Fijaron la mañana del domingo, 25 de septiembre, para la elaboración de cinco postres cada uno. Fue nombrado un jurado de «diez hombres buenos»: cinco evangelistas y cinco siervos de Rodán. Y corrieron las apuestas. «¡*Conan* por Felipe!», gritaban los seguidores del Maestro. «¡*Conan* por Rodán!», clamaban los homosexuales. La noticia se adueñó de todas las conversaciones. Y Jesús, en persona, se interesó por el «duelo». El Galileo —gran amante de la cocina— se tomó el asunto muy en serio. Y parlamentó con Felipe y los gemelos sobre las recetas a elegir. Por supuesto, la selección de los postres fue considerada «alto secreto». Nadie supo lo que preparaban, salvo el rabí y los discípulos mencionados.

Y llegó el gran día. Desde primera hora de la mañana, los dos bandos se afanaron en la elaboración de los cinco postres. Del lado de los evangelistas, Felipe como cocinero jefe y el Maestro y los Alfeo como ayudantes. Rodán contaba con sus sirvientes. Fueron dispuestas dos cocinas con sus fogones y el jurado se sentó entre ambas, en una mesa central. Yu estaba nerviosísimo. El rabí, con un delantal negro y el cabello recogido en una cola, aguardaba con una escudilla en una mano y un cucharón en la otra. Parecía serio y concentrado. Felipe se comía las uñas.

Y alguien tocó una campana. Y el público empezó a jalear a unos y a otros.

Cortaban, pelaban, molían, batían, freían… El Maestro, Felipe y los gemelos de Alfeo se multiplicaban. Se gritaban… Estaban en todas partes a la vez. Y lo mismo sucedía con Rodán y los suyos. Aquel frenesí se prolongó durante dos horas. Y a la quinta (once de la mañana) volvió a sonar la campana. Y los postres fueron depositados en la mesa del jurado. El Galileo tenía harina hasta en las pestañas. Pero se le notaba feliz. Y el público guardó silencio mientras los «diez hombres buenos» probaban los platos. Rodán anunció que habían elaborado cinco modalidades de *halawi*, un postre típico egipcio: dátiles molidos hasta formar una pasta uniforme y media taza de semillas de sésamo, cardamomo, nueces trituradas, piñones y canela por cada plato, respectivamente. Me pareció poco imaginativo. El *halvah* o *halawi* se prestaba a otras manipulaciones más sabrosas… Felipe, por su parte, aclaró el gran secreto. Primer postre: tarta de *mikshak*, el melón dulce del lago Hule, sabiamente salpicado con pasas de Corinto. Segundo plato: barritas de *keratia*, el «chocolate» que extraían de las semillas del *haruv* o algarrobo. La *keratia* fue mezclada con huevos, leche y miel. Tercer postre: tarta de amapolas (una deliciosa combinación de miel, manzanas agrias peladas sin corazón, limón, mantequilla, huevos y nata batidos y, por supuesto, semillas de amapolas). Cuarto: tarta de manzana, con jugo de limón y sal. Y último

postre: buñuelos rellenos de coco, almendras, mantequilla, miel y especias. Lo llamaban *baklavá* o algo así. Felipe lo había aprendido en la gira por Fenicia.

A la sexta (mediodía) sonó de nuevo la campana y el jurado se pronunció. Expectación. Silencio. Nervios… ¿Ganador?… ¡La tarta de amapolas de Felipe! Y se produjo un estallido de alegría. Gritos. Saltos. La gente se abrazaba. Los cocineros se felicitaban. El rabí, entre el fervor de los evangelistas, cargó al intendente sobre sus hombros y lo paseó por la pradera. Felipe lloraba y saludaba. Parecía un torero… La *Chipriota* no comprendía nada, pero balaba, feliz. ¡Era su amo! Y sucedió lo que nadie podía imaginar… Alguien, entre el público, protestó y acusó al jurado de parcial. «Tongo», repetía uno de los criados de Rodán. Y el resto de la servidumbre se unió a los gritos. En cuestión de segundos, aquello fue una batalla campal. Unos clamaban justicia y los otros —con Juanito Zebedeo a la cabeza— los descalificaban. Se cruzaron insultos, golpes y maldiciones. El chino y yo estábamos espantados. Lo cierto es que, en mitad de la bronca, cuando Andrés y Rodán intentaban poner orden, uno de los homosexuales agarró la tarta de amapolas y la lanzó contra Felipe. El intendente —ágil— se agachó y el pastel fue a estrellarse en la frente del Galileo, que se encontraba muy cerca, detrás de Felipe. ¡Pardiez!… ¡Creía que lo había visto todo!… Se produjo un silencio total. La gente quedó paralizada. La nata agria resbaló por la nariz, el bigote y la barba del inmóvil rabí. Fue inmediato y, supongo, irremediable. Los asistentes al fallido concurso estallaron en una risa incontenible. Y el Hijo del Hombre, tras limpiarse los ojos, se llevó los dedos con la tarta a la boca y comentó.

—¡Deliciosa!

Ahí terminó la bronca. Y el Galileo se unió a las risas… ¡Qué gran tipo el Maestro!

Rodán y Felipe se abrazaron y se prometieron amistad eterna. Y la *Chipriota* siguió balando, desconcertada.

Me quedé con las ganas de probar la tarta de amapolas. A decir verdad, el único que la saboreó fue el Maestro…

Pero las sorpresas continuaron. Aquel Hombre era imprevisible.

Fuego del cielo

Al día siguiente, 26 de septiembre (año 29), lunes, el Maestro y un total de diez discípulos, once mujeres evangelistas y más de cien creyentes se pusieron en camino hacia la ciudad santa: Jerusalén. Tomás y Bartolomé —el Oso de Caná— permanecieron en el campamento de la gran pradera, discutiendo con Rodán sobre filosofía. Andrés autorizó que se quedaran con el griego durante unos días. Nos reuniríamos en Jerusalén.

Los íntimos marchaban con miedo. En sus oídos resonaban aún las palabras del rabí en Cesarea de Filipo y camino de Saidan, anunciando su captura y muerte por parte de los enemigos del Sanedrín. Lo dijo con total nitidez: «… Seré muerto en Jerusalén». Y buena parte del camino discurrió entre agrias disputas: ¿por qué Andrés había autorizado aquel viaje? ¿No hubiera sido más prudente permanecer en la pradera de los cipreses religiosos? Aquello —decían— era un suicidio colectivo…

Caminamos por la orilla oeste del *yam* y pasamos a la sombra de las murallas de Escitópolis. Pero no nos detuvimos. Y al divisar la falda occidental del monte Gilboá, el grupo hizo un alto. Andrés, entonces, ordenó a Mateo y a Felipe que se acercaran a una aldea próxima. El ocaso se registraría ese día a las 17 horas y 28 minutos. Estábamos en Samaría. Andrés pretendía que los lugareños nos autorizaran a acampar en las inmediaciones de la referida aldea. Creo recordar que se llamaba Beth Harod. Desde tiempo inmemorial —prácticamente desde el destierro de los judíos a Babilonia—, las relaciones entre judíos y *kuteos* (como llamaban despectivamente a los samaritanos) eran tensas. Se odiaban. Al parecer, aprovechando el citado destierro (hacía seiscientos años), otros pueblos del norte (llamados *kut*) habían ocupado las tierras (actual Samaría), apoderándose de casas y propiedades. Y Andrés, prudentemente, eligió pedir permiso a los habitantes de Harod. Me fui con Felipe y Mateo Leví. Beth Harod no era ni aldea. Conté media docena de caseríos, repartidos entre los peñascales del Gilboá. Los discípulos solicitaron el permiso, pero los ancianos exigieron una retribución económica: un denario por persona. Felipe descendió hasta la senda en la que aguardaban el Maestro y el resto y expuso la situación. Éramos 124, dos mulas y una cabra. El precio nos pareció abusivo. Felipe retornó a la aldea

con otra propuesta: dos denarios por pasar la noche. Los ancianos y el pueblo —veinte familias— se doblaron de la risa. Y exigieron cien denarios y la cabra. Felipe se indignó. Y volvió frente a Andrés. Naturalmente, el nuevo precio fue rechazado. Nadie tocaría a la *Chipriota*. Durante casi dos horas, Felipe subió y bajó, regateando la tasa por acampar en las inmediaciones de Harod. Y los aldeanos, finalmente, nos mandaron a la mierda. Tomaron piedras y nos obligaron a huir como conejos. La comitiva siguió caminando y acampamos ya de noche, lejos del Gilboá, y en mitad de la nada.

Después de la cena, Juanito Zebedeo se presentó ante el Galileo. Lo acompañaba Santiago, su hermano. Pero fue Juan el que habló:

—Maestro —exigió—, permítenos que ordenemos que caiga fuego del cielo y arrase a esos *kuteos* malnacidos e insolentes…

Jesús los miró severamente y proclamó:

—No sabéis lo que decís… La venganza es desconocida en el reino del Padre Azul…

Naturalmente, astuto, Juan Zebedeo no dijo nada en su evangelio sobre la reprimenda del Maestro. Lucas menciona algo (9, 51-56), pero el texto aparece lleno de errores e imprecisiones. Lo de siempre…

Y el 28 de septiembre, miércoles, divisamos Betania. El miedo de los seguidores se hizo insufrible. Tomás y el Oso llegarían dos días más tarde. ¿Qué nos esperaba en la ciudad santa?

Hildana

La fiesta de las Cabañas o de los Tabernáculos era la tercera más importante para los judíos. También la llamaban *Sukot*. Los que vivían lejos peregrinaban hacia Israel o hacia la ciudad santa con un único bagaje: la alegría. Alegría porque las cosechas habían sido recogidas y guardadas. Alegría porque conmemoraban el 1300 aniversario de la salida de Moisés de Egipto. Levantaban tiendas o tabernáculos y vivían en ellos durante siete días. Las cabañas —construidas generalmente en las azoteas o jardines— eran elaboradas con cañas, juncos y mirtos. Del techo debían colgar granadas, uvas o manzanas, así como una lucerna. Allí comían, conversaban y dormían. Era el vivo recuerdo del paso del pueblo hebreo por el desierto del Sinaí durante cuarenta años. Allí preparaban el *lûlab*, integrado por hojas de palma, de mirto, de sauce y el fruto del cedro. El *lûlab* era adornado con cintas de colores y debía ser cargado en la mano derecha. Durante esa semana, los judíos lo agitaban tres veces al día, señalando los cuatro puntos cardinales. Se celebraban procesiones y ofrendas en el Templo. Se sacrificaban 70 becerros, 14 carneros y 98 corderos, además de las obligadas libaciones (probaban el vino y lo derramaban) y el consumo de 336 décimos de *efa* de harina (una *efa* equivalía a 43 kilos y 200 gramos). Los dulces eran excelentes. Y todo el mundo estaba obligado a degustar los *kuguel* (una especie de «fideos» o «tallarines» anchos, acompañados de queso fundido, miel y canela). El último día de la fiesta —llamado *simjat torá*— se congregaban en las sinagogas y paseaban la Ley, entre cánticos y oraciones. Conté 69 disposiciones en la ley oral sobre la referida fiesta de las Cabañas. Una de las que llamó mi atención fue la que recordaba el porqué de Sukot. «Constituye un precepto de la Torá —explicaba la ley oral— residir (*lashevet*) durante los días de esta festividad en una *sucá* o cabaña temporal…, en recuerdo de las “Nubes de Gloria” (*Ananei Kavod*) con las que Dios rodeó al pueblo de Israel al salir de Egipto… Por esta razón en la Torá está escrito que Dios dijo: “Siete días habitaréis en Sukot…”» (Levítico 23, 42-43). ¿Nubes de Gloria? ¿Nubes que protegieron a los que huyeron de Egipto? Como decía el Maestro, el que tenga oídos que oiga…

Nos alojamos en la finca de Lázaro, en Betania, durante casi seis semanas. Aunque la familia levantó varias *sucás* o cabañas de ramas, el Hijo del Hombre no entró en ninguna de ellas, en ningún momento. Los discípulos y las mujeres sí lo hicieron. Lo que sí hizo el Maestro fue visitar el Templo. ¡Pardiez! Y lo hizo con gran audacia, predicando en el atrio de los Gentiles durante varios días. Los íntimos estaban aterrorizados. No sabían qué hacer para convencerlo de que no pisara la ciudad. David Zebedeo traía noticias constantemente. El Sanedrín —conocedor de la visita de Jesús a Betania— se reunió en varias oportunidades. «El descaro del Maestro al presentarse en Jerusalén —decían— sólo tiene una explicación: Poncio y Antipas lo protegen». Ésa fue la razón principal por la que el Galileo no fue detenido en esas semanas. Ésta y el hecho de las grandes aglomeraciones en la mencionada fiesta de Sukot. Según mis cálculos. Jerusalén recibió en esos días alrededor de 30 000 peregrinos. Las castas sacerdotales estaban divididas. Pensaban que la multitud protegería al rabí. No se atrevían a echarle mano. Por otro lado, las divisiones en el Sanedrín aumentaban día a día. El número de fariseos y escribas favorables al Maestro alcanzaba ya los 24. No eran mayoría (el número de sanedritas era de 72), pero aquellos fariseos fieles a Jesús hacían mucho ruido… Y el Galileo, en definitiva, salió beneficiado.

El sábado, 1 de octubre (año 29), Jesús acudió al Templo de Jerusalén con la intención de predicar. Pero surgió algo imprevisto… Hacia la hora quinta (once de la mañana), cuando pisó el atrio de los Gentiles, fuimos a tropezar con un grupo de fariseos que arrastraba —literalmente— a una mujer muy hermosa. Tiraban de ella por los cabellos. Se plantaron ante el Hijo del Hombre y, señalando a la hebrea, preguntaron:

—Maestro, esta mujer ha sido descubierta en adulterio… La ley de Moisés dice que debemos lapidarla. ¿Qué opinas?

Al regresar a la casa de Lázaro, Andrés me explicó. Todo fue un montaje del Sanedrín. La mujer —llamada Hildana— era la esposa de un sujeto de mala catadura, vecino de Nazaret. Jesús los conocía. El tipo se había convertido en un *leno*, un chulo. La mujer se prostituía y él se llevaba las ganancias. Esos días decidieron viajar a Jerusalén. La fiesta de los Tabernáculos era una buena oportunidad para ejercer la prostitución por las calles. Y los sacerdotes y fariseos llegaron a un acuerdo con el chulo. Tenderían una trampa al rabí de Galilea. Sorprenderían a la esposa en adulterio y la llevarían a la presencia del Maestro. Si Jesús aconsejaba que fuera apedreada, se situaría frente a las disposiciones de Roma, que prohibía

que los judíos ejercieran la pena capital. Si el rabí se oponía a la lapidación quedaría por encima de la ley de Moisés. Si guardaba silencio sería acusado de cobardía. ¡Pardiez! ¡Cuánta miseria!… Pero el Hijo del Hombre no respondió. Caminó hasta el *leno*, que se ocultaba detrás de los «santos y separados», tomó una moneda y se inclinó sobre las losas de mármol del atrio de los Gentiles. Y rayó el pavimento con el denario, escribiendo entre los pies del chulo: «Sé quién eres». El tipo, entonces, palideció, y terminó huyendo. Después, el Maestro regresó junto a los fariseos y escribió en una de las losas, frente al que lo había interrogado: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Al leer el «mensaje», uno por uno dieron media vuelta y se retiraron en absoluto silencio. Y allí quedó la bella Hildana, en el suelo, desconcertada. El Maestro, entonces, la alzó y preguntó:

—Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Es que no ha quedado nadie para lapidarte?

Y ella replicó con un hilo de voz:

—Nadie, rabí…

—Yo sé quién eres —exclamó el Galileo—… Y no te condeno… Vete en paz.

Con el paso del tiempo, Hildana abandonaría a su marido y se uniría al grupo de las mujeres evangelistas. Naturalmente, Juanito Zebedeo —el evangelista— narró esta escena a su aire… El texto (supuestamente sagrado) (8, 1-12) dice así: «Mas Jesús se fue al monte de los Olivos. Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?". Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "Aquel de vosotros que esté sin pecado que le arroje la primera piedra". E inclinándose de nuevo escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose, Jesús le dijo: "Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?". Ella respondió: "Nadie, Señor". Jesús le dijo: "Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más"». ¡Pardiez! ¡Cinco errores en 28 líneas!: Jesús no habitaba en el monte de los Olivos; residía en Betania. No fue de madrugada al Templo. ¡Qué absurdo!; lo hizo hacia la quinta (once de la mañana). No escribió sobre la tierra; el

pavimento del atrio de los Gentiles era de mármol. No habló; escribió en el suelo. Y tampoco le dijo a Hildana «que no pecara más».

Claudia Procla

Al día siguiente, domingo, 2 de octubre (año 29), Lázaro y sus hermanas recibieron una visita especial… Hacia la sexta (mediodía), un *reda* de cuatro ruedas —cubierto— se detuvo frente a la cancela de la finca. Todos nos asomamos, perplejos. ¡Eran soldados romanos!… ¡Los aborrecidos *kittim*!… ¡Una *turma*, una patrulla a caballo escoltaba al *reda*! Conté 33 jinetes. Pero no se bajaron de las monturas. Se limitaron a rodear el carro, protegiéndolo. Y del *reda* saltaron tres personas, embozadas: una mujer y dos hombres. Lázaro los recibió y, ceremonioso, los acompañó a la casa. Al parecer, deseaban hablar con el Maestro. ¿Quiénes eran?, nos preguntábamos. Finalmente, el misterio se disolvió. La mujer era la esposa de Poncio, el gobernador romano en la provincia de la Judea (así llamaban al territorio de Israel). ¡La famosa Claudia Procla!… Yo había leído sobre ella en los diarios del mayor. La observé —atento— mientras buscaban al rabí. Era una italiana de unos cuarenta y cinco años, extremadamente delgada, y de voz gruesa. No era muy alta; quizá 1,60 metros. Los ojos eran negros, delicadamente sombreados en verde por la malaquita. Brillaban con una luz especial. Parecía inquieta. El rostro, cuello y manos aparecían enterrados en un maquillaje exagerado y ocre. Recordé que la gobernadora sufría un mal en la piel; una posible psoriasis. Una peluca negra —hasta el cuello— enmarcaba un rostro estrecho y anguloso. Los acompañantes eran Civilis, el centurión *primipilus*; es decir, el primero de los 60 que dirigían la legión destacada en Cesarea, en la costa norte. Su rostro era de piedra. Lo miraba todo. Por debajo del manto que lo cubría destacaba la punta de un *gladius* (en el costado izquierdo; al revés que la tropa). El otro era un *optio*, un suboficial. Dijo llamarse Arsenius. También lo mencionaba Jasón en sus diarios. Prácticamente no hablaron. Marta ofreció agua y vino, con rosquillas, pero lo rechazaron en silencio. Por lo que pude averiguar, Claudia sabía de las enseñanzas del Hijo del Hombre desde hacía tiempo. No me extrañó. La red de confidentes y espías de Poncio era extensa y estrangulante. Nada escapaba a su conocimiento. Desde su llegada a Palestina, en el año 26, el gobernador estaba al corriente de los actos del rabí de Galilea. Yo diría que lo sabía todo sobre el «carpintero loco». Por supuesto, su esposa también se hallaba al corriente. Es más: el mayor, en sus

memorias, apunta la posibilidad de que Claudia Procla hubiera asistido en secreto a varias de las predicaciones del Galileo. En otras palabras: conocía su mensaje, aunque nunca se manifestó como creyente. Aquélla era la primera vez que la gobernadora se reunía con el Maestro. Y sería la última…

Jesús los recibió, cordial. Se saludaron y Claudia le hizo ver que deseaba conversar en privado. Allí, en efecto, había demasiada gente… Y así fue. Jesús y la mujer salieron al jardín y caminaron. Civilis y el suboficial permanecieron atentos, pero a distancia. Nadie supo de qué hablaron. Una hora después, los romanos abandonaron la finca con el mismo sigilo con el que llegaron. La gobernadora sonrió a la familia y se ocultó en el *reda*. Tenía los ojos llorosos y el maquillaje arruinado.

¿De qué conversaron? Tomás y el Zelota se atrevieron a preguntar al Maestro. Jesús permaneció serio y replicó:

—Del futuro…, que sí llegará.

No comprendieron. Yo entendí algo…

La verdad os apartará

Los discursos del Maestro en el Templo de Jerusalén, en aquellos días de septiembre y octubre del año 29, merecen un capítulo aparte.

El primero tuvo lugar el 30 de septiembre, viernes, hacia la hora nona (tres de la tarde). El atrio de los Gentiles se hallaba repleto de peregrinos que, de vez en cuando, agitaban el *lûlab* y entonaban oraciones. El rabí aceptó la bella naranja que le ofreció Felipe y alzó la voz. Y, de manera templada e irresistible, fue hablando del benéfico Padre Azul, del regalo del alma y de la *nitzutz*, y del espléndido futuro que nos espera tras la muerte. La gente escuchaba con la boca abierta. Y dejaron de agitar las ramas de palma y de mirto. Lo que decía aquel Hombre era nuevo y, sobre todo, esperanzador. Y, de pronto, alguien preguntó:

—¿Cómo puede ser que hables con tanta elocuencia cuando me dicen que no has sido instruido en las escuelas rabínicas?

Y el Maestro, acariciando la naranja, replicó:

—Ningún hombre me ha enseñado lo que predico… Estas enseñanzas no son mías…

Miró al gentío y comprendió que estaban perplejos. Pero continuó:

—… Lo que enseño procede de Aquel que me ha enviado. El que habla por sí mismo busca su gloria… Yo no. Yo no busco mi gloria… ¡Busco la del Padre Azul, que me ha enviado!

Nos quedamos cortos. No sólo no habían entendido… Además, empezaron a moverse, inquietos, y a murmurar. Y las palabras «loco» y «blasfemo» menudearon entre la multitud. Calculo que sumaban más de dos mil individuos (la mayoría hombres). Y el rabí siguió hablando con voz potente y segura:

—¿No debéis seguir la luz que ya tenéis?… Moisés os dijo: ¡no matarás!… Pues bien, a pesar de ese mandato, algunos, entre vosotros, buscáis asesinar al Hijo del Hombre.

Y continuaron los murmullos y los insultos. Y la gente empezó a debatir entre ellos. Unos se reafirmaban en la vieja idea: «Está loco»… Otros pensaban que el Sanedrín tenía miedo… Otros creían que Jesús estaba poseído por un demonio. El revuelo alertó a las patrullas de levitas que

paseaban por el atrio. Portaban mazas con clavos. Se asomaron, verificaron que el jaleo lo provocaba el «loco de la naranja», pero no se atrevieron a detenerlo. Dieron media vuelta y se alejaron. Y otro individuo preguntó:

—¿Por qué el Sanedrín quiere matarte?

—Porque mis palabras liberan —respondió el Galileo—. Ellos saben que si aceptáis mis enseñanzas su religión tradicional será derrotada… Y su autoridad se derrumbará.

La mayoría reconoció que hablaba con verdad. Aquel Hombre los tenía bien puestos… Y otro lo interrogó:

—Maestro, ¿eres tú el Mesías libertador que esperamos?

—No soy el Mesías… ¡Soy más que eso!… ¡He sido enviado por Dios!… Y al negaros a escucharme, os negáis a oír al que me envía… Yo hablo así, con autoridad, porque procedo del Padre Azul.

Y los levitas regresaron y se abrieron paso a empujones con la clara intención de detener al Maestro. Pero los discípulos lo sacaron rápidamente del Templo. Por poco…

El segundo discurso tuvo lugar el martes, 4 de octubre (año 29), y en el mismo lugar: en las escalinatas del atrio de los Gentiles. Esta vez se reunió menos gente. Jesús acarició la naranja de turno y pronunció algunas frases históricas: «Yo soy la luz del mundo… El que me sigue no vive en tinieblas… Mi testimonio es verdadero —eternamente verdadero— porque sé quién soy, de dónde vengo y hacia dónde me dirijo… Vosotros, que queréis matar al Hijo del Hombre, no sabéis quiénes sois, ni de dónde procedéis, ni hacia qué lugar marcharéis después del sueño de la muerte… En breve partiré y sé que me buscaréis… Pero allí donde voy no podéis venir vosotros… Cuando sea elevado y crucificado, entonces sabréis quién soy…».

La mayoría no entendió y se retiró, confusa.

Al día siguiente, 5 de octubre, también por la mañana, Jesús de Nazaret —haciendo caso omiso de los consejos de Andrés y del resto de los íntimos— tomó su manto color vino y se dirigió al Templo de Jerusalén. Los ánimos estaban muy alterados y no convenía desafiar al Sanedrín. Los levitas podían caer sobre Él en cualquier momento. Pero, como digo, el rabí no respondió a los sensatos consejos de su gente. Y salió de la finca con sus típicas y largas zancadas. Cuando llevaba recorrido un centenar de pasos, Felipe lo alcanzó y le entregó la obligada y reluciente naranja. Al sentarse en las escalinatas del atrio de los Gentiles, se dirigió a los peregrinos y dijo, entre otras cosas:

—El que tenga sed de luz… que acuda a mí. El agua viva que os ofrezco procede directamente del reino invisible y alado… Y os anuncio algo

importante: cuando el Hijo del Hombre muera, el Espíritu de la Verdad será derramado sobre vosotros y sobre el resto del mundo… Ese Espíritu saciará vuestra sed espiritual para siempre…

El cuarto y último discurso sucedió el viernes, 7 de octubre. Fue igualmente breve. Jesús acarició la naranja y dijo:

—¿Quiénes son mis discípulos…?

Los íntimos pensaron que Jesús los presentaría. Y se echaron a temblar. Allí había confidentes del Sanedrín… Pero no.

—… Mis verdaderos discípulos —prosiguió— son los que hacen la voluntad del Padre Azul… Entonces conoceréis la verdad…

Y alzando la poderosa voz gritó:

—¡¡Y la verdad os apartará!!

Quedé desconcertado. Siempre creí que la posesión de la verdad me haría libre… Y el Maestro continuó, valiente:

—Sé lo que estáis pensando: «Somos hijos de Abraham y, por tanto, no somos esclavos de nadie»… Pero no me refiero a esa clase de esclavitud. Estoy hablando de la liberación del alma… Si hacéis la voluntad de Ab-bā, seréis verdaderamente libres…, espiritualmente. Sé que sois de la semilla de Abraham, pero vuestros líderes religiosos están ciegos… El orgullo y la venganza los consumen. ¡Haced siempre la voluntad del Padre y jamás moriréis!…

Alguien lo interpeló:

—¿Es que eres más importante que Abraham? ¿Cómo te atreves a decir que el que crea en tu palabra no morirá?

Jesús no había dicho eso, pero no importaba. El gentío se removió inquieto y volvieron a acusarlo de «blasfemo» y de «loco». Y el Galileo llenó el vaso de la impaciencia con unas palabras que tampoco entendieron:

—En verdad os digo que Abraham se alegró al ver mi día…

Los gritos enterraron la voz del rabí. Lo llamaron de todo. Y otro de los fanáticos bramó:

—No tienes cincuenta años… ¿y dices que has visto a Abraham?… ¡Eres hijo del diablo!…

Y algunos buscaron piedras para lapidarlo. Pero, cuando el rabí se disponía a huir, llegaron de nuevo los levitas. Uno de ellos —el jefe— se abrió paso a empujones y manotazos y llegó frente a Jesús… ¡Era el Flauta!… ¡El matarife de casi dos metros que podía degollar tres corderos de un solo tajo! Traía una maza en la mano izquierda. Los discípulos estaban pálidos. Era evidente que la patrulla —integrada por veinte hombres— traía la orden de detener al

Galileo. Mis piernas temblaron. Creí llegado el fin del Maestro. Pero no… Jesús se dirigió a Musí, alias el Flauta, y le dijo con especial dulzura:

—No temas… Acércate… Sé que os han enviado para arrestarme… Pero sabed que nada me sucederá hasta que no llegue mi hora.

Y asistimos a algo casi imposible. La mirada de Jesús —limpia y penetrante— desarmó a los levitas. Hablaron en voz baja entre ellos y decidieron dar media vuelta. Supuse que la multitud les dio miedo. Si arrestaban al Maestro, podían masacrarlos. Allí había más de tres mil peregrinos. Los íntimos, entonces, no lo dudaron. Arroparon al Hijo del Hombre y lo obligaron a salir del Templo.

Esa tarde, al regresar a la hacienda de Lázaro, David Zebedeo trajo la noticia: el Sanedrín —furioso ante el comportamiento del Flauta y de la patrulla— ordenó que el Galileo fuera capturado de inmediato. No había tiempo que perder. Y, con la llegada de la oscuridad, Jesús y los íntimos volvieron a huir…

El coraje de «A»

Sabía que María, la de Magdala, también conocida como «A» (pecho tabla), era una mujer de fuerte carácter, pero nunca imaginé hasta qué extremo…

Como decía, aquella noche del 7 de octubre, viernes (ya sábado), Jesús, los íntimos, las mujeres y los seguidores huyeron precipitadamente hacia el sur, en dirección a Belén. Felipe, los gemelos y el carro cubierto llegarían horas después. Nunca me acostumbré a aquellas marchas nocturnas, siempre atropelladas y temerosas. Alcanzamos la aldea en dos horas. Llovía torrencialmente. Los siete kilómetros y medio que separaban Jerusalén de Belén se hicieron interminables. Esperábamos ver aparecer a los levitas en cualquier momento. Pero, dentro de lo malo, tuvimos suerte. Abner había recomendado la aldea de Bethlehem (la casa de Lehem) o Belén en caso de apuro. Allí disponía de un reducido pero fiel grupo de seguidores del rabí. Podían ser de ayuda. Y así fue. Los evangelistas hallaron refugio en las casas de estos amigos y el Galileo y el resto acampamos a las afueras, a cosa de un centenar de pasos del pueblo. ¿Pueblo? Belén, en aquel tiempo, era una misérrima aldea, con una población aproximada de cien familias, repartidas en chozas y casas de piedra y adobe, asomadas en lo alto de una colina de 765 metros de altitud. A su alrededor todo eran picachos agresivos, pedregales y terrazas con cereales y hortalizas. Aquí y allá aparecían cuevas grandes y medianas en las que guardaban el ganado; fundamentalmente, ovejas llamadas «cinco cuartos» (por sus largas colas). El frío era mañanero e implacable. Allí permanecimos tres semanas. Las gentes de Belén eran recias, calladas y hospitalarias (aunque había de todo, como veremos).

Esa noche descansamos mal. ¿Podían habernos seguido? No fue así.

Al día siguiente llegó David Zebedeo. Traía noticias. El Flauta se había presentado en la casa de Lázaro, en Betania, con una escolta de cincuenta levitas. Esta vez no registraron la hacienda. El Flauta se alegró de no haber encontrado al «carpintero loco». Era la segunda vez que entraba en la propiedad de Lázaro.

Por supuesto, no hubo predicaciones. El Maestro, por consejo de Andrés, no se movió del campamento en los dos primeros días. Los discípulos temblaban. Cualquiera podía ser un delator…

Pero el lunes, 10 de octubre (año 29), Felipe se vio en la necesidad de entrar en el pueblo con el fin de abastecer la despensa del campamento. Los lunes y jueves eran días de mercado. Y me tocó vivir una experiencia de especial dureza y difícil de olvidar…

Hacia la tercia (nueve de la mañana) acompañé al intendente y a los gemelos. En el último minuto se unieron Nasanta, la negrita hija de Elman, el médico sirio, «A» (María la de Magdala) y Yu, el chino.

Al principio todo fue bien. Mientras Felipe y los Alfeo miraban y remiraban los precios de la carne y de las verduras, las mujeres —distraídas— se entretuvieron en uno de los puestos de venta de cosméticos y perfumes. El chino y este explorador las seguimos, curiosos. El fenicio que gobernaba el negocio ofreció a Nasanta polvos de girasol y cáscaras de almendra quemada, ideales para pintar los ojos. «A», conocedora del tema, rechazó la oferta, y se decidió por un frasquito de *kohl*, otra pintura de ojos a base de ocre rojo mezclado con aceite vegetal. Y en esas estábamos —discutiendo el precio— cuando las oí susurrar entre ellas. La negrita parecía apurada. ¿Qué ocurría? No me atreví a preguntar. Dejaron el maquillaje en las manos del fenicio y abandonaron el mercado con ciertas prisas. Yu y yo nos miramos, intrigados. Al pasar junto a este explorador, María, la de Magdala, me guiñó un ojo. Pero no supe… Y las vi adentrarse en un portalón cercano y oscuro. Parecía un establo. E imaginé que Nasanta necesitaba orinar. Allí nos quedamos, esperando. Un minuto después escuchamos un grito corto y ahogado. Procedía del portalón por el que habían desaparecido María y Nasanta. Imaginamos que una de las mujeres acababa de sufrir un accidente. Y nos precipitamos al interior del lugar. La casa, en efecto, era un establo. A la derecha, en la penumbra, distinguí un par de mulas sujetas al muro. Volvieron las cabezas, recelosas. En la pared frontal colgaban algunas sillas de montar. A la izquierda vimos una puerta estrecha, entornada, y grandes balas de paja, apiladas en un rincón. Allí no había nadie… Y, de pronto, oímos un segundo grito; casi un gemido. Procedía de la pequeña puerta entornada. Me lancé hacia la abertura. El chino permaneció junto a las balas de paja. El instinto le previno. Me asomé —cauteloso— y quedé petrificado. En un patio a cielo abierto, a tres metros, forcejeaban las mujeres con dos individuos. Algo más allá vi otra puerta. En la oscuridad danzaba un fuego alto y voraz. Supuse que se trataba de una fragua. Como digo, quedé petrificado. Un sujeto bajito, en taparrabo, le tapaba la boca a la negrita con la mano izquierda. Con la derecha manoseaba los pechos de Nasanta. A la izquierda —también de espaldas a este explorador— vi a María Magdalena. Frente a ella se hallaba un individuo

gigantesco (podía alcanzar 2,40 metros), igualmente desnudo, y con el cuerpo sudoroso y cubierto de tatuajes azules. Los círculos, puntos y cuadrados lo cubrían desde el cuello a los pies. Era fuerte y musculoso. Parecía una montaña de músculos. Se cubría el cabello con un turbante rojo. En la mano izquierda empuñaba una daga curva de grandes dimensiones. Probablemente eran los herreros del lugar. Y, de pronto, el tatuado lanzó una bofetada sobre María. La mujer se desplomó, inconsciente. ¡Pardiez!… ¿Qué hacía? ¡Tenía que actuar, pero estaba indefenso! ¡No disponía de un miserable cuchillo!… El gigante, entonces, procedió a soltar el taparrabo. ¡Pardiez!… Y dejó al descubierto un pene enorme —de unos 20 centímetros— minuciosamente tatuado, y en erección. El tipo se hincó de rodillas en el suelo, levantó la túnica de «A» y arrancó con violencia el *saq* de la mujer. Separó las piernas y se dedicó a acariciar la vagina de la de Magdala. ¡Maldito hijo de puta!… Y, cuando me disponía a lanzarme sobre el sujeto, la mujer volvió en sí y —rápida—, comprendiendo la situación, se incorporó, propinando un súbito y violento cabezazo sobre la nariz del agresor. El tipo soltó la daga y, entre gemidos, se llevó las manos a la ensangrentada cara. La mujer no lo pensó. Se puso en pie de un salto, se hizo con el arma, y agarró el pene del herrero con la mano derecha. Después, sin titubear, lanzó un machetazo sobre el órgano, seccionándolo. Un chorro de sangre brotó por la herida y salpicó los bajos de la túnica de «A», así como las piedras del pavimento. El gigante miró hacia sus genitales y, al instante, se desplomó. El segundo sujeto, al contemplar a María con el ensangrentado pene en la mano, soltó a Nasanta y escapó por la puerta que daba a la fragua. «A» —decidida— tomó a la aterrorizada negrita y la arrastró —literalmente— hacia la salida. Me fui tras ellas, estupefacto. Yu había desaparecido. Pero, cuando me hallaba cerca del portalón, la de Magdala volvió sobre sus pasos, entró en el establo y lanzó el pene contra las sillas de montar. Y gritó:

—¡¡Malparidos!!

Al caer en tierra, dos ratas negras y peludas —grandes como liebres— corrieron hacia el pene y se lo disputaron.

Las mujeres caminaron hacia Belén. Y lo hicieron con calma, como si nada hubiera ocurrido. Allí se refugiaron durante un día. En esas horas no se presentaron en el campamento. Imaginé que la de Magdala obligó a Nasanta a guardar silencio sobre lo ocurrido. Nadie supo nada, salvo nosotros. Pero Yu eligió igualmente el silencio. Al mediodía llegaron Felipe y los gemelos de Alfeo. Yu los acompañaba. Es curioso: el chino y yo no hablamos jamás sobre lo que vimos en las proximidades de la fragua. El Maestro tampoco

supo nada. Esa triste mañana se encontraba en las colinas próximas, en contacto con el Padre Azul. ¿O sí lo supo? Entiendo que el pacto de silencio entre las evangelistas fue lo más prudente. Si los discípulos hubieran sospechado algo, podrían haber tomado represalias. Al día siguiente llegó una noticia: el herrero del pueblo —un sirio llamado Dac— había muerto, desangrado. Nadie en la aldea sabía nada, naturalmente…

Y el miércoles, 12 de octubre (año 29), necesitado de un poco de paz, tomé el petate y me dirigí —en solitario— a la cala del Hombre Rojo, en el mar Muerto. Los planes para extraer la sangre del Hombre-Dios aparecían en mi mente cada vez más difusos e inviables. Pero me prometí que, al menos, lo intentaría…

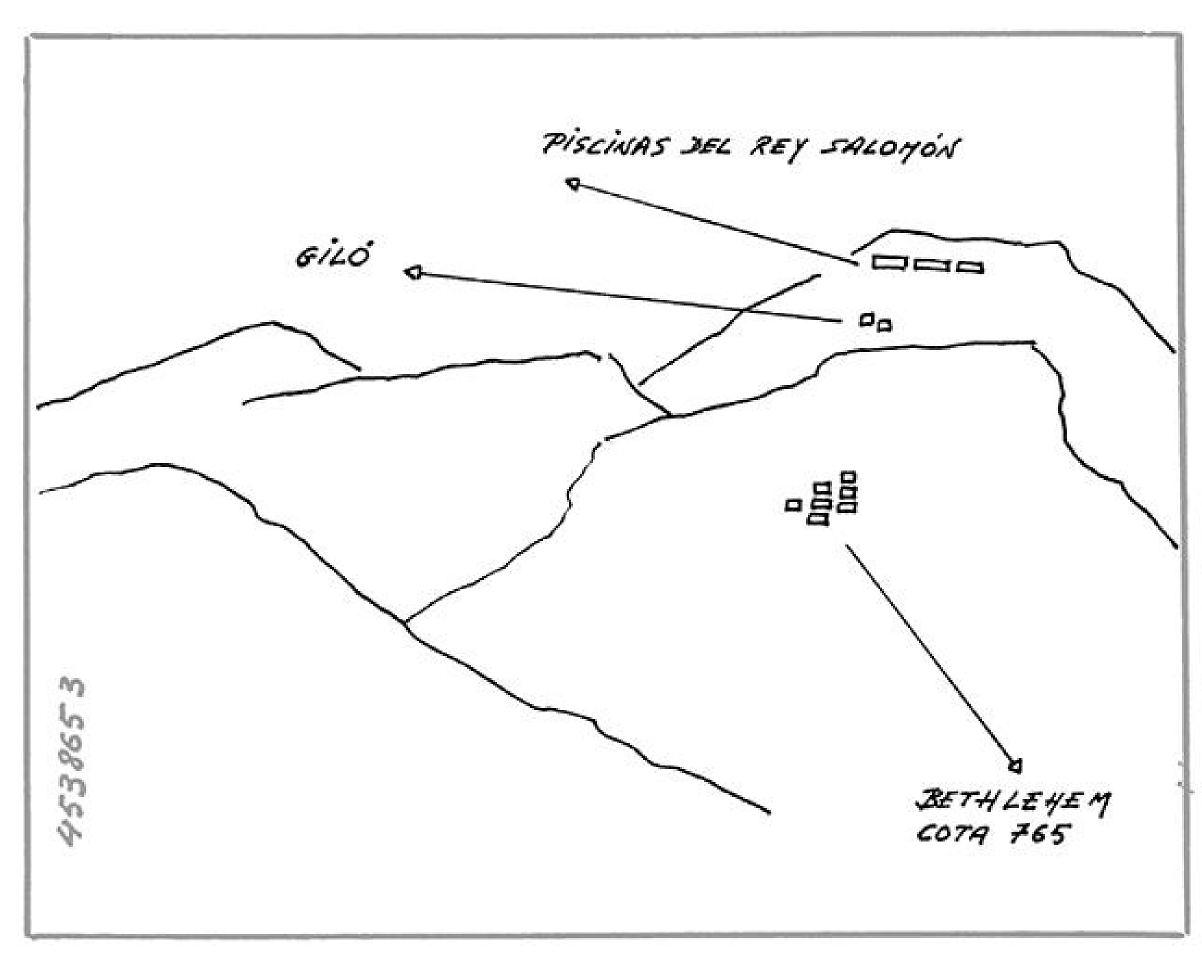
Giló, la aldea olvidada

Regresé a Belén el jueves, 20 de octubre (año 29). No encontré novedades, salvo la llegada de Abner y su gente. María, la de Magdala, y Nasanta, me observaron en silencio. Parecían más tranquilas. El pequeño gran hombre celebró varias reuniones con los discípulos, pero no llegaron a ningún acuerdo. Los separaban los detalles. Ya lo comenté: cómo y cuándo debían bautizar a un creyente, el uso del aceite y otras minucias parecidas. El Maestro no asistió a ninguno de los inútiles debates. Al alba desaparecía entre los pedregales y no regresaba hasta el ocaso.

El lunes, 24 de octubre, Yu tuvo una feliz idea. Había oído hablar de los célebres depósitos de agua del rey Salomón, ubicados cerca de Belén, y propuso que le acompañase. Quería visitarlos. El lugar se hallaba a una hora, hacia el sur. Tomamos lo necesario y dejamos recado a Felipe. Volveríamos para la cena. El intendente puso mala cara. Era una excursión innecesaria y peligrosa. Las barrancas eran extremas y llenas de maleantes. No prestamos atención y arrancamos. El día se presentó azul, con un viento frío y mañanero. Dejamos atrás media docena de colinas de calizas blancas y rojas. Los bosques de pinos suspiraron al vernos. ¿Por qué los árboles no pueden moverse? Tenía que preguntárselo al Hombre Dios. Sólo nos cruzamos con un par de reatas de burros. Procedían de los manantiales de Artas. Ése era nuestro destino. Conversamos con los burreros. No había novedades en el camino. Y hacia la tercia (nueve de la mañana) alcanzamos un monte ubicado por encima de Belén. El lugar —llamado Etám— era espectacular. Allí encontramos tres enormes piscinas, labradas en la roca. Me paseé por ellas y tomé referencias, como hacía Jasón: una de las albercas medía cien metros de longitud por ochenta de ancho, con una profundidad de quince metros. Las otras dos —gemelas— medían ciento veinte por sesenta y quince o veinte metros de profundidad. Quedé maravillado. Se hallaban casi alineadas de oeste a este. Según explicó el chino, aprovechaban un manantial subterráneo existente entre las capas de sílex. La capacidad era más que notable: doscientos millones de litros. La construcción fue diseñada un siglo antes por los Asmoneos, pero la gente la conocía como las piscinas de Salomón. Un acueducto subterráneo conducía el agua a veinte kilómetros. Primero al

palacio de Herodes, en Jerusalén, y después al Templo. El acueducto, en realidad, era una «tubería» de piedra caliza, integrada por bloques cúbicos de 25 centímetros de longitud por otros 25 de altura. El orificio practicado en el cubo alcanzaba los 18 centímetros de diámetro. La formidable tubería fue obra de Herodes el Grande. Las caravanas de onagros subían hasta Etám, cargaban los odres y vendían el agua por la zona, llegando, incluso, al mar Muerto. Un fortín de mediano porte, situado al norte de las piscinas, vigilaba el trajín de los burreros. Por el aspecto de las camisas de hierro, deduje que se trataba de guardias galos; la temida guardia personal de Antipas. No nos acercamos, por supuesto.

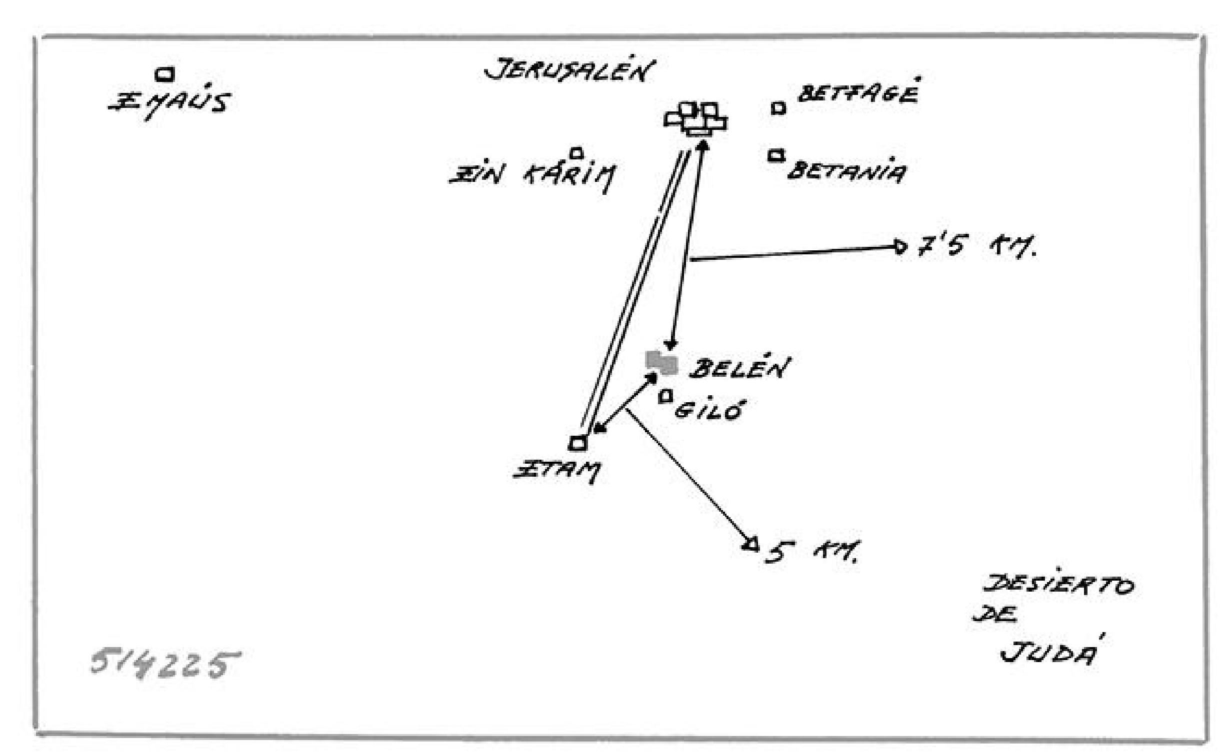
Y fue de regreso a Belén cuando nos detuvimos en Giló, una aldeíta montada en un picacho de 760 metros de altitud. Necesitábamos descansar y nos sentamos a la sombra de una choza de paja, en la compañía de media docena de ancianos. Eran agricultores y ganaderos.



Ubicación de Belén (Bethlehem) y la aldea de Giló, según la información de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Supongo que el cielo me iluminó. Y pregunté por algo sucedido en Belén hacía mucho tiempo: la matanza de los niños menores de dos años de edad

por parte del odiado edomita (Herodes el Grande) cuando trataba de localizar al «rey de los judíos» (Jesús de Nazaret). Siempre pensé que el relato evangélico era puro cuento. Me equivoqué. Los ancianos de Giló —a pesar de los treinta y cinco años transcurridos— recordaban muy bien lo sucedido en Belén… ¡y en su aldea! Según relataron, los hechos tuvieron lugar en octubre; el día 13, exactamente. Hice cálculos: el infanticidio se produjo en el año «menos seis». El Maestro había nacido el 21 de agosto del «menos siete». Tenía, por tanto, catorce meses cuando María y José —sus padres terrenales — huyeron hacia Egipto. Según reza el diario de Jasón, un funcionario de Herodes el Grande avisó a Zacarías, esposo de Isabel (prima segunda de la Señora), sobre las intenciones de Herodes. Y el niño fue sacado a tiempo de Belén. Ese 13 de octubre —según contaron los vecinos de Giló—, una tropa armada se presentó en la aldea a eso de la hora sexta (mediodía). Eran los temidos galos. Derribaron las puertas de las chozas y preguntaron por los niños menores de dos años. Las madres, aterrorizadas, sin saber qué hacer, terminaron mostrando a los bebés. Y los salvajes galos los degollaron en presencia de las familias. En total fueron asesinados seis niños. Los galos reían como locos. Y allí mismo, sobre la sangre de las criaturas, violaron a varias madres e hijas. En Belén, la matanza se registró horas antes —al alba— y por la misma guardia personal de Herodes. Diez bebés fueron igualmente degollados. Y otras diez mujeres corrieron la misma suerte que las de Giló: fueron salvajemente violadas, en presencia de los jefes de los galos. Resultado: 16 niños asesinados y 15 mujeres violadas (cinco eran niñas). Pero la historia del infanticidio se centró en Belén, olvidando que Giló corrió la misma suerte. Así es la historia. Las dos aldeas tardarían mucho en olvidar la «hazaña» del sangriento Herodes el Grande… Tres años más tarde —el 13 de marzo del «menos cuatro»—, Herodes moriría entre horribles dolores (probable cáncer de lengua y huesos).



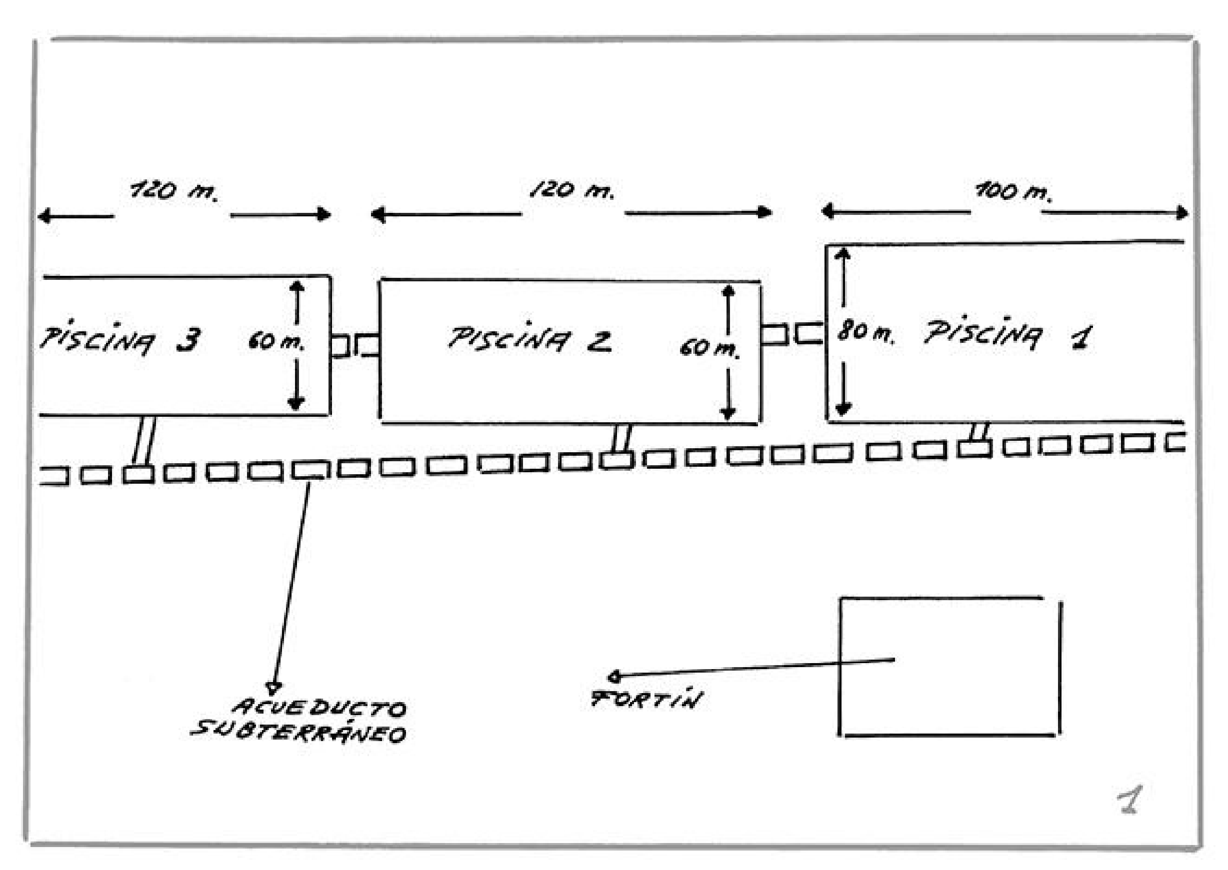
Belén, a siete kilómetros y medio de Jerusalén. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

También me arriesgué a preguntar sobre la famosa estrella que guió a los Magos. De eso no me dieron razón. Algo habían oído, pero ellos no vieron nada raro, salvo «los miles de estrellas» que corrían por el firmamento durante las noches previas y posteriores al 21 de agosto del año «menos siete». Según explicaron, esas noches, miles (no cientos) de estrellas se movieron lentas y veloces de un lado al otro del cielo. Se detenían. Subían. Bajaban. Formaban figuras. Lanzaban destellos… Todos pensaron que se avecinaba una gran noticia. «Algo importante —decían— está por llegar». ¡Pardiez! ¡Y ya lo creo que llegó! ¡Aquel 21 de agosto nació el Hijo del Hombre!

Yu, que no sabía nada sobre la matanza de los inocentes, vomitó cuando abandonamos Giló.

El regreso a Belén fue rápido y en silencio. Al llegar al campamento, el chino rogó que le explicara qué era eso de la estrella que guió a los Magos. ¿Quiénes eran? Hice lo que pude. Tampoco sabía gran cosa. Fueron tres astrólogos persas (otros dicen que nabateos) que un día —le dije—, en la primavera del referido año «menos siete», recibieron la visita de un singular personaje: el tipo de la sonrisa encantadora. Y les anunció el inminente nacimiento del Hijo del Hombre, Creador de nuestro universo. Los Magos se pusieron en camino, guiados por un astro brillante. Al anochecer, el «astro» se detenía e iluminaba el desierto como si fuera de día. Después de tres meses de

viaje, los astrólogos llegaron a Belén. Allí se detuvo la «estrella», sobre la casa en la que vivía Jesús.



Piscinas del rey Salomón, a cinco kilómetros al sur de Belén, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

No sé si Yu creyó mi historia, pero escuchó sonriente y complacido. Al terminar exclamó:

—Seguramente te has quedado corto…

—Seguramente… —repliqué.

Enserafinación

El 25 de octubre, martes, asistí a una conversación surrealista… Tras la cena, Bartolomé habló de algo que le había sido contado tiempo atrás por la familia de Jesús. Estábamos en Belén. Por eso lo sacó a relucir. Quedé perplejo. El día anterior, los vecinos de Giló hablaron de ese asunto: miles de «estrellas» recorrieron los cielos en las noches precedentes y posteriores al 21 de agosto del año «menos siete», fecha del alumbramiento de Jesús. También el mayor habló en sus diarios del tema. El *sheikh* de Beit Ids le confesó que la noche del 20 de agosto del referido año «menos siete» él se encontraba en las cercanías de Hebrón, al sur de Belén. Y asistió a un espectáculo grandioso: cientos o miles de puntos luminosos se pasearon por la región, causando la admiración y el pánico de sus habitantes. El Maestro escuchó las palabras del Oso sobre «las estrellas que volaban» y se limitó a encogerse de hombros y a sonreír. Su madre, en efecto, hablaba mucho de aquel suceso. La Señora lo tomó como una señal de los cielos. Fue así como se armó una atractiva tertulia sobre los ángeles. El Oso —tras su larga exposición— formuló la primera pregunta:

—Maestro, ¿qué opinas? ¿Qué fueron aquellas luces en el cielo? ¿Quizá ángeles?

Bartolomé utilizó la palabra *paraš*, que podría ser traducida como ángeles o aurigas de Dios. Jesús puso cara de circunstancias y salió del apuro como pudo:

—Digamos que esas «estrellas que caminan» son los *merkavah* de los ángeles…

La palabra *merkavah* significaba «carro que vuela». Carro al servicio de la divinidad. *Merkavah* o *rejeb* como el que se llevó a Elías, según el segundo libro de los Reyes (2, 11). Para los escribas, los carros volantes eran de diferentes clases: *tebel* (carros pequeños) y *šamáyim* (porque permanecían en lo alto, sin descender a tierra). Estos últimos eran gigantescos. Parecían ciudades. Brillaban con muchas luces. Los doctores de la ley se referían a los *merkavah* con enorme respeto y siempre en voz baja.

—¿Pero los ángeles necesitan carros? —intervino el incrédulo Tomás.

—El Padre Azul tiene su casa… Os lo dije. Él vive en el Paraíso…

Lo vi dudar de nuevo. Pero continuó, valiente:

—… Y el Paraíso está lejos…

—¿Cómo de lejos? —gritó Felipe desde la cocina.

—¡Más allá de tu querida China! —respondió el rabí, divertido—… Por eso necesitan los *merkavah*.

Felipe no quedó muy satisfecho. Para él, China era el fin del mundo. ¿Dónde demonios estaba el Paraíso?

—Háblanos de los *paraš* (ángeles) —le animó el Oso.

El Maestro, Jasón y yo habíamos tocado el tema durante la estancia en el Hermón, en el verano del año 25. Pero presté atención. Aquel Hombre era una caja de sorpresas. Yu escribía y escribía, desconcertado.

—Los ángeles —explicó el Galileo con santísima paciencia— son criaturas preciosas, creadas por el Padre Azul en total perfección. Desarrollan numerosos trabajos. Van, vienen, cuidan de los hombres…

—¿Y de las mujeres? —interrumpió Tomás.

Las risas se generalizaron. Pero las evangelistas pusieron mala cara.

—Para Ab-bā —prosiguió el Maestro— no hay distinciones.

—Para mí sí —murmuró el incorregible Tomás. E hizo un gesto con las manos, simulando los pechos femeninos.

El Galileo no lo vio y continuó hablando:

—… Cada hombre y cada mujer reciben un par de ángeles custodios, que los acompañarán en esta vida y después de la muerte.

El rabí desvió la mirada y me buscó. Y redondeó:

—Algunos, incluso, tienen más de dos custodios…

¡Pardiez! Yo no los merezco… María, la de Magdala, alzó la voz y comentó.

—Pues algunos custodios están muy distraídos…

Sólo las mujeres, el chino y yo entendimos el doble sentido de las palabras de «A».

—¿Y por qué dos ángeles? —se interesó Andrés.

—En realidad es uno solo —aclaró Jesús, aunque con dificultad—. Al imaginar un *paraš*, el Padre Azul hace realidad una criatura doble… Un solo ángel con dos mentes.

No entendieron, y yo tampoco. Pero eso ¿qué importaba?

—Y nosotros —terció Nasanta, la negrita— ¿seremos ángeles algún día?

—A medida que progreses en la carrera hacia el Paraíso —replicó Jesús—, te irás pareciendo a ellos… Y algún día serás mucho más que un *paraš*.

—¿Hay ángeles negros? —se burló Juanito Zebedeo.

—Los *paraš* no son personas —aclaró el Galileo—. Son seres espirituales. No tienen forma humana. No necesitan comer… No se reproducen.

—¡Qué aburrido! —lamentó Tomás.

El Galileo no prestó atención a la broma del bizco. Y prosiguió:

—… Son criaturas que cumplen mandatos y misiones especiales… Además, como os digo, cuidan de los humanos.

—Pero ¿cómo lo hacen?: ¿vuelan como los pájaros?, ¿tienen alas?

La pregunta de Celta nos interesó a todos.

—Algunos sí: vuelan…, pero no tienen alas —declaró el Galileo—. Otros pueden estar en varios sitios a la vez…

Felipe volvió a gritar:

—¿Friegan y cocinan?

Los íntimos abuchearon al intendente. Andrés rogó calma y el rabí se entretuvo en explicar algo que me pareció fascinante. Lo llamó «enserafinación» (o algo parecido). El ángel —todo luz— acoge en su interior el alma humana o a la criatura espiritual que debe transportar, por ejemplo, desde la Tierra a MAT-1. Y el alma «viaja» protegida por los espacios… ¡Pardiez! Aquello me sonó a ciencia ficción.

—¡Son mulas de carga! —arremetió Tomás.

Y Juanito Zebedeo lo llamó «borrico». Jesús, entonces, precisó:

—Tomás, los ángeles son criaturas deliciosas. Puro amor. Pura luz. Pura inteligencia. Hay miles y miles de tipos. Cuando los veas, después del dulce sueño de la muerte, quedarás asombrado. La imaginación del Padre Azul no conoce límites…

—¿Más bellos que Isabel? —planteó el Oso.

La mujer se puso roja.

—Diferentes —matizó el rabí, al tiempo que sonreía a la bella divorciada.

—¿Y todos los ángeles son leales al Padre Azul? —preguntó Simón, el Zelota.

—La mayoría sí… Pero siempre hay algún despistado.

Andrés removió la leña de la hoguera y aprovechó para preguntar:

—O sea…, los ángeles nos espían.

—El Padre Azul no lo necesita —sentenció el Maestro—. Él vive en tu mente, ¿recuerdas? Pero los *paraš*, como os digo, cumplen misiones especiales. Llevan mensajes a las moradas más alejadas. También os hablé de las otras moradas…

—¡Vaya! —intervino el intendente—. ¡Son los chicos de los recados!

—No, Felipe, no juzgues nunca… Sobre todo lo que no conoces.

E intervino la bellísima Milca, la de los ojos rasgados:

—Maestro, ¿un ángel puede convertirse en hombre o en mujer?

Se hizo el silencio.

—Por supuesto —declaró al fin el Galileo—. Algunos de esos *paraš* han bajado y seguirán bajando a este mundo…

—Pero ¿por qué? —insistió Milca.

El rabí me miró de nuevo. Las mujeres se dieron cuenta de la mirada. Desde ese día, Isabel me trató de otra manera…

—Misiones especiales… Acabo de explicarlo —comentó el Galileo—. Esos ángeles se hacen mujeres u hombres para cumplir un mandato del Padre Azul o una orden mía…

—¿Y nadie se da cuenta? —intervino el Oso.

—Casi nadie… Aparentemente, son seres humanos como los demás.

Jesús dudó un instante y continuó:

—… Casi todos son extraordinariamente generosos y discretos. Llegan en silencio, cumplen su trabajo y se van en silencio.

Lo tuve claro. Yo no era uno de esos *paraš*… ¿O sí? Y la tertulia se prolongó hasta bien entrada la noche.

Los shiv'îm

El viernes, 28 de octubre (año 29), levantamos el campamento y nos despedimos de Belén. Siguiente destino: la gran pradera, al norte, en territorio de Filipo, el rey albino y sabio. Abner, el pequeño gran hombre, y su gente nos acompañaron. No hubo novedades dignas de mención en el camino de regreso. Isabel y yo hablamos. Era una mujer linda e inteligente.

Alcanzamos a la familia de cipreses religiosos poco antes del ocaso del miércoles, 2 de noviembre. Al día siguiente, Jesús y sus discípulos —ayudados por Abner— emprendieron la preparación de un grupo escogido de evangelistas. Los llamaron *shiv'îm* (70). Eran setenta varones —todos jóvenes—, especialmente entrenados en tres temas capitales: el Padre Azul, la inmortalidad del alma y la necesidad de devolver a la luz a la perdida raza humana. El Maestro enseñaba por la mañana y los discípulos debatían con los *shiv'îm* durante la tarde. Pedro, ante mi asombro, les habló sobre los trucos de la oratoria. Mateo Leví les enseñó a organizar los dineros y Tomás aconsejó sobre los mejores itinerarios y dónde alojarse. El Oso enseñó algo de historia y geografía y —a escondidas— el Zelota y el Iscariote los adiestraron en el uso de las espadas. Felipe también se ocupó de cómo debían cocinar. La preparación se prolongó durante dos semanas. En aquellos momentos éramos 229.

La elección de los setenta fue complicada. Jesús no participó. Dejó el asunto en manos de Andrés y de Abner. Éste fue designado jefe de los *shiv'îm* por unanimidad. Desde el primer momento surgieron disputas. Andrés y los íntimos pensaban unos nombres y Abner y los suyos se decidían por otros. Cincuenta candidatos fueron rechazados. Cuando el comité de designación no se ponía de acuerdo, Andrés enviaba al aspirante ante el rabí. Pero Jesús no decidía; se limitaba a interrogar al muchacho. Recuerdo el caso de un joven que planteó al Galileo:

—Maestro, deseo ser uno de los *shiv'îm*, pero mi padre es mayor y está a punto de morir… ¿Me permitirás que regrese a casa y lo entierre?

Jesús lo envolvió en una sonrisa, pero le habló con dureza:

—Hijo, los zorros tienen sus guaridas y las aves del cielo sus nidos… El Hijo del Hombre, sin embargo, no tiene dónde recostar la cabeza. Eres un

discípulo fiel y puedes seguir siéndolo cuando regreses a tu hogar… Pero no solicito esto de mis mensajeros. Ellos lo han abandonado todo para seguirme… Si quieres ser ordenado como *shiv'îm*, deja que otros entierren a los muertos.

El muchacho no respondió y se alejó entristecido.

Otro de los candidatos planteó al rabí:

—Me gustaría ser ordenado como uno de los setenta, pero necesito ir a casa y darles la noticia a los míos…

Jesús replicó con palabra parecidas:

—Si quieres ser un *shiv'îm*, debes estar dispuesto a dejarlo todo y salir a los caminos para anunciar la buena nueva. Mis mensajeros no pueden tener el corazón dividido… Si pones la mano en el arado, no mires atrás.

Me parecieron frases duras y poco realistas. Muchos de los íntimos pensaban constantemente en sus hijos y esposas… Aquel Hombre era verdaderamente extraño.

Después llegó un tercer joven. Se llamaba Matadormo. Era fariseo y muy rico. Pertenecía al gran jurado de Israel: el Sanedrín. Desde hacía tiempo seguía a Jesús y comulgaba con su filosofía. Y preguntó al rabí:

—He cumplido los mandamientos desde mi infancia. ¿Qué más debo hacer para conseguir la vida eterna?

Y el Galileo respondió así:

—Si has cumplido los mandamientos, has hecho bien… Pero la salvación depende de la fe, no de las obras.

Quedé perplejo. Eso no fue lo que dijo en el Hermón, cuando Jasón y yo lo interrogamos. Entendí entonces que todos estamos salvados, hagamos lo que hagamos y pensemos lo que pensemos. El alma es inmortal. No hay salvación porque —sencillamente— todos estamos salvados desde el primer instante. Pero, obviamente, no dije nada. Y el Maestro preguntó a Matadormo:

—¿Crees en el evangelio del reino?

—Sí, Maestro, creo todo lo que me habéis enseñado…

—Entonces, tú, de verdad, eres mi discípulo.

Pero el fariseo no se dio por satisfecho, e insistió:

—Rabí, no quiero ser un discípulo más… Quiero ser uno de los setenta.

Jesús lo miró con dulzura y replicó:

—Te haré uno de mis *shiv'îm* si estás dispuesto a pagar el precio…

—¡Lo haré, Maestro!… ¡Dime!

El Galileo besó los cabellos de Matadormo y le dijo:

—Si quieres ser mi mensajero, regresa a tu casa, vende todo lo que tienes, entrega el dinero a los pobres y vuelve… Entonces tendrás un tesoro en el cielo.

El joven tampoco replicó, y se marchó, desconcertado. Al parecer, sus posesiones eran grandes. El rabí, entonces, comentó con los discípulos que lo rodeaban:

—Observad cuán difícil es para los que tienen riquezas entrar en el reino invisible y alado…

Y precisó:

—Las preocupaciones espirituales no pueden ser compartidas con el interés material… Ningún hombre puede disparar dos arcos a la vez… Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un pagano herede la vida eterna.

Tampoco estuve de acuerdo. Sé que todos los paganos están destinados al Paraíso, al igual que los ateos o los equivocados. Pedro me leyó el pensamiento y planteó al Hijo del Hombre:

—Pero, Maestro, ¿es que los ricos deben ser excluidos del reino?

—No, Pedro —replicó el Galileo—, pero sí los que son esclavos del dinero.

Imaginé que Jesús hablaba en una nueva aproximación a la verdad. Sus palabras —sinceramente— me confundieron.

Y el 19 de noviembre, sábado, se registró otro hecho singular en la gran pradera. Yo, al menos, lo consideré así: extraordinario. Esa mañana llovió torrencialmente. Pero, hacia la octava (dos de la tarde), escampó. Y un bellísimo arco iris se sumó a la ceremonia de ordenación de los setenta, que estaba a punto de celebrarse. Ese día, el sol dio su acostumbrado portazo a las 16 horas, 36 minutos y 46 segundos de un supuesto Tiempo Universal. Los setenta formaron un círculo y se arrodillaron. El Maestro —en el centro— les dirigió unas palabras: «La cosecha es abundante, pero los labradores son pocos… Rezad conmigo para que el Padre Azul envíe más trabajadores a la viña… Estoy a punto de nombraros mis mensajeros… Estoy a punto de enviaros a los judíos y gentiles, como corderos entre lobos… Cuando salgáis a caminar, hacedlo sin bolsa… No saludéis a nadie por el camino… Ocupaos únicamente de predicar la buena nueva: ¡sois hijos de Ab-bā!… ¡Sois inmortales!… Sed sabios como serpientes e ingenuos como palomas…».

Al terminar, Jesús caminó decidido y se situó frente a Abner. Colocó las manos sobre la cabeza del pequeño gran hombre y alzó los ojos al cielo. Las nubes, negras y panzudas, nos miraron, amenazadoras. En esos instantes observé un centelleo azul en las manos del Galileo. Y acto seguido se produjo

una especie de explosión luminosa, también azul, y silenciosa (las palabras no me ayudan) entre las manos del rabí y los cabellos del pequeño gran hombre. Fue todo muy rápido. La «explosión» pudo durar una décima de segundo. Deduje que otros también lo vieron porque —al momento— se levantó un murmullo de asombro. Y Jesús prosiguió la ceremonia. En cada imposición se registró un estallido de luz azul. ¡Pardiez! ¿Qué era aquello? ¡Setenta «explosiones» de luz, todas azules, todas silenciosas! Miré a todos lados. Negativo. No vi nada extraño.

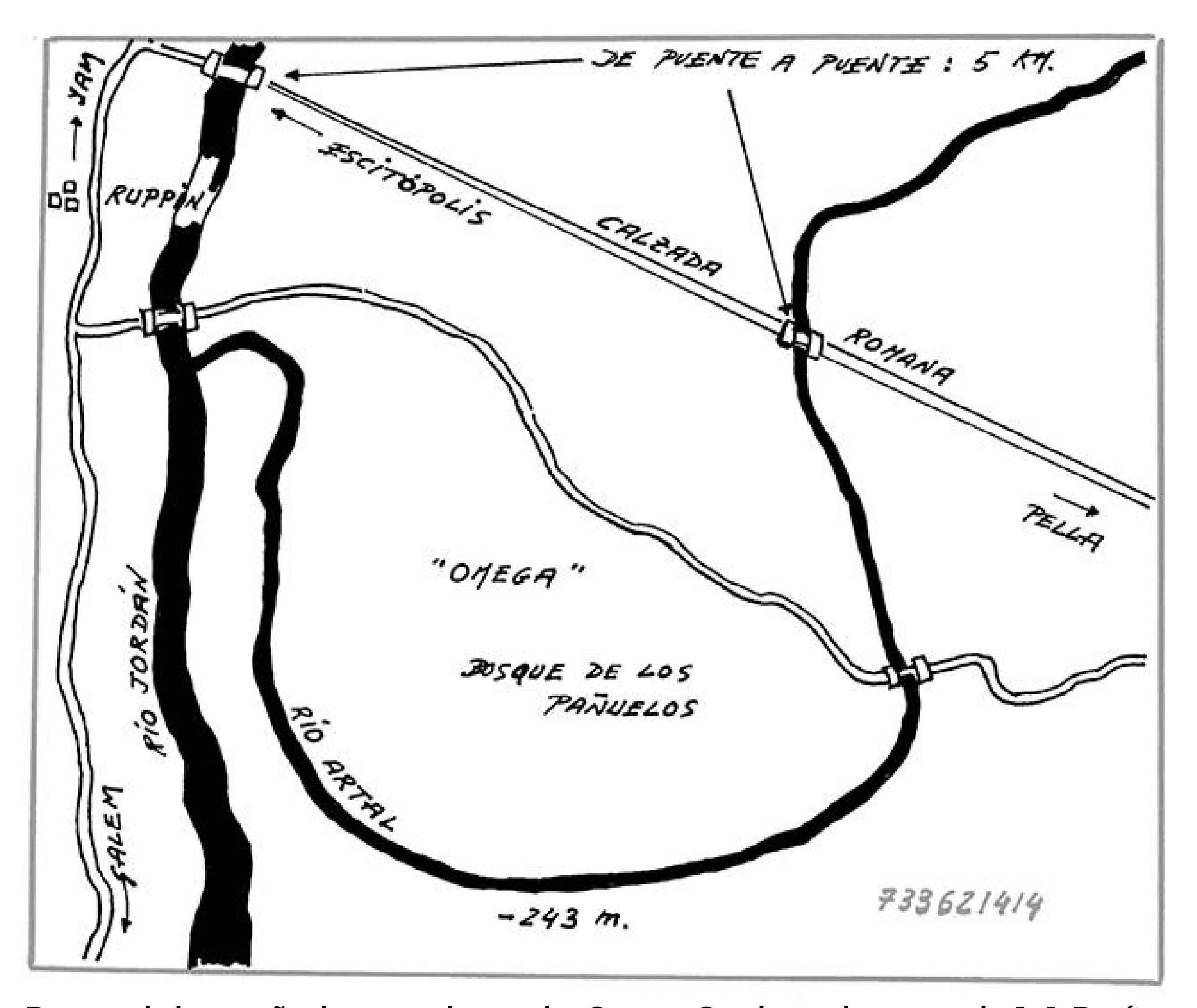
Al día siguiente, domingo, 20 de noviembre (año 29), los setenta partieron hacia la Galilea, Judea y Samaría. Marcharon por parejas. Abner iba al frente del grupo. Al despedirse, el Hijo del Hombre impartió los siguientes consejos:

1. Enseñad que todos los mandamientos se resumen en uno: ama al Señor, tu Dios, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo.
2. Enseñad que ha llegado el momento de la ruptura con los líderes religiosos de Jerusalén.
3. Si la primera casa que seleccionáis como centro de operaciones es digna, morad allí durante toda vuestra estancia en esa ciudad.
4. No perdáis el tiempo en trivialidades sociales. Lo importante es la difusión de la buena nueva.
5. Enseñad que la buena nueva es una hermandad espiritual. Olvidad el poder y la gloria terrenales.
6. Al hablar a los enfermos, olvidad los milagros.
7. El evangelio del reino invisible y alado debe ser predicado a todo el mundo: sean judíos o paganos.

Y a la sexta (mediodía) partieron entre vítores y aplausos. El regreso a la gran pradera fue previsto para los últimos días de diciembre (año 29). Y nos quedamos prácticamente solos.

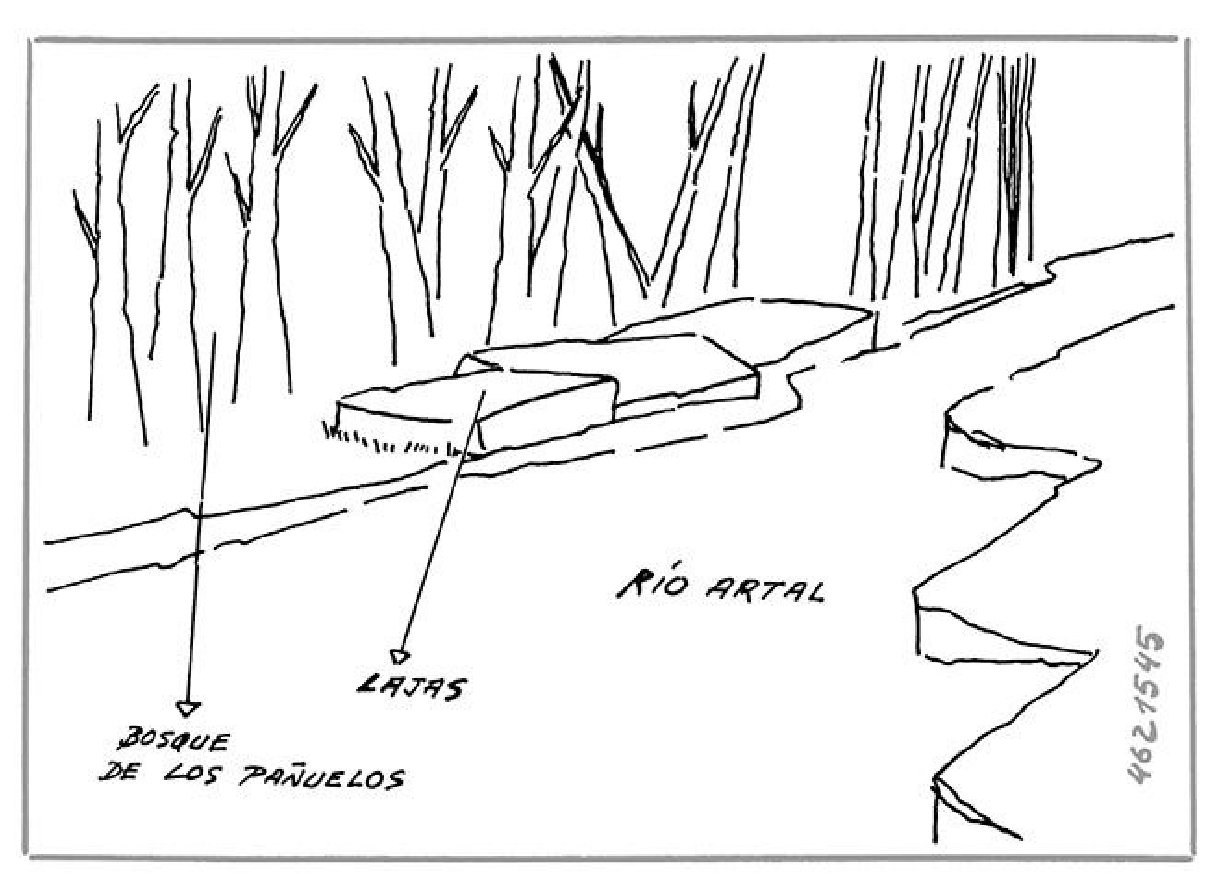
El 24 de ese mes de *kislev* (noviembre) tuvo lugar un eclipse parcial del sol. Según los datos registrados en la «cuna», el porcentaje del disco solar cubierto por la luna fue de un 96 por ciento. Ocurrió a la hora quinta (once de la mañana) y tuvo una duración de cuatro minutos. La temperatura descendió y los insectos y pájaros enmudecieron. La luminosidad se redujo notablemente, alcanzando el nivel de un atardecer. Los discípulos y las mujeres empezaron a gritar y a lamentarse, asegurando que «aquello» no auguraba nada bueno. El Maestro no se hallaba presente; había salido a caminar —en solitario— por las lagunas. «Algo grande se prepara —repetían los íntimos—. Algo grande y terrible». No se equivocaron…

El 6 de diciembre, martes (año 29), partimos hacia Omega. Llegamos al atardecer. Ese día el ocaso se registró a las 16 horas y 33 minutos. Éramos 74. Omega, como ya relató el mayor en sus diarios, era un gigantesco meandro en forma de herradura con un diámetro de 700 metros. Lo formaba el río Artal, uno de los afluentes del padre Jordán por la orilla oriental. Los judíos lo llamaban *Ahari*, pero —popularmente— todo el mundo se refería a él como Omega, por su semejanza con la letra griega. La casi totalidad del meandro se hallaba conquistada por una legión de *davidias*, unos árboles de veinte metros —muy hermanados— de los que colgaban racimos de flores blancas parecidos a pañuelos. La menor brisa las hacía oscilar. En la distancia, uno tenía la sensación de que era saludado por miles de amigos. Jasón lo bautizó como el bosque de los «pañuelos». La *Davidia involucrata* era un árbol originario de China. En una de las orillas —asomadas a las aguas—, aparecía media docena de lajas negras, casi planas, sobre las que lavaban la ropa. Por decisión de Andrés acampamos en el centro del bosque de los «pañuelos», lejos del río. Algo más allá, en las lajas, Jesús fue bautizado por Yehohanan meses atrás. Días más tarde llegarían David Zebedeo y sus correos. Y levantarían otro campamento a poco más de un kilómetro del nuestro, hacia el norte. Fue una copia del hospital de campaña que propiciaron en la playa de Saidan. En cuestión de días, habían reunido a 1500 personas, la mayoría enfermos. Veinte corredores le asistían y seguían cubriendo la totalidad del territorio, llevando y trayendo noticias. Las cosas cambiaron sustancialmente. Ya no era preciso salir a predicar. Las gentes llegaban —a cientos— y se instalaban en los alrededores del campamento. El Maestro hablaba en las mañanas y por las tardes se perdía, en solitario, en el bosque.



Bosque de los «pañuelos», en el meandro Omega. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Y el jueves, 8 de diciembre (año 29), por sorpresa, el rabí anunció que deseaba partir hacia Jerusalén. Los discípulos quedaron desconcertados. El Sanedrín lo seguía buscando. Quería capturarlo y matarlo. ¿Qué necesidad tenía de viajar a la ciudad santa? ¡Era un suicidio! Pero Jesús no prestó atención a los sensatos consejos de los íntimos. Y tampoco aceptó la escolta habitual. Señaló al Oso, a Tomás y a este explorador y, tras recoger lo imprescindible, salimos de Omega. A nuestras espaldas quedaron los comentarios venenosos de Juanito Zebedeo: «El Maestro prefería a un perro griego…».



Río Artal, afluente del Jordán, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Por el camino, el Galileo explicó:

—Quiero dar al Sanedrín otra oportunidad… Quiero que vean la luz antes de que llegue mi hora.

Quedamos perplejos. El Sanedrín no se lo merecía. Eran unos miserables corruptos. Cuando tuvieran constancia de la presencia del Galileo en Jerusalén le echarían mano, lo torturarían y lo ajusticiarían. Lo más probable es que la pena impuesta fuera el apedreamiento o quizá la decapitación o la muerte por la ingestión de fuego. Pero Tomás y el Oso no discutieron con el Hijo del Hombre. Sabían que había tomado la decisión y nada le haría cambiar. Fue un camino silencioso y cargado de malos presagios. Los rostros de los discípulos aparecían graves. ¿Qué nos reservaba el Destino?

Acampamos al atardecer junto a las murallas de Jericó. Allí pasaríamos la noche. Pero, al poco, la noticia de la presencia del «hacedor de maravillas» en Jericó se propagó como un huracán. Y nos rodearon. El Maestro no tuvo más remedio que dirigirles unas palabras de consuelo. Les habló de la gran promesa y del fascinante destino que nos aguarda tras la muerte. Terminada la cena, uno de los presentes preguntó al Hijo del Hombre:

—Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Y el Galileo respondió:

—¿Qué dicen las Escrituras?

El individuo —luego supe que simpatizaba con las castas sacerdotales— replicó:

—Amar a Dios, bendito sea su nombre, y al prójimo…

Y el Maestro contestó con suavidad:

—Dices bien… Si actúas así, eso te llevará a la vida eterna.

Pero el tipo no era de fiar, y siguió presionando al rabí:

—Pero, Maestro, ¿quién es mi prójimo?

Estaba claro que se trataba de una pregunta trampa. La ley de Moisés establecía —con claridad— que el prójimo son «los hijos del pueblo de uno». El resto —según los judíos— eran «perros gentiles». Pero el rabí no cayó en la trampa y contó la siguiente parábola: «Un hombre caminaba desde Jerusalén a Jericó… Y cayó en las manos de los *bucoles*… Fue robado y apaleado y dejado medio muerto en el camino… Al poco cruzó un sacerdote. Vio al herido y pasó de largo… Después llegó un levita… Y se comportó de la misma manera… Desapareció… Un tiempo después acertó a pasar un samaritano. Y, conmovido, atendió al pobre hombre; curó sus heridas con aceite y vino, lo montó en su caballería y lo dejó en una posada. Al día siguiente pagó unos denarios al posadero y le dijo: "Cuida bien de mi amigo… Si lo que gasta es más, yo te lo abonaré cuando regrese"».

Y el rabí preguntó:

—¿Cuál de estos tres fue el prójimo del hombre apaleado?

Cuando el sujeto se dio cuenta de que había caído en su propia trampa, manifestó, astutamente:

—El que fue misericordioso con él.

Pero no pronunció la palabra «samaritano»; estaba prohibida por la ley. Jesús, entonces, replicó:

—Ve y haz lo mismo…

A la mañana siguiente, viernes, 9 de diciembre (año 29), al llegar a las proximidades de Jerusalén, el Maestro, sin mediar palabra, se desvió a la derecha del camino y empezamos a ascender el monte de las Aceitunas o de los Olivos. Me extrañó que no nos detuviéramos en la hacienda de Lázaro, en Betania. Pero así era aquel Hombre: imprevisible. Al llegar al huerto de Getsemaní, nos instalamos junto al lagar. Allí montamos las tres tiendas y prendimos un buen fuego. Hacía frío. Esa noche empezó a nevar delicadamente. Los copos casi no llegaban al suelo. Dimos buena cuenta de la carne seca preparada por Felipe, así como del queso y la fruta, y conversamos

sin prisas en torno a la hoguera. El tema principal me dejó perplejo. Lo planteó Tomás, el incrédulo.

—Maestro, llevo días pensando…

«Malo», me dije. Y Jesús, entrando en mis pensamientos, me miró, divertido. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo se las arreglaba para entrar en las cabecitas? ¡Qué preguntas tan tontas!

—¿Por qué el ser humano —planteó Tomás con absoluta seriedad— tiene que someterse a la voluntad del Padre Azul?

El Maestro esperó algún razonamiento. Pero Tomás se limitó a añadir, sin disimulo:

—¡Es una tiranía!

—¿Por qué dices eso? —intervino Bartolomé, algo nervioso.

Los copos de nieve se hicieron más intensos. Parecían adivinar lo peliagudo de la conversación.

—Se supone que soy libre —replicó Tomás—. ¿Es que no hay otros caminos para alcanzar la felicidad?

—No, Tomás —intervino al fin el Galileo—. No hay otros caminos… El Padre Azul es AMOR y ése es su deseo. ¿No te parece espléndido?

El Oso interrumpió al rabí:

—¿De verdad somos libres?

El Hijo del Hombre dudó. Creo que, una vez más, no encontró las palabras adecuadas. Pero lo intentó:

—La libertad —sentenció el Maestro— llegará con el conocimiento… Ahora no lo tenéis.

—O sea —resumió Tomás—: no somos libres…

Jesús negó con la cabeza y el Oso puntualizó, casi para sí:

—Mañana… Mañana seremos libres…

—Mañana —concedió el Galileo—. Ahora estáis bajo «contrato»…

—¿Y qué pasa si me niego a hacer la voluntad de Ab-bā?

Tomás era tozudo como una mula.

Jesús extendió las palmas de las manos hacia el fuego y reflexionó unos segundos. Después proclamó, rotundo:

—Perderás el tiempo y el universo te dará la espalda…

—Me pregunto por qué tengo que adorar a nadie —insistió Tomás—. A Dios, bendito sea su nombre, no lo conozco…

—Porque piensas —terció el Galileo—, porque piensas… Y no te preocupes: ya lo conocerás… a su debido tiempo.

Dejó que los copos cayeran en la palma de su mano izquierda y los mostró. Después añadió:

—El copo de nieve (tú, Tomás) no sabe de dónde viene.

Y el Maestro se llevó los copos a la boca, saboreando el frío.

—¿A qué sabe Dios, bendito sea su nombre? —planteó el Oso al ver el gesto del rabí.

Jesús rió, divertido. Y replicó:

—¿A qué sabe el amor?

—A todo… —se adelantó Tomás—. Sabe a todo.

—Pues eso —concluyó el Galileo—. El amor sabe a todo…

Cuando nos retirábamos a las tiendas probé —a escondidas— el sabor de los copos de nieve… No me dijo nada.

Copos azules

El viernes y sábado, 9 y 10 de diciembre (año 29), fueron días grises y fríos.

Siguió nevando con intensidad. Jerusalén —desde la cima del monte de los Olivos— apareció blanca y luminosa. Y la nieve templó los ánimos.

Ese viernes, temprano, Jesús acudió al atrio de los Gentiles, en el Templo de Jerusalén. Como digo, nevaba copiosamente. Y fue directo a las escalinatas que rodeaban el Templo propiamente dicho. Allí se sentó y esperó. En las manos acariciaba una hermosa naranja. El atrio se encontraba vacío. Ni un alma. Era lógico. El mal tiempo estaba desluciendo la fiesta de la Hanukah. En diciembre, los judíos festejan la liberación del Templo por Judas Macabeo (164 a. de J. C.). Aquel año, un rey llamado Antíoco IV Epífanes —en su afán por helenizar Israel— llegó a convertir el Templo en un gimnasio. La gente se echó a la calle, horrorizada, y se produjeron revueltas. Judas Macabeo, también conocido como el *Martillo*, logró entrar en el templo y lo purificó. Y contaba la tradición que, al entrar en el Templo, Judas sólo encontró aceite sagrado para un día. Pues bien, en esos momentos se registró un prodigio parecido al de la harina de Elías o a la multiplicación de los panes y los peces en la gran pradera: el aceite contenido en el pequeño recipiente —que se utilizaba para prender las candelas de la *menorá* o candelabro de los siete brazos— se multiplicó misteriosamente y sirvió para alumbrar durante ocho días. Así nació la fiesta de la Hanukah o Januká: el milagro de las luces, aunque algunas escuelas rabínicas hablaban de otro origen. Aseguraban que la fiesta nació con Adán. «Cuando el primer hombre —decían— observó que los días se hacían más cortos, pensó que se debía a sus muchos pecados». Adán, entonces, hizo penitencia y ayunó durante ocho días. Fue entonces cuando comprobó que los días empezaban a ser más largos, y lo celebró durante ocho días. Sea como fuere, lo cierto es que, en diciembre, al llegar la Hanukah, el Templo era especialmente iluminado. Se prendía una *menorá* de nueve brazos —a la que llamaban *janukía*— y el fuego de sus candelas servía para iluminar el resto del Templo y la ciudad. Plazas, calles, casas, establos y tabernas eran iluminados durante esos ocho días. La costumbre era prender una vela por cada miembro de la familia, incrementando el número de candelas noche a noche. Era también la fiesta de la música. Cada barrio tenía

su propia banda. Al atardecer, los platillos metálicos sonaban por toda Jerusalén. Y recorrían las calles hasta el alba. Imposible dormir… Pero los grandes protagonistas eran los niños. Recibían regalos, cantaban y se celebraban numerosos concursos. El juguete preferido —y típico de ese mes de diciembre— era el *zevivon*, una peonza de madera con la que jugaban y hacían *conan* (apostaban).

Varias patrullas de levitas pasaron a nuestro lado, pero no reconocieron al silencioso rabí. La nieve cubría sus cabellos y el manto con el que se protegía del frío. El Oso y Tomás se acomodaron en los escalones, cerca del Maestro. Yo, sencillamente, me dediqué a observar. Y así transcurrieron dos horas. Hacia la sexta (mediodía), nos retiramos a Getsemaní. El atrio de los Gentiles continuaba desierto. La nevada se convirtió en una cortina blanca que nos obligó a caminar con lentitud.

Al día siguiente, sábado, 10 de diciembre, retornamos al Templo. Pero el panorama fue idéntico, o peor. En el atrio no había un alma, salvo los obligados levitas. Las losas del pavimento aparecían cubiertas con más de treinta centímetros de nieve. Los levitas se esforzaban por retirarla, pero el trabajo era inútil. La nieve seguía cayendo y cayendo… Jesús comprendió que tampoco podría predicar esa mañana y, al poco, decidió regresar al campamento, en Getsemaní. Fue un día en blanco (por dentro y por fuera), en el que Jesús y los discípulos sólo hablaron de trivialidades.

Y el domingo, 11 de diciembre (año 29), el Maestro optó por retornar al meandro Omega. Recogimos el campamento y descendimos del monte de las Aceitunas. Seguía nevando con tozudez. Pero, al llegar a la senda que unía Jerusalén con Betania, el Maestro —sin dar explicaciones— giró a la derecha y entró en la ciudad por la puerta de la Fuente. Los discípulos se miraron, intrigados. ¿Qué se proponía? ¿Deseaba saludar a alguien? ¿Quería volver al Templo? Y el Galileo caminó, decidido, hasta llegar a un pozo cercano. Allí, sentado en el brocal, agitaba una pequeña jarra de hierro un conocido mendigo. Era ciego. Lo había visto en diferentes oportunidades. Siempre se sentaba en el mismo sitio y cantaba con voz cansada: «¡Oh, corazones bondadosos!… ¡Haced méritos ayudando al ciego!». Uno o dos ases se agitaban y clamaban en el interior de la jarrita. Pero nadie prestaba atención. Jesús se acercó al hombre y permaneció unos segundos frente a él, en silencio. La nieve había cubierto la calva y los harapos del mendigo. El ciego podía tener la misma edad que el Galileo: alrededor de treinta y cinco años. Y el Oso —ajeno a las intenciones del Hijo del Hombre— preguntó:

—Maestro, ¿quién pecó para que este hombre naciera ciego?: ¿él o sus padres?

Pero Jesús no respondió. Los escribas enseñaban que la ceguera —especialmente la de nacimiento— era la consecuencia de los pecados del padre o de la madre e, incluso, del feto (!). Después, el rabí preguntó al mendigo:

—¿Cómo te llamas?

—Josías —respondió el hombre, al tiempo que agitaba la jarra con más fuerza—. Mi nombre es Josías…

—¿Desde cuándo eres ciego? —siguió interrogándolo el Maestro.

—Desde siempre —replicó Josías sin dejar de agitar las monedas en el interior de la jarrita de metal. Y volvió a cantar: «¡Oh, corazones tiernos!… ¡Haced méritos ayudando al ciego!»—. Nací ciego —prosiguió—. Mi padre fue un gran pecador…

Jesús no hizo ningún comentario. Se colocó en cuclillas, apartó la nieve del suelo y tomó un poco de tierra con la mano derecha. Después —siempre en silencio— escupió sobre la arcilla depositada en dicha mano. Los discípulos se miraron, intrigados. La nevada no daba tregua. Y el rabí procedió a mezclar la tierra con la saliva y la nieve. Acto seguido se incorporó, tomó un poco de barro con los dedos de la mano izquierda y lo llevó al párpado derecho del ciego. Josías, alarmado, preguntó:

—¿Qué haces?

Y el Galileo se limitó a susurrar, mientras extendía el barro —cuidadosamente— sobre el referido párpado:

—¡Tranquilo!… Ahora verás la gloria de Dios…

¡Y ya lo creo que la vio!… Después repitió la operación, embadurnando el segundo ojo. Al terminar, le dijo a Josías:

—Ahora vete al estanque de Siloé y lávate los ojos… El Padre Azul te ha bendecido.

Pero el ciego dudó. Y fueron Bartolomé y Tomás los que le animaron a buscar la piscina de Siloé, ubicada muy cerca, al sur de la ciudad. Josías —refunfuñando— se bajó del pozo y empezó a caminar con el brazo izquierdo extendido, agitando la jarrita de metal, y cantando lo de siempre: «¡Oh, corazones tiernos…!». Obviamente, no recuperó la vista; no en esos momentos. Y se perdió entre millones de copos de nieve.

El Maestro no dio ninguna explicación. Buscó el petate y la tienda de pieles, los cargó al hombro y nos invitó a que lo siguiéramos. Así lo hicimos, cada vez más intrigados. ¿A qué obedecía aquella ceremonia? ¿O no lo era?

Me hubiera gustado acompañar al ciego al estanque. Pero tenía que elegir. Y opté por seguir al misterioso rabí.

Salimos de Jerusalén y nos dirigimos a Jericó. Desde allí caminaríamos hasta Omega. Y al dejar atrás la ciudad santa, Jesús —que no había olvidado la pregunta de Bartolomé— respondió:

—Josías no nació ciego por culpa del pecado… Nació ciego para mayor gloria de Ab-bā.

No entendimos, obviamente… Minutos después, cuando habíamos recorrido poco más de un kilómetro desde la puerta de la Fuente, sucedió algo imposible. ¡La nevada dejó de ser blanca!… ¡Pardiez! ¡Los copos eran azules! No podía creerlo… El Galileo, en cabeza, no se detuvo. Pero los discípulos y yo —asombrados— contemplamos el extraño fenómeno, dejamos que los copos se posaran en las palmas de las manos y los examinamos, incrédulos. ¡Azules!… ¡Azules y octogonales, como los observados por Jasón en Caná! ¿Nos estábamos volviendo locos? La nevada «azul» se prolongó durante cuatro o cinco minutos. Después dejó de nevar. Llegamos al meandro Omega sin mayores problemas. Dos días más tarde, los correos de David Zebedeo trajeron noticias procedentes de Jerusalén. A saber: el tal Josías había recuperado la vista. Cuando el rumor se extendió por la ciudad, el Sanedrín convocó al mendigo y lo interrogó. En efecto, muchos de los sanedritas lo conocían, pero lo conocían ciego. ¿Cómo era que había recuperado la vista? El mendigo contó lo siguiente: un hombre le habló, le preguntó quién era y, acto seguido, le embadurnó los párpados con arcilla. Después le dijo que acudiera al estanque de Siloé y lavara los ojos. Josías no sabía quién era aquel hombre. Se acercó a las célebres piscinas, lo ayudaron a lavarse, y recuperó la vista al instante. «Todo se volvió azul —manifestó a las castas sacerdotales —. También la nevada…». El Sanedrín llamó a los padres del mendigo y los interrogaron. Pero los ancianos no sabían nada. Las sospechas —naturalmente — recayeron en Jesús de Nazaret. Y los sanedritas rabiaron…

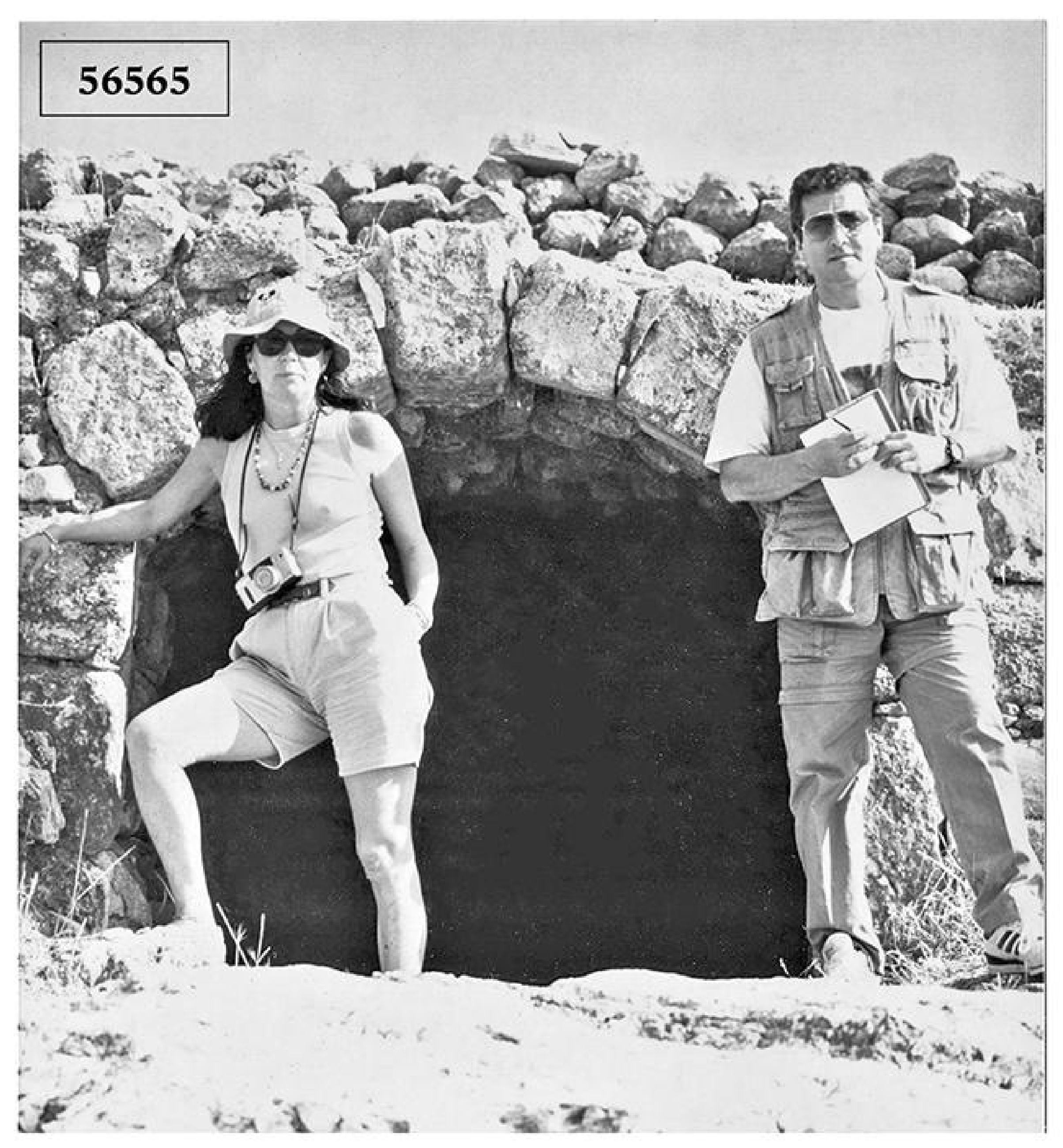
¡Cuidado, víbora!

Andrés lo dispuso todo con su habitual minuciosidad. La gira por la Perea no podía fallar. Los discípulos eligieron a cincuenta nuevas evangelistas. Ya eran sesenta y una. Fui incapaz de retener sus nombres. Y el 13 de diciembre del año 29, martes, levantamos el campamento y nos dirigimos al sur. La experiencia —como comenté— se prolongaría durante tres meses. Recorrimos decenas de pueblos y ciudades. Sumé ochenta y cinco. Los discípulos se tranquilizaron. La Perea era un territorio administrado por Herodes Antipas, pero la mano negra del Sanedrín no llegaba tan lejos… Los seguidores, como siempre, se dividieron en grupos. Cada discípulo se responsabilizó de veinte. Las mujeres, Felipe y los gemelos de Alfeo permanecieron junto al Hijo del Hombre. El Maestro fue visitando los grupos poco a poco.

Y el 14 de diciembre, miércoles, alcanzamos el caserío de Beit Ids. Al atardecer acampamos frente al *nuqrah*, el hogar del *sheikh*. «El guapo que, además, piensa» se hallaba ausente. Había acudido a la costa del Mediterráneo, a su cita anual con la mar: su «noche de bodas» con las olas. Y Jesús decidió descansar unos días en aquellos queridos parajes. Visitó la cueva de la llave y ascendió —en solitario— a la colina «778», también conocida por los *badu* (beduinos) como el monte de la oscuridad. Allí, meses antes, tomó grandes decisiones, previas a su vida pública o de predicación. «Debo hablar con mi Padre», dijo antes de partir.

Esa noche pensé de nuevo en la niña salvaje. Al mayor le había arrebatado el cilindro de acero, con las muestras biológicas de Jesús y su familia carnal, y a mí la vara de Moisés. ¿Podía tratar de encontrarla? Lo dudé. Ya lo intenté —inútilmente— meses atrás… Pero la idea siguió picoteando en mi mente. Casi no pude descansar. Y al alba tomé la decisión: peinaría de nuevo las colinas…

El 15, jueves, fue una jornada estéril y agotadora. El frío, además, era importante. Al retornar al campamento cené algo y me refugié en la tienda, francamente decepcionado. No había forma de localizar a la salvaje. Es más: pensé que quizá había muerto. Y di por perdidos el cilindro y la vara. Pero la idea siguió revoloteando en mi mente: tenía que buscarla…

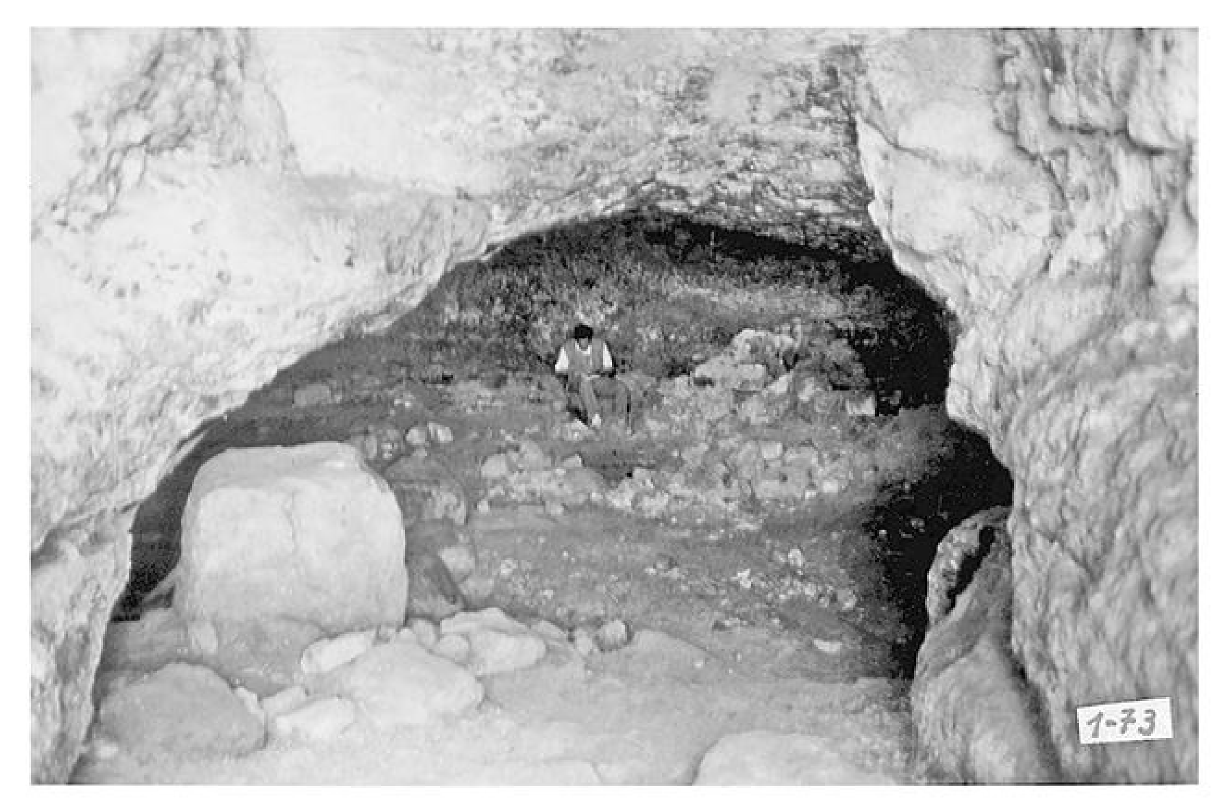


Blanca y J. J. Benítez en la boca de la cueva de la llave. (Foto: Iván Benítez).

El viernes, 16 de diciembre (año 29), amaneció a las 6 horas, 30 minutos y 8 segundos (TU). Y, temprano, me afané en el rastreo de los olivares y cañadas. Negativo… Ni rastro de la niña salvaje. Ascendí a las colinas «551», «661», «800», «754», «640» y «481», según las denominó Jasón. Negativo y negativo. Y, agotado, dejé la «778» (la de la oscuridad) para otra ocasión. ¡Pardiez!… ¡El cielo me iluminó!… Y hacia la nona (tres de la tarde) —no sé por qué—, los pasos me condujeron hacia la cueva de la llave o del retiro, como la designó el mayor. Me sentía cansado. Consulté el sol. El portazo se registraría hacia las 16 horas y 35 minutos. Tenía tiempo. Descansaría un poco y regresaría al campamento. Yu seguía extrañado con mis —

aparentemente— inexplicables ausencias. ¿Merecía la pena tanto esfuerzo? Y recordé las palabras del general Curtiss: «… *¡Ultra fidem!*… ¡No vuelvas sin el cilindro de acero!»… ¡Pardiez! ¿Qué debía hacer? Y, mecánicamente, quizá para matar el tiempo, me dediqué a reunir algunos trozos de madera. Era la vieja tola blanca, utilizada en la primera y fallida construcción del barco-templo del *sheikh*. Acaricié las tablas. Eran suaves y livianas. Las llamaban *agba*. Y me procuré un buen fuego. Los cielos, sin duda, acudieron en mi ayuda. Fui a recostarme en una de las paredes de la gruta e intenté pensar. Las llamas —rojas y azules— danzaron para mí. Pero, al poco, el cansancio me venció. Y empecé a dar cabezadas. Lentamente caí en un profundo sueño. ¿O no fue tal? De pronto, en mitad del supuesto sueño, vi asomarse a alguien por el túnel de entrada a la cueva… ¡Pardiez!… El fuego la iluminó. ¡Era la niña salvaje!… Y se aproximó, cautelosa. No había duda. Era una niña de unos doce años, completamente desnuda, con un cabello negro y largo, hasta la cintura, y el cuerpo repleto de cicatrices y de bultos. Recordaba lo escrito por el mayor: «… parecían nódulos subcutáneos que me hicieron sospechar algún tipo de enfermedad; quizá una neurofibromatosis (¿enfermedad de Von Recklinghausen?)». Los bultos, derivados de los nervios subcutáneos, podían estar afectando al sistema neurológico. En otras palabras: la niña sufría algún tipo de desequilibrio mental. Y se fue acercando. Los ojos —muy azules— chispeaban. Carecía de pecho. El sexo era inconfundible. Entonces se arrodilló a mi lado y olisqueó la túnica… ¡Pardiez!… ¡Del cuello colgaba el cilindro de acero!… La niña deslizó la mano bajo la ropa y me registró. Al llegar al *saq*, palpó los genitales. En ese instante abrí los ojos (?) y, rápido, eché mano del cilindro. La niña —sorprendida— se puso en pie y la frágil cuerda de la que colgaba el contenedor se rompió. Y la salvaje —veloz— dio un salto y huyó hacia el túnel. Cuando acerté a perseguirla, algo me detuvo. En la boca de la cueva distinguí una figura. La luz amarilla del atardecer la iluminaba. La reconocí. ¡Era la maldita bruja de Beit Ids, la *faqireh*! La llamaban Nasrah. Era la primera esposa del *sheikh*. Envolvía el delgado cuerpo con un *thob'ob*, una larga tela negra bordada en oro. El collar de plata lanzaba destellos. Y, de pronto, levantó el bastón y gritó, amenazante, en árabe:

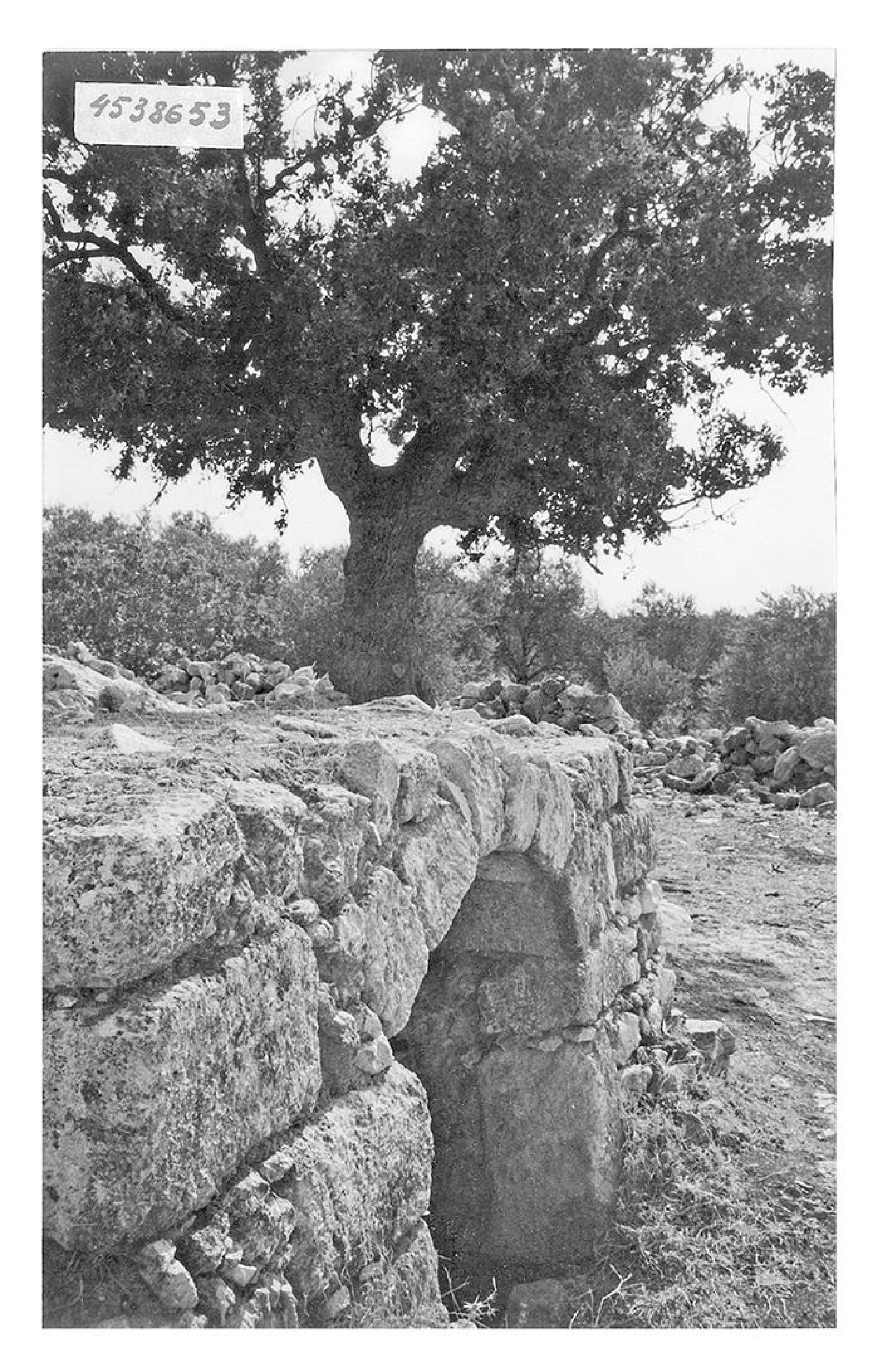
—*¡¡Jatr, lefca!!*



J. J. Benítez en el interior de la gruta de la llave, en la que permaneció el Maestro durante treinta y nueve días. (Foto: Iván Benítez).

Y la vi desaparecer. La *faqireh* había dicho: «¡Cuidado, víbora!».

Yo, confuso, reparé entonces en algo que sostenía en la mano derecha: ¡el cilindro de acero!… ¡Pardiez!… ¡Lo había conseguido!


4538653

Entrada a la cueva del retiro, en las proximidades de Beit Ids (actual Jordania). (Foto: Iván Benítez).

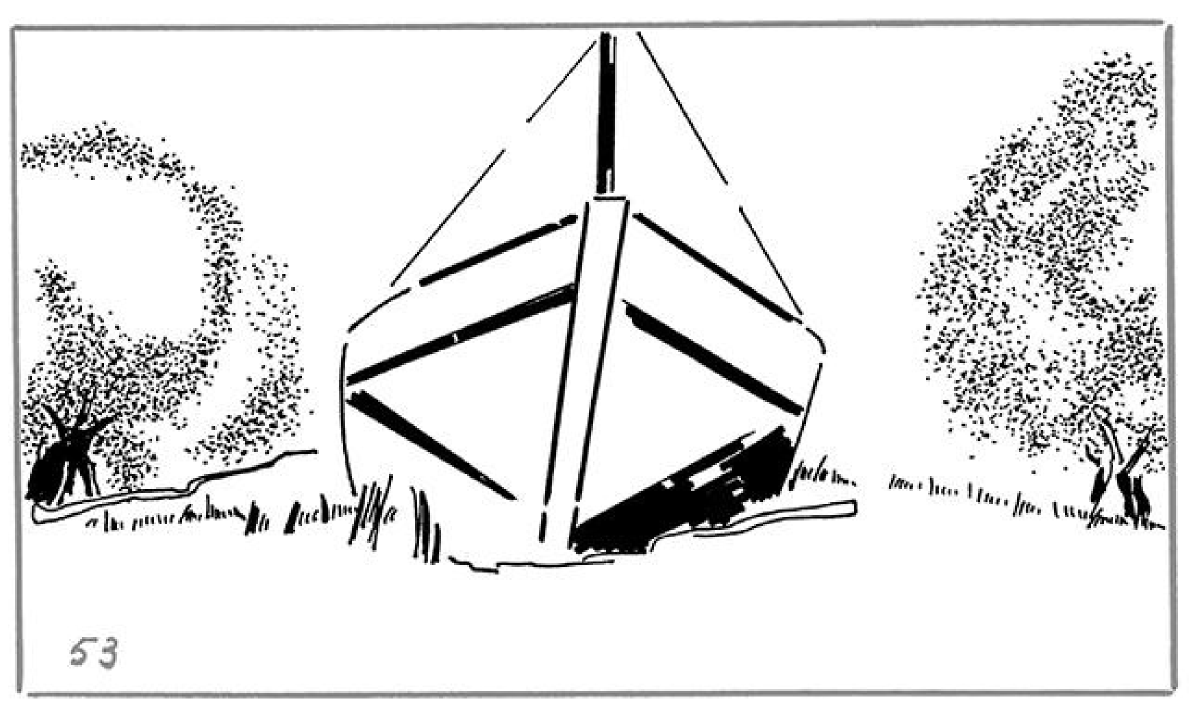
Faq

No fue un sueño, evidentemente… Y allí mismo, en la cueva, abrí el cilindro de acero. No había sido abierto. No hubieran sabido cómo activar el mecanismo de apertura… Es más: creo que la niña salvaje no tenía idea de la razón de ser de aquel pequeño contenedor. Las muestras biológicas del Maestro y de su familia carnal se hallaban intactas. ¡Pardiez!… ¡Qué suerte!

Al día siguiente, sábado, 17 de diciembre (año 29), el Galileo rogó a los suyos que lo acompañaran. El Maestro cargó un pequeño saco y una pala y nos encaminamos a la colina «575», muy cerca de Beit Ids. Allí, en lo alto de la loma, rodeado de olivos, aparecía el barco-templo. ¡Pardiez!… ¡Lo habían terminado! ¡Qué maravilla! El barco alcanzaba ocho metros de eslora. «¡Un barco en mitad de la nada! —exclamaban los discípulos y las mujeres—. ¡Un barco que nunca navegará!». Ellos no conocían la historia de la embarcación. Yo la había leído en los diarios de Jasón. El «guapo que además piensa» se enamoró un día de la mar. El movimiento de las olas lo obsesionó de tal forma que decidió levantar un templo a su amada. Y pensó en un barco; sí, un barco en mitad de los olivares… Cuando el Maestro visitó Beit Ids, el *sheikh* y Él llegaron a un acuerdo. Y Jesús inició la construcción de Faq («Despertar»); así se llamaba el barco. Pero el rabí abandonó la cueva de la llave y el barco quedó en manos de otros *naggares* o carpinteros de ribera. Y lograron terminarlo. En la popa había sido pintado el nombre. El Galileo rodeó el barco y lo inspeccionó con evidente satisfacción. Era lo que Él había diseñado. Saltó a la cubierta y acarició el delgado y tímido mástil. ¿Qué se proponía? ¿Por qué estábamos allí? El barco, armado con tola blanca, fue pintado en azul y rojo. Disponía de todos los aparejos. Estaba listo para partir hacia ninguna parte (que es la mejor forma de partir). El mástil —de dos metros— le daba categoría. Parecía un barco muy marinero… Y todos, como digo, se hacían la misma pregunta: «¿Por qué un barco en lo alto de una colina?». Y hacia la quinta (once de la mañana), el Maestro se dirigió al pequeño saco, lo abrió y extrajo a un viejo conocido: ¡el vástago de olivo! Quedé perplejo. ¡Era el vástago que Jasón y yo le regalamos en el monte Hermón para su 31 cumpleaños! Fue un encargo del general Curtiss. Al descender a Nahum, el Galileo lo plantó en uno de los parterres de la llamada

«casa de las flores», donde vivían la madre, Ruth y su hermano Santiago (casado con Esta). No supe cuándo lo sacó del parterre. Y el Hijo del Hombre —con el vástago y la pala en las manos— se paseó alrededor de Faq. Aparecía silencioso y pensativo. Dudó varias veces. Los discípulos y las evangelistas lo seguían con la mirada, desconcertados. ¿Qué pretendía? No tardaríamos en averiguarlo. Al poco se situó en la popa de la embarcación —a cosa de tres metros—, depositó el vástago en el suelo, tomó la pala e inició la excavación en la tierra roja. Andrés hizo ademán de ayudarle, pero el rabí no lo consintió. Minutos después, satisfecho ante la profundidad del hoyo, depositó el retoño de olivo en el fondo del boquete y procedió a cubrirlo con la tierra sobrante. Cuando casi estaba terminada la plantación, Jesús se detuvo. Sudaba. Y me buscó entre los asistentes. Me entregó la pala y me invitó a concluir la ceremonia. Así lo hice, encantado. Y así fue sembrado el vástago de olivo, símbolo de la paz entre dos mundos… Fue sembrado cerca de la popa del barco, y no por capricho. Entendí. «Primero hay que despertar; después llega la paz…». Y el Príncipe Yuy —como llamaban los *badu* (beduinos) al Hijo del Hombre— entonó su canción favorita: «Dios es ella…». Podía ser la hora sexta (mediodía).

Sí, fue otra jornada emocionante… Una jornada que también fue ignorada por los mal llamados «escritores sagrados».



Faq («Despertar»), entre los olivos de Beit Ids. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

«No huiré frente al enemigo»

El 30 de diciembre del año 29, viernes, retornamos al campamento de Omega, en el río Artal. En esos días —que yo sepa—, salvo el caso de Josías, el ciego de nacimiento, no se registró prodigio alguno. Los setenta regresaron eufóricos. Todo había salido bien. Mucha gente, en la Galilea, Samaría y Judea, abrió sus corazones y solicitó información sobre el Padre Azul. Ése sí era un Dios de lujo: regalaba la inmortalidad a cambio de nada. El Maestro escuchó, sonriente, las aventuras y experiencias de los *shiv'îm*. Se le notaba feliz. No tuve duda. La idea de los setenta superevangelistas fue acertada. «El mensaje del Maestro —pensé— ha quedado en buenas manos». Nuevo error…

A la hora de la cena, el Hijo del Hombre elevó la mirada hacia las estrellas y proclamó, casi en éxtasis:

—Te agradezco, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, que hayas ocultado estas verdades a los sabios y a los hipócritas y se las hayas manifestado a los humildes… Me alegro al saber que la buena nueva se extenderá por todo el mundo, incluso cuando yo me haya ido… Sólo tú sabes quién soy…

Creo que comprendieron a medias… Y el rabí continuó:

—Muchos profetas y muchos grandes hombres desearon ver y oír lo que vosotros estáis viendo y oyendo…, pero no les fue concedido. Muchas generaciones futuras os envidiarán por ello.

Jesús, entonces, me miró. Y supe que su mensaje también estaba destinado a «mi mundo». Fue, sin duda, una jornada feliz para el Galileo. Le quedaban pocas…

El 3 de enero del 30 (el fatídico año 30), martes, la nueva gira de predicación por la Perea estaba prácticamente diseñada. Andrés y Abner, el pequeño gran hombre, hicieron un excelente trabajo. Los setenta, de nuevo, serían la avanzadilla.

En esos días de enero se registraron algunas novedades que tampoco fueron consignadas por los cuatro evangelistas. A saber: Perpetua, la esposa de Pedro, se unió al grupo de las mujeres evangelistas. Los hijos quedaron al cuidado de la suegra. Fue recibida con vítores y aplausos. Al fin comprendía

la labor de su marido y del grupo. Según las informaciones de *Caballo de Troya*, cuando Pedrito fue crucificado —boca abajo— en la ciudad de Roma (año 64), Perpetua (que siguió a su marido por todas partes) fue arrojada a los leones. ¡Qué gran mujer! Después llegaron Zaku, la esposa de Felipe, siempre mordaz y desenfadada; Mela', la bella y silenciosa esposa de Mateo Leví, y Salomé, la madre de los Zebedeo. Esta última nos puso firmes a todos.

A partir de esos momentos, las 65 mujeres evangelistas dedicaron su atención a los enfermos allí por donde pasábamos. En esos tres meses (enero, febrero y marzo), como ya indiqué, visitamos 85 ciudades y pueblos de la Perea y de la Decápolis. Necesitaría diez libros para detallar lo dicho por Jesús en esos territorios… Me he limitado a destacar lo más sobresaliente.

La verdad es que la nueva gira fue un éxito… en algunos aspectos. En otros fue triste y lamentable… Muy triste. La población —pagana en un 90 por ciento— recibió las enseñanzas del Maestro con incredulidad y sorpresa. Y se preguntaban, con razón: «¿Todos somos realmente hermanos? ¿Los ricos y los pobres? ¿Los judíos y los gentiles? ¿Los esclavos y los hombres libres? ¿Los hombres y las mujeres? ¿Somos inmortales? ¿Y qué pasa con los malvados?».

La gira se inició —oficialmente— el 3 de enero (año 30). En esta ocasión sí se registraron prodigios. ¡Y qué prodigios! Pero debo contenerme e ir paso a paso… Ya casi no era necesario que el Maestro se dirigiera a la multitud. Lo hacían los discípulos y los setenta. Por las tardes, el rabí se sentaba frente a la gente y respondía —gustoso— a todas las preguntas. Como en otras oportunidades, los *shiv'îm*, dirigidos por Abner, encabezaron la gira, predicando por parejas en las diferentes aldeas y ciudades. Jesús se trasladaba de un lugar a otro, supervisando el trabajo de los setenta. A mediados de enero (año 30), eran más de mil los seguidores que perseguían al Galileo. La mayoría —como siempre— sólo buscaba remedio para sus males o un poco de distracción.

El 14 de enero, sábado, acampamos cerca de Pella, en la Decápolis. Esa tarde-noche fue diferente. Entre los congregados cerca del campamento se hallaban trescientos fariseos, llegados desde Jerusalén. Trescientos enemigos del Galileo. El Hijo del Hombre lo sabía y les dirigió unas palabras que —por supuesto— no olvidarían…

—Lo he dicho muchas veces —arrancó el rabí con valentía y señalando a los «santos y separados»… ¡Guardaos de la levadura de los fariseos!… ¡Guardaos de su hipocresía, nacida de los prejuicios y alimentada por una tradición esclavizante!…

El silencio era sepulcral.

—Aunque algunos de estos fariseos —prosiguió el Maestro— sean mis discípulos, no os engañéis… ¡Pronto, muy pronto, lo que nuestros enemigos traman en secreto terminará saliendo a la luz!… Pero yo os digo: ¡no temáis!… Ellos tratarán de destruir al Hijo del Hombre…, ¡pero resucitará!

Los fariseos se revolvieron, indignados. Y el rabí terminó:

—Pero no os preocupéis… Nada escapa al Padre Azul. ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Cuando esos pájaros están en libertad, Ab-bā los cuida, uno a uno… Para los ángeles custodios, hasta los cabellos de vuestras cabezas están contados… ¡No temáis a nadie! ¡Limitaos a hacer la voluntad del Padre Azul!… Por supuesto, no huiré frente al enemigo.

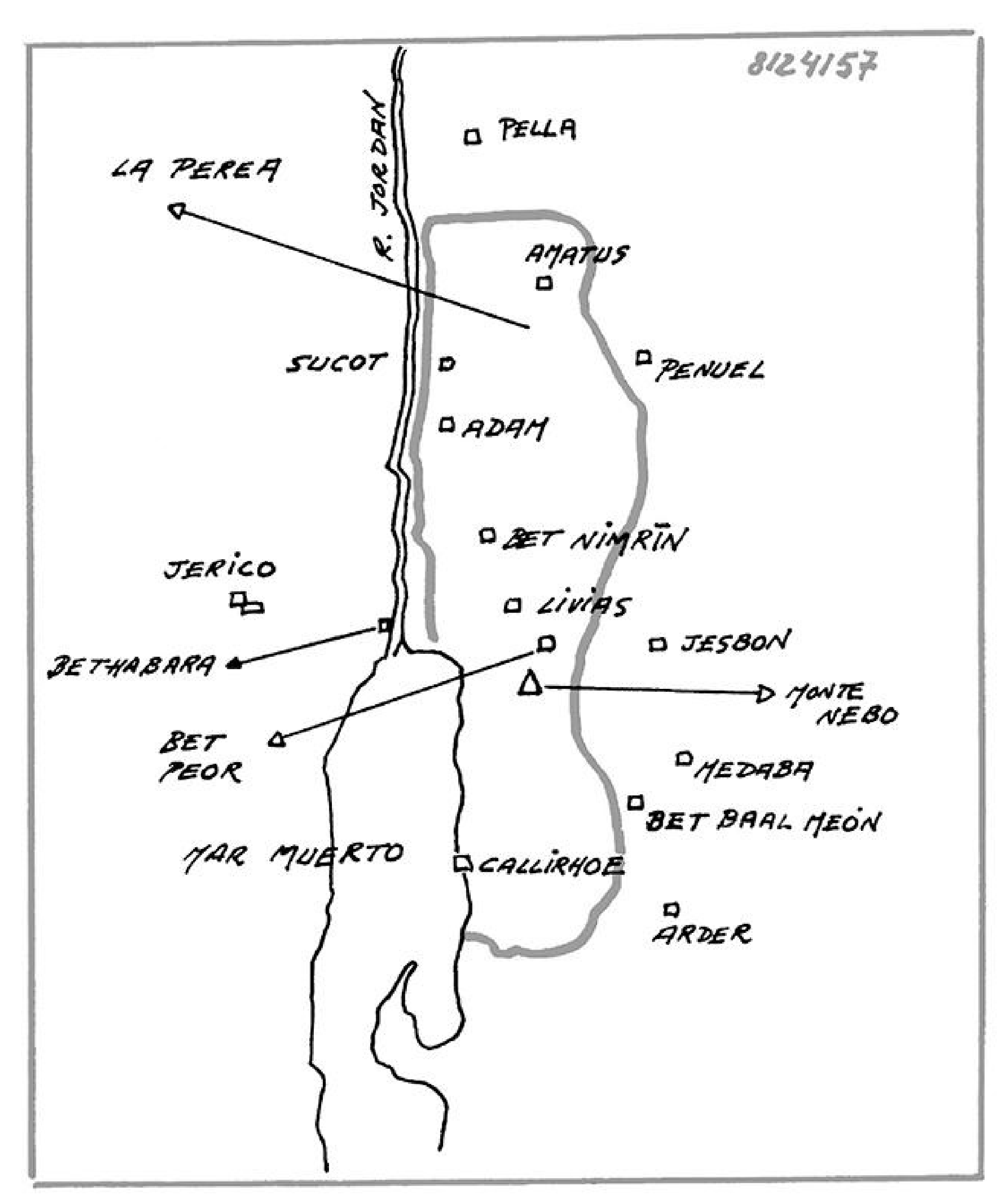
Los trescientos fariseos —como un solo hombre— se levantaron y procedieron a rasgar sus vestiduras. Era una forma —violenta— de manifestar su rechazo. Lo llamaban *keria*. Agarraban la túnica por el cuello (*beit hatzavar*) y tiraban con fuerza hacia abajo (nunca hacia los lados). «Mal asunto», me dije… Aquellos individuos eran vengativos. No perdonaban ni olvidaban.

La calabaza amarilla

El Maestro era sorprendente. Tanto si hablaba como si guardaba silencio. Aquel jueves, 19 de enero (año 30), volvería a dejarme sin habla… Ocurrió en un lugar remoto llamado Beth Nimrin, a cosa de una hora al este del río Jordán. Nos hallábamos de «inspección». Beth Nimrin era una aldea levantada en pleno desierto. Puro adobe y pura miseria. Se hallaba a 300 metros por debajo del nivel del mar. En sus cuatro «calles» encontré miradas perdidas, timidez, niños desnutridos, burros hambrientos con los remos delanteros trabados y recelo, mucha desconfianza. La pobreza era endémica. Por allí no pasaba nadie. Sólo el viento, y siempre cabreado.

Acampamos a las afueras y, hacia la nona (tres de la tarde), Felipe se vio en la necesidad de acudir a uno de los manantiales que surtían la aldea. Faltaban dos horas para el portazo del sol. Jesús quiso acompañar al intendente. Ambos cargaron sendos odres de piel de cabra y se dirigieron a la fuente. Al salir del campamento, el rabí hizo un gesto, indicando a la *tabbah* que su presencia no era necesaria. Pedro y Santiago obedecieron. No así Juanito Zebedeo, que se fue tras el rabí. Yo me uní al grupo. La intuición avisó: «¡Ojo!…». Y, al instante, me reproché: «Estamos en el fin del mundo… ¿Qué puede suceder en un sitio como éste?».

La fuente —lo que los *badu* llamaban *guelta*— era una simple y mísera charca, encajonada entre rocas blancas y aburridas. Un manantial subterráneo la mantenía viva. Al llegar encontramos a una mujer. Se hallaba arrodillada en la orilla. Intentaba llenar una enorme calabaza ahuecada. Nunca la olvidaré… Era una calabaza amarilla.



Algunas de las principales aldeas y ciudades de la Perea. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El Galileo y Felipe saludaron, pero la mujer no respondió. Tenía la cabeza cubierta con un manto muy ligero; podía ser de seda. Me extrañó. La seda era signo de riqueza. Y siguió a lo suyo, llenando el recipiente. Felipe —ayudado por el rabí— sumergió uno de los odres en el agua y procedió a su llenado. Juan Zebedeo y este explorador nos encontrábamos muy cerca, pendientes del Galileo. Paseé la mirada por los alrededores. Negativo. Sólo desierto. Piedras,

arena y unas dunas dormidas en la lejanía. El cielo se caía de puro azul. Aparentemente no había ningún problema. Pero ¿por qué fui avisado por la «bella»? La intuición —lo dije— nunca se equivoca. Y, de pronto, se levantó un fuerte viento, muy habitual en aquellos parajes y en aquellos días. Era un viento del este, mal encarado y silbante. Pues bien, al poco, una de las rachas destapó la cabeza de la mujer. ¡Pardiez!… ¿Qué era aquello?… El cráneo, rapado, era un amasijo de grandes placas y escamas rojas y negras. El rostro, sin cejas, aparecía igualmente devorado por aquellas excoriaciones. Los ojos eran achinados y azules. ¡Parecía un lagarto! Pensé en algún tipo de lepra… El cuello y las manos presentaban la misma enfermedad. ¡Pardiez, qué horror!… Jesús y el resto se percataron del mal que la consumía. El único que reaccionó —de momento— fue Juanito Zebedeo. Y lo hizo a su manera… Soltó una maldición contra la muchacha (podría tener quince años), le arrebató la calabaza —a medio llenar— y la arrojó, furioso, contra las piedras. Después, sin dejar de maldecir a la mujer, la emprendió a patadas con el recipiente amarillo.

El Maestro se puso en pie y amonestó al Zebedeo. No sirvió de nada. Juan ignoró al Galileo y continuó pateando la calabaza. Después se alejó a la carrera hacia el campamento.

La mujer, al verse descubierta, se alzó y se cubrió con la seda. Felipe se apresuró a recuperar el recipiente. Estaba casi vacío. Y, cuando se disponía a entregárselo a la muchacha, el rabí soltó el odre en la orilla y le salió al paso al intendente. Se hizo con la calabaza y, sin mediar palabra, se arrodilló en la *guelta*, llenándola nuevamente. La mujer dudó. Obviamente necesitaba el agua. Y esperó, siempre con la cabeza cubierta. Una vez llena la calabaza, el Galileo se aproximó a la mujer. Ésta retrocedió unos pasos. Pero Jesús se detuvo y le sonrió. ¡Qué poder tenía aquella sonrisa! Y el Maestro exclamó:

—¡No temas, mujer!… El Padre Azul sabe de tu sufrimiento… ¡Bebe!

Y le ofreció la calabaza. Pero la joven —temerosa— no supo qué hacer. Y desvió la mirada azul hacia Felipe. Éste, sonriente, la animó con un gesto de sus manos para que bebiera. Y el rabí insistió, envolviéndola en su sonrisa:

—¡Bebe sin temor!… Te lo has merecido.

Quedé desconcertado. ¿Qué quería decir? La mujer terminó por aceptar. Se acercó a Jesús y, temblorosa, extendió las manos hacia el recipiente. Las escamas habían deformado los dedos. Parecía la piel de una serpiente. Tomó la calabaza y, lentamente, sin dejar de mirar al Maestro, se la llevó a los labios. Eran unos labios rotos y sangrantes. Después siguió bebiendo —ansiosa— durante un minuto largo. Estaba sedienta.

Pues bien, fue casi instantáneo. No sé si sabré explicarme. De pronto, el agua de la charca se volvió azul… ¡Pardiez! Felipe, asustado, retrocedió un paso. La mujer seguía bebiendo. Y parte del líquido se derramó por la barbilla… ¡Pardiez y pardiez!… ¡También era azul!… Fueron segundos interminables. El Galileo continuaba inmóvil, pendiente de la muchacha. La mujer dejó de beber y, al retirar la calabaza amarilla, reparó en sus manos. Y lanzó un grito… ¡Aparecían limpias, sin rastro alguno de las escamas!… Y el viento regresó… De un manotazo volvió a retirar el embozo y la cabeza quedó nuevamente al descubierto… ¡Pardiez!… ¡El cráneo, el rostro y el cuello se presentaron igualmente limpios! ¡Ni rastro de la enfermedad! El Galileo sonreía, feliz. Y la mujer, desconcertada, soltó la calabaza y huyó a la carrera, saltando entre las rocas. Recogí el recipiente y lo examiné, atónito. ¿Qué estaba pasando? ¡El agua de la calabaza era azul!… La vertí en mi mano izquierda… ¡Sí, azul!… La probé. Sólo sabía a agua… Pero la calabaza olía… Y noté un intenso aroma… ¡Olía a ternura! Mejor dicho, olía a mandarina… Aquello me recordó lo sucedido en agosto del año 27, en los pozos de Jacob, en Samaría, cerca de la ciudad de Sicar. Jasón lo cuenta en sus diarios.

Pero, cuando la joven había recorrido unos cien metros, se detuvo. Y la vimos regresar, también a la carrera. Llegó hasta mí, arrebatándome el recipiente. Y, sin mediar palabra, se alejó hacia la aldea. En ese instante, al mirar al Maestro, descubrí que la balsa de agua había recuperado la transparencia habitual. El rabí me devolvió la mirada, guiñó un ojo y sonrió, pícaro. Mensaje recibido.

Al retornar al campamento nadie dijo nada. Juanito hablaba con su hermano Santiago. Me miró y escupió entre mis sandalias. Nada nuevo…

Al día siguiente indagué en la aldea. La muchacha de las escamas se llamaba Husna. Era especialmente bondadosa, a pesar de su mal. Era hija de un tal Mossalem («leproso»), jeque o jefe del poblado. Al parecer, padecía la misma enfermedad. La familia tenía un alias: era el clan de los «serpientes».

«Santa Claus» me proporcionó algunos datos. Aquella piel —en forma de coraza— provocaba graves fisuras en las articulaciones cuando éstas eran dobladas. Consecuencia: dolores horribles. El mal era una enfermedad hereditaria denominada «ictiosis lamelar recesiva». Se produce, generalmente, como consecuencia de una alteración en el proceso de formación de la capa córnea, la más superficial de la epidermis.

Volvimos a ver a Husna. Se acercó al campamento, buscó al Maestro y le regaló la calabaza amarilla… llena de miel. No dijo nada. Estaba totalmente

limpia. Se limitó a sonreír. Los ojos celestes brillaban…

Los habitantes de Beth Nimrin lloraban cuando nos despedimos. A partir de esos momentos, el Padre Azul ocupó sus corazones… para siempre. Pero los evangelistas nunca mencionaron el prodigio registrado sobre la mujer serpiente. ¿Fue por el desplante de Juanito Zebedeo? Posiblemente.

Or gadol

Dada la proximidad con el mar Muerto aproveché para visitar la «cuna». Todo en orden. Era el sábado, 21 de enero del año 30 de nuestra era. Deposité el cilindro de acero en uno de los criogenizadores y tuve la precaución de renovar la piel de serpiente. Pulvericé la totalidad del cuerpo, excepción hecha del rostro. ¡Pardiez!… ¡Los cielos me iluminaron, una vez más! Aquella maniobra —recomendada por Caballo de Troya cada tres meses— me salvaría la vida… Pero yo no podía saberlo en esos momentos…

El 23 de enero, lunes, a la hora sexta (mediodía), me reuní con el Maestro y su gente en la ladera oriental del monte Nebo. Eso fue lo acordado con Andrés. No se habían registrado novedades dignas de mención. Los íntimos y los setenta seguían predicando. El sábado, 28 de enero, los seguidores sumaban más de tres mil. Esa tarde, el rabí habló sobre un asunto que ya había tocado en otras oportunidades: las riquezas. Me interesó especialmente… Entre otras cosas dijo: «El dinero sólo es un siervo… ¡Procurad que el siervo no se convierta en señor!… Pensad en el dinero, sí, pero sólo un instante… El resto del día dedicadlo a cosas más importantes. Por ejemplo: pensad en vuestro Destino… Por ejemplo: cultivad la belleza… Por ejemplo: amad sin descanso… Por ejemplo: preguntad a vuestros hermanos, no importa qué… Por ejemplo: buscad en vuestro interior… Conversad con la *nitzutz* (la chispa divina)… No tratéis de comprar a la muerte con dinero… No seáis necios… No tratéis de comprar la salud con el oro o la plata… No seáis necios… Todo eso está sujeto a “contrato”. Vosotros lo elegisteis… No os angustiéis por el pan de cada día… Trabajad, sí, pero dejad que el AMOR se ocupe de los detalles… Mirad a los cuervos: ni siembran ni cosechan ni tienen graneros y, no obstante, el Padre Azul proporciona comida a todo el que la busca… ¡Cuánto más valiosos sois vosotros que los cuervos!… ¡Pensad! La angustia no llenará vuestra despensa… ¿Es que, con la incertidumbre, podéis sumar una cuarta a vuestra altura?… Insisto: el Padre Azul es AMOR… ¡Dejad que Él se ocupe de vuestro alimento diario!… ¡Vivid con las manos en los bolsillos!… Él está dentro de vosotros… Él sabe… Pensad en los lirios del campo… Mirad cómo crecen. No se afanan ni hilan… Pues bien, en verdad os digo que ni Salomón

—con toda su gloria— se vistió como ellos… Si Ab-bā viste así a la hierba del campo, ¿qué hará con vosotros, los más pequeños y los más queridos?… ¡Buscad lo grande y lo pequeño se os dará por añadidura!… ¡Buscar al Padre Azul y lo menos importante caerá del cielo, como magia!… ¡No pidáis pan o salud! ¡No malgastéis vuestro tiempo con esas peticiones!… ¡Solicitad información!…».

El Maestro se puso en pie, alzó los brazos hacia el azul del cielo y gritó:

—¡¡Solicitad revelaciones!!

¡Qué extraña petición! Creo que muy pocos entendieron. Se sentó y continuó: «… No olvidéis que la sombra sigue al cuerpo… Así ocurre con lo material: va siempre detrás de las inquietudes espirituales… ¡Llenad la copa del alma! ¡Eso es lo importante!… Pero eso no se logra con dinero… El que confía en el Padre Azul tiene otra clase de hambre y otra clase de sed… ¡Confiad en lo invisible!».

Al concluir, uno de los seguidores preguntó:

—Maestro, sabemos que tus discípulos han vendido sus propiedades y han formado un fondo común, al igual que hacen los esenios. ¿Quieres que el resto hagamos lo mismo? ¿Es pecado poseer riquezas?

El seguidor no estaba bien informado. Ese fondo común no procedía de la venta de las propiedades de los íntimos. Nadie, entre los doce, salvo Mateo Leví, vendió ninguna de sus casas o tierras para colaborar en el sostenimiento del grupo. Pero ésta es otra historia que no sé si llegaré a contar.

Y Jesús precisó:

—No he dicho que sea malo poseer riquezas legítimas… Lo malo es que el dinero te gobierne. No olvides que tu Destino final es la luz; no la materia… Estás en el mundo para experimentar; nada más.

Y el Galileo volvió a anunciar su muerte:

—Y recordad que, en el momento más inesperado, y en la forma que menos imagináis, el Hijo del Hombre partirá…

Los íntimos habían escuchado otros anuncios parecidos, pero seguían sin comprender. ¿Cómo era posible que alguien, capaz de limpiar a una mujer serpiente, pudiera ser atrapado por los miserables sanedritas? No lo aceptaron. Pedro, entonces, muy preocupado, interrogó al rabí:

—Maestro, ¿otra vez nos hablas en parábola?

Jesús se resignó. No había forma de hacerles entender. Y proclamó con claridad:

—Seré crucificado… en breve.

Se hizo el silencio. ¡Pardiez!… ¡Faltaban setenta y un días!

—Será en esos momentos —continuó— cuando comprobaréis la fortaleza del alma humana…

Tampoco comprendieron.

—Las pruebas —afirmó con seguridad— revelan la calidad del individuo…

Miró a los íntimos —uno por uno— y prosiguió:

—Mucho se os ha dado…, y mucho se espera de vosotros. Recordad que lo anuncié: llegarán momentos negros y muy difíciles… ¡Estad vigilantes! Vosotros predicáis la paz, pero yo os digo que mi mensaje no traerá la paz a los hombres…

Quedaron perplejos. ¿De qué hablaba? Lo aclaró al instante:

—No en asuntos materiales… Al menos durante un tiempo, mi nombre dividirá a las familias y a los amigos. La paz en el mundo no llegará hasta que todos comprendan y acepten la base de mi predicación: hay un Dios amoroso que no castiga y no lleva las cuentas; hay una realidad física e incuestionable: todos sois hijos de ese Padre Azul. ¡Sed valientes! Salid al mundo y gritad: ¡hijos de un Dios!

Andrés se desvió del tema capital y se interesó por algo que el Maestro había insinuado varias veces:

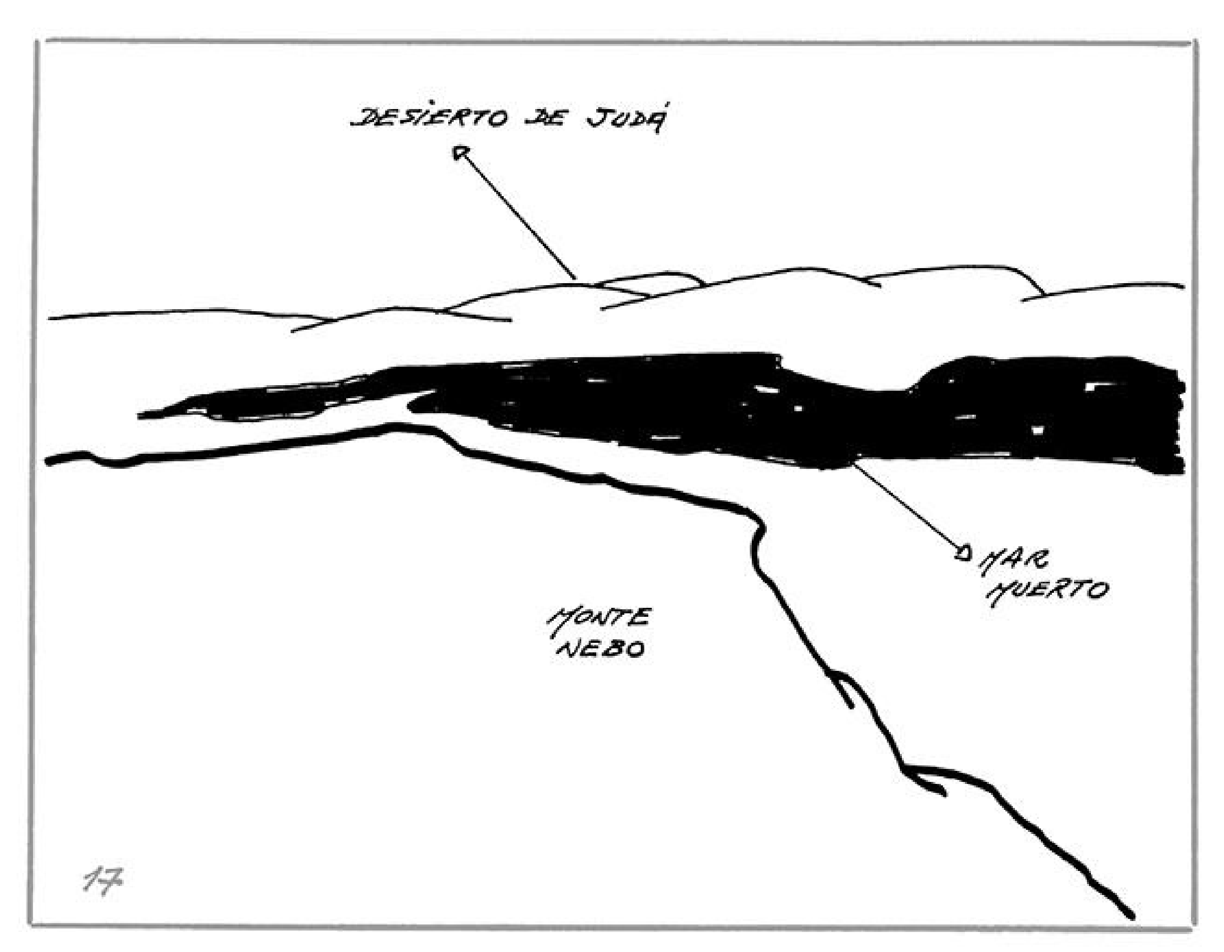
—Rabí, dices que pronto partirás —entiendo que te refieres a tu muerte—, pero regresarás de improviso… ¿Podemos saber cuándo será eso?

Y el Maestro fue relativamente claro. Repitió lo dicho meses atrás, en la finca de Kbir, en la Betania del Jordán:

—Ellos me levantarán… Después, como te dije, Andrés, deberéis aguardar a la gran luz…

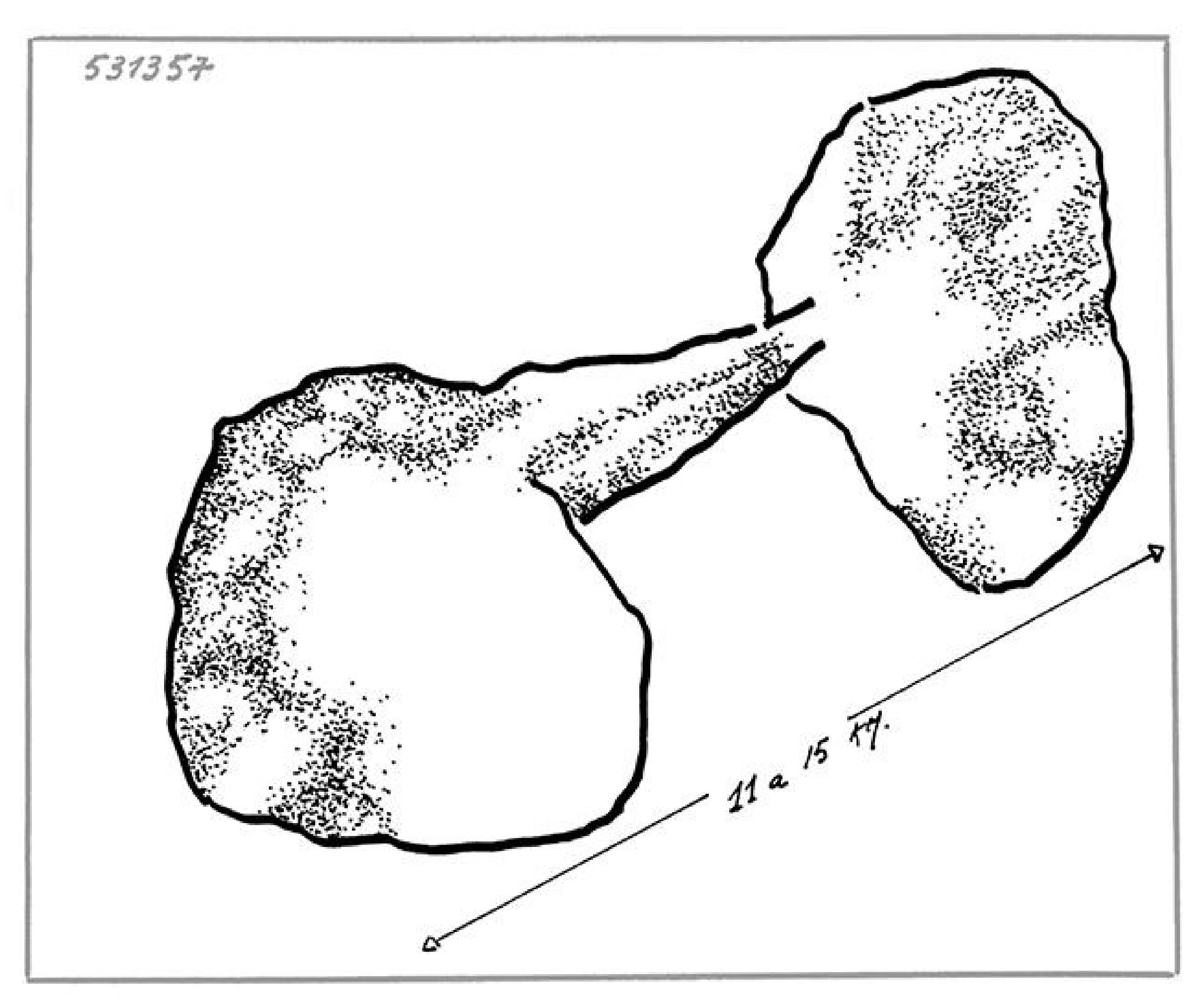
Mencionó las palabras *or gadol* («gran luz»). Se hizo una larga pausa y declaró:

—Yo llegaré detrás…

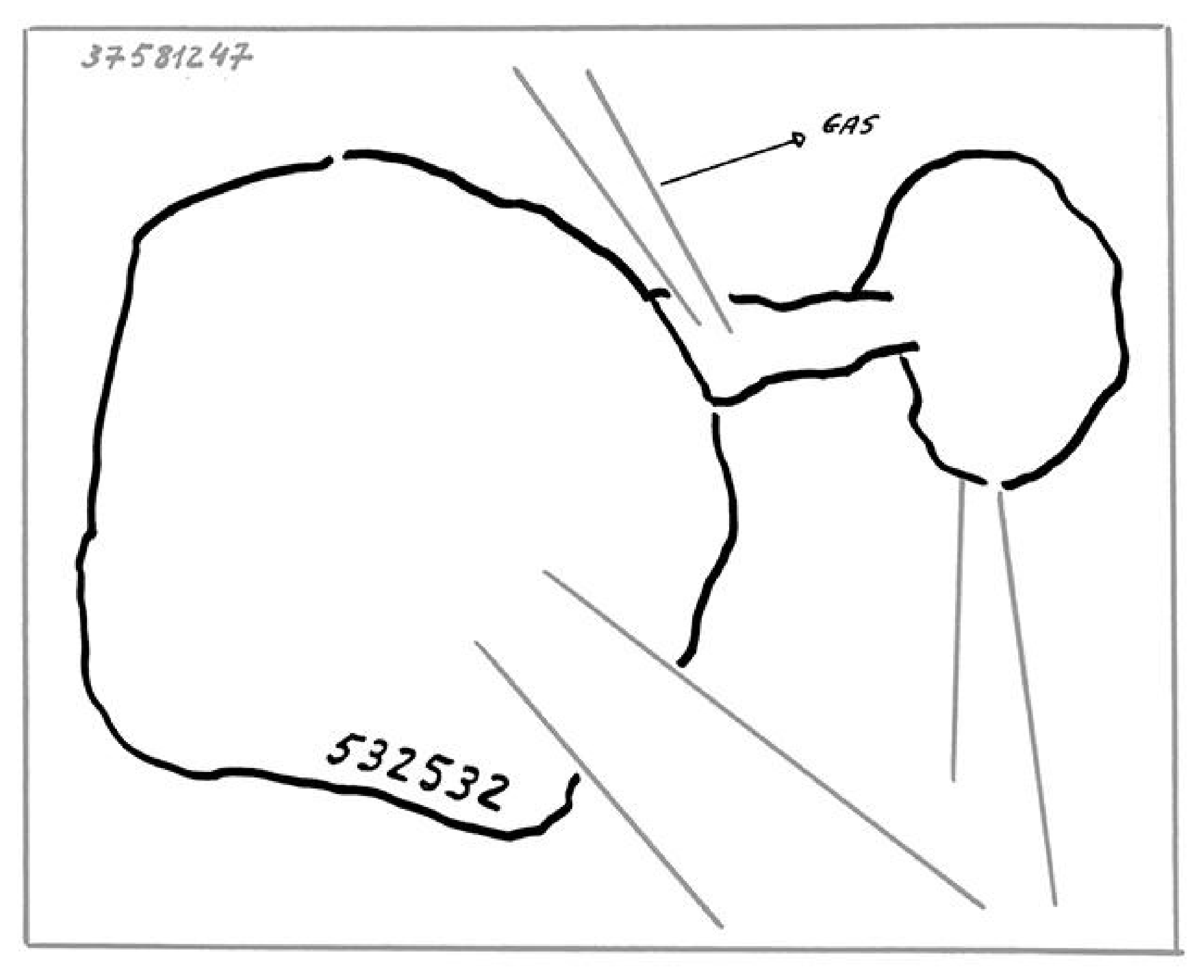


En la ladera oriental del monte Nebo, Jesús anunció de nuevo su regreso, la parusía. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

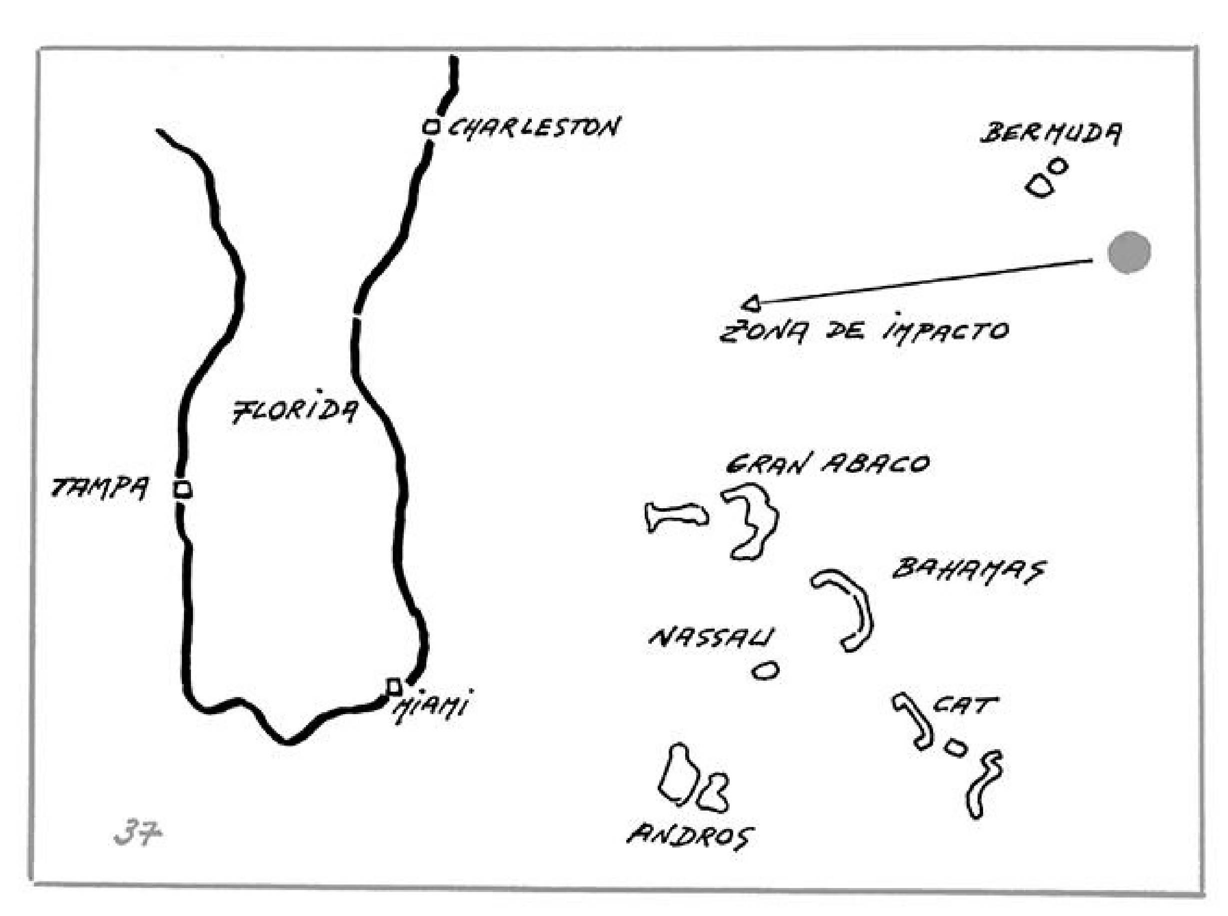
Me vino a la mente la palabra «Gog»… Yo sabía algo. Un gigantesco asteroide se acerca a la Tierra. Longitud: entre once y quince kilómetros. El que acabó con los dinosaurios y otras muchas especies tenía las dimensiones del monte Everest (once kilómetros). Eso ocurrió hace sesenta y seis millones de años. Gog provocará millones de muertos en veinticuatro horas… El impacto será al suroeste de las islas Bermudas, en el Atlántico. Será el caos. El mar —en olas de mil metros de altura— barrerá la costa este de USA, el Caribe y parte de América del Sur. Los tsunamis llegarán también a Europa y a la costa africana. El impacto provocará la erupción de muchos volcanes y el cielo se cubrirá de ceniza, al menos durante nueve años. Bajarán las temperaturas y la humanidad sufrirá una gran hambruna. Será un desastre colectivo. Después —así lo interpreté— llegará Él… Pero me negué a pensar en esta dramática historia. Quedaba lejos…



Gog, según aparece en el diario de Eliseo.



El gran asteroide. Esquema existente en el diario de Eliseo.



Zona de impacto de Gog, a 300 kilómetros de las islas Bermudas, según la información de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Sepulcros blanqueados

Después caminamos hacia el norte de la Perea. Entre el 11 y el 20 de febrero (año 30), visitamos nueve ciudades. La buena nueva —el descubrimiento del Padre Azul— fue recibida con entusiasmo en la mayoría de las comunidades. Los discípulos y los evangelistas recuperaron el buen ánimo. Ya no eran necesarios los prodigios. La gente —necesitada de un mínimo de luz y de esperanza— recibía el mensaje de la inmortalidad con los brazos abiertos. No sucedía lo mismo con los judíos. Eran más reacios y desconfiados. Se necesitarán muchas generaciones para modificar el concepto de un Yavé agresivo y justiciero… Y Jesús de Nazaret lo sabía.

El 18 de febrero, sábado, acampamos en Ragaba, una ciudad de juguete, plácidamente dormida en la lejanía de casi todo. Su único afán era el dinero. Comerciaban con el ganado y el cereal. Albergaba una reducida comunidad judía; básicamente fariseos. Pues bien, esa tarde, poco antes del ocaso, Andrés recibió una invitación. Un tal Bartolomé, rico fariseo de la ciudad, deseaba que el Maestro desayunara con él al día siguiente. El jefe de los discípulos consultó con el rabí y éste aceptó. Por la mañana del 19, domingo, el Maestro y la *tabbah* (la escolta habitual) se dirigieron a la población. Yo no pude entrar en la casa del fariseo. No fui invitado. Al mediodía supe lo ocurrido durante la hora escasa en la que el Galileo permaneció en el comedor de Bartolomé. Pedro y Juan Zebedeo lo contaron con todo lujo de detalles. Al entrar en la vivienda, Jesús no se lavó las manos. Ésa era su costumbre. Y fue a sentarse a la izquierda del anfitrión. Bartolomé había invitado a una veintena de escribas y «santos y separados». Todos se hallaban sentados cuando se presentaron el Hijo del Hombre, Pedro y los hermanos Zebedeo. Naturalmente, al observar que el rabí no se lavaba las manos —obligación prescrita en la ley oral (Misná)—, empezaron las murmuraciones y los malos gestos. Los fariseos, como explica Jasón en sus diarios, tenían la obligación de lavarse las manos (a veces, incluso, los pies) antes y después de cada comida y, por supuesto, entre plato y plato. La situación fue tan violenta que, finalmente, el Maestro exclamó:

—Pensé que me habíais invitado para compartir el pan y, quizá, para preguntarme sobre la buena nueva… Pero veo que no es así. Estoy aquí para

presenciar otra demostración de vuestra mojigatería…

El anfitrión palideció. Pero el Maestro no había terminado:

—… Ese servicio —continuó con ironía— ya me lo habéis hecho muchas veces… ¿Qué debo esperar ahora? ¿Con qué más me honraréis en esta casa?

Los invitados bajaron los ojos.

—Muchos fariseos —prosiguió Jesús— son mis amigos. Algunos, incluso, mis discípulos… Pero la mayoría se niega a ver la luz, aun cuando la buena nueva se presente con gran poder… ¡Cuán cuidadosamente limpiáis el exterior de las copas y platos mientras vuestras almas están sucias e impuras!… ¡Os aseguráis a la hora de aparentar ante el pueblo, pero vuestro interior está lleno de hipocresía, codicia y extorsión!… ¡Y estáis preparando el asesinato del Hijo del Hombre!… No creáis que dar limosna o pagar el diezmo os libera ante los ojos de Dios… ¡Ay de vosotros, fariseos, porque habéis persistido en rechazar la luz de la vida!… ¡Habéis ignorado la visita del enviado del Señor!… ¡Ay de aquellos que desprecian la revelación del Padre Azul y sólo buscan los primeros asientos en la sinagoga o el saludo halagador en el mercado!…

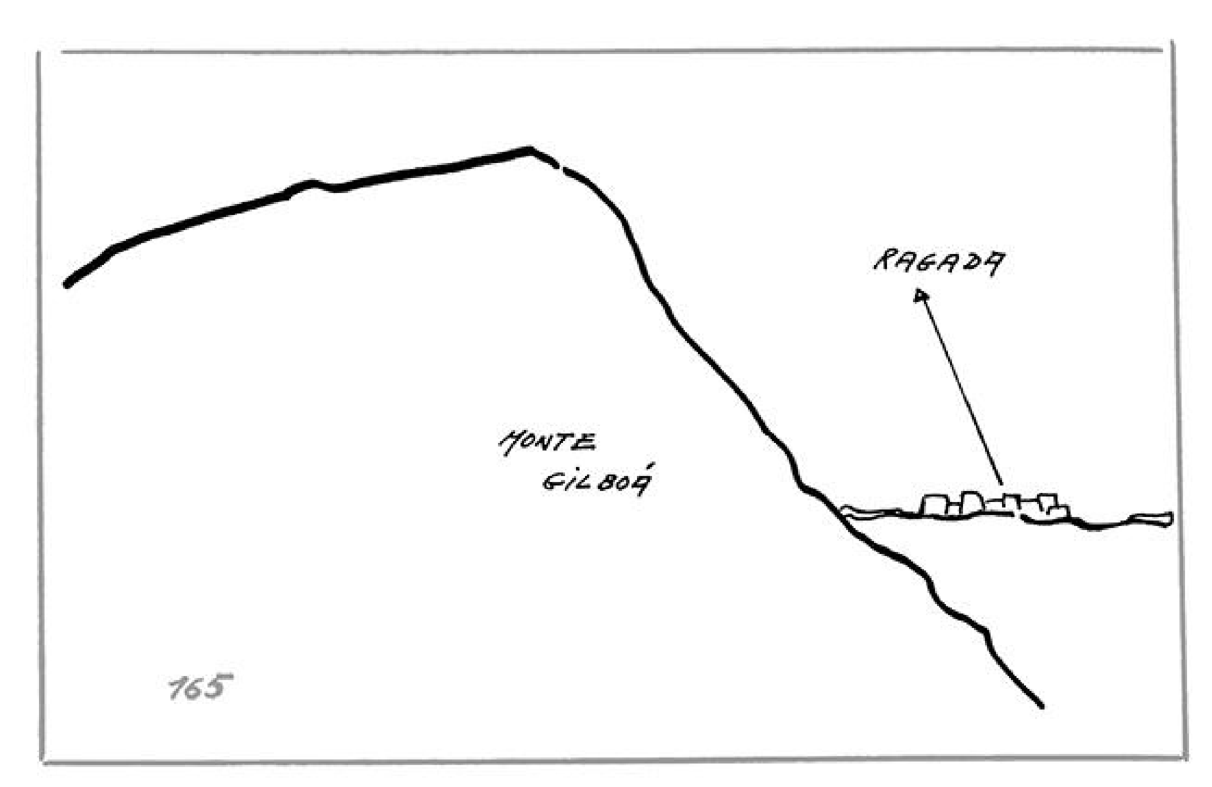
Y el Maestro se alzó, dispuesto a salir de la sala. En esos momentos —según Pedro y Juan Zebedeo (Santiago no quiso hablar)—, uno de los escribas preguntó:

—Rabí, ¿es que no hay nada bueno en nosotros, los escribas y los fariseos?

Jesús se detuvo frente al doctor de la ley y replicó:

—Vosotros, al igual que los fariseos, buscáis los mejores puestos en los banquetes y vestís las ropas más caras mientras imponéis cargas pesadas al pueblo… Y cuando la gente se tambalea bajo el peso de esas ridículas obligaciones, vosotros no movéis un dedo para ayudarles… ¡Ay de aquéllos cuya mayor alegría es construir tumbas para los profetas que asesinaron vuestros padres!… ¡Ay de vosotros, escribas, que habéis ocultado el conocimiento a la gente común!… No deseáis entrar en el reino invisible y alado y tratáis, por todos los medios, de que otros tampoco puedan entrar… ¡Sois mentirosos, falsos y corruptos!… ¡Sois sepulcros blanqueados!… Por fuera parecen hermosos, pero ocultan despojos y miseria espiritual…

Y Jesús, tras despedirse de Bartolomé, abandonó la casa. Esa misma tarde nos pusimos en camino hacia la ciudad de Ammatus, al otro lado del río Jordán.



Ragada: nuevo ataque a los escribas y fariseos. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Aquella nube...

Los 40 kilómetros que nos separaban de Ammatus fueron un tormento. Los discípulos no entendían la actitud del Galileo. ¿Por qué tenía que enfrentarse a los peligrosos escribas y fariseos?

Alcanzamos la próspera Ammatus al mediodía del lunes, 20 de febrero (año 30). El cielo nos dio un respiro. Aparecía infinitamente azul. Ammatus hacía casi frontera con la región de Samaría, tan odiada por los judíos. En sus calles —de piedra y arena— todo eran reatas de burros, comerciantes chillones y dinero, mucho dinero. Fue a las puertas de esta ciudad pagana donde tuvo lugar el enésimo prodigio del Hombre-Dios. Veamos…

Andrés dio la orden de costumbre y acampamos al pie de las murallas, cerca de la doble puerta. Pues bien, hacia la nona (tres de la tarde), cuando nos hallábamos cocinando, observamos a un grupo de hombres que caminaba hacia nosotros. Se cubrían con los ropones. De pronto se detuvieron y gritaron:

—¡¡*Ame!!* («Impuro»).

Comprendimos. Eran leprosos. La noticia de la llegada del Maestro había volado por la ciudad… Y uno de los hombres se adelantó unos pasos y, con fuerte acento samaritano, preguntó al intendente si podían acercarse al rabí. Felipe lo miró con miedo y sugirió que hablase primero con Andrés, el jefe. Y señaló hacia el lugar en el que trajinaba el discípulo. Y así lo hicieron. Siempre a cuatro o cinco metros, y embozados, los leprosos se situaron frente a Andrés, y el que parecía samaritano volvió a exponer el deseo del grupo: necesitaban hablar con el Galileo. Pero Andrés, ocupado en el levantamiento de las tiendas, no prestó demasiada atención. El samaritano no se rindió. Y comenzó a dar voces, reclamando la presencia del Hijo del Hombre. Dejé la cocina y me aproximé. Los gritos fueron tales que, al poco, Jesús dejó lo que llevaba entre manos y se acercó a Andrés, preguntando qué sucedía. El samaritano, entonces, comprendiendo que se hallaba ante el «hacedor de maravillas» imploró a voz en grito:

—¡¡Maestro, ten compasión de nosotros!!… ¡¡Límpianos!!

En esos instantes, Simón, el Zelota, se acercó al Maestro y le dijo, en voz baja:

—¡Olvídalo!… ¡Es un *kuteo* de mierda!

El Galileo no respondió. Y permaneció unos segundos mirando a los leprosos. Los discípulos —temerosos— obligaron al grupo a que se alejase. Juanito Zebedeo —cómo no— se hizo con algunas piedras y las arrojó contra los infelices. Jesús lo reprendió y preguntó:

—¿Y si el samaritano ama a Dios tanto como los judíos? ¿Por qué tenemos que juzgar?

Y añadió, ante la perplejidad de los íntimos:

—Si curamos a estos diez hombres, quizá el samaritano sea el más agradecido…

Discutieron. Tomás, al instante, apostó por el samaritano. ¡*Conan* por el *kuteo*!… El resto se inclinó por los judíos. Andrés puso orden y el Maestro, dirigiéndose al Zelota, preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices, Simón?

—Si los curas —replicó el Zelota—, pronto lo comprobarás… Regresarán los judíos para agradecértelo… El *kuteo*, no.

El rabí no respondió. Caminó hacia los leprosos y los miró con ternura. El chino y yo fuimos los únicos que acompañamos al Galileo. El Maestro retiró el ropón que cubría la cabeza del samaritano y acarició sus cabellos. La nariz casi había desaparecido. Las llagas lo consumían. El joven no supo qué decir. Intentó sonreír, pero no pudo; casi no tenía labios…

—Si queréis ser curados —manifestó Jesús con dulzura—, marchad y mostraos a los sacerdotes, tal y como solicita la ley de Moisés…

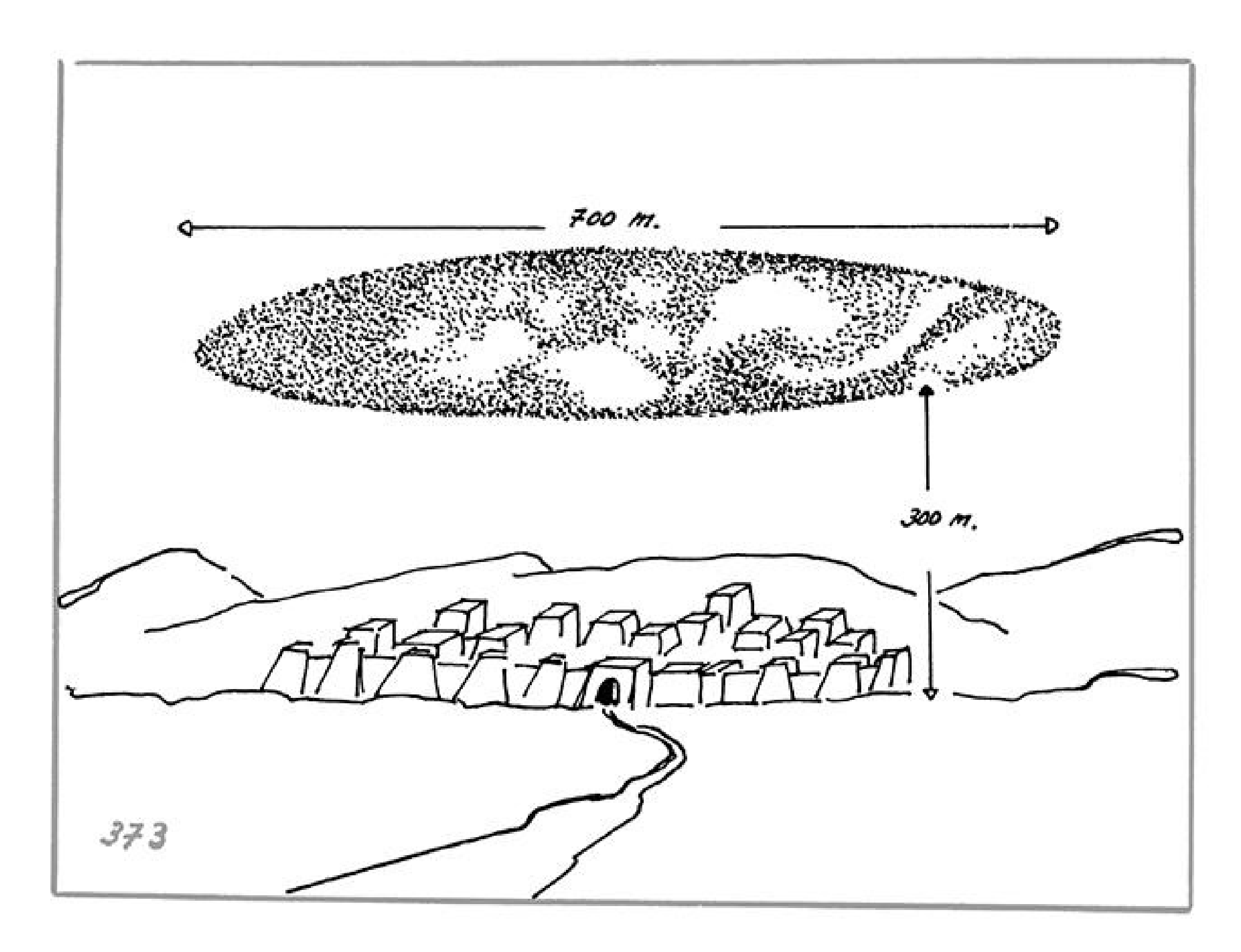
No hubo más palabras. Los leprosos dieron media vuelta y corrieron hacia la ciudad. Y cada cual regresó a sus obligaciones. Yo volví a la cocina de campaña y continué fregando platos y pucheros.

¿Qué tiempo pudo pasar? ¿Media hora? Quizá menos… De pronto, uno de los gemelos llamó nuestra atención. Sobre Ammatus flotaba una enorme nube… ¡Pardiez! ¿Qué demonios era aquello? Nadie la vio llegar. El cielo seguía azul… Quedé perplejo. Tenía la forma de una gigantesca lenteja. Podía medir 700 metros, como poco. Calculé que se hallaba estacionada a mil pies de altura sobre la ciudad (300 metros). El perfil era impecable. La superficie era gris y algodonosa… ¡Pardiez! ¡Qué nube tan extraña! ¡No se movía! Exploré el resto del cielo, pero no hallé ninguna otra nube. Los discípulos y el resto terminaron por no prestarle atención. Era una nube rara, pero una nube a fin de cuentas… Como digo, este explorador estaba desconcertado. Algo sabía de aeronáutica y de meteorología… Tomé referencias e intenté averiguar si se movía. Negativo. Hacía un estacionario perfecto. Y, al poco,

mientras observaba, oímos voces. Y vimos al leproso samaritano. Llegó al campamento a la carrera. ¡Estaba limpio, sin rastro de lepra! Se arrojó a los pies de Jesús y, entre lágrimas, le dio las gracias. El Maestro lo alzó y, dirigiéndose al Zelota, preguntó:

—¿No eran diez?… ¿Dónde están los judíos?

El Zelota bajó los ojos, avergonzado. Y Tomás empezó a dar saltos de alegría y a cobrar el dinero de las apuestas. Nadie abrió la boca. No era necesario. Y el rabí —cariñoso— despidió al samaritano. Yo —atónito— acompañé al *kuteo* hasta las puertas de la ciudad. Dijo llamarse Gerizim, como el monte sagrado de Samaría. Su rostro, cuello y manos aparecían limpios, sin heridas. Sus ojos brillaban intensamente. Pero, al cruzar bajo la muralla, sucedió algo desconcertante: ¡la nube había desaparecido! Miré y me cansé de mirar. ¡Negativo!… El cielo estaba azul. ¡Pardiez!… ¡Aquello parecía una nube, pero no era una nube! ¿Qué se ocultaba en su interior? Nunca lo supe, pero lo imaginé… ¿Tuvo relación con la sanación de los diez leprosos? Estuve seguro. Y un miedo extraño me obligó a regresar a la cocina de campaña. Seguí atento al cielo hasta que el sol dio el portazo. La «nube» no apareció…



Gran nube sobre la ciudad de Ammatus, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

El templo de Artemisa

La Gérasa de la Decápolis fue otro objetivo del Galileo y su gente. Ya la habíamos visitado… Llegamos a sus murallas hacia la nona (tres de la tarde) del martes, 21 de febrero del año 30 de nuestra era. La puesta de sol estaba prevista para las 17 horas, 25 minutos y 25 segundos. Disponíamos, por tanto, de dos horas largas para montar el campamento y organizarnos. Pero el Maestro volvió a sorprendernos. Dio las órdenes oportunas y Andrés se ocupó del montaje de las tiendas. El Galileo, entonces, se dirigió a la ciudad. La *tabbah* y un reducido grupo de evangelistas se fueron con Él. El instinto avisó y me fui tras ellos. Al alcanzar el templo de Artemisa, hija de Zeus y patrona de Gérasa, el Hijo del Hombre se detuvo. Se sentó en las escalinatas que daban acceso al formidable templo y sacó una bella naranja del morral que colgaba del hombro izquierdo. Y empezó a acariciarla. Entonces habló sobre el Padre Azul, sobre su dulzura, sobre el inmenso amor que constituye su naturaleza y sobre los planes de ese Dios para con los humanos… Habló de las zonas increadas y de lo que nos aguarda tras la muerte. Habló de la inmensa suerte de haber sido imaginados por Ab-bā y del increíble futuro que nos espera… Al poco, un nutrido grupo de gerásenos nos rodeó, escuchando perplejos. Eran veteranos de las legiones romanas, comerciantes y desocupados. Y, de pronto, uno de los oyentes preguntó al rabí:

—Maestro, ¿cuántos se salvarán?

El Galileo se puso en pie y, ante mi asombro, dijo cosas como éstas: «Se os ha enseñado que sólo los hijos de Abraham serán salvados… Y se os ha dicho que los que podrán entrar en el reino de los cielos serán muy pocos… Hay un dicho popular que dice que el camino hacia la vida eterna es recto y estrecho… Por el contrario, la senda que conduce a la destrucción es ancha y cómoda… Esta última es muy frecuentada… Pues bien, yo os declaro que la salvación —sobre todo— es un asunto de elección personal…».

Pensé que no había oído bien… Y el rabí continuó: «… Aunque la puerta que conduce al reino invisible y alado es angosta, yo os digo que es lo suficientemente grande como para que quepan los que buscan la salvación… ¡Y digo más!… ¡Yo soy esa puerta!… ¡Buscadme y entraréis en el reino del Padre Azul!… Pero ¡ojo!… Si rechazáis esa entrada, si os mantenéis en los

placeres materiales, puede que no podáis ingresar en el reino… Y si llamáis a la puerta, después de gozar de la vida, yo os diré desde dentro: “¡No sé de dónde venís!… Tuvisteis una oportunidad, pero la rechazasteis”. ¡Y la puerta será cerrada… para siempre!… Los que no desean hacer la voluntad del Padre no merecen la salvación eterna…».

La gente escuchaba, respetuosa y confundida. Yo era el más confuso. ¿De qué estaba hablando? ¿Era otra aproximación a la verdad?

«… Si le dais la espalda al reino —continuó el Hijo del Hombre—, no llaméis a las puertas del cielo… Entonces yo declararé: “No sois de mi redil… Sois extranjeros… No os conozco”… Y el Padre Azul dirá: “¡Marchad, alejaos de nosotros, hijos de la iniquidad!”… Pero no temáis aquellos que —sinceramente— queréis entrar en ese reino invisible y alado… Algún día veréis a los profetas sentados con Abraham, disfrutando del pan y del agua de vida… Entonces comprenderéis que muchos de los primeros serán los últimos y muchos de los últimos aparecerán como primeros».

Como digo, quedé aturdido. ¿Por qué hablaba así? En otras ocasiones había dejado claro que la inmortalidad —y el ingreso en el reino invisible— era un bien común. Todos tenían derecho y acceso a él. ¿Estaba enfermo? No supe qué pensar. El Maestro llevaba mucho tiempo sometido a una enorme tensión. ¿Era eso lo que le hacía decir cosas tan absurdas como «¡No sé de dónde venís!» o «¡No os conozco!»? ¿Por qué ponía condiciones al ingreso en el reino del Padre Azul? Él había sido muy claro: «Vuestro futuro es espléndido, hagáis lo que hagáis o digáis lo que digáis».

Y el Maestro prosiguió en los mismos términos. Algunos evangelistas se miraron, tan desconcertados como este explorador. Sinceramente, me indigné. En esta oportunidad no vi la esperanza por ningún lado.

«… A menos que renazcáis —siguió el Galileo—, no podréis entrar en el reino de los cielos…».

Y respondió a la pregunta concreta del oyente:

—No sé cuántos serán salvados —anunció—, pero también os digo que dependerá de los que acepten la invitación… ¡Yo soy la puerta!… ¡Yo soy el nuevo camino!

Juanito Zebedeo sonreía y decía «sí» con la cabeza. Poco a poco, antes del ocaso, la gente se fue marchando. Parecía desilusionada. Yo lo estaba y profundamente. De repente, si aquellas palabras del rabí eran ciertas, si no se trataba de una aproximación a la verdad, la imagen del benéfico Padre Azul podía caerse de las manos… Estaba confuso. Me sentí perdido. ¿Qué sucedía

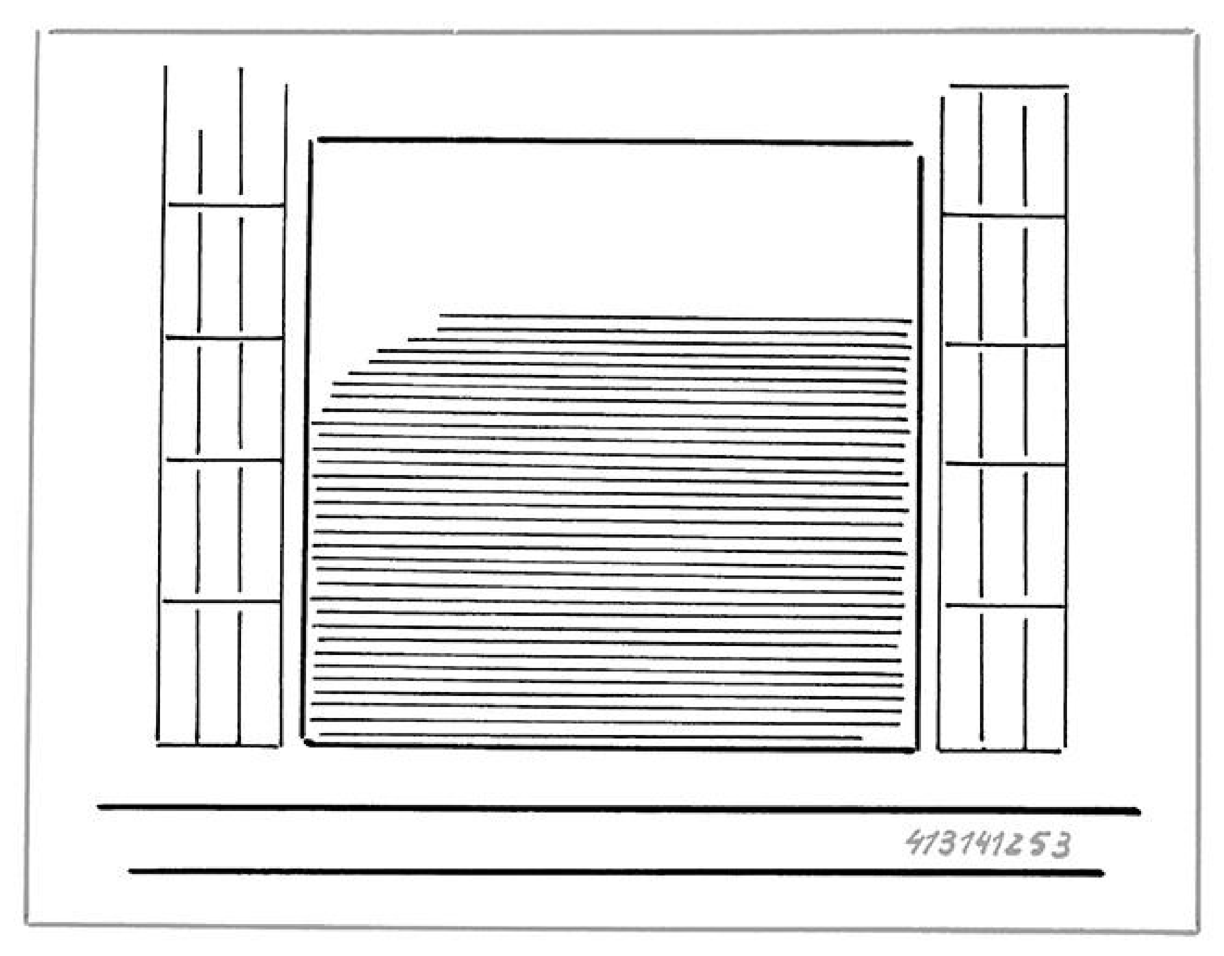
con los millones y millones de seres humanos que nunca tuvieron (ni tendrán) noticia del reino invisible y alado? ¿También recibirán un portazo?

Al retornar al campamento me encerré en la tienda. Tenía que pensar. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué soltó aquellas majaderías? Y pensé, de nuevo, que podía estar enfermo…

Yu y Felipe me ofrecieron algo de cena. La rechacé. Estaba furioso…

Hice el petate y busqué al intendente. Y le hablé, a solas, explicando que deseaba abandonar el grupo. Felipe pensó que era una broma. «Tú eres un discípulo importante —confesó—. El Maestro te aprecia, aunque no eres como el viejo Jasón…». En eso llevaba razón. Yo era un perfecto miserable… Me despedí igualmente del chino. Yu escuchó y solicitó una explicación. Dije la verdad (cosa rara). Dije que no estaba de acuerdo con el Galileo; no concebía a un Dios juez y fiscal. Jesús me había enseñado que la inmortalidad es un precioso regalo de Ab-bā. ¿Por qué, ahora, me lo quitaba?

Discutimos. No aceptó mis planteamientos. «No todos pueden salvarse», dijo. Intenté mantenerme firme. Finalmente, las lágrimas de Yu me conmovieron. Y acepté quedarme, con una condición: seguiría con ellos, pero sólo hasta el final de la gira por la Perea. ¡Pardiez!… ¡Cuán ciego fui! Mi Destino estaba trazado…, y bien trazado.



Escalinatas de acceso al templo de Artemisa, patrona de Gérasa. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Días de plomo

El jueves, 23 de febrero (año 30), alcanzamos Filadelfia (actual Ammān). La antigua Rabbath-Ammon, capital de los amonitas, era una ciudad aristocrática y discreta. Llevaba bien sus mil doscientos años de historia. Durante el dominio de Ptolomeo Philadelphus (doscientos años atrás), la urbe fue reconstruida y llamada, justamente, Filadelfia. Finalmente, en el año 30 antes de Cristo, Herodes el Grande la hizo suya. Después, bajo el amparo de Roma, se convertiría en una de las ciudades de la Decápolis. Era, fundamentalmente, beduina. Allí gobernaban el desierto y el dinero (por este orden).

Acampamos cerca de un río marrón y perezoso. Fueron días de plomo para este explorador. Seguí ayudando a Felipe en la cocina, pero me mantuve al margen de las actividades desplegadas por el Galileo. No deseaba verle y, menos aún, escucharle… Sé que habló en la sinagoga, la única que no le cerró sus puertas. Y supe también —por Felipe y el resto— que continuaron las desavenencias con Abner y los suyos. El pequeño gran hombre había decidido instalar su cuartel general en Filadelfia. Y allí reunió a un considerable número de creyentes en Jesús de Nazaret. Pero los discípulos de uno y otro bando, como dije, se hallaban enzarzados en polémicas absurdas. ¿Debían bautizar? ¿Debían utilizar tal o cual aceite con los enfermos? ¿Debían arrodillarse con la pierna derecha o con la izquierda? Jesús no quiso entrar en estos asuntos menores. La cuestión es que, con el paso del tiempo, los creyentes de Filadelfia se fueron distanciando de los seguidores que residían en Jerusalén. Por una vía que no estoy autorizado a desvelar, Caballo de Troya supo que la enemistad llegó al extremo de romper relaciones con la naciente iglesia que encabezaba Santiago, el hermano carnal del Maestro. Abner se negó a aceptar los principios impuestos por Pedro y el referido Santiago tras la muerte de Jesús. Pedro olvidó el mensaje del rabí y se dedicó a predicar una religión basada en la figura y en la resurrección del Galileo. Después llegó Pablito de Tarso, el misógino, y las relaciones entre Abner y Jerusalén se rompieron para siempre. Abner consideró a Pablo como «el astuto corruptor de las enseñanzas del Maestro». Y añado: se quedó corto… Fue ésta la razón por la que Abner no figura en los textos evangélicos.

Y me hablaron también de la curación de un hombre con las piernas terriblemente hinchadas. Ocurrió el sábado, 25 de febrero, cuando Jesús acudió a un desayuno, en la casa de un influyente fariseo. Según «Santa Claus», podía tratarse de un caso de edema (retención de líquido en los tejidos). Según el ordenador central, la hidropesía no constituye una enfermedad, sino un síntoma común a enfermedades muy variadas que terminan en insuficiencias renales, cardíacas o hepáticas, entre otras. Generalmente, las acumulaciones de líquido se registran en las manos, tobillos, abdomen y piernas. Pedro contó que el enfermo se sentó cerca del rabí y éste, de pronto, empezó a conversar con él. Después, la sala se llenó de una luz azul y las piernas del hombre quedaron sanas. Sinceramente, no me interesó. Y los íntimos hablaron también de la asombrosa curación de una mujer jorobada. Sucedió en la sinagoga, después de una predicación del rabí. No creí una palabra. Los discípulos siempre exageraban; sobre todo Pedrito.

Y el domingo, 26 de febrero (año 30), cuando nos encontrábamos en la aldea de Bethabara, algo más al sur, vimos aproximarse a un jinete. Faltaba poco para el ocaso. Yo me hallaba en la cocina, con Felipe y los gemelos de Alfeo. Pelaba y cortaba fruta. El tipo descendió de la caballería y preguntó por el Maestro. Jesús se hallaba en su tienda. Fue Andrés quien le atendió. Aquella cara me resultó familiar… ¿Dónde había visto al jinete? El caballero habló brevemente con el jefe de los íntimos y le mostró un rollo. Parecía un papiro. Andrés quiso tomarlo, pero el hombre se negó. Debía entregárselo al Galileo, en persona… Y Andrés no tuvo más remedio que dirigirse a la tienda del rabí y reclamar la presencia del Hijo del Hombre. Jesús, al ver al jinete, lo abrazó. ¿De qué lo conocía? Y el hombre le hizo entrega del rollo. Todo el campamento estaba pendiente de aquel papiro… El Galileo desenrolló el documento y leyó en silencio. Después bajó la mirada y noté cómo se le humedecían los ojos. ¡Pardiez! ¿Qué demonios estaba pasando? Y así permaneció unos segundos, con la cabeza hundida en el pecho y los brazos desmayados. Nadie abrió la boca, pero todos supimos que se trataba de algo grave. Y el Galileo, finalmente, pasó el papiro al jefe de los discípulos. Andrés procedió a su lectura y palideció. Después, por indicación del Hijo del Hombre, el jefe leyó en voz alta:

—«Señor —decía el mensaje—, aquél que amas está muy enfermo… Ven». Firmado: Marta y María…

Entonces recordé. El jinete era uno de los siervos de Lázaro. El hombre había cabalgado desde Betania. Todos quedaron desconcertados. Nadie sabía nada. La última vez que vimos a Lázaro gozaba de una excelente salud. Algún

tiempo después lo supe: cuando el jinete llegó al campamento de Bethabara, Lázaro ya estaba muerto. Falleció esa mañana del domingo, 26 de febrero (año 30). Al leer el mensaje de Marta y María, Lázaro llevaba muerto once horas.

Y, tras unos segundos de embarazoso silencio, el Maestro se dirigió al siervo y le dijo con voz firme:

—Diles que esta enfermedad no es de muerte…

Y volvió a abrazarlo. El jinete declinó la invitación de Andrés para que descansara, saltó sobre la montura y partió en dirección a Jericó. Los discípulos y los evangelistas estaban desconcertados. Lázaro era amigo de Jesús desde la infancia. Con él había jugado en la finca de Betania y por las calles de Jerusalén. Lázaro y las hermanas lo ayudaron y protegieron muchas veces. ¿Por qué no acudía de inmediato en su ayuda? Y allí permanecimos —¡durante dos largos días!—, mano sobre mano… Después —al ser testigo de lo que sucedió— comprendí por qué el Maestro no quiso moverse de Bethabara durante cuarenta y ocho horas… Lo tenía todo calculado.

Pero el 1 de marzo, miércoles, la situación cambió. Al alba, Jesús habló con Andrés y éste dio la orden; una orden que dejó confusos a los íntimos:

—¡Vamos, moved el culo!… ¡Partimos hacia Betania!

1 - 5 - 4

Los discípulos, como digo, no salían de su asombro. ¿Betania? Eso estaba a un paso de Jerusalén… ¿Y qué pasaba con el Sanedrín? ¡Lo capturarían! Andrés y la *tabbah* se reunieron a solas y cambiaron impresiones. Aquello, en efecto, era una locura. Jesús se desentendió y empezó a desarmar su tienda. Parecía ajeno a la lógica preocupación de su gente. Discutieron. Andrés y Santiago Zebedeo eran partidarios de no pisar Betania. Pedro y Juanito dudaron. Andrés tenía razón: en cuanto el Sanedrín tuviera noticia de la presencia en Betania del Hijo del Hombre, los levitas lo arrestarían… Minutos después, Andrés y la escolta se aproximaron al Galileo y le hicieron ver que la idea de viajar a Betania no era aconsejable.

—Maestro —habló Santiago con el rostro y la voz preocupados—, estuviste en Jerusalén hace poco… Y las castas sacerdotales intentaron matarte… En aquel momento les ofreciste la verdad… No permitiremos que vuelvas a Judea.

Y el rabí, sin dejar de desmontar la tienda, replicó con una seguridad que nos hizo temblar:

—Quiero darles otra oportunidad… Llevaré a cabo una obra que no dejará lugar a la duda…

Olvidó lo que estaba haciendo, se volvió hacia los íntimos y desvió la mirada hacia este explorador. Sí, yo sabía a qué se refería… Y añadió, mirando a los suyos:

—Además, ¿es que no entendéis que nuestro amigo Lázaro duerme?

Le miraron, perplejos. Y el Galileo redondeó:

—¡Quiero despertarlo!

Algunos pensaron que el Hijo del Hombre había perdido el juicio.

—Pero, Maestro —intervino Andrés—, si Lázaro duerme, seguramente sanará… ¡Olvida el viaje a Betania!

Y Jesús, colocando sus manos sobre los hombros del jefe de los íntimos, declaró abiertamente:

—Lázaro ha muerto… Y me alegro de no haber estado allí…

Los discípulos no sabían qué hacer ni qué decir. «Sí —pensaron—, el Galileo había perdido la razón». Y el Maestro prosiguió:

—… Así tendréis un nuevo motivo para creer en mí… Lo que veréis deberá fortaleceros de cara a los días negros que se avecinan…

Por supuesto, no entendieron. No sabían a qué se refería… Y los gemelos —¡oh, sorpresa!— intervinieron:

—¡Vamos a morir!

Mateo Leví y el Oso hicieron causa común. Pero el Galileo no prestó atención. Dio media vuelta y continuó desmontando la tienda. No había nada que hacer. Jesús lo tenía decidido. Fue en esos tensos momentos cuando Tomás se unió al grupo y, ante la perplejidad de todos, sacó los dados y los agitó en el aire, en su mano izquierda. Después los lanzó sobre las pieles de cabra de la tienda del rabí. Y cantó:

—¡¡Uno…, cinco…, cuatro!!

Le miraron sin comprender. Observé los tres dados. En efecto, aparecían esos números.

—¡¡Uno…, cinco…, cuatro!! —repitió el bizco, entusiasmado—. ¿Es que no lo veis?

¿Ver qué? Y Tomás aclaró, ante la sonrisa del Maestro:

—¡Suma diez!… *¡Yod!*… ¡¡El Padre!!…

Estaban desconcertados. El rabí recogió los dados y, sin dejar de sonreír, se los entregó al eufórico Tomás. ¡Pardiez!… En Kábala, en efecto, la letra hebrea *yod* o *iod* simboliza a Dios… ¡El Padre Azul! Por su parte, el número «154» equivale a «victoria»… Quedé más sorprendido que los discípulos. Y lo tomé por lo que era: una señal de los cielos…

Tomás, entonces, agitando de nuevo los dados en la mano izquierda, animó a sus compañeros:

—¡Vamos!… ¡Muramos con Él!

¿Eres homosexual?

Esa tarde del miércoles, 1 de marzo (año 30), acampamos al pie de la doble muralla de Jericó, como era habitual. Al poco empezó a llegar gente. ¡El «hacedor de maravillas» había regresado a Jericó! A la hora de la cena, unas cincuenta personas se congregaron en torno al rabí. Era inevitable. Algunos eran fariseos. Resultaban inconfundibles: levitas negras, gorros cónicos de terciopelo tenebroso, miradas esquivas y opacas, y los tradicionales y largos tirabuzones a ambos lados de la frente. Un poderoso fuego —menos mal— se alzaba entre el Maestro y sus enemigos. Y los «santos y separados» —no sé si intencionadamente— empezaron a discutir entre ellos sobre el divorcio. Jesús escuchaba serio y en silencio mientras devoraba la cena: garbanzos con arenques escabechados. Felipe se había esmerado. Deliciosos… Y, de pronto, uno de los fariseos levantó la voz e interpeló al Hijo del Hombre:

—Maestro, ¿apruebas el divorcio?

Se hizo el silencio. Las llamas —sabedoras de la hipocresía de aquellos fulanos— crepitaron, amenazadoras.

—El divorcio justo sí —respondió Jesús—… El vuestro, no…

Conviene aclarar que, en aquel tiempo, los judíos practicaban el divorcio. Yavé había dictado una normativa básica mil trescientos años atrás (Yavé o quien fuera). El Deuteronomio (24, 1) reza así: «Si un hombre toma una mujer y se casa con ella, y resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada, le redactará un libelo de repudio, se lo pondrá en su mano y la despedirá de su casa». Ese documento escrito —llamado «carta o libelo de repudio» (*sefer keritut*)—, como es fácil imaginar, se prestaba a todo tipo de abusos.

Los retorcidos escribas o doctores de la ley terminarían tejiendo una oscura tela de araña alrededor de dicho libelo. Y, con el paso del tiempo, añadieron 75 disposiciones a lo supuestamente ordenado por Yavé en el referido Deuteronomio (uno de los libros que integran el Pentateuco). Setenta y cinco normas, a cual más absurda, ridícula e injusta… Algunas de estas disposiciones —contenidas primero en la ley oral y después en la Misná— provocaban la risa. Ejemplos:

1. La mujer puede ser repudiada si el marido, en la noche de bodas, descubre que no es virgen… (Misná. Orden tercero). (Lo contrario era impensable entre los fariseos.)
2. La mujer puede ser repudiada si la ven hablar con un hombre en el mercado… (Misná. Orden tercero). (Por eso los fariseos no permitían que sus esposas hicieran la compra. Eran ellos los que acudían al mercado.)
3. Si la esposa se opone a la relación marital, se le ha de disminuir la dote a razón de siete denarios por semana… Si persiste, es motivo de divorcio… (Misná. Ketubbot).
4. Si la esposa encuentra algo en la calle, y no lo entrega al marido, es causa de divorcio… (Misná. Ketubbot).
5. Si la esposa sale de casa con el pelo suelto, si teje en la plaza, si cuando habla la oyen los vecinos, si es fea, o si oculta algún defecto…, es motivo de divorcio (Misná. Capítulo VII de «Mujeres»).
6. Si tiene relaciones sexuales durante la menstruación…, es motivo de divorcio (Misná. Capítulo VII de «Mujeres»).

La relación es tan agobiante como larga…

Y, súbitamente, uno de los fariseos preguntó, con evidente malicia:

—Maestro, ¿por qué no te has casado?

Se levantaron algunas risitas, a cual más venenosa. Y antes de que el Galileo llegara a responder, otro de los «santos y separados» apuntilló con gran voz:

—¿Eres homosexual?

La homosexualidad, como el onanismo, estaban castigados con la pena de muerte. Y las risitas arreciaron. ¡Pardiez!… ¡Cuánto miserable! Juan Zebedeo, sentado cerca del rabí, no pudo contenerse. Se levantó, decidido, rodeó la hoguera y se plantó frente al «gracioso». Entonces lo llamó «patas de chivo» y le escupió en la cara. Andrés, Pedro y Santiago, su hermano, acudieron rápidos y lo arrastraron al otro lado del fuego. Esta vez aplaudí al Zebedeo. ¡Pardiez! ¡Fui el único!… Y los fariseos —furiosos— se levantaron, alzaron el puño, vengativos, y procedieron a soltar sus sandalias. Después golpearon el suelo con ellas. Era la forma de decir que no volverían a sentarse con el Hijo del Hombre. Y marcharon entre maldiciones. «Mal asunto», me dije… Aquellos malnacidos eran especialmente vengativos… No me equivoqué.

—El matrimonio —habló al fin el Galileo— es loable… Todos deberían aspirar a formar una familia. No olvidéis que el matrimonio bajó del cielo…

Cierto. Esas mismas palabras aparecen en los diarios de Jasón, en una de sus conversaciones con el Maestro en la cueva de la llave. Y añadió:

—… Que yo permanezca soltero no significa que rechace el matrimonio… Al contrario. Es voluntad del Padre Azul que, en los mundos del tiempo y del espacio, la convivencia entre el hombre y la mujer sea la forma más cercana a la felicidad que os aguarda tras la muerte. Por esta causa, el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a la mujer…, y los dos llegarán a ser uno.

Andrés intervino y preguntó:

—Rabí, ¿es sagrado el matrimonio?

El Maestro negó con la cabeza.

—Enamorarse —sentenció el Galileo— es necesario, pero nunca sagrado. ¿Por qué os empeñáis en pisarle la cola a Dios? El matrimonio siempre ha sido un pacto entre dos partes… ¡Dejad al Padre Azul a un lado!… Lo sagrado está mucho más allá… ¡Sed fieles a la mujer y a vosotros mismos! Eso es lo importante en una pareja…

—¿Por qué el divorcio que defienden los fariseos te parece injusto?

La pregunta de Tomás recibió rápida respuesta por parte del rabí:

—Es injusto porque desprecia a la mujer… El divorcio puede ser justo cuando se ha terminado el amor por las dos partes.

E insistió:

—¡Por las dos partes!… Todo lo demás es codicia, interés y mentira.

El Oso tuvo una idea y la planteó:

—Maestro, ¿por qué no legislas sobre el matrimonio?

Jesús lo contempló, desconcertado. Y replicó, sonriente:

—¿Y de qué serviría?… No he venido al mundo para modificar los asuntos terrenales… Si lo hiciera, el curso natural de la historia lo rectificaría a los pocos días. Lo que es bueno hoy no tiene por qué serlo mañana.

Ciertísimo. Por eso Jesús jamás entró en política o en asuntos de economía o en temas puramente sociales. Lo suyo era más importante y trascendente… Y volviendo al matrimonio, el rabí resumió:

—No me he casado porque el Padre Azul tiene otros planes para mí…

Sonrió de nuevo y proclamó:

—Y que conste que tengo derecho al matrimonio… siempre que sea la voluntad de Ab-bā…

Al regresar a la «cuna» repasé los textos evangélicos. Respecto a la accidentada reunión con los fariseos al pie de las murallas de Jericó, Mateo dice: «Y sucedió que, cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea y

fue a la región de Judea, al otro lado del Jordán. Le siguió mucha gente, y los curó allí. Y se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: “¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?”. Él respondió: “¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra, y que dijo: ‘Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne’? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre”. Dícenle: “Pues ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?”. Díceles: “Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —no por fornicación— y se case con otra, comete adulterio”».

Error tras error. Jesús no partió de la Galilea. Se hallaba en Bethabara, al sur de la Perea, cuando tomó la decisión de viajar a Betania. Tampoco le siguió mucha gente y tampoco hubo curaciones. En cuanto a las respuestas del rabí a los fariseos, pura invención… Jesús jamás pronunció esas frases. Una, en especial, fue aprovechada por las iglesias (en su beneficio, naturalmente): «… lo que Dios unió no lo separe el hombre».

Las palabras de Jesús contra el divorcio practicado por los fariseos se extendieron rápidamente por Jericó. Pues bien, al día siguiente —temprano—, cuando procedíamos a recoger el campamento, nos vimos invadidos por decenas de madres con sus hijos en brazos o de la mano. Conté más de ochenta mujeres. Pretendían saludar al Maestro, felicitarle por sus valientes palabras, y que bendijera a los pequeños. Y así fue. El Galileo —encantado— agradeció las felicitaciones y fue acariciando a los bebés. Para todas tuvo una palabra de consuelo y esperanza. La más repetida fue «confía»… Pero Juanito Zebedeo, una vez más, metió la pata…

El Zebedeo, al ver el tumulto, se acercó a las hebreas que rodeaban a Jesús y empezó a maldecir y a empujar a las mujeres, obligándolas a retirarse. Algunas madres protestaron, pero Juan siguió a lo suyo y con malas maneras. Varios niños empezaron a llorar. El rabí se dio cuenta de los modales del discípulo, se abrió paso, y lo reprendió. Juanito dio la espalda al grupo y se alejó, pateando las piedras. El Galileo, entonces, pronunció aquellas célebres palabras:

—Dejad que los niños se acerquen a mí… No lo impidáis porque de ellos es el reino de los cielos… En verdad os digo que el que no se haga como un niño difícilmente entrará en el reino invisible y alado…

Después, el rabí se despidió de las madres. Y hacia la tercia (nueve de la mañana) partimos hacia Betania. Jesús lucía en el pecho los collares de flores que le ofrecieron las mujeres de Jericó. Faltaban seis horas para el gran suceso…

Un día histórico

El 2 de marzo del año 30, jueves, fue —sin duda— una de las jornadas más gloriosas en la historia terrenal del Maestro. Y digo más: uno de los días importantes del planeta… El orto solar se presentó puntual: a las 6 horas, 4 minutos y 19 segundos de un supuesto Tiempo Universal. Cielo azul y un incómodo viento del oeste, con rachas fuertes y molestas. Al Maestro no pareció importarle. Y tiró con fuerza del grupo. Tenía prisa. Me extrañó. No era una actitud habitual en Él.

Y hacia la sexta (mediodía), cuando habíamos cubierto casi los 20 kilómetros que separaban Jericó de la aldea de Betania, observamos un reducido grupo de hombres al filo de la senda, bajo un corro de robles tan ancianos como silenciosos. Cuando nos hallábamos a cien metros, se movilizaron. Hablaron entre ellos, nos observaron, dieron media vuelta y emprendieron una rápida carrera en dirección a la referida aldea de Betania. Eran siervos de Lázaro. Los había visto en otras oportunidades. Imaginé que reconocieron al Maestro y corrieron para dar aviso en la hacienda. Pero me pareció raro… ¿Por qué salieron a la carrera? ¿Por qué no esperaron la llegada de Jesús? El Galileo continuó, rápido, con sus largas zancadas. Minutos después, al salir de un recodo del camino, nos dimos de cara con Marta, la hermana mayor de Lázaro. La acompañaban seis o siete criados. Eran los que habíamos visto bajo los árboles. La mujer vestía de blanco riguroso —de los pies a la cabeza—, tal y como exigía el luto. Los cabellos negros aparecían recogidos y los ojos —siempre observadores— se presentaron opacos, escoltados por oscuras y aparatosas ojeras. El Maestro levantó la mano izquierda y la caravana se detuvo. Al reconocer al rabí, Marta salió a la carrera y se arrojó a los pies del Hijo del Hombre. Y, entre lágrimas, exclamó:

—¡Maestro, de haber estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!

Jesús la tomó por los brazos y la obligó a levantarse. La mujer intentó sonreír. No pudo. Y el hilo de oro que sujetaba los dientes brilló fugazmente. El silencio hacía daño.

—Ten fe —replicó el rabí—… Tu hermano resucitará…

Entre sollozos, la mujer respondió:

—Sé que se levantará en la resurrección del último día… Y sé también que el Padre Azul te concederá lo que le pidas…

Jesús de Nazaret colocó sus manos sobre los hombros de la aturdida mujer y proclamó, solemne:

—¡Yo soy la resurrección y la vida!… ¡El que crea en mí, aunque muera, vivirá!… ¡El que crea en mí nunca morirá!… Marta, ¿crees esto?

La mujer se secó las lágrimas y asintió con la cabeza. Después aseguró:

—¡Sí creo, Señor!… ¡Desde hace tiempo sé que eres el Mesías libertador de nuestro pueblo!

Marta se percató del error y rectificó:

—¡Sé que eres el Hijo de Dios vivo!… ¡El que tiene que venir a este mundo!

El Maestro sonrió levemente y preguntó por María, la otra hermana de Lázaro. Marta explicó que se hallaba en la casa, desolada. La muerte de su hermano no era previsible. Estaba sano. Pero, de pronto, aparecieron aquellas fiebres… Y se consumió como una candela.

—Ve a por ella —solicitó el Galileo.

Marta obedeció al momento. Dio media vuelta y partió a la carrera en dirección a Betania. Los criados la siguieron. El rabí, entonces, procedió a quitarse los collares de flores y se los pasó a Andrés. El jefe de los íntimos señaló la pradera que se abría allí mismo, a uno y otro lado de la senda, y sugirió al Hijo del Hombre que acampásemos en aquel lugar. Nos encontrábamos a medio kilómetro de la aldea. Y Andrés comentó, acertadamente:

—No es buen momento para alojarse en la hacienda de Lázaro…

Jesús y el resto reconocieron que el jefe de los discípulos hablaba con razón. Y la propuesta fue aceptada. Minutos después, Felipe acomodó el *reda* en la pradera y los seguidores iniciaron el habitual trajín: acomodo de las tiendas de pieles, instalación de la cocina de campaña, provisiones, búsqueda de leña y de agua… Y hacia la octava (dos de la tarde) vimos llegar a María. Lo hizo a la carrera y nerviosa. El viento racheado hacía volar la túnica blanca y dejó al descubierto unas piernas bellísimas. El cabello, recogido en un moño, terminó derrotado y la espesa y larga mata de pelo negro flotó al viento. El cutis —habitualmente aceitunado— aparecía pálido. Y se repitió la escena. La mujer se arrojó a los pies de Jesús y, entre lágrimas y gemidos, exclamó:

—¡Maestro!… ¡De haber estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!…

Y en eso llegaron Marta, los sirvientes, y alguien más… ¡Pardiez! Yo los conocía… ¡Eran algunos de los fariseos que se habían rasgado las vestiduras en las proximidades de la ciudad de Pella!… ¿Qué hacían allí? Imaginé que eran amigos o conocidos de la familia. Sinceramente, no me gustó…

Jesús alzó a María y, acariciando los cabellos de la mujer, preguntó:

—¿Dónde está?

Pero María permaneció muda. Los profundos ojos negros se hallaban ausentes. El dolor la mantenía sometida. Entonces reparé en un detalle: las uñas aparecían pintadas de blanco. Y Marta respondió al rabí:

—¡Ven y verás!

El Maestro reclamó la presencia de la *tabbah*. Después me hizo una señal para que lo siguiera. Así lo hice. Olvidé el montaje de la tienda y me fui tras ellos. Estábamos muy cerca del gran suceso… Yu y Sapar, el negro de la voz de trueno, el que fue sanado por aquella extraña fruta, me vieron caminar tras el Galileo y las hermanas de Lázaro y se unieron a este explorador. Y lo mismo hicieron otros dos *shiv'îm* (evangelistas). María, la de Magdala, que se encontraba muy cerca, comprendió que algo sucedía y tiró de Nasanta, la negrita, uniéndose al grupo. El resto continuó en la pradera, montando el campamento. Al alcanzar Betania sucedió algo que, en un primer momento, no me pareció importante. ¡Pardiez! ¿Cómo no me percaté?… ¡Ya lo creo que lo fue! Los malditos fariseos que nos acompañaban doblaron a la derecha —y con prisas— y se encaminaron hacia Jerusalén. La ciudad santa se encontraba a tres kilómetros escasos. Aquellas prisas me parecieron raras. Pero, como digo, no estuve listo. Pronto lo lamentaría…

«¿Estoy muerto?»

Marta, María y los sirvientes nos guiaron por el jardín hasta un peñasco negro que se alzaba a cosa de 400 metros de la casa, entre frutales. El viento seguía fuerte y empecinado. En aquella roca —de diez metros de altura— habían practicado una gruta. Ahora aparecía tapada con una enorme rueda de molino de dos metros de diámetro. Calculé que podía pesar una tonelada, como poco. Estábamos ante la cripta funeraria de la familia. Allí yacían los cadáveres de los padres de Lázaro. A ambos lados de la peña corrían sendos muros de cerramiento de la finca: pura piedra. Rondaban el metro y medio de altura.

Al llegar a la cripta, María sufrió una nueva crisis y cayó a los pies del rabí, sollozando. Se hizo un pesado silencio, apenas roto por los alaridos del viento entre las ramas de los almendros. Observé a los que rodeaban al Maestro. La *tabbah*, Marta, los siervos, Yu, Sapar, los dos evangelistas, la de Magdala, Nasanta y el resto de los amigos de la familia miraban sin ver. Nadie imaginaba lo que estaba a punto de suceder… Conté cuarenta personas. Como digo, a algunos no los conocía. Era la nona, aproximadamente (tres de la tarde). Faltaban dos horas y media para el ocaso. De pronto descubrí una solitaria lágrima en la mejilla derecha del Galileo. Rodaba brillante y despacio hacia la barba. El viento arreció, como si supiera… Y uno de los desconocidos susurró:

—¡Ved cómo le quería!…

Y otro exclamó:

—Pero, si abrió los ojos a los ciegos, ¿por qué no impidió que este hombre muriera?

Y siguieron hablando —en voz baja— entre ellos:

—Si tenía en tan alta estima a Lázaro —murmuró un tercero— ¿por qué no ha salvado a su amigo? ¿De qué sirve curar en la Galilea a los extraños si no puede salvar a los que ama?

El Maestro levantó a María y la abrazó. Ambos lloraron durante un minuto largo. El viento mezcló los cabellos y los sentimientos. Y el Hijo del Hombre, secándose las lágrimas, retiró suavemente a María y ordenó:

—¡¡Retirad la piedra!!

Marta, atenta, se acercó a Jesús y preguntó en voz baja:

—¿Debemos mover la muela totalmente?

Creí entender. Marta pensó que el Galileo deseaba ver a su amigo por última vez. Y estimó que quizá era suficiente con mover la roca unos centímetros, de manera que el rabí pudiera asomarse a la cripta. En otras palabras: la mujer seguía sin comprender cuáles eran las intenciones de Jesús.

El rabí no respondió. Y Marta insistió:

—Mi hermano murió hace cuatro días… Ya huele… La descomposición se ha iniciado…

Para los judíos, como fue apuntado en los diarios de Jasón, la muerte era la separación de alma y cuerpo. Pero esta disociación no tenía lugar de forma efectiva hasta el tercer día. En esos momentos, cuando el alma era arrastrada al *seol* (algo similar al Hades de los griegos), aparecían las cuadrillas cadavéricas y se iniciaba la putrefacción.

Los cinco sirvientes que se habían situado junto a la muela, dispuestos a empujar, esperaron órdenes. ¿Qué debían hacer? Y el Maestro, aproximándose a la roca circular, exclamó:

—¿No os dije —desde el principio— que esta enfermedad no era mortal?… ¿No estoy aquí para cumplir mi promesa?… ¿No he dicho que si creéis veréis la gloria del Padre Azul?… ¿Por qué dudáis?… ¿Cuánto tiempo necesitáis para creer y obedecer?

Marta miró al Galileo y, sin más, ordenó a los criados que retiraran la piedra. Los sirvientes empujaron y la muela fue rodando y gimiendo sobre el canal de deslizamiento. El viento se asomó a la caverna y ululó. Dos o tres minutos después, la cripta quedó al descubierto. Era una cueva conquistada a la roca a base de machetazos. Allí reinaba la oscuridad.

El Maestro, entonces, levantó los ojos hacia el azul del cielo y clamó con gran voz:

—¡Padre…, agradezco que hayas oído mi ruego!… Sé que siempre me escuchas, pero a causa de los que están junto a mí, hablo contigo para que crean que me has enviado y sepan que intervienes conmigo en el acto que nos disponemos a realizar…

El silencio era total, apenas roto por los quejidos del viento y los vuelos negros de las golondrinas.

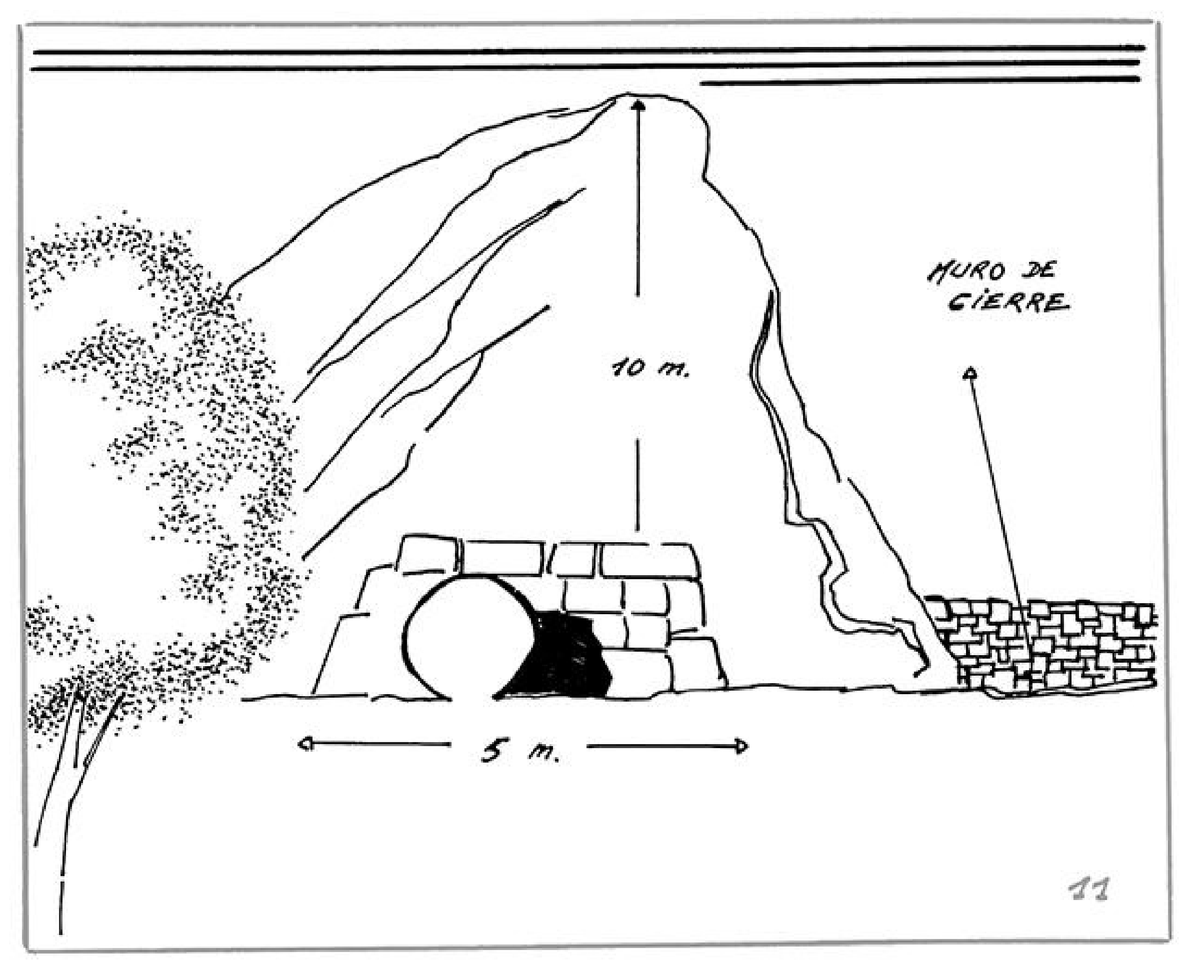
Jesús clavó la rodilla izquierda en el suelo, se asomó a la cueva, y gritó:

—¡¡Lázaro!!… ¡¡Acércate!!

Mi corazón palpitaba con fuerza. Nadie sabía qué iba a suceder… Miré hacia la cripta y distinguí un cadáver, envuelto en una sábana blanca, con las manos y los pies amarrados… Reposaba en un *kôkim*, uno de los nichos

inferiores… ¿Cómo explicarlo?… La negrura, de pronto, desapareció. Y la cueva se vio inundada por una tenue luz azul… ¡Pardiez!… ¡Yo conocía esa luminosidad!… ¡La había visto en otras curaciones y prodigios!… Pero la luz se extinguió al momento… No sé cuánto pudo durar… Quizás tres o cuatro segundos, no más… ¡Fue visto y no visto! Mi garganta parecía esparto… ¿Miedo? Seguramente… María, asustada, se abrazó a su hermana. Todos retrocedimos, atemorizados… Algo estaba pasando en la cripta… Fue entonces cuando caí en la cuenta: ¡el fuerte viento había cesado!… ¡Los pájaros desaparecieron!… ¡No había ruidos!… ¡Todo se detuvo, incluidos los corazones!…

El Maestro, entonces, dio un paso atrás… ¡Pardiez y pardiez!… ¡En la boca de la caverna se presentó un bulto blanco!… María, la hermana de Marta, lanzó un chillido y cayó desmayada… Alguien, cubierto con un lienzo, trataba de ascender por los peldaños que daban acceso a la gruta. La gente —aterrorizada— huyó. Sólo María, la de Magdala, y Marta, situadas a un metro por detrás de Jesús, permanecieron inmóviles… ¡Pardiez, qué mujeres!… Me fallaban las fuerzas, pero resistí… ¡Estaba siendo testigo de un hecho único y excepcional!… Y el bulto continuó subiendo por los breves escalones, ayudándose con las rodillas y los codos… Se le oía respirar con intensidad.



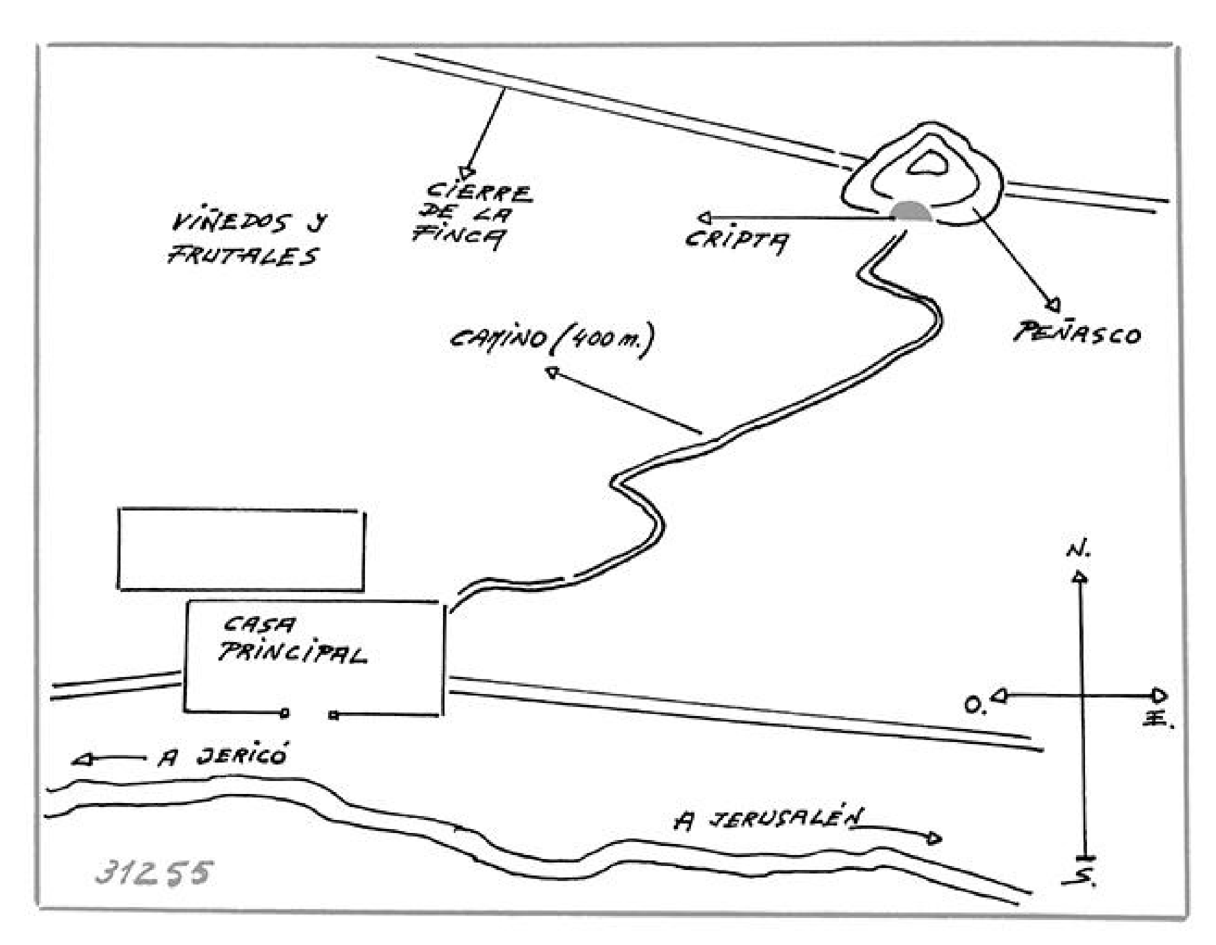
La cripta funeraria en el jardín de la hacienda de Lázaro, en Betania, según consta en el diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Jesús comprendió las lógicas dificultades del bulto y recomendó a Marta que se acercara y retirara la sábana. Pero la mujer —pálida y llorosa— dudó… Fue la de Magdala —no Marta— la que dio el primer paso, se aproximó al bulto y procedió a soltar las ligaduras de las muñecas. Lo que le contaron a Jasón fue una versión interesada… María Magdalena, ¡qué gran mujer!… Marta reaccionó y, de inmediato, se unió a la de Magdala. Y liberó a su hermano del lienzo… Lázaro —blanco como la cal— tenía los ojos muy abiertos… Miró hacia la piedra circular y, súbitamente, preguntó a su hermana:

—¿Estoy muerto?

El Maestro rió con ganas, liberándonos —en parte— de la gran tensión. Y, mientras Marta intentaba explicar a Lázaro qué le había sucedido, Jesús se inclinó sobre María, la hermana de Lázaro, la alzó y caminó rápido hacia la casa. La mujer seguía desmayada. Y el viento y las golondrinas retornaron al jardín de Lázaro…

¡Pardiez!… ¡Aquel hombre llevaba cuatro días muerto!… ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo lo regresó a la vida? ¡Sí —reconocí en mi interior—, aquel Hombre era un Dios!



Disposición de la casa y la cripta funeraria en la finca de Lázaro. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Aquellas malditas mazas

No sé por qué permanecimos en aquel lugar… Pero eso ¿qué puede importar ahora? ¿Sentimos curiosidad? Probablemente… La cuestión es que, tras la marcha de Jesús, Lázaro y el resto, el chino y yo decidimos entrar en la cripta funeraria. Sapar y los otros dos evangelistas —cuyos nombres no recuerdo— continuaron junto a la piedra circular, inspeccionándola. Recorrimos la breve galería, asomándonos a los sepulcros. Pero pronto comprendimos que aquella inspección no tenía sentido. El verdadero «objetivo» —a quien debíamos interrogar— era Lázaro. ¡Pardiez! ¡Qué estúpidos fuimos! ¿Qué demonios hacíamos allí? Y, cuando nos encaminamos de nuevo a la boca de la gruta, oímos voces. Al salir vimos al rabí. Corría hacia nuestra izquierda, hacia el muro de cerramiento de la hacienda. Le seguía la *tabbah*, muy cerca, y también a la carrera. ¿Qué sucedía? ¿Por qué corrían? Y, ante nuestro desconcierto, el Maestro saltó el muro, limpiamente. Después lo hicieron los Zebedeo. Pero Pedro, más grueso, tuvo dificultades. Fue Santiago el que le ayudó a escalar el cierre. Una vez en lo alto de la pared, Pedrito se volvió hacia nosotros y gritó:

—¡¡El Flauta!!… ¡¡Huid!!

E hizo un gesto con las manos, para que lo siguiéramos. Después saltó al otro lado. El chino y yo nos miramos. ¿Qué pasaba? ¿El Flauta? ¿Los levitas estaban en la hacienda? ¿Cómo era posible? En esos críticos momentos no caí en la cuenta. Alguien había delatado la presencia de Jesús en Betania…

No hubo tiempo para nada más. A los pocos segundos, cuando nos disponíamos a saltar el muro, se presentó una patrulla de levitas con sus habituales túnicas amarillas, hasta los pies, las «camisas» metálicas y las temidas mazas con clavos. Las cotas de mallas y los gorros cónicos brillaban al sol. Sumé treinta. ¡Malditos fariseos!… ¡Fueron ellos los que dieron el chivatazo cuando llegaron a Jerusalén!

No supimos qué hacer. No tuvimos alternativa. Estábamos desarmados. El chino hizo ademán de parlamentar. No tuvo tiempo. Cuando los levitas llegaron a nuestra altura, alguien gritó:

—¡Bastardos!

Formaron rápidamente en línea y —rabiosos— se lanzaron sobre nosotros.

Fue todo rápido, confuso y terrible… Una de las mazas cayó sobre la cabeza de Yu y la abrió como un melón. ¡Pardiez!… La sangre y el cerebro se esparcieron por el suelo y el muro. Y el chino se derrumbó a mis pies. Tenía los ojos muy abiertos… Sapar corrió la misma suerte. Entre gritos y maldiciones, los esbirros del Sanedrín lo golpearon sin piedad. Tres mazas impactaron en su cráneo y cuello y lo destrozaron. Lo vi caer bañado de sangre… Fueron bastonazos salvajes… Y lo mismo sucedió con los otros dos evangelistas. Fueron arrollados y masacrados contra la pared. A uno le partieron la espalda. Los clavos desfiguraron el rostro del segundo… ¡¡Pardiez y pardiez!!… A mí me dejaron para el final… Uno de los sicarios se lanzó hacia este explorador con la maza en alto. Tenía los ojos vidriosos. Gritó y dirigió el bastón hacia la parte derecha de mi cabeza. Pero fue tal el odio y la violencia desplegados que el sujeto no calculó bien. Tropezó con el cadáver de Yu y la maza se desvió, alcanzándome en el costado. El impacto me derribó. Noté cómo los clavos de la maza se partían… ¡Pardiez!… ¡La piel de serpiente me salvó la vida!… Y fui a caer sobre el cuerpo del chino. Su sangre me empapó. Permanecí quieto, con los ojos abiertos —sin pestañear—, mirando fijamente a los energúmenos. Regla básica de supervivencia en combate, aprendida en Vietnam… Y el maldito levita me pateó el rostro. Resistí sin mover un músculo. Y el sujeto, pensando que había terminado conmigo, se alejó. Entraron en la cripta, la registraron entre voces y blasfemias, y salieron de nuevo, pisoteándonos. Después saltaron el muro de cierre de la finca y desaparecieron. Y regresó el silencio; un silencio doloroso… El cielo aparecía azul y triste. No volví a ver las golondrinas. Y pensé: «¡Yu está muerto!… ¡Pardiez!… ¿Es esto una pesadilla?».

No sé cuánto tiempo permanecí sobre el cadáver de Yu. La sangre —caliente— tenía un sabor dulce… Él era dulce. Finalmente llegaron Marta y la servidumbre. Oí nuevos gritos. Alguien clamaba:

—¡¡Están todos muertos!!

Me incorporé como pude y me rescataron. Presentaba la túnica, el rostro y las manos llenos de sangre. Eso les hizo pensar lo peor… Y me trasladaron a la casa entre cuatro. En la hacienda, todo era confusión y lágrimas. ¡Los levitas habían dejado cuatro muertos y un herido!… Marta y la de Magdala me desnudaron. Inspeccionaron mi cuerpo y llegaron a la conclusión de que sólo había sufrido la fractura de dos costillas. Tuve suerte. «Sí —pensé—, mucha suerte…».

Creí que me volvía loco. ¡Yu estaba muerto!… ¡Mi amigo había fallecido!… ¿Por qué el mayor no mencionó la fuga del Galileo en sus

diarios? ¿Por qué nadie le habló de aquellos muertos?

Pero la jornada no había terminado…

Cuatro almendros en flor

Esa noche nadie durmió en la hacienda de Lázaro. La alegría por la resurrección del amigo del Maestro se vio empañada por la matanza de los seguidores del rabí. Nadie lo mencionaría en los textos evangélicos; como otros hechos… Y ahora me pregunto: ¿por qué la vuelta a la vida de Lázaro —un suceso extraordinario— sólo es mencionada por Juanito Zebedeo?

María, la de Magdala, y Nasanta abandonaron la finca al despuntar el alba. Y regresaron al campamento. De inmediato —según averigüé después—, Andrés dispuso la partida y se dirigieron al meandro Omega. Allí, imaginaron, se reunirían con el Galileo y la *tabbah*.

Ese mismo viernes, 3 de marzo (año 30), Yu y los evangelistas fueron sepultados al pie de los almendros en flor, en la hacienda de Lázaro. La decisión fue de los tres hermanos. No convenía trasladar los cadáveres… No lloré. No tenía lágrimas. Sólo rabia y deseos de venganza. Lo sé: lo contrario a lo que predicaba Jesús de Nazaret…

Y a eso de la sexta (mediodía), una docena de fariseos se presentó en la casa de Lázaro. Interrogaron a las hermanas y a los siervos. Lázaro no se prestó al interrogatorio. Es más: no quiso ver a los enviados del Sanedrín. Y los tipos se fueron con la duda: ¿era cierta la resurrección? La noticia, como es fácil imaginar, se propagó a gran velocidad por Jerusalén y toda la Judea. ¡El «hacedor de maravillas» se había superado a sí mismo y había devuelto a la vida a un muerto!… La gente —desconcertada— empezó a reunirse frente a la finca y a exigir la presencia de Lázaro… Aquello se complicaba por momentos… Algunos pretendían que el rabí acudiera a los sepulcros y levantara a no sé cuántos fallecidos… ¡Pardiez, qué locura!…

Pero las castas sacerdotales no se dieron por vencidas. Y a la décima (cuatro de la tarde) regresaron los fariseos. Traían una orden. Los acompañaban los aborrecibles levitas. La orden reclamaba la presencia de Lázaro —y las hermanas— en la sala de las piedras talladas, en el Sanedrín, en Jerusalén. No tuvieron más remedio que marchar —escoltados— a la ciudad santa. El gentío se fue tras ellos. Entrada la noche, Lázaro y las hermanas retornaron a la hacienda. Y nos informaron. El alto tribunal los interrogó. Al principio no les creyeron. Se burlaron de los tres. Obligaron al

resucitado a desnudarse. Lo examinaron. Discutieron. Casi todos conocían a la familia. Y sabían que había muerto. Finalmente, fueron despedidos con malas caras.

Aquélla fue otra noche agotadora. Hacia la segunda vigilia (dos de la madrugada) llamaron a la puerta. Nuevo susto… Eran Nicodemo y otros fariseos, seguidores del Maestro. Y explicaron: «Lázaro debía huir… El Sanedrín se había reunido en secreto tras el interrogatorio a los hermanos y decidió ejecutar a Jesús de Nazaret… y a Lázaro». Era la primera vez que los sanedritas condenaban a alguien sin juicio previo. Estaban rabiosos. No podían permitir que el Galileo siguiera utilizando sus poderes. La nación entera —eso dijo Nicodemo— estaba amenazada. Si Roma tomaba en serio al «hijo de Satanás» (así llamaron los sacerdotes y fariseos al rabí), las legiones podían caer sobre Jerusalén y arrasarla. Fue en esa reunión donde Caifás, el sumo sacerdote, pronunció la célebre frase: «Es mejor que muera un hombre a que perezca toda la nación». De los 72 miembros del Sanedrín, 19 presentaron la dimisión. «Aquello —razonó Nicodemo— era un cúmulo de despropósitos jurídicos». Las castas sacerdotales, además, tenían miedo. La resurrección de Lázaro podía mover a las masas en favor de Jesús. No debían correr ese riesgo. Su prestigio estaba en juego. Sólo había una solución: ¡muerte a Jesús! No había alternativa. Prepararon un carro cubierto, y cuatro siervos armados acompañaron a Lázaro. Marta suplicó que me quedase. Estaba aturdido. Pero seguí la intuición. Monté en el *reda* y escapé de aquel horror… Kesil y Yu habían muerto. ¡Ya no me quedaban amigos!… Todo me daba igual.

El sueño

Quería, deseaba, necesitaba regresar a mi mundo. Estaba profundamente cabreado y, lo que era peor, decepcionado con todo y con todos. No lograba entender la muerte de mis amigos. Éstos eran mis pensamientos cuando nos alejábamos de Betania: regresar a mi «ahora»… De pronto, cuando habíamos recorrido cuatro kilómetros, el *reda* fue alcanzado por un jinete. Era uno de los correos de David Zebedeo. Y nos dio la noticia: el Maestro se hallaba camino del meandro Omega, en el Artal, afluente del Jordán. Lázaro guardó silencio durante el resto del viaje. Al alcanzar Jericó me interrogó:

—¿Qué deseas hacer?… Eres un discípulo aventajado… Deberías volver con el rabí.

Me bajé del carro, agradecí su generosidad y, a pesar de la insistencia del resucitado para que marchara hacia Omega, o bien fuera con él, me encaminé hacia el sur, hacia el mar Muerto. Y el *reda* prosiguió hacia el este, en dirección a Filadelfia. Lázaro tenía amigos en aquella ciudad; entre otros, al pequeño gran hombre.

Dormí por el camino. Me encontraba decaído. Ya no me interesaban las órdenes, ni Curtiss, ni la misión… En la «cuna» se hallaban depositadas muestras biológicas suficientes y el maldito cilindro de acero… ¿Qué más querían? Lo tenía decidido: retornaría a mi tiempo. No sentía interés por el Hombre-Dios. Me había decepcionado. ¡Pardiez!… ¡Cuántas estupideces puede llegar a pensar una persona desesperada!…

Al día siguiente, sábado, 4 de marzo (año 30), me encerré en la «cuna» y lo dispuse todo para el retorno al siglo XX. Propulsaría la nave hasta el centro del lago, la sumergiría un centenar de metros y «Santa Claus» llevaría a cabo la inversión de masa. Después me comunicaría con el general… Luego ya veríamos… Las imágenes de Kesil y Yu me acompañaban constantemente. ¡Pardiez!… ¿Qué había sucedido? ¿Por qué todo era tan difícil y oscuro? Me sentí solo… ¡Perdido! Esa noche tomé un somnífero. Necesitaba dormir… Debía estar muy atento para lo que se avecinaba… ¡Pardiez! La intuición volvió a tocar en mi hombro: «¡Atención!». Pero no comprendí.

Y tuve un sueño —¿cómo definirlo?— especialmente vívido y real. Esto es lo que recuerdo: era de día. Me encontraba sentado frente al mar Muerto, en

la playa del Hombre Rojo. Todo era silencio. Pensaba en mis amigos muertos. ¿Por qué el mayor no habló de ello en sus diarios? ¿Por qué aseguró que el Maestro permaneció en Betania hasta el 5 de marzo? Supuse que se trataba de otro «error intencionado» en la narración; un error de segundo grado… O, sencillamente, ¿fue engañado? Y en ésas estaba cuando, de pronto, escuché una especie de zumbido… Sonó a mis espaldas. Era como miles de abejas… Volví la cabeza y quedé atónito. ¿Qué era aquello?… ¡Pardiez!… ¿De dónde había salido? En el sueño me encontraba en marzo del año 30… ¡Eso era imposible!… A cosa de cincuenta metros —sobre la sal— flotaba una esfera negra y brillante… ¡Pardiez!… ¡Era enorme!… ¡Podía tener un diámetro de 40 o 50 metros!… Se balanceaba suavemente. Estaba claro que el zumbido procedía de aquella «cosa»… La repasé, pero no descubrí motores o toberas o ventanillas… ¡Nada!… La esfera —extraordinariamente lisa— tenía una característica sorprendente. Al fijar la mirada en un punto de la superficie —no importaba cuál—, veía surgir un rayo con los colores del arco iris… ¡y curvo!… ¡Pardiez!… Me froté los ojos en el sueño, pero seguí viéndola y continué percibiendo los rayos de colores… ¡Yo conocía esa esfera! ¡La había visto en algún sitio!… Y, de pronto, vi aparecer al astronauta… No sé por dónde salió… No vi escalerillas ni puertas… Dio unos pasos hacia mí y se detuvo… ¡Pardiez y pardiez!… ¡Era Jasón!… Reconocí sus cabellos blancos a través de la escafandra… Vestía el traje especial; el que usábamos en las inversiones de masa… ¿Qué hacía allí?… ¿Qué era aquel objeto?… ¿Por qué aquella nave —o lo que fuera— no me gustó?… Me puse en pie y traté de caminar hacia él… El mayor extendió los brazos, con las palmas de las manos abiertas, e indicó que me detuviera… Entonces oí su voz. Llegó «5 por 5» (fuerte y clara). Señaló hacia la esfera negra y exclamó:

—Ellos no permitirán que te acerques…

Noté cierta preocupación en la voz. ¿Ellos?… ¿De quién hablaba?… No me moví. Allí me quedé, a cuatro metros del añorado Jasón.

—Y ahora presta atención —prosiguió el mayor—. ¡Tienes que regresar con Él!… ¡Es una orden!… ¡Kesil y Yu lo merecen!… ¡Yo lo merezco!… ¡El mundo lo merece y lo necesita!… ¡Regresa con el Maestro!

Fin del sueño. Desperté sudoroso y sobresaltado. ¡Qué sueño tan real!… Yo había visto aquella nave esférica. ¿O no era una nave?

No supe qué sucedió en mi mente y en mi voluntad. El extraño sueño descompuso mis planes. Y el 7 de marzo, martes, alcancé el meandro Omega, en el río Artal. Todos conocían la noticia de la muerte de Yu y los evangelistas. El Galileo me abrazó en silencio. Respondí con escaso entusiasmo. Creo que se alegraron al verme. Bueno, todos no… Juan Zebedeo me miró con desprecio. Andrés había reunido las escasas pertenencias del chino y me las entregó.

—Era tu amigo —resumió.

Yu no poseía gran cosa: algo de jade en polvo, 13 denarios y los papiros escritos con las enseñanzas de Jesús. Lamentablemente estaban en un chino indescifrable. Entregué el dinero al Iscariote, el tesorero, y guardé lo demás. Una vez a solas en la tienda besé los papiros y lloré amargamente. Lo necesitaba…

El 9 de marzo, jueves, llegó David Zebedeo. Traía malas noticias. Y confirmó lo que ya sabíamos. El Sanedrín había dictado una doble sentencia de muerte: contra el Hijo del Hombre y contra Lázaro… David leyó los «argumentos» de los sanedritas contra Jesús: «Condenado a muerte por su alianza con Belzebú, señor de las moscas… Condenado a muerte por curar en sábado… Condenado a muerte por hablar de Yavé como si fuera su padre… Condenado a muerte por considerarse enviado de Dios… Condenado a muerte por ser amigo de recaudadores de impuestos y pecadores…». El ambiente, en el campamento, se tensó. Y los íntimos cayeron de nuevo en la depresión. No podían volver a la Galilea, a sus casas. No podían pisar la Judea… Aquello significaba el destierro… Pero el rabí siguió predicando. No parecía importarle la sentencia de muerte… Fueron días de nuevas parábolas. Habló del hijo pródigo, de la moneda perdida, del mayordomo inteligente y del rico y el mendigo…

En una de las tertulias, tras la cena, Tomás se interesó por Lázaro; más exactamente por su muerte… Todos prestamos atención.

—Maestro —preguntó el incrédulo discípulo—, si estuvo cuatro días muerto, ¿qué pasó con su alma? ¿Dónde estuvo?

Los judíos creían que el alma permanecía en el cuerpo del muerto durante tres días. Al cuarto era arrastrada al mundo de las *refaim* (las sombras). Jesús fue todo lo claro que podía ser:

—El Padre Azul lo mantuvo dormido. Es todo lo que os puedo decir…

—Pero —insistió Tomás—, ¿qué sucedió con la mente? Tú dices que, al morir, se descompone…

Serio, muy serio, el Galileo replicó:

—Os lo he dicho: el Padre Azul durmió a Lázaro…

—¿Le dieron una mente nueva? —intervino el Oso.

Interesante cuestión… Pero Jesús se limitó a mover la cabeza negativamente.

—¿Qué recuerda de la muerte? —preguntó María, la de Magdala.

—Nada —aclaró el rabí—. Durmió sin sueños…

Y la valiente María Magdalena indagó un poco más:

—¿Cómo es la muerte? ¿Tiene los ojos verdes, como dicen?

El Maestro la contempló, maravillado.

—Es como tú quieras imaginar —respondió con seguridad—. Lo hemos hablado… La muerte es un dulce y benéfico sueño del que no querrás volver…

E insistió:

—Del que no querrás regresar… La muerte fue otra genialidad del Padre Azul. Sólo así podrás continuar hacia el Paraíso.

—¿Morirá Lázaro por segunda vez?

La interesante cuestión planteada por Simón, el Zelota, fue respondida con un escueto y simple movimiento afirmativo de cabeza por parte del Galileo. Caballo de Troya supo que Lázaro, en efecto, murió mucho después, cuando contaba sesenta y siete años de edad, y de la misma enfermedad (posible paludismo).

El 11 de marzo, sábado, Jesús pronunció su último discurso en Omega. Habló de algo que provocaba gran confusión entre los seguidores (incluidos los discípulos): el reino invisible y alado. Como fue dicho, los judíos esperaban a un Mesías libertador político, que llevaría a Israel a lo más alto de la gloria. Los judíos dominarían el mundo. Las setenta naciones que —suponían— integraban la civilización trabajarían para ellos. Ésa era la gran esperanza mesiánica, compartida, incluso, por la Señora, la madre de Jesús. El Galileo se ocupó de derribar la idea tradicional, una vez más:

—El reino de los cielos —proclamó—, aunque invisible a vuestros ojos, es tan físico como esta naranja…

Y mostró el fruto proporcionado puntualmente por Felipe.

—Si habéis comprendido mi mensaje (todos sois hijos del Padre Azul y, en consecuencia, hermanos), ya estáis en ese reino…

Y prosiguió:

—Si aceptáis la realidad de ese reino invisible y alado, vuestros corazones flotarán, al fin… Y desaparecerá el miedo que acompaña al hombre desde la noche de los tiempos… El miedo es ignorancia. ¡Venid a mí!… ¡Yo soy la luz!… ¡Transmitid la buena nueva allá donde vayáis!: el reino ya está en vosotros… ¡Prestad atención a la *nitzutz*!

Al día siguiente, nos tocó vivir una escena deprimente, que confirmó lo ya expuesto sobre el Mesías. Nunca lo imaginé de Salomé, la madre de los Zebedeo…

Hacia la quinta (once de la mañana), la mujer se presentó ante el rabí. Jesús conversaba en la cocina de campaña con Felipe y trajinaba con las verduras. Salomé llegó acompañada por Santiago y Juan, sus hijos. Juanito aparecía sonriente y eufórico. No supimos qué ocurría. Su hermano, como siempre, permaneció mudo y serio. Y el Galileo preguntó:

—¿Qué quieres?

—Maestro —repuso Salomé—, cuando establezcas el reino, quiero pedirte, por adelantado, que estos hijos míos sean honrados… Uno deberá sentarse a tu izquierda y otro a tu derecha.

Santiago bajó los ojos, avergonzado. Juanito asentía con la cabeza, una y otra vez. El Maestro dejó las verduras sobre la mesa y respondió con severidad:

—¡Mujer, no sabes lo que dices!…

A continuación dirigió la mirada hacia los Zebedeo y exclamó:

—¿Sois capaces de beber la copa que estoy a punto de apurar?

Y respondió Juanito:

—¡Sí, Maestro, somos capaces!

—Me apena —contestó el Hijo del Hombre— que no sepáis por qué quiero ir a Jerusalén… Me duele que no comprendáis cuál es la naturaleza del reino del que os hablo… Me decepciona que traigáis a vuestra madre para que haga esta petición…

Dudó unos instantes, pero prosiguió:

—… Yo sé que me amáis… Por eso declaro: ¡beberéis mi copa!… ¡Compartiréis conmigo la amargura y las humillaciones!… Pero que podáis sentaros a mi derecha y a mi izquierda no depende de mí… Esos honores los concede el Padre Azul…

Cuando el campamento conoció la petición de Salomé quedó decepcionado. Y la gente empezó a murmurar, con razón. A la hora nona (tres de la tarde), Santiago de Zebedeo —más juicioso— se presentó ante el Galileo y solicitó disculpas. El rabí lo abrazó. Todo olvidado… Acto seguido, el discípulo recorrió el campamento, pidiendo perdón, uno por uno. Todos aceptaron las excusas. Juan Zebedeo se encerró en su tienda y no le vimos el pelo hasta el día siguiente. Era soberbio y rencoroso…

Esa noche del domingo, 12 de marzo (año 30), al sentarnos alrededor del fuego, Jesús permaneció en silencio durante largo rato. Todos respetaron aquel silencio. ¿Qué sucedía? Finalmente proclamó:

—Pronto entraremos en Jerusalén… Y el Hijo del Hombre será torturado y levantado sobre un árbol… Pero resucitará al tercer día…

Percibí tristeza en sus palabras. Era un nuevo anuncio de su inminente pasión y muerte. ¡Pardiez!… Eché cuentas. ¡Faltaban veintisiete días para su crucifixión! Sentí un nudo en la garganta. Él, entonces, me buscó con la mirada y declaró:

—¡Sed fieles a mi mensaje!… ¡Contad la verdad, aunque no guste!… ¡Llevad la buena nueva a todas las naciones!… ¡El mundo lo merece y la necesita!

¡Pardiez y pardiez!… ¡Eso fue lo dicho por Jasón en el sueño!…

Ojos en el cogote

El lunes, 13 de marzo (año 30), nos despedimos del meandro Omega. Y el grupo caminó hacia el sur de la Perea (territorio de Herodes Antipas). En principio, allí no había nada que temer… La mano negra del Sanedrín no llegaba tan lejos.

Mis fracturas mejoraron. Sólo necesitaba un férreo vendaje y cariño. Sólo disponía de lo primero…

Nos siguieron 500 creyentes. Fue una gira relativamente tranquila. Vagamos durante dos largas semanas y visitamos catorce aldeas y ciudades menores. No hubo prodigios (que yo sepa). El viernes, 17 de marzo, David Zebedeo nos alcanzó. Por orden de Andrés, había desmantelado y vendido el campamento que fue levantado a un kilómetro al norte de Omega. El dinero pasó a las arcas del grupo. Y David mantuvo el eficacísimo cuerpo de los correos. Medio centenar de corredores y jinetes entraba o salía diariamente, portando noticias para o de los seguidores de Jesús, allá donde estuvieran.

Fue esa noche del viernes, en torno al fuego, cuando asistí a otro diálogo…, ¿cómo definirlo?…, ¿surrealista?

Bartolomé, alias el Oso de Caná, seguía impresionado con la resurrección de Lázaro. Y preguntó:

—Maestro, hasta alcanzar el Paraíso, ¿cuántas veces tendré que morir?

Lo habíamos hablado, pero el Oso no lo recordaba.

—Lázaro es una excepción —contestó Jesús—. Tú y tus hermanos sólo moriréis una vez… Es lo establecido. Después, más adelante, cuando llegues a las puertas del Paraíso, serás sometido a un profundo sueño, parecido a la muerte.

Tomás no se mostró de acuerdo:

—Pero ¿por qué?

El Galileo dudó. Me puse en su lugar y comprendí. ¡Qué difícil beberse el mar…! Pero replicó con infinita dulzura:

—Al Paraíso, Tomás, sólo se puede acceder soñando…

No entendimos, lógicamente. Y el bizco continuó presionando:

—Dios tiene algo de maligno…

Sorpresa. Juanito Zebedeo se lo comía con la mirada, y lo calificó de «mula ciega». Andrés pidió orden.

—¿Por qué dices eso? —se interesó el rabí.

—Él dijo: «Sed perfectos como yo soy perfecto».

Jesús asintió con la cabeza. Y Tomás redondeó su argumento:

—¿Cómo ser perfectos en mitad de la imperfección? Por eso afirmo que el Padre Azul tiene algo de maligno. Y voy más allá…

Escuchábamos perplejos. Tomás era valiente. Estas palabras —en presencia de los fariseos— le hubieran costado caro.

—… El acto de ser imaginado por Ab-bā —prosiguió Tomás— parece una crueldad.

Los íntimos se rebelaron. Y protestaron. Andrés solicitó silencio. Y todos miraron al rabí.

—Lo que tú entiendes como maldad —explicó Jesús con santísima paciencia— es una falta total de perspectiva…

El bizco negó con la cabeza. Ya había escuchado esa explicación y, obviamente, no estaba de acuerdo.

—¿Por qué imaginar a una criatura —intervino Tomás— que es pasada a cuchillo cuando no ha cumplido los dos años de edad?

Tomás se refería a la matanza de los inocentes en Belén y en la aldea de Giló.

—En todo caso —terció el Zelota—, si Dios, bendito sea su nombre, dijo eso de «ser perfectos» es que no conoce la humildad…

Volvieron a discutir. Unos apoyaban a Tomás y al Zelota. Otros los retaron y los maldijeron. Yo me posicioné —en silencio— con los «rebeldes». Jesús parecía asombrado. Y, de pronto, preguntó:

—¿Cómo definiríais al Padre Azul?

Los íntimos se encogieron de hombros. El Maestro aceptó el silencio. Imposible definir lo indefinible. Imposible introducir el océano en una olla. Imposible pretender que el pez juzgue su situación, en mitad del mar. Y el Galileo sentenció:

—¡Falta de perspectiva!… Una cosa es no comprender y otra, muy distinta, juzgar…

Y Felipe —que no había olvidado la pregunta del Maestro— gritó desde la cocina:

—¡El Padre Azul es una aventura!

Jesús se alzó y aplaudió al intendente. Felipe —ceremonioso y burlón— hizo una reverencia y regresó al fregoteo de ollas y platos. Y el Oso intervino:

—¿Cómo puede ser que Ab-bā, bendito sea su nombre, lo sepa todo si no experimenta nada?

El Maestro se apresuró a responder:

—Te lo dije: hace trampas…

Lo miraron, perplejos. ¿De qué hablaba? Y el rabí lo aclaró:

—Él habita en tu mente desde los cinco años… Él sabe cómo eres… Él sabe qué te preocupa, qué necesitas y cuáles son tus defectos y virtudes… Él te orienta, aunque tú no lo notes… Él sabe de tus dudas y sueños… Él experimenta contigo y gracias a ti… Él te da y tú le das… Eres la niñez que Él nunca tuvo…

Tomás, tozudo, volvió a la carga:

—Si todo es tan perfecto en el reino invisible y alado, ¿por qué hay rebeliones?

El Iscariote y el Zelota se sumaron a la cuestión planteada por el bizco. Jesús volvió a dudar. Imaginé que le costaba encontrar las palabras adecuadas. La respuesta del Galileo me dejó atónito:

—Ahí arriba —supuse que se refería al reino invisible—, hacer muchas preguntas no es recomendable… Ése fue el problema de Luzbel.

¡Pardiez!… ¿Es eso malo? El Oso me pisó el pensamiento:

—En ese reino no hay democracia…

—No la necesitamos —replicó Jesús muy serio—. La democracia es para los mundos primitivos.

—Hace poco —terció Andrés— cuatro hermanos nuestros fueron asesinados por el Sanedrín. ¿Por qué el Padre, bendito sea su nombre, consiente algo así?

Ya lo habíamos hablado. Y el rabí esquivó la afilada pregunta:

—Todo está diseñado para el bien… Incluso lo malo.

No estuve de acuerdo, pero guardé silencio. Ruth, la hija de Mateo Leví, levantó la mano y planteó una cuestión interesante:

—¿Pudiste nacer mujer?

Los varones se removieron, inquietos. Juanito Zebedeo maldijo a la rubia de los ojos verdes y se retiró a su tienda entre juramentos. Andrés reclamó silencio. Y Jesús, complacido ante la pregunta de la joven evangelista, replicó:

—Pude nacer mujer, por supuesto… Pero no era el pensamiento del Padre Azul…

Fue el turno de las mujeres.

—Y tú, Maestro —preguntó Marta, la hermana mayor de Pedro y Andrés —, ¿tienes esposa en tu reino?

La pregunta provocó risas entre los hombres. Las mujeres guardaron silencio y permanecieron atentas.

—Sí, claro —replicó Jesús ante el desconcierto general—, pero no como la imagináis…

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —intervino la de Magdala—. ¿Cómo te llaman en el reino invisible y alado?

Yo lo conocía. El Galileo lo confesó durante nuestra estancia en el monte Hermón. Pero, en esta oportunidad, matizó:

—Mi verdadero nombre no importa mucho… Sabed que pertenezco a la orden sagrada de los Micael…

—¿Qué son los Micael? —terció Andrés.

—Hijos de Dios… Hijos del Hijo Eterno.

El Maestro fue conciso. Estaba claro que no deseaba entrar en profundidades innecesarias y que, por supuesto, no habríamos comprendido.

—¿Tiene Dios, bendito sea su nombre, espías?

La cuestión planteada por Celta, la hija del centurión, nos dejó igualmente perplejos. Y Jesús le siguió la broma; mejor dicho, la supuesta broma:

—¡Miles y miles de espías!… En realidad —matizó el Maestro—, Él, el Padre Azul, es el gran espía… Os lo dije: Él os habita y sabe.

—Todos los hombres tienen un secreto —manifestó de nuevo María Magdalena—. ¿Cuál es el tuyo?

Jesús la observó, divertido. Además de audaz, la de Magdala era inteligente; mucho más que los varones.

—Lo descubrirás cuando pases al otro lado —replicó el Galileo, pícaro.

—¿Me gustará? —intervino «pecho tabla».

El Maestro rió con ganas. Y contestó:

—Espero que sí…

Nasanta, la negrita, preguntó con timidez:

—Maestro, ahora soy negra…

Los varones soltaron una carcajada. Andrés se puso en pie y los amonestó. No hicieron caso, y continuaron las risas. Cuando se hizo el silencio, Nasanta repitió:

—Ahora soy negra, pero, cuando muera, ¿de qué color seré?

La mujer, evidentemente, no había entendido nada. Y Jesús explicó con dulzura:

—Tras el dulce sueño de la muerte, todos seréis luminosos…

El Oso le interrumpió:

—O sea: ¡todos blancos!…

Las risas se generalizaron de nuevo. Nasanta estaba a punto de llorar.

—No he dicho eso —puntualizó el rabí.

—¿Y por qué no puedo seguir siendo negra? —se interesó la evangelista.

—La luz —respondió Jesús— carece de color, aunque reúne todo el arco iris… Lo importante es el color de tu alma.

—¿Y cuál es? —intervino Milca, la bellísima.

El Galileo se rindió:

—Dime, Milca, ¿cuál es el color del amor?

No hubo acuerdo. Cada cual dio un color. La mayoría pensó en el azul. Pero el Maestro lo dejó en el aire… Y la de Magdala intervino de nuevo:

—He sido prostituta… Cuando muera, ¿podré elegir otra profesión?

Escuché murmullos entre los varones; murmullos ácidos y poco caritativos.

—Naturalmente —alzó la voz el Galileo acallando a los chismosos—. Cada cual, tras la muerte, elige lo que más le complace…

—O sea: ¡se trabaja! —gritó Felipe desde la cocina.

Los discípulos estaban con la boca abierta.

—¿De verdad se trabaja? —clamó Pedro, desconcertado.

—¡Y mucho! —añadió el rabí con una sonrisa total.

—¿Los tontos serán listos? —se interesó el Oso.

Todos señalaron a Pedrito. Y el Hijo del Hombre dejó claro:

—Nadie, en el otro lado, es más listo de lo que fue aquí.

Y precisó:

—De momento… La carrera hacia el Paraíso es muy larga. ¡Viviréis muchas aventuras!… Si os adelantara alguna, no me creeríais…

—Y yo, Maestro —volvió a gritar Felipe desde la cocina—, ¿tendré pelo?

Los allí reunidos lo abuchearon. Las risas fueron tales que al Oso se le saltaron las lágrimas.

—Tendrás pelo —replicó el Maestro, que no atrancaba—… ¡y setenta sentidos!

¡Pardiez!… Eso me interesaba, y mucho.

—Danos un ejemplo —preguntó Tomás acertadamente.

El Maestro se quedó pensativo. Y replicó:

—Tendrás ojos en el cogote…

Las risas hicieron imposible la tertulia. Y Andrés, con buen criterio, aconsejó que nos retirásemos. La hoguera se había dormido. Sólo quedaban unas brasas, totalmente rojas y perplejas.

En la tienda pensé sobre lo revelado por el rabí. Él nunca mentía. ¿Ojos en el cogote? ¿Qué quiso decir? ¿Se estaba refiriendo a una visión circular? ¿Una visión de 360 grados? Me gustó. Podría ver a las chicas desde todos los ángulos… Pero ¿qué chicas? En el más allá no hay chicas ni chicos… ¡Setenta sentidos!… Ahora sólo tenemos cinco. Las mujeres disfrutan de seis… Traté de imaginar. No fui capaz.

Al día siguiente, sábado, 18 de marzo (año 30), Jesús insistió en algo que nadie quería oír… Se acercaba la fiesta de la Pascua y mostró su deseo de celebrarla en Jerusalén. ¡Pardiez!… ¡Faltaban veinte días para su muerte! Y los ánimos volvieron a derrumbarse. Obviamente, los discípulos y los evangelistas seguían sin entender nada. Para ellos, el Hijo del Hombre era el Mesías prometido por los profetas y los libros sagrados. «Jesús —decían— es indestructible… Si el Sanedrín lo captura, el rabí los pulverizará… Si Roma lo detiene, ¡adiós Roma!». Otros no lo tenían tan claro. Jerusalén era una posibilidad de destrucción del grupo. Y en medio de estas polémicas alcanzamos el vado del río Jordán, cerca de la aldea de Bethabara. Allí hicimos un alto. Y hacia la nona (tres de la tarde), el Maestro escaló una gran piedra roja y pronunció un vibrante y sincero discurso. Éramos mil seguidores. Recuerdo frases como éstas: «… ¡Vosotros, los que deseáis seguirme, a partir de ahora tendréis que evaluar el costo!… ¡Hacer la voluntad del Padre Azul tiene un precio!… Si pretendéis ser mis discípulos, tenéis que comprender: ¡abandonad a vuestros padres!, ¡abandonad a vuestras esposas e hijos!, ¡abandonad a vuestros hermanos!… Si pretendéis ser mis discípulos, preparaos para sacrificar vuestras vidas, de la misma forma que el Hijo del Hombre está listo para ofrecer la suya…».

Aquello no gustó a los seguidores. Y escuché protestas. Pero el Galileo prosiguió: «¡Preparaos!… Abrir las mentes de vuestros hermanos significa odio, burla e indiferencia por parte de los líderes civiles y religiosos… No os perdonarán… No permitirán que arrojéis la duda sobre su autoridad… ¿Estáis dispuestos a pagar ese precio?».

Silencio. Algunos —muy pocos— dijeron que sí, y tímidamente.

«… Antes de que sigamos —continuó el Maestro—, haced balance… ¿Os compensa estar a mi lado? Calculad el costo. Ser mi discípulo significa soledad, alejamiento de todo lo terrenal, desprecio por la vanidad humana, pobreza material e incomprensión… Insisto: calculad el costo de esa decisión».

Hizo una larga pausa. Oí comentarios de todo tipo. «¿Es éste el Mesías que esperamos? —decían unos—. ¿Qué tiene que ver la pobreza con la llegada del

Libertador? —proclamaban otros—. ¡Está loco!». Y el Hijo del Hombre fue más claro aún: «… Nuevamente os digo que seré entregado a los altos sacerdotes… Ellos me condenarán… Después, los gentiles me escupirán y flagelarán… Finalmente, me entregarán a la muerte… Pero, cuando maten al Hijo del Hombre, no desmayéis… ¡Os anuncio que al tercer día resucitará de entre los muertos!… ¿Estáis dispuestos a asumir ese gasto?».

El silencio fue total.

«… Y después de mi muerte y resurrección —añadió el Galileo—, deberéis enfrentaros a toda suerte de persecuciones… El mundo no perdonará que remováis a sus dioses… El mundo está a oscuras, pero no consentirá que le proporcionéis la luz… ¡Luz y dinero están reñidos!… Si buscas honor y riquezas, has equivocado el camino… Si la sal pierde su sabor, ¿de qué sirve?… Estáis advertidos: si no estáis dispuestos a beber conmigo la copa que me está siendo preparada, entonces volved a casa… ¡No podéis ser mis heraldos!».

Pudo decirlo más alto, pero no tan claro. Desde esos momentos empezaron las deserciones. Y seguimos viajando por el sur de la Perea. Diez días después, los seguidores no llegaban a doscientos. No hubo prodigios.

El 22 de marzo, miércoles, Tomás —responsable de los itinerarios— nos condujo a una diminuta aldea llamada Hilāli, o algo parecido. Era *badu* (beduina). Las casas de adobe se alzaban en la cota 188, en mitad de un desierto amarillo y pedregoso. Jericó se hallaba a dos horas de dura marcha, entre *wadis* habitados por serpientes y por un viento montuno. Los vecinos —no llegaban a un centenar— eran gentes silenciosas y observadoras, comidos por la miseria y la falta de motivación. ¿De qué servía vivir en el fin del mundo? Jesús hizo *'im*. Entró en las casuchas, probó los guisotes, jugó con los niños e hizo mil preguntas. Los beduinos de Hilāli estaban sorprendidos y encantados. Hacía años que nadie se interesaba por ellos. Y a la caída de la tarde, Jesús se sentó en la plaza del pueblo (mejor sería hablar de un simulacro de plaza). Una veintena de beduinos se sentó a sus pies, así como no sé cuántos niños (todos con las cabezas rapadas y los ojos negros y deslumbrantes). Y el Maestro habló de su tema favorito: el Padre Azul. Pero, en esta ocasión, añadió algo más:

—El Padre Azul —manifestó en árabe— es la bondad última. De Él mana la vida… Él te imagina y apareces… Después está el segundo gran Dios: el Hijo Eterno…

Grandes y chicos escuchaban extasiados, aunque no creo que llegaran a entender. Pero eso ¿qué importaba? Alguien distinto había tenido la

delicadeza de detenerse en la última aldea del mundo…

—… El Hijo Eterno —continuó el rabí deletreando casi las palabras— es la espiritualidad última… Él se ocupa de revelar al Padre… Ab-bā piensa y el Hijo lo expresa… El Hijo Eterno es el que indica dónde está la fuente que nunca se agota…

Los *badu* comentaron entre ellos. Estaban perplejos: ¿una fuente que nunca se agota?

—… Y ahora —prosiguió el Maestro—, dejadme que os hable de la maravilla de las maravillas: el tercer Dios… ¡El Espíritu Infinito!…

Lo miraron desconcertados.

—… Es el Espíritu Infinito el que se ocupa de derramar esa agua viva sobre todo lo creado; sea hombre, animal o flor…

El Galileo alzó la mano izquierda y señaló el desierto.

—… En verdad os digo —añadió— que ese tercer Dios está en todas partes, oculto y en silencio… En cada grano de arena, en cada nube y en cada cordero… Vuestros pensamientos proceden de Él. Es el Espíritu Infinito el responsable de vuestras mentes… Él las distribuye.

—¿Ese Dios —preguntó uno de los *badu*— está en cada piedra? ¿Y por qué no se mueve?

El Maestro bromeó:

—Es un Dios muy tímido…

En esos momentos, uno de los niños caminó hasta el rabí y, señalando la mandarina que Jesús sostenía entre los dedos, solicitó una aclaración. ¡Qué aclaración!:

—¿Ese Dios tímido habita también en la «cleopatra»?

Debo aclarar que, en esta oportunidad, el Galileo no acariciaba la habitual naranja. A Felipe se le habían terminado. Y el intendente le proporcionó una «cleopatra», una mandarina de piel suave, amarilla y presumida, procedente —según dijo— de su querida China.

Jesús miró al pequeño, conmovido. Podría tener ocho años. Y asintió, sonriente. La dentadura del rabí —blanquísima— robó toda la luz que pudo… Y el Galileo le invitó a pelar el fruto. El pequeño volvió la cabeza hacia su padre, solicitando autorización, y éste le animó con un leve movimiento de las cejas. Y el niño se afanó en desnudar a la «cleopatra». El Hijo del Hombre —feliz— fue recogiendo la piel. Al terminar, el *badu* observó la mandarina por activa, por pasiva y por perifrástica. Le dio vueltas y vueltas y, por último, desilusionado, comentó:

—No veo al Dios tímido…

Y el rabí replicó:

—¡Ábrela!

El niño *badu* la abrió por la mitad y volvió a mirar.

—No está… —anunció decepcionado.

—Cuenta los gajos —solicitó el Maestro.

Pero el jovencito se puso rojo. No sabía contar. Jesús se dio cuenta, tomó las dos mitades, y contó los gajos:

—¡Diez!… ¡Ahí lo tienes!… ¡Ahí está el tercer Dios!

Ni el niño, ni los beduinos, ni los íntimos comprendieron. Yo estaba en blanco. Tomás sí estuvo rápido. Se levantó, tomó las dos mitades, y contó:

—¡Diez! —exclamó perplejo—. ¡Diez gajos!

Y paseó el fruto entre los perplejos vecinos. Pero los *badu* tampoco sabían contar y se quedaron como antes. Aquellos extranjeros estaban locos…

—¡Diez! —insistió el bizco—. ¡La *yod*!… ¡¡Dios!!

Entonces caí en la cuenta. Volvía a repetirse el asunto de los dados… Me hice con las dos mitades de la «cleopatra» y conté los gajos. ¡Pardiez!… ¡Diez! Pero, como digo, nadie entendió. La letra *yod*, en el Sagrado Nombre de cuatro letras[8], representa al Padre. Como suma de letras, el «10» (*GOVAH*) simboliza «altura y gloria».

Al regresar al campamento, Tomás y yo tuvimos la misma idea. Nos colamos subrepticiamente en el *reda* en el que se hallaban depositadas las provisiones y afanamos algunas mandarinas. El discípulo peló dos. Yo alcancé a mondar tres «cleopatras»… ¡Pardiez y pardiez!… ¡No podía creerlo!… ¡Todas contenían diez gajos!… Volvimos a contar… ¡Diez! En esos instantes nos sorprendió el intendente. ¡Pardiez!… Se puso furioso. Nos llamó de todo. Soltamos las mandarinas y escapamos como conejos… Felipe nos persiguió por el desierto. Yo recibí diez escobazos…, ¡diez!… ¡Pardiez! Y me pregunté: «¿Está la *yod* (el “10”) en todas las mandarinas? ¿Está el Espíritu Infinito en todas las cosas?».

125 espadas

El 28 de marzo, martes, al acampar a las afueras de Livias, éramos cien seguidores del rabí de Galilea. Y las deserciones continuaban. Livias era otra ciudad del desierto: gris por fuera y por dentro. La gente —beduinos en su mayoría— vivía porque no tenía más remedio. Estaban agotados y sin futuro.

Fue ese atardecer cuando llegaron noticias de Jerusalén. El Sanedrín había puesto precio a la cabeza del Hijo del Hombre: ¡cuatro minas! (960 denarios) … ¡Vivo o muerto!… ¡Pardiez!… ¡El salario de un *felah*, un campesino, durante tres años!… Y surgieron nuevas polémicas y más apuestas. Algunos, como ya mencioné, tras la resurrección de Lázaro, estimaban que Jesús era inmortal. E hicieron *conan* a favor del rabí… Vencería a sus mortales enemigos. Otros lloraban, desolados. En cualquier lugar podía presentarse un traidor. Cuatro minas era un dinero… Andrés y los íntimos hablaron de reforzar la *tabbah*. No sé a qué conclusión llegaron. De momento, todo siguió igual…

Nada más acampar a las afueras de Livias fui testigo de algo raro… Algo que me dejó perplejo y que, naturalmente, no consta en los textos evangélicos. Me hallaba en la cocina, fregando, cuando vi a Felipe; discutía con Pedro, Juan Zebedeo, el Iscariote y Simón, el Zelota. Juanito y Judas Iscariote llevaban la voz cantante. No supe de qué iba. Estaban lejos, a cuarenta o cincuenta metros, junto al carro cubierto. De pronto, Felipe se separó del grupo y caminó hacia la cocina. Los discípulos montaron en el *reda* y se alejaron. Pedrito llevaba las riendas. El intendente se presentó de mal humor. No pregunté. Felipe repetía, entre dientes:

—No han entendido nada…

A decir verdad, no presté mayor atención. Estábamos a 28 de marzo. En dos días se registraría el peligroso fenómeno de la «ubicuidad», ya mencionado por Jasón en sus memorias. Convenía estar atento; muy atento…

El *reda* no regresó. Y quedé intrigado… Y a eso de las tres de la madrugada oí ruidos. Me asomé y comprobé que se trataba del carro cubierto. Lo aproximaron a la cocina de campaña y los cuatro discípulos ya mencionados descendieron del carromato y se dirigieron a sus respectivas tiendas. ¡Qué extraño!… Pensé en seguir durmiendo, pero la «bella» avisó:

«¡Atención!»… Finalmente abandoné la tienda y me encaminé hacia el *reda*. Las mulas se hallaban atadas, muy cerca. Todo era silencio. Me aproximé al carro por la parte posterior y eché un vistazo. No distinguí nada. Y la curiosidad me pudo. Salté al interior y quedé confundido… ¿Qué era aquello?… En el *reda* aparecían cinco grandes bultos. Miré de nuevo hacia el exterior. El campamento seguía dormido. Nadie me veía… Y palpé uno de los sacos. ¡Pardiez!… Abrí el que tenía más cerca y comprobé que no estaba en un error… Y lo mismo hice con los siguientes. ¡Pardiez!… ¡Espadas!… Cada saco contenía 25 *gladius*, con las correspondientes fundas de madera. Eso hacía un total de 125 espadas… ¿Qué pretendían? ¡Habían comprado un arsenal! Comprendí o creí comprender. Éramos casi doscientos. Si el Sanedrín —presumiblemente al entrar en Jerusalén— daba la cara e intentaba prender al Maestro, los discípulos lo defenderían… Obviamente, no habían entendido nada. Pero la noche no terminó ahí…

Al saltar del carro me aguardaba otra sorpresa… y desagradable. La luna, casi llena, lo iluminó. Juan Zebedeo se hallaba a dos metros, observándome. ¡Pardiez!… Busqué una excusa —bien sabe Dios que lo intenté—, pero no la encontré. Y, de pronto, se acercó. Tenía el rostro congestionado por la ira. Sus ojos eran fuego. Escupió a mis pies y gritó:

—¡¡Sucio escorpión!! (espía al servicio de Roma).

No lo dudé. Y, ante la posibilidad de que aquello empeorase, cerré el puño derecho y le propiné una trompada en plena nariz. Cayó redondo. Y allí lo dejé. Regresé a la tienda, feliz. Me sentí francamente bien… Y pensé: «Tenía que haberlo hecho hace tiempo…».

Inexplicablemente, el resto de la noche transcurrió en paz. Supuse que el Zebedeo regresó a su tienda y supuse también que guardó silencio. Le convenía… Yo me preparé para lo peor. Una vez más, me equivoqué… El Destino me reservaba otra gran sorpresa… ¡Pardiez! ¡La sorpresa de mi vida!

El carro amarillo

Al alba levantamos el campamento. Según mis cálculos, era jueves, 30 de marzo del año 30. Y Andrés dio la orden: ¡hacia el oeste! Próximo destino: Jericó, la «ciudad de la luna». Tiempo de marcha: cuatro horas (20 kilómetros). Juan Zebedeo me evitó. Mejor para él. Presentaba la nariz hinchada. Nada grave.

Alcanzamos la ciudad más antigua de Israel (quizá del mundo) poco antes de la quinta (once de la mañana). Éramos 150. El paisaje dejó atrás el rojo y el naranja del desierto y nos regaló el verde y el amarillo de los palmerales, del bálsamo de Galaad y de las frutas milagrosas del *mitbar*, el especial «desierto» (siempre verde) de los pastos altos. Allí peregrinaban miles de bueyes y ovejas de todas las latitudes. En aquellos tiempos, las precipitaciones anuales superaban los 200 milímetros. Todo era esplendor, abundancia y dinero. La ciudad había crecido. Ahora reunía más de 50 000 almas; la mayoría beduinos y emigrantes persas y egipcios. Los judíos, por supuesto, eran los amos de la mayor parte de los negocios.

Ni en mil años hubiera imaginado lo que estaba a punto de suceder…

Cuando nos encontrábamos en pleno montaje del campamento vimos aparecer a David Zebedeo y a sus correos. Llegaron con un grupo de fariseos, amigos del rabí. Traían malas noticias. Conversaron primero con Andrés. «El Maestro tenía que huir —y a toda prisa— porque Herodes Antipas había cambiado de opinión». Eso dijeron. «El tetrarca —manifestaron los fariseos— teme una revuelta popular, encabezada por Jesús. Lo mandará matar… ¡Tiene que huir!». En el peligroso asunto se veía la mano negra del Sanedrín. Y entendí por qué Pedro y los otros habían comprado las espadas… Andrés y los fariseos trasladaron la noticia a Jesús. Es más: le recomendaron que abandonara Jericó de inmediato y que se refugiara en el norte, en los territorios amigos de Filipo, el rey sabio. Pero el Galileo se negó a escuchar. Tenía otros planes. Y les dijo a los voluntariosos fariseos:

—Sé muy bien del temor de Antipas hacia este evangelio del reino… Pero no os equivoquéis: Herodes no se manchará las manos de sangre con la muerte del Hijo del Hombre… Prefiere que lo hagan los altos sacerdotes de Jerusalén… Id y decidle a ese chacal que hoy predico en la Perea, mañana en

la Judea, y que, en breve, habré terminado mi misión en el mundo y ascenderé al Padre Azul.

Jesús utilizó la palabra *su'al* (chacal) en el sentido —no de astucia— sino de destrucción («excavar»). Eran estos carroñeros los que desenterraban a los muertos y los devoraban. Los judíos los odiaban. Eran conocidos igualmente como *'iyyim* o «aulladores».

Después, volviéndose hacia los discípulos, el rabí se lamentó:

—Desde tiempo antiguo han perecido los profetas en Jerusalén… Ahora me toca a mí acudir a la casa del Padre para ser sacrificado por el fanatismo humano y la ceguera espiritual…

Le miraron, angustiados.

—¡Oh, Jerusalén! —clamó el Maestro con la voz rota—. ¡Cuántas veces he querido juntar a tus hijos de la misma forma que la gallina reúne a sus polluelos, pero no has querido…! ¡Oh, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los maestros de la verdad!… ¡He aquí que tu casa pronto será desolada!… ¡Querrás verme, pero no podrás!…

El Galileo acababa de anunciar su muerte —una vez más— y también la destrucción de la ciudad santa. Faltaban cuarenta años…

Y, de pronto, empezó a llegar gente. La noticia de la presencia de Jesús, el «hacedor de maravillas», en Jericó, voló. Hacia la nona (tres de la tarde), aquello era un hervidero de gentes, carros, caballerías, tullidos, ciegos, cojos, enfermos de todo tipo, desocupados, tunantes y los inevitables curiosos. El campamento terminó engullido por grupos que reclamaban al Hijo del Hombre para que aliviara sus males. Nada nuevo. Ese día el ocaso llegaría a las 17 horas, 49 minutos y 8 segundos (TU).

Al terminar la instalación de la tienda, pasé por la cocina de campaña. Todo estaba manga por hombro. Ayudé en lo que pude y —no sé por qué— decidí dar un paseo entre el gentío que rodeaba el campamento. Calculé que los allí congregados —al socaire de la doble muralla— superaban el millar. Y, súbitamente, quedé clavado al suelo. Miré y volví a mirar… No podía ser… ¡Yo conocía aquel *reda* y aquel toldo amarillo!… Me aproximé despacio. ¡Sí! Lo reconocí. Santiago, el hermano carnal del Maestro, daba de beber a dos mulas… ¡Era el carro de la familia de Nazaret!… ¿Qué hacía Santiago en Jericó?… ¿Había llegado solo? Me aproximé y lo saludé. Se alegró al verme, pero pidió que no dijera nada a nadie. Estaban allí por expreso deseo de María, su madre. Querían intentarlo de nuevo: deseaban hablar con el Hijo del Hombre… Querían limar asperezas. Querían convencerlo de que abandonara aquella locura… Sabían lo del Sanedrín. La maldad de aquellas serpientes

podía caer también sobre la familia del Galileo. Todos lo sabían. Y Santiago, señalando el *reda*, me animó a que saludara a la Señora. ¡Pardiez!… ¡Qué sorpresa!… Me asomé por la parte posterior del carro cubierto y el corazón casi se detuvo… ¡Pardiez!… Envuelta en unas mantas vi a Ruth. A su lado, sentadas, descubrí a María (la Señora) y a Mir-yam, la hija mayor. Me sonrieron. Eso fue todo. Ruth temblaba. El olor a excrementos era insoportable. Como fue dicho en diferentes momentos —en las memorias del mayor—, Ruth, la hija pequeña de María y José, había sufrido un accidente cerebrovascular y se hallaba prácticamente en estado vegetal. No podía hablar. No veía. Era incapaz de valerse por sí misma… El infarto cerebral se registró como consecuencia —según Jasón— de una grave oclusión arterial en la cerebral posterior.

Me alejé, desconcertado y temeroso. Ruth se hallaba irreconocible. No sé cuánto podía durar… Y caminé, confuso, hacia ninguna parte. Era obvio que el Maestro no sabía de la presencia de su familia… Y en esos momentos de aturdimiento —podía ser la décima (cuatro de la tarde)—, escuché un gran alboroto. Un ciego, a las puertas de la ciudad, golpeaba una cacerola con una cuchara de metal. Y gritaba con desesperación:

—¡¡Jesús!!… ¡¡Jesús!!… ¡¡Ten compasión de mí!!

Los gritos y los golpes fueron tales que los íntimos repararon en el anciano y terminaron conduciéndolo a la presencia del Galileo. Me acerqué por pura curiosidad. Y asistí al siguiente diálogo…, y algo más:

—¿Qué deseas que haga por ti? —preguntó Jesús.

—¡Devuélveme la vista, rabí!… ¡Quiero ver!

El Hijo del Hombre observó al ciego en silencio. De sus manos colgaban la cacerola y la cuchara. Tenía el cabello nevado y los ojos en blanco. Segundos después, ante la sorpresa de cuantos los rodeábamos, el Maestro se aproximó al hombre y lo abrazó con una inmensa ternura. Y le susurró algo al oído. No alcancé a oírlo. Fue instantáneo. Una descarga luminosa —rabiosamente azul — nos dejó temporalmente ciegos a todos. Algunos cayeron a tierra, aterrorizados. Otros huyeron, tropezando con tiendas y hombres. Y, súbitamente, la luminosidad desapareció. Jesús continuaba abrazado al ciego. Y el hombre —después supe que se llamaba Bartimeo—, de pronto, lanzó un grito. Se separó de Jesús y exclamó:

—¡¡Bendito seas!!… ¡¡Veo!!

Y, a gritos, empezó a señalar las cosas por sus nombres:

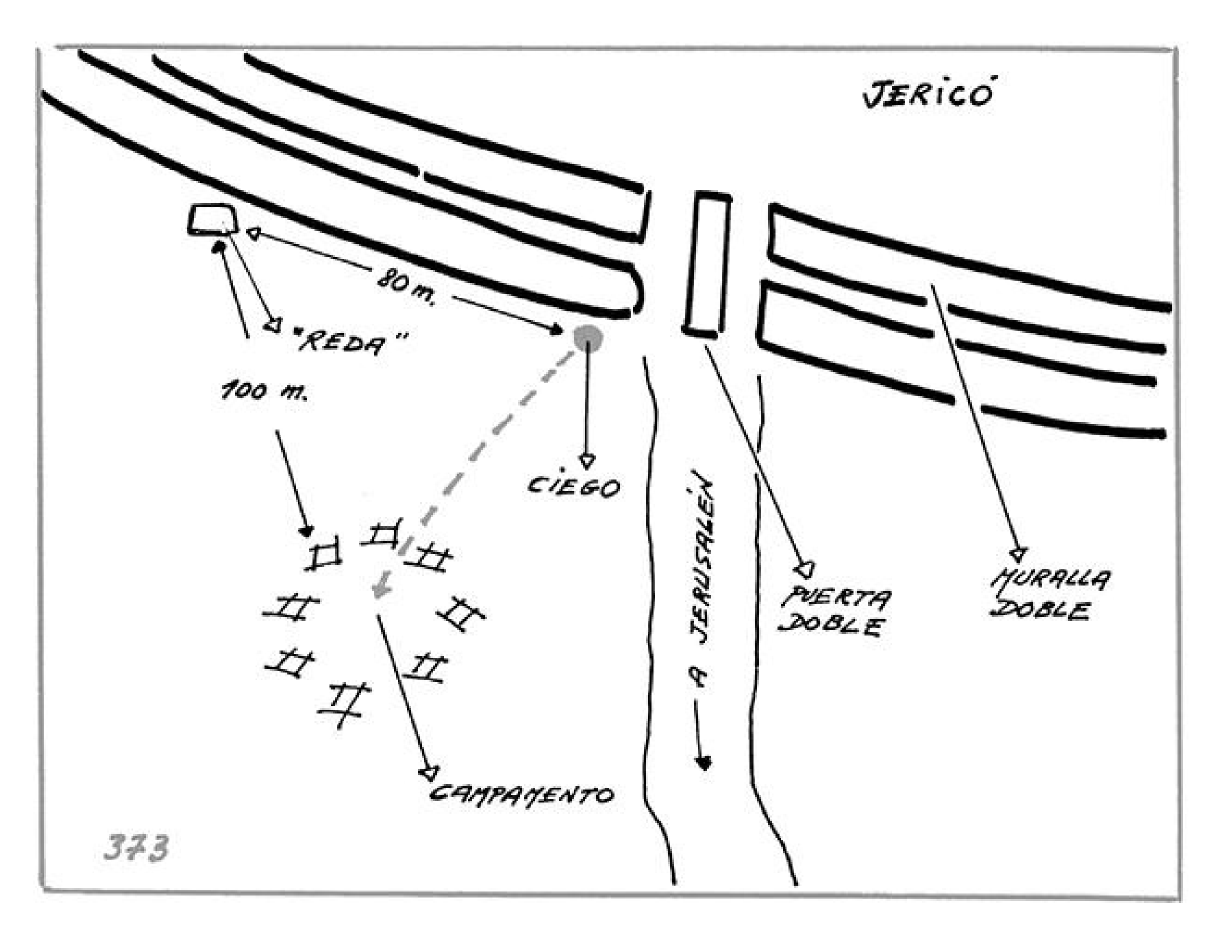
—¡Tienda!… ¡Cuerdas!… ¡Sandalias!… ¡Túnica!…

El caos fue total. En esos instantes —al percibir el intenso olor a mandarina (ternura)—, caí en la cuenta: ¡el *reda* de la Señora se hallaba muy cerca!… Y la intuición avisó… ¡Pardiez! Corrí hacia la muralla. El carro se hallaba en el mismo lugar. Las mulas se agitaban, inquietas. Santiago trataba de controlarlas. Al verme sonrió, feliz. En ese momento lo supe… Me asomé a la parte de atrás del *reda* amarillo y palidecí. Casi caí al suelo. ¡Ruth aparecía sentada, abrazada a su madre y a su hermana!… ¡Lloraban!… La Señora repetía una y otra vez:

—¡¡Lo ha hecho!!… ¡¡Lo ha hecho!!

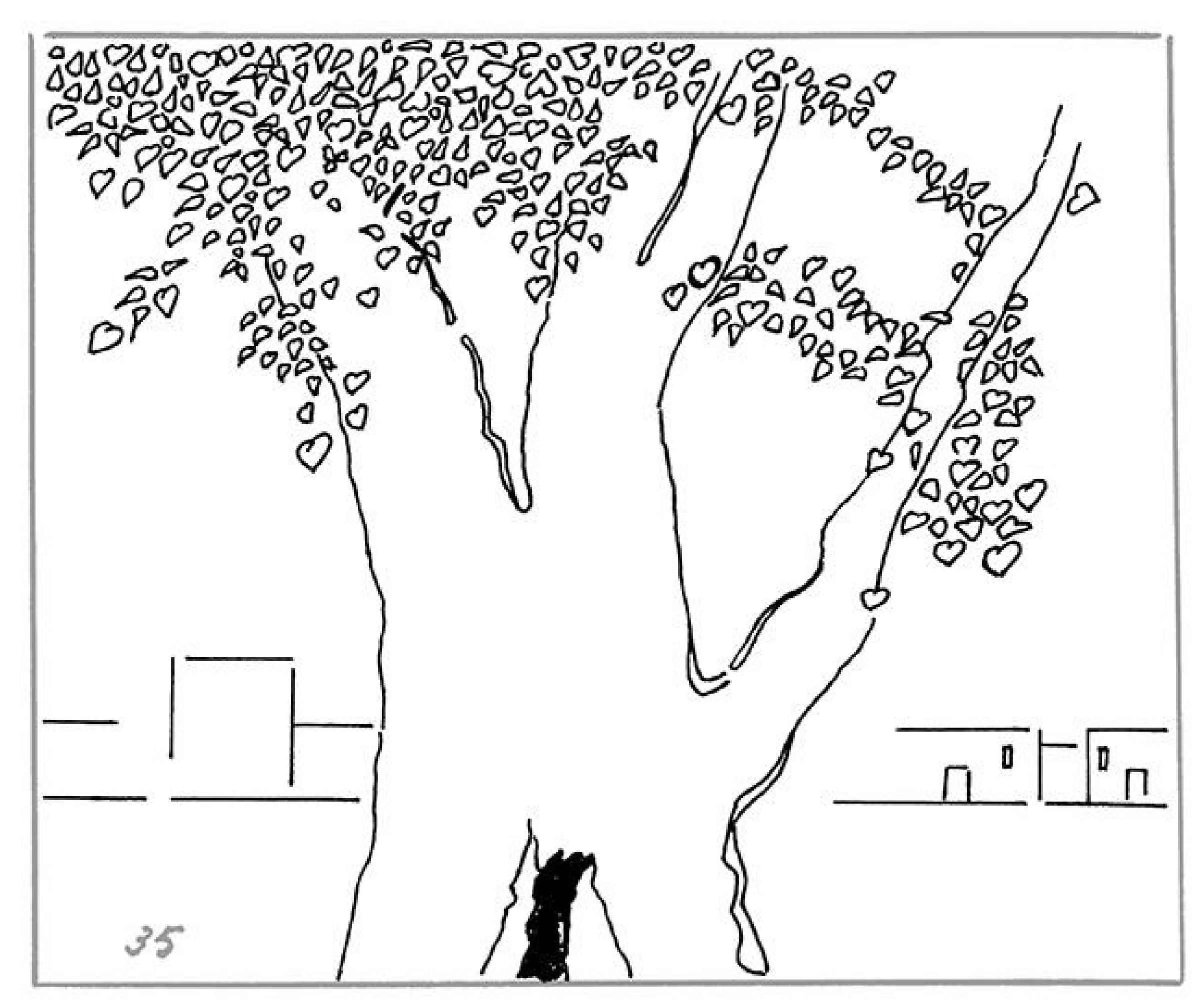
¡Pardiez y pardiez!… ¡Ruth estaba curada!… ¡Veía!… ¡No quedaba rastro de su enfermedad degenerativa!… ¡Estaba bellísima!… Sentí cómo me temblaban las piernas. Tuve que sujetarme al carro… ¿Cómo era posible?… ¿Cómo lo hizo?… ¡Era un vegetal!… Al verme sonrió. La noté feliz… Se soltó del abrazo de su madre y hermana, se acercó a este explorador y dijo:

—Si vuelves a ver a Jasón, por favor, dile que siempre le amé… Desde la primera mirada… ¡Siempre!



Curación del ciego y de Ruth junto a la muralla de Jericó. Información procedente del diario de Eliseo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Retrocedí, espantado. Ella, antes, no podía hablar… Y me perdí entre la gente. Noté una sensación maravillosa. ¡El costado no me dolía! Palpé las costillas… ¡Estaban curadas! ¡Pardiez!… ¡La proximidad al ciego me había afectado! ¡Resulté sanado!… El gentío estaba como loco. Gritaban y daban gracias al Maestro. Nunca supe cuántas personas resultaron curadas. ¿Decenas? ¿Cientos? Mi particular cómputo se había quedado en dos mil… Pero eso ¿qué importaba? ¡Había hecho el prodigio! ¡Ayudó a su hermana! Y así me vi arrastrado hacia el interior de la ciudad. La gente acompañaba a Jesús y lo vitoreaba como el Mesías libertador. Los discípulos recuperaron el ánimo. De pronto me encontré frente a un gran árbol. Tendría 15 metros. Las hojas tenían forma de corazón. Estaba aturdido. ¡Ahora veía corazones en los árboles!… Al pie del árbol se hallaba el Maestro. Parecía hablar con alguien que se sujetaba, a duras penas, entre las ramas. No sé de qué hablaron. La cuestión es que, de pronto, el tipo —de baja estatura— perdió el equilibrio y se precipitó hacia el suelo. La gente lanzó un grito, pero el rabí —rápido— lo atrapó entre sus brazos. Todos rieron, aliviados. Por un momento pensé que soñaba. Todo aquello era irreal. Después ya no recuerdo bien. Vagué por las calles, sin rumbo. Como digo, estaba asombrado y aturdido. Algún tiempo después volví al campamento. Jesús se hallaba en una cena, en Jericó, en la casa de un *gabbai* (recaudador de impuestos) llamado Zaqueo. Felipe me hizo entrega de un bulto. Lo cubría un hermoso paño rojo de terciopelo. Tenía unos 30 centímetros de lado.



Jericó: un árbol con las hojas en forma de corazón. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—Lo ha traído Mir-yam, la hermana del Maestro —aclaró—. Ha dicho que te lo entregue…

Al abrirlo recibí otra sorpresa: ¡la tabla de cedro en la que el Hombre-Dios había dibujado el Padrenuestro en su lejana infancia, en Nazaret!… ¡Maravilloso! Aparecía escrito en arameo, con una letra delicadísima. Eso significaba que Mir-yam la salvó de la quema… ¿Y qué hacía con aquel tesoro? Lo guardé, sin más. Me ocuparía de ello en su momento. Felipe no supo darme razón sobre la familia del Galileo. Sólo vio a Mir-yam. Caminé hasta la zona de la muralla en la que había visto el carro amarillo. Negativo. Ni rastro. Pregunté, pero nadie supo darme razón. Y supuse que habían emprendido viaje de regreso a Nazaret. Fue otra noche singular. No sabía si reír o llorar. Y mi mente comprendió, al fin: Jesús de Nazaret era un Hombre Dios… ¡Mi Dios y Creador! ¡Y yo estaba a su lado!… Lloré de felicidad.

ʼ Abbá

jitqaddáš šemák

teté malkuták

lahmán delimhár

hab lán joma dén

ušboq lán hobénan

kedišebáqnan lehajjabénan

wela taʼelínnan lenisjón

El Padrenuestro pintado por Jesús, en arameo. Versión original. Contiene 19 palabras. En kábala, el «19» (1 + 9 = 10) equivale a «Dios». 1 más 0 = 1 = El Absoluto. Pura magia…

«¡Confía!»

Aquella mañana del viernes, 31 de marzo del año 30 de nuestra era, fue agridulce. Intentaré explicarme.

Amaneció a las 5 horas, 26 minutos y 54 segundos. La jornada llegó suave y azul. Lo pensé bien, con mucho detenimiento. Allí concluía mi aventura. Allí se cerraba el círculo, iniciado por Jasón el 30 de marzo de ese año[9]. Yo, ahora, debía retirarme. Había cubierto el resto de la vida pública del Maestro: dos años y tres meses.

Y el alba se presentó desnuda y de puntillas…

Cuando me acerqué a la cocina de campaña, Jesús desayunaba de pie: miel, pan moreno y queso. Felipe y los Alfeo trasteaban por los alrededores. En breve, el grupo partiría hacia la temida Jerusalén.

Dejé el saco de viaje en el suelo y observé al Galileo. ¡Sentí tanta vergüenza…! ¡Yo era un miserable!… ¡Lo había traicionado!… En la «cuna» se hallaban depositadas las muestras biológicas. Ése fue mi trabajo… Él, en cambio, sólo hacía el bien… ¡Ayudó a la hora de salvarme la vida en aquel río!… Hubiera deseado pedir perdón por mis torpezas… No fue necesario. El Maestro leyó mis pensamientos, dejó el desayuno sobre la mesa, se acercó a este explorador y, sonriente, me abrazó. Fue un abrazo cálido e interminable…, que todavía dura. Lo sé: Él conocía mis intenciones… A pesar de mis esfuerzos, las lágrimas me arrasaron. Percibí su corazón, latiendo con fuerza. Y Él siguió abrazándome… No fui capaz de articular una sola palabra. Mi alma estaba encogida. Él, entonces, susurró:

—¡¡*Yaqqir!!* (Querido)… Cuando hayas terminado tu trabajo, búscame…

Y añadió al oído:

—Quiero compartir algo contigo… Nos queda mucho por hablar.

Me besó en los cabellos y, sin perder la sonrisa, exclamó:

—¡¡Confía!!

Felipe y los gemelos contemplaron la escena, desconcertados. Acto seguido, el rabí regresó al queso y a la miel. Ésa fue nuestra despedida. Busqué a Andrés y le regalé la tienda de campaña. Me miró, agradecido. No preguntó. Mejor así… Del resto no me despedí. Hice mío el dicho del Galileo: «Despedirse es morir un poco». Y antes de que el campamento se pusiera de

pie cargué el petate y me dirigí —decidido— hacia Saidan, al norte. Y recordé la advertencia del Hijo del Hombre, tiempo atrás: «Cuando el Padre Azul permita que me acompañes…, analiza bien mi proceder… Es importante que distingas la verdad».

5 + 5 = 1

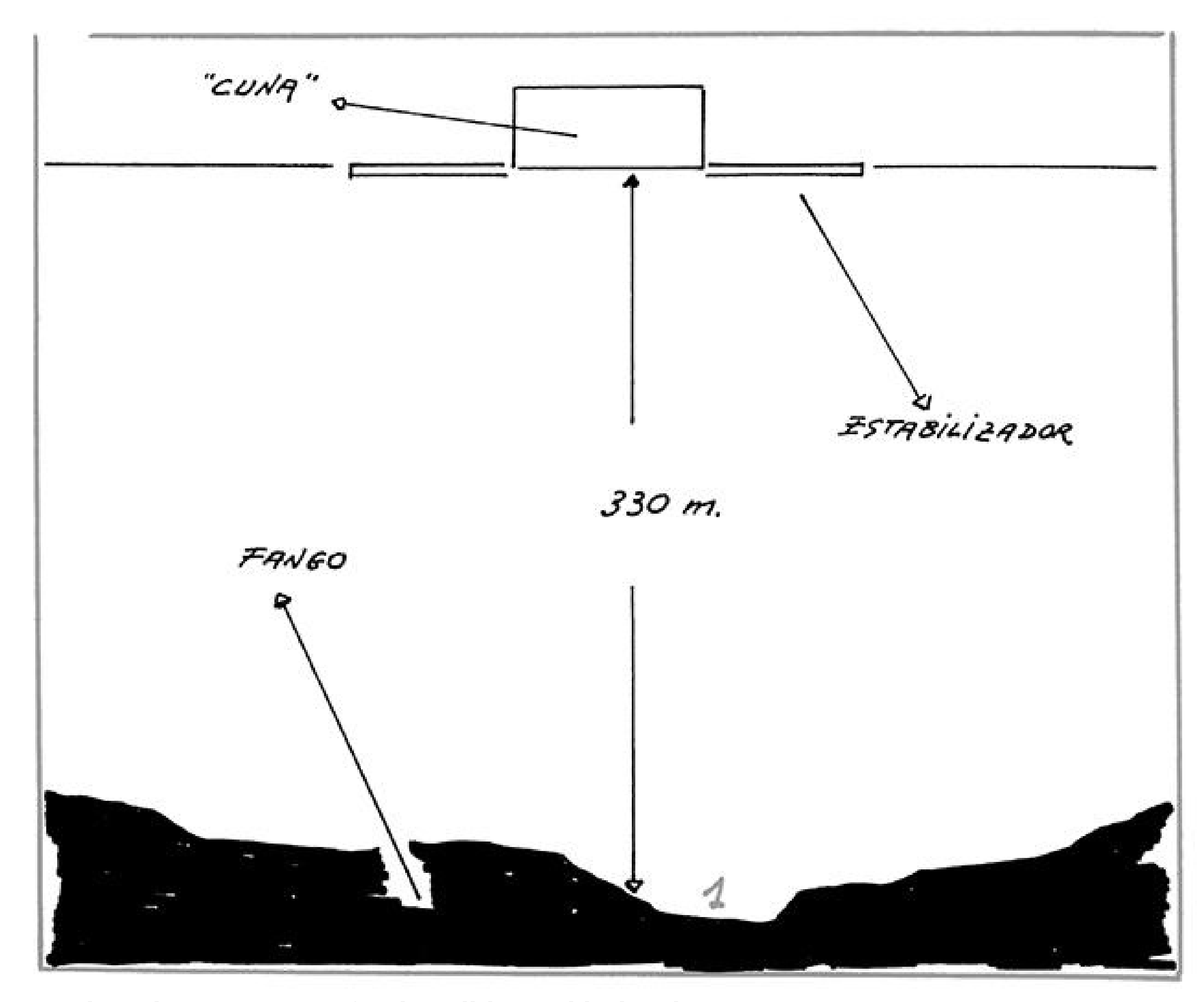
Fue un viaje tranquilo. Mi corazón disfrutaba de una sólida paz. Nunca había experimentado algo así. Lo que no logró la multiplicación de los panes y los peces, o la resurrección de Lázaro, lo consiguió la visión de una Ruth curada y radiante. Fue mi particular Damasco… ¡Pardiez!… ¡Qué extraño es el ser humano!

Al llegar a Saidan visité al viejo Zebedeo y le expuse mis intenciones. Me acompañó —encantado— a Nahum y me ayudó a materializar las operaciones requeridas por la ley para donar los 300 000 denarios de plata a Ruth. Era lo menos que podía hacer por ella. Me reservé una pequeña cantidad de dinero —necesaria para la siguiente misión—, compré un *reda* y dos mulas y me dirigí a la playa del Hombre Rojo, en el mar Muerto. Al despedirme del Zebedeo, una de las hijas —Yyar (Abril)— me salió al paso y me entregó una bolsita negra de hule. Me asaltó con sus bellos ojos color miel y suplicó:

—Para Jasón…

Sonrió y se alejó a la carrera. Presentaba los cabellos teñidos en un rojo encendido.

Por el camino abrí la bolsita. Contenía un *ostracón*, un trozo de cerámica, casi circular, de unos cinco centímetros de diámetro. En una de las caras, pintado en blanco, leí lo siguiente: «5 + 5 = 1». No supe a qué se refería. Imaginé que se trataba de algún secreto entre Abril y el mayor. Siempre sospeché que se amaron… En la segunda cara aparecía otro número, también dibujado en blanco: «217». Y recordé una secuencia escrita por Jasón, en la que Abril se desnudó y le mostró los 217 lunares de su cuerpo…



Coordenadas en las que fue hundido el cilindro de acero: 31º 27’ 025” N y 35º 33′ 34″ E. Sumando todos los dígitos (3+1+2+7+2+5+3+5+3+3+3+4) obtenemos «203». Pues bien, en Kábala, «203» equivale a «sima», «foso». Si sumamos el 2 y el 3, aparece el «5»; en Kábala, el Espíritu, y de nuevo la palabra «pozo». Pura magia… Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Alcancé la «cuna» sin novedad. Guardé los denarios y la tabla de cedro, regalé el carro y las caballerías en la aldeíta de Mazra’a y lo dispuse todo para la inversión de masa. Propulsé la nave hacia el centro del lago —sobre la fosa de 330 metros— y, cuando me estaba enfundando el traje espacial, la bella intuición tocó mi hombro: «¡Atención! —susurró—. ¡Olvidas algo!»… ¡Pardiez!… ¡Tenía razón!… No lo dudé. Me hice con el criogenizador, comprobé el contenido —cilindro de acero y muestras biológicas del Maestro y de su familia— y desactivé el sistema que mantenía el depósito a 196 grados bajo cero. Volví a cerrarlo y —decidido— lo arrojé a las aguas. Y tomé nota de las coordenadas: 31º 27’ 025” N y 35º 33′ 34″ E. Se hundió lentamente. «Santa Claus» confirmó la posición y la profundidad: menos 720 metros (profundidad real: 320 metros). Una vez en el fondo, el criogenizador fue succionado por el barro… para siempre.

Contemplé el firmamento. Las ocho mil estrellas me besaron… ¡A la mierda Curtiss!… ¡Nadie clonaría al Maestro con mi ayuda!… ¡Eso se acabó!…

Y en la mente se presentó la imagen de la bella pelirroja. «Si vuelves a ver a Jasón —repetía Ruth—, por favor, dile que siempre le amé… Desde la primera mirada… ¡Siempre!».

En el Dueso,
siendo las 18.30 horas del 26 de marzo de 2018

Por supuesto, el Maestro hizo y dijo muchas cosas… Serían necesarias decenas de libros para poder contenerlo todo.

Siguiendo el consejo del mayor, también en *El diario de Eliseo* **han sido introducidos errores de segundo y tercer orden, con el fin de restar credibilidad a la historia.**

Si desea ponerse en contacto con J. J. Benítez, puede hacerlo en el apartado de Correos número 141, Barbate, 11160, Cádiz (España), o bien en su página web oficial: www.jjbenitez.com.

LIBROS PUBLICADOS POR J. J. BENÍTEZ

1. Existió otra humanidad, 1975. (Investigación)
2. Ovnis: S.O.S. a la humanidad, 1975. (Investigación)
3. Ovni: alto secreto, 1977. (Investigación)
4. Cien mil kilómetros tras los ovnis, 1978. (Investigación)
5. Tempestad en Bonanza, 1979. (Investigación)
6. El enviado, 1979. (Investigación)
7. Incidente en Manises, 1980. (Investigación)
8. Los astronautas de Yavé, 1980. (Ensayo e investigación)
9. Encuentro en Montaña Roja, 1981. (Investigación)
10. Los visitantes, 1982. (Investigación)
11. Terror en la luna, 1982. (Investigación)
12. La gran oleada, 1982. (Investigación)
13. Sueños, 1982. (Ensayo)
14. El ovni de Belén, 1983. (Ensayo e investigación)
15. Los espías del cosmos, 1983. (Investigación)
16. Los tripulantes no identificados, 1983. (Investigación)
17. Jerusalén. Caballo de Troya, 1984. (Investigación)
18. La rebelión de Lucifer, 1985. (Narrativa)
19. La otra orilla, 1986. (Ensayo)
20. Masada. Caballo de Troya 2, 1986. (Investigación)
21. Saidan. Caballo de Troya 3, 1987. (Investigación)
22. Yo, Julio Verne, 1988. (Investigación)
23. Siete narraciones extraordinarias, 1989. (Investigación)
24. Nazaret. Caballo de Troya 4, 1989. (Investigación)
25. El testamento de San Juan, 1989. (Ensayo)
26. El misterio de la Virgen de Guadalupe, 1989. (Investigación)
27. La punta del iceberg, 1989. (Investigación)
28. La quinta columna, 1990. (Investigación)
29. A solas con la mar, 1990. (Poesía)
30. El papa rojo, 1992. (Narrativa)
31. Mis enigmas favoritos, 1993. (Investigación)
32. Materia reservada, 1993. (Investigación)

33. Mágica fe, 1994. (Ensayo)
34. Cesarea. Caballo de Troya 5, 1996. (Investigación)
35. Ricky B, 1997. (Investigación)
36. A 33 000 pies, 1997. (Ensayo)
37. Hermón. Caballo de Troya 6, 1999. (Investigación)
38. Al fin libre, 2000. (Ensayo)
39. Mis ovnis favoritos, 2001. (Investigación)
40. Mi Dios favorito, 2002. (Ensayo)
41. Planeta encantado. La huella de los dioses. La isla del fin del mundo, 2003. (Investigación)
42. Planeta encantado 2. Los señores del agua. El mensaje enterrado, 2004. (Investigación)
43. Planeta encantado 3. El secreto de Colón. Un as en la manga de Dios, 2004. (Investigación)
44. Planeta encantado 4. El anillo de plata. Tassili, 2004. (Investigación)
45. Planeta encantado 5. Astronautas en la edad de piedra. Escribamos de nuevo la historia, 2004. (Investigación)
46. Planeta encantado 6. Una caja de madera y oro. Las esferas de nadie, 2004. (Investigación)
47. Cartas a un idiota, 2004. (Ensayo)
48. Nahum. Caballo de Troya 7, 2005. (Investigación)
49. Jordán. Caballo de Troya 8, 2006. (Investigación)
50. El hombre que susurraba a los ummitas, 2007. (Investigación)
51. De la mano con Frasquito, 2008. (Ensayo)
52. Enigmas y misterios para Dummies, 2011. (Investigación)
53. Caná. Caballo de Troya 9, 2011. (Investigación)
54. Jesús de Nazaret: nada es lo que parece, 2012. (Ensayo)
55. El día del relámpago, 2013. (Investigación)
56. Estoy bien, 2014. (Investigación)
57. Pactos y señales, 2015. (Investigación)
58. Al sur de la razón, 2016.(Ensayo)
59. Sólo para tus ojos, 2016. (Investigación)
60. «*Tengo a papá*». *Las últimas horas del Che*, 2017. (Investigación)
61. Gog, 2018. (Narrativa e investigación)



J. J. BENÍTEZ (Pamplona, España, 1956).

Ingresó en la Universidad de Navarra, se licenció en Ciencias de la Información.

J. J. Benítez es un estudioso y explorador de todo tipo de misterios, periodista, autor, director y guionista. Ha escrito 48 libros y es considerado un autor de “bestsellers” mundialmente con más de nueve millones de ejemplares vendidos. Sus libros cubren una variedad de temas de ficción y no ficción que destacan su insaciable curiosidad tanto en investigación, como en filosofía, ensayos, cuentos cortos, poemas, historia y los grandes enigmas del mundo.

Notas

[1] Amplia información en *El día del relámpago*. (N. del a.) <<

[2] Amplia información sobre el «avispero» en *El día del relámpago*. (N. del a.) <<

[3] Amplia información en *El día del relámpago.* (N. del a.) <<

[4] Amplia información en *El día del relámpago*. (N. del a.) <<

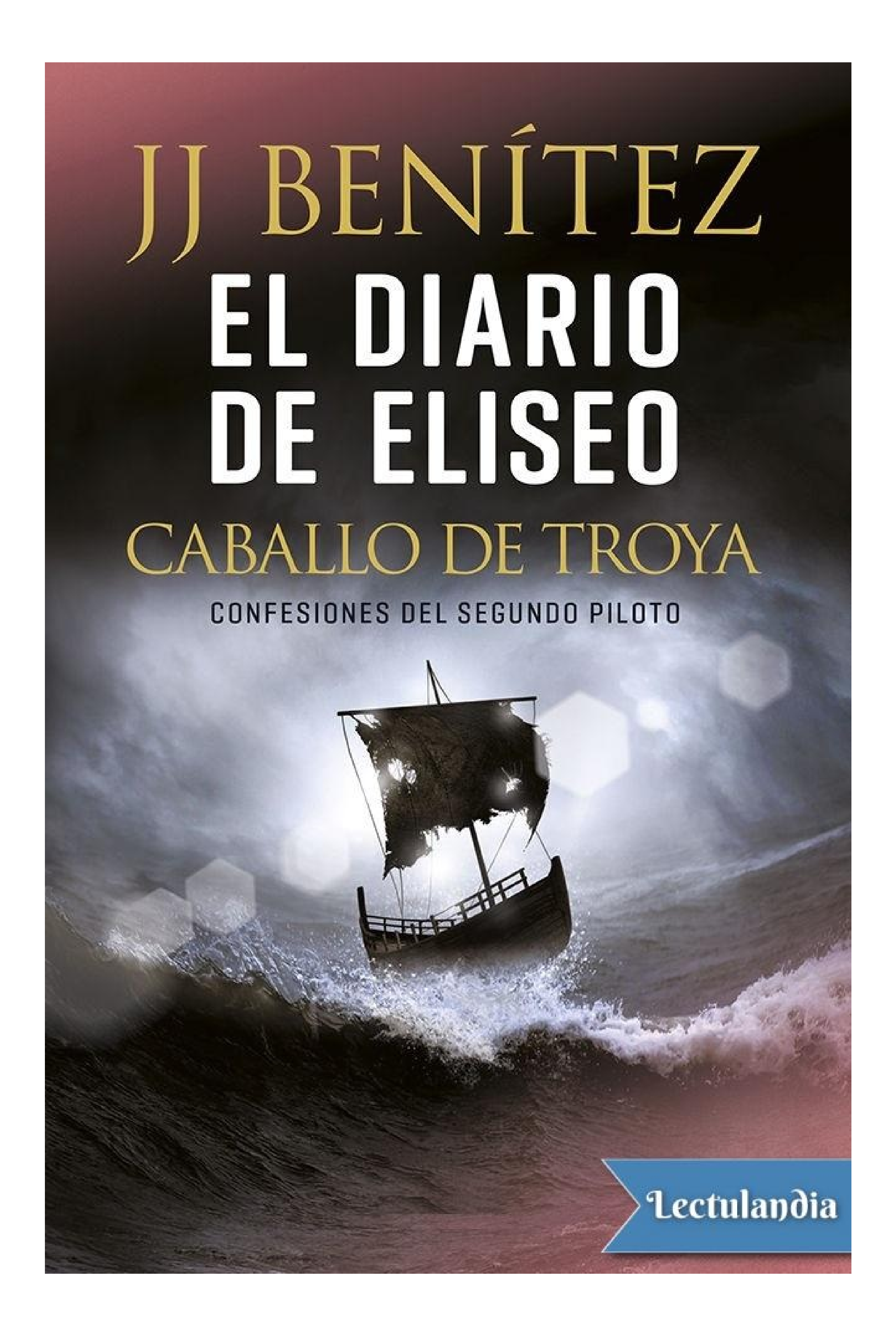
[5] Amplia información en *Caná. Caballo de Troya 9* y *El día del relámpago*. (N. del a.) <<

[6] Amplia información en *Hermón. Caballo de Troya 6*. (N. del a.) <<

[7] Amplia información en *Nazaret. Caballo de Troya 4*. (N. del a.) <<

[8] יהוה <<

[9] Amplia información en *Jerusalén. Caballo de Troya 1.* (N. del a.) <<


JJ BENÍTEZ
EL DIARIO DE ELISEO
CABALLO DE TROYA
CONFESIONES DEL SEGUNDO PILOTO
Lectulandia